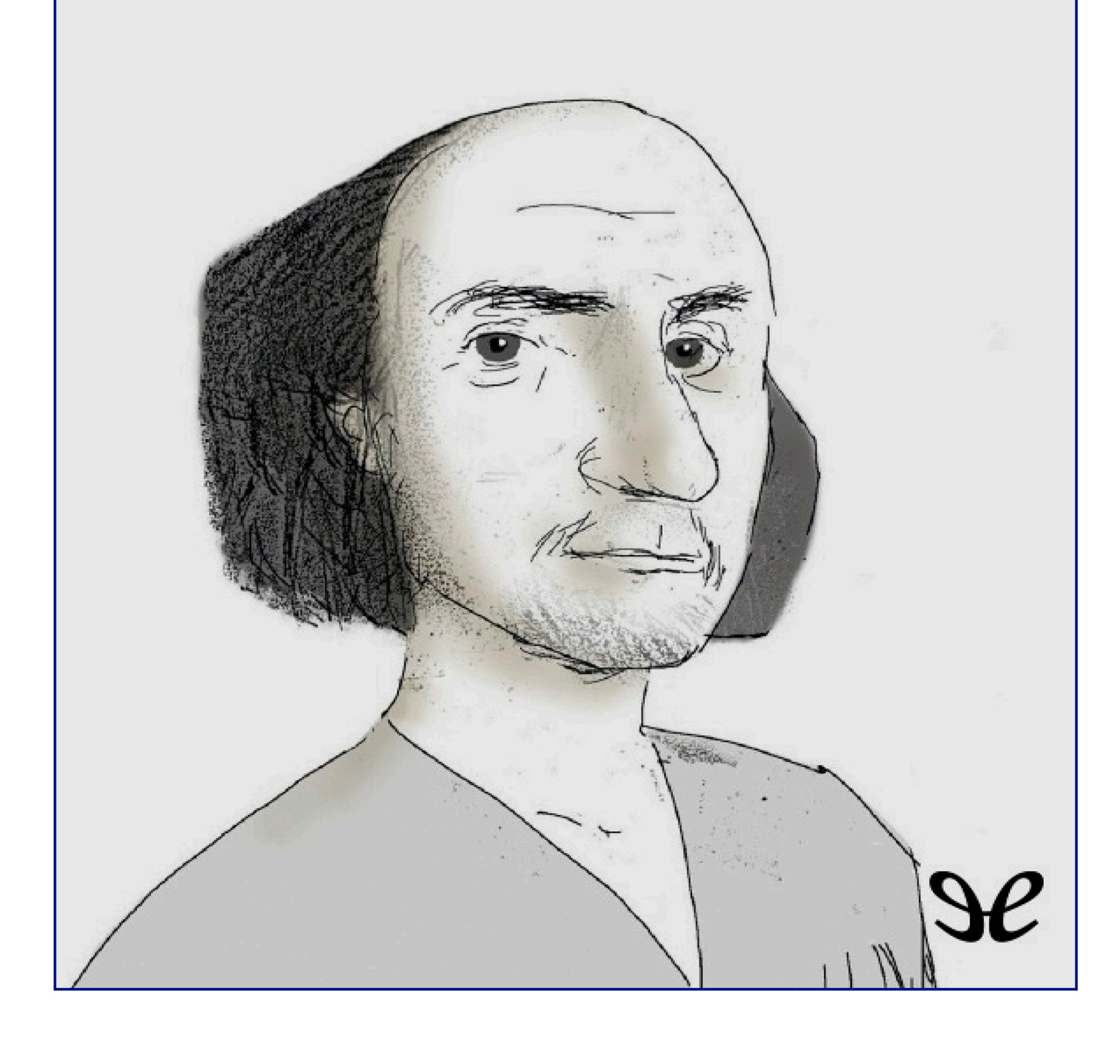

Jean Meslier
CONTRA
LA RELIGIÓN

«Meslier lanza sus invectivas contra la Iglesia, la religión, Jesús, Dios, y también contra la aristocracia, la monarquía, el Antiguo Régimen; denuncia con violencia inaudita la injusticia social, el pensamiento idealista, la moral cristiana del dolor, y profesa al mismo tiempo un comunalismo anarquista, una filosofía materialista auténtica e inaugural y un ateísmo hedonista de sorprendente actualidad. Por primera vez en la historia de las ideas, un filósofo —¿cuándo será reconocido?— dedica una obra al ateísmo: lo profesa, lo demuestra, lo argumenta, lo cita, forma parte de sus lecturas y reflexiones, pero se apoya igualmente en sus comentarios sobre la situación del mundo […]. Así comienza la verdadera historia del ateísmo…» (Michel Onfray, *Los ultras de las Luces*)

Meslier

Memoria contra la religión



Título original: *Mémoire des pensées et des sentiments de Jean Meslier*
Jean Meslier, 2007
Traducción: Javier Mina Astiz
Ilustraciones: Carlos Patiño
Diseño de cubierta: Serafín Senosiáin

Editor digital: Moro
r1.2 (marcelofa, 11.05.19 y 18.05.19) Informe de erratas
r1.3 (jugaor, 25.03.20) Informe de erratas

ePub base r2.1



Memoria
de los pensamientos y sentimientos
de Jean Meslier, cura de Etrépigny
y de Balaives, acerca de ciertos errores
y falsedades en la guía y gobierno
de los hombres, donde se hallan
demostraciones claras y evidentes
de la vanidad y falsedad
de todas las divinidades y religiones
que hay en el mundo,
memoria que debe ser entregada
a sus parroquianos después de su muerte
para que sirva de testimonio
de la verdad, tanto para ellos como
para sus semejantes.
In testimoniis illis, et gentibus[1]

Prólogo

1

Objetivo de la obra

Queridos amigos[2], como no se me habría permitido hacerlo y, además, habría resultado demasiado peligroso y habría tenido molestas consecuencias para mí haberos dicho abiertamente en vida lo que pensaba acerca del gobierno de las personas, sus religiones y sus costumbres, he decidido decíroslo después de muerto. Mi intención y mi disposición era habéroslo dicho de viva voz antes de morir, y lo habría hecho a nada que hubiese visto próximo el fin de mis días y hubiese conservado el juicio y la libertad de palabra.

Pero como no estoy seguro de haber podido disponer en esos últimos días, o en esos últimos instantes, del tiempo necesario ni tampoco de la presencia de ánimo suficientes como para poder exponeros mis opiniones, deseo declararlas por escrito, aportando al mismo tiempo pruebas claras y convincentes sobre todo lo que os digo, a fin de intentar desengañaros, por tarde que pueda ser, tal como ya va siendo tarde para mí, de los vanos errores en los que hemos nacido y vivido y en los que me he visto obligado a manteneros contra mi gusto. Digo *contra mi gusto* porque ha supuesto realmente una contrariedad verme en semejante obligación. De ahí que la haya cumplido con mucha repugnancia y negligencia, como habréis podido observar.

Eso fue ingenuamente lo que me animó en primer lugar a concebir este proyecto, que deseo llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias. Como tuve la suerte de descubrir de forma natural por mí mismo que no había nada tan atractivo, tan agradable y tan amable ni nada que fuese tan deseable para los hombres como la paz, la bondad de corazón, la equidad, la verdad y la justicia, y como también me parecía que no podía haber fuente más inestimable de bienes y felicidad que conservar cuidadosamente unas virtudes tan codiciadas, sentí de forma absolutamente natural en mi interior que no había nada tan odioso, tan detestable ni tan pernicioso como los trastornos producidos por la discordia, así como por la corrupción del corazón y del espíritu. Encontré especialmente odiosa la malignidad que encierran la mentira y la impostura, así como la que se halla detrás de la injusticia y la tiranía, que destruyen todo lo que de mejor puede tener el hombre, por lo que se convierten en las fuentes fatales no sólo de todos los vicios y maldades sino de todas las penalidades que abruman a la gente a lo largo de su vida.

Desde mi más tierna infancia he podido percibir los errores y las mentiras causantes de tantos males como hay en el mundo. Cuanto más he crecido en edad y conocimiento, más me he dado cuenta de la ceguera y la maldad del hombre, más he podido percatarme de la vanidad de las supersticiones que los aherrojan y de las injusticias en que incurren los malos gobiernos. Por lo cual, a pesar de no haber tenido demasiado comercio con el mundo, podría decir, con el sabio Salomón, que he

visto, y que he visto con extrañeza e indignación, reinar la impiedad sobre la faz de la tierra, y una corrupción tal en la justicia que los que tenían que encargarse de aplicarla eran los más injustos y criminales y habían puesto en su lugar la iniquidad (Eclesiastés, 3,16).

He conocido tantas maldades en este mundo que ni siquiera la virtud más perfecta o la inocencia más pura parecen encontrarse al abrigo de la malignidad de los calumniadores. He visto, como lo puede ver cualquiera a diario, a una multitud de inocentes perseguidos sin razón y oprimidos por la injusticia, sin que pudieran encontrar un protector caritativo que les socorriese y sin que nadie se conmoviese de su infortunio. Las lágrimas de tantos justos afligidos, y las miserias de tanta buena gente oprimida por los malvados ricos y por los poderosos de la Tierra, me han asqueado tanto como a Salomón y me han causado tanto desprecio por la vida que llegué a considerar, como él, más dichosa la condición de los muertos que la de los vivos, llegando a preferir a quienes no han sido nunca felices antes que a quienes lo son y gimen bajo tan grandes pecados. «Y consideré a los muertos que ya han muerto más dichosos que los vivos que aún viven, y mejor que los dos el que aún no ha existido, porque no ha visto las maldades que se cometen bajo el sol» (Eclesiastés, 4,2).

Pero lo que más me sorprendió en medio del total asombro que me producía ver tantos errores, tantas mentiras, tantas supersticiones, tantas imposturas, tantas injusticias y tantas tiranías en curso fue ver que, pese a que había personas consideradas verdaderas eminencias en doctrina, sabiduría y piedad, no había ninguna, sin embargo, que se decidiese a hablar y a declararse abiertamente contra desórdenes tan grandes y tan detestables. No, no vi a ninguna persona distinguida que los reprobase y censurase, a pesar de que les había tocado compartir la misma suerte miserable con una gente que no dejaba de quejarse y de gemir.

Este silencio de tantas personas sensatas, pertenecientes incluso a un rango elevado y una condición distinguida, personas que debían, según mi opinión, oponerse al aluvión de vicios e injusticias, o que debían, al menos, tratar de aportar algún remedio a tantos males, me pareció, para mi gran asombro, una especie de aprobación de semejante estado de cosas, una aprobación cuyas razones y causas no alcanzaba yo a comprender.

Pero habiendo examinado más tarde un poco mejor la conducta de los hombres, y después de haber penetrado un poco más en los secretos misterios de los taimados y tramposos tejemanejes políticos de quienes ambicionan cargos, quienes desean gobernar a los demás y quieren mandar con una autoridad soberana y absoluta, o desean, como mínimo, ser respetados y honrados por los demás, me di cuenta fácilmente de dónde estaban la fuente y el origen de tantos errores, tanta superstición y tantas y tan grandes injusticias. No sólo eso, también me di cuenta del motivo por el cual aquellos a quienes se tiene por verdaderos sabios e individuos instruidos no dicen nada contra tantos y tan detestables errores, pese a que conocen de sobra la

miseria en la que se encuentran la pobre gente que vive seducida y engañada por tantos errores y se halla oprimida por tantas injusticias.

2

Ideas y opiniones del autor sobre las religiones del mundo

La fuente, pues, queridos amigos, de los males que os abruman y de las imposturas que, por desgracia, os tienen atrapados en el error, así como presos de la inconsistencia de la superstición, colocándoos al mismo tiempo bajo las leyes tiránicas de los poderosos de la Tierra, no es más que esa odiosa política ejercida por individuos como los que os acabo de comentar. Pues unos quieren ejercer su injusto dominio en todas partes mientras otros quieren darse una vana reputación de santidad, y a veces incluso de divinidad. Y para ello unos y otros se sirven no sólo de la fuerza y la violencia, sino que emplean también toda clase de trampas y artimañas para seducir a la buena gente a fin de conseguir más fácilmente sus propósitos. De tal manera, que todos estos taimados políticos han abusado de la debilidad, la credulidad y la ignorancia de los más débiles y los menos despiertos para hacerles creer lo que han querido. Luego les han obligado a recibir con respeto y sumisión, de grado o por fuerza, todas las leyes que les ha dado la gana. De esta forma, unos se han hecho honrar, respetar y adorar como auténticas divinidades, o al menos como personas inspiradas por la divinidad, a fin de que la gente creyese que lo enviaban los dioses, con lo que así podían imponer su voluntad más fácilmente. Otros se han hecho ricos, poderosos y temibles en el mundo, y habiéndose vuelto, gracias a todo tipo de artimañas, lo bastante ricos y poderosos y lo bastante venerables o intimidadores como para que todo el mundo los temiese y obedeciese, han conseguido sojuzgarlo bajo sus leyes. Cosa que se ha visto favorecida por las divisiones, las querellas, los odios y las animosidades particulares existentes habitualmente entre los hombres, porque, como poseen temperamento, ingenio e inclinaciones muy distintas, no logran convivir durante mucho tiempo sin malquistarse o caer en la discordia. Y entonces, los que son o se encuentran más fuertes, los más osados, e incluso los más sagaces, los más arteros y los peores, se aprovechan de las desavenencias y discordias existentes en el vulgo para convertirse con mayor facilidad en sus señores absolutos.

Ahí está, amigos míos, la verdadera fuente, ahí está el verdadero origen de los males que perturban el bien dentro de la sociedad humana y que hace que los hombres sean infelices.

Ahí están la fuente y el origen de los errores, las imposturas, las supersticiones, las falsas divinidades y las idolatrías que pueblan la Tierra. Ahí están la fuente y el origen de lo que os presentan como lo más sagrado y lo más santo, aquello que os han obligado a llamar piadosamente *religión*. Ahí están la fuente y el origen de las vanas, ridículas y pomposas ceremonias que los sacerdotes gustan de llevar a cabo con toda suntuosidad cuando celebran los falsos misterios, las falsas solemnidades y el falso culto divino. Ahí están el origen y la fuente de los rimbombantes títulos de señor,

príncipe, rey, monarca y potentado, de los que se sirven generosamente para oprimiros como tiranos aduciendo que lo hacen por el bien y el interés públicos, pero buscando sólo robaros lo que tenéis de mejor y de más hermoso. Así, amparándose en que han recibido la autoridad de una divinidad suprema, se hacen obedecer y respetar como si fuesen dioses. Y ahí están la fuente y el origen, por último, de los vanos nombres de aristocracia, noble y nobleza, conde, duque y marqués —títulos que abarrotan la Tierra, como dijo un juicioso autor del siglo pasado—, individuos que, como lobos astutos, os saquean, os pisotean y os maltratan despojándoos cada día de lo mejor que hay en vosotros so pretexto de hacer valer sus derechos y su autoridad (*Caractères ou mœurs du siècle*).

Ahí están, igualmente, la fuente y el origen de los presuntos símbolos santos y sagrados del orden y el poder eclesiástico y espiritual, que sacerdotes y obispos se atribuyen a vuestras expensas sólo para despojaros astutamente de unos bienes temporales incomparablemente más reales y sólidos que los que os estarían ofreciendo aparentemente bajo el nombre de bienes espirituales y de una gracia que tendría supuestamente carácter divino. Así también, so pretexto de conduciros al cielo y procuraros la felicidad eterna, os impiden gozar tranquilamente de cualquier bien en la Tierra. Por último, os reducen a sufrir en esta vida, la única que tenemos, las penas de un infierno, éste sí absolutamente real, con el pretexto de preservaros en la otra vida, una vida que evidentemente no existe, de las penas imaginarias de un infierno también inexistente. Como no existe tampoco esa vida eterna sobre la que tratan de alimentar vanamente —para vosotros, aunque para ellos no sea tan inútil— tanto vuestros temores como vuestras esperanzas. Y como esta clase de gobiernos tiránicos no puede existir si no es aplicando los mismos medios y principios con que fueron establecidos, resulta muy peligroso combatir los principios generales de la religión, así como las leyes fundamentales del Estado o la república. De ahí que no haya que extrañarse de que las personas más sabias e instruidas se sometan y acaten las leyes generales del Estado, por injustas que sean, ni de que acepten, al menos en apariencia, los usos y prácticas de una religión que dan por buena, pese a que, en el fondo de ellos mismos, reconozcan su inconsistencia y los muchos errores que contiene. Ya que, por mucha repugnancia que les dé pasar por el aro, les resulta, sin embargo, más útil y ventajoso vivir tranquilos conservando lo que tienen que exponerse voluntariamente a la perdición en el caso de que se opusiesen a una masa tan considerable de errores o de que se resistiesen a la autoridad de un soberano que quiere convertirse en el dueño absoluto de todos. A todo esto hay que añadir que los soberanos no pueden mantener por sí solos el Estado, es decir, mediante su solo poder y su sola autoridad personal, ni tampoco pueden gobernar por sí solos sus reinos e imperios, debido obviamente a la propia extensión de los mismos, lo que les lleva a multiplicar el número de oficiales, intendentes, virreyes, gobernadores y muchísima otras personas a las que pagan generosamente, eso sí, a expensas de sus súbditos, para que velen por sus intereses, mantengan su autoridad y hagan que se cumpla su

voluntad en todas partes. Consiguiendo con ello que a nadie se le ocurra resistirse ni enfrentarse abiertamente a una autoridad tan absoluta, pues se expondría al peligro manifiesto de perderse. Por eso, los más sabios e instruidos se ven forzados a permanecer en silencio, a pesar de ser testigos de los abusos, los errores, los desórdenes y las injusticias que cometen gobernantes tan odiosos y perversos.

Añadid a esto las miras y deseos particulares de quienes detentan cargos grandes, medianos y pequeños, sea en el estado civil o en el eclesiástico, así como los de quienes aspiran a tenerlos. Entre ellos no hay nadie que no piense en su propio beneficio y en las ventajas que puede obtener, antes que en el interés público. No hay nadie que no haya aceptado su cargo si no es por interés o por miras puramente egoístas y venales. Desde luego, no serán quienes ambicionan cargos los que se opongan al orgullo, la ambición o la tiranía del príncipe que desea someterlos a sus leyes. Al contrario, no harán sino fomentar sus malas pasiones y sus designios injustos con la esperanza de ascender y adquirir todo el poder que puedan al amparo de su autoridad. Tampoco se opondrán al príncipe quienes buscan beneficios o dignidades en la Iglesia, porque intentarán conseguirlos gracias al favor y el poder del propio príncipe e intentarán mantenerse a toda costa en ellos cuando los hayan conseguido. Y lejos de pensar en oponerse a los malos designios de los poderosos y contradecirles en algo, serán los primeros en aplaudirles y adular cuanto hagan. No serán ellos tampoco quienes censuren los errores que todo el mundo parece aceptar, ni quienes descubran a los demás las mentiras, las quimeras y las imposturas de una religión que es falsa, dado que su dignidad y el poder del que disfrutan, así como todos sus emolumentos, se sostienen precisamente en dichos errores e imposturas. No serán los ricos avarientos quienes se opongan a las injusticias del príncipe ni quienes censuren públicamente los errores y engaños de una religión falsa porque, con mucha frecuencia, poseen empleos muy lucrativos en el Estado o han conseguido cargos beneficiosos dentro de la Iglesia gracias al propio príncipe. Lejos de esto, se aplicarán más a amasar riquezas y tesoros que a destruir unos errores y unos engaños públicos de los que obtienen tan pingües ganancias. Quienes gustan de la vida muelle, de los placeres y las comodidades, no serán, desde luego, quienes se opongan a los abusos de los que hablo, dado que prefieren gozar tranquilamente de los placeres y las bondades que les ofrece la vida antes que exponerse a sufrir persecución por oponerse al cúmulo de errores comunes. No serán los hipócritas santurrones quienes se opongan a ellos, porque sólo les gusta cubrirse con el manto de la virtud y servirse de engañosos pretextos de piedad y celo religioso para ocultar sus chanchullos y sus peores vicios así como para alcanzar sus propias metas, que es lo único que buscan mientras engañan a los demás con sus bonitas apariencias de virtud. Por último, no serán los débiles ni los ignorantes quienes se opongan a ellos porque, al carecer de ciencia y de autoridad, no parece posible que puedan desentrañar por sí mismos los errores e imposturas en los que les mantienen, ni tampoco parece que puedan oponer resistencia al furor de un torrente que les arrastraría en cuanto diesen muestras de no

seguir su corriente. A todo esto hay que añadir que existen unas relaciones odiosas de subordinación y dependencia entre los diferentes estados y condiciones de los hombres, y que hay entre ellos tanta envidia, tanta perfidia y tanta traición, incluso entre los parientes más próximos, que nadie se fía de nadie y, por consiguiente, nadie puede atreverse a emprender nada por temor a ser descubierto y traicionado. No, no sería prudente confiar en los amigos, ni siquiera en los propios hermanos, en un asunto de tanto alcance como es intentar reformar un gobierno tan pernicioso. De ahí que no haya nadie que pueda, desee o se atreva siquiera a oponerse a la tiranía de los poderosos de la Tierra, por lo que no hay que extrañarse de que estos vicios reinen con tanta fuerza ni de que se hallen tan universalmente extendidos. Así se han instalado en todo el mundo los engaños, los errores, las supersticiones y la tiranía. Pues bien, algunos podrían pensar que, dadas las circunstancias, la política y la religión deberían hallarse enfrentadas, porque no parecen compatibles la dulzura y la piedad propias de la religión con los rigores y las injusticias propias de un gobierno tiránico, por lo que la religión debería condenar políticas como ésas, del mismo modo que una política prudente y sensata debería condenar y reprimir los errores, abusos e imposturas de una religión falsa. Sí, parece que debería ser así, pero no siempre se hace lo que debería de hacerse.

Así pues, aunque pudiese parecer que la religión y la política deberían hallarse enfrentadas, tanto por los principios que las sustentan como por las fórmulas que emplean una y otra, no deja de ser cierto que ambas se entienden a las mil maravillas una vez que han establecido alianzas y sellado un pacto de amistad recíproca. De hecho, se entienden como sólo podrían entenderse dos ladrones. Y una vez que han logrado ese entendimiento, se defienden y apoyan mutuamente.

La religión apoya cualquier gobierno político por nefasto que sea. Y a su vez, el gobierno político, sea cual fuere, apoya cualquier religión, por inconsistente y falsa que pueda ser.

Por una parte, los sacerdotes, que son los ministros de Dios, recomiendan bajo pena de castigo eterno obedecer a los magistrados, los príncipes y los soberanos, dado que habrían sido puestos por Dios para gobernar a los simples mortales. Y los príncipes, por otra parte, obligan a que se respete a los sacerdotes, unos sacerdotes a los que conceden buenos sueldos y buenas rentas como pago de las funciones superfluas y engañosas de un ministerio que sólo busca que los pobres ignorantes acepten como santo y sagrado todo cuanto hacen y que crean y hagan cuanto ellos les digan, con el bello y engañoso pretexto de que se trata de la religión y el culto divinos. Sí, sólo por eso los príncipes obligan a que se respete a los sacerdotes. Vemos así, una vez más, cómo los errores, engaños, supersticiones, imposturas y tiranías se han instalado en el mundo, y cómo se mantienen para desgracia de la pobre gente que gime bajo yugos tan rudos y pesados.

Tal vez penséis, queridos amigos, que mi intención es rescatar la religión cristiana, apostólica y romana de entre el crecido número de falsas religiones que hay

en el mundo sólo porque es aquella de la que hemos hecho profesión y porque es la que decimos que nos enseña la pura verdad, puesto que sería la única que reconoce y adora como es debido al dios verdadero y la única que conduce al hombre por el camino de la salvación hacia la felicidad eterna.

Pero desengañaos, queridos amigos, desengañaos de ello y de todo lo que vuestros fervientes, ignorantes, burlones e interesados sacerdotes y doctores se apresuran a deciros y hacer que creáis bajo el falso pretexto de la infalibilidad de una religión que os presentan como presuntamente divina y santa. No estáis menos seducidos ni engañados que los más seducidos y engañados. No estáis menos inmersos en el error que quienes están más profundamente inmersos en él. Vuestra religión no es menos engañosa ni menos supersticiosa que las demás. No es menos falsa en sus principios ni menos ridícula y absurda en sus dogmas y doctrina. No sois menos idólatras que aquellos a quienes censuráis y condenáis por idolatría. Vuestros ídolos y los de los paganos sólo se diferencian por su número y aspecto.

En suma, todo cuanto los sacerdotes y doctores os predican con tanta elocuencia respecto a la grandeza, la excelencia y la santidad de los misterios que os obligan a adorar, todo lo que os cuentan con tanta gravedad sobre la certeza de sus supuestos milagros, y todo cuanto os largan con tanto celo y aplomo respecto a las recompensas del cielo y los castigos del infierno, no son, en el fondo, más que espejismos, errores, mentiras, ficciones e imposturas. Con la particularidad de que todo ello fue inventado, en primer lugar, por políticos astutos y tramposos y tuvo continuidad en el tiempo gracias a determinados seductores e impostores, siendo recibido y creído ciegamente por gente ignorante y tosca, situación que ha sido mantenida, finalmente, por los poderosos y soberanos de la Tierra, que han favorecido las falsedades, las supersticiones, las imposturas y los errores autorizándolos con sus leyes a fin de mantener al común de los mortales por la brida y conseguir de ellos cuanto querían.

Así es, queridos amigos, como quienes han gobernado en otros tiempos y gobiernan hoy en día abusan presuntuosa e impunemente del nombre y la autoridad de Dios para hacerse temer, obedecer y respetar, antes que para hacer que la gente tema y sirva a un Dios imaginario con cuyo poder la espantan. Así es como abusan de los hueros términos de *piedad* y *religión* para hacer que los débiles e ignorantes se crean todo cuanto les plazca. Así es, por último, como instalan en la Tierra un odioso misterio de falacia e iniquidad en vez de hacer que haya por todas partes un reino de paz y justicia que sea al mismo tiempo un reino de verdad. Un reino cuyas virtudes harían felices a todos los pueblos de la faz de la Tierra. Digo que instalan en todas partes *un misterio de iniquidad* porque los resortes ocultos de la política más artera, así como la doctrina y las ceremonias más piadosas de la religión, no son más que misterios de iniquidad. Digo *misterios de iniquidad* para la pobre gente que es engañada por las mojigangas de las religiones y se ve convertida así en simples juguetes y víctimas desgraciadas de los poderosos. Pero estos misterios de iniquidad son auténticas minas de oro para quienes gobiernan o forman parte del gobierno de

los demás, así como para los sacerdotes que gobiernan las conciencias o disfrutan de suculentos beneficios, unos beneficios que son como vellocinos de oro, como cuernos de la abundancia capaces de otorgarles a voluntad toda clase de bienes. Esos nobles señores pueden divertirse y pegarse la gran vida con ellos, mientras la pobre gente, engañada por los errores y las supersticiones de la religión, gime, sin embargo, triste, pobre y aquietada bajo la opresión de los poderosos, mientras sufren pacientemente todo tipo de penalidades, se dedican a vanas devociones, hacen penitencia por sus pecados y, finalmente, trabajan y se agotan día y noche sudando sangre y agua para obtener escasamente con qué vivir, pero también para que quienes les hacen tan desgraciados puedan disfrutar del placer y la diversión.

¡Ay!, queridos amigos, ¡si conocierais la vanidad y la locura de los errores que se ocultan bajo esa religión de la que tanto os hablan, y si supierais cuán injusta e indignamente abusan de la autoridad que os han usurpado con el pretexto de que os tienen que gobernar, despreciaríais todo cuanto os han hecho adorar y respetar, y no tendríais más que odio y desprecio hacia quienes os mienten y os gobiernan tan mal y os tratan tan indignamente! Recuerdo a este respecto el deseo expresado hace tiempo por un hombre que carecía de estudios pero a quien, a juzgar por las apariencias, no le faltaba sentido común a la hora de considerar las mentiras odiosas y las tiranías perniciosas que estoy censurando. A juzgar por sus propósitos y por la forma en que los expuso, parece que no carecía de penetración en asuntos como el detestable misterio de iniquidad del que os estoy hablando, es más, diría que daba muestras de conocer muy bien a semejantes autores y a semejantes falsarios: no en balde deseaba *que todos los poderosos y los nobles de la Tierra fueran colgados y ahorcados con las tripas de los curas*[3].

La expresión puede parecer ruda, grosera y chocante, pero hay que reconocer que está llena de frescura e ingenuidad. Se trata de una frase corta pero expresiva, ya que expone en pocas palabras lo que merecería toda esa gente. Por lo que a mi respecta, si tuviese que expresar un deseo, queridos amigos (y no me privaría de hacerlo a nada que pudiera cumplirse), sería el de tener la fuerza, el valor y el tamaño de un Hércules para poder limpiar el mundo de vicios e iniquidades, y para darme el gusto de derribar a esos tiranos monstruosos que son las testas coronadas y esa otra clase de monstruos, los sacerdotes, auténticos ministros de la iniquidad y el error, que hacen gemir lastimeramente a la buena gente de la Tierra.

No penséis, queridos amigos, que me impulsa a ello un deseo personal de venganza, ni tampoco la animosidad o un interés particular. No, queridos amigos, estas opiniones mías no han sido inducidas por la pasión. Tampoco es la pasión la que me hace hablar y escribir así, sino más bien la vocación y el amor que siento por la justicia y por la verdad, pisoteadas tan indignamente, así como la aversión natural que siento por el vicio y la iniquidad que reinan insolentemente por todas partes. Toda aversión y odio hacia semejantes individuos, que causan tanto mal y engañan universalmente a los hombres, son pocos.

¿Cómo? ¿No sería razonable expulsar con oprobio de una ciudad y una provincia a los engañabobos que, con el pretexto de distribuir caritativamente remedios y medicamentos saludables y eficaces, no hiciesen sino abusar de la ignorancia y la simplicidad de la gente vendiéndole a precio de oro drogas y ungüentos dañinos y perjudiciales? Por la misma razón, ¿no habría que censurar abiertamente y castigar con severidad a los bandoleros y salteadores de caminos, que despojan y matan inhumanamente a los pobres desgraciados que caen en sus manos? Sí, por supuesto, habría que castigarlo y sería razonable odiarlo y detestarlo; desde luego, estaría muy mal permitir que ejerciesen impunemente el bandidaje.

Con mayor razón, queridos amigos, deberíamos censurar, odiar y detestar, tal como estoy haciendo ahora mismo, a esos embajadores del error y la iniquidad que os dominan tiránicamente. Unos ejercen su dominio sobre vuestras conciencias, otros lo hacen sobre vuestros cuerpos y sobre vuestra hacienda. Los ministros de la religión, que os oprimen la conciencia, son los mayores explotadores. Los príncipes y demás grandes del mundo, que sojuzgan vuestros cuerpos y bienes, son los mayores ladrones y asesinos que puede haber sobre la faz de la Tierra: «Todos los que vinieron antes de mí —dijo Jesucristo— eran ladrones y asaltantes» (Juan, 10,8).

Os diréis, queridos amigos, que de alguna manera estoy hablando contra mí o echando piedras sobre mi propio tejado, ya que pertenezco al mismo rango y condición de los que acabo de tachar de *mayores engañadores de las gentes*. Cierto, hablo contra mi profesión, pero no contra la verdad y, desde luego, no contra mi vocación ni contra mis convicciones más íntimas. Porque, de la misma manera que nunca he creído a la ligera ni he sido propenso a la santurronería ni a la superstición, ni he sido tampoco tan tonto como para dejarme arrastrar por las misteriosas locuras de la religión, jamás he sentido la vocación de practicarlas ni tampoco de hablar de ellas como si fuesen algo honorable o ventajoso. Por el contrario, si hubiese podido expresarme de acuerdo con mi vocación y mis propias convicciones, habría manifestado abiertamente el desprecio que me producían.

Por ello, pese a que me dejé conducir fácilmente en mi juventud hacia el estado eclesiástico para complacer a mis padres —que se mostraron muy contentos cuando elegí un estado más atractivo, tranquilo y honorable que el reservado al común de los mortales—, puedo asegurar con toda franqueza que no abracé una profesión tan llena de errores e imposturas movido por la perspectiva de prerrogativas temporales, ni por las suculentas retribuciones inherentes a semejante ministerio. Lo cierto es que no he conseguido acostumbrarme nunca a la voracidad de esos alegres y decididos caballeros que encuentran un placer inmenso cuando reciben ávidamente las suculentas retribuciones propias de sus vanas funciones y su falso ministerio. Aunque siempre he sentido mayor aversión, si cabe, por el humor burlón y bufonesco de esa otra clase de caballeros que no piensan más que en pegarse la vida padre con las rentas y beneficios obtenidos mediante sus cargos, mientras se ríen entre ellos de los misterios, la doctrina y las ceremonias vanas y mentirosas de su religión, al tiempo

que se burlan de la simplicidad de quienes les creen, los cuales, gracias a que creen en lo que ellos les han inculcado, les suministran piadosa y copiosamente con qué divertirse y darse la gran vida. Son testigos esos papas (Julio III, León X) que se mofaban de su dignidad, y aquel otro (Bonifacio VIII) que decía bromeando con sus amigos: «¡Ah, cómo nos hemos enriquecido con esta fábula de Cristo!»

No es que repruebe las carcajadas que sueltan sobre la falsedad de los misterios y mojigangas de la religión, ya que se trata, efectivamente, de cosas dignas de risa y desprecio (quienes no se dan cuenta de ello son bien simples e ignorantes); censuro más bien la codicia ávida, violenta e insaciable con que se aprovechan de los errores públicos, así como el placer indigno que encuentran burlándose de quienes se hallan en la ignorancia y a quienes mantienen en el error. Ya que viven tan cómoda y tranquilamente de todo lo que sacan a la gente, lo menos que se les puede pedir es que se muestren sensibles a sus penalidades y no agraven el pesado yugo de los pobres multiplicando, como hacen muchos, los errores y las supersticiones por un falso celo. No, los sacerdotes no deberían burlase de la simpleza de quienes, movidos por la piedad, les dan tantos bienes y se desriñonan por ellos. Porque revela una ingratitud enorme y demuestra una perfidia odiosa tratar de esa manera a sus bienhechores, que no otra cosa es la buena gente para los ministros de Dios, ya que lo necesario para subsistir y vivir muellemente lo obtienen de su trabajo y del sudor de su frente.

No creo, queridos amigos, haberos dado motivos para que penséis que mis opiniones son idénticas a las que estoy censurando. Al contrario, habréis podido daros cuenta en múltiples ocasiones de que mis opiniones eran justo las contrarias y que me mostraba especialmente sensible a vuestras penas. Habréis podido observar también que no era de los más interesados en el santo lucro de las retribuciones propias de mi ministerio, puesto que muchas veces las he olvidado o abandonado cuando hubiese podido aprovecharme de ellas; y tampoco se puede decir que haya aspirado a recibir grandes beneficios ni haya sido un rastreador de misas y ofrendas. Habría tenido más placer en dar que en recibir, si hubiese dispuesto de los medios adecuados para obedecer a mis propios impulsos; y al dar, hubiese tenido más consideración con los pobres que con los ricos, de acuerdo con el consejo de Cristo, quien decía (según san Pablo, Hechos de los Apóstoles, 20,35) que más valía dar que recibir; o siguiendo también el consejo de Cristo, quien predicaba no convidar a los banquetes a los ricos, que pueden devolver la invitación, sino a los pobres, que no tienen medios de hacerlo (Lucas, 14,13).

Según el consejo del señor de Montaigne, que aconsejaba a su hijo que hiciera más caso a quien le tendía implorante las manos que a quien le daba la espalda (*Ensayos*, III, 13), habría hecho con mucho gusto lo que hizo el bueno de Job en la época en que gozaba de prosperidad: «Yo era ojos para el ciego, era pies para el cojo, yo era el padre de los pobres», mano para el manco y lengua para el mudo. Y habría arrancado, como él, de buena gana la presa de las manos de los malos y les habría

roto con mucho gusto, como él, los dientes quebrándoles al mismo tiempo las quijadas (Job 29,15-17). «Sólo los corazones grandes —decía el sabio Mentor a Telémaco— saben la satisfacción que hay en ser bueno» (*Télémaque*, tomo II, pág. 84).

Y por lo que se refiere a los falsos y fabulosos misterios de vuestra religión, y a los venerables pero vanos y supersticiosos deberes y ejercicios que vuestra religión os impone, sabéis perfectamente —o al menos, habéis podido percataros de ello con facilidad— que nunca me atrajo la santurronería y nunca os hablé de ella ni os invité a practicarla. Estaba obligado, sin embargo, a instruiros en vuestra religión y a hablaros de ella, por lo menos de vez en cuando, a fin de cumplir de alguna manera con el falso deber al que me había comprometido en tanto que cura de vuestra parroquia. Para entonces ya estaba muy contrariado por tener que actuar y hablar en contra de mis propias opiniones. Me repugnaba manteneros en errores tan tontos y en supersticiones e idolatrías tan vanas que no podía dejar de odiar, condenar y detestar en lo más profundo de mi corazón.

Os aseguro que lo hacía con dolor y con una repugnancia extrema. Por eso también odiaba las vanas funciones de mi ministerio, en particular las celebraciones idólatras y supersticiosas de la misa y las administraciones vanas y ridículas de los sacramentos, que estaba obligado a llevar a cabo. Miles y miles de veces las habré maldecido en mi corazón, sobre todo cuando tenía que realizarlas con más atención y solemnidad que de ordinario. Porque, al ver que veníais con algo más de devoción a la iglesia para asistir a unas solemnidades más vanas y pomposas que de costumbre, o para oír con algo más de devoción lo que os habían hecho creer que era la palabra de Dios, me parecía que abusaba todavía más indignamente de vuestra buena fe. Y que entonces me volvía más merecedor aún de censuras y reproches, lo que aumentaba de tal forma mi aversión contra esa clase de solemnidades ceremoniosas y pomposas y las funciones vanas de mi ministerio, que estuve a punto cientos y cientos de veces de expresar indiscretamente mi indignación, al no poder ocultar ya mi resentimiento y verme incapaz de contener la indignación que sentía. Sin embargo, hice todo lo que pude por contenerla y lo seguiré haciendo hasta el final de mis días, pues no deseo exponerme en vida a la indignación de los sacerdotes ni a la crueldad de los tiranos, que no encontrarían tormento bastante riguroso para castigar semejante temeridad.

Me gustaría, queridos amigos, poder morir tan apaciblemente como he vivido. Y como no os he dado, por otra parte, ocasión para que me deseéis el mal, ni para que os regocijéis si acaso me sobreviniese alguno, no creo que toleraseis que me persiguieran y me castigaran por ello, de ahí que haya decidido guardar silencio sobre todos estos asuntos hasta el fin de mis días.

Como estas razones me obligan ahora a callarme, haré de manera que podáis escucharme después de muerto. A este fin, como ya he dicho, he comenzado a escribir estos papeles para desengañaros, por lo menos en lo que esté en mi mano, de

los errores, mentiras y supersticiones en los que habéis sido educados y criados, y que habéis mamado, como quien dice, con la leche materna.

Hace demasiado tiempo que la pobre gente es engañada miserablemente con toda clase de idolatrías y supersticiones. Hace demasiado tiempo que los ricos y poderosos de la Tierra saquean y oprimen a los pobres. Ha llegado el momento de liberarlos de esa miserable esclavitud y de desengañarlos a fin de que conozcan la verdad de las cosas.

Y si hubo un tiempo, según pretenden, en que fue necesario divertir y engañar al común de los mortales con toda clase de prácticas religiosas vanas y supersticiosas a fin de suavizar su humor arisco y grosero y mantenerlos mejor agarrados por la brida, aún es más necesario en este momento desengañarlos de semejantes futilidades, porque el remedio del que se sirvieron contra aquella enfermedad primitiva se ha vuelto, con el paso del tiempo, peor que la propia enfermedad debido a los muchos engaños y falsedades que se han cometido. Habría que invitar a la gente con talento y a los más sabios e instruidos a que piensen seriamente en ponerse a trabajar en una tarea tan importante como es desengañar en todas partes a la buena gente, haciendo que encuentre odiosa y despreciable la autoridad excesiva de los poderosos de la Tierra e invitando a que se sacuda el yugo insoportable de los tiranos, y deberían asimismo convencer a los hombres de la importancia de dos verdades fundamentales:

1. Que para perfeccionarse en las ciencias y las artes, materias a las que los mortales deben dedicarse principalmente en su vida, no deben seguir más que las luces de la razón humana.

2. Que para proclamar unas leyes que sean buenas no deben seguir más que las reglas de la prudencia y la sensatez, es decir, las reglas de la probidad, la justicia y la equidad natural, sin pararse a pensar vanamente en lo que dicen los impostores ni en lo que hacen los idólatras y deícolas supersticiosos. Así se daría a todos los hombres mil veces más cosas buenas y bienes, más alegría y más reposo del cuerpo y del espíritu que los que pueden proporcionar las falsas doctrinas y las vanas prácticas de las religiones supersticiosas.

Pero nadie piensa en explicar estas cosas a la buena gente o, mejor dicho, nadie se atreve a ello, puesto que las obras y textos de quienes hubiesen podido hacerlo no se muestran al público y nadie las ve y se suelen esconder a propósito a fin de que la gente no los vea y no descubra por sus propios medios las mentiras, las imposturas y los errores en que se les quiere mantener, sino que, por el contrario, les muestran únicamente los libros y textos de una multitud de píos ignorantes o de hipócritas seductores que, bajo una apariencia de piedad, sólo buscan mantener y reproducir los errores y las supersticiones.

Y aquellos que por su ciencia y talento serían los más adecuados para emprender y llevar a cabo felizmente un proyecto tan bueno y loable como sería desengañar a la gente de todos los errores y supersticiones que la atenazan, no se comprometen, en cambio, en las obras que publican sino a apoyar, mantener y aumentar los errores y

agravar el yugo insoportable de las supersticiones en vez de abolirlas y hacerlas despreciables. No piensan más que en adular a los poderosos y dedicarles cobardemente mil alabanzas indignas, en vez de censurarles los vicios, que es lo que tendrían que hacer. Eso, y decirles generosamente la verdad. En cambio, toman ese camino indigno y cobarde por miras de lo más bajas y por los más indignos favores, o por los más despreciables motivos de interés personal, como son promocionarse y obtener favores para sí mismos y sus familias o para sus conocidos, etc. Por todo ello, intentaré, a pesar de mi debilidad y mi poco talento, sí, a pesar de todo ello, intentaré aquí, queridos amigos, mostraros ingenuamente las verdades que os ocultan.

Intentaré haceros ver de forma clara la vanidad y falsedad de los misterios pretendidamente grandiosos, santísimos, divinos y temibles que os obligan a adorar, así como la vanidad y falsedad de las verdades presuntamente enormes e importantísimas que sacerdotes, predicadores y doctores os obligan a creer indispensablemente bajo pena, según dicen, de la condenación eterna; intentaré, como digo, mostraros la vanidad y falsedad de todo ello.

Que sacerdotes, predicadores, doctores y autores de mentiras, errores e imposturas semejantes se escandalicen y enfaden cuanto quieran después de que haya muerto. Que me traten entonces, si quieren, de impío, apóstata, blasfemo y ateo. No me preocupa en absoluto que me injurien y maldigan cuanto quieran, pues no podrá producirme la más mínima inquietud.

De igual modo, que hagan con mi cuerpo lo que deseen. No me angustia lo más mínimo que lo descuarticen, lo troceen, lo asen, lo frían o lo coman, incluso si quieren aderezado con la salsa que gusten, pues para entonces me hallaré fuera de sus garras y nada habrá ya que me pueda causar temor.

Calculo que mis parientes y amigos pueden apenarse en tal caso y disgustarse al tener que oír lo que dirán de mí o harán contra mí después de mi muerte. Les evitaría con mucho gusto semejante trago pero, por fuerte que sea, esta consideración no me detendrá en absoluto. La preocupación por la verdad y la justicia, el desvelo por el bien público, así como el odio y la indignación que siento al ver los errores y las imposturas de la religión, como también el que me produce ver el orgullo y la injusticia con que los poderosos gobiernan imperiosa y tiránicamente la Tierra, se impondrán en mi ánimo por encima de cualquier consideración personal, por fuerte que sea. Por otra parte, queridos amigos, no creo que esta empresa deba volverme tan odioso a sus ojos ni que me pueda crear tantos enemigos como cabría pensar. Hasta es posible que tuviera que enorgullecerme de que si este escrito, por informe e imperfecto que sea (debido a que ha sido ideado deprisa y escrito con precipitación), acaba llegando más lejos que vuestras manos y tiene la suerte de ser conocido por el público, bien pudiera hacerse acreedor, en cuanto se examinen mis opiniones y las razones con las que las he sostenido, de igual cantidad de elogios que de reproches (al menos por parte de quienes poseen talento y son íntegros).

Desde ahora mismo puedo asegurar que muchos de quienes por su rango o carácter, o en su calidad de jueces y magistrados o de lo que sea, se ven obligados por respeto humano a condenarme exteriormente ante los hombres, me aprueban interiormente en su corazón.

3

Las religiones no son más que errores, quimeras e imposturas

Meteos en la cabeza, queridos amigos, meteos en la cabeza que no hay más que mentiras, quimeras e imposturas en todo lo que se propala y practica en el mundo que tenga por objeto el culto y la adoración de los dioses. Las leyes y decretos que se promulgan en nombre de Dios o de los dioses y bajo su autoridad son en realidad sólo invenciones humanas, tanto como lo son los hermosos espectáculos que ofrecen las fiestas y los sacrificios o los oficios divinos y demás prácticas supersticiosas de la religión y la devoción que se realizan en su honor.

Todo eso, digo, no son más que invenciones humanas ideadas, como he dicho antes, por políticos astutos y tramposos, y cultivadas y reproducidas por falsos seductores y por impostores a fin de que las acepten ciegamente los ignorantes. En fin, esas invenciones puramente humanas son autorizadas y perpetuadas por las leyes de los príncipes y poderosos de la Tierra, que se han servido de toda clase de patrañas para mantener agarrados por la brida al común de los mortales para hacer con ellos lo que quieran. Pero en el fondo, esas invenciones son sólo bridas para terneros, como decía el señor de Montaigne (*Ensayos*, II, 6), pues sólo sirven para sujetar el juicio de los ignorantes y los simples. En cambio, los sabios ni se embridan ni se dejan embridar, pues sólo los simples e ignorantes pueden creer y dejarse llevar de esa manera.

Lo que digo, en general, acerca de la vanidad y falsedad de las religiones del mundo no lo aplico únicamente a las religiones paganas y extranjeras, las cuales ya consideráis falsas, sino también a la religión cristiana porque, en efecto, no es menos vana ni falsa que el resto. Incluso podría decir que, en cierto modo, es más vana y falsa que las demás, porque no hay ninguna cuyos principios y elementos fundamentales sean tan ridículos y absurdos, ni hay otra que sea más contraria a la naturaleza y la recta razón.

Os digo esto, queridos amigos, para que no os dejéis engañar en adelante por las bellas promesas de una supuesta recompensa eterna de un paraíso que es sólo imaginario, y para que apartéis de vuestras mentes y corazones los vanos temores del supuesto castigo eterno que os esperaría en un infierno que no existe. Pues todo eso que os dicen acerca de la belleza y magnificencia de uno y de lo terrible y espantoso que es el otro no son más que fábulas. Después de la muerte no hay que esperar nada bueno ni temer nada malo.

Aprovechad sensatamente el tiempo viviendo bien y disfrutando sobria, apacible y felizmente, si podéis, de todo lo bueno que os ofrezca la vida y gozando del fruto de vuestro trabajo, porque eso es lo único que sacaréis en claro, ya que, en cuanto la

muerte pone el punto final a la vida, desaparecen el conocimiento y la noción de bien y de mal.

Como no es el libertinaje (tal como alguno podría pensar) lo que me ha hecho adoptar estas opiniones, sino que he sido convencido por la fuerza de la verdad y la evidencia de los hechos, no pido ni quiero que ni vosotros ni nadie me crea sólo de palabra en algo de tanta importancia. Antes bien, deseo que sepáis y os deis cuenta de que es verdad todo lo que digo porque me apoyo en razones y pruebas claras y convincentes. Os voy a dar pruebas tan claras y convincentes como las que pueden ofrecerse en cualquier ciencia, e intentaré hacéroslas tan claras e inteligibles que, a poco que tengáis una pizca de sentido común, comprenderéis sin ningún esfuerzo que estáis en el error y que, en materia de religión, os han hecho tragar carros y carretas. Sí, acabaréis por daros cuenta de que todo lo que os obligan a creer en nombre de la fe divina no merece que le concedáis ninguna fe humana.

Primera prueba

4

De la vanidad y falsedad de las religiones, que son sólo invenciones humanas

Aquí está la primera de mis razones y de mis pruebas. Parece claro y evidente que intentar hacer pasar por divinas y sobrenaturales leyes e instituciones que son puramente humanas no es más que falsedad, error, quimera, mentira e impostura. Porque una cosa es cierta: las religiones que hay en el mundo son, como he dicho ya, invenciones e instituciones puramente humanas, y también es cierto que los primeros que las inventaron no hicieron sino servirse del nombre y la autoridad de Dios para que la gente aceptara más fácilmente las leyes y mandamientos que querían imponerles. Es necesario reconocer que esto es verdad para la mayor parte de las religiones o, de lo contrario, hay que admitir que son realmente instituciones divinas.

Pero una cosa está clara: las religiones no pueden ser realmente divinas todas ellas ya que se contradicen unas a otras y sus credos se contraponen, por lo que resulta evidente que, si se contradicen en sus principios y en su doctrina o sus puntos principales, no pueden ser todas verdaderas ni pueden, por tanto, provenir del mismo principio de verdad conocido como Dios. De ahí que nuestros cristícolas romanos, que condenan a todas las demás, tienen que decir y se ven obligados a admitir que no puede haber más que una religión verdadera, que, como no podía ser de otra forma, es la suya. Por eso tienen por principio fundamental de su doctrina y su credo que no hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y una sola Iglesia católica, apostólica y romana, fuera de la cual no hay salvación (Efesios, 4,5-6).

De lo que acabo de exponer saco la conclusión evidente de que la mayor parte de las religiones de este mundo son, como he dicho, puras invenciones humanas, y también que quienes las inventaron sólo se sirvieron del nombre y la autoridad de Dios para que las leyes y decretos que deseaban implantar fuesen mejor aceptadas, al mismo tiempo que buscaban que la gente a la que pretendían guiar y a la que deseaban imponerse mediante semejante artimaña les honrase, temiese y respetase.

Veamos cómo habla de ello un autor juicioso: «Cuando veo —dice— al género humano dividido en tantas religiones opuestas entre sí que no hacen más que condenarse mutuamente, cuando veo cómo se afana vigorosamente cada uno en defender la suya y cómo emplean para ello diferentes artificios, llegando incluso a la violencia, mientras que hay tan poca gente, por no decir nadie, que muestre con sus actos que cree en lo que profesa con tanto ardor, estoy a un paso de concluir que son los políticos los que han inventado semejante variedad de cultos, acomodando el modelo a las inclinaciones de la gente a la que deseaban engañar. Pero, por otro lado, cuando considero que el celo furioso y la obstinación insuperable de la mayoría de la

gente se muestran como algo natural y desprovisto de maquillaje, me siento inclinado a concluir, con Cardan, que “la variedad de religiones depende de la diferente influencia de los astros, y que hay en todas ellas una apariencia tan equilibrada de verdad y falsedad que, ateniéndome a la sola razón humana, no sabría a favor de cuál de ellas podría decidirme» (*L’Espion turc*, tomo III, carta 78).

Es sabido que, gracias a esta artimaña y a esta trampa de la que estoy hablando, Numa Pompilio, rey de los romanos, consiguió apaciguar las rudas y ariscas costumbres de su pueblo al ir reblandeciendo poco a poco, según asegura cierto autor, la dureza y ferocidad de sus corazones gracias a las suaves y fervientes prácticas religiosas a las que les fue acostumbrando mediante fiestas, danzas, canciones, sacrificios, procesiones y otros ejercicios religiosos de índole parecida, que tenían que cumplir obligatoriamente so pretexto de honrar a los dioses, tal y como él mismo los cumplía. Les enseñó también la forma de realizar los sacrificios. Instituyó a este fin una serie de ceremonias especiales que calificó de *santas* y *sagradas*, y dispuso que hubiese sacerdotes encargados especialmente de todo cuanto tuviera que ver con honrar y servir a los dioses. Hizo creer a sus súbditos que todo cuanto hacía y todo cuanto les ordenaba provenía de los propios dioses a través de la ninfa o diosa Egeria, la cual le revelaba la voluntad de los mismos.

De igual manera se sabe que Sertorio, el famoso jefe de los ejércitos de España, se valió de un artificio idéntico para poder disponer de las tropas a su voluntad. Lo consiguió convenciéndolas de que una cierva blanca que tenía y estaba siempre a su lado le transmitía la voluntad de los dioses a la hora de tomar decisiones. Zoroastro, rey de los bactrios, hizo lo propio convenciendo a su pueblo de que las leyes que les daba provenían del dios Oromasis. Trismegisto, rey de los egipcios, les dio leyes bajo el patrocinio y autoridad de Mercurio. Zalmoxis, rey de los escitas, decretó las suyas bajo la advocación de la diosa Vesta. Minos, rey de Candia, publicó las suyas bajo la advocación del dios Júpiter (*Dictionnaire Historique*). Charondas, legislador de la Cólquida, decretó también las suyas bajo la advocación del dios Saturno. Licurgo, legislador de los lacedemonios, publicó las suyas bajo la advocación del dios Apolo. Dracón y Solón, legisladores de los atenienses, publicaron igualmente sus leyes bajo la advocación de la diosa Minerva, tal y como hicieron muchos otros, porque no hubo casi pueblo en aquellos tiempos que no tuviera los dioses que les dictaba su fantasía. Moisés, legislador de los judíos, publicó sus leyes bajo la advocación de un dios que se le apareció en una zarza ardiente. Jesús, hijo de María, denominado Cristo, que fue el jefe de la secta y religión cristiana que profesamos, les decía a los suyos, es decir, a sus discípulos, que no había venido por sí mismo sino que le había enviado Dios, su padre, y que únicamente decía y hacía lo que su padre le había ordenado decir y hacer: «Yo vine de parte de Dios y aquí estoy. No vine por mi cuenta, sino que él me envió» (Juan, 8,42, 5,23, 12,49 y 14,31). Simón, llamado el Mago, engañó a la gente de Samaría convenciéndola, tanto con su palabra como con sus artimañas y sortilegios, de que se trataba de alguien muy grande, por lo que quienes le oían se

referían a él como *la gran virtud de Dios*: «Todos, del mayor al menor, le escuchaban y comentaban: ¡Éste es la Fuerza de Dios, ésa que es llamada Grande» (Hechos, 8,10). Menandro, su discípulo, decía ser el salvador enviado del cielo para la salvación de los hombres. Por último, y pasando por alto a muchos otros, éste ha sido también el caso del famoso y falso profeta Mahoma, que utilizó las mismas tretas al propagar sus leyes y su religión por todo Oriente haciendo creer a su gente que se las había transmitido el mismísimo cielo a través del arcángel Gabriel.

Estos ejemplos y muchos otros semejantes que podría citar muestran bastante a las claras que los diferentes tipos de religión que se ven y se han visto a lo largo y ancho de este mundo sólo son, en realidad, invenciones humanas plagadas de errores, mentiras, quimeras e imposturas, lo que le permitió al prudente señor francés de Montaigne decir que este expediente ha sido utilizado «por todos los legisladores, y no hay política ni gobierno que no contenga su mezcla de quimeras ceremoniosas u opiniones falaces que sirven de bridas para mantener a la gente en su lugar; de ahí que la mayoría de ellas tenga unos orígenes y unos comienzos fabulosos enriquecidos por elementos sobrenaturales, siendo eso mismo lo que las ha hecho admisibles para la gente juiciosa» (*Ensayos*, II, 6).

5

Razones por las que los políticos se sirven de los errores y mentiras de las religiones

Según esto, el gran cardenal Richelieu observa en sus *Réflexions politiques* que «no hay nada en que los príncipes se muestren más ingeniosos que a la hora de buscar pretextos para hacer plausibles sus demandas, y como la religión —dice— causa más impresión en el espíritu que los demás, piensan haber adelantado mucho cuando consiguen ocultar sus propósitos con ella» (libro III, pág. 31). «Bajo esta máscara —prosigue— han escondido sus ambiciosas pretensiones» (hubiese podido añadir: y sus acciones mas odiosas). Respecto a la peculiar conducta que Numa Pompilio observó con sus súbditos dice que «a este rey no se le ocurrió mejor invención para que sus leyes y actos fuesen aceptados con agrado por el pueblo romano que decirle que obraba bajo el consejo de la ninfa Egeria, la cual le comunicaba la voluntad de los dioses». En la *Histoire romaine* se dice que las personas más importantes de la ciudad de Roma, tras haber empleado inútilmente toda clase de artimañas para impedir que el pueblo romano pudiese participar en las magistraturas, «recurrieron finalmente al pretexto de la religión e hicieron creer al pueblo que, después de haber consultado a los dioses sobre este particular, éstos les habían dicho que la participación del populacho no haría más que profanar la dignidad de la república y que, por eso, le suplicaban encarecidamente que renunciase a semejante pretensión, fingiendo actuar así para dar satisfacción a los dioses y no por su interés particular».

Y la razón por la que los políticos actúan de ese modo con la gente —según Escévola, gran pontífice, y Varrón, gran teólogo de su época— es porque parece mejor que la gente ignore las cosas ciertas y se crea las falsas. «El divino Platón —observa el señor de Montaigne— dice con todo desparpajo en *La República* que hay que engañar a la gente en su propio beneficio» (*Ensayos*, II, 12).

Sin embargo, los primeros inventores de esas santas y piadosas jugarretas conservaban, al parecer, algún resto de pudor y modestia o, al menos, no picaban con su ambición tan alto como hubiesen podido, ya que se contentaron con atribuirse el honor de ser los depositarios e intérpretes de la voluntad de los dioses, sin aspirar a mayores prerrogativas. Pero muchos de los que vinieron después llevaron su ambición más lejos. Les parecía poco decir que sólo habían sido inspirados o enviados por los dioses de modo que se declararon dioses o, mejor dicho, alcanzaron tal grado de locura que quisieron que los consideraran como a dioses y los honraran como a tales.

Ocurrió muy frecuentemente entre los emperadores romanos. *La Histoire romaine* hace referencia, entre otros, al caso del emperador Heliogábalo, el individuo más disoluto, licencioso, infame y execrable que haya existido jamás, lo que no fue óbice

para que se atreviese a inscribir en vida su nombre entre los dioses, ordenando que los magistrados invocaran al nuevo dios Heliogábalo al invocar los de los demás cuando hiciesen sacrificios, y eso a pesar de que no figuraba en el panteón de los dioses de Roma. El emperador Domiciano tuvo la misma ambición. Quiso que el Senado erigiera estatuas suyas de oro y mandó por decreto público que en cartas y documentos se le declarara dios y señor. El emperador Calígula, uno de los tiranos peores, más infames y odiosos que haya existido jamás, quiso que lo adorasen como a un dios. Colocó estatuas suyas delante de las de Júpiter, sustituyó muchas cabezas de este dios por réplicas de la suya, y envió una estatua suya a Jerusalén para que fuese colocada en el templo (*Dictionnaire Historique*). El emperador Cómodo hizo que le llamaran Hércules, hijo de Júpiter, el mayor de los dioses; a tal fin se vestía con una piel de león y utilizaba una maza imitando a Hércules, y de tal guisa merodeaba día y noche llevando su locura hasta matar a varias personas.

No hubo sólo emperadores sino personas de condición más baja, e incluso de baja extracción y fortuna, que fueron atacadas por esta quimera y tuvieron la loca ambición de creerse dioses y hacer que las tomaran por tales. Se conoce, entre otros, el caso de un tal Psafón el libio, un tipo desconocido y de baja cuna que, habiendo querido hacerse pasar por dios, se valió de un truco que le funcionó muy bien durante algún tiempo. Amaestró varios pájaros y les enseñó que repitieran: «Psafón es un gran dios, Psafón es un gran dios». Luego los soltó y se dispersaron por diferentes lugares llegando hasta los rincones más apartados. Encaramados a las ramas, los pájaros repetían: «Psafón es un gran dios, Psafón es un gran dios». La gente que los oía e ignoraba la triquiñuela comenzó a venerar al nuevo dios ofreciéndole sacrificios hasta que se descubrió el truco y dejó de adorarle (*Dictionnaire Historique*, I, 6, cap. 4).

Se dice igualmente que un cartaginés llamado Annón quiso servirse de una engañifa similar movido por un fin idéntico, pero no le salió tan bien como a Psafón, ya que, en cuanto los soltó, los pájaros olvidaron el latiguillo que les había enseñado: «Annón es un gran dios, Annón es un gran dios». Si no me equivoco, el cardenal Perron habla de dos doctores en teología, uno de los cuales se creía el Padre eterno y el otro el hijo del Dios eterno.

Podríamos citar muchos otros ejemplos de individuos aquejados de esta locura o, si se prefiere, de esta temeridad, lo cual nos llevaría a suponer que la creencia en los dioses pudo deberse a que un puñado de hombres tan vanos como presuntuosos se atribuyó el nombre y la condición de dios. Hipótesis que resulta conforme con lo que aparece en el libro de la Sabiduría y que está relacionada con el comienzo de la idolatría, tal como puede verse en el capítulo 14 de dicho libro.

6

Los antiguos tenían por costumbre incluir a los emperadores y notables en el rango de los dioses. El orgullo de los notables, la adulación de unos y la ignorancia de otros han introducido y autorizado este abuso

Pero si ha habido hombres lo bastante fatuos, temerarios y presuntuosos como para atribuirse la condición de dioses, todavía son más los que han sido lo bastante tontos como para habérsela concedido a otros por adulación, por cálculo político o por cobardía, ya que, por regla general, los hombres suelen caer en indignidades de esa índole sólo por adulación, por cálculo político o por cobardía. Los aduladores de Alejandro Magno querían convencerle de que pertenecía a la raza y sangre de los dioses, asegurándole que era hijo de Júpiter. Una vez que Rómulo, primer rey de los romanos, desapareció sin que se supiese qué había sido de él (se creyó que los senadores lo habían asesinado y descuartizado porque se había vuelto demasiado odioso), lo elevaron al rango de los dioses con el nombre de Quirino por recomendación de un tal Próculo, que dijo que se le había aparecido en el esplendor de su gloria y armado espléndidamente.

De igual manera, el Senado romano incluyó a Claudio en el rango de los dioses y mandó erigir en su honor una estatua de oro justo al lado de la de Júpiter. Marco Aurelio, uno de los mejores emperadores, elevó a su colega Lucio Vero a la categoría de dios y mandó construir un templo para su mujer Faustina, pese a lo impúdica que era, agradeciendo al Senado que le hubiera tributado honores divinos (*Histoire romaine*, libro III). El emperador Trajano, un gobernante bueno y excelente, fue elevado por el Senado al rango de dios después de su muerte. Antonino Pío, el más justo y moderado de los emperadores que conoció el Imperio, fue llorado por todos cuando murió. El Senado le otorgó honores divinos después de muerto y todo el mundo decía, según la *Histoire romaine*, que entre los muchos príncipes de la Tierra nadie mereció como él esa distinción por su mucha bondad, su piedad, su clemencia, su inocencia y su moderación a la hora de gobernar la república (*Histoire romaine*, libro III). Mesa, abuela del emperador Alejandro Severo, fue colocada a su muerte entre los dioses. El emperador Adriano sintió tanto dolor tras la muerte de su amado amigo Antínoo que construyó una ciudad en su honor, a la que llamó Antinópolis. Allí le dedicó altares y estatuas como si se tratara de un dios y comprometió a todas las plumas que había en Grecia para que cantaran sus alabanzas. La adulación alcanzó un grado tan alto que los griegos, para complacerle, dijeron que aquel nuevo dios emitía oráculos en su templo y, en el colmo de la vanidad, aseguraron que su alma se había convertido en una estrella que hizo su aparición en el cielo en cuanto murió, por lo que Adriano, que recibía con agrado cuanto supusiese exaltar su pasión,

bautizó la estrella con el nombre de constelación de Antínoo y estimó en mucho a quienes le ofrecieron un consuelo tan miserable en medio de su dolor (*Histoire romaine*, libro III).

En tiempos del emperador Claudio, cuando llegó a Roma Simón el Mago, gozó de tanto prestigio gracias a sus imposturas y mixtificaciones que le erigieron una estatua con la leyenda: *A Simón el Mago, dios santo*. «El emperador Augusto —dice el señor de Montaigne— tuvo tantos templos como Júpiter y fue objeto de la misma devoción y fe en que podía hacer milagros» (*Ensayos*, II, 12). «El día convenido, Herodes, vestido con las vestiduras reales y sentado en su estrado, los arengaba, mientras el pueblo exclamaba: ¡Voz de dios, no de hombre!» (Hechos, 12,21). En resumidas cuentas, según asegura la *Histoire romaine*, era cosa corriente que los emperadores romanos, incluidos los peores y más odiosos, fuesen elevados a la categoría de dioses.

7

Creían que los hombres podían llegar a ser dioses después de morir

Antiguamente era también costumbre entre los pueblos deificar y elevar al rango de dioses a quienes hubiesen destacado por sus excelentes virtudes, o hubiesen rendido servicios considerables al país, o le hubiesen conseguido beneficios notables. De ahí que el señor de Montaigne haya podido decir: «El hombre es realmente insensato. No es capaz de crear una pulga y fabrica dioses por docenas e incluso por miles, y establece con toda precisión hasta dónde se extiende el poder de cada uno. Algunos de los dioses forjados en la Antigüedad son viejos y decrépitos, unos están casados, otros no, unos son jóvenes, uno cura a los caballos, otro a los hombres, uno la tiña, otro la tos, uno determinada clase de peste, otro otra. Uno hace que nazcan las uvas, otro las aguas, uno se encarga de la lujuria, otro del comercio; para cada clase de artesanos hay un dios, y los hay tan menudos y vulgares (su número llegó a ser tan grande que había 36.000), que tuvieron que juntarse —dice— 5.000 o 6.000 para producir una sola espiga de trigo; y ponían tres para una puerta, el de la hoja, el de los goznes y el del umbral; cuatro para un niño, el que protegía su camisa, el de la bebida, el de la comida y el de mamar; y a cada dios le rendían culto de manera diferente. Da lástima ver cómo los hombres se engañan a sí mismos con sus propias patrañas e invenciones, tal como se engañan los niños con el rostro que acaban de pintarrajear a un compañero. Les dan miedo sus propias invenciones» (*Ensayos*, II, 12).

Según Plinio, no hay cosa que muestre mejor la imbecilidad del hombre que representar a la divinidad mediante efigies o imágenes. Si una de las mayores tonterías es creer que existen dioses, todavía parece mayor forjarlos según virtudes y vicios de los hombres, tales como la castidad, la concordia, el honor, la clemencia, la verdad, la fe, etc. Los hombres crearon estas divinidades porque se sentían frágiles y estaban abrumados por el trabajo; de ahí que, al tener que enfrentarse a la enfermedad y la pobreza, que era lo único que les afectaba, rindieran culto a aquello de lo que carecían. Por eso los dioses cambiaban de nombre a tenor de las regiones y por eso en una misma región había infinidad de dioses, entre los que no faltaban los infernales y los de distintas enfermedades, así como los de todo tipo de pestes debido al miedo que sentían ante ellas. Estas supersticiones dieron origen a cosas como el templo de la fiebre, fundado y consagrado en el Palatino, o el de Orbona, diosa que mataba a los niños. Próximo al templo de los genios y espíritus familiares se hallaba el de la mala fortuna, enclavado en el monte Esquilino. Es un prodigio que haya más dioses en el cielo que hombres en la Tierra, ya que cada cual forja los dioses que le dicta su fantasía. Los hombres toman por patronos a dioses como Júpiter, Juno, Saturno, Marte y muchos más porque antiguamente se consagraba dios, en signo de

reconocimiento, a todos cuantos y cuantas hicieran el bien (Plinio, *Historia natural*, II-V, 14, 16).

De ahí provienen los dioses y diosas que los romanos adoraban bajo el nombre de Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Apolo, Esculapio, etc., y las diosas que veneraban bajo el nombre de Juno, Diana, Ceres, Minerva, Palas, Venus, etc., porque estas hermosas divinidades no son más que productos de la vanidad y la locura humanas.

Hay pueblos tan cegados por la superstición que han otorgado la divinidad a animales desagradables y sucios como perros, gatos, bueyes, serpientes, etc., e incluso a cosas inanimadas como el fuego, el sol, la luna, las estrellas, las piedras, los bosques, etc. El señor de Montaigne consideraba que otorgar la divinidad a los hombres era la más delirante y ridícula de todas esas vanidades: «Por qué convertimos a los hombres en dioses, tal y como hacían en la Antigüedad, va más allá de lo que se puede decir con palabras. Por mi parte, pienso que habría sido un fervoroso seguidor de quienes adoraban a las serpientes, a los perros o a los bueyes, ya que su naturaleza nos resulta más desconocida; de ahí que podamos imaginar cuanto nos plazca acerca de ellos, pudiendo llegar incluso hasta atribuirles facultades extraordinarias. Pero para poder fabricar dioses a partir de nuestra débil condición ha tenido que producirse una extraordinaria ofuscación en el entendimiento humano, porque conocemos perfectamente nuestras imperfecciones y no por ello hemos dejado de atribuirles a los dioses el deseo, la cólera, la venganza, los engendramientos, el amor, los celos, nuestros miembros, nuestros huesos, nuestras fiebres, nuestros placeres, nuestros muertos y hasta nuestras sepulturas, de la misma manera que hemos otorgado la divinidad no sólo a la fe, la virtud, el honor, la paz, la concordia, la libertad, la victoria, la piedad, etc., sino también a la voluptuosidad, el fraude, la muerte, la envidia, la vejez, la miseria, el miedo, la fiebre, el infortunio y otras miserias propias de esta vida frágil y caduca» (*Ensayos*, II, 12).

De ello se burló con ganas Agesilao, conocido como el gran rey de Tesalia, cuando los tesalios fueron a decirle que lo consagraban dios debido a las muchas mercedes que habían recibido de él: «¿Así que tenéis la facultad de hacer dios a quien os plazca? Pues bien, escoged a uno de vosotros y declaradlo dios, a modo de prueba, y en cuanto haya visto si queda bien os daré las gracias por vuestro servicio». Los egipcios prohibían bajo pena de muerte que alguien dijera que sus dioses Serapis e Isis fueron anteriormente seres humanos, pese a que nadie ignoraba que lo fueron. Según Varron, sus efigies con el dedo en la boca servían para recordar a los sacerdotes el misterioso mandato de silenciar su origen mortal, a fin de que su veneración no resultara aniquilada.

Los cristianos defienden la idea contraria: es decir, la condición mortal de su dios Cristo, pues glorifican su nacimiento, su pobreza, su miseria, las persecuciones que sufrió y hasta su muerte vergonzante e ignominiosa.

8

Origen de la idolatría

Se dice que el primer inventor de falsas divinidades fue un tal Niso, hijo de Baal, primer rey de los asirios, y que ello ocurrió en tiempos del nacimiento del patriarca Isaac, 2101 años después de que, según los hebreos, fuese creado el mundo. Niso erigió a la muerte de su padre un ídolo que recibiría más adelante el nombre de Júpiter, y quiso que fuera venerado como un dios; de ahí dicen que provienen las idolatrías que pueblan el mundo. Cécrope, primer rey de Atenas, fue el primero que invocó a Júpiter al ordenar que se le hiciesen sacrificios en todos sus dominios, y por ello fue el padre de todas las idolatrías que vinieron después. Jano, un antiguo rey de Italia, fue el primero, según Macrobio, que mandó erigir templos a los dioses y les ofreció sacrificios, siendo el primero que divulgó la idea de dios entre la gente. Jano fue a su vez reconocido y venerado como un dios, de tal manera que los romanos no ofrecían sacrificios a ningún dios sin haber invocado antes a Jano.

Hasta los autores que los cristícolas consideran *santos* y *sagrados* dicen lo mismo respecto a la invención y origen de las falsas divinidades, y no sólo atribuyen su origen e invención al hombre sino que aseguran que la invención y culto a esas falsas divinidades son la causa, fuente y origen de todas las maldades que se han extendido por el mundo, pues en el Génesis se dice que fue Enós, hijo de Set, nieto de Adán, el primero que empezó a invocar el nombre de Dios (Génesis, 4,26). Y en el libro de la Sabiduría se dice textualmente que la invocación y el culto de los ídolos o de las falsas divinidades es el origen, causa, principio y fin de todos los males que hay en el mundo (Sabiduría, 14,27).

Así hablan los libros supuestamente santos de la invocación a las falsas divinidades y el comienzo de ello: «Un padre, desconsolado por un luto prematuro, hace una imagen del hijo malogrado, y al que antes era un hombre muerto, ahora lo venera como un dios e instituye misterios e iniciaciones para sus subordinados. Más tarde, con el tiempo, esta impía costumbre se arraiga como ley» (Sabiduría, 14,15-16).

«También por decreto de los soberanos se daba culto a sus estatuas; como los hombres, viviendo lejos, no podían venerarlos en persona, representaron a la persona remota haciendo una imagen visible del rey venerado, para así, mediante esta diligencia, adular presente al ausente. La ambición del artista promovió este culto, atrayendo aún a los que no lo conocían. En efecto, queriendo tal vez halagar al potentado, lo favorecía, forzando hábilmente el parecido, y la gente, atraída por el encanto de la obra, juzga ahora digno de adoración al hombre que poco antes veneraba» (Sabiduría, 14,17-20).

«Este hecho —según los libros sagrados de los cristícolas— resultó una trampa para el mundo: que los hombres, bajo el yugo de la desgracia y el poder, impusieron el nombre incomunicable a la piedra y al leño. Luego no les bastó errar acerca del conocimiento de Dios, sino que, metidos en la guerra cruel de la ignorancia, saludan a esos males con el nombre de paz. En efecto, celebrando iniciaciones infanticidas o misterios secretos o frenéticas orgías de extraño ritual, ya no conservan pura ni la vida ni el matrimonio, sino que unos a otros se acechan o se hacen sufrir con sus adulterios. Todo lo domina un caos de sangre y crimen, robo y fraude, corrupción, deslealtad, anarquía, perjurio, desconcierto de los buenos, olvido de la gratitud, impureza de las almas, perversiones sexuales, desórdenes matrimoniales, estupro y desenfreno. Porque el culto a los innominables ídolos es principio, causa y fin de todos los males» (Sabiduría, 14,21-27).

Estos testimonios que os he ofrecido nos muestran claramente no sólo que todas las religiones que existen o han existido en este mundo son y han sido invenciones humanas sino que las divinidades que veneramos han surgido del trabajo e ingenio de los hombres, y que de esa veneración y esas divinidades proceden los peores males de la vida, el origen, causa, principio y fin de todos los males de este mundo. Y lo que confirma esta verdad es que nunca se ve ni se ha visto nunca en ninguna parte que la divinidad se haya mostrado pública y manifiestamente a los hombres, ni que alguna divinidad les haya dado pública y manifiestamente ley alguna, precepto o mandamiento.

«Observad —dice el señor de Montaigne— el registro que la filosofía ha llevado de los asuntos celestes y divinos desde hace miles de años, y veréis que los dioses sólo han hablado y actuado a través de los hombres e incluso a través de un hombre en concreto, con la particularidad de que siempre lo han hecho secretamente y como a escondidas, si no lo hicieron de noche gracias a la imaginación y en sueños» (*Ensayos*, pág. 501), tal y como aparece en los libros de Moisés, que los cristícolas han hecho suyos.

Así es como hacen hablar a Dios: «Cuando entre vosotros hay un profeta del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños» (Números, 12,6). Así es como está escrito que se mostró y habló a otros varios, si hay que creer a nuestros supersticiosos deícolas y cristícolas, que cantan en una de sus solemnidades, la del domingo de la octava de Navidad, las siguientes palabras sacadas del libro de la Sabiduría: «Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu palabra todopoderosa se abalanzó desde el trono real de los cielos» (Sabiduría, 18,14-15).

Pero, si fuesen en realidad los dioses los que han hablado y hablan así a los hombres, como quieren hacernos creer, ¿por qué buscan esconderse al hacerlo? ¿Por qué no muestran más bien su gloria, su potencia, su sabiduría y su suprema autoridad en todas partes? Si hablan, no es o no debería ser sino para que la gente les escuche; y si quieren dar leyes, preceptos y mandamientos a los hombres, no debería ser más que

para que la gente los siga y acate. ¿Para ello tienen que hablar a los hombres en secreto? ¿A escondidas? ¿Necesitan utilizar el órgano vocal y el ministerio de unos hombres que les resultan imprescindibles? ¿No pueden hablar y hacerse escuchar por sí mismos? ¿Y a todos los hombres? ¿No pueden publicar por sí mismos las leyes y hacerlas observar? Porque si esto es así, sólo están dando muestras de debilidad e impotencia, ya que no pueden pasarse sin el concurso de los hombres en algo que les toca tan de cerca. Y si no quieren o no se dignan mostrarse ni hablar manifiesta y públicamente a los hombres, con ello no hacen más que darles pie para todo tipo de desconfianzas y para que duden de la propia verdad de sus palabras, puesto que todas esas presuntas revelaciones nocturnas, de las que tanto se jactan los idólatras deícolas, resultan demasiado sospechosas y se hallan demasiado expuestas y sujetas a la fantasía como para merecer crédito alguno. No es creíble de ninguna manera que unos dioses supuestamente sabios y buenos hayan querido servirse de una vía tan sospechosa y engañosa para mostrar su voluntad a los hombres. Porque al adoptar un procedimiento como ése, consiguen únicamente que las personas duden no sólo de la verdad de sus palabras sino hasta de su propia existencia, dándoles motivos más que suficientes para creer que no existen, como así es, en efecto. Porque no es creíble de ninguna manera que, si realmente hubiera dioses, estuviesen dispuestos a soportar que tantos impostores abusasen de sus nombres y su autoridad para engañar tan impunemente a los hombres.

Por otra parte, basta con que unos simples particulares digan que Dios se les ha aparecido en secreto o en sueños para hablarles y revelarles en secreto tales o cuales misterios o para transmitirles, también en secreto, tales o cuales leyes y mandamientos; basta, digo, con que unos simples particulares puedan decir eso, aportando, si es preciso, algún que otro presunto milagro a modo de apoyo a sus palabras, para que no falten los impostores, como es claro y evidente, que podrían decir lo mismo y con idéntico aplomo. ¿Qué les impediría asegurar que también ellos habían tenido visiones y revelaciones del cielo, qué les impediría decir que Dios también les había hablado y revelado todo cuanto quisieran que los demás creyesen? Así, quienes pretenden haber recibido revelaciones secretas de misterios, leyes, mandamientos o designios de Dios o de los dioses, si se prefiere, no resultan creíbles en absoluto en lo que dicen y no merecen siquiera ser escuchados, porque no resulta verosímil, como he dicho, que los dioses, que se supone son totalmente sabios y buenos, hayan podido querer valerse de una vía tan sospechosa y engañosa como ésa para transmitir su voluntad a los hombres.

Pero, cabe preguntarse, ¿cómo ha podido propagarse de manera tan generalizada a lo largo y ancho de este mundo semejante cúmulo de imposturas y errores? ¿Y cómo ha podido mantenerse arraigado durante tanto tiempo y de manera tan fuerte en el espíritu de los hombres? No parece raro que se extrañen quienes sólo saben juzgar las cosas humanas por su aspecto externo, desconociendo los resortes secretos que las mueven; pero quienes saben juzgar de otra manera y miran las cosas de cerca,

quienes saben cómo funcionan los resortes de la política humana más sutil y conocen los engaños y tretas de los que se valen los impostores para alcanzar sus metas, no se inmutan, ya que están de vuelta de cualquier sutileza y argucia. Pues bien, quienes están familiarizados con los asuntos humanos saben, por un lado, de qué son capaces el orgullo y la ambición, y saben, por otro, que los poderosos de la Tierra encuentran siempre aduladores que, por complacerles mezquinamente, aprobarán cuanto hagan y se propongan. Saben que los impostores y los hipócritas emplean toda clase de trampas y artimañas para conseguir sus fines. Y saben, por último, que las buenas personas, al ser tan débiles e ignorantes como son, no conseguirán ver ni descubrir por sí mismas las trampas y artimañas de las que se están sirviendo para engañarles, ni saber tampoco cómo resistirse al poder de los poderosos que les hacen doblegarse a su antojo bajo el peso de su autoridad. Las idolatrías y supersticiones han podido extenderse por la faz de la Tierra debido a todo esto, es decir, a la autoridad de los poderosos, a las trampas y tretas de los impostores y embusteros, así como a la ignorancia y debilidad de la buena gente. Y debido precisamente a todo ello, se mantienen y fortalecen cada día un poco más.

Nada se presta mejor a la impostura y los progresos que hace en el mundo que la ávida curiosidad de la gente por escuchar cosas extraordinarias y prodigiosas, así como la gran facilidad que tiene para creer en ellas. Por eso, al ver que les gusta oír hablar de ellas con placer, al percatarse de que las escuchan con asombro y admiración, y de que las contemplan como si fuesen verdades firmes, los hipócritas, por un lado, y los impostores, por otro, no hacen sino inventar y contarles con sumo placer cuantas fábulas están dispuestas a tragarse.

Así dice al respecto el señor de Montaigne (*Ensayos*, I, 32): «El verdadero campo y objeto de la impostura son las cosas desconocidas. Porque, en primer lugar, su misma extrañeza les confiere autoridad y, además, al no estar sometidas a nuestros razonamientos comunes, nos privan del medio de combatirlas. Por tal motivo, según Platón, es mucho más fácil intervenir cuando se habla sobre la naturaleza de los dioses que cuando se hace sobre la naturaleza de los hombres. En efecto, la ignorancia de los oyentes brinda un bello y amplio campo a la elocuencia, y concede plena libertad al manejo de una materia oculta. Sucede así que no hay nada que se crea con mayor firmeza que aquello de lo que menos se sabe, y que no hay personas tan convencidas como quienes nos cuentan fábulas. Y aunque la variedad y la discordancia continuas de lo que nos están diciendo les induzcan a contradicciones manifiestas, no por ello dejan de seguir a lo suyo y pintar con el mismo lápiz lo blanco y lo negro».

«No hay opinión por rara y extravagante que sea, por no mencionar las groseras imposturas de las religiones, con la que no se hayan embriagado pueblos importantes e individuos de lo más capaces. No hay opinión por rara y extravagante que sea que la costumbre y la impostura no hayan implantado en las regiones que mejor les ha parecido. Considero que no hay fantasía, por delirante que sea, que no haya sido

concebida por la imaginación humana y de la que no se pueda encontrar ejemplo de que haya recibido uso público y, por tanto, que nuestra razón no haya sustentado en alguna apariencia de razón o sobre supuestos milagros, pues los milagros se basan más en la ignorancia que tenemos de las cosas de la naturaleza que en el propio ser de ésta» (*ibid.*, I, 23).

«En efecto, no hay opinión por falsa y errónea que sea que no haya tomado cuerpo ni tenido promotor, ni práctica, por extravagante que sea, que no haya sido autorizada por alguna ley (*Recueil de conferénces*, tomo V, pág. 395). Todo lo que concierne a los augurios pertenece a esa clase, y la razón estriba en que verdad y mentira tienen el mismo rostro y el mismo porte, gusto y aspecto. Y las vemos a ambas con los mismos ojos».

«¿Por qué a los hombres les gusta mentir? ¿Y por qué, lejos de contentarse con soltar mentiras, les agrada tanto oírlas y disfrutan cuando se les habla de cosas que no son más que patrañas, o bien cuando las cuentan ellos mismos? Porque les sacan provecho».

«Hay mucha gente, entre la que no faltan grandes personalidades, que no sólo se complace en engañar a los demás sino en engañarse a sí mismos, lo que me produce una mezcla de asombro e indignación —dice Luciano—. Por no mencionar a los poetas, ahí tenemos a historiadores como Ctesias, Heródoto y muchos más que, no contentos con engañar a sus contemporáneos, destinaron sus fábulas a la posteridad».

“¿Pero se puede tolerar, siquiera entre los poetas, que se digan cosas como que Saturno castró a su padre? ¿O que Venus fue engendrada por la espuma del mar y que Prometeo fue encadenado a una cruz en el Cáucaso, donde recibía la visita de un águila que le devoraba continuamente el hígado? ¿O que los gigantes hicieron la guerra a los dioses? Por no mencionar las tragedias de los infiernos y las diversas metamorfosis de Júpiter. Ni el resto de tonterías, más las que se dicen acerca de las quimeras, gorgonas, cíclopes y ensoñaciones del mismo calibre destinadas a dar miedo a los niños.

«Pase con los poetas e historiadores, que no tenían mejor cosa que largarnos en aquel tiempo, ¿pero qué decir y pensar de pueblos enteros, como el de los candiotas, que enseñaban la tumba de Júpiter, y los atenienses cuando decían que Erictón y sus predecesores habían nacido de la tierra como si fueran berzas? ¡Quién las sembraría! Los tebanos mostraron que eran aún más extravagantes, pues aseguraban que habían nacido de los dientes de una serpiente.»

«Sin embargo, los que entre ellos no creían en estas cosas ni otras patrañas semejantes eran considerados impíos, como si, por no creer en ello, estuviesen atacando a los dioses o pusiesen en duda su poder: hasta ese punto ha llegado la credulidad entre los hombres. Por lo que a mí respecta —dice también Luciano—, perdono a las ciudades que han actuado así para que su origen parezca más augusto».

«Pero ver —prosigue— cómo los filósofos, que trabajan buscando la verdad, se complacen en contar y escuchar fábulas de semejante naturaleza como si fuesen

verdades infalibles me resulta incomprensible y lo encuentro ridículo e insoportable. Acabo de llegar —prosigue— de casa de ***, donde he escuchado tantas sandeces que estaba deseando marcharme porque no podía aguantar ni a los que las soltaban ni a los que se complacían escuchándolas» ([Luciano], *El incrédulo*, II).

En sus comienzos, la Iglesia cristiana se vio muy alterada por las imposturas de hechiceros y herejes, dice el autor de las *Crónicas* (pág. 239). Sería excesivo traer aquí más testimonios. Con los que he mencionado debería bastar para mostraros que las religiones no son más que inventos humanos y que, por consiguiente, todo lo que enseñan y obligan a creer, haciéndolo pasar por divino y sobrenatural, no es más que error, quimera e impostura. Errores por parte de quienes creen, con total ligereza, en cosas que nunca han existido ni existieron jamás o que fueron de manera muy distinta de la que suponen. Errores de quienes se imaginan ver o escuchar cosas que no existen. Mentiras de quienes predican esta clase de cosas contra su propia ciencia y conocimiento. Y por último, imposturas de quienes las inventan y las extienden para que otros las reciban como una imposición y crean en ellas. Todo esto es tan cierto y tan evidentemente verdadero que ni los idólatras deícolas y ni siquiera los cristícolas lo negarían. De ahí que se vean obligados a decir que todas las religiones, excepto la suya, están plagadas de errores, quimeras, engaños e imposturas, cosa que basta para llegar a la conclusión, como sin duda estáis viendo, de que la mayoría de las religiones son falsas. Queda por saber si, entre el inmenso número de sectas falsas y falsas religiones que hay en este mundo, habría al menos una que se pudiese considerar verdadera y de la que pudiera decirse que es más verdadera que el resto, así como que tiene la prerrogativa de ser una institución realmente divina.

Pero como no hay ninguna secta religiosa específica que no pretenda estar exenta de los errores, quimeras, mentiras e imposturas que se encuentran en las demás, le corresponde a cada una de ellas probar o demostrar que su secta es la verdadera y que se trata de una institución realmente divina. Esto es lo que sus defensores deben demostrar aportando pruebas y testimonios tan claros, seguros y convincentes que no dejen resquicio a una duda razonable, porque si las pruebas y los supuestos testimonios que pudieran aportar no fuesen tales, sería suficiente para que los considerásemos sospechosos de errores, quimeras y engaños, por lo que no se trataría de auténticos testimonios y nadie estaría obligado a creérselos. De tal manera que, si entre quienes aseguran que su religión es una institución divina, hubiera quien no pudiese aportar pruebas y testimonios claros, seguros y convincentes, nos hallaríamos ante una prueba clara, segura y convincente de que ninguna de ellas es una institución realmente divina. Y en consecuencia, habría que asegurar y tener por cierto que todas son invenciones humanas que están plagadas de errores, quimeras y engaños, ya que no se puede creer ni suponer que un Dios todopoderoso y también, como suele decirse, infinitamente bueno e infinitamente sabio, habría dado a los hombres leyes y mandamientos que no llevasen mejores señales y testimonios más seguros y auténticos de verdad que los de los impostores que tanto abundan en este mundo.

Ahora bien, ningún deícola ni cristícola, sea de la banda, secta o religión que sea, ha conseguido hacer ver mediante pruebas claras, seguras y convincentes que su religión tiene la categoría de institución divina. Prueba de ello es que, después del tiempo que llevan debatiendo y criticándose unos a otros sobre este tema, e incluso persiguiéndose a sangre y fuego a fin de mantener sus opiniones, ninguna facción ha conseguido convencer y persuadir a la parte contraria mediante el uso de testimonios de verdad, cosa que no habría ocurrido si ambas partes hubiesen aportado razones, es decir, pruebas y testimonios claros, seguros y convincentes de que se trataba de instituciones divinas. Como no hay nadie de ninguna facción, secta o religión (nadie entre los sabios e instruidos que obran de buena fe, quiero decir), como no hay nadie, insisto, entre éstos que pretenda sostener o apoyar el error y la mentira, ya que, por el contrario, cada cual pretende estar en la sola posesión de la verdad, la única manera de desterrar los errores y reunir a los hombres en paz bajo los mismos principios y el mismo tipo de religión pasaría por establecer pruebas y testimonios claros, seguros y convincentes de la verdad, para así mostrar que tal o cual religión es una auténtica institución divina y que las demás no. Entonces todos, o por lo menos las personas sabias, se rendirían ante esos testimonios de verdad claros y convincentes, por lo que cuantos se atreviesen a intentar combatirlos o a sostener la facción del error y la impostura se verían confundidos desde ese preciso instante por los testimonios claros, seguros y convincentes de la verdad contraria.

Pero como los presuntos testimonios claros, seguros y convincentes de que una institución dada pueda ser de carácter divino no se encuentran en ninguna religión, y como tampoco se encuentran en alguna de ellas más que en cualquier otra, los impostores pueden inventarse y sostener resueltamente toda clase de mentiras e imposturas. Esto es lo que hace que quienes las creen ciegamente se obstinen con tanto empecinamiento en la defensa de su propia religión. Todo esto constituye, al mismo tiempo, una prueba clara y convincente de que todas las religiones son falsas y que ninguna tiene el carácter de institución divina. Por lo cual, he tenido razón al deciros, queridos amigos, que todas las religiones que hay en el mundo son sólo invenciones humanas, y que todo cuanto se dice acerca de ellas, así como las diferentes prácticas existentes en el mundo a la hora de adorar y rendir culto a los dioses no son más que errores, falsedades, futilidades, quimeras, engaños, mentiras e imposturas.

Ésta es la primera prueba que quería ofreceros y no hay otra en su género que sea más clara, fuerte y convincente. Pero tengo unas cuantas más que no serán menos convincentes y que mostrarán con menor claridad la falsedad de las religiones en general y de nuestra religión cristiana en particular. Puesto que os mantienen cautivos de mil tipos de errores y supersticiones mediante ésta última, y dado que me gustaría desengañaros y hacer que vuestras conciencias hallaran sosiego frente a los falsos miedos y las falsas esperanzas que os transmiten acerca de una vida inexistente, me ceñiré a mostraros principalmente la futilidad y falsedad de vuestra religión. Con ello

bastará para desengañaros de las demás, ya que, al comprobar la falsedad de la que os presentan como la más pura, santa y divina, podréis juzgar con más facilidad la futilidad y falsedad del resto.

Segunda prueba

9

De la futilidad y falsedad de las religiones. La fe, una creencia ciega que se halla en la base de todas las religiones, es sólo una fuente de errores, quimeras e imposturas

Voy a proceder de la siguiente manera. Toda religión que adopte una fuente de errores, quimeras e imposturas como base de los misterios que se hallan detrás de su doctrina y su moral, y que es incluso origen funesto de disturbios y de sempiternas divisiones entre los hombres, no puede ser una religión verdadera ni de una institución divina. Ahora bien, como todas las religiones, y principalmente la religión cristiana, tienen una fuente de errores, quimeras e imposturas como fundamento de sus misterios y como regla de su doctrina y su moral, entonces… etc.

No veo que la primera proposición de este argumento pueda negarse; es demasiado clara y evidente como para dudar de su verdad. De modo que pasaré a la segunda proposición del argumento, que dice que todas las religiones, y principalmente la religión cristiana, adoptan como base de sus misterios y como regla de su doctrina y moral algo que es sólo una fuente de errores, quimeras e imposturas. Y me parece muy fácil conseguir que se vea esto claramente, pues es indudable y evidente que todas las religiones, y principalmente la cristiana, adoptan como base de sus misterios y toman como regla de su doctrina y su moral lo que llaman fe: es decir, la creencia ciega, pero al mismo tiempo firme e inamovible, en alguna clase de divinidad, así como la creencia ciega, pero al mismo tiempo firme e inamovible, en alguna clase de leyes y revelaciones divinas. Deben suponerlo así necesariamente, ya que las creencias en alguna clase de divinidad y en alguna clase de leyes divinas son las que les proporcionan la credibilidad y autoridad que tienen en este mundo, sin las cuales nadie prestaría atención seguramente a lo que enseñan ni tampoco a lo que ordenan que se haga y se practique. Por ello, no hay religión que, por encima de todo, no recomiende a sus seguidores que se mantengan firmes en la fe, es decir, que permanezcan firmes e inamovibles en su credo. De ahí viene que todos los deícolas, y principalmente los cristícolas, tengan por norma que la fe es el principio y base de la salvación, así como la raíz de la justicia y la santidad, tal como recoge el concilio de Trento (*Sesiones*, VI, 7).

Aseguran que sin fe es imposible agradar a Dios, sobre todo porque es preciso —insisten— que quien quiera acercarse a Dios ha de creer firmemente en que hay Dios y en que es él mismo quien recompensa a quienes le siguen: «Sin fe es imposible agradarle. Quien se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan» (Hebreos, 11,6). Así pues, resulta indudable y es evidente, como he dicho, que todas las religiones adoptan la fe como fundamento de sus misterios y la toman como regla de su doctrina y su moral; la cual, como he dicho, es la creencia ciega en

alguna clase de divinidad y también en algún tipo de leyes y revelaciones divinas. Al mismo tiempo, las susodichas religiones quieren que la fe sea firme e inamovible a fin de que sus seguidores no cedan fácilmente al cambio. Sin embargo, la creencia es siempre ciega porque las susodichas religiones no aportan ni pueden aportar ninguna prueba clara, segura y convincente de la veracidad de sus supuestos santos misterios ni de la veracidad de sus presuntas revelaciones divinas. Quieren que todo el mundo crea absoluta y simplemente en todo cuanto dicen, no sólo sin experimentar duda alguna sino sin buscar e incluso sin desear conocer los porqués (*Catecismo del Concilio de Trento*, art. 1), ya que buscar razones y pruebas de lo que enseñan y obligan a creer como proveniente de Dios constituiría, a su juicio, una temeridad impúdica y un crimen de lesa majestad, por lo que a este respecto alegan como razón incontrovertible la formidable sentencia de uno de sus supuestos libros santos: quien busque profundizar en los secretos de la divina majestad de Dios se verá oprimido por el resplandor de su gloria (Proverbios, 25,27).

Dicen los piadosos cristícolas que la fe es la consistencia de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve (Hebreos, 11,1). Suelen decir también que la fe no tendría mérito si se apoyara en la experiencia de los sentidos o en los razonamientos humanos. A su juicio, el motivo más imperioso y poderoso para creer en las cosas más incomprensibles radica en no tener otro distinto de la fe, que es, como he dicho, la creencia ciega en todo lo que la religión obliga a creer. De ahí proviene que adopten, como principio fundamental, renegar de las luces de la razón y de las impresiones de los sentidos a fin de colocar el juicio bajo el imperio de la fe. En una palabra, sostienen que para creer fielmente hay que creer ciegamente, sin razonar y sin buscar pruebas.

Así pues, parece evidente que una creencia ciega en todo lo que se aduzca en nombre de Dios y de su autoridad constituye una fuente de errores, quimeras e imposturas. A modo de prueba baste decir que no hay error, quimera ni impostura en materia de religión que no pretenda ampararse bajo el nombre y la autoridad de Dios, ni que tampoco haya impostor que no proclame que actúa inspirado por Dios y que ha sido enviado por él. De modo que si todas las religiones adoptan la fe como base y fundamento de sus misterios, y si todas plantean como regla de doctrina y de moral que hay que creer ciegamente en todo cuanto proponen porque dimana de Dios, están poniendo como base y fundamento de sus misterios y toman como regla de doctrina y de moral una fuente de errores, mentiras, quimeras e imposturas.

10

La fe es sólo una fuente y causa nefasta de disturbios y divisiones sempiternas entre los hombres

Esta fe o creencia ciega que los hombres adoptan como base de la doctrina y la moral no es sólo una fuente de errores, quimeras, mentiras e imposturas sino también una causa nefasta de disturbios y divisiones sempiternas entre ellos ya que, como se ven impulsados a creer únicamente por cabezonería y obstinación en sus respectivas religiones y en los supuestos misterios de las mismas, y como todos creen ciegamente, además, que sus respectivas creencias están bien fundadas y todos mantienen una fe ciega en la verdad de las mismas, esto les lleva a considerar como falsas las de los demás y a defender la suya aun a riesgo de su vida, su hacienda y de todo cuanto pueden tener de más querido, por lo que jamás han podido ni podrán ponerse de acuerdo en materia de religión, lo cual ocasiona entre ellos no sólo eternas disputas y reproches verbales sino disturbios y divisiones funestas. De ahí que veamos a diario cómo se persiguen unos a otros a sangre y fuego por la salvaguardia de sus delirantes y ciegas creencias y religiones. Y no hay males ni maldades a los que los hombres no sean capaces de entregarse bajo el bello y especioso pretexto de defender y mantener la supuesta verdad de sus respectivas religiones. ¡Qué locos son todos ellos! Ved lo que dice el señor de Montaigne en este sentido: «No hay hostilidad más excelsa que la cristiana; nuestro celo hace maravillas cuando secunda nuestra inclinación por el odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la detracción, la rebelión… Por el contrario, nadie se encamina rápidamente hacia la bondad ni hacia la benignidad ni la templanza como no le impulse a ello de milagro algún raro temperamento. Nuestra religión parece estar hecha para extirpar los vicios pero los protege, alimenta y provoca» (*Ensayos*, II, 12).

En efecto, no hay guerras más sangrientas y crueles que las que se hacen por motivos o bajo pretextos religiosos, porque cada religión actúa entonces con un celo y un furor ciegos y cada participante desea hacer con su enemigo un sacrificio a Dios, como tan bien expresa el poeta: «La causa de este terrible furor es que cada uno de estos dos pueblos execra los dioses del otro y se imagina que no puede haber más dioses que los suyos» (Juvenal, *Sátiras*, XV, 35-36). «¡Hasta dónde no irán los hombres llevados por los intereses de la religión, y eso pese a no estar muy convencidos de ella y a practicarla tan mal!», escribe el señor de La Bruyère en el capítulo «Espíritus fuertes» [*Caracteres*, 24].

Hasta aquí este argumento me parece evidente. No resulta creíble que un dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, quisiera servirse de un procedimiento y un medio tan engañosos para establecer sus leyes y sus mandamientos o para dar a conocer su voluntad a los hombres, porque equivaldría

claramente a querer inducirles a error y a tenderles trampas para hacerles tomar antes el partido de la mentira que el de la verdad, lo que no resulta creíble que pudiese hacer un dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio.

De igual manera, no es creíble que un dios que ame la unión, la paz, el bien y la salvación de los hombres, tal como sería un dios infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio, y al que los propios cristícolas califican de dios de paz, dios de amor, dios de caridad, padre de misericordia y dios de consolación (1 Corintios, 3), no es creíble, digo, que un dios como ése pueda haber querido en algún momento establecer y adoptar como base de su religión una fuente de trastornos y divisiones sempiternas entre los hombres tan fatal y nefasta como es la creencia ciega de la que acabo de hablar, y que sería mil veces más nefasta que la funesta manzana de oro que arrojó la diosa Discordia en medio de la asamblea de los dioses durante las bodas de Peleo y Tetis y que causó la ruina de la ciudad de Troya, según cuentan los poetas fabuladores.

Así pues, las religiones que adoptan como base de sus misterios y toman como regla de su doctrina y moral una creencia ciega que no es más que una fuente de errores, quimeras e imposturas, así como una fuente nefasta de trastornos y de sempiternas divisiones entre los hombres, no pueden ser verdaderas ni haber sido instituidas por Dios. Y como todas las religiones adoptan la creencia ciega como fuente de sus misterios, y como todas la toman como regla de su doctrina y su moral, como acabo de mostrar, de todo ello se deduce evidentemente que no hay ninguna religión verdadera ni ninguna religión que sea verdaderamente una institución divina y, por consiguiente, tenía razón cuando he dicho que no eran más que invenciones humanas y que todo cuanto quieren hacernos creer acerca de sus dioses, sus leyes, sus mandamientos, sus misterios y sus supuestas revelaciones son sólo errores, quimeras, mentiras e imposturas. Todo esto se deduce claramente.

Pero ya sé que nuestros cristícolas no se privarán de recurrir a sus supuestas pruebas de credibilidad o a sus supuestos motivos para creer, y dirán que aunque su fe y su credo sean en cierto modo ciegos no dejan de estar sostenidos y confirmados por tantos y tan claros testimonios de verdad que sería una imprudencia, una temeridad, una obstinación e incluso una inmensa locura no querer rendirse a la evidencia. Por regla general, reducen a tres o cuatro las supuestas pruebas de credibilidad o motivos para creer:

El *primero* lo extraen de la pureza y la supuesta santidad de una religión que condena el vicio, según dicen, y recomienda la práctica de la virtud. Su doctrina es tan pura y santa, por lo que dicen, que de ello se deduce claramente que no puede provenir más que de un Dios infinitamente perfecto.

El *segundo* motivo para creer lo extraen de la vida inocente y santa de quienes la abrazaron inicialmente con amor, la anunciaron con tanto celo, la han mantenido con tanta constancia y la han defendido con tanta generosidad, aun a riesgo de perder su vida, y que prefirieron llegar hasta la efusión de sangre eligiendo incluso sufrir la

muerte y los tormentos más crueles antes que abandonarla. No siendo creíble, dicen los cristícolas, que tantos y tan grandes personajes, santos, sabios e instruidos, se hayan dejado engañar en sus creencias o hayan querido renunciar, como han hecho, a todos los placeres, todos los beneficios y todas las comodidades de la vida, exponiéndose a tantas penas y trabajos e incluso a tantas persecuciones tan rigurosas y crueles, para mantener únicamente una serie de errores, quimeras e imposturas.

El *tercer* motivo para creer lo extraen de las profecías y oráculos que se han vertido en favor de su religión en diferentes épocas y desde hace mucho tiempo. Oráculos y profecías que, según mantienen, se han cumplido de manera tan manifiesta y evidente, por cuanto respecta a su religión, que resulta imposible dudar de que no procedan de inspiración y revelación divinas, no habiendo más que un solo Dios que pueda prever el porvenir y predecir las cosas futuras con tanta seguridad.

Por último, el *cuarto* motivo para creer —que sería el principal— lo extraen de la grandeza y multitud de milagros y prodigios extraordinarios y sobrenaturales realizados en favor de su religión en todo tiempo y lugar, como serían devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos, o hacer caminar a los cojos, curar a los endemoniados y paralíticos y, en general, curar toda clase de enfermedades y dolencias, en el momento y sin aplicar ningún remedio natural, así como resucitar a los muertos. En definitiva, realizar toda clase de obras milagrosas y sobrenaturales que no hubiesen podido ser hechas de no haber intervenido una potencia divina. Estos milagros y prodigios, según dicen los cristícolas, constituyen pruebas y testimonios tan seguros y convincentes de la verdad de su credo y de su religión que no hay que ir más lejos para convencerse por completo de su autenticidad. De manera que consideran fruto de la obstinación y la temeridad, y tienen incluso por gran locura, la sola idea de pensar en contradecir tan claros y convincentes testimonios de autenticidad. «Es una gran locura —escribía un famoso representante suyo—, no creer en los Evangelios, cuya doctrina es tan pura y santa, y cuya verdad ha sido expuesta por tantas y tan grandes, doctas y santas personalidades, rubricada por la sangre de tantos y tan gloriosos mártires, abrazada por tantos y tan piadosos y sabios doctores y confirmada, finalmente, por tantos y tan prodigiosos milagros que sólo han podido ser realizados por la omnipotencia de un Dios» (Pico de la Mirandola). En este mismo sentido, otro famoso personaje de la misma tendencia dirigía osadamente estas palabras a su dios: «Señor —le decía—, si lo que creemos de ti es erróneo, tú mismo nos habrás engañado. Porque todo lo que creemos ha sido confirmado por tantos milagros tan grandes y prodigiosos que no es posible creer que hayan podido ser hechos por nadie sino por ti» (Ricardo de San Víctor).

11

Debilidad y futilidad de las supuestas razones de credibilidad para establecer la verdad de la religión

Pero resulta fácil refutar esos hueros razonamientos y hacer ver claramente la futilidad de las supuestas razones de credibilidad y de los presuntos milagros grandes y prodigiosos que los cristícolas denominan testimonios claros y seguros de la autenticidad de su religión, porque:

1. Es evidentemente un error pretender que los argumentos y pruebas que pueden servir con la misma facilidad tanto para establecer o confirmar la mentira y la impostura como para establecer o confirmar la verdad pueden ser tomados por testimonios seguros de la verdad. Pues bien, los argumentos y pruebas que los cristícolas extraen de las supuestas razones de credibilidad pueden servir, igualmente y con la misma facilidad, tanto para establecer y confirmar la mentira y la impostura como para establecer y confirmar la verdad. Como lo prueba el hecho de que no hay religión por falsa que sea que no pretenda apoyarse en motivos de credibilidad similares. No hay ninguna que no pretenda tener una doctrina sana y verdadera, ninguna que no pretenda, al menos a su manera, condenar los vicios y recomendar la práctica de la virtud. No hay ninguna que no disponga de doctos y aplicados defensores que han sufrido terribles persecuciones e incluso la muerte por conservar la religión y defenderla.

Y por último, no hay ninguna que no presuma de milagros y prodigios realizados en su favor. Los musulmanes, por ejemplo, los invocan en favor de su falsa religión, igual que los cristianos lo hacen en favor de la suya. Los indios y los paganos también los invocan para sostener sus falsas religiones. Todas pretenden, pues, tener en su haber las supuestas metamorfosis de las que habla Ovidio, que no serían sino milagros grandes y prodigiosos realizados para sostener las religiones paganas. Si los cristícolas levantan acta de las profecías y los oráculos hechos supuestamente en su favor o en favor de su religión, no lo hacen menos las religiones paganas; por ello, el beneficio que podrían esperar de sacar partido de esas supuestas razones de credibilidad está repartido entre todas las religiones.

Esto dio pie al señor de Montaigne para decir que «las formas exteriores son comunes a todas las religiones: esperanza, confianza, ceremonias, penitencia, mártires, etc.» (*Ensayos*, II, 12). «Dios recibe y acepta de buena gana los honores y reverencias que los hombres le tributan, sea cual sea el aspecto, nombre o forma que adopten. Este celo ha sido siempre bien visto desde el cielo. Toda buena política ha sacado fruto de la devoción. Las acciones impías de los hombres han tenido por todas partes ceremonias adecuadas. Los historiadores paganos reconocen en sus religiones fabulosas la dignidad, el orden y la justicia de los prodigios y oráculos empleados

para provecho e instrucción de los hombres» (*Ensayos*, II, 12). «Como ya he observado con anterioridad, Augusto tuvo más templos que Júpiter y fue servido con la misma devoción y fe en que podía realizar milagros» (*Ensayos*, II, 12).

En Delfos, ciudad de Beocia, hubo antaño un templo muy célebre dedicado a Apolo en el que éste ofrecía oráculos y recibía por ello visitas de todas partes del mundo, engalanado y enriquecido con exvotos y ofrendas de gran valor (*Dictionnaire Historique*). De igual manera, en Epidauro, ciudad del Peloponeso, en Dalmacia, había antiguamente un templo muy célebre dedicado a Esculapio, dios de la medicina, en que éste ofrecía sus oráculos. Los romanos acudieron a él con ocasión de la peste y se llevaron a Roma su efigie en forma de dragón. En el templo de Epidauro podían verse cantidad de cuadros que representaban las curaciones milagrosas que se decía había hecho el dios (*Dictionnaire Historique*). Hay muchos más ejemplos que sería ocioso traer aquí. Al ser todo esto así, como lo demuestran la historia y práctica de todas las religiones, se deduce claramente que las supuestas razones de credibilidad de que quieren aprovecharse los cristícolas se encuentran en todas las religiones y, por consiguiente, no pueden servir de pruebas ni testimonios seguros sobre la autenticidad de su religión ni sobre la de ninguna otra. La conclusión es clara y evidente.

12

Falta de exactitud y futilidad de los supuestos milagros en que fundar la verdad de la religión

2. Resulta evidente que es un error tomar las señales o manifestaciones que pueden provenir tanto del error como de la verdad, así como las señales y milagros que pueden haber sido realizados tanto por embaucadores e impostores como por personas venerables y de absoluta probidad como testimonio de la verdad y la santidad de una religión cualquiera. Pues bien, los supuestos motivos para creer constituyen señales y manifestaciones que pueden provenir tanto del vicio como de la virtud, tanto del error como de la verdad. Y las susodichas señales y manifestaciones pueden haber sido realizadas tanto por falsarios, embaucadores e impostores como por personas piadosas y de absoluta probidad. Esto resulta muy fácil de probar claramente tanto por los ejemplos que se pueden encontrar en las falsas religiones del pasado como por el testimonio de lo que los cristícolas denominan *la palabra de Dios,* e incluso por el testimonio de aquél a quien los cristícolas adoran como su divino Salvador. Pues bien, todos estos testimonios nos muestran claramente cómo este tipo de manifestaciones y de supuestos milagros han sido hechos y pueden hacerse aún hoy día por falsos profetas e impostores para propagar el error y la mentira

En primer lugar, podemos ver miles de ejemplos de supuestos milagros en las falsas religiones del paganismo, a nada que se quiera creer en ellos. Las *Metamorfosis* de Ovidio contenían mil, y lo mismo puede decirse de las demás fábulas paganas. Filóstrato ha recogido muchísimos en la *Vida de Apolonio de Tiana*, ciudad de Capadocia. Los Hechos de los Apóstoles aseguran que Simón el Mago realizó en la ciudad de Samaría algunos hechos tan maravillosos que la gente decía de él que era *la gran virtud de Dios* (Hechos, 8,10). De igual manera, en Roma realizó tantos y tan prodigiosos milagros, según he señalado, que se le erigió una estatua con la inscripción: *A Simón, dios*. Tito Livio refiere que, habiendo sido acusada de incesto, la virgen vestal Tucia probó su castidad llevando una criba llena de agua desde el Tíber hasta el templo de la diosa Vesta. Ovidio cuenta también cómo otra virgen vestal llamada Claudia, para demostrar su virginidad, hizo que saliera a navegar a mar abierto, ayudándose únicamente de su cíngulo, el navío en que se hallaba una efigie de la diosa Cibeles, y eso pese a que estaba tan sólidamente anclado en el muelle que no hubiesen podido moverlo entre varios miles de personas (cuarto libro de sus *Fastos*).

Tácito cuenta que el emperador Vespasiano curó en Alejandría a un ciego sólo con tocarle los ojos, y a un manco sólo con tocarle la planta del pie (*Historias*, IV, 81). Elio Esparciano dice que el emperador Adriano curó también a un ciego de

nacimiento con sólo tocarle los ojos. Se dice que el emperador Aureliano realizó también curaciones semejantes mediante simples tocamientos (*Conférences*, V, pág. 297). Pirro, rey de los epirotas, curaba, según Plutarco, a quienes sufrían del bazo con ponerles el dedo gordo de su pie derecho sobre ese órgano, y añade que, cuando incineraron su cadáver, el dedo gordo del pie derecho fue encontrado intacto y no había sufrido quemaduras. Estrabón dice que quienes ofrecían sacrificios a la diosa Feronia caminaban con los pies desnudos sobre carbones ardiendo sin quemarse; lo mismo dice de las monjas de la diosa Diana, que podían caminar sobre brasas sin quemarse (libro V). Celio refiere que el dios Baco concedió a los hijos de Anio, gran sacerdote de Apolo, el poder de transmutar en trigo, vino, aceite, etc., lo que quisiesen con sólo tocarlo.

Ovidio en los *Fastos* (libro IV, 5), Diodoro de Sicilia (libro VI, 2) y Estrabón (libro X) aseguran que Júpiter regaló a las ninfas que lo criaron un cuerno de la cabra que le dio la leche y que tenía la propiedad de concederles cuanto desearan, por lo que fue llamado el *cuerno de la abundancia*.

Si las aguas del mar Rojo se dividieron y apartaron por sí solas para que pudiesen pasar los israelitas que huían de Egipto, según cuenta la *Historia de los judíos*, lo mismo les ocurrió después a los macedonios, según el historiador judío Flavio Josefo, cuando atravesaron el mar de Panfilia conducidos por Alejandro para sojuzgar el imperio de los persas. Por último, los magos del faraón realizaron delante de él los mismos milagros que hacía Moisés, según cuentan los libros del propio Moisés. Si Moisés convirtió su bastón en serpiente, los magos hicieron lo mismo con los suyos. Si Moisés supo convertir las aguas en sangre, los magos supieron hacer lo mismo. Si Moisés pudo hacer que naciera una gran cantidad de ranas, los magos también pudieron hacerlo. Si Moisés tuvo poder para que se produjese una invasión de moscas y gusanos, los magos del faraón también supieron provocarla: «Los magos hicieron lo mismo con sus encantamientos: hicieron salir ranas por todo el territorio egipcio» (Éxodo, 8,3). Y si, al final, los magos del faraón resultaron vencidos por Moisés en el arte de hacer sortilegios, según está escrito, no habría que extrañarse de que hubiese sucedido así, ni habría que sacar tampoco la conclusión de que Moisés actuó por poderes divinos, ya que en toda clase de artes y ciencias hay obreros y doctores más duchos y sabios que otros, como podemos ver a diario. Hasta en cosas como bailar o hacer cabriolas sobre la cuerda floja o efectuar sutiles juegos de manos vemos que hay hombres más diestros y hábiles que otros a la hora de realizar estos bonitos ejercicios. De ahí que, aunque supusiésemos que Moisés hizo lo que los demás magos no pudieron hacer, no se podría concluir que actuó por poderes divinos sino que fue tan sólo más hábil, más listo, más diestro y más experimentado en su arte que ellos. Podríamos aportar multitud de ejemplos similares que probarían lo mismo, pero sería inútil traer más a colación.

Nuestros cristícolas nunca admitirán que los supuestos milagros de los magos del faraón constituyen pruebas claras y convincentes de autenticidad, ni tampoco que

fueron realizados por personas santas. Por lo que tendrán que reconocer, por mucho que les pese, que estas señales o manifestaciones pueden provenir tanto del vicio como de la virtud, tanto del error como de la verdad, y tendrán que admitir asimismo que pueden ser realizadas, o pueden haber sido realizadas, lo mismo por embusteros e impostores que por personas honradas. Si dicen que los supuestos milagros realizados por los magos del faraón o por el paganismo son falsos, a fin de apoyar el error o las religiones falsas, o que se trata sólo de fábulas en las que no hay que creer, se les puede contestar, en primer lugar, que lo mismo se puede decir de los suyos o, al menos, que no existen argumentos para distinguir con certeza si hay realmente más razón para creer en unos que en otros. Y se puede añadir incluso que, una vez sentada una duda de esta naturaleza, hay quizá más motivos para creer en los milagros realizados por el paganismo que en los hechos en los comienzos del cristianismo. Y la razón estriba en que los del paganismo han sido recogidos por muchos autores serios muy conocidos y que gozaban de gran estima en su tiempo, mientras que los de los comienzos del cristianismo sólo han sido recogidos por ignorantes y gente de baja condición que no eran conocidos ni estimados en su tiempo y de los que apenas se conoce el nombre, y eso contando con que tuviesen el nombre que les damos.

Podríamos decir, por ejemplo, que hay más razones para creer al Filóstrato de los ocho libros de la *Vida de Apolonio* que a los evangelistas tomados en su conjunto cuando relatan los milagros de Jesucristo, porque al menos sabemos que Filóstrato era un hombre de espíritu elocuente y un gran orador, favorito y secretario de la emperatriz Julia, esposa del emperador Severo, y que escribió a petición de ella los ocho libros de la vida y hechos maravillosos de Apolonio, prueba incontrovertible de que Apolonio se hizo famoso por sus hechos extraordinarios y grandiosos, ya que hubo una emperatriz que quiso que su vida y hechos fueran puestos por escrito. Cosa que no puede decirse de Jesucristo ni de quienes escribieron su vida, porque quienes la escribieron no eran más que unos ignorantes, como ya he dicho, la hez de la sociedad, pobres mercenarios y pescadores a los que sólo les alcanzó el juicio para contar de manera seguida y por orden los hechos de que hablan, contradiciéndose encima en sus relatos con bastante frecuencia. Y respecto a aquel cuya vida y hechos describen, habría que decir que, si hubiese realizado de verdad los milagros de los que hablan, se habría convertido infaliblemente en alguien ilustre, certificado por sus hermosos actos, y se hubiese atraído la admiración y el respeto de la gente, como ha ocurrido siempre con los grandes hombres, y en especial con este Apolonio y este Simón de los que acabo de hablar, a quienes consideraron divinos en su época y les erigieron estatuas como a los dioses. Pero en lugar de esto, el Cristo de los cristianos fue considerado en su época solamente como un simple tipejo, un individuo despreciable, un fanático insensato y, por último, un bribón miserable y un desgraciado. ¿Cómo se puede creer, por tanto, que hizo realmente tantos y tan hermosos milagros? Habría motivos más bien para creer, por el contrario, que no fue

otra cosa que un insensato fanático y, por consiguiente, que el cristianismo fue en sus comienzos únicamente puro fanatismo, lo cual os demostraré un poco más adelante.

En segundo lugar, habría que responderles que los mismos libros que hablan, por ejemplo, de Moisés, hablan también de los milagros de los magos del faraón, que dicen expresamente que hacían los mismos milagros, es decir, las mismas cosas que hacía Moisés: «Los magos hicieron lo mismo con sus encantamientos» (Éxodo, 8,3). Si esto es así, los cristícolas no podrán negar que los supuestos milagros pueden ser realizados lo mismo por los buenos que por los malos, ni que pueden hacerse tanto en favor del vicio y de la mentira como de la verdad y la virtud, por lo que resulta claro y evidente que estas supuestas razones de credibilidad o motivos para creer no constituyen pruebas ni testimonios de autenticidad. No les servirá de nada aducir, como suelen hacer por regla general, que los magos del faraón fueron vencidos finalmente por Moisés y que no pudieron resistirse a él. Porque, aunque esto hubiese sido así, de ello no se desprende, como ya he dicho, que su poder fuera más sobrenatural y divino que el de los magos, ya que en todo tipo de artes y ciencias hay obreros más hábiles y diestros que otros. Por otra parte, si Moisés venció esa vez a los magos, pudo suceder tranquilamente que fuera vencido por ellos en otro momento, o por otros magos más hábiles que él, si se hubiese presentado la ocasión.

La prueba que se puede extraer de esos supuestos milagros es muy débil y tanto más cuanto que no se puede dar prudentemente crédito a lo que los autores dicen acerca de ellos. De ahí que el famoso historiador judío Flavio Josefo, después de hablar de los grandiosos milagros que, según creía la gente asegurándolo con firmeza, se habían realizado en favor de su pueblo y su religión, matice inmediatamente el alcance de tal creencia y llegue incluso a considerarla sospechosa, no en balde asegura que deja al libre albedrío de cada cual creer lo que quiera, prueba de que ni él mismo tenía mucha fe en lo que se decía. Lo que da lugar a que los más juiciosos consideren este tipo de cosas como narraciones fabulosas que no merecen ningún crédito.

Así habla de ello el autor [Gabriel Naudé] de la *Apologie des grands hommes*: «Sería una pérdida de tiempo cortar las ramas en vez de la raíz. Hay que empezar por ésta, la ruina de las narraciones fabulosas, y mostrar que todo cuanto se dice acerca de los demonios y la magia no se puede probar ni mediante la razón ni mediante la experiencia, por lo que no hay que perder el tiempo ni siquiera en refutar todos esos cuentos que hablan de éxtasis, presencias y demás milagros que se atribuyen a determinados personajes ya que caen por su propio peso debido a los disparates que las acompañan y al temor que expresa el propio Eunapio de ser tomado por un impostor al contárnoslas» (tomo I, págs. 244 y 248). El autor dedica tres capítulos seguidos a la *Relation* [de François Richard] de los misioneros de la isla de Santorini, donde se pueden ver entre los cismáticos griegos falsos milagros, falsas posesiones y falsas resurrecciones.

«Maravilla —dice el señor de Montaigne— de qué vanos comienzos y frívolas causas nacen de ordinario impresiones tan formidables como la creencia en los milagros. La vista nos representa imágenes extrañas en la lejanía que se desvanecen al acercarse a ellas. Los milagros y hechos extraños desaparecen en cuanto me acerco a ellos». «He visto —prosigue— el nacimiento de varios milagros en mis tiempos, y aunque se los ahogue al nacer, no por ello se puede dejar de imaginar en el recorrido que habrían seguido de haber llegado a vivir el tiempo que les hubiese correspondido. Porque basta con tirar del hilo para deshacer el ovillo. Y hay más distancia de la nada a la cosa más pequeña del mundo que de ésta a la más grande. Pues bien, quienes se impregnaron de esos comienzos extraños, cuando van a propagar su historia descubren, gracias a las objeciones que les ponen, dónde radican sus puntos débiles a la hora de convencer a la gente, por lo que los van tapando con materiales falsos a los que la gente va añadiendo los de su propia cosecha, de modo que el error particular se convierte en error general, y éste, a su vez, refuerza el error particular. Así, la construcción va rellenándose y conformándose al pasar de mano en mano, de tal forma que el testigo más alejado sabe más que el más cercano, y el último en ser informado está más convencido que el primero. Se trata de un proceso absolutamente natural». «No hay nada —continúa— a lo que los hombres se encuentren mejor dispuestos generalmente que a dar libre curso a sus opiniones, y si les faltan los medios ordinarios recurren a la orden, la fuerza, el hierro y el fuego. Es una desgracia llegar a un extremo en que la piedra de toque de la verdad sea la multitud de creyentes, lo que constituye una fuerza de presión en la que los locos superan por mucho a los sabios. Yo, como no creo en una, no creo en cien y no juzgo las opiniones por la edad que tengan» (*Ensayos,* III, 11).

La impostura se oculta más fácilmente tras el velo de la piedad. En el mundo hay muchas falsedades o, por decirlo con más crudeza, todas las falsedades que hay en el mundo provienen del hecho de que nos han educado en el miedo y nos han enseñado que hay que hacer profesión de nuestra ignorancia, cosa que nos obliga a aceptar lo que no podemos o no nos atrevemos a refutar. Los ejemplos y razones que he reunido nos hacen ver claramente que los supuestos milagros se pueden hacer tanto en favor del error y de la mentira como en favor de la justicia y la verdad y, por tanto, no se pueden aceptar como pruebas ni como testimonios ciertos y seguros de autenticidad.

13

Falta de exactitud de las historias que hablan de este asunto

Voy a probar claramente también esto mediante el testimonio de lo que los cristícolas denominan *la palabra de Dios* e incluso gracias al testimonio de quienes lo adoran como Dios y su divino Salvador. Pues los libros que dicen contener la palabra de Dios, y hasta el propio Cristo, al que adoran como un dios hecho hombre, nos indican y muestran expresamente que no sólo hay falsos profetas, es decir, impostores que se dicen enviados falsamente por Dios y hablan falsamente en su nombre, sino que nos advierten expresamente también de que esos falsos profetas hacen y harán milagros tan grandes y prodigiosos que pueden llegar a engañar a los mismos justos. «¡Cuidado! —decía este Cristo a sus discípulos—, que nadie os engañe. Pues muchos se presentarán en mi nombre, diciendo que son el Mesías, y engañarán a muchos. Surgirán falsos mesías y falsos profetas —les decía—, que harán portentos y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos» (Mateo, 24,4 y 24).

El famoso apóstol san Pablo dijo en una de sus epístolas que el propio Dios enviaría un espíritu de la mentira que persuadiría con engaños, mediante poderosas imposturas, a quienes no hubiesen querido recibir la verdad de la religión, y añadió que vendría una multitud de impíos embusteros que harían toda clase de prodigios, señales y milagros engañosos para reclutar a los hijos de la perdición en el bando de la injusticia, ayudándose para ello con toda clase de mentiras (Tesalonicenses, 2,9-10).

Éstos son testimonios claros y evidentes. Los cristícolas no pueden refutarlos porque han sido sacados explícitamente de las palabras de su divino Cristo y de la palabra de uno de sus principales apóstoles, que además era su preferido. Así pues, tienen que reconocer que los supuestos milagros y prodigios pueden realizarse lo mismo en favor del error y de la mentira que de la justicia y la verdad, y admitir, por consiguiente, que no constituyen testimonios seguros de la verdad.

Conviene señalar particularmente ahora que los supuestos hacedores de milagros quieren que se dé crédito a sus palabras y sus supuestos milagros, pero no desean que se otorgue ninguno a los que hacen quienes pertenecen al partido rival y opuesto al suyo. De igual manera, los supuestos profetas quieren que se dé crédito a sus palabras y se contemple como falsos profetas e impostores a quienes son sus adversarios, con lo que se pone de manifiesto cómo se condenan y destruyen unos a otros, de modo que sería una locura dar crédito tanto a unos como a otros.

Un día, uno de esos supuestos profetas (llamado Sedecías), viéndose rebatido por otro supuesto profeta llamado Miqueas, que era de un parecer opuesto al suyo, le abofeteó en la cara al mismo tiempo que le decía con sorna: «¿Por dónde se me ha

escapado el Espíritu del Señor para hablarte a ti?» (2 Crónicas, 18,23). Los profetas de Samaría, que eran profetas del dios Baal, no se ponían de acuerdo con los profetas de Judea y Jerusalén, pese a que también se tenían por profetas de Dios, y así como Jezabel hizo que muriesen los profetas del Señor, Elías, para vengarse, hizo que muriesen 450 profetas de Baal (1 Reyes, 18,40). El Cristo de los cristianos quería que todos creyeran en su palabra y dieran crédito a sus supuestos milagros, pero no quería que se creyese en nadie más que en él ni que se diese crédito a los milagros de sus rivales. El propio Moisés quería que su pueblo creyera en su palabra y en sus milagros, pero no quería que creyese en nadie más ni que se dejase engañar por los milagros de nadie que no fuera él, y les ordenaba que contemplaran a los demás como falsos profetas y embusteros. Sin embargo, Aarón, su hermano, y María, su hermana, no eran de la misma opinión y daban a entender que Dios les hablaba a ellos igual que a Moisés: «¿Ha hablado el Señor sólo a Moisés? ¿No nos ha hablado también a nosotros?» (Números, 12,2). ¿No parece como que los supuestos profetas y los supuestos hacedores de milagros se contradicen y se condenan manifiestamente unos a otros? Y es precisamente el hecho de que se contradigan y se destruyan entre sí lo que constituye una muestra cierta y evidente de que sus supuestos milagros no constituyen pruebas ni testimonios de la verdad. De ahí que no pueda juzgarse la autenticidad de una religión por esas supuestas pruebas de credibilidad.

¿Pero cómo podrían ser los supuestos milagros pruebas y testimonios ciertos de la autenticidad de una religión cuando no es seguro que hayan sido realizados y tampoco son fiables los relatos que se hacen de ellos? Pues para que hubiese alguna verosimilitud en los relatos de los milagros habría que saber:

1. Si aquellos de quienes se dice o se cree que son los primeros autores de este tipo de relatos y narraciones son realmente sus autores, porque sabemos que se atribuye falsamente con excesiva frecuencia a la gente cosas que no ha hecho de ninguna manera. Y también con mucha frecuencia los malos autores se resguardan bajo el nombre de personajes famosos para dar crédito a sus mentiras e imposturas.

2. Habría que saber si los que son o han sido realmente los primeros autores de este tipo de narraciones eran personas íntegras y dignas de crédito, si eran instruidos y juiciosos y si no estaban predispuestos en favor de aquellos de quienes hablaban, ya que, si no fuesen personas íntegras, no habría que prestar crédito alguno a lo que dicen. De igual manera, si no fuesen personas instruidas y juiciosas tampoco merecerían crédito alguno porque, si carecen de la ilustración y la prudencia exigibles para juzgar sensatamente las cosas, podrían dejarse engañar con facilidad. Si estuviesen asimismo predispuestos en favor de aquellos de quienes hablan o se hallasen interesados por su causa, no se podría dar crédito a lo que dicen, porque la predisposición impide juzgar sensatamente las cosas y mueve con frecuencia a decir o hacer lo contrario de lo que se piensa, y lleva a convertir, por adulación o por buscar un beneficio, las cosas en algo distinto a lo que son. Esto nos lo muestra la

experiencia todos los días y podría probarse, si fuese necesario, por una infinidad de ejemplos.

3. Habría que saber si quienes informan acerca de esos supuestos milagros examinaron todas las circunstancias que rodeaban los hechos que relatan, si las conocieron completamente y si las describen tal y como fueron. Porque a nada que hubiesen cambiado intencionadamente o por error las circunstancias de un hecho determinado, y a nada que hubiesen suprimido o añadido alguna circunstancia que no formara parte del hecho concreto, lo convertirían en algo distinto de lo que fue. Esto es lo que hace que admiremos cosas que dejaríamos inmediatamente de admirar si supiéramos lo que realmente hay de cierto en ellas. «Los milagros —dice muy sensatamente el señor de Montaigne— son según la ignorancia que tenemos de la naturaleza y no según el ser de la propia naturaleza» (*Ensayos*, I, 23). «Maravilla de qué vanos comienzos y frívolas causas nacen de ordinario impresiones tan formidables como la creencia en los milagros. La vista nos representa imágenes extrañas en la lejanía que se desvanecen al acercarse a ellas. Los milagros y hechos extraños desaparecen en cuanto me acerco a ellos» (*Ensayos*, III, 11).

4. Habría que saber si los libros o las historias antiguas que recogen esos hechos, es decir, los milagros grandes y prodigiosos que sucedieron supuestamente en el pasado, no han sido falsificados y corrompidos en el transcurso del tiempo, como ha ocurrido con otros muchos libros e historias, que han sido indudablemente falsificados y corrompidos, tal y como se falsifican actualmente en la época en que vivimos.

Ahora bien, se puede constatar que no hay ninguna certeza acerca de que esos supuestos milagros hayan sido realizados, no hay ninguna certeza acerca de la integridad de quienes los recogen o dicen haberlos visto, y no hay ninguna certeza acerca de que hayan conocido y observado completamente todas las circunstancias que los rodean. Tampoco hay ninguna certeza de que las historias que leemos en los libros sean de la mano de aquellos a quienes se les atribuyen y, por último, no hay certeza alguna acerca de que esas historias no hayan sido corrompidas o falsificadas, como vemos que ha ocurrido con otras. Así pues, no hay certeza alguna en ninguno de los diferentes puntos examinados. Porque, aunque se sepa el nombre de Moisés, por ejemplo, eso no quiere decir que sepamos que se trata de un hombre íntegro, ni tampoco tenemos razones suficientes como para saber si prefirió escribir fábulas y mentiras en lugar de verdades: «Timón el filósofo decía del divino Platón que era un gran inventor de milagros porque se mostraba como un artesano muy hábil, según aseguraba, a la hora de recurrir a operaciones y revelaciones divinas allí donde no alcanzaban las fuerzas humanas» (*Ensayos*, II, 16).

¿Qué certeza tenemos acerca de que el famoso Moisés no hizo lo mismo y no fue un artífice de milagros tan hábil como pudo serlo el divino Platón? No tenemos ninguna seguridad. Más bien parece, por el contrario, que habría que considerarlo un insigne bandido y un insigne impostor, en lugar de considerarlo un verdadero profeta.

Veamos cómo habla de él y de su pueblo judío un autor juicioso: «Si nos remontamos —dice hablando de los judíos— hasta su origen y su salida de Egipto, episodios que tanta resonancia tuvieron en sus historias y donde no falta la correspondiente cantidad de milagros fabulosos, nos encontramos con que los autores egipcios y los de otros pueblos, personas con tanta autoridad como Flavio Josefo y tantos otros historiadores judíos, han hablado de ellos con gran desprecio y han trazado un retrato poco halagüeño. El sacerdote egipcio Manetón les llama *pandilla de individuos sucios y leprosos*, y dice que fueron expulsados del país por Amenofis, que gobernaba entonces, siendo conducidos a Siria por el sacerdote egipcio Moisés. Queremón, autor célebre entre los griegos, consigna más o menos lo mismo y dice que bajo el reinado de Amenofis 250.000 leprosos fueron desterrados de Egipto y que salieron del país conducidos por Ktithen y Noteseth, es decir, Moisés y Aarón. Aunque los autores cambien los nombres del soberano que reinaba entonces en Egipto, todos dicen unánimemente que los israelitas eran un pueblo ruin cubierto de sarna y de tumores, infectado y considerado como la escoria y la basura del pueblo egipcio».

«Tácito, historiador romano de autoridad incontestable, añade que como Moisés, uno de los leprosos exiliados, era un hombre de juicio y gozaba de buena reputación entre los suyos, les rogó que tuviesen valor y no confiasen en los dioses egipcios ni en los propios egipcios, instándoles a confiar solamente en él y a obedecer sus consejos, ya que había sido enviado por el cielo para ser su guía y sacarles de las calamidades bajo las que gemían. De esta manera, como el pueblo no sabía qué hacer, se abandonó a su liderazgo y desde entonces fue su capitán y legislador. Les hizo atravesar el desierto de Arabia, donde cometieron robos y pillajes, pasaron por la espada a hombres, mujeres y niños, quemaron ciudades y arruinaron todos los lugares donde pusieron el pie. ¿Qué cabía esperar de una pandilla de ladrones y bandidos? La magia y la astrología eran por aquel entonces las únicas ciencias al uso. Y como Moisés estaba muy versado en los misterios, secretos y sabiduría de los egipcios, no le resultó difícil conseguir que los rústicos e ignorantes hijos de Jacob sintieran veneración y apego por su persona, ni tampoco que adoptaran la disciplina que quiso imponerles, dada la miseria en que se hallaban» (*L'Espion turc*, tomo IV, carta 83).

Todo ello resulta bastante diferente de lo que los judíos y cristícolas nos quieren hacer creer. ¿A qué criterio seguro habrá que acudir para determinar si hay que dar más crédito a unos que a otros? Indudablemente, no existe ninguna razón verosímil para elegir.

14

Falta de exactitud en las supuestas Sagradas Escrituras, que se hallan falsificadas y corrompidas

De igual manera, hay tan poca seguridad y verosimilitud en los supuestos milagros del Nuevo Testamento como de los supuestos milagros del Antiguo. ¿Qué seguridad y certeza podemos tener, por ejemplo, en que los cuatro evangelios, que recogen los supuestos milagros de Jesucristo, hayan sido escritos por aquellos a quienes se les han atribuido? Y aun cuando su redacción correspondiese a quienes han atribuido, ¿qué seguridad podemos tener de que se trataba de hombres íntegros y dignos de crédito? Por mucho que sepamos sus nombres —uno se llamaba Mateo, otro Marcos, otro Lucas y otro Juan—, no tenemos forma de sacar la conclusión de que fuesen personas íntegras y dignas de crédito, no podemos sacar la conclusión de que fuesen personas instruidas y prudentes, y no podemos saber si se dejaron engañar o si no quisieron engañar a los demás, como hacen tantos. Habría motivos para desconfiar de su testimonio desde el mismo momento en que sabemos que eran individuos incultos e ignorantes, cosa que les hacía muy influenciables. Y por último, ¿qué seguridad podemos tener de que los cuatro evangelios, firmados por sus respectivos nombres, no han sido corrompidos y falsificados a lo largo del tiempo, como ha ocurrido y ocurre con tantos libros o relatos? Casi no podemos dar crédito a los relatos de lo que ocurre en nuestra época y delante de nuestros ojos, y vamos a concedérselo a lo que sucedió hace tanto tiempo: de 20 personas que relatan un hecho que han presenciado como testigos, no habrá ni dos que lo refieran fielmente tal como ocurrió. ¿Qué seguridad podemos tener, entonces, en los relatos de sucesos tan antiguos y que tuvieron lugar hace siglos e incluso hace miles de años? Por no mencionar la circunstancia de que, además, nos han sido referidos por extraños, por gente desconocida, personas sin genio y sin autoridad que nos hablan de cosas extraordinarias y poco creíbles, por no decir increíbles. En lo que nos cuentan no hay, desde luego, ni un ápice de certeza y no hay ni la más mínima probabilidad de que la haya, como no la hay en las viejas novelas o los cuentos de hadas, de ahí que no haya que prestarles ningún crédito.

No serviría de nada decir, como suele hacerse con frecuencia, que los relatos que recogen estos hechos han sido contemplados siempre como relatos santos y sagrados y que, por consiguiente, se han conservado fiel e inviolablemente a través de los tiempos sin alteración alguna de las verdades que encierran. Digo que no serviría de nada alegar esto en su favor porque es seguramente por esta razón, y por muchas otras, por lo que deben ser considerados sospechosos, ya que han podido ser falsificados y corrompidos por quienes pretenden salir beneficiados o temen que no les sean demasiado favorables, pues, por regla general, quienes transcriben o hacen imprimir estas historias suelen añadir, cambiar y recortar incluso cuanto les parece a

fin de que sirvan para sus propósitos. Veamos cómo un autor muy juicioso del siglo pasado expresa sus ideas y opiniones sobre el asunto: «El hombre nació mentiroso, sólo acepta su propio punto de vista y adora la ficción y la fábula. Fijaos en la gente, que no piensa más que en falsificar, magnificar y exagerar debido simplemente a su incultura y su necedad. Preguntad al hombre más honesto si dice siempre la verdad y si no se ha visto alguna vez disimulando, donde concurren necesariamente la vanidad y la ligereza, o si, para redondear un relato, no ha añadido al hecho que estaba refiriendo alguna circunstancia que no figuraba en él. Pongamos que ocurra algo ahora mismo y justo ante nuestros ojos: pues bien, si hay 100 personas que han presenciado el hecho, obtendremos 100 relatos distintos acerca de lo que ha pasado, y si queremos escuchar a cualquiera de los testigos, nos lo contará de una manera aún no utilizada por nadie. ¿Qué credibilidad podría dar a hechos tan antiguos y que se hallan a varios siglos de distancia? ¿Qué solvencia deben tener para mí los historiadores más serios? ¿En qué se convierte la Historia? ¿Asesinaron, por ejemplo, a César en el Senado? ¿Existió César? ¿Qué consecuencias tiene esto? ¿Qué dudas plantea? ¿Qué preguntas suscita? Ya sé que no consideráis que merezca respuesta alguna, y creo que tenéis razón. Supongamos, sin embargo, que el libro en el que se menciona a César no fuese un libro profano escrito por la mano del hombre, pues los hombres mienten, y que no se trata de un libro que hubiese sido encontrado por casualidad en una biblioteca entre una serie de manuscritos que contienen historias que pueden ser verdaderas o falsas. No, supongamos más bien que el libro fue inspirado por un Dios santo y divino, por lo que tendría que llevar forzosamente inscritos esos rasgos, y supongamos también que se encuentra desde hace cerca de 2000 años en poder de una sociedad numerosa que no ha permitido que se haya hecho en él la menor alteración durante todo este tiempo, que ha convertido en religión el propio acto de conservarlo en su integridad y que incluso ha convertido en un compromiso religioso e indispensable el hecho de creer en todo lo que contiene ese libro que habla de César y de su dictadura: confesadlo, será entonces precisamente cuando dudéis de que César ha existido» (*Caracteres*, 22).

Ahí podéis ver la verdadera idea que hay que formarse sobre la falta de exactitud de las historias, y no sólo de las historias profanas sino especialmente de aquellas que se quiere hacer pasar por las más santas y sagradas, puesto que, al resultar más interesantes que el resto, todos intentan aprovecharse en materia de religión y fortalecer su propio partido tanto como pueden, y a tal fin producirán las historias verdaderas y falsas que crean convenientes, con la particularidad de que luego añadirán, cambiarán y cortarán cuanto les parezca con el fin de favorecer su posición.

15

Falta de exactitud de los Evangelios

Esto es algo que los mismos cristícolas no pueden negar porque, sin necesidad de hablar de los muchos autores o personajes serios que han reconocido que a lo largo del tiempo se han producido añadidos, recortes y falsificaciones en las que denominan Sagradas Escrituras, basta con acudir a san Jerónimo, doctor famoso y gran experto en estas Escrituras, quien dijo formalmente en varios pasajes, y muy especialmente en sus prólogos a las supuestas Sagradas Escrituras, que habían sido falsificadas y corrompidas en varios lugares y que se hallaban en su época en manos de todo tipo de gente que añadía y cortaba lo que le parecía, de tal forma que había, según él, tantas Escrituras como copias: «En este mundo cada cual se aplica a su oficio; los artesanos, los campesinos, los albañiles, los herreros, los carpinteros, los tejedores de lana, los bataneros y quienes practican los demás oficios no los ejercen sin haber realizado antes el aprendizaje de su oficio; ahora bien, el arte de leer, explicar o interpretar las Sagradas Escrituras es el único que puede ser ejercido por cualquiera. Los sabios y los ignorantes, los viejos chochos, las viejas chismosas y los sofistas charlatanes las destrozan a diario y se aplican a enseñarlas antes que a aprenderlas; y lo que todavía resulta más vergonzoso, las mujeres quieren enseñárselas a los hombres y todos tienen la presunción de querer enseñar a los demás lo que no han entendido» (san Jerónimo, *Epístola a Paulino*). «Hay otros que sólo por haber estudiado las ciencias humanas, y por saber acariciar las orejas de sus oyentes con bellos discursos, se imaginan que todo lo que dicen es la ley y la palabra misma de Dios, a pesar de que no se han dignado aprender lo que profetas y apóstoles han dicho, sabiendo únicamente adaptar o aplicar a su fantasía testimonios que no vienen al caso, como si se tratase de una maravilla y no, por el contrario, de un gran vicio, corromper de esta manera las sentencias de las Escrituras intentando retorcerlas según su fantasía para darles un sentido forzado… Enseñar lo que no se sabe e, incluso, no saber que no se sabe son sólo vanas puerilidades y bobadas propias de quienes representan farsas y comedias» (*ibid.*).

Y en sus *Comentarios a los Gálatas* dice: «Si la versión de los Setenta fuera pura y estuviese entera, como los propios Setenta la han traducido del griego y el latín, resultaría vano que el santo Padre de la Iglesia, el papa, obligara a que se hiciese una nueva versión latina de los mismos libros a partir de los escritos en hebreo, siendo mucho más justo y a propósito que hubiese aprobado con su silencio lo que ya fue autorizado por el uso en los comienzos de la Iglesia. Pero como hoy día corren tantas versiones como regiones hay, y como esa primera versión ha sido corrompida y falsificada, ¿pensáis que sólo me corresponde a mí elegir o discernir a mi gusto entre lo que es verdadero y lo que es falso? ¿Y que sólo depende de mí hacer un libro

nuevo a partir de uno viejo? ¿Por qué no hacer uno con los dos? ¿Y exponerme con ello a las carcajadas de los judíos, que se burlarían de mí diciendo que sería como sacarles los ojos a las cornejas? Es verdad, los apóstoles y los evangelistas conocían la versión de los Setenta; ¿de dónde viene, pues —dice— que aleguen lo que no está en los Setenta?» Y en su prólogo a los *Paralipómenos para Domnión y Rogaciano* dice lo siguiente: «Este libro se halla tan corrompido en las versiones griegas y latinas que no hay en ellas nombres hebreos sino nombres bárbaros y desconocidos, cosa que no cabe atribuir a los Setenta, que se hallaban inspirados por el Espíritu Santo, sino al descuido de escribanos y copistas que no escribían correctamente y que a veces construían un nombre con dos o tres recortando algunas sílabas en medio o, por el contrario, hacían de una palabra dos o tres porque resultaba muy larga a la hora de pronunciarla». Y en el prólogo a Josué escribe: «Entre los latinos hay tantas versiones como ejemplares porque han ido añadiendo y cortando lo que les ha parecido, por lo que es seguro —dice— que lo que aparece como contradictorio no puede ser verdadero». Y en el prólogo a Job dice: «Que mis perros —así era como denominaba a sus enemigos— aprendan y sepan que si he trabajado en este libro no ha sido para condenar la versión antigua sino para esclarecer, por medio de mi interpretación, lo que parecía oscuro o había sido omitido, o incluso lo que había resultado viciado o corrompido por culpa de los escribanos».

En el prólogo a los Evangelios para el papa Dámaso escribe lo siguiente: «Desde luego, se ha deslizado un error muy grande en nuestros libros, y consiste en que allí donde sobre determinado tema un Evangelio dice algo que otro no dice, los traductores o intérpretes se sintieron obligados a añadir lo que faltaba y creyeron que su deber pasaba por corregir a los demás tomando como modelo el de los cuatro evangelistas que habían leído en primer lugar, con lo que todo está mezclado, y hay en san Marcos muchas cosas que son de san Lucas y de san Mateo, y en san Mateo hay muchas cosas que son de san Juan y de san Marcos, y en los demás muchas cosas que pertenecen a otros».

Por último, en el Prólogo a los Salmos dice: «Estando en Roma empecé a corregir los Salmos a partir de la versión de los Setenta y logré corregir buena parte, aunque un tanto precipitadamente. Pero como habéis visto, Paula y Eustoquio, que el libro sigue todavía corrompido por culpa de los escribanos, y que los errores antiguos han prevalecido y la antigua versión está más en boga y tiene más crédito que la nueva, me obligáis a proceder como si cultivara de nuevo una tierra ya roturada y sembrada y como si tuviera que arrancar nuevamente las espinas que han vuelto a brotar, siendo necesario, como decís, cortar las malas hierbas con tanta más frecuencia cuanto que crecen con más gana».

Y por lo que se refiere en particular a los libros del Antiguo Testamento, el sacerdote de la ley Esdras afirma que fue él mismo quien corrigió y recompuso íntegramente los supuestos libros de la ley que, según dice, estaban en parte perdidos y habían resultado en parte corrompidos. Los distribuyó en 20 libros, tantos como

letras tenía el alfabeto hebreo, y compuso otros cuya doctrina no podía ser expuesta más que a los más sabios (Esdras, 4,14).

Si estos libros estaban en parte perdidos y en parte corrompidos, como atestigua Esdras, y como lo atestigua en tantas partes el doctor san Jerónimo, no hay certeza alguna de que lo que contienen sea verdad. Y en cuanto al hecho de que el propio Esdras diga que los corrigió y los recompuso de cabo a rabo por inspiración divina, tampoco cabe certeza alguna al respecto, ya que es lo que hubiera dicho cualquier impostor (Crónicas, pág. 162).

Todos los libros de la ley y de los profetas que pudieron ser hallados fueron quemados en tiempos de Antíoco. El *Talmud*, que los judíos tienen por un libro santo y sagrado que contiene las leyes y mandamientos divinos y reúne las sentencias y dichos de los rabinos más ilustres, tanto sobre las leyes divinas como las humanas, además de contener infinitos secretos y misterios de la lengua hebrea es contemplado por los cristianos como un libro plagado de fantasías, fábulas, imposturas e impiedades.

En 1559 fueron quemados en Roma por los inquisidores doce mil talmudes que se encontraron en una biblioteca de Cremona (*Dictionnaire Historique*).

Los fariseos, que formaban una destacada secta entre los judíos, aceptaban sólo los cinco libros de Moisés y rechazaban los de los profetas. Entre los cristianos, Marción y sus seguidores rechazaban los libros de Moisés y de los profetas e introducían las escrituras que más les convenían. Carpócrates y sus seguidores hacían lo mismo: rechazaban el Antiguo Testamento por considerarlo nocivo y mantenían que Jesucristo era un hombre como los demás. Marcionitas y severianos reprobaban el Antiguo Testamento porque lo consideraban malo, y rechazaban la mayor parte de los cuatro Evangelios y las epístolas de san Pablo. Los ebionitas sólo admitían el Evangelio de san Mateo y rechazaban los otros tres, así como las epístolas de san Pablo. Los marcionitas publicaron un Evangelio atribuido a san Matías para que su doctrina resultase confirmada por un evangelista.

De igual manera, los apostólicos introdujeron otras escrituras a fin de mantener sus errores y se sirvieron para ello de cierto libro denominado Hechos que atribuyeron a san Andrés y a santo Tomás. Los maniqueos escribieron un Evangelio a su manera y rechazaron los textos de los profetas y los apóstoles (Crónicas, pág. 287). Los elceseítas recitaban un libro que decían había llegado del cielo y fragmentaban las Escrituras según les parecía (Nicéforo, V, 24).

Incluso Orígenes, pese a su enorme sabiduría, no dejó de corromper las Escrituras y forjó continuamente, según se dice, alegorías fuera de lugar, por lo que al desviarse de esta manera del verdadero sentido de los profetas y apóstoles llegó hasta corromper alguno de los principales puntos de la doctrina. Sus libros se encuentran ahora mutilados y falsificados y no son más que piezas recopiladas y unidas por quienes vinieron después. Abundan en ellas las faltas y los errores manifiestos (Crónicas, pág. 335). Los alogianos atribuían al herético Cerinto el Evangelio y

Apocalipsis de san Juan, de ahí que los rechazaran. Los herejes de estos últimos tiempos rechazan por apócrifos varios libros que los católicos consideran santos y sagrados, como los libros de Tobías, Judit, Ester, Baruc, el Cántico de los tres niños en la hoguera, la Historia de Susana y la del ídolo de Baal, la Sabiduría de Salomón, el Eclesiastés, y los libros primero y segundo de los Macabeos; libros todos ellos que los herejes más recientes consideran apócrifos mientras que son sagrados para los católicos romanos.

A estos libros inciertos, dudosos y de poco valor se podrían añadir muchos más, que fueron atribuidos a veces a los apóstoles menos conocidos, como ocurrió por ejemplo con los Hechos, los Circuitos, y un Evangelio y un Apocalipsis que se atribuyeron a santo Tomás. De igual modo, se podrían mencionar el Evangelio de san Bartolomé, el de san Matías, el de Santiago, el de san Pedro y los de los demás apóstoles. Y también las Gestas de san Pedro, su libro de Predicación, su Apocalipsis y su Juicio. Y también La infancia del Salvador y otros del mismo costal, rechazados como apócrifos por los católicos romanos, el papa Gelasio y los santos Padres.

Siendo esto así, como no pueden negar ni siquiera los cristícolas, resulta indudable, claro y evidente que no hay ninguna base para asegurar la autoría de esos libros ni tampoco para dar por verdaderos los hechos que recogen. Y si no hay ningún fundamento para asegurar la certeza de ninguno de esos dos aspectos, resulta indudable, claro y evidente que los supuestos milagros que recogen no pueden servir de prueba ni pueden ser aceptados como testimonios seguros de la verdad de ninguna religión.

Que esto es verdad lo confirma el hecho de que quienes mantienen con más firmeza la autoría divina de los supuestos libros santos y sagrados y que los milagros que se hallan recogidos en ellos son verdaderos, se han visto obligados a reconocer y confesar que no tienen ninguna certeza acerca de la autoría divina de sus libros ni acerca de la verdad de los hechos contenidos en ellos, y que sólo lo admiten porque la fe les ha obligado a creerlo así. Pues bien, la fe, según he dicho, no es más que la creencia ciega en las cosas que no se ven y no se conocen, y constituye, por eso mismo, una fuente de errores, quimeras e imposturas. Y si los susodichos supuestos milagros y los susodichos libros supuestamente santos y sagrados no tienen, tal como confiesan quienes los sostienen, más prueba de verdad que la que proviene de la creencia ciega, una fuente de errores, quimeras e imposturas, resulta indudable, cierto y evidente que no pueden servir de testimonio certero y seguro de la autenticidad de ninguna religión.

16

Las supuestas Sagradas Escrituras no contienen ningún rasgo de erudición ni sabiduría que no sea humano

Pero veamos si esos libros supuestamente santos y divinos contienen en sí mismos algún rasgo particular de divinidad, como podría ser, por ejemplo, alguna erudición, ciencia, sabiduría, santidad o cualquier otra clase de perfección que fuese exclusiva de Dios. Veamos también si los supuestos milagros que recogen concuerdan con lo que se debería pensar sobre la grandeza, bondad, sabiduría y justicia infinitas de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto. Pues resulta imposible creer que unos libros compuestos realmente bajo la dirección o inspiración de todo un Dios no tengan que contener una ciencia, una sabiduría y una erudición perfectas. O al menos, resulta imposible creer que puedan contener los mismos defectos, los mismos errores y las mismas imperfecciones que se hallan de ordinario en los demás libros, bien sea por negligencia, bien por ignorancia o por insuficiencia de los hombres que los han escrito.

De igual manera, resulta imposible creer que los milagros recogidos por esos libros no tengan que concordar y no resulten enteramente conformes con lo que se debería pensar acerca de la grandeza, la bondad, la justicia y la sabiduría infinitas del Dios que los habría compuesto, ya que parece claro y evidente que no hay que atribuir a un ser infinitamente perfecto cosas que no son conformes con la soberana perfección de su naturaleza ni con la soberana perfección de su voluntad.

Pues bien, resulta claro y evidente que los susodichos libros presuntamente santos y divinos no llevan inscrito ningún carácter particular de divinidad ni contienen ningún rasgo de erudición, ciencia, sabiduría, santidad o alguna otra perfección que se pueda decir que proviene de Dios. Por el contrario, en ellos se encuentran más bien claramente las mismas imperfecciones, los mismos defectos y los mismos errores que se hallan ordinariamente en los demás libros, y que son debidos a la negligencia, ignorancia e insuficiencia de los hombres que los han escrito.

Por consiguiente, no hay ninguna probabilidad de que esos libros provengan realmente de Dios, ni de que hayan sido compuestos bajo inspiración de su divino espíritu. Igualmente, los supuestos milagros que recogen no concuerdan de ningún modo con lo que se debería pensar de la grandeza, la bondad, la justicia y la sabiduría del Dios que los habría realizado. Así pues, no hay que atribuírselos a la omnipotencia de todo un Dios, ni tampoco hay que creer de ninguna manera que sea Dios el que los ha compuesto.

En primer lugar, cualquier persona, por poco ilustrada que sea, puede convencerse fácilmente de que los susodichos libros presuntamente santos y divinos no poseen ningún rasgo de autoridad o inspiración divina. Basta con leerlos para comprobar,

como he dicho, que no contienen ningún tipo de erudición, ningún trasfondo de ciencia, ningún pensamiento sublime ni ninguna otra cosa producida por el espíritu que sobrepase las fuerzas naturales y ordinarias del intelecto humano.

Al contrario, por una parte no se hallará más que historias o narraciones fabulosas, como la de la supuesta creación del mundo, la formación y multiplicación de los supuestos primeros hombres, el supuesto paraíso terrestre, la serpiente que habla, razona y se muestra más artera y astuta que el hombre, una burra que habla y reconviene al amo que la maltrataba por error, un supuesto diluvio universal y un arca donde fueron encerrados los animales de todas las especies y la confusión de lenguas y división en pueblos, por no mencionar otros muchos relatos concretos sobre asuntos vanos, bajos y frívolos y que un autor serio se resistiría a registrar. Esas historias o narraciones no tienen menos aspecto de fábulas que las del ingenio de Prometeo, la caja de Pandora o la guerra de los gigantes contra los dioses, así como muchas otras semejantes que los antiguos poetas inventaron para entretener a sus contemporáneos.

Por otra parte, no se hallará en ellos más que una mezcolanza de leyes, mandamientos y prácticas vanas y supersticiosas relacionadas con los sacrificios y purificaciones de la antigua ley, así como con consideraciones completamente pueriles acerca del carácter puro o impuro e inmundo de los animales, leyes y mandamientos que no son más respetables ni menos vanos ni supersticiosos que los de los pueblos más idólatras. Podrá encontrarse también en ellos historias verdaderas o falsas de varios reyes, príncipes y otras personas que vivieron bien o mal e hicieron buenas o malas acciones, todo ello en medio de acciones triviales, indiferentes o frívolas, que también son registradas en los susodichos libros presuntamente santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para lo cual no hacía falta disponer de un genio especial y, por consiguiente, no era preciso que hubiese revelación ni inspiración divinas. No se le tributa ningún honor a Dios al convertirle en autor de tantas y tan bajas, tan tontas y tan vanas y ridículas narraciones. Se contentaría con bien poco si obtuviese alguna clase de diversión al revelar de la manera más seria cosas tan fútiles, frívolas y ridículas.

Por último, en los mencionados libros supuestamente santos y divinos se encuentran los discursos, las conductas, las acciones, las maneras de hablar y de actuar de profetas tan renombrados y famosos que se decían especialmente enviados e inspirados por Dios. Nos muestran la forma que tenían de actuar y de hablar, nos muestran sus sueños, sus quimeras y sus ensoñaciones, y resulta muy fácil juzgar cómo se parecen, a través de sus discursos y su forma de actuar, más a visionarios y fanáticos que a personas prudentes e ilustradas. Ello a pesar de que pueden encontrarse, no obstante, en algunos de esos libros muchas enseñanzas y muchas hermosas y buenas máximas de moral, como en los Proverbios de Salomón, en el libro de la Sabiduría y en el Eclesiastés, pero en ninguno hay nada que esté más allá del alcance y de la capacidad del espíritu humano ni tampoco de la sabiduría humana. Ni mucho menos. Por regla general, hay más juicio, más delicadeza, más ciencia, más

elocuencia, más orden, más claridad, más ilación, más exactitud e incluso más recomendaciones prudentes y sólidas en los libros de los filósofos, los historiadores y los oradores profanos que en cualquiera de esos libros supuestamente santos y sagrados tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, cuya principal sabiduría sólo consiste en hacer creer piadosamente en el error y observar religiosamente las supersticiones más vanas. Y para demostrarlo no habrá que acudir especialmente a los autores más circunspectos, que han escrito cantidad de libros plagados de bellos ejemplos y llenos de buenos consejos e instrucciones, tanto sobre las ciencias humanas como sobre la buena reglamentación de las costumbres; creo, más bien, poder asegurar que bastaría con las *Fábulas* de Esopo para darnos cuenta de que son más ingeniosas e instructivas que todas esas viles y groseras parábolas recogidas por los Evangelios supuestamente santos.

17

Contradicciones en los Evangelios

Lo que muestra con más claridad que esta clase de libros no pueden haber sido escritos bajo inspiración divina es, por encima de la tosquedad y calidad tan baja de estilo que muestran a la hora de relatar los hechos, de lo mal informados que están, y de los defectos causados a la hora de ordenarlos y componerlos, que los autores no se ponen de acuerdo entre sí ya que unos cuentan las historias de una manera y otros de otra. Podemos ver incluso que se contradicen claramente en muchas cosas, lo que prueba claramente que ni fueron inspirados por Dios ni disponían siquiera de las luces necesarias y el talento natural para poder relatar correctamente una historia. Veamos algunos ejemplos de las discrepancias y contradicciones que se pueden encontrar en ellos:

1. El evangelista san Mateo asegura que Jesucristo desciende del rey David a través de su hijo Salomón y sus descendientes hasta llegar a José, padre como mínimo putativo de Jesucristo (Mateo, 1,1). El evangelista san Lucas dice que desciende también del rey David pero a través de su hijo Natán, y detalla toda su descendencia hasta llegar al tal José (Lucas, 3,31). Por tanto, hay una discrepancia y una contradicción manifiestas, pues resulta claro y evidente que, si José y Jesucristo descienden de David a través de su hijo Salomón y sus descendientes, no pueden descender de David a través de su hijo Natán y su descendencia, porque es completamente distinta de la de Salomón. Por otra parte, no se sabe muy bien por qué se empeñan los evangelistas en establecer la genealogía de José remontando sus orígenes al rey David, habida cuenta de que Jesucristo no era realmente el hijo del tal José, posible descendiente del rey David. Porque una cosa está clara: los cristícolas no desean que el divino Jesús sea el verdadero hijo de José, por lo que resulta superfluo que los evangelistas hayan establecido la genealogía de José para demostrar falsamente que era hijo de David, aunque por vías diferentes. Pero si una de las dos genealogías fuese cierta, demostraría que fue hijo de David, por lo que tendría que haber sido hijo de José, de modo que una de las dos opciones ha de ser falsa. O era hijo de José o no lo era. ¡Qué importa! San Pablo parece referirse a la futilidad de esas genealogías cuando le dice a su discípulo Timoteo que no hay que detenerse en fábulas y genealogías inacabables que se convierten antes en objeto de disputa que de edificación (Timoteo, 1,4), y cuando le dice a Tito, otro de sus discípulos, que evite «discusiones necias, genealogías, contiendas, controversias sobre la ley: son inútiles y vanas» (Tito, 3,9).

2. Hay discrepancias y contradicciones cuando se refieren a lo que sucedió o a lo que tuvo lugar poco después del nacimiento de Jesús, ya que el evangelista Mateo dice que, nada más nacer, corrió la voz por Jerusalén de que había nacido el nuevo

rey de los judíos y que los magos vinieron a buscarle para adorarle, y entonces el rey Herodes, temiendo que pudiera arrebatarle algún día la corona, mandó degollar y masacrar a los nacidos desde hacía dos años en la comarca de Belén, donde le habían dicho que había nacido el supuesto rey. María, madre de Jesús, y José, al ser advertidos en sueños por un ángel del malvado propósito concebido por Herodes de matar a su hijo, huyeron rápidamente a Egipto, donde permanecieron, según el evangelista, varios años hasta que murió el rey (Mateo, 2,13-21).

Por el contrario, el evangelista san Lucas señala expresamente que José y la madre de Jesús permanecieron apaciblemente seis semanas en el lugar en que nació Jesús (Lucas, 2,21-23), que fue circuncidado según la ley de los judíos ocho días después de que naciera y que, transcurrido el tiempo de purificación prescrito por la ley, ella y su esposo José lo llevaron a Jerusalén a presentarlo en el templo y ofrecer al mismo tiempo el sacrificio prescrito por la ley (Lucas, 2,22).

Después de esto, según el mismo evangelista, José y María, madre de Jesús, volvieron a su pueblo de Nazaret en Galilea, donde el niño Jesús creció en gracia y sabiduría, pero su padre y su madre no dejaron de ir todos los años a Jerusalén el día solemne de la fiesta de Pascua (Lucas, 2,51), por lo que este evangelista no hace ninguna mención a la huida a Egipto ni a la crueldad que Herodes ejerció sobre los niños de la comarca de Belén. Así pues, resulta claro y evidente que los evangelistas discrepan y entran en contradicciones, y no sólo por lo que uno dice sobre la crueldad de Herodes y la fuga de José y María a Egipto con su hijo Jesús, de lo que el otro no habla, sino porque una de las dos narraciones debe ser necesariamente falsa, pues no puede haber ocurrido que José y María regresasen apaciblemente a su pueblo de Nazaret y fuesen a Jerusalén cada año para celebrar la fiesta solemne de la Pascua, como dice uno, y por las mismas fechas se viesen obligados a huir a Egipto, donde permanecieron durante un largo período de tiempo, según dice el otro.

Como ninguno de los historiadores de aquella época, ni siquiera el famoso historiador judío Flavio Josefo, dice nada acerca de la crueldad de Herodes con los niños de Belén y sus alrededores, y eso a pesar de que describe muy detalladamente la vida y maldades del rey Herodes, y como ninguno de los demás evangelistas menciona este episodio en ninguno de los Evangelios, cabe pensar que lo que dice el Evangelio de san Mateo no es más que una impostura, y que lo que dice acerca de la huida a Egipto es sólo una mentira, porque no resulta creíble que un historiador judío como Josefo, quien se recrea en describir los vicios y maldades del rey Herodes, pueda haber guardado silencio sobre un acto tan oscuro y detestable como es mandar masacrar inhumanamente a tantos niños inocentes, si hay que creer a ese evangelista.

3. Los evangelistas discrepan y entran en contradicción sobre la duración de la vida pública de Jesucristo porque, según los tres primeros, no pueden haber transcurrido más de tres meses entre su bautismo y su muerte, suponiendo que tuviera 30 o alrededor de 33 años cuando fue bautizado por san Juan, como dice el Evangelio de san Lucas (Lucas, 3), y suponiendo también que naciera un 25 de diciembre, según

la opinión común de los cristícolas. Ya que entre el bautismo —que tuvo lugar el año decimoquinto del reinado de Tiberio César, cuando Anás y Caifás eran sumos sacerdotes— y el primer día de Pascua, que solía celebrarse el 15 de marzo, no median más que tres meses, según estos evangelistas fue crucificado la víspera del primer día de la Pascua siguiente a su bautizo, siendo la primera vez que iba a Jerusalén con sus discípulos, tal como afirman los evangelistas mencionados. Por lo cual todo cuanto dicen acerca de su bautizo, sus viajes, sus sermones, sus milagros y su pasión y muerte debe de haber sucedido el mismo año de su bautismo, pues los evangelistas no mencionan que haya mediado ningún año más, y parece que todo cuanto hizo, si hacemos caso al relato que hacen de sus actos, en lo que conocemos como su vida pública, sucedió inmediatamente después de su bautizo y en un corto lapso de tiempo, con un único intervalo de seis días, los que preceden a la transfiguración, en el que no se sabe qué hizo o si hizo algo. Por lo que se ve claramente que no vivió más de tres meses desde que recibió el bautismo. Si a eso le quitamos las seis semanas o los 40 días y 40 noches que pasó en el desierto inmediatamente después del bautismo, hay que concluir que su vida pública, es decir, el tiempo transcurrido entre los primeros sermones y su muerte, no duró más de seis semanas (Mateo, 17,1, Marcos 9,1, Lucas 9,28). Sin embargo, de hacer caso a lo señalado por Juan el evangelista, se desprende que la vida pública de Jesús duró por lo menos tres años y tres meses, ya que así lo muestra el Evangelio escrito por ese apóstol, dado que Jesús habría asistido en el transcurso de su vida pública a tres o cuatro fiestas solemnes de Pascua en Jerusalén, y la Pascua es una celebración anual. Así pues, uno y otros discrepan y se contradicen claramente, porque si es cierto lo que dicen los tres primeros evangelistas —«Al día siguiente, el que sigue a la vigilia, se reunieron los sumos sacerdotes con los fariseos y fueron ante Pilato» (Mateo, 27,62); «Ya anochecía, y como era el día de la preparación, víspera de sábado» (Marcos, 15,42); «Era el día de la preparación y estaba al caer el sábado» (Lucas, 23,54)—, habría sido crucificado la víspera del primer día de Pascua después de su bautismo, cosa que ocurrió, como señalan los tres, el año decimoquinto del reinado de Tiberio César, el año en que eran sumos sacerdotes y encargados del sacrificio Anás y Caifás, por lo que resulta falso que hubiera estado tres o cuatro veces en Jerusalén para la Pascua después de su bautismo, ya que, como acabo de decir, se trataba de una fiesta anual. Si es verdad, en cambio, que estuvo tres o cuatro veces en Jerusalén después de su bautismo —como parece decir Juan el evangelista (Juan, 2,13, 15,1, 6,4, 7,2 y 10, 11,55 y 12,12) y como suponen habitualmente los cristícolas —, entonces es falso que sólo viviera tres meses después de haber sido bautizado. Se puede argüir que, o bien los evangelistas hablan únicamente de su último año, omitiendo mencionar los años que pudieron transcurrir desde el bautismo de Jesús, o bien que Juan el evangelista no habla realmente más que de un año aunque parezca que habla de varios, por lo que sólo se debería a un efecto retórico el hecho de que diga y repita varias veces que la fiesta de la Pascua de los judíos estaba próxima y

que Jesucristo fue a Jerusalén; entonces sólo se trataría de una discrepancia y una contradicción aparentes, que nacerían del hecho de que no se explican lo suficientemente bien o de que no recogen todas las circunstancias que hubieran debido registrar en el relato que hacen de las historias de Jesús. Pero poco importa. Sea porque se contradicen realmente, sea porque no se explican lo suficientemente bien al escribir el relato de las historias de Jesús, la conclusión vendría a ser la misma: que no estaban inspirados por Dios cuando las escribieron. Porque si las hubieran escrito bajo inspiración divina, no se habrían contradicho y habrían contado con el buen juicio y las luces necesarias como para explicarse correctamente y recoger con perfecta ilación y por orden las circunstancias y particularidades de esas historias, sin omitir ninguno de los episodios principales y sin confundirse ni pervertir el orden, que es lo que hacen en múltiples ocasiones. No se puede negar que se contradicen también en otras muchas.

1. En primer lugar, se contradicen cuando se ponen a contar lo primero que hizo Jesucristo después de haber sido bautizado, ya que los tres primeros evangelistas (Mateo, 4,1, Marcos, 1,12 y Lucas, 4,2) aseguran que después del bautizo fue transportado por el espíritu de Dios a un desierto, donde ayunó durante 40 días y 40 noches, siendo tentado por el diablo varias veces. En cambio, según Juan el evangelista (Juan, 2,1), Jesús partió dos días después del bautizo a Galilea, que se encontraba a 30 leguas de donde fue bautizado, para estar presente tres días más tarde en las bodas que se celebraron en Caná de Galilea, donde, según san Juan, realizó el primer milagro al convertir el agua en vino. Como podemos ver, se trata de una discrepancia y una contradicción bastante manifiestas, ya que si estaba ayunando en el desierto resulta imposible que se encontrase al mismo tiempo a 30 leguas de distancia asistiendo a un banquete de bodas. Y si estaba en un banquete de bodas, resulta imposible que estuviese al mismo tiempo a más de 30 leguas ayunando en el desierto.

2. Se contradicen acerca del lugar al que se retiró inmediatamente después de abandonar el desierto, ya que Mateo el evangelista (Mateo, 4,13) dice que fue a Galilea y que, dejando de lado el pueblo de Nazaret, se instaló en la ciudad marítima de Cafarnaún. El evangelista Lucas dice, por el contrario, que fue primero a Nazaret y después fue a Cafarnaún (Lucas, 4,16).

3. Se contradicen sobre la fecha y el modo en que los apóstoles comenzaron a seguirle, ya que los tres primeros evangelistas dicen que Jesucristo, al pasar por la orilla del mar de Galilea, llamó a Simón y a Andrés, su hermano, que estaban pescando, y que vio un poco más lejos a Santiago y a su hermano Juan, que eran también pescadores, quienes, al ser llamados, lo abandonaron todo y le siguieron (Mateo, 4,18, Marcos, 1,16, Lucas, 5,11). Por el contrario, Juan el evangelista dice que fue Andrés, el hermano de Simón Pedro, el primero que se unió a Jesucristo junto con otro discípulo de Juan el Bautista, y que eso sucedió cuando se encontraban con su maestro a orillas del Jordán y le vieron pasar ante ellos. Lo hicieron en cuanto su

maestro Juan les dijo: «Ahí está el Cordero de Dios». Luego, Andrés encontró a su hermano Simón y lo llevó ante Jesús y, ya de camino a Galilea, Jesús encontró a Felipe y a Natanael, que se fueron con él (Juan, 1,36, 40 y 45). Por tanto, discrepan y entran en contradicción, ya que si los discípulos de Jesús se unieron a él de la manera que dice Juan, no pudieron hacerlo de la manera como dicen los demás evangelistas.

4. Se contradicen cuando relatan lo que ocurrió durante la última cena que Jesús celebró con sus apóstoles, pues los tres primeros evangelistas aseguran que durante la cena instituyó el sacramento de su cuerpo y sangre bajo la especie y apariencia visibles del pan y el vino, tal como tienen por cierto los cristícolas romanos. Juan el evangelista, en cambio, no menciona ni en un solo momento la institución del sacramento supuestamente santo y misterioso. Juan dice que, después de la cena, Jesús lavó los pies a sus apóstoles recomendándoles expresamente que se hiciesen lo mismo unos a otros, y que en aquella misma ocasión pronunció un largo discurso que recoge de pe a pa (Juan, 13,5). Pero los demás apóstoles no mencionan que les lavara los pies ni que pronunciara ningún sermón. Al contrario, aseguran que después de la cena se marchó rápidamente al Monte de los Olivos donde, tras alejarse un poco de ellos, es decir, de sus apóstoles, se puso a rezar y que, abandonando su alma a la tristeza, entró en agonía mientras los apóstoles dormían un poco más lejos.

Por ello discrepan y entran en contradicción, ya que, si fuese verdad lo que dicen los tres evangelistas, no hay prueba alguna de que les hubiese lavado los pies ni de que hubiese tenido tiempo para pronunciarles un sermón tan largo, porque ya era de noche antes de que acabaran la ceremonia de la cena, como dice el propio san Juan en 13,30, y se habrían ido a dormir poco después de la oración del Monte de los Olivos, como aseguran Mateo y Marcos (Mateo, 26,45, Marcos, 14,37, Lucas, 22,45). Tampoco hay pruebas de que les pronunciase un sermón en el monte, ya que una vez allí se retiró a orar apartándose de ellos y sucumbió a la tristeza, mientras que los apóstoles se encontraban apartados de él y vencidos por el sueño, como señalan los otros evangelistas. Resulta sorprendente que Juan el evangelista hubiese podido acordarse muchos años después de la enorme cantidad de palabras que tiene el discurso, mientras que no hace mención alguna de cosas más notables ni tampoco de otros sermones de carácter parabólico que debió de oír, como los oyeron los demás evangelistas. Unas divergencias tan patentes en los discursos de unos y otros únicamente pueden provenir de que no les animaba el espíritu de la verdad sino el del error y la mentira. En efecto, se ve perfectamente que incluso el estilo de sus relatos es un estilo más propio de fábulas, y hasta de fábulas mal concebidas, mal hilvanadas y peor contadas.

5. Se contradicen incluso sobre el día en que Jesucristo celebró la famosa cena (Mateo, 26,17, Marcos, 14,12 y Lucas, 22,7). Por un lado, dicen que se celebró la víspera de la Pascua, es decir, la tarde del primer día de los ázimos o panes sin levadura, cuando, según la ley de los judíos, era preceptivo comer el cordero pascual, pues se debía comer el pan ázimo y el cordero pascual la víspera de la solemne fiesta,

como indican Éxodo, 12,18, Levítico, 23,5 y Números, 28,16. Y por otro lado, aseguran que fue crucificado al día siguiente del día que celebraron la cena, hacia el mediodía, después de que los judíos le procesaran durante toda la noche y a la mañana siguiente. Ahora bien, si es verdad lo que dicen, el día siguiente a esta cena no pudo ser la víspera de la Pascua sino el día de Pascua propiamente dicho, de modo que, si murió la víspera de la Pascua hacia el mediodía, no pudo haber celebrado la cena la víspera de Pascua (Mateo, 26,5). Y si celebró la cena la víspera de la fiesta, una de las partes se equivoca: o bien no fue crucificado la víspera de la fiesta o la cena no tuvo lugar la víspera de la fiesta, que era cuando debía celebrarse, pese a que los evangelistas digan que la celebró el mismo día que había que celebrarla y que fue crucificado al día siguiente de celebrarla, aspecto en el que los evangelistas discrepan y se contradicen (Juan, 19,31).

6. Se contradicen acerca de las mujeres que siguieron a Jesucristo desde Galilea. Los tres primeros evangelistas dicen que esas mujeres y todas las que conocía Jesús —entre las que se encontraban María Magdalena y María, madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo— miraban de lejos lo que sucedía cuando estaba colgado y prendido en la cruz (Mateo, 27,55, Marcos, 15,40, Lucas 23,49). Por el contrario, Juan el evangelista dice que la madre de Jesús, la hermana de su madre y María Magdalena estaban de pie cerca de la cruz con Juan su apóstol, y que, al ver a su madre muy cerca de su discípulo amado, Jesús le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; y a su discípulo: «Ahí tienes a tu madre» [Juan, 19,26-27].

Por tanto, discrepan y entran en contradicción ya que, si esas mujeres y ese discípulo estaban cerca de él, como dice este evangelista, no estaban lejos, como dicen los demás; y si estaban lejos, como dicen tres de ellos, no podían estar cerca, como dice este último.

7. Se contradicen sobre las supuestas apariciones de Jesucristo después de su presunta resurrección. Mateo sólo habla de dos apariciones: una a María Magdalena y a otra mujer llamada también María, y la segunda a los once apóstoles, que se habían congregado en la montaña de Galilea, donde dijo que se encontraría con ellos (Mateo, 28,16). Marcos menciona tres apariciones (Marcos, 14,2): la primera cuando se aparece a María Magdalena, la segunda cuando se aparece a los discípulos de Emaús, y la tercera y última cuando se aparece a los once discípulos, a quienes reprocha su incredulidad. Lucas no menciona más que dos apariciones, es decir, la que hizo a los dos discípulos que iban a Emaús y la que hizo a los once discípulos y a unos cuantos más que se habían juntado con ellos en la ciudad de Jerusalén (Lucas, 14,13 y 36).

Juan el evangelista habla de cuatro apariciones, es decir: una primera que hizo a María Magdalena, una segunda que hizo a diez u once discípulos que se habían encerrado en una casa de Jerusalén (Juan, 20,15 y 21), una tercera que hizo ocho días después a los discípulos encerrados de la misma manera tras las puertas de una casa y, por último una cuarta aparición que hizo a siete u ocho discípulos que pescaban en el mar de Tiberíades (Juan, 21,7).

8. Se contradicen también sobre los lugares de las supuestas apariciones, ya que Mateo dice que sus discípulos vieron a Jesús en Galilea, en la montaña donde les había dicho que se encontrarían (Mateo, 28,16), Marcos dice que se les apareció cuando estaban sentados a la mesa, Lucas dice que los llevó fuera de la ciudad de Jerusalén conduciéndolos hasta Betania, donde los habría dejado para elevarse al cielo (Lucas, 24,50) y Juan dice que se les apareció en Jerusalén, en una casa cuyas puertas habían cerrado, y que también se les apareció en el mar de Tiberíades (Juan, 20,15 y 21).

¡No son precisamente pocas las contradicciones que contiene el relato de las supuestas apariciones! Apariciones que no pueden ser todas ciertas, ya que si fuese verdad que se apareció la tarde misma de su resurrección a sus discípulos encerrados en una casa de Jerusalén, como dice Juan el evangelista, ¿cómo podría ser cierto lo que dice Mateo, cuando explica que sus apóstoles le vieron en un monte de Galilea al que les había convocado para encontrarse con ellos, lugar a donde se encaminaron a toda prisa en cuanto las mujeres les dijeron que había resucitado? Si era en Jerusalén donde quería mostrarse ante ellos la misma tarde de su resurrección, como Juan el evangelista sostiene que hizo, ¿era necesario que les enviara a más de 30 leguas de allí para que le viesen? ¿Y por qué les hizo decir que le verían allí y que él estaría allí antes que ellos, en el lugar donde les dijo que se encontrarían, como dice Mateo? Pues si debía mostrarse a ellos en Jerusalén aquel día, no tenía sentido que los enviase a Galilea, a más de 30 leguas de Jerusalén. Y si, por el contrario, era en Galilea donde debía encontrarse con ellos, por ser aquel el lugar previamente señalado por él y al que ellos se dirigieron en cuanto supieron que había resucitado, según señala Mateo, ¿cómo se mostró a ellos en Jerusalén la misma tarde de su resurrección? ¿Y cómo podían encontrarse los apóstoles reunidos en una casa de Jerusalén con las puertas cerradas, como dice Mateo, si debían estar ya en camino y a bastante distancia de Jerusalén?

Resulta patente que discrepan y se contradicen, por lo que habría que multiplicar los milagros para poner de acuerdo las distintas versiones. ¿Cómo puede ocurrir que, siendo Mateo uno de los once apóstoles, lo que implica que tenía que haber estado en Jerusalén reunido con los demás apóstoles, en la misma casa con las puertas cerradas en la que Jesucristo se presentó ante ellos, cómo puede ser, repito, que este apóstol que habría tenido que ser testigo de la aparición pueda decir en su Evangelio que tenían que encontrarse con él en Galilea, por lo que partieron rápidamente hacia el lugar de la cita, sin mencionar en ningún momento que le vieron el mismo día por la tarde en Jerusalén, en la casa con las puertas cerradas? No hay ninguna razón para que este apóstol dijera lo que dijo en su Evangelio sin mencionar para nada la supuesta aparición de Jerusalén si ésta hubiese ocurrido.

De igual manera, ¿cómo es que Juan el evangelista, que era también uno de los once apóstoles y que, por consiguiente, hubiese tenido que estar con los demás apóstoles en Galilea, y que, como ellos, habría tenido que ver a Jesucristo resucitado,

cómo es que pudo haber estado, repito, y haber visto a Jesucristo resucitado sin mencionar para nada ese viaje ni esa supuesta aparición, que compromete la autenticidad de la que habla en su Evangelio? Si hizo el viaje a Galilea y vio a su divino maestro con los demás apóstoles, no hay ninguna razón para que no lo mencionase en su Evangelio, si viaje y aparición hubiesen sucedido realmente. Así que tuvo que haber «error y mentira por ambas partes» (Salmos, 26,12).

9. Se contradicen también respecto a la supuesta ascensión de Jesús a los cielos, ya que los evangelistas Lucas y Marcos dicen, sin lugar a dudas, que subió a los cielos en presencia de los once apóstoles. Pero ni Mateo ni Juan mencionan esta supuesta ascensión. Antes bien, Mateo testifica con bastante claridad que no subió a los cielos, ya que asegura, sin dudarlo, que Jesucristo les dijo a sus discípulos —en la supuesta aparición mencionada por él— que estaría o permanecería entre ellos hasta el fin de los siglos: «Id a hacer discípulos entre todos los pueblos, bautizadlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñadles a cumplir cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo, 28,19-20). Y Lucas se contradice a sí mismo ya que en su Evangelio dice que subió a los cielos en medio de sus discípulos en Betania, mientras que en los Hechos de los Apóstoles, libro del que se supone que es también autor, dice que fue en el Monte de los Olivos (Hechos, 1,12). Se contradice a sí mismo acerca de otra circunstancia de la supuesta ascensión, pues en su Evangelio (Lucas, 24,29 y 51) atestigua que subió a los cielos el mismo día de la resurrección o la primera noche que le siguió, mientras que en los Hechos de los Apóstoles asegura que fue 40 días después de haber resucitado, lo que no concuerda con lo anterior.

Si todos los apóstoles vieron realmente cómo subía a los cielos su maestro, ¿cómo es que Mateo y Juan, que le habrían visto subir gloriosamente a los cielos, al igual que los demás apóstoles, pudieron silenciar un misterio tan glorioso y no hablar de una cosa tan excelsa y favorable para su maestro, más aun cuando recogen cantidad de circunstancias de su vida mucho menos notables que ésta?

¿Y cómo puede ser que Mateo dijera, como hace en su Evangelio, que Jesucristo aseguró a sus apóstoles, cuando se les apareció, que permanecería con ellos hasta el fin de los siglos, si le vio realmente subir a los cielos? Pues si le vio realmente subir a los cielos habría tenido que hacer mención expresa de esa ascensión, como el historiador fidedigno que pretende ser, explicando al mismo tiempo claramente de qué manera permanecería con ellos, a pesar de que les dejaba claramente para subir a los cielos, pues no resulta fácil comprender el truco gracias al cual podría permanecer con aquellos a quienes estaba abandonando. Sin embargo, este evangelista no hace ni una cosa ni otra, lo que prueba claramente que hay errores, discrepancias y contradicciones en las supuestas historias de los evangelistas; y por consiguiente, cabe concluir sólo que son falsas y que se trata únicamente de fábulas.

Omito muchas otras discrepancias y contradicciones semejantes que pueden hallarse en esos libros presuntamente santos y divinos porque resultaría demasiado

largo exponerlas todas. Pero con lo que he dicho debería bastar para poner de manifiesto claramente que esos libros no provienen de inspiración divina alguna y ni tan siquiera de la prudencia humana, por lo que no hay que concederles, en consecuencia, ningún crédito. Habría que ver por qué privilegio los cuatro Evangelios y algunos libros semejantes han sido tomados por santos y divinos frente a muchos otros que también llevan como ellos el título de Evangelios, algunos de los cuales han sido publicados en otro tiempo bajo el nombre de otros apóstoles, según he señalado. Ya que hay muchos Evangelios y muchos textos que en otros tiempos se han querido hacer pasar por canónicos, es decir, por libros santos y de inspiración divina, como, por ejemplo, el Evangelio según los Apóstoles del que habla san Agustín (*Contra Adimanto*, libro I, capítulo 7) y que era de uso entre los maniqueos. Hay otro de los nazarenos que habría sido escrito por san Pedro, tal como dice Teodoreto (libro segundo de la *Historia de las herejías*). Habría existido también un Evangelio según san Andrés, otro según Santiago, otro según santo Tomás y otro según san Matías, que ha sido mencionado por san Inocencio (epístola 3) y por san Ambrosio en el prólogo al Evangelio según san Lucas. Otro según los Egipcios, del que se sirvió Clemente de Alejandría, como lo atestigua él mismo (libro VII de *Stromata*, capítulo 6). Otro según los Hebreos, del que habla Teodoreto. Otro según Judas Iscariote, del que también habla Teodoreto en el libro VII de la *Historia de las herejías*. Otro según el apóstol Felipe, otro según el apóstol san Bartolomé y, por último, otro según Basílides, mencionado por san Ambrosio, además de multitud de libros semejantes que en otros tiempos se intentó que fuesen tomados por canónicos y divinos. ¿Debido a qué privilegio, insisto, fueron preferidos los cuatro primeros evangelistas a todos cuantos acabo de mencionar? ¿De acuerdo con qué regla? ¿De qué modo? ¿Gracias a qué testimonios se sabe que Mateo, Marcos, Lucas y Juan fueron inspirados por Dios cuando escribieron sus respectivos Evangelios? ¿Y cómo no lo fueron los escritos por los demás?

Si se acepta que los evangelios que escribieron estos últimos no son verdaderos, y que fueron falsamente atribuidos a los apóstoles que figuran como autores, estaría más que justificado preguntar mediante qué regla, de qué modo y gracias a qué testimonios se puede saber que esos evangelios fueron atribuidos falsamente a los apóstoles que figuran como autores, mientras los cuatro primeros no son atribuidos falsamente a quienes figuran como tales. Porque si algunos apóstoles han podido alardear falsamente de haber escrito sus evangelios bajo inspiración divina, no se ve cómo los demás no habrían podido alardear falsamente igual que ellos. Si algunos de esos evangelios fueron falsamente atribuidos a los apóstoles, los cuatro primeros también pudieron ser atribuidos a quienes figuran como autores. Y por último, si muchos de esos evangelios fueron falsificados y pudieron resultar corrompidos con tanta facilidad, con los otros habría podido pasar lo mismo. De modo que no hay regla ni prueba ni testimonios contrastados que permitan distinguir unos libros de otros.

Los cristícolas responderán a esto diciendo que es la propia Iglesia la que ha establecido estas diferencias y ha despejado cualquier elemento de duda sobre la materia al declarar, como ha hecho en los concilios, qué libros fueron inspirados por Dios y cuáles no, aceptando los primeros como auténticos y rechazando los demás como apócrifos. Esto es lo que la Iglesia declaró en el concilio de Cartago, hacia el año 397, bajo el papado de Cirilo. En el canon 47 se pueden leer las siguientes palabras de los padres asistentes al concilio: «Nos ha complacido ordenar que no se leerán en la Iglesia otra cosa que los libros canónicos bajo el nombre de Sagradas Escrituras, siendo los libros allí agrupados —según dicen estos padres— el Génesis, el Éxodo, el Levítico…»

El concilio de Trento (cuarta sesión) dictaminó y confirmó el mismo canon al redactar una lista con los libros que la Iglesia quiere que se consideren santos y divinos, lanzando un anatema contra los que no acepta como tales.

Es cierto que la Iglesia lo ha juzgado y declarado efectivamente así, ¿pero puede admitirse por ello de buena fe que los libros que ha elegido y declarado como santos y divinos han sido realmente inspirados por Dios? Sobre todo porque no aporta ninguna prueba ni testimonio de su razonamiento, ya que se limita a decir: nos complace y nos ha complacido juzgarlo y declararlo así. Nos complace, lo adoptamos, etc.

¿Hay alguien tan ciego como para no ver que en todas las religiones y sectas, y en todas las sociedades, el hombre puede componer y fabricar libros supuestamente santos y divinos con idéntica facilidad? Puede hacerlo, sin duda, y eso es lo que efectivamente hace. Pero como las personas juiciosas saben que los hombres no alcanzan más que a construir y fabricarse falsas divinidades, como son todas las que adoran, saben también que no hacen más que construir y fabricar falsamente libros santos y divinos o falsamente inspirados por Dios, como son los que aceptan los cristícolas y quisieran que fueran aceptados como divinos.

Por ello resulta fútil que pretendan sacar partido de la autoridad que ellos mismos otorgan a esos libros, resulta fútil que pretendan sacar de ellos pruebas y testimonios seguros de la autenticidad de su religión, porque no contienen en sí ninguna señal de divinidad ni ninguna señal extraordinaria de sabiduría humana, pues no tienen otra autoridad que la que ellos mismos les quieren otorgar.

18

Los milagros recogidos en las Escrituras no son creíbles, y razones de por qué no lo son

He dicho que los presuntos milagros recogidos en los libros supuestamente santos y divinos no concuerdan con lo que se debería pensar acerca de la grandeza, bondad, sabiduría y justicia de un ser infinitamente perfecto y, por consiguiente, que los supuestos milagros no resultan creíbles en sí mismos. Esto es lo que voy a demostrar mediante el razonamiento siguiente.

De la grandeza, bondad, sabiduría y justicia de un ser infinitamente perfecto sólo cabe pensar lo que es adecuado a ese tipo de perfecciones. Por eso, ¿resultaría conforme a la soberana bondad, la soberana sabiduría y la soberana justicia hartarse de carne y sangre en sangrientos y crueles sacrificios? ¿Resultaría conforme a la soberana bondad, la soberana sabiduría y la soberana justicia establecer favoritismos odiosos e injustos con las personas? ¿Y con los pueblos? ¿Resultaría conforme con la soberana bondad, la soberana sabiduría y la soberana justicia destruir a unos a sangre fría y de manera deliberada, colmándoles de males y miserias, para favorecer y colmar de bienes a otros que no tienen ningún mérito? No, desde luego que no. Nada de eso resultaría conforme a la bondad, la sabiduría y la justicia de un ser infinitamente perfecto. Pues bien, los libros de los que hablo, y que pasan por ser santos y divinos entre los cristícolas, defienden expresamente todo tipo de injusticias y favoritismos. «No seáis parciales en la sentencia, oíd por igual a pequeños y grandes; no os dejéis itimidar por nadie, que la sentencia es de Dios» (Deuteronomio, 1,17). Y en otro lugar dice: «No pervertiréis el derecho, no tendréis en cuenta la apariencia de las personas y no aceptaréis ningún presente porque los presentes ciegan los ojos de los sabios y cambian las palabras de los justos» (Deuteronomio, 11,19). Y en el Levítico se dice: «No daréis sentencias injustas. No serás parcial ni por favorecer al pobre ni por honrar al rico. Juzga con justicia a tu prójimo» (Levítico, 19,15).

Los propios libros atestiguan y dicen expresamente en varios pasajes que no hay iniquidad en Dios, que no hace favoritismos, no tiene preferencia con personas y no acepta presentes. Todo eso aparece señalado expresamente en los mencionados libros supuestamente santos y divinos: «El Señor, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores; Dios grande, fuerte y terrible, no es parcial ni acepta soborno» (Deuteronomio, 10,17). Y en varios pasajes de los mencionados libros santos se puede leer lo mismo, por ejemplo en el libro 2 de las Crónicas, 19,7, Eclesiástico, 35,16, Hechos, 10,34, Romanos, 2,11, Gálatas, 2,6, Efesios, 6,9, Colosenses, 3,25, etc.

Estos mismos libros santos y divinos dicen que Dios no teme a los grandes y no desprecia a los pequeños, antes bien, cuida a unos y otros por igual. Dicen que quiere a todas las criaturas y que no desprecia nada de lo que ha hecho (Sabiduría, 6,7 y 11,24). En efecto, si Dios fuese Dios —es decir, si hubiese de verdad un Dios como los cristícolas entienden y dicen—, sería el autor de todas sus criaturas por igual, el autor por igual de todas las personas y pueblos. No sería únicamente el dios de los judíos o el dios de los griegos sino el dios de todos los pueblos y naciones de la Tierra y el protector y bienhechor de todos los pueblos y todas las personas por igual.

Pues bien, los supuestos milagros relatados en esos libros presuntamente santos y divinos, y en particular en los del Antiguo Testamento habrían sido realizados, de hacer caso a lo que aparece escrito en esos libros, sólo para que Dios practicara un favoritismo injusto y odioso entre los pueblos, cargando de males y destruyendo a sangre fría y deliberadamente a unos a fin de favorecer muy especialmente a otros. Esta preferencia o favoritismo hacia pueblos y personas se ve claramente en los mencionados y presuntos santos libros del Antiguo Testamento, y sobre todo en los que narran cómo Dios llama y elige a los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob para hacer con su descendencia un pueblo al que santificará y bendecirá especialmente por encima de los demás pueblos de la Tierra. Ya que en esos libros está expresamente escrito que Dios llamó al primero de esos patriarcas, le ordenó salir de su tierra y abandonar a sus parientes y amigos para que fuese al lugar que le indicara, prometiéndole al mismo tiempo que bendeciría y multiplicaría su descendencia para siempre (Génesis, 17,1). Según dicen esos mismos libros, aún se le apareció una segunda y una tercera vez y le dijo: «Haré a tu descendencia como el polvo de la tierra: si se puede contar el polvo de la tierra, se contará tu descendencia» (Génesis, 13,16). «Mira, éste es mi pacto contigo: serás padre de una multitud de pueblos. Ya no te llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te hago padre de una multitud de pueblos. Te haré fecundo sin medida, sacando pueblos de ti, y reyes nacerán de ti. Mantendré mi pacto contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como pacto perpetuo. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros» (Génesis, 17,4-7). «Circuncidaréis el prepucio, y será una señal de mi pacto con vosotros. A los ocho días de nacer, todos vuestros varones de cada generación serán circuncidados; también los esclavos nacidos en casa o comprados. Así llevaréis en la carne mi pacto como pacto perpetuo» (Génesis, 17,11-13). «Os daré a ti y a tu descendencia futura la tierra de tus andanzas —la tierra de Canaán— como posesión perpetua. Y seré su Dios» (Génesis, 17,8). «Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates» (Génesis, 15,18). «Anda, recorre el país a lo largo y a lo ancho, que a ti te lo daré» (Génesis, 13,16-17).

Dios reiteró las mismas promesas a los otros dos patriarcas, Isaac y Jacob, que fueron los primeros descendientes de Abrahán, y les dijo, según dicen los libros mencionados, que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo y

los granos de arena del mar. Les dijo que bendeciría a quienes fuesen sus amigos y maldeciría a sus enemigos, y que, por consideración a quienes fuesen sus amigos, bendeciría a todas las naciones de la tierra. Promesas que les habrían sido hechas directamente por Dios, como aparece en los libros siguientes: Génesis, 12,1, 2, 3, 15 y 18, 18,17, 26,4, 22,17 y 18… Y que fueron incluso confirmadas por Dios mediante promesas y juramentos, como muestran los libros siguientes: Génesis, 22,16, Salmos, 95,9, Eclesiastés, 64,22, Hebreos, 6,13-14.

Como consecuencia de estas bellas promesas presuntamente divinas, el pueblo judío, también llamado pueblo de Israel, descendiente de esos tres patriarcas, fue llamado *pueblo escogido, pueblo de Dios, pueblo sagrado* y *pueblo bendito* en varios lugares de los susodichos libros: «Por tanto, si queréis obedecerme y guardar mi alianza, entre todos los pueblos seréis mi propiedad, porque es mía toda la tierra. Seréis un pueblo sagrado, un reino sacerdotal. Esto es lo que debes decir a los israelitas» (Éxodo, 19,5). «Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Vosotros servid al Señor, vuestro Dios, y él bendecirá tu pan y tu agua. Apartaré de ti las enfermedades. No habrá en tu tierra mujer estéril ni que aborte. Colmaré el número de tus días» (Éxodo, 23,20 y 26). «Cuando el Señor, tu Dios, los entregue en tu poder y tú los venzas, los consagrarás sin remisión al exterminio. No pactarás con ellos ni les tendrás piedad. Esto es lo que haréis con ellos: demoleréis sus altares, destruiréis sus estelas, arrancaréis sus mayos y quemaréis sus imágenes. Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios; él te eligió para que fueras, entre todos los pueblos de la Tierra, el pueblo de su propiedad. Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, porque sois el pueblo más pequeño, sino que por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres. Serás bendito entre todos los pueblos; no habrá estéril ni impotente entre los tuyos ni en tu ganado» (Deuteronomio, 7,2-8 y 14).

«Eres un pueblo santo consagrado al Señor, tu Dios —les dijo además—; el Señor te ha elegido entre todos los pueblos de la Tierra como pueblo de su propiedad» (Deuteronomio, 14,2). Y por último, en otra ocasión les dijo: «Dios os ha elegido a fin de que seáis muy especialmente su pueblo y para que observéis sus mandamientos. Os cubrirá de honores, renombre y gloria por encima de todas las naciones de la Tierra para que seáis un pueblo santo, como prometió a vuestros padres».

No se puede negar que en esta elección hubo, por parte de Dios, un favoritismo escandaloso por lo que se refiere a las personas y los pueblos, ya que eligió a un único pueblo frente a los demás. Y no se puede negar que hay un favoritismo descarado hacia personas y pueblos ya que la elección la hizo porque quiso, sin tener en cuenta para nada el mérito de unos y otros.

No se puede negar, por último, que, una preferencia o favoritismo de semejante calibre hacia personas y pueblos fue o debió de resultar odioso a los demás pueblos,

ya que se hizo en perjuicio suyo y buscando su desolación, su ruina y su destrucción completas. Pues bien, como no resulta conforme a una bondad soberana ni a una sabiduría y justicia soberanas que pueda existir favoritismo alguno con personas ni pueblos, resulta imposible pensar que un Dios infinitamente bueno e infinitamente justo pudiese haber practicado el más mínimo favoritismo hacia el pueblo judío en perjuicio del resto de los pueblos de la Tierra. Por esta razón, es evidente que no se puede creer en los supuestos milagros que se supone fueron realizados con ese fin.

Que no se pretenda decir que Dios no cometió injusticia alguna al elegir a determinadas personas o pueblos en lugar de otros, basándose en que, al ser Dios el dueño absoluto de sus gracias y favores, estaba en su derecho de concedérselos a quien le viniera en gana y de repartirlos entre quien quisiera, por lo que no sería de recibo hacerle reproche alguno ni acusarle de injusticia alguna. Que no se pretenda, repito, alegar una razón como ésa, porque si Dios fuese el verdadero autor de la naturaleza, si fuese el verdadero autor y padre de todos los hombres y de todos los pueblos, como dicen los cristícolas, debería quererlos a todos por igual, en tanto que todos son obra suya y, por consiguiente, debería ser igualmente su protector y benefactor, ya que quien da el ser debe también (siguiendo una máxima que es cierta) procurar lo necesario para el bienestar. A no ser que los cristícolas quieran decir que su Dios se puso a fabricar criaturas para hacerlas infelices y miserables a propósito, cosa que no parece posible pensar de un ser infinitamente bueno. Por consiguiente, si se trata de un Dios que ha concedido el ser a todos gracias a su divina benevolencia y su buena disposición, debe favorecer también a todos por igual, sin prestarse a preferencias o favoritismos hacia personas ni hacia pueblos, tal como el que practicó supuestamente con Abrahán, Isaac, Jacob y su descendencia, la que forma el pueblo judío.

Los cristícolas suelen decir asimismo que Dios sólo ama y favorece a los hombres y pueblos que son dignos de ser amados y favorecidos con su gracia y sus dones, pero como no todos merecen semejante trato sino que, por el contrario, la mayor parte de los hombres y pueblos se buscan su propia ruina y se hacen acreedores del castigo de Dios debido a sus vicios y maldades, nadie debería extrañarse de que Dios escoja a unos antes que a otros para concederles especialmente sus favores, por lo que no cometería ninguna injusticia dando un trato de favor a determinadas personas y pueblos en detrimento de otros.

Resulta muy fácil responder a eso. Como todos los hombres y todos los pueblos son obra de Dios, según se acepta comúnmente, todos son tal y como él los hizo o como los quiso hacer y, en consecuencia, tanto unos como otros tendrían sólo las virtudes, méritos y perfecciones que él mismo quiso concederles. Por lo que, si hubiese querido dar a unos más virtudes, méritos y perfecciones que a otros, a fin de favorecerles con su amistad y su gracia —o, como dice san Pablo, a fin de colmar a unos con las riquezas de su grandeza y su misericordia, como si se tratase de recipientes de predestinación y bendición que quisiera destinar a su gloria (Romanos,

9,23)—, mientras que a los demás les habría dado menos virtudes, menos méritos y menos perfecciones, llegando incluso a privarles enteramente de todas esas ventajas para excluirles de su amistad y su gracia o, como dice también el propio san Pablo, para mostrar en ellos los efectos de su cólera y su poder, como en recipientes de abyección y reprobación que hubiese destinado a ser eternamente desgraciados, resulta evidente que en ello no hay sino un injusto y odioso favoritismo.

Y como no parece apropiado que se pueda atribuir a un ser infinitamente perfecto favoritismos tan odiosos e injustos, hay que concluir, evidentemente, que los milagros que se supone fueron hechos con un favoritismo tan descarado no están en consonancia con lo que cabría esperar de la grandeza, la bondad, la sabiduría y la justicia de un ser infinitamente perfecto; por tanto, los supuestos milagros resultan increíbles en sí mismos.

Por otra parte, como no cabe pensar, tal como he dicho, en la grandeza, bondad, sabiduría y justicia de un ser infinitamente perfecto si no está de acuerdo con esas perfecciones que se le dan por supuestas, en tanto que serían inherentes a su naturaleza, tampoco cabe pensar que un Dios infinitamente perfecto podría estar empleando su omnipotencia en hacer milagros en situaciones menores y en temas de escasa importancia, en vez de emplear su poder en situaciones de mucha mayor consideración o en temas de mayor importancia, porque no parece conforme a una sabiduría soberana atender a lo accesorio antes que a lo principal. No parece conforme a una justicia soberana castigar las faltas leves mientras se dejan sin castigo los crímenes mayores y más abominables.

Por último, no parece conforme a una bondad y una sabiduría soberanas evitar mostrarse como un benefactor y un ser beneficioso para los hombres en sus necesidades más acuciantes mientras se apresura a serlo en las más nimias, porque es seguro e indudable que un ser dotado de una bondad soberana tendría que mostrarse al menos tan bueno y benefactor en los asuntos más acuciantes como en los más fútiles. Digo *al menos* pues debería ser en las necesidades más acuciantes donde debería destacar su bondad, acompañada de una sabiduría soberana y un poder soberano, como correspondería a la soberana bondad de un Dios todopoderoso e infinitamente sabio, que no podría dejar de mostrarse como un ser bueno y benefactor para los hombres, tanto en sus necesidades más acuciantes como en las más nimias

Ahora bien, si los milagros relatados en los susodichos libros supuestamente santos y divinos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, fuesen auténticos, habría que reconocer que Dios prefirió emplear su omnipotencia especialmente en cosas nimias y no quiso hacerlo en las mayores y más importantes.

Se puede asegurar con absoluta certeza que puso más atención a la hora de cubrir las necesidades más ínfimas del hombre que a la hora de procurarle bienes mayores y más importantes. Se puede asegurar con absoluta certeza que castigó con muchísima severidad las faltas leves cometidas por ciertas personas mientras que dejó sin castigo vicios y crímenes mucho mayores cometidos por otras. Y por último, se puede

asegurar con absoluta certeza que no quiso mostrarse como un bienhechor a la hora de cubrir las necesidades más acuciantes de los hombres y se empeñó en demostrar que lo era en las necesidades más nimias. Lo cual puede comprobarse fácilmente tanto por los milagros que supuestamente hizo como por los que no hizo y, sin embargo, hubiese tenido que hacer antes que otros, a condición de que sea cierto que hizo alguno alguna vez.

Primero, por lo que se refiere a los milagros que se supone realizó a través de Moisés y sus profetas, ¿en qué consistieron? ¿En convertir, por ejemplo, su bastón en serpiente y la serpiente en bastón? ¿En cambiar las aguas por sangre? ¿En traer una cantidad inmensa de ranas? ¿De saltamontes? ¿En llenar un reino con moscas y otros insectos despreciables y dañinos? ¿En producir enfermedades contagiosas en los animales? ¿En producir úlceras desagradables en los cuerpos de animales y hombres, en arrasar un reino entero mediante granizadas y tormentas furiosas? ¿Y todo eso sólo por amor y consideración hacia un solo pueblo, pequeño, vil y miserable, como el de Israel?

¿En qué más consisten esos supuestos milagros? ¿En dividir el mar para permitir el paso a ese pueblo vil y pequeño que huía, para que las aguas se tragasen al pueblo que perseguía a los fugitivos? ¿En que lloviera maná del cielo para alimentar a ese pueblo que vagó durante 40 años por el desierto? ¿En conseguir que viniera una multitud prodigiosa de codornices desde más allá de los mares para satisfacer la gula y la sensualidad de un pueblo que quería comer carne? ¿En que no se desgastaran las ropas ni los zapatos de dicho pueblo durante los 40 años que permaneció en el desierto? Y por último, ¿en derrumbar, en tiempos de Josué, las murallas de una ciudad mediante el toque de trompetas? (Josué, 6,4). Por no mencionar el hecho de detener el curso del sol por espacio de un día para dar tiempo a que ese pueblo combatiera y venciera a sus enemigos (*ibid*, 10,13).

Éstos son algunos de los grandes y prodigiosos milagros del Antiguo Testamento que tanto se quiere destacar.

¿Cuál era el verdadero objetivo de esos supuestos e ingeniosos milagros? ¿Para qué fin dicen que los hizo Dios? No fue otro que el de liberar al vil pueblo de Israel de la esclavitud en la que se hallaba supuestamente en Egipto, para poder entrar en posesión del país que Dios había prometido presuntamente a sus padres. Está escrito en los libros supuestamente santos ya mencionados que Dios envió a un ángel a la sierva de Abrahán llamada Agar para consolarla y confortarla de la tristeza en que se hallaba pues había sido despedida por su ama debido a un asunto de celos (Génesis, 16,17).

Está escrito asimismo en esos libros que Dios se apareció en persona a Abimelec, rey de Guerar, para advertirle que no tocara a la mujer que había tomado en determinada ocasión porque era la mujer de Abrahán, y le dijo que le había impedido pecar con ella para que no le ofendiese (Génesis, 20,6).

Se dice también en esos libros que Dios envió expresamente a dos ángeles para salvar a Lot y sus hijas del incendio de Sodoma (Génesis, 19,1 y 14).

Está escrito asimismo en esos libros que Dios envió a un ángel al padre y la madre de Sansón para avisarles de que tendrían un hijo, y que no bebiera vino ni licores porque estaría consagrado al Señor desde su infancia (Jueces, 13,3-5).

Se dice en otro lugar que Dios envió a un ángel que mató en una sola noche a 185.000 hombres del ejército de Senaquerib, que asediaban la ciudad de Jerusalén (2 Reyes, 19,35). Se dice asimismo que más de 50.000 segadores que segaban en los campos de Bet Semes fueron castigados por Dios con la muerte, ya que habían mirado al arca de la alianza que iba en un carro tirado por unas vacas que no sabían a dónde iban y nadie guiaba (I Samuel, 6,19).

Está escrito que Dios se enfadó tanto cuando David censó a su pueblo por un motivo de vanagloria que mató a 70.000 personas mediante una peste que les envió aposta para castigar esa falta. Hay más ejemplos que no quiero citar porque resultaría demasiado largo.

Se puede ver fácilmente mediante estos ejemplos, y los milagros que acabo de exponer, que Dios empleó particularmente su omnipotencia para hacer el mal antes que el bien, pues los supuestos milagros que acabo de citar no buscaban otra cosa que afligir a pueblos y ejércitos enteros. Se puede ver fácilmente mediante estos ejemplos y estos milagros que tuvo más cuidado en velar por el bienestar corporal del pueblo judío que por su verdadero perfeccionamiento espiritual, don que habría constituido un bien inapreciable, ya que los supuestos milagros de Egipto no se realizaron, y no lo habrían sido, más que para tomar posesión de un país extranjero, sin que por ello el pueblo se hubiese vuelto más prudente ni hubiese adquirido perfección en ninguna otra cosa. Pues el pueblo judío, pese a haber sido favorecido por Dios más que ningún otro, no se volvió más prudente ni más perfecto, y ni siquiera mostró el reconocimiento debido hacia su Dios bienhechor, tal como atestiguan los libros mencionados cuando muestran el reproche que el propio Moisés hizo a los suyos: «Moisés convocó a todo Israel y les dijo: Vosotros sois testigos de todo lo que el Señor hizo en Egipto contra el faraón, sus ministros y todo su país: aquellas grandes pruebas que vieron vuestros ojos, aquellos grandes signos y prodigios; pero el Señor no os ha dado inteligencia para entender, ni ojos para ver, ni oídos para escuchar hasta hoy» (Deuteronomio, 29,4). Sin embargo, les habría resultado mucho más conveniente la facultad de comprensión y el espíritu de prudencia antes que todos esos supuestos milagros grandes y prodigiosos.

Se puede ver también fácilmente gracias a esos ejemplos y esos milagros que Dios castigó con mayor severidad las faltas leves cometidas por algunas personas, faltas cometidas por inocentes o faltas que ni siquiera los inocentes habían cometido, mientras que no castigó de ninguna manera los grandes vicios y crímenes de los malvados, pues castigó la falta leve de un rey que ordenó censar a sus habitantes por curiosidad o vanagloria, y castigó a los habitantes de Bet Semes por una falta tan leve

como contemplar un arca, mientras toleró y tolera todavía hoy que cantidad de crímenes horribles permanezcan impunes.

Se puede ver fácilmente mediante estos ejemplos y milagros que se mostró mucho más benévolo en ocasiones muy livianas que en muchísimas ocasiones incomparablemente más urgentes e importantes, ya que tuvo la amabilidad de enviar a un ángel para consolar y socorrer a una simple sierva mientras que dejó y deja todos los días que se extinga y muera, debido a diversas penalidades, una multitud de desgraciados inocentes sin socorrerlos ni asistirlos en sus necesidades. Por otro lado, mostró un cuidado exquisito en conservar milagrosamente unas ropas y unos zapatos viejos durante 40 años, mientras que dejó y deja que se pierdan todos los días tantas y tan grandes riquezas en incendios, naufragios o accidentes lamentables que suceden corrientemente en este mundo.

¡Cómo! ¿Una bondad soberana? ¿Un ser infinitamente perfecto dotado de una sabiduría soberana habría querido conservar milagrosamente durante 40 años las ropas y el calzado de un pueblo vil y miserable impidiendo que se desgastaran en sus espaldas y sus pies, mientras que no habría querido velar, y sigue sin quererlo, por la conservación natural de tantos bienes y tantas riquezas que habrían sido tan útiles y necesarias para la gente y que, sin embargo, se pierden todos los días y se perdieron en el pasado debido a inoportunos accidentes? ¿Y no hizo nada ni hará nada para conservar los ricos y preciosos ornamentos de sus templos, ni siquiera los propios templos, si se declara un incendio? Sencillamente, ¡esos supuestos milagros no resultan creíbles!

¡Cómo! ¿Un ser infinitamente perfecto, dotado de una bondad y una sabiduría soberanas, habría enviado ángeles para preservar expresamente del peligro a ciertas mujeres, niños y otros individuos? ¿Habría enviado ángeles a Tobías y otros individuos para que les guiaran en sus viajes, les protegieran de los peligros y les dieran buenos consejos cuando los necesitaban y, en cambio, prefirió enviar a Adán y Eva, nuestros primeros padres, un demonio o diablo bajo aspecto de serpiente para tentarles? ¿Y para perder de ese modo a todo el género humano? ¡Resulta increíble! Sería y es indigno de una bondad soberana y una sabiduría soberana de un dios infinitamente bueno e infinitamente sabio.

¡Cómo! ¿Habría preferido, gracias a una intervención de su providencia, impedir que el rey de Guerar le ofendiera cometiendo una falta leve con una mujer extranjera, falta que no habría tenido ninguna consecuencia, mientras que no quiso emplear su providencia para impedir que Adán y Eva le ofendieran y cayeran en un pecado de desobediencia debido a una tentación del diablo, enemigo capital del hombre, pese a que se trataba, sin embargo, de una falta que, según los cristícolas, resultó fatal para todos los hombres puesto que, según ellos, fue la causante de la perdición del género humano? ¡Y no quiere utilizar tampoco hoy en día esa providencia para impedir tantos y tan odiosos crímenes como se cometen en este mundo! ¡No resulta creíble! ¡Decir o pensar algo semejante no es más que una locura!

En uno de esos libros presuntamente santos se dice que Dios conduce al justo hacia el camino recto o por el camino recto y que le muestra el reino de Dios y le ofrece la ciencia de los santos, etc.: «Al justo que escapaba de la ira de su hermano lo condujo por sendas llanas, le mostró el reino de Dios y le dio a conocer las cosas santas; dio éxito a sus tareas e hizo fecundos sus trabajos» (Sabiduría, 10,10). ¿Y a qué justos hubiese debido conducir de ese modo si no es a los primeros representantes del género humano, que habrían sido creados, según los cristícolas, en justicia y santidad? Tendría que haber conducido por el camino recto precisamente a los primeros justos, a ellos tendría que haber enseñado el reino de los cielos y haberles concedido la sabiduría de los santos, pues las desgracias del género humano dependían de su buena o mala conducta. Pero eso es justamente lo que Dios no hizo, pues los primeros representantes del género humano sucumbieron de inmediato a la tentación de un maldito demonio disfrazado de serpiente.

¡Cómo! ¡Vaya soberana bondad! ¡Vaya soberana sabiduría! ¿Un Dios infinitamente perfecto habría querido escoger a un pueblo en especial para santificarlo? ¿Para protegerlo? ¿Para bendecirlo? ¿Para emplear de manera especial su omnipotencia a fin de favorecerle, y no le habría concedido, sin embargo, el espíritu de bondad, el espíritu de comprensión y el espíritu de sabiduría a fin de que se gobernara y comportara adecuadamente? ¿Ni tampoco para que supiera reconocer adecuadamente los dones y favores del Dios que les amparaba? ¡No resulta creíble!

¡Cómo! ¿Un dios infinitamente bueno y todopoderoso habría grabado con el dedo los mandamientos de su ley en unas tablas de piedra y no los habría querido grabar interiormente en el corazón y el espíritu de su gente para que los observaran con placer y amor, y eso a pesar de que habría escogido a esa gente para santificarla y colmarla de dones y mercedes? No resulta creíble de ninguna manera.

¡Cómo! ¿Un dios infinitamente perfecto dotado de una bondad y una sabiduría soberanas habría deseado endurecer el corazón y cegar el espíritu de muchos reyes y pueblos, como se asegura que hizo, para poder así destruirlos a fin de favorecer a un solo pueblo pequeño y miserable como el de Israel? ¡Resulta increíble! ¿Dónde estaría su bondad? ¿Dónde estaría su sabiduría? ¿Qué justicia habría en una conducta de esa clase observada por un ser infinitamente perfecto? No habría ninguna. Se cae por su propio peso.

En segundo lugar, examinemos los milagros del Nuevo Testamento. Estos milagros consisten principalmente, según se dice, en que Jesucristo y sus apóstoles curaban milagrosamente todo tipo de enfermedades y dolencias, devolviendo, por ejemplo, cuando así lo querían, la vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos, haciendo que los cojos caminasen, los paralíticos sanasen, los demonios fuesen expulsados y los muertos resucitasen. Hay muchos de estos supuestos milagros en los Evangelios, pero aparecen muchos más en las vidas ejemplares de los presuntos santos escritas por los cristícolas, por lo que se puede decir que hay casi

una infinidad de cosas milagrosas de todo tipo en esos ingeniosos libros, a nada que se quiera creer en lo que dicen.

En ellos se ve cómo curan toda clase de enfermedades y dolencias y cómo expulsan demonios en infinidad de ocasiones con sólo pronunciar el nombre de Jesús o hacer la señal de la cruz. Por decirlo de alguna manera, daban órdenes a los elementos y los elementos les obedecían. Bastaba con que dijeran algo para que fuese ejecutado al momento. Dios les había favorecido tanto a la hora de otorgarles el poder de hacer milagros, o al menos así lo aseguran los deícolas, que lo habían conservado después de muertos, pues devolvían la salud a quienes visitaban piadosamente sus tumbas para honrar sus huesos o cenizas. Es más, de creer lo que dicen esos libros, el poder de hacer milagros se habría transmitido a sus ropas e incluso a la sombra de sus cuerpos, y hasta a los infamantes instrumentos con que les causaron diversos sufrimientos y la muerte. Esto se cuenta, por ejemplo, del apóstol san Pedro, a quien llevaban enfermos cuando pasaba por la calle, pues bastaba con que su sombra los cubriese para que quedaran curados inmediatamente (Hechos, 5,15). Se asegura que las cadenas con las que este mismo apóstol fue encadenado en Jerusalén realizaron varios milagros. ¡Qué no se habrá dicho del leño de la cruz en que fue crucificado Jesucristo! Cuentan que la cruz fue encontrada milagrosamente 300 años después de la muerte de Jesús, y que fue reconocida entre varias cruces en que habían sido crucificados ladrones porque realizó varios milagros, entre ellos la resurrección de algunos muertos que fueron acercados a ella. Dicen que la madera de la cruz se conserva cuidadosamente y que se entrega un pedacito como preciada reliquia a quienes peregrinan a Jerusalén para honrarla; sin embargo, la cruz no disminuye ni un ápice, antes al contrario permanece entera como si nunca le hubiesen quitado nada, lo cual, según los cristícolas, constituye ya de por sí un hecho milagroso, puesto que a pesar de los trozos y trocitos de la supuesta vera cruz que hay diseminados por el mundo, sigue de una pieza. De hecho, si se juntaran todos los pedazos habría como para tres cruces grandes. Véase el 3 de mayo en la *Vida de los santos*.

En esa misma *Vida de los santos* se dice que el calcetín de san Honorato resucitó a un muerto: basta con leer lo referente al 6 de enero. Se dice también que los báculos de san Pedro, Santiago y san Bernardo hicieron milagros, lo mismo que el cíngulo de san Francisco, el báculo de san Juan de Dios y el cinturón de santa Melania. Se dice que san Graciliano, instruido por Dios en lo que debía creer y enseñar, consiguió mover, con el solo mérito y la potencia de su oración, una montaña que le impedía edificar una iglesia. Se dice que san Homobono convertía el agua en vino y que, cuando iba a la iglesia, las puertas se le abrían solas con mucha frecuencia. Se dice que del sepulcro de san Andrés manaba constantemente un licor que curaba todo tipo de enfermedades, y que el alma de san Benito ascendió a los cielos envuelta en una lujosa capa y escoltada por lámparas ardientes. Se dice que san Cristóbal clavó su cayado en tierra y enseguida echó hojas y floreció como un árbol. Se dice que el papa san Clemente murió en el mar, adonde fue arrojado con un ancla al cuello, pero que

los ángeles le edificaron una capilla en el fondo de las aguas. Se dice que a san Damasceno le fue reimplantada milagrosamente una mano amputada, y que esto se produjo con tanta perfección que no parecía que le hubiese sucedido nada. Santo Domingo aseguraba que Dios nunca le negó nada de lo que le pedía. Se dice que los santos Ferreol y Ferrucio hablaban después de que les cortaran las lenguas. Se dice que san Francisco daba órdenes a las golondrinas y otros pájaros y también a las cigarras, y que todos le obedecían, y que peces, conejos y liebres se ponían en sus manos y en su regazo. Se dice que el cuerpo de santa Ediltrude fue encontrado incorrupto 100 años después de su muerte, lo mismo que el de santa Teresa, que también permanece incorrupto y al que visten y desvisten como si estuviera vivo, con la particularidad de que permanece de pie a nada que tenga un punto de apoyo. Lo mismo se dice de santa Rosa de Viterbo.

Se dice que todos los que bebían del agua en que fue ahogada santa Godelena se veían curados de sus enfermedades. Se dice que un día que santa Eduvigis rezaba delante de un crucifijo vio cómo la figura de Jesús levantaba el brazo y le bendecía, mostrándole así que aceptaba sus oraciones. Lo mismo se dice de santo Tomás, el doctor angélico, pues hallándose en cierta ocasión en Nápoles rezando ante un crucifijo vio cómo el crucificado le habló varias veces diciéndole que había escrito muy bien sobre él. Se dice que san Ildefonso, arzobispo de Toledo, recibió una hermosa casulla blanca del cielo que le fue enviada por la Virgen María por haber defendido su virginidad. Se dice que san Antolín también recibió una capa del cielo. Se dice que san Lorenzo y otros muchos santos curaban a los ciegos y a otros enfermos haciéndoles la señal de la cruz en la frente. Se dice que san Luciano cogió la cabeza que le acababan de cortar y caminó con ella media legua en dirección a Beauvais, donde encontraron milagrosamente su cuerpo. Se dice que la imagen de Nuestra Señora de Liesse fue construida milagrosamente y la enviaron los ángeles del cielo. Se dice que san Melón resucitó la res a la que un sirviente había dado muerte por equivocación; se dice también que convirtió el agua en vino y una piedra en pan y que hizo muchos milagros más. Se dice que del cuerpo de san Pablo y del de san Pantaleón brotó leche en lugar de sangre cuando les cortaron la cabeza. En la crónica de la vida del bienaventurado san Pedro de Luxemburgo se dice que, pocos años después de su muerte, ocurrida hacia 1388 o 1389, hizo 2.400 milagros, entre los que se cuentan la resurrección de 42 muertos, todo ello sin contar los 3.000 milagros que hizo después ni los que hace cada día. Se dice que los cuerpos de los 52 filósofos convertidos por santa Catalina fueron encontrados intactos después de que les arrojaran a las llamas sin que se les hubiese quemado ni un solo cabello. Se dice que el cuerpo de la propia santa Catalina fue llevado después de muerto por los ángeles para ser enterrado en el monte Sinaí.

Se dice que a san Quintín le cortaron la cabeza y la arrojaron en una orilla del río Somme mientras arrojaban el cuerpo a la otra, lo que no fue óbice para que la cabeza se uniera por sí sola al cuerpo cuando 50 años después encontraron milagrosamente

sus despojos. Se dice que los ángeles llevaron al cielo el alma de santa Regina, que fue decapitada a la vista de todos mientras una paloma le colocó una corona preciosa sobre la cabeza. Se dice que san Vicente Ferrer resucitó a un muerto que había sido despedazado y cuyos despojos habían sido la mitad cocidos y la otra mitad asados; se dice también que su manto tenía la virtud de espantar a los demonios y curar diversas enfermedades. Se dice que los cestos que fabricaba san Julián, obispo de Le Mans, tenían la virtud de curar a quienes los utilizaban. Se dice que san Yves, un día que tenía que atravesar un río para ir a predicar y se encontró con que el puente por el que debía pasar se hallaba roto, consiguió que se abrieran las aguas con sólo hacer la señal de la cruz y luego volvieran a juntarse. Se dice que los ancianos que enterraron honrosamente el cuerpo de san Julián de Brioude recobraron inmediatamente las fuerzas de su más floreciente juventud. Se dice que el día de la canonización de san Antonio de Padua las campanas de la ciudad de Lisboa se pusieron a repicar solas sin que nadie supiera cómo lo hacían, y que un día que san Antonio se acercó a la orilla del mar y llamó a los peces, pues deseaba predicarles un sermón, éstos acudieron en gran cantidad y le escucharon atentamente sacando las cabezas fuera del agua. Se ha escrito también que, el día que iban a trasladar el cadáver de san Isidoro, las campanas de la ciudad de Madrid se pusieron a repicar solas en cuanto removieron la tierra que lo cubría. Lo mismo se dice que ocurrió cuando murieron san Alberto y san Eleazar y también cuando murió san Enemondo, con la particularidad de que las campanas sonaron mientras duró la ceremonia del entierro.

Se dice que 1.000 personas recobraron supuestamente la salud durante el proceso de canonización de san Jacinto gracias a la intervención del santo. Entre los enfermos había quienes sufrían dolores de cabeza, ojos, muelas, garganta y mandíbulas, así como fiebres, cólicos, epilepsia, etc., en resumen, que no había enfermedad que el santo no pudiera curar, y resucitó a varios muertos tanto en vida como después de muerto. Hasta los animales se beneficiaron de la intercesión del santo. Por último, los cristícolas aseguran que, al parecer, Dios le hizo patrono de la salud, la enfermedad y la muerte, porque las obtenía con suma facilidad con sus oraciones. Caminaba sobre las aguas como lo hacía en tierra firme, y se dice que un día que cruzó el río Caristeno dejó sobre las aguas las huellas de sus pies como un vestigio del lugar por donde había pasado de una orilla a otra. Se dice que le habló una imagen de la Virgen. Consultad su dilatada vida el 16 de abril.

Se dice que san Francisco hizo infinidad de milagros tanto en vida como después de muerto. Se dice que expulsó a varios demonios de los cuerpos de los poseídos y devolvió la vista a los ciegos, curó a los cojos y a los afligidos, resucitó muertos y dio hijos a las mujeres estériles. Tanto el pan que bendecía como las piezas y trozos de su hábito remendado, la cuerda que le servía de cinturón, el agua en que se lavaba las manos y los pies, todo lo que tocaba, en suma, servía como remedio de enfermedades y adversidades y de lenitivo a las penas. Hablaba con los animales tan familiarmente como lo hacía con las personas. Les llamaba *sus hermanos* y *hermanas* y le

obedecían en todo cuanto gustaba ordenarles. Se pueden poner por testigos a la oveja y a la cigarra, a quienes llamaba *sus hermanas*, y a los pájaros, a quienes consideraba *sus hermanos*, a los que predicaba como si fuesen a comprender cuanto les decía. Dicen que el cuerpo de este santo permanece de pie sin tener apoyo en ninguna parte y que está con los ojos abiertos, aunque ligeramente vueltos hacia el cielo, como si se tratase de un hombre lleno de vida. Se dice asimismo que su cuerpo está sano y completo, sin corrupción alguna, y que luce un aspecto hermoso y rubicundo como si estuviese aún vivo.

Se dice también que Dios favoreció a san Francisco de Paula con tal abundancia de dones que no parecía sino que le hubiese hecho señor de todas las criaturas, unas criaturas que le obedecían por completo. Le obedecían el fuego, el aire, el agua y la tierra, las enfermedades, la muerte, los animales, los hombres y los demonios, todo estaba sometido a la voluntad de este santo varón, pues dicen que liberó a muchos posesos y devolvió la vista a los ciegos, el habla a los mudos, curó enfermedades incurables y resucitó a los muertos. Incluso los elementos le obedecían. Ante él, el fuego perdía su fuerza, por lo que podía caminar sobre las llamas o sostenerlas en las manos sin quemarse. Entró en un horno ardiendo y extinguió las llamas, unas llamas que no se atrevieron a tocarle. Extendió su manto sobre las aguas del mar y pasó, junto con su compañero, de Calabria a Sicilia como si se tratase de la barca más segura, tuvo además el don de la profecía y realizó muchísimos más milagros del mismo jaez, cuya enumeración resultaría demasiado larga.

En fin, no hay tema lo suficientemente vano o frívolo y hasta ridículo sobre el que los autores de las *Vidas de los santos* no hayan inventado milagros, acumulándolos además con sumo placer, pues si por algo destacan es por su habilidad para construir este tipo de patrañas.

Veamos cómo habla un autor sensato de esta clase de escritores y de sus piadosas y fabulosas vidas de santos. Su autoridad no debe resultar sospechosa a los cristícolas ya que forma parte de su misma religión, supuestamente santa, apostólica, católica y romana. He aquí lo que dice en su *Apologie des grands hommes* (tomo II, pág. 468):

«Los historiadores, excepto los verdaderamente heroicos, no recogen las cosas tal como son sino que las sesgan y enmascaran según el aspecto que les quieren conferir, y para dar crédito a su punto de vista tienen tendencia a enriquecer la materia alargándola y amplificándola, sesgándola y disfrazándola tanto como lo consideran conveniente. La experiencia nos muestra que todos los libros de historia que se han escrito en los últimos 700 u 800 años (y lo mismo se podría decir de los que son más antiguos) se hallan tan llenos e hinchados de mentiras que no parece sino que los diferentes autores hubiesen competido entre ellos para ver quién se llevaba la palma por haber inventado más. Se puede constatar que las antiguas novelas se basaron en las quimeras del obispo Turpin, en *La Salvation de Trajan* de Jean Lévite, y en el convencimiento de que Virgilio era un mago salido de la mano del monje Hélinand. La propensión a creerse todo, así como la ligereza para hacerlo y creer en todo tipo de

mentiras dio lugar a que se compusiera una cantidad enorme de historias fabulosas que fueron encadenándose unas a otras, ya que la imbecilidad o la locura de la gente llegó a tal exceso que, como dijo en el año 833 Agobardo, obispo de Lyón, no hay cosa por absurda y ridícula que pueda parecer que no la crean los cristianos con más facilidad que lo hubiesen hecho nunca los paganos en sus errores e idolatrías. A estos libros de historia les siguieron inmediatamente las novelas que se escribieron durante el reinado de Luis el Bueno y que se multiplicaron de tal manera en medio de la ignorancia reinante —una ignorancia que se dejaba obnubilar gustosamente por todas esas falsedades prodigiosas—, que todos cuantos quisieron escribir la historia de aquel tiempo incorporaron muchos de aquellos relatos para hacerla más agradable, como señaló muy a propósito cierto doctor en teología, quien confesó ingenuamente que el vicio más común de los autores de aquella época consistió en creer que no habrían escrito con conocimiento de causa ni con suficiente elocuencia ni cortesía si no hubiesen introducido una infinidad de ficciones poéticas entre sus opiniones».

«Parece extraño —añade el autor— que Del Río, Le Loyer, Bodin, De Lancre, Godelman y otros, a quienes se tiene o se tuvo por personas dignas de crédito y mérito, hayan escrito con tan poca circunspección y con tanto apasionamiento sobre el tema de los demonios, brujos y magos, sin haber rechazado ninguna historia por fabulosa y ridícula que fuese, y que amontonaran de cualquier manera las historias falsas y absurdas junto a las verdaderas y legítimas, y eso a pesar de que, como observa san Agustín, mezclar verdades con mentiras convierte a las verdades en quimeras, y de que, como dice san Jerónimo, los mentirosos se las arreglan para que no se les pueda creer ni aun cuando dicen la verdad, tal como le sucedió al pastor de la fábula de Esopo, que había gritado tantas veces que venía el lobo que no le creyeron cuando vino de verdad, por lo que nadie le socorrió cuando el lobo destruyó su rebaño. Se puede decir, por tanto, que las historias ridículas, los cuentos inventados y las falsedades manifiestas que esos autores deslizan en sus libros con tanta facilidad no redundarán más que en su perjuicio y, lo que es peor, en descrédito de la verdad del tema que tratan, en cuanto algunos eruditos tengan el antojo de examinar esos libros con un poco más de diligencia y circunspección de las que emplearon sus autores. De tal manera —añade— que podemos ver cómo desde hace 100 años los herejes se han servido de nuestras propias armas y de los cuentos de la *Leyenda dorada*, de las *Vidas de los santos*, de la *Visión de Tundalus*, de los sermones de Maillard, Menot y Barlette, y de otras piezas semejantes escritas con tanta superstición como simpleza, para afirmarse en el convencimiento de la nulidad y falsedad de nuestros milagros» (*ibid*, pág. 468).

19

Similitud entre los supuestos milagros del cristianismo y del paganismo

No les falta razón, efectivamente, cuando consideran los supuestos milagros como mentiras y falsedades, pues resulta muy sencillo comprobar que los supuestos milagros han sido inventados a imitación de las fábulas y ficciones de los poetas paganos. Se puede comprobar fácilmente por la similitud existente entre unos y otros. Si los cristícolas dicen, por ejemplo, que Dios concedía a los santos la facultad de hacer los milagros que aparecen relatados en sus *Vidas*, los paganos e idólatras decían igualmente que las hijas de Onio, gran sacerdote de Apolo, habían recibido del dios Baco la capacidad y el poder de convertir lo que quisiesen en trigo, vino, aceite, etc.

Decían asimismo, considerándolo como la pura verdad, que Júpiter dio a las ninfas que cuidaron de su educación un cuerno de la cabra que le había dado de mamar en su niñez, cuerno que tenía la propiedad de suministrarles abundantemente de todo cuanto les viniera en gana. ¿No son milagros estupendos? Si los cristícolas dicen que sus supuestos santos resucitaban a los muertos y tenían revelaciones divinas, los paganos tuvieron antes que ellos a un hijo de Mercurio, Atálides, que recibió de su padre el don de poder vivir, morir y resucitar cuando quisiera, con la particularidad, además, de que sabía lo que ocurría en este mundo y en el otro.

De igual manera, decían que Esculapio, hijo de Apolo, resucitó a los muertos, y entre ellos a Hipólito, hijo de Teseo, a petición de Diana, y sostenían también que Hércules resucitó a Alcestes, la mujer de Admeto, rey de Tesalia, para devolvérsela a su marido.

Si los cristícolas aseguran que Jesucristo nació milagrosamente de una virgen que no conoció varón, los paganos también habían dicho antes que ellos que Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, habían nacido milagrosamente de una virgen vestal llamada Ilia, Silvia o Rea Silvia. También habían dicho que Marte, Discordia y Vulcano, entre otros, habían sido engendrados por Juno sin conocimiento de varón; y habían dicho asimismo que Minerva, diosa de las ciencias, fue engendrada en el cerebro de Júpiter y que salió totalmente armada cuando el dios se dio un puñetazo en la cabeza.

Si los cristícolas aseguran que sus santos hacen brotar fuentes de las rocas, los paganos habían dicho también que Minerva hizo que brotara una fuente de aceite como recompensa por un templo que habían erigido en su honor.

Si los cristícolas se enorgullecen de haber recibido milagrosamente imágenes del cielo, por ejemplo las de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora de Liesse, y de que recibieron otros presentes como la supuesta santa ampolla de Reims, la casulla blanca recibida por san Ildefonso de la Virgen María y otras cosas del mismo estilo,

los paganos también se enorgullecían de haber recibido del cielo un escudo sagrado como señal de protección de la ciudad de Roma, y los troyanos de haber recibido de los cielos el Paladio o efigie de Palas, el cual, según decían, descendió del cielo para ocupar el lugar que le habían asignado en el templo erigido en honor de la diosa.

Si los cristícolas dicen que los apóstoles vieron a Jesucristo ascender a los cielos y que muchas almas de santos fueron vistas cuando los ángeles las transportaban al cielo, los paganos romanos habían dicho antes que ellos que Rómulo, el fundador de la ciudad, fue visto en toda su gloria después de muerto.

Decían de igual modo que Ganímedes, hijo de Tros, rey de Troya, fue transportado al cielo por Júpiter para que le sirviera de escanciador. Decían también que la cabellera de Berenice fue transportada al cielo cuando la consagraron en el templo de Venus. Lo mismo decían de Casiopea, Andrómeda y el asno de Sileno.

Si los cristícolas dicen que muchos santos fueron conservados milagrosamente de la corrupción una vez muertos, y que los cuerpos fueron encontrados por revelación divina después de haber transcurrido mucho tiempo sin saber dónde se hallaban, los paganos aseguraban lo mismo del cuerpo de Orestes, que fue encontrado gracias a una indicación del oráculo.

Si los cristícolas dicen que los siete hermanos durmientes durmieron milagrosamente durante 177 años encerrados en una caverna, los paganos dicen que también el filósofo Epiménides durmió 57 años en la cueva en que se había dormido.

Si los cristícolas dicen que muchos santos hablaron milagrosamente después de que les cortaran la cabeza o la lengua, los paganos ya habían dicho que la cabeza de Gabieno cantó un largo poema después de haber sido separada del cuerpo.

Si los cristícolas se enorgullecen de que sus iglesias y templos se hallan adornados con cuadros y ricas ofrendas que muestran las curaciones milagrosas realizadas mediante la intercesión de los santos, también pueden verse, o se podían ver en su tiempo, cuadros y ricas ofrendas en el templo de Esculapio en Epidauro, que daban testimonio de las curaciones realizadas al invocar a ese dios.

Si los cristícolas dicen que muchos santos fueron preservados de sufrir la más mínima quemadura en el cuerpo ni en sus ropas pese a encontrarse en medio de las llamas, los paganos podían decir lo mismo de los sacerdotes de Diana, que caminaban descalzos sobre carbones ardiendo sin quemarse ni herirse los pies. Podían decir lo mismo también de los sacerdotes de la diosa Feronia y de los hirpianos, que caminaban descalzos sin quemarse sobre las brasas ardientes de las hogueras encendidas para honrar a Apolo.

Si los ángeles, como dicen los cristícolas, edificaron una capilla en honor de san Clemente en el fondo del mar, los paganos decían que también la cabaña de Baucis y Filemón fue convertida milagrosamente en un soberbio templo como recompensa a su piedad.

Si los cristícolas dicen y presumen de tener santos protectores entre los que se encuentran algunos como Santiago y san Mauricio, que se presentaron muchas veces

en medio de sus ejércitos armados de pies a cabeza y montados a caballo para combatir a sus enemigos, los paganos ya habían dicho antes que ellos que Cástor y Pólux también se aparecieron muchas veces para combatir con los romanos y contra sus enemigos.

Si los cristícolas dicen que un macho cabrío apareció milagrosamente para ser sacrificado por Abrahán en lugar de su hijo Isaac, los paganos dicen también que la diosa Vesta envió milagrosamente una ternera para ser sacrificada en lugar de Metela, hija de Metelo. También dicen que Diana envió milagrosamente a una cierva en lugar de Ifigenia cuando se encontraba en la hoguera a punto de ser inmolada, por lo que Ifigenia pudo ser rescatada milagrosamente.

Si los cristícolas dicen que san José huyó a Egipto al recibir un aviso del cielo transmitido por un ángel, los paganos dicen también que el poeta Simónides evitó muchos peligros mortales gracias a los avisos milagrosos que recibió.

Si Moisés hizo que brotara una fuente de una roca con sólo golpearla con su cayado, el caballo Pegaso habría hecho lo mismo, al decir de los paganos, pues cuando golpeó una roca con uno de sus cascos hizo brotar una fuente.

Si los cristícolas dicen que san Vicente Ferrer resucitó a un muerto que había sido despedazado, y cuyos despojos fueron cocidos y asados a partes iguales, los paganos dicen que Pélope, hijo de Tántalo, rey de Frigia, fue cortado también en pedazos por su padre para ser ofrecido como comida a los dioses, y que éstos, al conocer la bárbara crueldad cometida por el padre con su hijo, recogieron los pedazos, los juntaron y le devolvieron la vida.

Si los cristícolas dicen que sus crucifijos y muchas otras imágenes santas hablaban milagrosamente y respondían a las preguntas que les hacían, los paganos dicen también que sus oráculos hablaban por intervención divina y que proporcionaban respuestas a las preguntas que se les hacían. Dicen también que las cabezas de Orfeo y de Policrato proporcionaban oráculos después de muertos.

Si Dios dio a conocer que Jesucristo era su hijo gracias a una voz que bajó del cielo, como aseguran los evangelistas, el dios Vulcano mostró que Céculo era realmente su hijo haciendo que apareciera una llama milagrosa.

Si los cristícolas dicen que muchos de sus santos han amansado la crueldad y ferocidad de las fieras más crueles y sanguinarias, los paganos dicen que Orfeo también atraía, gracias a la dulzura de su canto y la armonía de sus instrumentos, a leones, osos y tigres, amansando la ferocidad de las fieras más crueles y sanguinarias gracias a una dulzura tan armónica. De igual manera, dicen que atraía a las rocas y los árboles, y que incluso los ríos detenían su curso para escucharle cantar.

Finalmente —por abreviar y prescindir de cantidad de ejemplos semejantes que podría dar aquí—, si los cristícolas dicen que las murallas de Jericó cayeron milagrosamente a tierra debido a las trompetas que hicieron sonar sus sitiadores, los paganos cuentan algo mucho más sorprendente, pues aseguran que las murallas de Tebas fueron construidas por el sonido armonioso de los instrumentos de música que

tocaba Anfión, lo que resulta más admirable y milagroso que un simple derrumbamiento de murallas.

Vemos pues, realmente, que existe una gran similitud entre unos milagros y otros, es decir, entre los de los cristícolas y los de los paganos. Pero no hay más apariencia de autenticidad en unos que en otros, por lo cual, si es una gran tontería dar crédito a los supuestos milagros del paganismo, también es una tontería muy grande dar crédito a los del cristianismo, ya que unos y otros proceden del mismo principio de error y del mismo principio de quimeras, mentiras e imposturas.

Por esta razón, los maniqueos y arrianos, casi en los comienzos del cristianismo, se burlaban de esos supuestos milagros hechos por invocación de los santos y censuraban a quienes los invocaban después de muertos y veneraban sus reliquias. Parece que el difunto señor de Fénelon, antiguo arzobispo de Cambrai, no tuvo en cuenta los supuestos milagros y no parecía creer siquiera en ellos, puesto que no les dedicó una sola palabra en su libro *De l'Existence de Dieu*, libro en el que pretende reunir precisamente las pruebas más importantes que pueda haber de la existencia de Dios. Pues bien, si no menciona en él los milagros —que de ser ciertos habrían constituido, con toda seguridad, una de las pruebas más importantes—, hay que considerar eso como una señal inequívoca de que no los tenía en cuenta ni daba crédito a nada de lo que se dice acerca de ellos. Por tanto, la prueba que los cristícolas quieren extraer de esos supuestos milagros para mostrar la verdad de su religión es una prueba muy débil.

20

No son más creíbles unos que otros

Para descubrir mejor la futilidad, falsedad y ridículo que encierran los supuestos milagros del cristianismo, los examinaremos minuciosamente para ver si responden al fin principal que se habría propuesto al realizarlos un ser dotado de una bondad soberana, una sabiduría soberana y un poder soberano, y si resulta verosímil que un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio se haya empeñado en algo tan insignificante como hacer milagros para unos hombres ¡a los que habría redimido con su propia sangre!

Pero para juzgar como es debido hay que tener en cuenta necesariamente y no perder de vista lo que los cristícolas tienen por principio fundamental de su doctrina y de toda su religión. Porque sólo si se examina de cerca este principio se podrá establecer si los supuestos milagros responden realmente al fin principal que se habrían propuesto su Dios y su divino salvador Jesucristo al crear al hombre, y si resulta verosímil que haya querido obstinarse en hacer semejantes milagros. Ya que, si los supuestos milagros no se hallan en perfecta consonancia con el fin principal que se habría propuesto un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio al hacerlos, no resulta verosímil que se hayan realizado ni que hayan podido ser realizados por la omnipotencia de un Dios.

Pues bien, el principio fundamental de la doctrina, la fe y, en suma, la religión de los cristícolas consiste en que su divino Jesucristo, al que denominan *su divino Salvador*, es un Dios todopoderoso, hijo eterno de un Dios todopoderoso que se habría hecho hombre por su amor infinito y su infinita bondad hacia los hombres para redimirlos y salvar a todos ellos, es decir, para librarles de la condenación eterna a la que se habrían hecho acreedores debido a sus pecados y principalmente al que cometió su primer padre Adán. Y no sólo para redimirlos de sus pecados y de la condenación eterna sino para reconciliarlos completamente con Dios, su padre todopoderoso, y restituirlos a su gracia así como para procurarles, después de esta vida, la felicidad y la bienaventuranza eterna en el cielo. Eso es lo que dicen los cristícolas que hizo realmente Jesucristo al dar su vida por todos los hombres y morir vergonzosamente en la cruz por su salvación.

De ahí que el propio Jesucristo dijera sobre este principio fundamental que aparece en uno de los supuestos santos Evangelios que su padre había amado tanto al mundo que le dio a su único hijo, y que quien creyera en él no perecería jamás y tendría la vida eterna. Porque Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo sino para que fuera salvado por él (Juan, 3,17). «Yo soy el buen pastor —dijo en otra ocasión—. El buen pastor da su vida por las ovejas» (Juan, 10,11). Y en otra parte dijo que había venido para buscar y salvar lo que estaba perdido (Mateo, 18,11).

Y como los hombres estaban condenados, según la doctrina de los cristícolas, por eso vino al mundo a salvarlos, de acuerdo con el principio fundamental de la misma. Por esa razón, los supuestos santos Evangelios dicen, según el principio fundamental de su doctrina, que Jesucristo eliminará el pecado del mundo (Juan, 1,29) y que ha venido para destruir las obras del diablo, que no son otras que los vicios, los pecados y toda clase de injusticias y maldades. De ahí que se diga en sus supuestos libros santos que la gracia de Jesucristo, el Salvador, fue mostrada a todos los hombres para enseñarles a renunciar a la impiedad y a las tentaciones del mundo, para enseñarles a vivir sobria, justa y religiosamente mientras aguardan la bienaventuranza y la venida de Jesucristo glorioso, su gran Dios y el salvador de sus almas, el cual se entregó a los hombres, según dicen, para redimirlos de sus pecados y, al purificarlos, construir un pueblo querido e inclinado a las buenas obras (Tito, 2, 12). Y en otra parte de esos mismos libros se dice que el mismo Jesucristo amó tanto a su Iglesia, es decir, a su pueblo o a los miembros de su secta, que se entregó a ella para santificarla purificándola con el agua del bautismo y mediante la palabra de vida para volverla gloriosa, sin arruga, mancha ni defecto alguno, en resumen, para que, por el contrario, fuese santa e irreprochable (Efesios, 5,25-27). Por eso cantamos todos los días en nuestros supuestos santos misterios las palabras que simbolizan nuestra fe: «Que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo»; y también estas otras: «Tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica».

De modo que el fin principal que se habrían propuesto Dios y su hijo Jesucristo —el primero enviando a su divino hijo a este mundo y el segundo haciéndose un hombre semejante a los demás hombres—, su propósito principal, habría sido salvar al mundo, como digo, y para ello su fin principal habría consistido, según se ha dicho, en eliminar el pecado del mundo y destruir por completo la obra del demonio, es decir, en erradicar el pecado del mundo acabando con los vicios, las malignidades, las iniquidades y las maldades. La intención principal habría sido, según se ha dicho, salvar a todos los hombres que se hallaban perdidos en el vicio y el pecado. Su fin principal habría sido, según se ha dicho, santificar a un pueblo para que no tuviera ni arruga ni mancha, es decir, para que no tuviera vicio alguno ni pecado. Y por último (lo que viene a ser lo mismo), su principal fin o intención habría consistido en salvar las almas despojándolas del infeliz estado de pecado y redimiéndolas de la condenación eterna para procurarles una vida eterna venturosa. Los cristícolas no pueden negar que en eso consisten los principales fines que su Dios y su divino salvador Jesucristo se habrían propuesto, este último haciéndose un hombre semejante a los demás hombres y ofreciéndose a morir, según dicen, por amor a ellos. No pueden negar, insisto, que el fin principal del hijo y el fin principal de Dios, su padre todopoderoso, consiste en eso, ya que así aparece consignado en sus Escrituras presuntamente santas.

Pues bien, no se ve por ninguna parte efecto alguno ni manifestación real alguna de la presunta redención del hombre, no se ve señal alguna de que el pecado haya

sido erradicado de este mundo, como hubiera debido serlo, ni siquiera que haya disminuido de alguna manera. Por el contrario, parece más bien que haya aumentado y se haya multiplicado y se esté multiplicando cada día, porque los hombres son cada día más viciosos y malos, y parece que se ha abatido un diluvio de vicio e iniquidad sobre este mundo. No parece que los cristícolas tengan motivos para vanagloriarse de ser más santos, más sabios y más virtuosos, ni tampoco más ordenados en sus costumbres y conducta que los demás pueblos de la Tierra. Por último, tampoco parece haber constancia de que haya más almas salvadas de las que pudo haber antes de la presunta redención, pues no parece que haya más almas que estén tomando el camino del cielo ni menos que estén tomando el del infierno si, según aseguran los cristícolas, la virtud es el camino para el cielo y el pecado el camino para el infierno.

Resulta evidente, por tanto, que los supuestos milagros no responden al fin principal que se habría trazado Dios todopoderoso al hacerlos en su soberana bondad y su soberana sabiduría. No resulta creíble que un Dios que quiso hacerse hombre para salvar a todos los hombres se haya entretenido en hacer toda clase de milagros sin haber realizado el principal, para el cual se habría hecho hombre debido a un exceso de amor.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio, que se habría convertido en un hombre mortal por amor a los hombres, y que por un exceso de amor hacia ellos habría querido derramar hasta la última gota de su sangre para salvarlos, ¿habría hecho uso obstinadamente de su bondad, su sabiduría y su omnipotencia para curar únicamente unas cuantas enfermedades y dolencias del cuerpo, y eso sólo en aquellos enfermos que le habrían sido presentados, mientras que, en cambio, no habría querido emplear su omnipotencia, su soberana bondad y su soberana sabiduría para curar a todos los hombres de todas las enfermedades y padecimientos del alma? Es decir, ¡que no habría querido curar y librar a los hombres de sus vicios y maldades, que son mil veces peores que todas las enfermedades del cuerpo! No, no resulta creíble.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso tan bueno y sabio, ¿habría querido preservar milagrosamente unos cuantos cadáveres de la corrupción y la podredumbre, y no habría querido emplear su omnipotencia y sabiduría para preservar del contagio y la corrupción del vicio y el pecado las almas de una multitud de personas que habría venido a redimir y santificar por medio de la gracia, pagándolo con su sangre? No resulta creíble de ningún modo.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso, tan bueno y sabio que habría querido devolver la vista a unos cuantos ciegos, la audición a unos cuantos sordos y el habla a unos cuantos mudos, que habría hecho caminar a unos cuantos cojos y habría curado a unos cuantos paralíticos, ¿no habría querido iluminar, sin embargo, a los pecadores con las luces de su divina gracia, según dicen los cristícolas? ¿Ni habría querido apartarlos eficazmente de sus errores y extravíos por la senda del vicio a fin de

devolverlos felizmente al camino de la virtud, haciéndoles caminar rectamente por la vía de sus divinos mandamientos? No resulta creíble de ningún modo.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso tan bueno y tan sabio, ¿habría querido resucitar, por especial intervención de su gracia, a unos cuantos muertos para mantenerlos durante algún tiempo en una vida mortal y llena de miserias, y no habría querido, sin embargo, ni quiere todavía hoy, apartar de la muerte eterna del pecado a una multitud de almas a las que habría creado, sin embargo, para el cielo y a las que habría debido, como he dicho, santificar con su gracia, habiéndolas redimido, además, como las redimió con su sangre? No resulta creíble de ningún modo.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso tan bueno y tan sabio ¿habría querido apartar o preservar milagrosamente a unas cuantas personas de los naufragios en las aguas del mar y los ríos y, sin embargo, no habría querido ni quiere apartar y preservar todavía hoy del naufragio del infierno a una multitud de almas que caen desdichadamente en él todos los días, tal como dicen los cristícolas? No resulta creíble de ningún modo.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso tan bueno y tan sabio, ¿habría querido preservar de los daños del fuego, por una especial intervención de su gracia, los cuerpos de algunos de sus santos e incluso sus ropas y hasta sus pelos y cabellos cuando se hallaban inmersos en las llamas y atrapados en incendios y, sin embargo, no habría querido ni quiere todavía hoy preservar de las llamas terribles y eternas del infierno a multitud de almas que habría venido a redimir con su sangre? No resulta creíble de ningún modo pues, como dice el apóstol san Pablo (Romanos, 8,32), si Dios no preservó a su propio hijo sino que quiso entregárselo a los hombres para salvarlos, ¿cómo no iba a darles todo lo que necesitaban para su salvación? Y si el supuesto hijo de Dios quiso dar su vida por la salvación de los hombres, ¿cómo iba luego a negarles la gracia y todos los bienes que hiciera falta?

¡Cómo! ¿Habría deseado morir por un exceso de amor para salvar a los hombres y no habría querido concederles un solo guiño favorable de su gracia? ¡Imposible! Eso cae por su propio peso.

¡Cómo! Un Dios todopoderoso que hizo que repicaran milagrosamente las campanas, ora de una ciudad ora de otra, para honrar la muerte o la sepultura de unos cuantos cuerpos muertos, y que utilizó su omnipotencia para saciar milagrosamente con un poco de pan y pescado a unos cuantos miles de personas que le seguían, y que utilizó también su omnipotencia para atraer milagrosamente a las fieras salvajes, a los pájaros e incluso a los peces del mar y los ríos para que escuchasen la prédica de algunos de sus santos, y que utilizó asimismo —para abreviar— su omnipotencia en miles y miles de asuntos vanos y muchas veces insignificantes para cambiar el orden y el curso ordinario de la naturaleza; un Dios capaz de hacer todo eso, ¿no habría querido hacer nada, ni quiere hacerlo hoy día, para llevar a cabo eficazmente la conversión, santificación y salvación eterna de tantos miles e incluso de tantos miles de millones de pecadores, que le habrían alabado y bendecido eternamente en el cielo con que sólo hubiese querido o quisiera mirarles favorablemente con los ojos de su

gracia, es decir, con que hubiese querido moverles benévolamente el corazón y abrirles caritativamente los ojos del espíritu para hacerles conocer y amar el bien?

No, de ningún modo resulta creíble que un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio haya podido actuar de esta manera con unos hombres a los que habría querido tanto como para dar su sangre y su vida por ellos. No resulta creíble de ningún modo que haya podido descuidar la parte principal y más importante de sus designios para dedicarse a las partes más accesorias, como serían las supuestas curaciones milagrosas de algunas enfermedades corporales y otros supuestos milagros del mismo estilo, que no tienen excesivo alcance si los comparamos con el que tiene la parte principal o el fin principal, que no es otro sino la destrucción completa del pecado y la salvación del hombre.

¿Habría bajado del cielo este supuesto hijo divino de Dios, y supuesto salvador divino del hombre, habría bajado del cielo, repito, y venido a la Tierra sólo o principalmente para curar a unos cuantos enfermos de las dolencias de sus cuerpos? ¿Habría venido sólo o principalmente para devolver la vista a unos cuantos ciegos? ¿Para devolver la facultad de oír a unos cuantos sordos? ¿Para devolver el habla a unos cuantos mudos? ¿Para devolver la capacidad de caminar a unos cuantos cojos y unos cuantos paralíticos? ¿Habría venido sólo o principalmente para devolver la salud del cuerpo a unos cuantos enfermos y para resucitar a unos cuantos muertos? ¿Habría venido sólo o principalmente para preservar a unos cuantos cadáveres de la podredumbre y la corrupción? ¿Y para hacer que repicaran solas unas cuantas campanas? ¿Habría venido, por último, sólo y principalmente para que no se quemaran milagrosamente las ropas, los pelos y los cabellos de quienes se encontraban en medio de las llamas? Pues bien, podríamos preguntarnos lo mismo respecto a todos los vanos y supuestos milagros a los que, sin embargo, se presta tanta atención. ¿Habría venido sólo para esto el divino salvador?

¿No habría venido más bien para curar a los hombres de todas las enfermedades y padecimientos del alma, así como para curarlos de todas las enfermedades del cuerpo? ¿No habría venido más bien para liberarlos de la esclavitud del vicio y del pecado? ¿No habría venidomás bien para hacerlos más sabios y virtuosos y para santificarlos, habida cuenta de que habría venido principalmente para redimirlos y salvarlos a todos?

Un día este supuesto salvador divino daba testimonio de haberse compadecido de que no tuvieran nada para comer aquellos que le seguían: «Me compadezco de esta gente, ya llevan tres días junto a mí y no tienen qué comer. Si los despido a casa en ayunas, desfallecerán por el camino» (Marcos, 8,2). Y para preservarlos de semejante trance quiso, según dicen los cristícolas, ofrecerles una muestra milagrosa de su omnipotencia multiplicando milagrosamente unos panes para que se saciasen e impedir así que desfalleciesen por el camino. ¿Y no habría querido, ni quiere hoy, ofrecer otra muestra similar de su milagrosa omnipotencia santificando a los pecadores y salvándolos? ¿Está viendo cada día su debilidad y sus enfermedades y no

quiere fortificarlos con el socorro eficaz de su todopoderosa gracia para impedir que caigan en el vicio y el pecado? ¿Les ve caer todos los días a millares en las terribles llamas del aciago infierno y no da muestras de tener compasión alguna por su perdición, por una perdición tan terrible y espantosa como ésta? No resulta creíble en ningún modo, y parece hasta indigno pensar todo esto de un ser infinitamente bueno e infinitamente sabio.

Su milagro principal, el más grande y más glorioso para él y, al mismo tiempo, el más necesario y ventajoso para unos hombres a los que acababa de redimir, habría sido, seguramente, curarlos verdaderamente de esas enfermedades y esos padecimientos del alma que son los vicios y las bajas pasiones. Su milagro principal, el más hermoso y más admirable, tendría que haber sido convertir a los hombres en seres virtuosos, sabios y perfectos tanto de cuerpo como de alma. Su primer milagro, el principal, habría tenido que consistir en eliminar y desterrar por completo del mundo los vicios, los pecados, las injusticias, las iniquidades y las maldades. Su primer milagro, el más hermoso, habría tenido que ser santificar realmente a los hombres y salvarlos efectivamente haciendo que fuesen venturosos así en la tierra como en el cielo. Ése tendría que haber sido, señores cristícolas, el primer milagro, el más hermoso, el más grande, el más glorioso, el más ventajoso, el principal y más necesario de todos los supuestos milagros que tenía que haber hecho vuestro supuesto divino salvador, ya que bajó del cielo y vino a este mundo para eso, como dijo él mismo, según dice el Evangelio: «Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan, 12,32).

Y fue, efectivamente, elevado de la tierra, aunque lo fue de dos maneras diferentes, según aseguran nuestros cristícolas: fue elevado en la cruz a la que lo habían clavado y lo fue cuando subió al cielo. Pues bien, poco importa que se refiriese a una forma de elevarse o a otra, e incluso a las dos; el primer milagro que habría tenido que hacer, como ya he dicho, el más hermoso, el más grande, el más deseable, el más glorioso y más favorable que hubiese podido hacer o que tenía que haber hecho, según sus propias palabras, habría debido ser haberse llevado a todos consigo cuando se elevó de la tierra. Y como también se dice en las famosas Escrituras que vino para eliminar el pecado del mundo, para destruir la obra del demonio, para santificar a los hombres, para encontrar y salvar todo lo que se había perdido, en resumen, para recoger a los pecadores, redimir a todos los hombres del pecado y de la condenación eterna y salvarlos, procurándoles una vida eternamente venturosa en el cielo, por esto el primer milagro que habría tenido que hacer, repito, el más grande, más hermoso, más glorioso y más ventajoso, el más deseable, más necesario y, al mismo tiempo, más importante, el milagro principal, en suma, que hubiese podido hacer o que tenía que haber hecho, según su principal y primer designio, habría debido consistir en erradicar el pecado del mundo, habría tenido que consistir en erradicar los vicios, las injusticias, las iniquidades, las maldades y los escándalos. Pero como resulta claro y evidente que no hizo esos milagros, los

verdaderamente importantes, no hay nada que permita creer que él, sus apóstoles y los supuestos santos hicieron alguno de esos otros milagros de los que tanto se habla.

Por ello resulta pueril que los cristícolas pretendan probar la autenticidad de su religión basándose en la realidad de sus supuestos milagros, puesto que, como he dicho, son sólo errores, quimeras, mentiras e imposturas. Lo que acabo de exponer lo demuestra de una manera lo bastante clara como para que no pueda caber duda alguna, y constituye la segunda prueba demostrativa de lo que afirmé anteriormente sobre la futilidad y falsedad de todas las religiones.

Tercera prueba

21

De la futilidad y falsedad de las religiones, deducidas de la futilidad y falsedad de las supuestas visiones y revelaciones divinas

Vayamos a la tercera prueba y a las supuestas visiones y revelaciones divinas sobre las cuales los cristícolas pretenden fundamentar y asentar también la autenticidad y certeza de su religión. Para dar una idea verdadera y justa de las supuestas visiones y revelaciones divinas no creo que se pueda hacer mejor cosa que decir que revisten, en general, tales características que, si alguien pretendiese hoy día haber tenido esas visiones y revelaciones divinas u otras similares y quisiese valerse de ellas, se le consideraría, sin ninguna duda, un loco, un visionario o un fanático insensato, y se tendría por tales, sin duda alguna, a todos cuantos quisiesen enorgullecerse o valerse de semejantes visiones y revelaciones supuestamente divinas.

Según dicen los libros presuntamente santos que he mencionado anteriormente, Dios se habría aparecido por primera vez a Abrahán diciéndole: «El Señor dijo a Abrán: Sal de tu tierra nativa —Abrahán vivía en Caldea— y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré» (Génesis, 12,1). Una vez se hubo marchado, Dios se le apareció una segunda vez: «El Señor se apareció a Abrán y le dijo: A tu descendencia le daré esta tierra. Él constituyó allí un altar en honor del Señor, que se le había aparecido» (Génesis, 12,7). Algún tiempo después, Dios volvió a aparecérsele durante la noche mostrándose como si estuviese dentro de un horno ardiente y humeante. Entonces selló una alianza con Abrahán: «El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates» (Génesis, 15,17-18). Cuando Abrahán cumplió 99 años, Dios volvió a aparecérsele de nuevo: «Cuando Abrán tenía 99 años, se le apareció el Señor y le dijo: Yo soy Dios todopoderoso. Procede de acuerdo conmigo y sé honrado, y haré una alianza contigo: haré que te multipliques sin medida. Mantendré mi pacto contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como pacto perpetuo. Éste es el pacto que hago con vosotros y con tus descendientes futuros y que habéis de guardar: Circuncidad a todos vuestros varones; circuncidaréis el prepucio, y será una señal de mi pacto con vosotros. A los ocho días de nacer, todos vuestros varones de cada generación serán circuncidados; también los esclavos nacidos en casa o comprados a extranjeros que no sean de vuestra raza» (Génesis, 17,1-2, 7 y 10-12).

Algún tiempo después, dice la historia, Dios quiso poner a prueba a Abrahán para ver si sería capaz de obedecerle en todo cuanto le pidiese, por lo que se le apareció y le dijo: «Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré. Abrahán madrugó, aparejó

el asno y se llevó a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. Al tercer día, levantó Abrahán los ojos y divisó el sitio a lo lejos. Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: ¡Abrahán, Abrahán! Él contestó: Aquí estoy. Dios le ordenó: No alargues tu mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ya he comprobado que respetas a Dios, porque no me has negado a tu hijo, a tu único hijo. Por haber obrado así, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos. Todos los pueblos del mundo se bendecirán nombrando a tu descendencia porque me has obedecido» (Génesis, 22,2-4, 6, 10-12, 16-18).

Después de la muerte de Abrahán, Dios se le apareció a su hijo Isaac y le dijo: «Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, daré a tu descendencia todas estas tierras, y todos los pueblos de la tierra desearán las bendiciones de tu descendencia. Porque Abrahán me obedeció y guardó mis preceptos, mandatos, normas y leyes. [Isaac] levantó allí un altar, invocó el nombre del Señor y plantó allí su tienda» (Génesis, 26,4-5 y 25).

Después de la muerte de Isaac, su hijo Jacob fue a Mesopotamia para buscar una mujer que le conviniese. Tras haber caminado todo el día, se sintió fatigado a causa del mucho camino que había hecho y, para descansar, se acostó en el suelo utilizando una piedra a modo de almohada, quedándose muy pronto dormido. Mientras dormía vio una escala que subía desde la tierra hasta el cielo, pareciéndole ver que los ángeles subían y bajaban por esa escala, y también vio a Dios que, apoyado en la parte más alta de la escala, le decía: «Yo soy el Señor, Dios de Abrahán tu padre y Dios de Isaac. La tierra en que yaces te la daré a ti y a tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra; te extenderás a occidente y oriente, al norte y al sur. Por ti y tu descendencia todos los pueblos del mundo serán benditos. Yo estoy contigo, te acompañaré adonde vayas, te haré volver a este país y no te abandonaré hasta cumplirte cuanto te he prometido. Despertó Jacob del sueño y dijo: Realmente Dios está en este lugar y yo no lo sabía. Y añadió aterrorizado: ¡Qué terrible es este lugar! ¡Es nada menos que Casa de Dios y Puerta del Cielo! Jacob se levantó de mañana, tomó la piedra que le había servido de almohada, la colocó a modo de estela y derramó aceite en la punta. Jacob pronunció un voto: Esta piedra que he colocado como estela será una casa de Dios y te daré un diezmo de todo lo que me des» (Génesis 28,13-18, 20-22).

Aún tuvo una hermosa visión años después, cuando guardaba los rebaños de su suegro Labán tras haber convenido con él que recibiría como pago de sus servicios los corderos de más de un color que nacieran de las ovejas del rebaño. Como es natural, estaba tan deseoso de recibir lo que le correspondía que deseaba

fervientemente que las ovejas parieran muchos corderos. Una noche soñó que los machos cubrían a las hembras y que éstas parían corderos de más de un color. Se encontraba tan a gusto soñando aquello que entonces se le apareció Dios, según dice la historia, y le dijo: «Fíjate bien y verás que todos los machos que cubren a las ovejas son rayados o manchados. He visto cómo te trata Labán. Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste una estela y me hiciste un voto. Ahora levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu tierra nativa» (Génesis, 31,12-13). Cuando regresaba a su tierra llevando consigo a su familia y todo lo que había ganado en casa de su suegro, tuvo que combatir durante toda la noche —dice la historia, o mejor, la fábula— hasta el alba contra un desconocido con el que se había encontrado. Como el desconocido no pudo vencerle le preguntó cómo se llamaba, Jacob le dijo su nombre y entonces el desconocido le dijo: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con dioses y hombres y has podido» (Génesis 32,29).

Éstas fueron las primeras de esas ingeniosas visiones y revelaciones presuntamente divinas. Y no deberían juzgarse las que vinieron después de manera distinta a como juzgaríamos éstas. Pues, ¿qué hay de divino en esos sueños tan groseros y en esas ilusiones tan vanas? Si algún hombre rústico e inculto, si algún campesino ayudante de pastor —como podía ser este Jacob del que acabo de hablar— nos dijese que había convenido con su suegro o con un hombre cualquiera que, a cambio de guardarle el rebaño, recibiría el fruto que dieran las ovejas, si su lana era de más de un color, y que a modo de testimonio de cuánto deseaba favorecerle Dios, se le había aparecido en sueños y le había dicho: «Soy el Dios que se te apareció en Betel, en tal sitio, he visto los engaños y las injusticias que se han cometido contigo. Pero no quedarás frustrado ya que obtendrás tu recompensa porque voy a cumplir tus deseos. Mira cómo los machos de tu rebaño cubren a las hembras para que den frutos de más de un color, por lo que tu recompensa será grande». Si un individuo viniese ahora mismo y nos contara semejantes patrañas, convencido de que había tenido realmente una visión y de que había recibido una revelación divina, lo tomaríamos por loco, por visionario o por un simple de espíritu. Y si el mismo individuo nos dijera que se había encontrado de noche con un desconocido con el que se había visto obligado a combatir durante toda la noche, y que este desconocido, que no pudo vencerle, le dijo que había estado combatiendo con Dios, y si, a partir de esta visión, ese individuo considerara esa victoria imaginaria como un presagio divino y una confirmación divina de la fuerza con la que combatiría en adelante contra sus enemigos, ¿no nos reiríamos de las tontas imaginaciones de este pobre hombre? Desde luego, claro que nos reiríamos, y no haríamos otra cosa que reírnos.

Ocurriría lo mismo si unos cuantos extranjeros —un puñado de alemanes o de suizos, por ejemplo— viniesen y nos dijesen, después de haber recorrido Francia y visitado las provincias más bellas del reino, que habían venido a este país porque Dios se les había aparecido en el suyo y les había dicho que les había concedido, a ellos y a toda su descendencia, las tierras más hermosas y los señoríos y las

provincias de este reino de Francia que van desde el Rin y el Ródano hasta el océano, asegurándoles además que sellaría una alianza eterna con ellos y con su descendencia, que multiplicaría su raza y que haría que su posteridad fuese tan numerosa como las estrellas del cielo y los granos de arena del mar y, por último, que bendeciría en ellos a todas las naciones de la tierra y que, como señal de su alianza eterna con ellos y su descendencia, les había ordenado que se circuncidaran y que tenían que circuncidar a los niños varones que nacieran de ellos y de su descendencia: ¿quién no se reiría de semejantes tonterías y no consideraría a esos extranjeros como unos locos visionarios o unos fanáticos insensatos? No hay nadie que no les considerase como tales y no se riese y burlase de tan ingeniosas visiones y revelaciones presuntamente divinas.

Pues bien, todo ello no es sino una descripción de lo que fueron las supuestas visiones que habrían tenido, o habrían creído tener, los antiguos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob. No hay ninguna razón para juzgar aquello de otra manera, ni tampoco para pensar que lo que ellos dijeron acerca de sus supuestas visiones y revelaciones divinas fuese mejor de lo que dirían en una situación semejante los extranjeros de quienes acabo de hablar, y por eso no habría que tenerlas más en cuenta que las de los extranjeros, porque no son, en realidad, otra cosa que errores, quimeras, mentiras e imposturas, como lo serían las de los extranjeros que acabo de mencionar. Se puede asegurar también que si los tres patriarcas viniesen ahora para decirnos en persona que tuvieron visiones y revelaciones divinas, no haríamos más que reírnos y no dejaríamos de calificar sus supuestas visiones y revelaciones como errores y quimeras, o mentiras e imposturas.

Digo que las consideraríamos *como errores y quimeras* en el caso de que nos pareciese que dichos personajes se mostraban realmente convencidos de haber tenido semejantes visiones y revelaciones, por lo que los consideraríamos unos visionarios o unas personas débiles de espíritu. En cambio, los consideraríamos unos mentirosos, unos bribones y unos impostores si pensáramos que actuaban movidos por otras intenciones.

Pero da lo mismo que los patriarcas tuviesen la intención de engañar al prójimo o que se hubiesen engañado antes a sí mismos, porque resulta muy fácil descubrir la futilidad y falsedad de sus supuestas visiones y revelaciones divinas. Se desenmascaran claramente por sí solas por el favoritismo del que he hablado anteriormente, o por la preferencia hacia pueblos o personas que estarían detrás de esas supuestas revelaciones, pues no resulta creíble que un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio y perfecto, haya podido querer o querer hacer o permitir una cosa tan injusta y odiosa como el favoritismo o la preferencia hacia pueblos o personas. La futilidad y falsedad de las mencionadas revelaciones queda al descubierto muy claramente de tres maneras:

1. Queda al descubierto por la vil, ridícula, despreciable y vergonzosa señal de la supuesta alianza que Dios habría suscrito con los hombres.

2. Por la cruel y bárbara instauración de sacrificios sangrientos de animales inocentes que Moisés atribuye al propio Dios, y principalmente por el cruel y bárbaro mandato que Dios impuso a Abrahán cuando le pidió que sacrificase a su hijo.

3. Por el incumplimiento manifiesto de las bonitas y favorables promesas que Dios habría hecho a los mencionados patriarcas.

Pues bien, la señal de la presunta alianza divina, que es vil, despreciable y ridícula; la instauración de sacrificios de animales inocentes, que resulta bárbara y cruel, tanto como la orden dada a un padre para que sacrifique a su hijo; y, por último, el hecho de que no se hayan cumplido las supuestas promesas hechas por Dios a los patriarcas, todo ello constituye un cúmulo de pruebas indiscutibles y evidentes de la futilidad y falsedad de las mencionadas visiones y de las revelaciones presuntamente divinas.

En primer lugar, y por lo que se refiere a la señal de la supuesta alianza entre Dios y los mencionados patriarcas y su descendencia, hay que decir que resulta claramente ridícula y despreciable, porque consiste en un vano y ridículo corte de carne o de piel en la parte más vergonzosa del cuerpo. ¡Cómo! ¿Un Dios todopoderoso e infinitamente sabio se entretendría, o se habría entretenido, en hacer que todo un pueblo llevase en la parte más vergonzosa del cuerpo la marca de la alianza que habría suscrito con él? ¿Y habría hecho que esa señal consistiese en un ridículo y fútil corte de carne o piel? No resulta creíble de ninguna manera. Si un Dios todopoderoso hubiese querido elegir realmente a un pueblo determinado, y hubiese deseado que llevara marcada en el cuerpo la señal de una alianza suscrita entre ambos, ¡habría elegido seguramente una marca más conveniente, digna y honrosa que ésa! Y la habría colocado, indudablemente, en la parte más noble, más digna de respeto y más a la vista del cuerpo, a fin de que su pueblo se volviese, mediante esa muestra particular de su bondad, más noble, más perfecto y más honorable, y recibiese más muestras de consideración que cualquier otro pueblo. Pero el hecho de que haya escogido una marca de su alianza tan fútil y vil como la que quieren hacernos creer que eligió, y que la haya colocado en la parte más vergonzosa del cuerpo, resulta indigno de la grandeza, sabiduría y soberana majestad de todo un Dios, y hasta resulta indigno pensar que hubiese podido planearlo así.

22

Atribuir a Dios la instauración de sacrificios crueles y bárbaros de animales inocentes creyendo que le son gratos no pasa de ser una locura de los hombres

En segundo lugar, respecto a la instauración de los sacrificios sangrientos de animales inocentes, hay que señalar que los libros supuestamente santos que contienen dichas revelaciones la atribuyen claramente a Dios, al igual que la construcción de altares y la consagración de los sacerdotes que le ofrecían sacrificios sobre dichos altares. Esos libros, así como esas revelaciones supuestamente divinas, relatan que Dios ordenó a los sacerdotes derramar alrededor del altar la sangre de los animales que le fuesen ofrecidos en sacrificio, despellejar a los animales, trocearlos y quemar la carne en los altares. A su vez, Dios aseguraba al mismo tiempo que encontraría agradable e incluso muy agradable el aroma del humo de las víctimas que le fuesen ofrecidas de esa manera. Así pues, en esos libros supuestamente santos vemos que, después del diluvio, Noé salió del arca en la que se había encerrado con su mujer, sus hijos y toda clase de animales para salvarse de las aguas de la inundación, y cuando salió sano y salvo del arca erigió un altar a Dios y le ofreció varios animales en sacrificio como acción de gracias. Y esos libros aseguran que Dios dio muestras de que encontraba muy agradable el aroma del sacrificio, por lo que prometió que no maldeciría nunca más a la tierra por culpa de los hombres, ya que, según dijo, eran propensos al mal desde su juventud (Génesis, 8,21).

Veamos qué era lo que, según esos mismos libros, dijo Dios en sus leyes respecto a los sacrificios de animales y a la consagración de los sacerdotes. Según esos libros presuntamente santos, el Señor habló con Moisés y le dijo: «Di a los israelitas que me ofrezcan un tributo; vosotros aceptaréis el tributo a todos los que generosamente me lo ofrezcan» (Éxodo, 25,2). «Hazme un santuario y moraré entre ellos» (Éxodo, 25,8). «Harás el altar de madera de acacia: será cuadrado y medirá dos metros y medio por lado y metro y medio de alto. De entre los israelitas escoge a tu hermano Aarón y a sus hijos Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar, para que sean mis sacerdotes. Harás confeccionar ornamentos sagrados, ricos y fastuosos, para tu hermano Aarón» (Éxodo, 27,1, 28,1-2). «Rito de consagración de mis sacerdotes: Tomarás un novillo y dos carneros sin defecto, pan ázimo, roscas ázimas amasadas con aceite y obleas ázimas untadas de aceite, todo ello preparado con flor de harina de trigo. Lo pondrás en un cestillo y lo presentarás junto con el novillo y los dos carneros. Después mandarás acercarse a Aarón a y sus hijos a la entrada de la tienda del encuentro y los harás bañarse. Tomarás los ornamentos y vestirás a Aarón la túnica, el manto del efod, el efod y el pectoral, y sujetarás el efod con el cinturón. Le pondrás el turbante en la cabeza y sobre él la diadema santa. Luego, tomando el aceite de la unción, lo

derramarás sobre su cabeza para ungirlo. Después harás acercarse a sus hijos, les vestirás las túnicas, les ceñirás las bandas y les pondrás las birretas. El sacerdocio les pertenece por decreto perpetuo. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos. Harás traer el novillo a la tienda del encuentro: Aarón y sus hijos pondrán la mano sobre la cabeza de la víctima. Después degollarás el novillo en presencia del Señor, en la puerta de la tienda del encuentro, y tomando sangre de la res, untarás con el dedo los salientes del altar. Después derramarás la sangre al pie del mismo altar. Tomarás la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa y lo dejarás quemarse sobre el altar. La carne, la piel y los excrementos los quemarás fuera del campamento. Es un sacrificio expiatorio. Después tomarás uno de los carneros. Aarón y sus hijos pondrán las manos sobre la cabeza de la víctima. Lo degollarás y tomando sangre, rociarás el altar por todos los lados. Descuartizarás el carnero en trozos, lavarás sus vísceras y patas, las pondrás sobre los trozos y la cabeza, y lo dejarás quemarse completamente sobre el altar. Es holocausto para el Señor: oblación de aroma que aplaca al Señor» (Éxodo, 29,1-18). «Después tomarás el segundo carnero. Aarón y sus hijos pondrán las manos sobre la cabeza de la víctima. Degollarás el carnero, y tomando sangre, untarás con ella el lóbulo de la oreja derecha de Aarón y de sus hijos y los pulgares de sus manos y pies derechos. Luego con la sangre rociarás el altar por todos los lados. Tomarás sangre del altar y aceite de la unción y salpicarás a Aarón y sus vestidos, a los hijos de Aarón y sus vestidos. Así se consagrarán Aarón con sus vestidos, sus hijos con sus vestidos» (Éxodo, 29,19-21). «Ofrenda permanente que ofrecerás sobre el altar cada día: dos corderos añales. Uno por la mañana y otro por la tarde. Habitaré en medio de los israelitas y seré su Dios» (Éxodo, 29,38, 39 y 45).

Veamos lo que está escrito en otros pasajes de los mismos libros respecto a los sacrificios. El Señor, dicen esos santos libros, habló a Moisés y le dijo: «Di a los israelitas: Cuando ofrezcáis una oblación al Señor, vuestra ofrenda será de ganado mayor o menor. Si es un holocausto de ganado mayor, ofrecerá un macho sin defecto, lo llevará a la entrada de la tienda del encuentro para que lo acepte el Señor. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima, y el Señor se lo aceptará como expiación. Degollará la res en presencia del Señor. Los sacerdotes aaronitas ofrecerán la sangre y con ella rociarán por todos los lados el altar, que está a la entrada de la tienda del encuentro. Desollará la víctima y la descuartizará. Los sacerdotes aaronitas harán fuego sobre el altar y apilarán leña sobre el fuego. Los sacerdotes aaronitas colocarán después cabeza, trozos y grasa sobre la leña, sobre el fuego, sobre el altar. Lavarán vísceras y patas. El sacerdote lo dejará quemarse completamente sobre el altar. Es un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor» (Levítico, 1,1-9). «Si es un holocausto de ganado menor, corderos o cabritos, ofrecerá un macho sin defecto. Lo degollará en el lado norte del altar, en presencia del Señor. Los sacerdotes aaronitas rociarán con la sangre todos los lados del altar. El sacerdote lo descuartizará y colocará la cabeza y la grasa sobre la leña, sobre el fuego, sobre el altar» (Levítico,

1,10-12). «Lavarán vísceras y patas. El sacerdote lo dejará quemarse completamente sobre el altar. Es un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor (*ibid.*, 13). "Si es un holocausto de aves, su ofrenda será de tórtolas o pichones. El sacerdote la llevará al altar y le retorcerá el pescuezo. La dejará quemarse sobre el altar, después de exprimir la sangre a un lado del mismo. Le quitará buche y plumas, y los arrojará al este del altar, en el lugar de las cenizas. Le rasgará las alas sin arrancarlas, y el sacerdote dejará quemarse la víctima sobre el altar, sobre la leña, sobre el fuego. Es un holocausto: oblación de aroma que aplaca al Señor» (Levítico, 1,14-17).

En otra ocasión, tal como aparece en los libros mencionados, Dios habló a Moisés y le dijo lo siguiente: «El que cometa un delito, defraudando por inadvertencia algo consagrado al Señor, ofrecerá al Señor en penitencia un carnero sin defecto. Si alguno, sin darse cuenta, traspasa alguna prohibición del Señor, incurre en reato y carga con la culpa. Llevará al sacerdote un carnero sin defecto, tasado en proporción al reato. El sacerdote expiará por el pecado cometido por inadvertencia, y se le perdonará» (Levítico, 5,15, 17-18).

Según uno de los libros mencionados, Dios habló en otra ocasión a Moisés y le dijo: «Di a los israelitas: Cuando entréis en la tierra que yo os voy a dar para que la habitéis y hagáis una oblación al Señor, de ganado mayor o menor —sea holocausto o sacrificio de comunión voluntario o en cumplimiento de un voto o con ocasión de una fiesta, oblación de un aroma que aplaca al Señor—, el que haga la ofrenda ofrecerá veintidós decilitros de flor de harina amasada con un litro de aceite, y añadirá al holocausto o sacrificio de comunión una libación de un litro de vino por cada cordero. Si se trata de un carnero, añadirá una ofrenda de cuarenta y cuatro decilitros de flor de harina amasada con doce decilitros y medio de aceite y una libación de doce decilitros y medio de vino, aroma que aplaca al Señor. Si el holocausto o sacrificio de comunión —en cumplimiento de un voto o en acción de gracias al Señor — es de un novillo, añadirás una ofrenda de sesenta y seis decilitros de flor de harina amasada con dos litros de aceite, y una libación de dos litros de vino, oblación de aroma que aplaca al Señor. Esto es lo que has de ofrecer con un toro, un carnero, una oveja o una cabra. Aplicaréis siempre esta proporción. Los nativos procederán así cuando ofrezcan una oblación de aroma que aplaca al Señor» (Números, 15,1-13).

Estos testimonios, extraídos de las presuntas Sagradas Escrituras, así como las mencionadas revelaciones supuestamente divinas, indican expresa y manifiestamente que los sacrificios crueles y sanguinarios de animales inocentes llevados a cabo por los hombres tendrían un origen divino, por lo menos según la ley de los judíos, y serían agradables a Dios. Ahora bien, ¿en qué imaginación cabe, y cómo podría convencerse alguien de que un Dios infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio habría podido establecer, o autorizar siquiera, unos sacrificios tan crueles y bárbaros? Digo *sacrificios crueles y bárbaros* porque es una crueldad y una barbaridad golpear, matar y degollar, tal como hacían, unos animales que no causan daño a nadie, habida cuenta de que son también sensibles al sufrimiento y al dolor,

como nosotros, a pesar de lo que digan vana, falsa y ridículamente los nuevos cartesianos, que los consideran como puras máquinas sin alma y sin sentimiento, por lo que a partir de este argumento, y a partir de los razonamientos pueriles que hacen sobre la naturaleza del pensamiento, una facultad de la que estarían desprovistas las cosas materiales, aseguran que están completamente privados de conocimiento y de cualquier sensación de placer y dolor.

Ridícula opinión, perniciosa máxima y detestable doctrina, pues tiende claramente a asfixiar en el corazón de los hombres los sentimientos de bondad, afecto y humanidad que podrían albergar por esos pobres animales y permite que se convierta en juego y placer atormentarlos y tiranizarlos sin piedad, so pretexto de que no sienten el sufrimiento, tal como no lo sienten las máquinas, que pueden ser arrojadas al fuego o ser rotas en mil pedazos. Lo cual es claramente una crueldad odiosa hacia los pobres animales, puesto que, al estar vivos y ser mortales como nosotros, y al estar hechos, como nosotros, de carne, sangre y huesos, y al disponer, como nosotros, de todos los órganos de la vida y los sentidos —es decir, ojos para ver, oídos para oír, narices para oler y distinguir los olores, una lengua y un paladar para distinguir el gusto de las carnes y del alimento que les conviene o no les conviene, y patas para desplazarse, por no mencionar el hecho de que vemos en ellos los efectos y señales de las pasiones que sentimos nosotros mismos—, hay que creer indudablemente que son tan sensibles como nosotros a lo bueno y lo malo, es decir, al placer y al dolor. Son nuestros servidores y nuestros fieles compañeros de vida y trabajo, y por eso hay que tratarlos con afecto.

Benditos sean los pueblos que los tratan benigna y favorablemente y que se compadecen de sus miserias y dolores. Pero malditos sean los pueblos que los tratan cruelmente, los tiranizan, disfrutan derramando su sangre y se muestran ávidos de comer su carne.

En algún lugar de las Escrituras apócrifas de los cristícolas se dice que «un pequeño grano de mala simiente fue sembrado en el corazón de Adán desde el principio» (Esdrás, 4,30). Parece, en efecto, que ese grano de mala simiente se encuentra aún en el corazón de muchos hombres, y que ese grano de maldad o mala simiente es el que les hace encontrar placer en el mal, llevándoles a practicar especialmente la crueldad con estos pobres, dulces e inocentes animales, tiranizándolos, golpeándolos, matándolos y degollándolos sin piedad cada día por el placer de comer su carne.

Por lo que a mí respecta, pese a que siento en mí las malas influencias y los malos efectos de ese maldito grano o maldita simiente, puedo asegurar, sin embargo, que no he hecho nada que me repugnara más que haber tenido que degollar o mandar degollar unos cuantos pollos o pichones y haber hecho que mataran unos cuantos cerdos.

Aseguro que nunca lo hice sin sentir una repugnancia y una aversión extremas, de tal manera que, si fuese supersticioso o propenso a la mojigatería, me habría puesto

infaliblemente del lado de aquellos que tienen como parte de su religión no matar nunca animales inocentes y no alimentarse jamás con su carne.

Odio a los carniceros y las carnicerías sólo con verlos. Y no puedo pensar sin estremecerme de horror en la abominable escabechina de animales inocentes que hizo el rey Salomón durante los sacrificios que celebró para consagrar su templo, y que se saldaron con el degollamiento de 22.000 bueyes y 120.000 ovejas y corderos (1 Reyes, 8,63).

¡Qué carnicería! ¡Cuánta sangre derramada! ¡Cuántos pobres animales desollados! ¡Cuánta carne asada y quemada! ¿Cómo se puede imaginar o concebir que un Dios infinito en grandeza, majestad y dulzura e infinitamente sabio haya podido elegir como oficiantes a unos meros carniceros, degolladores y desolladores de animales, convirtiendo su templo y tabernáculo en una vulgar carnicería? ¿Cómo se puede imaginar y concebir que haya podido sentir placer alguno viendo degollar y haciendo que degollasen a tantos animales inocentes? ¿Cómo se puede imaginar que haya podido sentir placer viendo cómo manaba su sangre y cómo expiraban miserablemente? Y por último, ¿cómo cabe imaginar y concebir que haya podido sentir placer alguno oliendo el humo y el hedor de tanta carne quemada?

Si todo eso hubiese sucedido tal y como aseguran los mencionados libros presuntamente santos, y las mencionadas visiones y revelaciones supuestamente divinas, se puede certificar que no ha habido nunca tirano tan sanguinario ni bestia salvaje tan carnicera como ha sido este Dios. Lo cual resulta claramente indigno, y hasta es indigno siquiera pensarlo de un ser infinitamente perfecto, es decir, infinitamente bueno e infinitamente sabio. Por lo que sólo cabe concluir rotundamente que la instauración de sacrificios de ese tipo ha sido atribuida falsamente a Dios, y que las supuestas revelaciones que se le atribuyen son sólo revelaciones falsas, es decir, errores y quimeras o mentiras e imposturas.

Todo ello demuestra rotundamente que este tipo de sacrificios, como todos los demás, han sido instaurados e inventados por hombres mendaces que sólo buscan engañar a la gente.

23

Origen de este tipo de sacrificios

Veamos dónde sitúa un autor sensato el origen de estos abominables sacrificios de animales y bestias inocentes: «Los historiadores dicen que los primeros hombres o habitantes de la Tierra vivieron durante 2000 años cultivando verduras, es decir, los frutos de la tierra, cuyas primicias ofrecían a Dios, al par que consideraban un crimen sin posibilidad de expiación derramar la sangre de cualquier animal ni siquiera para los sacrificios, por lo que, con mayor razón, no se permitían comer su carne. Dicen que el primer toro fue inmolado en Atenas. El sacerdote de la ciudad, que se llamaba Diomo, estaba ofreciendo los frutos de la tierra en el altar, que se hallaba en pleno campo porque todavía no había templos, cuando un toro que se encontraba pastando con el rebaño se apartó de él y se comió las hierbas que habían sido consagradas. Irritado por el supuesto sacrilegio, el sacerdote Diomo cogió la espada de uno de los asistentes y mató al toro. Una vez se le pasó el enfado, Diomo consideró que había cometido un crimen terrible y, temiendo la cólera del pueblo, le hizo creer que Dios se le había aparecido para decirle que ofreciese el toro en sacrificio quemando su carne sobre el altar para expiar el pecado que había cometido comiéndose las hierbas y los frutos consagrados. El populacho, tonto e ignorante, creyó al oficiante como si se hubiese tratado de un oráculo, de modo que se quedó para asistir al nuevo tipo de sacrificio una vez fue desollado el toro y colocada su carne en el fuego que ardía en el altar. Desde entonces, los atenienses sacrificaban cada año un toro y consiguieron que esta crueldad religiosa fuera admitida no sólo por toda Grecia sino por todos los pueblos del mundo» (*L'Espion turc*, tomo III, carta 40).

«Poco después ocurrió —prosigue el mismo autor— que, cuando un sacerdote se hallaba en mitad del sacrificio sangriento, cogió un pedazo de carne asada que se había caído del altar y, como se quemó, se llevó los dedos rápidamente a la boca para mitigar el dolor. En cuanto probó el sabor de la grasa que le empapaba los dedos, no sólo quiso probar más sino que le dio un pedazo a su compañero y éste hizo lo propio con el resto de la gente, que se puso a comer la carne con avidez cuando probó el manjar. Y así es cómo los mortales aprendieron el placer cruel y sangriento de matar animales para comerlos. En cambio, los judíos aseguran que los hijos de Adán sacrificaban criaturas vivientes desde el principio del mundo, pero se sabe que la ley escrita de la que sacaron este hecho está plagada de errores».

«Los antiguos —prosigue el autor— dicen también que la primera cabra que murió a manos humanas fue inmolada como venganza por los daños que causó al propietario de una viña en la que había estado ramoneando, sin que hubiesen tenido conocimiento antes de una acción tan impía. Se puede asegurar que los egipcios, el pueblo más sabio y antiguo del mundo, recibieron de los primeros pobladores de la

Tierra la tradición de prohibir que los hombres matasen criaturas vivientes, y para dar más fuerza a esta primera ley de la naturaleza representaron a sus dioses bajo la forma de animales, para que el populacho respetara los símbolos sagrados y, de esa manera, no causara ningún mal a los animales. Los brahmanes de las Indias orienta les, en lugar de sacrificar animales, les construyen hospitales tal como los construyen para los hombres, lo que se tiene entre ellos como una gran virtud. En todas las ciudades hay un gran número de este tipo de filósofos que pasan su vida cuidando de los animales enfermos o heridos y de los que no pueden vivir por sus propios medios. No se trata de una institución de nuevo cuño sino que les ha llegado por tradición desde tiempos inmemoriales».

Veamos lo que dice el mismo autor de los judíos en relación con este tema: «Los sacerdotes de los judíos ofrecían a Dios en sacrificio animales de diferentes especies, como bueyes, corderos, etc., según estaba prescrito por la ley que decían haber recibido del propio Dios. Una vez degollados los animales destinados al sacrificio, los sacerdotes derramaban la sangre alrededor del altar y asperjaban las cuatro esquinas con especial cuidado y mucha ceremonia. Después, una vez despojados de la piel y las entrañas, quemaban la carne y la grasa en el fuego que ardía en el altar y pensaban que a Dios le agradaba el humo de este tipo de sacrificios y que encontraba mucho placer en ellos, según está escrito en sus libros».

Puede que no sea cierto nada de lo que este autor dice acerca del origen y desarrollo de los sacrificios sangrientos de animales domésticos, pero no se puede negar que hay mucha verosimilitud en sus palabras. Respecto a lo que señala acerca del afecto y la humanidad con que los primeros hombres trataban a los animales, así como sobre la prohibición de causarles daño a propósito, no cabe duda, por el contrario, de que esta prohibición de causarles daño y el hecho de mostrarles afecto eran conformes a la recta razón y a la justicia natural, e incluso a lo que los propios judíos señalan en el Génesis, donde se dice que Dios dio permiso a los hombres para que comieran solamente las hierbas y frutos de la tierra. Pero no hay ninguna verosimilitud en las revelaciones supuestamente divinas, ni ningún fundamento razonable y justo en los sacrificios crueles y bárbaros de animales inocentes: no hay más que crueldad y barbarie en ese tipo de sacrificios. Y eso es lo que demuestra claramente que su instauración no proviene sino de la locura y maldad de los hombres, y no de algún mandato divino.

Pero los hombres, ¿no estaban ciegos y locos al creer que honraban y daban gusto así a su Dios? ¿No estaban ciegos y locos al creer que todo un Dios pudiera complacerse viendo manar la sangre de los pobres animales y viendo cómo se quemaba su carne? ¿No estaban ciegos y locos al creer que podrían apaciguar su cólera y atraerse su gracia mediante unos sacrificios tan abominables? Pienso que, por el contrario, se trata de la mejor manera de avivar su cólera y atraerse su venganza y maldición. ¿Quién puede pensar que podría honrar y dar gusto a un obrero hábil y excelente destruyendo y quemando en su presencia sus más bellas

obras so pretexto de ofrecerle un sacrificio? ¿Quién puede pensar que podría honrar y dar gusto a un soberano, a un príncipe o a un rey destruyendo y quemando en su presencia lo que hubiese en su palacio de más bello, rico y magnífico so pretexto de ofrecerle un sacrificio? ¡No hay nadie tan loco para hacer o siquiera pensar cosa semejante! Entonces, ¿de dónde proviene el hecho de que los hombres estén tan locos como para pensar que honran y dan gusto a su Dios destruyendo, matando y quemando sus propias criaturas y sus propias obras con el pretexto de ofrecerle sacrificios?

Más aún, ¿cómo es que los cristícolas están tan locos y ciegos como para considerar que rinden un honor extraordinario y que dan gusto a Dios padre presentándole y ofreciéndole todos los días en sacrificio a su divino hijo, en recuerdo de que fue crucificado vergonzosa y miserablemente y de que murió como consecuencia de las torturas? ¿Cómo pueden siquiera, insisto, tener semejante idea y estar convencidos de que honran a Dios y le dan gusto ofreciéndole a su propio hijo en sacrificio? Y eso después de que en sus leyes está escrito que será maldito de Dios quien sea crucificado (Deuteronomio, 21,23). Todo ello no puede proceder realmente más que de una ceguera extrema del espíritu.

Veamos lo que dice el sensato señor de Montaigne sobre esta clase de sacrificios (*Ensayos*, II, 12): «La Antigüedad pensó hacer algo por la grandeza divina haciéndola semejante al hombre. A tal fin la revistió con sus propias facultades y le concedió sus humores más hermosos y las más vergonzosas necesidades, para lo cual le ofreció las carnes que comemos y los bailes, farsas y chiquilladas que nos divierten. La revistió con ropajes como los nuestros, le ofreció casas para que pudiera morar en ellas y la acarició con el olor del incienso, los sonidos de la música, festines y banquetes. Y para mejor acomodarla a nuestras viciosas pasiones, los antiguos la adularon haciendo que su justicia divina estuviese sujeta a la venganza más inhumana y haciendo también que la divirtiese arruinar las cosas que había creado y conservado. Como hizo Tiberio Sempronio, quien mandó quemar en un sacrificio a Vulcano los ricos despojos y las armas que había arrebatado a sus enemigos. Y Paulo Emilio, que hizo lo propio con los de Macedonia ofreciéndoselos a Marte y Minerva. Y Alejandro, quien al llegar al océano Índico arrojó al mar, en honor de Tetis, varias vasijas grandes de oro y llenó los altares con una carnicería no sólo de animales sino de hombres. Pues bien, varios pueblos han hecho lo mismo y entre esos pueblos se encuentra el nuestro, que practicaba esta costumbre corrientemente, y no existe ninguno que pueda considerarse exento de haber intentado al menos sacrificios de esa clase. Es lo que hacían los getas, que cada cinco años enviaban a alguno de los suyos a su dios Zalmoxis para solicitarle lo que necesitaban. Cuando se hizo vieja, la reina de Persia Amestris ordenó que enterrasen vivos, según la religión del lugar, a 14 muchachos de las mejores familias de Persia para recompensar a ciertos dioses de ultratumba. Y todavía hoy, los ídolos de Temixtitant están cimentados en la sangre de niños y no desean que les sacrifiquen más que almas de niños: justicia hambrienta de

sangre de inocentes. De igual manera, los cartagineses sacrificaban niños para apaciguar la cólera de sus dioses. Los peruanos sacrificaban a sus dioses lo mejor que tenían: oro, plata, grano, cera y animales. De ordinario sacrificaban por lo menos cien corderos de diferentes colores y en diferentes ceremonias. Todos los días sacrificaban al sol un cordero esquilado y lo quemaban vestido con una camisa roja».

«Pero no hay cosa más horrible que los sacrificios humanos que se realizaban en el Perú y aún más en México. En el Perú sacrificaban niños entre cuatro y diez años principalmente para la prosperidad del inca o su rey en las empresas guerreras; el día de la coronación sacrificaban a 200 niños. Sacrificaban también una buena cantidad de niñas, a las que sacaban de los monasterios al servicio del inca. Cuando el inca se encontraba gravemente enfermo y desahuciado, sacrificaban a su hijo al Sol o al dios Viracocha suplicándole que se contentara con él y no se llevara a su padre. Pero los mexicanos sólo sacrificaban a los que capturaban durante sus empresas guerreras, les hacían arrodillarse en orden delante de la puerta del templo, luego el sacerdote caminaba alrededor de ellos portando el ídolo de su dios y se lo enseñaba diciéndoles: “Aquí está tu Dios”. Después de eso, los llevaban al lugar donde debía efectuarse el sacrificio y allí se encontraban frente a seis sumos sacerdotes destinados a esos menesteres, cuyas maneras eran tan extrañas que más parecían diablos que hombres (*Nouveau Théâtre du Monde*, tomo II, pág. 1.329). Según los informes de los embajadores del rey de México, el rey mandaba sacrificar cada año a los dioses 50.000 prisioneros de guerra, y se las arreglaba para mantener la guerra con los pueblos vecinos a fin de que no le faltasen víctimas que sacrificar». El señor de Montaigne dice también: «En la toma de Istmo, Amurat inmoló a 600 jóvenes griegos en honor del alma de su padre para que su sangre sirviera como propiciación para la expiación de sus pecados».

Los chinos ofrecían sacrificios no sólo a los dioses sino también al diablo, pese a que sabían que era malo y réprobo, a fin de que no causara ningún mal ni en sus personas ni en sus bienes. Los de Calcuta hacían lo mismo. Los de Narsinga adoraban a los diablos, aunque los tuviesen como autores de todo mal, les ofrecían sacrificios y les construían templos más bellos que los que construían al propio creador. Los japoneses adoraban también al diablo, como lo hacían los de América, y le ofrecían sacrificios no para obtener gracia alguna sino para que no les causara ningún daño. Nuestros antepasados galos, que habitaban en este país, no se mostraban más prudentes que los de otros pueblos porque sacrificaban hombres a sus dioses. Los que estaban aquejados de una enfermedad grave inmolaban hombres o hacían voto de hacerlo. Los sacrificios los realizaban los druidas, que en aquellos tiempos eran los sacerdotes, y estaban convencidos de que los dioses podían ser apaciguados ofreciéndoles la vida de un hombre para salvar la de otro. Algunas veces los quemaban vivos y otras los mataban a flechazos. Por ello, cuando algún personaje importante se sentía gravemente enfermo, llamaba a uno de los druidas y le hacía ir para que sacrificara a Medry, el Dios de los infiernos enemigo de la vida, a cualquier

hombre que hubiese merecido la muerte o, a falta de alguno de éstos, a algún pobre miserable, creyendo que ese Dios ávido de sangre humana se sentiría saciado con la muerte de aquel hombre y la vida del enfermo se prolongaría.

A propósito de todo esto, Plutarco dice de manera magnífica que más les habría valido a los hombres no haber conocido nunca a los dioses antes que creer, como así han hecho, que había algunos ávidos de sangre humana y sólo se sentían saciados con ella.

En efecto, como dice el señor de Montaigne (*Ensayos*, II, 12): «Pagar a la bondad divina con nuestra propia aflicción ha sido una extraña fantasía del hombre, tal como hacían los cartagineses, que inmolaban a sus propios hijos a Saturno, por lo que quien no tenía hijos los compraba. Los quemaban vivos y obligaban a su padre y a su madre a adoptar un aspecto alegre y divertido mientras presenciaban un sacrificio tan bárbaro y cruel. Los lacedemonios mimaban a su diosa Diana torturando a muchachos jóvenes, a quienes daban de latigazos en su honor, a veces hasta que morían. La religión ha sido capaz de inspirar a los hombres muchas y muy grandes y crueles maldades: "tan grandes maldades fue capaz de promover la religión». Gratificar al arquitecto con la subversión de su edificio parece propio de un humor bastante bárbaro, lo mismo que hacer que quienes no son culpables cumplan la pena que corresponde a los culpables, lo que nos lleva a la pobre Ifigenia, que tuvo que purgar con su muerte e inmolación las ofensas cometidas por el ejército de los griegos. ¡Y qué decir de las almas bellas y generosas de los dos Decio —padre e hijo —, que se arrojaron a la parte más densa de las líneas enemigas con el mayor desprecio por su vida para conseguir el favor de los dioses hacia los romanos! ¿Cuánta iniquidad monstruosa podían tener los dioses como para no querer aplacarse y favorecer al pueblo romano si no era con la muerte de hombres tan excelentes?"

¡Qué locos debían de estar los hombres como para creer que los dioses sólo podrían o querrían apaciguarse con la muerte violenta de inocentes! Qué locura, insisto, y qué ceguera debía de haber en ellos como para llegar a concebir semejantes pensamientos y creer fervorosamente que había que ejercer crueldades tan detestables. Ahí se ve, sin embargo, lo que la religión inspira a los hombres, ahí se ve lo que les obliga a hacer la creencia delirante en los dioses. Podemos afirmar que la religión enseña muchas maldades a los hombres obligándoles a cometer, so pretexto de devoción, acciones impías y detestables, tal como dice Lucrecio: «A menudo esa religión provoca acciones criminales e irreverentes» [*La naturaleza*, I, 82-83]. Y dice también en este verso que ya he citado: «¡Tan grandes maldades fue capaz de promover la religión» [*La naturaleza*, I, 101]. Plutarco tenía razón cuando dijo que más habría valido que los hombres no hubiesen conocido nunca a los dioses antes que cometer tantas locuras y maldades como las que cometen so pretexto de honrarles y servirles. Quienes nos obligan a adorarlos son la causa de todos esos males odiosos, cosa de la que no hay que extrañarse ya que está escrito: «Porque de los profetas de Jerusalén se difundió la impiedad a todo el país» (Jeremías, 23,15).

Los cristícolas no se salvan de la delirante convicción de que en los sacrificios crueles y sangrientos hay mérito, virtud y eficacia, puesto que, a pesar de que ya no realizan sacrificios humanos ni tampoco de animales, no dejan de aprobar los que antaño hicieron los judíos ni las leyes que los regían. Creen incluso que fueron librados del pecado y devueltos a la gracia o reconciliados con su Dios por los méritos infinitos de un supuesto salvador divino llamado Jesucristo, que se habría ofrecido, según dicen, para inmolarse en el árbol de la cruz como expiación de sus pecados. De ahí que afirmen que el supuesto salvador divino les habría lavado con su sangre de las inmundicias del pecado (Apocalipsis, 1,5) y les habría reconciliado con Dios por los méritos de su sangre y muerte, llegando incluso a decir que, según esa ley que consideran divina, el sacrificio estaría justificado pues, según la ley, casi todas las cosas han de ser purificadas con sangre y no hay remisión sin efusión de sangre —de la sangre, se entiende, de su presunto salvador (Hebreos, 9,22)—, y hasta atribuyen a Dios el hecho de que quisiera sacrificar a su propio hijo a manos de unos hombres que le habrían ofendido tan gravemente con sus pecados, todo para sellar la paz con ellos por todas las ofensas que le habrían hecho y le harían hasta el fin de los siglos.

Y si era ya una locura, según acabo de decir, que los paganos creyeran que los dioses no podían o no querían ponerse en paz con los culpables si no era mediante el castigo y la muerte de los no culpables, como dice el señor de Montaigne, ¿no será mayor la locura de los cristícolas, que creen que Dios padre no habría querido sellar la paz con los hombres sino mediante el castigo y la muerte de su propio y divino hijo? ¿Y que no habría querido sellar la paz con ellos si no hubieran perseguido, ultrajado y dado muerte vergonzosa, indigna y cruelmente a su querido y divino hijo único, su Dios y salvador? ¡Qué locura, repito, qué locura concebir semejante idea! Me faltan palabras para expresar el tamaño de semejante locura.

Sin embargo, eso es lo que la religión hace creer a los cristícolas, de manera que, si ya no les obliga a realizar, como antaño, sacrificios crueles y sangrientos, no por ello deja de obligarles a que aprueben los antiguos y veneren el que se hizo cruelmente en la persona de todo un Dios. Asimismo les obliga a creer en las cosas más absurdas y ridículas que se pueda imaginar, como haré ver más ampliamente a continuación.

24

De la supuesta orden que dio Dios a Abrahán para que inmolase a su hijo

Volvamos a la supuesta orden que Dios habría dado a Abrahán para que le sacrificase a su hijo único. Confieso que no parece que esto les haya resultado extraño a los cristícolas, pues creen a pies juntillas que ese mismo Dios habría dado a su propio hijo la orden de inmolarse y entregarse a la muerte por la salvación de los hombres, orden que, según creen, fue cumplida a rajatabla. Pero, ¿esta supuesta orden no es, en el fondo, espantosa? ¿Cómo puede un padre, o cualquier persona que tenga sentido común, imaginar que una orden de ese tipo puede provenir de un Dios, es decir, de un ser infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio? No sería concebible si no supiésemos que la superstición es capaz de inspirar a los hombres los sentimientos más crueles e inhumanos, si no supiésemos que no hay nada que los hombres no sean capaces de hacer ciegamente bajo ese pretexto fútil, falso, miserable y maldito de la religión ya que, al cometer los actos más reprobables y odiosos, se imaginan que están realizando los actos más admirables y practicando las virtudes más excelsas.

Un ejemplo de esto lo constituye Abrahán, quien, sin preguntarse nada acerca de la orden que le había dado Dios, y sin experimentar ninguna duda sobre ella —o mejor, sobre el sueño que tuvo o, si se prefiere, la visión—, se dispuso a ejecutar esta supuesta orden rápidamente, revistiendo arteramente, o mejor, tonta e indiscretamente, de piedad un acto que hubiese debido producirle espanto (Génesis, 22).

Veamos cómo se dice que habló con su hijo Isaac sobre el particular después de haberlo dispuesto todo para inmolarlo: «Hijo mío, te pedí a Dios con oraciones insistentes. No hay atención que no te haya prodigado desde que viniste al mundo. Consideré el colmo de mis anhelos verte llegar a una edad adulta y dejarte, cuando muera y en tanto que heredero, todo lo que poseo. Pero como Dios, después de haberme hecho entrega de ti, quiere ahora que te pierda, acepta generosamente que te ofrezca en sacrificio. Obedécele y hónrale, hijo mío, para que podamos testimoniar nuestra gratitud por los favores que nos ha hecho en esta vida y por la seguridad que nos concedió en la guerra. Como has nacido para morir, ¿qué final podría ser más glorioso que el de verte ofrecido en sacrificio por tu propio padre al señor del universo? Un señor del universo que, en vez de quitarte la vida por una enfermedad en la cama, o por una herida en la guerra, o por cualquier otro de los accidentes a los que están sujetos los hombres, te ha juzgado digno de que pongas tu alma entre sus manos rodeado de oraciones y sacrificios para que permanezcas unido a él para siempre. Consolarás así mi vejez procurándome la asistencia de Dios, en lugar de la

que hubiera tenido que recibir de ti después de haberte criado con tanto esmero» (Flavio Josefo, [*Sobre la antigüedad de los judíos*], I, 13). «Isaac, que era un hijo digno de tan admirable padre, escuchó estas palabras no sólo sin extrañarse sino con alegría, y le respondió que habría sido indigno de venir a este mundo si hubiese rechazado obedecer su voluntad, sobre todo cuando estaba en total conformidad con la de Dios. Al acabar estas palabras se abalanzó sobre el altar para ser inmolado, y este sacrificio se habría efectuado si Dios no lo hubiese impedido, etc.» (Josefo, *ibid.*).

Ésta es, desde luego, una interpretación bella y optimista, un bonito pretexto lo bastante favorable como para permitir que se pueda ejecutar religiosa y piadosamente una orden de semejante naturaleza. Pero es también una muestra de cómo los ignorantes y simples de espíritu se dejan engañar fácilmente y toman el mal por el bien cuando aparece revestido con determinadas muestras de engañosa piedad y virtud. Así es como los piadosos cristícolas cubren con las más bellas apariencias de piedad todas las prácticas y ceremonias vanas y supersticiosas de su religión. Mediante discursos de este tipo, repletos de piedad fútil y engañosa, exaltan la supuesta santidad de sus misterios y de sus sacramentos por encima de todo, ya que es mediante interpretaciones vanas y ridículas de este tipo como dan la vuelta a sus Escrituras supuestamente santas atribuyéndoles el significado que desean. Así es como encuentran misterios donde no los hay en absoluto, y como aseguran que es blanco lo negro y negro lo blanco. Cosa que consiguen principalmente mediante la invención ingeniosa y sutil del sentido místico y figurado, del que se sirven como de la silla de un caballo o como de un zapato que valiese para cualquier pie, al estilo del zapato de Terameno. Pues gracias a la sutil invención del sentido espiritual y místico dan, como he dicho, el significado que quieren a sus Escrituras supuestamente santas, y les obligan a decir alegórica y figuradamente lo que desean, tal como actúan los niños, que hacen decir a las campanas lo que quieren cuando las oyen repicar.

De la misma manera que sería una verdadera tontería que un hombre hecho y derecho se detuviera a considerar seriamente lo que hacen decir los niños a las campanas cuando repican, o lo que cuentan cuando bromean y juegan juntos, es una verdadera tontería que hombres sabios e instruidos se detengan a considerar seriamente las fútiles explicaciones e interpretaciones que los cristícolas hacen mística, alegórica y figuradamente de sus supuestas Sagradas Escrituras, ya que, en el fondo, interpretaciones de este tipo no son más que ficciones de su mente y de sus huecas imaginaciones.

Si a un hombre se le ocurriese hoy meterse en la cabeza o en la imaginación, pongamos por caso, que Dios se le había aparecido dándole una orden semejante a la que dio a Abrahán, de quien acabo de hablar —es decir, que le hubiese ordenado inmolar a su hijo—, y se le ocurriese consultar su caso con los doctores más prestigiosos o los casuistas más sabios y versados en religión, estoy seguro de que no habría ni uno solo que no viera con espanto semejante fantasía y no la considerase

una quimera, una tentación del demonio y una idea reprobable, por lo que aconsejarían a este individuo que la apartase de su mente y tuviese mucho cuidado.

Y si, a pesar de esta advertencia, este individuo fuese tan imprudente como para llevar a efecto lo que creía que le obligaba a hacer la orden de Dios, me callo lo que pensaría la gente y lo que la justicia podría hacer con él. ¡Que se juzgue a partir de esto si deben contemplarse como revelaciones divinas las que ordenan realizar sacrificios de semejante naturaleza!

Y si los cristícolas obligasen tajantemente a que se considerase ahora esa visión, ese ensueño y esa revelación supuestamente divina como una ilusión y una tentación del demonio, y admitiesen que es una cosa abominable y un crimen digno de ejemplar castigo el hecho de que un padre esté lo suficientemente loco como para degollar a su hijo so pretexto de ofrecérselo a Dios en sacrificio, y so pretexto de que Dios le habría dado la orden expresa de hacerlo, ¿cómo pueden seguir considerando que la orden que Dios habría dado a Abrahán de sacrificar a su hijo fue una auténtica revelación divina? ¿Cómo pueden seguir considerando su ciego acatamiento como la consecuencia de la virtud más grande y heroica y, por consiguiente, como la acción más digna de la gracia y las bendiciones de Dios? Esto se cae por su propio peso, y no es necesario añadir nada más para que se vea la falsedad de las supuestas revelaciones divinas, una vez comprobado, por otra parte, que en varios de los mencionados libros supuestamente santos de los profetas aparece señalado que Dios habría comenzado a desaprobar esa clase de sacrificios crueles y sangrientos.

Para atestiguarlo, aquí están las palabras del profeta Isaías, que habló a los judíos en nombre de Dios, tal como si fuese el propio Dios quien les hablara: «¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? —dice el Señor—. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me agrada. Cuando entráis a visitarme y pisáis mis atrios, ¿quién exige algo de vuestras manos? No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable. Novilunios, sábados, asambleas… no aguanto reuniones y crímenes» (Isaías, 1,11-13). Lo mismo se encuentra, y en términos parecidos, en los profetas Jeremías (Jeremías, 6,20) y Amós (Amós, 5,22), como también en los Salmos del rey David, que los cristícolas cantan en las iglesias y en los que se dice que Dios habló a través de este profeta expresándose de esta manera: «¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de machos cabríos?» [Salmos, 50,13], como si les hubiera preguntado cómo podían tener una opinión tan grosera de su Dios hasta el punto de creer que comería carne de toro y bebería sangre de macho cabrío. «Sacrifica a Dios tu confesión; después cumple tus votos al Altísimo; invócame en el peligro, te libraré y tú me darás gloria» [Salmos, 50,14-15].

Como podemos ver, se trata de revelaciones supuestamente divinas completamente contrarias a las que Dios habría hecho a Abrahán y Moisés, ya que rechazaba en éstas lo que había establecido en las otras. ¿De dónde puede provenir semejante cambio en un Dios, es decir, en un ser inmutable y perfecto por naturaleza?

¿Habría decidido corregir, mil años después, lo que hizo mal mil años antes? ¿Podríamos decir de él lo que se dice del hombre ligero e inconstante: *hace, deshace y vuelve a tomar lo que ha rechazado*? Si a los cristícolas les parece bien pensar esto, concedámosles esa locura. Ahora bien, si no les parece bien, tendrán que admitir con nosotros la futilidad y falsedad de las supuestas revelaciones divinas ya que se contradicen, se anulan unas a otras y resultan muy poco conformes con la soberana majestad y la infinita perfección de un Dios tal como lo conciben los cristícolas. Algo más prudentemente actuó Numa Pompilio, segundo rey de los romanos, al instaurar sacrificios únicamente de vino, leche, harina y flores, además de otras cosas ligeras acompañadas de danzas y canciones recreativas para entretener a su pueblo agradable y pacíficamente ([Gabriel Naudé], *Apologie pour tous les grand personnages qui ont été faussement soupçonnés de magie*, tomo II, pág. 192).

25

Futilidad y falsedad de las supuestas promesas hechas por Dios a los antiguos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob

Veamos otra prueba manifiesta de la futilidad y falsedad de las mencionadas revelaciones supuestamente divinas, que no es otra que el incumplimiento de las grandiosas y magníficas promesas que acompañaban a las supuestas revelaciones divinas, porque no resulta creíble que un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, no quisiese o no hubiese querido cumplir las promesas que habría hecho realmente, que habría reiterado en diversas ocasiones y que habría querido confirmar con juramento, como lo hizo. Pues bien, es indudable, palmario y evidente, tanto por el testimonio de la historia como por el de los supuestos libros santos, así como por la experiencia de todos los días, que las promesas señaladas más arriba que se supone hizo Dios a los mencionados patriarcas, nunca se han cumplido. Por tanto, las promesas en cuestión han sido falsamente atribuidas a Dios y es un error pensar que están fundadas en revelaciones divinas. Para ver más claramente el incumplimiento de las promesas de las que estoy hablando, señalaré que eran de tres tipos:

1. Hacer que la descendencia de esos patriarcas fuera la más numerosa de la Tierra, ya que hay multitud de revelaciones que mencionan expresamente que Dios multiplicaría de tal manera su descendencia que igualaría en número a las estrellas del cielo, a los granos de arena del mar y a los granos de polvo de la Tierra; por consiguiente, que su descendencia sería más poderosa que la de cualquier pueblo de la Tierra (Génesis, 12,2, 22,17 y 26,4).

2. Convertir a ese pueblo, que provendría de su estirpe, en el más santo, poderoso y victorioso de los pueblos de la Tierra, pues esas promesas mencionan explícitamente que Dios sería especialmente su protector y les bendeciría por encima del resto de pueblos de la Tierra, que les favorecería en particular con sus dones y que bendeciría precisamente en su nombre a los demás pueblos de la Tierra. Mencionan asimismo que exaltaría su nombre y los elevaría en alabanzas, honor y gloria por encima de las demás naciones (Éxodo, 23,24, Deuteronomio, 7,14, Génesis, 22,2, Deuteronomio, 16,19).

Por último, mencionan que Dios les haría salir victoriosos de todos sus enemigos, a quienes pondría en fuga y destruiría, y que extendería su dominio desde occidente hasta oriente y desde el norte hasta el sur (Génesis, 22,17, Deuteronomio, 7,16, Éxodo, 23,25, Génesis, 28,14).

3. Mediante esas promesas Dios se comprometía a sellar una alianza eterna con los descendientes de los patriarcas, ya que esas promesas mencionan expresamente que Dios suscribiría una alianza eterna con ellos y que poseerían para siempre el país

que les entregase (Génesis, 17,7, 13,15 y 48,4, Salmos, C-10). Pues bien, es indudable que esas supuestas promesas nunca se han cumplido.

En primer lugar, es cierto que el pueblo judío o pueblo de Israel —el único pueblo que puede ser considerado descendiente de los patriarcas mencionados, Abrahán, Isaac y Jacob, y el único en el que hubiesen debido cumplirse las promesas mencionadas— no ha sido nunca tan numeroso como para compararse en número con el resto de los pueblos de la Tierra, y mucho menos, por tanto, con los granos de arena del mar o los granos de polvo existentes en la Tierra.

Y aunque este pueblo se hubiese multiplicado hasta donde dice su historia en los 200 o 300 años que pasó en Israel (cosa que, por otra parte, no resulta creíble), no sería capaz de igualar en número a los granos de arena del mar ni a los granos de polvo de la Tierra. Si ese pueblo se hubiese multiplicado, en realidad, como hubiese debido hacerlo según las mencionadas promesas supuestamente divinas, habría necesitado toda la Tierra para vivir. Y se puede comprobar que, incluso en tiempos más florecientes, cuando era más numeroso, no ocupó más que unas cuantas provincias de Palestina y sus alrededores, que no son nada si se las compara con las vastas extensiones de la multitud de provincias, reinos y florecientes imperios que hay en la Tierra. Si tomamos el reino de Francia como referencia, sería como si el pueblo judío hubiese ocupado las provincias de Champaña y Picardía. Por lo cual resulta evidente que ese pueblo no ha sido nunca muy numeroso y que ha sido más bien un pueblo pequeño comparado con los demás pueblos de la Tierra. Por lo que queda bien a las claras que nunca se han cumplido las mencionadas promesas supuestamente divinas sobre la multiplicación prodigiosa e innumerable de ese pueblo.

En segundo lugar, tampoco se han cumplido por lo que se refiere a las grandiosas y muy abundantes bendiciones con que hubiesen debido favorecerle por encima del resto de pueblos de la Tierra. Pues a pesar de que hayan conseguido varias victorias sobre sus enemigos, destruyéndoles las cosechas y tomándoles muchas ciudades, y de que hayan conquistado o usurpado las provincias de Palestina y sus alrededores, la mayor parte de las veces fueron vencidos por sus enemigos y reducidos miserablemente a la servidumbre. Y a pesar de que su reino conoció durante algún tiempo un estado de paz y prosperidad bajo el reinado de determinados reyes, no por ello es menos cierto que fue destruido y que conoció la cautividad, y que su pueblo estuvo a punto de ser destruido por los romanos en tiempos de los emperadores Tito y Vespasiano. Hoy día podemos ver que lo que queda de este desdichado pueblo está considerado como el más vil, miserable y despreciable de la Tierra, un pueblo que no ejerce en ninguna parte dominación alguna ni es superior a nadie. Por lo cual resulta una vez más evidente que las mencionadas promesas supuestamente divinas no se han cumplido nunca.

En tercer lugar, por último, tampoco se han cumplido las promesas en lo que respecta a la supuesta alianza eterna que Dios habría suscrito con ellos, de hacer caso

a dichas revelaciones, porque no se ve ahora ni se ha visto nunca la menor señal de esa supuesta alianza; por el contrario, se puede ver claramente que desde hace siglos han sido excluidos de la posesión de tierras y países que, según ellos, les habrían sido prometidos y que Dios les habría dado para que los disfrutasen por siempre (Génesis, 13,15, Deuteronomio, 48,4).

Por consiguiente, el hecho de que ninguna de esas supuestas promesas haya tenido consecuencia alguna ni se haya visto cumplida por ninguna de las dos partes, como se puede ver claramente, constituye una señal y también una prueba evidente y segura de su falsedad y, por tanto, una prueba evidente y segura de que no provienen de ningún modo de Dios, lo que demuestra claramente que los libros supuestamente santos y sagrados que las contienen no han sido escritos por inspiración divina, puesto que contienen promesas cuya falsedad es manifiesta.

Y si los libros mencionados no han sido escritos por inspiración divina, no pueden servir como prueba segura de verdad. Por esta razón, resulta fútil que los cristícolas pretendan servirse de ellos como prueba infalible para demostrar la autenticidad de su religión.

Cuarta prueba

26

De la falsedad de las religiones mencionadas, deducida de la futilidad y falsedad de las supuestas profecías del Antiguo Testamento

Los cristícolas incluyen las profecías entre las razones de credibilidad y las pruebas seguras de credibilidad de su religión, las cuales constituirían, según pretenden, pruebas seguras de la autenticidad de las revelaciones y la inspiración de Dios, porque sólo Dios, dicen, puede prever y predecir las cosas futuras con tanta antelación. De esta supuesta prueba de autenticidad habla uno de los apóstoles, un auténtico archicristícola. Ya que este apóstol, tras haber registrado lo que creía o, al menos, consideraba más admirable y ventajoso para la gloria de su maestro de todo cuanto éste había dicho y hecho, añade esta prueba como testimonio más firme, y más seguro que ningún otro, de cuantos creía haber visto y oído: «Con ello se nos confirma —decía a sus compañeros— el mensaje profético, y vosotros haréis bien en prestarle atención, como a lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta que amanezca el día y el astro matutino amanezca en vuestras mentes, pues la profecía nunca sucedió por iniciativa humana, sino que los hombres de Dios hablaron movidos por el Espíritu Santo» (2 Pedro, 1,19 y 21).

Veamos qué ocurre con esos supuestos santos hombres de Dios y esos profetas supuestamente santos que habrían hablado por inspiración del Espíritu Santo, para ver si hay que hacerles tanto caso como pretenden nuestros cristícolas. Hablando en propiedad, esos hombres eran sólo unos visionarios y fanáticos que actuaban y hablaban a impulsos de su fantasía o sus pasiones dominantes imaginándose que actuaban y hablaban movidos por el espíritu de Dios. A no ser que se tratara de *impostores* y *bromistas*[4] que imitaban a los profetas y que, para engañar más fácilmente a los ignorantes y los simples de espíritu, presumían de actuar y hablar movidos por el espíritu de Dios, a pesar de saber que no lo hacían movidos por el espíritu de Dios sino que era el espíritu de la mentira y la impostura el que les hacía actuar y hablar de esa manera.

No cabe duda de que hubo muchos que pertenecieron a una u otra de esas dos categorías. Ya que, de la misma manera que se ve a muchos individuos imitar a los locos y los insensatos no siéndolo ellos mismos, así hay muchos que imitan e imitaron antaño a los profetas, por lo que habrían reproducido lo que los supuestos profetas acostumbraban a hacer y decir, de tal manera que, si se apareciese entre nosotros alguno de aquellos supuestos profetas —¡aunque se tratase de uno de los más famosos de aquellos tiempos!—, se puede asegurar que lo tomaríamos por un visionario y fanático o, como ya he dicho, por un bromista e impostor que únicamente estaría buscando tontos para engañarlos. ¡Qué bonito sería encontrarse ahora con uno de ellos! ¡Qué bonito sería oírles decir aquello de *he aquí lo que dice*

el Señor, no nos íbamos ni a reír! Y hasta es seguro que se reirían los propios cristícolas[5].

Los propios cristícolas tampoco pueden negar que entre los supuestos profetas del pasado hubo muchos que fueron, efectivamente, unos visionarios y fanáticos o unos perversos impostores, que abusaron expresamente del nombre y la autoridad de Dios con el propósito de conseguir determinados fines particulares gracias a este subterfugio engañoso. No lo pueden negar, repito, porque se ve muy claramente en sus propios libros supuestamente santos y divinos que en el pueblo de Israel hubo gran cantidad de falsos profetas que aseguraban hablar en nombre de Dios y decían los *Hæc dicit Dominus* con la misma osadía y seguridad que si Dios les hubiese hablado realmente y les hubiese puesto las palabras en la boca. Uno de esos supuestos profetas decía: «Me dirigió la palabra el Señor: ¡Ay de los profetas mentecatos que se inventan profecías, cosas que nunca vieron, siguiendo su inspiración! Como raposos entre ruinas son tus profetas, Israel. Visionarios falsos, adivinos de embustes, que decíais: “¡Oráculo del Señor!”, cuando el Señor no os enviaba, esperando que cumpliera su palabra. Vosotros habéis visto visiones vanas y habéis pronunciado oráculos falsos diciendo: “¡Oráculo del Señor!”, cuando el Señor no hablaba. Por tanto, así dice el Señor: Por haber dicho mentiras y haber visto engaños, por eso aquí estoy contra vosotros —oráculo del Señor—. Extenderé mi mano contra los profetas, visionarios falsos y adivinos de embustes; no tomarán parte en el consejo de mi pueblo, ni serán inscritos en el censo de la casa de Israel, ni entrarán en la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor» (Ezequiel, 13,3-9). «Profetas y sacerdotes son unos impíos —decía otro—, hasta en mi templo encuentro maldades; por eso su camino se volverá resbaladizo, empujados a las tinieblas caerán en ellas; les enviaré la desgracia el año de la cuenta. Entre los profetas de Samaría he visto un desatino: profetizan por Baal extraviando a Israel, mi pueblo» (Jeremías, 23,11 y 13). «Entre los profetas de Jerusalén he visto algo espeluznante: adúlteros y embusteros que apoyan a los malvados, para que nadie se convierta de la maldad; para mí son todos sus vecinos como Sodoma y Gomorra. Por eso, así dice el Señor Todopoderoso a los profetas: Os daré a comer ajenjo y a a beber agua envenenada, porque de los profetas de Jerusalén se difundió la impiedad a todo el país» (Jeremías, 23, 14-15).

Veamos cómo, según el mismo profeta, habló Dios a través de su boca: «Mentira profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, no los mandé, no les hablé; visiones engañosas, oráculos vanos, fantasías de su mente es lo que profetizan. Por eso, así dice el Señor a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado. Ellos dicen: Ni espada ni hambre llegarán a este país; pues de espada y de hambre acabarán esos profetas» (Jeremías, 14,14-15). «No hagáis caso a los profetas que os dicen: No seréis vasallos del rey de Babilonia, porque os profetizan embustes: yo no los envié —oráculo del Señor— y ellos profetizan embustes en mi nombre, para que yo os tenga que arrojar y destruir a vosotros con los profetas que os profetizan» (Jeremías, 27,15). Y en otra ocasión les lanzó la misma advertencia: «Y

vosotros no hagáis caso a vuestros profetas y adivinos intérpretes de sueños, agoreros y magos porque os profetizan embustes» (Jeremías, 27,9).

Por último, este mismo profeta, al lamentar la desdichada destrucción de la ciudad de Jerusalén, achaca en cierta manera esta desgracia a los falsos profetas: «Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas; y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte, sino que te anunciaban visiones falsas y seductoras» (Lamentaciones, 2,14).

Hasta el propio Jesucristo, como he dicho, dijo literalmente a sus discípulos que vendrían falsos profetas que seducirían a muchas personas y realizarían milagros y prodigios tan grandes que conseguirían que los elegidos cayesen en el error, y de ahí que les advirtiera que se pusiesen cuidadosamente en guardia para no dejarse engañar (Mateo, 22,21). Por eso, los verdaderos autores de las leyes supuestamente divinas, como sabían que podían valerse muy fácilmente del nombre y la autoridad de Dios para imponer esas leyes a los ignorantes y los simples de espíritu, y como se imaginaban que podían venir otros después y hacer como ellos, asegurando que también eran profetas del Señor, ordenaron que se castigara severamente a quienes intentaran hacerse pasar por profetas y dijeran que hablaban en nombre de Dios criticando lo que ellos habían hecho e instaurado previamente. Esto es lo que Moisés, el archiprofeta de los judíos y su legislador por excelencia, ordenó en sus leyes, que se consideran divinas, pues dice en ellas que debe castigarse severamente a quienes, perjudicándole o lesionando aquello que decía y hacía, se aventuraran a hablar en nombre de Dios haciéndose pasar por profetas: «Si entre los tuyos aparece un profeta que te anuncia un signo o prodigio, y te propone: Vamos a seguir a dioses extranjeros y a darles culto; aunque se cumpla el signo o prodigio, no hagas caso a ese profeta o vidente de sueños. Pues se trata de una prueba del Señor, vuestro Dios, para ver si amáis al Señor, vuestro Dios, con todo el corazón y toda el alma. Antes le darás muerte; tu mano será la primera en la ejecución y seguirá la mano de los parientes. Lo apedrearás hasta que muera» (Deuteronomio, 13,1-5).

Esto es lo que dicen en otro pasaje la misma ley y el mismo Moisés: «Un profeta de los tuyos, de tus hermanos —se refería a Josué, su sucesor—, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios; a él le escucharéis. A quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas. Y el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de dioses extranjeros, ese profeta morirá» (Deuteronomio, 18,15 y 20). Veamos lo que dicen esos mismos libros de la manera como hablaba Dios y se daba a conocer a los profetas. Después de descender sobre una columna de nube, Dios se colocó a la entrada de la tienda y, llamando a Aarón y a su hermana María, les dijo: «Escuchad mis palabras: Cuando entre vosotros hay un profeta del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños; no así a mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos. A él le hablo cara a cara; en presencia y no adivinando contempla la figura del Señor. ¿Cómo os habéis atrevido a hablar contra mi siervo Moisés?» (Números,

12,6-8). Fue así, en sueños, mediante una visión nocturna, como se le apareció y le habló cuando le ordenó que inmolara en sacrificio a su hijo Isaac (Génesis, 22,2).

Así fue como se apareció a Jacob cuando le habló para decirle que se marchara a Egipto (Génesis, 46,2). Así fue como habló al profeta Natán y a Samuel, en sueños y mediante visiones nocturnas (1 Crónicas, 17,3 y 15). El profeta Isaías califica sus propias profecías de *visiones* (Isaías, 1,1). El profeta Jeremías las llama *visiones engañosas* y *oráculos vanos* (Jeremías, 14,14).

Los profetas Ezequiel, Daniel y Oseas y el resto de los supuestos profetas llaman *visiones* a sus profecías, visiones que tuvieron casi siempre de noche y en sueños. De ahí que en el libro de Job figure que Dios les habla mediante sueños o visiones nocturnas; cuando el letargo cae sobre el hombre —dice— que está durmiendo en su cama, entonces le abre el oído y lo aterroriza con sus avisos (Job, 33,15). Y el gran san Pablo, vasija elegida de Cristo, dijo, al hablar de cómo fue arrebatado al cielo, que no sabía si había ocurrido en cuerpo o en espíritu, lo cual no le impidió decir que había visto y oído cosas tan grandiosas y admirables que carecía de palabras para expresarlas (2 Corintios, 12,3-4).

En lo que se refiere a la forma en que estos supuestos profetas recibían y hacían públicas sus visiones y revelaciones supuestamente divinas, hay que señalar que sufrían los mismos delirios y caían en los mismos gestos y movimientos que se pueden observar en los fanáticos. Los sacerdotes y sibilas, al igual que los demás profetas y profetisas de los paganos, caían presos de una especie de furor y, según Racoles, proferían sus oráculos con grandes voces en medio de convulsiones violentas idénticas a las de los posesos (*Recueil de Conférences*, tomo V, pág. 200).

Con los supuestos santos profetas sucedía lo mismo, ya que, cuando les asaltaba la manía de querer profetizar, entraban en trance y hacían gestos y movimientos extraños y ridículos, tal como los harían los auténticos fanáticos. Hallamos claramente ejemplos de ello en Saúl, primer rey de los judíos, y en aquellos a los que envió un día para que prendiesen a David, a quien odiaba y quería matar. Dice la historia que el rey Saúl envió a unos cuantos arqueros para que prendiesen a David, cuya perdición buscaba, y lo encontraron junto a un grupo de profetas, con Samuel a la cabeza, que se hallaban profetizando. Entonces, según los supuestos libros santos, el espíritu del Señor se apoderó de los arqueros, que se pusieron a profetizar con ellos, lo que hizo que Saúl enviara a un nuevo grupo de arqueros a los que, sin embargo, les ocurrió lo mismo. Saúl montó en cólera y se fue a prender a David en persona. Pero en cuanto llegó al lugar donde se encontraba, fue arrebatado también por el espíritu de Dios y, despojándose de sus vestiduras, caminó como un loco profetizando con los demás y después se echó completamente desnudo al suelo y permaneció así durante todo el día y toda la noche. A partir de ahí se dijo con admiración y como si fuera un proverbio: «¡Hasta Saúl está con los profetas!» (1 Samuel, 19,24). ¿No se trata de auténticos actos, movimientos y trances de fanáticos? Sí, sin duda, porque únicamente los fanáticos hacen semejantes extravagancias, y no

hay nadie que dijera lo contrario si les viese hacer hoy día cosas de ese estilo, por lo que esas bandas de profetas no eran sino unas bandas de fanáticos.

Los ejemplos y testimonios que acabo de ofrecer, por no mencionar otros muchos semejantes para no alargarme demasiado, nos muestran claramente que los supuestos profetas eran, en realidad, unos fanáticos y visionarios o bien unos infames impostores, como ya he dicho. He dicho *visionarios* ya que ellos mismos tachaban sus profecías de *visiones*, con la particularidad de que dichas visiones no eran en la mayor parte de los casos sino visiones nocturnas, visiones imaginarias, ilusiones y sueños, por lo cual en su tiempo los conocían como *soñadores* o *fabricantes de sueños*, como puede verse en los ejemplos citados. No eran otra cosa que fanáticos o imitadores de los fanáticos, ya que hablaban y actuaban como lo hacían los fanáticos, tal como se puede observar también en los ejemplos citados.

Por último, eran impostores, al menos en su inmensa mayoría, porque había muchos que profetizaban falsamente en nombre de Dios para engañar a los ignorantes y los simples de espíritu, por lo cual no era raro que se reprocharan entre sí y con mucha animosidad semejante vileza. Digo que la mayor parte de ellos eran sólo impostores y fanáticos porque ni siquiera los cristícolas pueden negar que el número de falsos profetas fue mucho mayor que el de quienes podrían aspirar a ser considerados verdaderos profetas, pues uno de esos supuestos verdaderos profetas, Elías, hizo que murieran 450 falsos profetas en un solo día (1 Reyes, 18,14 y 25), sin contar con los que Jehú y Josías hicieron morir en su tiempo (2 Reyes, 23,30), mientras que, en el campo de los profetas verdaderos de tiempos de la ley mosaica, los cristícolas podrían contar apenas dos docenas, lo que muestra que hay una gran diferencia de miembros entre uno y otro bando, por lo que se puede apreciar fácilmente que el número de falsos profetas era incomparablemente mayor que el de los profetas supuestamente verdaderos.

Por lo que se refiere a los reproches que se cruzaban entre ellos con tanta animosidad, acusándose y descalificándose mutuamente por profetizar falsamente en nombre de Dios, podría aplicarse perfectamente el reproche que el caldero negro le hacía a la olla, o la olla al caldero negro, cuando le decía: «Vete de aquí, que me tiznas, dijo el caldero a la olla», ya que no parece que fueran menos falsos ni menos mentirosos unos que otros. Como los cristícolas están obligados a reconocer que la mayor parte de los supuestos profetas, por no decir todos, eran meros visionarios, fanáticos o impostores, les toca a ellos demostrar con razones y pruebas claras, seguras y convincentes que aquellos a los que quieren salvar no eran falsos profetas como los demás, sino verdaderos profetas inspirados por Dios. A eso es a lo que hay que desafiarles, a que lo demuestren con argumentos sólidos y verdaderos.

Yo, en cambio, voy a demostrar mediante un razonamiento claro y sólido que se trata de unos profetas tan falsos como los otros. Aquí están mi razonamiento y mi prueba: todo profeta que se dice inspirado por Dios y no lo está realmente, o que falla en lo que predice en nombre de Dios, no es un profeta verdadero sino, por el

contrario, un falso profeta. Ésta es la mejor manera e incluso el truco que, según los propios cristícolas, les habría dado Dios para reconocer a los falsos profetas.

Veamos cómo lo muestran sus leyes: «Y el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de dioses extranjeros, ese profeta morirá. Y si te preguntas: ¿Cómo distinguir si una palabra no es Palabra del Señor? Cuando un profeta hable en nombre del Señor y no suceda ni se cumpla su palabra, es algo que no dice el Señor; ese profeta habla por arrogancia, no le tengas miedo» (Deuteronomio, 18,20-22).

Y en Jeremías se dice: «Cuando un profeta predecía prosperidad, sólo al cumplirse su profecía era reconocido como profeta enviado realmente por el Señor» (Jeremías, 28,9).

Según esto, la forma de reconocer a los falsos profetas pasa por ver que predicen falsamente en nombre de Dios y que las cosas que predicen en su nombre no ocurren tal como lo habían predicho.

Pues bien, una vez admitido esto, resulta fácil comprobar que los profetas supuestamente santos no eran más que falsos profetas, ya que se puede ver claramente en ellos, es decir, en sus escritos y sus profecías, los auténticos rasgos de los falsos profetas, puesto que las cosas más importantes y espectaculares que profetizaron en nombre de Dios, y que debían cumplirse en favor del pueblo judío, no sucedieron tal como lo habían predicho sino que, por el contrario, se puede comprobar claramente que sucedieron en perjuicio suyo y para su confusión.

Para demostrarlo, basta sólo con copiar al pie de la letra lo más glorioso y destacado que predijeron que sucedería a su pueblo y establecer, acto seguido, una comparación entre lo predicho y lo que realmente sucedió. De esta manera se podrá ver clara y fácilmente si sus profecías son verdaderas o falsas.

En primer lugar, Moisés —el famoso Moisés, archiprofeta de Dios y, como tal, jefe y guía del pueblo de Israel en razón de sus cualidades, un pueblo que se tenía a sí mismo por el auténtico pueblo de Dios, el pueblo escogido y amado por Dios— prometió y profetizó a su pueblo, en nombre de Dios, que sería el pueblo preferido de Dios (Deuteronomio, 7,6, 14,2 y 26,18-19), que Dios lo santificaría y lo bendeciría por encima del resto de pueblos de la Tierra, prometiéndole y profetizándole asimismo que le daría la tierra y el país de los cananeos así como las tierras de otros pueblos vecinos para que disfrutasen eternamente de su posesión (Génesis, 12,5-6 y 15,18-21). Promesas y profecías manifiestamente falsas, ya que no se ve ni se ha visto nunca que ese pueblo tenga ningún rasgo particular de santidad ni porte señal alguna de haber sido elegido ni haber sido protegido por Dios; lo único que se ve, más bien, y eso desde hace muchos siglos, es que ha sido despojado de las tierras y los países que hubiese debido poseer para siempre, en caso de que las promesas y profecías que le fueron hechas hubiesen resultado ciertas.

Pero, fuesen verdaderas o no, las personas a las que se dirigían esas profecías confiaron de tal manera en las promesas y revelaciones supuestamente divinas que se

convencieron de que eran el único pueblo querido y elegido por Dios y, según esta creencia, se convencieron fácilmente de que Dios pretendía únicamente su bienestar y felicidad, y de que les estaban reservadas todas las gracias y bendiciones del cielo.

Por eso, quienes después de Moisés se erigieron en guardianes celosos de la gloria de Dios y la conservación de sus supuestas leyes mantuvieron fortalecido el espíritu de la gente con la esperanza de que se cumplirían las promesas tan favorables que Dios les había hecho. Pero como tardaban en cumplirse, los celosos depositarios del legado de Moisés culparon a la gente por esa tardanza, diciéndoles que, a causa de sus vicios y su mala vida, se habían hecho indignos de que se cumpliesen las promesas favorables que les hizo Dios en su día.

Por ello les reprocharon ásperamente sus vicios y desórdenes y les amenazaron, a ellos y a quienes tan mal les gobernaban, con terribles castigos divinos si no corregían su conducta y terminaban con el vicio. Y para dar más peso y autoridad a sus palabras se hicieron profetas por su cara bonita, e hicieron revelaciones y profetizaron tanto los castigos temporales que Dios les reservaba por sus vicios como los inmensos bienes con los que les recompensaría después de que hubiesen sido suficientemente castigados por sus vicios y se hubiesen convertido completamente a Él.

Porque las supuestas profecías señalan expresamente que Dios los castigará severamente por sus vicios, les retirará su amistad y los entregará al poder y furor de los enemigos, que los destruirán y se los llevarán vergonzosamente cautivos fuera del país, por lo que serán dispersados miserablemente entre los pueblos extranjeros. También señalan, muy especialmente, que Dios les volverá a conceder su amistad y su gracia por consideración a sus viejos padres Abrahán, Isaac y Jacob, y por consideración a la alianza eterna que suscribió con ellos y sus descendientes, y que a partir de entonces les favorecerá como nunca lo había hecho antes con su gracia y sus bendiciones, para lo cual les enviará un poderoso libertador que los liberará del cautiverio, los purificará de sus pecados, reunirá a cuantos se hallaban dispersos y les hará retornar gloriosamente para que recuperen su país y sus tierras, a fin de que permanezcan en ellas perpetuamente en paz y seguridad disfrutando de toda clase de bienes y de felicidad en la confianza de que no se verán perturbados jamás por temor a enemigo alguno, y que hará que los demás pueblos vayan a rendirles homenaje reconociendo y adorando con gusto la soberana majestad de su Dios, al que ofrecerán sacrificios en el templo, tal y como ordenaban sus leyes. Bonitas promesas, si no fuese porque son manifiestamente falsas.

Veamos en sus propias palabras cuáles son esas bonitas profecías acerca de la suerte del pueblo elegido, o al menos algunas de ellas, ya que resultaría demasiado largo exponerlas todas. Comencemos por la que Moisés hizo a ese pueblo de Israel : «El Señor, tu Dios, cambiará tu suerte compadecido de ti; el Señor, tu Dios, volverá y te reunirá sacándote de todos los pueblos por donde te dispersó; aunque tus dispersos se encuentren en los confines del cielo, el Señor, tu Dios, te reunirá, te recogerá allí;

el Señor, tu Dios, te traerá a la tierra que habían poseído tus padres y tomarás posesión de ella; te hará el bien y te hará crecer más que tus padres; el Señor, tu Dios, circuncidará tu corazón y el de todos tus descendientes para que ames al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda el alma, y así vivas. El Señor, tu Dios, mandará estas maldiciones contra tus enemigos, los que te habían perseguido con saña, y tú te convertirás, escucharás la voz del Señor, tu Dios, y cumplirás todos los preceptos suyos que yo te mando hoy. El Señor, tu Dios, hará prosperar tus empresas, el fruto de tu vientre, el fruto de tu ganado y el fruto de tu tierra, porque el Señor, tu Dios, volverá a alegrarse contigo de tu prosperidad» (Deuteronomio, 30,3-10).

Éstas eran las bonitas y presuntuosas promesas que hizo Moisés de parte de Dios al pueblo de Israel, que hoy es el pueblo judío, y a partir de las cuales hablaron los demás profetas. Esto es lo que dijo el profeta David: «La misericordia es cosa del Señor y es generoso redimiendo. Él redimirá a Israel de todos sus delitos» (Salmos, 130,7-8). «Sus obras son verdad y justicia, envió la redención a su pueblo, ratificó para siempre la alianza» (Salmos, 111,7 y 9). «Alégrense los cielos, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto contiene; exulte la campiña y cuanto hay en ella, aclamen los árboles silvestres delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra; regirá el orbe con justicia y a los pueblos con fidelidad» (Salmos, 96,11-13). «Los que teméis al Señor, alabadle, y vosotros, gentes de Israel, exaltadle; todos los pueblos de la tierra se convertirán al Señor y adorarán su divina majestad por doquier, porque el Señor es el rey de reyes y someterá a todo el mundo a sus leyes»

El señor, dice Isaías,«izará una enseña ante las naciones para reunir a los israelitas desterrados y congregar a los judíos dispersos de los cuatro extremos del orbe» (Isaías, 11,12). Esto es, según el mismo profeta, lo que Isaías, hijo de Amós, vio respecto a Judá y Jerusalén, es decir, respecto al pueblo judío, que, como he dicho, era el pueblo de Israel: «Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor, descollando ente los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob: él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley; de Jerusalén, la palabra del Señor. Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra. Los ojos orgullosos serán humillados, la arrogancia humana será doblegada; sólo el Señor será ensalzado aquel día, y los ídolos pasarán sin excepción» (Isaías, 2,2-4, 11 y 18).

«Decid a los cobardes: Sed fuertes, no temáis; mirad a vuestro Dios, que trae el desquite y la venganza, viene en persona y os salvará. El páramo será un estanque, lo cruzará una calzada que llamarán Vía Sacra, no pasará por ella el impuro, los inexpertos no se extraviarán. Los redimidos caminarán por ella y por ella volverán los rescatados del Señor: volverán a Sión con cánticos: en cabeza, alegría perpetua; siguiéndolos, gozo y alegría; pena y aflicción se alejarán» (Isaías, 35,4 y 8-10).

Dios dice a través de este mismo profeta: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios: hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble castigo por sus pecados. Súbete a un monte elevado, mensajero de Sión; alza fuerte la voz, mensajero de Jerusalén; álzala, no temas, di a a las ciudades de Judá: Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Mirad, viene con él su salario, y su recompensa le precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne» (Isaías, 40, 1-11).

«El Señor salva a Israel con una salvación perpetua, y no serán derrotados ni fracasarán nunca jamás» (Isaías, 45,17). «¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión; vístete el traje de gala, Jerusalén, Santa Ciudad!, porque no volverán a entrar en ti incircuncisos ni impuros. Mira, yo quito de tu mano la copa del vértigo, no volverás a beber del cuenco de mi ira» (Isaías, 52,1 y 51,22). «Yo, yo era quien por mi cuenta —dice Dios— borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados; recuerdámelo tú y discutiremos; razona tú, y saldrás absuelto» (Isaías, 43,25-26).

«Canta de gozo, la estéril que no dabas a luz; rompe a cantar de júbilo, la que no tenía dolores; porque la abandonada tendrá más hijos que la casada —dice el Señor —. No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sonrojes, no te afrentarán; olvidarás el bochorno de tu soltería, ya no recordarás la afrenta de tu viudez. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te recogeré. En un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro, pero con lealtad eterna te quiero —dice el Señor, tu redentor—. Me sucede como en tiempo de Noé: juré que las aguas del diluvio no volverían a cubrir la tierra; así juro no airarme contra ti ni reprocharte. Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no te retiraré mi lealtad ni mi alianza de paz vacilará —dice el Señor, que te quiere—. Te pongo almenas de rubí, y puertas de esmeralda, y muralla de piedras preciosas. Tus hijos serán discípulos del Señor, tendrán gran paz tus hijos. Tendrás firme asiento en la justicia; quedará lejos la opresión, y no tendrás que temer, el terror no se te acercará» (Isaías, 54,1, 4,7-10 y 12-14).

«¡Levántate, brilla, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti; y acudirán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora. Echa una mirada en torno, mira: todos ésos se han reunido, vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces lo verás, radiante de alegría; tu corazón se asombrará, se ensanchará, cuando vuelquen sobre ti el tráfico del mar y te traigan las riquezas de los pueblos. Te inundará una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Sabá, trayendo incienso y oro, proclamando las alabanzas del Señor. Extranjeros reconstruirán tus murallas y sus reyes te servirán; si te herí con ira, con amor te compadezco. Los hijos de tus opresores vendrán a ti encorvados, y los que te despreciaban se postrarán a tus pies; te llamarán Ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel. Estuviste abandonada, aborrecida, sin un transeúnte, pero te haré el orgullo de los siglos, la delicia de todas

las edades. Y sabrás que yo, el Señor, soy tu salvador, que el Campeón de Jacob es tu redentor. En vez de bronce, te traeré oro; en vez de hierro, te traeré plata; en vez de madera, bronce; y en vez de piedra, hierro; te daré como magistrado la paz, y por gobernador, la justicia. No se oirá más en tu tierra: ¡Violencia!, ni dentro de tus fronteras: ¡Ruina, destrucción!; tu muralla se llamará: Salvación, y tus puertas: Alabanza. Ya no será el sol tu luz en el día, ni te alumbrará la claridad de la luna; será el Señor tu luz perpetua, y tu Dios será tu resplandor; tu sol ya no se pondrá ni menguará tu luna, porque el Señor será tu luz perpetua y se habrán acabado los días de tu luto. En tu pueblo todos serán justos y poseerán por siempre la tierra: es el brote que yo he plantado, la obra de mis manos, para gloria mía. El pequeño crecerá hasta mil, y el menor se hará pueblo numeroso» (Isaías, 60,1-6, 10, 14-22).

«Los pueblos verán tu justicia, y los reyes tu gloria; te pondrán un nombre nuevo impuesto por la boca del Señor. Serás corona fúlgida en la mano del Señor, y diadema real en la palma de tu Dios. Ya no te llamarán la Abandonada, ni a tu tierra la Devastada, a ti te llamarán mi Preferida y a tu tierra la Desposada, porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido. El Señor lo ha jurado por su diestra y por su brazo poderoso: ya no entregará tu trigo para que se lo coman tus enemigos; ya no beberán extranjeros tu vino, por el que tú trabajaste. Los que lo cosechan lo comerán y alabarán al Señor; los que lo vendimian lo beberán en mis atrios sagrados» (Isaías, 62,2-4, 8-9).

Esto es lo que dice asimismo Dios por medio del mismo profeta: «Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva; de lo pasado no haya recuerdo ni venga pensamiento, más bien gozad y alegraos siempre por lo que voy a crear; mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría y a su población en gozo; me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo, y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos; ya no habrá allí niños malogrados ni adultos que no colmen sus años, pues será joven el que muera a los cien años, y el que no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos, no construirán para que otro habite ni plantarán para que otro coma; porque los años de mi pueblo serán los de un árbol y mis elegidos podrán gastar lo que sus manos fabriquen. No se fatigarán en vano, no engendrarán hijos para la catástrofe; porque serán la estirpe de los benditos del Señor, y como ellos, sus retoños. Antes de que me llamen yo les responderé, aún estarán hablando y les habré escuchado. El lobo y el cordero pastarán juntos, el león como el buey comerá paja. No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo» (Isaías, 65,17-25)**[6]**.

«Festejad a Jerusalén, gozad con ella, todos los que la amáis; alegraos de su alegría los que por ella llevasteis luto; mamaréis de sus pechos y os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus pechos abundantes. Porque así dice el Señor: Yo haré correr hacia ella, como un río, la paz; como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Mamaréis, os llevarán en brazos, y sobre las rodillas os acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo. Al verlo

se alegrará vuestro corazón y vuestros huesos florecerán como un prado, la mano del Señor se manifestará a sus siervos, y su cólera, a sus enemigos» (Isaías, 66,10-14).

«Os daré —dijo Dios por medio del profeta Jeremías— pastores a mi gusto que os apacienten con saber y acierto. En aquel tiempo llamarán a Jerusalén Trono del Señor, acudirán a ella todos los paganos, porque Jerusalén llevará el nombre del Señor y ya no seguirán la maldad de su corazón obstinado. Porque llegarán días —oráculo del Señor— en que cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel y Judá, dice el Señor, y los volveré a llevar a la tierra que di en posesión a sus padres. Aquel día —oráculo del Señor Todopoderoso— romperé el yugo de tu cuello y haré saltar las correas; ya no servirán a extranjeros, servirán al Señor, su Dios, y a David, el rey que les nombraré. Y tú, siervo mío, Jacob, no temas; no te asustes, Israel —oráculo del Señor—, que yo te salvaré del país remoto y a tu descendencia del destierro; Jacob volverá y descansará, reposará sin alarmas, porque yo estoy contigo para salvarte» (Jeremías, 3,15 y 17, 30,3 y 8-11). «Así dice el Señor —añade el mismo profeta—: Gritad jubilosos por Jacob, regocijaos por el primero de los pueblos. Yo os traeré del país del norte, os reuniré de los rincones del mundo. Afluirán hacia los bienes del Señor: trigo y vino y aceite, y rebaños de vacas y ovejas; será como huerto regado, no volverán a desfallecer. Alimentaré a mis sacerdotes con enjundia y mi pueblo se saciará de mis bienes» (Jeremías, 31,7, 9, 12 y 14).

«Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que sembraré en Israel y en Judá simiente de hombres y simiente de animales. Como vigilé sobre ellos para arrancar y arrasar, para destruir y deshacer y maltratar, así vigilaré sobre ellos para edificar y plantar —oráculo del Señor—. En aquellos días ya no se dirá: Los padres comieron agraces, los hijos tuvieron dentera; porque el que muera, será por su propia culpa y tendrá dentera el que coma los agraces. Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá; no será como la alianza que hice con sus padres cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto; la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve —oráculo del Señor—; así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro —oráculo del Señor—: meteré mi ley en su pecho, la escribiré sobre su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente, diciendo: Tienes que conocer al Señor, porque todos, grandes y pequeños, me conocerán —oráculo del Señor—, pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados. Cuando fallen estas leyes que yo he dado —oráculo del Señor—, la estirpe de Israel ya no será más el pueblo mío» (Jeremías 31,27-36).

«Pues ahora así dice el Señor, Dios de Israel, a esta ciudad —se refiere a Jerusalén— de la que decís: Va a caer en manos del rey de Babilonia, por la espada, el hambre y la peste. Mirad que yo los congregaré en todos los países por donde los dispersó mi ira y mi cólera y mi gran furor. Los traeré a este lugar, y los haré habitar tranquilos. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré un corazón entero y una conducta íntegra, para que me respeten toda la vida, para su bien y el de sus hijos que

los sucedan. Haré con ellos alianza eterna, y no cesaré de hacerles bien. Les infundiré respeto a mí, para que no se aparten de mí. Gozaré haciéndoles el bien. Los plantaré de verdad en esta tierra, con todo mi corazón y toda mi alma. Porque así dice el Señor: Lo mismo que envié a este pueblo esta gran calamidad, también yo mismo les enviaré todos los bienes que les prometo» (Jeremías, 32,36-42).

«Porque así dice el Señor de Israel a las casas de esta ciudad y a los palacios reales de Judá, ahora arrasados por el asedio y la espada: Yo mismo les traeré restablecimiento y curación, y les revelaré un rebose de paz y de felicidad. Cambiaré la suerte de Judá y la suerte de Israel, y los edificaré como en otro tiempo; los purificaré de todos los crímenes que cometieron contra mí, les perdonaré todos los crímenes que cometieron contra mí, rebelándose contra mí» (Jeremías, 33,4 y 6-8). «En aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo que hará justicia y derecho en la tierra. En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos, y la llamarán así: Señor-nuestra-justicia» (Jeremías, 33,15-16). «Esto dice el Señor —dice el profeta Ezequiel—. Cuando recoja la casa de Israel de entre los pueblos donde está dispersa, y brille en ella mi santidad, a la vista de las naciones, volverán a habitar su tierra, la que di a mi siervo Jacob; habitarán en ella seguros, edificarán casas y plantarán viñas; habitarán seguros, cuando haga justicia en los vecinos que la hostigan, y sabrán que yo soy el Señor, tu Dios» (Ezequiel, 28,25-26). «Yo salvaré a mis ovejas —añade el mismo profeta— y no volverán a ser botín; yo juzgaré el pleito de mis ovejas. Haré con ellos alianza de paz: descastaré de la tierra los animales dañinos; acamparán seguros en la estepa, dormirán en los bosques. Ellos y mi colina toda a la redonda serán una bendición: enviaré lluvias a su tiempo, una bendición de lluvias. El árbol silvestre dará su fruto y la tierra dará su cosecha, y ellos estarán seguros en su territorio. Sabrán que yo soy el Señor cuando haga saltar las coyundas de su yugo y los libre del poder de los tiranos. No volverán a ser botín de las naciones ni los devorarán las fieras salvajes; vivirán seguros, sin sobresaltos. Les daré un plantío famoso: no volverá a haber muertos de hambre en el país ni tendrán que soportar la burla de los pueblos. Y sabrán que yo, el Señor su Dios, estoy con ellos, y ellos son mi pueblo, la Casa de Israel —oráculo del Señor—. Y vosotros sois mis ovejas, ovejas de mi rebaño, y yo soy vuestro Dios —oráculo del Señor—» (Ezequiel, 34,22, 25-31).

«Por tanto, así dice el Señor: Ahora cambio la suerte de Jacob, me apiado de la Casa de Israel y soy celoso de mi santo nombre. Cargarán con su ignominia y su deslealtad contra mí cuando habiten en su tierra seguros, sin sobresaltos; cuando los haga regresar de las naciones y los recoja de los países hostiles y muestre en ellos mi santidad a la vista de muchos pueblos. Sabrán que yo soy el Señor, que si los deporté entre los paganos, ahora los reúno en su tierra sin dejarme ninguno. No volveré a ocultarles mi rostro, yo que he infundido mi espíritu en la casa de Israel —oráculo del Señor—» (Ezequiel, 39,25, 27 y 29).

«Esto dice el Señor: Yo voy a recoger a los israelitas de las naciones a donde marcharon, voy a congregarlos de todas partes y los voy a repatriar. Los haré un solo pueblo en su país, en los montes de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán a ser dos naciones ni a desmembrarse en dos monarquías. No volverán a contaminarse más con sus ídolos y fetiches y con todos sus crímenes. Los libraré de sus pecados y prevaricaciones, los purificaré; ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, el único pastor de todos ellos. Caminarán según mis mandatos y cumplirán mis preceptos, poniéndolos por obra. Habitarán en la tierra que le di a mi siervo Jacob, en la que habitaron vuestros padres; allí vivirán para siempre, ellos y sus hijos y sus nietos, y mi siervo David será su príncipe para siempre. Haré con ellos una alianza de paz, alianza eterna pactaré con ellos. Los estableceré, los acrecentaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada junto a ellos, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor que consagra a Israel» (Ezequiel, 37,21-28).

«Durante esos reinados —dice el profeta Daniel, refiriéndose al tiempo de los reyes de Babilonia—, el Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él durará por siempre. Setenta semanas están decretadas para tu pueblo y tu Ciudad Santa: para cerrar el delito, sellar el pecado, expiar el crimen, para traer una justicia perenne, para sellar la visión y al profeta y ungir el lugar santísimo» (Daniel, 2,44, 9,24).

«Porque muchos años vivirán los israelitas —dice el profeta Oseas— sin rey y sin príncipe, sin sacrificios y sin estelas, sin imágenes ni amuletos. Después volverán a buscar los israelitas al Señor, su Dios, y a David, su rey; temblando acudirán al Señor y su riqueza en un tiempo futuro. Aquel día haré en su favor una alianza con los animales salvajes, con las aves del cielo y los reptiles de la tierra. Arco y espada y armas romperé en el país, y los haré dormir tranquilos. Aquel día escucharé —oráculo del Señor—, escucharé al cielo, éste escuchará a la tierra, la tierra escuchará al trigo y al vino y al aceite y éstos escucharán a Yezrael. Y me los sembraré en el país, me compadeceré de Incompadecida y diré a No-pueblo-mío: Eres mi pueblo, y él responderá: Dios mío» (Oseas, 3,4-5, 2,18, 20, 23-25).

«El Señor tenga celos de su tierra —dice el profeta Joel— y perdone a su pueblo. Entonces el Señor respondió a su pueblo: Yo os enviaré el trigo, el vino, el aceite a saciedad, ya no haré de vosotros el oprobio de los paganos. ¡Atención!, en aquellos días, en aquel momento, cuando cambie la suerte de Judá y Jerusalén, reuniré a todas las naciones y las haré bajar al Valle de Josafat: allí las juzgaré por sus delitos contra mi pueblo y heredad; porque dispersaron a Israel por las naciones, se repartieron mi tierra, se sortearon a mi pueblo, cambiaron un muchacho por una ramera, vendían una ramera por unos tragos de vino. Me robasteis mi oro y mi plata, llevasteis a vuestros templos mis objetos preciosos; vendisteis los hijos de Judá y Jerusalén a los griegos para alejarlos de su territorio. Pero yo los sacaré del país donde los vendisteis, haré

recaer la paga sobre vosotros: venderé vuestros hijos e hijas a los judíos, y ellos los venderán al pueblo remoto de los sabeos —lo ha dicho el Señor—. Publicad esto entre las naciones: Pregonadlo a las naciones, declarad la guerra santa, alistad soldados, que vengan todos los combatientes; de los arados forjad espadas; de las podaderas, lanzas; diga el cobarde: Soy todo un soldado. El Señor rugirá desde Sión, alzará la voz en Jerusalén y temblarán cielo y tierra; el Señor será refugio de su pueblo, alcázar de los israelitas. Y sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, que habito en Sión, mi Monte Santo. Jerusalén será santa y no la atravesarán extranjeros. Aquel día los montes manarán licor, los collados se desharán en leche, las cañadas de Judá irán llenas de agua; brotará un manantial en el templo del Señor que engrosará el Torrente de las Acacias. Egipto se volverá hecho un desierto; Edom, estepa desolada, porque violentaron a los judíos y derramaron sangre inocente en su país. Judá estará habitada siempre, Jerusalén sin interrupción. Vengaré su sangre, no quedarán sin castigo, y el Señor habitará en Sión» (Joel, 2, 18-19, 4, 1-3, 5-10, 16-21).

«Mirad —dice el profeta Amós— que llegan días —oráculo del Señor— cuando el que ara seguirá de cerca al segador y el que pisa uva al sembrador; fluirá licor por los montes y ondearán los collados. Cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel: reconstruirán ciudades arruinadas y las habitarán, plantarán viñedos y beberán su vino, cultivarán huertos y comerán sus frutos» (Amós, 9,13-14).

«Pero en el monte Sión —se refiere a Jerusalén— quedará un resto que será santo y la casa de Jacob recobrará sus posesiones. Jacob será el fuego, José será la llama, Esaú será la estopa: arderá hasta consumirse» (Abdías, 17-18).

«Yo te reuniré todo entero, Jacob; congregaré tus supervivientes, Israel; los juntaré como ovejas en un redil, como rebaño en la pradera, y se oirá el barullo de la multitud. Delante avanza el cabestro, los demás se abren paso, atraviesan la puerta y salen: delante marcha su rey, el Señor a la cabeza. Al final de los tiempos estará firme el monte de la Casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos, dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la Casa del Dios de Jacob; él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén la palabra del Señor. Será el árbitro de muchas naciones, el juez de numerosos pueblos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Se sentará cada uno bajo su parra y su higuera, sin sobresaltos —lo ha dicho el Señor todopoderoso—» (Miqueas, 2,12-13, 4,1-4).

«El resto de Jacob —dice el mismo profeta— será en medio de muchas naciones como un león entre fieras salvajes, como cachorro en un rebaño de ovejas que penetra y pisotea y hace presa, impune. Aniquilaré en medio de ti ídolos y estelas y no adorarás las obras de tus manos. ¿Qué Dios como tú perdona el pecado y absuelve la culpa al resto de tu heredad? No mantendrá siempre la ira, pues ama la misericordia; volverá a compadecerse, destruirá nuestras culpas, arrojará al fondo del mar todos

nuestros pecados. Así serás fiel a Jacob y leal a Abrahán, como lo prometiste en el pasado a nuestros padres» (Miqueas, 5,7 y 12, 6,18-20). «Mirad sobre los montes —dice el profeta Nahún— los pies del heraldo que pregona la paz: Festeja tu fiesta, Judá, cumple tus votos, que el Criminal no volverá a atravesarte porque ha sido aniquilado» (Nahún, 2,1).

«Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde —dice el profeta Sofonías—, un resto de Israel que se acogerá al Señor, que no cometerá crímenes ni dirá mentiras ni tendrá en la boca una lengua embustera. Pastarán y se tenderán sin que nadie los espante. ¡Grita, ciudad de Sión; lanza vítores, Israel; festéjalo exultante, Jerusalén capital! Que el Señor ha expulsado a los tiranos, ha echado a tus enemigos; el Señor dentro de ti es el rey de Israel y ya no temerás nada malo. El Señor tu Dios es dentro de ti un soldado victorioso que goza y se alegra contigo, renovando su amor se llena de júbilo por ti» (Sofonías, 3,13-15 y 17).

«Festeja y aclama, joven Sión —dice el profeta Zacarías—, que yo vengo a habitar en ti —oráculo del Señor—. Aquel día se incorporarán al Señor muchos pueblos y serán pueblo mío; habitaré en medio de ti y sabrás que el Señor Todopoderoso me ha enviado a ti. Alégrate, ciudad de Sión: aclama, Jerusalén; mira a tu rey que está llegando: justo, victorioso, humilde, cabalgando un burro, una cría de burra —esto ha sido añadido al texto con poco sentido [nota de Meslier]—, destruirá los arcos de guerra y dictará paz a las naciones, dominará de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra. Aquel día brotará un manantial en Jerusalén: la mitad fluirá hacia el mar oriental, la otra mitad hacia el mar occidental; lo mismo en verano que en invierno. El Señor será rey de todo el mundo. Aquel día el Señor será único y su nombre único» (Zacarías, 2,14-15, 9,9-10 y 14,8-11).

«Así dice el Señor Todopoderoso: Yo salvaré a mi pueblo y lo traeré de los países de levante y poniente, para que habite en Jerusalén. Ellos serán mi pueblo, yo seré su Dios auténtico y legítimo. Así dice el Señor Todopoderoso: Cobrad ánimos los que entonces escuchasteis estas palabras pronunciadas por los profetas. Antes no se asalariaban hombres ni animales, no había seguridad de movimientos, debido a las rivalidades. Yo enfrentaba unos contra otros. Ahora no trataré al resto del pueblo como en tiempos pasados —oráculo del Señor Todopoderoso—. Sembrarán tranquilos, la cepa dará su fruto, la tierra dará su cosecha, el cielo dará su rocío; todo se lo lego al resto de este pueblo. Como fuisteis maldecidos por los paganos, Judá e Israel, así os salvaré y seréis bendecidos. No temáis, cobrad ánimos» (Zacarías, 8,7-13).

Y respecto al libertador o salvador que había sido prometido a este pueblo de Israel y Judá, veamos lo que dicen las presuntas profecías: «Pero aquella noche —dice el profeta Natán al rey David— recibió Natán esta palabra del Señor: Y cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus antepasados, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, nacido de tus entrañas, y consolidaré su reino. Él edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. Yo

seré para él un padre, y él será para mí un hijo; si se tuerce, lo corregiré con varas y golpes, como lo hacen los hombres; pero no le retiraré mi lealtad como se la retiré a Saúl, al que aparté de mi presencia. Tu casa y tu reino durarán para siempre en mi presencia; tu trono permanecerá por siempre» (2 Samuel, 7,4, 12-16).

«Una vez juré por mi santidad no faltar a mi palabra con David. Su linaje será perpetuo y su trono como el sol en mi presencia; como la luna que permanece siempre; testigo fidedigno en las nubes. ¡Oh Dios, confía tu juicio al rey, tu justicia a un hijo del rey —es decir, a Salomón, hijo del rey David, imagen de Cristo según los cristícolas—. Que montes y colinas traigan al pueblo paz por la justicia. Que defienda a la gente oprimida, que salve a las familias pobres y quebrante al opresor. Que en sus días florezca el honrado y haya prosperidad hasta que falte la luna. Que domine de mar a mar, del Río al confín de la tierra. Que en su presencia se encorven los beduinos y sus enemigos muerdan el polvo. Que los reyes de Tarsis y las islas le paguen tributo; que los reyes de Sabá y Arabia le ofrezcan sus dones, que se postren ante él todos los reyes y que todos los pueblos le sirvan. ¡Bendito por siempre su nombre glorioso y que su gloria llene la tierra» (Salmos, 89,36, 72,1-4, 6-11 y 18).

«El Señor da a conocer su victoria, revela su justicia a la vista de los pueblos. Envió la redención a su pueblo, ratificó para siempre la alianza» (Salmos, 97,2, 111,9).

«Pero retoñará el tocón de Jesé —dice el profeta Isaías—, de su cepa brotará un vástago sobre el cual se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y de prudencia, espíritu de conocimiento y respeto del Señor. Lo inspirará el respeto del Señor. No juzgará por apariencias, ni sentenciará sólo de oídas; juzgará con justicia a los desvalidos, sentenciará con rectitud a los oprimidos; ejecutará al violento con el cetro de su sentencia y con su aliento dará muerte al culpable. Se terciará como banda de justicia y se ceñirá como fajín la verdad. Entonces el lobo y el cordero irán juntos, y la pantera se juntará con el cabrito, el novillo y el león engordarán juntos; un chiquillo los pastorea. No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo» (Isaías, 11,1-6).

«Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que daré a David un vástago legítimo. Reinará como rey prudente, y administrará la justicia y el derecho en el país; en sus días se salvará Judá, Israel habitará en paz, y le darán el título: Señor, justicia nuestra. Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas en todos los países adonde las expulsé, las volveré a traer a sus pastos, para que crezcan y se multipliquen. Les daré pastores que las pastoreen: no temerán, ni se espantarán, ni se perderán» (Jeremías, 23,5-6, 3-4).

«Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo que hará justicia y derecho en la tierra. En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos, y la llamarán así: Señor-nuestra-justicia. Porque así dice el Señor: No faltará a David un sucesor que se

siente en el trono de la casa de Israel. De los sacerdotes y levitas no faltará quien ofrezca en mi presencia holocaustos, inciense las ofrendas y haga sacrificios todos los días» (Jeremías, 33,14-18). «Yo salvaré a mis ovejas y no volverán a ser botín; yo juzgaré el pleito de mis ovejas. Les daré un pastor único que las pastoree: mi siervo David: él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, lo he dicho. Haré con ellos alianza de paz: descastaré de la tierra los animales dañinos; acamparán seguros en la estepa, dormirán en los bosques» (Ezequiel, 34,22-25).

«Y así dice el Señor Todopoderoso: Dentro de muy poco yo agitaré cielo y tierra, mares y continentes; haré temblar a todas las naciones y vendrán las riquezas de todos los pueblos, y llenaré este templo de gloria. Mía es la plata, mío es el oro —oráculo del Señor Todopoderoso—. La gloria de este segundo templo será mayor que la del primero —es decir, que la del primer templo del Señor—. En este sitio daré la paz» (Ageo, 2,6-9). «Escuchad, Josué, sumo sacerdote, y sus compañeros que estáis sentados delante de él: son figuras proféticas que yo he de traer a mi siervo Germen. Él construirá el templo —su descendencia germinará—, él asumirá la dignidad y se sentará en el trono para gobernar; mientras el sumo sacerdote se sentará en el suyo y reinará la concordia entre los dos. Alégrate, ciudad de Sión: aclama, Jerusalén; mira a tu rey que está llegando: justo, victorioso, humilde, cabalgando un burro, una cría de burra. Destruirá los arcos de guerra y dictará paz a las naciones; dominará de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra» (Zacarías 3,8, 6,13, 9,9-10). «Mirad, yo envío mi mensajero a preparar el camino. De pronto entrará en el santuario el Señor que buscáis; el mensajero de la alianza que deseáis, miradlo entrar —dice el Señor Todopoderoso—. ¿Quién resistirá cuando él llegue? ¿Quién quedará de pie cuando aparezca? Será fuego de fundidor, lejía de lavandero: se sentará como fundidor a refinar la plata, refinará y purificará como plata y oro a los levitas, y ellos ofrecerán al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y Jerusalén, como en tiempos pasados, como en años remotos» (Malaquías, 3,1-4).

«Pues diles: Esto dice el Señor: Acabaré con ese refrán y no volverán a repetirlo en Israel. Diles tú este otro: Ya está llegando el día de cumplirse la visión. Pues ya no habrá visiones vanas ni vaticinios lisonjeros en la Casa de Israel. Porque yo, el Señor, diré lo que tenga que decir, y lo que diga se hará, no se retrasará más; sino que en vuestros días, casa rebelde, lo diré y lo haré —oráculo del Señor—» (Ezequiel, 12,23-25).

Éstas son unas cuantas profecías y promesas bien claras, netas y explícitas, y de lo más ventajosas y gloriosas para el pueblo de Israel, es decir, para el pueblo judío, y para la ciudad de Jerusalén, su capital. Si esas promesas y profecías hubiesen sido verdaderas y se hubiesen cumplido, el pueblo judío habría sido desde hace tiempo, y sería aún, no sólo el pueblo más numeroso, fuerte y poderoso del mundo sino también el más rico, glorioso, santo, bendito, sabio, feliz y perfecto de todos los pueblos del mundo, pues todos sus habitantes serían puros y santos y no habría nadie que fuera

impuro entre ellos, ni nadie entre ellos cometería injusticia o iniquidad alguna, nadie causaría daño a su prójimo y no habría nadie que dijese ni siquiera una mentira. De igual manera, si esas profecías hubiesen sido verdaderas y se hubiesen cumplido, la ciudad de Jerusalén habría sido y seguiría siendo ahora y por siempre la más ilustre, bella, grande, rica, amable, santa, admirada, victoriosa y feliz de todas las ciudades del mundo, porque Dios la habría escogido para instalar en ella la sede de su gloria y su santidad y no entraría en ella nada que fuese impuro ni sucio, y llegarían a ella en masa toda clase de bienes y riquezas en abundancia.

Pero de la misma manera que es cierto y evidente que esas promesas y profecías nunca se han cumplido —y no llevan camino de cumplirse nunca—, de igual manera es cierto y evidente que son falsas, vanas y engañosas, y que, por consiguiente, es cierto también que quienes las inventaron y forjaron eran, como he dicho, unos visionarios y fanáticos que hablaban siguiendo la pasión que les impulsaba, o bien unos impostores que deseaban distraer así a la gente imponiéndose a ellos a fin de engañarlos y seducirlos.

27

Falsedad de las supuestas promesas y profecías del Nuevo Testamento

Ocurre lo mismo con las supuestas promesas y profecías contenidas en los supuestos santos Evangelios. Y con ellas hay que proceder de la misma manera que con las que les precedieron a fin de juzgarlas de la misma manera. Así que las voy a mostrar al pie de la letra, tal como aparecen en los susodichos Evangelios.

En primer lugar: un ángel se apareció en sueños a un tal José, padre al menos putativo de Jesús, hijo de María, y le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en acoger a María como esposa tuya, pues lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo**[7]**. Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. El ángel le dijo: No temas, María, que gozas del favor de Dios. Mira, concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; para que reine sobre la Casa de Jacob por siempre y su reinado no tenga fin» (Mateo, 1,20, Lucas, 1,30-33). «Desde entonces comenzó Jesús a proclamar: ¡Arrepentíos que está cerca el reinado de Dios!» (Mateo, 4,17). «En conclusión —decía a sus discípulos—, no os angustiéis pensando: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿con qué nos vestiremos? Todo eso buscan ansiosamente los paganos. Pero vuestro Padre del cielo sabe que tenéis necesidad de todo aquello. Buscad, ante todo, el reinado de Dios y su justicia, y lo demás os lo darán por añadidura» (Mateo, 6,31-33). «Pedid y os darán; buscad y encontraréis; llamad y os abrirán, pues quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan —decía a la gente—, le da una piedra? ¿O si le pide pescado, le da una culebra? Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más dará vuestro Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan!» (Mateo, 7,7).

«Y de camino proclamad que el reinado de Dios está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios» (Mateo, 10,7-8).

«Este Hombre —decía hablando de sí mismo— enviará a sus ángeles para que recojan de su reino todos los escándalos y los malhechores; y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces, en el Reino de su Padre, los justos brillarán como el sol» (Mateo, 13,41-43).

«Pues yo te digo —dijo al apóstol san Pedro— que tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y el imperio de la muerte no la vencerá. A ti te daré las llaves del reino de Dios: lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mateo, 16,18-19).

«El Hijo del Hombre ha de venir con la gloria de su Padre y acompañado de sus ángeles. Entonces pagará a cada uno según su conducta» (Mateo, 16,27).

«Os lo aseguro —dijo a sus discípulos—: hay algunos de los que están aquí que no morirán antes de ver al Hijo del Hombre venir como rey» (*ibid.*).

«Os aseguro que vosotros —decía a sus apóstoles—, los que me habéis seguido, en el mundo renovado, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también en doce tronos para regir las doce tribus de Israel. Y todo el que por mí deje casas, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o campos, recibirá cien veces más y heredará vida eterna» (Mateo, 19,28-29).

«Sabéis —dijo a sus discípulos— que entre los paganos los gobernantes tienen sometidos a sus súbditos y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre vosotros; más bien, quien entre vosotros quiera llegar a ser grande que se haga vuestro servidor; y quien quiera ser el primero, que se haga vuestro esclavo» (Mateo, 20,25-27).

«¡Cuidado!, que nadie os engañe. Pues muchos se presentarán en mi nombre, diciendo que son el Mesías, y engañarán a muchos. Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos. Y, al crecer la maldad, se enfriará el amor de muchos. La Buena Noticia del reino se proclamará a todas las naciones, y entonces llegará el final. Surgirán falsos mesías y falsos profetas, que harán portentos y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos. Inmediatamente después de esa tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no irradiará su resplandor; las estrellas caerán del cielo y los ejércitos celestes temblarán. Entonces aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del Hombre. Todas las razas del mundo harán duelo y verán al Hijo del Hombre llegar en las nubes del cielo, con gloria y poder grande. Enviará a sus ángeles a reunir, con un gran toque de trompeta, a los elegidos de los cuatro vientos, de un extremo al otro del cielo. Cuando veáis que sucede todo eso, sabed que el fin está cerca, a las puertas. Os aseguro que no pasará esta generación antes de que suceda todo eso. Cielo y tierra pasarán, más mis palabras no pasarán. En cuanto al día y a la hora, no los conoce nadie, ni los ángeles del cielo ni el Hijo; sólo los conoce el Padre» (Mateo, 24,4, 11, 14, 24, 29-31, 33-36).

«Yo estaré —les dijo después de su supuesta resurrección— con vosotros siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo, 28,20).

«Os aseguro —dijo a sus discípulos— que si tuvierais fe del tamaño de una semilla de mostaza, diríais a aquel monte que se trasladara allá, y se trasladaría. Y nada os resultaría imposible. Os aseguro que si uno, sin dudar en su corazón, sino creyendo que se cumplirá lo que dice, manda a ese monte que se quite de ahí y se tire al mar, lo conseguirá. Por tanto os digo que: cuando oréis pidiendo algo, creed que se os concederá, y así os sucederá» (Mateo, 17,20, Marcos, 11,23).

«A los creyentes acompañarán estas señales: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes; y si beben algún veneno, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se sanarán» (Marcos, 16,17-18).

«María dijo: Proclama mi alma la grandeza del Señor, mi espíritu festeja a Dios mi salvador. Su poder se ejerce con su brazo, desbarata a los soberbios en sus planes,

derriba del trono a los potentados y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos. Socorre a Israel, su siervo, recordando la lealtad, prometida a nuestros antepasados, en favor de Abrahán y su linaje por siempre» (Lucas, 1,46-55).

«Bendito el Señor, Dios de Israel, porque se ha ocupado de rescatar a su pueblo. Nos ha suscitado una eminencia salvadora en la Casa de David, su siervo, como había prometido desde antiguo por boca de sus santos profetas: salvación de nuestros enemigos, del poder de cuantos nos odian, tratando con lealtad a nuestros padres y recordando su alianza sagrada, lo que juró a nuestro padre Abrahán, que nos concedería, ya liberados del poder enemigo, servirle sin temor en su presencia, con santidad y justicia toda la vida» (Lucas, 1,68-75).

«Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que esperaba la liberación de Israel y se guiaba por el Espíritu Santo. Le había comunicado el Espíritu Santo que no moriría sin antes haber visto al Mesías del Mundo. Movido por el mismo Espíritu, se dirigió al templo. Cuando los padres introducían al niño Jesús para cumplir con él lo mandado en la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: Ahora, Señor, según tu palabra, dejas libre y en paz a tu siervo, porque mis ojos han visto a tu salvador, que has dispuesto ante todos los pueblos como la luz revelada a los paganos y como gloria de tu pueblo Israel» (Lucas, 2,25-32). «Todo me lo ha encomendado mi Padre», dijo Jesucristo a sus discípulos (Lucas, 10,22).

«Cuando os entreguen, no os preocupéis por lo que vais a decir; pues no seréis vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre hablando por vosotros» (Mateo, 10,19-20). «Yo os encomiendo el reino como mi Padre me lo encomendó: para que comáis y bebáis y os sentéis en doce tronos para regir a las doce tribus de Israel» (Lucas, 22,29-30).

El Evangelio de san Juan dice que Jesucristo dio a quienes le siguieron el poder o la facultad de convertirse en hijos de Dios con sólo creer en él, «quienes no han nacido de la sangre ni del deseo de la carne, ni del deseo del varón, sino de Dios» (Juan 1,13). «Os aseguro —dijo Jesucristo— que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando por este Hombre» (Juan, I-51). «Llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén se dará culto al Padre» (Juan, 4,21). «Os aseguro que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió tiene vida eterna y no es sometido a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. No os extrañéis de esto: llega la hora en que todos los que están en el sepulcro oirán su voz: los que obraron bien resucitarán para vivir; los que obraron mal, resucitarán para ser juzgados» (Juan 5,24-25, 28-29). «Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que contempla al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Os aseguro que quien cree tiene vida eterna. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida» (Juan 6,40, 47, 54, 48).

«El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó: Quien tenga sed acuda a mí a beber: quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva» (Juan, 7,37-39). «Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan, 8,12). «El Padre y yo somos uno» (Juan, 10,30). «Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre» (Juan, 11,25-26). «Os aseguro que quien cumpla mi palabra no sufrirá jamás la muerte» (Juan, 8,51). «Os aseguro —dijo también a sus discípulos— que lloraréis y os lamentaréis mientras el mundo se divierte: estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Así vosotros ahora estáis tristes; pero os volveré a visitar y os llenaréis de alegría, y nadie os la quitará» (Juan, 16,20,0, 22). «Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan, 12,32). «Hombres de Galilea, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este Jesús, que os ha sido arrebatado al cielo, vendrá como lo habéis visto marchar» (Hechos, 1,11). «En cuanto a nosotros, os anunciamos esta Buena Noticia: la promesa hecha a los antepasados nos la ha cumplido Dios a sus descendientes, resucitando a Jesús» (Hechos, 13,32-33).

«Ya que, si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos. Como todos mueren por Adán, todos recobrarán la vida por el Mesías. Cada uno en su turno: la primicia es el Mesías; después, cuando él vuelva, los cristianos; después vendrá el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre y acabe con todo principado, autoridad y poder. Pues él tiene que reinar hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies» (1 Corintios, 15,21-25). «Os comunico un secreto —dijo san Pablo—: no todos moriremos, pero todos nos transformaremos. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de trompeta que tocará, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros nos transformaremos. Esto corruptible tiene que revestirse de incorruptibilidad y lo mortal tiene que revestirse de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo escrito: La muerte ha sido aniquilada definitivamente» (1 Corintios, 15,51-54). «Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo. Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo por medio del Mesías y nos encomendó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios estaba, por medio del Mesías, reconciliando el mundo consigo, no apuntándole los delitos, y nos confió el mensaje de la reconciliación» (2 Corintios, 5,17-19).

«Ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues con el Mesías Jesús todos sois uno. Y si vosotros pertenecéis al Mesías sois descendencia de Abrahán, herederos de la promesa» (Gálatas, 3,28-29). «Él nombró a unos apóstoles, a otros profetas, evangelistas, pastores y maestros, para la formación de los consagrados en la tarea encomendada, para construir el cuerpo del Mesías, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios» (Efesios, 4,11-13). «El Señor no se retrasa en cumplir su promesa, como algunos piensan, sino que tiene paciencia con vosotros, pues no quiere que se pierda nadie, sino que todos

se arrepientan» (2 Pedro, 3,9). «El día del Señor llegará como un ladrón. Entonces el cielo desaparecerá con estruendo, los elementos se desharán en llamas, la tierra con sus obras quedará patente. De acuerdo con su promesa, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habitará la justicia» (2 Pedro, 3,10, 13). «Quien cree en el hijo de Dios —dice el apóstol san Juan—; quien no cree a Dios lo deja por mentiroso al no creer el testimonio que Dios ha dejado acerca de su Hijo. El testimonio declara que Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en su Hijo. Quien acepta al Hijo posee la vida; quien no acepta al Hijo de Dios no posee la vida. Tres son los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres concuerdan» (1 Juan 5,10-12, 7-8). «Todo esto —dice san Pablo— les sucedía a ellos —es decir, a los judíos— como figura, y se escribió para advertirnos a los que hemos alcanzado la etapa final» (1 Corintios, 10,11). «Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y obtener lo prometido. Todavía un poco, muy poco, y el que ha de venir vendrá sin tardanza» (Hebreos, 10,36-37). El Apocalipsis es la «revelación que Dios confió a Jesucristo para que mostrase a sus siervos lo que va a suceder pronto. Pues su plazo está próximo. Voy a llegar pronto: conserva lo que tienes para que nadie te arrebate la corona» (Apocalipsis, 1,1 y 3, 3,11). «Cuando lo recibió, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el cordero. Cada uno tenía una cítara y una copa de oro llena de perfumes —las oraciones de los santos—. Cantaban un cántico: Eres digno de recibir el rollo y romper sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; hiciste de ellos el reino de nuestro Dios y sus sacerdotes, y reinarán en la tierra» (Apocalipsis 5,8-10). «El ángel juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y cuanto contiene, el mar y cuanto contiene: que ya no queda tiempo» (Apocalipsis, 10,6). «El séptimo ángel dio un toque de trompeta: voces potentes resonaron en el cielo: Ha llegado el reinado en el mundo de nuestro Señor y de su Cristo y reinará por los siglos de los siglos» (Apocalipsis, 11,15). «Por eso, festejadlo, cielos y los que habitáis en ellos. ¡Ay de la tierra y del mar!, porque ha bajado a vosotros el Diablo, enfurecido porque sabe que le queda poco tiempo. Cuando vio el dragón que había sido arrojado en tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. A la mujer le dieron las dos alas del águila gigante, para que volase a su puesto en el desierto, donde la sustentarán un año y dos años y medio año, lejos de la serpiente. La serpiente echó por la boca agua como un río detrás de la mujer, para arrastrarla en la corriente. Pero la tierra auxilió a la mujer abriendo la boca y bebiendo el río que había echado por la boca el dragón» (Apocalipsis, 12,16).

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra han desaparecido, el mar ya no existe. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio. Oí una voz potente que salía del trono: Mira la morada de Dios entre los hombres: morará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. El que

estaba sentado en el trono dijo: Mira, renuevo el universo. Y añadió: Escribe que estas palabras mías son verdaderas y fidedignas. Un ángel me trasladó en éxtasis a una montaña grande y elevada y me mostró la Ciudad Santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de Dios, resplandeciente con la gloria de Dios. Brillaba como piedra preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta, con doce puertas. El aparejo de la muralla era de jaspe, la ciudad de oro puro, límpido como cristal. No vi en ella templo alguno, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo» (Apocalipsis, 21,1-5, 10-12, 18, 22).

«Me mostró un río de agua viva, brillante como cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza y en los márgenes del río crece el árbol de la vida, que da fruto doce veces: cada mes una cosecha, y sus hojas son medicinales para las naciones. No habrá allí nada maldito. En ella se encontrará el trono de Dios y del Cordero. Sus siervos lo adorarán y verán su rostro y llevarán en la frente su nombre. Allí no habrá noche. No les hará falta luz de lámpara ni luz del sol, porque los ilumina el Señor Dios, y reinarán por los siglos de los siglos. Yo, Jesús, envié a mi ángel a vosotros con este testimonio acerca de las Iglesias. Yo soy el retoño del linaje de David, el astro brillante de la mañana» (Apocalipsis, 22,1-5, 16).

Y aún hay muchas más visiones semejantes y fútiles, falsas revelaciones, profecías o promesas engañosas que se encuentran en los libros supuestamente santos y sagrados de lo que llaman el Nuevo Testamento, y que resultaría muy largo recoger aquí. Porque no hay ninguna de esas supuestas profecías, visiones, revelaciones o promesas que no sea absolutamente falsa o fútil, e incluso ridícula y absurda, siendo muy fácil ver claramente la futilidad y falsedad de las mismas.

1. Se dice que Cristo, es decir, Jesucristo, hijo de María, librará a su pueblo de los pecados: pues bien, no se ven señales de esa supuesta liberación en ninguno de sus miembros, porque todos estuvieron y siguen estando entregados a toda clase de vicios y pecados, y son tan esclavos de sus malas pasiones como pueden serlo los de cualquier otro pueblo, y no son menos viciosos de lo que eran antes de esta supuesta liberación y de la llegada de este supuesto redentor o salvador. En este sentido, por tanto, resulta evidente que no han sido liberados de sus vicios y sus pecados y, por consiguiente, resulta palmario y evidente que esta promesa o profecía es falsa, puesto que no se ha cumplido.

Si se me quiere decir que esta liberación no debe ser entendida de esta manera, sino que se debe aplicar a la liberación de las penas y castigos eternos que merecerían los hombres por sus pecados, y de los que Jesucristo les habría liberado efectivamente gracias a su muerte y pasión, tengo que decir, en primer lugar, que esta interpretación de la presunta liberación de los pecados no está de acuerdo y no se corresponde con lo que dijeron de ella los antiguos profetas, ya que dijeron clara y expresamente que todos se verían limpios de la inmundicia y suciedad de sus pecados. Dijeron también que todos serían santificados, no se perjudicarían entre sí, no cometerían más iniquidades, no proferirían mentiras y que, en adelante, no habría

palabras mentirosas en su boca, etc., sino que amarían al Señor de todo corazón y caminarían fielmente por el camino de sus mandamientos. En resumidas cuentas, que entre ellos no habría impuros ni malos.

Si esto fuera así, resulta evidente que los cristícolas que se tienen por los redimidos del Señor deberían ser santos y estar santificados sin excepción: sí, esos fieles que Jesucristo santificó, que volvió santos porque ése era su deseo. Todos deberían estar exentos de vicios y pecados. No tendrían que causarse ningún perjuicio ni daño unos a otros; no debería haber entre ellos ninguno que fuera impuro ni debería haber tampoco ninguna lengua mentirosa. En suma, todos tendrían que caminar fielmente por el camino de los mandamientos instaurados por un Dios a quien deberían amar con todo su corazón, etc. Pero como es cierto y evidente que esto no ocurre, y que falta mucho para que sea así, de igual manera es cierto y evidente que la mencionada promesa o profecía que hace referencia a la supuesta liberación de los pecados es falsa y, por consiguiente, vana.

2. Digo que si hubiese habido que entender esa supuesta liberación como liberación de las penas eternas merecidas por los pecados, y no como liberación presente de los vicios y los pecados, la profecía o promesa que se refiere a esa liberación no debería haber dicho que Jesucristo liberaría a su pueblo de los pecados sino que tendría que haber dicho que los liberaría únicamente de los castigos y penas futuros que habrían merecido o merecerían por sus pecados. Cuando un señor cualquiera desea, por ejemplo, rescatar del suplicio de la muerte a los criminales que habrían merecido la pena capital, no es correcto decir que ese señor les ha liberado de sus vicios y maldades, porque tales vicios y maldades pueden permanecer en ellos mientras vivan, sino que hay que decir que los libró del cadalso o de la rueda, porque habrían sido colgados o torturados si dicho señor no les hubiese rescatado.

De igual manera, no sería correcto decir que Jesucristo liberó a su pueblo de los pecados si los hubiera dejado en el vicio y el pecado y si únicamente contaba con liberarlos de la pena eterna que merecían por sus vicios y pecados, porque liberar a uno de sus vicios y pecados no es lo mismo que liberarlo de la pena que merece por ellos. Cuando un médico cura la enfermedad de los aquejados de fiebres o pleuresía hasta dejarlos sanos, sólo entonces se puede decir con total propiedad que los ha liberado de sus fiebres y pleuresía, pero está claro que hasta que no sanen de sus enfermedades no se puede decir que estén libres de sus fiebres y pleuresía, ya que seguirían con ellas.

Igualmente, mientras los hombres permanezcan sujetos, como están, a sus vicios y pecados, no se puede decir que han sido verdaderamente librados de ellos y, por consiguiente, la profecía o promesa que dice que Jesucristo liberará a su pueblo del pecado no es verdadera sino evidentemente falsa, a menos que haya que esperar que venga otro Cristo para liberar verdaderamente al hombre de sus vicios y pecados. Sería muy deseable que viniese efectivamente un nuevo Cristo que pudiese hacer un bien tan grande al hombre, pues los hombres lo necesitan, como necesitan a un

redentor poderoso que los libre del yugo tiránico de los poderosos de la Tierra y de la esclavitud de las supersticiones vanas y locas de la religión. Y lo que confirma que esta supuesta liberación de los pecados debe entenderse tal como estoy diciendo es que en otras muchas profecías y promesas se dice que todos serán santos, y no habrá nadie que cometa iniquidades ni diga mentiras. Véanse los pasajes de las Sagradas Escrituras que he citado a este respecto más atrás.

Por otra parte, si este salvador presuntamente divino hubiese querido conceder a los hombres la gracia de liberarlos de sus pecados, tal como creen los cristícolas, habría hecho que fueran sabios y perfectos. No resulta creíble que los hubiera dejado tan esclavos y culpables de sus vicios como lo estaban antes, sino que los habría liberado realmente de esas enfermedades malignas y habría hecho que sanaran y quedaran salvos, ya que sin esta supuesta liberación de sus pecados habrían permanecido tan esclavos y culpables de sus vicios como lo estaban antes.

Ahora bien, no era eso lo que creían los primeros cristianos, pues estaban convencidos de haber sido verdaderamente liberados y limpiados de las inmundicias del pecado y se tenían por puros y santos, de ahí que se consideraran santos, santificados y bienamados de Dios: «A todos los que Dios amó y llamó a ser consagrados» (Romanos, 1,7). «A los consagrados al Mesías Jesús con una vocación santa» (1 Corintios, 1,2). «A la iglesia de Dios de Corinto y a todos los consagrados de la provincia entera de Acaya» (2 Corintios, 1,1). «A los consagrados [de Éfeso], fieles al Mesías Jesús» (Efesios, 1,1). «A todos los consagrados al Mesías Jesús que residen en Filipos» (Filipenses, 1,1). «Como el Mesías amó a la Iglesia y se entregó por ella, para limpiarla con el baño del agua y la palabra, y consagrarla» (Efesios 5,2526).

Es decir, como dice san Pablo, Jesucristo amó tanto a su Iglesia que se entregó por ella a fin de santificarla purificándola, mediante el agua del bautismo, con la palabra de vida, a fin de conseguir que fuera gloriosa para él y no tuviera ni mancha ni arruga ni ningún defecto sino que se volviera, por el contrario, santa y sin mancha. Lo que deja manifiestamente claro que los cristícolas deberían ser, en su conjunto, unos seres santos, puros y sin mancha de pecado. Así habría tenido que ser si su salvador supuestamente divino les hubiese liberado de sus pecados, pero como esto no es así, la mencionada promesa y profecía se revela completamente falsa.

3. No es verdad que el supuesto Cristo haya liberado realmente a los hombres de las penas eternas que merecían por sus pecados porque, de hacer caso a los propios cristícolas, una multitud de almas, entre las que habría que contar incluso las de muchos de los suyos, se precipitan lamentableamente a diario en las llamas eternas del infierno para sufrir por toda la eternidad el castigo por sus pecados.

Ya que los cristícolas tienen por cierto que todos cuantos mueren en estado de pecado mortal, como lo llaman, serán condenados por toda la eternidad y esos desgraciados permanecerán en las llamas del infierno para siempre, y como no se puede negar que entre los hombres hay más malos que buenos y que son muchos más

los que mueren en pecado mortal que los que mueren en gracia de Dios, cabe concluir, de hacer caso a la propia doctrina de los cristícolas, que son incomparablemente muchos más los que no serían liberados del castigo, debido a sus pecados, que los que serían realmente liberados. Esto es, sin duda, lo que el propio Jesucristo quiso dar a entender a sus discípulos cuando les dijo: «Pues son muchos los invitados y pocos los elegidos»(Mateo, 22,14), es decir, son muy pocos los liberados y salvados. Lo que guardaría relación con lo que habría anunciado el bueno de Simeón el Justo cuando, hablando de Cristo, que se hallaba aún en la primera infancia, dijo que un día sería expuesto a la contradicción de los hombres y que sería causa de la ruina y salvación de muchos en Israel: «Simeón les bendijo y dijo a María, la madre: Mira, éste está colocado de modo que todos en Israel o caigan o se levanten; será una bandera discutida» (Lucas, 2,34). De lo que cabe concluir que Cristo habría podido venir tanto para perder a los hombres como para salvarlos, cosa que los cristícolas no querrán admitir de ningún modo.

Pero si, de acuerdo con lo que ellos mismos dicen, hay tan pocos liberados, es decir, tan pocos que se libran de una condenación eterna que habrían merecido por sus pecados, no resulta correcto decir que Cristo liberó a su pueblo del pecado, es decir, de la pena eterna que habrían merecido por sus pecados, a menos que los cristícolas no quieran entender por *su pueblo* más que al grupo de escogidos que habrían sido efectivamente liberados por él, lo que no puede ser así, porque ese pequeño grupo de personas no puede ser considerado como *el pueblo*. Ya que, de la misma manera que poco es considerado nada en comparación con mucho, el mayor número y la mayor parte es lo que dan denominación a una cosa. Por ejemplo, una o dos docenas de españoles o de franceses no son el pueblo español ni el pueblo francés. Y si un ejército de, por ejemplo, 100.000 o 120.000 hombres fuera hecho prisionero de guerra por un ejército de enemigos más fuerte y poderoso, y si el jefe de este ejército que ha caído prisionero rescatara solamente a unos cuantos hombres —como, por ejemplo, a diez o doce soldados u oficiales, pagando su rescate, mientras deja como prisioneros de guerra a los demás—, no resultaría correcto decir que habría liberado y rescatado al ejército, y hasta sería falso e incluso ridículo decir que habría liberado al ejército si sólo hubiese liberado a un número de hombres tan pequeño.

De la misma manera, pues, sería falso y ridículo decir que Jesucristo habría liberado a su pueblo de la condenación eterna si no hubiese liberado con su intervención más que a unos pocos. Los cristícolas, por numerosos que sean, no pueden mostrar, sin embargo, ni a uno solo de ellos que haya gozado realmente del beneficio de esa supuesta liberación, porque sencillamente no hay forma de ver el supuesto castigo eterno ni tampoco la supuesta liberación, pues no se trata más que de cosas imaginarias que no es posible ver ni percibir de manera alguna: de ahí que no puedan mostrar ni siquiera a un alma o una persona que haya sido liberada, ni tampoco alguna que haya sido condenada a sufrir los supuestos castigos eternos del

infierno. Decir en este caso, como dicen usualmente los cristícolas, que no hay que buscar ni pedir pruebas ni testimonios visibles o sensibles de las cosas relacionadas con la fe, sino que hay que creer en ellas ciegamente sin verlas, so pretexto de que no dejarían por eso de ser verdaderas y ciertas por sí mismas, a pesar de que no se pueda aportar ninguna prueba ni ningún testimonio visible y sensible de ello, es una razón muy débil y resulta completamente vana, ya que sería poner como base de la verdad una fuente de errores, quimeras e imposturas. Porque es evidente que, con esa hipótesis de partida, no hay error, quimera ni impostura que no pueda resultar aceptable y convertirse en objeto de creencia a nada que alguien se lo proponga. Ahora bien, es evidente, como he señalado más arriba, que una fuente de errores, quimeras e imposturas como ésa no puede servir de fundamento para implantar ni esclarecer verdad alguna y, por consiguiente, no puede servir para sostener ni para probar que haya siquiera un individuo que goce realmente del supuesto beneficio de esa supuesta liberación, que no es, en realidad, más que una liberación imaginaria y una redención imaginaria.

De igual manera, no les serviría de nada a los cristícolas decir, como suelen, que su divino Jesucristo habría pagado realmente a Dios el rescate por los pecados de los hombres, y que si todos no han sido efectivamente liberados del castigo y la condena eterna no es por culpa del redentor sino de quienes pecan, ya que se entregan voluntariamente a los vicios y mueren en pecado sin haberse convertido a Dios y sin haber obtenido los frutos de la penitencia, porque, para gozar del beneficio de la liberación y la redención de Jesucristo, es absolutamente necesario, dicen, vivir en la virtud o hacer la correspondiente penitencia por los pecados y morir en gracia de Dios. No les serviría de nada, insisto, alegar este tipo de razones porque, si fuera como dicen, sería:

1. Una injusticia manifiesta por parte de Dios castigar a cualquiera por unos pecados que ya han sido redimidos. Pues de la misma manera que sería una injusticia que un acreedor hiciera pagar a su deudor una deuda que un amigo habría pagado por él, sería una injusticia manifiesta y una crueldad intolerable que todo un Dios quisiera castigar severamente a los hombres con suplicios horrorosos y eternos por unos pecados por los que ya habría pagado su divino Cristo. Ya que supondría exigir dos satisfacciones completas por las mismas ofensas, lo que no cuadra de ninguna manera con la justicia y la bondad que cabría esperar de un Dios infinitamente bueno y misericordoso.

2. Si fuera necesario, como dicen los cristícolas, que los hombres viviesen siempre en la virtud o que hicieran penitencia por sus pecados antes de morir para poder aprovecharse del supuesto beneficio de la liberación o la redención de Cristo, se seguiría de ello que la supuesta liberación de Cristo no habría disminuido en nada la deuda que los hombres tenían con Dios y no les habría aliviado la carga en nada y, por consiguiente, habría sido vana e inútil. Se trata de algo que los cristícolas no desean admitir. Sin embargo, eso es lo que habría que concluir realmente de lo que

dicen respecto de la supuesta aplicación a los hombres de los beneficios de la pretendida liberación o redención que habría realizado Jesucristo en ellos. Porque es indudable, y la recta razón nos lo hace ver claramente, que un Dios que fuese infinitamente bueno, justo y misericordoso, sólo podría exigir justa y benévolamente de aquellos hombres que no le hubieran ofendido todo cuanto fueran capaces de hacer para rendirle los honores y deberes que le serían debidos como, por ejemplo, amarle, adorarle, temerle, servirle, vivir en la virtud y obedecer fielmente sus divinos mandamientos.

De igual manera, la recta razón nos hace ver claramente que sólo podría exigir de los pecadores que le hubiesen ofendido aquello que fueran capaces de hacer para pagar por sus pecados, como por ejemplo convertirse a él de todo corazón, pedirle humildemente perdón por sus faltas, mostrarse arrepentidos por haberlas cometido, odiar y detestar sus vicios y pecados, abandonarlos por completo y hacer penitencia dignamente de la forma que Dios hubiese prescrito, que es justo lo que se supone que Dios les pidió a través de sus leyes, como se ve por el testimonio de las propias leyes y por el testimonio de sus profetas.

Por eso dijo Moisés al pueblo de Israel de parte de Dios: «Si obedeces y escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por obra todos los preceptos que yo te mando hoy, sobre ti irán viniendo, hasta darte alcance, todas estas bendiciones. Bendito seas en la ciudad, bendito seas en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo, el fruto de tu ganado, las crías de tus reses y el parto de tus ovejas. Que el Señor mande contigo la bendición en tus graneros y en tus empresas» (Deuteronomio, 28,1-8). Y a los pecadores que le habían ofendido sólo les pedía, según esta ley antigua —anterior a la venida de Jesucristo y previa, por tanto, al rescate que Jesucristo habría pagado supuestamente por sus pecados—, una ley que sin embargo era muy rigurosa, sólo les pedía, repito, que se convirtieran de corazón, abandonaran los vicios y pecados, practicasen la justicia y la misericordia con el prójimo y observasen fielmente los mandamientos. A cambio, Dios se comprometía a conceder la gracia y la misericordia a quienes se convirtieran a él de todo corazón, a quienes abandonaran sus vicios y pecados, a quienes practicasen la justicia y la misericordia con el prójimo y a quienes observasen sus mandamientos, prometiéndoles no volver a acordarse de sus pecados en adelante y olvidarlos por completo (Ezequiel, 18,22).

Esto es lo que, según esta presunta ley divina, habría podido exigirles Dios a los hombres antes de la venida de Jesucristo y, por consiguiente, antes de su supuesta liberación y de que hubiera redimido sus pecados, como pretenden los cristícolas. Entonces, si Dios no exigía más que eso a los hombres antes de la venida de Jesucristo y, sin embargo, exige lo mismo o mucho más después de la venida de Jesucristo, y eso una vez que éste ha liberado a los hombres de sus pecados y les ha redimido, como pretenden los cristícolas, resulta evidente que esta supuesta redención y este supuesto pago realizados por Jesucristo no han supuesto ningún descargo de los hombres ante Dios y no les han aliviado en nada, ya que para obtener

la gracia y la misericordia no les toca hacer menos de lo que tenían que hacer antes de la supuesta liberación, con la particularidad de que, antes de la liberación, habrían conseguido la gracia y la misericordia con la misma facilidad o quizá más fácilmente que después.

Digo que la habrían obtenido más fácilmente antes que después porque, antes de la supuesta liberación, Dios sólo pedía a los pecadores, como acabo de decir, una efectiva conversión de corazón, acompañada por la práctica de obras de justicia y misericordia, y por la obediencia fiel a sus mandamientos. Mientras que, después de esta supuesta liberación efectuada por Cristo, los pecadores no sólo están obligados a hacer lo que hacían antes sino que además se ven obligados, de acuerdo con los postulados del cristianismo, a renunciar a sí mismos, llevar penosamente su cruz, amar a sus enemigos, perdonar sus injurias, hacer grandes penitencias y mortificarse rigurosamente la carne, cosa que no tenían que hacer antes de la supuesta liberación obrada por Cristo. Si esto es así, resulta evidente que esta supuesta liberación no ha significado ningún descargo ni alivio para los hombres, por lo que resulta evidente que es vana e inútil, se tome como se tome.

3. Las profecías dicen que Jesucristo sería llamado Hijo del Altísimo, que Dios le concedería el trono de David, su padre, que reinaría para siempre en la casa de Jacob y que su reino no tendría fin (Lucas, 1,32). Pase por que pueda llamársele o se le quiera llamar Hijo del Altísimo, porque los cristícolas, al menos, le consideran efectivamente hijo todopoderoso de un Dios todopoderoso, pese a que en su tiempo no se le consideró más que como un miserable fanático. Pero que Dios le hubiese concedido el trono de David y reinara o hubiese reinado alguna vez en la casa de Jacob —es decir, sobre el pueblo de Israel, que es lo que hay que entender cuando se dice casa de Jacob—, y que su reino no tendría fin, resulta evidentemente falso. Ya que es indudable que nunca estuvo sentado en el trono de David y que nunca reinó sobre el pueblo judío, que es el pueblo de Israel. Y podemos ver ahora mismo que no reina en ninguna parte, a menos que se quiera tomar el culto y adoración de los cristícolas por una especie de reinado y el cristianismo por una especie de reino. Pero, de ser así, habría muchos impostores que podrían jactarse de reinar de una manera similar, a nada que se diera fe a sus imposturas y se les adorara como a divinidades.

Por otra parte, la promesa o profecía del ángel dice clara y explícitamente que Dios dará a Jesucristo el trono de David, su padre, y que reinará para siempre en la casa de Jacob. Ahora bien, el cristianismo no es el trono de David ni ha sido nunca el trono de David. De igual manera, el pueblo cristiano no es la casa de Jacob ni ha sido nunca la casa de Jacob. Y como Jesucristo nunca ha tenido el trono de David ni ha reinado, como no sea imaginariamente, en la casa de Jacob, es evidente que esta promesa y esta supuesta profecía son completamente falsas.

4. Las profecías dicen que Jesucristo sería «como luz revelada a los paganos y como gloria de tu pueblo Israel», es decir, del pueblo judío (Lucas, 2,32). Esta promesa o profecía se revela también absolutamente falsa, porque su persona no pasó

de ser objeto de desprecio, y su doctrina, vida y muerte fueron contempladas como una locura por todos los pueblos y como objeto de escándalo por los judíos. Y si ahora goza de honor y gloria entre los cristianos que le adoran y veneran, no es por la convicción ni por la luz de su doctrina, ni tampoco porque les haya hecho conocer la verdad, sino por la seducción que ejerce la falsedad así como por mera testarudez, que es lo que ocurre en todas las religiones. Como lo prueba el hecho de que, si hiciéramos caso a la supuesta promesa y profecía mencionada, habría tenido que ser la gloria del pueblo de Israel tal y como es la gloria o la luz para las naciones que hoy en día componen el pueblo cristiano. Pero en vez de ser la gloria del pueblo de Israel, como fue anunciado y prometido, vemos más bien que no es más que su vergüenza y confusión, lo que muestra de forma evidente la falsedad de dicha promesa y profecía.

5. Las profecías dicen que «desde entonces comenzo Jesús a proclamar: ¡Arrepentíos que está cerca el reinado de Dios!» (Mateo, 4,17). Si el supuesto reino de los cielos estuviese realmente próximo, como dijo, habría tenido que aparecer o habría tenido que llegar hace tiempo. Pues bien, han transcurrido cerca de 2000 años desde que anunció y dijo que tenía que llegar, por lo que, de haber sido cierta la promesa y profecía, hace tiempo que tendría que haberse visto cumplida. Pero como ha transcurrido tanto tiempo sin que se haya visto ni se vea que haya aparecido el supuesto reino, podemos considerar esto como una prueba manifiesta de la falsedad de la promesa así como de la predicción. Hay que estar formidablemente seducidos y engañados y ser ciegos y crédulos para creer todavía que ese supuesto reino está por llegar.

Decir, como hacen algunos cristícolas, que este reino de los cielos del que habla Jesucristo no es otra cosa que su doctrina y la política o gobierno de su Iglesia, que es lo que serviría para conducir realmente las almas al reino de los cielos, es algo completamente ilusorio, porque cualquiera podría considerar, de la misma manera, su religión, su política y su gobierno como un reino de los cielos, y no faltarían tampoco impostores para prometer de manera similar la venida de un reino de los cielos. Pero es que además, si la gente supiera que no están entendiendo más que eso cuando hablan del supuesto reino de los cielos, nadie haría caso de sus promesas ni de sus supuestos reinos, que no serían tenidos más que por reinos puramente imaginarios.

6. El propio Jesucristo dijo que no había que inquietarse ni trabajar para conseguir bebida ni comida, ni para conseguir la ropa que se necesita a lo largo de la vida, sino que bastaba con confiar en la providencia de su padre celestial, que alimenta, decía, a los pájaros del cielo aunque no hayan sembrado ni tengan graneros, y que viste a las flores y los lirios del campo aunque no trabajen ni hilen, por lo que —aseguraba a sus discípulos—, si el padre celestial era capaz de cuidar tanto a los pájaros del cielo como a las flores de los campos, con mayor razón cuidaría a los hombres no dejando que les faltase nada, a condición de que tuvieran como objetivo principal el reino de los cielos y su justicia, como así dijo (Mateo 6,25).

¡Qué bonito sería ver que los hombres confiasen en una promesa semejante! ¿En qué se convertirían si estuvieran un año o dos sin trabajar? ¿Sin arar? ¿Sin sembrar? ¿Sin cosechar? ¿Sin construir graneros? Y todo eso para imitar así a los pájaros del cielo. Por mucho que se aplicaran luego a ser devotos y a buscar piadosamente el supuesto reino de los cielos y su justicia, ¿proveería el padre celestial a sus necesidades? ¿Les traería milagrosamente bebida y comida cuando tuvieran hambre y sed? ¿Les traería milagrosamente tejidos y trajes para vestirse cuando tuvieran necesidad? Por mucho que invocaran y reclamaran al padre celestial gritando como hacían los profetas de Baal cuando invocaban el auxilio y la asistencia de su dios, ¿no resultaría más sordo que lo que fue ese dios de los paganos a los clamores de sus profetas? (1 Reyes, 18,26). Por eso no hay personas tan tontas, ni siquiera entre los cristícolas, que confíen en semejante promesa. Y si entre los cristianos u otra gente hay algunas familias e incluso algunas comunidades de sacerdotes, de frailes o de monjas, que no trabajan y sólo se ocupan del vano culto y del servicio de sus falsas divinidades, es porque saben que hay otros que trabajan muy útilmente para ellos, porque de lo contrario tendrían que ponerse manos a la obra, como los demás.

7. Jesucristo dijo que sólo había que pedir y se recibiría, que sólo había que buscar y se encontraría. Aseguraba que se obtendría de Dios todo lo que se le pidiera en su nombre y que bastaba con un grano de mostaza de fe para poder mover montañas de un sitio a otro con sólo usar la palabra (Mateo, 7,7, Marcos, 11,24, Lucas, 11,9, Juan 14,13 y 14, Mateo, 17,19, Lucas, 17,6). Si esta promesa fuese verdadera o si hubiera tenido realmente efecto, no habría nadie, especialmente entre los cristícolas, a quien le faltara nada de lo más necesario: no habría más que pedir y se recibiría, no habría más que buscar y se encontraría. De igual manera, no habría nada que pudiera resultarles dificultoso a los cristícolas, ya que cuentan con la fe de Cristo. Sin embargo, no se ve que ninguna de esas bonitas promesas se haya realizado; al contrario, entre los cristícolas sólo se ve una enorme cantidad de pobres desgraciados, pobres necesitados que se hallan en la más completa indigencia, que piden y no reciben, que buscan y no encuentran nada. Vemos, más bien, que la Iglesia cristiana se apresura a pedir a Dios reiteradamente en sus oraciones públicas las cosas que no ha podido obtener. Hace más de mil años que pide reiteradamente en pública plegaria por ejemplo la extirpación de las herejías, la conversión de los infieles y pecadores, la salud del cuerpo y del alma para sus hijos, la unión y la paz entre todos los fieles, el espíritu de obediencia a sus divinos mandamientos para servir siempre a Dios con temor y amor, así como el espíritu de sabiduría para elegir lo mejor y más saludable de entre todas las cosas y poder rechazar cuanto sea contrario a su gloria y a la salvación del alma. Pide y hace que sus hijos pidan que se cumpla la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo: «Danos la sabiduría en ese mismo espíritu. Concede a tu pueblo la posibilidad de evitar las trampas del demonio. Concede a tu pueblo la facultad de amar cuanto prescribes y desear lo que prometes. Aumenta en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. Haz, Señor, que tengamos siempre el temor

de tu santo nombre. Te suplicamos que nos inspires pensamientos rectos y que nos los hagas cumplir bajo tu dirección». Y muchas cosas más de la misma índole, cosas que la Iglesia cristiana pide todos los días a Dios en oraciones privadas y públicas. Sin embargo, no obtiene nada de lo que pide: las herejías subsisten y más bien se multiplican en vez de disminuir, hay una multitud de malvados pecadores y de infieles que no se convierten de ninguna manera, e infinidad de personas afligidas miserablemente por enfermedades del cuerpo y el espíritu. La discordia continúa perturbando y dividiendo miserablemente a los hombres; y por último, el espíritu de sabiduría no les conduce al bien verdadero ni les inspira el temor y el amor de Dios sino todo lo contrario, de manera que no parece que se cumpla la voluntad de Dios en la Tierra, de la misma manera a como se imaginan que se cumple en el cielo. Por eso ni siquiera la Iglesia —toda una Iglesia cristiana, católica y romana que se considera *esposa bien amada de Dios y de Cristo*— obtiene para sí lo que pide a Dios insistentemente todos los días, a pesar de que haga sus súplicas y oraciones en nombre del Señor y de su divino Salvador Jesucristo, que prometió que se obtendría infaliblemente todo cuanto se pidiera a Dios en su nombre. Lo que muestra evidentemente la falsedad de esta promesa. Por eso, resulta vano que los cristícolas digan tantos y tan bonitos *recemos juntos*, y tantos *por nuestro Señor Jesucristo*, etc. Resulta vano que pidan tanto en su nombre, igual que resulta vano que terminen sus oraciones con ese bonito soniquete.

¿Quién, por ejemplo, de nuestros cristícolas más conspicuos, más religiosos y cualificados se atrevería a mostrarnos, después de haber ordenado a las montañas que cambien de sitio o a los árboles que se trasplanten al mar, que esa orden se ha cumplido efectivamente? No hay nadie con sentido común que se atreva a semejante cosa. Sin embargo, Dios y su todopoderoso y divino Cristo les aseguró positivamente que todo lo que pidieran en su nombre les sería concedido y les dijo positivamente también que con un grano de mostaza de fe que tuvieran, nada les resultaría imposible, y que si le decían a una montaña: Quítate de ahí y vete, se quitaría y se iría a donde le mandaran que fuera. Y si le decían a un árbol: Arráncate y vete a plantarte al mar, también les obedecería. De igual manera, les dijo que quienes creyeran en él expulsarían a los demonios en su nombre, hablarían diversas lenguas desconocidas, tocarían las serpientes sin peligro, beberían veneno sin sufrir mal alguno y devolverían la salud a los enfermos con sólo imponerles las manos… Les corresponde a los cristícolas mostrar la veracidad de estas bonitas promesas; a ellos les corresponde mostrar que tienen fe y que creen realmente en Cristo, ya que, a nada de fe que tuvieran, nada podría resultarles imposible.

De tal manera que no sólo podrán transportar árboles y montañas sino también expulsar a los demonios, hablar diversas lenguas desconocidas, tocar las serpientes sin peligro, beber veneno sin sentir mal alguno y curar las enfermedades imponiendo únicamente las manos. Si hicieran todas estas maravillas, darían una prueba real de la veracidad de su fe y de la autenticidad de las promesas de Cristo.

Pero, claro, el hecho de que no puedan hacer esas maravillas constituye una prueba segura de que o bien les falta la fe —o no creen en absoluto— o bien que las mencionadas promesas de Cristo son falsas y mendaces. Y si les falta fe, ¿por qué no la tienen? ¿Y por qué no habrían de tener fe, los torpes de ellos, si les resultaría de lo más provechoso y ventajoso creer, pues podrían realizar cosas tan grandes y admirables? Pero, claro, si dicen tener fe y no pueden hacer las maravillas que he mencionado, tendrán necesariamente que reconocer la vanidad y falsedad de las mencionadas promesas y que se tienen a sí mismos por burlados. Si, por ejemplo, Mahoma u otro impostor semejante hubiera hecho esas promesas a sus seguidores y no pudiera mostrar, al igual que les ocurre a los cristícolas, que se habían cumplido, les faltaría tiempo a los cristícolas para gritar: «¡Qué bribón! ¡Qué impostor! ¡Hay que estar loco para creer en semejante impostor!»

Pues bien, ellos se encuentran en el mismo caso (lo están desde hace mucho tiempo), aunque no quieren reconocer ni confesar su error, ni admitir tampoco su ceguera, pero como son muy ingeniosos a la hora de engañarse a sí mismos, y como les complace mantenerse y ratificarse en sus errores, arguyen que las mencionadas promesas se cumplieron en los comienzos del cristianismo, cuando eran necesarios los milagros para convencer a los incrédulos y los infieles de la autenticidad de la religión cristiana. Pero al estar después su religión lo suficientemente establecida, los mencionados milagros no serían ya necesarios, por lo que Dios habría privado a sus fieles creyentes de la capacidad de hacerlos. Lo que no impediría, de acuerdo con lo que dicen, que las supuestas promesas fuesen ciertas, ya que se cumplieron suficientemente en otro tiempo.

Pero:

¿Saben si se cumplieron alguna vez? Seguramente prefieren creerlo así, pero no pueden aportar ningún testimonio cierto, como ya he demostrado. Por otra parte, quien hizo las promesas no indicó que tuvieran un plazo de cumplimiento restringido, ni que sólo pudieran aplicarse a determinado lugar o a determinadas personas, sino que lanzó unas promesas generales sin restricción de tiempo, lugar o persona. «A los creyentes acompañarán estas señales: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes; si beben algún veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se sanarán» (Marcos, 16,17-18). Y hablando de la oración dijo claramente que haría todo cuanto pidieran en su nombre a su Padre: «Os digo también —dijo— que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, sea lo que fuere, mi Padre del cielo se la concederá» (Mateo, 18,19). «Pues si vosotros —dijo también—, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan!» (Lucas, 11,13). Y respecto a mover montañas dijo textualmente: «Si tuvierais una fe firme, diríais a ese monte que se quite de ahí y se tire al mar, y lo haría. Y todo lo que pidáis con fe lo recibiréis» (Mateo, 21,21-22).

Aquí tenemos unas cuantas promesas explícitas y de lo más generales. Es evidente que no contienen ninguna restricción de tiempo ni de lugar ni de persona, el único requisito que exigen es el de tener fe. Así pues, para ser verdaderas tienen que serlo en toda su extensión, es decir, sin restricción alguna de tiempo, lugar o persona. Y por consiguiente, para que fueran verdaderas habrían tenido que tener efecto y cumplirse en todos cuantos tuvieran fe y lo pidieran en nombre de Jesucristo. Y como es evidente que no se ve su efecto o cumplimiento por ninguna parte, y que nadie se atrevería siquiera a comprometerse para mostrar que se han cumplido, como no fuese para su mayor vergüenza y confusión, resulta también evidente que son falsas, muy falsas.

8. Jesucristo dijo a sus discípulos que les daría las llaves del reino de los cielos y que todo lo que ataran en la tierra sería atado en el cielo (Mateo, 16,19). Como nadie puede subir al cielo para ver si eso se ha cumplido, como esas llaves del reino de los cielos son imaginarias, y como ese supuesto poder de atar y desatar del que habla Jesucristo no es más que un poder imaginario o espiritual, según dicen los cristícolas, no hay impostor ni fanático que no pueda hacer con toda facilidad promesas parecidas, por lo que resulta muy sencillo poner en evidencia la autenticidad de esta promesa. Como también resulta muy fácil poner en evidencia las promesas que el propio Jesucristo hizo a sus discípulos, tales como la de que los sentaría a comer y beber en su mesa cuando estuviera en su reino o la de que les daría doce tronos para que juzgaran a las doce tribus de Israel (Lucas, 22,30), o como cuando prometió que iba a darles el ciento por uno en este mundo y la vida eterna en el otro a cuantos abandonasen por su amor a sus padres, madres, hermanos, hermanas, esposas, niños, casas, tierras y demás heredades (Mateo, 19,29), o como la que hizo al prometer de igual manera la vida eterna a cuantos guardaran su palabra (Juan, 8,51), o la de que comieran, según dijo, su carne y bebieran su sangre y los resucitaría el último día, etc. (Juan, 6,55). Como Cristo remite el cumplimiento de esas bonitas promesas a un tiempo indeterminado, que ya está tardando en llegar, y al momento en que se produzca una supuesta regeneración, que no llegará realmente nunca, no hay impostor ni fanático, como he dicho, que no pueda hacer promesas de esa clase, por lo que su vanidad y falsedad resultan evidentes, ya que se caen por su propio peso.

9. Jesucristo dijo a sus discípulos que fundaba su Iglesia sobre una piedra, que esa Iglesia viviría siempre y que «el imperio de la muerte no la vencerá» (Mateo, 16,18). Si con estas palabras quiso decir que su secta viviría por siempre y que no sería jamás destruida, eso es algo que habrá que ver con el tiempo, ya que el hecho de que haga mucho que existe no constituye una prueba de que tenga que existir siempre. Porque los hombres puede que no sean tan tontos y ciegos en materia de religión como lo son hoy día, puede que algún día abran los ojos y reconozcan, tarde seguramente, que estaban equivocados. Y si esto sucede, rechazarán para siempre con desprecio e indignación todo lo que habían venerado y adorado tan delirantemente, y a partir de entonces se acabarán, en medio de la vergüenza, estas sectas plagadas de errores e

imposturas. Pero si Jesucristo sólo quiere decir con esas palabras que fundó y estableció una secta o sociedad de sectarios que no caería nunca en el error ni en el vicio, sus palabras son absolutamente falsas, porque en el cristianismo no hay ninguna facción, ningún bando, ninguna capilla, que no estén plagados de errores, empezando por la Iglesia romana, por mucho que pretenda presentarse como la más pura y la más santa de todas ellas.

¡Hace ya demasiado tiempo que la Iglesia romana cayó en el error! ¿Qué digo cayó en el error? Nació en él y en él se engendró y se fue formando para acabar hoy en día persistiendo en una serie de errores que son manifiestamente contrarios a la doctrina de su fundador, porque la Iglesia ha abolido, contra la intención y el deseo de quien la habría creado, la ley de los judíos, una ley que el propio Jesucristo aprobaba ya que dijo que había venido para cumplirla y no para destruirla. No sólo eso sino que también ha ido cayendo en los mismos errores o en errores semejantes a los del paganismo, como se puede comprobar de manera manifiesta por el culto idolátrico que rinde a su Dios de pasta, a las imágenes de los santos y a las reliquias.

Veamos cómo habla de esto un autor sabio y juicioso (*L'Espion turc*, tomo VI, carta 6): «Jesús, hijo de María, descendía de Abrahán y de Jacob. Fue educado en la ley de Moisés, una ley que no violó nunca. "No penséis —dijo a sus discípulos— que he venido a abolir la ley o los profetas. No vine para abolir, sino para cumplir" (Mateo, 5,17). Sus apóstoles hicieron lo mismo, se mostraron en todo como rígidos observantes de los preceptos establecidos. Los primeros cristianos hicieron lo mismo. Incluso observaron el sabbat de los judíos, eso sin contar el primer día de la semana, que reservaban para celebrar públicamente sus misterios. Se abstenían de comer sangre y animales muertos por asfixia, de comer carnes mancilladas y de las que sacrificaban a los ídolos. Así fue determinado y decretado en el primer concilio que celebraron en Jerusalén, presidido por el primer apóstol de Jesucristo llamado Pedro: "Es decisión del Espíritu Santo y nuestra no imponeros más carga que estas cosas indispensables: absteneos de alimentos ofrecidos a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de la fornicación. Haréis bien en absteneros de ellos" (Hechos, 15,28-29)».

«En aquellos tiempos, no tenían en sus iglesias ni imágenes ni pinturas ni rosarios ni oratorios, observaban todas las purificaciones necesarias y adoraban a un solo Dios. Hoy en día es otra cosa; la Iglesia romana sigue preceptos completamente opuestos: desmintiendo la declaración formal de Cristo, dice expresamente que vino para abolir la ley y para conceder la libertad a todo el mundo, dice también que podemos comer actualmente y disfrutar con la sangre de los animales degollados con la misma libertad que bebemos la leche de los animales vivos, y que podemos comer carne de cerdo y de otros animales abominables sin ser más criminales que si comiéramos corderos y otros animales limpios permitidos por la ley de Dios. ¿Cómo puede admitirse esto o cómo podría tener fe en ello un hombre razonable? Desde luego, no es sorprendente que haya tanto libertino y ateo en el mundo, ya que el

cristianismo no es más que una sarta de contradicciones palpables. Me contestarás —decía este mismo autor al destinatario de su carta— lo que suelen contestar los teólogos: que durante los primeros tiempos los apóstoles y los cristianos en general observaron la ley de Moisés por miedo a escandalizar a los judíos que habían abrazado la fe cristiana y que habrían encontrado reprobable que se hubieran alejado de las instituciones de los antepasados y de los estatutos de la casa de Jacob. Pero en cuanto predicaron el Evangelio por toda la tierra y entraron en la Iglesia muchos paganos, decidieron que no era necesario escandalizar a los demás cristianos por un pueblo tan despreciable como el judío imponiéndoles un yugo que no estaban acostumbrados a llevar y que hubiera podido obligarles incluso a abandonar el cristianismo antes que someterse a una carga tan insoportable».

«La Iglesia, pues, a fin de favorecer tanto como pudiera la conversión del Imperio romano, que abarcaba la mayor parte del orbe, acomodó sus preceptos, sus costumbres y sus ceremonias religiosas al espíritu y la moda de aquellos tiempos. Y como los paganos comían de todo, se les hizo entender que eso era conforme con la voluntad de Jesucristo, que había venido para liberar a los hombres de la esclavitud y la servidumbre de las supersticiones mosaicas. Esa misma condescendencia llevó a que se introdujeran en la Iglesia el uso de imágenes y pinturas, los hábitos sacerdotales, los ornamentos de los altares, los cirios, las lámparas, el incienso, los jarrones y demás detalles religiosos que se establecieron sobre el modelo que habían recibido de los sacerdotes de Júpiter, Apolo, Venus, Diana y otras divinidades paganas. De ahí vino que las fiestas de los dioses y diosas se cambiaran por las fiestas de santos y santas, que los templos consagrados antes al sol, la luna y las estrellas se dedicaran a los apóstoles y los mártires. Incluso el Panteón, que era el templo de todos los dioses y se encontraba en Roma, andando el tiempo, y gracias a la astucia de los sacerdotes, se convirtió en una iglesia consagrada a todos los santos. Se podría decir, en una palabra, que el cristianismo no es a fin de cuentas más que paganismo disfrazado. Bastaba con estar convencido de que atraer al seno de la Iglesia a tantos millones de pecadores no pasaba de ser un fraude piadoso. Por lo que se puede decir que, en realidad, la Iglesia romana paganizó tantos cristianos como paganos cristianizó».

«La Iglesia etíope —continúa este autor— es un testimonio vivo contra ella —es decir, contra la Iglesia romana—, pues los cristianos de Etiopía han observado desde la antigüedad, e incluso desde el tiempo de los apóstoles, la parte de la ley mosaica que concierne a la pureza o impureza y que prescribe qué carnes se pueden comer, prohibiendo las que prohibía la ley de Moisés. Por eso en ese país hay más judíos convertidos a la fe cristiana que en el resto del mundo. Los cristianos de Oriente son, a mi juicio, menos condenables que los cristianos romanos, ya que, por más que no observen tan estrictamente como los cristianos de Etiopía las leyes de la pureza y la impureza de las carnes y los licores, no comen ni sangre ni nada que haya sido muerto por ahogamiento, sus eclesiásticos se abstienen de carne durante toda su vida

y observan muchas purificaciones y otras costumbres apacibles. Pero los cristianos romanos se zambullen como puercos en todo tipo de basuras y se complacen en alardear de que son los únicos católicos verdaderos, los únicos elegidos de Dios, el único pueblo de la Tierra que se halla en el verdadero camino de salvación. No sé cómo juzgar esto y no hay ninguna esperanza de que los judíos se conviertan mientras no se supriman estos obstáculos. Quién no se reiría —dice este mismo autor — de la estupidez de personas que rinden honores divinos a un espantapájaros de jardín, a un árbol, a un cerdo, a un perro, a un gato, a una serpiente o a la primera cosa que ven por la mañana, como hacen los lapones y tantos idólatras. Pero, por otro lado, cómo no llorar viendo a gente que hace profesión de fe en la ley de Moisés y en la del Mesías, religiones que han predicado la existencia de un solo Dios, gente, digo, que se jacta de tener la religión más pura y santa del mundo, como hacen los cristianos romanos; cómo no llorar, digo, al ver a esa gente adorar la madera y la piedra, las pinturas y las imágenes, los clavos, los harapos, los huesos, los cabellos, los trozos de madera vieja y, en general, todo los que los sacerdotes les ofrecen como digno de ser adorado».

Podemos ver de forma manifiesta que todos esos errores y falsedades se dan en la Iglesia romana: son contrarios a la primera fundación de la religión cristiana y también son contrarios a lo que Jesucristo, su primer fundador, instituyó realmente, de tal manera que si Jesucristo dijo lo de que las puertas del infierno no prevalecerían contra su Iglesia o contra lo que había establecido, para referirse a que la Iglesia estaría desprovista de errores y falsedades, su promesa se revela completamente falsa, al menos en lo que se refiere a la Iglesia romana, porque enseña muchos errores y muchas falsedades que el propio Cristo habría condenado. Resulta muy fácil comprobar cómo, en la actualidad, la Iglesia no es infalible en su doctrina por mucho que se jacte de serlo, porque ha condenado recientemente a través de la bula *Unigenitus* —que ha aceptado y obliga a que sea aceptada en todas partes— la doctrina que hasta ahora mismo había defendido y establecido en concilios y decretos, y que se halla contenida en los libros supuestamente santos y sagrados.

10. Jesucristo dijo: «Os aseguro que llega la hora, ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán» (Juan, 5,25). Dijo esto hace 2000 años y, por consiguiente, hace casi 2000 años que esa hora hubiera debido llegar; sin embargo, no se ha visto que haya llegado, ¡y todavía no se ve que esté a punto de llegar! Así pues, Jesucristo dijo falsamente «llega la hora» porque esta hora no ha llegado y no hay pruebas de que vaya a llegar, no ya pronto, sino nunca.

11. Jesucristo dijo a sus discípulos que no debían preocuparse de lo que dijeran y de lo que tuvieran que responder a jueces, gobernadores e incluso a reyes, porque les daría para la ocasión una sabiduría y unas palabras a las que sus enemigos no podrían responder y a las que no podrían resistirse (Mateo, 10,19, Lucas, 12,11-12).

Si esta promesa hubiese tenido realmente efecto, habrían convencido fácilmente por su sabiduría y por la fuerza de sus razonamientos y discursos a cuantos se

hubiesen enfrentado a ellos. Ahora bien, no se ve que hayan convencido con razones a ninguno de sus enemigos y tampoco a ningún infiel, de la misma manera que tampoco se ve por ninguna parte, ni en sus discursos ni tampoco en sus escritos, ninguna señal de esa supuesta sabiduría divina, y ni siquiera hay trazas de que tengan una capacidad de razonamiento susceptible de convencer ni persuadir a ninguna persona sabia e ilustrada. Al contrario, se ve que siempre estuvieron confundidos y que se les contempló con indignación y desprecio porque se les consideraba unos miserables fanáticos. Por eso los persiguieron en todas partes, como se puede ver en las historias que hablan de aquellos tiempos.

12. El propio Jesucristo dijo a sus apóstoles y a sus discípulos que era la luz del mundo, una luz destinada a iluminar a todo hombre que viene al mundo, por lo que quien le siguiera no caminaría en tinieblas (Juan, 8,12). Sin embargo, no se ve más luz que ilumine a los hombres que la del sol, con la particularidad de que tampoco ilumina a… los ciegos. Se dice en el Evangelio según san Juan que Cristo concederá a quienes crean en él la posibilidad de convertirse en hijos de Dios, unos hijos que no habrán nacido de la voluntad del hombre sino que habrán nacido de Dios. Pues bien, ¿dónde están esos hijos divinos de Dios, nacidos de forma divina sin la cooperación de la carne y la sangre y sin la cooperación del hombre? Lo cierto es que sólo vemos a los que vienen al mundo por las vías naturales de la carne y la sangre y por la cooperación del hombre.

13. Jesucristo dijo que era el camino de la verdad y la vida, que era incluso la resurrección, y que aquel que creyera en él viviría aunque estuviera muerto y que quien viviera y creyera en él no moriría nunca (Juan, 11,25). Si esto es así, no hay nadie que haya seguido sus palabras ni tampoco nadie que haya creído realmente en él, ni siquiera entre sus discípulos más fieles, porque no hay nadie de aquellos tiempos ni de los siglos siguientes que no esté muerto, y todos los días vemos morir a hombres que hacen profesión de creer en él y de observar su palabra, sin que ninguno haya podido escapar o evitar la muerte. ¿Pero cómo habría podido impedir la muerte de alguien si él mismo no pudo conservar su vida ni evitar la muerte? ¿Dónde reside la verdad de estas bonitas promesas? ¿Quién no se reiría al oírlas y ver que han tenido tan poco efecto? Si no se puede mostrar que sean ciertas, hay que concluir forzosamente que son absolutamente falsas y completamente ridículas.

Decir que esas palabras y ese tipo de promesas deben entenderse en sentido espiritual y que resultan ciertas en ese plano espiritual, aunque no lo sean en el natural y literal de las propias palabras, es una pura ilusión ya que ese supuesto sentido espiritual no es más que un sentido inventado, un sentido imaginario que se puede manejar y aplicar como se quiera a cualquier asunto, como el zapato de Terameno, que le iba a cualquier pie. De ahí que no haya promesa, por absurda y ridícula que sea, a la que no se le pueda dar algún sentido espiritual, alegórico y figurado, a nada que se intente encontrar en ellas verdades espirituales e imaginarias, como son las que los cristícolas intentan encontrar en las palabras y promesas de su

divino Cristo. Y como el sentido espiritual que quieren darles no es más que un sentido imaginario, las verdades que pretenden encontrar no son más que verdades imaginarias, verdades en las que resultaría ridículo detenerse. Como, por otra parte, las mencionadas promesas y palabras no son verdaderas ni en el sentido espiritual que quieren darles ni en el sentido natural y literal de las palabras en sí, hay que concluir que son falsas tanto en un sentido como en el otro.

14. Jesucristo dijo que se le vería descender del cielo: que se le vería venir entre las nubes con gran poder y majestad, que enviaría ángeles que, con el poderoso sonido de la trompeta, reunirían a los escogidos de las cuatro partes del mundo y desde un extremo del cielo al otro, que el sol se oscurecería, que las estrellas caerían del cielo y que todas las naciones del mundo lamentarían su desdicha. Aseguraba que todo eso sucedería poco tiempo después de que lo anunciara, es decir, que sucedería en vida de los hombres de aquel tiempo (Mateo, 24, 30-31, Lucas, 21,27). «Os aseguro —dijo a sus discípulos—que algunos de los que están aquí presentes no sufrirán la muerte antes de ver llegar el reinado de Dios con poder» (Mateo, 16,28, Marcos, 8,39). He ahí una profecía y una promesa bien explícita de lo que iba a ocurrir poco tiempo después de ser hecha. Sin embargo, es evidente que nada de eso ha ocurrido todavía. Después de esa profecía y de esa promesa se han sucedido muchas generaciones pero no queda nadie de los que hubieran tenido que haber visto el cumplimiento de la profecía. En realidad, hace casi 2000 años que están todos muertos. Y así como es evidente que esta profecía no se ha cumplido, resulta también evidente que es falsa.

15. Jesucristo dijo que, cuando se elevara de la tierra, lo atraería todo hacia él, es decir, que atraería a todos los hombres hacia él, como aseguran los cristícolas, es decir, que los arrastraría a que le conocieran y le amaran (Juan, 12,32). Pues bien, esas palabras están muy lejos de ser ciertas, ya que el número de los que le conocen y le veneran no representa nada en comparación con los que no le conocen ni le sirven. Si los cristícolas se empeñan en sostener que lo que dijo es verdad, porque habría atraído hacia él a gentes de toda edad, sexo y condición, estaríamos ante una interpretación vana, porque cualquier impostor podría hacer y decir lo mismo.

16. Las supuestas Sagradas Escrituras dicen que, así como la muerte vino por un solo hombre, la justificación vendrá también por un solo hombre, puesto que, al igual que todos los hombres mueren por culpa de Adán, revivirán todos en Jesucristo (Romanos, 5,17). También dicen, y lo anuncian como misterio de fe, que todos los muertos resucitarán para ser inmortales y que el cuerpo mortal que poseemos será revestido de inmortalidad (1 Corintios, 15,42-54). Dicen igualmente que Dios hará un nuevo cielo y una nueva tierra en la que habitará la justicia (2 Pedro, 3,13). Todas esas promesas y predicciones son claramente falsas, porque no se ve que se hayan cumplido ni que contengan apariencia alguna de verdad. Dicen que Dios no tarda en cumplir sus promesas, ¿pero no es mucho tardar que haya diferido durante varios miles de años la ejecución de cosas que hubiera debido hacer inmediatamente?

17. Las Escrituras hablan también de la venida y del nacimiento de Jesucristo como de la venida y el nacimiento de aquel en quien Dios cumpliría las bonitas y favorables promesas que hizo a los antiguos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob[8]. Por ello, su madre María, creyéndose encinta de un niño divino, en el que Dios mostraría las extraordinarias maravillas de su omnipotencia, se regocijaba y glorificaba al Señor diciéndole: «Porque el Poderoso ha hecho proezas, su nombre es sagrado. Su misericordia con sus fieles continúa de generación en generación. Su poder se ejerce con su brazo, desbarata a los soberbios en sus planes, derriba del trono a los potentados y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos. Socorre a Israel, su siervo, recordando la lealtad, prometida a nuestros antepasados, en favor de Abrahán y su linaje por siempre» (Lucas, 1,49-55). Y Zacarías, sumo sacerdote, dijo sobre el mismo tema: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque se ha ocupado de rescatar a su pueblo. Nos ha suscitado una eminencia salvadora en la Casa de David, su siervo, como había prometido desde antiguo, por boca de sus santos profetas: salvación de nuestros enemigos, del poder de cuantos nos odian, tratando con lealtad a nuestros padres y recordando su alianza sagrada, lo que juró a nuestro padre Abrahán, que nos concedería, ya liberados del poder enemigo, servirle sin temor en su presencia con santidad y justicia toda la vida» (Lucas, 1,68-75). Por eso también san Pablo, cuando predicaba la fe a los judíos de Antioquía, les decía estas palabras: «Hermanos, descendientes de Abrahán, y cuantos adoráis a Dios: A vosotros se os envía este mensaje de salvación. En cuanto a nosotros, os anunciamos esta Buena Noticia: la promesa hecha a los antepasados nos la ha cumplido Dios a sus descendientes, resucitando a Jesús. Sabedlo, hermanos, se os anuncia el perdón de los pecados por medio de él, y todo el que crea será absuelto de todo lo que no pudo absolver la ley de Moisés» (Hechos, 13,26, 32, 38-39).

Y el propio Jesucristo, cuando les hablaba a los apóstoles de su venida, les dijo que se cumpliría cuanto decía de él la ley de Moisés en los libros de los profetas y en los salmos, y que fueran a predicar en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados entre todas las naciones (Lucas, 24,44). Y fue precisamente en relación con el supuesto cumplimiento de esas antiguas promesas por lo que pidió a sus discípulos que anunciaran por todas partes la venida inminente del reino de los cielos, entendiendo por reino de los cielos el cumplimiento de todas las hermosas y magníficas promesas que creía hechas por Dios a sus antepasados (Mateo, 10,7; Marcos, 16,15), por lo que resulta evidente que la venida y nacimiento de Jesucristo fueron contemplados en aquellos tiempos (al menos por sus discípulos) como la venida de aquel que tenía que hacer que se cumplieran las bellas promesas hechas por Dios a los antiguos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob. Por eso le preguntaron un día sus discípulos si restablecería pronto el reino de Israel (Hechos, 1,6).

Pues bien, es evidente que no cumplió las mencionadas promesas y que el cumplimiento de las mismas no se realizó en él de ninguna manera, lo cual resulta muy fácil de demostrar. Basta con comparar lo que dicen esas promesas con lo que

Jesucristo hizo y fue. Las promesas aseguran, como ya he dicho más arriba, que Dios establecería una alianza eterna con el pueblo de Israel, que es ahora el pueblo judío. Aseguran también que después de haber dispersado a este pueblo entre todas las naciones de la Tierra, como castigo por sus pecados, Dios lo liberaría de la esclavitud y haría que todos sus integrantes se reunieran, regresando de los lugares del mundo donde los habría dispersado, y para ello les enviaría a un poderoso libertador que los traería de todas las naciones de la tierra y les haría entrar en posesión de sus tierras para que sirvieran en ellas fielmente a su Dios, disfrutando de una paz duradera y gozando de toda clase de bienes y de felicidad, sin verse expuestos ya nunca más a los insultos de sus enemigos.

Estas promesas aseguran también expresamente, como he subrayado, que la ciudad de Jerusalén, capital de este pueblo, sería una ciudad santa y la ciudad escogida por Dios para establecer en ella para siempre el trono de su gloria, con lo que se convertiría en la ciudad más hermosa, rica, gloriosa y triunfal de los pueblos de la Tierra. Estas promesas fueron reiteradas numerosas veces por los supuestos profetas, que predijeron y anunciaron todo ese tipo de maravillas, como he apuntado también más arriba.

De acuerdo con esas bonitas promesas y profecías, el pueblo judío no sólo debería ser liberado de toda servidumbre sino que se convertiría, además, en el pueblo más santo y bendito, en el más poderoso, más feliz, más glorioso y más triunfal de los pueblos de la Tierra. Y la ciudad de Jerusalén tendría que ser actualmente la más santa, más rica, más bella, más poderosa, más gloriosa, la más feliz y la más triunfal de las ciudades de todo el universo. Pero como es evidente que no hay nada de eso, y que nada de esto ha ocurrido después del nacimiento y la venida de Jesucristo, lo mismo que no se produjo antes de su nacimiento ni de su venida, resulta obvio que el cumplimiento de esas promesas no tuvo lugar ni en él ni en ningún otro; por tanto, es evidente que las mencionadas promesas y profecías son completamente vanas y falsas.

28

Futilidad y falsedad de las interpretaciones espirituales, alegóricas y místicas que los cristícolas hacen de sus supuestas Sagradas Escrituras, así como del sentido espiritual y místico que dan a las promesas y profecías contenidas en ellas

Sé muy bien que los cristícolas tienen por ignorancia y tosquedad de espíritu que se tomen al pie de la letra las mencionadas promesas y profecías tal y como aparecen escritas, ya que los muy sutiles e ingeniosos intérpretes de la voluntad de Dios creen obrar correctamente dejando de lado el sentido literal y natural de las palabras para darles un sentido que denominan *místico, espiritual, alegórico, anagógico* y *tropológico.* Así, por ejemplo, cuando las Sagradas Escrituras dicen que el pueblo de Israel y de Judea recibió las promesas, no hay que entender que se trata de los israelitas propiamente sino que dicen que se debe entender según el espíritu, es decir, que las Escrituras están hablando, en realidad, de los cristianos, quienes, según sostienen, son el Israel de Dios, es decir, el verdadero pueblo elegido, aquel para el que estaría reservado el cumplimiento de las promesas mencionadas, pero no de una manera carnal y grosera o terrenal sino de una manera espiritual y divina. Aseguran asimismo que la promesa que se le hace a ese pueblo respecto a que será liberado de la cautividad a la que le habrán sometido sus enemigos debe entenderse no como la liberación corporal de un pueblo cautivo, sino como la liberación espiritual de todos los hombres que habrían sido liberados de la esclavitud del demonio y del pecado por Jesucristo, su divino Salvador, quien se entregó voluntariamente a la muerte por la salvación de todos los hombres. Aseguran también que por abundancia de riquezas, bienes y dichas temporales prometidos al pueblo de Israel, hay que entender no las prosperidades de la Tierra sino la abundancia de gracia y bendiciones espirituales que Dios tenía que comunicar y comunica mediante la religión cristiana a las almas santas gracias a los méritos infinitos de su divino Salvador, Jesucristo.

Y aseguran, por último, que por ciudad de Jerusalén, de la que tan favorablemente se habla en las mencionadas promesas y profecías, hay que entender no la Jerusalén terrestre sino la Jerusalén espiritual, que es la Iglesia cristiana, o la Jerusalén celeste, que es el propio cielo y, de acuerdo con lo que señalan los cristícolas, la verdadera residencia de Dios, el lugar donde se halla el verdadero trono de su gloria y su majestad soberana, el lugar en que se encuentran, en grado sumo, los bienes que se pueden desear y toda clase de felicidad que se puede gozar, donde nada que esté manchado puede entrar y donde los verdaderos elegidos serán eternamente bienaventurados sin temer ya mal alguno.

Por ello, de acuerdo con esta interpretación espiritual y mística de las señaladas promesas hechas a los mencionados antiguos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob —

cuando Dios les prometió que bendeciría y multiplicaría su raza y prosperidad como los granos de arena del mar o como los granos de polvo de la tierra—, sería una expresión figurada mediante la cual querría, o habría querido hacer, que se entendiera que bendeciría a los cristianos y multiplicaría su número, ya que los cristianos serían considerados como los descendientes espirituales de los antiguos patriarcas. Cuando les prometió que establecería una alianza eterna con ellos, habría que entender que se refería a la alianza eterna y espiritual que establecería con la Iglesia cristiana dándole la ley del Evangelio, y que se trataba de una Iglesia que subsistiría por los siglos de los siglos. Cuando les prometió a ellos y a toda su descendencia darles un redentor poderoso que los libraría de toda sumisión y de todas las miserias, que los juntaría haciéndoles venir de todos los rincones del mundo en donde estuviesen dispersos e incluso cautivos, que vencerían a todos sus enemigos y que los conduciría triunfantes y victoriosos a entrar en posesión de las tierras y lugares de Canaán y Palestina, no habría que entender literalmente que se trataba de un redentor temporal, sino que habría que entenderlo de manera espiritual, por lo que se trataría de un redentor que libraría espiritualmente a los hombres de la sumisión al demonio y al pecado, que los llevaría al conocimiento del Dios verdadero, y no de un redentor que habría de librar únicamente a los judíos de la cautividad temporal. Y cuando les prometía que les haría gozar de toda clase de bienes en abundancia en su país después de la liberación, y les prometía abundancia de trigo, vino, leche, miel y aceite, en suma, de toda clase de bienes, habría que entender que no se refería a bienes temporales de la tierra como el trigo, el vino, el aceite, la leche, la miel y demás bienes temporales sino a los bienes espirituales de la gracia, que se encontraban figuradamente en esos bienes temporales que el Salvador espiritual de las almas concedería a los hombres después de librarlos del pecado. Y por último, cuando prometía convertir la ciudad de Jerusalén en la más bella, santa, rica, abundante, floreciente y feliz, no se refería a la Jerusalén terrestre sino a la Jerusalén espiritual, que sería la Iglesia cristiana, o a la Jerusalén celeste, que es la auténtica residencia de Dios y la verdadera morada de las almas bienaventuradas.

Ocurre lo mismo con las demás promesas y profecías hechas al pueblo de Israel y a la ciudad de Jerusalén, promesas y profecías que se revelan falsas, completamente falsas en su sentido propio y natural, pero, como los cristícolas no quieren reconocerlo abiertamente, porque su religión se basa en esas supuestas promesas y profecías y, de hacerlo, pasarían por burlados si reconociesen su vanidad y falsedad, por eso, a fin de ponerse a cubierto de semejante vergüenza, se ven obligados a darles un sentido que no tienen para ocultar así su falsedad y encontrar así, en la medida de lo posible, una verdad que no se encuentra en ellas ni se encontrará jamás.

Resulta muy fácil ver y hacer ver que este supuesto sentido espiritual y alegórico, al no ser más que un sentido extraño, un sentido imaginario y forjado por la fantasía de los intérpretes, no puede servir de ninguna manera para mostrar la veracidad o la falsedad de ninguna promesa o profecía, y hasta resulta ridículo forjar sentidos

espirituales cuando el asunto no los exige. Pues es indudable que sólo se puede juzgar sobre la veracidad o falsedad de una proposición, una promesa o una profecía a partir de su sentido natural. Una proposición, una promesa o una profecía que sea verdadera en el sentido propio y natural de los términos en los que ha sido concebida no se volverá falsa en sí misma sólo porque se le quiera dar un sentido extraño que no tenía. Por lo mismo, una proposición, una promesa o una profecía que sea falsa en el sentido propio y natural de los términos en los que ha sido concebida no se volverá verdadera en sí misma sólo porque se le quiera dar un sentido extraño que no tenía. Así, cuando un discurso, una promesa o una profecía tienen un sentido claro y neto —cosa que suele verse muy claramente—, cuando tienen un sentido propio y natural a través del cual se pueden colegir fácilmente su autenticidad o falsedad, es un abuso y una locura querer forjarle significados extraños a fin de buscarle una verdad o falsedad que no poseen, y resulta ridículo, como he dicho, intentar despojar de la verdad que hay en el sentido propio y natural para buscarle verdades en sentido figurado, unas verdades que sólo serían imaginarias.

Pero eso es lo que hacen, a pesar de todo, los cristícolas cuando les quitan a las promesas y profecías que he comentado el sentido propio y natural a fin de fabricarles significados espirituales y místicos, que son sólo, con toda seguridad, significados imaginarios ridículamente imaginados. Al despojar, como hacen los cristícolas, las supuestas promesas y profecías del sentido propio y natural que poseen, les quitan el sentido real y verdadero para sustituirlo por significados que sólo son imaginarios y no sirven más que para establecer nuevos errores destinados a cubrir los anteriores. Digo que este sentido espiritual y alegórico es sólo imaginario porque, en realidad, sólo depende de la imaginación de los intérpretes. No depende más que de su imaginación conceder a las promesas y profecías el sentido espiritual y místico que deseen, de tal manera que si bastara con forjar significados espirituales, alegóricos y místicos para hacer que esas promesas y profecías fuesen verdaderas, se podría lograr, mediante ese procedimiento, que resultasen verdaderas todas las promesas que a uno se le ocurrieran, por falsas y absurdas que fuesen, cosa que resultaría ridícula a nada que hubiera alguien dispuesto a intentarlo.

Por otra parte, conceder a las promesas y profecías supuestamente divinas un sentido distinto del que tienen manifiestamente en sí mismas constituye una temeridad y un engreimiento que no resultan tolerables, porque equivale a cambiar, alterar, corromper e incluso anular de alguna manera las sudodichas promesas y profecías. Equivale a anularlas, quiero decir, al menos en lo que se refiere a su procedencia divina. Puesto que, aunque supongamos que provienen de Dios, no hubiera sido Dios ni tampoco hubieran sido sus profetas los que habrían dicho, sin embargo, que había que darles un sentido espiritual, alegórico y místico, sino los cristícolas. Ya que en ninguna parte ha dicho Dios, ni tampoco lo han dicho los profetas, que haya que entenderlas e interpretarlas en un sentido espiritual, alegórico y místico, como hacen los cristícolas para mantener en la ignorancia a la pobre gente.

Por ello, cuando nos dicen, por una parte, que las supuestas promesas y profecías provienen del propio Dios y cuando nos las explican, luego, no en su sentido propio y natural sino recurriendo a un sentido forjado y supuesto que denominan *alegórico, espiritual* y *místico*, o a un sentido anagógico y tropológico, o como les plazca llamarlo, no nos están ofreciendo ya la palabra de Dios sino sus propios pensamientos y sus propias fantasías, así como las ideas huecas de su falsa imaginación, por lo que no merece que se tenga ningún miramiento con ellas ni se les preste tampoco la más mínima atención.

Lo que nos hace ver también la ilusión y vanidad del supuesto sentido espiritual y místico es que no habría secta o pueblo en el mundo que no pudiera servirse de las mismas supuestas promesas y profecías en favor de sus falsas religiones, como hacen los cristícolas en favor de la suya, a nada que quisieran, como ellos, dar el sentido espiritual y místico que convenga a sus creencias, sus misterios y sus ceremonias, ya que se pueden inventar y forjar cuantos sentidos o significados se quiera y se pueden aplicar a todo lo que se quiera y cuanto se quiera, pues no depende más que del ingenio y la imaginación de quienes deseen proporcionar a las palabras este tipo de sentidos e interpretaciones.

Parece que fue ese mirmadolín, vaso de elección de Jesucristo, llamado Pablo, el primero al que se le ocurrió inventarse los bonitos sentidos espirituales y místicos, ya que este apóstol observó que las cosas que tenían que cumplirse de acuerdo con las mencionadas promesas y profecías no se cumplían de la manera en que habían sido anunciadas, por lo que, al darse cuenta de que el tiempo de su cumplimiento pasaba sin que hubiera apariencia alguna de que fueran a cumplirse, y como no quería, por otra parte, reconocer ni confesar sinceramente su error por miedo, seguramente, a la vergüenza de que le tomaran por alguien que se había dejado engañar por aquello que creía y predicaba, decidió, para ocultar el error y cubrir una impostura con otra, despojar las mencionadas promesas y profecías de su sentido literal, propio y natural para darles un sentido nuevo, en el que nadie había pensado, y tampoco se le había ocurrido a nadie, consistente en interpretar espiritual, alegórica y místicamente las susodichas promesas y profecías. A tal efecto dijo que todo cuanto las leyes de Moisés decían y todo cuanto figuraba en ellas sobre algo que tenía que suceder debía entenderse de manera figurada, porque se referían en realidad a lo que tenía que cumplirse y suceder bajo la ley de Jesucristo o en el cristianismo.

Veamos cómo se explica en su primera epístola a los corintios: «No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube y atravesaron el mar; todos se bautizaron en la nube y el mar uniéndose a Moisés; todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual; pues bebían de la roca espiritual que les seguía, roca que es el Mesías. Pero la mayoría no agradó a Dios y quedaron tendidos en el desierto. Esos sucesos nos sirven de escarmiento para que no deseemos el mal como ellos lo desearon. No seáis idólatras como algunos de ellos, de quienes está escrito: Se sentó el pueblo a comer y beber y se levantó a

danzar. No forniquemos como hicieron algunos de ellos, y en un solo día cayeron 23.000. No pogamos a prueba al Señor como hicieron algunos de ellos y perecieron mordidos por serpientes. No protestéis como algunos protestaron y perecieron a manos del exterminador. Todo esto les sucedía a ellos como figura, y se escribió para advertirnos a los que hemos alcanzado la etapa final» (10,1-11).

Y en su epístola a los gálatas dice sobre este mismo tema: «Decidme, los que queréis someteros a la ley, ¿no oís lo que dice la ley? Está escrito que Abrahán tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. El de la esclava nació naturalmente; el de la libre, en virtud de una promesa. Se trata de una alegoría que representa dos alianzas. Una procede del monte Sinaí y engendra esclavos: es Agar. Sinaí es una motaña de Arabia que corresponde a la Jerusalén actual, que vive con sus hijos en esclavitud. En cambio, la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra madre. Está escrito: Alégrate la estéril, que no dabas a luz; rompe a cantar de júbilo la que no tenías dolores, porque la abandonada tendrá más hijos que la casada. Vosotros, hermanos, lo mismo que Isaac, sois hijos de una promesa. Pero como entonces el nacido naturalmente perseguía al de la profecía, así sucede hoy. Pero, ¿qué dice la Escritura? Expulsa a esa criada y a su hijo; el hijo de esa esclava no compartirá la herencia con el hijo de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre» (4,21-31).

En este mismo sentido dice en su epístola a los romanos que no todos cuantos descienden de Israel son los verdaderos israelitas, ni todos los que nacieron de Abrahán son por ello sus verdaderos hijos. Porque su posteridad debe contemplarse únicamente a través de Isaac, es decir, que los verdaderos israelitas y los verdaderos hijos de Dios no son los hijos de la carne sino los hijos de la promesa, tal como ocurre con los hijos de Isaac, que son los verdaderos hijos de Abrahán y, por consiguiente, los herederos de las promesas, y es a ellos a quienes pertenecen la gloria, la alianza, la ley, el culto de Dios y las promesas que deben cumplirse no literalmente sino espiritualmente en Jesucristo (Romanos, 9,48).

Por eso dice en la epístola a los gálatas que Jesucristo nos ha librado de la maldición de la ley a fin de que se cumpliese la bendición de Abrahán en los gentiles gracias a Jesucristo, y que gracias a la fe recibimos el espíritu que nos había prometido: «Así la bendición de Abrahán por medio del Mesías Jesús se extiende a los paganos, para que podamos recibir por la fe el Espíritu prometido. Hermanos, emplearé un lenguaje corriente: un testamento debidamente otorgado, aunque sea por un hombre, nadie puede anularlo ni añadirle nada. Ahora bien, las promesas se le hicieron a Abrahán y a su descendencia: no dice descendientes en plural, sino en singular *y a tu descendiente,* que es el Mesías. Pues yo digo: un testamento ya otorgado por Dios no puede anularlo una ley que llega 430 años más tarde, invalidando la promesa. De manera que la ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo, para ser justificados por la fe. Antes de que llegara la fe éramos prisioneros, custodiados por la ley hasta que se revelase la fe futura. De modo que la ley era

nuestro ayo hasta que viniera el Mesías y recibiéramos la justicia por la fe; pero al llegar la fe ya no dependemos del ayo. Por la fe en el Mesías Jesús todos sois hijos de Dios. Los que os habéis bautizado consagrándoos al Mesías os habéis revestido del Mesías. Ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues con el Mesías Jesús todos sois uno. Y si vosotros pertenecéis al Mesías sois descendencia de Abrahán, herederos de la promesa» (Gálatas, 3,14-18, 23-29).

Una promesa que, sin embargo, y según él, se cumplirá espiritualmente en Jesucristo. Por eso dice en su epístola a los efesios: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!, quien por medio del Mesías nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales del cielo» (Efesios, 1,3). Y dice también que Jesucristo consiguió para nosotros la remisión de nuestros pecados gracias a las riquezas espirituales de su gracia, pues «en él se encierran todos los tesoros del saber y el conocimiento» (Colosenses, 2,3). «Todo eso es sombra de lo venidero; la realidad pertenece al Mesías. Que nadie os prive del premio de la voctoria: Nadie dedicado a mortificaciones y culto de ángeles, enfrascado en sus visiones, hinchado sin razón por su mente carnal. Por tanto, si habéis resucitado con el Mesías, buscad lo de arriba, donde el Mesías está sentado a la diestra de Dios, aspirad a lo de arriba, no a lo terreno» (Colosenses, 2,17-18 y 3,1-2).

Para conseguir que esta nueva interpretación de la ley y de lo que habían dicho los profetas fuese mejor recibida, y para que su doctrina y todo cuanto decía sobre este asunto fuesen tomados por sabiduría natural y divina, dijo así en su primera epístola a los corintios: «A los maduros les proponemos una sabiduría: no sabiduría de este mundo o de los jefes de este mundo, que van decayendo. Proponemos la sabiduría de Dios, misterio oculto, decidido por Dios desde antiguo para vuestra gloria. Ningún príncipe de este mundo la conoció: pues, de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria. A nosotros nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu; pues el Espíritu lo explora todo, incluso las profundidades de Dios. El hombre meramente natural no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues le parece locura; y tampoco puede entenderlo, porque sólo se discierne espiritualmente» (1 Corintios, 2,6-8, 10, 14). Por eso decía también que la letra mata pero el espíritu vivifica, como queriendo decir que la interpretación literal de la ley y de las promesas se destruye por sí misma y confundía a quienes se empeñaban en practicarla, mientras que la interpretación espiritual que él les proponía constituía el verdadero sentido en el que había que entenderlas (2 Corintios, 3,6). Y como si aquellos a quienes predicaba una doctrina tan bonita debieran estarle enormemente agradecidos y tuvieran que suministrarle, en señal de agradecimiento, todo cuanto hiciese falta para su sustento y manutención, les dijo: «Si nosotros sembramos en vosotros lo espiritual, ¿será excesivo que cosechemos lo corporal» (1 Corintios 9,11).

Así que, de acuerdo con la admirable doctrina de este doctor de los gentiles, las dos mujeres de Abrahán y sus respectivos hijos representarían sendos misterios, espiritualmente hablando. La que no era más que una sirvienta, Agar, representaría la

alianza de Dios con la Sinagoga, que era sólo una sirvienta y no engendraba más que esclavos. En cambio, Sara, la esposa, representaría, de acuerdo con lo que dice este mismo apóstol, la alianza de Dios con la Iglesia cristiana, la mujer libre y esposa de Jesucristo. De igual manera, el hijo de la sirvienta que nació según la carne representaría el Antiguo Testamento, reservado a los judíos carnales figurados y representados por el hijo de la sirvienta. Mientras que el hijo de la mujer libre, nacido según la promesa de Dios, representaría el Nuevo Testamento, reservado para los cristianos, que son los hijos verdaderos representados y figurados por Isaac y que nacieron según la promesa (Gálatas, 4,24-26; Génesis, 21,10).

Y para probarlo dice: «Se trata de una alegoría —asegura este apóstol, fijaos bien en esto— que representa dos alianzas. Una procede del monte Sinaí y engendra esclavos: es Agar. Sinaí es una montaña de Arabia que corresponde a la Jerusalén actual, que vive con sus hijos en esclavitud. En cambio, la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra madre» . De tal manera que, de acuerdo con la doctrina de este apóstol, la Jerusalén terrestre no sería la Ciudad Santa, ni la ciudad especialmente escogida y querida por Dios, como aseguran las Escrituras, sino que la Ciudad Santa sería sólo la Jerusalén de arriba, como dice este apóstol, o la Jerusalén celeste.

De igual manera, según dice la doctrina de este apóstol, los verdaderos israelitas no serían los que podríamos considerar los israelitas de nacimiento, según la carne, sino únicamente los nacidos al espíritu de la fe de los antiguos patriarcas. De acuerdo con la doctrina de este apóstol, la promesa de que recibirían un poderoso libertador que los liberaría de la cautividad en que los habrían puesto sus enemigos, no debe entenderse como la promesa de que recibirían un redentor poderoso en los asuntos del mundo, ni que la liberación que traería consigo deba entenderse como una liberación corporal, sino que se trata de un libertador que sería espiritualmente todopoderoso según Dios, de la misma manera que la liberación sería una liberación espiritual de esos enemigos invisibles que son los demonios, los vicios y los pecados.

Por último, según la doctrina de este apóstol, la promesa de que entrarían gloriosa y victoriosamente en posesión de sus tierras, donde permanecerían para siempre llenos de felicidad y prosperidad con abundancia de bienes de todo tipo, no debe entenderse como un regreso glorioso y triunfal a Judea y Palestina, donde habían vivido, ni del disfrute de los bienes temporales de esta vida, sino del disfrute espiritual de los bienes celestiales y eternos que los justos, según esta bonita doctrina, deben disfrutar eternamente en el cielo, a donde Jesucristo, su salvador y redentor, les conducirá gloriosos y triunfantes una vez que hayan vencido generosamente a los demonios y domeñado los vicios y las pasiones, que serían los mayores enemigos de su salvación. Todo esto, así como muchas otras cosas semejantes cuya inclusión aquí resultaría demasiado larga, habrían aparecido, según la doctrina de este apóstol, de manera figurada, divina y misteriosa en todo lo que decía la antigua ley. Y lo basa todo en el bonito argumento de que el Sinaí, donde la antigua ley fue concedida, es un monte de Arabia muy próximo a la Jerusalén terrestre, ¡que está esclavizada con

todos sus hijos! Pero también lo basa en la bonita consideración de que Abrahán tenía dos mujeres, una de las cuales, que era sólo la sirvienta, representaría a la Sinagoga, y la otra, que era la esposa, representaría a la Iglesia cristiana. Y a partir, igualmente, de que Abrahán habría tenido dos hijos, uno de los cuales, el de la sirvienta, representaría el Antiguo Testamento, y el otro representaría el Nuevo Testamento. ¿Quién no se reiría de una doctrina tan vana, tonta y ridícula como ésta? *¿Podríais, queridos amigos, dejar de reíros una vez introducidos en la obra?* (*Apologie des grands hommes*, tomo II, pág. 350 [cita de Horacio, *Arte poética*, I, 5]).

Según esta bonita manera de interpretar alegórica, figurada y misteriosamente todo lo que aparece escrito en la antigua ley de los judíos, podríamos interpretar también de manera alegórica y figurada los discursos, las acciones y las hermosas aventuras del famoso don Quijote de la Mancha, y seguro que encontrábamos tantos misterios y tantas imágenes misteriosas como quisiéramos. Se podrían forjar a partir de sus aventuras y acciones tantas alegorías como se quisiera y se podría hasta encontrar en ellas, a nada que se pusiera un poco de voluntad, una sabiduría sobrenatural y divina parecida a la que se encuentra en la antigua ley. Pero hay que ser asombrosamente simple o asombrosamente crédulo para creer piadosamente en unas interpretaciones y unas promesas tan vanas.

Sin embargo, la religión cristiana existe a partir de un fundamento tan vano y ridículo como ése. Los cristícolas fundamentan en estas vanas y ridículas interpretaciones espirituales de las supuestas Sagradas Escrituras sus misterios, su doctrina y sus hermosas esperanzas en la vida eterna que llevarán en el cielo. Por eso, no queda casi nada en la antigua ley de Moisés que sus doctores no hayan intentado explicar mística y figuradamente para reforzar su propia ley. Encuentran y ven por todas partes, como harían los visionarios, la figura de Cristo y la imagen de cuanto fue y de cuanto hizo. Hallan su figura en varios personajes del Antiguo Testamento, como Abel, Isaac, José, Josué, David, Salomón y muchos otros, ya que aseguran que todos esos personajes no fueron más que imágenes de Jesucristo. Encuentran y ven su imagen también en los animales y las bestias, como el cordero pascual, el león de la tribu de Judá e incluso el chivo expiatorio mencionado en el capítulo 16 del Levítico.

Por último, también la encuentran en las cosas inanimadas, como la piedra que Moisés golpeó con su bastón en la montaña en que Dios habló con él, o la serpiente de bronce que Moisés mandó erigir en el desierto, pues pretenden que esas cosas y otras muchas que me callo eran la figura de Cristo. Y así, de acuerdo con esta bonita manera de alegorizar todo lo que aparecía en la antigua ley, encuentran que todo representaba y simbolizaba alguno de sus misterios. Veamos algunos ejemplos.

La liberación del pueblo judío de su cautividad en Egipto y el paso del mar Rojo (Éxodo, 12,42) representan, según los doctores de la Iglesia y los doctores cristícolas, la liberación del género humano de la cautividad del diablo y del pecado por las aguas del bautismo. Los egipcios que se ahogaron en las aguas del mar al perseguir a los israelitas (Éxodo, 14,27) son una imagen de las pasiones desordenadas, la codicia

y los malos deseos que los cristianos deben sumergir y ahogar en las aguas de la penitencia. El paso de los judíos a través del mar Rojo y la nube que los cubría (Éxodo, 16,25) eran una figura del bautismo y de la nueva ley. El maná que comieron en el desierto era una figura de la eucaristía. El agua que salió de la piedra golpeada por Moisés (Éxodo, 17,6) era una figura del propio Jesucristo. Y los que fueron castigados en el desierto eran la figura del castigo con el que Dios castigaría en el infierno a los malos cristianos.

El nacimiento o la venida de Jesucristo (Juan, 3,14) fue representada, según los santos Padres, por la semilla de Eva que debía aplastar la cabeza de la serpiente. Las bienaventuranzas que Dios prometió a Abrahán y a su posteridad, una posteridad que sería tan numerosa como las estrellas del cielo y los granos de arena del mar (Génesis, 22,17 y 16,4), representaban, respectivamente, las bienaventuranzas espirituales que Jesucristo daría a los hombres, y el gran número de fieles que se reunirían en la fe. Véase la epístola a los gálatas citada más arriba .

Abel, dicen los santos Padres, era una figura de Jesucristo, y su muerte la imagen de la muerte de Jesucristo. Caín, que mató a su hermano, era la imagen de los judíos que mataron a Jesucristo. Isaac, que fue ofrecido en sacrificio, era, según los santos Padres, una imagen de Jesucristo inmolado en la cruz (Génesis, 21). La madera que llevaba Isaac cuando iba con su padre para ser sacrificado era una figura de Jesucristo con la cruz a cuestas. La alianza que Dios estableció con Abrahán y su hijo Isaac era una imagen de la alianza de Dios con los hombres a través de Jesucristo. Los dos hijos de Abrahán, a saber, Ismael, que nació de su sirvienta Agar, e Isaac, que nació de Sara, su esposa, eran una imagen, como ya he dicho, de los dos Testamentos, correspondiendo a Ismael, el hijo de la sirvienta, la imagen del Antiguo, y a Isaac, el hijo de la esposa, la imagen del Nuevo. Los hijos que tuvo Abrahán con sus concubinas (Génesis, 21,10) representaban, según san Agustín, los hombres de carne y hueso del Nuevo Testamento, mientras que los presentes que Abrahán les entregó antes de morir representarían, según el propio san Agustín, los dones naturales y las ventajas temporales que Dios concede en este mundo a los hombres de carne y hueso, a los heréticos y los infieles. Pero al hacer heredero a su hijo de todo estaría dando a entender que los verdaderos cristianos son los hijos bienamados de Dios, que heredarían su gracia, su amistad y la vida eterna.

El juramento que Abrahán hizo que pronunciara su sirviente tocándole el muslo cuando le envió a buscar a una mujer para su hijo Isaac (Génesis, 24,2) quería decir, según san Agustín, que Jesucristo debía nacer de su carne y, por así decirlo, del muslo. Por eso explica de manera figurada todas las circunstancias de esta misión. Así dice que Abrahán representa al Padre eterno, que Isaac, su hijo, representa al hijo de Dios, que Rebeca, la futura esposa de Isaac, representa a la Iglesia de Jesucristo, y que el servidor que encuentra a Rebeca cerca de la fuente representa a los apóstoles de Jesucristo, que suscriben la alianza de la Iglesia con su jefe, que es el propio Jesucristo. Que la fuente donde se produce el encuentro entre el sirviente y Rebeca

representa las aguas del bautismo, donde se produce el comienzo de la alianza espiritual contraída con Jesucristo en el bautismo. Las joyas que el servidor entrega a Rebeca representan la obediencia y las buenas obras de los fieles, mientras que el alimento que le dio Labán, el hermano de Rebeca, así como la paja y el heno que le ofreció para sus animales, representan los bienes temporales, que deben ser entregados a los servidores del Evangelio para que puedan subsistir. Y, por último, que Isaac, cuando sale de casa para ir al encuentro de su prometida, representa el abandono del hogar por parte del hijo de Dios cuando dejó el cielo para venir al mundo, etc.

¡Cuántas bonitas fantasías! ¿Es posible que un doctor, un doctor tan famoso como él, haya podido entretenerse en semejantes tonterías? Juzgad a partir de esto si hay que hacerles caso cuando hablan de otras cosas. Pero eso no es todo.

La colisión que se produce entre los dos hijos en el vientre de Rebeca antes del parto representaba, según el mismo doctor Agustín, la colisión, es decir, el mal entendimiento, los debates y discusiones que se producen entre los buenos y los malos en el vientre de Rebeca, es decir, en el seno de la Iglesia, que es su madre común (San Agustín, *Sermones, De Tempore*, 78).

Los dos hermanos varones que salieron de su vientre representan, según habría dicho el propio Dios en el Antiguo Testamento, a dos pueblos que nacerían y serían divididos. Y lo que se dice sobre que el más grande serviría al más pequeño representaría que los malos, que son los más numerosos y fuertes, tendrían que servir a los buenos y elegidos, que son los más débiles y se encuentran en menor número (Génesis, 15,23). Pero, ¿cómo servirán los malvados, que son los más fuertes, a los buenos, que son los más débiles y se encuentran en menor número, cuando parece más bien que, por el contrario, son los malvados los que se alzan por encima de los débiles para oprimirlos? Sencillamente porque los malvados hacen que los justos desarrollen la virtud de la paciencia, proporcionándoles ocasiones para que adquieran mucho merecimiento y puedan progresar en la virtud (*Cartas*, 157, y *Sermones, De Tempore*, 88).

El acto de Jacob al cubrirse con la piel de carnero para parecer velludo como su hermano Esaú y engañar así a su padre Isaac, que había perdido la vista (Génesis, 27,15-16), representa a Jesucristo, que se revistió voluntariamente de carne humana para cargar con los pecados del prójimo. Y en lo que dijo después Jacob a su padre, a saber, que era su primogénito Esaú, hay que ver al pueblo de los gentiles, que debían recibir la herencia del Señor en lugar de los judíos, según afirman Orígenes, Hilario de Poitiers, san Ambrosio, Tertuliano, san Agustín y otros.

La bendición que Isaac otorgó a su hijo Jacob diciéndole: «Que Dios te conceda rocío del cielo, feracidad de la tierra, abundancia de grano y mosto», y la que dio a continuación a Esaú diciéndole: «Sin feracidad de la tierra, sin rocío del cielo será tu morada» (Génesis, 27,28 y 39) no supusieron misterio alguno para los santos Padres, ya que Jacob representaría a la Iglesia cristiana a la que le fue prometido, en primer

lugar, el reino de los cielos y después los bienes temporales, mientras que Esaú representaría a los judíos, a quienes les fueron prometidos, en primer lugar, los bienes temporales y, luego, los eternos, ¡lo cual resulta de lo más sutil!

La escala por la que subían y bajaban los ángeles (Génesis, 28,12), y que Jacob vio en sueños, representa el descenso del hijo de Dios a este mundo por la encarnación. Los peldaños de la escala representan las diferentes generaciones de Jesucristo indicadas por san Mateo y san Lucas; el primero establece la genealogía de manera descendente, y el segundo otro de manera ascendente, comenzando por Jesucristo y remontándose hasta Dios, que creó a Adán (Teodoro de Teos y san Agustín, *Sermones, De Tempore*, 74). La piedra que Jacob colocó en ese mismo lugar en memoria de lo que había visto y oído, y el aceite que derramó sobre esa piedra, representarían a Jesucristo, que fue ungido con un óleo sagrado de manera preferente a los demás: «Es el primero entre nosotros» (san Agustín en *Salmos*, 44, y *Sermones, De Tempore,* 79).

El nombre que dio Jacob a ese lugar, Betel, es decir, casa de Dios, representa a la verdadera Iglesia de los fieles, que ha sido siempre la morada de Dios y la puerta por la que se entra en el cielo. Lía y Raquel, las dos mujeres de Jacob, representan respectivamente a la Sinagoga y a la Iglesia cristiana. Lía, que era fea y legañosa, representa a la Sinagoga, que está llena de imperfecciones, mientras que Raquel, que era hermosa, representa a la Iglesia cristiana, que no tiene arrugas ni manchas. Y Jacob, que sirvió a esas dos mujeres durante mucho tiempo, representa a Jesucristo, que sirvió en la Tierra para ganarse tanto a la Sinagoga como a la Iglesia (Justino, san Jerónimo).

José, el hijo de Jacob, fue en casi todos sus actos, según dicen los santos Padres, un trasunto de Jesucristo. Nació cuando sus padres eran viejos, según dicen, con lo que se estaría señalando que Jesucristo nacería hacia el final de los siglos, en la vejez del mundo. Fue el más amado de todos los hijos para indicar el amor infinito del Padre eterno hacia su hijo único y divino. Estaba revestido con túnicas de varios colores para señalar que el hijo de Dios se revestiría de una naturaleza humana repleta de toda clase de perfecciones y virtudes. Fue hacia sus hermanos para mostrar que el hijo de Dios vendría a visitar a los hombres, que son sus hermanos según la carne. El relato de sus sueños suscita el odio de sus hermanos, lo mismo que Jesucristo se atrajo el odio de los judíos cuando les reprochaba sus vicios y su ceguera. Los sueños que tuvo, y que representaban que sería elevado a la gloria y adorado, representaban la resurrección y la ascensión gloriosa de Jesucristo a los cielos, así como el hecho de que sería adorado por las naciones. Sus hermanos pensaron en matarlo, lo mismo que los judíos pensaron en matar a Jesucristo. Le despojaron de la ropa y la tiñeron de sangre para hacer creer a su padre que una fiera salvaje lo había devorado, lo cual representa a Jesucristo en el instante de su muerte, cuando fue despojado de su envoltura humana, que resultó teñida con su sangre. Lo arrojaron a una cisterna: esto representa a Jesucristo, que fue sepultado y descendió a

los infiernos. Lo vendieron por veinte monedas de plata a unos extranjeros: esto representa a Jesucristo, que fue vendido por Judas a los judíos a cambio de treinta monedas de plata. Fue conducido a Egipto por esos extranjeros: esto representa a Jesucristo, llevado a las naciones extranjeras por medio de la predicación de su palabra. Después de muchos contratiempos y sufrimientos fue elevado a los primeros honores en Egipto: esto representa a Jesucristo, que subió a lo más alto del cielo después de muchos trabajos y sufrimientos en este mundo (san Jerónimo, Tertuliano, Ambrosio de Milán, san Agustín).

Ésta es una bonita colección de tonterías escritas por grandes hombres, a las que se les podría aplicar lo de «no son más que puerilidades vanas y dignas de risa» o, como dice el propio san Jerónimo, «parecidas a los juegos de charlatanes».

El nacimiento de los dos hijos de Tamar resulta también misterioso, según ellos. Uno, al que llamaron Zara, enseñó su mano antes de nacer y la retiró poco después de que la comadrona le atara alrededor una cinta escarlata; el otro, que fue el primero en venir al mundo, se llamó Fares (Génesis, 38,27-29). Según los santos Padres, Zara representaba al pueblo fiel, que lleva una cinta escarlata, es decir, la fe en los méritos de la pasión de Jesucristo. Si sacó la mano antes de nacer fue para mostrar que aparecería poco antes de la predicación de la fe. Fares nació inmediatamente después, lo que representa al pueblo judío que precedió a la ley de Moisés y se encuentra bajo la ley de Jesucristo. Finalmente, Zara nació tras Fares para representar a quienes forman parte de la Iglesia verdadera y creen en Jesucristo (san Ambrosio, Teodoro).

La conducta de José con su ama que le invitaba a pecar (Génesis, 35,12) es también una imagen de Jesucristo. La castidad de José es una imagen de la inocencia de Jesucristo. La mujer egipcia que le invitaba a pecar es una figura de la Sinagoga de los judíos, que contemplaba al Mesías como un Señor temporal y sólo esperaba de él bienes carnales y temporales. José, que tapó a esa mujer impúdica con su túnica y huyó, representa a Jesucristo, que dejó a los judíos la letra y las ceremonias de la ley, que le cubrían como con un manto, y se dirigió hacia los gentiles para alumbrarles con su luz (Rupert de Deutz).

El propio José, encarcelado con otros dos reos, uno de los cuales se salvó y el otro se ahorcó (Génesis, 40 y 41), es una imagen de Jesucristo crucificado entre dos ladrones, uno de los cuales fue salvado por Jesucristo mientras que el otro pereció abandonado a su suerte. José que sale de la cárcel representa a Jesucristo que sale glorioso de los infiernos. Al ser encumbrado y recibir honores representa a Jesucristo honrado por los gentiles. Al acopiar alimentos para los tiempos de escasez representa a Jesucristo que acopia gracias y bendiciones espirituales.

La bendición que Jacob dio a su hijo Judá (Génesis, 49,9-10) se aplica figuradamente a Jesucristo, ya que se le llama león de la tribu de Judá. Por el contrario, la que le dio a su hijo Dan concuerda figuradamente con el Anticristo, pues creen que debe nacer de su raza (san Gregorio, san Ambrosio, Teodoro).

Moisés también fue una imagen de Jesucristo. Fue expuesto al oleaje de las aguas del mar a fin de evitar la crueldad del edicto del faraón que ordenaba matar a los hijos varones de los judíos (Éxodo, 2), lo que representa a Jesucristo, expuesto en el momento de su nacimiento a la crueldad de Herodes, quien ordenó matar a todos los recién nacidos de Belén y sus alrededores.

Moisés rescatado de las aguas por la hija del faraón representa a Jesucristo, que iría a Egipto para salvarse. Moisés fue devuelto a la mujer que lo había alumbrado: representa a Jesucristo volviendo de Egipto y presentándose en la Sinagoga que le había dado a luz. Moisés vivió durante mucho tiempo en el desierto apacentando las ovejas de su futuro suegro: imagen de Jesucristo que vivió durante mucho tiempo en soledad. Moisés hizo grandes prodigios ante el faraón para obtener la libertad del pueblo de Dios: imagen de los que haría Jesucristo ante los judíos para sacarlos de su ceguera. Moisés, por último, libera al pueblo de Dios de la cautividad en Egipto: imagen de Jesucristo liberando a los hombres de la cautividad del pecado y los demonios (san Agustín, *Sermones*, *De Tempore*, 47; san Isidoro; Éxodo).

Dios se aparece a Moisés en una zarza que arde sin consumirse (Éxodo, 3,2): esto significa, según san Bernardo, que Dios se aparecerá y encarnará en una virgen sin mancillar su virginidad (*Sermo super Missus est*). San Gregorio (libro 28, capítulo 2) le da otra interpretación y dice que significa que la divinidad se revestirá de nuestra carne y sentirá los dolores humanos como puntas de espina pero sin que lleguen, no obstante, a consumir su naturaleza humana. Las diez plagas de Egipto se aplican figurada y místicamente a los diez preceptos del decálogo, según san Agustín (en *Fragmentos*). También según san Agustín, las ranas (Éxodo, 8) representarían a los grandes charlatanes y en particular a los herejes, que hacen mucho ruido con sus palabras polémicas y sus disputas capciosas, gritando como ranas que croan en los pantanos.

El cordero pascual, que los judíos inmolaban cada año en recuerdo de lo que hicieron en los tiempos en que fueron liberados de su cautividad en Egipto, y todas las circunstancias que rodeaban a esta práctica constituyen una imagen excelente de Jesucristo, que fue inmolado por la salvación de los hombres. Este cordero o cabrito debía ser macho y no tener mácula alguna: esto representa el candor y la inocencia de Jesucristo. Debía ser asado en un espetón: esto representa el suplicio de la crucifixión. Debían asperjarse las puertas con su sangre: esto figura que seremos asperjados, lavados y purificados por la sangre de Jesucristo. Debía ser inmolado y comido por la tarde: esto representa que Jesucristo será inmolado al final de los siglos. Sólo los judíos podían comer el cordero sacrificado: esto representa que el verdadero cordero que es Jesucristo no puede ser comido más que por los cristianos. Debía ser comido con pan ácimo (Éxodo, 12,8): esto representa la sinceridad y la pureza de conciencia con las que hay que recibir al verdadero cordero de Dios. Había que comerlo con lechugas amargas: esto representa que hay que sentir en el corazón un dolor amargo por los pecados. Había que comer la cabeza y las patas: imagen de la

humanidad y la divinidad de Jesucristo, que se recibe en el divino sacramento de la eucaristía. No había que romperle ningún hueso: esto representa que los huesos de Jesucristo permanecieron enteros en la cruz sin que se le rompiera ninguno. Por último, los judíos celebraban todos los años la Pascua y sacrificaban el cordero pascual en conmemoración del paso del ángel y el cruce del mar Rojo: esto representa que el pueblo cristiano celebraría cada año la Pascua espiritualmente con el cordero divino Jesucristo, en conmemoración del paso de las tinieblas a la luz, del pecado a la gracia, y del estado de condenación al estado de salvación, cuando el hijo divino de Dios los reconcilió con su padre mediante su muerte. Esto es lo que asegura san Pablo en su primera epístola a los corintios: «Extirpad la levadura vieja para ser una masa nueva, puesto que sois ázimos, ya que nuestra víctima pascual, el Mesías, ha sido inmolado» (1 Corintios, 5,7). La columna de fuego que guiaba por la noche a los israelitas en el desierto (Éxodo, 13,21-22) representaba al hijo de Dios, y la nube que los conducía durante el día representaba al Espíritu Santo, según Orígenes, *Homilía*, 27. Y al igual que el fuego alumbra con su luz, el hijo de Dios ilumina el espíritu con las verdades eternas; y, al igual que la nube cubría a los judíos, el Espíritu Santo cubre las almas con su gracia: de ahí proviene que se diga (san Ambrosio) que el Espíritu Santo cubrió a la Virgen María con su sombra. María, hermana de Aarón y de Moisés, era la imagen de la Virgen María.

La madera que Moisés arrojó a las aguas amargas del desierto para volverlas dulces (Éxodo, 15,25) era una imagen de la madera de la cruz, que vuelve dulces las mayores amarguras de sufrimientos y aflicciones. Y las aguas dulces eran la imagen de las aguas del bautismo, que derraman sobre las almas la dulzura de la gracia del salvador (san Agustín, Tertuliano, Orígenes, san Jerónimo).

El maná que los israelitas comieron en el desierto era una imagen del maná celeste que Jesucristo nos dejó en el sacramento de la Eucaristía al darnos su cuerpo para que nos sirviese de alimento y su sangre para que saciara nuestras almas. Este maná que caía del cielo era como un pan celeste, lo mismo que el cuerpo de Jesucristo es en realidad un pan del cielo. A este maná se le conocía también con un nombre derivado de *admiración*: esto representa el sacramento de la Eucaristía, que está lleno de milagros dignos de admiración. El maná caía sólo durante las tinieblas de la noche: esto representa que el maná de la eucaristía no se vería ni se conocería más que a través de las tinieblas de la fe. El maná era el alimento de quienes habían escapado a la cautividad de Egipto: esto representa que la Eucaristía sería el alimento de quienes han salido de la cautividad del demonio y del pecado.

El maná era el alimento de los que iban hacia la tierra prometida: esto representa que la Eucaristía sería el alimento de quienes aspiran a la patria celestial. El maná era todo suavidad: esto representa que la Eucaristía haría sentir a las almas puras toda clase de dulzuras espirituales. El maná era blanco: esto representa que la Eucaristía exige pureza. El maná debía ser machacado y molido para ser comido: esto representa que hay que machacar y moler la dureza del corazón para comer

dignamente el maná de la Eucaristía. Quienes recogían mucho maná no tenían más que los que recogían menos: esto representa que quienes reciban la Eucaristía no recibirán más unos que otros, ya que Jesucristo se encuentra por entero lo mismo en un volumen pequeño que en uno más grande.

Moisés, al extender los brazos cuando los israelitas combatían contra los amalecitas, representa a Jesucristo crucificado con los brazos abiertos. Moisés permaneció con los brazos abiertos hasta que se puso el sol: esto representa que Jesucristo permaneció clavado a la cruz hasta la hora de vísperas. Cuando tenía los brazos levantados, los israelitas vencían; en cuanto los bajaba, por poco que fuera, eran los amalecitas quienes vencían (Éxodo, 17,11), y esto era así, según Justino, «no por la oración que rezaba sino debido a la postura que mantenía y que representaba la cruz del Salvador; ya que si no hubiera sido por esto —añade— no habría sido necesario que le hubieran sostenido los brazos cuando estaba cansado: habría bastado con que hubiera seguido rezando» (Justino, *Contra Trifón*). Los combatientes israelitas representaban a los buenos cristianos, que son los auténticos israelitas, combatiendo al pecado, las malas inclinaciones de la carne y los enemigos de la salvación, representados por los amalecitas. Vencen a sus enemigos cuando se aplican en la oración y se apoyan en el auxilio de la gracia, pero son vencidos cuando abandonan la oración.

«No cocerás el cabrito en la leche de la madre» (Éxodo, 34,26). Este precepto, dice san Agustín, fue establecido como imagen de que Jesucristo no moriría de niño o en su más tierna infancia, ni a manos de Herodes ni a manos de los judíos (san Agustín).

Moisés ofreció varios terneros como sacrificio y roció con su sangre al pueblo de Israel diciéndole: «Ésta es la sangre del pacto que el Señor hace con vosotros» (Éxodo, 24,8), lo que según los santos Padres de la Iglesia constituye una imagen del Nuevo Testamento, que sería establecido por la efusión de la sangre de Jesucristo, ya que, según dicen, el Antiguo Testamento no es más que una imagen del Nuevo. Los 70 ancianos que vieron a Dios con Moisés y Aarón, Nadab y Abihú (Éxodo, 24,8) representan a los predestinados que verán a Dios para siempre en el cielo. El zafiro que apareció bajo los pies de Dios representaba la vida santa de las almas inocentes de los predestinados en los que Dios reposa como en un trono.

El tabernáculo que Dios mandó construir a Moisés es una imagen de la morada que debemos preparar a Dios dentro de nosotros o en nuestras almas. Cuando le ordenó que empleara en la construcción del tabernáculo los materiales más preciosos que tuvieran, oro, plata, etc., fue para que representaran diferentes cosas: así, el oro simboliza la sabiduría y la comprensión de los misterios a través de la fe; la plata, la palabra de Dios recogida en las Sagradas Escrituras; el bronce representa la predicación de la fe, el jacinto representa la esperanza en las cosas celestiales, la púrpura representa el amor por la cruz y los sufrimientos; el escarlata, empleado en dos tintadas, simboliza el precepto de la caridad, que es doble pues hay que llevarlo

en el corazón, tanto en consideración a Dios como al prójimo. El lino representa la pureza de la carne y de los afectos del corazón. Los pelos de cabra representan los rigores de la penitencia. Las pieles de carnero tintadas de rojo representan el buen ejemplo que hay que seguir de los pastores. Las pieles teñidas de violeta representan la inmortalidad de los cuerpos celestiales. El aceite de las lámparas representa los doce frutos de las obras de caridad y misericordia. La madera de acacia, que es incorruptible, representa la pureza incorruptible que hay conservar tanto en el cuerpo como en el corazón. Los bálsamos aromáticos representan el olor agradable de la vida buena y el buen ejemplo. Las piedras preciosas representan las acciones y virtudes cristianas en todos sus modos (san Ambrosio, san Bernardo y otros).

El arca de la alianza representa la humanidad de Jesucristo (san Gregorio). El arca en el interior del santuario representa a los santos que están en el cielo y tienen a Jesucristo por encima de ellos sirviéndoles de propiciatorio, tal como está escrito: «Soy el redentor de vuestros pecados» (Éxodo, 26,34). Los santos están rodeados por los ángeles, como el arca, que se encontraba entre dos querubines (san Agustín). El candelabro del tabernáculo representa a Jesucristo, estaba hecho de oro puro porque Jesucristo no tenía ningún pecado, era de fundición para indicar que Jesucristo resultaría fundido en cierto modo por los golpes que recibió durante la pasión; el tallo del candelabro representa a la Iglesia cristiana y las ramas representaban a los predicadores (san Gregorio, *Homiliæ in Ezequielem*). Aunque también el tronco representaría a Jesucristo, las ramas a los predicadores y las siete lámparas a los siete dones del Espíritu Santo o los siete sacramentos de la Iglesia (Beda el Venerable).

El tabernáculo portátil representa a la Iglesia militante y, en tanto que obra construida, representa, al igual que el templo de Salomón, que era estable, a la Iglesia triunfante que descansa y resulta estable en Dios. Las diez cortinas de diversos colores representan a los elegidos ornamentados con virtudes de todo tipo. El techo del tabernáculo representa a los pastores bajo cuya dirección los fieles se hallan a cubierto. Las pieles de carnero teñidas de rojo representan a los mártires, que tiñeron su carne con su propia sangre en defensa de la fe. Las pieles moradas representan al resto de los santos adornados de virtudes diversas y, sobre todo, a los que habían destacado por su castidad. Los jarrones de plata representan los libros de la ley y de los profetas. Las tablas representan los trabajos de los apóstoles y los hombres apostólicos. Las palancas y los anillos, que eran de oro, representan la promesa del cielo que poseen los fieles adscritos al servicio de Dios.

(¡No me cansaría probablemente nunca de escribir unas cosas tan bonitas! Prosigamos, pues).

El *Santa Santorum* representa el propio cielo donde se encuentran los bienaventurados. El arca significa los santos que están en el cielo. El propiciatorio que se encontraba encima del arca representaba a Jesucristo, que está por encima de los santos. Las tablas representan las distintas resurrecciones espirituales de los fieles que se consiguen con los sacramentos y sobre todo con la Eucaristía. El candelabro

con las lámparas representa la luz de la fe y la que proviene de la doctrina cristiana, así como los siete dones del Espíritu Santo. El altar de los perfumes representa las oraciones y súplicas de los fieles cuyo buen aroma sube hasta el cielo (san Gregorio, san Cirilo, san Agustín).

Las prendas sacerdotales no carecían tampoco de significados misteriosos: la túnica de lino representaba la tierra, la de jacinto representaba el aire, las granadas y piedras de granizo que colgaban de ellas representaban los rayos y truenos o bien la combinación de los cuatro elementos. El cíngulo simbolizaba el océano que rodea a la tierra, el efod representaba el cielo de las estrellas, las dos piedras de ónice representaban el sol y la luna, las doce piedras del pectoral representaban los doce meses del año o los doce signos del zodíaco. La lámina de oro donde estaba el nombre de Dios *Tetragrammaton* (Éxodo, 28) representaba al propio Dios que reina sobre todas las criaturas. La tiara simboliza el cielo empíreo. Así pues, el pontífice representaba todo tipo de cosas para mostrar tanto a través de su vestimenta como de sus palabras que todas las cosas necesitaban al Salvador y la misericordia de Dios (san Jerónimo, *Epístolas*, 128; Beda el Venerable, san Gregorio; Flavio Josefo, *Antigüedades*, libro III, capítulo 8).

Dios le dijo a Moisés que no vería su cara pero que vería su parte posterior. Con eso quiere representarse que la cara de Dios significa la divinidad, que no se puede ver con los ojos del cuerpo, y la parte posterior representa la naturaleza humana de Jesucristo, que sí se puede contemplar. Le dijo, por tanto, que vería su parte posterior porque los judíos, que aparecen ahí representados por Moisés, vieron al hijo de Dios en su humanidad (san Agustín).

El sacerdocio del Antiguo Testamento no era más que una imagen del sacerdocio de la ley evangélica, al igual que todos los sacrificios del Antiguo Testamento no eran más que representaciones, según la doctrina de los cristícolas, del sacrificio de la ley nueva de Jesucristo. El ternero que se ofrecía en holocausto representaba a Jesucristo, que se ofreció a su padre en holocausto en la cruz. Ese ternero sacado del rebaño (Levítico, 1) representa que Jesucristo descendía de los antiguos patriarcas, por eso estaba representado por el ternero sacado del rebaño. También estaba representado por el cordero a causa de su inocencia y dulzura. Y por el morueco, debido a su poder soberano. También estaba representado por el chivo, porque llevaba la imagen del pecado en su carne. También por la tórtola y por la paloma, a causa de su divinidad y su humanidad.

Los antiguos sacrificios se realizaban fuera del tabernáculo para figurar que Jesucristo sufriría su muerte fuera de la ciudad de Jerusalén, dice san Pablo. Las víctimas eran despellejadas: imagen de Jesucristo siendo despojado de su túnica. Se derramaba la sangre de la víctima alrededor del altar: imagen de la sangre de Jesucristo que sería derramada alrededor de la cruz, que era su altar. Las víctimas eran descuartizadas para representar que la carne de Jesucristo resultaría desgarrada y como troceada por los latigazos. La carne de las víctimas era quemada como imagen

de que Jesucristo ardería en sí mismo por el fuego de la caridad (san Agustín, san Cirilo de Alejandría y otros).

Las dos naturalezas de Jesucristo son representadas por los dos moruecos mencionados en el capítulo 16 del Levítico. El inmolado representaba la naturaleza humana de Jesucristo, que fue inmolado en la cruz, y el que dejaban que se fuera al desierto representaba la naturaleza divina, que es impasible (Teodoro, san Cirilo). Otros dicen que este chivo expiatorio que portaba los pecados del pueblo y era expulsado en medio de imprecaciones y maldiciones representaba a Jesucristo, que cargó voluntariamente con los pecados de los hombres y fue rechazado por los judíos en medio de maldiciones sin cuento (san Agustín). Otros dicen que uno de los moruecos representaba a Jesucristo y el otro a Barrabás (san Cirilo).

La prohibición de sembrar en la misma tierra diferentes clases de grano, o de vestir ropas de diferentes tejidos (Deuteronomio, 22,9), representaba que no hay que llevar en el corazón costumbres contrarias sino que deben ser uniformes para evitar la doblez. El sabbat de los judíos representaba el descanso del alma que Jesucristo procura a sus fieles librándolos de las preocupaciones superfluas de la vida y de las inquietudes del siglo. Su jubileo representa el tiempo de la remisión general de los pecados, que ocurrirá al final de los tiempos, cuando los fieles entren en posesión del paraíso, que es lo que constituye su verdadera herencia. El son de las trompetas mientras dure el jubileo representa el son de las trompetas de los ángeles, que llamarán a los muertos a la resurrección y el juicio final (san Cirilo y otros).

El orden que los judíos guardaban cuando caminaban por el desierto representaba a la Iglesia militante y a las diferentes órdenes que hay en la Iglesia, que es considerada por ello tan terrible como un ejército formado para la batalla. El arca que se encontraba en medio del campamento de los israelitas representaba a Jesucristo, que es la verdadera arca de la alianza ya que reúne a los hombres en Dios y está en medio de su Iglesia. Los estandartes de los principales escuadrones de los israelitas tenían cada cual su imagen: Judá, un león; Rubén, un rostro humano; Efraím, un buey; y Dan, el cuarto y último, un águila con una serpiente en sus garras, y representaban, en realidad, a los cuatro evangelistas: Mateo, el rostro humano; Marcos, el león; Lucas, el buey; y Juan evangelista, el águila (san Agustín, Orígenes).

Los nazarenos, palabra que significa estar *separado, consagrado y santo* (Números, 6), representaban a Jesucristo, que se separó del siglo, se consagró a Dios y estaba lleno de santidad (san Cirilo, san Jerónimo, san Ambrosio). Las bendiciones que los sacerdotes impartían al pueblo repitiendo tres veces el nombre del Señor (*ibid.*, 24-26) representaban el misterio de la Trinidad de Dios (san Agustín).

Las murmuraciones de María y de Aarón contra Moisés por haber desposado a una mujer etíope tienen un sentido figurado: al desposar a una mujer etíope Moisés representa a Jesucristo que desposa a la Iglesia de los gentiles, representados por la etíope. María y Aarón murmurando representaban a la Sinagoga y al sacerdocio de la ley (Números, 6), para expresar que la Sinagoga murmuraría porque su ley y su

sacerdocio serían transferidos a unos gentiles que fructificarían. Dios aprobó ese matrimonio: representa que Dios aceptaría a la Iglesia de los gentiles. El hecho de que María recibiera la lepra como castigo y resultara apartada durante un tiempo significa que la Sinagoga, representada por María, se volvió leprosa y deforme a causa de su ceguera y sus pecados. Una vez leprosa, María fue separada por un tiempo: esto representa que la Sinagoga será rechazada por Dios durante un tiempo. Luego, después de siete días de exilio, María vuelve: esto significa que la Sinagoga, una vez transcurridas las siete eras del mundo, es decir, hacia el final de los tiempos, se incorporará a la Iglesia (Orígenes, san Ambrosio).

La vara de Aarón que echó yemas y flores (Números, 17) representaba a la Virgen María, que trajo al mundo una flor divina sólo por virtud del Espíritu Santo, es decir, a Jesucristo (san Cirilo). Según otros, la vara de Aarón representaba la cruz de Jesucristo. Las yemas y las flores que produjo representaban a los gentiles, que se convertirían por la predicación de la cruz del Salvador (Orígenes). Según otros, la vara de Aarón representaba el poder de Jesucristo, con la flor de su belleza espiritual, que procedía de la gracia, y las flores de la dulzura de su espíritu.

La vaca bermeja que aparece en el capítulo 19 de Números era una vaca simbólica. La vaca representaba la humanidad de Jesucristo. Su color rojizo simbolizaba su pasión; su edad, completamente en sazón, representaba la edad viril de Jesucristo. No tenía mancha, para representar su inocencia exenta de pecado. Nunca había llevado el yugo, para señalar la libertad de los hijos de Dios y sobre todo de Jesucristo; y era inmolada por el sacerdote Eleazar, para simbolizar que los sacerdotes de la ley harían sufrir a Jesucristo. La mataban fuera del campamento, para representar que matarían a Jesucristo fuera de Jerusalén. Las llamas que quemaban a la vaca y que subían cada vez más representaban, según estos mismos doctores, la resurrección y ascensión de Jesucristo. La madera de cedro con que la quemaron representaba la cruz de Jesucristo, el hisopo simbolizaba la virtud del bautismo, y el color escarlata la sangre de Jesucristo (san Agustín, san Isidoro, san Gregorio, Teodoro, etc.).

¿Se podían decir cosas más bellas?

La vaca que tuvo que ser sacrificada después de que encontrasen a un hombre muerto y no supieran quién fue el asesino (Deuteronomio, 21,3), representaba también la carne o la humanidad de Jesucristo, que debía ser inmolado por la salvación de los hombres muertos en pecado. Esa vaca no tenía que haber llevado yugo, para señalar que Jesucristo no conocía el pecado. La mataron a causa de un homicidio: simboliza que matarían a Jesucristo a causa de los hombres muertos por el pecado. Mataban a la vaca en un valle agreste para representar el calvario o el propio pueblo judío, que era desabrido, infiel y desagradable. Con el toro mencionado en el capítulo 39 del Deuteronomio quieren representar a Jesucristo, mientras que los cuernos del toro simbolizan los brazos en cruz (san Agustín, Tertuliano, san Ambrosio de Milán).

También habría que decir aquí: ¿se puede contar algo más maravilloso?

No pondréis bozal al buey que trilla: esto se dijo figuradamente para señalar a los predicadores del Evangelio y para indicar que deben vivir del Evangelio, cosa que san Pablo lleva a efecto (1 Corintios, 9,9). El hermano que se casaba con la mujer de su hermano para fortalecer la raza representaba a los predicadores del Evangelio que, al predicar el Evangelio y convertir a los infieles, fortalecían y multiplicaban la raza de Jesucristo, en tanto que los convertidos toman de Jesucristo el nombre de cristianos. Y si se oponen a convertir a los hombres y a predicar, como el hermano que no quiso casarse con la mujer de su hermano, serán apartados y despreciados por la Iglesia (san Agustín).

Los hijos de Israel resistieron durante 40 años a Goliat y los filisteos, que eran sus enemigos. ¿Por qué 40 años? Porque simbolizaban, según san Agustín, los cuatro tiempos y las cuatro partes de la tierra, que significan la vida presente en la que los cristianos, representados por los israelitas, se ven obligados a combatir contra el diablo y sus ángeles, representados por Goliat y los filisteos. David, que apareció con su cayado para combatir a Goliat, era imagen de Jesucristo, que debía combatir contra el Goliat espiritual, es decir, contra el diablo, ayudado por la madera de la cruz. Goliat fue golpeado en la frente por una piedra lanzada por David. ¿Por qué en la frente? Porque, según san Agustín, no hizo la señal de la cruz en su frente. Y así como el bastón representaba la cruz de Jesucristo, dice, la piedra que golpeó a Goliat representaba a nuestro Señor Jesucristo (san Agustín, *Sermones, De tempore*, cuarto domingo después de Pentecostés).

Amigos, ¿quién no se reiría de esas bonitas alegorías? ¡Y de todas esas bellas imágenes! ¡Ante semejante espectáculo, contengamos la risa, amigos! ¿Se pueden decir cosas más hermosas?

El magnífico templo erigido por Salomón en honor de Dios, según el mismo san Agustín, no es más que una imagen del que le edificaría Jesucristo, que estaría hecho no de madera ni piedra, como el de Salomón, sino de hombres vivos, tal y como tenemos el gozo de ver ahora mismo (san Agustín, *La ciudad de Dios*, 17, 8).

¿Quién no se reiría de semejantes tonterías?

En fin, de hacer caso a la bonita doctrina de los cristícolas, toda la ley de Moisés no es más que una imagen de la nueva ley de Jesucristo ya que, de hacer caso a lo que dicen, tanto las acciones como las palabras, promesas y profecías que figuraban en ella sólo eran simbólicas y proféticas. La tierra prometida, de la que se decía que estaría hecha de leche y miel, para mostrar la abundancia de bienes que contendría, no era, de hacer caso a lo que dicen, más que una imagen de la vida venturosa que les esperaba en el cielo y que sería su verdadera patria. Los bienes temporales que Dios prometió a los judíos no eran más que una imagen de los bienes espirituales de la gracia o de las recompensas del cielo, y también las amenazas que Dios profería contra ellos asegurándoles castigos temporales en esta vida no eran más que una imagen de los castigos eternos del infierno. La cautividad a que fue reducida aquella

gente no era más que una imagen de la cautividad del demonio y del pecado, a la que serían reducidos los hombres. La prometida liberación de su cautividad no era más que una figura de la liberación espiritual de la cautividad del demonio y del pecado. El poderoso libertador y redentor que les había sido prometido no era, de hacer caso a lo que dicen, más que una imagen de Jesucristo, cuyo poder espiritual habría liberado a los hombres de la supuesta cautividad espiritual del demonio y del pecado a la que habían sido reducidos. La Jerusalén terrestre, que debía ser para siempre gloriosa y rica, poderosa, bella y triunfante no era, de hacer caso a lo que dicen, más que una imagen de la Jerusalén celeste, donde aseguran que se encuentran en abundancia todo tipo de bienes. De tal manera que todo cuanto dicen la ley y los profetas acerca de la Jerusalén terrestre o del supuesto y poderoso redentor prometido, así como todo lo que dicen acerca de la supuesta y gloriosa liberación del pueblo de Israel, más todo lo que dicen acerca de los sacrificios y las ceremonias que se realizaban en tiempos de Moisés, no debían entenderse más que figurada, alegórica y místicamente, en la medida que no hacían más que hablar de lo que le ocurriría hoy en día a la religión cristiana, por lo que debían entenderse únicamente como referencias a la Jerusalén celeste, al poder espiritual de Cristo y a la supuesta redención espiritual de los hombres, conseguida por los méritos infinitos de su pasión y muerte.

Incluso el pueblo judío de carne y hueso no era, de hacer caso a lo que dicen, más que una imagen de los cristianos que, según dicen, son los verdaderos israelitas, siendo Dios el auténtico Israel, como asegura el gran mirmadolín de san Pablo. De tal manera que todo lo que dicen las Escrituras acerca de ese pueblo y acerca de las grandiosas y magníficas promesas que les habría hecho Dios, no debe entenderse más que espiritual y alegóricamente, pues se refieren a los cristianos, que son, como así lo pretenden los cristícolas, los verdaderos israelitas, siendo Dios el auténtico Israel. De hacer caso a la bonita doctrina de los cristícolas, todo cuanto se le dijo y se le prometió a ese pueblo, por hermoso, magnífico y ventajoso que fuese, respecto a la venida de un supuesto poderoso redentor o a la gloriosa liberación y redención que debía efectuar con sus personas, y respecto a los supuestos y grandiosos bienes que debía entregarles para que disfrutaran de ellos en esta vida, acabaron por convertirse, pues, en bienes imaginarios, en victorias imaginarias y en un redentor imaginario y, por consiguiente, en una redención que sólo sería imaginaria. En fin, que todo acabó en un fanatismo vil y ridículo concentrado, en los comienzos del cristianismo, en un puñado de individuos ignorantes y toscos, pertenecientes al pueblo judío, que se imaginaban insensatamente que Jesucristo, su jefe, les mostraría el cumplimiento de todas estas grandiosas y magníficas promesas que habrían sido hechas supuestamente por Dios, como ya he dicho, a los antiguos patriarcas en beneficio de su pueblo. Con lo que se podría aplicar muy bien al caso lo que se dice acerca del renombrado y prodigioso parto de los montes que se saldó con el nacimiento de un ratón enclenque.

A partir de todo lo expuesto se puede ver claramente lo ridículo que resulta despojar del verdadero sentido natural y literal a las susodichas promesas y profecías

para darles un sentido espiritual y alegórico que no les corresponde, ya que con ello no se hace realmente sino tergiversar los términos de la mencionada ley así como los de las mencionadas promesas y profecías. No se hace sino pervertir su verdadero sentido y su verdadero significado, de tal manera que, aunque quisiéramos admitir que provenían realmente de Dios, resultarían destruidas y aniquiladas por tantas interpretaciones alegóricas y místicas completamente vanas y frívolas. Interpretaciones que, en el fondo, no son más que imaginaciones huecas y ridículas ficciones de un espíritu humano que se halla muy a gusto en la quimera y la mentira, por lo que no merecen que nadie les preste atención.

Si he expuesto tantos ejemplos es sólo porque suscitan risa y sirven para mostrar claramente la vanidad de las mencionadas promesas y profecías, que resultan tan vanas en sí mismas como vanas resultan cuando los cristícolas las someten a esas interpretaciones espirituales y místicas que tanto les gustan.

Me habría parecido muy extraño que unos personajes tan importantes y tan ilustres se hubieran entretenido en soltarnos tantas tonterías sobre asuntos tan vanos, si no supiera que fueron arrastrados a ello por determinadas consideraciones de tipo personal.

Los grandes hombres, al igual que el común de los mortales, tienen también mil debilidades. Hay tantos pliegues y recovecos en el corazón y el espíritu humanos que resulta muy complicado desentrañarlos. No siempre es fácil descubrir cuáles son los motivos que impulsan al hombre a decir ciertas cosas y a actuar de una manera determinada. Por lo que a mí respecta, apenas puedo creer, como dice el señor de Montaigne, que estos grandes hombres cuyas opiniones acabo de exponer hayan podido hablar de veras, como él dice, es decir que hayan podido hablar seriamente cuando soltaban tantas tonterías sobre el tema. De no ser que hayan acabado por convencerse a sí mismos de aquello que en un principio sólo querían que creyeran los demás, «iguales en eso —dice también el señor de Montaigne— a los niños que se asustan de las caras que han garabateado en las de sus compañeros» (*Ensayos*, II, 12). O que hayan actuado como esos idólatras estúpidos que adoran fervorosamente a los troncos de los árboles o las piedras, a los que han dado una forma cualquiera. ¿Hay algo más vano, tonto y ridículo que esos cristícolas capaces de adorar pequeñas imágenes o ídolos de pasta sólo porque sus sacerdotes les han indicado, misteriosa y secretamente, que deben adorarlas?

Pienso, más bien, que esos grandes hombres han querido burlarse de nuestra común ignorancia e imbecilidad, a sabiendas de que no hay nada que no se pueda conseguir que crean los ignorantes. Pero, si me quieren convencer de que expusieron de esa manera sus pensamientos porque creían precisamente en lo que decían, no podré dejar de pensar que obraron como unos ignorantes y unos tontos.

Que se me perdone la expresión, ya que escribo simplemente todo cuanto se me pasa por la cabeza. Simplemente, eso sí, pero después de haber reflexionado y siguiendo muy a fondo, tanto como me ha sido posible, las luces más claras de la

razón para ver si no era yo el que estaba equivocado, ya que no hay otro camino que el de la razón natural, que es, como me parece evidente, el que hay que seguir para no caminar a ciegas y el que hay que utilizar cuando se camina por caminos y países que no se conocen. Pues bien, cuanto más vueltas le doy, más me confirmo en lo que pienso.

Como las mencionadas promesas y profecías no se han cumplido, pues, en sentido literal y natural, sino que se habrían cumplido únicamente, como confiesan los propios cristícolas, en sentido espiritual y alegórico —que no es, en el fondo, más que un sentido extraño, ridículo e imaginario, forjado a capricho por la imaginación de los hombres—, hay que concluir manifiestamente que son falsas, puesto que sólo son verdaderas o verosímiles en un sentido que no tienen en sí mismas y que es sólo imaginario.

Y si son falsas, resulta claro y evidente que no provienen de Dios y que no pueden servir de prueba ni testimonio indudable de la autenticidad de su religión, de la misma manera que tampoco sirven de prueba los milagros sobre los que he hablado anteriormente.

Por lo cual, todos esos supuestos motivos de credibilidad sobre los que los cristícolas pretenden fundamentar la verdadera autenticidad de su religión carecen de peso y no tienen autoridad probatoria alguna; de ahí haya que concluir claramente que su religión es falsa y que todo cuanto aseguran que proviene de Dios no es, como he dicho, más que error, ilusión, mentira e impostura. Y aquí termina la cuarta prueba demostrativa que tenía que daros.

Quinta prueba

29

De la futilidad y falsedad de la religión cristiana, deducida de los errores de su doctrina y moral

Pasemos a la quinta prueba, que obtendré de la falsedad de su doctrina. No hay religión que no pretenda enseñar la doctrina más pura, sana y verdadera. Sin embargo, no hay ninguna que no contenga o no esté mezclada de todo tipo de errores, ilusiones, mentiras e imposturas.

Por consiguiente, lo mismo que se dice del resto de religiones se puede decir, con absoluta seguridad, de la religión cristiana, apostólica y romana. De ello obtengo este argumento: una religión que admita, apruebe e incluso autorice errores en su doctrina y su moral no puede ser una religión verdadera y haber sido hecha realmente por mandato divino. Ahora bien, la religión cristiana, y principalmente su secta romana, admite, aprueba y autoriza errores en su doctrina y su moral, cosa que se puede comprobar fácilmente.

Digo que admite, aprueba e incluso autoriza que se den errores en su doctrina porque enseña y obliga a creer en cosas no solamente falsas sino que son al mismo tiempo ridículas y absurdas, y que se muestran contrarias a lo que se debería pensar acerca de la bondad, la sabiduría, la justicia y la misericordia de un Dios que fuese infinitamente perfecto.

En segundo lugar, admite, aprueba y autoriza errores en su moral:

1. Porque aprueba y autoriza principios que tienden a trastocar la justicia y equidad naturales.

2. Porque censura y condena, por considerarlas depravadas, las inclinaciones más naturales y legítimas de la naturaleza, al tiempo que sostiene, favorece y autoriza una serie de abusos que chocan con la recta razón y son completamente opuestos a la justicia y al buen gobierno de los hombres.

Lo cual resultará muy fácil de poner de manifiesto mediante la simple exposición de esos errores y abusos, ya que basta con exponerlos sencilla y llanamente para que queden refutados por sí mismos.

30

Primer error de su doctrina, relativo a la trinidad de un solo Dios en tres personas

En primer lugar, la religión cristiana, apostólica y romana enseña y obliga a creer que no hay más que un solo Dios, pero al mismo tiempo enseña también y establece como dogma de fe que hay tres personas en Dios, es decir, que tres personas son Dios: «predica fervientemente un sólo Dios en tres personas» (Himno para los Laudes para la consagración de una iglesia).

Todo ello resulta manifiestamente absurdo, ya que si hay tres que son realmente Dios, habría, en realidad, tres Dioses. Y si realmente son tres Dioses, será falso decir que hay un solo Dios.

Dicho de otro modo, si es verdad que no hay realmente más que un solo Dios, es falso decir que hay realmente tres que son Dios, porque no se puede decir de una sola y misma cosa que es al mismo tiempo uno y tres.

La misma religión cristiana enseña y establece como dogma de fe que la primera de esas tres personas supuestamente divinas, a la que llama el Padre, engendró a la segunda persona, a la que llama el Hijo, y que estas dos primeras personas produjeron juntas la tercera, que se llama el Espíritu Santo. Sin embargo, enseña y establece como dogma de fe que esas tres personas supuestamente divinas no dependen una de otra de ninguna manera y que ninguna fue antes que la otra, lo que resulta también claramente absurdo, porque una cosa no puede recibir su ser de otra sin que se dé algún tipo de dependencia en esta segunda respecto a la primera, pero es que, además, tiene que cumplirse necesariamente que una cosa sea para que pueda dar su ser a otra. De modo que, si la segunda y la tercera de estas personas supuestamente divinas recibieron el ser de la primera, tiene que cumplirse necesariamente que hay una dependencia en ellas respecto al ser de la primera persona que les habría dado el ser o la habría engendrado y producido, y tiene que cumplirse también necesariamente que esa primera persona, que dio el ser a las otras dos, tuvo que ser o existir antes de poder darles el ser, porque si eso no hubiera ocurrido, no habría podido dar el ser a nada ni a nadie.

Así pues, si la primera persona dio realmente el ser a las otras dos, y si estas otras dos recibieron el ser de la primera, tiene que cumplirse necesariamente que la primera existiese cuando las otras dos todavía no eran y, por consiguiente, tiene que cumplirse necesariamente que una fuera antes que las otras.

Por otro lado, repugna y es absurdo decir que una cosa que fue engendrada y producida no tuvo comienzo. Pues bien, según los cristícolas, la segunda y la tercera personas divinas fueron engendradas o producidas, por lo que tuvieron que tener un comienzo u origen. Y si estas dos tuvieron comienzo y la primera no, como si no

hubiera sido engendrada o producida por ninguna otra, de ello se sigue necesariamente que una fue antes que la otra, es decir, que la primera fue antes que la segunda y que la segunda fue antes que la tercera, por lo que resulta absurdo decir que fueron producidas una de otra sin que se diese ningún tipo de dependencia de una respecto a otra y sin prioridad ni posteridad de una respecto a otra. Y si esto es absurdo, no es realmente menos absurdo decir que no hay más que un Dios cuando, sin embargo, se está diciendo al mismo tiempo que hay tres personas en Dios.

Como los cristícolas se dan perfecta cuenta de estos absurdos y no pueden defenderse de las críticas con ninguna razón de peso, no les queda otro recurso que decir que hay que cerrar piadosamente los ojos de la razón humana, que hay que someter el espíritu a la obediencia de la fe, y que hay que venerar humildemente tan altos y tan venerables misterios sin meterse a profundizar en ellos y sin buscar comprenderlos.

Pero como lo que llaman fe es en realidad sólo una fuente de errores, quimeras e imposturas, cosa que ya he demostrado más atrás, ocurre que, cuando nos dicen que hay que someterse piadosa y ciegamente a lo que la fe les enseña y les obliga a creer es como si estuvieran diciendo que hay que creer y hay que admitir piadosa y ciegamente todo tipo de errores, ilusiones e imposturas, puesto que se están basando en un principio que no es más que error, quimera e impostura.

Veamos cómo uno de los famosos deicristícolas habla de esta sumisión ciega a la fe en este terreno del supuesto misterio de Dios en tres personas: «No hay nada de humano ni nada de carnal en que la razón se someta al yugo de la fe para venerar los misterios que no puede comprender. Un Dios, que es la misma cosa que su Hijo y no es la misma persona; un Hijo que reside en su Padre y un Padre que reside en su Hijo y que son realmente distintos uno del otro; un Hijo que recibe todo, incluso el ser, de su Padre, sin mengua, sin dependencia y sin que se haya producido un acto de descendencia; un Padre que da y comunica todo lo que es a su Hijo, sin darle un origen y sin que él pierda lo que le ha dado a su Hijo; un Hijo que es coeterno y consustancial y que actúa con él gracias a una misma omnipotencia compartida: son verdades en las que la razón se pierde…» (Quesnel, *Sur saint Jean*, cap. 14, 10).

Tiene toda la razón al decir que la razón se pierde, porque hay que haberla perdido efectivamente, o haber renunciado por completo a las luces de la razón, para atreverse a sostener proposiciones tan absurdas como ésas. Sin embargo, se trata de uno de los principios fundamentales de la doctrina de los deicristícolas. Ellos mismos ven que la razón se pierde en los absurdos de estos bonitos supuestos misterios y, sin embargo, consideran preferible perder la razón antes que ir contra la fe por confiar en las luces de su razón: «Para ellos constituye una razón poderosa el hecho de admitir algo que sea increíble, y todavía con mayor razón si va contra la razón humana», como dice el señor de Montaigne (*Ensayos*, II, 12). Pues bien, eso es exactamente lo que prueba con mayor claridad su ceguera y la falsedad de su doctrina.

Los deicristícolas censuran y condenan ciegamente a los antiguos paganos que admitían y adoraban a muchos dioses. Se burlan de lo que decían sobre la genealogía de sus dioses, sobre su nacimiento, sobre sus matrimonios y sobre cómo generaban a sus hijos, sin tener en cuenta que ellos dicen cosas todavía más ridículas y más absurdas que las que dijeron los paganos acerca de sus dioses. Ya que si los paganos adoraban a muchos dioses, no por ello sostenían que compartían la misma naturaleza y que tenían un mismo poder y una misma divinidad, es decir, que eran un solo Dios, sino que atribuían a cada uno de ellos su propia naturaleza, su propia persona, su propia voluntad, sus propias inclinaciones y su propia divinidad con toda sencillez y sin ningún misterio. Pero los deicristícolas, pese a que admiten de nombre a un solo Dios, están admitiendo en realidad que hay tres, a los que confieren una naturaleza única y un mismo poder, una misma voluntad y una misma divinidad, lo que resulta mucho más absurdo que lo que decían los paganos sobre la pluralidad de sus dioses.

Si los mismos paganos creían que había diosas, de la misma manera que había dioses, y que estas diosas y estos dioses se casaban entre ellos y engendraban hijos, pensaban que en ello había sólo algo natural, ya que no se imaginaban que los dioses pudieran carecer de sentimientos y de cuerpo. Y como creían que tenían cuerpo y sentimientos, al igual que los hombres, no hay que extrañarse de que creyeran que tenía que haber dioses macho y dioses hembra, ya que si había muchos dioses, ¿por qué no iban a ser de un sexo y de otro? No parece que sea más razonable negar esto que afirmarlo. Y si se supone, como hacían los paganos, que había dioses y diosas, ¿por qué no iban a casarse? ¿Y por qué no iban a disfrutar los dioses y las diosas juntos del placer a fin de poder engendrar hijos de su misma especie, tal como hacen los hombres? No hay realmente nada que se pueda considerar ridículo o absurdo en esta doctrina y este dogma de los paganos si se parte de la base de que su doctrina y sus dogmas son verdaderos: es decir, si fuera verdad que hay realmente dioses.

En cambio, en la doctrina y los dogmas de los deicristícolas hay cosas mucho más ridículas y absurdas ya que, además de decir que hay un Dios que es tres, o que hay tres que no son más que uno, lo cual, como ya he dicho, constituye el mayor de los absurdos, dicen que este Dios triple y único no tiene cuerpo ni forma ni aspecto. Dicen que la primera persona de este Dios triple y único, al que llaman *el Padre*, engendró él solito mediante su propia mente y su propio pensamiento una persona a la que llaman *el Hijo*, que es semejante en todo a su padre y que como él, carece de cuerpo, forma y aspecto.

Pero, si estas dos supuestas personas carecen de cuerpo, forma y aspecto, ¿qué hace que se le pueda llamar a la primera persona *el Padre* en vez de *la Madre*? ¿Qué hace que se le pueda llamar a la segunda *el Hijo* en vez de *la Hija*? Pues si la primera es realmente padre, en vez de madre, y si la segunda es realmente hijo, en vez de hija, tiene que darse necesariamente que debe haber algo en una y otra de estas dos personas que haga que una sea padre en vez de madre y que la otra sea hijo en vez de hija. ¿Y cómo podría ser esto si ambos son machos y no hembras? Pero, ¿cómo serían

estas personas machos en vez de hembras si ni una ni otra tienen cuerpo, forma y aspecto de ninguna clase? Esto no es imaginable, esto es imposible y se cae por su propio peso. Pero dicen que no les importa nada, y se complacen en decirlo, que esas dos personas, que carecen de cuerpo, forma y aspecto y, por consiguiente, no pueden tener sexo alguno, es decir, no pueden ser machos ni hembras, y que son padre e hijo, hayan producido, gracias a su mutuo amor, una tercera persona a la que llaman el Espíritu Santo, persona que, como las otras dos, carece también de cuerpo, forma y aspecto. De ahí que, según la admirable y sana doctrina y dogma de los sutiles y sabios deicristícolas, no haya más que un Dios triple y único, que carece de cuerpo y de forma, que no tiene aspecto ni color alguno y, sin embargo, en este triple y único Dios tenga que haber tres personas divinas, que carecen las tres de cuerpo, forma, aspecto y color. Asimismo, esas personas no pertenecen a un sexo ni al otro, es decir, no se puede afirmar que sean machos o hembras, pero, a pesar de que no son ni machos ni hembras no habrían dejado de engendrar y reproducirse entre sí, cosa que consiguen, según los deicristícolas, no carnal sino espiritualmente y de una manera misteriosa e inefable, es decir, de una manera que ni siquiera los deicristícolas saben cómo explicar ni alcanzan tampoco a concebir. Juzgad si esta doctrina y este dogma no son incomparablemente más ridículos y absurdos que los de los paganos, ya que los antiguos paganos creían, de acuerdo con el curso ordinario de la naturaleza en este tipo de operaciones, que los dioses podían engendrar muchos hijos y que los hijos podían engendrar, de igual manera, otros más, perpetuándose así de generación en generación, lo cual significaría, de acuerdo con sus propios principios, que no hay nada de ridículo ni de absurdo en su doctrina y su dogma.

Pero, ¿por qué razón los deicristícolas se empeñan en limitar la potencia generativa de Dios Padre a la generación de un único hijo? ¿Es porque no habría podido o no habría querido engendrar más? ¿O será porque no habría resultado conveniente que tuviera muchos hijos o hijas? No, no debe de ser por esto último por lo que no quiso tener más que un solo hijo, ya que tener muchos hijos —cuando nacen perfectamente y son hermosos, prudentes y virtuosos— representa un honor y una gloria para el padre que los ha engendrado y no cabe duda de que un Dios como él, que quería ser padre, no habría podido engendrar más que hijos hermosos, que habrían sido tan prudentes y perfectos como él hubiera querido y, por consiguiente, habrían constituido todo un honor y una gloria para su padre.

Por otra parte, este supuesto Padre divino no habría tenido que temer, como les ocurre a los hombres, la posibilidad de ver a sus hijos en la indigencia y la miseria, ya que al ser el amo y señor del cielo y de la tierra, habría podido darles a todos ellos un patrimonio en consonancia con su divino nacimiento, e incluso habría podido crear y entregarle a cada uno, si así lo hubiese querido, un mundo entero para que lo gobernara e hiciera en él todo cuanto quisiera, reservándose este mundo nuestro para sí, si le hubiese parecido que eso era lo correcto. Por tanto, no parece que haya sido

por ninguna razón de este tipo por lo que no habría querido engendrar más hijos o más niños.

Decir que no habría podido engendrar ningún otro, entendiendo por ello que su potencia generativa se habría agotado completamente en la generación de ese primer y único hijo, sería una cosa ridícula y absurda, porque es ridículo y absurdo limitar de semejante manera una potencia que se dice infinita. Ya que los cristícolas dicen que la potencia generativa del Padre divino es infinita, y si es infinita no podría haberse agotado de ninguna manera en la generación de un solo hijo, por mucho que se pretenda que ese hijo es también infinito, como el padre, porque el infinito no se puede agotar de ninguna de las maneras y toda potencia que pueda agotarse no es infinita.

¿Cómo? ¿Esta potencia de engendrar se agota en el hombre por la generación de un solo hijo? De ninguna manera. Lejos de ello, no lo hace ni siquiera la generación de 12 o 15, porque hay muchos que han tenido incluso más. Se dice que Egipto, el primer rey del reino del mismo nombre, tuvo 50 hijos y que casó con las 50 hijas de su hermano Dárdano. Se dice que Murad, el tercer rey de los turcos, tuvo ciento dos niños. Y que Hierosmo, rey de los árabes, tuvo 600, y que Esciluro, rey de los tártaros, dejó 80 hijos varones. Parece ser que el rey Salomón tuvo todavía más que todos ellos, ya que no tenía menos de 700 mujeres, que eran otras tantas reinas, con la particularidad de que tuvo, además, 300 concubinas, por lo que, a nada que hubiera tenido un hijo con cada una de ellas, el número de hijos no habría bajado del millar. Esta potencia generativa tampoco está limitada en las mujeres a la generación de un solo hijo: hay muchas que llegan a tener hasta una docena, y no son raros los partos de dos o tres niños. El *Journal Historique* del mes de mayo de 1709 informa que la mujer de un artesano de la ciudad de Londres trajo al mundo tres niños y tres niñas en un solo alumbramiento. Se dice que una condesa de Polonia llamada Margarita trajo al mundo de una vez 36 niños. Pero eso no es todo, se dice que una condesa de Holanda, que se llamaba también Margarita, tuvo de una vez tantos hijos como días tiene el año, a saber 365, y eso por haberse burlado de una mujer cargada de hijos, y que los casó a todos. Vedlo en los *Annales et Histoires de Hollande et Pologne*.

Y no quiero hablar de muchos animales que tienen diez o doce cachorros de su especie en una sola camada. Mediante estos ejemplos y de la experiencia cotidiana, parece claro que la potencia de engendrar, tanto en el hombre o en los animales, no se circunscribe, por limitada que sea, a la generación de un solo individuo sino que va mucho más lejos. ¿Por qué los cristícolas quieren limitar hasta tal punto en su querido Dios, que es todopoderoso e infinito en toda clase de perfecciones, una potencia tan dulce, encantadora y amable como ésa? No pueden aportar ninguna razón sólida, y por ello son ridículos también y hasta más ridículos de lo que lo fueron los antiguos paganos en sus creencias acerca de la generación de sus dioses. Pero, ¿por qué no quieren que ni la segunda ni la tercera persona de su triple y única divinidad tengan, como la primera, la potencia de engendrar un hijo igual a ellos? Si esta potencia de

engendrar hijos representaba una perfección en la primera persona, nos hallaríamos ante una perfección y una potencia que estarían ausentes en la segunda y en la tercera, por lo que estas dos personas carecerían de una perfección y de una potencia que sí tendría la primera, por lo que las tres no serían iguales entre ellas como pretenden los cristícolas. Si, por el contrario, dicen que esta potencia de engendrar hijos no es una perfección, tampoco deberían atribuírsela a la primera persona, de la misma manera que no se la confieren a las otras dos, porque a un ser que fuera soberana e infinitamente perfecto sólo habría que atribuirle perfecciones. Eso sin mencionar que no se atreverían a decir, bajo ningún concepto, que la capacidad de engendrar no constituye una perfección en una persona considerada divina. Por otro lado, si dicen que esta primera persona habría podido engendrar varios hijos e hijas, pero sólo quiso engendrar uno solo mientras que, por su parte, las otras dos no quisieron engendrar ni producir ninguno ni ninguna, entonces podríamos:

1. Preguntar cómo saben que es así, ya que no se ve en sus supuestas Sagradas Escrituras que ninguna de esas personas haya hecho ninguna declaración al respecto. Y si no han hecho ninguna declaración al respecto, ¿cómo pueden los cristícolas saber qué hay de ello? ¡No pueden saber nada! Por eso no hablan más que a partir de sus ideas e imaginaciones, que son únicamente imaginaciones vanas y huecas y, por eso mismo, se muestran ridículos y temerarios. Pues no hay nada que pueda resultar más vano y huero que pretender juzgar y hablar con precisión de las intenciones y voluntades de los dioses sin saber qué hay de ello.

2. Decirles que, si estas personas supuestamente divinas tuvieran efectivamente la potencia de engendrar hijos e hijas, pero no habían querido hacerlo, de ello se seguiría que esta potencia permanecería en ellas sin efecto y como inútil: sería inútil en la tercera persona, que no engendró ni produjo ninguna otra persona, y estaría casi sin efecto en las otras dos, porque la limitaron a un resultado tan pequeño, de ahí que haya que concluir que este poder que tendrían de engendrar o producir hijos e hijas permanecería en ellas como ocioso e inútil, lo que no resulta muy apropiado para unas personas supuestamente divinas.

Además, se les podría decir que en la persona del padre representaría una señal bastante evidente de que no tuvo ningún placer ni le produjo ninguna alegría engendrar a su hijo, ya que no quiso engendrar más. Y en las tres personas tomadas en conjunto representaría una señal evidente de que no habrían querido mucho o nada a las personas divinas que hubieran podido engendrar porque, de hecho, no las engendraron y no quisieron darles un ser que podría haberles resultado muy ventajoso. Es una pena que estas divinas personas hayan tenido tan poca inclinación a la generación y les haya gustado tan poco la multiplicación y propagación de su estirpe divina. Pues si les hubiera gustado tanto como les gusta a los hombres multiplicar la suya, a nada que hubiesen querido multiplicar su divina raza, como multiplicó Jacob la suya en Egipto, y a nada que hubiesen dado cuerpo a sus hijos, es decir, a nada que hubiesen querido que se reencarnaran en cuerpos humanos, tal

como hizo el Hijo único de Dios Padre, la Tierra y los cielos estarían llenos de hijos divinos y de personas divinas que valdrían más que toda esta multitud de hombres viciosos y corruptos que llenan la Tierra de crímenes y maldades. Y así, tomen como tomen los cristícolas este primer y crucial punto de su doctrina, resulta manifiestamente falsa, ridícula y absurda en este punto.

31

Segundo error, relativo a la encarnación de Dios hecho hombre

Los cristícolas y deicristícolas censuran y condenan a los paganos porque confirieron la divinidad a hombres mortales y también porque los adoraban como a dioses una vez habían muerto. Tienen razón de censurarlos y condenarlos, pero los paganos no hacían nada distinto de lo que ellos hacen con Cristo, a quien confieren la divinidad pese a que no fue más que un hombre, e incluso un hombre mortal como los demás. Ellos mismos lo confiesan y toman como dogma de fe que era realmente un hombre, un hombre mortal. De manera que si los cristícolas censuran y condenan a los paganos por adorar como dioses a hombres débiles y mortales, deberían condenarse a sí mismos, porque hacen lo mismo y se hallan en el mismo error que los paganos, ya que ellos mismos veneran como si fuera dios a un hombre que fue mortal y que, además, era tan mortal que murió vergonzosamente en una cruz entre dos ladrones después de haber sido condenado y torturado.

No les serviría de nada a los cristícolas aducir que existe una gran diferencia entre Jesucristo y los dioses paganos sólo porque Cristo sería a un tiempo, como dicen, verdadero dios y verdadero hombre, pues así lo aseguran al decir que la divinidad se encarnó en él de tal forma que la naturaleza divina se habría juntado y unido a la naturaleza humana hipostáticamente, por lo que esas dos naturalezas habrían hecho de Jesucristo un dios verdadero y un hombre verdadero, cosa que, según aseguran, no ocurrió nunca con los dioses de los paganos, por lo que concluyen que adorarlos como dioses, siendo, como eran, simples hombres débiles y mortales, constituía un error y una locura.

Pero resulta muy fácil ver la debilidad y vanidad de una respuesta como ésta, así como la debilidad que se oculta detrás de la presunta diferencia que existiría entre Cristo y los demás dioses, porque los paganos podrían haber dicho lo mismo. En efecto, ¿no les hubiera resultado igual de fácil decir, como hacen los cristianos, que dios, o la naturaleza divina de dios, se habría encarnado en aquellos hombres a los que adoraban como dioses, por lo que se habría encarnado realmente en Saturno, Júpiter, Marte, Apolo, Mercurio, Baco, Esculapio y en todos cuantos adoraban como dioses? ¿Y no podría haberse encarnado, de igual manera, en Juno, Diana, Palas, Minerva, Ceres, Venus y las demás diosas que adoraban? Les hubiera resultado realmente igual de fácil que a los cristianos, repito, decir eso de sus dioses y sus diosas, tal como les resulta muy fácil a los cristianos decir eso de Jesucristo.

Por otro lado, si la divinidad hubiera querido encarnarse y unirse hipostáticamente a la naturaleza humana en Cristo (como dicen los deicristícolas), ¿cómo saben si esa misma divinidad no quiso encarnarse y unirse hipostáticamente a la naturaleza de determinados grandes hombres y determinadas mujeres admirables

que brillaron por su virtud, sus bellas cualidades y sus bellas acciones muy por encima del común de los mortales y por eso merecieron que se les adorara como dioses y diosas? Desde luego, la divinidad habría podido encarnarse con igual facilidad en los dioses paganos que en el Cristo de los cristianos.

Y si los deicristícolas no quieren creer que la divinidad se haya podido encarnar de ninguna manera en esos grandes personajes, ¿por qué quieren hacernos creer que se habría encarnado en Cristo? ¿Qué razones y qué pruebas aportan de ello? Ninguna, sólo la fe y su creencia ciega, que es, como ya he dicho, una fuente de errores, quimeras e imposturas que se dio tanto entre los paganos como entre ellos. Lo que muestra que, por lo que se refiere a esta cuestión, los dos juegan al mismo juego, unos y otros se hallan en el mismo error y no pueden hacerse ningún reproche. Pero hay algo aún más ridículo en el cristianismo que en el paganismo en lo que se refiere a los dioses de que estoy hablando, y es que los paganos no confirieron la divinidad más que a grandes hombres y personajes, o a personas que destacaron por sus virtudes o por sus bellas y raras perfecciones: así por ejemplo, se la otorgaron a quienes inventaron las ciencias y las artes, a los que rindieron servicios notables a la gente o a quienes hicieron grandes y generosas acciones… etc.

Mientras que los deicristícolas, ¿a quién confirieron la divinidad? A un hombre de nada que no tenía ni talento ni ciencia ni destreza ni ninguna cualidad reseñable y a quien todo el mundo despreciaba. ¿A quién se la han conferido? ¿Lo digo? Sí, lo diré: se la confirieron a un loco, un insensato, un fanático miserable y un desgraciado bribón.

Sí, queridos amigos, a un personaje como ése confieren la divinidad vuestros sacerdotes, vuestros doctores y predicadores. Os obligan a adorar, como si fuera vuestro amable y divino Salvador, a un personaje como ése, un individuo que no pudo salvarse a sí mismo del vergonzoso suplicio de la cruz, al que lo condenaron y por el que acabó sus días miserablemente. Pues ese Jesucristo, a quien debéis adorar por obligación como si fuese un Dios que se hizo hombre para salvaros y redimiros, como dicen, no era más que un hombre vil, un fanático miserable y un desgraciado bribón, según el retrato que hacen de él los propios evangelistas, un individuo que fue crucificado y que ya sólo por eso sería un hombre maldito por Dios y los hombres, de hacer caso a lo que dicen sus propios libros hipotéticamente santos, porque en ellos está escrito: «Dios maldice al que cuelga de un árbol» (Deuteronomio, 21,23).

No es necesario que pruebe que era un hombre vil y despreciable en el mundo, ya que además de lo que dijo él de sí mismo —«este Hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Lucas, 9,58)— sabéis perfectamente que vino al mundo en un establo, que nació de padres pobres, que fue siempre pobre, que no era más que el hijo de un carpintero y que, desde que compareció en el mundo e hizo que se hablara de él, fue tomado por un insensato, un loco, un demoníaco y un seductor, y fue siempre despreciado, burlado, perseguido y azotado, siendo finalmente colgado y clavado en

una cruz donde acabaron miserablemente sus días: *maledictus a Deo est qui pendet in ligno*.

No hay forma de negar que fue un miserable y un desgraciado, de tal manera que, para probar que no fue, efectivamente, más que un loco, un insensato, un miserable fanático y un desgraciado bribón, sólo hay que probar y demostrar que fue realmente un loco, un insensato y un fanático, cosa que voy a demostrar y probar de forma evidente siguiendo tres direcciones:

1. Viendo cómo le juzgaba el mundo.
2. Viendo sus propios pensamientos y discursos.
3. Viendo sus actos y su forma de actuar.

32

Cómo era el personaje de Jesucristo, y cuál su forma de ser

En primer lugar, respecto a cómo lo consideraba la gente, se ve claramente, con sólo hacer caso de lo que dicen los propios evangelistas, que lo tomaba por un hombre como el que he descrito. Se puede ver en el evangelio de san Lucas que la primera vez que quiso predicar en Nazaret, la ciudad donde se había criado, la gente se indignó tanto con lo que decía (Lucas, 4,29) que, llena de cólera, lo expulsaron de la ciudad y se lo llevaron a un precipicio desde el que querían arrojarle al vacío para romperle el cuello.

En otra ocasión hizo reproches injuriosos a los escribas y fariseos e incluso a los doctores de la ley llegando hasta maldecirlos, por lo que uno de ellos se sintió obligado a advertirle: «Maestro, al decir eso, nos ofendes» (Lucas, 11,45). Él, sin embargo, continuó con sus reproches injuriosos y sus maldiciones ultrajantes, por lo que le reprendieron más severamente y le cerraron la boca, como dice el mismo evangelio: «Cuando salió de allí, los letrados y los fariseos se pusieron a atacarlo violentamente y a hacerle preguntas insidiosas. Lo acosaban para ver si lo atrapaban en alguna palabra salida de su boca» (Lucas, 11,53-54).

En otra ocasión, que hablaba a los judíos, viendo éstos que no decía más que sandeces e impertinencias que les resultaban muy chocantes, le dijeron: «¿No tenemos razón al decir que eres samaritano y estás endemoniado?» (Juan, 8,48, 52, 57).

Y como a pesar de eso continuaba con sus tonterías, como se puede ver en el evangelio según san Juan, le dijeron por segunda vez los judíos: «Ahora sí estamos seguros de que estás endemoniado. Abrahán murió, lo mismo los profetas, y tú dices que quien cumpla tu palabra no sufrirá jamás la muerte. ¿Por quién te tienes?» Y como persistía en decirles más tonterías aún, le dijeron: «No has cumplido 50 años ¿y has conocido a Abrahán?» Y viendo que no les respondía y no hacía más que decir sandeces, cogieron piedras para lapidarlo, por lo que se vio obligado a retirarse y esconderse con los suyos. Un día en que les dijo a los judíos que les daría de comer su carne y de beber su sangre, y que si no comían su carne y bebían su sangre no tendrían vida, encontraron el discurso tan duro y absurdo que se escandalizaron y se decían entre ellos: «¿Cómo nos puede dar su carne para comer y su sangre para beber?» Algunos de sus propios discípulos no pudieron aguantar la dureza y el absurdo del discurso y se separaron de él y lo abandonaron tomándole por insensato (Juan, 6,53). Otra vez que conversaba con ellos manteniéndose, como de costumbre, fiel a sus vanos discursos, quienes le oían hablar le juzgaron de forma diversa: unos decían que era bueno, otros que no, pero que era un seductor de multitudes, aunque la mayor parte le tomó por loco e insensato: «Muchos decían: Está endemoniado y está

loco, ¿por qué lo escucháis?» (Juan, 10,20). Ni siquiera sus hermanos creían en él, y lo tenían sólo por un insensato. Lo vemos claramente reflejado en el evangelio de san Marcos, donde se dice expresamente que entró en una casa que se hallaba tan atestada de gente[9] que no se podía entrar y que cuando sus parientes fueron avisados, se alarmaron: «Sus familiares, que lo oyeron, salieron a calmarlo, porque decían que estaba fuera de sí» (Marcos, 3,21). Hay motivos para creer que había perdido la razón, como muestra el episodio del rey Herodes. Herodes tenía muchos deseos de verle por lo que le habían hablado de él. Al principio se alegró al tenerlo ante él pensando que le vería hacer algo maravilloso, pero como no contestaba a las preguntas que le hizo, sintió un gran desprecio por él y lo despachó, en plan de burla, vestido de blanco (Lucas, 23,9-11).

Por último, los judíos se burlaron de él y, para escarnio de su persona y con el fin de ridiculizarlo mejor por haberse creído rey, le pusieron por mofa una corona de espinas en la cabeza y una caña en la mano a modo de cetro real, y se arrodillaban ante él diciéndole: «¡Salve, rey de los judíos!» (Mateo, 27,29). De ahí que san Pablo diga taxativamente que ninguno de los príncipes de este mundo conoció su verdadera sabiduría, pues de lo contrario no lo habrían crucificado (1 Corintios, 2,8). Todos estos testimonios nos muestran de manera evidente que lo tomaron por un loco, un insensato y un fanático. Esto se puede observar también evidentemente a través de sus propios pensamientos y discursos, ya que:

1. Pensaba y se había imaginado que no sólo era el hijo de Dios sino que nació para ser el rey de los judíos y reinar eternamente sobre ellos (Juan, 3,16-17). Se imaginaba que iba a librarles de la cautividad y la servidumbre a las que los habían sometido todos los pueblos, y que iba a hacer que su reino alcanzara el estado más floreciente que hubiesen podido imaginar jamás (Lucas, 4,18, Hechos, 1,6, Mateo, 17,11). Se imaginaba que lo verían bajar muy pronto del cielo lleno de gloria y poder, en gran majestad, para juzgar, es decir, para gobernar sobre los vivos y los muertos, a quienes resucitaría (Mateo, 24,30-31), así como para gobernar toda la Tierra en la verdad y la justicia (Lucas, 21,27-28). Se imaginaba que iba a crear muy pronto un nuevo cielo y una nueva tierra en la que habitaría la justicia y donde reinaría con sus discípulos (2 Pedro, 3,13). Se imaginaba que haría reinar a sus discípulos consigo, que los sentaría en doce tronos para juzgar, es decir, para gobernar, a las doce tribus de Israel (Mateo, 19,28-29), y que los sentaría a su mesa para comer y beber cuando estuviera en su reino (Lucas, 22,30). Se imaginaba, o al menos decía, que todos cuantos hubieran abandonado en este mundo y por amor a él a su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas, hijos, tierras y heredades recibirían de su parte cien veces más de lo que habían abandonado por seguirle, y que también les daría la vida eterna (Mateo, 19,29). Se imaginaba que iba a hacer que los muertos escucharan su voz muy pronto, porque pretendía resucitarlos y hacerles salir de la tumba con la poderosa fuerza de su voz (Juan, 5,25 y 28), y también se imaginaba que garantizaría y preservaría de la muerte para siempre a quienes observaran su palabra y creyesen

en él, asegurándoles que no morirían jamás (Juan, 8,51). Se imaginaba asimismo que sería, o que era, el libertador grande y poderoso[10] prometido tantas veces a los judíos y a la ciudad de Jerusalén por la ley de Moisés y por todos los profetas[11].

Por último, se imaginaba que era aquel en quien Dios iba a cumplir las promesas impresionantes y magníficas que había hecho a ese pueblo, y que todos los elegidos serían bendecidos eternamente en su nombre, ya que era el hijo eterno y todopoderoso de un Dios eterno y todopoderoso (Juan, 3,15, 16, 17).

¿No son ideas e imaginaciones propias de un fanático? ¿No tuvo las mismas, o parecidas, don Quijote, aquel famoso fanático y caballero errante? No, por cierto: por falsas y disparatadas que fueran las ideas e imaginaciones de don Quijote, nunca alcanzaron un grado de alteración tan excesivo. Hay que ser o había que ser tan archifanático, como el Cristo de los cristianos, para tener ideas e imaginaciones tan vanas, falsas, ridículas, absurdas y extravagantes como las que tuvo. Y si viniera ahora, él mismo o un personaje que se le pareciera, a decirnos y mostrarnos que ésas eran las ideas e imaginaciones que albergaba en su pensamiento, lo tomaríamos seguramente también por un visionario, un loco o un fanático, que es por lo que lo tomaron en su tiempo.

33

Qué predicaba

Veamos sus palabras y sermones. Unas y otros nos muestran de manera bastante evidente el carácter de su mente, que era tal como he descrito, según se puede ver de manera manifiesta en la primera alocución que pronunció en la sinagoga de Nazaret. Dado que, a pesar de que uno de los evangelios (Lucas, 4,22) señala que todos le alababan y quedaban sorprendidos al oír las palabras llenas de gracia que salían de su boca, la cosa no duró mucho, porque la admiración se trocó, poco tiempo después, en desprecio e indignación, hasta el punto de que lo echaron de la sinagoga y quisieron arrojarlo por un precipicio. La locura que traslucen las palabras que les dirigió (por no mencionar el resto de sandeces que debió de decirles y que tuvieron que chocar todavía más a los judíos, pues no parece que pudiera haberles chocado mucho la que voy a señalar aquí) estriba en que quiso vanagloriarse de que se cumplirían en él las impresionantes y magníficas promesas que aparecían en la ley y de las que tanto habían hablado los supuestos profetas, muy especialmente el profeta Isaías (Lucas, 4,17), cuyo testimonio encontró al abrir el libro que estaba en el templo. Al tomar como testigo el texto del profeta —que encontró nada más abrir el libro (lo hubiera hecho a propósito o no)—, quiso convencer a los oyentes de que les mostraría cómo se habían cumplido en él las impresionantes y magníficas promesas que hizo Dios a sus padres y muy especialmente por medio del profeta Isaías. Con ello queda al descubierto el desarreglo de su mente, ya que imaginaba vanamente haber hecho un montón de cosas impresionantes y magníficas de las que, sin embargo, no podía aportar ninguna prueba.

Esto demuestra, al mismo tiempo, que debió de decir a los judíos en su alocución algo todavía más chocante e injurioso, ya que se indignaron muchísimo con él. Porque si no les hubiese dicho algo que les hubiera resultado más chocante de lo que acabo de señalar, sus palabras no habrían desatado más que carcajadas y desprecio, pero no habrían suscitado su cólera e indignación hasta el punto de querer despeñarlo. Que no pretendan los cristícolas responderme a esto diciendo que Jesucristo demostró suficientemente que se habían cumplido en él las promesas de lo anunciado por el profeta con los muchos milagros sorprendentes que había realizado curando milagrosamente toda clase de enfermedades y dolencias. Puesto que, aparte de que ya he demostrado de manera evidente la vanidad y falsedad de esos supuestos milagros, por mucho que fueran auténticos, no serían nada en comparación con lo que hubiera tenido que hacer para demostrar realmente que se había cumplido en él lo que dijo el profeta. Ya que el profeta, en el pasaje que Jesucristo leyó en la ocasión que acabo de señalar, predecía nada menos que la liberación, la felicidad, la gloria y el bienestar de todo el pueblo judío, y no sólo la liberación de unos cuantos endemoniados o la

curación de algunas enfermedades o algunas dolencias más que dudosas. Con la particularidad de que la liberación del pueblo judío sería llevada a cabo por un príncipe poderoso, según había dicho el profeta, que cargaría sobre sus espaldas el gobierno del imperio y sería llamado, debido a sus grandes cualidades, el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Padre del siglo venidero y el Príncipe de la paz, que se sentaría sobre el trono de David para reinar por siempre en un reino en el que restablecerían la justicia y la verdad para siempre sin que la paz tuviese fin. Lo que parece hallarse, de manera cierta y evidente, muy lejos de haberse cumplido tanto en tiempo de Jesucristo como en cualquier otro (Isaías, 9, 6-7).

Por esta razón, tanto lo que anunció el presunto profeta como el supuesto cumplimiento, en la persona de Jesucristo, de lo que había anunciado se revelan manifiestamente vanos y falsos.

Decir, como dicen los cristícolas, que la profecía sí se habría cumplido en Jesucristo, pero espiritualmente, es pura ilusión, ya que el cumplimiento espiritual no puede ser más que imaginario y se podría atribuir tanto a Jesucristo como a cualquiera. Y por consiguiente, pretender que Jesucristo demostró sobradamente mediante sus supuestos milagros que se había cumplido en él la profecía que leyó durante su primera comparecencia en público sólo significa querer cegarse y engañarse.

Pasemos a otras intervenciones y sermones, que son seguramente las más singulares y notables que pueda haber en su género.

Así empezaba a predicar: «¡Arrepentíos que está cerca el Reino de Dios!» (Mateo, 4,17). «Creed en la Buena Noticia», les decía, y recorrió Galilea predicando en las ciudades, villas y pueblos la buena noticia de la supuesta venida inminente del Reino de los Cielos (Marcos, 1, 14-15). Y como nadie vio ese supuesto reino, ni lo ve en la actualidad, podemos considerar este hecho como prueba evidente de que el reino en cuestión era sólo imaginario y que había que tener una mente muy retorcida, o tenerla muy trastornada, para correr de un lado para otro, como lo hizo, predicando la llegada inminente del reino de marras.

Pero veamos cómo, en otros de sus sermones, elogiaba y describía ese supuesto reino a fin de que sus oyentes conocieran su grandeza y excelencia y para que lo tuvieran en alta consideración y estima. Así es como hablaba a la gente y a sus discípulos: «El reinado de Dios es como un hombre que sembró semilla buena en su campo. Pero, mientras la gente dormía, vino su enemigo y sembró cizaña encima del trigo, y se marchó» (Mateo, 13,24-25). «El reinado de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo; lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo» (Mateo, 13,44). «El reinado de Dios se parece a un mercader en busca de perlas finas: al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra» (Mateo, 13,45-46). «El reinado de Dios se parece a una red echada al mar, que atrapa peces de toda especie. Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla y, sentándose, reúnen los buenos

en cestas y los que no valen los tiran» (Mateo, 13,47-48). «El reinado de Dios se parece a una semilla de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es más pequeña que las demás semillas; pero, cuando crece es más alta que otras hortalizas; se hace un árbol, vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas» (Mateo, 13,31-32). «El reinado de Dios se parece a la levadura: una mujer la toma, la mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (Mateo, 13,33).

Predicaba y enseñaba a las gentes en forma de parábolas, y casi sólo con parábolas, como lo señalan expresamente los Evangelios: «Les explicó muchas cosas con parábolas» (Mateo, 13,3).

Bonitas y sutiles predicaciones para un hombre que se decía ser el Hijo de Dios y que aseguraba ser hijo de un padre tan sabio que los cristícolas lo consideran como la sabiduría misma e incluso la sabiduría eterna. ¡Bonitas e ingeniosas parábolas y comparaciones que dan una altísima idea de la grandeza y la excelencia de un supuesto reino de los cielos equivalente a cosas tan hermosas como un grano de mostaza sembrado en un campo, o una red echada al mar, o a la levadura mezclada con cierta cantidad de masa y harina, etc.! ¿No nos burlaríamos de los doctores y predicadores que vinieran a echarnos ahora mismo unos sermones de ese tipo? Desde luego, no haríamos más que reírnos y sólo sentiríamos desprecio por ellos. ¿Y quieren hacernos creer los cristícolas que son fruto de una sabiduría divina y eterna?

Todavía hay que subrayar algo, y es que esta sabiduría supuestamente divina y admirable se expresaba por medio de parábolas de modo que, como decía la propia sabiduría divina: «Por más que escuchéis, no comprenderéis; por más que miréis, no veréis» (Mateo, 13,14), «no sea que se conviertan y sean perdonados» (Marcos, 4,11-12). En otra ocasión, esta sabiduría supuestamente divina dijo que había venido para cegar a los que veían (Juan, 9,39).

Si esto es así, no sólo habría locura sino también maldad y malevolencia en esas predicaciones y sermones, ya que Jesucristo habría utilizado expresamente términos ambiguos y oscuros para que no le comprendieran y para que nadie sacara provecho de sus palabras.

El sabio del Eclesiastés dice que quien hable sofísticamente, es decir, de manera ambigua y engañosa, es odioso (Eclesiastés, 27,23). Con mayor razón tiene que ser odioso quien hable con el propósito expreso de engañar, cegar y perder a quienes le escuchan. Pues bien, el Cristo de los cristianos habló expresamente a la gente mediante parábolas, como él mismo dijo, a fin de que viendo no viesen, y que escuchando no comprendiesen nada de lo que les decía, a fin de que no se convirtiesen y para que sus pecados no fuesen perdonados, por lo que no queda otra salida que concluir que en sus predicaciones y sermones no sólo había locura sino también maldad y malevolencia, por lo que no sólo habría resultado despreciable sino merecedor también del odio y la indignación de la gente.

Por un lado, decía que había venido para salvar a los hombres, para buscar y salvar lo que se había perdido, y decía también que había venido para llamar y salvar

a los pecadores sin pedirles sacrificios sino únicamente misericordia (Lucas, 19,10, Mateo, 18,11). Decía que era la Luz del mundo, el Camino, la Verdad y la Vida, que era el Buen Pastor que daba su vida por sus ovejas y por su salvación… etc. (Juan, 8,12, Juan, 14,6, Juan, 10,14-15).

Pero, por otro lado, decía que había venido para cegar a quienes veían perfectamente y también que nadie pensara que había venido para traer la paz a la tierra sino para encender el fuego de la guerra: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz, sino espada. Vine a enemistar a un hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y así el hombre tendrá por enemigos a los de su propia casa» (Mateo, 10,34-36). «Quien ame a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ame a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. Quien no tome su cruz para seguirme no es digno de mí» (Mateo, 10,37-38). ¿No hay que estar loco y ser un extravagante para hablar de esa manera y proferir unos discursos que resultaban contradictorios? Pues si vino para iluminar a los hombres e instruirlos con su supuesta sabiduría, ¿cómo podía decir que vino para cegar a quienes veían perfectamente? ¿Y por qué hablaba en parábolas a la gente para que no entendiesen ni comprendiesen nada de lo que les decía? ¡Bonita manera de instruirlos e iluminarlos con su sabiduría supuestamente divina! Y si había venido para salvar a los hombres, para llamar a los pecadores, para salvar todo lo que estaba perdido y conceder la gracia y la misericordia, ¿por qué tenía miedo de que los hombres se convirtieran y vieran sus pecados perdonados si acudían precisamente a él para eso, para convertirse y hacer penitencia? Y por último, si era, como decía, el buen pastor que había venido para salvar a sus ovejas, es decir, para la salvación de los hombres y para salvarlos a todos, ¿cómo podía decir que había venido para perderlos, es decir, para encender entre ellos el fuego de la guerra y la discordia y sembrar la desavenencia por todas partes, incluso entre parientes y amigos? Unas cosas se contradicen con otras, por lo que su discurso cae claramente por su propio peso, y expresarse de semejante manera sólo es propio de un loco o de un fanático.

Veamos un poco más cerca cómo predicaba. Viendo un día que le seguía una muchedumbre, subió a una montaña, se sentó, abrió la boca para hablar y, mirando a sus discípulos, les dijo como si pronunciara un oráculo: «Dichosos los pobres de corazón, porque el reinado de Dios les pertenece. Dichosos los desposeídos, porque heredarán la tierra» (Mateo, 5,3, 5). «Dichosos los afligidos, porque serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque serán tratados con misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa del bien, porque el reinado de Dios les pertenece. Dichosos vosotros cuando os injurien, os persigan y os calumnien de todo por mi causa. Estad alegres y contentos pues vuestra paga en el cielo es abundante. De igual modo persiguieron a los profetas que os precedieron» (Mateo, 5,2, 6-12). No hay impostor ni fanático que no pueda prometer

lo mismo a sus discípulos. Pero una cosa es cierta: aquellos que no tienen nada mejor que ofrecer a sus seguidores hacen bien reconfortándolos, al menos, con vanas esperanzas.

Sigamos viendo cómo predicaba: «Os aseguro que, si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Juan, 12,24). «El que se aferra a la vida la pierde, el que desprecia la vida en este mundo la conserva para una vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde yo estoy estará mi servidor; si uno me sirve, lo honrará el Padre» (Juan, 12,25-26).

«Ahora —les decía al mismo tiempo— mi espíritu está agitado, y, ¿que voy a decir? ¿Que mi Padre me libre de este trance? No; que para eso he llegado a este trance» (Juan, 12,27). «Tened la cintura ceñida y encendidos los candiles. Sed como aquellos que aguardan a que el amo vuelva de una boda, para abrirle en cuanto llegue y llame» (Lucas, 12,35-36). «Si alguien acude a mí —decía a la muchedumbre que le seguía— y no me ama más que a su padre y su madre, a su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Quien no carga con su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo» (Lucas, 14,26-27). «Buena es la sal; mas si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la sazonarán? No sirve ni para el campo ni para el estercolero; hay que tirarla. Quien tenga oídos para oír que escuche» (Lucas, 14,34-35). ¡Bonitas prédicas para una sabiduría completamente sobrenatural! ¡Y divina!

Sigamos viendo cómo predicaba: «Salió un sembrador a sembrar. Al sembrar, unas semillas cayeron junto al camino, vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en terreno pedregoso con poca tierra. Al faltarles profundidad brotaron enseguida; pero, al salir el sol se marchitaron, y como no tenían raíces se secaron. Otras cayeron entre cardos: crecieron los cardos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra fértil y dieron fruto: unas cien, otras sesenta, otras treinta» (Mateo, 13,3-8) Y después de decir unas cosas tan bonitas les gritó: «Quien tenga oídos que escuche» (Mateo, 8.9). Un día que predicaba en el templo de Jerusalén, los judíos fingieron en plan de broma que admiraban su doctrina, y creyendo que la admiraban de verdad les dijo estas palabras: «Mi enseñanza no es mía, sino del que me envió. ¿No fue Moisés quien les dio la ley? Pues ninguno de vosotros la cumple. ¿Por qué entonces intentáis matarme? Respondió la gente: Estás endemoniado. ¿Quién intenta matarte?» (Juan, 7,16, 19, 20). «Entonces Jesús, que enseñaba en el templo, exclamó: “A mí me conocéis y sabéis de dónde soy. Yo no vengo por mi cuenta, sino que me envió el que es veraz. Vosotros no lo conocéis; yo lo conozco porque procedo de él y él me envió”» (Juan, 7,28-29).

Otra vez les dijo: «Os aseguro que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió tiene vida eterna» (Juan, 5,24). Otra vez les dijo «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien come de este pan vivirá para siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne. Los judíos se pusieron a discutir: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Les contestó Jesús: Os aseguro que si no coméis la carne y bebéis la

sangre de este hombre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Juan, 6,51-55). Otra vez, el último día de una fiesta solemne, se colocó en medio de una plaza de la ciudad de Jerusalén y comenzó de pronto a gritar diciendo: «Quien tenga sed acuda a mí a beber: quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva» (Juan, 7,37-38). Hay muchas intervenciones que podría recoger aquí si no resultara demasiado largo hacerlo. Admitámoslo con toda buena fe: ¿no se trata de discursos propios de locos y fanáticos? Hay que haber perdido la cabeza para lanzar semejantes discursos. Si hoy día viniera alguien con la misma cantinela, le tomaríamos por un loco y un fanático, y así tomaríamos a todos los que pronunciaran discursos de esa índole, por muchos que fueran.

Veamos algunas otras intervenciones del tal Jesucristo. Un día se presentó en casa de un fariseo que le había invitado a comer y se sentó a la mesa sin haberse lavado las manos, pese a que era costumbre hacerlo (Lucas, 11,37-38). El fariseo que le había invitado no encontró correcta su actitud, pero no le dijo, sin embargo, lo que pensaba. Con todo, Jesucristo se dio cuenta de que al fariseo no le parecía bien lo que había hecho y le dijo: «Vosotros los fariseos limpiáis por fuera la copa y el plato, cuando por dentro estáis llenos de robos y malicia. ¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Dad, más bien, lo interior en limosna y tendréis todo limpio. ¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda clase de verduras y descuidáis la justicia y el amor de Dios! Eso es lo que hay que observar sin descuidar lo otro. ¡Ay de vosotros, fariseos, que buscáis los asientos de honor en las sinagogas y los saludos por la calle!» (Lucas, 11,39-43). «¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y así quedará limpia por fuera! ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que os parecéis a sepulcros encalados: por fuera son hermosos, por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda clase de impurezas! Así también vosotros, por fuera parecéis honrados a la gente, por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mateo, 23,26-28).

¿Cabe imaginar que un hombre sensato pueda ser capaz de ofrecer semejante contestación a una persona que le había invitado amablemente a comer a su casa y con la que estaba compartiendo mesa? No, no es posible, y sólo un loco, un insensato, un impúdico fanático podría alcanzar semejante grado de locura e impertinencia.

Veamos a continuación un razonamiento suyo que muestra bien a las claras el desarreglo de su mente. Los judíos le dijeron un día que él mismo y sólo él era el que daba testimonio de su persona, por lo que su testimonio no resultaba aceptable. Esto es lo que les respondió para demostrarles que su testimonio era perfectamente admisible: «Aunque doy testimonio a mi favor, mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y a dónde voy; en cambio vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según criterios humanos, yo no juzgo a nadie. Y si juzgase, mi juicio sería válido, porque no juzgo yo solo, sino con el Padre que me envió. Y en

vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy testigo en mi causa y es testigo también el Padre que me envió» (Juan, 8,14-18). Según su razonamiento, ¡el testimonio que daba de sí mismo bastaba para que fuese admitido como verdadero! ¡Bonita demostración! ¿Quién no se reiría de semejante razonamiento? Los discursos que acabo de citar muestran claramente que Jesucristo no era más que un loco y un fanático. Y una cosa es segura, si fuera posible que viniese a repetir ante nosotros las mismas cosas que dijo e hizo en su tiempo, lo tomaríamos indudablemente por un loco y un fanático.

También llegaremos a la misma conclusión acerca de su persona si examinamos de cerca sus actos y su forma de actuar, pues:

1. Recorrer como recorrió toda una provincia causando un sinfín de molestias tanto en sus ciudades como en sus villas y pueblos, al predicar la pronta venida de un imaginario reino de los cielos, es propio sólo de un fanático, y tomaríamos por fanáticos a cuantos hombres obraran de igual manera.

2. Haber sido transportado por el diablo a la cima de una montaña, tal como aseguran los Evangelios que ocurrió, desde la que habría creído ver todos los reinos del mundo (Mateo, 5,8, Lucas, 4,5) es propio sólo de un visionario y un fanático. Porque una cosa es cierta, no hay ninguna montaña en la Tierra desde la que se puedan ver todos los reinos del mundo, y ni siquiera un solo reino completo, de no ser el minúsculo reino de Yvetot que tenemos en Francia. Así pues, sólo pudo ser transportado a esa montaña por medio de la imaginación, igual que lo habría sido al pináculo del templo del que también hablan los Evangelios. Ahora bien, sólo un loco, un visionario o un fanático pueden tener semejantes visiones y delirios de la imaginación.

3. Cuando curó al sordomudo, episodio del que habla san Marcos, dice el evangelista que lo llevó aparte y le metió los dedos en los oídos; después de escupir, le tocó la lengua y, elevando los ojos al cielo, lanzó un gran suspiro y dijo: *¡Effatha!*, que significa *¡abríos!* (Marcos, 7,32-34). Estos detalles y esta forma de actuar corresponden realmente a un fanático.

Otro día se sintió lleno de alegría en su interior y dijo hablando solo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla» (Lucas, 10,21). «Sí, Padre —decía hablando solo—, ésa ha sido tu elección. Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: ¡Dichosos los ojos que ven lo que véis! Os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y lo oyeron» (Lucas, 10,21, 23-24). Que es justo lo que dirían y harían los visionarios y fanáticos.

Cuando resucitó a Lázaro —o mejor, cuando hizo como que lo resucitaba—, se hizo el llorón, tembló su ánimo y se conmovió; luego se acercó al sepulcro o a la tumba del supuesto muerto, tembló en su interior otra vez y levantando los ojos al

cielo gritó: «Lázaro, sal afuera» (Juan, 11,38-43). Este tipo de comportamiento sólo es propio de un fanático.

Un día que iba a Jerusalén, al acercarse a la ciudad y verla se puso a llorar acerca de su suerte diciendo: «Si también tú reconocieras hoy lo que conduce a la paz. Pero eso ahora está oculto a tus ojos. Te llegará un día en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán y te cercarán por todas partes. Te derribarán por tierra a ti y a tus hijos[12] dentro de ti, y no te dejarán piedra sobre piedra; porque no reconociste la ocasión de la visita divina» [Lucas, 19, 42-44]. Cuando entró en el templo, expulsó a los que compraban y vendían, volcó sus tenderetes y les dijo: «Está escrito que *mi casa será casa de oración,* mientras que vosotros la habéis convertido en cueva de asaltantes» (Mateo, 21,13). Son palabras y actos propios de fanáticos.

La víspera de su muerte estaba hablando con sus discípulos y de pronto se alteró y les dijo quejándose: «Os aseguro que uno de vosotros me entregará» (Juan, 13,21). Un momento después, cuando ya se había marchado el que había de traicionarlo, Jesús les dijo: «Ahora ha sido glorificado este Hombre y Dios ha sido glorificado por él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará por sí, y lo hará pronto. Hijitos, todavía estaré un poco con vosotros» (Juan, 13,31-33).

Luego, levantando los ojos al cielo dijo: «Padre, ha llegado la hora: da gloria a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria; ya que le has dado autoridad sobre todos los hombres para que dé vida eterna a cuantos le has confiado. En esto consiste la vida eterna: en conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús el Mesías» (Juan, 17,1-3). «Yo te he dado gloria en la tierra cumpliendo la tarea que me encargaste hacer. Ahora tú, Padre, dame gloria junto a ti, la gloria que tenía junto a ti, antes de que hubiese mundo» (Juan, 17,4-5). «Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy; para que contemplan mi gloria; la que me diste, porque me amaste antes de la creación del mundo» (Juan, 17,24). «Yo les di la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que sean plenamente uno» (Juan, 17,22-23). «Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo te he conocido y éstos han conocido que tú me enviaste» (Juan, 27,25). Etcétera, porque se podrían traer más ejemplos de intervenciones semejantes a las que he recopilado.

Es cierto, una vez más, que si viéramos aquí y ahora a un hombre que hablase así, no dejaría de pasar por un loco o un fanático allá donde se presentase.

Todos los testimonios que he mostrado acerca de la persona de Jesucristo y acerca de sus pensamientos, sus imaginaciones, sus palabras, sus intervenciones, sus actos y su manera de obrar, así como de las opiniones que tenían sobre él en su tiempo, muestran de manera evidente que era un hombre insignificante, un hombre vil y despreciable que carecía de juicio, talento y ciencia y no era, en definitiva, sino un loco, un insensato, un miserable fanático y un desgraciado bribón. Sin embargo, los cristícolas confieren la divinidad a un personaje como ése. Sí, adoran como su divino Salvador y como el Hijo todopoderoso de Dios todopoderoso a un personaje tan

lamentable como él. Por lo que, como ya he dicho, son más ridículos y censurables que los paganos, que solían atribuir la divinidad únicamente a los grandes hombres y a los personajes que poseyeran cualidades singulares o hubiesen rendido servicios señalados a la comunidad o le hubieran procurado beneficios considerables. Aparte de esto, resulta evidente que el cristianismo no fue, en sus comienzos, más que puro fanatismo e incluso un fanatismo vil y despreciable, porque sólo había entre sus filas individuos viles y despreciables que seguían ciegamente los falsos pensamientos, las falsas imaginaciones, los falsos preceptos y las falsas opiniones de un fanático vil y despreciable salido del más vil y despreciable de los pueblos. Un fanático que había convencido y persuadido tan totalmente a sus discípulos de que restablecería el reino de Israel, y de que se cumplirían las bonitas promesas que les hacía, que no cesaban de preguntarle si, en efecto, restablecería pronto el reino de Israel y cumpliría todas las promesas que les había hecho: «Estando ya reunidos le preguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?» (Hechos, 1,6).

Y para probar que el cristianismo era en sus primeros tiempos sólo un fanatismo vil y despreciable basta con ver cómo hablaban de ellos los historiadores contemporáneos y cómo hablaban ellos de sí mismos.

34

En sus comienzos, el cristianismo no fue más que un fanatismo vil y despreciable

Los historiadores de aquella época hablan sólo del cristianismo como de una secta perniciosa, vil y despreciable, y como una superstición absolutamente detestable. Veamos qué dice el historiador romano Tácito: «Nerón, para evitar que lo declararan culpable del incendio de Roma, declaró culpables a los cristianos e hizo que los mataran cruelmente. Era gente aborrecida por su infamia, a la que el vulgo llamaba cristianos a causa del fundador de la secta, Cristo, que fue castigado con la pena de muerte por el procurador de Judea Poncio Pilato bajo el reinado de Tiberio. A pesar de que esta secta perniciosa fue reprimida durante bastante tiempo, volvió a las andadas y no sólo en el lugar donde nació sino incluso en Roma, que es el lugar de encuentro y algo así como la cloaca de todas las porquerías del mundo. Se les injurió cubriéndolos, después de muertos, con pieles de animales salvajes y haciendo que los devorasen los perros o quemándolos en cruces para que alumbraran las calles. Aunque esos miserables no fueran inocentes y se merecieran los suplicios más crueles, no por ello la gente dejaba de compadecerse de ellos, porque el emperador no los mataba por utilidad pública sino para dar satisfacción a su crueldad» (Tácito, *Anales*, 15, 44). Así hablaba este historiador de los primeros cristianos.

Luciano no habla más honorablemente pues los trata de miserables: «Estos miserables desprecian todo, incluso la muerte, porque tienen la esperanza de la inmortalidad y se ofrecen voluntariamente a los suplicios, pues su primer legislador, que fue crucificado en Palestina por haber fundado la secta, les hizo creer que se vuelven hermanos en cuanto renuncian a nuestra religión y que, si adoran al crucificado, viven según la ley, creen que todo debe ser común y reciben estos dogmas con obediencia ciega» (*Sobre la muerte de Peregrino*, 3). «El odio contra los cristianos —dice la *Histoire romaine* [de Coëffeteau], tomo I, cap. 8— era tan grande en el Imperio romano que se les acusaba de ser los causantes de todos los males que ocurrían en él, de tal manera que si el Tíber crecía o el Nilo no subía lo suficiente, si el cielo se detenía, si la tierra temblaba, si llegaba una hambruna o una epidemia, el pueblo, enfurecido contra ellos, gritaba que había que echarlos a los leones y demás bestias feroces».

Sepamos por ellos mismos la estima en que se tenían y en la que tenían su propia doctrina y su manera de vivir, ya que su testimonio no puede resultar sospechoso en lo que dicen al respecto: «Nosotros anunciamos —decía el gran mirmadolín de san Pablo— a un Mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos» (1 Corintios, 1, 23).

Y como imaginaban que había una gran sabiduría escondida detrás de esa locura, la encomiaban como si se tratase de una sabiduría verdadera y extraordinaria: «Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme, si no es de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gálatas, 6,14). «Pero pienso —decía en otro lugar— que, a nosotros los apóstoles, Dios nos ha exhibido los últimos, como condenados a muerte; pues nos hemos convertido en espectáculo del mundo, de ángeles y hombres» (1 Corintios, 4,9). «Nosotros por el Mesías somos locos, vosotros por el Mesías prudentes; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros estimados, nosotros despreciados. Hasta el momento presente pasamos hambre y sed, vamos medio desnudos, nos tratan a golpes, vagamos a la ventura, nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Insultados bendecimos, perseguidos resistimos, calumniados suplicamos. Somos la basura del mundo, el desecho de todos hasta ahora» (1 Corintios, 4,10-13). «Por todas partes nos aprietan pero no nos ahogan; estamos apurados pero no desesperados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús (2 Corintios, 4,8). “En todo nos acreditamos como ministros: con mucha paciencia, en medio de tribulaciones, penurias, angustias, azotes, cárceles, motines, fatigas, desvelos y ayunos. Como embusteros que dicen la verdad, como a desconocidos que son bien conocidos, como muertos y estamos vivos, como escarmentados pero no ejecutados» (2 Corintios, 6,4 y 9). «Recordad los primeros días —decía dirigiéndose a sus correligionarios cristianos—, cuando recién iluminados sostuvisteis el duro combate de los padecimientos; unos expuestos públicamente a injurias y malos tratos, otros solidarios de los que así eran tratados. Compartisteis las penas de los encarcelados, aceptasteis gozosos que os privaran de vuestros bienes, sabiendo que poseíais bienes mayores y permanentes» (Hebreos, 10,32-34).

El mismo apóstol san Pablo, dirigiéndose a quienes habían muerto debido a las persecuciones, les decía: «Algunas mujeres recobrarron resucitados a sus maridos. Otros, torturados, rehusaron librarse, prefiriendo una resurrección de más valor. Otros sufrieron la prueba de burlas y azotes, de cadenas y cárcel. Fueron apedreados, aserrados, pasados a cuchillo; vagaban cubiertos de pieles de cabras y ovejas, necesitados, atribulados, maltratados. El mundo no era digno de ellos. Vagaban por desiertos, montañas, grutas y cavernas» (Hebreos, 11,35-38).

Éstos son unos cuantos testimonios contrarios a lo que los supuestos antiguos profetas predijeron como glorioso y ventajoso para la gente a la que el supuesto Mesías y libertador vendría a liberar de su cautividad. Muestran más bien, de manera evidente, que el cristianismo fue tomado en sus comienzos por una locura y por un vil fanatismo. ¿Y por qué los primeros cristianos eran tratados así y se les odiaba, despreciaba y perseguía por todas partes? No fue realmente más que por la falsedad, la locura y lo absurdo de su doctrina, aunque también a causa de su delirante y ridícula forma de vida y de su delirante y ridícula manera de actuar, ambas llenas de

supersticiones. Eso es lo que les hacía odiosos y despreciables en todas partes[13]. Y lo que resulta más extraordinario es que, a pesar de ello, no dejaban de creer que eran más sabios que el resto de los hombres, pues imaginaban que su locura constituía una sabiduría sobrenatural y divina. Por eso decían, con su gran mirmadolín de san Pablo, que lo que parecía locura en Dios representaba una sabiduría mayor que la de cualquier hombre y que, mediante sus predicaciones[14] y su doctrina, Dios quería salvar a quienes abrazaran la fe, y decían asimismo que transformó la sabiduría del mundo en locura (1 Corintios, 1,20) Por eso insistían, cuando hablaban de sí mismos, en que Dios escogió más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y escogió Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Corintios, 1,27). Y eso, de acuerdo con sus imaginaciones, para que nadie pueda glorificarse ante Dios; *ut non glorietur omnis caro in conspectu eius* (1 Corintios, 1,29).

Todo lo cual demuestra que el cristianismo fue, en sus comienzos, sólo un fanatismo vil y ridículo, y por consiguiente resulta incontrovertible que los cristícolas están en el error, caen en errores groseros sobre este punto y en errores más ridículos y absurdos que aquellos en los que incurrían los paganos. Ya que los paganos nunca pretendieron que la sabiduría humana se convirtiera en locura, ni la locura humana en sabiduría sobrenatural y divina, como hacen los cristianos. Por eso no es extraño que exista un refrán en Italia que dice: *hay que estar loco para ser cristiano* (*L'Espion turc*).

35

Tercer error doctrinal: la idolatría y adoración de dioses de pasta y harina en su sacramento supuestamente santo

Los cristícolas romanos, al igual que los que no son romanos, censuran y condenan a los deícolas paganos porque adoraban y adoran ídolos de madera, piedra, cobre, bronce, escayola, oro o plata pareciéndoles que es, aún hoy, una gran locura y una ceguera terrible por parte de los hombres adorar estatuas e ídolos inmóviles carentes de vida y sentimientos incapaces de hacer a nadie bien o mal alguno. Sí, los propios cristícolas romanos se burlan de esos ídolos y de esas supuestas divinidades de madera o piedra y oro o plata, que tienen, según dicen, ojos que no ven y oídos que no oyen, tienen boca pero no hablan, tienen pies pero no andan, tienen manos con las que no pueden hacer nada, etc.

Tienen razón de burlarse de esa clase de divinidades así como de quienes las adoran. Pero, ¿por qué ellos mismos son tan tontos y tan locos como para hacer lo mismo y adorar, como hacen, a unos pequeños ídolos o imágenes de pasta que, en cierto modo, tienen menos categoría que los ídolos de oro o plata? Por eso se podría muy bien aplicar a los deicristícolas romanos el reproche que el caldero negro le hacía a la marmita o la marmita al caldero negro, cuando se reprochaban mutuamente su negrura y se decían: *Apártate, que me tiznas*. Son capaces de ver, como decía el propio Cristo, una paja en el ojo ajeno y en el de sus compañeros los paganos, y no ven la viga en sus ojos. Es decir, ven en sus hermanos paganos la locura de sus idolatrías y no ven en sí mismos unas locuras, unas idolatrías y unas supersticiones mayores que las de los paganos. No digo esto por los ídolos de madera y piedra ni por los ídolos de cobre o escayola, de oro o plata a los que los cristícolas romanos rinden exteriormente los mismos honores que los paganos a sus falsas divinidades, pues sé que su intención no es adorarlos como a divinidades, como hacen los paganos, sino que me refiero a los idolillos de pasta y harina que cuecen entre dos hierros para consagrarlos luego y comérselos cada día adorándolos realmente como si fueran Dios.

Si la divinidad quiere, como pretenden los cristícolas, que la adoren en el pan y el vino o, según dicen, bajo la especie y la apariencia visible del pan y el vino, ¿por qué no querría o por qué no habría querido que la adorasen también en la madera y la piedra, en el cobre y la escayola, en el oro y en la plata? O, si se prefiere, bajo la especie y apariencia visible de esas cosas u otras semejantes. Ya que no hay mayor indecencia o inconveniencia en un caso que en otro, ni tendría por qué ser más imposible una cosa que otra. Los cristícolas no se atreverían a negar que su Dios Cristo podría, si quisiera, convertir la madera y la piedra, o el oro y la plata, en su propio cuerpo y su propia sangre. Ya que si negaran eso tendrían que negar

forzosamente lo otro; de ahí que, de acuerdo con sus propias reglas, como Cristo tiene poder para hacer tanto una cosa como otra, podríamos encontrar la divinidad tanto en los ídolos de madera, piedra, oro, plata, escayola o, si se prefiere, cobre, como en los idolillos o imágenes de pasta que adoran y veneran los cristícolas romanos. De esta manera se encontrarían jugando el mismo juego que los paganos, por lo que sus vanas opiniones resultarían tan bien fundadas en su caso como en el de los demás, ya que unos y otros podrían decir que la divinidad reside verdadera y realmente tanto en los ídolos de madera y piedra, o de oro y plata, como en los ídolos de pasta y harina.

Aunque, si se reflexiona acerca de lo que debería resultar más conveniente a la soberana majestad de Dios, parece que sería más indicado adorarlo en un material firme y sólido, como la madera o la piedra, o en materiales más ricos y preciosos, como el oro y la plata, antes que en viles y frágiles figurillas de pasta y harina que no poseen ninguna firmeza y que, por consiguiente, se disolverían bajo la lluvia, se los llevaría el viento y podrían ser devoradas por ratas y ratones. Si es una auténtica locura y denota también una gran ceguera que los paganos crean que la divinidad reside realmente en sus ídolos de madera o piedra, de oro o plata, de escayola o cobre, todavía es mayor locura y ceguera que los cristícolas romanos crean que su Dios hecho hombre reside realmente en cuerpo y alma, en carne y hueso y sangre, en unas imágenes de pasta y harina tan pequeñas y débiles que la menor corriente de aire podría llevarse, y que un ratón, por pequeño que fuera, podría comerse.

Si os dijeran, queridos amigos, que existen en el extranjero un pueblo y una religión en que las gentes tienen como devoción hacer y comer los dioses que adoran, o que sus dioses no son más que frágiles figurillas de barro cocidas en un horno que sus sacerdotes consagran convirtiéndolas en dioses con sólo decirles cuatro palabras, y que luego encierran y conservan preciosamente esos dioses en cajas por temor a que se los coman las ratas y los ratones antes que ellos, o por temor a que se los lleve el viento, ¿no os reirías de la simpleza o, mejor dicho, de la estupidez e imbecilidad de unos pobres ignorantes que adoran unos dioses que pueden ser devorados por ratas y ratones y que podrían ser arrastrados por el viento si no tomaran la precaución de encerrarlos, como acabo de decir, y conservarlos preciosamente en cajas justo después de fabricarlos? Seguro que no dejaríais de reíros, a no ser que supusierais que podríais ser vosotros el objeto de las carcajadas, ya que sois vosotros mismos el pueblo que cree tan tontamente que está adorando y comiéndose a Dios al adorar y comer piadosa y devotamente, como soléis hacer, las imágenes de pasta y harina que los sacerdotes os hacen creer que son el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, vuestro Dios y vuestro divino Salvador.

36

Comparación de la consagración de los dioses de pasta y harina con la de los dioses de madera, piedra, oro y plata adorados por los paganos

Se da una curiosa extravagancia en el cristianismo, porque la gente hace profesión de comer devotamente a sus dioses y para ello los despedazan antes de comérselos, lo que resulta excesivamente bárbaro[15]. ¿Cómo han podido los cristícolas convencer de cosas tan extrañas y absurdas a unas personas que no dejan de tener su poco de juicio y de sentido común? ¿Cómo han conseguido persuadirlas de que el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad de un hombre que es Dios, se encuentran verdadera y realmente bajo la forma y el aspecto de una vana imagen de pasta muy pequeña y bajo la forma de una gota de vino, y que se encuentran al mismo tiempo en cada parte de esa imagen y en cada parte de esa gota de vino? ¿Cómo han podido convencerlas de que toda la sustancia de la imagen de pasta y toda la sustancia del vino se han convertido en el cuerpo y la sangre de ese hombre que supuestamente es Dios? ¿Cómo han podido convencerlas de que la transformación se produce instantáneamente por la sola virtud y poder de cuatro palabras pronunciadas secretamente por el sacerdote sobre las mencionadas figurillas de pasta y sobre unas gotas de vino? Y que tantas veces como los sacerdotes pronuncien las cuatro palabras sobre diferentes imágenes de pasta o sobre diferentes cantidades de vino, otras tantas se convertirá su sustancia en la del cuerpo y la sangre de este dios hecho hombre. Un dios hecho hombre que se encontraría, debido a ello, en miles y miles de lugares y en millones y millones de lugares distintos a la vez, sin que se dé ninguna multiplicación de su ser ni tampoco ninguna división de sí mismo. No hay nada tan vano, ridículo y absurdo en ninguna de las religiones de los paganos.

¿Cómo han podido los cristícolas convencer de cosas tan extrañas y absurdas a hombres que pasan por razonables y juiciosos? No me sorprende nada que gente grosera e ignorante haya podido dejarse persuadir de cosas semejantes, ya que no resulta difícil convencer a los ignorantes y los simples de espíritu de que tienen que creer todo cuanto uno quiera. Pero no me cabe en la cabeza que personas sensatas e ilustradas, hombres sabios y doctos, gente de talento, gente dotada incluso de talento y juicio, de vivacidad y penetración eminentes, hayan podido entregarse, lo mismo que los ignorantes, a errores tan absurdos y groseros. Ni que hayan podido convertirse, o se conviertan cada día, en protectores y defensores del error, apoyándolo o manteniéndolo por fines de lo más bajos o por cobardes motivos de interés y respeto humano, o por el ridículo empeño de sostener una mala opción antes que sentir la vergüenza de desdecirse y reconocer que se dejaron engañar. Tampoco me cabe en la cabeza que prefieran eso a tomar como un verdadero placer la tarea de

desengañar de buena fe a la gente haciéndoles ver claramente la verdad y falsedad de todo cuanto les han hecho creer tan vana y estúpidamente. Sí, todo esto me parece muy extraño.

¿Cómo? ¿Doctores? Sí, doctores famosos que saben censurar y condenar perfectamente los errores de la idolatría en los paganos y que, sin embargo, no sienten ninguna vergüenza a la hora de prosternarse ante ídolos mudos. Y tampoco ante pequeñas y frágiles figurillas de pasta, como harían las personas más ignorantes y simples. ¿No es eso un abuso de su ministerio y no constituye una prevaricación? ¿Piensan que la vana y ridícula consagración de sus idolillos de pasta tiene más fuerza que la vana consagración de los ídolos de madera, piedra, oro o plata que efectúan los paganos? ¿Piensan que las cuatro palabras que emplean en la consagración tienen más fuerza y virtud que la consagración, llevada a cabo en Babilonia, de la famosa y prodigiosa estatua de oro que el rey Nabucodonosor mandó erigir en la llanura de Dura, en un rincón de su reino? La estatua era de oro y medía 60 codos de alto y seis de ancho. Nabucodonosor mandó que la levantaran en el campo o la llanura que acabo de mencionar y quiso que fuese dedicada o consagrada de la manera más solemne posible. A tal efecto, ordenó a todos los príncipes, todos los señores, todos los gobernadores, todos los magistrados y todos los jueces y demás oficiales de su reino que se presentaran en el lugar convenido para realizar solemnemente la dedicatoria y consagración, y también ordenó a todo el mundo que, en cuanto oyeran el sonido de las trompetas, oboes y demás instrumentos que sonarían justo después de la consagración de la estatua, se prosternaran ante ella y la adorasen como a un dios, amenazando con castigar severamente a quienes no la adoraran (Daniel, 3,1). Lo que ordenó el rey fue ejecutado puntualmente. Todos los grandes señores, príncipes, gobernadores, magistrados y oficiales del reino comparecieron ante la estatua el día señalado, junto con una multitud innumerable de individuos que acudieron de todas partes para ver aquella prodigiosa estatua y la magnificencia de su consagración, que tuvo lugar delante de toda la gente de la manera más solemne. En cuanto se hizo la consagración, se pusieron a sonar las trompetas, oboes y demás instrumentos y todos se prosternaron para adorar la estatua como si fuese un nuevo dios.

Se trata de la consagración más magnífica y solemne que se haya hecho seguramente jamás. Pues bien, ¿están los cristícolas dispuestos a pensar que una consagración como ésa pudo tener la fuerza y la virtud de convertir en Dios la sustancia de oro de la estatua, ya fuera atrayendo hacia ella la divinidad o instalándola en ella? No, no se atreverían a pensar eso; sin duda, les daría incluso vergüenza imaginarlo.

¿Por qué piensan entonces que su vana, frívola y supuesta consagración hecha con cuatro palabras dichas sobre unas pequeñas y frágiles figurillas de pasta y sobre unas gotas de vino tendrían la virtud de convertir el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Dios Cristo? ¿De dónde saldrían la fuerza y la virtud, de dónde saldría el

poder necesario para convertir una pequeña imagen de pasta y unas gotas de vino en un Dios todopoderoso? Y para transformar en un momento, como aseguran, la sustancia del pan y el vino en el cuerpo y sangre de un Dios hecho hombre.

¡Qué doctores más insensatos! ¿Cómo pueden sostener, o tan siquiera atreverse a decir o proponer en público, cosas tan ridículas y absurdas? Ha tenido que ser que la costumbre, la herencia o el linaje y la educación han producido unos efectos de lo más extraños en el juicio de los hombres; de lo contrario no se explica que hayan podido cegarse de esa manera. Porque sólo los prejuicios, la costumbre, la herencia o el linaje y la educación pueden conseguir que se acepten ciegamente cosas tan ridículas y absurdas.

Con toda seguridad, no hay ninguna que se le parezca en todo el paganismo. Al parecer, la religión cristiana ha sido inventada para ver hasta dónde son capaces de degradarse los hombres en materia de religión. Porque no hay nada por ridículo o absurdo que sea que los deícolas romanos no se hayan apresurado a creer so pretexto de su divina fe: «A los cristianos —dice el señor de Montaigne— se les presenta una ocasión de creer cuando se hallan ante algo increíble. Les parece que está más de acuerdo con la razón aquello que más va contra la razón humana» (*Ensayos*, 2, 12).

"Todo cuanto creía que no se podría hacer, se hará,

No hay nada en lo que no se pueda creer" [Ovidio, *Tristezas*, I, 8].

Para probarlo, no hay más que fijarse en los fundamentos en que se basan los doctores deicristícolas para instituir misterios tan hermosos y admirables como los suyos. Os sorprendería mucho conocerlos, si no os hubiera adelantado ya la mitad. Pero tengo que decíroslo clara y abiertamente: se fundan únicamente sobre unas cuantas palabras vanas de su fanático Deicristo, porque, desde luego, no era más que un fanático, como ya he demostrado. Pues bien, este fanático dijo a sus apóstoles y discípulos que su padre y él no eran más que uno: «El Padre y yo somos uno» (Juan, 10,30).

Les dijo que les enviaría un espíritu de verdad que procedería de su padre y de él y, a partir de eso, los doctores deicristícolas llegan a la conclusión del supuesto y muy venerable misterio de la Trinidad, consistente en que hay tres personas pero un solo Dios verdadero. Y a esas tres personas las llaman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Como si unas palabras tan equívocas como las que pronunció Cristo pudieran tener un único sentido. Veamos otro ejemplo. El mismo y supuesto Dios Cristo, tomando el pan que iba a dar de comer a sus apóstoles, les dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo» (Mateo, 26,26).

De igual manera, ofreciéndoles el cáliz o la copa para que bebieran el vino que contenía, les dijo: «Bebed todos de ella, porque ésta es mi sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados» (Mateo, 26,27-28). A partir de estas palabras, sostienen categóricamente que Cristo transformó en ese momento el pan y el vino en su cuerpo y sangre, y que ofreció realmente su cuerpo y su sangre, su alma y su divinidad, a sus apóstoles bajo la especie y apariencia del pan y el vino que les

estaba ofreciendo. Como si esas palabras de Cristo no pudieran tener otro significado que el que ellos les dan. Y como les dijo al mismo tiempo que hicieran eso en conmemoración suya, sacan la conclusión de que les concedió a sus apóstoles —y por medio de sus personas, a sus sucesores, que son los sacerdotes actuales— el poder de transformar, como él, el pan y el vino en su cuerpo y sangre, entendiendo que en ellos estarían también su alma y su divinidad, habida cuenta de que un cuerpo vivo, como estaba y creen que sigue estando, no puede carecer de alma, y un dios no puede carecer de divinidad. Y así, a partir de las palabras equívocas de un fanático, los cristícolas romanos establecen misterios imaginarios que denominan sobrenaturales y divinos.

Ahora bien, los propios cristícolas dejan ver de manera manifiesta que las palabras de Jesucristo que acabo de mencionar son equívocas, ya que todavía no han conseguido ponerse de acuerdo entre ellos sobre el significado de las mismas. Unos les atribuyen un sentido completamente opuesto al que les conceden otros, por no mencionar que el propio Jesucristo declaró repetidas veces que para él tenían un significado distinto del que podían darles sus discípulos. Lo hizo muy claramente cuando les dijo que las palabras que les había dirigido eran espíritu y vida (Juan, 6,64), es decir que tenían que entenderlas en sentido espiritual, figurado y metafórico, y no en el sentido literal y propio, que era como ellos las estaban entendiendo.

Sabemos, por otra parte, que era costumbre del tal Cristo hablar casi siempre en parábolas, que son discursos oscuros y figurados y, por consiguiente, discursos equívocos, que pueden tener varios sentidos. Y sobre estas palabras y discursos equívocos es sobre lo que los cristícolas forjan sus mayores, sus más santos y más terribles misterios. A partir de unas palabras equívocas adoran a unos dioses de pasta y harina y se otorgan la facultad de reproducirlos cuantas veces quieran. De acuerdo con su forma de ver las cosas, basta con que digan cuatro simples palabras sobre la cantidad que quieran de figurillas de pasta o sobre la cantidad de vasos de vino que deseen para obtener tantos dioses como figurillas de pasta y vasos de vino tengan delante, aunque haya millares o millones. Ya que pretenden que estas cuatro palabras: *esto es mi cuerpo* o *esto es mi sangre* son, como dicen, eficaces por sí mismas (*ex opere operato*), es decir, que sirven lo mismo para consagrar cientos, miles y millones de estas imágenes que una sola y, por consiguiente, les resulta igual de fácil obtener miles o miles de millones de dioses que uno solo. El mero hecho de que alguien pueda concebir un pensamiento como ése ya es una locura. Estos hombres vanos, estos sacerdotes y engañabobos no podrían construir una mosca o una lombriz, por mucho que recurrieran al poder de Dios Cristo, y se imaginan que pueden construir dioses por millones. ¡Qué hatajo de locos!

Su presunto Cristo no pudo concederles el poder necesario para que pudieran fabricar un solo grano de trigo, ni tampoco un solo grano de cebada o de avena, ni pudo concederles el poder necesario para convertir una piedra en pan o una gota de agua por mínima que fuera en vino, ¡y están convencidos de que les otorgó el poder

de fabricar dioses cuando quisieran y en la cantidad que desearan! ¡Y están convencidos de que con sólo pronunciar cuatro palabras pueden convertir el pan y el vino en su sangre y su cuerpo!

Hay que estar afectado por una extraña ceguera y por una extraña ofuscación del espíritu para creer y empeñarse en sostener cosas tan ridículas y absurdas a partir solamente de unas cuantas palabras equívocas dichas por un fanático. Se da la circunstancia de que también les dijo a sus discípulos que les concedía plena autoridad y plenos poderes para expulsar los malos espíritus y curar toda clase de enfermedades y dolencias. ¿Se atribuirán nuestros sacerdotes, por ello, el poder de curar toda clase de enfermedades y dolencias? Si dijeran que tienen esos poderes suscitarían no pocas burlas.

37

El hecho de que los cristianos adoren dioses de pasta abre una puerta ancha y generosa a toda clase de idolatrías

¿Estos doctores están tan ciegos como para no ver que venerar y hacer que se veneren ídolos e imágenes so pretexto de que han sido consagrados y convertidos en dios con sólo pronunciar cuatro palabras vanas y frívolas abre una puerta de lo más ancha y generosa a toda clase de idolatrías? ¿No podrían, y no pueden en la actualidad, los sacerdotes paganos jactarse de que poseían o de que poseen el mismo poder? Si basta con alegar y presentar unos pretextos tan frívolos y vanos como los de los deicristícolas romanos para atribuirse un poder semejante, no les resultaría muy difícil a los idólatras encontrar unos cuantos, incluso más circunspectos y verosímiles. Los libros supuestamente santos de los deícolas dicen que Dios confundirá la sabiduría de los sabios y convertirá en locura la sabiduría del mundo (Isaías, 24,14).

Fuera quien fuese quien dijo esas palabras, se puede asegurar que se cumplen perfectamente en los deicristícolas doctores romanos, ya que su sabiduría se encuentra realmente convertida en locura por lo que hace al caso, ya que tienen la debilidad y bajeza de adorar unas frágiles figurillas de pasta y están tan locos como para creer que recibieron de un fanático miserable el poder de fabricar dioses: «Acabaré con la sabiduría de los sabios y confundiré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde hay un sabio, dónde un letrado, dónde un investigador de este mundo? ¿Acaso no ha convertido Dios en locura la sabiduría mundana?» (1 Corintios, 19,20). «Conduce desnudos a los consejeros y hace enloquecer a los gobernantes» (Job, 12,17).

Cuando veo o me imagino a los doctores, con un doctor incluso angélico a la cabeza, prosternándose humildemente ante sus figurillas e ídolos de pasta y diciendo con corazón devoto, o al menos de una manera aparentemente devota, estas palabras a una con el doctor angélico: «Te adoro devotamente, suprema Deidad, que te hallas oculta realmente bajo esta forma», o estas otras: «Veneremos prosternados un sacramento tan grande», me parece que estoy ante un espectáculo que mueve a la vez a la risa y a la indignación.

Digo *a la risa* porque cuando hacen eso unos doctores tan magníficos no se merecen más que la carcajada y la burla. Pero al mismo tiempo suscita indignación ver que quienes tendrían que sacar de su error a la gente y desengañarla de una superstición tan vana y delirante, son los mismos que los arrojan a ella y que, si pudiesen, los hundirían cada día un poco más con su ejemplo y sus peroratas. Y eso principalmente para seguir sacando provecho de ellos. Porque está claro que si no obtuvieran de ello ningún provecho ni ventaja personal, no se tomarían el trabajo de

mantener ni ponderar una superstición tan vana y ridícula. Y si hubiera entre ellos alguno tan ignorante o tan tonto como para creer de buena fe lo que está diciendo a la gente, me parece que merecería más bien el pesebre de los burros, para ponerse a comer cardos con ellos, que sentarse entre los sabios. Con la particularidad de que ni siquiera hay asnos ni bueyes tan tontos como para hincarse de rodillas ante los ídolos. «¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha hechizado, a vosotros, a cuya vista fue presentado Jesucristo crucificado?» (Gálatas, 3,1).

¿No ven estos hábiles y sutiles doctores, no alcanzan a ver que las mismas razones y argumentos que demuestran la vanidad de los dioses o los ídolos de madera y piedra o de oro y plata venerados por los paganos, sirven asimismo para demostrar la vanidad de los dioses de pasta y harina que adoran los cristícolas romanos? ¿Por qué razón y acogiéndose a qué textos o a qué ejemplos se burlan los doctores deicristícolas de la vanidad y falsedad de los dioses y de los ídolos paganos? ¿No es por la razón clara y evidente de que han sido fabricados únicamente por la mano del hombre? Y que no son más que imágenes mudas e insensibles que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen, que tienen boca y no hablan, que tienen manos y no hacen nada, que tienen piernas y no andan, y que, por último, son incapaces de hacer bien alguno a quienes los reverencian ni mal ninguno a quienes los desprecian.

Con este fundamento firme y sólido de verdad, los hombres sabios e ilustrados, así como los supuestos santos profetas y los propios apóstoles de Jesucristo, por fanáticos que fueran, han condenado la idolatría y rechazado con desprecio el culto supersticioso a los ídolos de oro, plata o de cualquier materia que fueran. Veamos cómo se expresan los profetas al respecto: «Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas» (Salmos, 115,4). «Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen, tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan, no tiene voz su garganta. Sean como ellos los que los fabrican y cuantos confían en ellos» (Salmos, 113,5-8).

El autor del libro de la Sabiduría llama a los idólatras *insensatos* y *miserables* insensatos: «Son desgraciados, ponen su esperanza en seres inertes, los que llamaron dioses a las obras de sus manos humanas, al oro y la plata labrados con arte y a figuras de animales, o a una piedra inservible, obra de mano antigua. Pongamos un ebanista: tala un árbol terciado, lo descorteza con maña, y aplicándose a su oficio con destreza, hace un objeto útil para los menesteres de la vida; el desecho del trabajo lo gasta preparando la comida, y se sacia; el desecho de todo, que para nada sirve, un palo retorcido y nudoso, lo agarra y lo talla en sus ratos de ocio y se entretiene dándole forma hábilmente, hasta sacar la imagen de un hombre o lograr el parecido de de un vil animal; le da una mano de minio, le pinta de rojo todo el cuerpo y repasa todas sus faltas; le prepara un nicho digno y lo coloca en la pared, sujetándolo con una abrazadera. Sabiendo que no puede valerse por sí mismo, toma sus precauciones para que no se caiga: es una imagen y necesita ayuda. Luego le reza por la hacienda, la boda y los hijos, sin sonrojarse de acudir a un ser sin vida; implora la salud de un

ser débil, ruega por la vida a un muerto, solicita ayuda al más torpe y un buen viaje a quien ni de sus pies puede servirse; para sus negocios y trabajos y el éxito feliz de sus tareas pide ayuda al que menos vigor tiene en las manos» (Sabiduría, 13,10-19). «Porque el culto a los innominables ídolos es principio, causa y fin de todos los males; en efecto, o celebran fiestas frenéticas, o profetizan embustes, o viven en la injusticia, o perjuran con facilidad; como confían en ídolos sin vida, no temen que el jurar en falso les ocasione ningún daño» (Sabiduría, 14,27). Veamos cómo el profeta Jeremías hablaba de la vanidad de esos ídolos dirigiéndose a los de su pueblo, que debían ir cautivos a Babilonia, donde había muchos: «Durante ese tiempo veréis en Babilonia, llevados a hombros, dioses de plata, oro y madera, que infunden temor a los gentiles. ¡Cuidado!, no os asimiléis a los extranjeros, no os dejéis dominar del. Cuando veáis delante y detrás de ellos multitudes que los adoran, decid internamente: A ti, Señor, se debe la adoración, pues está con vosotros mi ángel, que sondea las conciencias. Los ídolos tienen una lengua modelada por el escultor, están recubiertos de oro y plata, pero son falsos e incapaces de hablar» (Carta de Jeremías, Baruc, 6,3-7). «Empuña un cetro como juez comarcal, pero no puede matar con él a quien lo ofende. Empuña en la diestra un puñal y un hacha, que no los librarán en la guerra ni de los bandidos. De donde se sigue que no son dioses y que no debéis temerlos —les dijo el profeta—. Les encienden más candiles que a si mismos, aunque los dioses no pueden ver ninguno —ocurre lo mismo con los ídolos de los cristícolas romanos: vemos en sus iglesias lo mismo que dice el profeta—. Sobre sus cuerpo y sus cabezas —prosigue— revolotean lechuzas, golondrinas y otros pájaros, y saltan los gatos» (Carta de Jeremías, Baruc, 6,12-14, 18, 21). «Por todo esto —les decía— reconoceréis que no son dioses y que no debéis temerlos. Llevados a hombros porque no tienen pies —se diría que habla tanto de los ídolos de los cristianos romanos como de los ídolos de los propios paganos—, demuestran a la gente que no valen nada; y hasta sus seguidores quedan avergonzados, pues tienen que sujetarlos, no se vayan a caer; si los colocan derechos, no pueden moverse; si se inclinan, no se ponen derechos, y reciben como muertos los dones que les ofrecen. Reciban bienes o males, no pueden reclamarlos. No pueden nombrar ni destituir reyes. Tampoco pueden dar ni riquezas ni dinero. Si uno les hace una promesa y no la cumple, no pueden vengarse. No se apiadan de las viudas ni socorren a los huérfanos. Son como piedras del monte esos seres de madera, dorados y plateados» (Carta de Jeremías, Baruc, 6,22-38). «Valen más las fieras, que saben defenderse refugiándose en sus guaridas. Ningún argumento prueba que sean dioses; pr tanto, no les temáis» (Carta de Jeremías, Baruc, 6,67-68).

Por eso estaba prohibido expresamente por la ley de los judíos —sobre la que, sin embargo, fundamentan los cristícolas sus principales misterios—, estaba expresamente prohibido por ley, repito, no sólo adorar a dioses de oro y plata, de madera y piedra, sino tallar o fundir imágenes de lo que hay en el cielo, la tierra o el mar, por miedo, decía la ley, a que los hombres pudieran dejarse seducir por su

posible parecido con las cosas que hay en el cielo, la tierra o las aguas, y se pusieran a adorarlas: «No te harás una imagen, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua bajo tierra. ¡Mucho cuidado!, que cuando el Señor, vuestro Dios, os habló en el Horeb, desde el fuego, no visteis figura alguna. No os pervirtáis haciéndoos ídolos o figuras esculpidas: imágenes de varón o hembra, imágenes de animales terrestres, imágenes de aves que vuelan por el cielo, imágenes de reptiles del suelo, imágenes de peces del agua bajo tierra. Al levantar los ojos al cielo y ver el sol, la luna y las estrellas, el ejército entero del cielo, no te dejes arrastrar a prosternarte ante ellos para darles culto; pues el Señor, tu Dios, se los ha repartido a todos los pueblos bajo el cielo» (Éxodo, 20,4, Deuteronomio, 4,15-19).

¿Y no dijo el gran san Pablo, refiriéndose a esos insensatos doctores idólatras, perdidos por la vanidad de sus razonamientos, que su espíritu insensato estaba repleto de tinieblas y que, pese a considerarse sabios, se habían vuelto locos, ya que habían transferido la gloria del incorruptible Dios a la figura del hombre corruptible o a las figuras de aves, cuadrúpedos y reptiles? (Romanos, 1,21-23). En otro lugar exhorta a sus hermanos a huir de la idolatría (1 Corintios, 10,14).

Los apóstoles de Jesucristo prohibían unánimemente la idolatría y el culto a los ídolos, como también la prohibían a los paganos que abrazaban su fe: «Respecto a los gentiles que han recibido la fe, les hemos escrito que se abstengan del culto a los ídolos e incluso de la carne inmolada a los ídolos» (Hechos, 15,29, 21,25).

Y si prohibían con tanto rigor el culto a los ídolos de madera y piedra, de oro y plata o de cualquier materia que fuese, no era seguramente para proponerles que se pusieran a adorar ídolos o imágenes de pasta. En efecto, no se ve por ninguna parte que ellos los hubieran adorado ni que hicieran que nadie los adorase. Y si hubiesen pretendido que la gente los adorara, eso no habría representado más que un plus de locura y extravagancia, porque resulta evidente que es una locura y también una extravagancia prohibir el culto a los ídolos al mismo tiempo que se recomienda adorar frágiles figurillas de pasta y trozos de pan. Pero no vemos que su locura haya llegado hasta ese extremo.

Resulta asombroso que todavía hoy, cuando la gente parece haber espabilado y haberse despojado de muchos de los errores más burdos, haya aún hombres tan locos como para tomarse el trabajo de cruzar los mares para ir a países extranjeros, con peligro de sus vidas, so pretexto de convertir, aunque se podría decir de pervertir, a su falsa religión a sus habitantes. Resulta asombroso que los misioneros se atrevan a enseñar a esos extranjeros la vanidad de sus ídolos y de sus dioses de madera y piedra, de oro y plata, y proponerles al mismo tiempo que adoren ídolos o dioses de pasta y de harina.

Y resulta asombroso que esos misioneros y ministros del error hayan podido y puedan aún convencer de semejantes cosas a gente dotada de razón, y que puedan prohibirles el culto a sus ídolos de oro y plata para hacerles que adoren frágiles figurillas de pasta. Dicho sea de paso.

De igual manera, no se ve que el propio Jesucristo haya querido nunca que lo adoraran en el pan ni en las imágenes de pasta, ni tampoco que hubiera querido que adorasen a su persona, ya que, a pesar de que aseguró que era el Hijo de Dios, que Dios era su padre, que él era el pan de vida, que era el pan vivo y que había bajado del cielo y que quien le comiera no moriría jamás sino que tendría la vida eterna, y aunque también dijo que no tendría vida quien no comiera su carne ni bebiera su sangre, no parece que haya dicho en ninguna parte que era el propio Dios, ni que hubiera que adorarle como a un Dios.

Lejos de ello, muchas veces se llamó a sí mismo el *Hijo del hombre*. Una vez que cierto individuo le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?», él le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno fuera de Dios» (Lucas, 18,18-19). Así pues, no se creía Dios ni pretendía que creyeran que era Dios ni que se le llamase Dios, dado que ni siquiera aprobaba que le dijeran bueno. Y después de su supuesta resurrección, cuando iba a separarse de sus apóstoles, le dijo a una mujer con la que se encontró: «Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Juan, 20,17). Ahí se puede ver fuera de toda duda que no se creía Dios, porque reconocía que tenía un Dios y a un Dios por padre junto con sus apóstoles. Además decía que había bajado del cielo no para cumplir su voluntad sino la de su padre, que era más grande que él (Juan, 6,38). Así pues, no se creía Dios, porque decía que Dios, su padre, era más grande que él, y que tampoco pretendía hacer su voluntad sino la de su padre, Dios (Juan, 14,28). Y si no se creía Dios, no hay pruebas de que haya podido querer, contra la propia voluntad de Dios, que lo adorasen en persona y todavía menos por medio de pan o de frágiles figurillas de pasta. Y esta idea se ve refrendada por el hecho de que estaba de acuerdo con la ley que ordenaba que no había que adorar imágenes. Dijo expresamente que no había venido a destruir esta ley ni a violarla, sino a cumplirla (Mateo, 5,17). Así pues, no habría venido para introducir él mismo ídolos e imágenes de pasta a fin de que lo adoraran, ya que la mencionada ley lo prohibía tan expresa y rigurosamente que adorar ídolos o hacer que otros los adoraran estaba castigado nada menos que con la muerte (Deuteronomio, 13,5). Por otra parte, el propio Jesucristo recomendaba a la gente observar rigurosamente lo que, de acuerdo con la ley, les decían y enseñaban que hicieran los doctores, escribas y fariseos. Les decía que había que cumplir la ley hasta la última coma: «Os aseguro que mientras duren el cielo y la tierra, ni una letra, ni una coma de la ley dejará de realizarse» (Mateo, 5,18), y decía que quien violara un precepto por pequeño que fuera sería el último en el reino de los cielos. Ahora bien, esta ley, como ya he dicho, prohibía expresamente la idolatría y toda clase de idolatrías.

De igual manera, los escribas y los fariseos enseñaban, de acuerdo con esta ley, que no había que adorar a los ídolos ni fabricar ninguna imagen para adorarla. Además, no hay vestigio ninguno de que Jesucristo hubiese deseado que la gente hiciera lo que la ley y sus doctores les habían prohibido expresamente hacer y, por

consiguiente, no hay traza ninguna de que Jesucristo haya querido que se le adorase a través de los ídolos o de las figurillas de pasta, porque habría sido como si les hubiera obligado a hacer lo que él mismo les había recomendado expresamente que no hicieran. Me parece, pues, que los idólatras cristícolas deberían pensar un poco más en ello.

A todo esto hay que añadir lo que dicen los profetas acerca de que los ídolos serían destruidos y de que esta profecía se cumpliría especialmente cuando viniera el Mesías, por lo que no cabe pensar que el propio Mesías querría multiplicar los ídolos en vez de destruirlos. Sin embargo, los habría multiplicado de hacer caso a la doctrina de los cristícolas romanos, añadiendo ídolos de pasta y harina a los ídolos de madera y piedra, oro y plata que ya adoraban los hombres, en vez de destruirlos todos.

Los deicristícolas saben muy bien todo esto y conocen perfectamente la fuerza y evidencia de estos argumentos y razonamientos, ya que si no lo vieran serían unos ignorantes y, si lo ven, son claramente unos prevaricadores de la ley que tienen injustamente cautiva la verdad y cambian la verdad por mentira, como dice el gran mirmadolín de san Pablo (Romanos, 1,18, 25), porque, frente a unos testimonios de verdad tan fuertes, claros y convincentes, quieren mantener y sostener errores e idolatrías tan contrarios a una ley que consideran y reconocen como otorgada realmente por Dios, tan contrarios al sentido común y a las luces de la recta razón.

En efecto, nuestros queridos doctores deben admitir la fuerza o debilidad, la certeza o falsedad de este argumento propuesto por los profetas y por todas las personas sabias contra la idolatría de los paganos. El argumento es el siguiente:

Todos los simulacros e ídolos paganos no son más que madera, piedra, oro o plata, etc., y sólo son objetos fabricados por la mano del hombre, por lo que no son dioses. Este argumento o es fuerte o es débil, y la conclusión que se sigue de él tendrá que ser realmente verdadera o no serlo.

Lo mismo que éste: los simulacros o ídolos de los paganos no tienen vida ni sentimiento ni movimiento, y no podrían causar el bien o el mal a nadie, luego no son dioses.

Lo mismo, también, que éste: los simulacros o ídolos de los paganos tienen ojos pero no ven, oídos pero no oyen, boca pero no saben hablar, manos pero no pueden hacer nada con ellas, piernas pero no saben andar, luego no son dioses… etc.

Estos argumentos, insisto, estos razonamientos y todos los que se pudieran hacer de la misma índole o bien son fuertes o bien son débiles, y sirven para que se pueda sacar una conclusión que puede ser verdadera o falsa. Los deicristícolas romanos tienen que admitir una cosa u otra. Y si se atreven a considerar débiles o falsos estos argumentos de sus propios profetas, deberían:

En primer lugar, considerar débiles y falsos los razonamientos más fuertes y convincentes que haya podido formular el hombre, ya que se puede constatar que la razón natural y humana no puede ofrecer en esta cuestión razonamientos más fuertes y convincentes. Ahora bien, tachar de débiles y falsos los razonamientos más fuertes

y convincentes que haya podido formular el hombre equivale a destruir, de alguna manera, la propia razón o, al menos, equivale a destruir por completo la certeza y la garantía de verdad y, por consiguiente, equivale a destruir toda certeza y toda garantía de verdad tanto en materia de fe y de religión como en cualquier otra disciplina o ciencia. Cosa que no querrán admitir los cristícolas, pues consideran que la verdad de su religión es más cierta que cualquier otra verdad y no podrían pretender eso si no supusieran que los razonamientos humanos poseen algún grado de certeza.

En segundo lugar, si tachan de débiles y falsos dichos argumentos y razonamientos de los profetas y de todas las personas sensatas, tendrían que tachar al mismo tiempo de ignorantes y faltos de juicio a los propios profetas y a las personas sensatas. Porque es necesario que hayan tenido que concurrir la ignorancia y la falta de juicio para creer que se tienen razones fundadas cuando no se tienen, y han tenido que concurrir la ignorancia y la falta de juicio cuando se toman razonamientos y argumentos débiles y falsos por los razonamientos y argumentos más fuertes, seguros y convincentes que pueda haber. Porque los profetas y las personas sensatas, razonando como han razonado contra la idolatría de los paganos, creyeron que poseían razones bien fundadas y que habían demostrado claramente la vanidad de los ídolos y la falsedad de los testimonios de los dioses paganos recurriendo a los argumentos de verdad más fuertes, seguros y convincentes que pueda haber sobre la cuestión. De tal manera que si sus argumentos y razonamientos sobre la cuestión se consideran débiles y falsos, habría que concluir necesariamente que actuaron con ignorancia y falta de juicio al proponérnoslos como argumentos y razonamientos seguros y convincentes. Y como los cristícolas suponen que los profetas hablaban por inspiración del propio Dios, habría que concluir que el mismísimo Dios no fue capaz de inspirarles otros argumentos que fueran más fuertes y convincentes. Ya que si hubiera podido inspirarles otros más fuertes y convincentes, no habría dejado de hacerlo. Y como Dios no les inspiró otros, tendríamos que llegar a la conclusión de que, efectivamente, sólo les inspiró argumentos débiles y falsos, lo cual es algo que, sin embargo, los cristícolas no se atreverán a decir.

Por tanto, es preciso que los cristícolas admitan, por mucho que les pese, la fortaleza y veracidad de los argumentos y razonamientos mencionados contra la idolatría de los paganos y la falsedad de sus dioses. Y si admiten su fortaleza y veracidad, tienen que admitir necesariamente que esos argumentos y razonamientos llevan igualmente, y con la misma fortaleza, veracidad y evidencia, a la conclusión de que se hallan en la misma situación con sus propias idolatrías que los paganos con las suyas. Por lo que tienen que admitir que esos argumentos demuestran la vanidad de sus ídolos y la falsedad de sus dioses de pasta y harina, tal como demostraron la vanidad de los ídolos de los paganos y la falsedad de sus dioses de madera, escayola, piedra, oro, plata, cobre, bronce… etc.

La razón evidente de todo esto es que los ídolos o los dioses de pasta y harina son también obra de la mano del hombre, como lo son los dioses de madera y piedra o de

oro y plata. Y aun cuando los idólatras cristianos hicieran o moldearan sus dioses de pasta y harina con ojos y oídos, narices, boca, manos y piernas, les resultarían tan inútiles como lo son para los dioses de madera y de piedra, de oro y de plata, porque no verían por sus ojos ni oirían por sus oídos ni respirarían por la nariz ni hablarían, no podrían hacer nada con sus manos ni caminarían con sus pies tal como les ocurre a los dioses de madera y piedra, o de oro y plata de, los que hablaron los profetas.

Y así resulta evidente que los dioses de pasta y harina que adoran los deicristícolas romanos no se hallan, a este respecto, en mejores condiciones que los dioses de los paganos. Y no habría idólatra que, al prosternarse ante sus ídolos de madera, escayola o piedra, oro o plata, cobre o bronce, no pudiera decir con el Doctor Angélico: «Te adoro devotamente, suprema deidad que te encuentras oculta bajo estas figuras», palabras que tienden a justificar de forma manifiesta todo tipo de idolatría.

Aunque se podría decir, por otra parte, que los ídolos de los paganos estarían en mejores condiciones y resultarían preferibles a los de los cristianos, no sólo porque son más firmes y sólidos en sí mismos y porque están hechos con materiales más ricos y preciosos, sino también porque tienen una forma, un tamaño y un aspecto más noble y agradable que los de los cristianos. Ya que los ídolos de los paganos tenían una forma, un tamaño y un aspecto majestuoso —tal como ocurría con la gran estatua de oro que he mencionado anteriormente, a menos que tuvieran un aspecto feo y monstruoso como ocurre con otras imágenes que los paganos adoraron, y tal vez siguen adorando—, y con su forma y aspecto conseguían inspirar sentimientos de temor y respeto, al menos en la mente y el corazón de los simples e ignorantes.

En cambio, los ídolos de los cristianos no son más que frágiles y viles figurillas de pasta que no pueden por sí mismas inspirar en sus adoradores ninguna clase de sentimiento de temor o de veneración. No pueden resistir, por así decir, ni una gota de lluvia ni un soplo de viento, con la particularidad de que se los podría comer cualquier animalillo. Por eso los sacerdotes los tienen todo el tiempo cuidadosamente guardados, como he dicho, en cajas por miedo a que se los lleve el viento o a que se los coman las ratas y los ratones.

Con lo cual queda completamente de manifiesto que los idólatras cristícolas romanos están mucho más locos y son más ridículos e insensatos que los paganos que adoran estatuas o ídolos de madera y piedra o ídolos de oro y plata. De tal manera que si los argumentos y razonamientos de los profetas estaban destinados a hacer ver manifiestamente a los paganos la vanidad y falsedad de sus dioses de madera y piedra o sus dioses de oro y plata, con más razón tienen que hacer ver a los idólatras cristícolas romanos la vanidad y falsedad de sus dioses de pasta y harina. Tendrían que sentir vergüenza al adorar, como adoran, unos dioses que se desharían inmediatamente bajo la lluvia, que se los llevaría inmediatamente el viento y que se los comerían inmediatamente las ratas y los ratones e incluso los limacos.

Que los cristícolas no intenten eludir la fuerza de este argumento separando y distinguiendo, como desearían, la sustancia del accidente y el accidente de la sustancia. Que no pretendan, para cubrir sus errores y su vergüenza, decir que no adoran el pan ni la pasta, ya que, en su sacramento supuestamente santo y divino, el pan y la pasta ya no están porque sólo quedan de ellos sus accidentes, es decir, las especies o apariencias visibles, mientras que toda la sustancia se ha convertido en el cuerpo y la sangre de su Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y que, por consiguiente no son idólatras como los paganos, que únicamente adoran imágenes o estatuas de madera y piedra, de oro o plata, y no al verdadero Dios. Que no pretendan alegar, repito, razonamientos tan vanos para intentar ocultar las vergüenzas de su idolatría. Ya que es evidente que si bastara con decir, como ellos hacen, que la sustancia del pan y el vino se habría convertido en el cuerpo y la sangre de su soberano Dios Cristo, y que su alma y su divinidad estarían por concomitancia, como dicen, en ese sacramento supuestamente divino, los paganos podrían decir lo mismo, es decir, que la sustancia de la madera y la piedra o la sustancia del oro y la plata de las imágenes que veneran se han convertido realmente en el cuerpo y en la sangre e incluso en el alma y la divinidad de sus dioses. Por ejemplo, de Júpiter, de Marte de Mercurio, de Apolo, de Esculapio… etc., e incluso en la divinidad de su diosa Cibeles o Juno o Ceres o Minerva o Diana o Venus… etc. O podrían decir, si quisieran, que la divinidad se encuentra realmente en sus imágenes y estatuas conjuntamente con la sustancia de la madera o la piedra, o con la sustancia de oro o plata en la que estuvieron hechas y que, por consiguiente, tampoco serían idólatras, no más, al menos, que los cristícolas romanos.

Si los paganos pretendiesen justificar de esta manera el culto a sus ídolos (y tienen que hacerlo, desde luego, por alguna razón de ese tipo, pues no es creíble que su intención sea adorar sólo la madera, la piedra, el oro o la plata, sino que desean adorar alguna clase de divinidad que suponen reside de alguna manera especial en la madera, la piedra, el oro o la plata, en la materia, en fin, de la que están hechas sus imágenes), si los paganos, digo, quisieran justificar así el culto a sus ídolos, los deicristícolas romanos no pararían de censurarlos y condenarlos e incluso de burlarse de ellos y de su vana creencia. Pues bien, que reconozcan que ellos mismos son dignos de reprobación, vergüenza y confusión, ya que hacen lo que consideran digno de censura, condena y confusión en otros.

Si, por ejemplo, los sacerdotes de Baal, de los que habla el profeta Daniel (Daniel, 14,2-21), hubiesen tenido la habilidad, la industria o la astucia de saber distinguir, como hacen ahora los deicristícolas romanos, la sustancia del accidente, habrían podido decir que Baal, su dios, comía sólo la sustancia del vino, el pan y la carne que le ofrecían cada día en abundancia, mientras que les dejaba a ellos, sus mujeres y sus hijos sólo el accidente para que se lo comieran. De haber conseguido los sacerdotes que sus fieles creyeran en una doctrina tan bonita y sutil, no habrían tenido que comerse a escondidas lo que se le ofrecía al ídolo. Habrían podido saciarse

muy agradablemente junto con sus mujeres y sus hijos comiendo los excelentes restos que dejaba el dios, y eso a la vista de todo el mundo, sin correr ningún riesgo. Les habría salido mucho mejor la jugada y habrían ocultado mejor su engaño sin verse expuestos a que les sorprendiesen cometiendo un fraude, por lo que no habrían sufrido la molestia de cargar trágicamente con la culpa. Parece ser que nadie en aquel tiempo había descubierto aún un secreto tan bello para engañar a los hombres con tanta impunidad.

Como este supuesto secreto tan bello no es más que una ficción y una invención del espíritu humano, y como esta ficción sólo tiende claramente a justificar todo tipo de idolatrías y da lugar a muchas imposturas semejantes, como no hay tampoco impostor que no pueda servirse de la misma ficción o de una similar y hacerlo incluso muy ventajosamente como alguien que estuviera diciendo la verdad; como, por otra parte, esta ficción quimérica aniquila completamente la fuerza de la prueba del argumento y el razonamiento aducidos por los profetas para demostrar la vanidad y falsedad de los dioses de los paganos y la vanidad del culto a sus ídolos (con la particularidad de que se trata del argumento más fuerte, convincente y demostrativo que se pueda presentar en esta cuestión), no resulta, pues, creíble en absoluto que un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, quisiera hacer que los hombres le adorasen utilizando una vía o un procedimiento de ese jaez. Porque los induciría al error y abriría la puerta para que lo adorasen en la madera, la piedra, la escayola, el oro y la plata o, si se prefiere, bajo el accidente y la apariencia visible del pan y el vino, ya que no se puede negar, siguiendo el propio espíritu de los deicristícolas romanos, que Dios, o que su dios Cristo, podría introducirse o esconderse de igual modo en la madera, la piedra, el oro y la plata, y en cualquier cosa, tal como se introduce y oculta en el pan y el vino o en sus accidentes y apariencias visibles. Ahora bien, siguiendo los testimonios de los profetas mencionados —que los cristícolas no podrían rechazar—, Dios habría manifestado que no quería que lo adorasen ni que hicieran que se le adorara en la madera, la piedra, el oro, la plata ni en ninguna cosa semejante ni bajo ninguna forma, figura o imagen de lo que hay en el cielo, en la tierra y en las aguas (Éxodo, 20,4, Deuteronomio, 4,16; véase más atrás [capítulo 36]).

Todo esto resulta evidente gracias a unos testimonios que los cristícolas no pueden rechazar. Luego no es creíble y no hay que creer, pues, que Dios quiso que le adoraran en el pan ni bajo ninguna imagen de pasta, ya que prohibió expresamente que se le adorara bajo cualquier forma o aspecto. Por esto mismo, no hay que creer tampoco que Dios o alguna persona divina quiso o habría querido encarnarse y hacerse hombre o tomar de alguna manera aspecto humano, ya que prohibió expresa y severamente que lo adorasen bajo la forma o el aspecto que fuese.

Por eso, el apóstol san Pablo consideraba locos e insensatos a quienes, según él, cambiaban la gloria de Dios incorruptible por una representación en forma de hombre

corruptible o de pájaros o animales de cuatro patas, asegurando que «cambiaron la verdad de Dios por la mentira» (Romanos, 1,25).

Como según esta misma ley supuestamente divina, Dios prohibió, o habría prohibido expresamente, e incluso bajo pena de muerte, comer sangre o carne humana, no resulta creíble que ese mismo Dios, en forma de Cristo, hubiera querido dar realmente a comer su carne y su sangre a los hombres, puesto que antes les había prohibido ya expresa y rigurosamente consumir sangre ordenándoles que observaran esta ley siempre: «Pero no comáis carne con sangre, que es su vida» (Génesis, 9,4). «Todo el que coma sangre será excluido de su pueblo» (Levítico, 7,27). «Porque la vida de la carne es su sangre. Por eso he prescrito a los israelitas: no comeréis la sangre de carne alguna, porque la vida de la carne es su sangre; quien la coma, será excluido» (Levítico, 27,14). «De ningún modo comas la sangre, porque la sangre es la vida, y no comerás la vida con la carne» (Deuteronomio, 12,23). Esta ley debería permanecer para siempre: «Ratificó para siempre la alianza (Salmos, 111,9). "Ley perpetua para todas vuestras generaciones y en todos vuestros poblados: no comeréis grasa ni sangre» (Levítico, 3,17).

¿Cómo habría podido ese mismo Dios, en forma de Cristo, ofrecer su carne para que la comieran y su sangre para que la bebieran? Estos testimonios y razonamientos son claros y evidentes y muestran manifiestamente que la religión cristiana es falsa y no hace más que enseñar errores, más ridículos y absurdos que los que contenía el paganismo.

Y si a todo esto le añadimos que estas idolatrías de los dioses de pasta y harina están fundadas, como ya he dicho, sólo en cuatro palabras vanas y equívocas de un fanático, e incluso de un miserable fanático, hay que extrañarse todavía más de que se haya podido instituir y haya podido mantenerse una idolatría de esa calaña, tal como lo ha hecho entre unas personas entre las que no faltan individuos de talento ilustrados en todo tipo de artes y ciencias.

38

Cuarto error, relativo a la creación y pecado del primer hombre

Veamos más errores. La religión cristiana enseña y obliga a creer que Dios creó al primer hombre y a la primera mujer en un estado perfecto por lo que se refiere al cuerpo y al alma, es decir, que hizo que gozaran de una salud perfecta así como de una perfecta inocencia, que estaba en consonancia con una razón también perfecta. La religión cristiana asegura también que les eximió de las enfermedades del cuerpo y los vicios del alma, y los situó en un lugar de felicidad y delicias denominado *paraíso terrenal*, donde habrían vivido, junto con su descendencia, plenamente satisfechos con sólo permanecer obedientes y fieles a Dios. Pero, por instigación de una serpiente, comieron desdichadamente, de una especie de fruto que Dios les había prohibido, por lo que fueron expulsados inmediatamente de aquel lugar de delicias y felicidad, viéndose sometidos a vivir en adelante con toda su descendencia, es decir, con todo el género humano, expuestos a todas las miserias propias de la vida. Aunque no sólo a todas las miserias de esta vida, pues les condenó también a la reprobación, el castigo y la maldición eterna, es decir, a verse apartados de Dios, a convertirse en el blanco de su ira e indignación y a sufrir eternamente en el infierno, según la doctrina de la religión cristiana, los suplicios y tormentos más crueles y espantosos que se puedan imaginar. Suplicios y condenación eterna que todos los hombres casi sin excepción deberían sufrir obligatoriamente si el propio Dios, como aseguran los cristícolas, no se hubiese apiadado de ellos y hubiese tenido la bondad de darles un redentor que les librara de todos esos castigos eternos. Según los cristícolas, el redentor sería el divino Jesucristo, judío de nacimiento, hijo de un carpintero llamado José y de una mujer llamada María que, según los cristícolas, habría permanecido siempre virgen, es decir, tanto antes de tener un hijo como después de haberlo tenido. Este Jesucristo supuestamente divino, después de haber recorrido Galilea predicando como un fanático una doctrina nueva y anunciando y predicando especialmente la llegada inminente de un supuesto reino de los cielos, acabó crucificado en Jerusalén como corruptor del pueblo y sedicioso.

A pesar de ello, los cristícolas no dejan de adorarlo y reconocerlo como un hombre divino que habría descendido de manera sobrenatural del cielo para encarnarse en el seno de la mencionada y supuesta virgen haciéndose hombre, al tomar un cuerpo y un alma como nosotros, para la salvación del mundo. A tal fin se habría entregado voluntariamente a la muerte cruel y vergonzosa en la cruz. Sí, habría muerto en la cruz para salvar a todos los hombres y redimirlos de sus pecados satisfaciendo con la efusión de su sangre y su muerte la necesidad de justicia de Dios, su padre, a quien los hombres habrían ofendido con sus pecados, sobre todo con el de la desobediencia, que habrían cometido esos dos primeros representantes del género

humano al comer, como hicieron, el fruto que Dios les habría prohibido que comieran. Gracias a esta satisfacción, que poseía un mérito infinito, según los cristícolas, habría redimido a todos los hombres de la supuesta condenación y maldición eternas, a las que se habrían hecho acreedores por la desobediencia de esos dos primeros representantes del género humano. Por eso lo llaman, como ya he dicho, su *divino Salvador* y su *divino Redentor*. Ésta es la doctrina y lo que creen los deicristícolas sobre esta cuestión. Su religión les enseña esta bonita doctrina obligándoles a creer en ella bajo pena de condenación, reprobación y maldición eternas.

Pero como esta creencia contiene varias cosas ridículas y absurdas, hay que intentar que se vean de forma manifiesta el ridículo y el absurdo que encierra. Sin embargo, no voy a ceñirme a refutar especialmente la fábula de la supuesta creación de un primer hombre y una primera mujer, ni tampoco la de la supuesta creación del paraíso terrenal, donde Dios los habría colocado, ni la de un supuesto árbol de la ciencia del bien y del mal cuyos frutos les habría prohibido que comieran, ni la supuesta seducción del primer hombre y la primera mujer llevada a cabo por una serpiente más astuta y sagaz que el propio hombre, a pesar de haber sido creado éste con toda la sabiduría y perfección posibles, ni tampoco refutaré el supuesto castigo de los dos primeros representantes del género humano, como tampoco el que habría recibido la serpiente, ni refutaré tampoco, por último, la fábula de una supuesta virgen que habría dado a luz un niño: «la Virgen intacta concibió un hijo del Verbo sin conocimiento de varón» (*Himno de Navidad*). «¿Cuántas historias no habrá —dice el señor de Montaigne— de pobres hombres a los que los dioses les pusieron los cuernos? La religión de Mahoma admite la existencia de varios *merlines*, es decir, de hijos sin padre nacidos del vientre de vírgenes». Digo que no me detendré en refutar todas esas fábulas en particular ni otras semejantes, pues habría que decir mucho al respecto y me llevaría demasiado tiempo. Bastará con señalar aquí la falsedad, el ridículo y el absurdo de los tres puntos principales de esta doctrina.

En primer lugar, resulta falsa, ridícula y absurda cuando dice que los pecados ofenden gravemente a Dios y suscitan su cólera e indignación.

En segundo lugar, resulta falsa, ridícula y absurda cuando predica y asegura que Dios castigará los pecados de los hombres, no sólo con castigos temporales en esta vida sino también con castigos eternos en la otra y, lo que es más, con los castigos más rigurosos y terribles que se pueda imaginar.

En tercer lugar, resulta falsa, ridícula y absurda cuando predica y obliga a creer que el propio Dios se habría hecho hombre y se habría entregado a la vergonzosa muerte de la cruz para redimir a unos hombres que le habrían ofendido gravemente y habrían merecido por ello la condenación y la maldición eternas.

Todo esto, repito, es falso, ridículo y absurdo, como voy a demostrar de manera indudable algo más ampliamente.

39

Quinto error: las supuestas injurias y ofensas que los pecados de los hombres causan a Dios, suscitando en él una supuesta cólera e indignación merecedoras del castigo temporal y eterno

En primer lugar, se puede constatar y resulta incluso evidente que la religión cristiana predica que los vicios, pecados y maldades o malas acciones de los hombres, entre las que habría que incluir las que no pasan de faltas leves (como la de los primeros representantes del género humano, Adán y Eva, al comer en el paraíso terrenal el fruto que les prohibió que comieran), ofenden gravemente a Dios y suscitan su cólera.

Esto es lo que atestiguan expresamente las supuestas Sagradas Escrituras de los cristícolas y lo que los cristícolas repiten en todos sus devocionarios y predican públicamente en sus iglesias, y lo que enseñan, por último, en sus escuelas y en las instrucciones tanto privadas como públicas que dan en ellas.

San Crisóstomo sostiene que lo que más disgusta a Dios es el pecado (*Homilía XLI, Sermón XLI sobre Mateo*). El gran san Agustín dice que quienes cometen pecados ofenden a Jesucristo, que reina en el cielo. El gran san Pablo dice que los hombres que cometen pecados crucifican de nuevo a Jesucristo en sus almas (Hebreos, 6,6). Y san Agustín asegura que quienes pecan le ofenden más gravemente que los judíos, pues éstos se limitaron sólo a crucificarlo en la tierra (*Explicación del salmo 47*). El concilio de Trento considera el pecado como una ofensa grave a Dios: es más, como «una ofensa muy grave» (*Cánones y decretos del concilio de Trento*, sesión 14, capítulo 1º). Por esta razón, los cristícolas romanos cantan con tono lúgubre al comienzo de la Cuaresma: «Oh, Dios, hemos ofendido tu clemencia con nuestras malas acciones». Y también: «Nuestro remordimiento prueba que te hemos ofendido gravemente». O: «Hemos pecado mucho». «Porque os rebelasteis —dijo Dios a Moisés— en el desierto de Sin, cuando la comunidad protestó, y no les hicisteis ver mi santidad» (Números, 27,14). «Así no caerás en su trampa. Mira que son abominación para el Señor, tu Dios» (Deuteronomio, 7,25). «Porque es seguro —decía Judit— que nuestro Dios se ha irritado tanto por los pecados de su pueblo, que se lo ha hecho decir a través de sus profetas» (Judit, 11,8).

El libro supuestamente santo del Génesis dice que, en tiempos de Noé, Dios se sintió tan gravemente ofendido por los pecados de los hombres que notó dolor en su propio corazón (Génesis, 6,6). A partir de ahí, los teólogos cristícolas concuerdan en sostener que la gravedad del pecado es tan grande que, aunque se reunieran todos los hombres que hay en el mundo y todos los ángeles del cielo para lamentar el ultraje que cometieron contra Dios, comprometiéndose al mismo tiempo a hacer toda la penitencia de que fueran capaces, nunca podrían satisfacer dignamente una justicia de Dios que fue ofendida por un solo pecado mortal, por muchas lágrimas que vertieran

y por mucha penitencia y buenas obras que fueran capaces de realizar. De tal manera que, según dicen, ni la sangre derramada por todos los mártires ni la pureza de las vírgenes ni el mérito de los ángeles y los santos sería bastante para desagraviar dignamente la justicia de Dios ofendida por el pecado (*Morale chrétienne*).

Dicen los cristícolas que para que hubiese una digna satisfacción de la ofensa causada a Dios con el pecado, que es de alguna manera infinita, se necesitaban los méritos infinitos de un hombre hecho Dios, porque sólo con unos méritos infinitos se puede satisfacer una ofensa infinita. Pero como los méritos de todas las criaturas juntas no alcanzan un valor infinito, de ello se desprende que el mérito de todas las criaturas juntas no sería suficiente para reparar dignamente la justicia de Dios ofendida por el pecado mortal.

Por ello, añaden que el divino Hijo de Dios se encarnó e hizo hombre como nosotros a fin de redimir a los hombres y reparar dignamente la justicia, ofendida por los pecados de los hombres, de Dios, su padre eterno, con los méritos infinitos de su pasión y muerte (*Morale chrétienne*). La ofensa o la injuria que el pecado causa en Dios, dicen además los cristícolas, es tan grande que no se puede concebir. Dicen que resulta, de alguna manera, incomprensible. Y para ello hacen el siguiente razonamiento: para entender o conocer el tamaño de una ofensa hay que conocer la calidad del ofendido, así como la calidad de quien ofende, ya que el tamaño de una ofensa no proviene únicamente de la calidad o la naturaleza de la propia ofensa, sino que proviene también de la grandeza, la excelencia y la dignidad de la persona ofendida, al igual que de la indignidad y la bajeza de quien ofende. De acuerdo con este razonamiento, habría que conocer y medir, por decir de alguna manera, la grandeza de Dios a fin de poder comprender el tamaño de la ofensa o de la injuria que el pecado provoca en Dios, porque la gravedad del pecado proviene de la oposición en que se halla ante su grandeza y santidad. Y como no hay nadie que pueda comprender la grandeza y excelencia de Dios, porque es infinito en perfecciones de todo tipo, resulta imposible que los hombres puedan, de igual manera, comprender la gravedad de la ofensa y la injuria que el pecado mortal causa a Dios.

Esta gravedad o enormidad del pecado mortal es tan grande, según dicen, que no se puede borrar ni con todas las llamas del mismo infierno. Por eso el gran san Agustín dice, y con él lo dicen todos los teólogos cristícolas, que más valdría que el mundo pereciera, es decir, que perecieran el cielo y la tierra con todo lo que contienen, que cometer un solo pecado mortal. Ese gran mirmadolín de doctor dice que pecar es deshonrar a Dios, y eso es algo que nadie debe hacer jamás aunque tuvieran que perecer todas las criaturas. La injuria que se le hace a Dios con el pecado es tan grande y terrible que ha hecho decir a san Anselmo que, si a un lado viera el infierno abierto con todas sus llamas y a otro la eventualidad de cometer un solo pecado mortal, y tuviera que elegir entre una cosa y otra, preferiría arrojarse de cabeza al infierno antes que cometer voluntariamente un solo pecado mortal.

Veamos lo que dicen también sobre las faltas pequeñas que llaman pecados veniales: «Si partimos de que el pecado venial es una ofensa y un daño que se provoca a Dios, de ello se sigue que es un daño mayor que los males de todas las criaturas que hay en el mundo, y que los santos preferirían perder mil vidas antes que cometer un solo pecado venial deliberadamente, y que no se podría decir, en conciencia, ni la más pequeña de las mentiras para rendir a Dios la mayor de las alabanzas, y que todas las criaturas deberían sentirse felices de sacrificar su existencia para impedir el más ligero pecado venial, porque resulta un daño incomparablemente mayor que todos los males del mundo, y es la desolación de toda la gente, la ruina de todas las criaturas y la destrucción del universo entero» (*Retraite de saint Ignace*).

¿No hay que estar locos para hablar así?

Pues así es como hablan los piadosos y supersticiosos deicristícolas romanos de las supuestas injurias y ofensas que el pecado provoca en Dios. Se podrían hacer muchas reflexiones acerca de tan bonita doctrina a nada que se quisiera sacar jugo a todo lo que contiene de ridículo, pero dejémoslo.

Así es como hablan o hacen que hable Dios cuando se halla encolerizado e indignado: «Ellos me han dado celos con un dios ilusorio, me han irritado con ídolos vacíos; pues yo les daré celos con un pueblo ilusorio, los irritaré con una nación fatua. Está ardiendo el fuego de mi ira y abrasará hasta el fondo del abismo, consumirá la tierra y sus cosechas, y quemará los cimientos de los montes» (Deuteronomio, 32,21-22). «Embriagaré mis flechas en sangre, mi espada devorará carne; sangre de muertos y cautivos, cabezas de jefes enemigos» (*ibid.*, 32,42).

El mismo Dios, al hablar por boca del profeta Isaías acerca del castigo que habría enviado a determinadas gentes, dijo: «Los pisé con cólera, los estrujé con furor» (Isaías, 63,3). El profeta Jeremías dijo: «Porque israelitas y judíos hacen lo que yo repruebo desde su juventud; mirad que yo los congregaré en todos los países por donde los dispersó mi ira y mi cólera y mi gran furor» (Jeremías, 32,30, 37). Y hablando por medio de su profeta Ezequiel: «Por eso, ¡por mi vida! —oráculo del Señor—, por haber profanado mi santuario con tus ídolos y abominaciones, juro que te rechazaré, no me apadiaré de ti ni te perdonaré. Un tercio de los tuyos morirá de peste y el hambre los consumirá dentro de ti, un tercio caerá a espada alrededor de ti y un tercio lo esparciré a todos los vientos. Y los perseguiré con la espada desnuda. Agotaré mi ira contra ellos y desfogaré mi cólera hasta quedarme a gusto; y sabrán que yo, el Señor, hablé con pasión cuando agote mi cólera contra ellos» (Ezequiel, 5,11-13). «Haré con ellos una venganza terrible, castigos despiadados, y sabrán que yo soy el Señor cuando ejecute en ellos mi venganza» (*ibid.*, 25,17). Y hay muchos ejemplos semejantes de esta forma de expresarse que los profetas atribuyen a Dios.

Veamos ahora cómo hablan los propios profetas de la cólera, el furor y la indignación de su Dios. Como el pueblo de Israel protestó ante Moisés porque no tenían carne para comer, Dios montó en cólera contra el pueblo, de modo que, si al principio les envió codornices para que pudieran comer hasta hartarse, luego les

envió una plaga muy cruel (Números, 9,10). «Porque rechazaron la ley del Señor Todopoderoso —dijo el profeta Isaías— y despreciaron la palabra del santo de Israel. Por eso se inflama la ira del Señor contra su pueblo y extiende la mano para herirlo. Tiemblan los montes, yacen los cadáveres como basura por las calles. Y con todo eso no se aplaca su ira, sigue extendida su mano» (Isaías, 5,24-25). «Encendido en ira —dijo Jeremías— tronchó el vigor de Israel» (Lamentaciones, 2,3). «Con la ira del Señor arde el país, y el pueblo es pasto del fuego» (Isaías, 9,18a). «Señor —dijo el profeta David—, no me reprendas con ira, no me castigues con cólera» (Salmos, 6,1). «En vez de pan como ceniza, mezclo mi bebida con llanto; por tu cólera e indignación» (Salmos, 102,10-11). «El Señor se burla de ellos. Después les habla con ira y con su cólera los espanta» (Salmos, 2,4-5).

Por último, en los libros que hablan de la creación del mundo se dice que Dios maldijo a toda la tierra por culpa del pecado cometido por el primer hombre cuando comió el fruto prohibido. Se dice expresamente que fue expulsado del paraíso por esta única falta y que, debido a ello, Dios los condenó, a él y a toda su descendencia, a la muerte y a padecer las miserias de la vida. Y no sólo les castigó a que padecieran todas las miserias de la vida sino también, como dicen los cristícolas, a la condenación y la maldición eternas, de tal manera que todos los hombres que vinieron después y todos los que vendrán no son, no han sido y no serán más que hijos de la cólera, como dice el gran san Pablo, unos hijos merecedores del castigo eterno (Efesios, 2,3). «Nadie os engañe con vanos discursos, pues por ello descarga la ira de Dios sobre los rebeldes» (*ibid.*, 5,6).

Estos testimonios, y muchísimos más de la misma índole que podría traer aquí, muestran de forma evidente que la religión cristiana cree y enseña que los vicios y los pecados de los hombres, incluyendo los que no parecen más que faltas muy leves, ofenden gravemente a Dios y provocan su cólera, su furor y su indignación. Pues bien, es un error pensar y creer que un ser todopoderoso e infinitamente perfecto como tendría que ser Dios pueda resultar ofendido por las maldades y los vicios de los hombres, cualesquiera que éstos sean. Y es de igual manera un error creer y pensar que un ser inmutable, infinitamente perfecto e infinitamente sabio pueda sentir cólera, furor e indignación o cualquier otro tipo de pasión, lo cual voy a probar con el siguiente argumento.

Un ser que estuviera infinitamente por encima de las ofensas y las injurias no podría resultar ofendido por nada ni podría recibir ultraje alguno de nadie. Pues bien, un ser que fuese todopoderoso e infinitamente perfecto se encontraría, debido a su propia naturaleza, infinitamente por encima de las ofensas y los ultrajes, no sólo porque con su omnipotencia apartaría e impediría cualquier cosa que pudiera dañarle, disgustarle o causarle molestias o ultrajes, sino porque sería invulnerable, inalterable e impasible por naturaleza. Y si fuese invulnerable, inalterable e impasible por naturaleza hay que concluir que estaría por encima de las ofensas y las injurias y que,

por consiguiente, no podría sentirse ofendido por los vicios y maldades de los hombres.

De ahí que, lejos de resultar que la infinita grandeza y majestad de Dios constituye un motivo para decir, como dicen los cristícolas, que los pecados de los hombres le ofenden más gravemente debido a su elevada condición y a sus muchas perfecciones, sucede más bien lo contrario: que los hombres no podrían ofenderle de ningún modo, y que de ningún modo podrían ser capaces de ofenderle, ya que Él estaría infinitamente por encima de lo que los hombres pudieran hacer para ofenderle.

¿Podrían los hombres hacer una brecha en la luna o el sol aunque dispararan todas sus flechas, todos sus mosquetes y todos sus cañones contra ellos? ¿Los podrían siquiera alcanzar? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque se hallan muy por encima del alcance de las flechas que los hombres pudieran lanzar contra ellos; de las flechas, de los mosquetes y de toda su artillería. Y si quisieran lanzar, de igual manera, barro contra el sol o la luna, ¿podrían mancharlos? ¡De ninguna manera! ¿Por qué? Porque se hallan muy por encima de todo cuanto quisieran emprender los hombres a su favor o en su contra. Con mayor razón, al estar Dios infinitamente por encima de todo cuanto los hombres pudieran hacer por él o contra él, ni el bien ni el mal que pudieran hacer sería capaz de causar a Dios el menor bien o el menor mal y, por consiguiente, ni los pecados que pueda cometer el hombre ni las maldades o los vicios a los que pueda entregarse, son susceptibles de ofenderle de ningún modo.

Esto es lo que los cristícolas se ven obligados a reconocer en sus propios y supuestamente santos libros, y más en concreto en el de Job, donde se puede leer: «¿Puede un hombre ser útil a Dios?, ¿puede un sabio serle útil? ¿Qué saca el Todopoderoso de que tú seas justo o qué gana si tu conducta es honrada?» (Job, 22,2-3). Y en otro pasaje: «Mira atentamente al cielo y fíjate en las nubes, tan altas. Si pecas, ¿qué mal le causas a Dios?; si acumulas los delitos, ¿qué daño le haces?; si eres justo, ¿qué le das a él o qué recibe de tu mano? Es a un hombre a quien afecta tu maldad, a un ser humano como tú, tu justicia» (Job, 35,5-8).

Alguien podría alegar que es mucho más grave que una persona de baja condición ultraje u ofenda a un rey o a una persona de alta condición que el hecho de que esa persona ultraje u ofenda a una persona de su misma condición; pues bien, sí, hay que reconocer que esto es así. Pero este ejemplo no prueba que fuese a ocurrir lo mismo con Dios, porque ni los reyes ni las personas de alta condición, por muy grande que sea ésta, se encuentran completamente por encima de los ultrajes y ofensas que pudieran causarles la gente de condición más baja. Lejos de ello, las personas de alta condición poseen una complexión más delicada que la que tienen quienes no lo son y, al no estar acostumbradas tampoco a recibir ofensas e injurias, se resienten mucho más intensamente al recibirlas, por eso se sentirán mucho más ofendidas que los de una condición inferior a la suya. Pero no ocurriría lo mismo con un Dios que fuese infinitamente perfecto, ya que sería invulnerable, inalterable e impasible por naturaleza, como ya he dicho, pues se encontraría infinitamente por encima del

alcance de las injurias y ofensas, por lo que nada de lo que pudieran hacer los hombres podría ofenderle. En efecto, si los vicios y maldades de los hombres fuesen capaces de ofender su naturaleza divina por poco que fuera —de causarle una ofensa real y verdadera, quiero decir, porque así es como hay que entenderlo—, si fuesen, insisto, capaces de ofenderle por muy poco que fuera, habría que decir que Dios sería el ser más ofendido, más maltratado, más ultrajado y más atormentado de todos los seres y, por consiguiente, el ser más infeliz y desgraciado, ya que se vería expuesto todos los días, y a cada momento, a las injurias y ofensas de una infinidad de hombres, por lo que, a nada que cada vicio y pecado que se cometen a todas horas le causaran la misma molestia que pueden causarle al hombre una mosca o una pulga, con eso bastaría para convertirle en el ser más atormentado del mundo. ¿Os imagináis qué tormento y qué molestias representarían para un hombre verse expuesto continuamente y en todo momento a las picaduras y mordiscos de un millón de moscas y de pulgas que anduviesen incesantemente a su alrededor para picarle y morderle? Sería un tormento peor que el que pudiera causarle la enfermedad más dolorosa. Le resultaría más soportable la muerte que un suplicio como ése.

Pues ésa podría ser una imagen del estado al que se vería reducido Dios, según los cristícolas, a poco que pudieran ofenderle los vicios y pecados de los hombres. Es posible que un vicio o un pecado no pudieran ofenderle mucho, pero ocurre que cada día y a cada momento se cometen en el mundo una cantidad casi infinita de vicios, crímenes y pecados, y eso sí podría convertirlo en el ser más infeliz y desgraciado. ¿No es ridículo y absurdo decir que un Dios que sería un ser infinitamente perfecto y todopoderoso y que, por consiguiente, tendría que ser el individuo más feliz, más tranquilo y más satisfecho, podría verse reducido a convertirse en el ser más infeliz y desgraciado por culpa de los vicios y pecados de los hombres? Sí, resultaría ridículo y absurdo. Luego es ridículo y absurdo decir que Dios podría resultar realmente ofendido por los vicios y pecados de los hombres. Y resulta ridículo y absurdo exagerar la gravedad y la enormidad de los vicios y los pecados de los hombres, como hacen los cristícolas a la hora de evaluar la supuesta ofensa que harían a Dios, ya que esta ofensa no existe de ninguna manera y no es ni real ni verdadera sino únicamente imaginaria o, todo lo más, metafórica.

Por ello resulta ridículo decir, como dicen, que un solo pecado venial representa un mal o un daño mayor que todos los males que puedan causar todas las criaturas juntas. Es ridículo decir, como dicen, que valdría más perder mil vidas, e incluso dejar perecer a todas las criaturas, antes que cometer voluntariamente un solo pecado venial o decir, por ejemplo, una mentira piadosa. Resulta ridículo, por último, decir, como dicen algunos de ellos, que preferirían arrojarse vivos a los infiernos antes que cometer voluntariamente un solo pecado venial, porque eso fue lo que dijo uno de ellos, que prefería sufrir los terribles tormentos del infierno antes que decir una mentira piadosa o una palabra vana y frívola. Es como si dijeran que una mentira piadosa o una palabra vana y frívola causarían más daño que todos los males del

mundo juntos, y que valdría más que todo el mundo pereciera antes que decir una sola mentira piadosa o una sola palabra vana y frívola. ¡Qué locura, decir semejantes cosas!

Si eso fuera así, tendrían que decir también que habría valido más que Dios no hubiese creado criatura alguna antes que permitir que pudiera cometerse un pecado venial, o que se pudiera decir alguna mentira piadosa o alguna palabra vana y frívola. Juzgad si no sería ridículo decir semejante cosa de un ser infinitamente perfecto. Pues bien, tan ridículo como eso es decir que los vicios y pecados de los hombres ofenden grave y mortalmente a Dios, como aseguran los cristícolas. Añadid a eso que la posibilidad de ser ofendido no es más que una muestra certísima de debilidad e imbecilidad que no podría darse en un ser que fuera todopoderoso e infinitamente perfecto y, por consiguiente, no puede darse en Dios.

Por la misma razón, es un error creer que podría enfadarse y montar en cólera o que podría enfurecerse e indignarse con los hombres a causa de sus vicios y pecados. Digo que resulta un error decir y pensar eso, no sólo porque sería indigno de la sabiduría de un ser infinitamente perfecto, como tendría que ser Dios de acuerdo con lo que dicen los cristícolas, sino porque se supone que es inmutable e inalterable por naturaleza y, por lo tanto, no podría estar sujeto a ninguna de esas pasiones. Y la razón es que las pasiones no son más que emociones extraordinarias del alma que alteran y cambian la disposición natural y ordinaria del alma.

Por lo que, si Dios es inmutable e inalterable por naturaleza, como así suponen, ninguna de esas pasiones podría conmoverlo.

Cosa que los propios cristícolas se ven obligados a reconocer, como lo certifica el testimonio de uno de ellos: «Dios —dice san Ambrosio— no piensa como los hombres, a los que los pensamientos les vienen unos después de otros. Tampoco se enfada como los hombres, como si estuviera sujeto a cambios. Sin embargo, se dice que se enfada y encoleriza pero sólo se hace para mostrar la gravedad, enormidad y maldad de nuestros pecados, que son tan grandes que podrían provocar la cólera de Dios por más que no pueda verse conmovido ni por la cólera ni por el odio ni por pasión de ningún tipo».

San Agustín se dirigía así a Dios: «Estás celoso de tu gloria pero no temes nada; te arrepientes pero sin dolor, sin pena y sin arrepentimiento; te enfadas, pero permaneces siempre tranquilo».

Y en otra ocasión le dijo esto otro: «Señor mío, estás celoso de tu gloria, le has dicho con poderosa voz al oído interno de mi corazón que eres eterno, porque no cambias nunca ni por la impresión de una forma nueva ni por la vicisitud de movimiento alguno. Tu voluntad tampoco está sujeta a la inconstancia del tiempo, ya que una voluntad que variase de la manera que fuera en sus resoluciones no podría ser inmortal en su duración […]. Veo claramente esta verdad en tu presencia, etc.» (*Confesiones*, XII, 11). «Esas luces que me has comunicado —añade— me enseñan

que la desobediencia de cualquiera de tus criaturas no perjudica a tu persona ni cambia el orden de tu imperio, ya sea en el cielo o en la tierra».

En otro lugar dice que Dios y los ángeles «castigan sin encolerizarse y que se muestran misericordiosos sin sentir compasión». Y por último, dice también que «Dios no varía en sus pensamientos ni en su voluntad, como hacen los hombres debido a los cambios temporales». Y que antes de crear el mundo Dios no pensaba de manera distinta de como piensa ahora después de haberlo creado, ni pensará de otra manera cuando el mundo acabe, porque la voluntad de Dios permanece eternamente". Fulgencio dijo lo mismo.

Y el apóstol Santiago dijo formalmente que todo beneficio y todo don que sea perfecto provienen de arriba y descienden del padre de las luces, es decir, del propio Dios, que no está sujeto a fases ni a períodos oscuros (Santiago, 1,17).

Resulta claro y evidente, por tanto, que los mismos cristícolas se han visto obligados a reconocer que un ser infinitamente perfecto, como lo sería Dios, no puede estar sujeto a ninguna pasión y, por consiguiente, es un error decir y pensar, y con mayor razón enseñar, como hacen los cristícolas todos los días, que los vicios y pecados de los hombres suscitan la cólera, el furor y la indignación de Dios. Resulta ridículo y absurdo decir que un ser que tendría que ser inmutable e inalterable por naturaleza pueda estar sujeto a los movimientos de ese tipo de pasiones. «Ofensor y ofendido —decía el señor de Montaigne— constituyen un testimonio de imbecilidad idéntico», lo que no concuerda de ninguna manera con un ser infinitamente perfecto.

Los filósofos, en particular los estoicos, estiman que es indigno de las personas sabias dejarse arrastrar por los movimientos de las pasiones. Con mayor razón juzgarían indigno que se dejara arrastrar por ellas un ser infinitamente perfecto. Y lo que muestra muy claramente, además, que los vicios y pecados de los hombres no ofenden a Dios de ninguna manera y que no le causan ningún perjuicio, daño, ultraje ni malestar es que no hace nada por impedirlos. Pues si le ofendieran realmente y suscitaran realmente su cólera e indignación, como dicen los cristícolas, haría todo por impedirlos. Y si no los impide, no será por falta de poder, ya que al ser omnipotente lo puede todo. De ahí que si no los impide será porque no quiere, y en ese caso estaría yendo en contra de la naturaleza de la bondad y la sabiduría, que tienden por sí mismas a procurar el bien y a impedir el mal tanto como pueden; y no sólo eso sino que, además, se estaría haciendo acreedor a las risas y burlas, porque sería una locura dejarse ofender y ultrajar constantemente por todo tipo de vicios y pecados y sería también una locura enfadarse, enfurecerse y montar en cólera por unos males que podría atajar y no quiere impedir.

Pero Dios, dicen nuestros cristícolas, no quiere privar a los hombres de la libertad de hacer lo que quieran; por eso, porque poseen esa libertad, le ofenden gravemente cuando abusan del poder que les ha sido concedido y hacen el mal. Pues bien, sólo cabe responderles que, al ser Dios todopoderoso e infinitamente sabio, como le suponen, podría, sin quitar la libertad a los hombres, conducir y dirigir sus corazones

y espíritus, sus pensamientos y deseos, sus inclinaciones y voluntades, pudiendo impedir fácilmente que cometieran vicios y maldades de todo tipo sin quitarles, por ello, la libertad, ni herir el libre albedrío de los seres humanos; de ahí que, por consiguiente, sea una razón vana argüir que no quiere impedir los vicios y maldades de los hombres so pretexto de que desea dejarles la libertad de hacer lo que quieran.

Es más, como los cristícolas sostienen y enseñan que Dios es el primer principio y primer motor de todo cuanto se mueve y de todo cuanto ocurre en el mundo, y que nada puede hacerse sin él, sin su premoción y cooperación, de ello se desprende que sería el primer principio, el primer motor y el primer autor de todo lo que harían de bueno o malo tanto el hombre como el resto de criaturas. De tal manera que, si se enfadara y encolerizara por los vicios y desórdenes de los hombres, se estaría enfadando y encolerizando contra lo que él mismo estaría induciéndoles a hacer, de modo que él mismo se estaría ofendiendo a sí mismo mediante los vicios y pecados de los hombres. Es como si un individuo quisiera, por ejemplo, apuñalarse a sí mismo por la mano de otro, lo que resulta ridículo que pudiera pensarse o decirse de todo un Dios, es decir, de un ser que fuera infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto, porque sólo un loco podría ofenderse voluntariamente a sí mismo. Y sólo un loco podría enfadarse y montar en cólera contra lo que él mismo habría querido hacer. Lo cual muestra claramente que los cristícolas yerran cuando dicen que los vicios y pecados de los hombres ofenden grave y mortalmente a Dios y suscitan, por ello, su cólera, furor e indignación.

Como los cristícolas ven perfectamente que su manera de hablar respecto a la ofensa y la supuesta cólera e indignación de Dios no se puede sostener si se toman las palabras en el verdadero sentido que tienen, es decir, en sentido literal, se ven obligados a darles un sentido metafórico y figurado. Por eso dicen que los términos *ofensa, injuria, ira, cólera, furor, indignación* y otros semejantes, no se deben entender al pie de la letra, sino sólo metafóricamente y sólo en lo que se refiere a los efectos exteriores que esas pasiones producen habitualmente en los hombres realmente ofendidos y presos de cólera e indignación. Y como lo corriente es que los hombres indignados se encolericen, se enfurezcan e indignen contra quienes les ofenden o actúan contra su voluntad o sus disposiciones, y como lo más habitual es que, cuando están encolerizados, utilicen la venganza y la severidad para castigar y maltratar violenta y rigurosamente a quienes les ofenden o actúan contra su voluntad y sus disposiciones, de igual manera Dios castigará, según los cristícolas, violenta y rigurosamente a los hombres que se abandonen a los vicios y los pecados, a quienes violen y desprecien sus leyes y mandamientos. Y los castigará con el mismo rigor y la misma severidad que si le hubieran ofendido gravemente y se hubiese realmente enfadado y encolerizado, y por eso, aseguran, decir que los vicios y pecados de los hombres ofenden a Dios y suscitan su cólera e indignación es sólo una manera de hablar. De tal manera que cuando dicen que los vicios y los pecados de los hombres ofenden a Dios y suscitan su cólera, su furor e indignación, en realidad no están

diciendo eso, sino que el verdadero significado de esas expresiones es que Dios castiga y sanciona rigurosamente los vicios y pecados de los hombres, y que únicamente se sirven de dichas expresiones para acomodarse, según dicen, a la forma en que los hombres se expresan corrientemente y también para inspirar miedo y temor en los pecadores, así como para humillar a los soberbios, mover a los negligentes a la virtud, provocar a los espíritus curiosos y mantener el espíritu de piedad en los justos.

Pero si con su manera de hablar los cristícolas no entienden más que eso, y si esa es la única intención que tienen cuando se expresan así, entonces sería verdad, como ya he dicho, que los vicios y pecados de los hombres no ofenden de ninguna manera a Dios y no suscitan su cólera ni su indignación y que, por consiguiente, los cristícolas yerran y se equivocan al exagerar vanamente, como lo hacen, la gravedad y enormidad de los pecados relacionándolas con la supuesta ofensa que se estaría haciendo a Dios, ya que, según ellos mismos, sólo se trata de una ofensa metafórica, de una ofensa imaginaria.

Por otra parte, constituye un abuso terminológico llamar, como hacen, *injuria* y *ofensa a Dios*, a lo que no es ni injuria ni ofensa a Dios, y es un abuso terminológico llamar, como llaman, ira, cólera, *furor* e *indignación*, a lo que no es ni ira ni cólera ni furor ni indignación en Dios. A nadie se le ocurre, por ejemplo, llamar cólera ni furor a una sentencia —y ni siquiera a la ejecución de esa sentencia— en la que el juez ordena castigar severamente a los criminales. ¿Por qué llamar *ira, cólera, furor* e *indignación* al justo castigo con el que un Dios infinitamente sabio sancionaría las maldades de los hombres, puesto que los castiga sin cólera ni indignación? Pero si, de acuerdo con la forma que los cristícolas tienen de expresarse, los vicios y pecados de los hombres sólo se denominan *injurias* y *ofensas a Dios* de manera metafórica y figurada únicamente porque los castiga, de ahí se seguiría que, si no fuesen castigadas, no serían *injurias* u *ofensas a Dios*, ni siquiera metafórica o figuradamente, y que sólo serían injurias y ofensas metafóricas o figuradas cuando las castigase. De tal manera que, si no las castigara, o no las hubiera castigado nunca en absoluto, no habría habido ni habría ofensas a Dios, ni siquiera metafórica o figuradamente. Así, si no hubiera castigado, por ejemplo, el pecado y la supuesta desobediencia de Adán, que, según los cristícolas, constituye la causa única de la desgracia y perdición de los hombres, ¿habría podido decirse que hubo *ofensa a Dios*? No sé si los cristícolas pueden lograr que todo esto concuerde con lo que dicen acerca de la gravedad y la enormidad del pecado, así como lo que dicen sobre la supuesta ofensa que los pecados infligirían a Dios.

Se encuentran en el error asimismo por lo que respecta al castigo temporal y al castigo eterno con los que Dios sanciona los crímenes y pecados de los hombres. Y lo están en lo que se refiere a los castigos temporales que los hombres sufren en esta vida, ya que no se puede asegurar con certeza, y ni siquiera con un mínimo de apariencia de verdad, que las penalidades y males de esta vida sean castigos que Dios

envía a los hombres como sanción por sus pecados. La razón más evidente y convincente de ello es que si esos males y esas penalidades fuesen realmente castigos de Dios, serían penalidades y males proporcionales a la gravedad y la cantidad o número de sus crímenes y pecados, por lo que los inocentes y justos no sufrirían el mismo castigo que los culpables, ya que se supone que Dios es infinitamente bueno e infinitamente justo y, por ello, no es concebible que pudiera castigar lo mismo a los inocentes que a los culpables. Y tampoco resulta concebible que pudiera castigar con el mismo rigor las faltas leves de unos y los abominables crímenes de otros. No resulta tampoco concebible que quisiera dejar impunes los crímenes abominables, ni que los inocentes y justos sufriesen los castigos que hubieran merecido los culpables. Pues bien, todos los días se ven en todo el mundo miles y miles de crímenes y de maldades abominables que permanecen manifiestamente impunes. Todos los días se ve de forma manifiesta en todo el mundo que los justos e inocentes sufren las mismas penalidades que los culpables, y que los justos e inocentes gimen en medio del sufrimiento y la aflicción llegando incluso a perecer miserablemente, mientras que los impíos malvados y detestables viven alegre y prósperamente y triunfan con sus iniquidades. Y eso se puede observar en lo que los propios cristícolas dicen acerca, por ejemplo, del pecado original de Adán y Eva (Génesis, 3,17), del castigo a los betsamitas que miraron al arca (Reyes, 6,19), y del castigo por el censo que David impuso a su pueblo (Reyes, 2,24- 25) y en muchos otros ejemplos similares. De acuerdo, pues, con lo que dicen los cristícolas, repito, Dios castigaría de manera rigurosa y hasta muy rigurosa las faltas leves de unos, mientras que no castigaría o castigaría muy levemente los enormes crímenes de otros. Ya que si nos fijamos en el supuesto pecado que habría cometido Adán cuando comió el fruto del árbol prohibido en el paraíso terrenal, no cabe duda de que estaríamos ante una falta leve, en comparación con el pecado que habría cometido Caín asesinando a su hermano Abel. Sin embargo, según lo que dicen los cristícolas, Dios habría castigado muy rigurosamente el pecado de Adán, que no era más que una falta leve, y no habría castigado, sin embargo, o habría castigado muy levemente el pecado de Caín, que era un crimen detestable.

¿Qué pecado o qué mal pudo haber en el hecho de que los betsamitas se parasen a mirar un arca o un cofre colocado en un carro tirado por unas vacas que iban sin rumbo por los campos? Sin embargo, esta supuesta falta, en la que no hay ni la menor apariencia de mal ni de pecado, fue rigurosamente castigada en las personas de esos pobres betsamitas, mientras que una infinidad de crímenes mucho peores habrían permanecido impunes. Osa no cometió un crimen cuando tocó el arca con la mejor de las intenciones, ya que sólo trataba de impedir que cayera en el peligro en que estaba a punto de caer. Parece más bien que impedir que el arca cayera fue una acción loable, no censurable. Sin embargo, de acuerdo con los cristícolas, esta acción habría sido castigada con mayor severidad que los sacrilegios de los impíos.

Y respecto al censo que hizo David de su pueblo, no pudo tratarse más que de una falta leve, si es que fue falta. En cualquier caso, no fue más que un acto de simple curiosidad o, si se prefiere, un acto de orgullo que no perjudicó a nadie. ¿Era comparable a la falta que este mismo rey cometió haciendo que asesinaran a Uriel para robarle la mujer? Sin embargo, Dios habría castigado con mayor rigor la primera falta que acabo de señalar, y que no era nada, mientras que no castigó la segunda, que era un crimen terrible.

Estos ejemplos, con otros muchos que se podrían traer aquí, así como los que cada día vemos por todo el mundo acerca de las desgracias y molestos accidentes que suceden a la gente de bien y no suceden a una infinidad de malvados que merecerían ser castigados severamente y no lo son, muestran de manera evidente que Dios castiga severamente las faltas leves de unos mientras que no castiga en absoluto, o castiga de forma leve, los enormes crímenes de los otros, y mostrarían, de igual manera, que castiga lo mismo a los buenos que a los malos, a los inocentes que a los culpables, a los justos que a los injustos. Lo que, al ser de manera manifiesta contrario a la soberana bondad, la soberana sabiduría y la soberana justicia de un Dios que se supone infinitamente perfecto, mostraría que las penalidades y males temporales de esta vida no son, en realidad, castigos de Dios. No son, en realidad, más que la consecuencia natural y el efecto de la constitución natural de las cosas, que son corruptibles y mortales.

Por otra parte, ¿resulta creíble que un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio, que habría creado a los hombres para colmarles de bienes y favores y los habría creado para hacerlos perpetuamente felices, y los habría creado para que estuvieran perpetuamente contentos en un paraíso terrenal, hubiese querido excluirlos de su gracia al poco de haberlos creado para unos fines tan buenos? ¿Resulta creíble que los excluyera de su amistad y los redujera a la desdichada necesidad de sufrir las penalidades y miserias de esta vida únicamente por la falta cometida por un hombre, y eso cuando se trataba, además, de una falta tan leve como haber comido indiscretamente un fruto prohibido en un jardín?

Lo repito, ¡no resulta creíble!

¡Cómo! ¿Un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio habría hecho que la felicidad o desdicha temporales y eternas de los hombres dependieran de la vana y leve obediencia o desobediencia de un único hombre débil y frágil? Máxime después de que el propio Dios conociera la debilidad y fragilidad de su criatura y de que hubiera previsto que tenía que incurrir en esa desobediencia. No, no resulta creíble.

¡Cómo! ¿Todo por una desobediencia que no fue más que una bagatela que carecía por sí misma de consecuencias y no causó daño ni trastorno alguno ni a Dios ni a nadie? ¿Por una nimiedad que habría sido cometida sin que concurriera en el acto ningún propósito malo, y que hoy no merecería ni siquiera un golpe de estribera? ¿Un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio habría querido perder al género humano, privarlo de su gracia y condenarlo a muerte por una falta de ese tenor? ¿Y

habría querido que, debido a ella, los hombres sufrieran las penalidades y miserias de esta vida? Y como si no bastara con eso, ¿habría decidido condenarlos a la reprobación y la maldición eternas por una cuestión de tan poca monta? No, no resulta creíble. Sólo con pensarlo se estaría ofendiendo la soberana bondad y la soberana sabiduría de Dios.

Si, por ejemplo, un príncipe tuviera la fantasía de querer perder a toda la gente de una provincia, o a toda la gente de su reino, por la ligera desobediencia de uno solo de sus súbditos o de uno de sus favoritos, o si a un padre de familia rico y poderoso, que tuviera un gran número de hijos, se le metiera en la cabeza echarlos de casa y desheredarlos, e incluso hacer que fueran desgraciados e infelices durante todos los días de su vida por un acto de desobediencia, y lo que es más, por un leve acto de desobediencia cometido por uno de sus hijos, ¿no diríamos que ese príncipe, ese rey y ese padre de familia se habían vuelto locos y eran unos insensatos? Lo diríamos, sin duda, y tendríamos razón al decirlo, ya que para llegar tan lejos se debería haber perdido la razón y haber caído en un exceso de brutalidad y de furor.

¿Cómo pues, entonces, un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio habría podido caer en una demencia tan furiosa y cruel como la de perder y hacer infelices a unos hombres que serían sus hijos y su pueblo? ¿Cómo podría haber caído en una locura como la de querer perderlos a todos y hacerlos infelices por la falta de un solo hombre, que no había hecho más que comer indiscretamente una manzana, pongamos por caso, o una ciruela que le habrían prohibido que comiera? Esto no es creíble y resulta ridículo hasta pensarlo. Por consiguiente, es un error que los cristícolas digan, como lo hacen, que Dios castiga los crímenes y los pecados de los hombres con las penalidades temporales de esta vida, porque esas penalidades no son en realidad, como ya he dicho, más que la consecuencia natural y el efecto de la constitución natural de las cosas humanas, que son mudables, corruptibles y mortales.

Pero este error resulta más grave cuando dicen que Dios castiga a los hombres no sólo con las penalidades temporales de esta vida, sino que los castiga todavía más rigurosamente en la otra con los suplicios eternos del infierno, más aún, con los suplicios más espantosos que se pueda imaginar en un infierno que estaría lleno de fuego y llamas, según dicen, y repleto de horrores y maldiciones de todo tipo. Pues significa llevar los deseos de venganza de Dios a un exceso de crueldad, barbarie e inhumanidad tales que no habría hombre entre los más crueles tiranos que hayan existido jamás capaz de ir tan lejos. Pero significa también llevar la extravagancia en esta cuestión hasta el último extremo.

¡Cómo! ¿Los males, las miserias y aflicciones de esta vida no le bastarían a un Dios infinitamente bueno y misericordioso para satisfacer su deseo de venganza por el supuesto crimen de una ligera desobediencia? ¿No bastarían para cobrarse venganza por el supuesto crimen del robo de unas frutas? ¿De unas manzanas, unas ciruelas o las cerezas de un huerto? ¿Tampoco bastarían para cobrarse venganza del crimen de haber transgredido únicamente la ley del ayuno y de la abstinencia

ordenada por la Iglesia? ¿No bastarían para cobrarse venganza por el crimen de haber cometido algunos excesos con la bebida o la comida en un festín entre amigos? ¿No bastaría para cobrarse venganza de los jóvenes, sean muchachos o muchachas, por el supuesto crimen de un dulce beso o un dulce abrazo? ¿Ni para cobrarse venganza del supuesto crimen de haber pensado en ello o haberse mirado entre ellos con alguna complacencia? ¿Hacían falta aún los castigos eternos a fin de castigarlos para siempre? Y más aun, ¿harían falta los castigos más crueles, terribles y espantosos que se pueda imaginar, con fuegos y llamas eternas y todo lo más horrible que pueda idearse? ¿Necesitaría todos esos castigos, repito, para satisfacer sus deseos de venganza? ¿O por el placer de atormentarlos para siempre? Todo esto sobrepasaría el mayor exceso de crueldad e inhumanidad. Y pretender sostener tal cosa equivale a llevar la extravagancia hasta su último extremo.

¿No decís, misericordiosos cristícolas, que Dios está lleno de bondad y misericordia y hasta que es un padre compasivo y Dios de todo consuelo (2 Corintios, 1,3)? ¿No decís que le gusta perdonar y que es largo en el perdón y amante de la salvación de los hombres ? ¿Y no llegáis a decir que su dulzura y su misericordia sobrepasan la malicia de los pecados? (Joel, 2,13)? ¡Sí, todo eso decís! ¿Cómo podéis decir entonces que castigará tan severa, cruel y despiadadamente unas faltas tan ligeras y vanas? Lo uno contradice lo otro, por lo que se cae por su propio peso. «Si una calamidad siembra muerte repentina, él se burla de la desgracia del inocente» (Job, 9,23).

Imaginad por un momento el espantoso temor en que se encontrarían los infelices reprobados que no habrían cometido otro crimen que el de no haber recibido el bautismo. Y los que habrían cometido únicamente el crimen de haber cedido a la debilidad de disfrutar de algunos de los placeres naturales. O de quienes no habrían cometido otro crimen que manifestar alguna complacencia por determinados amigos suyos. O de quienes no habrían cometido mayor crimen que haber tenido la voluntad o el deseo de vengarse de unos enemigos malvados. O de quienes no habrían cometido otro crimen que haber faltado a unas cuantas misas, no haber observado algunos ayunos o no haber creído en lo que hombres ignorantes o mentirosos dicen acerca de un paraíso y un infierno que no han conocido ni visto…, etc.

Ahí están, pues, esos pobres infelices, ahí están, condenados irremisiblemente a sufrir por siempre jamás los crueles y espantosos suplicios del infierno, ahí están condenados a arder eternamente en llamas sin esperanza de recibir jamás el perdón, la liberación, ni el más mínimo alivio de sus tormentos. ¡Cuántos dolores, cuántos gritos, cuántos gemidos! ¡Cuántos alaridos espantosos no se verán obligados a soltar eternamente esos pobres desdichados! Y ante eso, ¿no se dejaría ablandar un Dios que, según se dice, es infinitamente dulce y benigno, infinitamente bueno y misericordioso? ¿No se cansaría nunca de ver tormentos tan espantosos ni de oír las quejas, gritos y gemidos lastimeros de esos pobres infelices? ¿No se dejaría mover a

compasión por los menos culpables, de la misma manera que no lo haría por los más malvados?

Si Dios fuera capaz de eso, y si hiciera efectivamente algo semejante (lo que es, sin embargo, imposible), me atrevería a decir que merecería ser odiado, detestado y maldito para siempre, porque sería más cruel que los tiranos más crueles que hayan existido o pudiesen existir. Mirad si cabe decir esto de todo un Dios, es decir, de un ser infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio. No, con toda seguridad, no. Pues bien, de la misma manera que resulta moralmente ridículo y absurdo decir que un ser infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio merecería ser odiado, detestado y maldito por siempre jamás, resulta ridículo y absurdo decir que un Dios que fuese infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio querría castigar eterna y despiadadamente con el infierno no sólo los pecados de malicia y maldad sino también los de debilidad y las propias desviaciones, como son los que acabo de mencionar u otros semejantes. Todo eso es contrario a lo que indica expresamente uno de nuestros supuestos santos profetas, pues este profeta, al mencionar los grandes crímenes cometidos en la ciudad de Jerusalén y el castigo riguroso con que Dios les habría sancionado, dijo e hizo que Dios dijera lo siguiente cuando se dirigió a la población de esa ciudad: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios: hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble castigo por sus pecados» (Isaías, 40,1). Si los castigos temporales con que, según el profeta, Dios castigó a la gente de esta ciudad por sus grandes y enormes pecados fueron, de acuerdo con las propias palabras de Dios, el doble de lo que habían merecido por sus pecados o, por decirlo mejor y más claramente, si los habitantes de Jerusalén fueron doblemente sancionados por Dios con castigos temporales por sus pecados habiéndoseles perdonado completamente por esta razón, no fue con toda seguridad para castigarlos nuevamente y por toda la eternidad con los suplicios espantosos de un infierno como el que describen los cristícolas.

Sus libros supuestamente santos y divinos atestiguan que Dios se arrepintió de haber castigado tan severamente a los hombres por sus maldades cuando hizo que perecieran por las aguas del diluvio que habría inundado toda la tierra en tiempos de Noé. Aseguran, pues, que Dios dijo que no maldeciría en adelante a la tierra a causa de los pecados de los hombres y que no les mandaría otro diluvio, porque estaban inclinados al mal por naturaleza. Les dijo incluso que colocaría su arco en las nubes como señal segura de su alianza con los hombres y con todas las criaturas vivas y de que no les enviaría otro diluvio. Y después de decir eso, ¿habría creado o construido un infierno para atormentarlos y hacerles arder cruel y eternamente en sus llamas? ¿Se puede decir esto? ¿Se puede siquiera pensar que esto pueda darse en un ser infinitamente bueno e infinitamente sabio?

El supuesto Jesucristo dijo que uno de sus discípulos le traicionaría y que más le valdría no haber nacido. Pero si lo que acabo de exponer sobre la doctrina de los

cristícolas fuese verdad, se podría decir con toda seguridad que más habría valido que Dios no hubiera creado al hombre antes que haberlo creado y dejado, como hizo, en una condición tan débil y frágil. Los cristícolas no podrán negar esta conclusión ya que aseguran, en lo que resulta ser uno de sus principios morales, que valdría más dejar perecer a todas las criaturas que cometer un solo pecado venial diciendo, por ejemplo, una mentira piadosa o una palabra ociosa y frívola —pecados veniales, según su doctrina—, por lo que resulta evidente que habría valido más que no hubiera hombres y no hubiese habido nunca mundo, antes que tener uno con tantos vicios malvados y tantos crímenes detestables. Habría valido más que no hubiese habido hombres antes que ver a tantos miserables y desgraciados condenados por toda la eternidad. En una palabra, habría valido más que Dios hubiese descansado y no hubiese creado nada, antes que haber permitido o consentido que se hiciera algo malo por pequeño que fuese, es decir, que se cometiera el más mínimo pecado o la más mínima desobediencia a sus mandamientos. Juzgad si un ser infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio habría hecho o habría querido hacer o consentir lo que hubiera valido más que no se hubiese hecho o permitido que se hiciera. Resulta ridículo y absurdo decir que habría querido hacer lo que más hubiera valido que no hiciese. Resulta ridículo y absurdo decir que habría querido permitir lo que más hubiera valido que no permitiera, ya que habría estado actuando en contra de la naturaleza de su infinita bondad y su infinita sabiduría. Todos estos razonamientos muestran claramente que los cristícolas yerran cuando dicen que Dios castiga los crímenes y los pecados de los hombres con castigos eternos.

Pero examinemos otro error de su doctrina, completamente opuesto al que acabo de refutar. Después de habernos presentado a Dios como un monstruo terrible lleno de cólera, furor e indignación contra los pecadores, tanto como para querer castigarlos despiadadamente por sus vicios y pecados con los espantosos castigos del infierno, y para castigarlos severamente a quemarse durante unos cuantos años en las llamas del purgatorio por el más insignificante pecado venial, nos lo quieren presentar, al mismo tiempo, como un admirable prodigio de bondad, dulzura, clemencia y misericordia, que se mostraría incluso dispuesto a perdonar los crímenes mayores y más detestables. Aduzco como testimonio lo que recogen sus libros supuestamente sagrados y divinos. En ellos la misericordia de Dios aparece exaltada por encima del resto de sus obras, muy especialmente en los libros de los profetas, en los que se dice que Dios es compasivo, clemente, misericordioso y paciente, siendo su misericordia tan grande que su bondad supera la malignidad de los pecadores (Joel, 2,13). En otros lugares se llega a decir que aunque los crímenes de los pecadores fueran rojos como la púrpua, los volvería blancos como la nieve, y aunque fueran rojos como escarlata los blanquearía dejándolos como la lana. Con eso quieren decir que, por muchos y muy graves que fueran los pecados, perdonaría a los pecadores y les concedería su misericordia lavándolos y purificándoles de las manchas de sus vicios y pecados (Isaías, 1,18).

Por eso, la religión cristiana enseña y obliga a creer, so pena de condenación y maldición eternas, que Dios, en un arranque de bondad y misericordia, tuvo piedad y se compadeció de la perdición de los hombres causada por el pecado de Adán, y que, para redimirlos, llevó su bondad hasta el extremo de hacerse hombre y morir vergonzosamente en la cruz. De esta manera, habría satisfecho con su muerte su propia sed de justicia, ofendida por los pecados de los hombres, y con ello les habría redimido de la condenación eterna procurándoles al mismo tiempo una bienaventurada vida eterna en el cielo. Si esto fuera como la religión cristiana dice y asegura que es, constituiría un testimonio firme de la gran bondad y misericordia con que Dios habría tratado a los pecadores. Pero resulta muy fácil descubrir la falsedad y el absurdo que concurren en esta doctrina, pues:

1º. ¿Cómo se pueden conciliar en un mismo Dios un exceso tan grande de bondad y amor por los hombres con el poco cuidado que habría tenido a la hora de mantenerlos y conservarlos en un estado de inocencia que era frágil y débil, porque él lo quiso así, y que lo era tanto que cayeron enseguida y muy fácilmente en el pecado? Sólo habría dependido de él, es decir, de Dios, concederles la fuerza, el coraje, las luces, la sabiduría y las virtudes suficientes como para que pudieran resistir las tentaciones del pecado y permanecer firmes en su inocencia sin caer nunca en él. Y para ello habría bastado con que Dios lo hubiese querido así. En ese caso, los hombres no habrían caído nunca en el pecado y, por consiguiente, de acuerdo con la doctrina de los cristícolas, no habría existido nunca el mal y, por tanto, no habría habido ninguna criatura infeliz, lo que habría representado la mayor felicidad del mundo. Pero Dios, según la doctrina de los cristícolas, no lo quiso así. Entonces, ¿cómo se puede conciliar esto con la inmensa bondad y el inmenso amor que dicen tiene por el hombre? No se puede conciliar en absoluto.

¿Cómo se puede conciliar en un mismo Dios una bondad y un amor por el hombre tan inmensos con la severidad y el rigor tan inmensos con los que castiga hasta la falta más pequeña? ¿Cómo se puede conciliar en un mismo Dios una bondad y una misericordia tan grandes hacia los pecadores con la inmensa cólera, el inmenso rigor y el inmenso furor con que los trata? Todo esto sin olvidar la cruel venganza que ejerce contra ellos. Extremos tan contrarios y opuestos no pueden coincidir en el mismo sujeto porque se anularían entre sí. Por tanto, resulta ridículo y absurdo atribuírselos a un mismo Dios.

2º. ¿Resulta creíble que un Dios infinitamente bueno, dotado de tanta dulzura y bondad hacia los hombres, hubiese podido reprobar, perder y condenar al género humano, no sólo a las penalidades y miserias de esta vida, sino también a quemarse eternamente en las llamas del infierno por la falta leve que cometió Adán al comer en un jardín los frutos que le prohibieron? ¡Y eso por una falta que no merecería, como he dicho, ni un azote con una estribera! Resulta indigno hasta pensar eso de un Dios soberanamente bueno y soberanamente sabio.

3º. Si una falta de ese tipo debía irritar y ofender a la divina majestad hasta el punto de querer reprobar, perder y hacer infelices a los hombres por un asunto tan nimio, ¿se puede creer que un Dios infinitamente bueno, todopoderoso y sabio no hubiese preferido impedir o desviar esta falta antes de que se cometiera y acarreara consecuencias y efectos tan desagradables y funestos para todo un mundo? Con su sabiduría, providencia y omnipotencia habría podido impedir fácilmente esta supuesta falta si lo hubiese querido y sin que le hubiese costado ningún trabajo ni ningún esfuerzo. Y si no lo impidió, habría sido porque no lo quiso o porque no lo pensó, alternativas que no se corresponden con un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, ya que iría contra la naturaleza de una bondad y una sabiduría soberanas no querer impedir o desviar la fuente y causa de tantos y tan detestables males.

4º. ¿Resulta creíble que un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio hubiera querido ofenderse tan gravemente por una falta tan leve? Y más aún, por una falta que él mismo habría permitido y no habría querido impedir. ¿Resulta creíble que, después de haberla permitido, y de no haber querido impedirla, hubiera querido expiarla y castigarla en su persona o en la de su Hijo supuestamente divino, eterno y consustancial con él, como dicen los cristícolas? ¿Resulta creíble que ese supuesto Hijo divino, eterno y consustancial con su padre, haya podido querer hacerse hombre para sufrir una muerte tan cruel y vergonzosa como la de la cruz a fin de reparar una injuria o una ofensa que sólo era imaginaria y metafórica?

Digo imaginaria y metafórica porque los crímenes y pecados de los hombres no son para Dios más que ofensas imaginarias y metafóricas, como ya he dicho. ¿Resulta creíble que todo un Dios padre eterno haya podido querer entregar a su Hijo a unos hombres que le habrían ofendido tan gravemente, y que se lo hubiese entregado para que le hicieran morir vergonzosa y cruelmente entre dos ladrones como un malhechor? Y eso para reparar y borrar la ofensa que le habría hecho un hombre con sólo comer una manzana o una ciruela en contra de lo que él le había ordenado… ¿Resulta creíble que todo un Dios haya podido considerar la muerte cruel y vergonzosa de su único Hijo divino como una digna satisfacción y una reparación digna del ultraje que le habría hecho el primer hombre con un supuesto pecado como ése? Y eso después de haber dicho o haber hecho que sus leyes dijeran: maldito de Dios sea el crucificado, *Maledictus a Deo est qui pendet in ligno* (Deuteronomio, 21,23).

¿Era necesario que un Dios todopoderoso se dejara azotar y prender para perdonar a los pecadores y darles misericordia? ¿Y tenía que costarle la vida el hecho de sustraerlos del poder de un enemigo imaginario? Sin embargo, la religión cristiana está fundada sobre el venerable y bonito misterio de un Dios hecho hombre, de un Dios azotado, de un Dios colgado y muerto ignominiosamente en la cruz. Es como si dijéramos que todo un Dios infinitamente sabio e infinitamente bueno se hubiera ofendido gravemente contra los hombres e irritado rigurosamente contra ellos por una

nada y una bagatela, y que se habría reconciliado misericordiosamente con ellos mediante el crimen más horrible de todos, por un espantoso deicidio cometido por ellos mismos al crucificar y hacer que muriera vergonzosamente su querido y divino Hijo. *Admiraos, cielos y tierra*, de una doctrina tan extraña (Jeremías, 2,12).

¡Cómo! Con esta única ofensa —porque, de ser cierta, sería la única ofensa real que habrían cometido—, con esta ofensa, pues, que habrían cometido al crucificar a Dios, los hombres se habrían hecho más bien merecedores irremisiblemente de la eterna perdición y, sin embargo, ¡es la que los salvó y redimió! ¡Qué locura! ¡Qué locura decir o pensar semejante cosa! Hay que estar aquejado profundamente de ceguera y obstinación para no querer reconocer y condenar errores tan burdos, evidentes, ridículos y absurdos como ésos. En todo el paganismo no hubo errores semejantes y, sin embargo, la santa religión cristiana no sólo los enseña sino que obliga a creer en ellos. Así, su doctrina está plagada de errores.

No me detendré aquí a refutar los errores que la doctrina cristiana enseña y que tienen que ver con los supuestos santos sacramentos, las indulgencias, las reliquias de los santos, las peregrinaciones, las bendiciones, sus vanas, supersticiosas y ridículas celebraciones de misas y otras cosas semejantes, porque todo eso quedará refutado por lo que he dicho y por lo que diré a continuación. Pasaré, pues, a los errores de moral que contiene.

40

Tres errores principales de la moral cristiana

He resaltado especialmente tres errores. El primero consiste en hacer que el grado supremo de virtud y el mayor bien del hombre, así como todo cuanto resulta ventajoso para él, pasen por amar y buscar el dolor y el sufrimiento, en consonancia con los bonitos preceptos de Cristo, su jefe, quien dijo a sus discípulos que eran bienaventurados los pobres, bienaventurados los afligidos, bienaventurados los que tenían hambre y sed y bienaventurados quienes eran perseguidos por la justicia (Mateo, 5, 3-10). Cristo también les recomendaba en sus preceptos que había que llevar la cruz, renunciar a uno mismo y, si se quería ser perfecto, dar a los pobres todo cuanto se poseía (Mateo, 19,21, Lucas, 18,22). Mientras que, por el contrario, maldecía a los ricos y a todos cuantos encontraban alegría y placer en este mundo (Lucas, 6,29).

El segundo error de su moral consiste en que condena como vicios y crímenes dignos de castigo eterno no sólo las obras sino también las inclinaciones, los pensamientos y deseos de la carne, que son cosas muy naturales y que resultan ser las más convenientes y necesarias para la conservación y multiplicación del género humano. Los condena de forma absoluta y los considera auténticos vicios y crímenes merecedores del castigo eterno cuando ceden a ellos aquellos o aquellas que no están unidos por los lazos de un matrimonio que debe efectuarse de acuerdo con sus leyes y preceptos. Y la moral cristiana dice esto no sólo respecto a la unión carnal entre el hombre y la mujer, sino que extiende su reprobación a todos los actos y tocamientos lascivos y a todos los deseos, afectos, pensamientos y miradas tendentes a ese fin; pensamientos, deseos y afectos que considera, repito, crímenes merecedores del castigo eterno, de acuerdo con el mandato de Jesucristo, que dijo que cualquiera que mirase a una mujer con el propósito o deseo de gozar de ella cometería adulterio en su corazón y sería, por tanto, culpable de ese crimen (Mateo, 5,28). De tal manera que, según esta máxima, la religión cristiana, que se cree la más pura y más santa, contempla como pecados mortales dignos de los castigos eternos del infierno no sólo, como ya he dicho, los actos y tocamientos lascivos sino también los deseos, los pensamientos, las miradas y los discursos que tiendan voluntariamente a ese fin y fuesen realizados por quienes, fueran hombres o mujeres, no estén unidos legítimamente según sus leyes y mandatos.

El tercer error de su moral consiste en que aprueba y recomienda la práctica y observancia de ciertas normas y preceptos que tienden manifiestamente a la subversión de la justicia y la equidad naturales, y que tienden igualmente a favorecer a los malvados y a oprimir a los buenos y débiles. En efecto, la moral cristiana aprueba y recomienda la práctica y observancia de las siguientes normas y de los

siguientes preceptos que Jesucristo recomendó a sus discípulos, empezando por aquel que decía que tenían que amar a sus enemigos y hacer el bien a los que les hacían el mal, o el de que no había que enfrentarse a los enemigos sino aguantar pacientemente sus injurias y sus malos tratos, no sólo sin vengarse sino sin enfadarse, sin protestar y sin tampoco quejarse (Mateo, 5,39). También les dijo que si alguien les golpeaba en una mejilla tenían que ofrecerle la otra, y si alguien les pedía prestado el manto debían darle también la túnica (Lucas, 6,29). Por ello, de acuerdo con esos bonitos preceptos, uno de los deicristícolas más famosos pudo decir con razón que la divisa del hombre carnal era vencer para no sufrir, mientras que la divisa del hombre cristiano era sufrir para vencer, ser pisoteado para no caer y morir para vivir (Quesnel, *Sur saint Jean*, tomo II, capítulo 20, 16), por más que entre ellos no hay nadie que siga esos preceptos ni crea siquiera en ellos, pues saben que no les sentarían muy bien, como así ocurriría, en efecto.

Es un error decir que el grado supremo de virtud consiste en amar y desear los dolores y el sufrimiento, ya que sería como decir que el grado supremo de virtud consiste en desear ser desgraciados e infelices o como decir que el grado supremo de virtud consiste en amar y buscar todo lo que fuese contrario a la naturaleza y tendente a su destrucción. Pues no se puede negar que los dolores y el sufrimiento, el hambre y la sed, y los ultrajes y las persecuciones son contrarios a la naturaleza, habida cuenta de que tienden a destruirla. Ahora bien, es claramente un error e incluso una locura decir que el grado supremo de virtud tiene que consistir en amar y buscar lo que es contrario a la naturaleza y tiende a su destrucción. Y es manifiestamente también un error y una locura decir que el mayor bien para el hombre y su mayor felicidad consistirían en llorar y gemir, en ser pobres e infelices, en tener hambre y sed… etc. Y por consiguiente, es un error decir que el grado supremo de virtud y el mayor bien para el hombre tendría que consistir en amar y desear el sufrimiento.

Es verdad que los cristícolas no dicen que el grado supremo de virtud y el mayor bien para el hombre consisten precisa y formalmente en el propio dolor y en el propio sufrimiento, puesto que sufrir dolores es un mal y quienes más sufren resultan ser los más sabios y virtuosos; lo único que pretenden decir es que el grado supremo de virtud consiste en sufrir constantemente por un buen fin y, como el mejor fin y el mayor bien al que puede aspirar el hombre es disfrutar de los grandiosos bienes y de las enormes recompensas que recibirán en el cielo, o así al menos lo pretenden los cristícolas, alcanzarán esa dicha eterna quienes hayan sufrido dolores y sufrimientos paciente y virtuosamente. Por eso Jesucristo decía que son bienaventurados quienes lloran porque, según él, serán consolados, y son bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia porque, según él, suyo será el reino de los cielos… etc. Pero esto no impide que esta máxima moral de los cristícolas que recomienda el amor al sufrimiento e incita a desear dolores y sufrimientos resulte absolutamente falsa, pues es un error y también una locura desear y perseguir dolores y sufrimientos so pretexto de adquirir así unos bienes y recompensas que son sólo

imaginarios. Por otra parte, ese precepto que invita a querer y desear la cruz, es decir, los dolores y el sufrimiento, ese precepto que invita a renunciar a uno mismo y a todo cuanto podría poseer, está fundado únicamente en la palabra de un fanático miserable, como ya he demostrado. Por todo ello, es un error y una locura creer y seguir una máxima tan contraria al bien de la naturaleza y tan contraria a la recta razón.

De igual manera, es un error de la moral cristiana condenar, como condena, los placeres naturales del cuerpo, y no sólo, como he dicho, los actos carnales en sí sino también todos los deseos y pensamientos que se puedan tener voluntariamente y que tengan por objeto recrearse y disfrutar con ellos. A no ser que se produzcan, como suelen decir, dentro del matrimonio legítimo, que no es más que un matrimonio concebido de acuerdo con sus leyes y mandamientos. Y digo que es un error de la moral cristiana contemplar todo lo relacionado con esta materia como actos y pensamientos criminales dignos del castigo eterno. Porque, como no hay nada que sea más natural y legítimo que esta inclinación que existe naturalmente en el hombre, condenar por viciosa y criminal una tendencia que existe naturalmente en hombres y mujeres, y que proviene de lo más profundo de su naturaleza, es como condenar, de alguna manera, a la propia naturaleza y a su autor (si es que puede tener otro que no sea ella misma). ¡Cómo!, ¿un Dios infinitamente bueno querría, por ejemplo, que ardieran eternamente en las terribles llamas del infierno unos jóvenes que se habrían limitado a pasar juntos un rato de placer? Y todo por haber seguido esa dulce inclinación de la naturaleza y haberse dejado llevar por una propensión que el propio Dios habría impreso en su naturaleza. O por haber consentido únicamente o haberse complacido en pensamientos, deseos e impulsos carnales que Dios habría puesto y activado en ellos. Esto es completamente absurdo y ridículo y hasta resulta indigno el mero hecho de pensar que podría habérsele ocurrido a Dios o a un ser infinitamente bueno e infinitamente perfecto. Sí, produce horror el mero hecho de pensar que pueda darse una crueldad semejante, «mi alma se estremece de horror con este recuerdo» [Virgilio, *Eneida*, 2, 12].

Por eso, la moral cristiana incurre en un error manifiesto cuando condena, como condena, los pensamientos, las inclinaciones y los deseos de los hombres, tan naturales, tan legítimos y tan necesarios para la conservación del género humano. Y comete un error al contemplar esas inclinaciones y esos deseos considerándolos como vicios y, lo que es peor, como vicios dignos de la reprobación y el castigo eterno. No estoy diciendo esto para dar por bueno el libertinaje ni tampoco para favorecerlo dando por admisible o favoreciendo la conducta de aquellos o aquellas que se abandonarían indiscreta o excesivamente a esta inclinación animal. No, por cierto, antes bien condeno, por el contrario, los excesos y las desviaciones que puedan darse en este campo de la misma manera que condeno todo tipo de excesos y desviaciones, así que no pretendo excusar ni mucho menos a aquellos o aquellas que se exponen indiscretamente a perder su honor o a sufrir algunas desgracias lamentables sólo por obtener ese placer, y ni siquiera excuso a quienes dieran motivo de pensar mal de

ellos debido a una conducta sospechosa. Ya que a este respecto conviene atenerse, como en otras cosas, a los usos, costumbres y leyes del país en que uno se encuentra. Entre nosotros, por ejemplo, está absolutamente prohibido el matrimonio entre parientes. Resultaría, pues, un doble crimen unirse carnalmente con un pariente próximo, al menos si se hace sin el permiso oportuno y sin la legítima dispensa. Sin embargo, esta práctica está permitida en otros lugares y es considerada incluso un piadoso deber de justicia, en tanto que perfeccionaría el matrimonio por el doble vínculo de amor que procedería, por una parte, del parentesco y, por otra, de la unión conyugal, de acuerdo con lo que dice un poeta acerca de las naciones donde eso se practica: «Se dice que hay pueblos en los que la madre se une al hijo, la hija a su padre y la ternura familiar se hace mayor por un amor que la duplica» (Ovidio, *Metamorfosis*, 2, 10, 331-333).

En esto, lo mejor que puede hacer cada uno es atenerse prudentemente a las leyes y costumbres de su país sin dar ocasión a que hablen o piensen mal de uno, de acuerdo con esa máxima de los cristícolas que dice: donde fueres haz lo que vieres. Pero de eso a decir que estos actos, deseos, pensamientos y complacencias son crímenes dignos del castigo eterno y de suplicios perpetuos, como enseñan la moral y la religión cristianas, va un abismo y constituye un error inadmisible, y hasta resulta indigno pensar que una bondad soberana hubiese podido querer castigar tan severamente a los hombres por motivos tan vanos y leves. Sabios son, sin embargo, quienes pueden contenerse y no siguen ciega e indiscretamente esta dulce inclinación de la naturaleza. Y sabio es quien dijo a este respecto que no estaba dispuesto a pagar tan caro un arrepentimiento. Pero, a mi juicio, serían también tontos quienes, por superstición y mojigatería, no se atrevieran a probarlos para saber cómo son. Habría mucho que decir sobre esta cuestión pero con lo que he dicho debería bastar para que quede al descubierto de forma manifiesta el error de la doctrina cristiana en esta materia.

Pasemos a otro error de la moral cristiana. La moral cristiana enseña que hay que amar a los enemigos, no hay que vengarse de las injurias y tampoco hay que enfrentarse a los malvados sino que, por el contrario, hay que bendecir a quienes nos maldicen, hacer el bien a quien nos trata mal, dejarse despojar cuando quieran tomar algo nuestro y sufrir tranquilamente las injurias y malos tratos que cometan contra nosotros… etc. Constituye un error, repito, o mejor dicho, varios, enseñar semejantes cosas y obligar a que la gente siga y practique unos preceptos de moral tan contrarios a la recta razón y al legítimo y buen gobierno de los hombres. Pues bien, estos preceptos son contrarios por completo a lo que acabo de decir, porque corresponde evidentemente al derecho natural, la recta razón, la justicia y la equidad natural, conservar la vida y los bienes contra quien quiera arrebatárnoslos injustamente. Y como odiar el mal es algo natural, también resulta natural odiar a quienes nos causan daño injustamente. Pues bien, los mencionados preceptos de la moral cristiana van directamente contra los derechos naturales y, por consiguiente, son falsos. Constituye

un error enseñarlos y obligar a que se practiquen porque son contrarios al derecho natural y contribuyen de manera evidente a la subversión de la justicia y a la opresión de los pobres y débiles, además de ser contrarios al buen gobierno de los hombres. Recuerdo haber leído en alguna parte que el emperador Juliano, apodado el Apóstata, abandonó la religión cristiana porque no pudo convencerse de que fuera divina una religión que tendía no sólo a subvertir la justicia, sino a favorecer a los malvados y propiciar que éstos oprimieran a los buenos y a los débiles.

¿O no es favorecer claramente a los malvados decir que no hay que vengarse de las injurias y los malos tratos que puedan cometer injustamente contra nosotros? ¿No es favorecerlos decir que no hay que resistirse y que hay que dejarles hacer con nosotros cuanto quieran, consintiendo incluso que nos despojen de todo cuanto tenemos sólo porque les viene en gana? ¿No es favorecerlos decir que hay que amarlos y tratarlos bien a cambio del mal que pudieran causarnos? Sí, es realmente favorecerlos en grado sumo, y con ello no se hace sino justificar sus picardías y maldades y hasta invitarles a atacar descaradamente a los buenos y los débiles, y a cometer contra ellos, impunemente y sin temor, cuantos atropellos quieran.

Por otra parte, ¿no nos exponemos con ello a que la gente de bien, los buenos y los débiles tengan que sufrir las injurias, los insultos y los malos tratos de unos malvados que no piden más que eso, que prevalezcan preceptos de este tipo para poder atacar más libre y descaradamente a los justos, la gente de bien y los débiles, amparándose precisamente en que no se atrevan y ni se decidan tampoco a vengarse y ni siquiera a defenderse de ellos como debieran? Porque con preceptos de ese tipo se les está exponiendo indudablemente a los ultrajes y a los insultos de los malvados, y hasta se podría decir que se está pidiendo expresamente a los buenos que lo mejor que pueden hacer es abandonarse a lo que quieran hacer con ellos los malvados y también a sus enemigos. Ya que, como los buenos y la gente de bien no podrían seguir y practicar esos preceptos sin dejar libre curso a lo que los malvados quisieran hacer con ellos, es como si se les estuviera diciendo que deben dejar que los malvados actúen a su antojo y abandonar voluntariamente sus personas y sus bienes a los malvados, lo que tiende a subvertir, como ya he dicho, el orden y la justicia, por lo que estos preceptos son completamente falsos y perjudiciales para el auténtico bien público.

Es verdad que hay algunos casos en los que vale más sufrir pacientemente algunos trastornos, daños, injurias e injusticias antes que buscar venganza, y hay casos en los que vale más ceder algo a los malvados que no cederles nada. Sabemos que en esas ocasiones la prudencia aconseja escoger el mal menor para evitar uno mayor. Hasta resulta legítimo comprar la paz cuando no se puede conseguir de otra manera. Pero decir, como dicen los preceptos de la moral cristiana, que hay que aceptar de manera general todo cuanto quieran hacer con nosotros los malvados, que hay que dejarse despojar, maltratar, pisotear, herir e, incluso, dejarse quemar vivos, si se tercia, con la particularidad de que habría que amar, encima, a los malvados y

practicar el bien con ellos con el fin de alcanzar un grado superior de virtud y con la vana y engañosa esperanza en una recompensa eterna que no se recibirá nunca. Se trata de errores ridículos y absurdos, errores contrarios al sentido común, errores contrarios a la naturaleza, errores contrarios a la recta razón, errores nocivos para la gente de bien y perjudiciales para el Estado y el buen gobierno de los hombres. Habida cuenta de que el buen gobierno exige que las personas de bien tienen que disfrutar de la paz mientras que los malvados tienen que ser reprimidos y castigados por sus maldades. Por eso la antigua ley de Moisés —una ley que los cristícolas aceptan como divina— ordenaba que el pariente más próximo de alguien que fuese asesinado por algún malvado enemigo tuviera que vengar su muerte con la muerte del asesino. Veamos lo que dice exactamente esa ley. Si alguien que fuera golpeado resultaba muerto, el pariente más próximo tenía que matar al asesino en cuanto se encontrara con él y, si el criminal hubiera cometido el asesinato por odio y mediante emboscada, el pariente más próximo tenía que vengar la muerte matando al asesino inmediatamente: lo degollará en la primera ocasión que tenga (Números, 39-19, 21). Esa misma ley dice en otra parte: «El pariente más próximo vengará su muerte en el asesino». Ley que, al ser contraria a los preceptos de la moral cristiana, muestra que éstos son falsos. Como la moral cristiana contiene, por lo tanto, en su doctrina y su moral errores manifiestos, según acabo de demostrar con esta serie de argumentos y razonamientos, hay que concluir necesariamente que es falsa y que, por tanto, no se trata en ningún modo de un mandato divino, como los cristícolas nos quieren hacer creer. Y ésta es la quinta demostración que tenía que ofreceros.

Sexta prueba

41

De la futilidad y falsedad de la religión cristiana, deducidas de los abusos, las vejaciones injustas y la tiranía de los poderosos, permitidos o autorizados por la religión cristiana

Veamos otra demostración, que será la sexta. La obtendré de los abusos, las vejaciones injustas y la tiranía que la religión cristiana permite, aprueba y autoriza que puedan ejercer los poderosos de la tierra en perjuicio del bien público y el bien común de los pueblos y los individuos. Con ello construyo el siguiente argumento: una religión que permite, aprueba y autoriza abusos contrarios a la justicia y al buen gobierno de los hombres, y que llega incluso a autorizar la tiranía de los grandes de la tierra en perjuicio de la buena gente, no puede ser verdadera ni tampoco un mandato realmente divino, puesto que todas las leyes y mandamientos divinos tendrían que ser justos y equitativos, y toda religión que fuese divina tendría que censurar y condenar todo lo que fuera contrario a la justicia y al buen gobierno de los hombres.

Pues bien, la religión cristiana permite, aprueba y autoriza muchos abusos contrarios a la justicia, a la recta razón y al buen gobierno de los hombres. Y más aún, permite y autoriza vejaciones injustas, permite y autoriza incluso la tiranía de los reyes y de los poderosos de la tierra, para escándalo y perjuicio de la buena gente que gime y es desgraciada y miserable bajo el yugo de su duro y tiránico dominio. Lo cual se puede demostrar muy fácilmente. Empezaré por los abusos y señalaré cinco o seis.

42

Primer abuso, relativo a la enorme desproporción existente en el estado y condición de los hombres, iguales por naturaleza

El primero es la enorme desproporción que se ve por todas partes entre los diferentes estados y condiciones de los hombres, algunos de los cuales parecen haber nacido para dominar tiránicamente a los demás y disfrutar siempre de los placeres y goces de la vida, mientras que otros, por el contrario, parecen no haber nacido más que para ser unos viles, desgraciados y míseros esclavos, y gemir durante toda la vida en la penuria y la miseria.

Esta desproporción es totalmente injusta y odiosa. Injusta porque no se basa en el mérito de unos y el demérito de otros, y odiosa porque no sirve más que para inspirar y mantener el orgullo, la soberbia, la ambición, la vanidad, la arrogancia y la insolencia de los primeros, por un lado, mientras que, por otro, no hace más que engendrar en los segundos todo tipo de odios, envidias, cóleras, deseos de venganza, quejas y protestas, pasiones todas que son fuente y causa de la infinidad de males y maldades que se cometen a diario en el mundo. Males y maldades que no existirían de ninguna manera si los hombres establecieran entre ellos una justa proporción de estados y condiciones suficientes como para que se diera y guardara una subordinación justa y no el dominio tiránico de unos sobre otros.

Todos los hombre son iguales por naturaleza, todos tienen igualmente derecho a vivir y caminar sobre la tierra, así como el derecho de gozar de su libertad natural y de recibir una parte de los bienes de la tierra a cambio de trabajar útilmente para conseguir las cosas necesarias o útiles para la vida. Pero como viven en sociedad, y una sociedad o comunidad de hombres no puede estar bien regulada ni mantenerse en orden sin que se dé algún tipo de dependencia y subordinación entre ellos, es absolutamente necesario para el bien de la sociedad humana que se dé entre los hombres cierta dependencia y, al mismo tiempo, cierta subordinación de unos a otros.

Pero es necesario también que esta dependencia y esta subordinación de unos respecto a otros sea justa y bien proporcionada, es decir, que no pueden llegar hasta el punto de encumbrar a unos a costa de rebajar a otros, ni pueden llegar hasta el extremo de adular a unos mientras se pisotea a otros, ni pueden llegar hasta el extremo de dar demasiado a unos mientras no se da nada a otros, ni pueden llegar hasta el punto de poner bienes y placeres en un lado mientras reserva para el otro extremo las penas, las preocupaciones, las inquietudes, los pesares y los disgustos. Sobre todo, porque una dependencia y una subordinación de ese tipo serían claramente injustas y odiosas e irían contra el derecho de la propia naturaleza. Esto es lo que observó un juicioso autor del siglo pasado en su obra *Los caracteres* (en el capítulo «De los usos»): «Poned a un lado —dice— la autoridad, los placeres y el

ocio, y al otro, la dependencia, las preocupaciones y la miseria; o bien esas cosas han sido puestas así por la malignidad de los hombres, o Dios no es Dios». «Una desproporción tan excesiva —dice también— como la que existe entre los hombres es fruto de los más fuertes y constituye un ejemplo claro de la ley del más fuerte». «Todos tenemos —afirma Séneca— el mismo nacimiento y el mismo origen; nadie es por nacimiento más noble que otro, de no ser aquél cuyo espíritu esté más preparado para la virtud y para las ciencias liberales. La naturaleza hace que nazcamos parientes y aliados de todos, cuando nos engendra con una naturaleza idéntica y para el mismo fin». Por ello añade: «Todos los nombres y cualidades de rey, príncipe, monarca, potentado, noble, sujeto o vasallo, servidor, liberto y esclavo son sólo nombres engendrados por la ambición y nacidos del desprecio y la tiranía» (cap. III, «De los beneficios»).

Ni siquiera los cristícolas se atreverían a contradecir las opiniones de este filósofo pagano, ya que su religión les obliga a que se consideren hermanos, por lo que deben amarse unos a otros, y les prohíbe expresamente que intenten dominar a los demás. Esto se puede observar muy claramente en las palabras que su divino Jesucristo dijo a sus discípulos: «Sabéis que entre los paganos los gobernantes tienen sometidos a sus súbditos y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre vosotros; más bien, quien entre vosotros quiera llegar a ser grande que se haga vuestro servidor; y quien quiera ser el primero, que se haga vuestro esclavo» (Mateo, 20,25-27). También les dijo: «Vosotros no os hagáis llamar maestros, pues uno solo es vuestro maestro; mientras que todos vosotros sois hermanos» (Mateo, 23,8).

Y de acuerdo con este precepto de Cristo, basado en este caso en la justicia y la equidad naturales, el apóstol Santiago trataba con mucho tino de hacer que sus hermanos vieran que no había que hacer distingos entre las personas o practicar la preferencia entre personas, sino que había que considerarlas a todas por igual: «Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo no vaya unida a favoritismos. Supongamos que en vuestra congregación entra uno con anillos de oro y traje elegante; y entra también un pobre andrajoso; os fijáis en el de traje elegante y le decís: Siéntate aquí en un buen puesto; y al pobre le decís: Quédate en pie o siéntate bajo mi estrado, ¿no estáis discriminando y siendo jueces de criterios perversos? Si por el contrario observáis la ley del reino, según lo escrito: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*, procederéis bien. Pero si sois parciales, cometéis pecado, y la ley os acusa como transgresores» (Santiago, 2,1-4, 8-9).

La religión cristiana comete evidentemente un abuso, y un abuso enorme, al consentir la discriminación de personas y la enorme, injusta y odiosa desproporción entre los diferentes estados y condiciones que se dan entre los hombres. Pero veamos de dónde proviene este abuso y cuáles podían ser sus orígenes y causas.

Veamos cómo se expresa un autor bastante juicioso.

43

Origen de la nobleza

«Si queremos saber —dice— el origen de la nobleza así como el de la grandeza de los reyes, y vamos remontando la genealogía de príncipes y potentados hasta llegar a su fuente, nos encontraremos con que los primeros parientes de los que meten ahora tanto ruido y prestan tanta atención a su nobleza eran gente sanguinaria y cruel, opresores, tiranos, pérfidos violadores de la fe pública, ladrones, parricidas… En una palabra, la nobleza más antigua no era más que maldad apoyada por el poder, e impiedad revestida de dignidad» (Tito de Moldavia, *L'Espion turc*, tomo 5, carta 22).

«¿Qué se ha conseguido haciendo que la nobleza sea hereditaria y se obtenga por sucesión, por elección o de la manera que sea? Perpetuar un poder y un honor exorbitantes adquiridos y engrandecidos por la práctica de los mayores vicios, así como por unos actos tan indignos del hombre que habrían avergonzado a sus propios autores. De ahí viene que ocultaran, y oculten aún hoy día, los atentados más injustos y las usurpaciones más violentas bajo la huera excusa de la justicia y la virtud, y que llamen *conquistas* a lo que, tomado al pie de la letra, no son más que actos de bandidaje. Los injustos y crueles usurpadores simulan que mantienen las libertades y los derechos de la gente así como su religión y sus leyes, mientras que, en el fondo, son los mayores tiranos del mundo y unos bribones, unos hipócritas, unos ateos y unos proscritos. Esto —dice el autor— no sólo es verdad para unos pocos sino que puede aplicarse a todas las dinastías que pintan algo en el mundo».

«¿Qué eran —prosigue el mismo autor— las famosas cuatro primeras monarquías? Imperios de bandidos, Estados formados por aventureros, piratas y ladrones, cuya fuerza bastaba para hacer apología de sus actos de bandidaje. Diomedes lo sabía muy bien cuando le dijo a Alejandro el Grande: Me llaman corsario porque azoto los mares con un solo navío, a ti te llaman *emperador* porque haces lo mismo con una flota poderosa, la única diferencia entre tú y yo es que tú causas más daño. La miseria me ha empujado a robar, a ti sólo te impulsan a hacerlo un orgullo insoportable y una avaricia insaciable. Si la fortuna me hubiera sido más favorable, habría sido seguramente un hombre honesto, mientras que a ti tus continuas conquistas te vuelven cada día peor. Alejandro admiró el atrevimiento y resolución de este hombre y le dio mando en su ejército para que pudiera robar y saquear en adelante con autoridad» (*ibid.*).

«Pero remontémonos más lejos —añade el autor—, hasta el imperio asirio, que comenzó con el derramamiento de sangre y las carnicerías cometidas por Nino, que causaron la ruina y destrucción de sus vecinos. Ruina y destrucción que su esposa Semíramis continuó de acuerdo con los mismos métodos. Esta mujer, de la que se habló tanto en la antigüedad, le pidió a su esposo que la dejara reinar durante cinco

días. Su petición fue satisfecha, así que Semíramis se vistió con las vestimentas reales, se sentó en el trono y ordenó a sus guardias que desposeyeran y mataran a su marido. Una vez ejecutada la orden, incorporó Etiopía al imperio, llevó la guerra a la India y fue asesinada por su hijo Nicias, después de haber hecho construir una muralla alrededor de Babilonia. Así pues, la primera monarquía, la de los asirios, fue fundada sobre el parricidio, las masacres y las carnicerías» (*ibid.*).

«Arbates —dice el mismo autor— hizo que la corona pasara a los medos utilizando los mismos procedimientos; no en balde ordenó que asesinaran a Sardanápalo, el último rey asirio y el más afeminado de ellos, en medio de sus concubinas. Así pasaron de mano en mano la traición y las masacres junto con el poder soberano hasta que Ciro, rey de Persia, los transfirió a su país. Cambises, hijo de Ciro, inauguró la segunda monarquía universal, a la que añadió las ruinas de varios reinos. Consolidó su imperio con la sangre de su hermano y de su hijo. Sin embargo, el cetro pasó finalmente a manos de Alejandro Magno, que no derramó menos sangre ni cometió crímenes menos indignantes» (*ibid.*). «La monarquía pasó de Alejandro a los romanos. ¿Es necesario mencionar —continúa el autor— el escandaloso nacimiento de Rómulo y Remo, hijos gemelos de una vestal incestuosa? ¿Serviría de algo recordar que recibieron una educación tan escandalosa como su nacimiento, ya que fueron criados por una prostituta pública a la que, debido a su excesiva lascivia, hicieron pasar por loba? ¿Para qué contar en detalle el horrible fratricidio cometido por Rómulo en la persona de su hermano Remo o el célebre rapto de las Sabinas, así como otras crueles masacres? Sin embargo, esos crímenes fueron la base y fundamento de la grandeza y la aristocracia romanas, que resultaron tan formidables para la tierra entera. Los progresos de esta gran potencia fueron idénticos a sus inicios. El gobierno pasó por diversas revoluciones hasta el reinado de Augusto, que recibió el título de cuarta monarquía universal. Aunque este príncipe pasa por ser el más justo que ha habido en la Tierra, erigió su trono sobre la sangre de sus parientes y, por motivos políticos, sacrificó sus hijos a su tío. Y para mejor imitar la ingratitud de otros príncipes, hizo que mataran cruelmente a los hijos de su padre, a quienes había adoptado para que le sucedieran al frente del imperio. No perdonó ni siquiera unos nombres tan gloriosos como los de Antonio y Cleopatra, que le eran muy queridos y le habían puesto en condiciones de poder cometer ese tipo de inhumanidades. No haré —dice el autor— la relación de las abominables vidas y malas acciones de Nerón, Domiciano, Calígula, Heliogábalo y Galiano, entre otros monstruos coronados de la misma ralea. Hasta la Historia se sonroja al narrar semejantes prodigios de impiedad y los nombres de esos príncipes han sido y serán odiosos para toda la posteridad» (*ibid.*).

«Si pasamos de estos imperios poderosísimos a reinos menos grandes, encontraremos los mismos vicios. Las historias antiguas y modernas están repletas de este tipo de tragedias. El primer reino de los griegos debe su nacimiento al parricidio de Dárdano, y el imperio de las Amazonas comenzó con la masacre de sus propios

maridos. Todos los siglos y todas las naciones ofrecen ejemplos de esta naturaleza y las más altas dignidades de todos los tiempos se han conseguido con las mayores injusticias» (*ibid.*).

Ésta es la verdadera fuente y estos son los verdaderos orígenes de esa arrogante y altiva aristocracia y de ese orgullo que se encuentra en los nobles y los poderosos de la tierra. Por lo que, lejos de pavonearse en sociedad exhibiendo un nacimiento y unos orígenes tan criminales y odiosos, los nobles deberían más bien avergonzarse, y la buena gente sólo debería sentir odio y aversión hacia ellos. Se comete, pues, claramente un abuso y constituye una injusticia manifiesta establecer y mantener una desproporción tan extraña y odiosa entre los diferentes estados de los hombres, máxime cuando esa desproporción está basada en unos fundamentos y pretextos tan odiosos y vanos. Y esa desproporción consiste en poner la autoridad, los bienes, los placeres, los gozos, las riquezas y hasta la ociosidad del lado de los grandes, de los ricos y de los nobles, al mismo tiempo que se pone en el lado de la pobre gente todo lo que hay de penoso y de molesto, a saber, la dependencia, las preocupaciones, la miseria, las inquietudes, las penalidades y fatigas del trabajo. Esta desproporción es tanto más injusta y odiosa para la buena gente cuanto que la coloca bajo la completa dependencia de los nobles y los ricos, convirtiéndola, por decir así, en su esclava, y obligándola a padecer no sólo sus desplantes, su desprecio y sus ultrajes sino también sus vejaciones, injusticias y malos tratos.

Circunstancia que permitió decir a un autor: «No hay nada más vil y abyecto, nada que sea más pobre y despreciable que el campesino de Francia, pues trabaja para los grandes y para los nobles, mientras que apenas puede ganarse a duras penas el pan para sí mismo» (*L'Espion turc*). «En una palabra —añade el mismo autor—, los campesinos son esclavos de los grandes y los nobles, cuyas tierras revalorizan, así como de aquellos que son propietarios de las granjas en las que trabajan. Gabelas y tasas públicas no los oprimen menos que las cargas particulares que les imponen sus amos, eso sin contar lo que los eclesiásticos exigen a estos pobres desgraciados».

En efecto, todos los días podemos ver las vejaciones, las violencias, las injusticias y los malos tratos con que nobles y poderosos gratifican a la pobre gente. Los aristócratas no se contentan con recibir los más altos honores por todas partes, ni con poseer las casas más hermosas, las tierras más bellas y los mejores legados, intentan conseguir también, sea con malignidad, con sutileza o por medio de la violencia, todo lo que tienen los demás. Exigen que se les paguen impuestos, que se les den prestaciones a las que no tienen derecho y que se les rindan servicios que no se les deben. No están contentos hasta que no se les da y se les concede todo lo que piden y hasta que no ven cómo todo el mundo se arrastra a sus pies. Hasta el último de los gentilhombres y hasta los hidalgos de pueblo de la más ínfima condición quieren que la buena gente les tema y obedezca, y les exigen cosas injustas, incluidas aquellas a las que no están obligados por ley, y aspiran a sacar tajada de todos y de todo.

Quienes los comparan con los piojos tienen toda la razón.

Ya que, de la misma manera que los piojos constituyen una casta que no hace más que incomodar y roer el cuerpo de quienes están infestados, esa casta de individuos no hace más que inquietar, atormentar y roer a la pobre gente. Esta pobre gente sería feliz si no la incomodara semejante plaga. Pero una cosa es segura: será desdichada hasta que no se libere de ella.

Os hablan del diablo, queridos amigos, os asustan con el mero nombre del demonio porque os hacen creer que los diablos son lo peor y lo más espantoso que puede haber, os obligan a creer que los demonios son los peores enemigos de los hombres, ya que sólo viven para perderlos y hacer que sean desgraciados por toda la eternidad en el infierno.

Pero tenéis que saber, queridos amigos, que no tenéis peores diablos, ni diablos más reales que temer, que los individuos de quienes os acabo de hablar, pues no tenéis ni mayores ni peores adversarios que temer que los poderosos, los nobles y los ricos de la Tierra, ya que son ellos efectivamente quienes os pisotean, os saquean, os oprimen, os atormentan y os hacen ser todo lo desgraciados que sois. Por esta razón los pintores se engañan y equivocan cuando representan en sus cuadros a los diablos como unos monstruos espantosos. Se engañan, y también os engañan, los predicadores cuando os los presentan en sus sermones como unos seres feos, horrorosos, deformes y espantosos. Unos y otros deberían representároslos más bien como esos bellos señores que son los grandes y los nobles, y como esas hermosas damas y damiselas que veis tan bien vestidas, acicaladas, rizadas, empolvadas, perfumadas y tan refulgentes de oro, plata y piedras preciosas. Porque ésos y ésas son los verdaderos diablos y las verdaderas diablesas, porque ellos son vuestros peores enemigos, vuestros mayores adversarios y quienes os causan más daño.

Los diablos que os pintan y representan los predicadores y pintores, unos en sus sermones y otros en sus cuadros, bajo una forma y un aspecto tan feos y espantosos, no son más que diablos imaginarios que sólo dan miedo a los niños y a los ignorantes, y que sólo podrían causar daños imaginarios a quienes creen en ellos. Pero esos otros diablos y diablesas que son las señoras y los señores, los grandes y los nobles de los que estoy hablando, no son diablos o adversarios únicamente imaginarios sino diablos y adversarios bien reales y realmente visibles que saben atemorizar muy bien y causar a la gente daños verdaderamente reales y sensibles.

Por tanto, es un abuso y, más aún, un abuso terrible ver, como vemos, una desproporción tan extraña y enorme entre los diferentes estados y condiciones de los hombres. Y como la religión cristiana permite, aprueba y hasta autoriza que exista una desproporción de estados y condiciones tan extraña y enorme entre los hombres, tan injusta y odiosa, todo eso constituye una prueba evidente de que no proviene de Dios ni constituye un mandato divino, porque la recta razón nos hace ver de manera evidente que un Dios infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente justo no habría querido establecer ni autorizar ni mantener tampoco una injusticia tan grande e indignante.

44

Segundo abuso: permitir y autorizar tantas clases de estados y condiciones de personas holgazanas o cuyos empleos y ocupaciones no son de ninguna utilidad en el mundo, con la particularidad de que muchos de ellos sirven sólo para pisotear, saquear y arruinar a la población

Un segundo abuso que se produce entre los hombres —especialmente en nuestra querida Francia— consiste en que se está permitiendo, manteniendo y autorizando la existencia de diversas condiciones de personas que no son de ninguna utilidad en el mundo. Y no sólo se permite y autoriza que haya gente que no es de ninguna utilidad, sino que lo peor es que se permita y autorice que existan diversas clases de individuos cuyos empleos tienden y sirven sólo para pisotear, saquear y oprimir a la población, lo que constituye claramente un abuso, ya que todos esos individuos están injusta e inútilmente a cargo del erario público, todo ello sin mencionar que va contra la razón y la justicia cargar a la población con tan rudos y pesados fardos exponiéndola, además, a las vejaciones de quienes sólo existen para hacerle daño.

Pues bien, el hecho de que exista entre los hombres, como he dicho, una gran cantidad de individuos cuya condición no es necesaria en el mundo ni tiene ninguna utilidad, con el agravante de que muchos tienen cargos cuyo mantenimiento corre por cuenta de la pobre gente, se puede observar no sólo en la infinidad de canallas de uno u otro sexo que se dedican a pedir y mendigar mientras podrían dedicarse a trabajar honestamente, sino también en la multitud de ricos holgazanes que, bajo el pretexto de que tienen abundante y suficientemente para vivir de lo que llaman sus rentas o réditos anuales, no se dedican a trabajar ni se implican en negocios ni en funciones de alguna utilidad, sino que viven continuamente en la ociosidad más completa sin más preocupaciones que jugar, pasear, divertirse, beber, comer, dormir y disfrutar de las delicias y placeres de la vida.

Es incuestionable que toda esa clase de gente, ya se trate de holgazanes pordioseros o de holgazanes ricos, carece de utilidad, con el agravante de que constituyen una carga para el conjunto de la sociedad, porque viven y subsisten gracias al trabajo ajeno.

De ahí que sea un abuso manifiesto permitir y autorizar semejante ociosidad y holgazanería, y que sea también un abuso permitir y autorizar que quienes no hacen nada vivan a costa de los demás. Los egipcios se mostraron mucho más prudentes en esto, pues todo el mundo tenía que declarar ante los magistrados la profesión o arte del que vivía o pretendía vivir, y si alguien mentía o vivía de algo que no fuese un trabajo honrado, se le castigaba severamente.

45

Otro abuso: permitir y autorizar tantos eclesiásticos, en especial tantos frailes inútiles

Este abuso se muestra de manera manifiesta en la prodigiosa cantidad de eclesiásticos y sacerdotes inútiles que hay, sean seculares o regulares, como son los señores abades, los señores priores y los señores canónigos, pero también los frailes y las monjas, de los que hay también una cantidad prodigiosa, ya que aparecen por todas partes en la Iglesia romana. Todos ellos son de ninguna utilidad, a excepción de los obispos y los curas o vicarios de las parroquias.

Ya que, a pesar de que las funciones de los obispos y los curas son completamente vanas e inútiles, no se les puede considerar, en rigor, como unos individuos completamente inútiles, puesto que han sido elegidos y nombrados para enseñar las buenas costumbres y las virtudes morales a sus feligreses, al mismo tiempo que enseñan, es verdad, los errores y supersticiones de una religión falsa. Y no son completamente inútiles porque todas las repúblicas bien reglamentadas necesitan que haya maestros que enseñen la virtud e instruyan a los hombres en las buenas costumbres, de la misma manera que hay quien les instruye en las ciencias y las artes. Por eso, pese a que los obispos, curas y vicarios tienen por objeto enseñar las vanas supersticiones de la religión, también se encargan del gobierno espiritual de las almas, como suelen decir, y cuidan de instruir a la gente en las buenas costumbres; de ahí que pueda decirse que trabajan, de alguna manera, por el bien público.

Si consideramos las cosas de esta manera, no parece excesivo que tengan algún derecho a ser mantenidos y vivir a costa del erario público.

46

Otro abuso más: permitir que posean tantas y tan grandes riquezas habiendo hecho voto de pobreza

Pero el resto de sacerdotes, beneficiados, abades, priores, canónigos y capellanes, y muy especialmente toda esa piadosa mascarada de frailes y monjas de todo tipo de los que están repletas las iglesias romana y anglicana, ¿qué utilidad tienen y para qué son necesarios? ¡Ninguna, no tienen ninguna utilidad y no son necesarios para nada! ¿Qué servicio ofrecen a la gente? ¡Ninguno! ¿Qué funciones desempeñan en las parroquias? ¡Ninguna! Sin embargo, todos reciben las mejores rentas y son quienes están mejor provistos de todo tipo de bienes y los que más disfrutan de las diversas comodidades de la vida. Son los que tienen el mejor alojamiento y los mejores muebles, los que están mejor vestidos, los que mejor se calientan y los que comen mejor, así como los menos expuestos a las molestias y las inclemencias del tiempo y las estaciones. No se cansan con las penalidades del trabajo, como los otros, ni sufren, como ellos, las aflicciones y miserias de la vida: «No pasan las fatigas humanas ni sufren como los demás» (Salmos, 73,5). Si caen enfermos, sus necesidades son atendidas tan rápida y cuidadosamente que la enfermedad no tiene tiempo casi de afectarles.

Por lo que respecta a los frailes, se da la circunstancia de que, pese a haber renunciado al mundo, a sus pompas y a sus obras, a pesar de que han hecho voto de pobreza, y por mucho que profesen vivir mortificándose el cuerpo y el alma mediante la práctica continua de la penitencia, viven muy agradablemente en el mundo y no dejan de poseer bienes y riquezas y de disfrutar de todas las comodidades de la vida. Por eso, sus conventos son como mansiones de grandes señores o como palacios de príncipes. Sus jardines son como paraísos terrestres y cuentan con todo tipo de flores y frutos agradables a la vista y al paladar, sus cocinas están muy bien abastecidas de todo cuanto puede satisfacer su gusto y su apetito, tanto en carnes como en pescados, dependiendo del tiempo y la estación así como de la regla de su orden. Tienen por todas partes granjas considerables que les dan muy buenas rentas sin necesidad de tomarse la molestia de cultivarlas con sus propias manos. Reciben de las parroquias abundantes diezmos y muchas veces tienen los mismos derechos que los señores. De tal manera que pueden darse el gusto de cosechar feliz y abundantemente sin pena y sin trabajo aquello que no sembraron, y darse el gusto de recoger lo que no esparcieron, cosa que los convierte en ricos sin haber hecho nada. Son tan ricos que pueden vivir excelentemente a sus anchas engordando muellemente en una dulce y pía ociosidad. ¡Qué abuso permitir que haya en el mundo tanta gente tan inútil!

«La orden de san Benito —dice Tritemio, un famoso fraile de esa orden— posee por derecho propio la tercera parte de los bienes de la cristiandad y, si no los tiene, es

porque se los han robado. Y ahora es tan pobre —según dice irónicamente el obispo de Belley en su *Livre à Hermodore*— que posee, como mínimo, cien millones de oro en réditos o rentas anuales. Sus abades, cuya humildad alabó por todas partes san Bernardo con tono comedido y magnífico porte, disfrutaron, según dice monseñor de Belley, de todos los atributos episcopales y pudieron así pontificar como obispos utilizando símbolos episcopales como el anillo, las sandalias o botines, los guantes, la capelina, la mitra y el báculo. Luego, no contentos con verse desembarazados de la jurisdicción que los obispos pudieran tener sobre ellos, trataron de obtener la jurisdicción episcopal, no sólo sobre sus hermanos los frailes sino también sobre los sacerdotes del clero regular, disponiendo de oficiales, sínodos, vicarios supremos, procuradores y tribunales, en fin, de todo cuanto se denomina fuero y ley diocesana».

«En casi todas las diócesis —prosigue— se dedicaron a levantar iglesia contra iglesia, dignidad contra dignidad, autoridad contra autoridad, jurisdicción contra jurisdicción y riquezas contra riquezas, borrando así el lustre y poder de la dignidad episcopal. Hay muy pocas catedrales, según dice el obispo de Belley, que no tengan en frente un convento de la orden de san Benito que se les contraponga en todo y que supere incluso ampliamente el esplendor de las iglesias episcopales. En una ciudad hay uno que tiene 100.000 escudos de renta, mientras que el obispo no dispone más que de 6.000; en otra ciudad hay otro cuya renta es de 50.000 escudos, mientras que el obispo sólo cuenta con 2000. La abundancia y la riqueza de las que disfruta esta orden son un mar sin fondo ni orillas. No hay casi ninguna de la mayor parte de ciudades episcopales que no cuente con una abadía de la orden de san Benito, cuya magnificencia, autoridad y riqueza no rebaje el honor debido al obispo del lugar. Ahí están las abadías de Fécamp, Jumièges, Le Bec, Saint Ouen (en la diócesis de Rouen). ¿En cuánto supera San Rémi de Reims los bienes del arzobispo? Ahí están también Saint Lucien de Beauveais, Saint Estienne de Caen, Saint Sernin de Toulouse, Saint Martin de Tours, Saint Vincent de Le Mans, Saint Martin de Saïs, Saint Michel d'Avranches, y varios centenares de conventos que podríamos anotar aquí y que constituyen otros tantos ejemplos de esta verdad».

«El obispo de París, la ciudad más poblada de Europa y tal vez del mundo, tenía unos ingresos de 10.000 libras antes de que el cardenal Gondi multiplicara esa cantidad por cinco. Pues bien, el obispo tenía delante la abadía de Saint Denis y la de San Germain des Prés, que contaban con unos ingresos treinta veces superiores a los del obispo. El priorato de Saint Martin des Champs, filial de la abadía de Cluny, poseía también unos ingresos treinta veces mayores que los que recibía el obispo, por no mencionar que dichas abadías y priorato gozaban de todas las dignidades y jurisdicciones episcopales y podían hacer uso de las leyes propiamente diocesanas. Los benedictinos tienen razón cuando, como dice el obispo de Belley en plan de broma, ponen a los pies de su fundador la mitra y el báculo para mostrar que tratan a los obispos como si fueran niños. Se dice que esta orden posee 15.000 abadías masculinas cuyos abades llevan báculo y mitra, y 15.000 abadías de monjas cuyas

abadesas llevan báculo, llegando algunas a disfrutar incluso de leyes diocesanas así como de jurisdicción episcopal sobre curas y eclesiásticos seculares, contando por ello y para ello con oficiales, vicarios generales, procuradores, tribunales y sínodos. A todo eso hay que añadir 14.000 prioratos cuyos priores portan báculo. Y todo lo ponen a los pies del venerable san Benito y sobre la cabeza de los benditos frailes benedictinos».

«La abadía de Monte Casino, que es como la principal de la orden de san Benito, tiene bajo su dominio, según Stillatius, fraile de la orden, cinco ciudades, es decir, cinco ciudades episcopales que dependen en lo temporal de la abadía, cuatro ducados, dos principados, veinticuatro condados y miles de pueblos, granjas, tierras, molinos y rentas además del gobierno perpetuo de la Campania, con sus tierras de labor, y dos provincias del reino de Nápoles. Lo que permite conjeturar que no hay príncipe soberano en Italia que tenga tantos ingresos como los que posee esa abadía, pero además hay que tener en cuenta que la orden cuenta con 30.000 abadías en total, de las que no hay una que no posea rentas e ingresos considerables. En este sentido también se podrían poner a los pies de san Benito las coronas de los duques, los príncipes, los marqueses y los condes, junto a las tiaras, las mitras y los báculos». Tritemio escribe que «san Plácido, que era fraile benedictino, fue enviado a Sicilia para propagar la orden y lo hizo tan bien y obtuvo tantas riquezas de costa a costa que, antes de morir, había conseguido la mayor parte de la isla para la orden, es decir, la mitad del reino, de tal manera que el rey de Sicilia no era más que un pequeño compañero del discípulo de san Benito. ¡Quién se extrañaría, por tanto, según añade el obispo de Belley, de que los benditos frailes benedictinos decidieran poner coronas y cetros a los pies de su padre bien amado, junto a la mitra y el báculo!»

Y lo que vale para la orden de san Benito vale para las demás órdenes, que perciben rentas parecidas y disponen de muchos bienes e ingresos, de tal manera que se puede decir que todas son auténticos almacenes rebosantes de todo tipo de bienes y riquezas. ¿Cómo se pueden conciliar los votos de pobreza y mortificación con la posesión y el disfrute de tantos bienes y riquezas?

Un fraile benedictino puede elegir entre 15.000 monasterios —según Tritemio— o entre 37.000, según dice Follengius, frailes ambos de esa orden. Además, hay que señalar que los monasterios estaban construidos, en su inmensa mayoría, como auténticos palacios de reyes o príncipes; entonces, ¿cómo pueden decir que son pobres? Estar en un convento que posee cincuenta, ochenta o 100.000 escudos anuales de renta o, si se trata de Monte Casino, hasta dos millones de oro anuales para mantener cien o ciento veinte celdas, ¿es ser pobre?”

¿Se puede sentir uno afligido en semejantes circunstancias? ¿El voto de pobreza pasa por poseer y disfrutar de tantos bienes y por vivir en medio de semejante abundancia de riquezas? ¡Sí, menudos pobres de los que compadecerse! ¡Qué abuso y mojiganga hacer votos si se van a observar tan mal! ¡Qué abuso y locura que unas personas que han hecho profesión de renunciar al mundo y que deberían vivir en la

pobreza y en la rigurosa práctica de la penitencia puedan disponer de tantos bienes y tantas riquezas! ¡Qué abuso y locura permitir que unos individuos que no hacen nada que valga la pena y que son unos completos inútiles para la sociedad puedan disponer de tantos bienes y tantas riquezas!

¡Y qué locura e injusticia consentir que tantos holgazanes vivan tan muelle y cómodamente del trabajo del prójimo y estén a cargo de la colectividad de forma tan inútil! Digo a cargo de la colectividad porque, aunque posean muchas riquezas y muchos bienes, hay que subrayar que viven a costa del trabajo del prójimo y están a cargo de la colectividad, porque los bienes no los consiguen por sí mismos sino que obtienen sus riquezas, y todo lo necesario para su subsistencia, de la colectividad y del trabajo del prójimo.

Arrancar a quienes trabajan todo lo que ganan y todo lo que consiguen trabajando con sus manos y con el sudor de su frente para dárselo a tantos frailes holgazanes, que son sólo unos completos inútiles para la sociedad, es una injusticia insoportable. Dar a unos holgazanes, a unos individuos ociosos e inútiles, la comida a la que deberían tener derecho sólo los trabajadores honrados es una injusticia intolerable.

47

Otro abuso: permitir que haya tantos frailes mendicantes que podrían trabajar para ganarse la vida

Si ya es un abuso permitir que haya tantos frailes que, después de haber hecho votos de pobreza y mortificación, poseen y disfrutan de tantos bienes y de tantas y tan grandes riquezas mientras permanecen, sin embargo, a cargo de la colectividad, no lo es menos permitir que haya inútilmente otros tantos a los que llaman *mendicantes* y que están todavía más a expensas de la colectividad, ya que viven sólo de las limosnas y de lo que consiguen pidiendo. Veamos cómo habla el obispo de Belley del abuso que supone la existencia de esa cantidad prodigiosa de frailes o cenobitas mendicantes.

«Los frailes o cenobitas mendicantes están obligados —dice— a ganarse la vida con el trabajo de sus manos, como indica el capítulo 5º de la regla de san Francisco y señala el propio santo en su testamento, en el que recomienda a sus hermanos vivir de lo que obtengan por su trabajo. Sólo les permite recurrir a la mesa de los señores pidiéndolo de puerta en puerta si no consiguen recibir nada a cambio de su trabajo. El papa Nicolás III autorizó posteriormente que quedaran exentos de trabajar quienes se hallaran completamente absorbidos por sus tareas espirituales, ya fuera administrando los sacramentos o predicando el evangelio. Por eso, de acuerdo con la regla de la orden, sólo pueden recurrir a la mendicidad quienes no reciban nada a cambio de su trabajo, sea manual o espiritual, y sólo se les permite mendigar a cambio del servicio que rindan a la colectividad. Por lo cual, antes que pedir limosna, deberían haber realizado algún servicio a aquellos a quienes piden. Pues es una cosa muy censurable —añade el obispo de Belley— que haya tantos frailes mendicantes alimentados a expensas de la colectividad mientras permanecen ociosos, al mismo tiempo que hay tan pocos, en cambio, dispuestos a rendir servicios a la colectividad, lo que resulta muy oneroso para la población».

Y respecto a la prodigiosa cantidad de frailes mendicantes, dice: «De las 98 órdenes de frailes que hay en la Iglesia, 34 o quizá más son mendicantes». El obispo de Belley publicó los siguientes datos en el *Traité de la déssapropriation claustrale*: “Si se tiene en cuenta que una sola de esas 34 órdenes tiene 300.000 frailes y hay otra que tiene 180.000, ¿cuántos frailes habrá si las contamos todas? Quien realizase el cálculo —asegura el obispo de Belley— aterrorizaría al mundo entero y espantaría a todos los monarcas de la Tierra, porque se elevarían a varios millones. Olvidémonos de la aritmética y ciñámonos a un número tan bajo que no pueda ser refutado, y que podría situarse en torno a 1.200.000 cenobitas mendicantes. No habrá ni la vigésima parte de ellos —prosigue el autor— que sean predicadores y confesores. Pongamos que una duodécima parte lo sean, pues bien, aún nos quedaría 1.100.000 bocas

inútiles entre hermanos de coro y hermanos legos, los servidores de aquéllos. Todo eso representa —dice monseñor de Belley— una cantidad enorme de prebendas y canonjías, que caen con todo su peso sobre las espaldas de la comunidad: 1.100.000 prebendados que son unos auténticos israelitas que protestan sino se les da con qué saciarse. La cuestión es saber si el papa Nicolás III y sus sucesores quisieron fundar, cuando refrendaron las órdenes cenobitas sin renta, 1.100.000 canonjías a cargo del erario público y que no tuvieran otra obligación que salmodiar y cantar en el coro, eximiéndoles de trabajar y cargando su manutención sobre la población cristiana. Porque decir que no son prebendados ni canónigos es una evasiva muy frívola, pues es sabido que cada cenobita mendicante obtiene más y mejores prebendas limosneando que muchos canónigos y cenobitas no mendicantes con sus sinecuras; en resumen, que aunque parezca que los frailes mendicantes no tienen nada, lo poseen en realidad todo y con muchísimo menos trabajo y muchísimas menos preocupaciones, penalidades y fatigas.

«De la misma manera que, en el siglo en que nos toca vivir, la pluma corta el hierro, es decir, que la gente de la judicatura se hace con la nobleza, de la misma manera —continúa— el petitorio vale incomparablemente más que el posesorio. Lo cual se ve muy claro gracias a una serie de demostraciones evidentes. Las magnificencias de las que las ciudades más ilustres pueden presumir podemos encontrarlas en los conventos de los frailes llamados supuestamente mendicantes. En los monasterios que viven de las rentas puede haber ruinas, deterioro y reformas; en cambio, los conventos de frailes mendicantes son dueños de las conciencias y las bolsas de toda la ciudad. No tienen más que pedir y obtienen cuanto desean. Son pequeños dioses: basta con que digan y se hace. Si alguien comete el error de dejarlos de lado a fin de ir a socorrer a los pobres de verdad —dice monseñor de Belley—, se juega el honor, la reputación y el buen crédito. Esto da una idea, por pobre que sea, de los secretos de petitorio de los frailes mendicantes. Pues se sabe que en las grandes ciudades hay comunidades que, sin poseer rentas, han construido, en siete u ocho años, conventos que han costado 100.000 o 120.000 escudos, todo ello sin contar con la abundante y pingüe manutención de 60 u 80 frailes ni los ornamentos de la Iglesia y la plata. En estos conventos que parecen pobres hay sacristías que contienen bienes por valor de 100.000 escudos. ¿Os parece —añade monseñor de Belley— que se puede practicar la virtud de la paciencia en medio de tanta incomodidad, y que los frailes pueden gritar que tienen hambre cuando se hallan, en realidad, sentados sobre montones de oro y de trigo? ¿Dónde quedan los votos de pobreza cuando se vive en la abundancia?» (Monseñor de Belley, *Livre à Hermodore*).

“Los frailes mendicantes —dice monseñor de Belley— quieren librarse del trabajo corporal y espiritual aduciendo que, como han renunciado a las rentas e ingresos en tanto que comunidad, son las limosnas y la mendicidad lo que constituye su auténtica renta y patrimonio, por lo que no se sienten obligados a trabajar para ganarse la vida. Si eso fuera así, representaría una puerta abierta de par en par a la

holgazanería, la ruina y la destrucción de las repúblicas. Ya que, si carecer de rentas e ingresos diera derecho a vivir de la limosna sin trabajar, todos los tunantes, canallas, truhanes, pordioseros, pícaros y belitres se sentirían a cubierto de cualquier reproche que se les pudiera hacer, puesto que carecen de rentas e ingresos. Porque, si aquellos que dicen haber alcanzado el estado de perfección dentro de una religión que es perfecta, y no dentro de otra vulgar y corriente, tienen derecho a vivir de limosna sin obligación ninguna de trabajar físicamente, según la doctrina singular de los frailes mendicantes que figura en el libro dorado de los éxitos de la religión, si esto puede aplicarse, en definitiva, a lo más poético, ¿por qué no habría de poder aplicarse también a lo más prosaico? Si pueden hacerlo quienes son perfectos, ¿por qué no podrían acogerse a esa santa ejemplaridad los imperfectos a fin de poder aspirar a la perfección de la santa ociosidad? Si las leyes públicas condenan a importantes penas a los mendigos no incapacitados, y los castigan como a ladrones por robar mediante artimañas y triquiñuelas las limosnas que pertenecen por derecho a los verdaderos miserables y que provienen de la piedad de la gente de bien, ¿quién se atreverá a decir que la Iglesia ha subvertido esas santas y saludables leyes sólo para favorecer a quienes tendrían que ser la sal de la tierra y la luz del mundo, para favorecer a quienes deberían enorgullecerse, como san Pablo, de trabajar más que nadie? ¿Quién se atreverá a decir que la Iglesia les está autorizando a beber y comer, sin trabajar, el fruto que proviene del sudor de la frente de su prójimo?

En vez de holgarse en la pereza viviendo de la mendicidad, quienes aspiran a la perfección deben trabajar más que nadie, porque el sudor nace de la frente de la virtud y el templo del trabajo antecede al templo del honor. Es más conveniente, glorioso y loable dar que recibir, como asegura san Pablo que dijo Jesucristo (Hechos, 20,35).

Vale más, dice el Eclesiástico, morir que vivir siempre en la indigencia. Ir de casa en casa es mala vida, prosigue, porque allí donde se es un extraño no es fácil abrir la boca. Hijo mío, decía, no adoptes una vida de mendicidad, porque más vale morir que mendigar. La vida de un hombre que espera en la mesa del prójimo no debe ser considerada vida —dice— porque se atormenta al ir en pos de las viandas del prójimo (Eclesiástico, 40,25), por lo que un hombre sabio y prudente se cuidará muy bien de ello, pues la mendicidad sólo agrada a quienes no tienen vergüenza ni honor.

Salomón, el más sabio de los mortales, sólo pedía a Dios en sus oraciones lo necesario para vivir, y le rogaba que no le concediera riquezas excesivas pero que tampoco le dejara caer en la necesidad de mendigar, por miedo, decía, a que la abundancia de riquezas le volviera orgulloso y soberbio, y por miedo a que la mendicidad le indujera o constriñera a obrar mal. He ahí unos preceptos bien distintos de los de los cenobitas mendicantes. Preceptos que muestran muy claramente que es un abuso y un error buscar en la mendicidad vergonzosa y vil el más alto grado de perfección en la virtud.

Por lo que se refiere a las diversas y ridículas formas de sus vestimentas así como al aspecto que ofrecen, hay que emitir el mismo juicio que emitía Tertuliano sobre los ropajes que usaban en su tiempo los sacerdotes de los ídolos y de los falsos dioses. Veamos qué decía en su pequeño *Libro del manto*: «No excluyo los atuendos novedosos que ha traído una caterva de espíritus chocantes, extravagantes y supersticiosos. Ni en el teatro los hay tan ridículos; los pantalones de los actores no son nada en comparación con los que llevan éstos, que se visten tan grotescamente. Con la particularidad de que si aquéllos os hacen reír, éstos os dejarán pasmados. Mientras que los bufones lo hacen por gusto y para hacer reír, estos individuos melancólicos e hipocondríacos lo hacen por piedad, para que la razón no se asuste y para revestir su extravagancia de una especie de halo de respeto que impida que les silben» (pág. 204). Juran que les ha vestido una divinidad y que a ella le deben ese honor, porque no se han vestido de esa manera por capricho. Afirman también que irían contra su religión, a la que ponen por garante, si se vistieran de otro modo. Se trata de una pandilla de impostores que pretenden involucrar a la religión en sus fantasías y que desean que un Dios sea el contable de sus tonterías. Unos visten de blanco puro con una cinta, y en la cabeza llevan un sombrero o una peluca con forma de tarta. Otros escogen un ropaje opuesto, y de la misma manera que aquéllos van de blanco, éstos van de negro. Se diría que van vestidos de tinieblas, por lo oscuro de sus ropas. Los sacerdotes de Saturno no van ni de blanco ni de negro, sino de rojo, pues llevan una túnica con bandas de color escarlata y, por encima, un manto del color del fuego. Los de Esculapio visten como los griegos y se calzan como ellos. «¡Que diversidad —dice ese autor—, por favor, qué extravagancia! ¡Y se trataría de un invento de los dioses! ¿Quién lo dice? Unos locos que quieren que se tomen sus caprichos por otros tantos rasgos de divinidad y que quieren hacernos creer que en hacer lo que hacen los más extravagantes habría una sabiduría más que humana y que para ser divinos hay que estar tan locos como ellos. La gente escucha lo que dicen —prosigue el autor— como si oyera las respuestas que dieron los oráculos más famosos, y sus imposturas constituyen misterios no menos importantes para el común de los mortales. Por eso se creen que es propio de una extraordinaria sabiduría honrar como honran sus vestimentas y conceder tanta importancia a sus locuras». Esto es lo que dijo muy juiciosamente este autor sobre la ridícula diversidad de formas y aspectos de las ropas de aquellos de quienes se burlaba. Pues bien, habría que pensar y decir lo mismo de la ridícula y extravagante diversidad de formas y de aspectos que adoptan las vestimentas de nuestros frailes, porque, realmente, no son menos ridículas que aquellas de las que se burlaba este autor.

Veamos lo que dijo a este respecto monseñor de Belley en el *Livre à Hermodore*: «Los frailes de la antigüedad no perdían el tiempo en prestar atención a la forma o el color de sus hábitos, tenían más cuidado en revestirse de virtud que de cogullas, capuchas, sandalias, etc. No se vio semejante variedad de hábitos en la Iglesia en los primeros mil o mil cien años y, desde luego, no sé si no es precisamente ese

abigarramiento de hábitos y la extrema variedad de colores, capuchas, bolsos y sandalias, escapularios y túnicas lo que hace que quienes los llevan hayan dejado de ser merecedores de respeto, porque vemos que nombres como monjes, frailes, cogullas y capuchas, tan estimados en otro tiempo, están ahora tan mal vistos que, para disgustar a un fraile, basta con llamarlo por su nombre. Los fundadores de las órdenes monacales no determinaron la forma ni el color de los hábitos, simplemente quisieron que fueran sencillos y burdos para inspirar sentimientos de humildad, penitencia y renuncia al mundo. La diversidad de hábitos actual se inventó después, cuando las órdenes cenobíticas procedieron a diversas reformas para distinguirse unas de otras. Por eso unos van completamente de blanco, otros de negro, otros de blanco y negro, otros de gris, otros de color pardo, otros de gris y blanco, aquellos de blanco y marrón, etc. Unos llevan cogulla grande y amplia, otros estrecha, unos la llevan larga, otros corta, unos puntiaguda, otros redonda, otros cuadrada y otros piramidal. Unos se dejan crecer la barba, otros se afeitan, unos llevan cinturones de cuero, otros de lana, otros cuerdas que les sirven de cinturón». ¡Cuánta extravagancia!

Cornelio Agripa en su libro *De vanitate scientiarum*, llama a los frailes, *bandas de gente grotesca* y *actores de farsas*: «Una multitud de fanfarrones encapuchados que llevan barba o son imberbes, que portan ronzales o bolsos y que van calzados de cuero, con zuecos, o que llevan los pies desnudos y visten de negro, gris, blanco, etc.» Y, por deformes y ridículas que sean todas las formas y aspectos que adoptan sus vestimentas, aún quieren, como decía Tertuliano, que aceptemos que tienen un origen divino y las contemplemos como algo santo. Por eso, en los cuadros de sus santas cofradías aparecen los fundadores recibiendo del cielo determinadas señales de que sus reglas han sido aprobadas. «Vemos, por ejemplo, a santo Domingo que recibe de las manos de la Virgen María, reina del cielo, el rosario, y a san Francisco recibir del cielo los cordones, a san Simón Stoc recibir de la Virgen María escapularios, a san Agustín recibir cinturones de cuero con hebillas de hueso de la propias manos de la reina del cielo… etc. “Después de eso —dice el obispo de Belley—, ¿cómo no reírse de las visiones misteriosas y las milagrosas revelaciones que se encuentran en las crónicas de los frailes? No es artículo de fe —añade— que eso haya sucedido así, y nadie está obligado a tomar las visiones e ilusiones de los benditos frailes por revelaciones divinas».

Ésta es la opinión de un turco sobre la cantidad y diversidad de frailes que veía en la cristiandad: «No alcanzo a comprender —decía— qué política les impulsa a cultivar tantos semilleros de sanguijuelas espirituales que sólo sirven para chupar hasta la última gota de sangre de la nación».

Tiene mucha razón cuando los llama sanguijuelas, porque toda esa gente no son efectivamente más que sanguijuelas que, bajo el pretexto de atender más cuidadosamente que otros a una divinidad imaginaria y de asistir religiosamente a diario a ciertas horas del día y de la noche a los actos en que se venera y adora a un dios de pasta y de harina ofreciéndole incienso, haciendo genuflexiones

frecuentemente ante él, murmurando o cantando salmos y cánticos que Dios no escucha, porque no puede oír, como no puede ver tampoco las reverencias que le hacen, porque no tiene ojos para ver los honores que le rinden, ni oídos para escuchar las alabanzas que le dirigen, ni tampoco narices para oler la fragancia del incienso o de los perfumes, bajo el pretexto, pues, de hacer todo eso, hay unos que se imaginan que ya han hecho bastante como para merecer los muchos bienes que poseen, mientras que otros se imaginan que pueden disfrutar ya tranquilamente de las abundantes y pingües limosnas que han recogido, sin haberse visto obligados por ello a realizar trabajo alguno. Por eso, vemos que después de haber empleado únicamente algunas horas del día y de la noche en el culto a su divinidad y su dios de pasta, no tienen otra cosa que hacer que descansar y dedicarse a divertirse agradablemente paseando, jugando o dándole a la buena mesa para engordar en una dulce y pía ociosidad. Pues nadie osaría negar que ésa es la vida habitual de esos holgazanes de frailes, de esos holgazanes de abades, de esos holgazanes de canónigos y demás beneficiados, que poseen por todas partes tantos y tan considerables bienes que les producen tantos y tan suculentos beneficios.

¡Como si nos importara que se disfracen con tan diversos y ridículos tipos de hábitos!

¡Como si nos importara que permanezcan encerrados en los claustros, caminen descalzos en la nieve y se disciplinen cada día!

¡Como si nos importara que vayan todos los días regularmente a determinadas horas del día y de la noche a murmurar y cantar salmos o cánticos en las iglesias u oratorios! ¡Los pájaros también cantan y gorjean en campos y bosques! ¡Como si la gente no tuviera otra cosa que hacer que alimentar opíparamente a tantos individuos para que canten y salmodien en los templos!

¡Como si nos importara que vayan todos los días a preparar y venerar determinadas imágenes o ídolos fde pasta, ante los que realizan a diario frecuentes genuflexiones y profundas reverencias!

¡Cómo si todo esto le importara a alguien! Nada de esto tiene utilidad ninguna ni sirve para nada, no es más que locura y vanidad.

Y aunque emplearan todo el día y toda la noche en murmurar y cantar, aunque se pasaran el día haciendo miles de devotas reverencias ante sus ídolos de pasta, tampoco serviría para nada.

Es por tanto claramente un abuso y un abuso enorme alimentarlos para ello tan opíparamente a expensas de la colectividad y en perjuicio de la gente que trabaja y que se pasa el día desempeñando útiles y honestos empleos sin alcanzar a obtener, en muchos casos, lo necesario para vivir. «La naturaleza por sí sola —le decía el sabio Mentor a Telémaco— podría extraer de su fecundo seno todo cuanto hiciera falta para un número infinito de hombres moderados y laboriosos, pero es el orgullo, la pereza y la ociosidad de algunos lo que condena a los más a una pobreza y miseria espantosas».

Sí, desde luego, la enorme cantidad de individuos inútiles y haraganes, como esos de los que acabo de hablar, reducen a la gente laboriosa a una miseria y pobreza espantosas.

Pero algunos dirán que todos esos eclesiásticos, abades, frailes y canónigos rezan cada día por la población, celebran cada día los santos misterios, ofrecen todos los días el sacrificio de la misa, un sacrificio que posee un valor y un mérito infinitos. Con sus oraciones desvían las calamidades y atraen sobre la gente la gracia y las bendiciones del cielo, lo que, según algunos, constituye el mayor bien que se pueda desear y, por consiguiente, es muy justo que se les procure abundantemente cuanto necesiten para subsistir y mantenerse dignamente, ya que consiguen con sus oraciones tantos bienes para el mundo.

¡Pero qué vanidad, qué tonta vanidad! Una hora de trabajo duro vale mucho más que todo eso.

Aunque todos los frailes y todos los sacerdotes celebraran 20, 30, 50 o 60 misas cada uno al día, no valdrían lo que un clavo de fuelle, como se dice vulgarmente. Un clavo es útil y necesario, incluso hay cosas que no podrían prescindir de ellos. Pero todas las oraciones y todas las misas que pudieran decir frailes y sacerdotes del tipo que sean no valen para nada y sólo sirven para procurar dinero a quienes las dicen. Por ejemplo, un solo golpe de azadón dado por un pobre campesino para cultivar la tierra es útil y sirve para que crezca el grano necesario para la alimentación del hombre. Y a fuerza de darle con el azadón, los campesinos pueden conseguir el grano y el trigo necesarios para su subsistencia. Un buen trabajador puede conseguir con su arado más de lo que necesita para vivir. Pero ni todos los sacerdotes juntos podrían contribuir con sus oraciones, sus bendiciones y sus supuestos santos sacrificios de la misa a la producción de un solo grano ni a hacer nada que pueda tener la más mínima utilidad.

Hasta la profesión del artesano más insignificante es útil y necesaria en todas las repúblicas. Incluso la de los comediantes y la de quienes tocan la flauta o el violín tienen su mérito y utilidad, ya que las personas que tienen esas profesiones sirven por lo menos para regocijar y divertir agradablemente a la gente y es muy justo que quienes se dedican cada día útilmente a su trabajo, e incluso a los trabajos más penosos y duros, tengan algún momento de esparcimiento y, por consiguiente, es bueno que haya músicos que toquen la flauta o el violín para divertir y recrear de vez en cuando a quienes se encuentran cansados por el trabajo. Pero la profesión de los sacerdotes, y en especial la de los frailes, no es más que una profesión basada en el error, la superstición y la impostura y, por consiguiente, se encuentra muy lejos de poder ser considerada útil y necesaria en una república buena y prudente, antes bien debería juzgarse nociva y perjudicial. Por eso, en vez de gratificar con tanta largueza a quienes practican semejante profesión, habría que prohibirles todas las abusivas supersticiones y funciones de su ministerio y obligarlos a dedicarse a ocupaciones honradas y útiles, como hacen los demás.

Hasta los empleos más viles resultan útiles y necesarios en una buena república y es necesario que haya gente que los practique; no se podría prescindir de ellos. ¿Acaso no hace falta que en todas las parroquias haya pastores y porquerizos para cuidar de los rebaños? ¿No se necesitan hilanderas que hilen la lana y lavanderas? Evidentemente, son necesarias en todas partes, no se podría prescindir de ellas. ¿Pero qué necesidad tiene una república de tantos curas, tantos frailes y tantas monjas que viven en la ociosidad y la holgazanería? ¿Para qué se necesitan tantos píos haraganes y tantas piadosas holgazanas cuyos trabajos y ocupaciones no sirven para nada útil? No hay ninguna necesidad de ellos y no tienen ninguna utilidad. Es un abuso, más aún, un abuso enorme permitir que tantos frailes y monjas, sacerdotes y eclesiásticos vivan a costa de la colectividad. Va claramente contra la recta razón y contra la justicia.

Y esto es tanto más cierto cuanto que la propia Iglesia romana no ha podido evitar tener que reconocer este abuso, por lo menos en lo que se refiere al monacato. Por eso, para impedir el continuo progreso de este abuso, ha prohibido expresamente que surjan en adelante nuevas corrientes monásticas previendo que la sobreabundancia y variedad de frailes y órdenes monacales podrían causar desorden y confusión en la Iglesia.

La primera prohibición salió del concilio de Letrán, bajo el papado de Inocencio III. Veamos cómo se expresaban los padres de este concilio: «Y a fin de que esta gran multitud y variedad de órdenes monásticas no traiga más confusión a la Iglesia, prohibimos expresa y firmemente a toda persona que invente o introduzca en adelante ninguna orden y, si alguien quiere entrar en alguna orden, que escoja alguna de las que ya están aprobadas» (Concilio de Letrán [1215], *cap. finali de relig. dom.*). Este mismo decreto fue renovado y ratificado en el concilio de Lyón: «El concilio general prohibió prudentemente que hubiera una excesiva diversidad de órdenes, por miedo a que esta diversidad excesiva causara confusión en la Iglesia». Y el mismo concilio añadía, después del fragmento que acabo de citar: «Prohibimos estrictamente que nadie invente en adelante ninguna orden nueva ni comunidad religiosa alguna». Lo que muestra meridianamente que la propia Iglesia reconoce el abuso que existe al crear y tolerar una multitud tan enorme y diversa de frailes y monjas que están a cargo de la colectividad.

Al emperador Antonino le disgustaban tanto los espíritus ociosos que suprimió los honorarios de todos aquellos a quienes halló inútiles para el bien público, y dijo que era vergonzoso y cruel que se comieran la república quienes no trabajaban de ninguna manera por ella. El emperador Alejandro Severo expulsó de su corte no sólo a las personas infames sino a quienes consideró inútiles para el servicio del Imperio y dijo que los emperadores que alimentaran con las entrañas y la sangre de los habitantes de la provincia a individuos prescindibles y que no servían para nada a la república, eran malos ecónomos para el Estado. Pues bien, haría falta unos cuantos Antoninos y Alejandros Severo para dar de baja a frailes, monjas y demás

eclesiásticos tan inútiles y que se hallan a cargo de la colectividad: resultaría un auténtico bien público.

En esa misma categoría habría que incluir:

En primer lugar, a la inmensa cantidad de lo que se llama vulgarmente *gentes de justicia*, pero que resultan ser realmente gentes de injusticia, como son los guardias, procuradores, abogados, secretarios de juzgado, escribanos, inspectores y, muchas veces, hasta los propios jueces y los intendentes de policía, que se entienden con los propios ladrones, de los que no son más que compadres, lo que se dice unos auténticos *compadres de ladrones*, ya que la mayor parte de ellos sólo buscan despojar y saquear a la población so pretexto de hacer o de querer hacer justicia. La historia recoge el caso de don Pedro, rey de Portugal, llamado el Justo, quien expulsó y desterró de su reino a procuradores y abogados porque pleiteaban y prolongaban los procesos arruinando a las partes. De igual manera, se dice que el papa Nicolás III, persona de gran mérito, excelente consejero y amante de los hombres doctos, desterró de Roma a los escribanos y picapleitos por considerarlos una auténtica peste y verdaderas sanguijuelas de los pobres. Hubiera sido deseable que esos dos grandes personajes hubiesen tenido poder para expulsarlos no sólo de sus propios países sino del mundo entero.

En segundo lugar, habría que incluir en esa categoría a infinidad de perceptores de impuestos junto con sus ayudantes, como son los alguaciles o los inspectores de pesos y medidas y, por último, esa infinidad de pillos, tunantes, bribones y consignatarios del tabaco y de la sal que no hacen más que corroer el país e ir y venir continuamente para encontrar a sus presas y devorar a las que caen en sus trampas.

En un reino como Francia no hay menos de 40 o 50.000 hombres cuya única ocupación consiste en despojar a los pobres con el pretexto de servir al rey recaudando sus impuestos y haciendo que se respeten sus supuestos derechos. Y eso sin contar con otra infinidad de insolentes soldados que sólo piensan en saquear y devastar todo lo que encuentran.

Los reyes y príncipes que busquen el bienestar y la felicidad de sus súbditos y quieran gobernarlos y mantenerlos en paz y justicia, que es lo que tendrían que hacer, velarían para que no hubiese tantos pillos que se mantienen a expensas de los buenos vasallos, y procurarían que éstos no se viesen expuestos cada día, como así ocurre, a las injustas vejaciones y exacciones cometidas por toda esa caterva de individuos. Los buenos príncipes nunca han actuado de ese modo.

Así pues, resulta manifiestamente un abuso e incluso una injusticia insoportable para un Estado permitir y dejar que existan tantos individuos de diferente ralea que sólo sirven para saquear, arruinar y agobiar a los pobres.

48

El tercer abuso consiste en que los hombres se apropian de los bienes de la tierra sólo para sí en vez de poseerlos y disfrutarlos en común, lo que produce una infinidad de males y miserias en este mundo

Otro abuso que se autoriza y permite casi universalmente es la apropiación individual de los bienes y riquezas de la tierra que practican los hombres, en vez de poseerlos en común y de disfrutarlos igualmente en común.

Entiendo con ello que deben disfrutarlos y poseerlos en común quienes viven en el mismo lugar o territorio, de tal manera que aquellos y aquellas que viven en la misma ciudad, en el mismo burgo, en el mismo pueblo o en la misma parroquia y comunidad podrían arreglárselas para formar una sola familia, considerándose entre ellos como hermanos y hermanas, lo que haría que pudieran vivir juntos y apaciblemente disponiendo de los mismos o parecidos alimentos, yendo bien vestidos, pudiendo disponer asimismo de un buen alojamiento y contar con buenos lechos y buenos fuegos para calentarse. A cambio, sólo tendrían que aplicarse, al mismo tiempo y por igual, a las diferentes faenas, al trabajo o a distintos empleos útiles y honrados de acuerdo con su profesión o con lo que resultara más necesario o conveniente de acuerdo con el tiempo y la estación, así como con lo que fuera más necesario. Y eso bajo la dirección no de quienes quisieran dominarlos imperativa y tiránicamente, sino bajo la dirección de los más sabios y mejor intencionados en lo que se refiere al progreso y mantenimiento del bien público. Ciudades y otras comunidades que estuvieran próximas entre sí tendrían cuidado en procurar aliarse a fin de mantener inviolablemente la paz y la buena entente entre ellas para poder ayudarse y socorrerse mutuamente en caso de necesidad. Sin eso no se puede conservar el bien público, por lo que necesariamente resulta que la mayoría de los hombres es miserable e infeliz.

Ya que, en primer lugar, ¿a dónde conduce que los bienes y riquezas de la tierra sean distribuidos y disfrutados individualmente? Conduce a que todos se apresuren a coger lo más que pueden sin descartar ninguna vía, sea buena o mala, pues la codicia —que es insaciable y constituye la raíz de todos los vicios y males—, al ver, por decirlo así, una puerta abierta a la satisfacción de sus deseos, no se priva de aprovechar la ocasión para obligar a los hombres a hacer cuanto pueden para reunir los mayores bienes y riquezas posibles, a fin de ponerles a cubierto de la indigencia así como para proporcionarles la satisfacción de poder gozar de todo cuanto quieran. Ocurre entonces que los más fuertes, los más astutos, los más sutiles y, con frecuencia, los peores y más indignos son los que reciben más bienes y los que disfrutan más de las comodidades de la vida.

Ocurre entonces que unos tienen más mientras que el resto tiene menos, y sucede muchas veces que algunos lo cogen todo y no dejan nada para los demás, por lo que unos son ricos y otros son pobres, unos están bien alimentados, bien vestidos, bien alojados y cuentan con buenos muebles, buenas camas y buenos fuegos para calentarse, mientras otros que están mal alimentados, mal vestidos, mal alojados, duermen mal y no disponen de fuego para calentarse, dándose el caso de que hay incluso quienes no tienen ni un agujero donde meterse, sienten hambre y se hielan de frío.

Ocurre entonces que, mientras unos se emborrachan y revientan bebiendo y dándose las grandes comilonas, otros se mueren de hambre.

Ocurre entonces que hay unos que viven en la alegría y en el placer, mientras que otros están continuamente en duelo y llenos de tristeza.

Ocurre entonces que mientras unos tienen notoriedad y reciben honores, otros viven en medio del desprecio y la mugre, ya que los ricos gozan de mucha consideración y disfrutan de honores mientras que los pobres sólo reciben desprecio.

Ocurre entonces que hay quienes no tienen nada que hacer en la vida excepto descansar, beber y comer hasta hartarse, engordando en una apacible y muelle ociosidad, mientras que los demás se agotan trabajando, no pueden descansar ni de día ni de noche y sudan sangre para obtener lo necesario para vivir.

Ocurre entonces que los ricos, cuando están enfermos o tienen necesidad de algo, reciben toda la asistencia posible, todos los afectos, todos los consuelos y cuantos remedios pueden humanamente conseguirse, mientras que cuando enferman los pobres se ven conminados especialmente a la miseria, mueren por falta de ayuda y remedios y sufren sus males y aflicciones sin consuelo ni afecto ningunos.

Y ocurre entonces, por último, que unos viven en la prosperidad, en la abundancia de bienes de todo tipo y en medio de goces y placeres, como si se encontraran en el paraíso, mientras que los demás viven en el sufrimiento y la aflicción y en medio de las miserias de la pobreza, como si se encontraran en el infierno.

Y lo más curioso de todo es que el paraíso y el infierno están separados muchas veces sólo por una calle o por el espesor de un muro o de una pared, ya que, muy a menudo, las casas de los ricos, donde hay abundancia de todo tipo de bienes y donde se disfrutan las delicias y los goces del paraíso, se hallan muy cerca de las casas de los pobres, donde falta de todo y donde se viven las penalidades y miserias de un auténtico infierno.

Y lo más indignante y odioso de todo es que, con mucha frecuencia, quienes más merecerían disfrutar de los deleites y placeres de ese paraíso son los que sufren las penalidades y suplicios del infierno, mientras que, por el contrario, quienes merecerían las penalidades y miserias del infierno son los que disfrutan tranquilamente de los deleites y placeres del paraíso.

En pocas palabras, la gente de bien sufre con frecuencia en este mundo las penalidades que deberían padecer los malvados, mientras que los malvados disfrutan

corrientemente de bienes, honores y goces que deberían estar reservados a la gente de bien. Pues el honor y la gloria deberían estar reservados sólo ésta, de la misma manera que la vergüenza, la confusión y el desprecio deberían estar reservados para los malvados y viciosos (2 Romanos, 7-10). Pero lo que sucede es más bien lo contrario, cosa que constituye claramente un abuso enorme, y es lo que seguramente impulsó a un autor que ya he citado a decir: «O bien estas cosas han sido puestas de esa manera por la malignidad del hombre o Dios no es Dios»[16]. Pues no resulta creíble que un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio hubiese deseado una subversión semejante de la justicia.

Eso no es todo.

Sucede además que de este abuso del que estoy hablando, y que se refiere a lo mal repartidos que están los bienes entre los hombres, que hace que unos lo tengan todo, mientras que los demás no tienen nada o casi nada y carecen de las cosas que les serían más necesarias y útiles, sucede además, digo, que de este abuso provienen los odios y las envidias entre los hombres.

De ahí nacen las protestas, las quejas, los conflictos, las rebeliones, las revueltas y las guerras, que provocan infinidades de penurias entre los hombres.

De ahí nacen los miles y miles de procesos que emprenden unos individuos contra otros para defender sus bienes o mantener sus derechos, procesos que causan miles y miles de miserias al cuerpo y miles y miles de inquietudes al espíritu, y provocan muchas veces la ruina a unos y a otros.

De ahí proviene que quienes no tienen nada o no todo lo que necesitarían se ven como constreñidos y obligados a utilizar medios perversos para obtener lo necesario para subsistir o mantener su estado. De ahí provienen los fraudes, los engaños, las bribonadas, las injusticias, las vejaciones, las rapiñas, los robos, los hurtos, el bandidaje y los homicidios y asesinatos, que provocan a su vez una infinidad de penurias entre los hombres.

49

Otro abuso, relativo esta vez a las distinciones vanas e injuriosas entre las familias y los daños que originan

De igual manera, ¿qué pasa con las vanas, injuriosas y odiosas distinciones entre familias que los hombres han establecido tan desafortunadamente y que hacen que los seres humanos parezcan de diferente especie o de diferente naturaleza, y que haya algunos que parecen tener un origen más puro y mejor que el resto? ¿Qué ocurre con eso, me pregunto?

Ocurre que los que pertenecen a distintas o diferentes familias se desprecian y desairan entre ellos bajo el pretexto de que creen poseer una familia mejor y más honorable que los demás.

Ocurre que se desprecian, se deshonran y se difaman unos a otros y no quieren aceptarse ni siquiera en matrimonio, con el pretexto de que hay algo que decir de la familia de éstos o aquéllos. Y ese algo, que se cree o se supone que es motivo de reprobación, está por regla general basado en rumores vanos, sordos y confusos, y en falsas imaginaciones y opiniones que los hombres se meten delirante e insensatamente en la cabeza sobre linajes de brujas o brujos. Es lo que se imaginan a partir de naderías, bagatelas o rumores, o a partir de comentarios nocivos hechos por gente ignorante, apasionada o mal intencionada. De tal manera que, si se hiciera caso de todo eso, no habría familia que pudiera asegurar que se hallara exenta de toda mancha, ya que podemos ver a diario cómo aquellas que se creen más limpias, y se sienten por ello en la obligación de hablar mal de las demás, son a su vez objeto de las murmuraciones de éstas.

Por otra parte, aunque en determinadas familias hubiera individuos que se habrían comportado mal o habrían hecho mal —como sucede tan a menudo, porque se puede decir que no hay familia en la que no haya habido alguien que haya acabado mal—, ¿es justo que se mire mal o se desprecie a los demás miembros, que son seguramente gente honrada? ¿Deben pagar los inocentes y honrados por los culpables? ¿Tienen que cargar con la vergüenza y la confusión por sus vicios y faltas? No es justo en absoluto. Hay que estimar a cada cual por sus propios méritos y no por los méritos o los deméritos de otros. ¿Qué más ocurre con las vanas y odiosas distinciones que se dan entre las familias?

Ocurre que quienes cuentan con una fortuna más elevada se quieren aprovechar de esa ventaja e imaginan que valen más que cualquiera. Por eso quieren dominar imperiosa y tiránicamente a los demás y los quieren sojuzgar con sus propias leyes como si hubieran nacido para dominar y mandar, mientras que el resto sólo habría nacido para servirles y ser sus esclavos.

«A los grandes —como podemos leer en *Télémaque*— se les cría y educa en una arrogancia y un concepto tan alto de sí que no hacen sino sofocar todo lo bueno que podría haber en ellos. Se sienten como si fueran de una naturaleza distinta a la del resto de los hombres. Y piensan que los demás han sido creados por los dioses para servirles, para complacerles, para adelantarse a sus deseos y concederles todo lo que pudieran pedir, como si fueran divinidades. Consideran que quienes les sirven tienen su mejor recompensa sirviéndoles. No hay nada imposible a la hora de contentarlos. Las menores dilaciones irritan su naturaleza ardiente y violenta. Son incapaces de amar nada que no sea ellos mismos. Sólo se muestran sensibles a su propia satisfacción y a sus solos placeres. Únicamente los reveses de la vida —dice este autor— moderan a los príncipes y a los grandes y los vuelven más sensibles a los sufrimientos del prójimo. Pero cuando no han probado más que el dulce veneno de la prosperidad se comportan casi como auténticos dioses. Desean que las montañas se aplanen a fin de complacerlos, creen que los hombres no cuentan para nada y se burlan de la naturaleza entera. Cuando oyen hablar de sufrimiento, ni siquiera saben en qué consiste. Para ellos sólo representa un sueño y desconocen la distancia que puede haber entre el mal y el bien. Sólo el infortunio puede proporcionarles algo de humanidad y convertir su corazón de piedra en un corazón humano. Entonces se sienten hombres y comprenden que deben tratar con miramiento a los demás, ya que son sus semejantes».

Todas estas inconveniencias muestran a las claras el abuso que se produce con las vanas y odiosas distinciones entre las familias, que los hombres han establecido tan desafortunadamente.

50

Abuso relativo a la indisolubilidad del matrimonio y a los males que se derivan de ello

¿Y qué pasa con ese abuso de que los matrimonios sean indisolubles hasta la muerte de una u otra de las partes? ¿Qué pasa con eso?, me pregunto. Ocurre que hay una inmensa cantidad de malos matrimonios y de matrimonios desgraciados. Sí, hay una inmensa cantidad de matrimonios desdichados y de hogares desdichados en los que hay hombres que se sienten desgraciados e infelices con unas malas esposas, o en los que las mujeres se sienten desgraciadas e infelices con unos malos maridos, lo cual produce la ruina y hundimiento de los hogares. Ya que, de la misma manera que hay cantidad de matrimonios en los que el hombre y la mujer no se quieren sino que más bien se odian y están desunidos y disputan continuamente, hay cantidad de desgraciados y desgraciadas que maldicen su matrimonio cada día. Y lo que aumenta aún más su pena es saber que no pueden impugnar un contrato tan perjudicial, que no pueden romper legalmente un lazo y un compromiso que les resultan tan desagradables y gravosos y a veces tan funestos. Todo esto les impulsa a proceder, en última instancia, a escandalosas separaciones de cuerpos y bienes, y puede llevarlos incluso a atentar contra la vida del otro cónyuge a fin de desprenderse de un lazo y un yugo que les resultan tan odiosos e insoportables.

¿Qué más ocurre con los malos matrimonios?

Ocurre que los hijos que nacen de un mal matrimonio son infelices y desgraciados, debido a la mala conducta de unos padres y unas madres que les ofrecen cotidianamente malos ejemplos y que descuidan instruirlos, como era su obligación, en las artes y las ciencias, así como en las buenas costumbres. Y por otra parte, como la mayoría de quienes se comprometen en matrimonio son pobres, por lo que no fueron, a su vez, bien criados y se alimentaron mal y tuvieron una pésima educación y carecen, por consiguiente, de la capacidad o la facilidad para cuidar y educar a sus hijos, o hacer que otros los eduquen mejor de lo que ellos fueron criados y educados, ocurre que los hijos se ven condenados a vivir en la ignorancia, la bajeza, la porquería y la suciedad, en la pobreza y la miseria. Por lo que no es raro que mueran de hambre o de distintas dolencias, ni es raro tampoco que no puedan crecer y superarse, pues carecen de lo necesario hasta para vivir. Y como la mayoría de la gente nace y se cría así y es educada en la ignorancia, la bajeza, la pobreza y la miseria, y se acostumbra desde la infancia a los trabajos más duros y penosos bajo la dependencia y dominación de los ricos y poderosos de la Tierra, no saben nada de los derechos naturales propios de su condición humana, y tampoco saben nada de los sufrimientos e injusticias que están haciéndoles padecer quienes les esclavizan y hacen que sean tan miserables y desgraciados. Por eso, casi nunca piensan en salir de

la miseria sacudiéndose el yugo que les hace ser tan desgraciados, sino que sólo piensan en vivir mezquinamente con sus penas y miserias, tal como se han acostumbrado a vivir y como si no hubieran nacido más que para servir a los demás y vivir y morir en la pobreza y la miseria. Ésta es la triste condición de los pobres. ¿Qué más ocurre con los matrimonios indisolubles?

Ocurre que cuando mueren las madres o los padres, si son pobres, los hijos que dejan son doblemente desgraciados cuando se quedan huérfanos, porque carecen de apoyo y protección y no saben dónde meterse o refugiarse, viéndose obligados a mendigar miserablemente el pan de puerta en puerta en cuanto pueden andar, mientras reciben, entretanto, malos tratos por parte de unas madrastras o unos padrastros que los tratan con rigor y los dejan abandonados en la porquería y la suciedad haciéndoles casi morir de hambre y de frío. Y si llegan a recibir algo de sus padres, sus bienes estarán tan mal cuidados y serán tan mal administrados que no les quedará casi nada cuando alcancen la edad de poder disfrutarlos, lo que les causa un perjuicio enorme.

Todos estos inconvenientes y perjuicios que acabo de mencionar nacen de ordinario y casi necesariamente de los abusos aquí expuestos.

51

De los bienes y ventajas que obtendrían los hombres si viviesen apaciblemente, disfrutando en común de los bienes y comodidades de la vida

Si los hombres, como ya he dicho, poseyeran en común y disfrutaran juntos de los bienes, riquezas y comodidades de la vida, si se ocuparan todos en desempeñar actividades honradas o en realizar algún trabajo manual o intelectual honrado, y si gestionaran sensatamente los dones de la tierra y el fruto de su trabajo y de la industria, podrían vivir todos felices y contentos, ya que la tierra produce lo suficiente como para alimentarlos y mantenerlos, a condición de que se haga buen uso de sus dones. Sólo en raras ocasiones la tierra no produce lo suficiente.

Por lo cual, si todos tuvieran lo suficiente para vivir apaciblemente, a nadie le faltaría lo necesario. Nadie tendría dificultades para obtener para sí y para sus hijos aquello que necesitaran para comer y vestirse, nadie sufriría por no saber dónde podría vivir con sus hijos y dónde podría acostarse, pues cada cual encontrarían segura, abundante, fácil y cómodamente todo eso en una comunidad bien organizada. Por ello nadie tendría que servirse de fraudes ni tampoco de la astucia o del engaño para aprovecharse del prójimo.

Nadie tendría que meterse en pleitos para defender sus bienes.

Nadie envidiaría al prójimo porque todos poseerían prácticamente lo mismo.

Nadie tendría que pensar en robar lo que poseyeran los demás, nadie tendría que matar o asesinar a nadie para quitarle la bolsa o sus bienes, porque no serviría de nada.

Nadie tendría tampoco que matarse trabajando, por así decir, como hace ahora una inmensa multitud de pobres que se ven obligados a matarse trabajando, sufriendo penalidades y fatigas sin cuento, a fin de obtener escasamente lo necesario para vivir y hacer frente a los gastos y los impuestos que con tanto rigor se les exigen.

Nadie, repito, tendría que matarse con penalidades y fatigas porque todos se ayudarían entre sí para repartirse las penurias del trabajo y nadie permanecería ocioso mientras los demás estuviesen desempeñando trabajos útiles.

¿Os extrañáis, queridos amigos, os extrañáis, pobre gente que sufrís tantos reveses y penalidades en la vida?

Es porque cargáis con todo el peso de la jornada y con el calor del día, como los obreros que menciona en una de sus parábolas el Evangelio.

Es porque cargáis, junto a vuestros semejantes, con toda la carga del Estado. Cargáis no sólo con todo el peso de los reyes y príncipes que os tiranizan, sino también con todo el peso de la nobleza, del clero, del monacato y de todos los juristas, apechugáis con el peso de los lacayos y palafreneros de los poderosos, con el

peso de sus sirvientes y sirvientas, apechugáis con la gente de guerra, con los inspectores de hacienda y con los consignatarios de la sal y del tabaco; en una palabra, con todos los inútiles y haraganes que hay en la Tierra.

Porque todos ellos viven del fruto de vuestro trabajo. Contribuís con vuestro trabajo a satisfacer lo que necesitan para subsistir, y no sólo a satisfacer lo que necesitan para subsistir sino también a cuanto necesitan para sus placeres y diversiones. ¿Qué sería de los príncipes y de los mayores potentados de la Tierra si no los mantuviera la plebe? Sólo obtienen su grandeza, sus riquezas y su poder de una plebe a la que ni siquiera tratan bien. Si no los sostuvierais no serían más que unos hombres débiles e insignificantes como vosotros. Y si no les dierais las vuestras, no tendrían más riquezas que vosotros. Por último, si no os sometierais a sus leyes y sus designios, carecerían de poder y autoridad.

Si toda esta gente que acabo de mencionar compartiera con vosotros la dureza del trabajo, y si os concediera, como vosotros hacéis con ellos, una porción de los bienes que ganáis y obtenéis con el sudor de vuestra frente tendríais menos cargas y fatigas. Y por otra parte, estaríais menos cansados y disfrutaríais de las delicias de la vida.

«Vemos —dice el señor de La Bruyère en los *Caracteres* (más en concreto en el capítulo "De los usos»)— unos animales salvajes, machos y hembras, que se hallan repartidos por la campiña y presentan un aspecto negruzco, lívido y quemado por el sol, escarbando y removiendo, con una obstinación invencible, la tierra a la que se hallan ligados. Parecen disponer de voz articulada y, cuando se alzan sobre sus cuartos traseros, muestran un rostro humano. Se trata, en efecto, de hombres. Por la noche se retiran a sus cubiles, donde viven a base de pan negro, agua y raíces. Ahorran a otros hombres el trabajo de sembrar, arar y recolectar para vivir; pues bien, sólo por eso merecerían que no les faltara el pan que sembraron y que han conseguido con tantas penalidades".

Sí, desde luego, merecen que no les falte el pan, merecen ser los primeros en comerlo y en recibir la mejor parte, como merecen recibir también la mejor parte del vino que consiguen con tantas penalidades.

Pero, ¡oh crueldad inhumana y detestable!, los ricos y los poderosos de la Tierra les quitan lo mejor del fruto de sus penosos trabajos y no les dejan, por así decir, más que la paja de ese excelente trigo y las lías o heces del excelente vino que obtienen con tantas penalidades y trabajos. El autor que he citado no dice esto, pero lo da a entender claramente. Si todos los bienes fueran, como he dicho, gestionados y distribuidos sensatamente, nadie tendría que temer la hambruna ni la pobreza, ni para sí ni para los suyos, porque las riquezas serían iguales para todo el mundo, lo que constituiría el mayor bien y la mayor felicidad que pudieran sobrevenir a los hombres.

De igual manera, si los hombres no se detuviesen, como hacen, en las vanas e injuriosas distinciones entre familias y se trataran entre sí como hermanos y como hermanas, tal como deberían hacer de acuerdo con los principios de su religión, nadie

podría presumir ni ufanarse de ser mejor ni de tener un nacimiento más noble que sus compañeros y, por consiguiente, no cabría que se despreciaran mutuamente o se hicieran reproches injuriosos acerca de su nacimiento o su familia. Todos se contentarían con sus propios méritos personales y no con el mérito imaginario de un supuesto mejor nacimiento o de un nacimiento más noble, lo que constituiría asimismo un inmenso bien para los hombres.

De igual manera, si los hombres, y en especial los cristícolas, no consideraran indisoluble el matrimonio, sino que, por el contrario, permitieran que la gente estableciera entre sí lazos de unión y de amistad conyugal libres, sin constreñirlos, es decir, sin obligar a hombres y mujeres a permanecer juntos inseparablemente pese a lo que les pida el cuerpo, no se verían tantos malos matrimonios ni tantos hogares destrozados como se ven, y no existirían tampoco tanta discordia ni tantas disensiones como las que se dan ahora entre maridos y mujeres.

No tendrían que estar continuamente enzarzados en reproches, injurias y malos tratos, no tendrían que encolerizarse, no tendrían que maldecirse, no tendrían que pegarse ni destrozarse con tanta furia, porque podrían separarse libre y apaciblemente en el mismo momento en que dejaran de amarse o de disfrutar juntos, y podrían buscar libremente su satisfacción en otra parte.

En suma, no habría maridos ni mujeres infelices, como hay tantos hoy en día por tener que vivir toda la vida miserablemente bajo el yugo del matrimonio indisoluble. Antes bien, disfrutarían juntos y muy agradable y apaciblemente de los placeres y goces de la vida con quienes les conviniera, porque el principio y motivo principal de su unión conyugal sería la amistad, lo que constituiría un inmenso bien tanto para ellos como para ellas. Así como para los hijos que tuvieran, porque no se verían en la situación en la que se ven hoy en día tantos huérfanos de padre o de madre, y muchas veces de los dos, ya que la ausencia de uno o de ambos progenitores hace que los niños vivan como abandonados y desde luego frecuentemente infelices, o bien bajo el puño de padrastros brutales y de madrastras perversas que les hacen pasar hambre y los maltratan a golpes, o bien bajo la tutela de tutores o curadores que los tienen abandonados y se comen, incluso, o disipan de mala manera sus bienes. A los hijos no les ocurriría, pues, tampoco lo que a tantos otros, que son infelices incluso bajo la protección de sus madres y sus padres, dado que sufren desde la más tierna infancia las miserias de la pobreza, así como el frío del invierno, el calor del verano, el hambre, la sed y la desnudez, y se hallan continuamente en medio de la porquería y la suciedad sin educación y sin instrucción, por lo que no pueden crecer como es debido ni tampoco superarse, como ya he dicho, pues les falta incluso lo necesario para mantenerse en vida.

Muy por el contrario, todos estarían bien criados y bien alimentados y contarían con la manutención adecuada, si fuesen criados, alimentados y mantenidos en común gracias a los recursos públicos y comunes. De igual manera, estarían versados en las buenas costumbres y en la honradez, lo mismo que en las artes y ciencias, y eso en la

medida en que precisara cada uno de cara a la utilidad pública y de acuerdo con el servicio que pudiera exigírsele, de tal manera que, al disponer todos de la misma instrucción en lo que se refiere a los principios morales y las reglas de urbanidad y honradez, sería muy fácil hacer que fueran prudentes y honestos y que se concertaran para aspirar juntos al bien común, y no resultaría nada difícil conseguir que fueran capaces de servir útilmente a la patria, lo que sería sin duda muy favorable para el bien público de la sociedad humana.

No ocurre lo mismo cuando se educa a los hombres y se les instruye en diferentes principios de moral, se les proporcionan diferentes reglas de conducta y se les enseñan diferentes maneras de vivir, porque entonces las diferentes formas de educación, de instrucción y de maneras de vivir fomentan en los hombres unos humores, unas opiniones y unos sentimientos diversos y contradictorios que impiden que puedan acomodarse a vivir apaciblemente juntos y, por consiguiente, a contribuir al bien común, lo que produce continuas desavenencias y divisiones entre ellos. Pero cuando se les educa e instruye a todos desde la infancia en los mismos principios de moral y se les enseña a observar las mismas reglas de vida y de conducta, entonces, como todos poseen las mismas opiniones y las mismas miras, se entregan más fácilmente al mismo bien, que es el bien común de todos.

Sería mucho mejor para los hombres la libertad de matrimonio y de unión conyugal.

Sería mucho mejor para ellos que sus hijos fueran educados y criados tanto en las buenas costumbres como en las artes y ciencias, y que se les mantuviese en unas y otras para que fueran unos auténticos expertos en todas.

Sería mucho mejor para ellos que se tuvieran respeto y se amaran unos a otros como hermanos y hermanas que son.

Sería mucho mejor para ellos que no establecieran distinciones entre las familias y que no se creyeran de mejor familia o de mejor cuna que los demás. Sería mucho mejor para ellos dedicarse a un buen oficio o a una ocupación honrada y útil, apechugando cada cual con su parte de las penalidades del trabajo y de las incomodidades de la vida, sin dejar que unos carguen injustamente con todo el peso mientras otros se dedican únicamente a sus placeres y deleites.

Y por último, sería mucho mejor para ellos poseer todo en común, disfrutando apaciblemente en común de los bienes y comodidades de la vida bajo la dirección de los más sabios. Todos serían incomparablemente más felices y estarían mucho más contentos de lo que están, pues no habría desdichados ni infelices y ni siquiera pobres en la Tierra como todos los que vemos cada día.

Veamos qué opinaba al respecto un antiguo filósofo. Se trata de Séneca y comenta el relato hecho por otro filósofo más antiguo, Posidonio. Séneca afirma en la epístola 90: «En aquellos siglos afortunados que se conocieron como la Edad de Oro, los bienes de la Tierra se poseían en común para ser disfrutados indiferentemente por todos. Y antes de que la avaricia y el derroche hubiesen quebrado esta sociedad

existente entre los mortales, y antes de que un grupo se hubiera dado al pillaje, no había hombre en todo el mundo que pudiera apreciar ni concebir mejor forma de sociedad entre los seres humanos, ni proporcionar a la población usos y costumbres mejores que los que existían entre ellos. Sus campos no tenían lindes ni mojones, vivían en común y hasta la tierra proporcionaba, sin necesidad de sembrarla, frutos de todo tipo en abundancia. ¿Podía haber algo más feliz que esta clase de hombres? Disfrutaban en común de la naturaleza y de los bienes. La naturaleza se bastaba por sí misma, como madre que era, para mantener a todos bajo su tutela. Vivían todos en una posesión perfecta de las riquezas públicas. ¿Por qué no podré decir, con toda razón, que los hombres disfrutaban de una condición infinitamente rica que hacía que no se pudiera encontrar un solo pobre?»

«La avaricia —prosigue— se abatió en primer lugar sobre las cosas que estaban reguladas tan sacrosantamente, y como deseaba tomar aparte algunos bienes para su provecho particular, lo apostó todo por el poder ajeno, de tal manera que se atrincheró en un rincón con todas sus riquezas y trajo la pobreza, por lo cual, cuando quiso conseguir mucho, hizo que todo se perdiera. Pero por más que la avaricia quiera correr para recuperar lo que perdió, por más que se apresure a hacerse con campo tras campo, y expulse a su vecino comprándolo o echándolo por la fuerza a fin de conseguir que sus dominios sean tan grandes como una provincia y para poder alardear así de que necesita hacer un largo viaje para poder recorrer sus tierras, nunca, por grande que sea la extensión que tengan sus posesiones, podrá devolvernos al punto del que partimos, ya que, por más que tengamos mucho, nunca tendremos todo. La tierra era más fértil antes de ser trabajada y resultaba mucho más pródiga para las necesidades de la gente que cuando la gente la secuestró. Por aquel entonces les producía tanto placer mostrar lo que habían encontrado como encontrarlo. Nadie tenía demasiado ni demasiado poco, todo se lo repartían de común acuerdo. El más fuerte no le había echado aún mano al más débil, ni el avariento, que escondía sus inútiles reservas, había privado aún a nadie de lo que pudiese necesitar. Se cuidaba tanto al prójimo como a uno mismo. Aquellos a quienes un espeso bosque protegía del sol y que vivían en cabañas hechas de ramas para ampararse de la lluvia y los rigores del invierno, pasaban tranquilamente sus noches sin exhalar ni un suspiro. A nosotros, en cambio, las preocupaciones y penalidades nos atormentan bajo la púrpura y nos pinchan con crueles aguijones. Aquéllos, por el contrario, dormían con un sueño tranquilo y apacible sobre el duro suelo».

El autor del *Journal Historique* (enero de 1706) dice prácticamente lo mismo acerca de los hombres de aquellos primeros tiempos: “Felices eran los pueblos que vivieron durante la Edad de Oro y de los que habla el poeta cuando dice:

Comenzó la Edad de Oro, esa edad en la que el hombre
conservaba la inocencia de la infancia durante toda su vida
y, haciendo que sus proyectos fueran dirigidos por la sola equidad,
juntaba la exactitud a la fidelidad.

Las leyes que fueron descubiertas, luego, para castigar
no habían sido grabadas todavía en bronces
y, al vivir todos seguros sin conocer el interés,
se ignoraban nombres como detención y juez

El señor Pascal en sus *Pensamientos* (pág. 331) se posiciona de la misma manera cuando asegura que la usurpación de la tierra y los males que vinieron después provienen sólo de haberse apropiado individualmente de las cosas que se poseían en común: «Este perro es mío, decían esos pobres niños, éste es mi lugar al sol. Ahí se pueden ver —dice el autor— el principio y la metáfora de la usurpación de la tierra».

Platón, el divino Platón, cuando concibió una república en la que pudieran vivir los ciudadanos en buena entente, desterró con razón las palabras *mío* y *tuyo*, juzgando que mientras hubiera algo que pudiera ser repartido aparecerían los descontentos y surgirían las desavenencias, las divisiones, las guerras y los procesos.

52

La comunión de los primeros cristianos ha desaparecido en la actualidad

Según todas las apariencias, la religión cristiana quería, en sus comienzos, que sus seguidores practicaran esa vida común, porque consideraba que era la mejor y la más conveniente para los hombres. Eso es lo que parece que la religión cristiana quería en sus comienzos, no sólo porque obligaba a sus seguidores a que se trataran entre sí como hermanos y como iguales, sino por las prácticas que quería que observaran. Sus propios libros señalan que ponían todo en común y que no había pobres entre ellos: «Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común. Vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno» (Hechos, 2,44-45). De ahí proviene que establecieran como uno de los pilares de su fe y su doctrina la comunión de los santos, es decir, la comunidad de bienes existente entre los santos, queriendo decir con este artículo de su doctrina, y aspirando a que así se entendiera, que todos eran santos y que entre ellos los bienes eran comunes.

Pero esta supuesta santa comunión, o unión en común de todos los bienes, no duró mucho, ya que la codicia se deslizó en sus corazones quebrando la unión en común de los bienes, lo que provocó que se produjera entre ellos la misma división que antes. Sin embargo, a fin de que no pareciera que habían destruido y aniquilado ese artículo, que era el más importante de su fe y su religión y constituía todo un símbolo de las mismas, y que tendría que haber sido el único que habrían debido mantener inviolado, ¿qué hicieron? Pensaron (es decir, los más importantes y notables de entre ellos, que fueron los que se quedaron con la mejor parte) que había que conservar ese artículo de fe pero dándole a la palabra *comunión*, y más exactamente a la creencia en la comunión de los santos y la comunión de bienes, el sentido de comunión imaginaria, o posesión en común, de los bienes espirituales (que no son también más que bienes imaginarios) y, en particular, el de recibir y comer devotamente unas figurillas de pasta cocida entre dos hierros que los sacerdotes fingen consagrar en la misa diciendo que se trata realmente del cuerpo y de la sangre de Dios Cristo, y que comen ellos en primer lugar dándoselo después a todos cuantos sienten la devoción de presentarse para recibir su parte.

A eso han reducido ridícula y abusivamente el artículo de fe relativo a la comunión de bienes y a la participación en común de los bienes, un principio que hubieran tenido que conservar incólume una vez lo habían aceptado allá en los comienzos de la Iglesia. De tal manera que ya no quedan bienes que puedan compartir en común entre ellos, como no sea entre los frailes, de los que he hablado hace poco, ya que las parroquias y comunidades seculares poseen tan pocas cosas en

común que no vale la pena ni hablar de ello, puesto que no representan nada para cada individuo.

Pero los frailes, algo más sabios y prudentes que el resto de la Iglesia en eso, han tenido el cuidado de conservar todos sus bienes en común disfrutando en común de ellos. Por eso se encuentran en un estado tan floreciente, de tal manera que no les falta de nada ni tampoco sienten las penurias ni las incomodidades de la pobreza, que tan infelices vuelve a los hombres. Sus conventos están espléndidamente edificados y disponen de unos adornos y muebles tan magníficos como los de las casas de los señores y los palacios de los reyes. Sus jardines y parterres son verdaderos paraísos terrenales y auténticos jardines de las delicias. Sus bodegas, graneros y corrales están abastecidos siempre de lo mejor, es decir, los mejores vinos, los mejores cereales y las mejores aves. En resumen, sus casas son auténticos almacenes atiborrados de bienes y comodidades de todo tipo, para uso y disfrute de cada uno de los miembros de la comunidad. Se puede decir que serían los mortales más felices si, además de disponer como disponen de las mismas comodidades y riquezas de las que disponen los ricos, tuvieran al mismo tiempo libertad para disfrutar, de acuerdo con sus inclinaciones y deseos, de los goces del matrimonio, y si no fueran, como son, esclavos de las más tontas y ridículas supersticiones de su religión.

«¡Dichoso el varón que llena con ellas la aljaba!» (Salmos, 126,5), decían un día unos cuantos monjes mirando y contemplando a un grupo de hermosas muchachas que se divertían agradablemente entre ellas. Sólo les faltaba eso para ver colmados sus deseos.

Una cosa es cierta: si dejaran de poseer los bienes en común y se los repartieran para gozar separadamente cada uno de su parte como mejor les pareciera, se verían expuestos, como todo el mundo, a las inclemencias e incomodidades de la vida. Lo cual prueba de manera manifiesta que si se procuran agradable y ventajosamente las comodidades de la vida es gracias a una regla correcta y a una buena forma de vivir, con las que se ponen a cubierto de todas las penalidades y desventuras de la pobreza.

Ocurriría lo mismo en todas las parroquias si las personas que forman parte de ellas quisieran entenderse para vivir apaciblemente juntas en común, trabajar en común y disfrutar igualmente en común, cada cual en su territorio, de los bienes de la tierra y del fruto de sus trabajos respectivos.

Podrían construirse, si quisieran, con más facilidad que los frailes, palacios y casas agradables y sólidas donde mejor les viniera en gana y donde podrían vivir cómodamente con sus rebaños.

Podrían construir donde quisieran útiles y agradables jardines y vergeles de los que podrían obtener en abundancia todo tipo de frutos hermosos y exquisitos.

Podrían cultivar y sembrar cuidadosamente las tierras que quisieran, a fin de obtener de manera continuada abundantes cosechas de cereales y hortalizas.

Y por último, podrían procurarse, si quisieran, con esta forma de vivir en común, todo tipo de bienes en abundancia, poniéndose así a cubierto de las desventuras e

incomodidades de la pobreza, lo que les daría la posibilidad de vivir felices y contentos, mientras que, si siguen queriendo disfrutar cada cual por separado de los bienes y las comodidades de la vida, que es lo que hacen ahora mismo, se exponen a toda clase de males y miserias, males y miserias en los que se hunde la mayor parte de los hombres. Por lo que es imposible que no haya una inmensa cantidad de desdichados mientras los bienes de la Tierra estén tan mal repartidos entre los hombres y tan mal administrados como están.

Es claramente un abuso, más aún, un abuso enorme, que los hombres posean por separado, como poseen, los bienes y las comodidades de la vida, disfrutando de ellos por separado, como disfrutan, ya que así se privan de tantos y tan grandes bienes y se exponen a tantos y tan grandes males y a tantas y tan grandes miserias.

53

Abuso del gobierno tiránico que ejercen los reyes y príncipes del mundo

Hay otro abuso que acaba por hacer infelices y miserables a la mayor parte de los hombres, y no es otro que la tiranía casi universal que ejercen los poderosos del mundo, así como la tiranía de los reyes y los príncipes, que dominan casi universalmente el mundo disponiendo de un poder absoluto sobre el resto de los mortales, ya que reyes y príncipes son en la actualidad sólo unos tiranos que tiranizan miserablemente a los pobres, los cuales se ven sometidos a ellos por una inmensa cantidad de leyes y un número igual de impuestos onerosos que les imponen para oprimirlos. «Platón en el *Gorgias* —dice el señor de Montaigne— define al tirano como aquel que dispone de licencia para hacer cuanto le plazca en la ciudad» (*Ensayos*, 1, 42). Según esta definición, se puede asegurar, sin la menor duda, que todos los reyes son en la actualidad unos tiranos, porque tienen licencia para hacer cuanto les plazca no sólo en las ciudades, como dice Platón, sino también en provincias y reinos enteros. Y llevan esa licencia a un punto tal de orgullo e insolencia que para justificar su conducta, sus leyes, sus deseos y sus preceptos no alegan otra razón que la de su propia voluntad o su deseo porque les basta con decir, como suelen, «Así nos place», que es la misma razón que la de antaño: «¡Lo quiero y ordeno, y que mi voluntad baste como razón!»

Tenía razón el profeta Samuel cuando reprochaba al pueblo de Israel la ceguera y locura que había detrás de la petición que le hicieron de que querían que les diera un rey para que los gobernara como a las demás naciones (1 Samuel, 8,5). El profeta protestó inmediatamente por semejante locura y con el fin de apartarlos de una necedad tan grande les advirtió muy seriamente de la insoportable dureza del yugo que les echaría encima un rey: «Éstos son los derechos del rey que os regirá: A vuestros hijos los llevará para enrolarlos en destacamentos de carros y caballería y para que vayan delante de su carroza; los empleará como jefes y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y segadores de su cosecha, como fabricantes de armamentos y de pertrechos para sus carros. A vuestras hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. Vuestros campos, viñas y los mejores olivares os los quitará para dárselos a sus ministros. De vuestro grano y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios y ministros. A vuestros criados y criadas, vuestros mejores burros y bueyes se los llevará para usarlos en su hacienda. De vuestros rebaños os exigirá diezmos. ¡Y vosotros mismos seréis sus esclavos! Entonces gritaréis contra el rey que os elegisteis, pero Dios no os responderá» (*ibid.*, 8,11-18). El pueblo no tuvo oídos para las saludables advertencias del profeta; muy al contrario, siguió insistiendo en su petición, lo que obligó a Samuel a darles un rey,

pero fue contra su voluntad y contra su parecer, porque a este profeta, que amaba al parecer la justicia, no le gustaba la realeza ya que «estaba convencido de que el gobierno más feliz de todos era el aristocrático», como dice Flavio Josefo, el famoso historiador judío (*Antigüedades judías*, VI, capítulo 4).

Nunca hubo profecía, si profecía fue, que se cumpliese mejor que la realizada por este profeta ya que, para desgracia de la gente, se ha comprobado que se cumple desgraciadamente en todos los reinos y cada uno de los siglos transcurridos desde aquellos tiempos. Los pueblos tienen todavía hoy la desgracia de ver cómo se cumple, y muy en particular en Francia y en este siglo en que vivimos, pues los reyes y hasta los regentes se convierten en dueños absolutos de todo. Sus aduladores les convencen de que son efectivamente dueños de los cuerpos y bienes de sus súbditos; de ahí que no piensen en proteger sus vidas ni sus bienes sino que, por el contrario, no les importa sacrificarlos para satisfacer sus deseos de gloria, su ambición, su avaricia o su venganza, según qué pasión los anime y domine.

¡Qué no harán para adueñarse del oro y la plata de sus súbditos! Por un lado, les imponen tasas diversas, gabelas y subsidios en las parroquias donde se hallan inscritos, pretextando vana y falsamente que tienen necesidad de ello. Y las aumentan, las duplican o las triplican según les convenga, aduciendo nuevos y falsos pretextos. Cada día hay nuevas tasas e impuestos, nuevos edictos, nuevas ordenanzas y decretos con los que los reyes o sus funcionarios obligan a la gente a suministrarles todo lo que le pidan, obligándola así a satisfacer todas sus exigencias. Y si no obedecen, por no haber podido satisfacer a su debido tiempo la suma que les pedían o por no haber podido suministrarles unas cantidades exorbitantes, les envían al campo a los agentes para obligarles con el máximo rigor a que paguen lo que deben o hagan lo que se les manda. Suelen enviarles guarniciones enteras de soldados o de canallas de la misma ralea con la obligación de alimentarlos y pagar todos sus gastos hasta que se queden satisfechos. Muchas veces, para que no puedan sustraerse a estos pagos, les envían apremios antes de que venza la fecha de pago, de tal manera que los pobres ven cómo apremios y gastos se suceden y encabalgan. Los persiguen, los apremian, los pisotean y los saquean de mil maneras distintas. Por mucho que se quejen y muestren su pobreza y su miseria, no se les tienen en cuenta y ni siquiera se les escucha. Y si les escuchan, será, como hizo el rey Roboam, para pedirles más en vez de aliviarles la carga.

Como es sabido, el rey Roboam, viendo que sus súbditos se quejaban de las cargas que les había impuesto su padre, el rey Salomón, y como no quería acceder a sus peticiones para que las disminuyese, les dio esta insolente y arrogante respuesta: «Mi dedo meñique es más grueso que la cintura de mi padre. Si mi mi padre os cargó un yugo pesado, yo os aumentaré la carga; si mi padre os castigó con azotes, yo os castigaré con latigazos» (1 Reyes, 12,10-11). Esta es la bonita respuesta que les dio.

En la actualidad, las quejas de los pobres no serían mejor atendidas de lo que lo fueron en aquellos tiempos, pues la regla de los príncipes y sus primeros ministros

consiste en estrujar a la población para convertirla en pordioseros y miserables a fin de que se vuelvan más sumisos, evitando con ello que puedan acometer acciones que pongan en peligro la autoridad, según observaba el cardenal Richelieu. Es una norma de reyes y príncipes permitir a los perceptores de impuestos enriquecerse a expensas de la gente exprimiéndola como si fuesen esponjas a las que han dejado hincharse previamente. Es una norma suya rebajar a los poderosos del reino para que no puedan causarles ningún daño. Es una norma suya sembrar las disensiones y la división entre los funcionarios más importantes para que no se les ocurra conspirar y no puedan ponerse de acuerdo para rebelarse contra ellos.

Y todo esto lo consiguen gravando a las poblaciones con enormes tasas e impuestos, ya que por ese medio se enriquecen cuanto quieren, dejando al mismo tiempo exangües a sus súbditos. Al mismo tiempo, siembran con ello la inquietud y la división, pues mientras reine la discordia entre los adscritos a cada parroquia y se odien y se disputen por la forma en que deben repartirse esas cargas entre todos —pues habrá quien considere que a su vecino, que es más rico y tendría que pagar más, le toca pagar, sin embargo, menos—, mientras se disputen y querellen, digo, y se lancen mil injurias y maldiciones, no se les ocurrirá pensar en meterse con el rey y sus ministros, verdaderos causantes de su ruina, sus inquietudes y sus enfados. No se atreven a protestar abiertamente contra los reyes ni contra sus ministros, no se atreven a meterse con ellos, no tienen valor siquiera para unirse a fin de sacudirse de común acuerdo el yugo tiránico de un solo hombre que los gobierna con tanta dureza y les causa tantos males. Antes bien, estarían dispuestos a degollarse entre sí para satisfacer su odio y solventar sus animosidades personales.

Para que los reyes puedan enriquecerse y hacerse dueños de todo, la pobre gente debe hacer cuanto se le exige, mostrándose además perfectamente dispuesta a darles todo cuanto les pidan. Y ello bajo la amenaza de verse obligados a hacerlo por los medios más rigurosos: ejecutorias y embargos de sus muebles, encarcelamiento de sus personas y demás formas de violencia que hacen gemir a las poblaciones bajo el yugo de una ruda esclavitud. Y lo que aumenta más aún la dureza de un yugo y una forma de gobierno tan odiosa y detestable es el rigor con que se ven maltratados diariamente por miles de recaudadores reales, personas arrogantes y soberbias que hacen sufrir a la pobre gente con su cólera, sus robos, sus trapacerías, sus concusiones y otras injusticias y malos tratos. Porque hasta el último de los funcionarios, los recaudadores, los empleados públicos, los agentes de policía y los consignatarios de la sal y el tabaco se creen en la obligación de mostrarse arrogantes y con derecho a ultrajar, maltratar, pisotear y tiranizar a los pobres, so pretexto de ser mandatarios reales y de estar recaudando y juntando fondos para él.

Por otra parte, los reyes gravan todas las mercancías con fuertes impuestos para sacar beneficio de todo lo que se compra y vende. Gravan el vino, las carnes, los aguardientes y la cerveza, gravan la lana, los tejidos y los encajes, gravan la pimienta y la sal, el papel, el tabaco y toda clase de géneros. Cobran derechos de entrada y

salida, derechos de registro y un canon por las actas. Cobran por bodas, bautizos y sepulturas cuando les parece. Cobran por las amortizaciones, las dependencias territoriales, los bosques y los cursos de agua. Sólo les falta cobrar por las nubes y por el viento. «Dejad que Ergasto actúe —dice con sorna el señor de La Bruyère en los *Caracteres* (en el capítulo "Bienes de fortuna»)—, y exigirá un canon a todos cuantos beban agua del río o caminen por tierra firme. Sabe convertir en oro hasta las cañas, los juncos y las ortigas". Quien quiera comerciar en las tierras que están bajo su dominio y desee moverse libremente para vender, comprar o transportar efectos y mercancías de un lugar a otro, deberá llevar, como dice el Apocalipsis, la señal de la bestia, es decir, la marca del recaudador y el permiso del rey. Hay que estar en posesión de los certificados oportunos y las oportunas licencias, salvoconductos, pasaportes, recibos, letras de cambio y todo tipo de documentos de autorización, que son realmente como las marcas que llevan los animales, es decir, las marcas del permiso del tirano. Porque como los funcionarios y guardias de la mencionada bestia real le cojan a uno sin ellas, corre el riego de verse arruinado y perdido, ya que lo detendrán y le embargarán y le confiscarán las mercancías, los caballos y el carro. Aparte de eso, los mercaderes o quienes se dedican al trasporte de mercancías se verán también condenados a fuertes multas, a la cárcel o a galeras, y a veces hasta una muerte ignominiosa, porque está rigurosamente prohibido traficar con mercancías y transportarlas sin llevar la marca de la fiera: «De modo que el que no lleve la marca con el nombre de la fiera o con los numerales de su nombre no pueda comprar ni vender» (Apocalipsis, 13,16-17).

54

Tiranía de los reyes de Francia, cuyos súbditos son miserables y desgraciados

Y si a los reyes se les ocurre la fantasía de extender los límites de sus reinos o imperios y de hacer la guerra a sus vecinos para invadir sus Estados o sus provincias utilizando los pretextos que mejor les vengan en gana, lo harán a expensas de la vida y los bienes de los pobres, ya que consiguen obtener cuantos hombres desean para formar sus ejércitos. Los toman de grado o por fuerza allá donde sus funcionarios pueden atraparlos. Obligan a la gente a que les entreguen asimismo dinero y provisiones destinadas a alimentar y mantener a sus tropas, lo que no evita que los campesinos tengan que aguantar encima insultos, ultrajes y golpes de unos soldados insolentes que gustan de coger de cualquier parte el forraje para el ganado y disfrutan saqueando todo lo que encuentran. Y cuando los ejércitos entran en territorio enemigo, lo asuelan y destruyen porque entran a sangre y fuego.

Estas son las consecuencias o efectos más corrientes de la crueldad y tiranía de los príncipes y los reyes del mundo, y muy especialmente de los últimos reyes de Francia, porque no ha habido otros reyes en el mundo que hayan llevado tan lejos la autoridad absoluta ni hayan conseguido que sus vasallos sean tan pobres, tan esclavos y miserables como han hecho ellos.

No ha habido nadie que haya hecho derramar más sangre ni haya matado a tantos hombres; no ha habido nadie que haya hecho verter más lágrimas a viudas y huérfanos ni haya destruido y asolado tantas ciudades y provincias como el difunto Luis XIV, apodado *el grande*, aunque no por sus loables acciones, porque no hizo ninguna que fuera digna de ese nombre, sino por las grandes injusticias, los grandes robos, las grandes usurpaciones, las grandes devastaciones, las grandes asolaciones y las grandes carnicerías que ordenó perpetrar tanto por tierra como por mar.

Veamos cómo se expresa el autor de *L'Esprit de Mazarin* (pág. 74): «Me encuentro en tal estado que ya no puedo disimular. Digo la verdad porque no tengo nada que temer. Si el rey Luis XIV se ha merecido el nombre de *grande*, la Tierra entera estará de acuerdo conmigo en que ha sido por contribuir al estado de grandeza en que nos encontramos gracias a la abolición de los Edictos, gracias a que ha faltado a su palabra y ha violado los juramentos que hizo sobre el Evangelio, para mejor burlarse así de aquellos que habían suscrito diferentes acuerdos con él. Sólo se mostró como un individuo religioso, observante de la fe y de su palabra real cuando se lo pidió el interés. En efecto —prosigue este autor—, si este príncipe lleva el sobrenombre de *grande* es porque arruinó y debilitó al Imperio y a España tras haber roto previamente los tratados que había suscrito con ellos. Si este príncipe es grande es porque eliminó de su reino a los hugonotes anulando los Edictos que había jurado

mantener el día de su coronación, violando así los privilegios que tanto él como sus predecesores les habían concedido por medio de muchos decretos reales a cuyo amparo habían podido vivir apaciblemente durante siglo y medio. Y si el rey —añade — pudo mostrarse grande también en el reino del amor, fue debido a su agudeza y sus intrigas galantes, y eso a costa de haber quebrantado el pacto conyugal. A la señora de Maintenon, concubina del príncipe, se lo comparaba —dice el autor— con la diosa Juno, y un autor la llamó "querida del Júpiter Borbón". En las provincias de Francia sólo se oyen —prosigue el autor— lamentos y quejas a causa de la tiranía, la usurpación, el robo y las rapiñas que devastan el país y que han reducido a sus habitantes a echarse un hatillo al hombro y vender la ropa para conservar apenas una camisa. Todos huyen, los nobles abandonan sus tierras, los campesinos sus labores, y los habitantes de las ciudades sus oficios».

«Francia —dice el mismo autor— está agobiada por un montón de alcabaleros y recaudadores que roen a la pobre gente hasta el hueso, de tal forma que mucho me temo que el rey acabe perdiendo finalmente sus derechos. Alguien debería aconsejarle que en el futuro no declare injustamente la guerra a sus vecinos, que no rompa la paz si no es por un motivo justo, y que tampoco rompa las treguas antes de que se cumpla el plazo. De ese modo evitará dificultades del tipo en que se halla metido ahora para conseguir la paz. Que no tiranice al pueblo, que no violente a sus súbditos para forzarles a que le den lo que no tienen, sino que, por el contrario, les sirva más bien de padre. Por eso, en vez de agobiarlos con tasas e impuestos nuevos, lo que debería hacer es concederles la libertad —dice este autor—, si no quiere que se produzcan grandes revoluciones en su reino».

«Los reyes, al igual que la gente común, están sometidos a la ley, y es un error — dice el mismo autor— que los reyes de Francia se crean por encima de las leyes. Al ver que la fortuna le sonreía, el rey Luis XIV se dejó convencer gustosamente de que era un enviado del cielo que había venido para dominar el universo y gobernar la Tierra entera porque, de la misma manera que en el firmamento no había más que un sol, así no debía haber más que un monarca en el mundo. Animado por esta esperanza —prosigue el autor—, el rey tomó ese astro por divisa. Si me atreviera a hablar con el rey le diría lo que le dijo un pirata a Alejandro Magno al reprocharle lo mucho que robaba: Soy, le dijo el corsario, un bandido modesto, pero tú eres mucho mayor bandido que yo, ya que, no contento con el reino que Dios te dio, quieres invadir toda la Tierra».

«No hay nada —dice un autor extranjero, como he mencionado (*L'Espion turc*) —, no hay nada más vil, más pobre y más despreciable que el campesino de Francia. Sólo trabaja para los demás y todo su trabajo apenas le da para ganarse el pan. En suma, los campesinos de Francia son los esclavos de aquellos cuyas tierras revalorizan con su trabajo y de los que poseen las granjas en que trabajan. Los oprimen por igual las tasas y gabelas públicas y las cargas que les imponen sus amos, todo ello sin contar lo que les saca injustamente la gente de la Iglesia a estos pobres

desgraciados. Los reyes de Francia —dice este autor— se han apoderado de toda la sal del reino y obligan a sus súbditos a comprarla al precio que deciden. Disponen, a tal efecto, de funcionarios para venderla: es lo que se conoce como *gabela*. Da la impresión de que actúan así, cubriéndolos de sal, para que sus vasallos no se corrompan, como si tuvieran miedo de que se pudrieran vivos, pues no hay nadie en todo el reino que no se vea obligado a adquirir la cantidad que le imponen los funcionarios reales, a excepción de determinadas provincias que están exentas por razones de Estado o por los tratados que suscribieron en su día».

«El beneficio que obtiene el rey por esta gabela asciende a tres millones de escudos anuales, mientras que obtiene otros ocho millones con los impuestos a los productos de los campesinos, además de los impuestos sobre la carne, el vino y otras mercancías con independencia de su calidad. Ahora bien —dice el autor—, pierde la mayor parte de sus ingresos al arrendarlos a sus sicarios o empeñarlos en tiempo de guerra para obtener dinero contante y sonante. No hay menos de 30.000 funcionarios, e incluso puede que en la actualidad lleguen a 40.000, dedicados a recaudar impuestos. Los sueldos de tanta gente hacen que los ingresos de la corona se reduzcan a la mitad, de tal manera que de los 80 millones que se recaudan anualmente, apenas 30 ingresan en las arcas reales. Te sorprendería —dice en su informe al gran muftí— la imprudencia de estos infieles y condenarías al mismo tiempo la tiranía y la injusticia con que saquean, oprimen y arruinan a quienes les proporcionan todo cuanto necesitan para vivir y para enriquecerse, ellos y el ejército de parásitos que les acompaña, porque no se puede dar otro nombre a quienes recolectan los ingresos del Estado. No ocurre lo mismo en el imperio otomano —dice —, donde la justicia ha establecido su trono y donde la opresión no se atrevería a erguir la cabeza».

55

Origen de los gravámenes e impuestos en Francia

Según dice el autor del *Journal Historique,* «el rey de Francia Felipe el Largo fue el primero que gravó con un denario cada fanega de sal. Felipe de Valois le añadió un segundo, Carlos VI aumentó esos dos en dos más y Luis XI subió el impuesto hasta alcanzar los doce denarios. Pero Francisco I, poniendo por excusa las necesidades de la guerra, multiplicó la tasa hasta situarla en las 24 libras el moyo. Desde entonces, el monto ha subido en varias ocasiones hasta el período en que nos encontramos. Se ha dicho muchas veces —añade el autor— que si el rey fijara los gravámenes de la sal en el lugar de producción, dejando después que la gente la comercializara libremente, obtendría unos ingresos aún mayores y se quitaría de encima un gasto en funcionarios, oficinas, empleados y guardias que equivale a la mitad de lo que producen esos impuestos».

«Los primeros reyes de Francia no tenían patrimonio ni sabían de gravámenes ni de gabelas, pero una vez reunificaron los diferentes Estados, descubrieron la forma de pagar los gastos, tanto de sus residencias como los propios de la guerra, sacándoles el dinero a sus súbditos. Cuando Pipino se coronó, incorporó al trono las tierras que poseía en Austrasia y en otras partes, que pasaron a considerarse desde entonces *patrimonio de la corona*. Los reyes de la tercera generación aumentaron ese patrimonio con la compra de feudos que la guerra de Tierra Santa había dejado vacantes (suplemento de *L'Etat*, tomo 2, hacia el final). Muchos reyes, como Felipe de Valois, Luis XII, Francisco I y Enrique IV, añadieron las tierras que poseían antes de alcanzar la corona. Por último, otros lo han aumentado con gravámenes, gabelas y numerosos impuestos que resultan muy onerosos para la población».

«Con ser considerable, el patrimonio de la corona no bastaba, sin embargo, para subvenir a las necesidades del Estado y a los gastos de guerra, por lo que se vieron obligados a gravar a la buena gente con un impuesto denominado *talla*, al que no se recurría más que en situaciones excepcionales y urgentes. El rey san Luis fue el primero que llamó tallas a los gravámenes con los que se cargaba a las familias para obtener el dinero que exigía el presupuesto. Carlos VII les dio un carácter corriente a fin de mantener a la gendarmería; y al instituirlo sin hacer distinción alguna entre tiempo de paz y tiempo de guerra, facilitó que casi toda Francia se sublevara cuando llegó su sucesor, el rey Luis XI. La sublevación fue encabezada por el duque de Berri, hermano del rey, así como por los duques de Bretaña y Borgoña, que querían aliviar al pueblo de unos impuestos que, en lugar de extraordinarios y discrecionales, se habían vuelto ordinarios. Y por eso utilizaron para denominar la rebelión el especioso nombre de *guerra del bien público*. Pero el rey Luis XI se las ingenió para dividir a los cabecillas satisfaciendo su respectiva codicia y más tarde los castigó uno por uno.

Una vez entraron en razón, consiguió lo que se había propuesto desde el principio, de tal manera que, en adelante, esos impuestos se percibieron sin necesidad de convocar las Juntas Generales, a excepción de provincias como el Languedoc, Provenza, Borgoña, el Delfinado y Bretaña, que desde entonces se llaman *países de Juntas Generales*. El tallón fue instituido por el rey Enrique II en el año 1549 para subir el sueldo a los soldados. La subsistencia es otra tasa que se ha empezado a recaudar desde hace unos años. Se llama así porque está destinada a garantizar la subsistencia de las tropas en sus cuarteles de invierno; si la paga, la gente queda exenta de alojar a la gendarmería durante el invierno».

«El rey Carlos VII —dice el señor de Commynes— fue el primero en apuntarse el tanto de imponer tallas a su antojo sin el consentimiento de las Juntas Generales del reino, cosa que fue tolerada por los grandes señores a cambio de recibir ciertas pensiones que les prometió y que saldrían del dinero recaudado en sus tierras. Y si actuó así fue porque le acuciaban dos problemas, la repoblación de las tierras conquistadas y deshacerse de las compañías de soldados que estaban saqueando el reino. Pero todo lo que vino después, y vendrá, ha de caer sobre su alma y la de sus sucesores, pues abrieron una herida en el reino que sangrará durante mucho tiempo». (Sangra ahora más que nunca y tiene toda la apariencia de que ha de sangrar cada vez más, si no se le pone remedio).

«El rey Carlos VII —dice el mismo autor— estaba recaudando, cuando murió, 1.800.000 francos de todo lo que había en el reino, y disponía de 1.700 guardias cuyo mantenimiento corría a cargo de las diferentes provincias. Estos guardias permanecieron inactivos durante mucho tiempo, lo que supuso un gran alivio para la gente. El rey Luis XI estaba recaudando, cuando murió, 4.700.000 francos y contaba con 4.000 o 5.000 guardias de a pie, a los que había que añadir 25.000 más entre los que patrullaban por el campo y los veteranos, que se encargaban del orden en las ciudades pequeñas. Así pues, no hay que asombrarse —dice el autor— de que le diera muchas vueltas al asunto y tuviera miedo al no sentirse querido. Porque le daba lástima ver o enterarse de la miseria y pobreza del pueblo. Cogía de los pobres para dárselo a quienes no lo necesitaban».

Pero aún es peor en la actualidad. Y si en aquellos tiempos ya daban lástima la miseria y la pobreza del pueblo, tendrían que dar hoy todavía más lástima, porque la población soporta más cargas y se halla más tiranizada de lo que estaba entonces. Prueba de ello es que, en tiempos de Carlos VII, los ingresos de la corona no alcanzaban 1.800.000 francos, como he señalado, mientras que ahora superan en mucho esa cantidad, como veremos a continuación.

56

Lo que dice un autor acerca del gobierno tiránico de los reyes de Francia

Veamos cómo hablaba de la conducta y del gobierno tiránico de los últimos reyes de Francia, Luis XIII y Luis XIV, un autor del siglo pasado (*Le Salut de l'Europe de l'An 1694*): «Sería como para extrañarse que Francia esté ofreciendo la paz justo cuando se halla en medio de la victoria, si no fuera porque la historia de este reino nos ha mostrado sobradamente que ha conquistado más países con la paz que con la guerra. No tendría nada de extraño que un buen día nos viniera un autor francés diciéndonos, lo que se podría considerar un chiste de muy mal gusto: que Francia ha conseguido la monarquía universal, hacia la que se encamina a toda vela, y eso a base de paces y rupturas de distintos tratados. Pero lo más ofensivo de su forma de comportarse es que, no contenta con violar todos los tratados, se dedica a invadir territorios de la manera más cruel, como si después de haberse colocado por encima del derecho divino y humano se sintiese autorizada a seguir impunemente los accesos de furor e impiedad que le inspira su humor. El hierro, el fuego, la profanación y todo cuanto pueda imaginarse acerca de lo que los soldados son capaces de inventar cuando pueden hacer uso de la libertad de acción más desaforada, se emplea para asolar los países donde penetran sus tropas. No tienen ninguna consideración con la edad o con el sexo ni tampoco con las autoridades eclesiásticas o civiles. Ni siquiera muestran ningún respeto por la santidad de determinados lugares ni por lo que tiene de más sagrado la religión. Sólo permanecerá en pie lo que consideran digno de ser conservado. De tal manera que una paz conseguida con semejantes medios sólo puede ser aquella paz de la que hablaba Tácito, que no es sino la que se instala una vez se ha producido el aniquilamiento total: "robar, masacrar, raptar, eso es lo que su mendaz vocabulario denomina autoridad; y vaciarlo todo, pacificar» (*Agrícola*, 30). Resultaría superfluo —prosigue el autor— entrar aquí en detalles sobre esas crueldades y exterminios, tanto porque los ejemplos son recientes como porque el relato sólo podría darnos una idea muy imperfecta. No estamos hablando de los desórdenes que se producen en el calor de la acción, como sucede en cualquier guerra, sino de otra cosa. Las instrucciones de la corte son muy precisas y los generales deben ejecutarlas a rajatabla, pero si hay alguno que se echa atrás debido a que considera que está cometiendo crímenes indignos, será castigado severamente para dar ejemplo. Lo que muestra que la corte tiene el firme propósito de conducir sus conquistas de acuerdo con los preceptos de las naciones más bárbaras".

«No entraré en detalle —prosigue el autor— en los saqueos ni en desvelar la injusticia y la indignidad con que se han cometido, como han hecho otros antes que yo. Me basta con señalar que la expoliación estuvo permitida y fue generalizada,

tanto que no hubo nadie en el reino que no quisiera sobresalir en ella. La gente de pluma se distinguió por haberse inventado como coartada miles de sutilezas y crímenes monstruosos que aparecieron bajo los nombres de informes y compilaciones, y se mostró tan valiente o, mejor dicho, actuó con tanta insolencia, que hizo callar tanto a las leyes antiguas como a las nuevas. Y eso es lo que todavía se conoce como las *conquistas del parlamento de Metz*. Aún fueron más lejos los hombres de Iglesia, a mi juicio, ya que para hacer algo que tuviera una gran repercusión, dentro de su propia esfera, atentaron, con el arzobispo de París a la cabeza, contra los derechos de la Santa Sede y de la Iglesia para sacrificarlos a la vanidad del gobierno, que era todo lo que se podía esperar de ellos en materia de conquistas. ¡Qué no se podría decir de su altivez y de sus crímenes en tiempos como los que corren, de tanta petulancia y rapiña! Amigos, aliados y enemigos fueron tratados de la misma manera, y si se estableció alguna distinción entre ellos fue por la dificultad que podía revestir dañar a uno u otro o por temor a las represalias. Sólo cabe horrorizarse cuando se piensa en cómo trataron al papa Inocencio XI, pues no hubo nunca persecución más atroz ni escandalosa. El papa abastecía con recursos al emperador y sus aliados en su lucha contra los infieles: ése fue todo su crimen. Pero, ¡de qué no será Francia capaz cuando, libre de cualquier temor, calibra sus derechos con su poder! No hay mejores palabras que estas de Jornandès a la hora de expresarlo: “Quiere forzar al mundo entero a servirlo, no le importan los motivos de la guerra pues considera legítimo hacer todo cuanto se le antoja. Mide el círculo de acción con su brazo y apacigua su orgullo con su licencia. Al despreciar el derecho y la equidad se muestra como enemigo de todo lo que existe”. Así es Francia, en pocas palabras, y lo seguirá siendo a nada que le sonría la fortuna».

«La monarquía de Francia se volvió temible bajo el reinado de Luis XIII debido a su poderío y a que procedió a invadir otros territorios. Hay que señalar que mantenía cinco poderosos ejércitos, uno en Italia, otro en los Países Bajos, otro en Alemania, otro en el Rosellón y el quinto dentro del propio reino, para oponerse a las intentonas promovidas por un duque de Orleans que poseía un humor muy cambiante. Añadamos a los gastos de mantenimiento de estas tropas el de las pensiones que había que pagar puntualmente a Suecia, a Holanda y a diversos príncipes de Alemania e Italia para que permanecieran fieles a sus intereses, así como el de la flota, que se había vuelto considerable en los dos mares, por no mencionar el que causaban los diferentes espías y emisarios emplazados en distintas cortes a fin de que informaran puntualmente de cuanto sucedía en ellas. Estos gastos y otros muchos más que omito para evitar alargarme, ascendían a sumas inmensas, y el Estado subvenía a ellas como podía, y poco faltó para que alcanzasen el monto actual, pues Colbert los elevó de 50 millones de libras a 80 millones o más, y eso a pesar de los desórdenes que se producían en aquellos tiempos en la administración y que quedaron resueltos bajo el mandato de ese ministro, por lo que se puede ver que, para Francia, todo es

posible desde el momento en que el reino se halla bajo la violencia del poder arbitrario de los reyes».

Así pues, los ingresos de la corona francesa no eran más de 1.800.000 libras bajo el reinado de Carlos VII. Bajo el reinado de Luis XI se elevaban a los 4.700.000 libras. Bajo el reinado de Luis XIII alcanzaban los 50 millones de libras. Bajo Luis XIV ascendieron, gracias a la pericia de Colbert, a los 80 millones y desde entonces puede que se hayan duplicado y no dejan de aumentar cada día debido a las nuevas imposiciones con las que se sobrecarga a los pobres, siendo lo más extraño que todos puedan pagarlas.

«Por lo que se refiere a los grandes e incluso a los príncipes de la realeza, su crédito ha caído tanto que no puede considerárseles más que como los esclavos más ilustres de la corte. No tienen ninguna autoridad en el gobierno ni prerrogativa alguna en las provincias y sólo pueden aspirar a alguna clase de distinción a base de servilismo. Al cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII y el mayor genio de su tiempo, se le metió en la cabeza que tenía que conseguir que la monarquía fuera floreciente en el exterior. Creía que la propia petulancia de la nación, que hasta entonces había sido una barrera para el progreso, podía ser de gran ayuda una vez se pudiera aprovechar su animosidad, y esto fue lo que le llevó a concebir un plan de gobierno completamente diferente al anterior. Había observado que, entre todas las monarquías, la otomana era la única consistente y que gozaba de continuidad ya que no sólo había logrado mantenerse desde sus comienzos sino que no había dejado de expandirse, mientras que las demás se autodestruían por culpa del lujo, el relajamiento de la disciplina y la ambición de los poderosos a partir del momento en que caían en la inacción o se veían sometidas por la fuerza a un nuevo conquistador. Así que se le ocurrió aplicar esos principios en Francia. No quería que fuese una potencia puramente militar, como la de los otomanos, porque una revolución semejante podría haber tenido consecuencias desastrosas, por no mencionar la que hubiera supuesto desterrar las artes, la industria y el comercio, que era de donde el reino obtenía sus ingresos. La solución que adoptó fue implicar en la guerra a los nobles y a la gente ociosa que había en el reino, reservando el pueblo para las actividades que acabo de mencionar. Una vez que dispuso de un plan, no escatimó medios para llevarlo a cabo, lo que hizo que su gobierno fuera tan odiado. También se atrajo con ello la animadversión de todos los poderosos del reino, que se percataron inmediatamente de la sumisión en la que estaban a punto de caer. Sin embargo, tuvo la habilidad de poner de su lado al monarca y utilizar para sus planes los bienes del Estado, tal como hizo el cardenal Jiménez, consiguiendo atraerse de esta manera la autoridad de la ley y de los magistrados, autoridad que situó a tal altura que a sus sucesores no les ha costado nada completarla».

«En efecto, estableció intendentes en cada provincia para que concentraran, gracias al apoyo de la corte, el poder político y el militar. Puso lugartenientes del rey en las plazas fuertes para que compartieran el poder con los gobernadores y una serie

de individuos del gobierno en cargos en vez de los recomendados por los grandes y por su calidad. Y así, como éstos sólo podían esperar beneficios de la corona, renunciaron a las lealtades particulares para consagrarse enteramente a ella. Estas novedades representaron un golpe mortal para las prerrogativas de quienes desempeñaban papeles destacados en el Estado, porque veían que acabarían perdiendo consideración al caer tanto su prestigio. Como el poder arbitrario había sentado raíces, y los más temerarios habían sido castigados sin excepción, se vieron obligados a ceder a la intimidación. Gracias a estos resortes y a otros que nos llevarían a una exposición demasiado larga, Francia cambió de forma bajo el reinado de Luis XIII, tal como ha cambiado bajo el reinado de Luis XIV. Se podrá juzgar mejor el cambio examinando cómo han cambiado sus diferentes miembros en relación al pasado».

«Antaño, el clero, primer miembro del Estado, fue objeto de veneración dentro y de reputación fuera porque las dignidades eclesiásticas se otorgaban por los méritos procedentes de la ciencia y la virtud, una ciencia y una virtud que se iban a buscar a las universidades o a las soledades más remotas, para adquirirlas. El cambio se produjo cuando Francisco I obtuvo, gracias al concordato, la posibilidad de nombrar los cargos eclesiásticos más importantes del reino. Sin embargo, durante un tiempo actuó muy discretamente, tanto para que los papas no se quejaran como para poder hacer frente a los hugonotes. Pero en la actualidad, como el rey y los suyos se han situado más allá de cualquier consideración de ese tipo, y como, por otra parte, el favoritismo ocupa entre los eclesiásticos el lugar que tenía antaño el mérito a la hora de verse promocionado, los derechos de la Iglesia han sido prostituidos de forma general por la ambición del príncipe y gracias a la intimidación gubernamental. Esto es lo que se pudo observar cuando en 1682 se celebró la asamblea del clero para tratar el asunto de las regalías. Entonces, en vez de apoyar a sus miembros contra los atentados de la corte, como la jerarquía eclesiástica estaba obligada a hacer tanto porque su causa era justa como en su propio beneficio, los altos dignatarios de la Iglesia tuvieron la cobardía no sólo de abandonarles a su suerte sino incluso de tolerar un acto injurioso para la dignidad de su jefe supremo, y todo ello porque la corte quería mortificar al papa. Lo más curioso y ridículo de la disputa es que unos años antes varios doctores de la Sorbona fueron desterrados por haber sostenido que el papa era falible. Pues bien, ahora se castigaba a otros tantos por haber sostenido lo contrario. Con lo que queda de manifiesto que el rey ha conseguido una superioridad mayor sobre lo espiritual que la que tenía sobre lo temporal. También ha conseguido que todo funcione a su gusto, pues a eso se ha visto reducida la ley del Estado».

«Pero lo que mejor demuestra el estado de corrupción general es que el clero está poniendo ahora mismo sus prerrogativas de carácter eclesiástico al servicio de la violencia del gobierno. Vemos cómo los prelados justifican la burla de las leyes que se está produciendo en las provincias, amparándose unas veces en pretextos de carácter religioso y esgrimiendo en otras ocasiones el bien público. Vemos

igualmente cómo los predicadores seculares y regulares mezclan indiferentemente en sus sermones la gloria del rey con la palabra de Dios, y cómo los profesores de derecho y de teología se sirven de mil sutilezas para justificar esas usurpaciones y poner de acuerdo las leyes divinas con las humanas. Y así es, prostituyéndose, como uno se da a conocer en la corte, por lo que la prostitución más vil y criminal viene a ocupar el lugar que en otros momentos ocupó el mérito».

«La nobleza, segundo miembro del Estado y segunda en rango, disfrutaba de una consideración notable en otros tiempos, tanto por las prerrogativas con que contaba en sus tierras como por los miramientos con que la trataba la corte. Pero como el gobierno de las provincias se halla en la actualidad en manos de los intendentes, y como el gobierno se ha hecho con todo, no hay nada más arrastrado y maleable que la nobleza porque sólo puede subsistir sirviendo a la corona. Los intendentes, esos hurones de las provincias, han sabido sacarla de sus madrigueras del campo. No hay vejación, por injuriosa que sea, que no hayan utilizado para obligar a los nobles a ponerse al servicio de la corona. Bastaba con que un gentilhombre tuviera bienes de fortuna para que sus ojos se clavaran inmediatamente en él. Si había que formar un regimiento o una compañía, se las arreglaban para que todos contribuyeran de acuerdo con sus posibilidades, porque, de lo contrario, les daban a entender que estarían muy mal vistos, y pobre del que se opusiera alegando que quería vivir tranquilamente en sus tierras… Los hombres del rey se las ingeniaban, entonces, para enfrentar a los vasallos con sus señores, al mismo tiempo que condenaban a éstos a multas e indemnizaciones vergonzosas y ponían en cuestión sus títulos y prerrogativas. Si los nobles cometían la torpeza de quejarse ante los jueces de estos acosos, veían cómo los jueces los mandaban con viento fresco y los despedían en la primera vista, no sin haberles hecho gastar antes una fortuna y privado de la posibilidad de elevar recurso alguno. Gracias a estas continuas vejaciones y atropellos no le quedó más remedio a la nobleza que lanzarse a la guerra, con lo que se arruinó debido a los gastos que le cayeron encima. En la actualidad sólo puede subsistir a base de pensiones y tasas».

«Sería inútil hablar de la opresión de la población general, o tercer estado, porque todo el mundo la conoce. Basta con decir que la violencia de este reino ha exprimido de tal manera a gente que apenas les alcanza para vivir miserablemente. Pero lo que hace que sean auténticamente desgraciados es lo que precisamente sirven a la monarquía para mantener su poder en el exterior. Porque eso es lo que subviene a los gastos de unos ejércitos que no habían sido nunca tan poderosos tanto en mar como en tierra y lo que ha hecho que se despierte la industria al verse vinculados al comercio y a las manufacturas atrayendo a Francia las riquezas de los países extranjeros. A este respecto hay que señalar que el Parlamento, que antaño era el mediador entre la monarquía y el pueblo y que, gracias a una suave atemperación de la autoridad de uno y de la obediencia del otro, mantenía sabiamente en el reino tanto los privilegios como las libertades, ese organismo que en siglos precedentes atrajo la

admiración de las naciones vecinas por su justicia e integridad no es ahora más que un órgano mercenario que le sirve a la corte para legalizar todas las injusticias y extorsiones. Pero podría habérsele perdonado esta vil complacencia en un tiempo en que la crítica resulta muy peligrosa. Bastaba con que hubiera sabido preservar su vieja integridad en la administración de justicia, que es lo que ya no vemos por ninguna parte. Se diría que su tribunal se ha convertido en un escollo para la equidad natural, porque la ha destrozado a base de triquiñuelas y formalidades. Y hasta se podría decir que no es más que un teatro público en el que el compadreo, el favor de la corte y el interés particular se burlan impunemente de la ley y la justicia. En una palabra, este organismo, antes tan augusto, es sólo un fantasma y una sombra de lo que fue, y no ha conservado de aquellos tiempos más que la toga y el birrete».

«Todos estos cambios no hacen sino mostrar que el orden natural ha sido pervertido por completo en el reino de Francia, con la particularidad de que es la propia Francia la que se ha convertido en la primera víctima de la ambición de su reyes. Porque todo se ha visto reducido a una vana imagen de grandeza y de gloria de la que sólo ellos disfrutan, resultando más bien que esa vana imagen sirve únicamente para que sean más pesadas las cadenas bajo las cuales viene gimiendo Francia bajo los dos o tres últimos reinados. Por eso resulta asombroso que los franceses, que pasan por ser los individuos más educados y doctos del mundo, hayan podido confiar durante tanto tiempo en esos espejismos, y más en el momento presente, porque se han dado cuenta ya de forma incontrovertible de que los triunfos en el exterior sólo redundan en su propia opresión, por lo que hubieran tenido que evitar esta guerra. Para empezar, tendría que haberles invitado a ello la diferente consideración de la que gozan respecto a la que disfrutan sus vecinos. Pero no sólo eso sino que, si hubieran rechazado la guerra, habrían podido recuperar su antigua libertad, vivirían más felices en su casa y estarían mejor considerados en la corte. A lo que habría que añadir que, al sentirse el gobierno menos respaldado, cometería menos injusticias y atropellos en materia de Estado y de religión».

«Pero esto es como predicar a los sordos porque se han acostumbrado a la esclavitud desde hace mucho tiempo. Lo que desea el rey representa para ellos una orden suprema y tendrían por una especie de sacrilegio no sacrificarle bienes, vida, honor y conciencia, de tal manera que si Tito Livio tenía razón cuando decía que es propio de los bárbaros no tener más leyes que las órdenes de sus amos, no habría nación más bárbara que la francesa».

«Así que el hecho de que Francia gima bajo una carga que la abruma, y que puede que tenga incluso que perecer si fuera necesario, no es algo que le preocupe al gobierno. Si la conquista de todos los Estados de Europa representa para el rey el súmmum de su gloria, no serán sus súbditos quienes dejen de secundarle en su ambición sin preguntarse si son justas o injustas las guerras en las que se embarca. En efecto, si para conseguir un fin como ése hay que robar, se roba, si hay que arruinarse, se arruina, y si hay que sacrificarse, se sacrifica, porque no hay nada de lo

que los franceses no sean capaces con tal de distinguirse. Y estarán muy contentos de ser desgraciados si con ello pueden servir de instrumento para la desgracia de sus vecinos. El imperio otomano creció con principios de ese tipo. Pues bien, el gobierno de Francia guarda todavía con él una diferencia importante, y es que se ha desprendido de esa especie de buena fe que ha observado durante mucho tiempo, y lo ha hecho en aras de una moral nueva y de una nueva jurisprudencia que la hacen innecesaria, de tal manera que ahora todo contribuye a la injusticia, a la violencia y a la usurpación».

«Bajo estos bonitos principios Francia ha conseguido un poder tan grande bajo este reinado, y se elevará cada vez más gracias a dichos principios si no se hacen los esfuerzos necesarios en esta guerra para rebajarle los humos. Se diría que Francia ha envenenado a los príncipes vecinos con un tóxico que los mantiene adormecidos ante el peligro en que se hallan, o que están tan contentos con el descanso del que disfrutan que esperan únicamente la gracia de Polifemo de ser devorados los últimos. Sin embargo, no creo que deban sentirse excesivamente satisfechos, pues a lo mejor el peligro no se encuentra tan lejos como piensan… Pero supongamos que Francia se compromete, mediante un tratado, a no socorrer a los turcos ni directa ni indirectamente: ¿se puede confiar en su compromiso? Porque de un tiempo a esta parte viene considerando que tiene derecho a no mantener ninguno por mucho que los suscriba. Engañó a España después de haberle hecho promesas similares en los tratados de Vervins y de los Pirineos y hará lo mismo al emperador con éste. Ha sido necesario que Francia convenciera a todos sus aliados de la iniquidad de sus principios, y que todos hayan sufrido personalmente mil funestas consecuencias, para que el peligro común haya terminado por unirlos debido a la necesidad inevitable de defenderse; ha sido necesario, digo, que la corona haya atacado a unos con la alegría en el corazón y amenazado a los demás para que, después de 40 años de injusticia, atropellos y usurpaciones, se hayan decidido a formar una liga tan justa y necesaria. Y aunque sólo hubiese sido por vengar con toda justicia los incendios, sacrilegios y execrables crueldades con las que Francia ha asolado las hermosas provincias de Alemania en las que han entrado sus tropas, habría bastado para que se hubiese decidido a participar en la liga toda Europa, movida por el interés de salvaguardar para la posteridad la grandeza del ejemplo».

«¿Cómo? —dice el autor—, ¿habrá podido incitar Francia a los turcos para que intentaran conquistar Hungría y el Imperio? Y luego, una vez que el intento fracasó, ¿habrá recobrado esperanzas con la mayor infracción que haya podido cometerse nunca? Además de la indignidad de semejante alianza y de la injuria de la infracción, ¿habrá podido, insisto, preciarse de haber subvertido las leyes divinas y humanas destruyendo a sangre y fuego ciudades, iglesias, pueblos, palacios, castillos y, en definitiva, todo cuanto se puso al alcance de sus incendiarios, que no tuvieron reparo en que ardieran hombres, mujeres y niños ni tampoco en profanar los santuarios con una inmensa cantidad de sacrilegios y abominaciones? ¡Sí, lo ha hecho! ¡Cometió

todas esas atrocidades deliberadamente! Y eso mientras había una paz en la que no hallaba oposición alguna a sus designios: ¿resulta, pues, extraño, que toda Europa se haya unido para obtener una venganza ejemplar? Al amenazar a unos y atacar a otros, ¿no estaba insultando de algún modo su insensibilidad? ¿Y no tendrá después de todo, en el declive de su fortuna, la suerte de que por cobardía suscriban la paz en las condiciones que ella prescriba? Apenas se podrá creer nada de esto en los siglos venideros. Pero los que deben tener el sentimiento de venganza más justo son los príncipes del Imperio porque pertenecen a la misma sangre de los emperadores cuyas cenizas y tumbas vieron profanar en Espira. Hay pocos que no provengan de ese tronco, por eso hay que pensar que una profanación tan atroz e injuriosa haya hecho hervir la sangre en sus venas, mediante una impresión que la naturaleza ha efectuado. De ahí que sea presumible que no entregarán las armas hasta haber vengado con creces y dado satisfacción, al mismo tiempo, a su nacimiento, a su patria y a la gloria del Imperio, profanada tan gravemente en esta ocasión».

Lo que he citado aquí sobre el gobierno tiránico de los príncipes y reyes de la Tierra, y en particular sobre los últimos reyes de Francia e incluso sobre este reinado, nos hace ver claramente que son sólo unos tiranos, y que abusan de su poder y su autoridad olvidándose de que esta autoridad y este poder les han sido confiados solamente para que gobiernen con prudencia a la gente en la justicia y la equidad y para mantenerla felizmente en paz.

«Los pueblos —como dice muy bien el señor de Moulins— no han sido hechos para los príncipes, sino los príncipes para los pueblos, y por ello puede llamárseles con toda justicia *servidores públicos*. Antes de que hubiera príncipes y reyes en el mundo, hubo gente común. El deber del príncipe consiste en proporcionar tranquilidad al pueblo para que pueda trabajar, y consiste también en darle seguridad frente a los peligros. Su deber consiste asimismo en hacer posible, mediante su vigilancia, que sus súbditos duerman seguros. En suma, en cuanto el príncipe se ofrece a la república desaparece como sujeto. Debe amar a sus súbditos como un padre ama a sus hijos. Pero los tiranos hacen lo contrario. Tratan a sus súbditos como a esclavos. Un buen rey se hace amar; un tirano, temer. Un buen rey se expone por el bien de su pueblo; un tirano sacrifica su pueblo a su orgullo, a su ambición o a su venganza. Quitarles a los pueblos los deleites de la vida, arrancarles de las manos el pan que consiguen tan penosamente con su trabajo, darles una vida miserable e infeliz y hacerles gemir bajo la desdicha, es cruel y odioso. No sólo eso: es además indigno de la calidad y dignidad que deben tener reyes y príncipes, y debería ser su vergüenza, su confusión y su condenación». El buen rey se atiene a la ley, pero el tirano quiere que todo le sea permitido. Alejandro y César, a quienes la Historia tiene por los mayores príncipes y emperadores, no fueron más que dos botafuegos o dos torrentes que destruyeron el mundo por diversas partes: «cada uno de ellos lo destruyó todo a su paso» [Virgilio, *Eneida*, IX, 525].

«Dios —dice cierto autor— se sirve de los malos príncipes como verdugos y sicarios para castigar las provincias y reinos que se hallan bajo su dominio; sin embargo, después de haberse servido de ellos como vergajos de su furia, los arroja al fuego», se dice en la *Vida de san Antonino*, cuya festividad se celebra el dos de mayo.

«El emperador Antonino el bueno decía que prefería salvar la vida a uno de sus súbditos antes que matar a mil enemigos» (*Histoire romaine*, tomo VII, pág. 385). El rey Luis XIV estaba muy lejos de tener unos sentimientos tan afables y humanos: hubiera preferido sin duda matar a mil de sus súbditos antes que salvar a uno solo de sus enemigos.

«El bien del Estado —dice el cardenal Richelieu ([*Testament politique*], tomo II, pág. 500)— es el fin que el propio Dios impuso a todos los reyes al ponerles la corona en la cabeza. No deben aspirar a nada que les resulte de mayor consideración, es el punto hacia el que deben tender todos sus actos». El emperador Trajano, al dar la espada al gran preboste del imperio, le dijo estas memorables y bellas palabras dignas de la grandeza y la generosidad de un buen príncipe: «Mientras sea justo emplea esta espada para mantener mi autoridad, pero si me convierto en un tirano desenváinala contra mí» (*Histoire romaine*).

«Es inhumano —decía el sabio Mentor a Telémaco— arrancar de las manos de la gente, por miras de fasto y ambición, los dulces frutos de la tierra que han obtenido gracias a la liberalidad de la Naturaleza y al sudor de su frente. La Naturaleza podría extraer de su seno lo suficiente para una inmensa cantidad de hombres moderados y laboriosos. Pero el orgullo y la pereza de unos pocos condenan al resto a la miseria y a la pobreza más espantosas. Los príncipes ávidos y carentes de previsión cargan de impuestos a sus súbditos más celosos y a los que más trabajan a la hora de sacar rendimiento a sus bienes, porque esperan cobrar más fácilmente. Al mismo tiempo, gravan menos a quienes la pereza hace más miserables. Dadle la vuelta a este orden imperfecto que agobia a los buenos, recompensa el vicio e introduce una negligencia que resulta tan funesta tanto para el reino como para el Estado».

«Poned —dice el sabio Mentor—, poned tasas, multas y, si es preciso, penas rigurosas a quienes no cuidan sus campos, de la misma manera que castigaríais al soldado que abandonara su puesto en la guerra. Sin embargo, dispensad y exonerad a las familias que se multiplican y aumentadles en proporción las tierras de cultivo, así la profesión de labrador no será despreciada al no verse tan acuciada por diferentes males. De esta manera veremos cómo el arado alcanza los mayores honores al ser manejado por las manos victoriosas de quienes vencieron a los enemigos de la patria. No será menos hermoso cultivar en tiempos de paz la herencia que se ha recibido de los ancestros que haberla defendido durante los horrores de la guerra. El campo volverá a florecer, Ceres se coronará de espigas de oro, Baco pisará la uva haciendo que desciendan por los flancos de los montes riachuelos de un vino más dulce que el néctar. El fondo del valle resonará con los conciertos de los pastores que cantan, acompañados por la flauta, sus penas y placeres a la orilla de límpidos riachuelos

mientras los rebaños pastan entre las flores sin temer a los lobos. Idomeneo, ¿no te sentirías feliz —decía Mentor— sabiéndote la fuente de tantos bienes y haciendo vivir a tanta gente en la tranquilidad más amable bajo la sombra de tu nombre? ¿O no es preferible este tipo de gloria a la que se obtiene destruyendo la tierra y extendiendo por todas partes —y casi por igual en las propias tierras que en las del enemigo al que se ha vencido— la mortandad, la confusión, la tristeza, la consternación, el hambre cruel y la desesperación?»

«Feliz el rey que es lo bastante amigo de los dioses y tiene un corazón lo bastante grande para mostrar en su reino a todos los siglos un espectáculo tan encantador. En vez de defenderse de su poder con el combate, la Tierra entera vendrá a postrarse a sus pies para que reine sobre ella. Pero, dirás, como la gente vive en la abundancia volverán sus fuerzas contra mí y se sublevarán… No temas eso en absoluto —decía el sabio Mentor—, se trata del pretexto que siempre se utiliza para adular a los príncipes pródigos que quieren agobiar a las pueblos a impuestos… ¡Qué principio más detestable es no saber encontrar la seguridad más que oprimiendo a los pueblos! ¡Qué principios tan detestables son también negarse a darles instrucción, no saber conducirlos a la virtud ni saber hacerse amar, mientras se les arrastra a la desesperación y la necesidad más espantosa sin que puedan respirar libremente ni sacudirse el yugo de la tiranía! ¿Que autoridad es ésa? ¿Es ése el camino que lleva a la gloria? Recuerda que los países donde la autoridad del soberano es más absoluta son aquellos en los que los soberanos son menos poderosos. Arramplan con todo y lo arruinan todo, ellos solos poseen todo el Estado, pero el Estado languidece, el campo está abandonado y casi desierto, las ciudades menguan cada día, el comercio se extingue. El rey —que no puede serlo por sí mismo sino gracias a sus súbditos— se aniquila al aniquilar imperceptiblemente a los súbditos de los que obtiene su riqueza y su poder. Su poder absoluto crea tantos esclavos como súbditos. Simulan adorarle, pero tiemblan a nada que les mire ligeramente. Sólo les queda esperar la revolución, porque el poder monstruoso llevado hasta el extremo no puede durar, no suscita eco ninguno en el corazón de la gente, cansa e irrita a todos los estamentos del Estado y obliga por igual a todos sus miembros a suspirar fervorosamente por un cambio. Con el primer golpe el ídolo cae y resulta pisoteado. El rey que en su vana prosperidad no encuentra a nadie que se atreva a decirle la verdad, no hallará en la desgracia a nadie que se digne excusarlo y defenderlo de sus enemigos» (*Télémaque*, tomo II, pág. 14 y siguientes).

57

No está permitido que los reyes tiranicen a los súbditos ni les graven con impuestos producto de su autoridad sin el consentimiento de los Estados generales

«No hay rey ni señor en la Tierra —dice el señor de Commynes (*Mémoires)*— que tenga por sí mismo poder, fuera del que podría ejercer sobre su patrimonio, para gravar con impuestos a sus súbditos sin el acuerdo y el consentimiento de quienes han de pagarlos, como no actúe por tiranía y usando la violencia. Se me podría contestar que hay épocas en las que no se puede esperar el beneplácito de la Asamblea porque las cosas se alargarían demasiado. Podría ser el caso de la guerra, pero no hay que apresurarse demasiado para comenzar una guerra, mejor es tomarse el debido tiempo cuando resulta necesario».

«Cuando Pértinax se hizo con el imperio, tuvo un cuidado exquisito con el pueblo. Liberó a la población de los impuestos con los que la tiranía había cargado a las provincias del imperio como derecho de paso, fuera en los puentes, a la entrada de las ciudades o en el cruce de los ríos, logrando con ello que volviera a florecer el comercio y restableciendo en todas partes la libertad de la república. Repartió las tierras que estaban sin cultivar, incluidas las que pertenecían a los príncipes, a condición de que la gente las cultivara. Y para que todos sintieran ganas de trabajarlas, aparte de concederles a perpetuidad la posesión de las mismas, las dejó exentas de impuestos y tasas durante diez años» (*Histoire romaine*, tomo III, pág. 223). «El emperador Marco Aurelio ofreció una extraordinaria muestra de su bondad al no querer percibir ningún impuesto extraordinario en ninguna provincia del imperio cuando se vio acuciado por la falta de dinero a la que le había abocado la guerra contra los germanos. Antes bien, puso en venta pública en la plaza de Trajano los ornamentos imperiales, las copas de oro, plata y cristal, la pedrería y las mesas que encontró entre sus propios muebles o en el palacio de Adriano, con lo que reunió una suma considerable que bastó para correr con los gastos. Además, ofreció a los compradores la posibilidad de reintegrarles el dinero si querían devolver lo que habían comprado» (*Histoire romaine*, tomo III, pág. 171). Y no obligó a que devolvieran nada quienes, después de haber comprado, no quisieron hacerlo.

No se encontrará nada parecido en la historia de nuestros últimos reyes. Están muy lejos de haber hecho cosas tan hermosas.

Cuando se hallaba a las puertas de la muerte, cierto monarca turco se percató de que había gravado a sus súbditos con un impuesto nuevo, de modo que ordenó en su testamento que lo suprimieran. Eso es lo que debería hacer cualquier príncipe cristiano, que no posee, como dice el señor de Argenton, «ninguna autoridad fundada

en la razón para gravar a sus súbditos sin licencia y permiso de su propio pueblo» (Philippe de Commynes, señor de Argenton, *Mémoires*, pág. 571).

58

Lo que dicen los aduladores de los reyes y príncipes sobre esta cuestión

Pero los aduladores de nuestros reyes les dicen que tienen derecho a ser los soberanos más absolutos del mundo, que son los únicos dueños de su reino, que no necesitan a nadie para suscribir alianzas con los príncipes de los Estados extranjeros, que son los únicos con capacidad para establecer las tasas e impuestos que les vengan en gana, y que pueden, por último, dictar las leyes, edictos y ordenanzas que les plazca, y de ahí viene que los firmen bajo estas palabras absolutas, pues ése es nuestro gusto: «Lo quiero, lo ordeno y como razonamiento basta mi voluntad» [Juvenal, *Sátiras*, VI, 223]. Los aduladores intentan persuadirles de que las reformas que les aconsejan los mentores más prudentes encerrarían muchos peligros y podrían abocar a excesos. Y anteponiendo sus propios intereses, les dicen: «Si hacéis que la gente viva en la abundancia, no volverán a trabajar, se tornarán arrogantes e indómitos y estarán dispuestos a sublevarse en cualquier momento, sólo puede ablandarlos la debilidad y la miseria». De esta manera, por querer aliviar la suerte del pueblo, dicen los aduladores de los reyes, rebajáis el poder real y causáis al mismo tiempo un daño irreparable, ya que necesita que se le ate corto por su propio interés. El sabio Mentor respondía a esto: «¿No se puede someter a un pueblo sin hacer que se muera de hambre? ¡Qué inhumanidad! ¡Qué política tan brutal! ¡Pues no habrá ni gente que ha sido tratada con delicadeza y, sin embargo, permanece fiel a sus príncipes! Lo único que provoca las revueltas es la ambición y la inquietud de los poderosos del Estado cuando se les da demasiado poder y se permite que sus pasiones no tengan límite. Así como la multitud de grandes y de pequeños que viven en la molicie, el lujo y la ociosidad. Y también la gran abundancia de hombres acostumbrados a la guerra que desprecian las ocupaciones útiles a las que deberían dedicarse en tiempos de paz. Y por último, la desesperación de las poblaciones que se ven maltratadas, por no mencionar la dureza, la altivez de los reyes y su molicie, que los incapacita para velar por todos los miembros del Estado a fin de prevenir los disturbios» (*Télémaque*, tomo II, pág. 42). «Eso es —decía Mentor— lo que provoca revueltas, y no dejar que los trabajadores coman el pan tranquilamente después de habérselo ganado con el sudor de su frente. Hay peligro de rebelión cuando se grava al pueblo con exacciones insoportables derivadas de la avaricia o el orgullo de unos príncipes que le sacan el dinero por vías e impuestos inhumanos».

Basta con echar cuentas para ver que 45 tiranos griegos, la mitad de los que hubo, murieron violentamente como digno castigo a su orgullosa tiranía. A 11 de ellos les sacaron los ojos y a seis les cortaron la nariz.

«Podemos ver en Séneca ciertas simpatías por la tiranía de los emperadores de su época, pues tengo por cierto —decía el señor de Montaigne— que condenó de manera un tanto forzada la causa de los generales que asesinaron a César» (*Ensayos,* II, 10). «No me ofenden tanto los salvajes que asan y se comen los cuerpos de los muertos como quienes los persiguen y atormentan en vida» (*ibid.,* II, 11). Se puede decir, por tanto, que los tiranos son peores que los que se comen a los hombres una vez muertos.

«Los pueblos —como se dice en *Télémaque*— son infelices debido a la ambición de los reyes, a su fasto y a su imprudencia, ya que, en general, sólo sufren por las faltas de los reyes, que deberían velar constantemente para impedir que sufrieran. “Los aqueos expían las faltas de los reyes” [Horacio, *Epístolas,* I, II, 14]. Los reyes lo son únicamente para cuidar de su pueblo, tal como cuidan un pastor de su rebaño, y un padre de su familia» (tomo II, pág. 227). No están para mandar imperativamente a los hombres sino para gobernarlos sabiamente.

Por último, el propio cardenal Richelieu, por adulador e idólatra que fuese de la grandeza de Luis XIII, tuvo que reconocer en sus *Refléxions politiques* que un rey era culpable ante su Estado si no había perseguido el bien común en todos sus actos antes que contentar a unos cuantos particulares.

«Los buenos monarcas —afirma— antepusieron el Estado a sus padres y sus hijos, y de eso se desprende que están obligados a no hacerles caso cuando deseen algo que vaya en su perjuicio. El bien civil, que es el objetivo de los príncipes, no es otro que el de sus súbditos en general. Un rey —añade— no merece llevar corona si tolera impunemente la opresión de sus súbditos. Dios sólo le ha confiado la mano de su justicia para protegerlos de los ultrajes y hacer que se mantengan en la obediencia. Únicamente los particulares deben velar por sus intereses; por su parte, el rey debe velar sólo por el bien público».

«La opresión del pueblo —añade— es un crimen que sube hasta el cielo para pedir a Dios venganza por los ultrajes recibidos. El pueblo tiene esa ventaja respecto a los ricos. A cambio de los bienes de fortuna que le son negados y que otros reciben con largueza, el pueblo obtiene por parte de Dios el consuelo de que los atropellos que se cometen contra él representan otros tantos ataques a su propia divinidad, por lo que no desea que permanezcan impunes. A los poderosos —prosigue— les da el poder de defenderse por sí mismos, así que, como no les ha concedido eso a los súbditos, se convierte en su protector y obliga a los reyes —que tienen el honor de ser las imágenes vivas de su poder y sus lugartenientes en la Tierra— a que le rindan rigurosamente cuentas» (Cardenal de Richelieu, tomo III, pág. 173).

Por eso dice en otro lugar (*ibid.*, pág. 82) que «el bien del Estado es el objetivo que el propio Dios impone a los reyes cuando les coloca la corona en la cabeza. No aspirar a nada que les parezca más importante es el punto hacia el que deben tender todos sus actos». Porque los reyes, como se dice en *Télémaque*, «sólo son reyes para cuidar a su pueblo, como cuidan los pastores el rebaño y los buenos padres de familia

a sus hijos», y no están para mandar imperativamente a los hombres sino para gobernarlos con sabiduría.

Sin embargo, a pesar de que la mayoría de los príncipes y reyes de la Tierra no sean más que unos tiranos orgullosos y arrogantes, y de que la mayoría de los súbditos no sean más que unos esclavos pobres y desdichados bajo el yugo de su dominación tiránica, no se ve a nadie que se atreva a oponerse a ellos o, al menos, a condenar y censurar su conducta abiertamente.

Al contrario, hay miles y miles de aduladores viles y cobardes que, para cortejarlos mejor y hacerse valer, se esfuerzan por complacerles en todo, les ocultan sus vicios y defectos y tratan de hacer pasar sus vicios por virtudes. Y a nada que los reyes tengan algún talento o alguna virtud, las convierten en virtudes raras, eminentes e incluso heroicas, y se las arreglan para que resulte deslumbrante lo poco bueno que hacen o que se les ocurre hacer a la gente en alguna rara ocasión. De ahí proviene el aluvión de vanos elogios y vanas alabanzas que solemos contemplar. Los jueces y magistrados, que están para reprimir los vicios, mantener la justicia y el orden en todas partes, así como para castigar a los malos y culpables, no se atreven a emprender ninguna acción contra los vicios ni contra las injusticias de los reyes. Persiguen y castigan severamente a los pequeños delincuentes, capturan y dan suplicio a los pequeños ladrones y asesinos, pero no se atreven a hacer nada contra esos grandes ladrones y esos grandes asesinos e incendiarios que asuelan la tierra, devastan todo a sangre y fuego, y hacen que mueran tantos miles y tantos millones de personas.

Aunque lo peor es que tampoco hacen nada aquellos que, por su condición y su profesión de piedad y religión, y dada su calidad de ministros de Dios y padres o pastores espirituales de la gente, deberían velar por ella. Entre ellos están los papas, arzobispos y obispos, los doctores, sacerdotes y predicadores del Evangelio en general, que se precian de ser infalibles en su fe y su doctrina y que, por consiguiente, deberían ser igual de incorruptibles en sus costumbres y sacrificarse por la verdad y la justicia en favor de la gente de la que dicen ser pastores. Pues bien, repito, aquellos que deberían mostrarse como los más celosos defensores de la verdad y la justicia y ser los más firmes y más fieles protectores de la gente contra las injustas vejaciones y los injustos atentados de los príncipes y reyes de la Tierra son, con mucha frecuencia, los que más los adulan, traicionando cobarde e indignamente los deberes de su ministerio. De tal manera que se puede decir ahora con mayor razón que nunca lo que dijeron algunos ancianos, a los que se tomaba por profetas, acerca de los reyes y falsos profetas de su tiempo: «Sus nobles dentro de ella eran lobos que desgarraban la presa, derramando sangre y eliminando gente para enriquecerse. Sus profetas eran enjabelgadores que les ofrecían visiones falsas y les vaticinaban embustes, diciendo: Esto dice el Señor, cuando el Señor no hablaba» (Ezequiel, 22,27-28)

Podemos verlo claramente entre los príncipes y reyes de la Tierra, pues los reyes y príncipes son como lobos y leones rugientes prestos a atrapar su presa. Siempre se

hallan dispuestos a cargar a la población con tasas e impuestos, siempre están dispuestos a establecer nuevos impuestos y a aumentar los viejos, siempre están dispuestos asimismo a prender el fuego de la guerra y, por consiguiente, siempre están dispuestos a derramar sangre y a quitarles la vida a los hombres, siempre están dispuestos a asolar las ciudades y devastar los campos. Y los sacerdotes, que son los ministros de la religión, aplauden todos esos malvados propósitos, como hicieron los falsos profetas que acabo de mencionar. Les consienten sus peores deseos y aprueban sus procedimientos más violentos e injustos. En el púlpito claman, gritan y fulminan con mucho celo y vehemencia las faltas más ínfimas de la gente, pero se vuelven unos perros mudos ante los abominables vicios y las faltas de los príncipes y reyes de la Tierra. Es más, enseñan incluso que fue Dios quien los puso en el trono y que por eso hay que obedecerles y someterse a ellos en todo. Por eso dicen y hacen creer al pobre pueblo ignorante que quien se enfrente a los reyes se hará merecedor del castigo divino: «De modo que, quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se atraerán sobre sí mismos la condenación» (Romanos, 13,1-7).

Y como si fuera muy importante para el bien y la salvación del pueblo que haya tiranos que le manden y tiranicen, rezan todos los días en público para que Dios conserve su vida y vele por la prosperidad de sus armas. De tal manera que si la suerte de la guerra se tuerce y sus ejércitos son derrotados por los de sus enemigos o bien son puestas a saco sus ciudades, los ministros de la religión achacan inmediatamente la culpa a los pecados de la gente. Les hacen creer que Dios se ha enfadado con ellos y que tienen que aplacar y apaciguar su cólera con obras de penitencia y con una verdadera conversión de su alma a Dios. Por eso se les oye cantar con voz lúgubre: «Señor, no nos trates según nuestros pecados, no guardes en tu memoria nuestras iniquidades…» O también: «Señor, ayúdanos, líbranos…»

Pero cuando, por el contrario, los reyes consiguen victorias notables sobre sus enemigos, ponen en fuga a sus ejércitos, les toman las ciudades, devastan sus campos y consiguen botines considerables, entonces consideran las victorias como señales favorables de la protección y la bendición de Dios. Por eso, los magistrados y la gente encienden fuegos de gloria, hacen festejos públicos y van en masa a cantar en las iglesias con los sacerdotes magníficos *Te Deum*, es decir, magníficos cánticos de alegría y alabanza como acción de gracias a Dios para agradecerle tantas mortandades victoriosas, así como tantos victoriosos asolamientos y devastaciones. Y así, mientras están en ello, permanecen ciegos, por lo que tratan tan grandes, funestos y detestables males como si fueran motivo de gozo y alegría. Podríamos decir que son insensatos en su alegría y en sus gozos, como dice uno de sus libros supuestamente santos (Sabiduría, 14,22).

Y como esos mismos sacerdotes y clérigos, cobardes aduladores de los ricos y los poderosos de la Tierra, saben que los tiranos nunca están seguros y siempre temen que les suceda lo que debería sucederles a diario, predican públicamente, por darles

gusto y hacer que se sientan más seguros, que no está permitido matar a los tiranos. En uno de los concilios de Constanza llegaron a declarar incluso que era una herejía creer que un individuo podía matar a un tirano.

Lo cual deja manifiestamente claro que la religión cristiana permite y aprueba, e incluso autoriza, la tiranía de los príncipes y los reyes de la Tierra así como todos los abusos que acabo de mencionar. Y como todos esos abusos y la tiranía de los príncipes y reyes de la Tierra son absolutamente contrarios a la justicia y van contra la equidad natural y son absolutamente contrarios al buen gobierno de los pueblos, además de ser la fuente, el origen y la causa de todos los vicios, todos los males, todas las miserias y todas las maldades de los hombres, resulta evidente que la religión cristiana fomenta, mantiene, e incluso autoriza, por lo que se refiere a esta cuestión, los vicios y desórdenes de los hombres, en vez de condenarlos abiertamente, impedirlos y extirparlos por completo, que es lo que tendría que hacer, con toda seguridad, si hubiese estado instituida realmente por Dios y si fuese tan pura y santa como presume ser.

A partir de ahí formulo el siguiente argumento claro y demostrativo:

Una religión que enseña errores en su doctrina y su moral, que permite abusos contrarios a la justicia y la equidad natural, que son también contrarios al buen gobierno de los hombres y perjudiciales para el bien público; una religión que los aprueba y permite, y que llega incluso a autorizar la tiranía y el gobierno tiránico de los príncipes y los reyes del mundo y que hace gemir a los pueblos bajo el yugo tiránico de su dura y cruel dominación, no puede ser una religión verdadera ni puede haber sido instituida realmente por Dios.

Esta proposición es clara y evidente y no puede ser refutada.

Pues bien, la religión cristiana enseña todos los errores de los que acabo de hablar, permite y autoriza todos los abusos que acabo de mencionar y, por último, autoriza la tiranía y el gobierno tiránico de los príncipes y reyes del mundo, como acabo de demostrar y nos muestra claramente la experiencia diaria.

Entonces, la religión cristiana no puede estar realmente fundada en la autoridad de Dios. Y por consiguiente, es falsa, e incluso tan falsa como lo puede ser cualquier otra.

No me detendré en refutar aquí pormenorizadamente otras falsedades como la invocación fervorosa de los muertos, el culto religioso y devoto de las imágenes y reliquias de los santos difuntos, las peregrinaciones, los jubileos, las indulgencias, las bendiciones que importan a la gente los sacerdotes y obispos, y todo tipo de cosas; y tampoco me detendré en otras supersticiones semejantes, porque todas esas vanidades y tonterías han sido y serán refutadas suficientemente tanto por lo que he dicho hasta ahora como por lo que diré a continuación.

Séptima prueba

59

De la futilidad y falsedad de las religiones, a partir de la opinión que tienen los hombres sobre la supuesta existencia de los dioses

Todos esos abusos, amén de los abusos y errores de los que he hablado con anterioridad, están fundados solamente en la creencia y el convencimiento u opinión de que hay dioses o, al menos, de que hay un Dios; es decir, se basan en la creencia y el convencimiento de que hay un ser soberano que es todopoderoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto, que quiere ser venerado y servido por los hombres de una u otra manera. Además de eso, los príncipes y reyes del mundo pretenden, por otra parte, fundamentar su poder y autoridad en los de un Dios todopoderoso merced a cuya gracia aseguran haber sido puestos para gobernar y mandar a los hombres. Por todo ello, hay que probar y hacer ver claramente que los hombres se equivocan también en esto y que no existe un ser como ése, es decir, que *no hay Dios*. Y por consiguiente, resulta falso y es un abuso que los hombres se valgan del nombre y la autoridad de Dios para establecer y mantener los errores de sus respectivas religiones, así como para mantener el poder tiránico de sus príncipes y reyes.

Esto es lo que voy a hacer ver de manera manifiesta con argumentos demostrativos sacados de principios de la metafísica, principios de la física y principios de la moral. Será la séptima prueba demostrativa que tengo que ofrecer sobre la vanidad y falsedad de las religiones que vemos en el mundo.

60

La mayor parte de los sabios y hombres justos de la Antigüedad negaron o pusieron en duda la existencia de dioses

Pero antes habría que señalar que la creencia en la existencia de Dios, o el convencimiento de que existe algo llamado Dios, no es cosa que haya sido aceptada ni siempre ni universalmente. En todas las épocas ha habido muchos que la han puesto no sólo en duda sino que la han negado de manera absoluta. Sin necesidad de mencionar los diversos pueblos que, según muestra la historia, no han reconocido nunca divinidad alguna, se puede decir que, en siglos pasados, los hombres más ilustrados, más sabios y más justos, o al menos aquellos que según la gente lo eran, han sido quienes menos han creído en la existencia de Dios.

Podemos poner por testigo, por ejemplo, al filósofo Sócrates, considerado el hombre más justo de su tiempo, como lo aseguró, según dicen, el oráculo de Apolo. Cuando le acusaron de tener una mala opinión de los dioses, Sócrates ni siquiera se dignó a justificarse o arrepentirse por ese supuesto crimen, sino que se bebió el veneno que le mandaron tomar con una presencia de ánimo admirable.

Podemos poner por testigo al mayor filósofo de su tiempo, Aristóteles, a quien denominaron por su talento *genio de la naturaleza*. Cuando le acusaron también de albergar malas opiniones acerca de los dioses, Aristóteles se retiró a la Cólquida, donde murió a la edad de 63 años (*Dictionnaire Historique*). Podemos poner por testigo a Platón, llamado *el divino* por su gran talento, que prohibió en sus leyes que se intimidara a los hombres con el temor a los dioses.

Podemos poner por testigos a Diágoras y Pitágoras, grandes filósofos ambos, que fueron desterrados y exiliados de su país, al par que quemaban todos sus libros, por haber hablado mal de los dioses y escrito contra ellos. Hay otros muchos filósofos, como Vanini, célebre ateo, Teodoro, apodado *el ateo*, Josías, Aecio, Averroes, célebre médico árabe, Plinio, el famoso naturalista que se burlaba de las opiniones de los hombres relativas a la creencia en los dioses y que dijo que si tuviera que creer en alguna divinidad sólo creería en el sol.

Podemos poner por testigo a Tribonio, famoso jurisconsulto, a Luciano, autor famoso y cómico, a Rabelais, cura de Meudon, cerca de París, que se burlaba de todas las religiones, y a Spinoza, que no admitía ninguna divinidad.

Podemos poner por testigos, por mencionar sólo a unos cuantos, a Julio III, papa número el 225, que se burlaba de su propia dignidad y religión, y a León X, papa florentino de la ilustre casa de los Médicis, hombre instruido que se burlaba de la religión y decía a sus amigos riéndose: «¡Cuánto nos hemos enriquecido con esta fábula de Cristo…!»

Parece ser que nuestro famoso duque de Orléans, regente de Francia no hace mucho, albergó opiniones parecidas sobre su religión, si es cierto, según dicen, que cuando su madre le amonestaba piadosamente, le contestaba que no temía nada ni en este mundo ni en el otro.

Pero, ¿por qué tendría que citar las opiniones particulares de tanta gente cuando podemos ver de manera manifiesta por todas partes que la mayoría de la gente de mundo, y en particular los poderosos de la Tierra y los sabios seculares, son de la misma opinión? Lo podemos ver a diario por la indiferencia que manifiestan hacia todo cuanto tiene que ver con la religión y el culto a los dioses, y por la insolencia con que tratan estos asuntos. Cosa que podemos observar también claramente por el amor y el apego excesivo que tienen a la vida presente y los bienes terrenales, como también por el poco celo y afecto que sienten por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, así como por la poca inclinación que sienten hacia la supuesta y grandiosa recompensa eterna del cielo, que se les habría prometido con toda magnificencia, y por el poco temor que sienten hacia los supuestos castigos terribles y eternos del infierno con que se les amenaza terriblemente.

Todo esto pone de manifiesto, digo, que no están convencidos de lo que se les dice, como tampoco lo están los sacerdotes de aquello que ellos mismos dicen a los demás, ya que si unos y otros creyeran de verdad en cosas de tanto alcance, sería moralmente imposible que estuviesen tan poco conmovidos y emocionados. Veamos cómo se expresa a este respecto el señor de Commynes y de Argenton en sus *Mémoires*:

«Sostengo que los vicios y males que se dan en el mundo provienen de la falta de fe. Y muy especialmente los males de quienes se quejan de estar oprimidos y pisoteados por otros y por los más poderosos. Porque el hombre, rico o pobre, que creyera realmente de buena fe, y creyera firmemente en que las penas del infierno son tal como las describen, y creyera, al mismo tiempo, que ha tomado de otro, o que su padre o su abuelo tomó, cuanto posee —sea un ducado, un condado, una ciudad o un castillo, muebles, prados, un estanque o un molino, según su condición—, y creyera firmemente, como hay que creer, que no entrará en el paraíso si no devuelve lo que tomó de éste o aquél, no habría en este mundo príncipe ni princesa ni nadie, fuera cual fuese su estado o condición —grandes o pequeños, hombres o mujeres, clérigos, prelados, obispos, arzobispos, abades, abadesas, priores, curas, recaudadores eclesiásticos u otros— que quisiera retener de buen grado nada que perteneciese realmente a sus súbditos ni a sus vecinos. Ni que quisiera hacer que alguien muriese injustamente, o permaneciese en prisión, o quitar a unos para dárselo a otros y enriquecerlos, o que desease procurarles cosas deshonestas (que es lo peor que se puede hacer) yendo en contra de sus padres o sus sirvientes por darles gusto, ya se trate de mujeres u otras cosas semejantes; no, a fe mía que no. Al menos no resulta creíble. Ya que si tuvieran una fe firme y creyesen en lo que Dios y la Iglesia nos ordenan que hagamos so pena de condenación eterna, sabiendo, además, como

sabemos, que la vida es breve y las penas del infierno horribles, y que para los condenados no tienen fin ni indulto, no harían lo que hacen. Así pues, habrá que concluir que los males vienen por la falta de fe. Se puede poner a título de ejemplo el caso del rey o del príncipe que cae prisionero: ¿no daría lo más preciado para recobrar la libertad? Daría sus propios bienes y hasta los de sus súbditos, como hizo el rey Juan de Francia, que pagó tres millones de francos a los ingleses cuando lo capturó el príncipe de Gales en Poitiers, y les entregó además Aquitania y muchas ciudades y plazas equivalentes a la tercera parte del reino, con lo que lo sumió en tal pobreza que durante mucho tiempo se utilizó como moneda un pedazo de cuero con un pequeño clavo de plata. Todo esto fue lo que entregaron a los ingleses el rey Juan y su hijo Carlos el Sabio para liberar al rey Juan. Si no hubiesen querido darles nada, los ingleses lo habrían matado y no se habrían limitado a meterlo en la cárcel. Y aunque lo hubiesen matado, sería una pena inferior a la cien milésima parte de la pena más pequeña del infierno. Si dio todo lo que dio y destruyó a sus hijos y a sus súbditos fue porque supo, creyó y vio que no había otra manera de librarse. Y no hay príncipe, o hay muy pocos, que si tiene una ciudad que haya pertenecido a su vecino, quiera devolvérsela por temor a Dios y para evitar las penas del infierno. ¡Y el rey Juan dio todo eso para librarse sólo de la cárcel!» De ahí que concluya con razón: «Por falta de fe y de creencia en las supuestas verdades grandiosas e importantes que enseña la religión, los hombres viven tan mal y se preocupan tan poco de las grandiosas recompensas del cielo y de los supuestos y terribles castigos del infierno».

Así, quienes tienen fe y creen —o mejor, fingen creer—, hacen sólo como que tienen fe y practican la religión, ya que no quieren exponer ni descubrir los verdaderos sentimientos de su corazón por razones políticas. En cuanto al común de los mortales, se ve, tanto por sus costumbres como por su conducta, que tampoco están más convencidos de la verdad de la religión y de todo cuanto enseña que esos de los que he hablado, por más que la practiquen con mayor regularidad. Pues quienes pertenecen al pueblo, pero tienen un poco de luces y de sentido común, descubren y se percatan de alguna manera de la vanidad y la falsedad de lo que les obligan a creer, por mucho que desconozcan las ciencias humanas, de tal manera que sólo creen en lo que les dice la religión como a la fuerza, o a su pesar y contra sus propias luces, contra la razón y contra sus propias opiniones. Y esto es tanto más verdad cuanto que la mayor parte de los que se someten a sus preceptos sienten esa repugnancia y dificultad a la hora de creer aquello que la religión les obliga a creer. La naturaleza siente hacia ello una secreta repugnancia y una secreta oposición. La razón natural protesta, por así decir, contra aquello que se le obliga a creer. De ahí viene que los cristícolas tengan por un pilar básico de su religión el sometimiento del espíritu al imperio de la fe. Una fe que, según admiten ellos mismos, fue cuestionada por sus santos más eminentes cuando veían la prosperidad de los malos. Lo que no les impide seguir diciendo que «hacemos prisionero a todo razonamiento sometiéndolo a Cristo» (2 Corintios, 10,5). Como ya he dicho, la razón natural

protesta por sí misma contra esta violencia que se le hace. Pues constreñir y aprisionar así el espíritu bajo el imperio de la fe, renunciando con ello a las propias luces de la razón para esforzarse a creer en contra de lo que a uno le dictan las propias opiniones, no es realmente creer.

Al contrario, es más bien mostrar que realmente no se cree en absoluto y que no se está creyendo de verdad, porque una creencia verdadera consiste en un convencimiento íntimo del alma y en un consentimiento interior del espíritu que ve, o al menos cree ver, la verdad de aquello en lo que cree. Como dice el propio san Agustín, «Dios nos persuade interiormente para que creamos y queramos creer, porque no hay verdadera creencia donde no hay verdadero convencimiento; y el hombre, por muy libre que sea, no puede creer a menos que esté convencido y de que hay algo que le convence» (san Agustín, *De Spiritu et Littera,* cap. 34). Ahora bien, no hay convencimiento donde el espíritu está constreñido y, por consiguiente, no hay creencia verdadera donde sólo hay constricción del espíritu. Por lo que esta fe o esta creencia forzada y obligada que tienen la mayoría de los hombres, incluso casi todos los hombres, no proviene de un convencimiento íntimo del alma sino más bien de una repugnancia interior del alma o el espíritu, que no ve ni puede ver la verdad de aquello que quieren hacerle creer. Es como si un hombre con sentido común se empeñara en creer que es de noche por mucho que estuviese viendo en pleno mediodía la claridad del cielo y del sol. O como si ese mismo hombre, pese a encontrarse en la oscuridad y las tinieblas de lo más profundo de la noche, se empeñara en creer que estaba rodeado por la claridad del cielo y del sol. Me parece evidente que una creencia que se viese constreñida y forzada de esa manera no sería una verdadera creencia, y me parece también que no podría tomarse siquiera por una prueba segura de que fuera verdad aquello en lo que se quiere creer o en que quisieran que se creyera de ese modo. «En esta cuestión —dice el señor de Montaigne—, unos quieren hacer creer a la gente que creen lo que no creen, y otros, la mayoría, quieren hacérselo creer a sí mismos, porque no alcanzan a saber qué es creer» (*Ensayos*, II, 12).

Como la creencia en las supuestas verdades de la religión y en la propia existencia de Dios sólo es en la mayor parte de los hombres, e incluso en todos, una creencia a ciegas, una creencia forzada y por obligación, como acabo de señalar, se puede decir, por consiguiente, que no sólo no se trata de una creencia verdadera sino que se puede asegurar que una creencia de esa clase no constituye una prueba de la existencia de Dios. Los cristícolas pretenden en vano valerse de ese tipo de creencias para demostrar la existencia de Dios, porque una creencia con esas características resulta más bien una prueba cierta de que Dios no existe, en vez de constituir una prueba de que Dios existe.

Porque es evidente que si su existencia fuera tan cierta e indudable como los cristícolas quieren hacérnoslo creer, los hombres no tendrían por qué obligarse a sí mismos a creer en ella ni tendrían que someter su espíritu al imperio de la fe para

poder hacerlo, y no habría tampoco tanta gente de talento que la negara o la pusiera en duda. Lo cual demuestra claramente que la creencia en la existencia de Dios no es tan segura y universal como se pretende, por lo que el ateísmo no sería una opinión tan extraña, monstruosa o desnaturalizada como los supersticiosos cristícolas quieren dar a entender.

Cosa que había que señalar, como ya he dicho, antes de pasar a pruebas de mayor calado.

61

De dónde proviene la primera creencia y noción de los dioses

Por otra parte, parece claro que la primera creencia en los dioses viene de ciertos hombres más astutos, taimados y sutiles que los demás, y seguramente también peores, quienes, a fin de poder ponerse por encima de los demás, debido a su ambición, se aprovecharon con toda seguridad de la ignorancia y la estupidez de sus congéneres y adoptaron el nombre y condición de dioses y señores soberanos para hacer que los hombres los respetaran y temieran. Y éstos, fuera por temor, por complacerlos, por su estupidez o por la necesidad que sentían de adularlos, les dejaron hacer, por lo cual aquéllos se convirtieron en sus amos. Y como tales amos mantuvieron el nombre y la condición de señores soberanos.

Vemos que lo mismo sucede en la actualidad con los grandes conquistadores, es decir, con los grandes ladrones y usurpadores de provincias y reinos, que se otorgan el título y nombre de duque, de rey, de emperador y de príncipe soberano y se califican de grandes, muy altos y muy poderosos señores. Poco falta para que se apropien del nombre y condición de dioses todopoderosos, ya que la necesidad de elevarse por encima de los hombres les lleva a tan clamorosos excesos de orgullo. Por todo ello, como he dicho, el origen de la primera creencia o noción de los dioses podría provenir de esa superchería.

Esto es lo que parece haber sucedido con la creencia en el Dios de los judíos y los cristianos, si hacemos caso al relato de la supuesta creación del mundo, ya que en él se dice que Dios hablaba con el lenguaje de los hombres, y razonaba, caminaba y se paseaba por un jardín, que es lo que hace ni más ni menos cualquier hombre, por no mencionar que ese supuesto Dios habría creado al primer hombre a su imagen y semejanza (Génesis, 1,27), muestra evidente de que ese supuesto Dios tenía la forma y el rostro de hombre y, por consiguiente, no era más que un hombre ya que no podía ser otra cosa si tenía la forma, el aspecto y la apariencia de un hombre, a menos que se prefiera decir que el hombre tenía el aspecto y la apariencia de Dios.

Todo parece indicar que ese supuesto Dios era sólo un hombre taimado y astuto que pretendía burlarse de la simpleza, tosquedad y estupidez de ese otro hombre al que llamamos Adán, el cual, según parece, no era más que un torpe, un ingenuo y un tonto, porque esa misma historia, o mejor, esa fábula, asegura que se dejó seducir fácil y tontamente por las palabras de una mujer y por las engañosas promesas de una serpiente que habría sido más taimada y astuta que él, como señala textualmente esa historia o fábula.

De igual manera, hay que creer que ese supuesto Dios que habló a Moisés era realmente sólo un hombre, e incluso sólo un hombre supuesto, porque Moisés le atribuye rasgos que son completamente humanos, tales como la palabra y el discurso,

un cuerpo con sus correspondientes miembros y unas pasiones que únicamente pueden ser humanas. Sabemos, por otra parte, que este supuesto Dios se habría querido burlar de Moisés cuando respondió con sorna a la petición de éste de que quería verle el rostro ya que le dijo que podría verle el trasero pero que no le vería el rostro (Éxodo, 33,23). Por tanto, este supuesto Dios tenía rostro humano, trasero y nalgas, ya que él mismo lo dijo y, por consiguiente, tenemos razones suficientes como para creer que era sólo de un hombre que quería hacerse pasar por un Dios o que se había disfrazado de Dios. Pero como sólo quería mostrar su trasero y no su rostro parecía tener miedo de que le reconocieran si lo mostraba, lo que constituye una señal evidente de que era realmente un hombre y no un Dios. A menos que se prefiera decir que las supuestas palabras y parlamentos que Dios habría cruzado con Moisés fueron obra únicamente del propio Moisés y que éste se las habría inventado, por lo que habría dicho que provenían de Dios únicamente para tener más crédito y autoridad entre los hombres a los que se dirigía *.

Y eso pudo ser muy bien lo que sucedió, ya que hace mucho tiempo que los impostores utilizan ese tipo de artimañas para engañar a los hombres, y sería una enorme tontería dejarse engañar ahora por eso.

62

Los deícolas se han visto obligados finalmente a reconocer la falsedad de la pluralidad de dioses que se veneraban en la Antigüedad

Por lo demás, no se puede negar que los dioses y diosas que vinieron después y fueron adorados en siglos pasados bajo los nombre, por ejemplo, de Saturno, Júpiter, Marte, Apolo, Mercurio, Esculapio y mil más, o bajo los nombres de Cibeles, Juno, Ceres, Diana, Minerva, Palas, Venus y mil más, no fueron más que hombres y mujeres; ilustres, si así os parece, príncipes y princesas u otros personajes distinguidos que se dieron a sí mismos, o les dieron, el apelativo de dios o de diosa, fuera para complacerlos y adularlos, como he dicho, o por ignorancia y estupidez. Pues entonces los hombres eran tan tontos y ciegos que creían que unos individuos débiles y mortales podían, sin embargo, convertirse en dioses inmortales ya fuera en vida o después de muertos.

Lo más sorprendente es que hasta los filósofos se abandonaron, o hicieron como que se abandonaban, a un pensamiento tan vano y tonto como ése. Podemos mencionar a Plutarco, filósofo de gran renombre, quien dijo, según el señor de Montaigne: «Hay que creer y pensar firmemente que las almas de los hombres sabios y virtuosos por naturaleza y por justicia divina, después de haberse limpiado y purificado mediante sacrificios purificadores, se convierten de hombres santos en semidioses santos, y una vez que son semidioses terminan por convertirse en auténticos dioses, en cuanto se despojan de la contingencia y la mortalidad, y eso no por decreto sino de verdad y por derecho propio, con lo que alcanzan un final felicísimo y glorioso» (*Ensayos*, 2, 12).

No me detendré a refutar una opinión y un razonamiento tan vanos porque se caen por su propio peso. Me basta con señalar únicamente que no hay ninguna razón real para creer en la existencia de los dioses, ya que la primera noción que los hombres tuvieron de ellos provenía de la ignorancia y la impostura. Y eso es tan cierto que, desde hace mucho tiempo, la mayoría reconoce que la Antigüedad se equivocó en esta cuestión. Y se ha dado cuenta hasta tal punto de la vanidad y falsedad de aquellas divinidades antiguas, que hace ya mucho tiempo que la mayoría de los hombres ha rechazado, como rechaza en la actualidad, la creencia en todos esos dioses corpóreos y humanos, y en todos esos dioses materiales y visibles fabricados en oro, plata, etc., que nuestros antepasados adoraban por ignorancia y estupidez.

Pero nuestros cristícolas y los otros deícolas no han dejado de creer por ello en Dios. Se han limitado simplemente a creer en un solo Dios, un Dios que sería único en sustancia y naturaleza, como dicen, pero triple en personas, como aseguran los

propios cristícolas. De esta manera desapareció del horizonte de los supersticiosos deícolas una inmensa cantidad de dioses en los que habían creído y a los que habían adorado en el pasado, viéndose reducidos sus descendientes a creer y adorar a un solo Dios. Un Dios que, además, es invisible, incorpóreo e inmaterial, es decir, un Dios que no tiene carne ni huesos ni cuerpo ni extremidades, que no tiene ni espalda ni vientre ni brazos ni piernas ni pies ni manos ni ojos ni cabeza ni boca ni lengua ni orejas ni dientes ni uñas ni garras ni parte alguna y, por consiguiente, no tiene exteriormente forma ni aspecto ni color ni tampoco ninguna configuración interna o, mejor dicho, carece de interior y de exterior, de lados, de arriba y de abajo. Sin embargo, se trata de un Dios que está en todas partes y que lo ve todo, que hace de todo, que lo sabe todo, que lo guía todo, que gobierna todo, que sostiene todo, que está en todas partes por entero y también en cada parte de cada lugar, que es todopoderoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente amable y, por último, infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones. Un Dios cuya naturaleza es inmutable, inmóvil y eterna, cuya naturaleza consiste en su poder, su sabiduría y su voluntad, por lo que se puede considerar recíprocamente que el poder, la sabiduría y la voluntad constituyen su naturaleza y su esencia.

Ésta es una idea de ser realmente sorprendente, aunque también se puede decir que se trata de la idea de un ser imaginario y quimérico. Ni haciéndolo a propósito se podría haber concebido o forjado la idea de un ser tan quimérico.

Ni la quimera de la Antigüedad ni la esfinge del monte Ficio ni los personajes ficticios creados por los poetas o los novelistas romanos se han acercado ni de lejos al absurdo que contiene la idea que se hacen de Dios los nuevos deícolas. Los llamo *nuevos* desde el momento en que se limitaron a creer en un solo Dios y se vieron obligados a despojarlo de cuerpo, forma y aspecto material y perceptible. Por lo que se puede decir que se encuentran todavía más perdidos en sus razonamientos y en su juicio que los antiguos, ya que, en vez de volverse más sutiles y prudentes que ellos, se han vuelto más locos y ciegos de lo que estaban antes. «Se extraviaron con sus razonamientos, y su mente ignorante quedó a oscuras. Alardeaban de sabios, resultaron necios» (Romanos, 1,21-22).

63

No han fundamentado mejor su creencia en un solo Dios

Veamos si han fundamentado mejor la creencia en un solo Dios de lo que fundamentaron la creencia en una multitud de dioses, después de que reconocieron el error y la vanidad de la misma. Veamos también si han fundamentado mejor la creencia en un Dios invisible e inmaterial de lo que hicieron cuando creían en muchos dioses corpóreos y visibles, ya que estoy seguro de que no fundamentaron bien ni una creencia ni otra. Examinemos esto.

Lo que lleva a los cristícolas a admitir la existencia de Dios y a creer en un Dios todopoderoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto es el hecho de contemplar tantas cosas y tan grandiosas, tantas cosas tan bellas y admirables que se pueden ver en la naturaleza, porque se imaginan que unas cosas tan hermosas, tan grandiosas y tan admirables no han podido ser hechas ni haber sido colocadas en el orden y el lugar en que se encuentran sin la intervención de la omnipotencia de un ser soberano infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto al que dan el nombre y condición de Dios. «No puedo abrir los ojos —dice uno de nuestros más famosos archideicristícolas, monseñor de Fenelón, arzobispo de Cambray hasta no hace mucho—, no puedo abrir los ojos sin admirar el arte que resplandece en toda la naturaleza: basta con echar un vistazo para darse cuenta de la mano que lo ha hecho todo» ([*Traité de l'Existence et des attributs de Dieu*], pág. 1). Así comienza el libro en el que pretende demostrar la existencia de Dios.

Sin embargo, esa mano que creyó descubrir en una primera ojeada no era sino una mano imaginaria. Pues bien, cuando él y todos los de su camarilla, se vieron obligados a admitir que no había ningún ser visible ni ningún ser corpóreo material al que pudiera atribuírsele un poder y una sabiduría infinita y, por consiguiente, al que pudiera atribuírsele la divinidad, concibieron en su imaginación la idea de un ser invisible, un ser incorpóreo e inmaterial al que confirieron inmediatamente la omnipotencia y la sabiduría infinitas, al que atribuyeron, por consiguiente, la divinidad, y le dieron el nombre de Dios, convenciéndose de que tenía que haber necesariamente un ser como él que fuera la primera causa eficiente y la primera causa creadora que velase por la conservación de todos los seres. Al mismo tiempo, sostienen que la sola contemplación de las obras de la naturaleza nos hace ver de manera evidente la necesidad de la existencia de ese supuesto ser infinitamente perfecto. Veamos si es verdad lo que dicen.

64

Ni la belleza ni el orden ni las perfecciones existentes en las obras de la naturaleza prueban en absoluto que exista un Dios que las haya hecho

En primer lugar, y por lo que respecta a la belleza, el orden y la perfección existentes en las obras de arte hay que convenir con ellos que su belleza y perfección demuestran necesariamente la existencia, la fuerza, el poder, la destreza, la sabiduría, etc., del artesano que las ha hecho, porque vemos perfectamente que no pueden haberse hecho solas, sin la intervención de la mano de un hábil artífice. Pero hay que reconocer también necesariamente que la belleza, el orden y demás perfecciones que se dan naturalmente en las obras de la naturaleza, es decir, en las obras del universo, no demuestran ni prueban en absoluto la existencia ni, por consiguiente, el poder ni la sabiduría de otro artífice que no sea la propia naturaleza, que es la que ha hecho todo cuanto nos parece hermoso y admirable. Porque a pesar de lo que puedan decir los deícolas, si eso fuera así se verían obligados a admitir que las infinitas perfecciones que imaginan existir en su propio Dios demostrarían igualmente que este Dios tendría que haber sido hecho por otro Dios. Tendrían que admitir eso o admitir que esas perfecciones no demuestran que ese Dios haya sido hecho por otro.

Si dicen que las infinitas perfecciones que imaginan existir en su Dios vendrían a demostrar que tuvo que ser hecho por otro, tendrían que decir, por la misma razón, que las infinitas perfecciones existentes en ese otro demostrarían que tuvo que haber sido creado por otro, y éste por otro, a su vez, con lo que se irían remontando de causa en causa y de Dios en Dios hasta el infinito, lo que es ridículo y absurdo. Los deícolas no pueden admitir esto, ya que en el mismo momento en que establecieran la existencia de un solo Dios infinitamente perfecto tendrían que admitir la existencia de una inmensa cantidad de otros que serían cada vez más perfectos, lo que repugna a la recta razón.

Y si dicen, en cambio, que las perfecciones infinitas que imaginan existir en su Dios no prueban ni demuestran en absoluto que haya sido hecho por otro, ¿por qué quieren que las perfecciones que ven en este mundo demuestren que habría sido hecho por alguien que no fuese la propia naturaleza? En realidad, no hay razones para decir ni una cosa ni otra si no es, quizá, que las grandiosas e infinitas perfecciones que tendrían que existir en un Dios infinitamente perfecto sólo demostrarían, de manera aún más necesaria, que tendría que haber sido hecho por otro, porque una mayor perfección exigiría una causa más perfecta. Por lo que la existencia de un solo Dios demostraría más bien la existencia de una inmensa cantidad de dioses, en vez de que la existencia del mundo demuestre la existencia de Dios, lo que es también un absurdo manifiesto que los deícolas tampoco querrían admitir, por lo que nos tienen

que decir cuál es la razón que les impulsa a sostener que las perfecciones que vemos en este mundo demuestran necesariamente la existencia de un Dios que lo habría hecho, y por qué sostienen, sin embargo, que las infinitas perfecciones que imaginan existir en su Dios no demuestran ni prueban que haya sido hecho, a su vez, por otro Dios.

La única razón que pueden y suelen alegar es decir que su Dios es todo lo que es por sí mismo y en sí mismo y que, por consiguiente, todas sus perfecciones divinas son lo que son por sí mismas y en sí mismas, sin que hayan sido producidas ni hayan tenido más causa que ellas mismas, pero que el mundo que contemplamos no puede ser por sí mismo lo que es ni puede tener las perfecciones que tiene si no hubiese sido creado y formado por un Dios todopoderoso, lo que constituye una gran diferencia entre un caso y otro.

Ahora bien, se trata de un razonamiento claramente vano, no sólo porque supone de manera gratuita y sin pruebas lo que no es más que una constatación, sino porque además se puede decir con igual facilidad que el mundo es lo que es por sí mismo, que suponer que Dios es lo que es por sí mismo y, por consiguiente, se puede decir con igual facilidad que las perfecciones que vemos en el mundo son lo que son por sí mismas y en sí mismas, que decir que las perfecciones de Dios son lo que son por sí mismas y en sí mismas. Por lo cual, sólo quedaría por ver cual de las dos afirmaciones es más verdadera o resulta más verosímil.

Pues bien, resulta evidente y es innegable que es más razonable atribuir la existencia necesaria o la existencia por sí misma a un ser real y verdadero que se puede ver, se ha visto siempre y se encuentra de manera manifiesta por todas partes, que atribuírsela a un ser que sólo es imaginario, no se ve y no se puede encontrar por ninguna parte. De igual modo, resulta evidente y es innegable que es más razonable atribuir la existencia de por sí a las perfecciones que vemos y hemos visto siempre, que atribuírselas a perfecciones imaginarias que no se ven ni se encuentran en ninguna parte, y que nunca se han visto ni se han encontrado en ninguna parte. Esto resulta claro y evidente.

En efecto, el mundo que vemos es manifiestamente un ser muy real y verdadero: lo vemos y lo encontramos manifiestamente en todas partes. Sus perfecciones son igualmente muy reales y verdaderas: se ven y se encuentran manifiestamente en todas partes y las hemos visto siempre.

Por el contrario, el supuesto ser infinitamente perfecto que los deícolas llaman Dios no es más que un ser imaginario que no se ve ni se encuentra en ninguna parte. De igual manera, sus supuestas perfecciones infinitas y divinas son sólo imaginarias, puesto que no se ven ni se encuentran en ninguna parte ni nadie las ha visto jamás.

Así pues, es más razonable atribuir la existencia del mundo y las perfecciones que vemos en él a él mismo que atribuírselas a un supuesto ser infinitamente perfecto que no se ve ni se encuentra en ninguna parte y que, por consiguiente, es en sí mismo muy dudoso e incierto.

Y como los deícolas deben reconocer necesariamente que hay ciertos seres que son por sí mismos y que hay ciertas perfecciones que son necesariamente por sí mismas, sin que intervenga ninguna otra causa, resulta claramente un abuso y es un error y una ilusión de los deícolas atribuir semejantes perfecciones a un ser imaginario que no se ve y no se encuentra por ninguna parte, en vez de atribuírselas a un ser real y verdadero que se ve y se encuentra claramente siempre por todas partes.

De lo cual se deduce evidentemente que las perfecciones que vemos en las cosas de este mundo no demuestran ni prueban en absoluto la existencia de un Dios infinitamente perfecto.

Por otra parte, resulta claro e indudable, a nada que se preste atención, que suponer que hay un ser presuntamente divino no les ayuda en nada a la hora de conocer y explicar las cosas naturales. Resulta claro y es evidente que esta suposición no suprime las dificultades que encuentran…

Es indudable que si los deícolas pretenden salir con ello de la dificultad que los paraliza, es sólo para caer en otra que resulta, incluso, todavía mayor que la que querían evitar y, por consiguiente, les es completamente inútil para explicar la naturaleza y la formación de las cosas naturales de este mundo recurrir a la suposición de que hay un ser divino e infinitamente perfecto. Y si, por una parte, tienen dificultades para comprender, concebir y suponer que el mundo, con todas sus cosas naturales, es lo que es por sí mismo, sin que su formación y su disposición tengan un principio distinto a sí mismo, chocan por otra con una dificultad no menor a la hora de comprender y concebir cómo ese supuesto primer ser soberano que llaman Dios ha podido ser por sí mismo tan poderoso y perfecto, y cómo ha creado y formado de la nada tantas y tan grandes cosas hermosas y admirables. Ya que la supuesta creación de las cosas es un misterio realmente no menos oscuro y casi igual de difícil de explicar y concebir que el de la formación natural de las cosas, una vez supuesto que son por sí mismas. Y así, como en ambos casos la dificultad es la misma o parece ser la misma, no es más razonable decir que el mundo y todas las cosas que hay en el mundo habrían sido creadas por Dios que decir que son por sí mismas y que se habrían formado y ordenado por sí mismas en el estado en que se encuentran, porque la materia ha sido eternamente por sí misma. En última instancia, no resulta más difícil concebir ni parece más imposible que la materia sea lo que es por sí misma que concebir que Dios sea lo que es por sí mismo.

Este primer razonamiento debería bastar para hacernos suspender el juicio por lo menos durante un tiempo, ya que en proposiciones de esta naturaleza, en las que se trata de descubrir la verdad de algo, si no hay mayor apariencia de verdad en una proposición que en otra, no hay más razón para zanjar la cuestión a favor de una que a favor de la otra.

Pero para conocer mejor qué puede o podría ser, examinemos el asunto más en concreto y veamos, primero, si la dificultad propuesta resulta exactamente igual en ambos casos o si no sería mayor en el caso de la creación que en el del sistema de la

formación natural del mundo producida por la propia materia de la que está compuesto.

En el primer sistema, el de la presunta creación, veo en primer lugar varias dificultades que me vienen a la cabeza y que me parecen insuperables.

La primera radica en explicar o concebir cuál podría ser la esencia y la naturaleza de ese ser soberano que habría creado a los demás seres.

La segunda estriba en hacer ver con razones convincentes que a ese ser hay que atribuirle la eternidad y la independencia y no la propia materia, que es también eterna e independiente de toda causa, al menos tanto como lo sería el ser que supuestamente la habría creado. Pues bien, como ambas suposiciones parten de admitir un primer ser y una primera causa no creada que sería eterna e independiente de toda causa, habrá que demostrar con razones convincentes que en el sistema de creación del mundo ese primer ser no es la materia sino necesariamente otro ser, y habrá que demostrar que la materia no es eterna y que no es lo que es por sí misma, lo que entraña una dificultad no precisamente pequeña, pues los deícolas no han conseguido superarla hasta ahora.

La tercera dificultad consiste en comprender o concebir cómo sería posible crear y hacer algo partiendo de la nada, lo que resulta incontestablemente mucho más difícil de comprender y concebir que pensar, sencillamente, que la materia es lo que es por sí misma. ¿Por qué no admitir de entrada que la materia es efectivamente lo que es por sí misma? ¿Por qué recurrir a un ser desconocido y al misterio incomprensible de la creación para hacer que exista lo que existe? Pues en el sistema de la creación hace falta no sólo introducir un ser increado y eterno, sino que hay que suponer además que ese ser es capaz de crear otro ser, lo que es absolutamente inconcebible y completamente imposible, como haré ver enseguida.

Es evidente que si se admite que la materia es en sí misma la primera causa y el ser eterno e independiente, se evitarían las dificultades insuperables existentes en el sistema de la creación y se explicaría muy fácilmente de esa manera la formación de todas las cosas.

La cuarta dificultad del sistema de la creación está en decir y señalar precisamente dónde se encuentra ese ser que se supone ha creado a los demás seres siendo el ser más poderoso de todos. ¿Dónde se aloja, adónde se ha retirado? ¿Qué hizo después de haber creado a todos los seres? ¡Porque ni se le ve ni se le siente ni lo conocen en ninguna parte! Por ejemplo, no es el sol ni la Tierra. Tampoco el aire ni el fuego. Y aunque pasemos revista miles y miles de veces a todos los seres, no le encontraremos en ningún ser ni en ningún lado. ¿Qué ser puede ser ése que no está entre los seres y que, sin embargo, los habría creado a todos? ¿Dónde puede hallarse? El sistema de la creación tendría que explicar todo eso porque nadie tiene un conocimiento particular y distinto de tal ser. No es ni siquiera materia, sostienen los deícolas. Y sin embargo, la materia es, nadie puede dudarlo: la vemos, la sentimos, la encontramos por todas partes y está en todos los seres. ¿Qué inconveniente o qué

repugnancia puede haber en decir que la materia es la primera causa eterna e independiente, y la primera causa increada por la que tanto se disputa y de forma tan ardiente?

65

Idea quimérica que los deícolas se forman de Dios

De nada serviría responder a esta dificultad diciendo, como hacen los deícolas de ordinario, que el primer ser soberano, que es el creador de todas las cosas, se encuentra en todas partes por igual y que está en todo, y con todo su ser completo, sin que se haya producido división ni multiplicación alguna de su ser. Porque decir eso no es más que decir algo que resulta incomprensible y no se puede entender; no es sino multiplicar las dificultades en vez de reducirlas, y cuanto más se examinaran los diversos atributos que habría que acordar a ese supuesto ser soberano, más habría que hundirse en laberintos de dificultades inexplicables que desembocarían en absurdos evidentes y llevarían a contradicciones manifiestas e insalvables. Pondré por testigo esta descripción enigmática y quimérica concebida por cierto autor: «Dios —dice al referirse a ese supuesto ser soberano— es en sí mismo comienzo y fin, pero no tiene comienzo ni fin, aunque no está desprovisto de ninguno de los dos. Pese a ser el padre y autor de ambos siempre ha sido y es sin accidente temporal ninguno. Para él el pasado no pasa ni tampoco le llega el futuro. El tiempo es para él un presente sin cambio. Reina sobre todo pero no ocupa lugar, es inmóvil y carece de consistencia, es activo sin movimiento, está fuera de todo, está en todas las cosas pero no se halla encerrado en ninguna, está fuera de todo pero es imposible descubrirlo. Crea desde fuera y gobierna desde dentro. Es bueno sin cualidad y grande sin grandeza. Es un todo que carece de partes y permanece inmutable, a pesar de que hace que todas las cosas cambien. Su voluntad es su poder, su poder es su voluntad; su obra es su voluntad y su voluntad su obra. Es simple en sí mismo sin que se den en él el acto y la potencia. En un momento dado es todo lo que puede ser o, mejor dicho, es puro acto siendo en sí mismo el primero, el segundo y el tercer acto. Por último, es todo y está en todo, está por encima de todo y está dentro de todo, fuera de todo y más allá de todo. Es todo antes que todo y todo después de todo» (Vanini[17]).

Es evidente que esta descripción está plagada de absurdos y de contradicciones patentes, lo que pone claramente de manifiesto que sólo puede entenderse si corresponde a un ser completamente imaginario, como he dicho. Por lo cual resulta evidente que el sistema de la creación, o que la hipótesis del sistema de la creación del mundo conlleva un número casi infinito de dificultades inexplicables, llenas de contradicciones y de absurdos insostenibles.

Y esto hizo que surgiera entre los filósofos y teólogos que admitían el sistema de la creación una multitud casi infinita de opiniones dispares que se contradecían unas a otras, sobre las que no han conseguido ni conseguirán ponerse de acuerdo, lo que en principio no dice nada bueno del sistema de la creación.

No ocurre lo mismo con el de la formación natural de las cosas llevada a cabo por la materia que las constituye. Ya que este sistema no contiene contradicción ni causa repugnancia alguna, se puede asegurar que no contiene nada que sea imposible. Sólo hay que admitir, por ejemplo, que la materia es eterna y que es lo que es por sí misma, y que posee por sí misma movimiento, lo que constituye una hipótesis simple y natural, pues puede verse que en ella no hay nada que sea imposible.

Ya que, en primer lugar, podemos ver claramente que la materia existe y no es un ser imaginario y quimérico.

En segundo lugar, podemos ver claramente que una porción de la materia es capaz de dividirse y que toda la materia es capaz de movimiento. Podemos ver que la materia se mueve actualmente, no podemos dudar de nada de eso. ¿Por qué no admitir, entonces, que la materia es en realidad eterna y que efectivamente se mueve por sí misma? Ya que no hay nada en ello que nos repugne ni necesitamos que exista nada que haya podido crearla y darle movimiento.

Finalmente, no se puede dudar de que el ser en general debe su existencia, y también el movimiento, a sí mismo porque, si no, ¿de quién los habría recibido? Pues bien, ese ser en general es la materia cuya existencia y movimiento se deben a ella misma.

Admitido esto, nos encontramos con un principio claro que puede no sólo disipar todas las dificultades, contradicciones y absurdos que se desprenden del sistema de la creación, sino que abre al mismo tiempo el camino para adentrarse en el conocimiento y la explicación física y moral de todas las cosas de la naturaleza. Puesto que la sola idea de una materia universal que se mueve en diferentes direcciones y que puede modificarse, mediante distintas configuraciones de sus partes, para adoptar miles y miles de formas diferentes, nos muestra claramente que todo lo que hay en la naturaleza puede ser producido mediante las leyes naturales del movimiento y por la simple configuración y combinación de las partes de la materia.

66

Es inútil recurrir a la existencia de un Dios todopoderoso para explicar la naturaleza y formación de las cosas naturales

Admito que no resulta fácil imaginar qué es lo que hace que la materia se mueva ni que pueda moverse de una u otra manera o con determinada fuerza y velocidad. Confieso que no puedo imaginar el origen y la causa eficiente de este movimiento. Pero no veo que resulte absurdo ni cause repugnancia ni que haya ningún inconveniente, ni veo que pueda encontrarse ninguno que impida atribuírselo a la propia materia, y pienso que ni siquiera los partidarios del sistema de la creación podrían encontrarle alguno

Todo lo que pueden argüir en contra es decir que los cuerpos grandes y pequeños no poseen por sí mismos la capacidad de moverse, porque aseguran que no hay ningún tipo de conexión entre la idea de cuerpo y la idea de fuerza capaz de producir el movimiento. Pero esto no prueba nada, ya que por mucho que no se vea una conexión necesaria entre la idea de cuerpo y la idea de fuerza capaz de producir movimiento, no se puede concluir de eso que no la haya, porque la ignorancia de la naturaleza de una cosa no prueba que la cosa no exista. Pero, en cambio, los absurdos y las contradicciones manifiestas que se siguen necesariamente de un principio falso constituyen pruebas convincentes de la falsedad de ese principio.

De ahí que la imposibilidad de concebir y mostrar razonadamente que la materia tiene por sí misma la capacidad de moverse no constituya una prueba de que no la tenga. Pero los absurdos y las contradicciones manifiestas que, por el contrario, se siguen del supuesto principio de la creación constituyen, como he dicho, pruebas irrefutables de la falsedad de ese principio. Y como es cierto que la materia se mueve y no hay nadie que lo pueda negar ni pueda siquiera dudarlo, a menos que uno sea pirroniano, es preciso que tenga su ser y su movimiento necesariamente por sí misma o que los haya recibido de otro. Pero como no ha podido recibirlos de nadie, que es lo que voy a demostrar a continuación, hay que concluir que posee por sí misma el ser y el movimiento, y por tanto es inútil buscar fuera de ella misma la causa de su ser y su movimiento.

Pero veamos antes si podemos mostrar mediante algunos ejemplos cómo puede existir una relación entre causa y efecto aunque no podamos percibirla. Aquí van algunos ejemplos sencillos.

No vemos que exista una relación necesaria entre la constitución natural del ojo y la vista o visión de los objetos. Y tampoco comprendemos cómo puede efectuarse la visión de los objetos pero, sin embargo, resulta evidente que vemos con nuestros ojos, por lo que tiene que darse algún tipo de relación natural entre la constitución

natural del ojo y la visión, por más que no seamos capaces de saber en qué consiste precisamente esa conexión.

Tampoco vemos qué relación existe entre la voluntad y el movimiento de los brazos o las piernas. Ni tampoco conocemos los resortes ocultos que permiten que brazos y piernas se muevan, pero, aunque no los conozcamos, esos resortes se activan en cuanto queremos mover brazos o piernas. Y podemos comprobar a diario que quienes conocen muy poco la constitución natural de su cuerpo son los que mueven con mayor facilidad y más diestramente sus extremidades.

Tiene que existir, por tanto, una conexión natural entre la voluntad y el movimiento de las partes del cuerpo, aunque no conozcamos en absoluto en qué consiste y cómo actúa.

Lo mismo ocurre con la relación existente entre el pensamiento y el movimiento y la agitación de las fibras del cerebro. No vemos que haya relación alguna entre ellos ni cómo puede producirse, lo que no quita para que tenga que haber alguna, puesto que nuestros pensamientos dependen del movimiento y la agitación de las fibras del cerebro y del movimiento de los espíritus animales que se encuentran en él.

Pero tomemos como ejemplo nuestro propio origen y nacimiento. Parto del principio de que ni el filósofo más hábil ni el espíritu más sutil del mundo podrían formarse una idea cabal de su origen y su nacimiento si no hubiesen visto ni hubiesen oído hablar de la generación y del nacimiento de los hombres o los animales. ¿Adivinaría nuestro filósofo, por ejemplo, con sólo recurrir a las luces naturales de la razón, que fue concebido y formado poco a poco en el vientre de una mujer? ¿Y que al cabo de nueve meses salió de tal o cual manera? No, nunca podría imaginarse semejante cosa. Y ni siquiera podría pensar que fue amamantado por una mujer si, como digo, no lo hubiese visto ni hubiese oído hablar de ello.

¿Y no nos reiríamos si este hábil filósofo y este espíritu sutil pretendiesen, por medio de un razonamiento obtenido a partir de cosas diferentes a las que hubiesen aprendido o visto hacer, negar su verdadero origen atribuyéndoselo a lo que se les ocurriera, porque les resultaba imposible establecer una relación necesaria entre el vientre de la mujer y la formación y generación de un ser humano? ¿No nos burlaríamos de ellos? Sí, desde luego.

Sin embargo, eso es lo que hacen quienes niegan la eternidad de la materia y niegan que disponga de la fuerza necesaria para moverse, so pretexto de que no ven la relación necesaria entre la idea de la materia y su movimiento. Ya que no quieren admitir que es la causa única y verdadera del origen común de todas las cosas, so pretexto de que no pueden comprender que lo sea, y, a cambio, postulan una que es falsa y mil veces más incomprensible que la que habían rechazado so pretexto de no poder comprenderla y no conseguir ver la relación necesaria que tiene que existir entre una cosa y la propiedad de esa cosa. Pues bien, éste no es el modo de salvar la dificultad ni de progresar en el conocimiento adecuado de las cosas de la naturaleza.

Por esta razón, aunque la idea que tenemos de la materia no nos permita descubrir ni ver claramente que posee en sí misma y por sí misma la facultad de moverse, no por ello hay que concluir que no la tenga realmente, habida cuenta sobre todo de que se mueve y de que no causa repugnancia alguna pensar que se mueve por sí misma. Si el movimiento actual fuese esencial a la materia pienso que podríamos ver una relación necesaria entre la idea que tenemos de ella y su facultad de moverse. Pero como es cierto que el movimiento actual no le es esencial y sólo es una propiedad de su naturaleza, no hay que extrañarse si no vemos la relación necesaria entre la idea que tenemos de ella y su movimiento, ya que al no serle el movimiento esencial y necesario no debe haber seguramente una relación necesaria entre ambos.

Por lo cual, aunque la idea que tenemos de la materia no pueda hacernos ver que existe una relación necesaria entre ella y su movimiento, no debemos tomarlo como una prueba de que no pueda moverse por sí misma.

67

El ser no pudo ser creado, el tiempo no pudo ser creado. Igualmente, ni la extensión ni el lugar o el espacio pudieron ser creados, y, por tanto, no hay creador

Para aclarar la verdad de todo esto y mostrar más claramente que la materia es lo que es por sí misma, que es ella la que posee por sí misma la capacidad de movimiento y que es ella realmente la causa eficiente de todas las cosas empezaré por exponer un principio que resulte claro y evidente y que nadie pueda poner en duda.

El principio es éste: vemos claramente que hay algo llamado mundo, es decir, el cielo, la Tierra, el sol y una inmensa cantidad de cosas que están, como quien dice, entre el cielo y la tierra. Nadie dotado de razón puede dudar de ello, a menos que uno quiera hacerse el pirroniano y dude de todo, lo que supondría cerrar los ojos a las luces de la razón humana y oponerse a todas las ideas acerca de la naturaleza. Si hubiese alguien capaz de llegar a ese punto tendría que haber perdido el juicio. Y si persistiese en unas opiniones como ésas habría que considerarlo un loco, en vez de intentar convencerle con razonamientos. Pero pienso que no hay nadie, por pirroniano o por loco que sea, que no sepa, no sienta y no esté convencido de que existe alguna diferencia entre el placer y el dolor y entre el bien y el mal, de la misma manera que existe también algún tipo de diferencia entre el pan que alguien come sujetándolo con una mano y la piedra que sostiene en la otra mano. El pirronismo no llega a dudar de estas cosas, por lo que cabe asegurar que se trata únicamente de algo más imaginario que real, más un juego mental que un auténtico convencimiento del espíritu. Dejando, pues, de lado esa duda universal e impostada de los pirronianos, las luces claras de la razón nos muestran de manera evidente la existencia del ser, ya que resulta claro y evidente, al menos para nosotros mismos, que el ser existe y que no podríamos existir ni podríamos concebir pensamiento alguno acerca del ser si el ser no fuese.

Pues bien, sabemos y percibimos realmente que somos y que pensamos. No podemos dudarlo, luego es cierto y evidente que el ser es. Ya que si no fuese, no seríamos nada. Y si no fuésemos nada, no pensaríamos nada. No hay nada que resulte más claro y evidente.

Admitido esto, hay que reconocer necesariamente la existencia del ser. Y no sólo hay que reconocer la existencia del ser sino que también hay que reconocer que el ser ha existido siempre y que, por tanto, no ha sido creado, ya que si no hubiese existido siempre, no habría sido posible que hubiese existido ni que hubiese podido comenzar a ser:

1º. No habría podido empezar a ser por sí mismo porque lo que no es no puede hacerse a sí mismo ni darse el ser.

2º. No habría podido empezar a ser por ninguna otra causa ni por ningún otro ser que lo hubiese producido, porque no habría habido ningún ser ni ninguna causa para producirlo, que es lo que se desprende de la afirmación de que el ser no habría sido siempre. Pero como el ser es, y es evidente que es, hay que reconocer necesariamente que ha sido siempre. Y no sólo hay que admitir que es y que ha sido siempre, sino que también hay que admitir necesariamente que el ser es la causa primera y el primer motivo de todas las cosas. Porque es evidente que las cosas son real y verdaderamente lo que son porque tienen ser y porque son partes o porciones del ser. Lo que resulta claro y seguro es que nada existiría si no existiese el ser: son dos formas de decir lo mismo.

De todo ello se desprende de manera evidente que el ser en general es lo primero y fundamental que hay en todas las cosas y, por consiguiente, hay que admitir que el ser es la causa primera y el primer motivo de todas las cosas. Y como el ser nunca comenzó a ser sino que ha existido siempre, según acabamos de demostrar, y como, por otra parte, todas las cosas no son más que modificaciones del ser, hay que concluir que, evidentemente, nada ha sido creado, por lo que no hay creador.

Todas estas proposiciones se deducen unas de otras y son irrefutables.

68

La posibilidad o imposibilidad de las cosas no dependen de la voluntad ni del poder de ninguna otra causa

Estoy viendo que nuestros deícolas se apresurarán a decir que el ser que ellos llaman inmaterial y divino jamás comenzó a existir y que, en realidad, ha existido siempre, como lo demuestra el razonamiento que acabo de hacer, pero que el ser material y perceptible no ha existido siempre y no habría existido ni habría podido existir si no lo hubiese creado el ser inmaterial y divino.

Pero resulta muy fácil poner de manifiesto la debilidad y vanidad de semejante respuesta.

1º. Es vana porque admite, sin prueba ni razón alguna, la existencia de un ser desconocido, incierto y dudoso, que no se puede ver ni podemos encontrar en ninguna parte y del que no es posible formarse ninguna idea cabal. Ya que el ser inmaterial y divino que la mencionada respuesta supone es un ser completamente desconocido, incierto y dudoso, que no puede verse ni encontrarse en ninguna parte, y del que no es posible formarse una idea cabal. Además, postula sin prueba ni razón alguna que ese supuesto ser existe, y lo hace así porque, como pondremos de manifiesto a continuación, resulta imposible que los deícolas puedan aportar alguna prueba sólida y convincente de su existencia, luego la mencionada respuesta es vana.

2º. Es vana porque, como es absolutamente necesario admitir que debe existir alguna clase de ser que sea eterno, es evidente que resulta mejor atribuirle la eternidad a un ser real y verdadero, cuya naturaleza y existencia son conocidas realmente y del que sabemos que no se pueden conocer ni el origen ni el comienzo, que atribuírsela a un supuesto ser absolutamente desconocido, incierto y dudoso y del que no se conocen ni su naturaleza ni su existencia y que, por tanto, sólo puede ser un ser imaginario. Digo imaginario porque un ser que es incierto y dudoso, no se puede ver y no se puede encontrar por ninguna parte, del que no hay forma siquiera de hacerse una idea cabal, debe ser considerado como un ser imaginario más que real y verdadero. Por otra parte, este supuesto ser resulta tan incierto y dudoso que, pese a los miles de años que llevamos debatiendo sobre su existencia, nadie ha podido demostrarla ni aportar ninguna prueba clara y consistente de ella.

3º. Hay que admitir necesariamente que existe un primer ser del que están hechas todas las cosas, que está en todas las cosas y al que se reducen finalmente todas las cosas. Pues bien, resulta evidente que el ser material está en todas las cosas, que todas las cosas están hechas de ser material y que todas las cosas se reducen al ser material, es decir, a la propia materia, cosa que no se puede decir de un ser que no sería material en modo alguno. Luego hay que admitir que el primer ser es el ser material. Si es el primer ser, no puede haber ninguno antes que él. Si no puede haber habido

alguno antes que él, no puede haber sido hecho ni creado y, por tanto, ha existido siempre. De ahí que la proposición que supone sin prueba ni razón alguna que el ser material ha sido creado por un ser inmaterial y divino sea una proposición falsa.

4º. Es vana porque el argumento que acabo de exponer demuestra de manera evidente la existencia del ser y la eternidad del ser, que es lo que hay que admitir y habría que admitir. No se puede decir que demuestra de manera evidente la existencia y la eternidad de un ser desconocido, un ser incierto y dudoso del que no se puede concebir una idea cabal, pues desde el mismo instante en que el razonamiento demostrara realmente su existencia y eternidad, no sería un ser desconocido ni incierto ni dudoso. Así pues, el argumento mencionado no demuestra la existencia y la eternidad de un ser inmaterial y desconocido, sino la existencia y eternidad de un ser evidentemente conocido, cierto e indudable. El argumento demuestra la existencia y eternidad de un ser concebible y del que se tiene una idea clara y distinta. Pues bien, el ser material es el único que puede ser concebido y el único del que se puede tener una idea clara y distinta, luego… etc. El ser cuya existencia demuestra el argumento mencionado no puede ser otro que el ser en general, que se concibe mediante una idea clara y distinta como un ser dotado de extensión y que está necesariamente y por igual por todas partes. Lo que no se puede decir es, por tanto, que el mencionado argumento demuestre la existencia de un ser que no puede ser concebido y del que no se tiene una idea clara y distinta. De igual manera, no se podrá decir que demuestre la existencia de un ser que no está en ninguna parte o que pueda estar en algún sitio en concreto, ya que no hay ni puede haber razón alguna para decir o pensar que el ser en general tendría que estar más bien aquí que allá, ni que tuviese que estar en determinados lugares mejor que en otros. De ahí que el ser cuya existencia ha sido demostrada por el mencionado argumento no es otro que aquel que posee extensión y que se halla general y necesariamente por todas partes. Pues bien, el ser que posee extensión y se encuentra general y necesariamente por todas partes es el ser material, luego el argumento demuestra la existencia del ser material, y no la existencia de algún otro ser porque no puede haber ningún otro. Por consiguiente, la respuesta que los deícolas dan al argumento es vana y frívola, ya que sólo el ser material es conocido evidente y generalmente por todos y es cierto e indudable, mientras que el supuesto ser inmaterial y divino es absolutamente desconocido, incierto y dudoso y no podemos, como he dicho, formarnos una idea cabal de él. Luego el argumento demuestra la existencia y la eternidad del ser material y no la existencia ni la eternidad de un supuesto ser inmaterial y divino que nadie conoce y del que no es posible formarse una idea cabal. Por consiguiente, la mencionada respuesta es manifiestamente vana y frívola.

5º. Es vana porque, aunque admitiésemos que fuera posible dudar de la eternidad del ser material o de que hubiese existido siempre, no se puede dudar de que ha sido posible, cuando menos, ni de que ha sido posible por sí mismo, independientemente de cualquier otra causa.

En primer lugar digo que no se puede dudar de que ha sido, cuando menos, posible, porque si no hubiese sido posible es evidente que no hubiese podido ser ni existir tal como viene haciendo, y si no hubiese sido posible, es evidente que no habría podido ser ni existir tal y como viene haciendo, ya que resulta claro y evidente que lo que no es posible en sí no puede existir ni hacerse posible.

En segundo lugar digo que no se puede dudar de que haya sido siempre posible, independientemente de cualquier otra causa:

1. Porque al ser el primer ser, como ha quedado suficientemente demostrado, no podría depender en su posibilidad de ninguna causa.

2. Porque las cosas que son posibles o no son posibles no extraen su posibilidad o imposibilidad de la potencia arbitraria de alguna causa extraña, como se podría imaginar, sino que las obtienen de sí mismas, de lo más profundo de su naturaleza. De tal manera que no hay ninguna causa extraña que pueda, por gusto o mediante un acto de voluntad, hacer posible lo que es absolutamente imposible ni hacer imposible lo que es posible.

No estoy hablando de una posibilidad o una imposibilidad simplemente moral, puesto que es sabido que los propios hombres pueden muchas cosas, en determinados momentos y bajo determinadas circunstancias, que no podrían en otro momento o bajo circunstancias distintas. De igual manera, hay cosas que les resultan imposibles, en determinados momentos o bajo determinadas circunstancias, que no les resultarían imposibles en otro momento o bajo circunstancias distintas. No estoy hablando, pues, de esa clase de posibilidad o imposibilidad, sino de una posibilidad y una imposibilidad reales y absolutas, y aquí es necesario admitir que no hay ningún ser que pueda, por gusto o mediante un acto de voluntad, hacer posible lo que es imposible en sí, o que pueda, por gusto o mediante un acto de voluntad, volver imposible lo que es posible en sí. De tal manera que las cosas son posibles o imposibles en sí mismas, independientemente del poder o de la voluntad de cualquier ser.

Para que no haya dudas, aquí va una prueba. Si hacer que las cosas fuesen absolutamente posibles o imposibles dependiera del poder o de la voluntad de un ser dado, sólo sería posible o imposible lo que este ser determinara que fuera posible o imposible. De tal manera que si este ser hubiese querido, por ejemplo, que el cielo y la tierra fuesen imposibles y permaneciesen siendo imposibles, habrían sido imposibles. Y ahora que son posibles, porque tienen una existencia actual, ¿podría conseguir este ser que fuesen completamente imposibles? De igual manera, si hubiese querido hacer posible una montaña sin valles, ¿habría sido posible? Si hubiese querido asimismo, o se le hubiera antojado, que dos y dos no fuesen cuatro o que el todo no fuese mayor que la parte, ¿habría podido hacerlo? Por la misma razón, si hubiese querido o se le hubiese antojado que el triángulo no tuviera ángulos, ¿habría podido hacerlo? Y si hubiese querido también o quisiese en el presente que una cosa fuese y no fuese al mismo tiempo, ¿habría conseguido que fuese y no fuese al mismo

tiempo? Y si este ser hubiese querido no ser, ¿no sería? Ya que si no fuese, no sería posible que fuese, porque, al no ser, no podría ni siquiera conseguir que él mismo fuese posible y no habría, por otra parte, nada que pudiera hacerlo ni volverlo posible, con lo que nada sería posible.

Todas estas consecuencias son manifiestamente absurdas y, por tanto, resulta evidente que las cosas son posibles o imposibles por sí mismas, es decir, que extraen de lo más profundo de su naturaleza su posibilidad o imposibilidad, y ello independientemente, como he dicho, del poder y la voluntad de cualquier otra causa.

Contra esta última conclusión podría argüirse tal vez que la esencia y la existencia de ese primer ser inmaterial y divino son absolutamente necesarias e independientes de cualquier poder y de cualquier voluntad, y que, por consiguiente, este primer ser no puede volverse por sí mismo imposible ni dejar de ser o de existir ni ser menos que lo que es, pero que las cosas materiales, perceptibles, visibles e invisibles, por más que sean, en realidad, posibles o imposibles en sí mismas independientemente de cualquier poder y voluntad, no pueden ni podrían existir por sí mismas independientemente de la existencia y de la voluntad de este primer ser inmaterial y divino que se llama Dios, ni podrían, por consiguiente, existir independientemente de su poder y su voluntad. Y como vemos que existen ahora mismo, es necesario reconocer necesariamente, dirán los deícolas, la existencia de un ser inmaterial y divino que las habría creado.

Pero eso no se puede decir de ninguna manera:

1. Porque equivale a dar por supuesto, sin aportar ninguna prueba ni razón alguna, lo que está en discusión, por lo que este razonamiento no prueba ni concluye nada.

2. Porque si todas las cosas materiales y perceptibles son posibles o imposibles en sí mismas, independientemente del poder y la voluntad de cualquier otro ser, como acabamos de demostrar y es preciso admitir, serán asimismo posibles o imposibles independientemente de la existencia y la voluntad de esta causa, ya que no se puede decir que las cosas que dependen del poder o la voluntad de una causa puedan o deban depender de la existencia de esa causa. Por esto, como las cosas materiales y perceptibles son, según se ha demostrado y es preciso admitir, posibles o imposibles independientemente del poder y la voluntad de Dios, también son necesariamente posibles o imposibles con independencia de la existencia de Dios. Y si son posibles o imposibles independientemente de su existencia, pueden existir con independencia de que Dios exista.

Es decir, que no dejarían de poder existir aunque no hubiera Dios. Y si no dejan de poder existir no sólo hay que decir que no dejarían de poder existir sino que hay que decir que no dejarían de existir efectivamente. Ya que en el supuesto caso de que no existieran efectivamente, no podrían existir de ninguna manera, porque no podrían darse a sí mismas la existencia que no tendrían ni habría Dios de ninguna clase para dársela. Sin embargo, como habría que admitir, hasta en un caso como ése, que no

dejarían de ser posibles ni dejarían de poder existir, hay que admitir necesariamente que no dejarían de existir efectivamente aunque no hubiese Dios.

Siendo así, resulta claro y evidente que es incluso completamente inútil suponer la existencia de un Dios que habría creado el mundo y las cosas materiales y perceptibles que están en él, porque es preciso admitir necesariamente que las cosas no dejarían de poder existir e incluso de existir efectivamente aunque no existiese un creador de esa clase.

Por lo que es necesario admitir que las cosas materiales y perceptibles son posibles o imposibles en sí mismas, es decir, que extraen como de ellas mismas y de lo más profundo de su naturaleza su posibilidad o su imposibilidad, y eso independientemente, como he dicho, del poder o la voluntad de cualquier otra causa. Y como, por consiguiente, el ser material y perceptible ha sido siempre posible, según acabamos de demostrar, no puede extraer su posibilidad más que de sí mismo y de lo más profundo de su propia naturaleza, independientemente de cualquier otra causa. Y si ha sido siempre posible, hay que concluir necesariamente que ha podido existir por sí mismo e independientemente de cualquier otra causa. Y si ha podido existir por sí mismo independientemente de cualquier otra causa, hay que reconocer necesariamente que siempre ha sido y que ha existido siempre, pues resulta claro y evidente que, si no hubiese existido siempre, no habría podido producirse la existencia cuando no la tenía o no la habría tenido. Y como no se puede dudar de que no tenga existencia ahora mismo, hay que concluir necesariamente que siempre la tuvo o, de lo contrario, habría que decir que no la tuvo o que no habría podido tenerla si no era dependiendo de otra causa. Y eso es justo lo que no se puede decir, porque acabamos de demostrar que, al haber sido siempre posible por sí mismo desde lo más profundo de su propia naturaleza e independientemente de cualquier otra causa, pudo producir la existencia por sí mismo independientemente de cualquier otra causa.

Este argumento prueba suficientemente la independencia y la eternidad del ser material y perceptible. Pero lo que confirma aún más la independencia y al mismo tiempo la eternidad del ser material y perceptible es que no existe ninguna conexión ni ninguna relación necesaria entre la idea del ser material y perceptible y la idea de ese supuesto ser inmaterial y divino, ni entre la existencia de uno y la existencia del otro, porque tenemos, de manera manifiesta, una idea clara y distinta del ser material y perceptible. Conocemos claramente su existencia, su naturaleza y sus propiedades, y eso sin conocer de ninguna manera a ese supuesto ser inmaterial y divino e incluso sin pensar de ninguna manera en él y, por consiguiente, sin tener ninguna idea de él.

Más aún, pongamos el caso de que no haya habido ni haya ningún ser inmaterial ni ningún ser espiritual y divino; pues bien, no por ello dejaremos de tener una idea clara y distinta del ser material y perceptible ni las cosas dejarán de existir en su totalidad, su ser y su forma. Por ejemplo, el cielo, la tierra y todo lo que vemos no dejarán de existir, seguiremos teniendo de todo ello una idea clara y distinta, como acabo de decir, y veremos que existen de la misma manera que lo veríamos si no

existiese un ser espiritual y divino. En suma, la destrucción o negación de Dios no conlleva consigo la destrucción ni negación de ningún ser material y perceptible. Por el contrario, la destrucción o negación del ser material y perceptible destruye al mismo tiempo la idea de todo ser perceptible, pues, si ponemos por caso que no existe el ser material y perceptible, se destruyen al mismo tiempo el cielo, la tierra y todo cuanto contienen porque se puede ver claramente que, si no hubiese ser material y perceptible en absoluto, no podría haber cielo ni tierra ni nada de lo que vemos; pero en cambio, si no hubiese ser espiritual y divino no veríamos que no había ningún ser material y sensible.

Se puede suponer, como hacen los deícolas, que existen tantos seres inmateriales y espirituales como se quiera, sean uno o varios. Es decir, se puede suponer que existen tantos seres que no tienen forma ni aspecto ni cuerpo ni extensión como se quiera; pues bien, no por ello existirán seres materiales y sensibles ni ser real alguno; con ello no se ve que existan la tierra ni el cielo, y ni siquiera que exista una simple mosca, ni que existan ni que puedan existir, porque no hay relación alguna entre el ser material y perceptible y un supuesto ser que no tiene nada de material ni de perceptible. De igual manera, aunque se plantee la destrucción completa de todo ser espiritual e inmaterial, no por ello veríamos que se destruyen el cielo y la tierra, ni siquiera una simple mosca, porque la destrucción de uno y la destrucción de otro no guardan relación alguna.

No ocurre lo mismo si planteamos la existencia o la destrucción del ser material y perceptible. Supongamos por un momento que existe el ser material y perceptible; entonces tendremos, al mismo tiempo, la esencia y la naturaleza, o al menos la base de la esencia y de la naturaleza de todo ser material actual o posible. Tendremos la esencia y la naturaleza o, al menos, la base o fundamento de la esencia y de la naturaleza del cielo, de la tierra y de todo cuanto contienen. Y no sólo de todo cuanto contienen ahora sino de todo lo que contuvieron y de todo lo que podrían contener, porque la esencia y la naturaleza de lo que existe ahora, de todo lo que existió y de todo cuanto podría existir en el futuro radica en el ser material y perceptible y en la modificación del ser material y perceptible. Y esto tendrían que admitirlo los deícolas porque hasta en sus libros supuestamente divinos y santos se dice que no hay nada nuevo en el mundo, que todo lo que es en la actualidad no es otra cosa que aquello que fue en los siglos pasados y que será en los siglos venideros: «Lo que pasó, eso pasará; lo que se hizo, eso se hará: nada hay nuevo bajo el sol. Si de algo se dice: “Mira, esto es nuevo”, ya sucedió en otros tiempos mucho antes de nosotros» (Eclesiastés, 1,9, 11). Nadie puede decir que esto o aquello es nuevo, etc. Por el contrario, si suponemos la destrucción del ser material y sensible, se destruirán al mismo tiempo el cielo, la tierra y todo cuanto contienen.

Si esto es así, resulta claro y evidente que el ser material y sensible no guarda conexión o relación o correspondencia alguna con el supuesto ser espiritual y divino; resulta claro y evidente que el ser material no supone otro ser que él mismo. Y si no

supone más ser que sí mismo, tiene que existir necesariamente con independencia de cualquier otro ser.

69

Igualmente, las verdades básicas y fundamentales son eternas y no dependen de ninguna otra causa

En cierto modo ocurre lo mismo con la independencia y la eternidad de ciertas verdades básicas y fundamentales, que son necesarias y permanecen inmutables en sí mismas y por sí mismas, no habiendo poder alguno que sea capaz de hacerlas cambiar de naturaleza, es decir, de convertirlas en falsas o impedir que sean verdaderas.

Se trata de verdades como dos y dos son cuatro, cuatro por tres son doce, quince más cinco son veinte, etc. O: el todo es más grande que la parte, un triángulo tiene tres ángulos, una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Nadie puede hacer lo que no es posible y muchas proposiciones por el estilo, que son tan verdaderas por su propia naturaleza, no pueden ser de ninguna manera falsas. Porque no es posible que dos y dos no sean cuatro, que tres por cuatro no sean doce y el todo no sea mayor que la parte, etc. No se puede negar ni poner en duda este tipo de verdades básicas y fundamentales, a menos que se quiera renunciar por completo a las luces de la razón o se rechace el razonamiento humano, pues estas verdades se dan a conocer por sí mismas y no necesitan ninguna prueba porque ellas mismas son más claras y ciertas que cualquier prueba. Es cierto e indudable y resulta claro y evidente que esas verdades son eternas y necesarias, y que lo son con independencia de cualquier otro poder.

Pues bien, la eternidad e independencia de ese tipo de verdades demuestra, también de manera evidente, la eternidad e independencia del ser material y sensible, ya que resulta claro y evidente que para que esas verdades sean eternas e independientes, como lo son, tienen que ser necesariamente verdaderas y no haber sido nunca falsas. Por consiguiente, para que sea y haya sido verdad que dos y dos son cuatro, tienen que haber existido necesariamente dos y dos, y eso siempre. Ya que si no hubiera habido siempre dos y dos, no habría sido verdad siempre que dos y dos son cuatro, pues para que dos y dos sean cuatro, tiene que haber habido necesariamente dos y dos; por consiguiente, si ha sido verdad siempre que dos y dos son cuatro, cosa que no se puede dudar, tiene que haber habido siempre dos y dos. De igual manera, para que sea verdad que el todo es mayor que la parte, tiene que haber habido necesariamente un todo con partes de ese todo, ya que si no hubiese habido todo ni partes en ese todo, ¿cómo podría ser verdad que el todo es mayor que la parte? No se podría decir o no se hubiera podido decir siempre; sólo se habría podido decir, si se prefiere, que una vez admitido que hay un todo y que en ese todo hay partes, el todo será mayor que la parte. Si siempre ha sido verdad que el todo es mayor que la parte, tiene que haber habido siempre necesariamente un todo con

partes. Y como está demostrado que este tipo de verdades son eternas, y hasta son independientes de cualquier poder, hay que concluir necesariamente que siempre ha habido dos y dos para que pueda ser que dos y dos son realmente cuatro, así como siempre ha habido un todo con partes para que el todo sea realmente mayor que la parte.

Lo cual demuestra de manera suficiente y evidente la eternidad e independencia del ser material, porque sólo el ser material puede hacer y formar realmente un todo compuesto de diversas partes. Se puede decir incluso que la verdad, hablando en general, es tan independiente de todo cuanto se pueda pensar o imaginar que, aunque no hubiese cuerpo ni espíritu ni tipo alguno de materia, aunque no hubiese ningún creador ni criatura alguna, aunque no hubiese ninguna cosa en el mundo, habría, sin embargo, una verdad al menos, porque puestos en semejante tesitura al menos sería verdad que no hay nada. Por eso se puede decir sin asomo de duda que las verdades básicas y fundamentales son eternas e inmutables en sí mismas e independientes por completo de cualquier poder que pueda existir.

Se podría objetar contra lo que acabo de decir acerca de la independencia, la posibilidad y la existencia actual del ser material, que una casa, por ejemplo, o una ciudad, un hombre, un caballo, un árbol, un reloj, etc., son cosas que son posibles con independencia del poder humano, y que sólo pueden existir porque dependen de otras causas que los hacen existir o les dan la existencia. Una casa, por ejemplo, un castillo o una ciudad no podrían existir por sí mismas a menos que haya, como mínimo, obreros que la construyan. Un hombre, un caballo, un árbol o cualquier tipo de planta o animal no tendrían existencia por sí mismos y no podrían existir si no fuesen engendrados o producidos por otras causas, y se podría decir, por tanto, que aunque el ser material y perceptible sea posible y haya sido posible por sí mismo, con independencia de todo poder, de ello no se sigue que tenga o haya tenido existencia por sí mismo, ya que vemos cotidianamente que hay cosas que, aún siendo posibles en sí mismas, no existen o no tendrían existencia por sí mismas.

Es muy fácil contestar a esto, pues es evidente que las cosas posibles que he mencionado más atrás a título de ejemplo son sólo obras artificiales o de la naturaleza en lo que se refiere a su forma, y tienen además comienzo y fin, por lo que, dicho de esta manera, no se puede negar que no dependan de la industria o de la naturaleza, es decir, del ser material que las ha formado. Pero en cuanto a su sustancia, que permanece y perdura bajo cualquiera de las formas que adopte, no constituyen en realidad más que porciones del ser material y sensible, porciones de este ser eterno que, como he dicho, tiene en sí mismo su posibilidad y existencia. Por lo que no se puede decir que sean obra de la industria o de la naturaleza, ni que sean realmente seres nuevos, ya que se trata de las mismas partes del ser material, perceptible y eterno que aparecen bajo formas y aspectos nuevos. Y eso no se produce por la intervención de una fuerza o un poder extraño, sino por la sola potencia y la sola fuerza de la propia naturaleza. Es decir, el ser material adopta, por sí mismo y debido

a su movimiento natural, toda clase de formas y aspectos en diferentes sujetos, por lo que, gracias a las diversas modificaciones y configuraciones de sus partes, así como a los diversos movimientos, agitaciones y sacudidas, inspira o proporciona al hombre la industria de las artes y las ciencias, a los animales los instintos e inclinaciones más convenientes, y a las plantas, así como al resto de cosas inanimadas, las virtudes y propiedades que poseen. De ahí que resulte claro y evidente que la supuesta objeción nada puede contra lo que he dicho respecto a la independencia de la posibilidad y la existencia eterna del ser material y perceptible.

Todos estos razonamientos se basan en los principios de la metafísica y resultan demostrativos en su campo, pero se necesita un poco de aplicación para que se pueda ver perfectamente su evidencia. Pero volvamos al principio del que estoy hablando.

Vemos claramente que, como he dicho, hay un mundo. Este mundo no es más que el ser material y perceptible o sensible, que, según he demostrado, no sólo es posible en sí mismo, independientemente del poder o la voluntad de cualquier otro ser, sino que, además, como también he demostrado, obtiene su existencia de sí mismo con independencia de la voluntad o el poder de otro ser cualquiera. Si esto es así, hay que concluir necesariamente que el mundo ha existido siempre, al menos en tanto que sustancia. Ya que si no hubiese existido en tanto que sustancia, no habría podido darse el ser ni la existencia cuando no los hubiera tenido. Y como vemos ahora mismo que es, y no podemos dudar de que sea, hay que concluir necesariamente que ha sido siempre, por lo menos en tanto que sustancia, como he dicho.

Y para confirmarlo añadiré otro argumento.

Vemos cada día nuevas producciones de la naturaleza. Estas producciones tienen sus causas próximas e inmediatas; pues bien, aunque estas causas próximas e inmediatas hayan sido producidas por causas más lejanas, en todas esas producciones tiene que haber una primera causa no producida y que, por consiguiente, haya sido o sea lo que es independientemente de otra causa. Pues si no hubiese una causa primera no producida habría que remontarse de causa en causa hasta el infinito. Ahora bien, repugna remontarse de causa en causa hasta el infinito, luego hay que reconocer que tiene que haber una causa primera no producida y que sea lo que es por sí misma, con independencia de cualquier otra causa. No hay nadie que no pueda aceptar este principio o razonamiento. En él se ponen de acuerdo tanto los ateos como los deícolas y tanto los deícolas como los ateos. Ya que si los deícolas no estuviesen de acuerdo con él, no podrían decir que hay un Dios que ha creado todas las cosas.

Pero donde los deícolas y ateos no se ponen de acuerdo es en el nombre y las cualidades particulares que debe tener esa causa primera. Los deícolas le dan el nombre de Dios y los ateístas o ateos le dan el nombre de Naturaleza o ser material, o simplemente materia. Si no se tratara más que de un nombre resultaría fácil ponerlos de acuerdo, ya que, como los nombres no hacen nada ni cambian la naturaleza de las cosas, resultaría indiferente darle a esta causa primera el nombre de Dios o de Naturaleza o materia, por lo que no es necesario disputar por ello. Pero como los

deícolas le atribuyen el poder de crear y gobernar todas las cosas en general, con una inteligencia suprema y una voluntad todopoderosa, y extraen de ello muchas consecuencias falsas y muchos pretextos vanos para imponer a su gusto leyes y mandamientos a los hombres y para hacerles creer todo lo que quieren, etc., mientras que los ateos niegan completamente a ese ser el poder de crear y le niegan la suprema inteligencia y la supuesta voluntad todopoderosa, habría que examinar más detenidamente estas divergencias refutando la opinión que sostiene que la causa primera posee el poder de crear y gobernar todas las cosas mediante una voluntad todopoderosa y una inteligencia soberanamente perfecta.

70

La creación es imposible, nada puede haber sido creado

En primer lugar, y por lo que se refiere al supuesto poder de crear, empezaré probando que no puede ser, porque crear es hacer algo de la nada. Y como no hay ningún poder capaz de hacer algo de la nada, no hay poder que pueda crear. Sé muy bien que a esto se le suele objetar, de ordinario, que no hay poder creado y limitado que pueda hacer algo de la nada, pero que un poder no creado e infinito, como el de un Dios todopoderoso, puede hacer algo de la nada y, por tanto, puede crear. Más allá de que esta respuesta no resulta satisfactoria, porque supone de manera gratuita y sin fundamento aquello que se cuestiona, probaré que no hay poder alguno que pueda hacer algo de la nada. Veamos cómo lo pruebo:

No puede haber poder alguno capaz de crear o de hacer algo a partir de la nada si no hay algo que pueda haber sido creado o haber sido hecho a partir de la nada. Ahora bien, como no hay ninguna cosa que pueda haber sido creada o hecha a partir de la nada, luego… etc.

Probaré la segunda proposición de este argumento, única que puede ser negada. Si hubiera algo que hubiese podido ser creado o hecho a partir de nada, tendría que ser algo como el tiempo, el lugar, el espacio, la extensión y la materia. Y si ninguna de esas cosas puede haber sido creada o hecha realmente de la nada, resulta evidente que no hay nada creable, porque en la naturaleza no hay nada que pueda ser creado o hecho que no sea tiempo, lugar, espacio, extensión y materia. (No estoy hablando aquí de lo que se llama por regla general *espíritus* o *sustancias espirituales*, ya que, como esas supuestas sustancias no existen en absoluto y ni siquiera son posibles, como demostraré a continuación, no pueden haber sido creadas ni hechas, por tanto, de la nada). Voy a demostrar que ni el tiempo ni el lugar ni el espacio ni la extensión, y ni siquiera la materia, pueden ser creables ni pueden haber sido hechas a partir de nada. Luego no hay poder alguno que pueda crear y hacer algo a partir de nada. Empezaré por el tiempo, que es lo primero que he nombrado, y probaré que no es creable. Veamos cómo lo hago:

Si el tiempo fuese algo creable, y si hubiera sido incluso creado, como pretenden los deícolas, no habría podido ser creado más que por un ser que le hubiese precedido, ya que si este ser no le hubiese precedido, ¿cómo habría podido crearlo? Y si le hubiera precedido, sólo habría podido hacerlo en el tiempo, ya que decir que le hubiese precedido en la eternidad y no en el tiempo es pura ilusión, pues la eternidad no es más que una continuidad perpetua de tiempo que no tiene comienzo ni fin. De ahí que decir que le habría precedido en la eternidad no es más que dar por perdida irreflexivamente la discusión, porque sería reconocer que le habría precedido un tiempo infinito, es decir, un tiempo que no tiene principio, por lo que no habría sido

creado ni precedido por ninguna causa. Pues resulta claro y evidente que nada puede preceder a lo que no tiene principio, que es lo que se quería probar.

Tampoco se puede decir que lo habría precedido por un tiempo limitado, fueran unos días, unos meses o unos años:

1º. Porque repugna que un supuesto creador divino de todas las cosas, supuestamente eterno, haya podido ser precedido por sus creaciones y obras, aunque sólo fuese por una cantidad de tiempo limitada a un número finito de días y años. Y si es él el que las ha precedido, aunque sólo sea por un lapso de tiempo, entonces él mismo tendría un comienzo, por lo que no habría existido siempre, y si no hubiese existido siempre no sería eterno, que era lo que pretendían los deícolas. Y no sólo no podría ser eterno sino que ni siquiera hubiese podido empezar a ser, pues, si no hubiese existido en un momento determinado, no habría podido darse el ser cuando carecía de él ni tampoco podría haberlo recibido de otro, porque no había nada como para haberle podido dar el ser. De ahí que tampoco se puede afirmar que el tiempo fue creado por un ser que le habría precedido por un espacio limitado y finito de tiempo.

Además, si este presunto creador del tiempo hubiera precedido al tiempo por un lapso de tiempo limitado y finito, tendría que suceder necesariamente que este lapso de tiempo finito y limitado no hubiese sido creado, porque, de lo contrario, habría precedido a la propia creación del tiempo. Pues si también él hubiese sido creado, no precedería de ninguna manera a la creación del tiempo, sino solamente a la creación de un tiempo determinado, que habría sido creado después. En caso de que se diga que este lapso de tiempo ha sido también creado, el argumento adquiere toda su fuerza, porque no podría haber sido creado más que por un ser que le hubiese precedido y que lo habría hecho por un lapso determinado de tiempo que, a su vez, tendría que haber sido creado por un ser que le hubiese precedido, con lo que habría que remontarse hasta el infinito para admitir que hubo creaciones infinitas de tiempo que se antecedieron, teniéndose que admitir, a la vez, que habría habido un creador que las habría precedido a todas ellas, lo que repugna por completo a la razón, pues no hay nada que pueda preceder a unos tiempos que serían infinitos.

Además, habría que admitir necesariamente creaciones nuevas de tiempo en cada momento, pues como el tiempo se halla en un flujo continuo y no puede haber dos partes de tiempo, por pequeñas que sean, que puedan ser o existir a la vez, sería necesario admitir que tenían que producirse nuevas creaciones de tiempo a cada instante, lo que resulta ridículo y absurdo. Y si, por el contrario, se quiere sostener que este ser que habría creado el tiempo lo habría hecho en un tiempo precedente que no hubiese sido creado, sería inútil suponer que existe un creador del tiempo, ya que habría que admitir que hubo un tiempo que no fue y que ni siquiera pudo ser creado. Pues si hay un tiempo del que se puede predicar que no ha sido creado nunca, habría que decir también que no hay ningún tiempo que pueda haber sido creado, pues no

hay tiempo que pueda ser más o menos creable que otro, porque ambos poseen la misma naturaleza.

2º. El tiempo sólo puede haber sido creado por una causa que le haya precedido, como acabo de decir, pero no hay nada que pueda haber precedido al tiempo, luego nada puede haber creado el tiempo.

Aquí va una prueba de que no hay nada que pueda haber precedido al tiempo:

Si hubiera habido algo que hubiese precedido al tiempo, eso o ese ser que le habría precedido sería o existiría antes del tiempo y no sería o existiría antes del tiempo, lo que, al resultar contradictorio, prueba que no pudo ocurrir. Sería antes que el tiempo porque le habría precedido, como hemos supuesto, pero no podría ser antes que el tiempo sin el propio tiempo, que sería necesariamente tan viejo como él.

Los deícolas podrían quizá decir entonces que el creador habría precedido al tiempo gracias a una prioridad de naturaleza y no a una prioridad de tiempo. Por lo que, aunque no existiese uno antes que otro en términos de tiempo, pudo muy bien haber sido uno la causa del otro y, por tanto, el primero podría haber creado al segundo. Aunque el sol y su luz, por ejemplo, no sean anteriores el uno a la otra con relación al tiempo, eso no impide, sin embargo, que el sol sea causa de la luz, ya que es el sol el que hace y produce la luz del día.

Responderé a esto diciendo que si el ser que habría creado supuestamente el tiempo le hubiera precedido únicamente por una prioridad de naturaleza y no de tiempo, sería preciso entonces que el tiempo y el supuesto creador del tiempo fueran igual de viejos, en términos de tiempo, es decir, que ambos deberían ser eternos, ya que el supuesto creador sería eterno. Ocurre lo mismo que con el ejemplo del sol y su luz: es preciso que el sol y su luz sean igual de viejos, por lo que si el sol es eterno, su luz también será eterna, ya que aquél sólo precedería a ésta debido a una prioridad de naturaleza. Ahora bien, si el tiempo y su supuesto creador son eternos, ninguno de los dos puede tener comienzo, y, como lo que no tiene comienzo no puede haber sido creado, entonces, como habría que admitir que el tiempo es eterno o coeterno con su supuesto creador, el tiempo no puede haber sido creado, por lo que no habría creador del tiempo. Lo que también se puede probar con otro argumento.

Si el tiempo fuera algo creable y hubiese sido efectivamente creado, tendría que darse necesariamente que es en sí mismo algo real y particular, es decir, distinto de cualquier otro ser. Ya que la creación ha de desembocar necesariamente en algo real, es decir en algún tipo de ser particular que haya salido de la nada, puesto que resulta imposible concebir que se dé creación cuando nada sale de la nada. Así, pues, si el tiempo hubiera sido realmente creado tendría que darse necesariamente que es algo real y particular que ha salido de la nada y que es distinto a cualquier otro ser.

Digo *distinto de cualquier otro* porque es evidente que el tiempo no es, por ejemplo, lo que llamamos el cielo o la tierra ni ningún ser particular de los contenidos entre el cielo y la tierra, pues no diremos, por ejemplo, que las piedras, las plantas, los hombres o los otros animales sean el tiempo. Además, estos seres tienen en sí mismos

una consistencia permanente, todas sus partes pueden existir y existen realmente juntas. Pero el tiempo pasa continuamente y ninguna de sus partes puede existir con otra. El pasado no puede coexistir con el presente ni el presente con el futuro, e incluso el presente es tan breve y corto que más que no dejar de ser, no es; es como un punto indivisible carente de extensión. Por otro lado, se concibe con facilidad que todos los seres particulares podrían no ser o dejar de ser; por ejemplo, que las piedras, las plantas, todos los animales y otras cosas similares podrían no ser y dejar de ser. Se concibe con facilidad incluso que el cielo y la tierra pudieran no ser y dejar de ser lo que son. Pero no es posible concebir que no exista el tiempo, y que el tiempo pueda tener fin y dejar de ser; y en cualquier punto que se pueda suponer que habría concluido o comenzado, hay necesariamente un antes que precedería al comienzo y un después que seguiría al fin. Ahora bien, ese antes y ese después marcan necesariamente una diferencia de tiempo, y si hay diferencia de tiempo es que hay tiempo, pues no habría diferencia de tiempo donde no hubiese tiempo. De ello se deduce que si el tiempo es una cosa creable, es decir, un ser que ha podido ser creado, tiene que ser un ser real y particular que se distinga de cualquier otro ser.

Lo cual demostraré de manera evidente con el argumento siguiente. Si el tiempo fuera un ser real que no fuese distinto de los demás seres, las propiedades del tiempo podrían darse en los demás seres y, al revés, las propiedades de los demás seres podrían darse en el tiempo, de acuerdo con el principio filosófico que dice: «las cosas que son de igual naturaleza que una tercera tienen la misma naturaleza entre sí».

Así pues, si el tiempo y los demás seres son de la misma naturaleza, las propiedades del tiempo tendrán que existir en los demás seres y, viceversa, las propiedades de los demás seres tendrán que existir en el tiempo. Ahora bien, resulta evidente que las propiedades del tiempo no pueden existir en los demás seres ni las propiedades de los demás seres pueden existir en el tiempo. De modo que si el tiempo es un ser real susceptible de haber sido creado, tiene que ser un ser completamente distinto de los demás.

1º. Veamos una prueba evidente de cómo las propiedades del tiempo no pueden darse en los demás seres. El tiempo puede dividirse en pasado, presente y futuro, y también en siglos, años, días, horas y segundos, pero sólo el tiempo y ningún otro ser puede dividirse así, luego las propiedades del tiempo no pueden darse en ningún ser que no sea el tiempo.

2º. Veamos una prueba evidente de que las propiedades de los demás seres no pueden darse en el tiempo. Todos los seres son corpóreos, o espirituales en opinión de los deícolas, es decir, sólo pueden ser cuerpos o espíritus. Los cuerpos tienen la propiedad de poder ser divididos en tres dimensiones, es decir, largura, altura y anchura, y también poseen propiedades como la de ser impenetrables y estar limitados por alguna configuración. Pues bien, el tiempo no puede ser limitado por configuración alguna, ya que no se puede decir que sea redondo o cuadrado o triangular. Tampoco se puede decir que es blando o duro, como los cuerpos, ni que

tenga las tres dimensiones de los cuerpos ya que, aunque se pueda decir de alguna manera que es corto o largo, no se puede decir que es ancho o estrecho ni fino o espeso. Por lo cual las propiedades de los cuerpos no pueden darse en el tiempo, de la misma manera que las propiedades del tiempo no pueden darse en los cuerpos.

Igualmente, las propiedades del espíritu (si es que eso que se llama *espíritu* es algo distinto del cuerpo) consisten en ser sustancias inmateriales capaces de pensar y querer, de conocer y concebir el bien o el mal. Ahora bien, el tiempo no es una sustancia inmaterial ni material. No es una sustancia capaz de pensar y querer ni capaz de concebir el bien o el mal. Así pues, si el tiempo es un ser real, tiene que ser necesariamente un ser distinto del cuerpo y del espíritu y distinto también de los demás seres particulares. Ahora bien, como es imposible concebir que el tiempo pueda ser un ser real y particular, no puede ser una cosa que haya sido creada.

Hay que señalar, sin embargo, que el tiempo no es una nada o no forma parte de la nada, ya que la nada carece de propiedades mientras que el tiempo tiene varias, según hemos puesto de manifiesto. Las partes del tiempo llamadas años, por ejemplo, u horas, o segundos no son una nada pues solemos contarlos cotidianamente, además de que se multiplican cada día. Y si no son una nada, tienen que ser algo y, además, algo que no haya sido creado ni sea creable ya que sólo los seres reales han sido o han podido ser creados.

¿Qué podría ser el tiempo, ya que no es una nada ni ningún ser real positivo y sustancial? Si lo pensamos bien, encontraremos infaliblemente que el tiempo no puede ser otra cosa que duración, de tal manera que es la duración la que hace que el tiempo sea tiempo, pues sólo podemos decir que es corto o largo en relación con la brevedad o el tamaño de la duración. De igual modo, podemos contar las horas, los días, los años y los siglos gracias a la división en partes de la duración.

Pero como este término de *duración* o *durar* no se puede aplicar más que a lo que es y dura efectivamente, y como lo que dura efectivamente no puede existir sin duración ni la duración sin algo que dure y, además, no es la duración de las cosas que empiezan y acaban lo que hace que el tiempo sea tiempo, porque el tiempo no dejaría de ser antes del comienzo ni después del final de las cosas, hay que concluir que sólo la duración de un ser estable y permanente puede hacer que el tiempo sea tiempo.

Y como sólo el primer ser es estable y permanente y sólo ese ser puede existir sin comienzo ni fin y como, además, este primer ser no ha podido ser sin duración ni la duración ha podido existir sin él, hay que concluir que la duración continua es lo que hace que el tiempo sea lo que llamamos tiempo.

Así pues, el tiempo no es un ser que pueda haber sido creado y, por consiguiente, no puede haber creador del tiempo, como tampoco lo hay del primer ser, del que nadie puede decir que haya sido creado.

Para confirmar todo esto basta con decir que si el tiempo fuese algo creado, o un ser real y positivo, habría que admitir que las horas, los años y los siglos serían seres

reales y positivos y podrían haber sido creados juntos en un único y primer instante. Ahora bien, repugna que los años y los siglos puedan haber sido creados juntos en un único instante, luego el tiempo no es un ser real y positivo que pueda haber sido creado.

Se puede objetar a esto diciendo que el tiempo posee una naturaleza tal que los momentos que lo componen sólo pueden ser creados sucesivamente, es decir, unos tras otros, por lo que las horas, los años y los siglos sólo pueden venir unos detrás de otros y no todos juntos en un solo instante.

Estoy de acuerdo con la verdad que contiene esta respuesta, y por eso mismo hay que decir que el tiempo no es un ser que pueda haber sido creado con todas sus partes a la vez como ocurre con los demás seres. Pero si se dice que el tiempo es un ser real pero que, sin embargo, sus partes no han podido ser creadas de una vez, es lo mismo que decir que *se necesita tiempo para crear el tiempo*, es decir, que se necesita, por ejemplo, una hora para crear una hora, un año para crear un año y un siglo para crear un siglo, etc., lo que resulta ridículo y absurdo porque es como si se dijera que para crear materia hace falta materia, que para crear un pie o una toesa de materia hiciese falta un pie o una toesa de materia y que para crear el mundo hiciera falta un mundo entero. Resulta evidente que esto no puede ser y resultaría ridículo hablar de esta manera, por lo que hay que concluir que el tiempo no es un ser que pueda haber sido creado.

3º. Si el tiempo fuese un ser que pudo haber sido creado, habría sido, sin duda, creado solo. ¿Qué necesidad habría habido de crear otro ser con él? Parece que ninguna. Ahora bien, si el tiempo hubiese sido creado como un ser cualquiera, ¿habría sido cuerpo o espíritu? ¿Habría sido corpóreo o espiritual? ¿Qué idea tendríamos que formarnos de un ser como él? Porque tendríamos que tener alguna idea sobre él, puesto que cuando se habla hay que saber lo que se dice y tener ideas claras acerca de cuanto se quiere exponer. Va contra la razón pretender asegurar aquello que no se sabe o no se conoce. Es vergonzoso, como dice un autor muy sensato, que «los hombres de talento y los filósofos, que están obligados a buscar la verdad y defenderla con toda clase de argumentos, se contenten con lo que no entienden» ([Malebranche], *De la Recherche de la Vérité*, I, VIII, 3).

He demostrado suficientemente que el tiempo no puede haber sido creado. Veamos ahora si podemos demostrar que el lugar, el espacio y la extensión, que vienen a ser lo mismo, no pudieron haber sido creados, pues no parece que ese tipo de cosas hayan podido ser creadas.

1º. Si el lugar, el espacio y la extensión, que son aproximadamente lo mismo, como acabo de decir, fuesen algo creado, como pretenden los deícolas, tendría que ser cierto que no hubo lugar ni espacio ni extensión antes de que fuesen creados. Por extensión, espacio y lugar entiendo lo mismo, con la salvedad de que el lugar es únicamente un espacio limitado o una extensión limitada que contiene un solo cuerpo, el espacio es una extensión más amplia que contiene o puede contener varios

cuerpos, y la extensión es, en general, un espacio sin límite ni fin que contiene a todos los seres, todos los lugares y todos los espacios imaginables.

Digo, pues, que si el lugar, el espacio o la extensión fuesen algo creado, no tendría que haber ni lugar ni espacio ni extensión antes de que hubiesen sido creados, por lo que no habría habido entonces ninguna necesidad de crearlos pues serían ya, antes de su supuesta creación, todo lo que tenían que ser. Pero si no había ni lugar ni espacio ni extensión, ¿dónde se encontraba el que tenía que crearlos? Resulta evidente que no podía encontrarse en ningún lugar ni en ninguna parte, ¡puesto que todavía no había ni lugar ni espacio ni extensión! De tal manera que no estaba en ninguna parte. Ahora bien, lo que no es ninguna parte es nada, y la nada no puede crear ninguna cosa. Luego el lugar, el espacio y la extensión no pueden haber sido creados.

Sería inútil argüir que aquel que los habría creado no estaba realmente en ningún lugar ni en ninguna parte concreta sino que estaba en sí mismo por lo que, al ser todopoderoso en sí y por sí mismo, habría creado todo lo que es lugar, espacio y extensión. Y digo que es inútil que se diga esto porque lo que no está en ninguna parte, como no es absolutamente nada, no posee ser y no puede ser nada en sí mismo ya que no ser y no estar son cosas equivalentes. Luego ese supuesto creador del lugar, del espacio y de la extensión, como no estaba en ninguna parte, no podía ser algo en sí mismo ni, por tanto, podía hacer nada en el exterior de sí mismo, porque no había siquiera él mismo. Pues de la misma manera que no ser excluye toda clase de maneras de ser, no estar excluye también toda clase de maneras de estar.

Además, lo que no está en ninguna parte no puede actuar ni hacer nada en ninguna parte, luego lo que no está en ninguna parte no habría podido hacer nada ni crear nada en ninguna parte. Sería algo admirable que lo que no está en ninguna parte hubiese podido hacer lo que está por todas partes. Afirmar que pudiese producirse eso sobrepasa toda inteligibilidad y posibilidad.

Además, este ser, que se supone que es en sí mismo aunque no esté en ninguna parte, tendría que ser en sí mismo extenso, porque de lo contrario no sería. Si fuese extenso, habría entonces una extensión y un espacio en el que tendría que estar él mismo, ya que no es posible extensión sin espacio ni espacio sin extensión y, como ya habíamos supuesto que este ser no estaba en ninguna parte, habría que decir que esa extensión y ese espacio no estaban en ninguna parte, lo que repugna a la razón.

Y como la extensión o el espacio habrían precedido a la creación, según la misma conjetura, hay que concluir que no pudieron ser creados. Por lo tanto, la extensión o el espacio no pudieron haber sido creados porque habrían precedido a la propia creación.

Cuando se dice, por otra parte, que ese ser que no estaba en ninguna parte y que, sin embargo, habría estado en sí mismo sin tener ni siquiera extensión, ¿cómo podría haber creado todo el espacio, que es una extensión vastísima e incluso una extensión infinita? Es absolutamente imposible, no sólo porque una cosa no puede producir lo

que no tiene, sino también porque debe existir alguna relación o proporción entre la causa y el efecto, entre lo que hace una cosa y la cosa hecha. Pues bien, es evidente que no hay ninguna relación ni ninguna proporción entre un ser que no tiene extensión y un ser que tiene una extensión infinita. Por tanto, el ser que no tiene extensión no puede ser causa eficiente de un ser que tiene una extensión infinita. Lo finito no puede hacer o construir el infinito, y lo que no tiene extensión debe ser necesariamente finito, e incluso tan finito y tan pequeño que no podría serlo más.

Así pues, lo que no tiene extensión no puede haber creado la extensión, que es necesariamente infinita. Digo *necesariamente infinita* porque, por muy lejos que llevemos los límites, siempre habrá un más allá que se extiende también sin límites y sin fin. Luego la extensión no tiene fin y, por consiguiente, es infinita y no puede haber sido creada por un ser que carezca de extensión.

Por otra parte, todo lo creado o hecho depende necesariamente en su creación o producción de la voluntad y el poder de quien hace o crea. Ahora bien, como la extensión es necesariamente infinita en su totalidad, tal como he dicho, no puede depender de nada. No puede depender ni de la voluntad ni del poder de creador alguno, ya que si dependiera, el creador la habría creado o hecho como hubiese querido, es decir, habría podido crearla más o menos grande, habría podido crear la cantidad que hubiese querido e incluso podría no haberla creado y hasta podría aniquilar toda la que hay. Pero no, eso no se puede. La extensión es, en su totalidad, infinita. Es actual y necesariamente todo cuanto es y puede ser. No se le puede añadir ni sustraer nada, ella ha sido necesariamente lo que es y será necesariamente siempre lo que puede ser, independientemente de cualquier voluntad o cualquier poder, por lo que no puede haber sido creada.

2º. Para crear hay que actuar, para actuar hay que moverse, y para moverse se necesita espacio y extensión. Porque es evidente que el movimiento sólo se efectúa en el espacio y que sólo a través del movimiento se produce la acción, de tal manera que es imposible que haya acción sin movimiento y sin cambio, tanto por parte del que actúa como por parte de aquello que se obtiene con la acción. De igual manera, es imposible que haya movimiento o cambio, sea de lugar o de situación, sin que haya algo de espacio o extensión. Así pues, como toda creación es acción, y como toda acción conlleva movimiento o cambio, sea de lugar o de situación, y que todo movimiento y cambio, ya sea de lugar o de situación, implica necesariamente espacio o extensión donde poder realizarse, de todo ello se sigue necesariamente que el espacio y la extensión preceden a cualquier acción y movimiento y, por consiguiente, no pueden haber sido creados por acción alguna.

Se me dirá que la creación del tiempo, del espacio y de las demás cosas tuvo lugar sin que se hubiera producido movimiento alguno ni cambio en quien los habría creado o los creó. Pero eso es imposible, ya que como ese ser no creó nada antes de empezar a crear, no habría podido comenzar a crear y a hacer lo que no hacía si no se hubiese producido algún tipo de cambio en él. Aquí va una prueba: todo acto es una

modificación del ser que actúa, y varios actos suponen otras tantas modificaciones del ser que actúa. Pues bien, la creación supuso o habría supuesto un nuevo acto por parte del creador, luego habría producido en él una modificación de la manera de ser y, por consiguiente, habría producido un cambio en él, ya que si no se hubiese producido en él un cambio, no habría podido hacer nada nuevo.

Veamos otra prueba. *Lo que permanece idéntico a sí mismo no puede hacer más que lo que es idéntico a sí mismo*: es un principio corriente entre los filósofos y resulta incuestionable. Pues bien, el ser que se supone creó todas las cosas no había creado nada antes de ponerse a crear. Luego jamás habría creado nada si hubiese permanecido tal como era antes de ponerse a crear, lo que resulta conforme con el principio que acabo de citar: *idem manens idem, semper fuit idem*. Pero como vemos, sin embargo, que creó todas las cosas, habrá que admitir que no podía ser ya el mismo que era cuando no creaba nada y, por consiguiente, habrá que aceptar que tuvo que sufrir un cambio que le permitió ponerse a hacer aquello que no hacía antes, lo que va manifiestamente contra la respuesta dada más arriba al argumento basado en el movimiento y en el cambio inherentes a cualquier tipo de acción. Por tanto, la respuesta mencionada queda destruida y el argumento permanece con toda su fuerza.

Así, aunque considerásemos sólo el ser como actuando o no actuando, que son dos estados diferentes o dos maneras diferentes del ser, resulta imposible concebir que se pueda pasar de un estado a otro sin alteración o cambio y, como la alteración no puede producirse sin algún tipo de movimiento o de cambio, sea de lugar o de situación, y como todo cambio de lugar o de situación tiene que realizarse necesariamente en algún espacio o en alguna extensión, hay que concluir que el espacio precede necesariamente al movimiento y a la acción y, por tanto, no puede haber sido creado por el movimiento de un acto de ninguna clase.

Lo cual se confirma con el argumento siguiente. Si el espacio fuera algo creado, quien lo creó tendría que haberlo creado, con toda seguridad, allí donde no estaba, es decir, que no habría podido crear el espacio más que allí donde no había ni espacio ni extensión. Porque si hubiese habido espacio y extensión, resulta evidente que no habría tenido necesidad de crearlos, es más, tampoco hubiese podido hacerlo porque existirían ya todo el espacio y toda la extensión que podía haber. Pues lo que tiene ser en sí mismo, es decir, todo lo que puede ser lo que es, no puede recibir otra vez su ser mediante ningún acto de creación. Sería ridículo decir que Dios creó las cosas que ya estaban creadas o que tenían ya el ser y la existencia que podían tener, de tal manera que, si el espacio y la extensión fuesen algo creado, tuvieron que haber sido creados allí donde no había espacio ni extensión y, por consiguiente, quien los creó no habría necesitado ni espacio ni extensión para crear el espacio y la extensión. Todo esto es evidente.

Pues bien, una vez admitido esto, se cae en un absurdo manifiesto. Veámoslo. Si Dios hubiese creado el espacio y la extensión como le hubiera dado la gana y allí donde no había ni uno ni otra, habría podido crear espacios y extensiones semejantes

donde no hubiese habido nada de ellos o donde hubiese habido poco de ellos, es decir, que habría podido crear, por ejemplo, un espacio o una extensión tan grande como el universo en el vacío de un pequeño frasco o dentro de una avellana y hasta dentro de la cabeza de un alfiler, lo que resulta absurdo. Porque es absurdo decir que dentro de una avellana, o de una cabeza de alfiler, pueden caber un espacio y una extensión equivalentes a todo el espacio y a toda la extensión que hay en el universo. Resulta, por tanto, evidente que de la proposición que dice que el espacio y la extensión habrían sido cosas creadas, como pretenden los deícolas, se desprendería algo tan absurdo como lo que acabo de exponer, porque no habría nada que hubiese podido impedir que el mismo Dios, que creó todo el espacio y toda la extensión del universo allí donde no había ni espacio ni extensión, hubiese podido crear la misma cantidad de espacio y extensión, o una que fuese miles de veces más grande, dentro de una avellana o una cabeza de alfiler. Ya que no sería por falta de poder, pues habría sido igual de todopoderoso tanto en una ocasión como en otra. Tampoco habría sido por falta de espacio o de extensión en la avellana o la cabeza de alfiler, porque no lo habría necesitado para crear cuanto espacio o extensión hubiese querido, ya que el espacio y la extensión habrían provenido del propio acto de creación, por lo que habría podido crear cuanto espacio y cuanta extensión hubiese querido. No es eso, repito, lo que le habría impedido crear dentro de una avellana o de una cabeza de alfiler un espacio tan extenso como el universo entero. Resulta evidente que, en el supuesto que estamos examinando, nada hubiera podido impedírselo. Sin embargo, como esta consecuencia o conclusión es absurda, se desprende de ella que el supuesto es falso y, por tanto, que el espacio no pudo haber sido creado en absoluto.

Lo cual quedaría confirmado por el hecho de que no se puede concebir que no haya extensión. Si resulta imposible concebir que no hay extensión es necesario que la haya, y si es necesario que la haya tiene que haber habido necesariamente extensión siempre y tendrá que haberla siempre. Ya que si no hubiese habido extensión siempre tampoco habría sido más necesario que la hubiese ahora que cuando no la hubo. Y si la ha habido siempre es eterna, por lo que nunca empezó a ser. Y si nunca empezó a ser, no pudo haber sido creada y, por tanto, no hubo creador para el lugar, para el espacio y para la extensión, de la misma manera que no lo hubo para el tiempo.

Sólo nos queda probar que la materia no pudo haber sido creada. Y si consigo probarlo, habrá que admitir como algo indudable y seguro que no hay nada que haya sido creado y, por consiguiente, que no hay creador.

Si todos los deícolas y filósofos fuesen de la misma opinión que los cartesianos, que piensan que la esencia de la materia se halla en la extensión y no establecen distinción alguna entre materia y extensión ni entre extensión y materia, pues serían una y la misma cosa, resultaría muy fácil probar que la materia no pudo haber sido creada porque bastaría con aducir los mismos razonamientos y los mismos argumentos que acabo de emplear para probar demostrativamente que la extensión no

pudo haber sido creada, ya que, según los cartesianos, materia y extensión serían lo mismo. Pero como no todos los deícolas tienen esa opinión, una opinión que tampoco yo comparto, habrá que probar con otros argumentos que la materia no pudo haber sido creada.

Veamos el primer argumento.

Si la materia hubiese sido creada o hubiese podido ser creada, no podría haber sido creada más que por un ser que no fuese materia. Ya que si el ser que la hubiese creado fuese materia (como pensaron en otro tiempo determinados autores muy serios que atribuyeron un cuerpo a Dios), sólo habría ocurrido que una materia habría creado otra materia, lo que resulta imposible porque, ¿de dónde iba a sacar una clase de materia preferentemente a otra el poder y la potencia para crear lo que es igual a ella? ¿Y por qué una materia no iba a ser tan no creable como la que la habría creado? No hay razones para atribuir la facultad de crear a una más que a la otra porque ambas son sólo materia. No es posible, es absolutamente imposible, concebir que una materia pueda crear otra materia. ¿Podría un átomo, por ejemplo, crear otro átomo? ¿Y un grano de arena podría crear otro grano de arena? ¿Podría una montaña crear otra montaña? ¿Y este mundo podría crear otro mundo o tan siquiera un átomo más de los que hay? No, en absoluto. Por eso no hay ninguna razón que permita decir que un tipo de materia puede haber sido creado mientras otro tipo no, de tal manera que basta con que haya algo de materia que no ha sido creada para que se tenga que admitir necesariamente que no hay materia que pueda haber sido creada, es decir, que no hay materia que haya salido de la nada.

Ese es el sentido de la palabra *crear*, que se distingue de *engendrar*, *producir* o *construir*, porque estas palabras significan obtener una cosa a partir de algo que ya existe. Se puede admitir con facilidad que un ser material puede engendrar, producir o hacer alguna cosa o un ser que sea igualmente material; lo vemos todos los días en el arte y la industria, pero también en la naturaleza, que genera y produce seres nuevos a partir de nuevas combinaciones de las partes de la materia. Pero lo que no vemos, y es además imposible, es que la materia o un ser material puedan hacer o fabricar otra materia o un ser material a partir de la nada. Por lo cual no se puede decir que la materia ha sido creada por un ser que también sería materia.

Veamos si podría haber sido creada por un ser que no fuese materia, aunque tampoco parece que pueda ser posible. Aquí está efectivamente la prueba.

Un ser que carezca de cuerpo y de partes que puedan moverse o agitarse no puede hacer nada ni crear nada. Pues bien, un ser, o mejor, un supuesto ser que no sea materia no puede tener ni cuerpo ni partes que puedan moverse y agitarse. Luego un supuesto ser que no sea materia no ha podido haber hecho ni haber creado la materia. Resulta evidente la idea de que un ser que carece de cuerpo y de partes que puedan moverse o agitarse no puede hacer o crear nada. Ya que, como he dicho, crear es actuar y actuar es moverse, por lo que un ser que no tenga ni cuerpo ni partes que puedan moverse permanecería necesariamente siempre en el mismo estado y no

podría ponerse en acción cuando no estuviese en acción, con lo que no podría ponerse en acción ni hacer nada. Luego aquello que carece de cuerpo y de partes que puedan moverse no podría actuar ni crear nada y, por consiguiente, un ser que no fuese materia, como no tendría cuerpo ni partes que pudieran moverse, no podría actuar ni hacer nada y, por tanto, no puede haber creado de ninguna manera la materia.

Además, los seres que no tienen cuerpo ni materia ni partes, que son aquellos a los que se suele denominar espirituales (a condición de que los hubiese, cosa que no admito), no podrían actuar sobre la materia ni hacer ningún esfuerzo ni dejar impronta alguna sobre ella, ya que para actuar sobre ella y dejar alguna impronta hay que tocarla y manejarla. Ahora bien, lo que no tiene cuerpo ni partes que puedan moverse no puede tocar ni manejar la materia, luego no podría actuar sobre ella ni dejar ninguna impronta, ya que *sólo los cuerpos poseen la facultad de tocar y ser tocados*. Contra el principio que dice que tocar o ser tocado es propio de los cuerpos, los deícolas suelen argüir que, al carecer de materia, los seres espirituales son sustancias espirituales, por lo que no actúan corporalmente mediante el movimiento de sus partes, como hacen los seres corpóreos, sino que actúan espiritualmente por medio del pensamiento y de la voluntad, sin que tengan necesidad para ello de movimiento alguno del cuerpo ni de parte alguna. Pero resulta evidente que esta respuesta sólo contiene vaguedades que no significan nada, ya que:

1º. Decir que los seres que no tienen cuerpo ni partes son sustancias es afirmar algo inconcebible, porque es como decir casi que la nada o las cosas que no son nada son sustancias.

2º. Decir que hay seres y sustancias que son únicamente espirituales y que carecen de materia y extensión es presumir, adivinar y suponer, sin necesidad ni base alguna, cosas que no se conciben, no se entienden y resultan imposibles de concebir y entender, porque nadie puede formarse una idea cabal de esos supuestos seres y sustancias que se supone carecen de materia y extensión.

3º. Decir que los seres que no tienen cuerpo ni partes que puedan moverse actúan, sin embargo, mediante el pensamiento y la voluntad es decir igualmente algo que no se puede entender ni concebir y, por consiguiente, es decir cosas que ni siquiera merecen la pena ser escuchadas.

4º. Decir que los seres y sustancias puramente espirituales, que no tienen cuerpo ni partes, son capaces de pensar y tener voluntad equivale a decir que son capaces de acciones vitales, ya que el pensamiento y la voluntad son efectivamente acciones vitales. Ahora bien, decir que los seres que carecen de cuerpo y de partes que puedan moverse son capaces de acciones vitales es igualmente presumir, adivinar y suponer sin necesidad ni base alguna cosas que no pueden ser ni pueden concebirse, ya que no es posible que haya acciones vitales sin vida ni vida sin movimiento, porque la vida es esencial y realmente movimiento vital. La acción y la vida son esencialmente modificaciones de los seres, y modificaciones diversas implican cambios diversos

que no pueden producirse en seres que no tengan cuerpo ni partes que puedan moverse.

5º. Decir que las sustancias espirituales actúan mediante el pensamiento y la voluntad equivale a decir únicamente que son capaces de pensar y querer. Pues bien, pensar, desear o querer no producen sin más nada en el exterior. Luego los seres que sólo pudieran pensar, desear o querer no podrían hacer ni crear nada fuera o en el exterior con el solo uso de sus pensamientos, sus deseos o sus actos de voluntad.

Se puede argüir que pensar y querer no producen nada en el exterior o fuera del ser en los seres creados y limitados, pero que un ser increado y todopoderoso podría hacer no sólo eso sino todo mediante su pensamiento y voluntad. Pero insisto en que decir esto no es más que presumir y suponer de manera gratuita, sin necesidad ni fundamento, cosas inconcebibles y absolutamente imposibles. Hablar de ese modo no es filosofar ni razonar porque es hablar sin saber lo que se dice, y sería una locura dar o querer dar fe a semejantes cuentos. Pues todo cuanto se dice de las sustancias espirituales y de su supuesto poder y su supuesta voluntad no son más que cuentos e imaginaciones hueras que no han producido ningún efecto real y verdadero que pueda verse.

6º. Este tipo de sustancias supuestamente espirituales que no tienen cuerpo ni partes que puedan moverse carecen, sin duda, en sí mismas de extensión. Si carecen de extensión estarán entonces reducidas a puntos imperceptibles para los sentidos. A puntos matemáticos e incluso a algo más pequeño que puntos matemáticos, si esto fuese posible. Si esto es así, no es verosímil que una pequeñez tan extraña pueda haber creado la materia, que tiene una extensión infinita, por lo que pensar de esta manera no es más que pensar y decir cosas completamente absurdas y ridículas.

Se me podría contestar, sin embargo, que hay un ser increado y soberanamente todopoderoso que, por más que no tenga extensión ni partes, no por ello deja de ser inmenso y de estar, gracias a su inmensidad, en todas partes. Pero insisto, hablar de esta manera es hablar sin saber lo que se dice, es multiplicar el absurdo y decir cosas cada vez más imposibles y cada vez más inconcebibles y absurdas. Porque decir que un ser que carece de extensión y de partes puede estar por todas partes gracias a su supuesta inmensidad es decir una cosa completamente repugnante y contradictoria; es como decir que un ser que no tiene extensión tendría, al mismo tiempo, una extensión infinita y que sería un ser infinitamente extenso porque, ¿qué es una extensión sin límites sino una extensión infinita que carece de límites? Decir, además, que ese ser que está en todas partes gracias a su inmensidad, y ello pese a que no se encuentra en ninguna parte, y decir, al mismo tiempo, que no tiene parte alguna que se corresponda con las diversas partes de todo ese espacio inmenso que tiene dentro, sino que está por todas partes entero, debido a su inmensidad, y que está todo entero en cada parte de este espacio inmenso, debido precisamente al carácter simple e indivisible de su naturaleza, equivale a llevar el absurdo más allá de cualquier límite y a forjar

imaginariamente cosas que no son sólo imposibles sino las más ridículas y absurdas que se pueda imaginar.

Los deícolas se ven obligados a recurrir necesariamente a estos extremos para poder sostener la existencia de un ser que sólo es imaginario, lo cual les lleva a decir miles de absurdos que son inconcebibles y que ni siquiera ellos logran pensar ni entender. Hablan sin saber lo que dicen, ya que ni ellos mismos son capaces de entender eso que están diciendo. Querrían, como dice un autor muy juicioso, «obligarnos, con razones que no entienden en absoluto, a creer en opiniones que no pueden comprender» (*De la Recherche de la Verité*, VI, II, 49).

Pues bien, individuos que hablan sin saber lo que dicen y sin comprender ni alcanzar a concebir lo que dicen, no merecen ser, desde luego, ni siquiera escuchados. De todo ello se desprende que los supersticiosos deícolas están en el error y no tienen tampoco en este momento más razones para sostener la creencia en un solo y único Dios espiritual e inmaterial que las que tenían cuando creían en multitud de dioses corpóreos. Y de la misma manera que tuvieron que reconocer que era un error creer en todas esas falsas divinidades materiales y corpóreas, deberían reconocer ahora el error en el que incurren al creer en una sola divinidad espiritual e incorpórea, ya que una divinidad como ésa sólo puede ser imaginaria y quimérica.

71

La existencia y el movimiento del ser o la materia, que son una y la misma cosa, sólo pueden provenir de sí mismo

Prosigamos nuestros razonamientos intentando no decir nada que no pueda sostenerse con razones sólidas. Conocer el principio del movimiento y saber cómo puede moverse la materia representan una dificultad extraordinaria. Los deícolas sostienen que no puede moverse por sí misma en absoluto.

«Es evidente —dice uno de nuestros famosos deicristícolas— que ni los cuerpos grandes ni los pequeños tienen la facultad de moverse. Una montaña, por ejemplo, o una casa, una piedra o un grano de arena, en definitiva, cualquier cuerpo, ya sea grande o pequeño, que se pueda concebir carece de la facultad de moverse. Tenemos dos clases de ideas, las ideas acerca del espíritu y las ideas acerca del cuerpo, por lo que todo cuanto concibamos o razonemos debe hacerse de acuerdo con esos dos rangos de ideas» (*De la Recherche de la Verité*, VI, II, 3). «Por eso, como la idea que tenemos de los cuerpos nos lleva a concluir que no pueden moverse por sí solos, habrá que concluir que los mueven los espíritus. Pero —añade— cuando examinamos la idea que tenemos de los espíritus finitos y limitados no vemos de ninguna manera que exista ninguna relación necesaria entre su voluntad y el movimiento de un cuerpo dado. Antes bien, vemos que no existe y no puede existir, por lo que habrá que concluir, si es que se quiere razonar correctamente y de acuerdo con las luces de la razón, que no hay ningún espíritu que haya sido creado que pueda mover un cuerpo, al igual que hemos dicho que no hay ningún cuerpo que pueda moverse por sí mismo».

«Pero cuando pensamos en la idea de Dios, es decir, en un ser infinitamente perfecto y, por consiguiente, todopoderoso, podemos imaginar que puede existir una relación entre su voluntad y el movimiento de los cuerpos, y eso hace que sea imposible imaginar que quiera que un cuerpo se mueva y no lo haga. Por tanto, debemos decir —prosigue— que los cuerpos sólo se mueven por su voluntad, por lo que tendremos que concluir que la fuerza motriz de los cuerpos no está en los cuerpos que se mueven, porque esta fuerza motriz no es más que la voluntad de Dios».

«Pero no sólo los cuerpos no pueden ser la causa real de algo sino que hasta los espíritus más nobles se encuentran en una situación parecida de impotencia: no pueden conocer nada si Dios no les ilumina, no pueden sentir nada si Dios no les da el modo de hacerlo, y sólo pueden querer algo si Dios les impulsa hacia él. Pueden desviar el sentimiento que Dios les dio para que se dirigieran hacia él a fin de que pueda dirigirse hacia otra cosa que no sea él, aunque no sé —dice— si eso puede considerarse una facultad. Si poder pecar es una facultad, será una facultad que no tiene el Todopoderoso, dice san Agustín en alguna parte. Si los hombres tuvieran por

sí mismos —añade el autor— la facultad de amar el bien, se podría decir entonces que tienen alguna facultad, pero los hombres sólo pueden amar porque la voluntad de Dios es eficaz y Dios quiere que amen».

«Es cierto —prosigue— que movemos los brazos cuando queremos, pero no somos la verdadera causa de ese movimiento; ¿cómo podríamos moverlos, pues? Para moverlos hay que tener espíritus animales, hay que enviarlos hacia determinados músculos a través de los nervios para que puedan hincharse y hacer que se acorten o se alarguen, pues es de ese modo como se mueve el brazo interesado por esos músculos. Aunque hay quien piensa que no sabemos cómo se produce el movimiento, lo que no quita para que los hombres que no han oído siquiera hablar de espíritus, nervios y músculos puedan mover los brazos y las piernas con más destreza que los más duchos en anatomía. Es porque los hombres —concluye el autor— quieren mover sus brazos o sus piernas pero sólo Dios puede hacer que se muevan y sabe cómo se hace».

Según esta opinión, no sólo los cuerpos inanimados no tendrían la facultad de moverse por sí mismos sino que no la tendría ningún cuerpo. Incluso los animados se verían impotentes para hacerlo, y todo porque no hay forma de ver que exista una relación necesaria entre la idea que tenemos del cuerpo y la posibilidad de que se mueva, de la misma manera que tampoco podemos ver que los cuerpos grandes ni tampoco los pequeños puedan ser capaces de moverse por sí mismos. Ésa es la única prueba acerca del movimiento que aporta y puede aportar el autor que he citado. Es muy significativo que ni él ni ningún otro autor puedan aportar ninguna prueba mejor para sostener lo que dicen, mientras que no ven que pueda causar repugnancia y resulta absurdo decir que los cuerpos pueden moverse por sí mismos. Ya que, si los deícolas hubiesen encontrado que causara repugnancia o fuera absurdo, no habrían dejado de señalarlo. El hecho de que no lo hayan encontrado es ya una prueba evidente de que ni causa repugnancia ni es absurdo pensar que se mueven por sí mismos.

Veamos si es eso lo que ocurre con el autor que acabo de citar. Pero antes de llegar ahí quisiera hacer valer las ventajas que representa la proposición que voy a defender. Aunque no alcancemos a ver que tiene que haber una relación necesaria entre la idea que tenemos del cuerpo y el hecho de que se mueva, y aunque no veamos tampoco claramente cómo pueden moverse los cuerpos por sí mismos, no se ve tampoco que cause ninguna repugnancia ni sea absurdo decir que se mueven por sí mismos. Si no causa repugnancia ni se desprende de ello nada que resulte absurdo, no es imposible que puedan moverse por sí mismos, ya que si fuera imposible que pudieran moverse por sí mismos, causaría repugnancia decirlo y se caería en el absurdo. Pero como no causa repugnancia ni se desprende de ello nada que resulte absurdo, no hay ningún inconveniente en sostener que no es imposible que los cuerpos puedan moverse por sí mismos. Y si no hay ningún inconveniente en decir que los cuerpos pueden moverse por sí mismos, tampoco habrá ningún inconveniente

en decir que se mueven efectivamente por sí mismos. Y si se quiere aducir que eso causa repugnancia o que hay algún inconveniente en decirlo o que se cae con ello en el absurdo, habrá que ver qué repugnancias son ésas y cuáles son los inconvenientes y los absurdos en los que se caería con ello. Se puede desafiar a todos los deícolas, a todos los cartesianos y a todos los malebranchistas a que lo hagan, por lo que resulta evidente que los cuerpos pueden moverse y agitarse por sí mismos y no hay que buscar, por tanto, más causa de su movimiento que la propia materia con que están hechos los cuerpos.

No serviría de nada decir, como ya he señalado, que no existe una relación necesaria entre la idea que tenemos del cuerpo y la posibilidad de que se mueva ya que, por más que no existiera una relación de ese tipo entre ambas cosas, no se desprendería de ello que cause repugnancia o que se caiga en el absurdo al decir que los cuerpos se mueven por sí mismos. Y tampoco hay que extrañarse, por otra parte, de que no se pueda ver que existe una relación necesaria entre ambas cosas, porque no tiene que haberla, ya que el movimiento no es la esencia de los cuerpos sino una propiedad únicamente de su naturaleza. Si el movimiento fuera esencial a la materia o a la esencia de los cuerpos, entonces sí habría que creer que tenía que existir una relación necesaria entre la idea que tenemos del cuerpo y la posibilidad de que se mueva, pero como el movimiento no es ni esencial ni necesario, habida cuenta de que hay cuerpos que no se mueven, no puede existir una relación necesaria entre ambas cosas y sería vano esforzarse en encontrarla.

Por esta misma razón no se ve en absoluto ni se puede ver qué es lo que hace que la materia pueda moverse con tal o cual velocidad, ni qué es lo que hace que pueda moverse de arriba a abajo, de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, ni qué es lo que hace que se mueva en línea recta o circularmente o en línea oblicua o parabólica, por más que se mueva en todas esas direcciones con una inmensa cantidad de variantes. Es porque ninguno de esos movimientos es esencial a la materia y, por ello, nos es imposible ver claramente cuál es el principio o qué es lo que determina esos movimientos tan diversos. Si no fuese porque existe el movimiento circular, se podría decir que la materia tendería por sí misma a moverse en línea recta, que es el movimiento más simple y natural, sólo que no puede moverse continuamente en línea recta porque la extensión está llena de materia y la materia no puede moverse en línea recta sin toparse con otra materia que le impida proseguir su movimiento. Y como no puede moverse en línea recta, se ve obligada a moverse en línea curva y circular, lo que provoca necesariamente que haya partes de materia o determinados volúmenes de materia que se mueven en círculo causando remolinos de materia. Y no hay que descartar que la redondez de la tierra, la redondez del sol, la redondez de la luna y la redondez de todos los astros no provengan de ello, como han señalado acertadamente los cartesianos. Por ello, aunque no podamos ver claramente en qué consiste exactamente el principio del movimiento de la materia, no vemos ni podríamos ver de ninguna manera que haya algo repugnante ni tampoco

inconveniente o absurdo en decir que los diferentes movimientos, con todas sus variantes y matices, provienen de la propia materia, lo que basta para asegurar que provienen de la materia y no de otra causa.

Pero veamos la repugnancia que causaría la opinión contraria y los absurdos que se desprenderían de ella.

Si la materia no tuviese la facultad de moverse, no podría haber recibido esa facultad más que de un ser que no fuese materia ya que, si también fuese materia, tampoco tendría la facultad de moverse por sí mismo. Porque si pudiera moverse por sí mismo resultaría cierta la proposición que sostiene que la materia tendría la facultad de moverse por sí misma, de tal manera que si no tiene esa facultad, habrá tenido que recibirla necesariamente de un ser que no sea materia.

Como no es posible que la materia haya podido recibir la facultad de moverse de un ser que no es materia, la materia tiene la facultad de moverse por sí misma.

Voy a probar la segunda proposición del argumento. Nada que no sea capaz de empujarla o sacudirla podría mover, sacudir o agitar una materia carente de movimiento, pues resulta claro y evidente que nada que no sea capaz de empujarla o sacudirla podría moverla. Nada que no sea capaz de empujar o sacudir una piedra podría moverla. Y eso ocurre con cualquier parte de materia que no esté en movimiento: nada que no pueda empujarla o sacudirla podría moverla. Pero como sólo la materia puede empujar y sacudir la materia, la materia sólo puede ser movida por la propia materia y, por tanto, hay que aceptar que posee en sí misma la facultad de moverse.

Aquí va una prueba de que nada que no sea la materia puede empujar o sacudir la materia. Sólo puede empujar o agitar la materia aquello que, como la materia, tenga en sí algún grado de solidez e impenetrabilidad, ya que es evidente que lo que no tenga solidez e impenetrabilidad no puede empujar a la materia ni hacerla cambiar de lugar, porque no podría ejercer ningún esfuerzo ni presión sobre ella, ni siquiera apoyándose o adosándose de alguna manera contra ella, porque la atravesaría inmediatamente sin encontrar resistencia alguna, de tal manera que sería como si no tocara nada, ya que una de ellas no podría ni tendría con qué hacer presión o fuerza sobre la otra.

Pues bien, únicamente la materia posee solidez e impenetrabilidad en sí misma, ya que todo el mundo está de acuerdo en que los seres espirituales e inmateriales carecen de ellas.

Luego sólo la materia puede empujar a la materia y hacer fuerza y presión sobre ella, y sólo la materia puede mover la materia; por tanto, lo que no sea materia no podrá mover la materia, como ya he dicho. Por ello, un ser que no sea materia no podrá mover la materia, y si no puede moverla, mucho menos podrá crearla.

De esto se desprende evidentemente que la materia posee en sí misma y por sí misma el ser y la posibilidad de moverse[18], y que no puede haber sido creada, como no fueron creados ni el tiempo ni el lugar ni el espacio ni la extensión.

Es imposible concebir que no haya ser en absoluto. La razón natural nos da a conocer claramente la existencia del ser, la existencia del tiempo y la existencia de la extensión, es imposible que no haya ser, es imposible también imaginar que no haya tiempo, es imposible que no haya tiempo, es imposible imaginar que no haya extensión, tan imposible como que no haya extensión. Es imposible imaginar que no haya números, y también es imposible que no los haya. Y es imposible que esas cosas no sean infinitas en sí mismas, cada cual en su género y especie. Nos lo hace ver la razón natural a nada que pongamos un poco de atención, y no hace falta demasiada para ver claramente que esas cosas no pueden haber sido creadas, según acabo de demostrar. De lo que se deduce que, al no haber nada que haya sido creado, no hay creador.

Ya sé que los deícolas dicen que Dios, el creador de todas las cosas, lo hace todo con su sola voluntad. Para que todas las cosas se hagan, sólo tiene que quererlo: «Pues él lo mandó y quedaron creadas» (Salmos, 148,5). Se dice muy pronto y resulta muy fácil decirlo, pero sé que no saben lo que dicen porque no tienen ni idea de en qué consiste el conocimiento, ni en qué consisten tampoco el poder y la voluntad de ese ser del que hablan, ni siquiera tienen idea alguna de cuál es la naturaleza de su ser. Ya que, según sus propios principios, la vida que le atribuyen, así como el conocimiento, la voluntad, la fuerza, el poder, la ciencia, la sabiduría, etc., que, según ellos, tendría Dios, no pueden entenderse según el significado natural y corriente de dichos términos, sino según un sentido equívoco, es decir, según un sentido que no está de acuerdo con nuestra manera de vivir, de pensar, de querer o de actuar, etc. Y como no podemos formarnos otra idea de vida más que a partir de lo que conocemos y sentimos de nuestra propia vida, que consiste necesariamente en un movimiento vital del cuerpo y del alma, y como esta idea que tenemos de nuestra propia vida no se corresponde de ninguna manera con la supuesta vida de un Dios, del que no podemos formarnos ninguna idea verdadera, hay que concluir que, cuando los deícolas dicen que su Dios está vivo y tiene vida, no saben lo que dicen, porque no pueden formarse ninguna idea verdadera de una vida que le sea propia y le resulte conveniente. «Decimos con toda tranquilidad —asegura el señor de Montaigne (*Ensayos*, II, 12)— que Dios teme, que Dios se enfada, que Dios ama, con lo que no hacemos sino *mancillar a los inmortales con palabras mortales*. Se trata —prosigue — de emociones que no pueden caber en Dios, según nuestra forma de ser, ni podemos imaginarlas según la suya. Cuando decimos que para Dios la inmensa cantidad de siglos, tanto pasados como futuros, no es más que un instante, y que su bondad, sabiduría y poder no son más que una y la misma cosa con su esencia, lo dicen nuestras palabras pero nuestra inteligencia ni lo capta ni lo concibe».

De igual manera, sólo podemos formarnos alguna idea de su pensamiento y su voluntad si los relacionamos con los actos, pensamientos, actos de voluntad y actos de conocimiento que hacemos y sentimos en nosotros mismos cuando pensamos y queremos y cuando adquirimos algún conocimiento. Pues bien, en Dios no se dan los

actos de pensar ni de conocer, ni tampoco los actos de voluntad, por lo que cuando dicen que Dios conoce y quiere, es decir, que tiene voluntad y posee la facultad de conocer, no saben lo que dicen: dicen lo que no comprenden ni pueden concebir.

Más aún, como no podemos formarnos otra idea de fuerza y de poder más que a partir de lo que conocemos y sentimos, y esa fuerza y ese poder no les cuadran con los que debería tener Dios, hay que concluir que, cuando dicen que es todopoderoso y que actúa con una fuerza soberana y un poder soberano, no saben lo que dicen, porque no pueden hacerse una idea de lo que pueden representar los términos de fuerza y poder cuando los aplican a Dios.

Por último, como no podemos formarnos otra idea de *ser* y de *sustancia* más que a partir de la que surge de los seres y las sustancias que vemos y conocemos, y como esa idea no cuadra con el ser y la sustancia que debería tener Dios, y como incluso los propios términos de ser y de sustancia no pueden predicarse al mismo tiempo de Dios y del resto de los seres, si no es de manera muy diferente, como dicen los filósofos —es decir, según dos sentidos, el que se aplicaría a los seres y a las sustancias que vemos y el que se reservaría únicamente para Dios—, y como los deícolas no pueden formarse una idea clara de qué es lo que le están atribuyendo a Dios cuando hablan de que es ser y sustancia, los deícolas no saben, por consiguiente, qué están diciendo cuando hablan de él y le atribuyen vida, fuerza, poder y conocimiento, ni tan siquiera cuando se limitan a atribuirle el ser y la sustancia y dicen que es. Y como no saben lo que dicen ni qué entienden o pretenden significar cuando hablan así, no merecen realmente que se les escuche, ya que quienes hablan sin saber lo que dicen no merecen ser escuchados y, si no merecen ser escuchados, mucho menos merecerán ser creídos cuando dicen lo que dicen.

Pero retomemos el argumento para poner de manifiesto los absurdos que se desprenderían del hecho de que la materia no poseyera en sí misma la facultad de moverse. Se desprendería:

1º. Que los cuerpos, una vez hechos y formados, serían por su propia naturaleza inalterables e incorruptibles, porque si en ellos no hubiese ningún principio de acción tampoco habría ningún principio de generación ni de corrupción, lo cual, en primera instancia, parece absurdo. No tendrían ningún principio de acción en sí mismos porque para actuar hay que moverse, como ya he dicho, de tal manera que, si los cuerpos no poseen en sí mismos el principio del movimiento, no tendrán tampoco el principio de acción y se encontrarán imposibilitados para actuar por sí mismos… Por lo que los hombres se verían privados de libertad, ya que carecerían de la facultad de moverse y la facultad de actuar. ¿Cómo podría haber libertad con tamaña imposibilidad de actuar y moverse?

2º. Que los cuerpos vivientes no tendrían en sí mismos los principios de generación y corrupción y serían inalterables e incorruptibles por su propia naturaleza, ya que los principios de generación y corrupción que se dan en la naturaleza consisten en el movimiento de las partes de la materia, por lo que si los

cuerpos no poseen en sí mismos el principio del movimiento, no tendrán tampoco en sí mismos ni el principio de generación ni el de corrupción.

Es evidente que los principios de generación y corrupción que se dan en la naturaleza consisten o se hallan en el movimiento de las partes, porque la generación sólo se produce por una nueva unión y un nuevo ensamblaje de las partes de la materia, mientras que la corrupción se produce por la desunión y la separación de las partes de la materia. Ahora bien, la unión o separación de las partes de la materia no pueden producirse más que por el movimiento, luego si los cuerpos carecen del principio de movimiento en sí mismos, tampoco tendrán en sí mismos el principio de generación ni el de corrupción.

3º. Que si la unión y desunión de las partes de la materia no se producen por la fuerza motriz de los cuerpos o de la materia de la que están hechos los cuerpos, tendrían que producirse por una causa exterior. Si se producen por una causa exterior, los cuerpos no serían causas verdaderas sino solamente causas ocasionales e instrumentales de la generación y la corrupción, así como de todos los efectos y actos que se dan en los cuerpos, y no sólo en los cuerpos inanimados sino también en los animados, de tal manera que no serían los hombres, por ejemplo, o los animales los que se moverían por sí mismos cuando les vemos moverse, actuar, correr o hacer cualquier otra cosa, sino que sería una causa exterior e invisible la que los agitaría y pondría en movimiento y la que les haría hacer lo que parece que hacen por sí mismos. De la misma manera que, por ejemplo, la sierra no se mueve por sí misma para serrar, ni el cuchillo se mueve por sí mismo para cortar, ni el martillo se levanta por sí mismo para golpear, ni las muelas de un molino giran por sí mismas para moler el grano, ni las marionetas se mueven por sí mismas cuando saltan o bailan, sino que hay una causa exterior que produce el movimiento y hace que hagan cuanto hacen, tampoco los cuerpos vivos, según ese principio, tendrían la facultad de moverse por sí mismos. No serían los hombres ni los animales los que moverían por sí mismos los miembros de sus cuerpos para actuar o hacer lo que fuese, sino que sería una causa exterior e invisible la que los agitaría y se serviría de sus miembros para obligarles a hacer lo que parece que los hombres y animales hacen por sí mismos.

De ese modo, cuando viéramos, por ejemplo, a un grupo de personas tocar agradablemente instrumentos de música, cantar gozosamente, hablar sabiamente de todo… o viéramos a otras bailar agradablemente, saltar ligeramente o ejecutar sutilmente toda suerte de habilidades y sutilezas… o si viéramos, por último, a otras personas ganadas por la cólera y el furor proferir juramentos y blasfemias, echando espuma por la boca, mostrándose locas e insensatas, diciendo mil bobadas e impertinencias y haciendo mil maldades detestables, no serían esas personas las que se agitarían así por sí mismas. No serían ellas las que agitarían brazos y piernas, ni moverían la lengua y los ojos, como podría parecer, sino que todo ello se debería a una causa externa e invisible que los agitaría de esa forma y haría que obrasen de manera ordenada o desordenada poniendo lo bueno y lo malo en su conducta, bien

fuese en sus palabras y sus actos o en sus pensamientos, deseos y afectos. Así, una pulga o una mosca no se moverían por sí mismas cuando saltaran o emprendieran el vuelo, antes bien sería necesariamente una causa externa la que haría que se moviesen los resortes imperceptibles de las partes de sus cuerpos y permitiría que se elevasen tan rápida y sutilmente como lo hacen. De lo cual se seguiría evidentemente que los hombres no serían en ningún modo las causas verdaderas del bien y del mal que pudiesen hacer, y por consiguiente, no serían dignos de alabanza ni de reprobación, como tampoco lo son los meros instrumentos inanimados, que actúan sólo mediante las manos de los obreros que los manejan. Y si esto es así, ¿en qué se fundaría la justicia que estaría detrás de la obligación de recompensar a los buenos y castigar a los malos? Ya que ni unos ni otros podrían hacer nada por ellos mismos, sino que tendrían que hacer lo que les obligara a hacer, o haría en ellos, una fuerza superior. Por este motivo dice bien el señor de Montaigne: «¿En qué justicia se basan los dioses para reconocer y recompensar en el hombre las acciones justas y virtuosas, puesto que han sido ellos mismos quienes las han producido en él? ¿Por qué se ofenden y castigan en el hombre las conductas viciosas, pues las han producido ellos mismos y no hubiese dependido más que de un parpadeo de su voluntad impedirlas?» (*Ensayos*, II, 12).

No digáis que hay o habría una gran diferencia entre el hombre y los meros objetos, de la misma manera que la hay entre la manera de actuar del hombre y la manera de actuar de los objetos inanimados debido a que los objetos inanimados están privados de sensaciones, conocimiento y voluntad, mientras que el hombre, al tratarse de un ser animado, está dotado no solamente de sensaciones y conocimiento, sino también de voluntad y libertad. Y que, al tratarse de un ser dotado de voluntad y de libertad, actúa voluntaria y libremente en todo cuanto hace, por lo cual, en consecuencia, es merecedor de reprobación y de castigo cuando hace el mal y, por el contrario, es digno de alabanza y recompensa cuando hace el bien. No digáis eso, os digo, porque, a pesar de que exista una gran diferencia entre los seres dotados de vida y sensaciones y los seres que no tienen ni vida ni sensaciones, no habría más libertad en unos que en otros si ambos no pudiesen nada por sí mismos, ni tampoco si pudiesen unos más que otros. Porque, de hacer caso a la hipótesis que estamos examinando, si ninguno de los dos puede nada por sí mismo ni tampoco pueden unos más que otros, ya que no son capaces de moverse ni de actuar por sí mismos, no habrá libertad en ellos sea para actuar o para no actuar, para hacer el bien o para hacer el mal, fuera como fuese. Y por consiguiente, no merecerán alabanza o reprobación ni serán más dignos de recompensa unos que otros, de no ser que las alabanzas y las recompensas, de la misma manera que la reprobación y el castigo, resulten más convenientes para los seres dotados de sensaciones y conocimiento que para aquellos que carecen de ellos. Pero eso nada tiene que ver con la libertad, ya que, según la hipótesis mencionada, la libertad estaría ausente en ambos.

Añadid a eso que el conocimiento y la voluntad de los seres animados no serviría de nada, en esta hipótesis, de cara a la libertad de los actuantes, ya que sus pensamientos, conocimientos y voluntades no serían más que consecuencias y efectos necesarios de las diversas determinaciones o de las diversas modificaciones del movimiento de las partes más sutiles de la materia y, como las diversas modificaciones o determinaciones de las partes más sutiles de la materia no son más libres ni menos fuertes y eficaces en los cuerpos animados que en los inanimados, no habría más espacio para la libertad en unos que en otros.

Es evidente, pues, que los seres animados, como los animales, por ejemplo, poseen naturalmente por sí mismos más fuerza y potencia para moverse que los seres inanimados. Nosotros mismos sentimos que poseemos naturalmente la fuerza para movernos por nosotros mismos, porque nos movemos o descansamos efectivamente cuando queremos. Lo mismo sucede en los animales: se mueven por sí mismos cuando no hay nada que se lo impida. Así pues, los seres animados no se mueven debido a ninguna fuerza o potencia externa, sino por una fuerza y potencia interna que les es propia y natural y, por tanto, la materia tiene la capacidad de moverse por sí misma.

Podría argüirse que esta fuerza y esta potencia interna propia de los seres animados no provienen de la materia de la que están compuestos sino de una fuerza interior que les es comunicada por el ser soberano, que estaría actuando interiormente en todos los seres animados, y les está proporcionando el movimiento que parecen tener por sí mismos. Si esto fuese así, la conclusión que saco es que los seres animados, e incluso el hombre, sólo serían instrumentos incapaces de moverse por sí mismos y, por consiguiente, el hombre carecería de libertad, como carecen de ella los seres inanimados, lo cual sería absurdo y ridículo.

Además, si la materia no posee por sí misma la fuerza de moverse, sería necesario que hubiese siempre y en todo lugar un ser o varios involucrados continuamente en la materia para hacerla agitarse y moverse. Y como la materia se mueve continuamente en todas partes, y se mueve de infinitas maneras en los diferentes cuerpos que ella misma compone y que incluso un solo cuerpo —como, por ejemplo, el de una planta o el de un animal, y hasta el de algo tan insignificante como una mosca— se mueve casi de infinitos modos y maneras, sería preciso que ese ser (o esos seres, si son varios) que mueve la materia estuviese siempre unido a ella e implicado en ella. Sería necesario, además, que este ser o estos seres que la mueven conocieran perfectamente la naturaleza y las necesidades específicas de cada cosa y que conociesen perfectamente las partes más pequeñas que pueden entrar en la composición de la materia, ya que si no conocieran todo eso, ¿cómo podrían formar de manera conveniente la naturaleza de cada cosa? ¿Y cómo podrían mover y ordenar de manera conveniente cada parte de la materia para formar cuerpos perfectos como son los que vemos en el universo? ¿Cómo podrían formar, por ejemplo, en determinados lugares del mundo, tantos metales diferentes? ¿Y minerales tan diversos? ¿Y tantas clases

diferentes de piedras como las que se encuentran en distintos lugares? ¿Cómo podrían formar en la superficie del mundo tantas clases de plantas y de hierbas? ¿Y, dentro del mundo, tantas clases diferentes de raíces y fibras de toda clase de especies? ¿Cómo podrían formar tantos hombres? ¿Y tantas clases de animales y de especies tan diferentes? ¿Cómo podrían formar tantas clases de pájaros y de insectos que vuelan por el aire? ¿Y tantas clases de peces que nadan en el agua? ¿Cómo podrían atribuir con tanta pericia, a cada clase de hierbas, a cada clase de plantas y a cada clase de árboles, el cuerpo, las ramas, la corteza, las yemas, las flores, las hojas y los frutos que les corresponden? ¿Y, en esos frutos, las semillas o los huesos que contienen los gérmenes capaces de producir nuevas plantas? ¿Y distintas plantas en el mismo pie, como ocurre en un árbol al que se le hubiesen cortado todas las ramas y se le hubiesen injertado, a continuación, distintas clases de frutos, como por ejemplo distintas clases de manzana en un manzano, diferentes clases de peras en un peral o de cerezas en un cerezo… etc.? ¿Cómo podría, digo, el presunto motor de todos los seres corpóreos acordarse de hacer brotar infaliblemente en cada árbol, y en cada rama que hubiese sido injertada, las flores y los frutos propios de la naturaleza del árbol que fuese? ¿Y cómo podría acordarse de la naturaleza del injerto sin equivocarse nunca ni confundirse, así haya 20 o 30 injertos diferentes en cada tronco? ¿Cómo podría formar tantos cuerpos vivientes de todas las clases de especies animales? ¿Y de insectos? ¿Y cómo podría conseguir, en todos esos cuerpos, que las partes internas y externas estuviesen tan bien ordenadas, tan bien unidas, tan bien ligadas y tan bien proporcionadas? ¿Y que haya tantas articulaciones y tantos huesos tan bien acompasados? ¿Y que haya tantos pelos de diferentes clases y de diferentes colores en el cuerpo de los animales? ¿Y disponer la piel y la carne que ha de recubrir el cuerpo? ¿Y los nervios y las venas? ¿Y ocuparse de tantos espíritus animales cuya agitación y movimiento bien ordenado constituyen la vida, las sensaciones, la salud y la fuerza de los cuerpos animados?

Es evidente que los primeros motores de la materia (si son varios y distintos de la propia materia) no podrían formar tan excelentes y admirables obras si no conociesen perfectamente la naturaleza de cada cosa y no supiesen perfectamente cómo tendrían que ordenar, tornear y disponer las partes más grandes y pequeñas de la materia a fin de colocarlas en el orden y la posición que deben ocupar para componer la naturaleza y el cuerpo de cada cosa.

Es imposible, digo, que todo esto se haga correctamente sin un perfecto conocimiento por parte de quien o de quienes se quiere suponer que son sus autores. Pongamos el ejemplo de un edificio. Los materiales de un edificio no poseen en sí mismos ni por sí mismos la capacidad de moverse, de ahí que no puedan ensamblarse ni ajustarse por sí mismos para guardar el orden que tienen que guardar y para ocupar la posición que deben ocupar para construir un edificio perfecto, sino que es necesario, más bien, que los obreros trabajen esos materiales y los ensamblen, que los ajusten y coloquen cada uno en el orden que debe guardar y en la posición que debe

ocupar para formar tal o cual clase de edificio completo y perfecto. Pues bien, en los cuerpos naturales, que son como otros tantos edificios completos y perfectos, ya que están compuestos de diferentes partes de materia unidas y trabadas para formar un conjunto, tendría que ocurrir lo mismo, en caso de que las diferentes partes de la materia no poseyeran por sí mismas la facultad de moverse. Puesto que haría falta necesariamente que, aquel o aquellos que les prestan el movimiento, conocieran perfectamente la naturaleza y las propiedades de cada cosa y supiesen perfectamente cómo habría que adecuar, ensamblar, unir, ordenar y trabar las diferentes partes de la materia a fin de que pudieran producir edificios, es decir, cuerpos completos y perfectos, cada uno según su propia naturaleza. ¡Qué habilidad! ¡Qué fuerza! ¡Qué sutileza! ¡Qué penetración! ¡Qué aplicación! ¡Y qué amplitud de espíritu y de conocimientos no habría que poseer para formar, de intento y con voluntad deliberada, las cosas grandes y las pequeñas en el universo entero, así como unas máquinas tan admirables y diferentes! Esto supera, por decirlo de algún modo, infinitamente lo infinito. ¿Y cómo imaginar que puede existir semejante fuerza, semejante potencia, semejante sabiduría y profundidad de espíritu y de conocimiento en un ser o unos seres que no tendrían forma ni figura ni cuerpo ni cabeza ni extensión alguna, y de los que resultaría imposible formarse la menor idea? Lo que prueba demasiado no prueba nada, dicen los filósofos. Por esta razón, cabría decir a los deícolas que los argumentos con los que pretenden probar la existencia de su Dios no prueban nada, porque conducen a demasiados absurdos.

Esto no es todo. Después de formar los cuerpos naturales mediante diversos ensamblajes y ajustes de las diversas partes de la materia que los componen, será preciso que quien o quienes hayan impreso el movimiento necesario para que se formen, sepan también imprimirles en cada instante los movimientos necesarios para su conservación, y mucho más si se trata de cuerpos animados. Hará falta que sepan imprimirles, interiormente en cada instante, los movimientos necesarios para la conservación de la vida así como los movimientos que convengan a su naturaleza, sus inclinaciones y su disposición particular. Por eso será imprescindible que sepan, en todo tiempo y lugar y a cada momento, imprimir en su corazón y su cerebro, a través de los espíritus animales, los movimientos necesarios para hacerles sentir placer, alegría, dolor, tristeza…, etc., o para excitar en ellos las pasiones y sentimientos que les son propios. Y por último, hará falta que sepan imprimir en sus cuerpos y en cada unos de sus nervios, en cada fibra y en cada músculo de todos los animales, los movimientos de los espíritus vitales y animales necesarios para actuar de la manera que sea y para hacer lo que tengan que hacer. De manera que no haya ni un solo átomo de materia en todos los cuerpos y ni siquiera en la vasta extensión del universo que no reciba los movimientos y las diversas modificaciones de sus movimientos por parte de un ser que tendría que conocer perfectamente la naturaleza de cada uno de ellos, así como los usos para los que podría servir en cada momento. Lo cual supone que ese presunto primer motor, si es el único, tendría que estar dotado de una

cantidad de conocimiento y de poder infinitamente infinita, si cabe decir así. Ya que, como las partes de la materia son infinitas en número, y como las diferentes modificaciones de sus movimientos, sus figuras, sus combinaciones, sus relaciones y sus transformaciones son infinitas, y como, además, cambian casi a cada instante de posición unas respecto a otras, se requeriría un conocimiento infinitamente infinito para conocerlas todas y abarcarlas todas. Y como los diferentes cuerpos que fabrican estas partículas, así como los diferentes efectos que producen, o pueden producir continuamente en todo lugar debido a su movimiento, a sus figuras diversas y a sus diversas combinaciones, son igualmente infinitos, se requerirá igualmente una potencia infinita para producirlos.

Si resulta imposible, inconcebible y absurdo verse obligado a suponer que existe un ser que carece de cuerpo, de forma y de extensión, y que no tendría brazos ni piernas ni pies ni manos ni ojos ni cabeza ni cerebro ni cosa alguna que pueda imaginarse, todavía es más suponer que un ser de semejantes características, que sólo es imaginario, como sabemos, pueda estar dotado de una potencia y un conocimiento virtualmente infinitos. Pues como no podemos hacernos más idea del conocimiento que la que tenemos a partir de nuestra propia experiencia del conocimiento, y como sólo podemos hacernos una idea de la fuerza y la potencia, o poder, a partir de la fuerza y la potencia, o poder, que poseemos y gracias a la fuerza motriz que tenemos y sentimos en nosotros mismos o que vemos en los demás cuerpos que también se mueven, de todo ello se desprende que no puede haber y ni siquiera es concebible que pueda haber fuerza ni poder ninguno en un ser que carecería de cuerpo y extensión, y que no tendría ni brazos ni piernas ni pies ni manos ni tampoco cabeza ni cerebro ni nada que se le pareciese. Esto no puede ser, repito; resulta absurdo y ni siquiera es concebible que pueda ser.

De igual modo, resulta evidente que, a partir de la idea que tenemos del conocimiento y el poder, no puede haber ningún ser concreto dotado de entendimiento que sea capaz de un conocimiento actualmente infinito ni puede haber tampoco ningún ser concreto que sea capaz de una fuerza infinita, porque todo ser concreto es finito y no puede contener en sí ni fuerza ni poder en grado infinito.

Pero lo que rebasa toda capacidad de creer, toda inteligencia y toda posibilidad es que, para que un ser concreto todopoderoso, infinitamente sabio y docto pueda producir todos los efectos de la naturaleza así como imprimir y regular, como acabo de decir, el movimiento de todas las partes de la materia en cualquier cuerpo y en cualquier lugar de cualquier cuerpo que pueda imaginarse, se necesitaría que ese ser pretendidamente todopoderoso, infinitamente sabio y docto, capaz de producir esos efectos y movimientos, penetrase interiormente en cada cuerpo para mover las partes más imperceptibles y sutiles de cada cuerpo. Sería preciso, por tanto, que quien formara, por ejemplo, los cuerpos de los animales, y quien moviera, condujera y gobernara las partes más imperceptibles y sutiles de cada uno de ellos, se metiera dentro de ellos y dentro de la carne, de los huesos, de la médula, de las fibras de la

carne, de los músculos, de las entrañas, del corazón, del cerebro, de los ojos, de las venas, de la sangre y, en general, de todo lo que entra en la composición del cuerpo. De lo contrario, ¿cómo podría formar, mover, regular y conducir separadamente todas y cada una de esas partes si no penetrase en todas? ¿Cómo podría formar y mover los espíritus animales en las venas y los nervios, e incluso cómo podría dirigir adecuadamente el curso de sus movimientos en todas las partes del cuerpo si no trabajase inmediatamente por sí mismo en su formación y no imprimiese inmediatamente por sí mismo y en cada uno de ellos el movimiento que le es propio y particular para producir tales y cuales efectos en tales y cuales partes del cuerpo? Hay que admitir que nada de esto podría hacerse sin que el autor o primer motor viese, discerniese y tocase inmediatamente por sí mismo todas las partes imperceptibles y sutiles de todos y cada uno de los cuerpos que formase. ¿Y cómo los vería y los discerniría si no tiene ojos para ver, ni dedos ni manos para manejarlos ni para tocarlos ni para ordenarlos ni para unirlos ni para ligarlos ni para atarlos?

Y aunque ese supuesto primer motor y ese hábil obrero tuviese la vista suficientemente aguda como para distinguir todas las partes y dispusiese de unas manos y unos dedos lo suficientemente ágiles como para hacer y dar forma tan diestramente a cosas tan hermosas y admirables, fuesen grandes, pequeñas o medianas, y eso fuera cual fuese su aspecto y tamaño, tendría para ello necesariamente que entrar, además, dentro de la sustancia de los cuerpos que formase. Y si entrase completamente dentro, tendría no sólo que entrar por entero dentro de todos los cuerpos sino que tendría que entrar también por entero dentro de cada parte de los cuerpos. Es decir, tendría que entrar por entero dentro del corazón de cada animal, tendría que entrar por entero en la cabeza, tendría que entrar por entero en el estómago, tendría que entrar por entero en los intestinos, tendría que entrar por entero en los ojos, tendría que entrar por entero en el hígado, tendría que entrar por entero en los pulmones, tendría que entrar por entero en los pies, tendría que entrar por entero en las manos y tendría que entrar por entero, finalmente, en cada una de las partes de esas partes. De tal manera que estaría por entero en cada átomo de materia, es decir, en cada una de las partes más finas y sutiles de la materia, por lo que sería como decir que habría, de alguna manera, tantos dioses como átomos de materia hay. O que cada átomo de materia sería Dios, porque contendría en sí mismo toda la naturaleza y toda la sustancia de un dios. Y, como los átomos, que son las partes más finas y sutiles de la materia, son infinitos en número, sería como decir que habría un número infinito de dioses que no serían, al mismo tiempo, sino un solo y único Dios. Un Dios que, aun careciendo de extensión y de partes en sí mismo, sería un ser con una extensión infinita y, al mismo tiempo, un ser infinitamente poderoso en todas y cada una de sus partes. ¿Hay algo más vano y absurdo? Se ve claramente que esto no puede ser, ya que, si hubiese un ser todopoderoso que estuviera, tal y como estamos viendo, dentro de todos los cuerpos por entero y en cada parte de cada cuerpo también por entero, tendría que ser o bien sin que se

produjera división de sí mismo o bien por división de sí mismo, y no puede existir ninguna de las dos cosas.

No podría existir sin división de sí mismo ya que, ¿cómo podría estar por entero en cuerpos diferentes, distintos y alejados entre sí sin dividirse? No es concebible y no puede ser. Tampoco podría existir por división de sí mismo, puesto que resulta evidente que no hay nada que pueda dividirse y permanecer al mismo tiempo entero. Sin embargo, haría falta que ese ser todopoderoso, que estaría dentro de todos los cuerpos, se dividiese en tantas partes como cuerpos o sustancias hay, e incluso tantas veces como átomos hay en toda la extensión de la materia. ¿Puede imaginarse algo más vano, más ridículo y más absurdo? Habría que cerrar los ojos a las luces de la razón para dejarse convencer por semejantes cosas.

Pero, como se trata, además, de una penetración tan general e íntima por parte de una fuerza y una facultad de actuar soberanas que tiene, encima, la particularidad de que no puede ser sentida ni percibida, habría que concluir que la sustancia de ese ser que se mete dentro de los demás seres tendría que ser muy fina y muy sutil, ya que se estaría deslizando e insinuando imperceptible e insensiblemente por todas partes sin ocupar sitio y sin dejarse sentir ni percibir de ninguna manera. ¿Cómo podría ser la fuerza de su poder tan soberana y eficaz si no hay nadie que pueda ni haya podido sentirla?

Resulta evidente, a nada de atención que se preste, que todo eso no son más que imaginaciones hueras y quiméricas que sobrepasan no sólo toda probabilidad sino también cualquier posibilidad de comprensión, y haría falta renunciar por completo a las luces de la razón natural para dejarse persuadir por ellas.

Por otra parte, si fuese un ser todopoderoso, infinitamente sabio y docto el que estuviera produciendo y dirigiendo en nosotros y en todos los demás seres los movimientos internos y externos que se producen en nosotros y en los demás cuerpos que se mueven, ¿cómo podrían producirse movimientos tan desordenados e irregulares en nosotros y en los demás seres? Porque no tendría que existir, en realidad, ningún desorden ni ninguna irregularidad en nuestros movimientos ni tampoco en los de toda la naturaleza, ya que los estaría produciendo y dirigiendo un ser todopoderoso, infinitamente sabio y docto. Pues bien, resulta evidente e indudable que podemos ver cómo se producen a diario, tanto en nosotros mismos como en la naturaleza entera, miles de movimientos desordenados e irregulares que provocan una inmensa cantidad de males y desórdenes por todas partes y, por tanto, no se puede sostener que esos movimientos desordenados e irregulares hayan podido ser producidos y dirigidos por un ser todopoderoso que sería infinitamente sabio y docto.

Por otro lado, si se dijera que un solo primer motor no podría bastar realmente para poder mover e imprimir movimiento en toda la extensión de la materia, que es infinita y sin límites, y que, por tanto, no sería suficiente con un único motor, o que un solo motor tendría problemas para poder mover de manera tan regular los cuerpos compuestos de materia, por lo que tendría que haber varios motores para producir el

movimiento, entonces se podría decir que las contradicciones provendrían de esa multitud de motores. De ahí provendrían las oposiciones y antipatías naturales o casuales que se producen entre diferentes especies de cosas, sean animadas o inanimadas. Porque los primeros motores de las cosas podrían resultar incompatibles entre sí debido a sus respectivos humores o sus respectivas naturalezas, por lo que podrían no ponerse de acuerdo para mover su parte correspondiente de materia y, en vez de moverla todos en el mismo sentido, bien pudiera ocurrir que hubiese algunos que la movieran en sentido contrario. Reconozco que una hipótesis como ésta podría constituir una razón bastante plausible y aceptable a la hora de explicar la contradicción, la contraposición y la antipatía que existentes entre los diferentes cuerpos naturales. Pero negaré, sin embargo, que pueda existir:

1º. Porque es inútil recurrir a la pluralidad y a la contradicción entre los primeros motores para explicar la oposición y antipatía que se producen entre los diferentes cuerpos.

2º. Porque la pluralidad de los primeros motores no repugna menos que la existencia de un único motor.

Pues en primer lugar y por lo que se refiere a su número, ¿en cuánto los fijaremos? ¿Cuántos motores harían falta? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cien? ¿Mil? ¿Miles? ¿Millones? ¿Qué número fijaremos, puesto que con uno solo no bastaría para que se hiciese todo lo que se está haciendo en la naturaleza? Como resulta imposible imaginar todo lo que se esta haciendo y está ocurriendo en la naturaleza, no podemos decir tampoco si bastará con dos, con tres, con cuatro, con cien, con mil o con un millón de esos supuestos primeros motores, ya que se necesitaría un poder y un conocimiento infinitos para poder hacer a sabiendas, voluntariamente y con conocimiento de causa, todo lo que se está haciendo y está ocurriendo en la naturaleza, y ni juntando miles y millones de poderes y de conocimientos limitados se podría formar un conocimiento infinito. ¿Se necesitarán tantos como cuerpos naturales hay? ¿O tantos como átomos hay en toda la extensión de la materia? ¿Y no será ridículo y absurdo que haya que admitir tantos primeros motores?

Por lo que se refiere a la naturaleza de los primeros motores, habría que decidir si todos tendrían que tener la facultad de moverse o si, por el contrario, sería necesario suponer que habría algunos que no la tuviesen. Si se supone que todos los motores tendrían que tener la facultad de moverse, ¿por qué no habrían de tenerla la materia y los átomos de la materia por sí mismos? No habría mayor inconveniente en suponer que los átomos puedan tener por sí mismos la facultad de moverse que en atribuir de manera innecesaria esa facultad a unos seres imaginarios, como son esos supuestos primeros motores. Al contrario, resulta mucho más conveniente atribuírsela a la propia materia ya que, si algo es seguro, es que hay materia, lo mismo que también es seguro que esta materia puede dividirse en una cantidad inmensa de partes que se pueden llamar, si se quiere, átomos. Y también es seguro que las partes de la materia se mueven actualmente, pero ¿qué seguridad e incluso qué evidencia tenemos de que

exista siquiera uno de esos supuestos motores? ¿Qué conocimiento tenemos de su naturaleza y de su existencia? ¿Qué conocimiento tenemos de su fuerza, su poder, su industria y su inteligencia? Ninguno en absoluto, porque ni siquiera podemos hacernos una idea verdadera de su ser ni tampoco de su forma de ser.

Más aún, me gustaría preguntar si esos supuestos motores tendrían que tener todos ellos la misma naturaleza o si tendrían que tener una naturaleza diferente. Si tuviesen el mismo poder y la misma fuerza, ¿serían algunos más fuertes y más poderosos que otros? ¿Se conocen entre sí? ¿O no se conocen? Me gustaría preguntar a quien corresponda si les causa placer y gusto estar agitando y moviendo cada parte de materia en todos los sentidos. Si son amigos o enemigos. Sí, me gustaría hacer todas las preguntas que se pudiesen hacer legítimamente sobre la cuestión. Preguntas, sin embargo, a las que sería ridículo y absurdo intentar responder, porque no sería sino comprometerse a decir sin fundamento alguno cosas de las que no se sabe nada y, aunque sólo fuese por esta razón, merecerían ser rechazadas y no resultarían creíbles.

Sin embargo, parece mucho más conveniente y seguro atribuir a la propia materia la facultad de moverse, deshaciéndose así de las dificultades insuperables que surgen vanamente y sin necesidad alguna cuando se busca fuera de ella el principio de su movimiento. Por lo que no me detendré siquiera en refutar la opinión acerca de la pluralidad de los primeros motores, pues se destruye suficientemente por sí misma. Los propios deícolas ya no mantienen la opinión acerca de la pluralidad de los primeros motores, como tampoco admiten la de la pluralidad de dioses, sino que generalmente admiten la existencia de un solo primer motor, al que le atribuyen el perfecto conocimiento de todas las cosas y el poder soberano de hacer cuanto le plazca y, por consiguiente, la posibilidad de mover la materia y hacer con ella lo que quiera. Por eso habría que añadir aún (aunque la opinión y la suposición de este presunto poder y de este conocimiento infinitos hayan sido suficientemente refutadas y se haya demostrado que son falsas) otra razón que hará ver de manera aún más manifiesta su falsedad. Es ésta.

Tal como sostienen los deícolas, el único primer motor, al que llaman *Dios* y al que atribuyen, como acabo de decir, un poder y un conocimiento infinitos, es un ser que, según su doctrina, no sólo carece de cuerpo, forma, aspecto y extensión, sino que, además, es inmutable e inmóvil por naturaleza y en su naturaleza, y es también inmutable en sí mismo e inmutable en sus pensamientos y en su voluntad, en sus conocimientos y ,en sus designios, por lo cual, en definitiva, es inmutable en todos los sentidos y de todas las maneras, de tal forma que no puede estar sujeto de modo alguno a las vicisitudes de tiempo. Una vez admitido esto, resulta claro y evidente que un ser como él (si fuese y existiese realmente) no podría agitar ni mover la materia. Y lo pruebo de la siguiente manera. Un ser que es completa y esencialmente inmóvil en sí mismo y que, por su propia naturaleza, es inmutable e inmóvil, no puede mover nada que esté fuera de él. ¿Cómo podría mover algo si él mismo no

puede moverse ni agitarse a sí mismo? No es posible realmente concebir, y ni siquiera es posible en sí, que un ser que permanece inmutable, es inmutable y es inmóvil por naturaleza pueda mover o agitar nada. No hay relación ni conexión entre la idea de un ser que es inmóvil e inmutable y el movimiento de un ser que se mueve. Y no puede haberlas. Ahora bien, de acuerdo con la doctrina de los deícolas, el supuesto primer motor al que llaman Dios es completa y esencialmente inmutable e inmóvil en sí mismo, y lo es por naturaleza, luego no puede mover ni agitar nada que se encuentre fuera de él, de la misma manera que tampoco puede mover ni agitar nada que esté dentro de él y, por tanto, no puede mover la materia ni ser el primer autor de su movimiento. Por lo que es necesario admitir, entonces, que la materia posee por sí misma el ser y el movimiento, y que es completamente inútil recurrir a la existencia de un Dios todopoderoso que no es y no podría hacer nada aunque fuese y existiese, ya que, aunque existiera, no podría moverse ni agitarse él mismo puesto que sería, porque así quieren los deícolas, completamente inmutable e inmóvil por naturaleza. Por esta misma razón, es inútil que los deícolas le recen y adoren, y es completamente inútil que le ofrezcan, como le ofrecen, sacrificios a fin de obtener de él alguna gracia o algún favor.

Pues como es completa y esencialmente inmutable por naturaleza, tal como pretenden los deícolas, y como, además, todos sus pensamientos, todos sus designios y todos sus actos de voluntad ya se han cumplido para toda la eternidad, como también aseguran, no podrá cambiar de pensamiento ni modificar sus actos de voluntad por muchas oraciones y muchos sacrificios que se le hagan y por mucho que le adoren. Nada de eso podrá ablandarle ni podrá hacer tampoco que se incline hacia un lado antes que hacia otro. Por lo cual, por mucho que se le rece o no se le rece, por mucho que se le adore o no se le adore, por mucho que se le ofrezcan o no se le ofrezcan sacrificios, no cambiará nunca de resolución ni modificará su voluntad, y no hará, ni para bien ni para mal, nada que no hubiese resuelto hacer por toda la eternidad, que es lo que señalan los supuestos santos profetas cuando al hacer hablar a Dios le hacen decir que sus designios y resoluciones permanecerán firmes y que hará lo que resolvió hacer: «Mi designio se cumplirá, mi voluntad la realizo» (Isaías, 46,10).

Por lo cual resulta vano e inútil que los supersticiosos deícolas se entretengan en rezar a un Dios del que ellos mismos dicen que es un ser completamente inmutable e inmóvil. Resulta vano que lo adoren y le ofrezcan sacrificios para intentar que les otorgue alguna merced o algún favor que piensan que no les concedería si no hiciesen esos sacrificios. Si supiésemos que un rey poderoso, por ejemplo, ha tomado una resolución o alberga un deseo o una intención cualesquiera, y supiésemos que no iba a cambiar de idea de ninguna de las maneras, ¿no sería inútil rogar a ese rey que hiciese algo distinto a lo que tuviera decidido? Seguro, sería inútil y casi una locura plantearse la posibilidad de hacerle cambiar de idea, una vez que se sabe que no la cambiará nunca. Pues bien, como los deícolas saben perfectamente que Dios es

completamente inmutable, y saben también que sus decisiones han sido tomadas de una vez por todas para toda la eternidad, y saben además que no cambiará de decisión de ninguna de las maneras ya que es inmutable por naturaleza, resulta claro y evidente que rezar y esperar obtener algo de él a través de la oración, del sacrificio o de la devoción es inútil y hasta una locura, porque no le harán cambiar de idea y todo eso no servirá de nada en vistas a obtener lo que le piden.

Pero dirán que es propio de Dios querer que se le rece. Aseguran que Dios ordena a los hombres que le recen, veneren y ofrezcan sacrificios a fin de concederles, gracias a sus oraciones y sacrificios, las mercedes que le piden y que había decidido otorgarles de una vez por todas y para toda la eternidad. A esto les responderé que siguen hablando a ciegas de cosas que no saben y sobre las que no pueden aportar ninguna prueba real. Si dicen que Dios les ha revelado sus pensamientos y decisiones en este asunto, les diré:

1º. Que no hay mentira ni error en materia de religión que los supersticiosos deícolas no hayan basado en la palabra y en la autoridad de Dios. Por eso no merecen ser creídos por mucho que den su palabra. No merecen siquiera ser escuchados si no aportan pruebas convincentes, pues cualquier impostor podría decir lo mismo que ellos.

2º. Si Dios hubiese ordenado a los hombres, como dicen los deícolas, que le rezaran, veneraran y ofrecieran sacrificios para poder obtener así sus mercedes y bendiciones, tendría o debería tener, sin duda, mayor miramiento hacia aquellos que observan fielmente sus mandamientos que hacia aquellos otros que no lo hacen, y tendría que mostrarse o, al menos debería hacerlo, más favorable hacia aquellos que le rezan, veneran y ofrecen devotamente sus sacrificios que hacia aquellos otros que no le veneran y no quieren ofrecerle sacrificios. Pues bien, vemos claramente a diario cómo no tiene mayor miramiento ni consideración hacia unos que hacia otros, y vemos también cómo los bienes y los males les llegan indiferentemente a unos y a otros, por lo que no hay ninguna prueba de que Dios haya ordenado nada parecido a los hombres.

3º. Vemos también manifiestamente a diario que muchos de aquellos y aquellas que rezan, ofrecen sacrificios y sirven devotamente a Dios, que le invocan y le piden con todo su corazón y todas sus fuerzas que les ayude en sus necesidades más perentorias, no obtienen nada de lo que le habían pedido en sus oraciones, antes bien perecen miserablemente en medio de la necesidad o se consumen en la miseria hasta el fin de sus días. ¿Por qué no son escuchadas sus oraciones? ¿Por qué no obtienen lo que piden? Según los deícolas, porque a Dios no le da la gana escucharlas ni le da la gana dar satisfacción a sus peticiones. Porque no estaba en su voluntad hacerlo y nunca lo estuvo. Si Dios les ordenó que recurrieran a él por medio de la oración en ocasiones como ésas, y les dijo que no dudaran en pedirle las mercedes y asistencia que necesitasen, habría estado ordenándoles que le pidieran por medio de la oración y el sacrificio mercedes y favores que no tendría ni habría tenido nunca el deseo ni la

voluntad de concederles, lo que no resulta en absoluto creíble en un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio. Si a un señor, por ejemplo, o a un rey poderoso se le ocurriese, debido a un arranque singular, la fantasía de ordenar a sus servidores o a sus súbditos que le rezasen diariamente humildes plegarias para pedirle determinadas mercedes o favores que nunca habría tenido la voluntad de concederles, ¿no diríamos que ese señor o ese rey se estaban burlando o estaban cometiendo una locura al ordenar tal cosa? Sí, lo diríamos, y tendríamos toda la razón al decirlo, porque sería una locura o una burla que viniesen con semejantes órdenes a sabiendas de que no iban a cumplir su parte. Pues lo mismo ocurriría con Dios si, como dicen los deícolas, ordenase a los hombres que le pidieran por medio de sacrificios o de humildes plegarias mercedes que no pensaba concederles y que había decidido desde la eternidad no concedérselas nunca. Podemos decir incluso que los deícolas cometen una locura al atribuirle semejante desvarío o ganas de burla a todo un Dios, es decir, a un ser que sería infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio. Así que, procedan como procedan, se confunden en sus errores y en la vanidad de sus pensamientos. «La iniquidad se ha mentido a sí misma» (Salmos, 26,12).

Pero regresemos a esa supuesta inmutabilidad que le atribuyen a Dios. Según los deícolas, Dios es tan inmutable en su naturaleza y sus operaciones que, por más que le atribuyan las pasiones y los afectos propios de los hombres, como por ejemplo el amor y el odio, la delicadeza y la cólera, el furor y la venganza, la tristeza y la alegría, el placer y el dolor, el deseo y la satisfacción, la envidia y el desagrado, el pesar y el arrepentimiento, así como el resto de pasiones y afectos, los deícolas pretenden, sin embargo, que por mucho que estén todos ellos en Dios no producen ninguna alteración en él, ni tampoco ningún cambio ni emoción.

Veamos cómo habla de ello el gran mirmadolín de san Agustín cuando se dirige a Dios:

«Señor —dice—, me has dicho a la oreja interna de mi corazón con voz potente que eres eterno porque no cambias ni por impresión de una forma nueva ni por la vicisitud de impulso alguno. De igual manera, tu voluntad no está sujeta a la inconstancia del tiempo, porque una voluntad cuyas resoluciones son de alguna manera variables no puede ser inmortal en su duración. Admito claramente esta verdad en tu presencia. Estas mismas luces que me has concedido —prosigue— me enseñan que ni tu persona ni el orden de tu imperio, sea en el cielo o en la tierra, se ven perjudicados por la desobediencia de tus criaturas» (*Confesiones*, XII, XI, 11). Y esto es lo que dice en otro lugar haciendo también como que habla con Dios: «Recelas, por más que te encuentres seguro, te arrepientes pero sin sentir dolor alguno, te encolerizas pero permaneces siempre tranquilo».

Sí, en efecto, tiene que ser muy apacible y estar muy tranquilo ya que, por más que se disputen los hombres sobre él y haya tantos que le niegan, cometen blasfemias y le ultrajan, por así decir, con sus crímenes y maldades, y por más que haya tantos que le ofenden con su desobediencia, no se interesa ni por asomo en defender su

propia causa, son los hombres los que tienen que hablar por él. Y además lo hacen dando libre curso a su imaginación, porque de la imaginación es de donde únicamente sacan lo que dicen de él y en su nombre. Y no dirían todo cuanto dicen si no buscaran sacar provecho. Los deícolas quieren convencernos de que es el propio Dios el que vela con su providencia por todo lo relacionado con sus criaturas. Pero, ¿cómo podría velar por sus criaturas si no es capaz ni de velar por sí mismo, en algo que le toca tan de cerca y que no es sino la defensa de su propia causa, la manifestación de su gloria y la veneración que le sería debida así como la obediencia debida a sus mandamientos?

Esto es lo que dice otro de sus mirmadolines santones, que no es otro que san Ambrosio, respecto a la supuesta inmutabilidad de Dios:

«Dios —dice— no piensa de la misma manera que los hombres, como si le vinieran a la mente pensamientos nuevos que antes no tenía, y tampoco se enfada como se enfadan los hombres, como si estuviese sujeto a cambio o mudanza. Sin embargo, seguimos utilizando esa manera de hablar y decimos que Dios piensa, se enfada, se arrepiente, etc., para expresar la gravedad de la ofensa que se comete contra Dios con el pecado, que es una ofensa tan grande que parece que tendría que provocar su cólera divina, y eso a pesar de que no puede estar sujeto, por naturaleza, a impulso alguno de cólera ni de la pasión que sea» (san Ambrosio).

«Aunque Dios no pueda —dice otro autor— encolerizarse, ni entristecerse ni alegrarse ni desear ni compadecerse ni arrepentirse, etc., si hace todo lo que hacen quienes se encolerizan, se entristecen, se arrepienten o se alegran, es porque castiga sin cólera, se compadece aunque sin experimentar alegría, aborrece el mal pero sin pena ni tristeza, quiere el bien pero sin desearlo, socorre a los afligidos aunque sin compasión. En una palabra, lo que hacemos por medio de todos esos impulsos de nuestros apetitos y nuestras pasiones, Dios y los ángeles lo hacen con un solo acto de voluntad porque son espíritus puros». Así hablan los deícolas de la inmutabilidad de Dios.

De este modo, aunque le atribuyan, como acabo de decir, sentimientos como el amor, el odio, la delicadeza y la cólera, e incluso el furor y la indignación, la tristeza y la alegría, el placer y el dolor, el deseo y la compasión, el pesar y el arrepentimiento, etc., no toman esos términos al pie de la letra como si Dios se encolerizara de verdad, o como si se regocijara o entristeciera, o como si estuviese realmente sujeto a cualquiera de esos impulsos que sentimos dentro cuando amamos u odiamos, cuando nos entristecemos o nos arrepentimos, cuando nos encolerizamos o nos alegramos, etc. No entienden nada de eso con los términos que he señalado, sino algo muy diferente que no saben expresar ni hacer que nadie comprenda, porque ni siquiera ellos entienden o alcanzan a concebir lo que quieren dar a entender cuando dicen eso. Pero se ve perfectamente que es como si dijeran que Dios ama sin amar y sin amor, que odia sin odio y sin odiar, que se encoleriza sin cólera, que se enfada sin enfadarse, que se entristece sin entristecerse y sin tristeza, que se regocija sin

regocijarse y sin regocijo y que se arrepiente sin arrepentirse, es decir, sin arrepentimiento ni pesar, etc., lo que es completamente absurdo.

Es igual que cuando dicen, según su forma de expresarse, que es bueno sin cualidad, es grande sin tamaño e inmenso sin extensión; es como si dijeran que es bueno sin bondad, grande sin ser grande e inmenso sin ser extenso. Por eso, si seguimos tan bonita forma de expresarse y seguimos, igualmente, la doctrina de los deícolas, los propios términos *hacer* y *querer* algo, aplicados a Dios, no pueden ni se deben tomar al pie de la letra, lo mismo que términos como *amar, odiar, enfadarse* o *arrepentirse*, etc. De ahí que, al igual que dicen que Dios ama sin sentimiento de amor, que odia sin ningún impulso colérico, que se complace en algo sin sentimiento ninguno de alegría, y que puede disgustarse por algo sin experimentar por ello ningún sentimiento de tristeza, o que se arrepentiría sin sentir ni pesar ni arrepentimiento, etc., tienen que decir necesariamente que hace las cosas sin ningún impulso de acción. Es decir, sin agitarse ni moverse, por lo que querría lo que quiere sin realizar ningún acto de voluntad, cosa que resulta completamente absurda. De acuerdo, pues, con esta forma de expresarse, tendrían que decir también que conoce sin conocer, puesto que no caben en él los actos de conocimiento, y que es sin ser, o que existe sin existir, ya que es sin manera alguna de ser y existe sin alguna manera de existir. Igualmente, tampoco cabe en él ninguna manera de hacer ni de actuar, ya que hacer sin acción, querer sin que se produzca un acto de voluntad o conocer sin que se produzca ningún acto de conocimiento no son cosas distintas de ser sin esencia ni manera de ser, o existir sin existencia ni manera de existir.

Pues bien, los deícolas admiten y reconocen que Dios lo quiere todo sin realizar ningún acto de voluntad, que Dios lo conoce todo sin realizar ningún acto de conocimiento y que hace todas las cosas sin realizar ningún acto o experimentar ningún impulso de acción, que es como si dijeran que quiere sin querer, conoce sin conocer y hace sin hacer. De acuerdo con esto, pues, tienen que reconocer y admitir que es sin ser o que existe sin existir. Es decir, que no es, puesto que carece de manera de ser y de existir, porque lo que no tiene forma de ser ni forma de existir ni existe ni es.

A eso se ven reducidos los supersticiosos deícolas con su bonita doctrina de la supuesta existencia de Dios. A fuerza de querer que sea perfecto y de hacer que sea grande, admirable e incomprensible en todo y de todas las maneras, no hacen más que destruirlo. Y a fuerza de querer despojarlo y apartarlo de todas las imperfecciones y todas las cualidades reales e imaginables, lo aniquilan y lo reducen a la nada.

¿Por qué no reconocen francamente y no confiesan sencillamente que no es y que no es nada, ya que no es, efectivamente, ni es nada?

72

Resulta ridículo y absurdo decir que un ser todopoderoso e infinitamente perfecto carece de perfecciones visibles y perceptibles

Pasemos a otros argumentos. Según opinan los deícolas, Dios es un ser todopoderoso, como ya he dicho, y también un ser eterno, infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones. Es un ser que se halla presente en todas partes y que lo ve todo, lo sabe todo, lo hace todo y hace que todo se mantenga. Que dirige y dispone todo a su gusto. De tal manera que no hay nada, según dicen los deícolas, que pueda sustraerse a su dominación ni pueda ir contra el orden inmutable que su omnipotencia y su soberana providencia han establecido en todas partes.

Lo primero que se me ocurre acerca de este ser, al que consideran tan bueno, tan bello, tan sabio, tan grande, tan excelente, tan admirable, tan perfecto y tan amable, etc., es que, si hubiese un ser como él, se mostraría de una forma tan clara y visible a nuestros ojos y a nuestros sentidos que no habría nadie que pudiese dudar de la realidad de su existencia. Pero como no podemos ver ni percibir a ese ser supuestamente perfecto en grado sumo por ninguna parte y de ninguna manera, y como tampoco podemos conocerlo, no hay en realidad ninguna razón para creer ni decir que ese ser existe, y tenemos más bien motivos, por el contrario, para creer y decir que no existe. ¿Cómo podría existir y estar en todas partes un ser soberanamente perfecto y tan soberanamente bueno y amable sin que nadie pueda ver ni percibir por ninguna parte ninguna de sus soberanas perfecciones? Porque una cosa es segura: un ser que no es visible ni perceptible de ninguna manera no puede ser soberanamente bello ni soberanamente bueno ni soberanamente amable ni puede ser tampoco soberanamente perfecto, ya que, cuanto mayores son las perfecciones naturales de un ser, más visibles y perceptibles resultan; se parecen en eso a la luz, cuanto mayor es, más visible y perceptible resulta. Y se parecen también en eso al calor, que cuanto mayor es, mejor se puede percibir. Pero como no vemos ni percibimos por ninguna parte a ese ser que, según dicen, sería tan supuestamente perfecto, y como tampoco vemos ni percibimos por ninguna parte ninguna de esas hipotéticas perfecciones que tendría que tener, no tenemos ningún motivo para creer ni para decir que exista realmente un ser como ése. Por simple y natural que parezca, este argumento permite concluir de manera evidente que no existe ese supuesto ser que, según aseguran los deícolas, debería ser soberanamente perfecto. Pero tenemos que confirmarlo aún con ejemplos claros y perceptibles.

Si dijéramos, por ejemplo, que en alguna parte hay un sol divino, infinitamente claro y luminoso, o, mejor, si dijéramos que la luz de ese sol divino, infinito en claridad y luminosidad, tendría que estar llegando a todas partes, y nos

encontráramos con que, sin embargo, nadie podría ver la claridad ni la luz de ese sol hipotético, ¿no tendríamos motivos sobrados para decir que ese supuesto sol infinitamente claro y luminoso no existe en absoluto? Sí, podríamos decirlo con toda razón. Podríamos decir incluso que habría que haber perdido la razón para poder decir que estarían reinando por todas partes una claridad y una luz infinitas sin que nadie pudiera, sin embargo, verlas. Si dijéramos también que hay, por ejemplo, un ser infinitamente bello que estaría en todas partes pero que, sin embargo, nos diéramos cuenta de que no hay nadie que pueda ver la supuesta belleza de ese ser, ¿no tendríamos motivos sobrados para decir que no existe? Sí, con toda seguridad. Si dijéramos que reina por todas partes un fuego divino infinitamente caliente o que reina, también por todas partes, un aire infinitamente frío sin que nadie pueda, sin embargo, percibir ni el calor de ese fuego divino infinitamente caliente ni el frío de ese aire infinitamente helador, ¿no tendríamos motivos sobrados para creer que no existen ni ese fuego ni ese aire frío? Y si, finalmente, dijéramos que hay un ser por todas partes hecho de una sustancia cuyo olor y sabor fuesen infinitamente dulces y agradables al olfato y al gusto, y cuya voz emitiese un sonido que superaría en grado infinito a los demás sonidos pero resultara, sin embargo, que no se pudiera oír por ninguna parte esa voz, ni que tampoco se pudieran captar el olor ni el sabor de esa supuesta sustancia tan admirable, ¿no tendríamos motivos sobrados para decir que ese ser no existe en absoluto porque nadie puede ver por ninguna parte ningún rastro de él? Sí, tendríamos toda la razón para decir eso. Y si, a pesar de ello, hubiese determinados individuos a los que se les habría metido en la cabeza asegurar que esos seres estarían por todas partes de una forma espiritual e invisible, serían tomados indudablemente por locos, por visionarios y hasta por fanáticos, puesto que sería una especie de locura y de fanatismo meterse semejantes ideas o semejantes fantasías en la cabeza.

Pues bien, es evidente que los supersticiosos de los deícolas caen en esa especie de fanatismo cuando sostienen que Dios, su Dios, existe. Pues están empeñados en que ese Dios tiene que ser un ser infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones y están empeñados en sostener que es un ser que está en todas partes, pese a que es evidente que nadie puede verlo ni sentirlo, y nadie lo percibe tampoco por ninguna parte, como también es evidente que nadie podrá verlo ni sentirlo ni percibirlo en ningún lado. Por eso cometen una locura y un gran error al empeñarse en sostener que ese ser está realmente en todas partes. Es como si quisiesen sostener que habría un sol infinitamente claro y luminoso cuya luz y claridad, sin embargo, nadie podría ver. No parece que una persona con un mínimo de sentido común pudiera atreverse a sostener algo semejante. Sin embargo, eso es lo que los deícolas hacen a diario cuando sostienen la existencia actual de un Dios, su Dios infinitamente perfecto que estaría presente en todas partes pese a que no haya nadie que lo pueda ver ni percibir ni sentir ni encontrar y pese a que tampoco hay nadie que haya podido encontrarse con él en ninguna parte. Ya que es como si alguien dijera que hay un sol

infinitamente claro y luminoso que reina por todas partes a pesar de que no hay nadie que lo pueda ver por ningún lado. Puesto que atenta de igual manera contra el sentido común decir que hay un sol infinitamente claro y luminoso que no se puede ver por ninguna parte, que decir que hay un ser infinitamente perfecto que estaría por todas partes, pese a que no resulta visible ni se le puede percibir por ningún lado. Y es igual de absurdo decir que hay un sol perfectamente claro y luminoso cuya luz y claridad nadie puede ver, que decir que hay un ser infinitamente perfecto del que no veríamos ni podríamos ver ni percibir ninguna de sus hipotéticas perfecciones.

Los cristícolas, que saben hacerse los espirituales con mucha facilidad a la hora de pensar y razonar, seguro que me consideran un hombre carnal y grosero que sólo sabe juzgar a través de los sentidos. Estoy seguro que me aplicarían lo que dijo en cierta ocasión el gran mirmadolín de san Agustín: «El hombre carnal se rige por la vista a la hora de juzgar y de pensar. Los hombres carnales —dice— creen en todo lo que ven pero no pueden creer en lo que no ven». Y su gran san Pablo dice: «El hombre meramente natural no acepta lo que procede del Espíritu de Dios» (1 Corintios, 2,14).

Pero esto no me preocupa en absoluto. Puedo darle la vuelta a su argumento diciendo que los ignorantes y los tontos juzgan y piensan de acuerdo con una única regla, la de creer ciegamente todo cuanto les dicen aunque vaya contra sus propias opiniones. Y actúan así de acuerdo con esta máxima del mirmadolín de santo Tomás de Aquino, el doctor angélico, que asegura, al hablar de su amable y venerable Dios de pasta y harina, que la vista, el tacto y el gusto se equivocan con él, y que sólo se puede creer en lo que se oye decir acerca de él: «La vista, el tacto y el gusto no sirven en este caso, sólo puedo confiar en el oído».

¿Es posible que un ser soberana e infinitamente perfecto pueda no tener ninguna perfección que sea visible ni ninguna cualidad que resulte perceptible? Si fuese así, por más que parece una cosa inconcebible, tendríamos que decir necesariamente que todas las cualidades perceptibles y todas las perfecciones visibles serían incompatibles con la naturaleza o con las perfecciones invisibles de este ser soberanamente perfecto, o tendríamos que decir, como mínimo, que no serían acordes con la dignidad suprema de este ser soberanamente infinito, ya que, si no fuesen incompatibles con su naturaleza ni con sus perfecciones invisibles o no fuesen acordes con la dignidad de su naturaleza soberanamente perfecta, ¿por qué no habría de tener cualidades perceptibles y perfecciones visibles? Y si las tiene, ¿por qué no aparecen? Y si aparecen, ¿por qué no las vemos? Tendríamos indudablemente que verlas, y tendríamos que verlas de manera manifiesta, con más razón si cabe porque se encontrarían en el más alto grado de perfección. Si los deícolas dicen que las cualidades perceptibles y las perfecciones visibles son incompatibles con la naturaleza y con las perfecciones invisibles de este ser soberano, o si vinieran a decir que no son acordes con la dignidad, la pureza y la simplicidad de su naturaleza infinitamente perfecta, y que, por tanto, esa clase de cualidades sensibles y esa clase

de perfecciones visibles no se encuentran y no pueden encontrarse en él debido a la pureza y simplicidad de su naturaleza, vale, lo acepto inmediatamente.

Pero, ¿como pueden seguir diciendo, después de haber dicho eso, que Dios es un ser infinitamente perfecto, habida cuenta de que le faltarían un gran número de perfecciones? Porque es indudable que no puede ser infinitamente perfecto un ser que carece de una infinidad de perfecciones. Pues bien, a Dios le faltarían, si hacemos caso de lo que dicen los propios deícolas, todas las perfecciones visibles y todas las cualidades perceptibles, las cuales representan, entre unas y otras, un número casi infinito; luego no pueden decir que ese Dios suyo sea un ser infinitamente perfecto.

Además, si ese Dios que sería infinitamente perfecto, según dicen, no tiene ninguna cualidad ni ninguna perfección perceptible, sólo podrá tener cualidades y perfecciones invisibles e imperceptibles y eso en un número infinito. Y yo les pregunto, *¿cómo lo saben?* ¿Y cómo pueden incluso saber que tiene perfecciones invisibles y, más aún, que son infinitas en número? Pues si son invisibles e imperceptibles, sea de la forma que sea, no pueden ser vistas ni percibidas y, por consiguiente, no pueden ser conocidas de ninguna manera ya que no podrían ser conocidas por los sentidos, puesto que, como los propios deícolas dicen, las perfecciones de Dios serían completamente invisibles e imperceptibles.

Tampoco podrían conocerse mediante la razón, ya que la recta razón no puede dar a conocer por sí misma que un ser infinitamente perfecto pueda tener o deba tener cualidades ni perfecciones sensibles. Tampoco puede dar a conocer por sí misma que todas las cualidades y perfecciones perceptibles puedan resultar incompatibles con las perfecciones invisibles de un ser soberanamente perfecto. Así pues, si los sentidos y la razón no les permiten a los deícolas conocer ni dar a conocer todo cuanto dicen acerca de las perfecciones invisibles de su Dios, ni tampoco lo que dicen acerca de la incompatibilidad de las perfecciones visibles con las invisibles que habría en ese ser soberanamente perfecto, entonces todo lo que dicen resulta vano y sin fundamento. Están hablando sin saber lo que dicen y, por tanto, no merecen ser escuchados, como ya he dicho. Y si no merecen ser escuchados, aún merecerán menos que creamos en lo que dicen. Lejos, pues, de que la razón haga ver a los deícolas y les permita conocer, como aseguran, todo eso que dicen acerca de las perfecciones invisibles de un ser soberanamente perfecto, y acerca de la incompatibilidad que habría entre las cualidades perceptibles y las perfecciones invisibles de ese ser soberanamente perfecto, lejos de ello, digo, les bastaría con consultar su razón, y entonces verían cómo su propia razón les hacía ver y les daba a conocer claramente que un ser que fuese soberanamente perfecto sería, al mismo tiempo, soberana y perfectamente amable y, por tanto, perfectamente conocible. Un bien es amable en la medida en que es conocible, ya que no podría ser amado de ninguna manera si no fuese conocido: no se desea lo que no se conoce. Pues bien, la hipótesis de los deícolas acerca de que habría un ser perfecto que, sin embargo, no posee ninguna cualidad sensible ni ninguna perfección visible desemboca en que no podría ser conocido, es decir, sería

incognoscible, por lo que no podría ser amable o ser amado. Si los cristícolas quieren que sea perfectamente amable, tendrá que ser por necesidad perfectamente cognoscible. Y para ser cognoscible por sí mismo, tendrá que poseer algunas cualidades perceptibles y algunas perfecciones visibles, porque sólo se le podría conocer y sólo se le podría distinguir de otro ser que no fuese soberanamente perfecto gracias a unas cualidades y unas perfecciones que pudieran ser vistas y percibidas.

Por lo que, como ya he dicho, lejos de que la razón les permita a los cristícolas conocer que, en un ser soberanamente perfecto, las cualidades y perfecciones visibles y perceptibles son incompatibles con las supuestas perfecciones invisibles, tendría más bien que darles a conocer que las perfecciones tienen que ser inseparables de su naturaleza, si es que puede haber un ser que sea infinitamente perfecto. Ya que, como no vemos ni percibimos por ninguna parte ninguna señal de ese ser soberanamente perfecto, no hay razón de ninguna clase ni fundamento alguno para creer que exista ni que pueda existir nunca.

Ya sé que los deicristícolas son muy aficionados a mostrarse espirituales y a hacer como que desprecian las cosas materiales y sensibles porque, a su juicio, no se pueden comparar con las altísimas ideas que se hacen en la imaginación de las cosas espirituales y divinas, y como lo sé, sé también que les trae sin cuidado dotar a Dios de cualidades que sean visibles y sean perceptibles por alguno de los sentidos. Estiman incluso que sólo los espíritus groseros y carnales pueden imaginarse que un ser infinitamente perfecto, como suponen que es ese Dios suyo, deba ser una cosa o una sustancia corpórea compuesta de materia y forma como las demás, por noble, excelente y perfecta que puedan ser esta materia y esta forma. De tal manera que, según ellos, Dios no es de carne y hueso ni de nada que se pueda imaginar. No tiene cuerpo, como ya he señalado, ni cabeza ni brazos ni piernas ni espalda ni vientre ni ojos ni boca ni nariz ni oídos. No tiene tampoco color ni aspecto ni forma, no es nada que podamos imaginar ni que pueda ser real y perceptible. Todo lo que los deícolas pueden pensar se limita a decir, por regla general, que se trata de un ser infinitamente perfecto, un ser cuya naturaleza resulta incomprensible y supera infinitamente los sentidos y el entendimiento y, por consiguiente, un ser que no puede ser concebido por ningún pensamiento ni expresado por ninguna palabra: «Proponemos la sabiduría de Dios, misterio oculto, decidido por Dios desde antiguo para vuestra gloria. Pero, como está escrito: *Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió*, lo que Dios preparó para quienes lo aman» (1 Corintios, 2,7, 9).

¿Pero no ven, no ven estos doctores tan espirituales y tan sutiles, que por querer exaltar la excelencia incomprensible de esta hipotética naturaleza divina, no ven que por exaltarla tanto y por querer espiritualizarla, desprenderla de la materia y de todas las cualidades sensibles, han acabado por destruirla? ¿No ven que, a fuerza de exagerar las supuestas perfecciones divinas, las aniquilan? ¿No ven tampoco que, a fuerza de querer probar mucho, acaban por no probar nada, y no ven que, a fuerza de decir demasiado, acaban por conseguir que nadie crea nada?

Porque, ¿qué más se puede decir de una naturaleza infinitamente perfecta que carece de cuerpo, de forma, de color, de aspecto y de todo lo que se pueda pesar o imaginar, aparte de decir que no es nada, absolutamente nada?

¿Qué más se puede decir de un ser infinitamente perfecto que carece de color, forma y cualquier rasgo de belleza y no tiene tampoco ningún rasgo de bondad que sea perceptible ni ninguna perfección visible, qué más se puede decir de él aparte de decir que no tiene realmente ninguna perfección? Por cierto, ¿qué idea se han podido formar de un ser que carece de cuerpo y de forma?

¿Qué idea se han podido formar de la belleza de un ser que no tiene color ni forma de ninguna clase? ¿Qué idea se han podido formar de la bondad de un ser que no se puede captar ni percibir por ninguna parte? ¿Qué idea se han podido formar de la sabiduría de un ser que ni siquiera tiene boca para hablar ni cerebro para pensar? ¿Qué idea se han podido formar de la fuerza o del poder de un ser que no tiene brazos ni manos ni capacidad de movimiento que le permita actuar y ni siquiera moverse por sí mismo? ¿Qué idea han podido formarse de un ser que carece de ojos para ver, de lengua para gustar, de oídos para oír, de nariz para oler, de manos para tocar y de piernas para andar? Es indudable que nadie, ni siquiera los propios cristícolas pese a lo espirituales que son o creen ser, puede formarse una idea cabal de lo que quieren dar a entender con términos como *naturaleza, bondad, belleza, sabiduría, fuerza, poder, placer, alegría* o *felicidad* aplicados a ese Dios suyo.

Así, cuando dicen que posee una naturaleza infinitamente perfecta, cuando dicen que es infinitamente hermoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente poderoso e infinitamente feliz, no saben realmente lo que dicen, porque no tienen ni idea de lo que puede ser una naturaleza que carece de cuerpo, forma y extensión. No tienen ni idea de lo que puede ser una belleza que no tiene color ni forma, no tienen ni idea de lo que puede ser una bondad que no se puede sentir ni percibir de ninguna manera, no tienen ni idea de lo que puede ser una sabiduría sin cerebro, ni de lo que pueden ser una fuerza y un poder incapaces de moverse; no tienen ni idea de lo que puede ser todo eso, su inteligencia no les da para tanto. De igual manera, no tienen ni idea de lo que puede ser ver sin ojos, oír sin oídos y saborear sin lengua, y tampoco tienen ni idea de lo que puede ser sentirse feliz sin placer ni alegría. Por eso, cuando los deícolas despojan a ese Dios suyo de toda forma corporal y de todas las cualidades sensibles, están destruyendo su naturaleza y aniquilando todas sus supuestas perfecciones divinas e infinitas.

Así es como se engañan y se pierden en la vanidad de sus pensamientos con el agravante de que, a pesar de que crean que se vuelven más sabios al espiritualizar tan exquisitamente a Dios, lo único que consiguen es volverse más insensatos de lo que ya eran. Digo *más insensatos* porque lo mismo que es una locura conceder la divinidad a cosas inanimadas, a animales irracionales o a hombres débiles y mortales, como hacían antaño los paganos, es también una locura que los deícolas actuales quieran conceder la divinidad a un ser imaginario que carece de cuerpo y de forma y

que permite que lo despojen de todas las cualidades y de todas las perfecciones reales y perceptibles, con lo que es, por tanto, mucho menos que todo lo que es real y perceptible. Hay que tener muy pocas luces o hacer muy poco uso del cerebro para creer en cosas tan alejadas de la recta razón y que son tan ridículas y absurdas. Los deícolas actuales han vuelto a caer en la mayor parte de los errores en los que cayeron los pueblos de la Antigüedad. Lo único que cabe esperar es que recapaciten algún día y puedan salir de los errores en los que se encuentran hoy. Podemos ver, afortunadamente, que muchos de ellos ya están en esa disposición, porque están dando a entender, mediante sus opiniones, su conducta y su forma de actuar, que no creen demasiado en los misterios de su religión, ni tampoco en las reglas de conducta que deberían regir sus vidas, teniendo como guía las grandiosas y magníficas promesas de disfrutar toda una vida eterna en el paraíso, evitando de esa manera los terribles castigos eternos en un supuesto infierno. Pues si estuviesen convencidos de lo que les enseña la religión que supuestamente practican, y de todo cuanto les obliga a creer, serían más cautelosos y vivirían con muchísimo más cuidado porque, de lo contrario, serían los individuos más insensatos del mundo, puesto que se estarían exponiendo a diario, y por cosas de muy poca monta, a perder una vida eternamente bienaventurada para hacerse acreedores, por toda la eternidad, a los castigos más crueles y terribles que cabe imaginar. Pero sabemos que la mayor parte de los deícolas, y sobre todo los más destacados y principales, incluidos los ministros más importantes y los mejores predicadores, no llevan una buena vida ni destacan precisamente por sus buenas obras, por lo que no están haciendo ningún merecimiento para recibir las recompensas del cielo evitando así los terribles castigos eternos, lo cual quiere decir lisa y llanamente que ni siquiera ellos creen en lo que dicen, y que de ninguna manera están convencidos de las grandes e importantes verdades que quieren que crean los demás.

Desde luego, cualquiera que tenga algunas luces y un poco de sentido común seguro que experimenta graves dificultades para creer en cosas que están tan fuera de la recta razón y se encuentran tan alejadas de la más mínima apariencia de verdad, habida cuenta de que la razón y la naturaleza nos inclinan por sí solas hacia opiniones bien distintas. Los deícolas nos prometen recompensas eternas si vivimos virtuosamente y si seguimos religiosamente las reglas, los preceptos y los mandamientos de esa religión suya. Pero sitúan la beatitud suprema y la felicidad soberana del hombre en la posesión y disfrute de esas supuestas recompensas, que no son más que unas recompensas hipotéticas que nadie verá ni podrá poseer en esta vida sino que recibirá después de la muerte, en un tiempo en el que ya no seremos, en un tiempo en el que ya estaremos destruidos y como aniquilados.

¿Cómo pueden estar convencidos los deícolas de buena fe de que se puede ser realmente feliz o desdichado cuando ya no se sea sensible ni al bien ni al mal? E incluso cuando ya no se sea nada, como veremos enseguida. Pues intentar convencerse de que se puede ser feliz o desdichado después de la muerte equivale a

querer convencerse de que se puede ser feliz o desdichado cuando ya no se es, puesto que, cuando morimos, no podemos percibir nada, como nos enseña la experiencia diaria de manera manifiesta. Al poco de morir, empezamos a corrompernos y nos vemos reducidos inmediatamente a podredumbre y cenizas. Eso es lo que nos enseña de manera evidente la experiencia cotidiana. En cambio, los deícolas no han podido ver nunca ni han tenido nunca tampoco la experiencia de que se puede sentir el bien o el mal después de la muerte. Ni tampoco han visto nunca ni han podido percibir ninguna de esas grandiosas y magníficas recompensas que recibirán después de la muerte y de las que tanto se enorgullecen. Tampoco han visto ni han podido percibir ninguno de los espantosos tormentos con los que amenazan a quienes hacen el mal y que constituyen el castigo eterno que recibirán en el infierno después de muertos. Todo lo que dicen acerca de los bienes y los males que sobrevendrán supuestamente en la otra vida está basado solamente en ilusiones e imaginaciones hueras, así como en mentiras e imposturas.

Pero, ¿en qué consiste, según ellos, la soberana y encantadora beatitud que con tanto aplomo prometen a la gente de bien y a los justos? Es algo en lo que tenemos que profundizar, porque la rodean de misterio y aseguran que es de una naturaleza muy especial. Pues bien, consistiría, según dicen, en la contemplación y la posesión de Dios, porque ése es el bien supremo al que podemos aspirar, ya que la contemplación y posesión de ese bien supremo hace felices a todos cuantos tienen la suerte de contemplarlo y poseerlo. Pero detengámonos un poco en esa supuesta y encantadora contemplación y posesión de Dios para ver en qué puede consistir o cómo se efectúa.

Nuestros deícolas dicen que la naturaleza de Dios es únicamente espiritual, como acabo de señalar, es decir, se trata de una naturaleza incorpórea e inmaterial y, por consiguiente, una naturaleza invisible y carente de cuerpo, que no tiene tampoco forma ni color ni aspecto ni extensión. ¿Cómo pueden decir, entonces, que la suprema beatitud puede consistir en ver y poseer un ser de esas características? ¿Podemos ver y poseer un ser que no es visible y que no tiene ni cuerpo ni forma ni extensión y que carece de color y aspecto? No, algo así no es concebible en absoluto, supera la imaginación más desbocada y sobrepasa cualquier posibilidad, ya que es como si dijeran que la beatitud suprema consistiese en contemplar lo que no se puede ver y en poseer lo que no se puede sostener ni tocar, cosa que resulta completamente absurda si utilizamos el lenguaje en su sentido natural y propio.

Pero sabemos que los deícolas, y muy especialmente los deicristícolas, que aseguran ser los verdaderos adoradores del verdadero Dios, se precian mañosamente de acogerse a la espiritualidad de su culto y de interpretar espiritualmente todo cuanto concierne a los misterios, los preceptos y las ceremonias de su religión para mejor ocultar así, bajo el bonito y especioso manto de la espiritualidad, las falsedades y los absurdos a los que les conduce su propia doctrina. Por eso no tiene nada de extraño que digan que la beatitud suprema no consiste en una contemplación y una posesión

real y material de Dios, porque eso resultaría excesivamente grosero para unos espíritus tan refinados, ya que creerían que se estaba rebajando y envileciendo la gloria, la excelencia y la grandeza inefable de esa beatitud suprema al hacerla objeto de un placer de orden sensorial. Están convencidos, o al menos quieren convencer a los demás, de que sólo los espíritus burdos y carnales pueden esperar que se dé en el cielo una beatitud que sea sensual y carnal, tal como hacen los judíos y los mahometanos, que no conocen otro tipo de beatitud. Para ellos, que son mucho más espirituales, que tienen unos conocimientos más elevados y mucho más sublimes y que aspiran a bienes infinitamente mayores y más estimables que los bienes del cuerpo y de los sentidos, no hay lugar para bagatelas ni para una beatitud que consistiera en un disfrute de los sentidos. ¡Sería demasiado bajo para ellos!

Así, cuando dicen que la beatitud suprema consiste en la contemplación y la posesión de Dios, no están hablando de una visión corporal, como la que se hace mediante los ojos del cuerpo, sino de una visión puramente espiritual que se realiza, según ellos, mediante los ojos del alma, es decir, por el conocimiento claro y perfecto que tiene el alma de la belleza y de las perfecciones infinitas que tendría el ser supremo. Porque parten del supuesto de que el alma no puede tener más ojos que sus propios pensamientos y sus propios conocimientos. Por la misma razón, cuando hablan de la posesión de Dios no se están refiriendo a una posesión corporal porque Dios no tiene cuerpo ni nada que sea corpóreo. ¡Lo verían excesivamente grosero! Se refieren, más bien, a una posesión espiritual que se realiza a través del amor perfecto que se siente por ese bien supuestamente supremo. Pues bien, esta posesión desata en el alma, según dicen, una alegría y un gozo espiritual que superan infinitamente a todos los placeres y todos los goces que se pudiesen conseguir mediante los sentidos.

73

La beatitud suprema de los cristícolas es sólo una beatitud imaginaria, según dicen ellos mismos

Eso me parece muy bonito y muy bien imaginado, pero al mismo tiempo no puede resultar más vano. Pues si eso fuese así, de ello se desprendería claramente que la supuesta beatitud suprema no consistiría más que en una felicidad y un disfrute puramente imaginarios y no en una felicidad y una beatitud reales y verdaderas. Prueba de eso es que son ellos mismos quienes dicen que contemplar clara y espiritualmente un objeto no consiste, como he señalado, más que en tener ideas, pensamientos y conocimientos perfectos de ese objeto. De igual manera, poseer espiritualmente un objeto consistiría sólo, según dicen ellos mismos, en amarlo perfectamente. De lo cual se desprende que, cuanto más perfectos sean los pensamientos, los conocimientos y las ideas que se tengan de un objeto, más espiritualmente se le podrá ver y contemplar. Y cuanto más se ame un objeto, más espiritualmente se podrá poseerlo. Ahora bien, formarse ideas, pensamientos y conocimientos más o menos perfectos de un objeto que no se puede ver ni real ni verdaderamente equivale a realizar unas acciones que no pueden ser más que imaginarias. Y amar un objeto que no se puede ver y no se puede poseer real ni verdaderamente, sólo puede hacerse mediante las ideas, los pensamientos y los conocimientos que se puedan tener acerca de ese objeto. Luego ver espiritualmente un objeto no es más que verlo a través del espíritu y de la imaginación, porque no hago ninguna distinción entre espíritu, entendimiento e imaginación, ni entre ideas, pensamientos e imaginaciones, porque todos estos términos significan lo mismo. En efecto, *espíritu*, *entendimiento* e *imaginación* sólo hacen referencia al poder o a la facultad que tiene el hombre de pensar, conocer, razonar y formarse opiniones, sean verdaderas o falsas, acerca de aquello que conciben. Y términos como *ideas, pensamientos* e *imaginaciones* sólo hacen referencia a los actos de pensar y conocer con los que el hombre percibe y conoce las cosas y mediante los cuales se forma juicios verdaderos o falsos acerca de lo que piensa.

Así pues, como los deícolas no admiten más visión o contemplación de Dios que la que se realiza mediante el pensamiento y el conocimiento, que sólo son actos del entendimiento, el espíritu y la imaginación, y como no admiten tampoco que se pueda poseer a Dios más que mediante el amor que se siente por él, y que se produciría como consecuencia de que el espíritu, el entendimiento y la imaginación lo han considerado un objeto bueno y digno de ser amado, y como la pretendida beatitud suprema no consistiría, en suma, más que en contemplar y poseer espiritualmente a Dios, de todo ello se desprende que esa hipotética beatitud no sería más que una beatitud imaginaria, habida cuenta de que sólo estaría fundamentada en la

contemplación imaginaria y la posesión imaginaria de un bien que únicamente es imaginario.

Para confirmarlo basta con ver lo que los propios deícolas dicen expresamente acerca de esta beatitud, puesto que aseguran expresamente que no consiste en un disfrute de los sentidos ni tampoco en placeres como el beber y el comer, o en placeres como ver a través de los ojos del cuerpo o tocar con las manos. La beatitud no consistiría tampoco en oír con los oídos, pues consiste únicamente en la paz del espíritu y en el contento de orden espiritual que siente éste: «El reinado de Dios no consiste en comidas ni bebidas, sino en la justicia, la paz y el gozo del Espíritu Santo» (Romanos, 14,17).

¿Y de dónde provendrán, os lo pregunto, queridos cristícolas, de dónde provendrán esta paz y este gozo del espíritu si no provienen de nada relacionado con los sentidos? Sólo pueden provenir de la imaginación. Y por consiguiente, la hipotética beatitud o felicidad suprema sólo sería, como acabo de indicar, una beatitud imaginaria. Pero a los pobres de ellos no les quedará ni siquiera el consuelo de disfrutar después de la muerte de esa beatitud, por imaginaria que sea. Ya que, para poder disfrutar de una beatitud imaginaria, hay que poder imaginar que se está disfrutando de algunos bienes inestimables y hay que poder imaginar que se es verdaderamente feliz. Pero después de la muerte no es posible imaginarse nada. Después de la muerte no cabe la imaginación. ¿Cómo podrían, después de la muerte, disfrutar los muertos de una beatitud, aunque fuese imaginaria, si ya no tendrán siquiera aquello con lo que poder realizar ningún conocimiento ni ninguna imaginación, pues serán entonces como si nunca hubiesen sido? Porque ése es el estado al que nos veremos reducidos después de la muerte. Regresaremos al mismo estado que teníamos antes de nacer o antes de ser y, si algo es seguro, es que entonces no pensábamos en nada ni podíamos imaginar nada. Si algo es seguro es que no éramos nada, por lo que después de la muerte tampoco pensaremos en nada, no sentiremos nada y no imaginaremos nada. Por eso resulta extremadamente vano que los deícolas y cristícolas presuman de la beatitud en la que se hallarán después de la muerte, ya que no tendrán entonces espíritu con el que poder pensar en ninguna beatitud ni en ninguna otra cosa.

Los cristícolas no tienen por qué protestar ni alzarse contra esta opinión, porque ésta es la opinión que tenía uno de sus sabios, cuyas palabras veneran como si fuesen palabras divinas. En efecto, veamos lo que dice este sabio acerca de lo que estoy diciendo: «Los vivos saben… que han de morir; los muertos no saben nada, no reciben un salario cuando se olvida su nombre. Se acabaron sus amores, odios y pasiones, y jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol. Anda, come tu pan con alegría y bebe contento tu vino, porque Dios ya ha aceptado tus obras; lleva siempre vestidos blancos y no falte el perfume en tu cabeza, disfruta la vida con la mujer que amas, todo lo que te dure esa vida fugaz, todos esos años fugaces que te han

concedido bajo el sol; que esa es tu suerte mientras vives y te fatigas bajo el sol» (Eclesiastés, 9,5-9). Palabras que confirman inequívocamente lo que acabo de decir.

Por eso resulta vano que los deícolas y cristícolas presuman de que disfrutarán de una felicidad inmensa después de muertos, porque entonces no tendrán siquiera espíritu para poder pensar en sí mismos. En efecto, ¿cómo podrían pensar si habrán dejado de ser? Vemos con cierta frecuencia cómo se producen día a día enfermedades o dolencias que dejan postrados a quienes las padecen impidiéndoles pensar en nada. Un simple desfallecimiento del corazón, por ejemplo, un simple desmayo, una letargia o cualquier enfermedad similar pueden reducirnos a ese estado, pese a que sigamos con vida y nuestro cuerpo esté entero. Así pues, si una simple enfermedad, que no hace más que perturbar la economía o el justo equilibrio de los humores y únicamente impide que los sentidos funcionen correctamente sin por ello destruirlos, puede privarnos de los sentidos e incapacitar nuestro entendimiento, con mucha mayor razón lo hará la muerte, puesto que la muerte nos destruye completamente, pues nos priva de la posibilidad de sentir y conocer.

¿Cómo? ¿No vemos y sentimos a diario que un dulce y profundo sueño nos abate lentamente sin ocasionarnos ningún mal para sumirnos en un estado en el que no hay sensaciones ni pensamientos ni conocimiento? ¿No iba con mayor razón a privarnos la muerte de la posibilidad de tener pensamientos y sensaciones, habida cuenta de que lo destruye todo? Con pruebas tan fuertes de certeza como las que he aportado, pruebas a las que podemos añadir las experiencias sensibles que tenemos a diario de todo lo que nos sucede, resulta asombroso que haya personas que parecen tener algún talento, que se empeñan en sostener opiniones completamente opuestas a la que estoy defendiendo y que tienen la convicción de que estaremos completamente vivos después de haber muerto y que, por tanto, podremos seguir sintiendo y conociendo. Con la particularidad de que será entonces cuando disfrutemos, según dicen, de la mayor felicidad o de la mayor desgracia, pues si somos justos disfrutaremos de la beatitud perfecta al entrar en posesión de Dios por toda la eternidad mientras que, si somos malos, sufriremos el castigo eterno en el infierno.

Es asombroso, repito, que personas de talento puedan tener semejantes opiniones, ya que es una especie de locura meterse semejantes ideas en la cabeza, e incluso una locura que raya muchas veces en el fanatismo, como podemos ver que sucede con aquellos a quienes estas ideas se les meten demasiado fuertemente en la cabeza. La religión es un auténtico semillero de fanáticos. Es el teatro donde los fanáticos representan mejor a sus personajes.

Por esta razón, las personas que son realmente sabias y cuentan con algunas luces no mantienen este tipo de opiniones.

Y ésa es también la razón por la que he dicho que muchos de los que las mantienen, debido a la autoridad que detentan, y muchos de los que las enseñan a los demás, por sentirse falsamente obligados debido a su profesión, no creen en nada de lo que están diciendo o enseñando a los demás; y ésa es la razón por la que ni siquiera

se sienten obligados a practicar aquello que recomiendan hacer a los demás a fin de adquirir esa hipotética e incomparable felicidad eterna del cielo o para evitar la hipotética desgracia de padecer eternamente las espantosas penas del infierno.

Hay razones para creer que estas opiniones habrían desaparecido del mapa si quienes las mantienen debido a su autoridad o quienes las enseñan obligados por su profesión no hubiesen encontrado muchas ventajas en defenderlas públicamente y no hubiesen obtenido sus buenos y abundantes beneficios manteniéndolas. Porque de esta manera mantienen a la pobre gente presa miserablemente bajo el yugo de sus tiránicas dominaciones, de acuerdo con ese precepto de su política que dice que es mejor que la gente ignore muchas cosas ciertas y crea en muchas falsas.

74

Los males, miserias, vicios y maldades de los hombres muestran de manera evidente que no hay ningún ser todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio que pueda impedirlo o remediarlo

Volvamos al supuesto ser soberanamente perfecto. Si fuese realmente tal como dicen los deícolas, Dios sería indudablemente un ser infinitamente bueno e infinitamente sabio: la conclusión es innegable. Pero resulta evidente que no existe ningún ser que sea infinitamente bueno e infinitamente sabio, luego no hay un ser que sea soberana e infinitamente perfecto y, por consiguiente, no puede existir eso que llaman Dios.

Veamos una prueba manifiesta de que no hay ningún ser que sea infinitamente bueno e infinitamente sabio. Si existiese un ser semejante, amaría perfectamente y en todo lugar el bien, la paz, la justicia, la virtud y el orden. Protegería en todo lugar a los buenos, a los justos y los inocentes. Y odiaría, por el contrario, el mal infinitamente así como los vicios, las injusticias y las maldades, y castigaría en todo lugar a los malvados, ya que, al ser todopoderoso, pues así es como lo pintan, procuraría que se diera el bien y establecería el orden y la justicia por todas partes. Asimismo, al odiar verdaderamente el mal, el vicio, la injusticia y las maldades y ser todopoderoso, según he dicho, impediría que existiesen el mal, los vicios, las injusticias y los desórdenes, y eso por todas partes. O al menos castigaría severamente a quienes fuesen malos o causasen el mal maliciosamente, porque la bondad y la prudencia conllevan que se deba hacer todo el bien posible al mismo tiempo que se impide todo el mal que pudiese hacerse. Una luz infinita proporcionaría claridad por todas partes disipando la oscuridad y las tinieblas y un calor infinito se extendería por todas partes y expulsaría el frío. Pues así como la luz es incompatible con las tinieblas y el calor es incompatible con el frío, con mayor razón una bondad y una prudencia infinitas son incompatibles con el mal, sea cual sea, y con el vicio, la maldad y el desorden. Un mundo dirigido por el poder y el gobierno de un ser todopoderoso estaría exento de vicios, maldades y desórdenes, porque si fuese infinitamente bueno y prudente, como dicen, impediría con su bondad y su prudencia todopoderosas que existiesen el mal, la injusticia, la maldad y el desorden.

Ahora bien, resulta evidente que el mundo está lleno de males y de miserias. Los hombres están cargados de vicios, errores y maldad. Los gobiernos están llenos de injusticias y actos tiránicos. Vemos casi por todas partes una superabundancia de vicios y maldades, y vemos también cómo reinan la injusticia, la discordia y la desunión. Los justos y los inocentes gimen casi por todas partes, los pobres padecen hambrunas casi por todas partes y sufren sin que nadie les apoye, les ayude y los consuele.

Por otra parte, vemos con mucha frecuencia que los malos, los impíos y quienes menos merecen vivir disfrutan de la prosperidad y viven en la abundancia llenos de alegría y de honores. No se puede negar nada de lo que he dicho y todavía me he quedado corto. Pues aquel que quisiera registrar en detalle todos los males y todas las penosas miserias que se dan en el mundo, así como los vicios y las detestables maldades de los hombres, necesitaría un montón de volúmenes. Así pues, como el mundo está lleno, casi por todas partes, de males, miserias, vicios, maldades, engaños, injusticias, robos, hurtos, crueldades, actos tiránicos, imposturas, mentiras, discordias, confusiones, etc., el hecho de que se dé todo eso constituye una prueba real y evidente de que no hay en absoluto un ser infinitamente bueno e infinitamente prudente capaz de ponerle un remedio conveniente y, por tanto, no hay ningún ser todopoderoso que sea infinitamente bueno e infinitamente prudente, como pretenden los deicristícolas.

Veamos lo que dice a este respecto un juicioso autor del siglo pasado, pues por muy cristícola que fuera tuvo que admitir la fuerza del argumento que acabo de proponer: «Una cierta desigualdad de condición que suponga que tengan que darse el orden y la subordinación, es —dice— obra de Dios, se supone que es una ley divina. Pero una desproporción demasiado grande como la que hay entre los hombres es obra de la ley del más fuerte». Su pensamiento se muestra de manera más clara en otra parte del fragmento citado: «Poned en un lado la autoridad, los placeres y la ociosidad, y en otro, la dependencia, las preocupaciones y la miseria. O todo eso ha sido dispuesto así por la malignidad de los hombres, o Dios no es Dios» [*Caracteres*, 49].

El autor reconoce, por tanto, que cuando todo se halle bajo la guía y dirección de Dios, es decir, de un ser infinitamente perfecto, debe reinar un orden correcto y debe darse una subordinación que sea justa. Es su cometido, según asegura. Así pues, su cometido tendría que consistir, hablando con propiedad, en hacer bien las cosas y en ordenarlas y gobernarlas correctamente. Hasta ahí tiene razón, pues está suponiendo que existe un ser infinitamente perfecto. Pero como dice inmediatamente que una desproporción tan inmensa como la que existe entre los hombres sólo puede ser *el resultado de la ley del más fuerte,* no tendría que existir una desproporción tan grande ni la ley del más fuerte, si fuese verdad que existe un ser infinitamente perfecto. Ahora bien, ¿cómo un ser todopoderoso, que fuese al mismo tiempo infinitamente bueno e infinitamente prudente, iba a tolerar que se diese una desproporción tan injusta entre los hombres? ¿Cómo iba a tolerar que se pudiese establecer, contra toda razón y toda justicia, una ley del más fuerte, que fuese, además, contra las buenas intenciones y la buena voluntad? ¿Podría la obra de unos hombres que son débiles y mortales y no pueden nada por sí mismos, según dicen los cristícolas, ser más fuerte que la obra de un Dios todopoderoso? No, no es creíble en absoluto y entra en contradicción con la bondad y la sabiduría de un ser que fuese todopoderoso e infinitamente perfecto. Por eso los proverbios supuestamente santos y divinos de los

cristícolas afirman expresamente que no existe sabiduría ni prudencia ni consejo y, por tanto, que no puede haber fuerza ni poder que puedan prevalecer sobre los designios y voluntades de Dios: «No hay habilidad ni hay prudencia ni hay consejo frente el Señor» (Proverbios, 21,30). La razón es que la propia sabiduría y la propia prudencia de Dios habrían actuado de forma que las cosas estuviesen bien hechas y dispuestas impidiendo, al mismo tiempo, o velando por que no fuesen desplazadas por la malignidad de los hombres, y hasta habría velado por que no hubiese malignidad entre los hombres.

Veamos cómo habla de Dios uno de sus supuestos santos profetas: «Yo soy Dios, y no hay otro; no hay otro dios como yo. Mi designio se cumplirá, mi voluntad la realizo» (Isaías, 46,9-10). Si eso es así, hay que admitir necesariamente que nada puede ir contra los designios y la voluntad de un ser todopoderoso, y que nada puede subvertir y ni siquiera alterar el orden establecido por una divina y todopoderosa providencia. «¡Oh, Dios! Tu providencia no se equivoca en sus eternos designios», dicen los cristícolas en sus oraciones. Ahora bien, como vemos y se ha podido ver siempre de forma manifiesta, que el orden ha sido subvertido por todas partes, y se han subvertido la injusticia y la equidad, mientras se produce al mismo tiempo una superabundancia de vicios y hay una infinidad de males y miserias que abruman miserablemente a la mayor parte de los hombres y, con mucha frecuencia, a los más justos y más inocentes antes que a los culpables, los malvados y los impíos, nos encontramos frente a una prueba real y segura de que no existe un ser todopoderoso, y de que no hay bondad ni prudencia infinitas que puedan impedir todos esos males ni establecer por todas partes una justicia y un orden que sean inviolables, cosa que tendrían que conseguir una bondad y una prudencia que fuesen infinitas.

Por eso, comprobar que hay tanto mal, tanto vicio, tanta miseria y tanta maldad nos hace ver de manera evidente que no hay Dios, que es lo que declara de manera inequívoca el autor que acabo de citar en el párrafo que ya he recogido: «Poned en un lado la autoridad, los placeres y la ociosidad, y en otro, la dependencia, las preocupaciones y la miseria. O todo eso ha sido dispuesto así por la malignidad de los hombres, o Dios no es Dios». De acuerdo, pues, con el pensamiento y la opinión de este autor —uno de los deícolas más juiciosos, seguramente— hay que admitir o que las cosas, tal como se presentan, han sido dispuestas por la malignidad de los hombres, como dice, o que Dios no es Dios.

Para poder decir que las cosas han sido o habrían sido dispuestas por la malignidad de los hombres, habría que admitir que hubo un tiempo en que las cosas se encontraban mejor dispuestas y que estaban en un estado mejor que en el que se encuentran hoy, lo que parece muy difícil de demostrar, ya que no hay ninguna traza de que haya sido así. Con esto no quiero decir que las cosas de este mundo no han podido estar mejor dispuestas, por lo que se refiere al menos a las costumbres y el gobierno de los hombres en el pasado. Ni que hubiesen podido estar más ordenadas y en mejor estado que en la actualidad a nada que los hombres fuesen realmente

sensatos, es decir, a nada que se condujesen en todo siguiendo las luces de la razón y la equidad natural. Pero no por eso hay que creer que, en todo cuanto tiene que ver con la debilidad, las enfermedades de la naturaleza, las dolencias, los sufrimientos, los accidentes inoportunos y, sobre todo, la muerte, que es inevitable y pone término a todos los sufrimientos así como a todos los placeres, el mundo haya podido ser más perfecto de como lo vemos hoy. Los hombres siempre han tenido una predisposición para el mal, han estado sujetos a enfermedades y a padecimientos, tanto del cuerpo como del espíritu, y han estado sujetos a la muerte, y eso tanto como pueden estarlo ahora. Y por mucho que se diga que en tiempos pretéritos hubo hombres que vivieron cientos de años, no hay ninguno que haya durado tanto como para llegar hasta nuestros días: todos fueron atrapados por la muerte, lo mismo que sucede ahora con todos los hombres.

Pues bien, independientemente de que las cosas de este mundo hayan podido encontrarse en mejor estado, y en un orden mejor o no, e independientemente de que pudiesen haber estado efectivamente mejor dispuestas, lo que quiero decir es que si las cosas humanas hubiesen estado alguna vez en un orden mejor o en un estado de perfección mayor debido a la bondad, la prudencia y la omnipotencia de un ser infinitamente perfecto, habrían persistido y permanecido en el orden y el estado de perfección en los que las habría dispuesto ese ser soberano, sin que hubiesen podido ser desplazadas por la maldad de los hombres. Y eso no sólo porque no hay nada que hubiese podido imponerse a los designios y la voluntad de un Dios todopoderoso, como ya he dicho, sino porque no habría habido maldad en los hombres. Porque, ¿cómo habría podido introducirse o deslizarse la maldad en los hombres contra los designios y la voluntad de un Dios todopoderoso? Eso no habría podido ocurrir, a menos que se esté queriendo decir que la maldad de los hombres habría acabado por prevalecer y habría sido más poderosa que la voluntad todopoderosa de un Dios omnipotente, lo que resultaría absurdo.

Así pues, como vemos manifiestamente que las cosas humanas se encuentran en una situación muy mala y en muy mal estado y que, según el autor que he citado, esta mala disposición de las cosas probaría que su estado habría sido desplazado por la maldad de los hombres, si suponemos que un ser perfecto las colocó en un orden mejor y en mejor estado del que se encuentran actualmente, o que Dios no es Dios, tendríamos que concluir necesariamente que este ser infinitamente perfecto no existe en absoluto y que, por tanto, eso que llamamos Dios no es Dios. De tal manera que, si el autor que acabo de citar ha podido decir con razón que las cosas habrían sido dispuestas por la maldad de los hombres o que Dios no era Dios, hubiese podido decir con mayor razón que si Dios fuera Dios las cosas no habrían sido dispuestas por la maldad de los hombres. Porque, como he dicho, si Dios las hubiese dispuesto, con su poder, su bondad y su prudencia, en un orden perfecto y en un estado perfecto desde el principio, se habría cuidado de que no fueran desplazadas por la maldad de los hombres y hasta habría dispuesto que no hubiese maldad en los hombres. Así

pues, poco importa decir que las cosas han sido desplazadas por la malevolencia de los hombres o decir que no pudieron estar nunca en mejor estado ni mejor dispuestas de lo que lo están hoy en día, y poco importa asimismo la conclusión que se saque de ello, porque basta con ver el triste, penoso, injusto, pésimo, detestable y desdichado estado en el que se encuentran para concluir que no han podido ser hechas, nunca han podido ser dispuestas ni han podido ser gobernadas por un ser infinitamente perfecto, porque no es creíble y ni siquiera posible que un ser infinitamente perfecto hubiera podido querer hacer algo tan mal, ni habría podido consentir que sus criaturas se deslizaran y se hundieran en el mal, en la malignidad o el desorden.

¿Qué diríais, queridos deícolas, qué dirías si, por ejemplo, un padre de familia, que pudiese gobernar perfectamente a los suyos sin dificultad y sin que le resultase penoso ni le causase la menor incomodidad, que pudiese hacer asimismo que sus hijos fueran propensos al bien y tuviese también en sus manos conseguir que se educaran en toda clase de hermosas perfecciones, qué diríais, queridos deícolas, si en lugar de velar por todo eso lo confiara todo al azar y dejara que sus hijos pudiesen ser bellos o feos y deformes, o le diera igual que fuesen prudentes o locos y permitiese también, con la mayor indiferencia, que hiciesen lo mismo el bien que el mal y quizá antes el mal que el bien? ¿Qué diríais de un padre así? ¿Diríais que es un buen padre de familia? Y aunque lo dijerais, estoy seguro de que no lo pensaríais. ¿Qué diríais si un pastor de ovejas, que tuviese un gran rebaño a su cargo, dejara que pastara en cualquier pasto, fuera bueno o malo, y no hiciera nada para que no lo infectara y lo corrompiera la sarna y dejara, además, que se dispersara y lo destruyera la fuerza rabiosa de lobos y perros? ¿Diríais que es un buen pastor? ¡En absoluto! Más bien, diríais que se trata de un mal pastor y que merecería ser castigado. ¿Qué dirías del juez que, en vez de impartir justicia a todos, favoreciese, por el contrario, la injusticia y el crimen y castigase indiscriminadamente y por igual a los buenos y a los malos, llegando incluso a entenderse con los ladrones y los malvados? ¿Diríais que es un juez justo? En absoluto. Más bien diríais que sería el más injusto del mundo, que merecería ser juzgado severamente y ser rigurosamente castigado. ¿Qué diríais, por último, si el gobernador de una ciudad o una provincia, o incluso un príncipe soberano que tuviera un Estado que gobernar, qué diríais si, en vez de establecer unas buenas leyes y una buena reglamentación haciendo, al mismo tiempo, todo lo posible para que se observaran y cumplieran, a fin de que la gente se mantuviera en paz, disfrutando de la justicia y de todo tipo de bienes en abundancia, qué diríais si dejara que se enfadaran, se persiguieran unos a otros, se arruinaran, se inflingieran daños entre ellos y se destruyeran miserablemente debido a la desunión y las continuas guerras? ¿Diríais que es un buen príncipe o un buen gobernador? En absoluto. Diríais más bien que se trata de un mal gobernador y de un mal príncipe, y que merecería ser degradado y despojado de su autoridad, de cualquier honor y de toda dignidad y mando. Y tendrías razón si lo dijerais, porque una conducta como ésa sería indigna de

la bondad, la prudencia y la majestad de un príncipe. Y un príncipe que no sea un buen príncipe, no merece serlo.

Queridos deícolas y cristícolas, decís que ese Dios en el que creéis es el padre supremo de los hombres y el padre supremo de todas las criaturas vivientes. Decís que es el pastor supremo y el guía supremo de los hombres y, más en concreto, el pastor supremo de vuestras almas. Decís también que es el juez supremo de los hombres y, por último, que es el dueño y el señor supremo del universo o, mejor dicho, decís que está investido de las hermosas y honorables distinciones de padre, pastor, juez y señor supremo.

¿Cómo podéis decir que es un padre infinitamente bueno y prudente si abandona a su familia, que es el mundo entero, a la intervención del azar y deja que sus hijos, es decir, los hombres en su conjunto, sean tan feos, deformes, viciosos y malos, y se vean expuestos a tantas enfermedades y padecimientos, y deja asimismo que cometan impune e insolentemente toda clase de crímenes y maldades? ¿Os parece que esto cuadra con la imagen de un padre de familia perfectamente bueno y prudente?

¿Cómo podéis decir que es un pastor perfecto cuando deja, por negligencia, que su rebaño se infecte con toda clase de errores y vicios, al par que entrega a los buenos, de manera generalizada, a la malignidad, la crueldad y la perfidia de los malvados? ¿Cuadra esto con la imagen de un pastor bueno y perfecto?

¿Cómo podéis decir que es un juez perfectamente justo si no distingue entre los inocentes y los culpables, y castiga a unos y a otros indiferentemente en cuanto se le presenta la ocasión? ¿Cuadra esto con la imagen de un juez perfectamente justo?

¿Cómo podéis decir, por último, que es un príncipe perfectamente bueno y el señor supremo del mundo si no da a conocer sus intenciones y deseos a los hombres y deja que se despojen entre sí y se persigan, se arruinen, se aniquilen y se masacren cruelmente debido a las continuas disensiones y las incesantes guerras? ¿Cuadra esto con la imagen de un príncipe perfectamente bueno y prudente que tendría que ser el señor supremo del mundo? Si ese tipo de conducta se diera en un hombre destinado a regir y gobernar a sus semejantes, no os cansaríais de censurarla y condenarla. ¿Por qué acto de razón, señores míos, la aprobáis en un ser del que decís que es infinitamente perfecto? ¿No estaréis convirtiendo en virtud propia de Dios lo que en el hombre no es sino vicio censurable y merecedor de castigo?

No hay hombre que no merezca ser censurado y castigado cuando no hace todo el bien que puede en asuntos de alcance e importancia o no impide el mal que puede impedir. Si un médico, por ejemplo, pudiera curar fácilmente todo tipo de enfermedades y le fuera dado preservar a los hombres de la enfermedad, llegando incluso a poder impedir que muriesen o que sufriesen cualquier tipo de dolencia, pero no quisiera, sin embargo, curarles de sus enfermedades, ni preservarlos de la dolencia dejándoles morir por culpa de esos males y padecimientos, ¿no habría que censurarlo y condenarlo? Si un padre de familia pudiese hacer que sus hijos fueran hermosos, prudentes, virtuosos y perfectos, y procurarles, al mismo tiempo, toda clase de bienes

en abundancia pero, sin embargo, en vez de facilitarles todos esos bienes, permitiera que se volvieran viciosos y malos, feos y deformes, dejando miserablemente que pasaran hambre y sufrieran todas las penalidades de la pobreza, ¿no sería digno de reprobación? Por último, y por abreviar, si un príncipe pudiese hacer que sus súbditos fueran felices y estuvieran contentos y pudiese preservarles de las desgracias, perjuicios y accidentes perturbadores, pero en vez de hacer que fuesen felices los dejara, sin embargo, expuestos, porque así lo quiere, a los estragos de sus enemigos haciendo que fuesen miserables y desgraciados, ¿no sería digno de reprobación? Sí, con toda seguridad.

Decís, queridos deícolas y cristícolas, decís y queréis que creamos, que ese Dios en el que creéis puede hacer toda clase de bienes a los hombres y puede preservarlos y librarlos felizmente de todo peligro y de todo mal, que puede también hacer que sean felices y estén contentos y sean perfectamente buenos, sensatos y virtuosos. Sin embargo, como podéis observar y como puede observar cualquiera, Dios está muy lejos de procurar al hombre esos bienes y de evitarle todos esos males. ¿Cómo podéis, entonces, decir y pretender que creamos que es todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente prudente si lo que vemos nos dice exactamente lo contrario? ¿No sabéis que cuanto más bueno y perfecto es un ser, debe actuar mejor y más prudentemente[19]? Pues bien, si Dios fuese, como decís, todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente prudente, habría hecho bien las cosas y las habría ordenado perfectamente y con toda sensatez.

Hay un axioma en filosofía que dice que *todo lo que se recibe es según la medida del receptor*. Si este axioma es cierto, no será menos cierto decir que *todo lo fabricado es según la medida del fabricante*, de tal manera que si todo lo que existe lo hubiese hecho un ser o un obrero perfecto, lo habría hecho perfectamente, habría hecho que todas las cosas fueran perfectas y, por tanto, carentes de tara o defecto. Pero lejos de que las cosas se hallen en un estado de perfección tan noble, venturoso y deseable, vemos, más bien, que se encuentran en el mayor desorden y desajuste y que se ven hundidas en un detestable estado de penalidades y enfermedades. ¿Qué motivos tenemos para pensar, por tanto, que han podido ser hechas y que están gobernadas por un ser todopoderoso, infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente sabio? No tenemos ningún motivo para pensar algo semejante.

Una cosa es segura: lo propio de la bondad, la prudencia y hasta la gloria de un ser infinitamente perfecto tendría que ser que todos le conocieran y le amaran porque, según un principio comúnmente aceptado, es propio del bien difundirse, el bien tiende a extenderse. Cuanto mayor sea la bondad, más debería difundirse y extenderse, más se debería hacer sentir y amar, por lo que una bondad y una prudencia que fuesen infinitamente perfectas no podrían dejar de difundirse y darse a conocer y amar. ¿Qué sería, en efecto, de un bien que no se difundiese de ninguna forma, es decir, no se pudiese conocer ni sentir de ninguna manera? Sería un bien que permanecería completamente inútil, tal como indica uno de nuestros libros

presuntamente santos: «Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿para qué valen? Mejor es el que oculta su necedad que el que oculta su sabiduría» (Eclesiástico, 20,30-31). Por eso dice también uno de sus supuestos santos profetas: «Se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos —ha hablado la boca del Señor—» (Isaías, 40,5). Otro profeta dice que la gloria del Señor será tan manifiesta y visible que nadie necesitará estar instruido para conocerla: «Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente, diciendo: Tienes que conocer al Señor, porque todos, grandes y pequeños, me conocerán» (Jeremías, 31,33-34). Y no sólo dice que se dará a conocer de esa manera sino que lo conocerán y hasta lo alabarán las fieras: «Me glorificarán las fieras salvajes, chacales y avestruces» (Isaías, 43,20). «Mira, renuevo el universo» (Apocalipsis, 21,5).

Según los profetas, pues, Dios se atribuye la gloria de darse a conocer y hacer que lo glorifiquen. Prefiere atribuírsela a sí mismo antes que a otro, dice que está celoso de su gloria y que no se la dará a nadie: «Yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso. No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso porque el Señor no dejará impune a quien pronuncie su nombre en falso» (Éxodo, 20,5-7). Lo que confirmará mediante juramento como para añadir más veracidad a sus palabras: «Lo juro por mi nombre, de mi boca sale una sentencia, una palabra irrevocable: ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua. Dirán: sólo el Señor tiene la justicia y el poder» (Isaías, 45,23-24).

Así pues, resulta claro y evidente, por las razones que he expuesto y los testimonios que acabo de enumerar, que sería propio de la bondad, la prudencia e incluso la gloria de Dios, es decir, de un ser infinitamente perfecto, darse a conocer a todos para que todos le amen. Pues bien, parece evidente que no hay ningún ser infinitamente perfecto que se dé a conocer perfectamente a todos para que todos le amen, porque si se diera a conocer y se ofreciera para que le amasen, nadie podría negar y ni siquiera dudar de su existencia, como hacen tantos, y ni siquiera los deícolas tendrían tantos problemas como tienen para demostrar su existencia, y no necesitarían tampoco tantos predicadores para darse a conocer a la gente. Así pues, como hay una infinidad de individuos que no lo conocen, niegan su existencia o la ponen en duda, y como hasta los deícolas más diligentes no pueden demostrarla ni recurriendo a la razón ni a los sentidos, todo esto constituye una prueba evidente de que no existe un ser como ése y, por consiguiente, hay que concluir que no hay Dios.

De igual manera, resulta claro e indudable que sería propio de la bondad y la prudencia de un ser todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, y propio tanto de su gloria como de su bondad y prudencia, hacer bien todo cuanto tuviese que hacer, sin dejar, por tanto, que se colase en sus obras ningún vicio, ningún defecto ni ninguna imperfección. Por la misma razón, sería propio de la bondad, la gloria y la prudencia infinita de un ser de esa categoría mantener y conservar sus obras en un estado perfecto. Y si no lo hace es porque no puede o porque no quiere. Si es porque no quiere, no será entonces un ser infinitamente bueno, ya que no hace

todo el bien que tendría que hacer y podría hacer. Y si es porque no puede, entonces no es todopoderoso, porque no puede hacer todo el bien que tendría que hacer.

Así, sea porque carece de poder para hacer lo que tendría que haber hecho o porque le falta bondad para hacer bien todo lo que emprende, de ello se sigue claramente que Dios no es infinitamente perfecto y, por tanto, que no es el Dios que conciben los deícolas.

¿Es posible que un ser infinitamente bueno e infinitamente prudente no quisiese hacer todo el bien que pudiera hacer y tendría que hacer, aunque sólo fuese para su mayor gloria? ¿Es posible que un ser infinitamente bueno e infinitamente prudente no quisiese impedir que se hiciese todo el mal que se pudiera hacer y que tendría que impedir que se hiciera, aunque sólo fuese para su mayor gloria? ¿Es posible que un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente, que puede conseguir sin mayor dificultad que todas las criaturas sean perfectas y felices para siempre, quisiera que estuviesen cargadas de vicios y fuesen defectuosas, débiles e imperfectas, dejándolas sufrir desgraciadamente y durante toda su vida todo tipo de males y miserias? ¿Es posible que un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente se pueda complacer en ver cómo reinan el mal, el desorden, los vicios y la confusión entre sus criaturas? ¿Podría complacerse en verlas, por ejemplo, feas, deformes, lisiadas y mal hechas, sea de cuerpo o de espíritu? ¿Podría complacerse en verlas languidecer y morir de hambre y miseria? ¿Se podría complacer en ver cómo se odian entre sí, cómo se persiguen, cómo se destrozan, se destruyen y se devoran cruelmente? No, no es creíble en absoluto.

¿Cómo se podría admitir que un ser infinitamente perfecto, infinitamente bueno e infinitamente prudente fuera capaz de querer semejantes cosas? No se puede, porque resultaría contrario por completo a la naturaleza de un ser infinitamente bueno e infinitamente prudente. Pensar que podría ser capaz de hacer o tolerar que haya tantos males y tanta maldad en sus criaturas equivale a destruir su bondad y su prudencia infinitas. Hacer bien las cosas es algo bello, honroso y digno de alabanza. Ser un bienhechor universal es algo propio y digno de la delicadeza, la amabilidad, la perfección y la grandeza de un corazón noble y generoso. Por tanto, ni siquiera es imaginable que un ser infinitamente perfecto omitiese o dejase escapar la más mínima oportunidad de hacer el bien. Y de la misma manera que los hombres que carecen de un alma o un corazón benévolo, y no quieren hacer el bien a sus semejantes cuando la situación lo requiere, no son dignos de gozar de bien alguno sino que, por el contrario, merecerían ser miserables y desgraciados, de igual manera, me atrevo a decir que si hubiese dioses capaces de hacer el bien y de impedir el mal y, sin embargo, no quisiesen hacer todo el bien que pudieran, ni quisiesen impedir el mal que estuviera en sus manos impedir, no merecerían ser dioses ni recibir honor divino alguno. Me atrevo a decir que merecerían ser azotados más que venerados y atendidos como dioses.

De igual manera, si hubiese un Dios y Señor todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente prudente, sería propio de su bondad y prudencia proteger a los buenos y recompensar la virtud allí donde estuviese, lo mismo que sería propio de su justicia castigar a los malos e impedir que se ejecutaran sus malvados designios. Esta proposición no admite réplica, o al menos no una razonable, porque no hay nada que concuerde mejor con una bondad y una prudencia infinitas que proteger a los buenos recompensando la virtud allí donde estuviese. Sería incluso esencial a una bondad perfecta en grado sumo. Decir que no protege a la gente de bien o que no recompensa la virtud sería una injuria y hasta destruiríamos esa bondad perfecta si lo dijésemos. De igual manera, no hay nada que resulte más acorde con la prudencia y la justicia de un ser todopoderoso e infinitamente perfecto que castigar a los malos e impedir que lleven a cabo sus malvados designios. Decir que no castigaría a los malos y no impediría que llevasen a cabo sus malvados designios equivaldría a destruir y aniquilar esa prudencia y esa justicia. Pues no hacer el bien ni impedir el mal, no recompensar la virtud y no castigar el vicio, equivale a destruir la posibilidad de una bondad, una prudencia y una justicia infinitas.

Hasta los deícolas tienen que admitirlo ya que atribuyen a Dios la condición de protector supremo de los justos y de supremo vengador de los crímenes, y lo hacen en múltiples pasajes de sus supuestas Sagradas Escrituras. En ellas se dice que Dios promete dar toda clase de bienaventuranzas y recompensas a los justos protegiéndolos al mismo tiempo. Y en ellas se dice también que perderá a los pecadores y castigará severamente sus crímenes: «Yo el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: castigo la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos cuando me aborrecen; pero actúo con lealtad por mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos» (Éxodo, 20,5). «Dios es escudo para los que a él se acogen» (Salmos, 18,31). «La salvación de los honrados viene del Señor, él es su alcázar durante el peligro; el Señor los auxilia y los libra, los libra de los malvados y los salva, porque se refugian en él» (Salmos, 36,39). «El Señor está cerca de los atribulados y salva a los abatidos. Por muchos males que sufra el justo, de todos los salva el Señor; él cuida de todos sus huesos, ni uno solo se quebrará» (Salmos, 33,19). «Cerca está el Señor de los que le invocan, de los que lo invocan sinceramente. Cumple los deseos de sus fieles, escucha sus gritos y los salva. El Señor guarda a todos sus amigos y destruye a todos los malvados» (Salmos, 145,18-20).

«No temas, Abrán; yo soy tu escudo y tu paga será abundante» (Génesis, 15,1). «Y obedeces y escuchas la voz del Señor, tu Dios —dice el propio Dios al pueblo de Israel a través de la boca de Moisés (*porque los dioses no hablan si no es a través de la boca de los hombres*)—, poniendo por obra todos los preceptos que yo te mando hoy, el Señor, tu Dios, te pondrá por encima de todas las naciones del mundo. Sobre ti irán viniendo, hasta darte alcance, todas estas bendiciones, si escuchas la voz del Señor, tu Dios» (Deuteronomio, 28,1-2). Por el contrario, amenaza a los pecadores con todo tipo de sanciones y castigos. Dice que derramará su cólera y su furor sobre

ellos: «Pero si no escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por obra todos los preceptos y mandatos que yo te mando hoy, irán viniendo sobre ti, hasta darte alcance, todas estas maldiciones: Maldito seas en la ciudad, maldito seas en el campo», etc. (Deuteronomio, 28, 15-16). En las Escrituras supuestamente santas y divinas se pueden encontrar muchos más ejemplos que confirman ampliamente lo que acabo de decir respecto a las recompensas de los justos y al castigo de los malvados. Resulta, pues, indudable, por las razones y testimonios que acabo de aportar, que sería propio de la justicia de un ser todopoderoso e infinitamente perfecto castigar a los culpables y malvados e impedir que llevaran a efecto sus malvados designios.

Pues bien, resulta evidente que ni las bonitas promesas hechas a los justos ni las terribles amenazas de castigo lanzadas contra los malvados se han cumplido, porque estamos muy lejos de que los justos estén protegidos y de que su virtud se vea recompensada. También es evidente que estamos muy lejos de que los malvados reciban el castigo que merecen; antes bien, vemos a diario cómo una infinidad de justos e inocentes se ven oprimidos miserablemente. Vemos cómo perecen en su inocencia sin haber recibido recompensa alguna por haber sido virtuosos, mientras que, por otra parte, vemos a diario cómo hay una infinidad de malvados impíos que triunfan maliciosamente y mueren apaciblemente sin haber recibido castigo alguno por sus crímenes y maldades. En consecuencia, no hay ningún ser infinitamente perfecto capaz de recompensar a los justos y castigar a los malvados como unos y otros merecen. Pues si existiese un ser de esas características llevaría a efecto las promesas hechas tanto a unos como a otros. ¿Podría un ser todopoderoso y bueno en grado sumo permanecer insensible a las quejas, al llanto y a los gemidos de tantos justos y tantos pobres inocentes que le invocan y le solicitan cada día tan devota, afectuosa e insistentemente en sus oraciones y le piden socorro a diario? ¿Sería posible que no se mostrase favorable a ninguno de ellos y que los abandonara y los dejara perecer sin haberles prestado socorro? ¿Sería posible que un ser todopoderoso no se hiciese temer por los malvados y que aguantase sus bravatas, sus blasfemias, sus irreverencias y todas sus maldades sin castigarlos como merecen? Ni es creíble ni es imaginable. Si Dios es tal como lo presentan los deícolas, ¿por qué no lo muestra? ¡Que él mismo defienda su causa! ¡Que se vengue de sus enemigos y de cuantos desprecian sus leyes y mandamientos! «Se levanta Dios, se dispersan sus enemigos, huyen sus rivales» (Salmos, 68,2). «Si Baal es Dios que se defienda a sí mismo, ya que han derribado su altar» (Jueces, 6,31).

Si este ser, que sería infinitamente perfecto, se mostrase a los hombres en todo su esplendor, no habría nadie que no le amara en grado sumo, ya que la voluntad tiende por naturaleza a amar el bien. De igual manera, si castigase severamente a los malvados, no habría quien no temiese hacer el mal y no habría seguramente nadie que tuviese la osadía de hacer maldad alguna. ¡Qué digo! Si castigase a los malvados y a los culpables, ¡no tendría que castigar a muchos para que los hombres se volviesen más sensatos y fuesen mejores de lo que son! Bastaría, por ejemplo, con que los rayos

cayesen sólo sobre los malos y los culpables para que los pecadores se echaran a temblar. Nadie tendría entonces la osadía de ser malo, puesto que es demasiado el temor que sentimos frente a la muerte y el castigo como para exponernos a ellos tan alegremente. Con toda seguridad, los hombres son tan atrevidos y obstinados en su malignidad y en sus maldades porque sus vicios y crímenes permanecen impunes. Y esto no pueden negarlo si siquiera los deícolas, porque lo dicen las supuestas Sagradas Escrituras: «Y ésta es otra vanidad: que la sentencia dictada contra un crimen no se ejecuta enseguida; por eso los hombres se dedican a obrar mal, porque el pecador obra cien veces mal, y tienen paciencia con él. Ya sé yo eso: Le irá bien al que teme a Dios, porque lo teme, y aquello: No le irá bien al malvado, el que no teme a Dios será como sombra, no tendrá larga vida. Pero en la tierra sucede otra vanidad: hay honrados a quienes toca la suerte de los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados. Y esto lo considero vanidad» (Eclesiastés, 8,11-14). Lo cual constituye un absurdo y un abuso indigno de la bondad, la prudencia y la justicia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto.

«He reflexionado sobre todo esto y he llegado a esta conclusión: aunque los justos y los sabios con sus obras están en manos de Dios, el hombre no sabe si Dios lo ama o lo odia. Todo lo que tiene el hombre delante es vanidad, porque una misma suerte toca a todos: al inocente y al culpable, al puro y al impuro, al que ofrece sacrificios y al que no los ofrece, al justo y al pecador, al que jura y al que tiene reparo en jurar. Esto es lo malo de todo lo que sucede bajo el sol: que una misma suerte toca a todos. El corazón de los hombres está lleno de maldad: mientras viven piensan locuras, y después, ¡a morir!» (Eclesiastés, 9,1-3).

Como los deícolas no pueden soportar la fuerza y evidencia de este argumento, adoptan sutilmente la precaución de decir que Dios no recompensa en la tierra la virtud y las buenas obras de los justos. Por eso dicen que, si Dios no castiga en este mundo los vicios y los crímenes de los malvados, es porque lo hará en la otra vida. Será entonces cuando recompense abundantemente a los justos y castigue severamente a los malvados. Pero más allá de que esta supuesta otra vida sea sólo una ilusión y una mera ficción, yo afirmo que esta interpretación y esta respuesta son manifiestamente contrarias a los testimonios mencionados y a esas Sagradas Escrituras suyas que acabo de citar, porque en ellas sólo se habla de la protección visible que Dios proporcionará a los justos y de los castigos también visibles con que recompensará a los malvados. No es creíble que las mencionadas Escrituras hablen sólo de premios y castigos en la otra vida, porque convertiría en absurdas y frívolas todas las promesas y todas las amenazas que se refieren al premio que recibirán los justos y al castigo que recibirán los malvados, porque los supuestos premios y castigos de la otra vida son sólo premios y castigos imaginarios. Al igual que lo es esa supuesta otra vida de la que hablan los deícolas y a la que prestan tanta atención. La vanidad de esas supuestas y bonitas promesas la ponen perfectamente al descubierto sus propios libros supuestamente santos, de tal manera que resulta

asombroso que puedan seguir considerándolos divinos y puedan, después de ver lo que dicen, seguir vanagloriándose en la esperanza de que vivirán después de haber dejado de existir: «¿Qué ventaja le saca el sabio al necio, o al pobre el que sabe manejarse en la vida? Más vale lo que ven los ojos que los deseos vagabundos. También esto es vanidad y caza de viento» (Eclesiastés 6,8-9).

De acuerdo, pues, con la doctrina de los libros supuestamente santos, es vanidad y presunción engañosa confiar en que hay otra vida. Y por consiguiente, no habrá recompensa en absoluto si no es en esta vida.

Prosigamos: «He reflexionado sobre todo esto y he llegado a esta conclusión: aunque los justos y los sabios con sus obras están en manos de Dios, el hombre no sabe si Dios lo ama o lo odia. Todo lo que tiene el hombre delante es vanidad, porque una misma suerte toca a todos: al inocente y al culpable, al puro y al impuro, al que ofrece sacrificios y al que no los ofrece, al justo como al pecador, al que jura y al que tiene reparo en jurar. Esto es lo malo de todo lo que sucede bajo el sol: que una misma suerte toca a todos. El corazón de los hombres está lleno de maldad: mientras viven piensan locuras y, después, ¡a morir!» (Eclesiastés, 9,1-3).

«Para los vivos aún hay esperanza —dicen esos mismos libros—, pues vale más perro vivo que león muerto» (Eclesiastés, 9,4). Es decir, que el animal más vil y mísero vale más, si está vivo, que el más grande y poderoso monarca de la tierra cuando está muerto. Y ésta es la razón que aducen esos mismos libros: «Los vivos saben… que han de morir; los muertos no saben nada, no reciben un salario cuando se olvida su nombre. Se acabaron sus amores, odios y pasiones, y jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol. Anda, come tu pan con alegría y bebe contento tu vino, porque Dios ya ha aceptado tus obras. Disfruta la vida con la mujer que amas, todo lo que te dure esa vida fugaz, todos esos años fugaces que te han concedido bajo el sol; que esa es tu suerte mientras vives y te fatigas bajo el sol. Todo lo que esté a tu alcance hazlo con empeño, porque no se trabaja ni se planea, no hay conocimiento ni sabiduría en el abismo adonde te encaminas» (Eclesiastés, 9,5-10).

Éste es uno de los testimonios más claros y convincentes que se pueda desear acerca del error en que se hallan los supersticiosos deícolas y cristícolas en lo que respecta a las supuestas recompensas y a los supuestos castigos en la otra vida con los que engañan a los ignorantes. Porque, según la doctrina que acabo de exponer y que pertenece a uno de los más sabios entre los deícolas, los muertos no pueden esperar recompensa alguna puesto que han perdido la capacidad de conocer y sentir. Por esa razón, dice que lo mejor que pueden hacer los vivos es beber y comer apacible y alegremente los frutos de su trabajo y gozar apaciblemente de los placeres y alegrías de la vida en compañía de los amigos y la mujer amada, ya que es lo único que pueden esperar obtener en esta vida. Pues bien, todo esto constituye una prueba manifiesta de que quien lo dijo no creía que hubiese más vida que ésta y, en consecuencia, no se podía esperar recompensa alguna ni había que temer que hubiese castigo alguno en ninguna otra vida. Porque, además, también dice en otro lugar que

no hay que temer a la muerte: «Porque no hay acusación que hacer ni cuentas que rendir después de la muerte» (Eclesiástico, 41,5-7).

Como ocurre con frecuencia que los justos mueren sin haber recibido recompensa por sus virtudes y sus buenas obras, y los malos mueren sin haber recibido los castigos que merecen por sus crímenes y maldades, de todo ello se sigue que no hay justicia suprema ni para unos ni para otros y, en consecuencia, no hay en absoluto ningún ser infinitamente perfecto. Ya que si hubiese realmente un ser que fuera infinitamente perfecto, sería perfectamente justo. Y si fuese perfectamente justo, recompensaría a los buenos y castigaría a los malvados. Y como vemos claramente que los buenos no reciben recompensa y los malos no reciben castigo, estamos ante una prueba manifiesta de que no hay Dios ni ningún ser infinitamente perfecto para recompensar a unos y castigar a los otros como se merecen.

75

Si existiese una divinidad que quisiera que los hombres la amaran y reverenciaran, se daría a conocer a ellos y daría a conocer su voluntad

Este es otro argumento que tiende al mismo fin. Si hubiese realmente una divinidad o algún ser infinitamente perfecto que deseara que los hombres le amasen y reverenciasen, sería de razón y de justicia, e incluso tendría que constituir una obligación para este ser supuestamente perfecto en grado infinito, darse a conocer claramente o, al menos, de manera suficiente, a aquellos y a aquellas que quisiera que le amasen y sirviesen.

De igual manera, sería de razón y justicia, y tendría que constituir una obligación para este ser infinitamente perfecto, mostrarles claramente, o al menos de manera suficiente, sus intenciones y deseos. Porque sería ridículo que un ser dotado de entendimiento y de razón pretendiese que le amasen sin haberse dado a conocer. De la misma manera que sería ridículo e injusto que un amo o un señor pretendiera que le obedeciesen y sirviesen sin haber expresado al menos de manera suficiente sus intenciones y deseos, porque si hubiese un amo o un señor que fuera capaz de exigir semejante cosa a sus sirvientes o a sus súbditos sin darse suficientemente a conocer y sin dar a conocer suficientemente sus intenciones y deseos, pasaría por loco e insensato. Y si ese amo o ese señor llevase la locura o la injusticia hasta el extremo de castigar, y castigar muy severamente, a los sirvientes o súbditos que no hubiesen hecho lo que les habría ordenado de manera insuficiente que hicieran, sería tomado por el más injusto, el más brutal y cruel que hubiese en el mundo. Es muy difícil que un hombre pueda llegar a semejante grado de locura y de inhumanidad como para hacer eso. Con más razón es indigno pensar que Dios o un ser infinitamente perfecto puedan ser capaces de hacer lo mismo. Si esto es así, se sigue de forma palmaria que si hubiese realmente una divinidad o un ser infinitamente perfecto, como he dicho, que quisiera que los hombres le amasen y reverenciasen, sería de razón y justicia, y tendría que constituir incluso una obligación para este ser infinitamente perfecto, darse a conocer a los hombres al menos de manera suficiente, así como dar a conocer de manera suficiente sus intenciones y deseos.

Estas proposiciones son claras y evidentes como una hermosa jornada a la hora del mediodía.

Pues bien, es evidente que esta supuesta divinidad no se da a conocer de manera suficiente a los hombres y que tampoco les da a conocer de manera suficiente sus intenciones y deseos. Porque si se diera a conocer de manera suficiente, se puede tener por seguro que nadie la ignoraría, nadie la negaría y nadie pondría en duda su existencia, por lo que no habría tantas disputas entre los hombres acerca de su

supuesta existencia. Y como hay tantos que la ignoran, tantos que la niegan y tantos que dudan de su existencia, y hay tantos que quisieran conocer su existencia y no pueden conocerla, y hay tantos, por último, que la atribuyen a seres mortales, a sucios y horrendos animales, a seres inanimados o a ídolos mudos que carecen de movimiento y sentimientos, y como se da incluso que aquellos que creen que existe creen en ella sin verla y sin conocerla, sólo se puede concluir de manera evidente que Dios no se da a conocer a los hombres.

De igual manera, esta supuesta divinidad tampoco da a conocer sus intenciones y deseos de manera suficiente, ya que, si los diera a conocer suficientemente, todo el mundo tendría la certeza y estaría seguro de aquello en lo que tendría que creer y en lo que tendría que hacer para agradarle y se pondrían todos de acuerdo en creer las mismas verdades y en practicar el mismo culto, por lo que no habría tantas disputas y tanta diversidad de opiniones como hay en materia de preceptos, misterios y ceremonias que aparecen consignadas en sus leyes supuestamente santas y divinas. Y no se odiarían y perseguirían a sangre y fuego como hacen a diario por el mantenimiento y la defensa de tantas opiniones falsas y tan contradictorias entre sí.

Como se puede ver, pues, de forma manifiesta —y lo vemos desde hace miles de años—, el hecho de que los hombres no puedan ponerse de acuerdo para creer en los puntos principales de sus respectivas religiones, ni muchísimo menos en una forma de culto única, y el hecho de que no puedan dejar de odiarse y de perseguirse llegando incluso a destruirse cruelmente entre sí para mantener los misterios, preceptos y ceremonias de sus respectivas y supuestas leyes divinas, constituyen una prueba evidente de que no existe ninguna divinidad que se haya dado a conocer de manera suficiente a los hombres o les haya dado a conocer sus intenciones y deseos. Ya que, si hubiese una capaz de darse a conocer lo suficientemente y de dar a conocer también de forma suficiente sus intenciones y deseos, no resulta creíble que optara por dejarlos en el error y en un estado de ignorancia tan miserable y desdichado en lo que se refiere a sus deseos, porque quienes combaten entre sí piensan que lo hacen en su honor y para su gloria y todos creen estar obrando bien siguiendo y sosteniendo los preceptos y ceremonias de su respectiva religión, aunque con ello pierdan la hacienda y la vida.

Tomemos, por ejemplo, a un grupo de individuos que estuviera al servicio de un príncipe determinado y que trabajara por su gloria, ¿qué ocurriría si esos individuos se enfrentaran entre sí debido a la interpretación de las leyes o de los deseos de su príncipe y a la ejecución de sus órdenes? Pongamos que unos dijeran: «Esto es lo que el rey pretende y ordena», y que hubiera otros que dijeran: «No, no es eso lo que el rey quiere, sino esto otro», y que, debido a esas diferencias, empuñaran las armas, combatieran, se mataran y degollaran, se destruyeran y quemaran vivos a sus adversarios so pretexto de defender los intereses de su príncipe y de llevar a efecto lo que les ordenara creyendo que estaban haciendo lo correcto. ¿Qué haría en semejante coyuntura el rey o el príncipe? Si fuera un príncipe bueno y prudente explicaría

claramente sus órdenes en cuanto conociera la desunión que se había dado entre su pueblo y, además de explicarlas, les daría a conocer muy claramente sus intenciones y deseos. De esta manera restablecería inmediatamente la paz y la unión entre los suyos. Pero si el príncipe fuera un loco, un bromista o un mal príncipe que obtuviese placer viendo cómo se instalaban los disturbios y la guerra entre los suyos, y le gustara ver cómo peleaban, se robaban, se malherían y destruían por afecto hacia él, dejaría que todo eso ocurriera sin decir nada y no se tomaría ni siquiera la molestia de explicarles cuáles eran sus deseos.

Pues bien, el género humano es el que se encuentra en esa situación. Todos los hombres se hallan en una coyuntura como la que acabo de describir. Discrepan y disienten acerca de las leyes y mandamientos de Dios. Todos pretenden estar sirviendo al Dios verdadero y están convencidos de servirle y adorarle de acuerdo con sus verdaderas intenciones y deseos. Unos dicen que prefiere que le sirvan y adoren de una manera, otros sostienen que quienes hacen eso se equivocan porque Dios quiere que le sirvan y adoren de otro modo. Otros aseguran que unos y otros se equivocan porque Dios quiere que le sirvan y adoren de una forma distinta, y aún habrá otros que disientan de todos ellos y mantengan otra opinión. En fin, todos los hombres se hallan divididos en mil o seguramente en más de mil opiniones diferentes acerca de las leyes y ceremonias propias de su religión y de su respectivo Dios. Ni siquiera quienes profesan la misma religión logran ponerse de acuerdo entre ellos acerca de los puntos principales de la doctrina en cuestión, por lo que surgen infinidad de opiniones a cada cual más ridícula que los llevan a criticarse y condenarse unos a otros. Hace ya mucho tiempo que los hombres se hallan enzarzados en este tipo de disputas. Llevan miles de años guerreando y persiguiéndose a sangre y fuego por el amor y la gloria de su Dios respectivo, así como por defender y mantener a rajatabla sus leyes y mandamientos. Sin embargo, no vemos que Dios venga a poner fin a esas funestas divisiones y a tan horribles disturbios. Ni vemos tampoco que se comprometa a restablecer la paz entre los hombres dándose a conocer y expresando claramente sus intenciones y deseos, cosa que podría hacer muy fácilmente si fuese verdad que, como dicen los cristícolas, hay una divinidad que quiere ser adorada y servida religiosamente por los hombres.

¿Qué se puede decir y qué conclusión se puede sacar de su silencio en una coyuntura tan acuciante? Lo único que cabe decir es que no existe realmente divinidad alguna o que, si hubiese alguna, tendría que tratarse de una divinidad que desprecia que los hombres la veneren, que se burla de ellos y prefiere que se hallen divididos y enfrentados en vez de procurarles la paz y hacer realmente el bien con ellos. Como no veo que sea verdad decir que existe esa divinidad, sólo me cabe concluir que no hay divinidad de ninguna clase. A esta conclusión se llega de forma evidente a partir de las razones que acabo de exponer, pero también de las que expondré a continuación.

Los cristícolas suelen responder a esto, por regla general, diciendo que Dios se da a conocer muy claramente mediante sus admirables obras. Cielos y tierra proclaman la grandeza, la gloria, el poder, la bondad y la infinita sabiduría de quien los ha hecho, que no es otro que Dios, un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente prudente. Por eso, ese gran mirmadolín de san Pablo dice: «Pues lo que se puede conocer de Dios lo tienen a la vista, ya que Dios se les ha manifestado. Desde la creación del mundo, su condición invisible, su poder y divinidad eternos, se hacen asequibles a la razón por sus criaturas. Por lo cual no tienen excusa; pues, aunque conocieron a Dios, no le dieron gloria ni gracias, sino que se extraviaron con sus razonamientos, y su mente ignorante quedó a oscuras» [Romanos, 1,19-21].

Los deícolas dicen también que Dios ha dado a conocer sus deseos mediante los mandamientos que les dio, ordenándoles que los cumplieran, a través de sus más leales servidores, los ángeles y los profetas a quienes ha enviado en diversas ocasiones a fin de que sus designios puedan ser conocidos. Por eso, el gran mirmadolín de san Pablo dice: «Muchas veces y de muchas formas habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de un Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser, y sustenta todo con su palabra poderosa. Realizada la purificación de los pecados, tomó asiento en el cielo a la diestra de la Majestad» (Hebreos, 1, 1-3).

Y al hablar de sí mismo a la gente, ese supuesto hijo de Dios dijo que había sido enviado por Dios padre y que las admirables obras que hacía daban testimonio de que había sido enviado realmente por Dios, su padre. Y añadía que, de no ser por su venida y por los milagros que había realizado, no habrían conocido el pecado y habrían quedado excusados de creer en él. Pero al haber venido y hecho tantos milagros como hizo, ya no tenían excusa para no creer en él ni tampoco para no hacer lo que les decía. Se podrían aportar muchos más testimonios pero me alargaría demasiado. Y resulta muy fácil refutar todas esas supuestas pruebas de que existe la divinidad, así como poner de manifiesto su vanidad y falsedad.

En primer lugar, no es más que una ilusión suponer que se pueden conocer los deseos de Dios mediante las leyes y los mandamientos que él mismo estableció, ordenando al mismo tiempo que los hombres los cumplieran. Ya que, ¿qué leyes y mandamientos pondrían de manifiesto que provienen realmente de Dios? Que me lo digan de buena fe. ¿Serán los de los paganos, que admiten multitud de divinidades que son rechazadas, en cambio, por quienes creen en un solo Dios? ¿Serán los de los judíos, que adoran a un solo Dios pero cuyas leyes y mandamientos no son observados más que en un pequeño rincón del mundo y por un pueblo que ha sido considerado como el más vil, más despreciable y miserable de todo el mundo? ¿Serán los de los cristianos, cuyo origen se encuentra en el pueblo vil y miserable que acabo de mencionar, unos cristianos que condenan los mandamientos y leyes del judaísmo y los mandamientos y leyes del paganismo, por más que la religión cristiana no sea más

que una mezcla ridícula de judaísmo y paganismo? ¿Serán los de los mahometanos, considerados por los cristianos como provenientes de un impostor y un falso profeta? ¿Serán los de los indios o los de los chinos? ¿Los de los iroqueses o los de los japoneses, que nos resultan absolutamente desconocidos? ¿O se tratará de leyes y mandamientos supuestamente divinos de los que no hemos oído hablar todavía? No, desde luego que no.

Porque, si los hombres reconociesen de manera manifiesta o suficiente que tal o cual ley o que tal o cual mandamiento proceden realmente de Dios, no les costaría mucho ponerse de acuerdo. ¿Por qué no iban a aceptar de buena gana una ley que habrían reconocido como inequívocamente divina? ¿Por qué no la seguirían y la observarían todos por mutuo consentimiento en vez de obstinarse equivocadamente en el error y disputarse por tanta ley diferente, y en vez de perseguirse tan cruelmente por ellas? A nada que se pudiese reconocer manifiesta o suficientemente que una o todas de esas religiones diferentes proviniesen realmente de Dios, deberían hacerlo por prudencia y amor a la verdad.

Pero como vemos de manera ostensible que los hombres no han conseguido ponerse de acuerdo nunca en una sola y única religión, y como vemos también que dentro de cada religión proliferan las sectas que se critican y condenan entre sí y que cuentan con partidarios que se persiguen a sangre y fuego debido a la diversidad de opiniones encontradas que sostienen acerca de las diferentes leyes o acerca de la explicación que dan de las leyes supuestamente divinas, tenemos que llegar forzosamente a la conclusión de que ni las intenciones ni los deseos de sus respectivos dioses son ni manifiesta ni suficientemente conocidos. Ya que si lo fuesen, sería muy fácil que se pusiesen de acuerdo, con lo que no disputarían con tanto calor ni se perseguirían con tanta animosidad. Y si no conocen suficientemente las leyes y los deseos de Dios, será porque Dios no se los ha dado a conocer suficientemente; y si Dios no se los ha dado a conocer suficientemente, nos encontramos ante la prueba palpable de que no hay divinidad que desee que los hombres la adoren y amen. Porque iría contra la bondad, contra la prudencia y contra la justicia de un Dios infinitamente perfecto, como he dicho, pretender que le adoren sin haberse dado a conocer a los hombres manifiesta o, al menos, suficientemente, y sin haber dado a conocer sus intenciones, leyes y deseos manifiesta o, al menos, suficientemente.

76

Hay un gran número de falsos profetas y falsos milagros

De la misma manera que no hay deícola, de la religión o fe que sea, que no pretenda o imagine que su religión es la única verdadera impuesta por Dios para que los hombres la sigan, tampoco hay ninguno que no diga que su religión proviene de Dios o de parte de Dios mismo. Un Dios que les habría dado a conocer sus intenciones y deseos bien sea personalmente o bien por medio de sus ángeles y sus profetas. Por lo que los hombres estarían obligados a atenerse al testimonio de esos ángeles y esos profetas creyendo firmemente lo que les dicen y observando religiosamente cuanto les ordenan hacer de parte de Dios, puesto que Dios les habría inspirado y los habría enviado expresamente para que mostrasen sus deseos a los hombres.

Pero resulta absurdo que Dios dé a conocer de esa manera sus deseos porque:

1. El hecho de que todos crean que su fe es divina y estén convencidos de que practican la religión y la fe correctas, por más que todas sean contrarias entre sí tanto en sus dogmas como por lo que se refiere al culto, constituye una prueba manifiesta de que la mayor parte de ellos está en el error y de que Dios no ha dado a conocer lo suficientemente sus leyes y deseos a quienes están en él, puesto que siguen pensando que hacen bien haciendo lo que hacen y creyendo en lo que creen.

2. ¿Cómo saben y qué seguridad pueden tener de que los supuestos ángeles y profetas han sido inspirados y enviados realmente por Dios para darles a conocer sus intenciones y deseos? No pueden tener seguridad suficiente. O ninguna seguridad. Porque, suponiendo que haya ángeles, como pretenden (cosa que no voy a examinar aquí), es indudable que hay ángeles buenos, a los que llaman *ángeles de la luz*, y hay ángeles malos, a los que llaman *ángeles de las tinieblas*. Pero también dicen que a veces los ángeles de las tinieblas se transfiguran en ángeles de la luz para engañar y seducir a los hombres. Por eso, el gran mirmadolín de san Pablo prohibía expresamente a los suyos creer en nada que él no les hubiese enseñado: «Pero si nosotros —les decía— o un ángel del cielo os anunciara una Buena Noticia distinta del que os hemos anunciado, ¡sea anatema! Como os lo tengo dicho y ahora os lo repito: si alguien os anuncia una Buena Noticia distinta de la que recibisteis, sea maldito. Os hago saber, hermanos, que la Buena Noticia que os anuncié no es de origen humano; yo no la recibí ni aprendí de ningún hombre, sino que me la reveló Jesucristo» (Gálatas, 1,8-9, 11).

Si es cierto que hay ángeles malos, no es menos cierto que también hay falsos profetas. Digo más, no hay lo que se entiende por un profeta que lo sea de verdad. Se puede asegurar que no existe ninguno. Pero sí es cierto, en cambio, que hay un cúmulo de falsos profetas que se invisten de la condición de profetas verdaderos y que, bajo ese bonito y huero pretexto, largan sus mentiras e imposturas con tanta

habilidad y aplomo como si fuesen verdaderos profetas enviados especial y expresamente por Dios a fin de que los hombres puedan conocer sus deseos. Pero se trata de unos auténticos embusteros, son unos burlones, *viri illusores*, como dice uno de la banda: «En los últimos tiempos habrá hombres cínicos que seguirán sus pasiones impías» (Judas, 18).

Los deícolas no pueden negar nada de esto, porque no hay ni una de las muchas religiones del mundo que no pretenda haber sido fundada por la autoridad y el testimonio de alguno de esos supuestos profetas que dicen haber sido enviados e inspirados especialmente por Dios. Y los cristícolas no lo pueden negar porque su propia religión, con todo lo santa y divina que creen que es, está llena de falsos profetas que aparecieron en el mismo instante en que fue fundada.

De eso se quejaba su gran san Pablo en su tiempo. Al hablar de los falsos profetas los llama *falsos apóstoles, engañosos obreros que se transforman en apóstoles de Jesucristo*: «Y no es extraño: si el mismo Satanás se disfraza de ángel de la luz» (2 Corintios, 11,13). En otro lugar se les llama «falsos profetas» (2 Pedro, 2,1), «impostores» (2 Juan, 7), «hombres cínicos y burlones» (2 Pedro, 3,3-4) y, por último, «anticristos», de los que había muchos en los comienzos del cristianismo (1 Juan, 2,18). El propio Jesucristo presentía que vendrían muchos como él y seducirían a bastantes, por eso advirtió a sus discípulos que se mantuviesen vigilantes y no creyeran en lo que les dijesen (Mateo, 24,23-24).

Si esto es así, ¿qué seguridad podemos tener, desde la mera prudencia, en lo que dice una gente que miente y otra embustera, en lo que dicen los burlones, los impostores, los visionarios y fanáticos que se contradicen entre sí y se condenan unos a otros? Porque resulta palpable que quienes practican el bonito oficio de profetizar y hacerse los confidentes y mensajeros de los dioses hablándonos de su parte, son únicamente unos mentirosos descarados, insensatos, visionarios, fanáticos, malvados impostores y burlones, o unos políticos astutos y taimados que se sirven del nombre y la autoridad de Dios para desempeñar mejor su papel y engañar a los hombres: impostores que seguirían sus desordenadas pasiones llenas de impiedad; o, como dice otro autor: «Escuchad la palabra del Señor, gente burlona, que gobernáis a ese pueblo de Jerusalén» (Isaías, 28,14), compinches de ladrones.

Y aunque hubiese profetas verdaderos, sería moralmente imposible distinguir a los verdaderos de los falsos en medio de una confusión tan grande de imposturas y errores, dado que unos y otros tienen la misma apariencia exterior. De tal forma, que no sólo no hay seguridad sino tampoco prudencia al dar crédito a lo que dicen todos esos burlones y descarados embusteros. Por eso no se puede decir —y estimo que sería una locura decirlo— que Dios da a conocer a los hombres sus intenciones y deseos basándose en unos testimonios tan vanos, sospechosos y engañosos como ésos. No cabe pensar siquiera que un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente prudente quisiera servirse de esos testimonios o de tales vías para dar a conocer sus deseos a los hombres.

¡Cómo! ¿Creéis que se le iba a ocurrir revelar sus misterios más santos a escondidas y en secreto a semejantes locos, visionarios y fanáticos y que, sin embargo, no iba a querer descubrirlos de forma manifiesta a una legión de personas prudentes e ilustradas que estarían deseando recibirlos en total seguridad? ¿Creéis que se le iba a ocurrir desvelar sus misterios a escondidas y en secreto a un puñado de individuos, en vez de anunciárselos clarísimamente a pueblos enteros y a todas las naciones de la Tierra, que se mostrarían encantados de recibirlos y que ya sólo por el hecho de que se los mostrase completa o suficientemente iban a amarlo y reverenciarlo de una vez por todas poniendo en ello todo su corazón? ¿Creéis que pudo ser todo un Dios quien les habría dado esas leyes tan bonitas y esos bonitos mandamientos a los que debéis someteros sólo porque ellos lo dicen? ¿Creéis que con habérselos confiado a tal o cual profeta a escondidas y en secreto e incluso por la noche y en sueños basta para considerar que ha dado a conocer completa o suficientemente sus intenciones y deseos a los hombres, obligándoles además a obedecerlos en todo tiempo y lugar? ¿Y lo haríais sólo porque lo dice un supuesto profeta, que querría obligaros a hacer lo que os ordenara? Y todo ello so pena de despertar la indignación divina y atraerse el castigo eterno a poco que se falle en el cumplimiento de alguna cosa.

Todo esto está muy alejado de la recta razón y de la verdad y es indigno de la suprema bondad y de la soberana prudencia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto, por lo que no puede ser así.

Nuestros piadosos y devotos cristícolas responderán a esto diciendo sencillamente que Dios quiere que le amen, le adoren y le sirvan basándose en las tenebrosas luces de la fe y con un amor y caridad basados en la fe y no en las claras luces de la razón humana, precisamente para humillar el espíritu del hombre y confundirlo en su orgullo, como suelen decir, a fin de que tenga así ocasión de mejor ejercitarse en la virtud y ganar méritos poniendo su mente bajo el imperio de la fe. Pero:

1º. Una respuesta como ésa sólo suscita la carcajada general porque la inepcia y la vanidad que encierra resultan palmarias a nada que se preste un poco de atención. Porque es más que evidente que una razón como ésa sirve lo mismo para apoyar la mentira que para apoyar la verdad, y cualquier impostor podría valerse de ella para justificar sus errores, sus delirios y sus imposturas. Con esto basta para poner de manifiesto la vanidad y la inepcia que se esconden detrás de esa respuesta.

2º. Por otra parte, no parece que la creencia ciega en la fe tenga que volver a los hombres más humildes ni que gracias a ella vayan a venerar y amar más a Dios; no más, al menos, de lo que conseguiría el conocimiento claro y explícito de sus divinos misterios y sus divinos mandamientos. Así pues, no parece que tenga que ser así. Al contrario, parece evidente que si un Dios que fuese todopoderoso e infinitamente perfecto diese a conocer a los hombres de manera completa y perfecta sus divinas perfecciones y sus divinos mandamientos, le amarían y servirían mucho mejor de lo que lo hacen porque se verían cautivados por sus hermosas y amables perfecciones. Y

se volverían más sensatos y más virtuosos de lo que son. Es un delirio de los deícolas querer interpretar, so pretexto de devoción, los designios y las intenciones de Dios de una manera tan vana y absurda, y es incluso una tontería que traten de encubrir su debilidad y su impotencia con un pretexto tan absurdo como el que alegan en esta ocasión.

3º. Pero aquí va otra razón que muestra no menos claramente la debilidad y la vanidad de la mencionada respuesta. Y consiste en que no resulta creíble en ningún modo que a un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente se le pudiese pasar por la cabeza recurrir a una vía tan cargada de errores, absurdos e imposturas para hacer que los hombres le amasen y adorasen. No resulta creíble que quisiese basar sus divinas verdades, sus divinos mandamientos y sus divinos preceptos en un principio tan plagado de errores, absurdos e imposturas. Pues la fe, al ser únicamente una creencia ciega, como he dicho, no puede ser más que una fuente de errores, absurdos e imposturas, pues el propio hecho de obligar a creer y hacer observar ciegamente todo lo que fuese revelado por una supuesta divinidad cualquiera abriría la puerta a que los impostores pudieran servirse del mismo pretexto para que la gente creyese y practicase cualquier cosa que se les pasara por la cabeza a los impostores, burlones, visionarios y fanáticos que piensan ridículamente que todas sus imaginaciones y todos los sueños que tienen son revelaciones divinas que los demás están en la obligación de creer. No se puede sostener, pues, que Dios haya podido recurrir a esas revelaciones secretas y a la fe ciega para dar a conocer sus deseos a los hombres, porque se trata de vías plagadas de errores, absurdos e imposturas.

Los deícolas podrían decir que no basta con las revelaciones secretas hechas a determinados sujetos para que Dios dé a conocer suficientemente a los hombres sus intenciones y voluntades, por lo que ni los ángeles ni los profetas merecerían ser creídos bajo palabra, a menos que utilizasen otros testimonios más claros y seguros para que se viera claramente que habían sido enviados por Dios y que él mismo los habría inspirado. Y añadirían que, si pudiesen hacer ver que los ángeles y los profetas han sido enviados por Dios y que Dios los ha inspirado gracias a unos testimonios más seguros, como pueden ser los milagros y determinados prodigios que sobrepasaran las fuerzas de la naturaleza y que sólo podrían haber sido hechos por un poder divino, entonces estaríamos ante una prueba suficiente de que habían sido enviados por Dios y que sería él quien los habría inspirado para que se conociesen sus designios. Porque podrían decir que no sería creíble que un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente hiciese milagros para favorecer a los impostores ni para confirmar mentiras o errores.

Pero aunque esta respuesta parece un poco más verosímil que la anterior, no es más sólida que ella, porque los supuestos milagros, a los que se presta tanta atención y cuyo renombre y espectacularidad causan tanto impacto en el espíritu de la gente ignorante, no son menos sospechosos en sí mismos ni están menos sujetos a error, al absurdo y a la impostura que las propias y supuestas revelaciones. Y prueba evidente

de ello la constituye el hecho de que no hay religión que no cuente con milagros y revelaciones idénticos a los de la religión cristiana. Las religiones paganas están repletas de milagros y revelaciones a nada que se quiera creer en todo ello. La de los judíos está plagada; la de Mahoma, que practican turcos, otomanos y bárbaros, también. Lo mismo que la de Confucio, que practican chinos y japoneses, y todas las que se basan en este tipo de testimonios de la divinidad. De tal manera que el señor de Montaigne, ese francés tan juicioso, tiene toda la razón cuando dice en los *Ensayos* [II, 12]: «Las apariencias son comunes a todas las religiones: esperanza, confianza, acontecimientos, ceremonias, penitencia, martirio. Pues bien, dentro de lo que se consideran acontecimientos entrarían los milagros, que son acontecimientos supuestamente sobrenaturales y divinos». En otra parte dice: «El emperador Augusto tuvo más templos que Júpiter y fue servido con el mismo fervor y la misma creencia en que podía hacer milagros». También dice en otro lugar: «La divinidad toma y recibe en su mayor parte los honores y reverencias que le rinden los hombres, tenga el rostro y el nombre que tenga y sea de la manera que sea». Y añade: «El cielo ha contemplado siempre muy gratamente el celo de los hombres, y todas las reglamentaciones han sacado fruto de la devoción. Hombres y obras impías han suscitado por todas partes acontecimientos acordes con las circunstancias. Las historias paganas —prosigue— reconocen la dignidad, el orden y la justicia de los prodigios y de los oráculos que les benefician y sirven a sus fabulosas religiones».

Eso es algo que los cristícolas más escrupulosos no pueden negar, ya que el propio Jesucristo dijo expresamente a sus discípulos: «Entonces, si alguien os dice que el Mesías está aquí o allí, no le hagáis caso. Surgirán falsos mesías y falsos profetas, que harán portentos y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos» (Mateo, 24,23).

Si esto es así, resulta claro y evidente que las supuestas revelaciones y los supuestos milagros a los que se quiere otorgar tanta autoridad en materia de religión carecen de peso y no bastan para probar verdad alguna. Pues el hecho de que nos los podamos encontrar en todas las religiones y sectas constituye una señal evidente de que no provienen de la omnipotencia de Dios y, por consiguiente, no se pueden tomar como pruebas suficientes. Porque no resulta creíble que un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente hubiese podido querer transmitir su omnipotencia a los impostores ni hacer milagros para confirmar o favorecer los errores y mentiras que se encuentran en todas las falsas religiones. Y si se quiere sostener que no va contra la bondad ni contra la prudencia de un Dios infinitamente perfecto el hecho de que hubiese podido transmitir una parte de su omnipotencia a los impostores, o que hubiese podido hacer milagros para favorecer el error y la mentira, como parecen atestiguar las supuestas Sagradas Escrituras cuando dicen que Dios puso el espíritu de la mentira en la boca de los 400 profetas de Acab (2 Crónicas, 18,22), o cuando dicen asimismo que «el Inicuo se presentará, por virtud de Satanás, con toda clase de milagros, señales y falsos prodigios; con toda clase de fraudes inicuos para los que se

pierden porque no aceptaron para salvarse el amor a la verdad. Por eso les envíará Dios un poder seductor que los haga creer la mentira; así serán juzgados los que, en vez de creer la verdad, prefirieron la injusticia» (2 Tesalonicenses, 2,9-12), si se quiere sostener, digo, que hacer milagros y prodigios en favor del error y la mentira no va contra la bondad y sabiduría de un Dios todopoderoso, mi conclusión es todavía más firme. Porque no pueden constituir pruebas de certeza cosas como los milagros y las revelaciones, pues pueden utilizarse lo mismo en favor de la verdad que de la mentira.

Y si no constituyen pruebas fehacientes de autenticidad, no se puede decir entonces que Dios esté dando a conocer suficientemente sus deseos a través de medios como éstos. Y si no los está dando a conocer suficientemente a través de este tipo de medios ni de ningún otro que resulte incuestionable, nos encontramos ante una prueba inequívoca de que no existe ningún ser divino que quiera que los hombres le adoren y le sirvan. Porque sería completamente contrario, como he dicho, a la bondad y la prudencia infinita de un Dios todopoderoso, pretender que los hombres le amen y sirvan sin haberles dado a conocer de manera innegable y suficiente sus intenciones y deseos.

Al verse acuciados por la fuerza de este argumento, como los deícolas no pueden negar tampoco que ha habido una enorme multitud de falsos profetas y falsos milagros, se ven obligados a decir que Dios no da a conocer sus deseos a los hombres a través de los falsos profetas y los falsos milagros sino sólo a través de los verdaderos.

Pero resulta muy fácil poner de manifiesto la debilidad y vanidad de esta respuesta. Porque es una quimera suponer, como suponen, que hay más profetas y más milagros verdaderos que falsos, en el sentido en el que lo entienden los deícolas, ya que no ha habido ningún profeta que haya sido realmente inspirado por Dios y enviado por él, ni tampoco hay milagros que hayan sido realizados por un poder sobrenatural y divino. No, no se puede creer ni tampoco conjeturar que haya habido nada de eso, a la vista del elevado y prodigioso número de impostores y de imposturas que han existido y a la vista del prodigioso número de mentiras, errores, quimeras e imposturas que encierran estos presuntos milagros y los relatos que se hacen de ellos. De tal manera que hay razones más que suficientes como para contemplar a los supuestos profetas en su conjunto como a unos auténticos impostores, unos burlones, unos fanáticos y unos visionarios desde el mismo momento en que aseguran que es Dios el que les envía e inspira. Se puede asegurar que no hay nada sobrenatural en los supuestos milagros que algunos aseguran haber visto.

Con esto no quiero negar en absoluto lo que se dice acerca de determinados acontecimientos y prodigios extraordinarios que se han podido ver en el pasado y que podrían verse ahora o en un futuro, ni quiero negar tampoco lo que se dice acerca de personajes extraordinarios que habrían recibido de la naturaleza algún don especial o

habrían hecho algo extraordinario y sorprendente. Puedo creer que hay algo de verdad en ello, no me cuesta ningún esfuerzo reconocerlo. Lo que digo es que todos esos prodigios y supuestos milagros, y todo cuanto de maravilloso y sorprendente hayan podido realizar determinados personajes, no son más que una serie de efectos naturales producidos por unas causas puramente naturales y humanas, y que sólo parecen sobrenaturales y milagrosos porque concurren en ellos de manera extraordinaria determinadas causas o determinados esfuerzos extraordinarios realizados por la naturaleza, que algunas veces parece superarse a sí misma. A menos que se deban a la industria, a la sutileza, a la habilidad o al artificio de determinadas personas que conocen determinadas virtudes secretas de la naturaleza, que saben aprovechar certeramente el momento y las ocasiones, o que saben hacer muy diestramente aquello que se proponen.

En efecto, hay razones para creer que la naturaleza, una excelente obrera que nos sorprende cada día con obras extraordinarias, está capacitada para realizar de vez en cuando prodigios extraordinarios. Y hay también razones para creer que existen individuos dotados de determinados conocimientos de las virtudes secretas de la naturaleza y que cuentan con la destreza necesaria, capaces de hacer cosas extraordinarias. Lo mismo se puede decir de esos prodigios y efectos extraordinarios que se suelen relacionar generalmente con la magia negra y diabólica. La mayor parte de las cosas asombrosas no son, en el fondo, más que mentiras, quimeras e imposturas, lo mismo que los falsos milagros de los que he hablado. Es de tontos creer todo lo que se dice acerca del poder de los supuestos magos. Porque son ellos mismos los que presumen de tener grandes poderes a fin de que los tontos y los ignorantes les admiren y les teman.

Y respecto a lo que son realmente capaces de hacer, si es que hay algo de maravilloso y sorprendente en lo que hacen, se debe a los efectos naturales producidos por determinadas virtudes naturales y secretas, a menos que se deban a la industria, la habilidad o la sutileza de quienes las hacen. Ocurre lo mismo con la magia supuestamente negra y diabólica que con la magia supuestamente santa y divina: tan falsas son la una como la otra. Por eso afirmo y sostengo que no hay profetas ni milagros que sean más verdaderos que otros. Y si suponemos que pudiese haberlos, como sostienen algunos, ¿qué señal llevarán o qué características tendrán los verdaderos profetas y los verdaderos milagros para que podamos distinguirlos de los que no lo son? ¿Cómo reconoceremos a los falsos profetas y los falsos milagros? Sobre todo porque los verdaderos y los falsos se parecen como dos gotas de agua, y también porque tanto los verdaderos como los falsos profetas utilizan el mismo lenguaje y dicen que han sido enviados por Dios y que Él les ha inspirado, lo cual quieren probar ¡con unos milagros supuestamente verdaderos! Es indudable que ni siquiera los propios deícolas pueden distinguirlos. La prueba está en que no han podido ponerse de acuerdo por consentimiento mutuo en que haya uno verdadero en todos estos miles de años en que se supone que existen los profetas. Por eso se han

dividido en tantos bandos opuestos, como podemos ver, que no reconocen como verdaderos más que a los propios, los que les han dado sus respectivas leyes y ceremonias, mientras tachan de falsos profetas e impostores a los que no pertenecen a su bando.

Por ejemplo Moisés, ese gran legislador egipcio del pueblo judío que hizo, según se dice, grandes prodigios en su tiempo y hablaba con Dios o Dios hablaba con él como quien habla con un amigo, según sus propias palabras, fue considerado por el pueblo judío como un gran profeta, como un profeta verdadero. Los judíos consideraron auténticos milagros sus sorprendentes actos, si es que fueron tal y como se dice que fueron. Sin embargo, los demás pueblos lo consideraron como un reconocido impostor, de la misma manera que consideraron sus milagros auténticas fábulas e imposturas. Hasta en su propio tiempo hubo algunos entre los suyos que quisieron disputarle ese honor, y eso pese a que todos lo consideraban un gran profeta. Como lo atestiguan las murmuraciones de su propio hermano Aarón y de su hermana María (Números, 12,1). Y como también lo atestiguan las protestas del pueblo al que iba guiando y, más concretamente, el levantamiento encabezado por Coré, Datán y Abirón, que fue secundado por 250 individuos de los más señalados, pues si le hubiesen tenido por un gran profeta no parece probable que se hubieran rebelado contra él, tal como hicieron, ni que le hubiesen opuesto resistencia (Números, 16,1-3).

Jesucristo el galileo, a quienes los cristícolas llaman divino Salvador y al que adoran como si fuese un verdadero Dios hecho hombre, fue considerado por los judíos como un fanático insensato y una miserable carne de horca. Ni siquiera los propios cristícolas pueden negar eso, ya que los primeros y más entusiastas de entre ellos fueron los que dijeron que aquel Jesucristo crucificado que mostraban al mundo y del que hablaban en sus prédicas era «escándalo para los judíos, locura para los paganos» (1 Corintios, 1,23). Al decir eso no parece que lo hicieran precisamente para reconocerle como un profeta verdadero ni por un Dios de verdad, encarnado y hecho hombre.

Mahoma el árabe, un profeta muy famoso en Oriente y considerado como el servidor más grande, más santo y más fiel de Dios, así como su mejor amigo, no es más que un insigne impostor para cristianos o judíos. Confucio es conocido y respetado en China como un legislador santo pero nadie lo considera así en ningún otro país del mundo; de hecho, en muchos de ellos ni siquiera conocen su nombre. Xaxa y Amida, a quienes tienen en Japón por dos auténticas divinidades, resultan desconocidos para el resto del mundo. Hubo dos grandes hacedores de milagros y prodigios —uno, Apolonio, de la ciudad de Tiana en Capadocia, y otro, un tal Simón, de la ciudad de Samaría—; pues bien, por más que alcanzaron mucha fama en Roma y otros lugares, y por más que al de Samaría le llamaron *la gran virtud de Dios*, en otras partes los consideraron, sin embargo, unos falsos profetas y unos impostores.

No estoy hablando de los miles de profetillas que en todo tiempo y lugar han querido hacer de profetas, como los supuestos profetas de Judea y Samaría, por ejemplo, o aquellos 450 profetas de Baal, que parecían más unos insensatos y unos fanáticos que personas prudentes. Tampoco estoy hablando de los supuestos profetas que tanto han dado que hablar en los últimos siglos, como, por ejemplo, Merlín en Inglaterra, Nostradamus en Francia, el abad Joaquín de Calabria, el piadoso Savonarola de Florencia y muchos más de la misma ralea, que no han hecho hablar de ellos más que en sus propios países y ni siquiera allí recibieron toda la aprobación que deseaban.

Puede verse, pues, de manera evidente que los deícolas y cristícolas, con todo lo quisquillosos que son en lo que se refiere a la gloria y el culto de Dios, no han conseguido ponerse de acuerdo para reconocer como verdadero ni siquiera a uno solo de esos supuestos profetas, ni tampoco ninguno de esos supuestos milagros; y el hecho de que no hayan podido ponerse de acuerdo para hacerlo, como he demostrado de forma más que suficiente, constituye una prueba cierta e irrebatible de que, aun cuando haya habido o haya podido haber algún profeta verdadero o algún milagro de verdad, son incapaces de distinguirlos de los que no lo son, es decir, son incapaces de distinguir los verdaderos de los falsos. Y si no pueden distinguirlos, carece de fundamento que se pongan a decir que Dios da a conocer sus deseos de manera suficiente mediante los verdaderos profetas y los verdaderos milagros que realiza a través de sus personas. Digo que es absurdo y carece de fundamento que lo digan, porque no se pueden poner de acuerdo para decir qué milagros son verdaderos y cuáles son falsos. Pues resulta imposible conocer la verdad de algo desconocido recurriendo a algo que tampoco se conoce, de la misma manera que es imposible aclarar algo que es oscuro recurriendo a algo que lo es todavía más, o intentar que algo sea cierto mediante el recurso a algo que es incierto.

Los idólatras deícolas seguro que me vienen con que sólo pueden ser considerados verdaderos profetas aquellos que viven muy santamente y hacen los mayores milagros, pero esta contestación no es menos vana que las anteriores.

En primer lugar, ¿quién puede opinar acerca de la santidad que hay en una vida determinada? No hay nada que engañe más que la apariencia exterior de santidad. Como dice Cristo, los lobos suelen disfrazarse de corderos y los vicios suelen disfrazarse de virtud. Por eso, los hombres se disfrazan con mucha frecuencia para engañar a los demás. Por eso, la apariencia de virtud que podría detectarse en algunos de esos supuestos profetas no constituye prueba alguna de que sean verdaderos enviados de Dios y verdaderos inspirados por él, y los demás no.

En segundo lugar, y por lo que se refiere a que puede haber milagros que son más importantes, más frecuentes o más admirables y sorprendentes que otros, he de decir que con eso no basta tampoco para saber si estamos ante unos milagros de verdad, ya que, como he dicho, en todos los campos, sea de las artes o de las ciencias, hay obreros y doctores más sabios, más hábiles, más diestros y más sutiles que otros. Por

eso mismo, entre los supuestos hacedores de milagros y prodigios —que, en el fondo, no son más que determinados efectos naturales producidos por determinadas causas naturales— puede haber algunos especialmente habilidosos, más diestros y más sutiles a la hora de representar su papel. Y así como entre los grandes políticos hay algunos que son más astutos, puede muy bien ocurrir que, entre los supuestos profetas, que son sólo unos impostores, unos burlones, unos visionarios y unos fanáticos, haya algunos más astutos y taimados que otros. Y si esto es así, y no hay nada que pueda probar lo contrario, no hay por qué admirarse si parece que hacen milagros más importantes que los demás.

Por otra parte, las circunstancias de tiempo y lugar que rodean a los supuestos milagros así como el tipo de personas que asisten a ellos pueden contribuir enormemente a que parezcan mayores o más importantes y admirables de lo que habrían sido en otras condiciones de tiempo y lugar y ante otras personas. Esto es indudable. Por eso no podemos distinguir a los verdaderos profetas y milagros de los falsos mediante ese procedimiento, por lo que no se puede decir que Dios dé a conocer sus deseos a los hombres verdadera y suficientemente.

Y esto es tan cierto que ni siquiera los propios cristícolas podrían rebatirlo porque Cristo prohibió tajantemente a sus discípulos que creyeran en lo que los supuestos profetas y hacedores de milagros y prodigios pudieran decirles por grandes y frecuentes que fuesen los milagros y prodigios que les vieran hacer: «Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos. Surgirán falsos mesías y falsos profetas, que harán portentos y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos. Mirad que os he prevenido» (Mateo, 24,11, 24-25). A partir de este testimonio claro y evidente del mayor profeta de los cristianos, pues no en balde lo consideran como su Dios verdadero y su divino Salvador, los mayores milagros no constituyen pruebas suficientes de veracidad, porque él mismo reconoce que los pueden hacer los falsos profetas, y de ahí que prohíba que se crea en ellos. No se puede afirmar, pues, que Dios ha dado y esté dando a conocer sus deseos a los hombres mediante esos supuestos milagros verdaderos. Porque no resulta concebible que pueda dar a conocer sus deseos a través de unos milagros que pueden ser hechos por impostores y asimismo mediante unos milagros en los que no se debe creer.

Y aunque se suponga que algunos determinados milagros se deben realmente a la omnipotencia de Dios, esos supuestos milagros sólo podrían ser tomados como pruebas por aquellos que los hubiesen visto hacer y fuesen testigos oculares. Para ello tendrían que estar seguros de la probidad de quienes los hubiesen realizado y tendrían que conocer asimismo las circunstancias particulares de los hechos, a fin de que pudiesen ser tomados por auténticamente milagrosos. Ya que si los propios testigos oculares no pudiesen llegar a conocer la probidad y honradez de quienes los hubiesen hecho, no podrían fiarse ni de sus palabras ni de sus actos. Y por otra parte, si no conociesen perfectamente todas las circunstancias particulares de esos supuestos hechos milagrosos, no podrían estar seguros y, por tanto, no podrían juzgar si se

trataba de hechos realmente milagrosos y sobrenaturales. Porque es indudable que, para conocer realmente un hecho determinado, hay que conocer las circunstancias que lo rodean. Porque con sólo añadir a un hecho una circunstancia extraña a él basta para que se convierta en un hecho completamente distinto al que se está examinando. De igual manera, basta con omitir una circunstancia o modificarla para que se convierta en un hecho completamente distinto al examinado. Por eso, si no se conocen realmente todas las circunstancias de un hecho supuestamente milagroso o si se lo observa desde circunstancias que no existen en él, no se puede propiamente juzgarlo ni real ni prudentemente. Y si, a pesar de eso, hay alguien que quiera emitir un juicio, quien lo haga se expondrá infaliblemente a caer en el error o a realizar un juicio falso. Hay motivos para pensar que muchos grandes personajes se han dejado engañar debido a esto, porque han tomado por milagrosos y sobrenaturales hechos que habrían tomado por naturales y corrientes si los hubiesen conocido bien o si no los hubiesen contemplado desde circunstancias que no concurrían en ellos cuando los conocieron gracias al relato hecho por otros.

Aunque quisiésemos suponer que ha habido alguna vez alguno de esos supuestos milagros, sólo constituirían pruebas de veracidad para quienes hubiesen visto cómo ocurrían, es decir, para aquellos que fuesen testigos oculares, tal como he dicho, y no para quienes no hubiesen estado allí y no fuesen testigos oculares. Y tendría que tratarse, además, de unos testigos oculares que tuviesen conocimiento pleno de todas las circunstancias, que es lo que se necesita para poder emitir un juicio con prudencia, como he señalado. Si esto es así, no se puede decir con certeza que Dios haya podido dar a conocer sus deseos a los hombres de esa forma, porque al haber tan pocos individuos que hayan podido asistir a esa clase de milagros conociendo y percatándose además de todas las circunstancias, resulta muy imprudente darles crédito. Digo *tan pocos* en comparación con todos los que no los habrían visto hacer. Hay, insisto, tan pocos que hayan visto hacer milagros y puedan haber conocido y observado todas las circunstancias que concurrieron en ellos, que no vale la pena casi ni hablar de ello. Pues bien, entre ese pequeño número de quienes asistieron a algún tipo de milagro hay todavía menos, o mejor dicho, no hay siquiera un solo individuo que pueda asegurar que conoce suficientemente la probidad y virtud de quienes los habrían hecho, ni pueda asegurar tampoco que conoce realmente las circunstancias concretas de esos supuestos milagros, como tendría que conocerlas para poder juzgar con prudencia. Hay tan pocos, digo, que conozcan realmente los hechos y puedan juzgarlos prudentemente, que sería una locura confiar en lo que dicen e imaginarse que un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente prudente habría podido dar a conocer sus deseos por vías tan oscuras y sospechosas, tan inciertas y engañosas como ésas. Sería incluso una locura pensar que un Dios infinitamente bueno e infinitamente prudente habría querido proceder de ese modo.

Pero habrá quien diga que, por mucho que haya habido muy poca gente que haya sido testigo ocular de milagros verdaderos, y por más que sean pocos los que hayan

podido conocer la probidad y santidad de quienes los hubiesen hecho, y por mucho que sean todavía menos los que hayan podido conocer las circunstancias que concurrieron en ellos, no por eso deja Dios de dar a conocer suficientemente sus deseos a los hombres. Porque, por pocos que sean los individuos honestos y con talento que hayan visto los milagros y conozcan la santidad de quienes los hicieron, bastan para dar fe, ante quienes no habrían visto nada, de que es verdad lo que han visto y conocido. De tal manera que quienes no hayan visto nada tienen la obligación de creer cuanto les digan los primeros, no en balde se hallan suficientemente informados de la veracidad de los hechos. Y como están completamente convencidos de que tienen que creer en lo que les han dicho los primeros, se ven obligados a comunicárselo, a su vez, a otros que, como ellos, tampoco hubiesen visto nada. Y estos últimos se lo transmiten a otros de la misma manera que se lo transmitieron a ellos. De esta forma, insistirán, el conocimiento de las verdades y los deseos divinos se transmite inmediatamente a un gran número de personas que los llevan de un lugar a otro, de país en país y de reino en reino, hasta que se conozcan en todas partes del mundo. Y de la misma manera que se transmite y, por decirlo así, se transporta de provincia en provincia y de reino en reino, se transferirá de siglo en siglo a todas las generaciones, por lo que los cristícolas pueden asegurar que Dios da a conocer suficientemente sus deseos a los hombres. De ahí que quienes no quieran plegarse a ellos carecen de argumentos para poder alegar que no los conocían, ya que se han dado a conocer en todo tiempo y lugar.

¡Qué ilusorio es suponer que todos los hombres conocen suficientemente los deseos de Dios porque se los habrían comunicado unos individuos a quienes Dios se los habría comunicado, o que se los habrían oído a unos santos profetas enviados por Dios que habrían ratificado lo que decían con multitud de milagros y hechos prodigiosos! ¡Qué ilusorio es, insisto, imaginar semejante cosa! ¡Qué es lo que no se podría hacer creer a la gente utilizando un subterfugio semejante! A nada que se diese eso por bueno, no faltarían los impostores que harían creer lo que quisiesen a cuantos desearan escucharles. Cualquiera podría decir, especialmente los que vinieran de lejos, que ha tenido revelaciones divinas apoyando con milagros forjados expresamente todas las mentiras que se les ocurriesen. Si bastara con contar que han tenido revelaciones o han hecho milagros para que la gente se viera obligada a creerles, ¿hasta dónde podríamos llegar? ¿Hasta admitir que quienes escucharon a esos charlatanes, que cuentan que han hecho milagros y han tenido revelaciones divinas, tienen que estar necesariamente obligados a creerles? ¿Tendrían que creer, por consiguiente, en la infinidad de mentiras e imposturas que se sueltan cada día como si fuesen las verdades más auténticas e importantes?

¡Cómo! A partir del hecho, por ejemplo, de que hubiera existido en Judea un hombre que aseguró que era el hijo de Dios, que hacía milagros y prodigios, ¿tendrían que creer en ellos no sólo todos los que los hubiesen visto sino también

todos los que no lo hubiesen hecho y viviesen en países muy distantes, y eso porque se lo habrían dicho unos desconocidos varios años o siglos después?

Hace más de 1.000 años que sucedió todo eso y a miles de leguas de numerosos pueblos, ¿y tienen que creer en ello quienes viven en esos pueblos lejanos sólo porque se lo digan unos desconocidos que dicen que actúan en nombre de la religión y para la salvación de sus almas? ¿Y tendría que ser condenada esa gente irremisiblemente a ser infeliz por toda la eternidad ardiendo en pavorosas llamas si no creyese ciegamente en lo que le dicen esos desconocidos? ¡Estáis locos, cristícolas, estáis locos de remate si pensáis eso de Dios!

A fin de mostraros vuestra locura voy a poneros un ejemplo. Supongamos que vienen a este país unos desconocidos procedentes del extranjero, unos bonzos de Japón o de China, por ejemplo, países que están a 2.000 o 3.000 leguas de aquí. Si esos sacerdotes extranjeros os dijeran en serio que habían venido de tan lejos movidos por el empeño en salvar vuestra almas, y para daros a conocer los misterios y las ceremonias de su religión supuestamente santa, comenzaran a contaros las maravillas que habría hecho el gran legislador Confucio, queriéndoos persuadir de que deberíais abandonar vuestra religión para uniros a la suya, la novedad os sorprendería. Pero si descubrierais en lo que os estuviesen contando que querían hacer que creyerais en misterios ridículos y absurdos, y que pretendían igualmente que practicarais ceremonias vanas y supersticiosas haciendo que adoraseis imágenes o ídolos cuya divinidad fuese falsa, ¿no os reiríais de semejantes tonterías y diríais que se trata de unos insensatos o de unos locos por haber venido de tan lejos y haberse expuesto a tantas penas y fatigas para deciros semejantes sandeces? Tendríais toda la razón en decirlo, porque sería una locura venir de tan lejos para exponerse a las burlas tanto hacia sus personas como hacia sus supuestos santos misterios. Y caeríais vosotros también en la locura si pensarais que estabais obligados a creer en lo que os dijeran acerca de las maravillas de su Dios y de la presunta santidad de su religión. Estoy convencido de que no sois tan tontos como para pensar que tendríais que haber dado crédito a lo que os dijeran.

Reconoced, pues, que también incurrís en el error creyendo que lo que os dicen los cristícolas proviene de Dios. Incurrís en el error de creer que todos los pueblos de la Tierra tienen que creer en lo que les digan vuestros sacerdotes amparándose en que lo hacen para darles a conocer los deseos de Dios. Y si es una locura que vinieran los bonzos de China o los sacerdotes mahometanos, chinos o japoneses para convenceros de que, para salvaros, tenéis que creer necesariamente en el santo profeta Mahoma o en el legislador Confucio, y que tenéis también que observar los preceptos y ceremonias de religiones supuestamente santas, no es menos locura que haya sacerdotes y misioneros que vayan, como van, a países tan lejanos exponiéndose, con riesgo de sus vidas, a penurias y fatigas para convencer a los hombres de cosas tan ridículas y absurdas como las que les dicen.

Es completamente ilusorio, como digo, sostener que los hombres se hallan completamente al tanto de los deseos de Dios a partir del momento en que determinados conocidos o desconocidos les digan que Dios se los ha revelado o que se los reveló a otros que los oyeron y se los han transmitido. Digo que es completamente ilusorio imaginarse algo así porque conocer los deseos de Dios no consiste en creer ciegamente en lo que digan algunos. Y como los hombres, pertenezcan a la religión que pertenezcan, sólo pueden creer en lo que les digan unos embusteros, unos burlones y unos ignorantes, y han de creer en ello ciegamente, es indudable, y también evidente, que no se puede decir con mínimas garantías de verdad que Dios esté dando a conocer suficientemente sus deseos a los hombres por esa vía.

Y si las personas se encuentran adscritas a una secta o una religión determinada, sea por nacimiento o por educación o por cualquier interés determinado o por la coyuntura o consideración que fuese, no es porque conozcan mejor los deseos de Dios sino porque creen ciegamente en lo que les han dicho. Por eso los hombres son cristianos, mahometanos, judíos o paganos, porque han nacido o se han criado en el cristianismo, el judaísmo, el mahometismo o el paganismo. Por lo que se refiere a nosotros, los cristianos «somos —como dice el señor de Montaigne— calvinistas, luteranos o católicos romanos igual que somos franceses, españoles, alemanes, ingleses, flamencos o perigurdinos. Un nacimiento distinto, otra educación u otras circunstancias de compromiso, de honor o de interés u otras coyunturas determinadas nos habrían hecho tomar otro partido y nos habrían impreso otros sentimientos y creencias con las mismas promesas de premio y las mismas amenazas de castigo» (*Ensayos*, II, 12).

De ahí que resulte claro y evidente que no existe ninguna divinidad que dé a conocer sus deseos de forma suficiente. Y no sólo no hay ninguna divinidad que dé a conocer suficientemente sus deseos a los hombres, sino que no hay ni una sola que se dé a conocer ella misma a los hombres de manera suficiente. Lo cual prueba de forma evidente que está fuera de lugar todo cuanto quieran decirnos los deícolas y los cristícolas acerca de que Dios se da a conocer, no sólo suficientemente sino también evidentemente, mediante las obras admirables que aseguran que Dios habría creado, por lo que bastaría ver el cielo y la tierra para convencerse de que existe un Dios todopoderoso que los ha creado. Cielos y tierra, dicen, muestran de forma manifiesta la grandeza, la gloria, el poder y la bondad infinita de quien los ha creado, que no es otro que un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto: «Los cielos proclaman la gloria de Dios, pregona el firmamento la obra de sus manos» (Salmos, 18,1).

«No puedo abrir los ojos —dice monseñor Fénelon, arzobispo de Cambray, en su libro *Traité de l’Existence de Dieu*—, no puedo abrir los ojos sin admirar la maestría que se manifiesta en la naturaleza entera. El más simple vistazo basta para percibir la mano que ha hecho todo». Pero es evidente que se trata de una prueba completamente falsa y absurda, ya que si la extensión, la belleza, la variedad y la multitud de cosas

que hay en la naturaleza nos mostraran de manera manifiesta la existencia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto, nadie, como he dicho, podría negar y ni siquiera dudar de la existencia de ese ser infinitamente perfecto, porque todos los hombres que ven de forma manifiesta el orden, la belleza, la grandeza y la excelencia de todo lo que de más bello, más admirable y más perfecto hay en la naturaleza, se convencerían inmediatamente de la realidad de su existencia.

Sin embargo, hay un gran número de personas, sin contar a los que niegan la existencia de Dios o la ponen en duda, digo que hay una gran cantidad de personas sensatas e ilustradas, incluso entre los deícolas, que reconocen y confiesan ingenuamente que la belleza y la perfección de la naturaleza no prueban de forma manifiesta que exista un Dios infinitamente perfecto. Y tienen razón al admitirlo y confesarlo, porque la razón natural demuestra que todo lo que hay de bello, perfecto y admirable en la naturaleza se puede conseguir por las leyes naturales del movimiento y por la diferente configuración de las partes de la materia, que se hallan dispuestas, unidas, modificadas y combinadas de forma diversa en toda esa clase de seres que constituyen lo que denominamos mundo, como quiero hacéroslo ver más ampliamente a continuación. Y con ello no quiero disminuir la belleza, la excelencia y el orden admirable que podemos ver en todas las cosas naturales del mundo, aspectos que los deícolas exaltan con grandes y pomposos discursos cuando les interesa probar la omnipotencia y la sabiduría infinita del Dios que las habría supuestamente hecho, mientras que en otros momentos las injurian, y contemplan esas obras como cosas trasnochadas y frívolas al decir, como dicen, «¡vanidad de vanidades, todo es vanidad!» (Eclesiastés, 1,2). Porque no es hacer honor a un obrero decirle que todo cuanto ha hecho no es más que vanidad. Y no hay obrero bueno que no se sentiría ofendido si despreciaran sus obras, porque sería además una injuria hablarle de ellas con desprecio. Y sin embargo, es la injuria que hacen los cristícolas a Dios sin darse cuenta cuando dicen, como tienen por costumbre, que todo es vanidad y nada más que vanidad. Lo digo sólo de pasada para poner de manifiesto que no todo lo que dicen los cristícolas está de acuerdo con sus propios principios y con sus propios sentimientos.

77

Bajo la dirección de un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente prudente no habría ninguna criatura defectuosa, viciosa ni desdichada

Vuelvo a mi asunto y digo que, lejos de querer disminuir la belleza, la excelencia y el orden admirable que se puede observar en todas las cosas de la naturaleza, querría más bien exaltarlas, si pudiese, y hacerlas admirar tanto como se merecen puesto que yo las admiro tanto como pueden admirarlas algunos deícolas.

Las admiro, digo, en tanto que obras de la propia naturaleza y no en tanto que obras de un Dios todopoderoso. Ya que si considerase esto último dejaría inmediatamente de admirarlas porque, por admirables que sean en sí mismas, no las encontraría lo bastante perfectas como para haber salido de la mano de un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, a la vista de las imperfecciones e incluso de los vicios y deformidades existentes en la mayor parte de las cosas de la naturaleza, y eso de forma evidente. Por no mencionar los accidentes a los que están sujetas.

Acepto que los deícolas exalten cuanto quieran, y amplifiquen cuanto les plazca, la belleza, la excelencia, el orden y el artificio que hay en las cosas visibles de este mundo. Pero, por otro lado, también tienen que admitir y confesar que son muy frágiles y defectuosas y que las que están dotadas de vida se ven expuestas a muchas desdichas y sufrimientos. Pues bien, yo por mi parte declaro que todo lo que hay de bello y admirable en la naturaleza no demuestra la existencia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto, pues así lo prueba el simple hecho de que pueda existir el mal, por pequeño que sea. La razón más evidente la constituye el hecho, como he dicho, de que lo que hay de bello y admirable en la naturaleza se puede conseguir mediante la intervención de las meras leyes y fuerzas de la propia naturaleza, pero también la constituye el hecho de que si, como dicen los deícolas, todo proviniese de la mano todopoderosa de un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio, las criaturas no tendrían el menor vicio ni defecto y ningún ser viviente sufriría daño alguno. Por eso, la muerte, las enfermedades, las dolencias y, con mayor razón, los vicios y las maldades y todo lo que, en general, puede hacer que una criatura se vuelva viciosa, defectuosa o desgraciada, demuestran que no existe una divinidad capaz de impedir todos esos males.

Y aunque la muerte y el mal se diesen sólo en las moscas, las arañas o las lombrices que aplastamos con los pies, bastaría con eso para demostrar que no son la obra de un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, porque, si fuesen obra suya, velaría indudablemente por su bien y su conservación, preservándolas sin duda de todo mal. ¿Se puede pensar siquiera que un Dios

infinitamente bueno e infinitamente sabio pudiese disfrutar haciendo y modelando esas viles criaturillas sólo para verlas sufrir y para ver cómo las aplastamos con el pie? Eso sería indigno de la omnipotencia y de la bondad infinita de un Dios que podría preservarlas fácilmente de todo mal y procurarles fácilmente todo el bien que conviniera a su naturaleza. En otro tiempo hubo un emperador romano, Domiciano, que entre los muchos vicios que tenía se jactaba de uno que consistía en atravesar moscas con un punzón, ejercicio con el que se divertía y en el que se mostraba muy habilidoso (*Dictionnaire Historique* de Moréri). Censurar a este emperador por ocuparse en un placer tan vano y ridículo fue algo muy acertado, porque esa conducta deplorable no era más que un indicio o barrunto de la maldad y crueldad de su alma. ¿Nos atreveríamos a pensar o, como mínimo, a imaginar que un placer como ése pudiese resultar acorde con la soberana majestad, la soberana omnipotencia y la suprema bondad de un Dios que hubiese creado las moscas, las arañas y las lombrices para verlas sufrir y ver cómo las aplastamos con el pie? De ninguna manera. Repugna por completo a la suprema e infinita perfección de un Dios que hubiese podido hacer muy fácilmente que esas criaturas fueran dichosas y perfectas, cada cual según su naturaleza y especie. Es de suponer que no habría ninguna criatura desgraciada ni tampoco ninguna que estuviese mal hecha o fuese defectuosa y sufriese según su especie, si hubieran sido creadas por un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio. Lo podría confirmar la máxima del gran mirmadolín de san Agustín, que dice literalmente que bajo la férula de un Dios justo y todopoderoso no habría ningún ser infeliz y desdichado, a menos que lo hubiese merecido. Es el sentir mismo de la Iglesia romana cuando en la oración del primer viernes de Cuaresma dice que «ninguna adversidad le será nociva a quien no se deje dominar por la iniquidad».

Diré más, bajo la férula de un Dios justo y todopoderoso no habría ninguna criatura que mereciese o hubiese merecido ser desdichada, porque la propia bondad, la propia sabiduría y la propia omnipotencia del Dios que hubiese creado cada criatura completa y perfecta con arreglo a su especie habría velado también, como he dicho, por conservarlas siempre en el mismo estado de perfección y habría impedido que fuesen miserables y desdichadas. Y respecto a la afirmación de que bajo la férula de un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, sólo habrían sido desdichadas las criaturas que lo hubiesen merecido, hay que decir que bajo la férula de un Dios todopoderoso ninguna criatura sería desdichada, porque no podría haber nada que le hubiese hecho merecer ser desdichada, pues el Dios que habría velado, como he dicho, porque las criaturas fuesen creadas perfectas, habría hecho y haría que se conservasen completas y perfectas. De tal manera que, si los hombres hubiesen sido creados por un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio, como dicen los cristícolas, en un estado de perfección completo tanto por lo que se refiere al cuerpo como por lo que se refiere al alma, y hubiesen sido creados igualmente en un estado de inocencia y santidad para ser felices tanto en el cielo

como en la tierra, no les habría privado nunca del auxilio de su divina providencia ni del auxilio favorable de su divina perfección y no hubiese permitido que cayeran en el vicio o el pecado. Porque un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio no habría abandonado ni abandonaría jamás a quienes hubiese creado para un fin tan excelso, antes al contrario, los habría amado y favorecido con la gracia de su amistad. Esto es lo que dicen los propios cristícolas en la oración del segundo domingo después de Pentecostés: «Su providencia no abandona nunca a aquellos a quienes ha situado en la solidez de su amor». Por consiguiente, ni los hombres ni criatura alguna habrían sido desdichados y no habrían podido hacer nada para merecer ser desdichados bajo la dirección y guía de un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio.

Cosa que podría ser confirmada por el propio testimonio de las supuestas Sagradas Escrituras de los cristícolas, que dicen literalmente que Dios suscribirá una alianza con los hombres, los animales del campo y los pájaros del cielo, es decir, con todas las criaturas vivientes, prometiendo mediante esa alianza poner fin a todos sus males y penas para que vivan en un suave reposo y en una dulce felicidad (Oseas, 2,18).

Por eso también esos libros dicen que Dios despojará a su pueblo de la iniquidad para instaurar justicia perenne sobre la tierra (Daniel, 9,24), y que ninguna criatura hará daño a otra, los niños jugarán con las bestias feroces, y el lobo y el cordero, el león y el buey, la serpiente y el pájaro, vivirán juntos pacíficamente y pastarán en paz unos al lado de otros (Isaías, 11,6, 65,25), de tal manera que ya no se oirá decir que ninguno ha dañado a otro.

En esos libros se dice igualmente que ya no habrá iniquidad sino que los hombres serán santos y justos. Y también que «me glorificarán las fieras salvajes, chacales y avestruces, porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi elegido» (Isaías, 43,20). En conformidad con todo lo dicho, otro pasaje de esos libros dice que «morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado (Apocalipsis, 21,3-4). "Dios vendrá manifiestamente» (Salmos, 49,3).

De acuerdo, pues, con todos estos testimonios, resulta claro y es evidente que bajo la autoridad, la providencia y la dirección de un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio no debería de haber mal de ningún tipo en el mundo y ninguna criatura debería ser desdichada ni viciosa ni debería tener ningún defecto, porque todas procederían de la mano todopoderosa del Dios soberanamente perfecto que las habría creado, que de ninguna manera habría querido hacer nada que fuese malo o defectuoso. Pero lo que hay que subrayar especialmente en esos testimonios que acabo de citar, ofrecidos por las supuestas Sagradas Escrituras de los cristícolas, es que, desde el momento mismo en que dicen que Dios hará cosas nuevas y las pondrá en mejor estado de aquel en que se encuentran —quitándoles cuanto

tengan de vicioso o defectuoso, desterrando la muerte, los dolores y todo aquello que pueda resultar nocivo para las criaturas o causarles daño—, están reconociendo que podrían haber sido mejor hechas y dirigidas de lo que lo fueron, o bien que no fueron bien hechas al principio ni estuvieron bien dirigidas. Ya que, si hubiesen estado bien hechas y dirigidas desde el comienzo, y hubiesen sido perfectas, no habrían necesitado reforma alguna de esas que tanto comentan los supuestos santos profetas y de la que se enorgullecen vanamente los cristícolas, porque si las hubiese hecho un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio, las habría creado con todas sus perfecciones y en el orden en que deberían estar. Pues no cabe pensar que un ser infinitamente perfecto hubiese podido ser más sabio, más hábil y más precavido en un tiempo que en otro, ni que hubiese podido preferir hacer mejor las cosas una segunda vez que la primera. «Sabemos —dice el autor de los *Entretiens eclésiastiques*— que, al estar Dios lleno de una santidad y sabiduría infinitas, tuvo que conferir inevitablemente a todas sus obras la perfección que precisaban para ser plenas y completas. Dios no hace nada a medias y no puede haber vacío en sus obras, todas tienen necesariamente la perfección y la plenitud de santidad y mérito que son capaces de tener» (segundo domingo de Pentecostés, tomo III, pág. 403).

Al mismo tiempo, pues, que los deícolas reconocen que las cosas visibles de este mundo necesitan una reforma, porque tienen vicios y son defectuosas y porque, para aquellas que están vivas, la obligación de morir así como la de padecer sufrimientos, enfermedades y demás miserias de la vida representa un mal, al mismo tiempo, pues, que se enorgullecen, aunque vanamente, claro está, de que muy pronto se verán en un estado más perfecto, libre de vicios, defectos e imperfecciones, en el que no padecerán mal alguno y estarán libres de dolores y aflicciones, al mismo tiempo que reconocen esto, tienen que admitir que las cosas no fueron hechas desde el principio en el estado y la perfección que tendrían que haberles resultado más convenientes. Y por tanto, tienen que admitir que no han sido hechas por la mano de un Dios infinitamente perfecto porque, de lo contrario, las habría colocado en el estado de perfección más conveniente para ellas desde el principio y habría hecho todo lo necesario para conservarlas en el mismo estado una vez las puso en él. Y como nunca se ha visto ni se ve ahora que alguna divinidad haya cumplido una promesa tan hermosa como la de reformar o reparar ventajosa y completamente y de la manera más deseable posible las cosas visibles de este mundo —pese a que hayan transcurrido varios miles de años desde que se hizo esta promesa—, nos encontramos una vez más ante una prueba manifiesta de que no proviene de divinidad alguna, como pretenden los cristícolas. Más bien estamos ante una promesa que, o bien proviene de determinados impostores, quienes, a fin de engañar a los hombres y mantenerlos en el error dándoles además falsas esperanzas, se hacen pasar por Dios, por un Dios todopoderoso, de manera temeraria e insolente imitando su voz y sus promesas, o bien proviene de unos insensatos y fanáticos que toman sus sueños, sus imaginaciones o sus ensoñaciones por revelaciones divinas. De donde saco la

consecuencia de que las cosas visibles de este mundo no tendrían ningún vicio ni defecto, y que las cosas vivas no sufrirían daño alguno ni dolor si hubiesen sido hechas por la mano todopoderosa de un Dios soberanamente perfecto que, además, las habría dispuesto correctamente.

Como podemos ver de manera manifiesta que las cosas de este mundo tienen vicios y son defectuosas, y que las que están dotadas de vida se hallan en la desdichada necesidad de morir y padecer infinidad de males, enfermedades, dolores y miserias para acabar sufriendo la muerte con dolor, nos hallamos ante la prueba manifiesta de que no las ha hecho la todopoderosa mano de un ser soberanamente perfecto. Por consiguiente, tengo razón cuando digo que todo lo que hay de hermoso y admirable en las cosas visibles de este mundo no demuestra la existencia de un Dios todopoderoso con tanta rotundidad como el hecho de que exista el mal, por pequeño que sea, demuestra que tal Dios no existe. Porque de la misma manera que podemos admitir que el azar puede conseguir a veces algo bello, bueno y perfecto, no podemos admitir que un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto pueda consentir ni tolerar que haya ningún mal ni ningún defecto en sus obras.

Los cristícolas intentan parar la fuerza de este argumento diciendo que Dios no quiere cumplir ni ahora ni en este mundo sus halagüeñas promesas acerca de la reforma general y universal de sus criaturas, sino que procederá a ello al final de los tiempos y será en el cielo donde se cumplirán felizmente sus divinas promesas en aquellos que le hayan servido fielmente en esta vida. Pero, además de que esta respuesta y esta interpretación de las mencionadas promesas son claramente contrarias al verdadero sentido de los libros que tratan de ellas, declaro que es burlarse o querer que se burlen de uno situar el cumplimiento de las promesas de Dios en una vida puramente imaginaria, en un tiempo que no llegará jamás y en un lugar al que nadie puede ir para volver a contarnos cómo es. Es un error y una ilusión ridícula trasladar a semejante tiempo y a semejante vida el cumplimiento de las promesas literales de Dios, suponiendo que provengan de él.

¿Quién es el embustero? ¿Quién el burlón? ¿Quién el impostor? ¿Quién no podría decir lo mismo? ¿Quién es el impostor o el burlón? ¿Habría alguien que no pudiese hacer unas promesas similares? No hay nadie que no pueda decir o prometer lo mismo. Con esto debería bastar para poner de manifiesto la vanidad de semejantes promesas, la inepcia de quienes ofrecen semejantes interpretaciones y la locura de quienes cifran en ellas sus esperanzas. Todo esto muestra de manera evidente que no hay ninguna divinidad y que todo cuanto se dice son sólo mentiras, ilusiones e imposturas.

Más que decir que la existencia invisible de Dios se da a conocer de forma manifiesta mediante las cosas visibles de este mundo, como pretenden los deícolas, hay que decir, por el contrario, que las cosas visibles ponen de manifiesto que no hay nada de eso, porque no podrían ser tan defectuosas ni tener tantos vicios ni estar tan

mal dispuestas como están si fuesen realmente obra de un Dios todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio.

Y esto lo confirma una vez más, y de manera muy clara, la falta general de providencia observable en los asuntos que dependen del azar y la fortuna, pues podemos ver que no los dirige ni gobierna una inteligencia soberanamente perfecta, ya que vemos a diario cómo las cosas van y vienen sin razón alguna, sin obedecer ninguna regla, y ocurren sin que se produzca ninguna distinción entre el bien y el mal y sin ningún discernimiento de mérito, justicia o equidad natural.

Sí, lo vemos a diario; nadie puede negarlo. Y ni siquiera se puede negar que es materia de escándalo para los hombres, ya que se sirven de ello para ser cada día más viciosos y peores. Como lo atestiguan los libros supuestamente santos de los cristícolas que lo señalan expresamente: «Una misma suerte toca a todos —dice el Eclesiastés: al inocente y al culpable, el puro y al impuro, al que ofrece sacrificios y al que no los ofrece, al justo y al pecador, al que jura y al que tiene reparo en jurar. Esto es lo malo de todo lo que sucede bajo el sol: que una misma suerte toca a todos. El corazón de los hombres está lleno de maldad: mientras viven piensan locuras y, después, ¡a morir! Otra cosa —prosigue el autor– he observado bajo el sol: no ganan la carrera los más veloces, ni los más valientes la batalla; no es el pan para los sabios ni la riqueza para los inteligentes ni la estima para los expertos, sino que siempre se tercia la ocasión y la suerte» (Eclesiastés, 9,2-3, 11). Si quien dirige y gobierna las cosas naturales y humanas fuese un ser inteligente y soberanamente perfecto, no dejaría que anduviesen al azar sino que las dirigiría con justicia y prudencia. Y como no parece que haya justicia ni sabiduría alguna, ni tampoco la menor inteligencia en los acontecimientos y sucesos naturales, sino que ocurren al azar, nos encontramos ante la prueba innegable y evidente de que las cosas no las dirige una inteligencia perfecta.

Pero habrá quien diga que esas cosas que atribuimos al azar y que provendrían únicamente del azar emanan, en realidad, de la divina providencia, que es quien rige realmente el azar y hace que la suerte caiga donde quiere y como quiere. Sólo que eso no se sustenta en ninguna base, puesto que, como el azar no se atiene a ninguna regla y sigue ciegamente su camino, sin distinción de causa ni de sujeto y sin hacer tampoco ninguna distinción de tiempo, lugar o persona, no necesita que lo dirija ninguna inteligencia suprema para ir a tontas y a locas. La prueba de que no necesita de esa supuesta dirección la constituye el hecho de que no dejaría de actuar como actúa aunque supusiésemos que no lo dirige ningún tipo de inteligencia, quiero decir que avanzaría de la misma manera, ciegamente y sin hacer caso de nada.

Por otra parte, decir que una inteligencia suprema dirige tan mal sus obras, dado que en este proceder no hay prudencia ni sabiduría ni justicia, representaría una injuria hacia ella. Por tanto, no se puede sostener que las cosas que se hacen o suceden por azar están dirigidas por una inteligencia soberana, pues ni siquiera las cosas más ordenadas y constantes en sus movimientos y efectos están dirigidas por

ese principio. No, no vemos realmente que haya nada parecido a la providencia sino que, por el contrario, vemos que las cosas siguen ciegamente su curso ordinario sin saber hacia dónde van ni qué hacen.

Así, por ejemplo, el agua sigue natural y constantemente la inclinación del lugar donde se encuentra. Sigue su curso ciegamente y empapa todo lo que encuentra a su paso. De igual manera, la llama tiende siempre a elevarse y quema ciegamente todo el combustible que encuentra. Así, el sol y los astros siguen constante y regularmente su curso ordinario y brillan e iluminan el mundo ciegamente con sus luces. Así, los animales y las plantas producen natural y regularmente los frutos que les son propios según el tiempo y la estación, de acuerdo con su especie respectiva. Así, las demás cosas naturales actúan como actúan.

No se puede decir que las cosas que acabo de señalar lo hagan intencionadamente, ya que las cosas inanimadas se mueven sin saber que se mueven y actúan sin saber que actúan. Tampoco puede decirse que los animales engendran y producen a sus semejantes movidos por un principio de conocimiento, ya que no saben ni cómo se forma la parte más pequeña de su cuerpo, lo que no impide, sin embargo, que puedan conseguir que se formen todas sin pensar en ello.

Así pues, las cosas de todo tipo se mueven ciegamente y actúan ciegamente sin seguir una pauta ni tampoco un orden en sus movimientos ni en las consecuencias de éstos. Y ésa es la razón por la que hay causas necesarias que producen regular y necesariamente los mismos efectos, pues existe una relación y una conexión natural y como necesaria entre causa y efecto, mientras que también existen causas contingentes que no producen los mismos efectos regularmente, tanto porque no guardan ninguna relación natural ni necesaria con sus efectos como porque ese tipo de efectos depende de diversas causas, o de diversas circunstancias atinentes a las causas, que no coinciden siempre en el mismo tiempo ni en el mismo lugar sino que únicamente coinciden por casualidad y fortuitamente. Y como todas esas causas se mueven y actúan ciegamente en todo lo que hacen, por eso producen sus efectos sin distinción de tiempo ni de lugar y sin prestar atención al bien o al mal que puedan producir.

Decir que las cosas están dirigidas en sus movimientos y en la producción de sus efectos por una inteligencia suprema es una mera ilusión, una pura ficción del entendimiento humano. Se trata de una afirmación que no está fundada en ninguna razón válida, ya que vemos claramente que todo eso puede deberse a la fuerza motriz de la materia, que se mueve por sí misma y actúa ciegamente en todas partes sin saber qué hace ni cómo lo hace. Como ocurre con el fuego, del que acabo de hablar, que quema indiferentemente del combustible que encuentra sin saber que arde y sin saber lo que quema y que, lo mismo que endurece el barro, reblandece la cera, pone al rojo el hierro y ennegrece la chimenea.

Lo que estoy diciendo acerca de la fuerza motriz de la materia, que se mueve y actúa ciegamente, lo podemos ver a diario de manera evidente y no hay nadie que no

lo pueda ver.

Lo que no vemos realmente es que haya una inteligencia suprema dirigiendo todas las cosas, que es lo que dicen los cristícolas. Hablan de algo que no ven y tampoco conocen, de algo que nadie ha visto ni conocido, y sin poder aportar ninguna prueba suficiente. Lo que muestra de manera evidente que no hay ninguna inteligencia suprema que gobierne el mundo ni las cosas que están en él y, por tanto, que no hay divinidad alguna que se dé a conocer lo suficientemente a los hombres ni que les dé a conocer sus deseos de forma suficiente.

Si la hubiese, no podría evitar darse a conocer a los hombres de manera suficiente, como acabo de demostrar con unos cuantos argumentos, mediante los testimonios innegables de su omnipotencia, su justicia, su bondad y su sabiduría infinitas, que no podrían tolerar ni permitir que existiese en sus criaturas ningún vicio, ninguna injusticia, ningún mal, ninguna miseria ni ningún desajuste. Antes bien, después de haber creado a los diferentes seres en el estado de perfección que les correspondiese de acuerdo con su naturaleza, los mantendría en la dirección correcta gobernándolos con prudencia, bondad y justicia, sin abandonarlos, como así ocurre, al capricho incierto del azar ni a las fatales leyes de una necesidad ciega.

Para responder a estos argumentos, los cristícolas insistirán, por un lado y como ya he dicho, en que la propia belleza, la excelencia, el orden, la variedad de tantas y tan admirables y hermosas cosas que podemos ver en el mundo nos muestran de forma manifiesta que sólo pueden provenir de la omnipotencia de un Dios infinitamente perfecto, porque no puede ser que semejante cantidad de cosas tan hermosas como admirables hayan podido hacerse a sí mismas ni que puedan deberse a una jugada del azar o al concurso fortuito de los átomos o partes de la materia.

«No puedo abrir los ojos —decía el famoso monseñor Fénelon, arzobispo de Cambray— sin admirar la maestría que se manifiesta en la naturaleza entera. El más simple vistazo basta para percibir la mano que ha hecho todo. La naturaleza entera muestra la maestría infinita de su autor… etc. Pues bien, sostengo —dice— que el universo lleva la impronta de una causa infinitamente poderosa, y sostengo —prosigue— que el azar, es decir, el concurso ciego y fortuito de causas necesarias privadas de razón no puede haber formado todo. ¿Quién puede creer que la *Ilíada* de Homero, ese poema tan perfecto, no fue compuesta en un arranque del genio de un gran poeta sino que una jugada del azar, como si fuese el lanzamiento de un dado, habría conseguido que los caracteres del alfabeto, lanzados de cualquier manera, se agruparan de la forma necesaria para describir, en versos llenos de armonía y variedad, unos acontecimientos que habrían sido, a su vez, perfectamente ordenados, y que cada detalle fuera pintado de forma agradable, noble y conmovedora, haciendo, por último, que cada persona hablase, de acuerdo con su carácter, de una manera tan ingenua y apasionada? Se razone como se razone o se quiera ser tan sutil como se quiera, no se podrá convencer jamás a ninguna persona sensata de que la *Ilíada* no tenga más autor que el azar. Ciceron decía que el azar no puede construir un solo

verso, por lo que mucho menos podrá construir un poema. ¿Por qué una persona sensata tendría que creer respecto al universo, que es algo mucho más maravilloso que la *Ilíada*, lo que no puede creer acerca de este poema?» (*Traité de l'Existence et des attributs de Dieu*, pág. 1 y ss).

Veamos otra comparación del mismo autor: «Si escucháramos en una habitación, detrás de una cortina, un instrumento agradable y armonioso, ¿diríamos que el puro azar, sin intervención del hombre, sería el que construyó el instrumento? ¿Diríamos que las cuerdas de un violín se habrían ido a colocar por sí solas encima de una madera cuyas piezas se abrían encolado también por sí solas para formar una cavidad con aperturas regulares? ¿Sostendríamos que el arco, construido sin arte, tocaría las cuerdas de forma tan diversa y justa empujado únicamente por el viento? ¿Qué espíritu razonable podría dudar en serio de que el instrumento lo estaba tocando con tanta armonía una mano humana?» El mismo autor establece una serie de comparaciones similares, por ejemplo la de una hermosa estatua que aparecería formada tal cual en una tierra donde no vive nadie, o la de un hermoso cuadro en el que veríamos perfectamente representados unos cuantos personajes. También pone el ejemplo de un reloj y el de una casa edificada regular y perfectamente.

«¿Qué diríamos de un hombre —dice el señor arzobispo de Cambrai— que se preciara de poseer una filosofía muy sutil y que, al entrar en una hermosa casa, dijera que ha sido hecha por el azar y no por el trabajo, que no habría intervenido de ninguna manera a la hora de hacerla confortable para sus habitantes, arguyendo que las cavernas se parecen bastante a esa casa sin que hayan sido excavadas por el saber hacer humano? Empezaríamos por enseñarle todas las partes de la casa a quien razonara de esa manera. Ve usted, le diríamos, esta puerta del patio es más grande que las demás para que puedan entrar por ella las carrozas. Este patio es tan espacioso para que las carrozas puedan girar antes de salir. Esta escalera está hecha de peldaños bajos para que podamos subir más fácilmente y gira para que podamos acceder a los pisos y a las distintas viviendas. Las ventanas, abiertas de tramo en tramo, dan luz a todo el edificio y están protegidas por cristales para que el viento no entre con la luz. Podemos abrirlas para respirar el aire suave del verano. El techo sirve para defender el edificio de los ataques del aire. El maderamen forma un ángulo agudo para que la lluvia y la nieve resbalen por los lados. Las tejas se superponen ligeramente para proteger la madera del tejado. Los pisos sirven para aprovechar el espacio. Las chimeneas están hechas para que pueda hacerse fuego en invierno sin quemar la casa y para expulsar el humo sin que se lo traguen los que se calientan con él».

«Las viviendas están distribuida de tal manera que una familia numerosa puede vivir sin necesidad de atravesar las habitaciones de los demás, reservando la vivienda principal para el dueño. Hay cocinas, despensas, cuadras y cocheras para las carrozas. En las habitaciones hay camas para dormir, sillas para sentarse, mesas para escribir y para comer, etc. Tendríamos que decirle a ese filósofo que la construcción ha tenido que ser obra de un arquitecto muy hábil, porque todo lo que hay en él es muy

agradable, risueño, proporcionado y cómodo. Y ha tenido que trabajar con unos obreros excelentes. De ninguna manera, contestará el filósofo, ustedes se muestran muy ingeniosos a la hora de engañarse a sí mismos. Es verdad que la casa es agradable, risueña, proporcionada y cómoda. Sólo que ha podido hacerse a sí misma respetando todas las proporciones: el azar juntó las piedras en este orden tan hermoso, levantó los muros, ensambló y colocó el maderamen, horadó las ventanas, puso la escalera, etc. Cuídense de pensar que haya intervenido en ello mano humana. Los hombres se han limitado a sacar partido de lo que encontraron ya hecho. Se imaginan que fue hecho para ellos porque encuentran dentro cosas que les resultan cómodas. Pero lo que suponen que procede de un arquitecto imaginario no es más que el efecto de algo que se han inventado con posterioridad. Esta casa tan regular y bien trazada está hecha exactamente como las cavernas y, una vez que se la han encontrado hecha, los hombres se sirven de ella de la misma manera que se servirían, en medio del desierto, de un antro excavado en la roca para guarecerse de la tormenta».

«¿Qué pensaríamos —dice el señor arzobispo de Cambrai— si este extraño filósofo se obstinara en sostener completamente en serio que esa casa no era una obra trabajada? Cuando leemos la leyenda de Anfión, que hizo que las piedras se colocaran en orden y simetría para construir las murallas de la ciudad de Tebas sólo con la intervención milagrosa de su armoniosa lira, nos reímos de esta ficción poética. Pero esta ficción no es tan increíble como la que defiende el hombre que estamos trayendo a colación. Ya que podríamos imaginar que la armonía, que consiste en el movimiento local de determinados cuerpos, podría mover las piedras en determinado orden y con determinada cadencia aunque mediante alguna de esas virtudes secretas que podemos admirar en la naturaleza sin acabar de entenderlas. Esta explicación choca contra la razón, sin embargo, y la subleva aunque, a la postre, sea menos extravagante que la que acabo de poner en la boca del filósofo. ¿Hay algo más absurdo que imaginarse que las piedras se cortan solas, salen de la cantera, se ponen unas encima de otras sin dejar ningún hueco, traen consigo la masa para cohesionarse, se las arreglan para distribuirse en viviendas, y hacen que las corone un maderamen cubierto de tejas para poner a cubierto toda la obra? Los niños que aún balbucean —dice el señor arzobispo de Cambrai— se reirían si les contásemos semejante cuento».

Así es como ofrece y presenta, totalmente en serio, sus ejemplos y comparaciones. Unos ejemplos o comparaciones de los que quiere sacar argumentos probatorios de la existencia de una inteligencia soberanamente perfecta y de un artesano todopoderoso e infinitamente sabio que habría creado el cielo y la tierra y habría hecho todo cuanto vemos. Y podemos asegurar que eso es todo lo que pueden decir y proponer en realidad los deícolas como argumentación fuerte en defensa de su tesis acerca de la supuesta autenticidad de la existencia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto. Ya que los argumentos supuestamente probatorios que suelen

sacar de la idea que ellos mismos se hacen de ese ser soberanamente perfecto y de la idea que tenemos naturalmente del infinito y demás argumentos semejantes, no son más que puras ilusiones y puros sofismas.

Veamos cómo nos los proponen: «Hay que atribuir —dicen estos señores— a una cosa todo cuanto está encerrado claramente en la idea que la representa. Esto constituye —aseguran— el principio general de todas las ciencias. Pues bien, la existencia está claramente encerrada en la idea que tenemos de Dios, es decir, en la idea que tenemos del ser infinitamente perfecto, luego Dios, que es el único ser infinitamente perfecto, existe» (*De la Recherché de la Verité*, IV, XI, 2). Nuestros nuevos deícolas cartesianos pretenden sacar de este único argumento, que resulta un tanto exiguo por otra parte, una consecuencia o conclusión demostrativa de la existencia de Dios. De igual manera, intentan demostrar su existencia a partir de la idea que tenemos naturalmente del infinito:

«Tengo en mí —dice el señor arzobispo de Cambrai— la idea de infinito. Y no sólo tengo la idea de infinito sino también la idea de una perfección infinita. Perfecto y bueno es lo mismo. Bondad y ser son lo mismo. Ser bueno y perfecto es ser de manera infinita» (*Traité de l'Existence et des attributs de Dieu*, pág. 379. «¿De dónde he tomado esta idea que está muy por encima de mí, me supera infinitamente, me asombra y me hace desaparecer ante mis propios ojos, de dónde he tomado esta idea que me hace presente el infinito? ¿De dónde proviene? ¿Dónde la he cogido? ¿En la nada? Nada de lo que es finito puede proporcionármela, porque lo finito no puede representar lo infinito del que es infinitamente diferente. Si nada que sea finito puede, por grande que sea, darme la verdadera idea de infinito, ¿cómo podría proporcionármela la nada? Está claro, por otra parte, que no he podido dármela a mí mismo, porque soy finito como el resto de las cosas de las que me puedo formar alguna idea. Por mucho que trate de comprender que el infinito me lo he inventado yo, si no hubiese un infinito real, ni siquiera podría entender que un infinito real que estuviese fuera de mí hubiese podido imprimir en mí, que soy un ser limitado, una imagen que se parezca a la naturaleza infinita. Por eso, la idea de infinito ha tenido que venirme de fuera y hasta estoy asombrado de que haya podido entrar dentro de mí. Repito, ¿de dónde proviene esta representación maravillosa del infinito que tiene mucho de infinito y que no se parece a nada que sea finito? ¿Está en mí? ¿Es más que yo? Me parece todo, mientras yo encuentro que no soy nada. No puedo borrarla —prosigue— ni oscurecerla ni disminuirla ni contradecirla. Está en mí. Yo no la he puesto, me la he encontrado y sólo he podio encontrarla gracias a que estaba ya dentro de mí antes de que la buscara. Permanece allí inmutable, incluso cuando no pienso en ella o pienso en otra cosa. La he encontrado cuantas veces la he buscado y se me presenta con mucha frecuencia aunque no la busque. No depende de mí, soy yo el que depende de ella. Si me extravío, me llama, me corrige, endereza mis juicios y, aunque yo la examine, no puedo, sin embargo, corregirla, ni dudar de ella ni juzgarla. Ella es la que me juzga y corrige».

«Si lo que percibo —prosigue— es el infinito que se halla presente en mi espíritu, este ser infinitamente perfecto existe. Si, por el contrario, no se trata más que de una representación del infinito que se halla impresa en mí, esta similitud o representación del infinito debe ser infinita, porque lo finito no se parece nada al infinito y no puede ser su verdadera representación. Así pues, es preciso que lo que representa realmente al infinito tenga algo de infinito para parecérsele y poder representarle. Esta imagen de la propia divinidad sería un segundo dios semejante al primero en perfección infinita. ¿Cómo habrá podido ser recibido y cómo podrá caber en mi espíritu limitado? Por otra parte, ¿quién habrá hecho esta representación infinita del infinito para dármela? ¿Se habrá hecho a sí misma una imagen infinita del infinito? ¿Tendrá un original a partir del cual haya podido hacerse o una causa real que la haya podido producir? ¿Dónde estamos? ¡Qué montón de extravagancias! Así pues, hay que concluir invenciblemente que el ser infinitamente perfecto es el que se presenta a mi espíritu cuando lo concibo, y que él mismo es la idea que tengo de él. Él es, y no hay nada que no sea debido a él. Eso es lo que concibo. Y como lo concibo, es. Porque no es extraño que sea, ya que nada hay, como he podido ver, que pueda ser sino es debido a él. Pero lo más asombroso e incomprensible es que yo, que soy débil, limitado y defectuoso, pueda concebirlo. Y no sólo tiene que ser el objeto de mi pensamiento sino también la causa que me hace pensar, como es la causa que me hace ser, así como el que hace que lo finito pueda elevarse a pensar en lo infinito» (*ibid.* [II, 2], pág. 383).

Este es el razonamiento por el que este famoso archideicristícola quiere demostrar que el conocimiento que tenemos naturalmente del infinito no puede llegarnos más que del propio infinito, es decir, del propio Dios, que según él es lo único infinito. Y por consiguiente, el mencionado conocimiento que tenemos del infinito constituiría una demostración indiscutible de la existencia de Dios.

Respecto a la conclusión a la que he llegado contra la existencia de ese ser extraída de las imperfecciones, defectos y vicios que se encuentran en las cosas visibles de este mundo, así como de todos los males y penurias que sufren el hombre y los animales, los supersticiosos y devotos deícolas dirán que Dios permite tanto mal sólo para conseguir un bien superior y que, por tanto, no hay que extrañarse de que los permita, porque hace que redunden en su propia gloria y en beneficio de sus propias criaturas. Es decir, que si un Dios infinitamente perfecto no ha hecho que las criaturas tengan la perfección que deberían tener y si, al mismo tiempo, parece abandonarlas a la inconstancia e incertidumbre del azar o a las leyes de una necesidad ciega, y si también permite que las criaturas vivientes se vean expuestas a la enfermedad y la muerte, y si consiente que exista todo tipo de injusticias y maldades y tolera que la verdad y la inocencia sean pisoteadas, si permite que los justos, que le sirven fielmente, se vean abrumados por toda clase de miserias mientras los malvados y los impíos, que desprecian sus leyes y mandamientos y blasfeman contra él a diario, disfrutan, en cambio, de la prosperidad, la gloria, los honores y toda clase de bienes

en abundancia, en una palabra, si tolera que exista el mal y que haya cosas mal hechas de la manera que sea, sólo es para su mayor gloria y por el bien de sus criaturas.

78

Conocemos de manera natural lo infinito en extensión, en duración o tiempo y en número, siendo imposible que la extensión, el tiempo y los números no sean infinitos

Veamos cómo se concibe y se puede conocer de manera natural y muy fácilmente lo infinito en extensión. No hay forma de negar que el espíritu puede realizar natural y fácilmente la transición entre lo finito y lo infinito. Conocemos de forma natural ambos conceptos, por lo que el conocimiento de uno de ellos no es más sobrenatural ni sorprendente que el conocimiento del otro, pese a lo que diga el señor arzobispo de Cambrai con todo su absurdo razonamiento.

De la misma manera que conocemos de forma natural lo infinito en extensión, conocemos lo infinito en los números. No nos resulta nada difícil concebir o conocer un número finito de unidades. Empezamos por conocer el uno, el dos, el tres, el cuatro, etc. Y no nos cuesta nada concebir de forma natural números mayores como 100, 200, 1.000, 2.000, etc. Y podemos continuar imaginando números sin que tampoco nos cueste nada imaginar cada vez un número mayor. Hasta que llegamos a un número que no podemos nombrar y que concebimos como infinito. De esta manera llegamos a conocer lo infinito en los números, es decir, de esta manera es como conocemos que el número o la cantidad completa y total de unidades va hasta el infinito.

También podemos conocer el infinito de forma natural, pero de otra manera, porque conocemos lo infinito en el tiempo o lo infinito en la duración. Empezamos por conocer o concebir de manera natural una hora de tiempo, un día, dos días, un mes, dos meses, un año, dos años, etc. Con la misma facilidad podemos continuar y concebir 10, 20 o 100 años. De ahí podemos saltar muy fácilmente a concebir 1.000, 2.000 y hasta 100.000 años o millones de años. Y no podemos detenernos, pues por muchos que sean los miles o millones de años que queramos imaginar, sabemos que, después de que hayan transcurrido, aún tiene que haber necesariamente tiempo; esto es algo que podemos concebir claramente, pues por mucha cantidad de tiempo que imaginemos habrá un después que también será tiempo, un tiempo incluso que no tendrá fin.

79

Refutación de los argumentos cartesianos supuestamente demostrativos de la existencia de un Dios infinitamente perfecto

Resulta muy fácil refutar la respuesta de los cartesianos y mostrar la inepcia, la debilidad, la vanidad y la falsedad que contiene. Empecemos por el conocimiento que tenemos de forma natural del infinito.

El señor arzobispo de Cambrai y sus partidarios contemplan este conocimiento como si fuese de un orden y una naturaleza superiores a los demás conocimientos, y como si sólo pudiese provenir del mismísimo ser infinitamente perfecto, es decir, del propio Dios. Y hasta se asombran, como dicen, de que el propio Dios haya podido dar el conocimiento de lo infinito a unas mentes finitas y limitadas como son las mentes humanas. Pero en realidad, este conocimiento del infinito no es más sobrenatural ni más sorprendente que cualquier otro conocimiento que tengamos. Conocemos lo finito y lo infinito, lo material y lo inmaterial, por la propia mente y por las propias facultades mentales. Pensamos en nosotros mismos y pensamos en Dios o en cualquier otra cosa con la misma mente y el mismo entendimiento.

Realmente me resulta admirable esta facultad y este poder que tenemos para pensar, ver, sentir o conocer de forma natural todo lo que hacemos y todo lo que nos llega, sea mediante los sentidos o el pensamiento. Nada nos resulta más fácil y natural que pensar, ver, sentir y conocer, aunque sea imperfectamente, todo lo que se presenta a nuestros sentidos y nuestro entendimiento. Y sin embargo, no sé cómo formo los pensamientos ni las ideas ni los sentimientos, por eso debo confesar que me siento asombrado y sorprendido ante el más mínimo de mis pensamientos o ideas. Pero lo que no veo de ninguna manera es que el conocimiento del infinito sea más sobrenatural y sorprendente y más difícil de forjar que el conocimiento de lo finito, y hasta me parece que resulta contrario a lo que podemos experimentar a diario en nuestro interior. Pues no hay nadie que no pueda concebir ni conocer fácilmente la extensión; la extensión, por ejemplo, de un pie o la extensión de una toesa o, si se prefiere, la de una legua o la de dos o tres leguas. Pues bien, nos resulta igual de fácil concebir o conocer una extensión de mil leguas y de cien mil leguas y hasta una extensión que no tendría fin y sería infinita. Ya que por muy lejos que queramos situar el fin o poner un límite, podemos concebir fácilmente que habrá siempre un más allá de ese fin y de ese límite y, por consiguiente, que todavía habrá extensión, y que esa extensión no puede tener fin, por lo que será infinita. Todo esto se puede concebir natural y fácilmente.

Conocemos de manera natural que el ser es. No podemos ignorarlo. La razón natural nos hace ver claramente que ha existido siempre y que existirá por siempre, como he dicho más atrás. De ahí que conozcamos claramente que no ha tenido

comienzo y no tendrá fin[20], lo que supone conocer manifiestamente lo infinito en la duración. Y así es como conocemos de forma natural lo infinito en la duración o el infinito temporal. Por lo que estaríamos conociendo de manera natural tres clases de infinito, a saber: lo infinito en la extensión, lo infinito en la cantidad o en los números y lo infinito en la duración o el infinito temporal. Digo, pues, que los conocemos así, de forma natural y fácilmente.

Este conocimiento es innato y proviene de forma natural de la razón, por lo que resulta muy fácil ver la debilidad, la inepcia y la vanidad de todos los razonamientos del arzobispo de Cambrai sobre esa misteriosa, imaginaria y supuesta sobrenaturalidad que se encontraría, según él, en la idea y la noción puramente natural que tenemos del infinito. Éste supone vanamente y sin fundamento que, para que se produzca la idea o la noción que tiene de lo infinito, deben ser infinitos todos los sentidos, de todas las maneras y en todas las perfecciones imaginables y más que imaginables. Eso es lo que le confunde. Ya que, al formarse una idea de infinito que no existe ni puede existir, se forma la idea de un infinito que no es más que imaginario y quimérico. Por eso se extravía y se pierde, como él mismo reconoce, en la vanidad de sus pensamientos: «La idea que se forma del infinito le asombra y le abruma», dice (*Traité de l'Existence de Dieu*, pág. 378). «Su espíritu sucumbe ante tanta majestad, feliz de bajar los ojos —dice—, al no poder sostener con la mirada el resplandor de su gloria. ¿Dónde estamos? —dice después de unos cuantos razonamientos absurdos— ¡Qué montón de extravagancias! Así pues, hay que concluir ineluctablemente que el ser infinitamente perfecto se presenta a mi espíritu cuando lo concibo, pero resulta asombroso e incomprensible que yo, un ser débil, limitado y defectuoso, pueda concebirlo. Es preciso que sea no sólo el objeto de mi pensamiento sino la causa que me hace pensar, como es la causa que me hace ser y que eleva a lo finito a pensar en lo infinito. Ése es —prosigue— el prodigio que llevo dentro. Yo mismo, no siendo nada, soy un prodigio. Poseo lo infinito. No puedo entenderme a mí mismo y lo abarco todo sin ser nada, soy una nada que conoce el infinito. Me faltan palabras para admirarme y, a la vez, despreciarme» (pág. 387).

El motivo de su asombro y su admiración es que tiene la idea de infinito, es decir, que puede concebir lo infinito por más que él mismo sea un espíritu finito y limitado, ¡como si nunca hubiera podido concebir ni pudiera concebir algo que fuese más extenso que su cerebro! ¡Como si nunca hubiera visto ni debiera ver algo más extenso que sus ojos! Tendríamos realmente una mente muy limitada si no pudiésemos concebir nada que fuera más extenso que nuestro cerebro. ¡Y nuestra vista sería muy estrecha y limitada si no pudiésemos ver algo más extenso o más vasto que nuestros ojos!

Pero no, afortunadamente no es así. Vemos a diario, y lo hacemos con facilidad, un número casi infinito de objetos que son incomparablemente mayores que nuestros ojos, y concebimos a diario y nos formamos a diario, con la misma facilidad, la idea de un número infinito de cosas que son incomparablemente más extensas que nuestro

cerebro. No es precisamente, pues, la idea o la noción del infinito en cuanto infinito lo que debe sorprendernos y asombrarnos tanto, ya que esta idea o esta noción los tenemos de una forma igual de natural y fácil que las demás nociones. Lo que nos debe sorprender, más bien, es el propio pensamiento, la propia facultad de pensar, ya que no comprendemos ni podemos comprender siquiera cómo formamos los pensamientos y las nociones, de modo que la más mínima de nuestras nociones o pensamientos debe sorprendernos tanto como el más sutil o sublime que podamos tener.

Pero si no podemos comprender cómo o de qué manera se forman en nuestro interior el pensamiento, el conocimiento y el sentimiento, podemos concebir, al menos, la razón por la que no podemos e, incluso, no debemos comprenderlo. Sentimos, conocemos y percibimos a través del pensamiento, el conocimiento y las sensaciones. Por eso, no debemos conocer ni ver ni sentir a través de los propios pensamientos ni a través de las propias sensaciones lo que ocurre con los pensamientos y las sensaciones, y no debemos ver ni conocer ni sentir de qué manera se forman en nuestro interior. Nos basta con saber que pensamos y con estar seguros de que pensamos y de que tenemos conocimientos y sensaciones. Pero no es necesario que percibamos cómo se forman en nosotros.

Supongo que los pensamientos se producen por alguna característica del espíritu, es decir, de la facultad y la potestad que tenemos naturalmente para pensar y sentir, tal como tenemos, por naturaleza, la facultad y la potestad de ver a través de los ojos del cuerpo y de coger con las manos. Al igual que cogemos con las manos y que ninguna mano puede cogerse a sí misma, comprendemos, concebimos y cogemos, por así decir, todo con nuestro espíritu, a pesar de que nuestro espíritu no pueda cogerse a sí mismo ni comprenderse ni concebirse. De la misma manera que vemos mediante los ojos a pesar de que los ojos no pueden verse a sí mismos, así vemos y percibimos todo mediante nuestros pensamientos y sensaciones, aunque desconocemos por completo la naturaleza de nuestros pensamientos y nuestras sensaciones.

Pero, ¿por qué la mano, que es capaz de coger cualquier cosa, no puede cogerse a sí misma si no es precisamente porque es capaz de coger cualquier cosa y, si se me permite expresarme así, la mano constituye incluso el principio del coger? ¿Por qué los ojos, que son capaces de ver todo, no pueden, sin embargo, verse a sí mismos? ¿No será precisamente porque son capaces de verlo todo y constituyen el órgano y el principio de la vista? Sí, con toda seguridad, ésa es la razón de que no puedan verse a sí mismos a menos que se miren en un espejo, que es cuando pueden verse con facilidad. De lo contrario, no pueden verse a sí mismos porque son, precisamente, el órgano y el principio de la vista. Pues bien, hay que decir necesariamente lo mismo del espíritu del hombre y de su pensamiento. Porque el hombre piensa, conoce y percibe a través del espíritu y del pensamiento. Y si no se conoce a sí mismo y no conoce tampoco con claridad la naturaleza de su espíritu ni la naturaleza de sus

pensamientos, sus sentimientos y sus sensaciones es porque su espíritu es el principio de sus pensamientos, conocimientos, sentimientos y sensaciones y es mediante sus pensamientos, sentimientos y sensaciones como conoce y percibe las cosas. Ésa es la verdadera razón, sin duda alguna.

El espíritu es como el ojo interior del hombre, y con él, con ese ojo, ve y conoce las cosas. Pero ese ojo no debe verse ni conocerse a sí mismo porque es el primer principio de la vida, del conocimiento y de las sensaciones, y, así como nadie se asombra de que los hombres no puedan ver sus propios ojos a pesar de que ven con los ojos el resto de cosas, tampoco parece que haya que asombrarse de que los hombres no conozcan con claridad la naturaleza de su espíritu ni de su facultad de pensar, a pesar de que conocen y perciben todo precisamente a través de su espíritu, de su facultad de pensar, de sus sentimientos y de sus sensaciones, porque en ellos el espíritu es el primer principio de sus pensamientos, sus conocimientos y sus sentimientos.

Hay un principio de moral que dice que el principio del mérito no está en el mérito. Pues lo mismo hay que decir de la vista, del conocimiento y del sentimiento, y como sabemos ya que el principio de la vista no está en la vista, debemos pensar también que el principio del sentimiento no debe estar en el sentimiento ni el principio del conocimiento debe recaer en el conocimiento. Y no hay que tener ninguna duda de que ésta es la verdadera razón de que poseamos un conocimiento tan escaso de la naturaleza de nuestro espíritu y de la naturaleza de nuestra facultad de pensar, y de que conozcamos tan poco la naturaleza de nuestras sensaciones y sentimientos.

Pero provenga de donde provenga la dificultad que tenemos para conocerlos, una cosa está clara: sabemos y estamos seguros de que pensamos por nosotros mismos y de que imaginamos, razonamos y tenemos idea de muchas cosas, y también de que tenemos por nosotros mismos diversas sensaciones y sentimientos acerca del bien y del mal, del placer y del dolor, y de ello no cabe ninguna duda. De igual manera, sabemos que pensamos, imaginamos, razonamos y juzgamos con la cabeza y, más concretamente, con el cerebro, al igual que sabemos que vemos mediante los ojos y que oímos mediante los oídos y que olfateamos los olores mediante la nariz y que distinguimos los sabores con la lengua y que tocamos con las manos, en una palabra, que sentimos mediante diferentes partes del cuerpo. Tenemos una experiencia cotidiana de ello y no podríamos ponerlo en duda.

Pero como también sabemos que podemos tener, a veces, ideas de cosas que no existen, resulta claro y evidente que las ideas que podamos tener de cosas que nos imaginamos y representamos en el cerebro no constituyen pruebas de que esas cosas sean tal y como nos las imaginamos. Sólo las ideas necesarias, es decir, aquellas que no podemos borrar de nuestro espíritu, constituyen una prueba convincente de la existencia de las cosas que podemos concebir a través de ellas. A nada que lo pensemos, no podemos borrar de nuestro espíritu la idea de extensión infinita, por

ejemplo. Esta idea que está dentro de nosotros y que no podemos borrar de nuestro espíritu es una prueba convincente de que la extensión existe y de que es, además, realmente tan infinita como la concebimos. Pues no podríamos concebir que no exista la extensión ni que la extensión pueda tener límites, es decir, que no sea infinita, porque si no fuera realmente infinita tendríamos que concebirle algún límite. Y como no podemos concebir ningún límite sin concebir al mismo tiempo lo que está más allá de los límites mencionados o del límite que señalaría el fin de la extensión, estamos ante una prueba evidente de que la extensión no tiene límites y que, por tanto, no tiene fin y es infinita. De igual manera, cuando pensamos en la duración del tiempo, la idea que tenemos de esa duración no podemos borrarla de nuestro espíritu ni podemos concebir tampoco que no haya tiempo, del mismo modo que no podemos concebir que no haya extensión. Esta idea constituye por sí sola una prueba evidente de que el tiempo existe, y que no solamente existe sino que ha existido necesariamente siempre y existirá necesariamente siempre y, por consiguiente, que es infinito en duración, y así es como efectivamente lo concebimos.

Del conocimiento que tenemos naturalmente de esas dos clases de infinito pasamos también de forma completamente natural al conocimiento de otro tipo de infinito, que es el infinito en número y cantidad y que se encuentra como encerrado necesariamente en la totalidad de los dos infinitos que acabo de mencionar. Ya que en el conjunto de la extensión, que es necesariamente infinita, según acabo de demostrar, nos damos cuenta necesariamente, y lo vemos de manera evidente, que podemos establecer un número infinito de porciones particulares de extensión como, por ejemplo, un número infinito de pies, un número infinito de toesas y un número infinito de leguas, porque vemos de forma palpable que ningún número infinito de leguas, o de la unidad de medir que utilicemos, podrá cubrir un espacio infinito y, por consiguiente, vemos que se necesitará un número infinito de leguas para cubrir una extensión infinita. De igual modo, en el conjunto de la duración infinita y sucesiva del tiempo, nos damos cuenta necesariamente, y lo vemos de manera palpable, que cabe en su interior no sólo un número infinito de días sino también un número infinito de años y de siglos, porque vemos palpablemente que un número finito de años o de siglos no puede cubrir la duración infinita del tiempo y, por consiguiente, vemos que haría falta un número infinito de siglos para cubrirla, es decir, para cubrir la duración infinita del tiempo.

No sirve de nada decir que en una extensión infinita tiene que haber necesariamente siempre un número mayor de pies que de toesas o un número mayor de toesas que de leguas. Tampoco sirve de nada decir que en una duración infinita de tiempo tiene que haber necesariamente siempre un número mayor de días que de años y un número mayor de años que de siglos, es decir, que, de acuerdo con esta idea, podría parecer que habría infinitos mayores que el propio infinito. Es decir, que en la extensión tendría que haber un número infinito de pies mayor que el número infinito de toesas, y que el número infinito de toesas tendría que ser mayor que el número

infinito de leguas que habría en la misma extensión. De igual modo, en la duración sucesiva del tiempo, el número infinito de días sería mayor que el número infinito de años, y el número infinito de años sería mayor que el número infinito de siglos. Pero podemos responder que esto repugna a la razón porque no puede haber nada que sea mayor que el infinito.

Mi opinión es que en una extensión infinita sí encontraremos realmente mayor número de pies que de toesas, y mayor número de toesas que de leguas. De igual manera, en la duración sucesiva del tiempo hallaremos realmente siempre mayor número de días que de años, y mayor número de años que de siglos. Pero, como en el conjunto de la extensión habrá que recorrer necesariamente una extensión infinita, y como en el conjunto del tiempo habrá que recorrer también una duración infinita, nos encontraremos necesariamente con que tendremos que contar siempre un sinfín de leguas, lo mismo que un sinfín de toesas y de pies, y como ninguna de esas cuentas tiene fin, no podremos decir que se dé en una de ellas ni un finito ni un infinito mayores que en cualquiera de las otras. De igual manera, en la duración infinita del tiempo podremos contar un sinfín de años y de siglos, lo mismo que podemos contar un sinfín de días y de horas, pero como las cuentas no tienen fin, no se puede decir que unas sean más finitas o más infinitas que otras, por lo que mis razonamientos conservan, por tanto, toda su fuerza.

Se me podrá decir, con el señor arzobispo de Cambrai, que «ninguna extensión ni ningún compuesto pueden ser infinitos, ya que toda extensión y todo compuesto no son más que un amontonamiento de unidades finitas y limitadas que no pueden formar algo infinito porque lo limitado y finito no puede formar algo infinito» (*Traité de l’Existence et des attributs de Dieu*, pág. 420). Su razonamiento es éste: «Mi conclusión es que lo compuesto no puede ser infinito. Todo cuanto posea partículas reales que sean limitadas y medibles no puede componer nada que sea infinito. El número colectivo o sucesivo no puede ser nunca infinito. Quien dice número dice amontonamiento de unidades realmente distintas y recíprocamente independientes unas de otras a la hora de existir o de no existir. Quien dice amontonamiento de unidades recíprocamente independientes dice un todo que puede disminuir y que, por consiguiente, no es infinito. Un todo que puede disminuir no es infinito porque lo reducido es limitado, ya que lo que está por debajo de lo infinito no es infinito. Si ese todo puede ser reducido, es limitado y, como se ha reducido porque le hemos quitado una sola unidad limitada, de ello se sigue claramente que no era infinito antes de que le quitáramos esa unidad. Porque no se puede conseguir lo infinito con la simple adición de una unidad a un compuesto finito… Ya que si algo es seguro es que ese número dado era mayor antes de que le quitáramos una unidad limitada que después de quitársela. Después de haberle quitado esa unidad limitada, el todo no es infinito, luego tampoco lo era antes de habérsela quitado».

Creo que todo este razonamiento puede reducirse a dos puntos principales: 1) saber si un número o una cantidad que está compuesta de unidades limitadas, infinitas

e independientes entre sí puede o no formar un conjunto infinito, y 2) saber si un número o un todo compuesto por una cantidad infinita de unidades limitadas e independientes entre sí dejaría de ser infinito si le quitáramos alguna de esas unidades limitadas. En esto consiste la mayor dificultad de la objeción que acabo de exponer y que estaría en boca del señor arzobispo de Cambrai.

Contestaré diciendo que un número o una cantidad infinita de unidades limitadas e independientes entre sí formarían una extensión infinita si estuviesen juntas. Veamos la prueba palpable, que no es otra que ésta: cada unidad de la cantidad infinita de unidades limitadas tendría su propia extensión independientemente de la extensión de las demás unidades. Si esta unidad se juntara con otra unidad que tuviese también una extensión independiente de las demás, obtendríamos una extensión mayor y la extensión se iría haciendo mayor a medida que fuéramos añadiendo más unidades a las dos primeras, e iría creciendo en proporción al número de unidades que fuéramos añadiendo. Así que, de acuerdo con esta hipótesis, habría una cantidad infinita de unidades limitadas juntas formando un todo compuesto por dichas unidades. Un todo que tendría real y actualmente una extensión infinita. Por lo tanto, resulta evidente que lo infinito puede alcanzarse a partir de una cantidad infinita de unidades limitadas y finitas. Eso es algo que podemos concebir claramente, y no sólo podemos concebir claramente que el infinito puede formarse de esa manera, sino que hay incluso actualmente en el conjunto de la extensión y en el conjunto de los números infinidades de infinitos compuestos por cantidades infinitas de unidades limitadas y finitas.

80

En cierto modo hay varios infinitos, pero no hay ni puede haber más que un único infinito absoluto, que es el todo

Aquí está la prueba manifiesta. Es evidente que, pensemos o no en ello, en el conjunto de la extensión como totalidad hay una infinidad de líneas o, al menos, algo con lo que trazar una infinidad de líneas que serían a su vez infinitas, puesto que tendrían la misma extensión que la de la propia extensión como totalidad, ya que es infinita en todas sus dimensiones. Pues bien, es evidente que para que cada una de esas líneas sea infinita en longitud tiene que estar necesariamente compuesta por un número o una cantidad infinita de partes limitadas, como, por ejemplo, un número o una cantidad infinita de átomos, que son ciertos elementos independientes entre sí. Pues si esas partes o esos átomos no estuviesen en un número o una cantidad infinita, es evidente que no podrían constituir una línea infinita. Como esta línea es necesariamente infinita tiene que estar también necesariamente compuesta por un número o una cantidad infinita de partes limitadas. Y por eso tiene que haber evidentemente en cada línea un número o una cantidad infinita de átomos o de partes limitadas independientes entre sí. Pues bien, como en el conjunto de la extensión como totalidad hay un número infinito de líneas, según acabo de decir, que son idénticas a la línea que he descrito, serán infinitas y estarán compuestas por un número o una cantidad infinita de átomos o de partes limitadas. Así, pues, hay evidentemente, como ya he dicho, una infinidad de infinitos en la totalidad de la extensión y en la totalidad de los números.

No hay siquiera que extrañarse de que pueda estar diciendo que hay infinidad de infinitos en la totalidad de la extensión y en la totalidad de los números, puesto que todos los que admiten la divisibilidad de la materia hasta el infinito están necesariamente obligados a admitir que en cada parte de la materia hay infinidad de partes porque, de lo contrario, no podría dividirse hasta el infinito. Y si en cada parte de la materia hay un número infinito de partes, como aseguran los filósofos, tiene que haber también necesariamente una infinidad de partes infinitas en la materia.

Lejos, pues, de decir lo que dice el señor arzobispo de Cambrai, a saber, que todo lo que es compuesto no puede ser infinito y que todo lo que tiene partes limitadas y medibles no puede constituir más que algo finito, así como que el número colectivo y sucesivo no puede ser nunca infinito, lejos de decir eso habría que decir más bien, por el contrario, que de acuerdo con las luces de la razón, una unidad simple que careciera de partes no podría formar el infinito, porque una sola unidad simple no tendría extensión si careciera de partes o tuviera muy poca extensión y por ello no podría formar lo infinito, que es necesaria y esencialmente infinitamente extenso.

Y si una sola unidad simple no podría formar lo infinito porque carece de extensión y de partes, el infinito en extensión o en número tiene que estar compuesto necesariamente por una cantidad infinita de unidades o de partes limitadas unidas en un conjunto. Este razonamiento es claro y evidente. Pero, como el arzobispo de Cambrai se había forjado la idea de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones, tenía que forjarse también una idea de infinito imaginario y quimérico, ya que no podía encontrar en ninguna clase de infinito real las perfecciones imaginarias que quería atribuir a Dios.

Y en cuanto a eso que dice de que basta con quitarle una unidad a un conjunto para que se vea reducido y disminuido y que, por consiguiente, no podía ser infinito antes de que se le quitara esa unidad, en la medida en que no se puede hacer algo infinito a partir de añadir una unidad a un conjunto finito, por lo que nada que sea compuesto puede ser infinito, tengo que contestar:

En primer lugar, que a lo que es infinito no se le puede añadir nada real y verdaderamente en tanto que es infinito, y que tampoco se le puede quitar nada real porque no hay nada susceptible de ser suprimido. De ahí que la suposición de que se le pueda quitar una unidad a un compuesto infinito sea algo imposible, por lo que el argumento no lleva a ninguna conclusión, dado que de una suposición imposible sólo se pueden sacar consecuencias absurdas.

Pero como esta sustracción de algunas unidades de un compuesto infinito puede hacerse, cuando menos, mentalmente, y como podemos concebir que pueden sustraerse o suprimirse algunas de esas partes, diré, en segundo lugar, que en el caso de suponer esto, por imposible que sea, el compuesto no dejaría de ser infinito, al menos en la parte en que no se le ha sustraído nada. Podría resultar realmente reducido en la parte en donde se le ha quitado esa unidad o esas unidades, pero el resto seguiría siendo infinito. Diré incluso que ninguna sustracción de partes por grande que sea podría impedir que siguiera siendo infinito, ya que el infinito no puede disminuir por ningún tipo de sustracción de partes. Y si el infinito no puede ser agotado por ninguna sustracción de partes, hemos de concluir que, evidentemente, ninguna sustracción de partes puede impedir que siga siendo infinito, por lo menos en el sector donde no se le ha quitado nada. Resulta claro y evidente que, en el caso de que aceptáramos esa suposición, las cosas se desarrollarían de esta manera y de ninguna otra más. Llegamos a ello mediante ideas claras y netas que demuestran de forma evidente la verdad de las cosas.

81

Es un error y resulta ilusorio que el arzobispo de Cambrai y el autor de La Recherche de la Verité *quieran confundir, como hacen, el ser infinito que existe con un supuesto ser infinitamente perfecto que no existe, así como forjar la ilusión de que se puede llegar a la conclusión, como hacen, de la existencia de uno a partir de la del otro*

Pero, ¿quién puede concebir con ideas claras y distintas el infinito imaginario y quimérico que el arzobispo de Cambrai y los deícolas quieren hacernos adorar como si fuera un Dios todopoderoso, infinitamente perfecto en toda clase de perfecciones, a pesar de que no tenga ninguna perfección visible o sensible y de que no tenga ninguna forma o aspecto ni tenga tampoco partes ni extensión? En realidad, nadie puede formarse una idea real de un infinito como ése. Ni siquiera se puede concebir que pueda tener alguna clase de perfección un ser que carece de forma, aspecto y extensión. Ni aun los propios crístícolas, con lo espirituales que son, pueden llegar a formarse una idea real de ese tipo de infinito ni tampoco de un ser como ése. Por lo que tengo que ponerles delante, a modo de conclusión, una verdad muy distinta, que es que la idea que se forman de un Dios infinitamente perfecto no prueba en ningún modo su existencia, y resulta sorprendente que haya gente de talento que quiera probar su existencia a partir de eso y considere encima que lo hace de manera invencible. Veámoslo más de cerca.

Éstos son sus razonamientos y argumentos, que consideran demostrativos: «Hay que atribuir —dicen— a una cosa lo que se piensa claramente que está contenido en la idea que la representa» (*La Recherche de la Verité*, tomo II, pág. 91). «Es el principio general de todas las ciencias —dicen—. Ahora bien, la existencia actual y necesaria está claramente contenida en la idea de Dios, es decir, en la idea de un ser infinitamente perfecto. Luego Dios, o ese ser infinitamente perfecto, existe» (*Traité de l’Existence de Dieu*, págs. 360 y 366).

Los nuevos cartesianos deícolas creen que han triunfado y prueban fehacientemente con ese argumento la existencia de Dios. Pero es indudable que no se trata más que de una ilusión suya imaginar semejante cosa, porque resulta claro y evidente que ese argumento sólo lleva a la conclusión de que Dios, o un ser infinitamente perfecto, existe a condición de que se suponga que el ser que se concibe como infinitamente perfecto sea verdaderamente algo real y no algo imaginario. Pues si no se supusiera que fuese algo real, sería ridículo llegar a la conclusión de su existencia a partir de haber tenido únicamente la idea de que existe.

Pero no se trata únicamente de suponer que el hipotético ser que se concibe como infinitamente perfecto sea verdaderamente algo real, sino que hay que probarlo, pues es eso lo que estamos negando. Y como el mencionado argumento no prueba que el

supuesto ser que se concibe como infinitamente perfecto sea algo verdaderamente real sino que únicamente lo supone en vez de probarlo, está claro que el argumento mencionado no es más que un sofisma que no demuestra nada. Prueba de ello es que si demostrara algo resultaría muy fácil utilizarlo para demostrar la existencia de un hombre infinitamente perfecto o la existencia de un caballo infinitamente perfecto o la existencia de un pájaro infinitamente perfecto y hasta la existencia de una mosca infinitamente perfecta, porque resulta igual de fácil imaginar un hombre infinitamente perfecto, un caballo infinitamente perfecto, un gallo infinitamente perfecto o una mosca infinitamente perfecta, que imaginar cualquier ser infinitamente perfecto. Y resultaría muy fácil probar con ese argumento que existen el hombre infinitamente perfecto, el burro o el caballo infinitamente perfectos, el gallo infinitamente perfecto o la mosca infinitamente perfecta. Porque el argumento se puede aplicar con la misma facilidad en un caso que en otro y se puede predicar lo mismo para un ser que para cualquier otro.

Atribuir a una cosa lo que se concibe claramente que está contenido en la idea que la representa es el principio general de todas las ciencias, según aseguran los cristícolas cartesianos. Pues bien, la existencia necesaria está claramente contenida en la idea de un hombre perfecto, en la idea de un burro o de un caballo infinitamente perfectos, igual que en la idea de un gallo infinitamente perfecto y en la idea de una mosca infinitamente perfecta… Luego el hombre infinitamente perfecto existe, luego el burro o el caballo infinitamente perfectos existen, luego el gallo infinitamente perfecto existe, luego la mosca infinitamente perfecta existe. Esas consecuencias o conclusiones se derivan del mismo principio y mediante el mismo razonamiento que pretenden utilizar los deícolas para demostrar la existencia de su Dios infinitamente perfecto.

Pues bien, ¿no sería ridículo intentar demostrar mediante un razonamiento tan bonito la existencia actual de un hombre perfecto, la existencia actual de un burro o de un caballo infinitamente perfectos, la existencia de un gallo infinitamente perfecto y la existencia de una mosca infinitamente perfecta? Sí, seguro que sí, una demostración como ésa sería absolutamente ridícula y hasta los deícolas se burlarían de quienes propusiesen semejante demostración. ¿Cómo pueden pretender utilizarla para probar la existencia de Dios si es igual de ridícula en un caso como en otro? Resulta asombroso que haya gente de talento que se haya atrevido a proponer un razonamiento como ése.

Para ponerse a cubierto de los absurdos que se desprenderían de un razonamiento semejante, el autor de *La Recherche de la Verité* pretende que existe una diferencia considerable entre la conclusión que se obtendría acerca de la existencia de Dios y las que se podrían obtener aplicando el razonamiento a otros seres. Veamos qué dice (*La Recherche de la Verité*, tomo II, pág. 93): «Es cierto que con este argumento tendría que atribuirle a una cosa cualquiera lo que se concibe claramente que está contenido en la idea que la representa. Lo que me llevaría a decir que, dado que puede

concebirse claramente la existencia necesaria contenida en la idea de un cuerpo infinitamente perfecto, ese cuerpo infinitamente perfecto existiría. Es cierto que si formulase un razonamiento como ése se me podría contestar que de él no se concluye la existencia actual de un cuerpo infinitamente perfecto, sino únicamente —*¡fijaos bien!*— que si se supone que puede haber un cuerpo como ése, tendría existencia por sí mismo. Porque la idea de un cuerpo infinitamente perfecto es una ficción del espíritu o, mejor dicho, una idea compuesta y, por consiguiente, puede ser falsa o contradictoria, como en efecto lo es, porque no se pueden concebir cuerpos infinitamente perfectos ya que un ser concreto y finito como el cuerpo**[21]** no puede ser concebido como universal e infinito. Pero la idea de Dios, o del ser en general, del ser sin restricción, del ser infinito, no es una ficción del espíritu, no es una idea compuesta que encierre una contradicción. No hay nada más simple, por mucho que contenga todo lo que existe y todo lo que puede existir. Pues bien, esta idea simple y natural del ser o del infinito contiene su existencia necesaria porque es evidente que el ser no puede no ser, ya que es imposible y contradictorio que el ser verdadero carezca de existencia».

Pasemos, pues, a examinar el razonamiento de este autor.

Según él, la razón por la que no se puede llegar mediante ese razonamiento a la conclusión de que exista un cuerpo perfecto, mientras sí se puede llegar a la conclusión de que existe un Dios infinitamente perfecto, estribaría en que la idea de un cuerpo perfecto es una ficción del espíritu. ¡Como si la idea de que existe un ser infinitamente perfecto no fuera una ficción del espíritu, semejante a la de que existe un cuerpo infinitamente perfecto! En realidad, una y otra son igualmente ficciones del espíritu, y por eso a partir del argumento que estamos examinando no se puede llegar a la conclusión de que exista ninguno de los dos.

Y como no se puede llegar a la conclusión de que existe un cuerpo infinitamente perfecto, como admite el autor que estoy examinando, tampoco se puede llegar a la conclusión de que exista ningún ser que podamos concebir como infinitamente perfecto. Y si, a pesar de esto, el autor de *La Recherche* pretende que la idea que nos formamos de un ser infinitamente perfecto no es una ficción del espíritu, corresponde a él y a sus seguidores probar mediante razones claras y evidentes la realidad de ese supuesto ser infinitamente perfecto. Cosa que les resultará tan difícil e incluso imposible como probar la existencia de Dios. Por eso, mientras no prueben con mejores argumentos y con mejores razones la realidad de ese supuesto ser infinitamente perfecto, tendremos todo el derecho a decir que sólo es imaginario. Y podremos decir con todo derecho que la idea que tienen de él no es más que una ficción de su espíritu y, por consiguiente, que su argumento supuestamente probatorio no concluye nada ni demuestra nada respecto a la existencia de Dios, de la misma manera que no lo hace en lo que se refiere a un cuerpo que concibiéramos como infinitamente perfecto.

El autor explica que «la idea de un cuerpo infinitamente perfecto es una idea compuesta y, por consiguiente, puede ser falsa o contradictoria, como lo es, de hecho, ya que no se pueden concebir claramente los cuerpos infinitamente perfectos». ¿Pero qué hace que la idea que se forman de su supuesto ser infinitamente perfecto sea más simple o menos compuesta que la idea que se forman de un cuerpo infinitamente perfecto? No puede ser ni más simple ni menos compuesta en sí misma, quiero decir en su naturaleza y en su esencia de idea, ya que, por mucho que se diga con frecuencia que hay pensamientos más agudos, más sutiles o más toscos, no se quiere decir con ello, sin embargo, que unos sean realmente más materiales o más corpóreos que otros. A este respecto, todas las operaciones del alma o del espíritu poseen la misma naturaleza y son igual de espirituales y, por tanto, igual de simples. Esto es incontrovertible.

Así pues, es evidente que sólo se puede decir que hay ideas más simples o menos compuestas en la medida en que una idea no contiene en sí misma la idea de muchas cosas que sí pudiera darse en otra. Por eso podemos decir, por ejemplo, que la idea de casa es una idea compuesta porque contiene en sí misma la idea de otras muchas cosas que la componen, como la idea de piedra o de madera. que son los materiales con los que está hecha, o la idea de techo, de paredes, de puertas, de habitaciones, de ventanas, de chimeneas, etc. Y hasta la propia idea de techo sería una idea compuesta porque contiene en sí misma la idea de tejas o pizarras, de lamas, de cabrios y de vigas que sujetan el tejado. Mientras que, por el contrario, diremos que la idea de extensión es una idea simple y no compuesta porque la idea de extensión no contiene más idea que la de extensión.

Para saber, pues, si la idea de Dios o de un ser que se concibe como infinitamente perfecto es más simple o menos compuesta que la idea que se pueda tener de un cuerpo infinitamente perfecto, habrá que ver si la idea de Dios o de un ser infinitamente perfecto no contiene en sí misma la idea de las perfecciones que podría tener la idea de un cuerpo infinitamente perfecto. Ya que si contuviera la misma cantidad de perfecciones que contendría o pudiera contener la idea de cuerpo infinitamente perfecto, es evidente que ambas ideas serían igualmente compuestas y, por consiguiente, las dos serían igual de ficticias. Pues bien, parece claro y evidente que la idea de Dios o la de un ser infinitamente perfecto contiene en sí misma la idea de todas las perfecciones posibles, ya que si no contuviera en sí misma la idea de todas las perfecciones posibles no sería la idea de un ser infinitamente perfecto, sino la idea de un ser al que le faltarían algunas perfecciones, por lo que no sería un ser infinitamente perfecto. Pues bien, resulta claro y evidente que la idea de un cuerpo infinitamente perfecto sólo puede contener en sí misma la idea de todas las perfecciones posibles. Luego la idea de Dios o de un ser infinitamente perfecto no es ni más simple ni menos compuesta que la idea de un cuerpo infinitamente perfecto y, por consiguiente, las dos no son más que meras ficciones del espíritu que no sirven para probar de ningún modo la existencia de un ser infinitamente perfecto.

«La idea de un cuerpo infinitamente perfecto —dice el mismo autor en *La Recherche*— es una idea compuesta que puede ser falsa o contradictoria, como de hecho lo es». Estoy de acuerdo con él en que esta idea es compuesta y falsa, y también estoy de acuerdo con él en que no puede haber cuerpos infinitamente perfectos. Pero hay que admitir también que no existe ningún ser que pueda ser infinitamente perfecto, porque la idea de perfección infinita no es más que una ficción del espíritu, como ya he señalado. «No se pueden concebir claramente —dice— cuerpos infinitamente perfectos»: estoy de acuerdo. Pero, ¿se puede concebir más claramente o más fácilmente algún otro ser infinitamente perfecto? En absoluto. Al contrario, resulta mucho más fácil concebir perfecciones en un cuerpo, pues es extenso y tiene partes, que en un ser que no tiene cuerpo, que carece de forma y de aspecto, y que no tiene ni extensión ni partes. Podemos concebir fácilmente la belleza, por ejemplo, y la bondad en un cuerpo que es extenso y tiene partes bien proporcionadas. Pero, ¿cómo concebir la belleza en un ser que no tiene ni forma ni aspecto ni extensión ni partes? Realmente, no es concebible. ¿Cómo podríamos concebir la belleza y la bondad infinitas si no podemos concebir que tenga ningún grado perceptible de belleza ni de bondad? Podemos concebir fácilmente que una persona pueda tener talento, fuerza, poder y sabiduría en la medida en que tiene cabeza, brazos y piernas y que es robusta. Pero, ¿cómo concebir que pueda tener talento, fuerza, poder y sabiduría un ser que carece de brazos, de piernas, de cabeza, de cerebro y de todo cuanto proporciona la fuerza y la sabiduría? Y por último, ¿cómo podemos concebir lo infinito en un ser que carece de partes y de extensión? Realmente, no se puede, lo vuelvo a repetir, resulta contradictorio, cae por su propio peso y es incompatible en sus términos. Es absurdo.

«Un ser particular y finito, como el cuerpo, no puede —dice el mismo autor— ser concebido como universal e infinito». Es verdad. Pero también resulta claro y evidente que un ser que no tiene extensión no puede ser concebido como universal e infinito. Es contradictorio y cae por su propio peso. «Pero la idea de Dios —dice—, o del ser en general, del ser sin restricción, del ser infinito, no es una ficción del espíritu, no es una idea compuesta que encierre una contradicción. No hay nada más simple, por mucho que contenga todo lo que existe y todo lo que puede existir. Pues bien —añade—, esta idea simple y natural del ser o del infinito contiene su existencia necesaria porque es evidente —continúa— que el ser, y no digo un ser particular —tened esto bien en cuenta—, tiene su existencia por sí mismo y que el ser no puede no ser realmente, ya que es imposible y contradictorio que el ser verdadero carezca de existencia». Este último razonamiento propuesto por el autor de *La Recherche de la Verité* es absolutamente cierto.

Pero fijaos en la artimaña o la equivocación en que incurre. Tengo que decirlo así porque confunde a propósito o por inadvertencia el ser *en general*, es decir, el ser sin restricción y el ser infinito con el ser *infinitamente perfecto*. Y de la existencia actual y necesaria del ser *en general* y del ser infinito concluye muy sutilmente la existencia

actual y necesaria del ser *infinitamente perfecto*, como si las dos cosas fuesen lo mismo.

Tanto si ha hecho un razonamiento tan capcioso a propósito como si ha confundido a propósito las dos cosas, nos hallamos ante una artimaña reñida con la buena fe que no corresponde a un filósofo prudente que razona seriamente.

Y si las confunde por inadvertencia, se trata de una equivocación y un error considerables, pues es claro y evidente, a poca atención que se ponga, que existe una gran diferencia entre el ser general e infinito y el ser infinitamente perfecto. Decir *ser en general* y sin restricción, tal como dice este autor, equivale a decir que existe el ser, independientemente de la manera que exista. Pero decir ser *infinitamente perfecto* equivale a decir no solamente que hay *un ser que existe* sino a decir necesariamente que se trata de *un ser que tiene todas las perfecciones posibles* y que las posee en un grado supremo e infinito de perfección. Ya que si no las tuviera todas o, si teniéndolas, no las tuviera en un grado supremo e infinito de perfección, es indudable y resulta claro y evidente que no sería infinitamente perfecto, pues le faltarían alguna perfecciones, si es que no las tenía todas, o las poseía en un grado menor de perfección, si no las tenía en un grado supremo e infinito de perfección. Por eso, es indudable, claro y evidente que el ser en general y sin restricción y el ser infinito no es lo mismo que el ser infinitamente perfecto. Y que quien dice s*er en general, ser sin restricción* y *ser infinito* no está diciendo *ser infinitamente perfecto*. El ser en general y sin restricción o el ser infinito no son otra cosa que la materia o la propia extensión, suponiendo que materia y extensión no sean lo mismo, como pretenden los cartesianos, cosa que no es necesario examinar aquí.

Es indudable y resulta también claro y evidente que la materia, o al menos la extensión, existe, que existe necesariamente y que es infinita en su conjunto. Ya que cuando se piensa en la materia no es posible concebir que carezca de extensión, ni que esa extensión tenga fin, porque en cuanto queramos ponerle o suponerle algún fin o límite, enseguida nos viene claramente al espíritu que tiene que haber por necesidad un más allá de esos límites y que, por consiguiente, hay extensión y que, además, la extensión es infinita. Ya que por mucho que le coloquemos el fin en un punto determinado o le supongamos unos límites, seguiremos pensando claramente que hay un más allá de dicho fin o de dicho límite y, por tanto, que hay más extensión aún, por lo que dicha extensión es infinita, como he dicho.

Por eso, en la propia idea de materia o en la idea de extensión vemos, e incluso concebimos de forma evidente, la existencia actual y necesaria del ser en general, del ser sin restricción y del ser infinito, según dice nuestro autor, que tiene sobrada razón cuando afirma que la idea simple y natural de dicho ser contiene todo lo que es y todo lo que puede ser, porque todo lo que es y todo lo que puede ser no es efectivamente más que materia o extensión diversamente modificada.

Le sobra razón cuando dice que la idea de un ser como ése contiene la existencia necesaria y cuando dice que este ser debe su existencia a sí mismo, porque no es

posible que el ser verdadero carezca de existencia.

Pero no tiene ninguna razón cuando a partir de ello saca la conclusión de que existe un ser infinitamente perfecto, porque no hay ninguna relación necesaria entre la idea clara y natural de una materia cuya extensión es real y verdaderamente infinita y la idea quimérica de un ser infinitamente perfecto que no se encuentra en ninguna parte, no existe en ninguna parte, no existe en absoluto y no podría haber recibido ninguna perfección, pues carece de forma y de aspecto y no tiene extensión alguna.

Se suele decir que quien dice *perfección* dice necesariamente algo que tiene que ver con una cualidad hermosa o buena y con una *modificación perfecta del ser*; y quien dice *infinitas perfecciones* dice necesariamente *infinitas cualidades bellas y buenas* e infinitas *modificaciones perfectas del ser*. Y para que un ser sea infinitamente perfecto, ha de tener necesariamente en sí infinitas clases de las modificaciones más bellas, mejores y en altísimo grado de perfección actualmente, como está claro y resulta evidente. De igual manera, quien dice *modificaciones del ser* dice necesariamente *formas de ser* y, por consiguiente, quien dice *diversas e infinitas clases de perfección* está diciendo *diversas e infinitas clases de modificación*, es decir, diversas e infinitas clases de maneras de ser. Pues bien, ¿cómo se puede concebir y cómo puede haber, en un ser que carece de forma y aspecto y no tiene partes ni extensión, diversas e infinitas clases de modificación, es decir, diversas e infinitas maneras de ser que sean al mismo tiempo infinitas en belleza, bondad y perfección? No se puede de ninguna manera, resulta manifiestamente ridículo y absurdo. Y por tanto, es claro y evidente que la idea que se forman los deícolas de un ser infinitamente perfecto que carece de forma y aspecto y no tiene partes ni extensión, es sólo una idea vana y quimérica y una ficción creada por su espíritu. Por consiguiente, su intento de demostrar la existencia de un Dios infinitamente perfecto a partir de la idea quimérica de un ser infinitamente perfecto no es más que una ilusión.

Y también es otra ilusión imaginarse que el ser en general y sin restricción, como lo llaman, es lo mismo que el ser infinitamente perfecto, porque es evidente que la materia o la extensión no son seres infinitamente perfectos, a pesar de que sean el ser en general, el ser sin restricciones y sin límites. Por eso es un error suyo intentar llegar a la conclusión de la existencia de un ser infinitamente perfecto a partir de la existencia de un ser que sólo es infinito en extensión. Lo que puede servir, al mismo tiempo, para poner de manifiesto la debilidad y la vanidad del razonamiento del señor arzobispo de Cambrai en este asunto. Veamos lo que dice: «Pienso —dice— que el ser que existiese por sí mismo existiría en un grado sumo de perfección. Porque el ser que es por sí mismo es eterno e inmutable, ya que lleva dentro de sí mismo, en sus propios cimientos, la causa y la necesidad de su existencia. Es por sí mismo todo lo que puede ser y nunca puede ser menos de lo que es. Ser así equivale —dice— a existir en el grado supremo del ser y, por consiguiente, en el grado supremo de verdad y perfección» (*Traité de l’Existence de Dieu*, pág. 371).

Lo que está diciendo es que el ser que sería por sí mismo, sería en un estado de suma perfección. Y se equivoca manifiestamente, porque es evidente que toda materia y toda extensión, que son lo que son por sí mismas, no lo son, sin embargo, en un estado de suma perfección. Por ejemplo, la materia que hace o produce una rana o un sapo, que hace o produce una mosca o una lombriz existe o es por sí misma, lo mismo que cualquier otra materia.

Sin embargo, resulta claro y evidente que no se encuentra actualmente en un estado de suprema perfección, porque podría sufrir una serie de modificaciones que serían más perfectas, al menos según nuestra forma de ver las cosas, y así lo entiendo y de ninguna otra manera. De tal modo que si me vinieran diciendo que todas las modificaciones del ser serían igual de perfectas en sí mismas y que la modificación del ser, es decir, de la materia, sería, por ejemplo, tan perfecta en el barro como en la claridad del sol, que sería igual de perfecta en una carroña apestosa que en un cuerpo vivo lleno de vigor y de salud, ni siquiera me tomaría la molestia de discutirlo. Puesto que sé que, como la materia es indiferente a todas las modificaciones que puedan darse, es decir, que sean posibles, puede tranquilamente ocurrir que todas las modificaciones posibles le resulten convenientes y, por tanto, que todas sean igual de perfectas en sí mismas, y sean sólo nuestro juicio o nuestra opinión los que nos hagan encontrar más belleza o más perfección en unas que en otras. Por lo cual, si los deícolas vinieran a sostener que cada ser diversamente modificado se encontraría en la suprema perfección del ser, estarían haciendo un Dios de cada ser diversamente modificado que se encontrara en un estado de suprema perfección o alcanzara su suprema perfección, lo que constituiría una doctrina realmente curiosa.

«Lo que es por sí mismo —dice el señor arzobispo de Cambrai— es eterno e inmutable». Y es verdad que lo que es por sí mismo es eterno, pero no siempre es verdad que sea inmutable. La extensión y la materia (si es que son dos cosas diferentes) tienen por sí mismas el ser, como he demostrado más arriba. Es verdad que la extensión es inmutable, porque siempre es la misma y es igual en todas partes. Pero es evidente que la materia no es inmutable, porque se mueve actualmente y cambia en todo momento de forma, de aspecto y de modificaciones. Y ahí podríamos hallar una buena razón para pensar que la materia y la extensión no son precisamente la misma cosa, como pretenden los cartesianos.

Si el señor arzobispo de Cambrai asegura que un ser que fuese por sí mismo sería inmutable y eterno al mismo tiempo, lo es debido a que contiene en su base la causa y la necesidad de su existencia. Pero con ello sólo demuestra que es eterno, no podría ser aniquilado y no podría dejar de ser, pero no prueba de ninguna manera que deba ser inmutable ya que ahí tenemos la materia para demostrar lo contrario, puesto que es por sí misma y eterna, pero no es inmutable porque se mueve actualmente y cambia de forma y modificaciones, como vemos a diario, todos los días y a cada momento.

«El ser que es por sí mismo —prosigue— es por sí mismo todo lo que puede ser, y no puede ser nunca ni más ni menos de lo que es». Esto, en cierto modo, es verdad y no lo es.

Lo que es por sí mismo es por sí mismo sustancialmente y realmente todo lo que puede ser. No puede ser ni más ni menos de lo que es. Por ejemplo, la materia, que es el ser en general, no puede ser ni más ni menos materia de lo que es. Lo mismo ocurre con la extensión, que en conjunto es el ser en general. La extensión no es en conjunto ni más ni menos extensa de lo que es. Es todo lo que puede ser actualmente. En este sentido, pues, es cierto.

Pero no es cierto que el ser en general sea siempre actualmente lo que puede ser de acuerdo con su forma y su modificación, es decir, de acuerdo con su manera de ser. Porque no tiene actualmente todas las maneras de ser que puede tener, ya que puede cambiar realmente de manera de ser, siendo de una manera en un momento dado y de otra más tarde. Esto resulta evidente en la materia, pues aunque no pueda ser ni más ni menos materia de lo que es en sí misma, no tiene, sin embargo, actualmente todas las formas de ser que podría tener e incluso no es posible que las tenga a la vez porque hay seres diferentes cuyas formas son incompatibles entre sí y se destruyen mutuamente.

«Ser así —dice el señor arzobispo de Cambrai—, es decir, ser por sí mismo, y ser a veces incluso todo lo que se puede ser, es existir según el supremo grado del ser y, por tanto, según el supremo grado de verdad y perfección». Esta conclusión es manifiestamente falsa. Porque toda materia está actualmente en el grado sumo del ser, es decir, no podría ser más materia de lo que es ni existir más realmente de lo que existe, porque existe tanto como puede existir y es actualmente tan materia como lo que pueda ser jamás. Y sin embargo, no por ello toda la materia se encuentra en el grado sumo de perfección, porque resulta evidente que la materia no posee todas las perfecciones posibles, ni puede tampoco tenerlas actualmente todas a la vez, ni puede tampoco tener una de ellas en un grado infinito de perfección. Por consiguiente, no se puede decir que lo que existe por sí mismo y lo que existe en el grado sumo del ser se encuentre en el grado supremo de perfección, porque no es verdad. El señor arzobispo de Cambrai y el autor de *La Recherche de la Verité* caen en lo ilusorio al imaginarse, como lo hacen o hacían, que el grado supremo del ser sea el supremo grado de perfección, y que el ser infinito y el ser infinitamente perfecto sean la misma cosa. Es o más bien era, repito, una ilusión suya imaginar semejante cosa, e incurren o incurrían en un error manifiesto al intentar sacar la conclusión de la existencia de un Dios infinitamente perfecto a partir de la existencia de un ser que se encontraría en el grado sumo del ser y que únicamente sería infinito en extensión. Sin embargo, toda su argumentación gira alrededor de esa ilusión y ese error, por lo que resulta muy fácil mostrar la debilidad y la vanidad de sus razonamientos.

Pasemos a su argumento más fuerte, o al menos al que parece más fuerte, porque en el fondo no me parece que sea más fuerte que los demás.

Este argumento, como he dicho, lo extraen de la grandeza, la belleza, la magnificencia, el orden, la regularidad, la disposición y las relaciones admirables que existen en todas las cosas o en todas las obras de la naturaleza. «No puedo abrir los ojos —dice el señor arzobispo de Cambrai en su *Traité de l'Existence de Dieu*, pág. 12— sin admirar la maestría que se manifiesta en la naturaleza entera. El más simple vistazo basta para percibir la mano que ha hecho todo». Y el gran mirmadolín de san Pablo dice que «desde la creación del mundo, su condición invisible, su poder y divinidad eternos, se hacen asequibles a la razón por las criaturas. Por lo cual no tienen excusa; pues, aunque conocieron a Dios, no le dieron gloria ni gracias» (Romanos, 1,20-21).

De este modo, los deícolas aseguran que se precisa necesariamente de la intervención de un espíritu divino, es decir, de un espíritu todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio para conseguir unas realizaciones tan admirables que sobrepasan infinitamente el genio y la fuerza de los mejores espíritus del mundo. Aseguran que la naturaleza no hace sino mostrar la maestría infinita de su autor y que el universo lleva en sí mismo el sello y la impronta de una causa infinitamente poderosa y experta, no siendo posible que el mero azar o el concurso ciego y fortuito de causas necesarias privadas de razón haya podido producir cosas tan admirables.

Y lo confirman con los ejemplos que he expuesto más arriba y que se basan en la estructura admirable de cosas como una casa o un reloj o un cuadro hermoso, o la composición o impresión de un hermoso libro que habla muy sabiamente de cantidad de cosas, así como de otros ejemplos semejantes. Y como todo el mundo sabe perfectamente que una bella casa, un cuadro hermoso, un bello reloj y la composición o impresión de un libro sabio y hermoso son cosas que no se pueden hacer solas, sino que necesitan de la intervención de obreros o artesanos diestros e ingeniosos para hacerlas tan bien y con tanta regularidad, resultaría ridículo y absurdo atribuirlas al azar o al mero concurso fortuito de unas cuantas causas ciegas y carentes de razón. De ahí sacan la conclusión de que la admirable estructura de nuestro mundo sólo puede deberse a la intervención de un obrero. Porque es imposible que sea el propio mundo el que se haya hecho a sí mismo, o que se deba al concurso fortuito de unas cuantas causas ciegas desprovistas de razón, de la misma manera que es imposible que una casa hermosa, un bello cuadro, un reloj hermoso o un libro sabio y bello se hayan hecho por sí solos o puedan deberse al concurso de unas cuantas causas ciegas y privadas de razón. Y así como resultaría absolutamente ridículo decir que esas hermosas y admirables obras fruto de la industria humana se habrían hecho solas o se deberían al concurso fortuito de unas cuantas causas ciegas y privadas de razón, de la misma manera resulta ridículo, según aseguran los deícolas, intentar atribuir únicamente a la intervención de una serie de causas ciegas y carentes de razón y de entendimiento la formación, el orden y el aparejamiento de las obras tan hermosas y admirables que vemos en la naturaleza.

Veamos si esto es efectivamente como quieren los deícolas porque, si fuese como dicen, habría que declararlos vencedores en la disputa. Pero si no fuese así, tendrían que reconocer su error y el espejismo en el que han incurrido. Para poder posicionarse correctamente sobre la naturaleza y el origen de las hermosas y admirables obras, o si preferís, de las hermosas y admirables producciones que vemos en la naturaleza, basta con conocer realmente sus causas principales, que son tres, a saber:

1. La causa sustancial, es decir, la causa profunda de su ser, aquello de lo que están hechas todas las cosas sin detenerse en su forma o su manera de ser.

2. La causa formal, es decir, aquello que hace que cada cosa sea especial o específicamente de tal o cual manera.

3. La causa eficiente, es decir, la causa activa o actuante que las forma, las moldea, las coloca y las ordena para que sean lo que son.

No hace falta recurrir a ninguna causa más para saber clara y realmente si las hermosas y admirables obras de la naturaleza provienen necesariamente de la mano todopoderosa de Dios y de una inteligencia soberanamente perfecta o si, en cambio, pueden provenir únicamente de una serie de causas ciegas y privadas de razón.

Examinémoslo.

1º. Por lo que se refiere a la causa sustancial y a la causa profunda del ser de las cosas que hay en la naturaleza, todo el mundo está de acuerdo, incluidos los deícolas, en que la causa sustancial y su ser sustancial es la materia, ya que, como todo es material y corpóreo, tiene que ser la propia materia la que constituye la base de su ser y su sustancia. En una palabra, los seres son materia y son la propia materia, y nadie lo puede poner en duda. Ahora bien, la materia no puede haber sido creada ni producida a partir de nada por ninguna causa, como he demostrado claramente más atrás. Las demostraciones se encuentran en el capítulo 70, por tanto no hace falta repetirlas ahora. Y al ser eso así, resulta claro y evidente que las bellas y admirables obras de la naturaleza no pueden haber sido creadas ni formadas de la nada por ninguna causa, en lo que se refiere a su sustancia y su ser sustancial. Por consiguiente, su existencia o su ser sustancial no demuestran ni prueban de ninguna manera la necesidad de la existencia de un creador.

2º. La causa formal y específica de los seres —me refiero a lo que hace que la cosas sean determinada o específicamente de tal o cual especie, de tal o cual clase y manera de ser— no es más que la configuración o modificación interna y externa de las partes de la materia de la que están compuestas, que se juntan y se unen, se sueldan y se modifican de infinitas formas y maneras en los diferentes seres, tanto en los que vemos como en los que no vemos. Es indudable y resulta claro y evidente que, para construir las hermosas y admirables obras que encontramos en la naturaleza, no se necesita otra cosa que las diferentes configuraciones, modificaciones y acoplamientos de las diferentes partes de la materia. De tal manera que, aunque existiese un obrero todopoderoso e infinitamente sabio para construirlas,

sólo podría hacerlo mediante las diferentes configuraciones, acoplamientos y modificaciones de las partes de la materia. Y al igual que las mejores obras del arte y la industria humana se hacen únicamente mediante la forma, la disposición y el acoplamiento de los distintos materiales que efectúan los obreros, así las obras más hermosas, más admirables y más perfectas de la naturaleza existen sólo mediante la configuración, el acoplamiento y la modificación de las partes de la materia. Y de la misma manera que todos los días vemos que, a partir de la misma masa de estaño, de cera o de escayola, los obreros moldean, por ejemplo, hombres, animales, pájaros, etc., de distinto tamaño y forma, y también vasijas diferentes como platos, escudillas, ollas y también cucharas y objetos similares con sólo dar una forma característica a la materia, de la misma manera las obras de la naturaleza más hermosas, admirables y perfectas se pueden conseguir por las diferentes configuraciones, acoplamientos y modificaciones de sus partes. En cuanto a que las supuestas formas accidentales y sustanciales puedan ser seres particulares educidos a partir de la materia o como engendrados por la materia, según sostienen algunos filósofos, sólo puedo responder que no se trata más que de quimeras que ni siquiera merecen ser refutadas. Y los cartesianos hacen bien en rechazarlas, como lo hacen. Pues bien, si esto es así resulta evidente una vez más que las bellezas y perfecciones que vemos en las obras de la naturaleza no son realmente más que modificaciones de la materia, por lo que no demuestran ni prueban de ninguna manera la existencia de creador alguno.

3º. Queda por examinar la tercera causa, que es la causa eficiente de las bellezas y las admirables perfecciones que vemos en las obras de la naturaleza. ¿Qué necesita un ser para actuar? Después de haberlo pensado detenidamente, sólo puedo responder a eso diciendo que es necesario y suficiente que tenga movimiento o se mueva. Con eso basta. Ya que se puede concebir claramente que, cuando un ser se encuentra en un estado de reposo completo y perfecto, no es posible que actúe ni haga nada, basta con hacer caso a la máxima que dice: *idem manens idem semper facit idem*, lo que está y permanece siempre en un mismo estado sólo puede ser y hacer lo mismo. Mientras permanece en un estado de perfecto reposo, el ser está, pues, en un estado de perfecto reposo y, por consiguiente, no hace nada. Pero en el preciso instante en que empieza a moverse, comienza a actuar y está en acción, una acción o un estado de acción que será tanto mayor cuanto mayor sea el movimiento. Si se mueve débil o lánguidamente, actúa débil y lánguidamente; si se mueve con fuerza y violencia, actúa con fuerza y violencia. Si se mueve con conocimiento y libertad, actúa con conocimiento y libertad. Si se mueve ciega y necesariamente, actúa ciega y necesariamente. Si se mueve de manera regular y ordenadamente, actúa de manera regular y ordenadamente. Y si, por el contrario, se mueve de manera irregular y sin orden, actúa de manera irregular y sin orden. En una palabra, toda acción sigue natural y necesariamente la naturaleza del movimiento del ser que se mueve. Todo esto es claro y cierto, y como los diferentes movimientos de los que acabo de hablar pueden modificarse aún de infinitas formas y maneras y, al mismo tiempo, los seres

que constituyen las partes más ínfimas de la materia están todos en movimiento, ya que pueden combinarse, acoplarse, engarzarse, unirse o soldarse para formar un conjunto o bien, por el contrario, pueden chocar entre sí, repelerse, separarse, alejarse y dispersarse de infinitas formas y maneras, entonces resulta claro y evidente que todos esos seres diferentes, es decir, todas esas partes diferentes de la materia, por ciegas que sean, deben producir natural y necesariamente infinidad de efectos diferentes con sus movimientos, combinaciones, acoplamientos y modificaciones. Unos efectos que serán en unos casos feos, y en otros hermosos. Los habrá buenos, malos, pequeños, grandes y medianos. Unos tendrán una forma determinada, otros otra; unos serán duros, otros blandos; unos fluidos y líquidos, otros secos y áridos; unos claros y relucientes o luminosos, otros sombríos y oscuros; unos ligeros y sutiles, otros pesados y macizos. Unos tendrán un gusto determinado, otros otro; unos tendrán un color determinado, otros otro; unos serán vivos y animados, otros inanimados…, etc. En fin, las diferentes partes de la materia, por ciegas que sean, como ya he dicho, deben producir natural y necesariamente infinitas clases de obras y efectos de todo tipo y forma, del tamaño, color y cualidad que fuesen a partir únicamente de sus diferentes movimientos y las diferentes formas de unirse o acoplarse, como vemos claramente que sucede en la naturaleza.

Resulta también claro y evidente que los diferentes efectos y obras que vemos en la naturaleza nacen de los diferentes movimientos de la materia y debido a los diferentes ensamblajes, uniones y modificaciones de sus partes, porque no es posible que la infinidad de partes y de seres que hay en el conjunto de la materia puedan moverse de infinitas formas y maneras sin encontrarse, entremezclarse, unirse, engarzarse y acoplarse de diferentes maneras y, por consiguiente, sin hacer ni producir todos esos diferentes efectos u obras bellas, sean hermosas o feas, grandes o pequeñas, admirables o despreciables que vemos en la naturaleza. De tal manera que, aunque no fuesen todas tal y como las conocemos hoy día, tendrían que ser necesariamente muy parecidas a como las vemos ahora. Y como todas esas partes de la materia que se han unido y juntado ciegamente debido a su propio movimiento y a los encuentros fortuitos, pueden separarse, debido también a su capacidad natural de movimiento y al movimiento de las demás partes de la materia que chocan con ellas y las sacuden y agitan, de ello se sigue necesariamente que todas las obras de la naturaleza, compuestas por partes de materia unidas y acopladas en un conjunto dado, pueden soltarse y separarse unas de otras y disolverse naturalmente, pues las partes de la materia que las componían pueden soltarse y separarse unas de otras por completo para volver al estado en el que se encontraban antes de su unión. Y esta desunión o disolución en partes de lo que constituía una obra o un compuesto se producirá con mayor o menor facilidad, más pronto o más tarde, según la fuerza con que estén unidas o según sea la violencia de las sacudidas producidas por los choques de las partes que las rodean. Pues bien, todo esto es lo que produce las enfermedades, las dolencias, la vejez y, por último, la muerte en los cuerpos vivos, así como la

podredumbre y la corrupción en los cuerpos carentes de vida. Y vemos que sucede manifiestamente todos los días en las obras de la naturaleza, de tal manera que no se puede negar nada de lo que he dicho sobre este asunto.

Si esto es así, resulta evidente que las obras de la naturaleza, incluso las que son más hermosas, perfectas y admirables, dependen sólo de los movimientos de la materia y de la unión o desunión de sus distintas partes para formarse o disolverse. Y como este movimiento de la materia no puede provenir más que de la propia materia, tal y como he demostrado en el capítulo 71, y como la unión y desunión de las partes de la materia no es asimismo más que la consecuencia natural de su capacidad de moverse y del movimiento regular e irregular de las partes, se sigue de ello que la formación de las obras de la naturaleza, por hermosas y admirables que sean, no demuestra ni prueba de ninguna manera la existencia de un Dios infinitamente perfecto.

82

Las cosas naturales se forman y moldean ellas mismas debido al movimiento y el concurso de las diferentes partes que componen la materia, que se juntan, unen y modifican de forma diversa en los cuerpos que componen

Los deícolas dirán seguramente que el movimiento de la materia y el movimiento de sus partes tienen necesariamente que haber sido guiados, ordenados y dirigidos por una omnipotencia soberana y una inteligencia suprema, puesto que no es posible que obras tan hermosas, formadas y compuestas de forma tan regular e industriosa, hayan podido hacerse solas y hayan podido ponerse en su lugar por sí mismas mediante el movimiento ciego y el acoplamiento y ensamblaje fortuito de las partes de una materia ciega y privada de razón.

Contesto a esto diciendo que es evidente que hay, en todo momento, una cantidad infinita de partes de la materia que están en movimiento continuo y que se mueven en todas las direcciones debido a una serie de movimientos particulares e irregulares mientras son arrastradas por el movimiento general de una enorme masa de materia que ocupa un volumen determinado o alcanza una extensión considerable. Es más, esa masa enorme de materia se ve obligada a adoptar un movimiento curvo, como ya he señalado, porque no podría moverse en línea recta debido a que la extensión está llena de una materia que no puede apartarse y retirarse a otra parte para dejar sitio a la primera. Pues bien, dada esa combinación de movimientos, es imposible que las partes de la materia hayan podido moverse sin entremezclarse y sin que muchas de ellas se hayan encontrado, unido, juntado, reunido y ligado unas con otras de diferentes maneras para empezar a constituir las diferentes obras que vemos en la naturaleza, pasando luego a perfeccionarse y fortalecerse debido a los mismos movimientos que las constituyeron, porque, si hay algo innegable, es que las cosas se perfeccionan y se fortalecen por la actuación continuada de los mismos movimientos que las hicieron nacer.

Conviene señalar que hay diferentes tipos de movimiento en la materia. Hay movimientos regulares, que se producen siempre de la misma manera pautada, y los hay irregulares que no siguen regla alguna, y ambos se encuentran en los diferentes seres o compuestos que hay en la naturaleza. Los movimientos irregulares de las partes de la materia no producen regularmente los mismos efectos, o no siempre de la misma manera, sino que unas veces lo hacen de una manera y otras de otra. Y como estos movimientos son o pueden ser irregulares de infinitas formas y maneras, el resultado es que se producen cantidad de vicios, defectos, taras e imperfecciones en la mayor parte de las obras de la naturaleza, por lo que no es extraño ver con cierta

frecuencia cosas monstruosas y deformes e incluso algunas que van contra el curso ordinario de la naturaleza.

Pero los movimientos regulares de las partes de la materia producen sus efectos ordinarios de manera regular. Y una vez que las partes de la materia se han abierto camino en ciertos lugares que les obligan a modificarse de tal o cual manera, tienden a continuar por sí mismas el movimiento en esos lugares siempre del mismo modo, y tienden asimismo a modificarse de forma idéntica en esos lugares. Por ello, producen regularmente en esos lugares y esas ocasiones los mismos efectos sin necesidad de que intervenga ninguna fuerza para moverlas ni ninguna inteligencia para guiarlas en sus movimientos. De tal manera que, si se encuentran fortuitamente en esos lugares y esas ocasiones, no podrán siquiera desviarse en realidad de sus rutas ordinarias ni modificarse de una manera distinta a como deberían modificarse, a menos que se encuentren en su camino con obstáculos fortuitos que les impidan proseguir la dirección habitual impidiéndoles modificarse como hubieran debido de acuerdo con la determinación precedente, ya que se ven obligadas en ese caso a tomar desvíos en su curso o a sufrir alguna modificación en sus ensamblajes y acoplamientos. Todo eso producirá necesariamente defectos, superfluidades, deformidades o alguna cosa extraordinaria en las obras que generan.

Veamos algunos ejemplos naturales de ello.

El agua, por ejemplo, de acuerdo con la disposición y modificación natural de sus partes, se ve determinada por sí misma a fluir siguiendo la inclinación del lugar donde se encuentra. Si no hay inclinación alguna en las inmediaciones, permanecerá en el lugar donde estaba. Y eso a pesar de que todas las partículas del agua se hallan en movimiento, a condición de que no esté congelada. Pero basta con que haya una cuesta a la izquierda o a la derecha, es decir, en uno u otro lado, para que fluya siguiendo la pendiente sin que para ello necesite poseer ninguna clase de inteligencia. Nunca deja de fluir hacia abajo, independientemente de que se trate del agua de una fuente, de un arroyo o de un río que fluye corrientemente. Y a fuerza de correr por los mismos lugares, se abre por sí misma de manera ciega y natural una especie de camino o canal desde su nacimiento hasta su desembocadura y lo sigue siempre constante y regularmente. A menos que se encuentre con un obstáculo fortuito en su lecho o canal, como un amontonamiento de maderas, de piedras o de tierra que podrían haber caído en él o haber sido arrastradas por algún accidente extraordinario, con lo que su camino habitual quedaría taponado. Entonces se ve obligada a seguir su curso por otra parte y, más aún, por la parte más cómoda y fácil, y se abrirá así un nuevo camino o canal que volverá a seguir regular y constantemente a menos que surja un nuevo obstáculo. Y todo esto sucede sin necesidad de que intervenga inteligencia alguna para dirigir su curso.

De igual manera, los cuerpos pesados caen natural y ciegamente hacia abajo, y el fuego y el humo suben directamente hacia arriba mientras no encuentren ningún obstáculo en su movimiento natural. Y lo hacen sin necesidad de que intervenga

inteligencia ni razón alguna para dirigir sus movimientos. Asimismo, los vapores y las exhalaciones salen de la tierra natural y ciegamente debido al calor del sol, para formar natural y ciegamente la niebla que asciende por el aire hasta determinada altura, donde forman nubes de diferentes formas irregulares. Las nubes siguen natural y ciegamente, siempre y de forma regular, la dirección del viento y caen a la tierra en forma de lluvia, granizo o nieve. Es indudable y evidente que todo esto se produce sin necesidad de que intervengan ni la inteligencia ni la razón para que sigan regularmente sus movimientos naturales.

A poco que se preste atención, resulta claro y evidente que ocurre lo mismo con el movimiento de las partes de la materia que producen las más hermosas y perfectas obras de la naturaleza, ya que, como he dicho, las diferentes partes que se abren camino y se modifican de determinada manera para formar las diferentes obras de la naturaleza lo seguirán haciendo posteriormente del mismo modo, es decir, se modificarán regular y ciegamente de la manera que deben hacerlo de acuerdo con la determinación actual en que se encuentren. Y eso en cada sujeto o compuesto que formen, a menos que se tropiecen con algún obstáculo que les obligue a emprender otro camino o alguna otra modificación particular. Pues entonces no producirían regularmente los efectos habituales sino que los producirían de otra manera y, en según que casos y dependiendo de la clase de obstáculo con que tropiecen, podrían producir una naturaleza o especie diferente.

Esto lo podemos ver a diario de forma evidente en los productos de la naturaleza y especialmente en la formación de las plantas, en la de los animales e incluso en la del cuerpo humano, que consideramos la obra más perfecta de la naturaleza. Porque si algo es cierto es que las plantas, con independencia de la especie de que se trate, los animales, independientemente de la especie de que se trate, e incluso los hombres, no producen a sus semejantes de manera distinta de la que acabo de señalar. Es decir, las partes de la materia se ven obligadas a unirse, ensamblarse y modificarse de una manera concreta después de haberse abierto camino por determinados lugares y haberse visto confrontadas a ciertos encuentros o a una especial coyuntura de tiempo y espacio, así como a un cúmulo de circunstancias. Y cada vez que las partes de la materia se encuentren en una situación semejante y en las mismas circunstancias de tiempo y lugar, se verán determinadas a seguir el mismo curso y a modificarse de la misma manera y, por tanto, se verán obligadas a producir los mismos efectos, a menos que se encuentren con algún obstáculo que les impida seguir su curso habitual y les obligue a adoptar otra determinación. Como haría una bola que lanzáramos por delante de nosotros, que se vería obligada a seguir en línea recta de acuerdo con la determinación inicial a menos que encontrara algún obstáculo que la desviase. Porque entonces, en cuanto encontrase algún obstáculo, se desviaría a la izquierda o la derecha y hasta podría volver hacia atrás si el obstáculo con el que se encuentra le obliga a adoptar esa determinación. Todo esto depende de ciertas particularidades que no es preciso examinar aquí.

Pues bien, una vez que las partes de la materia han seguido determinado curso y se han abierto camino en la primera generación de cada especie de planta o de animal debido a que concurrían determinadas circunstancias que las obligaron a juntarse, unirse y modificarse de una forma determinada, de ello se sigue que, cada vez que las partes de la materia se encuentren en las mismas circunstancias y experimenten los mismos encuentros, se verán obligadas a seguir el mismo camino, como ocurre con el agua de un arroyo que fluye por su lecho o canal. Por eso, al seguir los mismos caminos, se ven obligadas a juntarse, unirse, ligarse y modificarse siempre de la misma manera y, por consiguiente, producirán con regularidad los mismos efectos en las plantas o los animales, independientemente de la especie a la que pertenezcan. Y eso es lo que hace precisamente que las hierbas o plantas y todos los animales, incluido el hombre, engendren y produzcan habitual y regularmente a los que son de su misma especie. De no ser que las partes de la materia se encuentren con algún obstáculo fortuito en su curso que les impida modificarse como hubieran debido hacer de acuerdo con la determinación inicial. O a menos que su número o su movimiento sea demasiado débil y no baste para que se produzca una modificación perfecta o que, por el contrario, su número sea demasiado grande o su movimiento demasiado rápido, violento o irregular, ya que entonces las modificaciones resultarían imperfectas y defectuosas o serían monstruosas y deformes.

Que esto es efectivamente así podemos comprobarlo claramente en los defectos y deformidades existentes en los productos de la naturaleza, ya que es indudable que esos defectos y deformidades provienen sólo de las causas y razones que acabo de señalar. Por otro lado, lo podemos ver en la materia, que es la misma a la hora de formar, producir y alimentar a las plantas y los animales, hombre incluido, ya que tanto unos como otros están hechos, han sido producidos y engendrados y se alimentan de la misma materia con que están hechas todas las cosas. Porque lo único que hace la materia es modificarse de manera diversa para producir toda clase de sujetos.

Veamos algunos ejemplos claros, naturales e incontestables.

La propia hierba, por ejemplo, o el heno, la avena y el trigo que sirven de alimento a los caballos, los bueyes o las cabras, etc., se cambian y modifican en todos los caballos que comen esas cosas para producir la carne y la sustancia del caballo. Incluso una parte de ese alimento se transforma y se modifica de tal manera en ciertas partes de su cuerpo que puede servir y sirve realmente de simiente para la generación y producción de caballos semejantes. Porque todo cuanto comen y les sirve de alimento se ve obligado realmente a cambiarse y modificarse de esa forma, gracias a la digestión que se opera en el interior de su cuerpo, para convertirse en su carne y su sustancia y no en otra cosa. En los bueyes y las vacas, la misma hierba y el mismo alimento se transforman y modifican en la carne de los bueyes y en la carne de las vacas respectivamente, y una parte de ese alimento se transforma y modifica de tal manera en el cuerpo de toros y vacas que puede servir y sirve realmente de simiente

para la generación y producción de animales semejantes. Porque, como ya he dicho, gracias a la digestión que se produce en el interior de su cuerpo, el alimento se ve obligado a convertirse y modificarse en su carne y su sustancia y no en otra cosa. En las cabras y demás animales ocurre lo mismo: la materia del alimento que comen se transforma y modifica naturalmente para convertirse en su carne y su sustancia, mientras que una parte del alimento se transforma y modifica de tal manera en determinada parte de su cuerpo que puede servir y sirve realmente de simiente para engendrar y producir animales iguales a ellos.

De igual manera, la materia del pan y de la carne que comen los hombres, los monos, los perros, los pájaros, las ratas y los ratones se transforma y modifica naturalmente en las ratas, los ratones y los pájaros para convertirse en su respectiva carne y sustancia. Lo mismo ocurre, independientemente de sus respectivas características, en los perros, los gatos y demás animales e insectos, ya que el alimento que comen se transforma y modifica de una manera determinada, con independencia de cómo sean los tejidos y sustancias de esos animales, para convertirse y transformarse en su carne y su sustancia y no en otra cosa porque se ve obligado o determinado a ello. Evidentemente, lo mismo sucede en los hombres. El pan, la carne y la fruta que comen, al igual que los licores que beben, se transforman y modifican, gracias a la digestión, en la carne y la sustancia que los constituyen, y, tal como he dicho, una parte de los alimentos se transforma naturalmente y en determinadas partes del cuerpo para producir la semilla prolífica que puede servir y sirve realmente para la generación y producción de otros seres humanos.

Y todo esto ocurre de manera similar a la que se produce en otros animales porque, como he dicho, la materia se encuentra determinada en ellos para transformarse y convertirse en su propia carne y sustancia, e incluso en una semilla que sirve para producir ejemplares semejantes, a condición, como he dicho, de que no haya obstáculos que impidan que la materia siga su determinación inicial y la obliguen a adoptar otra, porque entonces no produciría el efecto que hubiese debido producir y que habría producido sino que lo produciría de otra manera e incluso podría llegar a producir uno diferente, de acuerdo con esa nueva determinación que se habría visto obligada a seguir.

Vemos muy claramente ejemplos de ello en el curso ordinario de la naturaleza y principalmente en las plantas y árboles. Me refiero en concreto a los injertos. Cuando se injerta en una rama un esqueje perteneciente a una especie diferente de la del árbol en el que se practica el injerto, la determinación inicial de la materia se ve alterada, ya que cada uno de los injertos que practiquemos cambia la determinación inicial que tenía el árbol haciéndole adoptar una determinación nueva y experimentar una modificación nueva que obligan al árbol a producir regularmente frutos distintos de los que habría tenido que producir si no se hubiesen practicado los injertos.

Sabemos que la savia de la tierra engendra, produce y nutre las diversas clases de hierbas, plantas y árboles. Todos se alimentan con el mismo jugo o savia pero, al

transformarse y modificarse de manera diferente en cada especie, hace que aparezcan en ellas regularmente yemas, hojas, flores y frutos. Pues bien, los frutos contienen las semillas y gérmenes que corresponden a su respectiva naturaleza, ya que esa savia, al penetrar a través de las fibras de las raíces de las mencionadas hierbas o plantas, se ve determinada por la propia disposición y por la modificación que se produce en las fibras y raíces para hacerlo de la manera correspondiente a cada hierba y a cada planta, produciendo, por consiguiente, las yemas, hojas, flores y frutos con sus correspondientes semillas que les corresponden de acuerdo con su respectiva naturaleza.

Sin embargo, si en una de esas plantas, por ejemplo un manzano, un peral o un cerezo silvestres, se injertan, en cinco o seis ramas, cinco o seis esquejes de diferentes variedades de manzana, en el primer caso, cinco o seis variedades de pera o cinco o seis variedades de cereza respectivamente en los otros dos casos, cada injerto dará sus propias hojas, sus propias flores y sus propios frutos en consonancia con su propia especie y no con la del árbol que le sirve de huésped, ya que éste dará las hojas, flores y frutos silvestres que le correspondan. Mientras que en las ramas injertadas cambia de determinación y adopta necesariamente una modificación completamente diferente, que tendrá capacidad para producir las hojas, flores, frutos e incluso semillas y gérmenes correspondientes a la naturaleza de cada clase de injerto. De tal manera que un manzano, un peral o un cerezo serán capaces de producir regularmente tantas clases diferentes de frutos como injertos se les hayan hecho.

Lo cual demuestra de manera evidente que las realizaciones y cambios que se producen regularmente en la naturaleza se deben solamente al movimiento de la materia y a las configuraciones y modificaciones diferentes de sus partes, que no son sino causas necesarias y fortuitas mezcladas indistintamente, unas causas ciegas y privadas por completo de razón.

Así pues, las obras y realizaciones de la naturaleza se producen por causas necesarias y fortuitas, causas ciegas y privadas de razón, por lo que esas obras y realizaciones de la naturaleza no demuestran ni prueban la existencia de una inteligencia soberana ni, por tanto, la existencia de un Dios que las habría formado para ser tal como las vemos.

83

Las obras de la naturaleza y las obras artificiales se forman de manera diferente

Aunque esta demostración sea clara y evidente, aún lo será más cuando veamos cómo respondo a los ejemplos con los que nos hemos encontrado más atrás y que los cristícolas presentaban a modo de alegaciones, como el de la casa hermosa, el cuadro hermoso, el reloj hermoso y la composición e impresión de un libro sabio y hermoso, cosas todas ellas que no pueden ser fabricadas sin la intervención de la mano de algún obrero hábil e ingenioso.

Admito que todas esas cosas que alegaban a título de ejemplo no han podido haberse hecho realmente a sí mismas ni pueden deberse a la intervención de causas ciegas y privadas de razón. Admito que sería ridículo decir lo contrario y hasta pensarlo. Pero no puedo admitir que las obras de la naturaleza y las que se deben al ingenio humano hayan tenido que ser creadas, como si fuesen lo mismo, por la omnipotencia y la inteligencia supremas de un ser infinitamente perfecto: no, no puedo admitir semejante conclusión. La razón clara y evidente de ello es que hay una gran diferencia entre las obras de la naturaleza y las obras de la industria y, por consiguiente, entre las realizaciones naturales y las artificiales.

Las obras de la naturaleza están hechas con materiales que se forman y moldean por sí mismos debido a movimientos que les son propios y naturales. Están hechas a partir de materiales que se juntan y se alinean, se acoplan y se unen unos a otros por sí mismos a partir de los encuentros y las diferentes determinaciones en que se hallan y, por tanto, pueden formar y hacer diferentes obras debido a sus diferentes ensamblajes, sus diferentes uniones o sus diferentes modificaciones.

Pero las obras que se deben al ingenio humano se hacen únicamente a partir de materiales que no poseen por sí mismos la capacidad de moverse y que, por tanto, no pueden formarse ni moldearse a sí mismos o, dicho de otra manera, no podrían ensamblarse ni ordenarse ni unirse ni acoplarse por sí solos y, en consecuencia, no podrían producir ninguna obra que fuese regular y estuviese bien hecha, como por ejemplo una hermosa casa, un hermoso cuadro, un hermoso reloj o un libro bellamente compuesto e impreso. Por eso resulta ridículo decir, y hasta pensar, que los caracteres de imprenta, la tinta y las hojas de papel, que no poseen por sí solos la capacidad de moverse, puedan ensamblarse, ordenarse y unirse para componer e imprimir un libro: decir e incluso pensar esto es ridículo.

De igual manera sería ridículo decir, y hasta pensar, que la piedra y la madera con las que se hacen las casas se habrían cincelado, unido, ordenado y acoplado por sí mismas para construir una casa, porque estos materiales no tienen capacidad de moverse por sí solos. Lo mismo ocurre con los cuadros o los relojes y las demás

obras propias del arte. Sería ridículo decir, y hasta pensar, que se habrían hecho solas porque los materiales con que se hacen esas cosas no poseen la capacidad de moverse por sí solos.

Al haber una diferencia tan grande entre las obras propias del arte o el ingenio humano y las obras de la naturaleza no hay por qué asombrarse si unas se hacen y moldean por sí solas mientras las otras no pueden proceder de igual manera, porque los materiales con que se hacen las segundas están siempre en movimiento, mientras que los materiales de las primeras no lo están nunca, a menos que se les proporcione ese movimiento.

No hay que asombrarse, pues, de ello. Por la misma razón que no nos causa asombro alguno ver que los cuerpos vivos se mueven y los cuerpos muertos no lo hacen. Lo sorprendente sería ver que, de pronto, los cuerpos muertos se pusiesen en movimiento y se uniesen y ensamblasen con otros por sí solos, unas veces de una manera y otras de otra. Lo sorprendente sería también ver cómo las piedras y los trozos de madera, que carecen de vida y de capacidad para moverse por sí solos, rodaran, se cincelaran, labraran y cortaran para ir a colocarse y alinearse ingeniosamente por sí mismos. Y resultaría muy sorprendente porque ese tipo de cosas no poseen capacidad de movimiento. Ahora bien, a nadie le causa extrañeza que los cuerpos vivos se muevan y que, al moverse, se acerquen o alejen unos de otros. Y nadie se asombra tampoco de que, al acercarse, se unan y permanezcan juntos durante un tiempo antes de separarse por sí solos. Y a nadie le extraña nada de esto porque es lo que hacen habitualmente los cuerpos que están en movimiento.

Por ello, como las partes más pequeñas de la materia, que son los materiales de los que están compuestas las obras de la naturaleza, poseen la capacidad de moverse por sí solas y de hacerlo en todas las direcciones, según he demostrado un poco más atrás, resulta claro y evidente que pueden combinarse debido a su capacidad de movimiento. Pueden combinarse y acoplarse, juntarse, unirse y modificarse de infinidad de formas. Lo imposible sería que no lo hiciesen, fuera de una manera o de otra, habida cuenta de la cantidad infinita de partes de la materia que se hallan en constante movimiento. Por eso no hay que asombrase de que haya muchas partes que se juntan, se acoplan, se unen y se modifican de tantas maneras diferentes, y por tanto no hay que asombrarse de que produzcan y compongan por sí solas tantas obras en la naturaleza, ya que la producción de esas obras no es más que una consecuencia de su movimiento. No hay que extrañarse tampoco de que esas obras se hayan colocado y ordenado por sí solas en el orden y la situación en que se encuentran, porque las leyes del movimiento, por ciegas que sean, obligan a cada cosa a colocarse y ordenarse en los lugares que le corresponden de acuerdo con la disposición y la constitución de su naturaleza.

Esta muy lejos, pues, de resultar ridículo decir que las obras de la naturaleza se han hecho y ordenado solas debido a la fuerza y las leyes del movimiento; lo que resulta ridículo es lo que hacen los deícolas, es decir: negarlo y establecer una

comparación entre las obras de la naturaleza y las obras propias del ingenio humano. Resulta ridículo que quieran aplicar el mismo razonamiento a ambas, como lo es que quieran sacar las mismas conclusiones y consecuencias después de haberlo aplicado a las dos, porque hay una diferencia abismal entre ellas. Por esta razón, los deícolas más sensatos no pueden dejar de estar de acuerdo conmigo acerca de la verdad de los principios sobre los que estoy razonando.

Veamos cómo el autor de La Recherche de la Verité aborda este asunto después de haber señalado que «para juzgar las cosas correctamente hay que considerarlas con atención y sin preocuparse, y para razonar sin temor a equivocarse es necesario conservar siempre la evidencia en las propias percepciones y únicamente razonar a partir de ideas claras y de relaciones entre ellas conocidas con claridad» (tomo II, pág. 344):

«Si consideramos la extensión atentamente —dice—, podemos concebir sin dificultad alguna que una parte puede estar separada de otra. Es decir, podemos concebir sin dificultad el movimiento local y este movimiento local hace que cada cuerpo que se mueve trace una estela. El movimiento más simple y el primero que se presenta a la imaginación es el movimiento en línea recta. Si suponemos, pues, que hay partes[22] de la extensión que se mueven con un movimiento rectilíneo, es necesario que la parte que se encuentre en el lugar hacia el que se mueve esa primera parte de la extensión se mueva según una curva para hacerse con el lugar que la otra ha dejado libre. Y si imaginamos que se produce una infinidad de movimientos rectilíneos en una infinidad de partes de esta inmensa extensión que estamos considerando, es necesario que, dado que se van a encontrar con otros tantos obstáculos, todos esos cuerpos concurran por su mutua acción y reacción, es decir, por la mutua comunicación de sus movimientos particulares, para moverse según un movimiento curvilíneo».

«Con esta primera consideración, basada en las relaciones más simples de nuestras ideas, nos basta para tener que admitir la necesidad de los torbellinos del señor Descartes y para que tengamos que admitir, además, que su número será mayor cuantas más dificultades tengan para coincidir a la hora de constituir un único movimiento las partes de la extensión que se hayan visto constreñidas a moverse en línea recta. Y esos torbellinos serán mayores allí donde haya más partes de la extensión que hayan coincidido en el mismo movimiento y cuyas partes tengan más fuerza para proseguir su camino en línea recta. Dado que sólo el movimiento rectilíneo es simple, hay que considerar este tipo de movimiento como el único, en principio, que tienden a utilizar los cuerpos al moverse, porque Dios actúa siguiendo los caminos más simples, por lo que los cuerpos sólo adoptarán el movimiento curvilíneo cuando encuentren oposiciones continuas a su movimiento directo. Por eso, como los cuerpos no son iguales en tamaño y, dado que los más grandes tienen más fuerza para continuar su movimiento rectilíneo, podemos concebir fácilmente que los cuerpos más pequeños estarán más bien hacia el centro del torbellino,

mientras que los mayores se hallarán en la circunferencia, ya que las trayectorias de los cuerpos que se hallan en la circunferencia se acercan más a la línea recta que las que describen los cuerpos que se hallan en el centro. Como cada parte de la materia no ha podido moverse sin encontrarse con obstáculos en su movimiento, lo que la ha obligado a redondearse y romper sus ángulos, podremos admitir fácilmente que la extensión sólo podrá estar constituida por dos clases de cuerpos: los cuerpos redondos, que giran de diferente manera alrededor de sus respectivos centros y que además de seguir su propio movimiento, se ven arrastrados por el movimiento del torbellino, y una materia muy fluida y agitada que se habrá engendrado debido al roce o frotamiento de las bolitas que acabo de mencionar. Este tipo de materia, además de seguir el movimiento circular propio del torbellino, poseerá un movimiento rectilíneo del centro del torbellino hacia la circunferencia a través del espacio libre que dejan las bolas, de tal manera que su movimiento será espiral».

«Como esta materia fluida que el señor Descartes denomina *primer elemento* se halla dividida en partes más pequeñas, que tienen menos fuerza que las bolas, o segundo elemento, para continuar su movimiento rectilíneo resulta evidente —dice— que el primer elemento debe estar en el centro del torbellino y en los intersticios del segundo elemento, mientras que las partes del segundo deben rellenar el resto del torbellino aproximándose a la circunferencia en función de su tamaño o de la fuerza que tengan para proseguir su movimiento en línea recta».

Los cartesianos admiten un tercer elemento hecho de una materia burda que se habría formado, según dicen, a partir de la materia más sutil, algunas de cuyas partes se habrían visto obligadas, en determinados lugares, a unirse y ligarse endureciéndose para formar una costra. Y como las partes de la materia de las que está hecho este tercer elemento tienen todo tipo de formas, el tercer elemento tendrá que adoptar infinidad de formas y aspectos diferentes.

«En lo que respecta al torbellino en su conjunto —dice este autor—, no cabe duda de que, a partir de las cosas que acabo de decir, la distancia entre los polos del torbellino será más pequeña que la línea que atraviesa el ecuador. Y si tenemos en cuenta que los torbellinos se encuentran unos alrededor de otros y que se comprimen de manera desigual, tendremos que admitir, con toda claridad, que el ecuador es una línea curva irregular que se acerca a la elipse. Esto es lo que nos viene de forma natural al espíritu cuando consideramos con atención lo que tiene que sucederles a las partes de una materia que tiende a moverse continuamente en línea recta, es decir, de acuerdo con el más simple de los movimientos. Y si queremos suponer algo —añade — que parece muy propio de la sabiduría y del poder de Dios, es decir, que creó todas las cosas de golpe, que esas cosas fueron poniéndose en su lugar con el tiempo, siguiendo los caminos más simples, y que las conserva por las mismas leyes naturales, con lo que estaríamos aplicando nuestros pensamientos a lo que vemos, tendremos que admitir que el sol es el centro del torbellino. Y que la luz que emite en todas direcciones no es más que el esfuerzo continuo de las bolitas que tienden a

alejarse del centro del torbellino. Debiéndose a la presión que ejercen entre sí la enorme cantidad de bolitas de las que está hecho, no se puede, en realidad, comprimir una sin que se compriman a la vez todas las que se le oponen, el hecho de que la luz se extienda en un instante a distancias enormes. Así pues, debemos pensar que existen multitud de torbellinos idénticos al que acabo de describir en pocas palabras. Los centros de esos torbellinos serán las estrellas, que son como otros tantos soles. Y tendremos también que pensar que, pese a que esos torbellinos se encuentran unos alrededor de otros, han conseguido ajustarse de tal manera entre sí que se estorban lo menos posible en sus movimientos, ya que las cosas no habrían llegado al estado en que se encuentran si los torbellinos más fuertes hubiesen atraído a los más débiles y se los hubiesen tragado».

«Si nos ponemos a pensar ahora en que un torbellino muy grande puede, debido a su tamaño, su fuerza o situación, minar poco a poco a torbellinos más débiles y rodearlos así y arrastrarlos, y eso teniendo en cuenta que estamos hablando de torbellinos que pueden tener otros por encima, será necesario que esos planetas que se han formado en el centro de los torbellinos alcancen, al entrar a formar parte del torbellino mayor que los habría vencido, un equilibrio con el volumen de la materia en la que están flotando. De tal forma que, si esos planetas son de distinta solidez, se encontrarán a una distancia distinta del centro del torbellino en el que están flotando. Y si hay dos planetas que tienen más o menos la misma fuerza para seguir su movimiento rectilíneo, o hay un planeta que arrastra en su torbellino a uno o más planetas más pequeños a los que habría vencido, según nuestra manera de ver las cosas, entonces esos planetas pequeños girarán alrededor del más grande, el más grande girará alrededor de su centro y todos esos planetas serán llevados a una distancia casi igual del centro por el torbellino mayor».

«De acuerdo con las luces de la razón, nos vemos, pues, obligados —dice (*ibid.*, pág. 351)— a ordenar las partes que constituyen el mundo recurriendo a los caminos más simples. Así, todo lo que acabo de decir se apoya únicamente en la idea que tenemos de la extensión. Me ha bastado con suponer que las partes de la extensión tienden a moverse de acuerdo con el movimiento más simple, que es el rectilíneo. Y si acudimos a los efectos para comprobar si nos hemos equivocado al explicar las cosas por sus causas, nos quedamos en cierto modo sorprendidos de ver cómo los fenómenos celestes se acomodan perfectamente a lo que acabamos de decir. Porque comprobamos que los planetas que están en el centro de un torbellino pequeño giran alrededor de su propio centro, que sería el sol, en cuyo torbellino nadan todos esos planetas que giran alrededor de él, con la particularidad de que los planetas más pequeños o los menos sólidos están más cerca del sol mientras que los más grandes y más alejados no pueden mantenerse en el torbellino del sol, como les pasa a los cometas».

«Si queremos examinar la naturaleza de los cuerpos que se encuentran aquí abajo hay que tener en cuenta, en primer lugar, que, al estar constituido el primer elemento

por un número infinito de formas diferentes, los cuerpos que resulten de la unión de esas partes serán de diferentes clases. Habrá unos cuyas partes serán ramosas, otros cuyas partes serán largas, otros en los que sus partes serán redondas pero de formas irregulares. Si las partes ramosas son muy toscas, serán duros pero flexibles aunque no elásticos, como el oro. Si las partes son menos gruesas, los cuerpos serán blandos o fluidos como las gomas, las grasas y los aceites, pero si las partes ramosas son muy delicadas se parecerán al aire. Si las partes largas son gruesas e inflexibles, los cuerpos serán picantes e incorruptibles y se disolverán fácilmente, como ocurre con las sales. Si esas partes largas son flexibles serán insípidos como el agua. Si tienen partes burdas y de forma irregular se asemejarán a la tierra y a las piedras. Habrá, en fin, cuerpos de naturalezas muy diferentes no habiendo dos que sean exactamente iguales, porque el primer elemento es capaz de adoptar diferentes formas y esas formas no se combinan de la misma manera en dos cuerpos distintos».

«Independientemente de la forma que tengan, los cuerpos serán transparentes si tienen poros lo suficientemente grandes como para que pueda pasar por ellos el segundo elemento; entonces serán, pues, idénticos al aire, al agua, al vidrio, etc., es decir absolutamente transparentes. Independientemente de la forma que tengan los cuerpos, serán luminosos como las llamas si el primer elemento rodea alguna de sus partes y las sacude lo suficientemente fuerte y rápidamente como para expulsar de todas partes el segundo elemento. Si los cuerpos rechazan al segundo elemento que choca con ellos, entonces serán muy blancos, y si lo reciben sin rechazarlo serán muy negros, y si, por último, lo rechazan modificándolo tendrán el color correspondiente a la modificación».

«Lo que hay que decir respecto a la situación es que estarán en el centro los más pesados o los menos ligeros, es decir, los que tienen menos fuerza para ir en línea recta: en ese caso se encuentran los metales, mientras que la tierra, el agua y el aire estarán más alejados. Asimismo, los cuerpos conservan la situación en la que podemos verlos porque, conforme más capacidad de movimiento tengan, más lejos del centro de la tierra se encontrarán. Y si queremos saber por qué los cuerpos que se encuentran en el centro de los torbellinos son pesados mientras que son más ligeros conforme se alejan de él, tenemos que pensar que los cuerpos toscos reciben el movimiento de la materia sutil que los rodea y en la que están flotando. Ahora bien, la materia sutil se mueve actualmente en línea circular y sólo tiende a moverse en línea recta, por lo que comunica a los cuerpos toscos que transporta en su curso ese movimiento circular sin comunicarles sus esfuerzos para alejarse en línea recta, esfuerzos que no son más que la prolongación del movimiento que les comunica. Y como la materia sutil que se encuentra cerca del centro del torbellino posee una gran cantidad de movimiento que no puede utilizar para circular ni tampoco puede comunicársela a los cuerpos toscos que arrastra consigo, y como, por otra parte, ese movimiento circular es común a todas las partes de la materia, si los cuerpos toscos poseyeran más movimiento que el resto del torbellino lo perderían de inmediato al

comunicárselo a los cuerpos más pequeños con los que se encontrasen, por lo que resulta evidente que los cuerpos toscos, que se encuentran en las inmediaciones del centro, no tienen tanto movimiento como la materia en la que están flotando, materia cuyas partes se mueven de muchas formas diferentes, además del movimiento circular que les es común».

«Pero si los cuerpos toscos tienen menos movimiento, tendrán forzosamente que hacer menos esfuerzos para alejarse en línea recta, y si realizan menos esfuerzo para ir en línea recta tendrán que ceder ese esfuerzo a los que realizan un esfuerzo superior y, por consiguiente, se acercarán al centro del torbellino, es decir, que cuanto más sólidos sean, más pesados resultarán. Pero cuando los cuerpos toscos se encuentran lejos del centro del torbellino, entonces, como el movimiento circular de la materia sutil es mucho más grande debido a que utiliza todo su movimiento para girar alrededor del centro del torbellino, los cuerpos que sean más sólidos tendrán más movimiento, puesto que van a la misma velocidad de la materia sutil en la que están flotando, por eso tienen más fuerza para continuar su movimiento en línea recta, de tal manera que los cuerpos toscos serán, a una distancia determinada del centro del torbellino, más ligeros cuanto más sólidos sean. Descartes —dice— sabía que para comprender como es debido la naturaleza de las cosas había que tener en cuenta su origen y nacimiento y que había que comenzar por las más simples y remontarse a sus orígenes. Decía igualmente que no merecía la pena plantearse si Dios había creado todas las cosas poco a poco siguiendo los caminos más sencillos, o si las había creado desde el principio tal y como son. Porque independientemente de la manera en que Dios hubiese procedido, lo más importante era analizar sus orígenes para poder conocerlas bien y, una vez hecho esto, había que pasar a su desarrollo, en el caso de que lo que se hubiera pensado estuviese de acuerdo con lo que Dios había hecho. Descartes sabía que las leyes de la naturaleza, que son las que Dios puso para que las cosas se conservaran en el orden y la situación en que se encuentran, son las mismas que utilizó para crearlas y ponerlas en su lugar. Porque para aquellos que consideran las cosas con atención, resulta evidente que si Dios no hubiera puesto desde el principio las cosas en los lugares que les correspondían y que tendrían que alcanzar andando el tiempo, el orden de las cosas se vendría abajo, porque las leyes de la conservación se opondrían a las leyes de la creación primera. Si todas las cosas se encuentran en el orden en que las encontramos es porque las leyes del movimiento, que sirven para conservarlas en ese orden, fueron capaces de colocarlas en él. Y si Dios las hubiese puesto en un orden diferente al que habrían debido tener de acuerdo con las leyes del movimiento, las cosas habrían modificado dicho orden y se habrían colocado, debido a la fuerza de esas leyes, en el orden en que las encontramos ahora mismo» (ibid, pág. 361).

84

Los cartesianos se han visto obligados a reconocer que las obras de la naturaleza pudieron formarse y adquirir el estado en que se encuentran debido a la fuerza de las leyes naturales del movimiento de las partes de la materia

Según la doctrina del autor que acabo de citar extensamente, que es la de los cartesianos, los filósofos deícolas más sensatos y juiciosos, resulta claro y evidente que la formación del universo y la producción de las obras de la naturaleza, e incluso su situación, el orden en que se presentan y todo lo hermoso y perfecto que hay en ellas se debe, como ya he dicho, a las simples fuerzas de la naturaleza. Es decir, por la fuerza motriz de las partes de la materia que se configuran de diferentes maneras, y se combinan, mueven y se modifican, se unen y se sueldan unas a otras de diferentes maneras. Porque estos filósofos, por deícolas y cristícolas que sean, no ven que se necesite ninguna causa que no sea ésa ni, por tanto, ninguna inteligencia para producir los efectos que acabo de señalar, porque dicen expresamente que Dios creó las cosas tal y como tendrían que ser, correspondiéndoles ocupar el lugar en que tendrían que encontrarse andando el tiempo y que habría hecho eso utilizando los medios más simples conservándolas, además, gracias a las leyes naturales. Y dicen también expresamente que si Dios no las hubiese colocado en el lugar en el que tendrían que encontrarse, se habrían colocado solas debido a la fuerza de su propio movimiento. Y no sólo dicen que se habrían colocado solas andando el tiempo debido a la fuerza y a las leyes del movimiento, sino que también dicen formalmente que si Dios las hubiese puesto en un orden diferente al que hubieran debido tener, de acuerdo con esas leyes del movimiento, ellas mismas habrían modificado ese orden para colocarse en el que las encontramos.

Resulta manifiesto que, de acuerdo con la doctrina de los más famosos cartesianos deícolas y cristícolas, la producción de las obras de la Naturaleza, así como su colocación en el lugar correspondiente que tendrían que ocupar, por admirable que resulte, no prueba la existencia de una inteligencia soberanamente perfecta y, en consecuencia, no puede demostrar ni probar la existencia de un Dios todopoderoso que habría creado la materia y le habría proporcionado movimiento.

85

Por consiguiente, tendrían que reconocer también que la materia se mueve por sí misma, lo que va contra sus opiniones

He demostrado más atrás que la materia no puede haber sido creada y que su existencia y capacidad de movimiento se deben a ella misma. Luego hay que concluir necesariamente que en la naturaleza no existe nada que pueda demostrar ni probar la existencia de un Dios todopoderoso infinitamente perfecto. Por tanto, hay que concluir que Dios no existe en absoluto y que las obras de la naturaleza se debieron y se deben únicamente a las leyes naturales y ciegas del movimiento que se halla en las partes que constituyen la materia.

¿Cómo ha podido el autor de *La Recherche* decir que, si Dios no hubiese ordenado desde el principio las cosas en el orden en que tendrían que haberse colocado ellas mismas andando el tiempo, el ordenamiento dispuesto por Dios se habría venido abajo? ¿Y cómo ha podido decir que si las hubiese dispuesto en un orden diferente al que habrían tenido que adoptar de acuerdo con las leyes del movimiento modificarían ese orden para adoptar el que les correspondería de acuerdo con esas leyes, y que es el que tienen ahora mismo?

Porque este autor entra en contradicción y se confunde manifiestamente. Ya que si, por un lado, asegura que la materia carece de movimiento propio y que todo lo que forma y produce lo hace necesariamente porque interviene Dios, primer autor del movimiento, no puede decir al mismo tiempo que las cosas habrían acabado por ordenarse por sí mismas andando el tiempo, ni que las cosas habrían modificado por sí mismas el orden en que estaban colocadas, si Dios no las hubiese puesto en el que les correspondería de acuerdo con las leyes del movimiento. Es que ni siquiera podría decir que existen unas leyes del movimiento distintas de las establecidas por Dios, ni tampoco que esas leyes del movimiento tendrían la capacidad de poner las cosas en el orden en que las vemos ahora mismo. Porque resulta claro y evidente que las cosas no podrían adoptar un orden distinto del que les hubiese impuesto Dios si no poseyeran la capacidad de moverse por sí mismas y, más aún, si no tuvieran la capacidad de hacerlo por encima de la capacidad de moverse que les habría concedido Dios.

Por ello, como este autor admite que las cosas podrían haber adoptado, andando el tiempo, el orden en el que se encuentran, y admite igualmente que las cosas habrían trastocado el orden, en caso de que Dios las hubiese puesto en un orden distinto, a fin de adoptar el que les hubiera correspondido de acuerdo con las leyes del movimiento, y que no es otro que el que podemos ver ahora mismo, tendría que admitir necesariamente que la materia tiene la capacidad de moverse por sí misma. Como debería admitir que las leyes naturales del movimiento son más fuertes que las

que habrían recibido de Dios, ya que esas leyes naturales tendrían fuerza suficiente como para trastocar el orden de todas las cosas a fin de colocarlas en un orden distinto del que Dios les habría impuesto.

Como esto es así, resulta evidente que, por juicioso que sea este autor, se contradice aquí claramente y demuestra de forma manifiesta y contra sus propias opiniones que la materia se mueve por sí sola, por lo que no hace sino admitir, aunque sea sin querer, la afirmación que él mismo quería combatir. Y esto ocurre porque la fuerza de la verdad se impone por sí misma, de ahí que podamos decir que una verdad que fue atacada con tanto ahínco tendría que vanagloriarse por haber vencido y haber obtenido «la salvación de nuestros enemigos, del poder de cuantos nos odian» [Lucas, 1,71], es decir, de aquellos que la negaban y combatían.

Lo cual muestra de forma manifiesta, como he dicho, que las obras de la naturaleza se formaron en sus comienzos, y se forman siempre, debido únicamente a la intervención de las leyes naturales y ciegas del movimiento que se produce en las partes que constituyen la materia. Por lo que hay que concluir necesariamente que no existe nada en la naturaleza que permita demostrar o probar la existencia de un Dios todopoderoso e infinitamente perfecto, de ahí que resulte ilusorio lo que dicen los deícolas cuando aseguran que las cosas visibles de este mundo llevan en sí mismas la impronta y el carácter de la sabiduría divina.

86

Debilidad y futilidad de los argumentos con que los deícolas tratan de excusar a Dios por las imperfecciones, los vicios, las maldades, los defectos y las deformidades de las obras de la naturaleza

Lo que mejor confirma que no existe un Dios que haya creado las cosas son, como ya he indicado, las imperfecciones, los defectos y las deformidades que con tanta frecuencia encontramos en las obras de la naturaleza, y en particular los vicios y maldades que se dan tan a menudo en los hombres y animales, así como la cantidad de enfermedades, dolores y males que los afligen y atormentan a lo largo de su vida, como también la muerte triste y dolorosa o por puro marchitamiento, que les es inevitable. Porque no resulta admisible en absoluto que un obrero tan excelente como lo sería un Dios todopoderoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto, hubiese podido mancillar sus obras con imperfección alguna ni con defectos ni deformidades, pues eso sería completamente opuesto a su naturaleza bienhechora.

De igual manera, resulta absolutamente increíble que haya querido permitir y tolerar que puedan existir el vicio y la maldad en los hombre o los animales, así como que haya podido querer condenarlos a sufrir tantos males y tantas enfermedades para que su vida sea tan miserable, puesto que iría contra su infinita bondad y su soberana sabiduría, una bondad y una sabiduría que no podrían admitir que hubiera vicios o males en sus obras.

Ahora bien, podemos ver de manera manifiesta que en las obras de la naturaleza se dan con excesiva frecuencia todo tipo de imperfecciones, deformidades y defectos, muy considerables en algunos casos. Y podemos ver de forma evidente que en los hombres y en los animales hay un cúmulo de vicios y maldades, podemos ver asimismo que tanto unos como otros están sujetos a multitud de males y enfermedades que hacen que su vida sea infeliz y desgraciada. Pues bien, como podemos ver todo esto, tendremos que reconocer que nos hallamos ante la demostración clara y evidente de que las obras de la naturaleza no se deben a la intervención de un ser infinitamente perfecto sino que son obras producidas por causas ciegas y defectuosas. Unas causas que tienen que ver con las partes de la materia que las constituyen, con sus diferentes formas, sus diferentes movimientos, sus diferentes combinaciones, sus diferentes maneras de ensamblarse, sus diferentes encadenamientos y sus diferentes modificaciones.

Por evidente que sea esto, los idólatras de los deícolas se hallan tan infatuados y tan convencidos no sólo de la existencia de Dios sino también de su bondad y su supuesta sabiduría infinita que, debido a lo ingeniosos que son a la hora de cegarse a sí mismos, pasan por encima de esa evidencia y tratan de convencerse de que no sólo

las imperfecciones, los defectos y deformidades que se encuentran en las obras de la naturaleza, sino también los peores vicios, las mayores maldades y los peores males que vemos en este mundo son sólo efectos determinados de la bondad y la sabiduría de Dios. Una sabiduría que, según dicen, ha querido que, en vez de permitir que se dé el mal, el mal sirva para obtener el bien. Esto es lo que asegura literalmente el gran mirmadolín de san Agustín: «Dios es tan bueno y tan sabio que en vez de preferir que no exista el mal ha querido que exista para que se pueda hacer el bien» (*Enquiridión*, VIII, 27).

El señor arzobispo de Cambrai pasa por este punto como sobre ascuas, preferiría incluso que no se dijese nada. Y esto se debe, con toda seguridad, a que se daba cuenta de que no podía aportar ninguna buena razón al respecto, porque si hubiese habido alguna se habría apresurado a exponerla y darle el tratamiento que se merecía en su *Traité de l'Existence de Dieu* (pág. 298): «Que el hombre admire únicamente lo que entiende, es decir, que admire cuanto de bueno y hermoso ve en la naturaleza, y calle lo que no entiende, es decir, los vicios, las imperfecciones y defectos. Después de todo —dice—, hasta los defectos de esta obra, es decir, del mundo, son imperfecciones que Dios ha dejado únicamente para advertirnos de que la creó a partir de la nada y de que no puede existir en el universo algo que no lleve y no deba llevar estas marcas tan opuestas: por un lado, la impronta que el obrero debe dejar en su obra y, por otro, la marca de la nada de la que la sacó y en la que se puede precipitar en cualquier momento. Es una mezcla incomprensible de grandeza y bajeza, de fragilidad en la materia con la que trabaja y de arte en la forma de proceder. Los defectos provienen sea de la voluntad libre y desordenada del hombre, que es quien los provoca con su desorden, sea del propio Dios, que es siempre justo y santo y quiere unas veces castigar así a los hombres por su infidelidad, y otras poner a prueba a los buenos para que se perfeccionen a través de los malos» (ibid, pág. 294). Lo que en el lenguaje ordinario de los espíritus sencillos y crédulos se convierte en que hay que creer y decir sencillamente que los males y aflicciones de esta vida son auténticos favores del cielo que Dios les envía para humillarlos, para castigarles misericordiosamente por sus vicios y pecados o para probar su virtud, como se prueba el oro en el crisol. Y todo para que se vuelvan dignos de las recompensas del cielo, porque Dios no consentiría el mal si no fuese para que se pudiera obtener algún bien de él. «No penséis —dice el gran mirmadolín de san Agustín— que los malos son inútiles para el mundo y que Dios no hace nada bueno permitiendo su existencia, pues les deja vivir para que pongan a prueba la paciencia de los buenos» (san Agustín, *Comentario al salmo LV*).

¿No parece una razón demasiado sutil y tajante? Nuestras iniquidades, dicen los píos y supersticiosos de los cristícolas, engrandecen incluso la justicia de Dios. Nuestros vicios y maldades hacen que sea necesaria su bondad, su paciencia y su misericordia con nosotros. Nuestras mentiras hacen que resplandezca la verdad de Dios para mayor gloria suya. Si no hubiese tiranos, dicen, Jesucristo no habría tenido

tantos mártires gloriosos. Si no hubiese demonios a los que combatir, no habría victorias ni se podría aspirar a corona alguna. Si los hombres no sufriesen ningún mal en esta vida, serían demasiado felices y estarían tan contentos que no querrían dejarla. Si no hubiese nada que los humillara, serían demasiado orgullosos y soberbios. Si Dios no castigase algunas veces a los hombres en este mundo, creerían que no existe la divina providencia y, si les castigase siempre, imaginarían que no podrían esperar nada en la otra vida. Pero, al castigar algunas veces a los malos, muestra su divina providencia; y como no castiga siempre los vicios ni recompensa siempre la virtud en este mundo, da a entender a los hombres que los castigos y recompensas se producen en el otro. Los píos y supersticiosos deícolas dicen, por último, que si la virtud no tuviese que combatir contra los vicios ni contra los malvados, no triunfaría nunca y no podría ser digna de la gloria ni de los méritos que la colman.

Con estas razones y otras igual de fútiles y frívolas, los supersticiosos deícolas tratan de persuadirse y de persuadirnos a los demás de que los defectos que se encuentran en las obras de la naturaleza, así como los vicios y las maldades de los hombres y, en general, todos los males que se ven en este mundo, no son contrarios ni se oponen a la bondad ni a la justicia, ni tampoco a la sabiduría de un Dios todopoderoso. Un Dios que sabe, cuando quiere y como quiere, transformar el mal en bien, y que permite que existan en este mundo los defectos, los vicios, las maldades y el resto de males para extraer de ellos los mayores bienes, sea para que su gloria se manifieste, sea por el bien de sus criaturas o para que sean más felices. Lo cual permite a los deícolas decir que de todo ello no se puede sacar conclusión alguna que impugne la realidad de la existencia de un Dios creador todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio.

Esto es más o menos lo que los supersticiosos deícolas podrían decir para intentar salvar y poner a cubierto la supuesta bondad y la supuesta sabiduría infinitas de Dios, que siempre ha tolerado y continúa tolerando y consintiendo que ahora mismo haya tantos males, tantos defectos, tantos vicios y tantas maldades en este mundo. Los predicadores que han querido ejercer su celo y mostrar su elocuencia a través de bellos sermones y elocuentes parlamentos han solido servirse abundantemente de estas razones para llegar al corazón de las personas ignorantes y conmoverlas, ya que escuchan y contemplan las cosas superficialmente, sin profundizar en ellas.

¡Pero que haya filósofos, teólogos y doctores, que deberían razonar supuestamente como filósofos y como doctores, cuyo cometido sería profundizar en las cosas para poder hablar únicamente con buenas y sólidas razones; que haya, filósofos, teólogos y doctores que se entretengan en contar semejantes tonterías y, más aún, intenten contestar con razones tan fútiles y frívolas a un razonamiento que los pone entre la espada y la pared…! Merecerían más la burla que la refutación.

Con todo, hay que mostrar de forma manifiesta la debilidad, la futilidad y la inepcia que encierran semejante repuesta.

1º. Si todo consistiese en decir que Dios consiente los defectos y las imperfecciones existentes en las obras de la naturaleza, sólo para que se pueda extraer de ello el mayor bien, y que precisamente por eso consiente que haya tantos males, tantos vicios y tantas maldades en este mundo, nos encontraríamos ante un pretexto muy bueno que, si estuviese bien fundamentado, resultaría perfecto, porque no cuesta nada concebirlo, ya que no cuesta nada imaginar algo que es muy propio de la sensatez y la prudencia humanas, a saber, que a veces consentimos un mal menor para evitar otro mayor o para obtener un bien muy grande. Por esta razón, el señor arzobispo de Cambrai no habría tenido que decir que el hecho de que existan defectos, vicios y males en el mundo se debe a una mezcla incomprensible de bajeza y grandeza, porque no es un misterio incomprensible que haya que hacer o se deban sufrir males menores para evitar males mayores o conseguir bienes mayores.

Tampoco habría tenido que decir que el mundo es una mezcla incomprensible de bajeza y grandeza porque con ello está honrando e injuriando al mismo tiempo a su autor, ya que le está acusando de haber hecho cosas grandiosas y cosas muy bajas, es decir, de haber hecho, al mismo tiempo, cosas despreciables y cosas estimables. Por lo cual, cuando el señor arzobispo de Cambrai dice que lo que hay de más admirable y más grandioso en la naturaleza no es más que una mezcla incomprensible de bajeza y grandeza, no está demostrando ni probando de modo alguno la existencia de un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio.

2º. Cuando los cristícolas dicen que Dios sólo permite que existan los defectos, los vicios, las imperfecciones, las maldades y los males que vemos en este mundo para que se pueda sacar algún bien mayor, tendrían que explicar si con ello están entendiendo o se están refiriendo a los bienes de este mundo, es decir, a los bienes corporales y temporales, o si, por el contrario, se están refiriendo a los bienes del otro mundo, es decir, a los de la vida que supuestamente habría después de ésta. Seguramente se están refiriendo tanto a unos como a otros, aunque lo más seguro es que se refieran principalmente a los bienes espirituales de la gracia y a los bienes eternos del cielo, ya que son, según su forma de pensar, los mayores bienes y los más estimables.

Por lo que respecta a los bienes o mercedes espirituales de lo que denominan *gracia*, o a los supuestos bienes eternos de la vida que habría después de ésta, sólo cabe decir que es ilusorio asegurar, y hasta pensar, que un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio querría que hubiese defectos y deformidades en sus obras sólo para eso, y que sólo por eso permitiría también que hubiese tantos vicios, tantas maldades y tantos males en este mundo. Es ilusorio, repito, imaginarse algo semejante, no sólo porque no existen realmente esos supuestos bienes espirituales propios de la gracia divina o de la otra vida, sino también porque, aunque existiesen esos bienes espirituales de la gracia de Dios (cosa que habría que probar y no solamente suponer), y aunque existiesen también esos bienes eternos propios de la otra vida, no constituirían motivo alguno ni razón alguna para que un Dios

infinitamente todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio consintiera que existiesen en sus obras tantas imperfecciones, tantos defectos y tantas deformidades. Pues bien, incluso el hecho de que existiera esa supuesta recompensa no constituiría razón alguna ni motivo alguno para que tuviese que permitir que haya tantos males, tantos vicios y tantas maldades en este mundo, porque todos esos defectos, esos males, esos vicios y esas maldades no guardan en sí mismos ninguna relación ni correspondencia con los supuestos bienes de la gracia y los supuestos bienes eternos de la otra vida. No son necesarios en absoluto para ellos, y no pueden contribuir de ninguna manera ni a la producción ni a la adquisición de esos supuestos bienes. Por el contrario, las imperfecciones y los defectos, y muy particularmente los vicios y maldades de los hombres, constituirían verdaderos obstáculos e impedimentos para conseguir esos bienes, ya que es evidente que quienes tienen defectos e imperfecciones son menos dignos de mérito y estima, menos dignos de favores y consideración que quienes son perfectos, por no decir que quienes son viciosos y malos son más dignos de castigo que de recompensa.

Pero nuestros deícolas se han visto obligados a argüir una razón tan débil como la que estoy refutando cuando han comprobado que Dios no se ha preocupado por hacer que sus obras sean perfectas ni tampoco por impedir los males, los vicios, los crímenes y las maldades de los hombres, y han preferido proceder de esa manera en vez de sacar la conclusión que se desprende evidentemente de todo esto y que no es otra que admitir que Dios no existe. Por eso, para poner al mismo tiempo a cubierto la debilidad y la impotencia de ese Dios suyo, han argumentado que Dios permite que sus obras tengan imperfecciones y defectos y tolera que haya tantos males, tantos vicios, tantos crímenes y tantas maldades en este mundo, porque de ello pueden venir los mayores bienes espirituales y corporales, sea ahora o en el futuro, cosa que no es más que un pretexto fútil e ilusorio. Hacen bien al decir —para cubrir mejor el error y la falsedad de lo que sostienen y para engañarse aún más— que Dios permite y tolera que existan tantos males, tantos vicios y tantas maldades a fin de que obtengamos los mayores bienes espirituales y corporales, sea ahora o en el futuro, porque, si no dijeran eso, tendrían que decir que es para que obtengamos los mayores bienes corporales y espirituales sólo en esta vida, con lo que el error y la falsedad de su postura serían excesivamente groseros y evidentes, pues vemos de manera manifiesta, y ellos mismos lo ven también perfectamente, cómo hay a diario muchos vicios, crímenes y maldades sin que se produzca por ello ningún bien corporal ni espiritual en este mundo, por lo cual no cabe sino decir que su postura, en lo que concierne al punto que estamos examinando, es manifiestamente falsa.

Lo único que queda por comprobar es si existen bienes espirituales o corporales en el otro mundo. Pues bien, ¿han estado allí para saber qué ocurre? ¿Quién les ha dicho que eso es así? ¿Qué experiencia tienen de ello? ¿Qué pruebas tienen? Realmente ninguna, si no son las que se desprenden de sus propios actos de fe, una fe

que no es más que la creencia ciega en lo que no se ve, es decir, en lo que ni ellos ven ni nadie ve ni verá.

Pues bien, una afirmación, una respuesta o una opinión que se basan sólo en una creencia como ésa, no están basadas realmente en nada, carecen de peso y no merecen consideración ninguna. Por tanto, los deícolas y cristícolas incurren en un error mayúsculo al decir, tal como dicen, que Dios no permitiría que hubiese males si no fuera para obtener un bien mayor, sea en este mundo o en el otro.

Por otra parte, aunque algunas veces puede ocurrir que de un mal concreto salga un bien mayor, y aunque también se puede admitir que es propio de la prudencia y la sensatez del hombre tolerar un mal menor a fin de evitar uno mayor o conseguir un bien más grande, de esto no se sigue que pueda predicarse lo mismo de un Dios supuestamente todopoderoso. Incurrirá en un grave error quien se imagine algo semejante, y la razón por la que esto es erróneo e ilusorio estriba en que los hombres no son todopoderosos y no pueden hacer lo que quieren ni de la manera que quieren. En muchas ocasiones no pueden ni siquiera hacer el bien que consideran necesario y conveniente sin verse obligados a hacer al mismo tiempo, o sin poder impedir que se produzca, un mal o algo malo, e incluso sin poder evitar sufrirlo en sus propias carnes. De igual manera, no pueden evitar males mayores sin hacer o sin dejar hacer o sin poder evitar sufrir males menores.

En pocas palabras, o se ven obligados a hacer lo que no querrían hacer de ninguna manera o se ven imposibilitados de hacer lo que querrían. En estos casos, los hombres se ven obligados a someterse a las leyes de la necesidad adaptándose a un tiempo y un lugar determinados, y no cabe duda de que entonces no hay más remedio que padecer, tolerar o hacer que se produzca un mal menor a fin de evitar males mayores o para obtener un bien superior. Debido a esto, los padres y las madres se ven obligados a castigar duramente, por ejemplo, a sus hijos para reprenderles y hacer que sean más sensatos y obedientes. Por esta razón, los magistrados se ven obligados a castigar severamente a los culpables para dar ejemplo a los demás. Por esta razón los heridos se ven conminados a dejarse cortar un brazo o una pierna para salvar su vida, etc. Existen infinitos casos similares en los que los hombres se ven obligados a hacer, permitir que se haga o padecer lo que no querrían que se hiciera ni se produjera si pudiesen hacer lo que quisieran, o que aquello que tuviesen que hacer se hiciese de la manera que lo deseaban.

Pero no puede ocurrir lo mismo con un Dios del que se dice que es o se supone que es todopoderoso. Ya que si fuese todopoderoso, como dicen, podría realizar fácilmente cualquier bien y podría evitar igualmente que se produjeran los males que fuesen, y nunca se vería ante la molesta tesitura de tener que hacer o tolerar un mal determinado para obtener un bien o evitar un mal mayor, de tal manera que podría hacer fácil y libremente toda clase de bienes sin verse por ello conminado a hacer o permitir que se hiciese ningún mal o algo malo. De igual manera, podría impedir fácilmente los vicios y los males, fuesen del tipo que fuesen, inmediatamente y sin

menoscabo del bien. Le bastaría con quererlo, porque en cuanto quisiera algo todo sucedería de acuerdo con su voluntad.

Así pues, si no hace el bien que resulta conveniente para sus criaturas y si no impide que se produzca el mal que debería impedir, tiene que ser o bien porque no quiere o bien porque no puede.

Si es porque no quiere, entonces no es infinitamente bueno, como suponen los deícolas, porque no hace todo el bien que podría hacer y resultaría conveniente que hiciera. Ya que un ser que fuese infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto tendría buena voluntad constantemente, por lo que no podría dejar de hacer todo el bien que se pueda imaginar. Y si no hace todo el bien que debiera hacer y no impide que se haga el mal porque no puede, entonces no es todopoderoso, como aseguran que es, porque nada le puede resultar imposible a un ser todopoderoso.

De nada sirve argüir que los hombres no merecen que Dios haga en ellos todo el bien que podría y desearía hacer, sino que merecían, más bien, que Dios les castigue con los males y aflicciones con que les castiga para que sean más sensatos y virtuosos. De nada sirve, insisto, decir esto porque la propia doctrina de los deícolas y cristícolas sostiene que los hombres no pueden tener más perfecciones, más virtudes ni más méritos que los que Dios les da con su simple gracia y misericordia y, por tanto, sólo pueden hacer el bien o evitar el mal, y únicamente pueden abstenerse de los vicios y de las malas acciones en la medida en que Dios les conceda la gracia y la fuerza suficientes para ello. De tal manera, que todo cuanto los hombres tienen de bueno, así como todo el bien que hay en ellos, procede únicamente de Dios, son dones que, según la doctrina de los deícolas, Dios les ha concedido y les concede, como señala el concilio de Trento, en cuyas actas se puede leer literalmente que la bondad de Dios hacia los hombres es tan grande que quiere que sus propios dones les sirvan de mérito (sesión 5, capítulo 16). En una de sus oraciones públicas dicen: «Oh, Dios todopoderoso y soberanamente bueno, que das a tus fieles la gracia de rendirte un culto verdadero y digno de ti» (domingo duodécimo después de Pentecostés). En otro lugar podemos leer: «Dios, de quien proviene todo bien…», y también: «Oh, Dios, de quien provienen los santos deseos, los rectos consejos y las obras justas…» Hay muchos casos más que dan a entender que los bienes, las virtudes y los méritos provienen de Dios y que los buenos pensamientos, las buenas inclinaciones y las buenas obras que realizan los hombres provienen de su gracia: «Tú concedes la virtud y las recompensas» (prefacio a las misas de Cuaresma).

De esto sólo se puede concluir evidentemente que, de acuerdo con los principios de los deícolas, si Dios les diese a los hombres la gracia y la fuerza suficientes para evitar el mal, no tendrían que recibir castigo alguno, y que si les concediese la virtud y los méritos necesarios, sólo serían acreedores a la gracia y las bendiciones.

Por lo que, si los hombres no hacen todo el bien que debieran y no se abstienen tampoco de los vicios y los males de los que tendrían que abstenerse, haciéndose así

acreedores del castigo de Dios antes que merecedores de su gracia, toda la culpa recae en el propio Dios, que no estaría haciendo a los hombres todo el bien que debiera y no les estaría dando las fuerzas suficientes para evitar el mal. Hasta los hombres podrían reprochárselo, tal como hizo Isaías cuando le dijo que era el causante de los vicios y extravíos de los hombres: «Señor, ¿por qué nos extravías lejos de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te respete?» (Isaías, 63,17).

Por eso resulta ridículo que los deícolas y cristícolas digan, como dicen, que Dios no hace a los hombres todo el bien que debería hacerles, so pretexto de que no lo merecerían. Y es igual de ridículo decir que les manda toda clase de males y aflicciones pretextando que serían dignos más bien de castigo debido a sus vicios, así como que no son dignos de recompensas y mercedes por sus virtudes, pues sólo poseen las virtudes y los méritos que a Dios le habría parecido bien concederles.

Por lo cual vuelvo a mi argumento y sostengo que, si Dios no concede a los hombres los dones de su gracia para que busquen y practiquen la virtud y merezcan así la gracia, las mercedes y las recompensas que merecerían por ello, o para que eviten el mal y se preserven de hacerlo a fin de no merecer la desgracia y los castigos, es porque no quiere o no puede concedérselos.

Si es porque no quiere, entonces no es infinitamente bueno, pues no muestra buena voluntad hacia los hombres pues un ser infinitamente bueno se desviviría por hacer el bien e incluso por hacer el bien lo mejor que pudiese. Por ello, si los hombres tuviesen necesidad del don de la gracia para vivir bien y para amar y practicar la virtud, no dejaría de socorrerles con el auxilio de la gracia.

Y si es porque no puede darles la gracia, nos encontraríamos ante un ser que no es todopoderoso, porque no puede hacer siempre el bien y evitar constantemente el mal.

Y si no es infinitamente bueno ni tampoco infinitamente todopoderoso, no se puede decir que sea realmente Dios ni tampoco un ser infinitamente perfecto.

Con esto podemos ver fácilmente que cuando los deícolas dicen que los hombres no merecen que Dios les haga todo el bien que podría hacerles y que, por el contrario, merecen que les mande todo tipo de males y aflicciones para castigarlos por sus maldades, no se trata más que de un pretexto vano que ponen por delante para intentar tapar la debilidad e impotencia de su Dios, así como para mantener a la gente ignorante en su ignorancia y sus vanas supersticiones.

Pero lo que habría que recalcar en particular, respecto a la conducta de un ser infinitamente perfecto que deseara obtener los mayores bienes de los peores males, sería su habilidad para saber sacar los mayores bienes de los peores males y de los peores defectos; males y defectos en los que no le importa que vivan sus criaturas, lo mismo que no le importa que los hombres vivan en los peores vicios y maldades. Pues resulta una bondad un tanto extraña, lo mismo que resulta una sabiduría un tanto extraña, que todo un Dios quiera, aplicando el principio de bondad y sabiduría, que los hombres sufran tantas penalidades y tantos males, así como que todo un Dios

permita que se produzcan, basándose en ese mismo principio de bondad y sabiduría, unos males tan grandes y detestables y unas maldades tan grandes y abominables como los que hay en este mundo.

¿Se puede creer, o tan siquiera pensar, que una bondad soberana y una sabiduría perfecta puedan desear establecer el bien más sólido y verdadero mediante unos medios tan contrarios y opuestos al propio bien y, más aún, que puedan querer que exista el bien mediante la destrucción del propio bien? ¿Se puede creer tan siquiera que todo un Dios infinitamente bueno y sabio quiera perfeccionar y santificar a sus criaturas a través de sus propios defectos? ¿Resulta imaginable que quiera hacerlas o, como dicen, crearlas, con vicios para que sean virtuosas? ¿O que desee que sean felices y bienaventuradas eternamente a base de hacerlas realmente desgraciadas?

Es como si dijéramos que un obrero hábil e ingenioso que ha hecho multitud de obras excelentes requería que se estropearan o se rompieran pretextando que así se volverían más hermosas y perfectas, a pesar de que no viéramos que se volvían, efectivamente, más hermosas y perfectas.

Es como si dijéramos que un príncipe bueno y sensato querría oprimir y saquear a sus gentes o a sus súbditos con el pretexto de que así se volverían más ricos y serían más felices y su reino sería más floreciente, pese a que nadie viera ni que aquéllos se volvían más ricos ni éste más floreciente.

Es como si dijéramos que un médico sabio y prudente querría que sus pacientes se envenenaran, o como si dijéramos que él mismo quería envenenarlos y dejar que sus heridas se gangrenaran porque así se curarían mejor y recobrarían la salud, a pesar de que nunca ha visto nadie que ésa sea forma de curar.

Es como si dijéramos que un filósofo muy sensato dejara que sus discípulos hicieran locuras y extravagancias, y que incluso procediera a perturbarles el cerebro con el pretexto de que así se volverían más sensatos, a pesar de que nadie ha visto nunca que alguien pueda volverse más sensato con semejante método.

Y por último, es como si dijéramos que un padre de familia que fuera perfectamente bueno, querría que sus hijos se hundieran en todo tipo de vicios y maldades dejándoles que se pelearan, se hirieran, se degollaran y aniquilaran entre sí, porque de esta manera estaría haciéndoles el mayor bien y estaría consiguiendo que fuesen más felices, pese a que todo el mundo viese que eran desgraciados y miserables.

Y de la misma manera que resulta ridículo decir que un padre de familia obraría de esa manera por el bien de sus hijos, de la misma manera que resulta ridículo decir que un médico envenenaría o dejaría que la gangrena se apoderara de sus pacientes por su bien, de la misma manera que resulta ridículo imaginar que un príncipe oprimiría y saquearía a sus súbditos para que fuesen más ricos y felices, y por último, de la misma manera que resulta ridículo decir que un artesano dejaría que sus obras se estropeasen y destruyesen para que fuesen más bellas, así, y con mucha más razón, resulta ridículo decir, como dicen los deícolas y cristícolas, que Dios, es decir, un ser

infinitamente bueno e infinitamente sabio, permite y tolera que haya tanta maldad en el mundo, una maldad que sólo busca la ruina y la destrucción general más que la consecución de algo bueno.

¿Cómo pueden seguir diciendo que Dios permite y tolera el mal y la maldad a fin de conseguir el bien, habiendo como hay un artículo de su doctrina moral que dice que no hay que hacer el mal para que se produzca un bien? Si no se debe hacer el mal para conseguir el bien, porque no es prudente ni resulta conveniente, ¿cómo piensan que Dios tendría que permitir y tolerar que haya males y se cometan tantos crímenes y pecados para que exista el bien? ¿Es porque, como se trata del Señor de todas las cosas, puede hacer cuanto quiera? ¿O porque, como es infinitamente bueno e infinitamente sabio, resulta más acorde con su naturaleza infinitamente buena e infinitamente perfecta hacer el mal, o permitir que se haga el mal, a fin de que de ello salga algún bien, mientras que no resulta propio del resto de las criaturas hacer el mal o tolerarlo para el mismo fin? Pensar semejante cosa es, o mejor dicho, sería ridículo.

Por esta razón, podemos asegurar que sostener que todo un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio permite y tolera que exista el mal y haya tanta maldad, a fin de conseguir no sólo el bien sino un bien inmenso, no es más que una paradoja ridícula. Mejor dicho, se trataría de una paradoja inaudita si los fanáticos y supersticiosos cristícolas, especialmente los sacerdotes que sólo buscan ávidamente su propio beneficio, no la hubiesen puesto en pie a fin de ocultar la debilidad e impotencia de su Dios y para mantener, al mismo tiempo, a la gente en el error, porque sólo manteniéndola en él pueden obtener beneficios y garantizar su propia subsistencia.

Pero como es incuestionable que a veces resulta útil e incluso indicado hacer algo de mal para obtener algún bien, habría que saber en qué ocasiones y bajo qué circunstancias se puede hacer eso legítima y prudentemente.

Pues bien, parece que sólo se puede actuar así en dos tipos de circunstancias, con la particularidad de que ambas deben darse juntas.

La primera se produciría cuando el bien que se quiere obtener, ocasionando el mal, resulta más útil y es más favorable y necesario y menos nocivo y perjudicial que el mal que se ocasiona. Pues resulta indudable que si el bien que se quiere obtener con el mal no fuera mayor que el mal que se ocasiona, se estaría actuando sin prudencia ni sensatez, y hasta sería una locura pasar al acto si el bien que se desea conseguir no es tan grande como el mal que se ocasionaría para obtenerlo.

La segunda circunstancia o condición requerida para que se pueda ocasionar prudente y legítimamente algún daño para obtener el bien, es que sea absolutamente necesario hacer el mal para obtener el bien o para hacer el bien que se quiere lograr con ello. Pues si ese bien se pudiese obtener o se pudiese hacer sin necesidad de ocasionar mal alguno, es indudable que se obraría pésimamente si, para obtenerlo, se hiciese o consintiese el mal.

Pues bien, aunque los hombres puedan encontrarse con cierta frecuencia en la tesitura, e incluso en la necesidad, de hacer o permitir que se haga el mal a fin de obtener un bien superior o para evitar males mayores, una cosa es segura: un Dios que fuese todopoderoso no podría encontrarse en la tesitura o en la necesidad de provocar o permitir que se hiciese el mal porque, si suponemos que es todopoderoso, podría hacer el bien en todo tiempo y lugar sin dificultad ni trabajo alguno y no necesitaría verse abocado a tener que hacer el mal o permitir que se hiciese. Por eso no se puede creer, y ni siquiera pensar, que un ser infinitamente bueno e infinitamente sabio, que además fuese todopoderoso, pudiese ocasionar mal alguno ni permitir que se hiciera el mal para obtener el bien, porque entonces no estaría haciendo o consintiendo el mal para obtener un bien sino que estaría haciendo el mal o consintiéndolo por el mal mismo, lo que no concuerda con un Dios o con un ser infinitamente perfecto.

Como todo esto resulta evidente a poco que se preste algo de atención, ¿por qué se empeñan, pues, los fervorosos cristícolas en sostener que la supuesta bondad y la supuesta sabiduría de Dios sólo consienten el mal porque con ello se obtiene alguna clase de bien y hasta un bien superior?

¿Por qué rezan tanto y tan insistentemente a esa supuesta bondad divina y a esa supuesta sabiduría divina para que les preserve de todo mal y de todos los peligros y le piden que los libre inmediatamente de los males que los afligen?

¿Por qué piden ayuda a Dios en cuanto corren algún riesgo o se encuentran en peligro?

¿Por qué lo invocan en la aflicción?

¿Por qué se impacientan y se afligen tanto ante las adversidades y los contratiempos? Y no sólo ante las adversidades y los contratiempos individuales sino también ante las adversidades y contratiempos públicos, como las guerras, las pestes y las hambrunas. ¿Por qué, cuando todo esto ocurre, hacen votos, organizan procesiones y rezan en público y en privado a fin de verse lejos de semejantes calamidades? *¿Les da miedo que Dios obtenga para ellos algún bien superior a partir de esos males y esas aflicciones?*

Cuando se producen esos sucesos no hacen más que escucharse por todas partes invocaciones tristes y fervorosas a Dios y sus santos. Todo el mundo grita *Kyrie Eleison, Christe Eleison, Miserere Nobis* y *Ora pro Nobis,* es decir, *Señor ten piedad de nosotros, Señor ruega por nosotros…* Podemos oírles entonar lúgubremente *Exurge, quare obdormis Domine* y *Exurge Domine, adjuva nos et libera nos propter nomen tuum* (Salmos, 44,23. 27), es decir, «¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes? Espabílate, no nos rechaces más! ¡Levántate a socorrernos, redímenos, por tu misericordia!» Por eso piden devotamente uno tras otro a todos los mirmadolines de sus santos diciéndoles: *san Pedro, ruega por nosotros; san Pablo, ruega por nosotros,* etc.

¿Por qué, me pregunto, tanta invocación fervorosa y devota a Dios y los santos? ¿Por qué tanta fervorosa y devota procesión? ¿Por qué tantas promesas y tantas oraciones? ¿Y tantos ayunos austeros y tanta rigurosa penitencia, tanto pública como privada? ¿Por qué esos gritos y esos gemidos, por qué tanto clamor y tantas lamentaciones tristísimas cuando les sobreviene la adversidad y la aflicción?

Si Dios sólo quiere procurarles, en realidad, los mayores bienes a través de los males y las aflicciones, ¿por qué intentan con sus oraciones hacer que modifique sus buenas intenciones y se retracte? ¡Yerran teniendo tanta aprensión por unos males que van a depararles más bien que mal! Y no deberían afligirse ni apenarse cuando los reciben porque, en realidad, recibirán o deberían recibir los mayores bienes a través de ellos.

Por ejemplo, un enfermo que corriese el riesgo de morir o se viese atormentado por dolores violentos y prolongados, no temería el pinchazo de una sangría si supiera que no tendría que sufrir más que ese dolor o ese mal para curarse por completo. Correría incluso de buena gana al médico para rogarle que le diera ese gusto.

De igual manera, un pobre mendigo no se apenaría en absoluto de ver cómo lo despojan de su miserable vestimenta y ni siquiera de otra mucho mejor si supiese que era para volver a vestirlo con unos ropajes ricos y preciosos. Más bien se regocijaría en vez de afligirse. Tampoco se apenaría mucho si le pegasen fuego a la miserable cabaña que le sirve de alojamiento si supiera que lo hacían para darle una casa buena y hermosa; más bien se regocijaría en vez de apenarse.

Pues eso es lo que tendrían que hacer los cristícolas cuando les sobrevienen el dolor y la aflicción. Como están convencidos de que Dios quiere hacerles con ello un bien antes que un mal, no tendrían nada que temer y tampoco deberían quejarse cuando les viniesen mal dadas. Al contrario, deberían regocijarse y alabar y dar gracias a Dios como si estuviesen recibiendo las mayores mercedes.

Esto es lo que Cristo, el supuestamente divino Cristo, quería hacer que comprendiesen sus discípulos cuando les decía: *dichosos los pobres de corazón, dichosos los afligidos, dichosos los que tienen hambre y sed de justicia*… O cuando les decía que debían alegrarse y estar contentos cuando recibieran injurias y malos tratos por amor a él: «Dichosos vosotros cuando os injurien, os persigan y os calumnien de todo por mi causa. Estad alegres y contentos pues vuestra paga en el cielo es abundante» (Mateo, 5,11-12).

Por eso, sus primeros discípulos se alegraban cuando sufrían, cuando eran objeto de oprobios y cuando los perseguían por amor a él, ya que creían estar viendo las magníficas recompensas que les prometía recibirían en el cielo: «Ellos se marcharon del tribunal contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por el nombre de Jesús» (Hechos, 5,41). Por eso exhortaban a sus hermanos a sufrir con alegría las penalidades y aflicciones de esta vida dándoles a entender que, de acuerdo con la palabra del maestro, "tenían que atravesar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (Hechos 14,21).

«Hermanos míos —les decía uno de esos primeros discípulos—, cuando pasáis por pruebas variadas, tenedlo por grande dicha, pues sabéis que, al probarse la fe, produce paciencia, la paciencia hace perfecta la tarea, y así seréis perfectos y cabales, sin mengua alguna» [Santiago, 1,1-4]. Y el gran san Pablo decía generosamente: «Por tanto no nos acobardamos: si nuestro exterior se va deshaciendo, nuestro interior se va renovando día a día. La tribulación presente, liviana, nos produce una carga incalculable de gloria perpetua» (2 Corintios, 4,16-17).

Pero como los deícolas ya no tienen unos sentimientos tan fervorosos sino que parece más bien, a juzgar por la manera como se comportan, que abrigan unos sentimientos completamente opuestos y prefieren recibir los bienes en esta vida antes que en la futura, apreciando más los bienes corporales y tangibles que los supuestos bienes espirituales de una gracia imaginaria, podemos considerar que todo esto constituye una señal cierta y evidente de que no confían en lo que ellos mismos dicen acerca de la supuesta omnipotencia de Dios ni tampoco acerca de su supuesta bondad ni de su supuesta e infinita sabiduría. Y que no confían en los supuestos bienes que podrían obtener de los males y aflicciones que Dios les envía o los que permite que les inflija la maldad humana.

Por ello es un error manifiesto y algo ilusorio que digan que Dios permite y consiente que haya tantos males y tantas maldades en aras de un bien superior. Y lo confirma el hecho de que si los permitiera y consintiera en aras de un bien superior, no tendría que enfadarse ni encolerizarse tanto contra los malvados ni contra los viciosos que obran mal, como aseguran los cristícolas que hace. ¿Por qué iba a enfadarse y encolerizarse contra los malvados si, según la doctrina de los cristícolas, estaría sirviéndose de ellos, y de los grandes males y maldades que cometen, para sacar de todo ello los mayores bienes? No, realmente no se acaba de ver por qué tiene que enfadarse, desde el mismo momento en que estamos suponiendo que, debido a su bondad y su sabiduría infinita, estaría sacando de ello los mayores bienes. Ahora bien, según los cristícolas, no hay nada que disguste más a Dios que el pecado, el vicio y la maldad de los hombres. No hay nada que despierte más su cólera, su indignación y su furor que los crímenes detestables que cometen los hombres con su maldad. Las Escrituras están repletas de testimonios que nos muestran su cólera y su indignación contra los pecadores. Por eso, los deícolas carecen de fundamento y razón cuando aseguran que Dios no permitiría ni consentiría el mal si no fuese para sacar de él los mayores bienes.

Pero veamos detenidamente cuáles son esos supuestos bienes superiores que Dios sabría sacar, tan hábil y caritativamente, de los males. Escuchemos lo que dicen los cristícolas al respecto y veamos si no nos ofrecen ocasión para que podamos confundirlos definitivamente.

Estos señores dicen que Dios rige y gobierna las cosas con su poder soberano y su sabiduría soberana, de tal manera que no hay nadie que pueda decir que Dios hace algo en vano, ni siquiera lo que podemos considerar malo o un mal, porque, según

ellos, Dios se sirve de eso, incluso de las cosas peores, para que su gloria se manifieste y para mayor honor de su poder y su justicia. Por eso dicen que no hay mejor momento para que un médico muestre su ciencia, su destreza y su capacidad a la hora de curar a los enfermos que cuando sobreviene una enfermedad contagiosa. De ahí que la bondad, la justicia y la misericordia de Dios resplandezcan precisamente en medio de los peores males y los peores vicios y maldades de los hombres: «Nuestra culpa —dice el gran san Pablo— comprueba la inocencia de Dios». Y nuestra falsedad —dice— «exalta la fidelidad de Dios, a gloria suya» (Romanos, 3,5, 7).

Por esta razón, aunque pueda impedir la maldad de los hombres, no desea, sin embargo, ponerle coto, pues le parece más adecuado obtener el bien a partir del mal que impedir que exista el mal. Los deícolas aseguran que Dios pone a prueba la virtud de los buenos utilizando la malignidad de los malvados y que, si no hubiese malvados para afligir y poner a prueba a los justos, no habría forma de conocer la belleza ni el mérito de la virtud, por no mencionar que los justos carecerían de la oportunidad de sufrir las adversidades con paciencia, lo que les privaría de un mérito añadido, así como de la posibilidad de recibir en el cielo magníficas y gloriosas recompensas. Si no hubiese tiranos que persiguieran a los fieles, no habría mártires tan gloriosos y generosos que recibirían generosamente la muerte por su fe en Jesucristo. Si no hubiese demonios que tentaran a los hombres incitándoles al mal, no habría enemigos invisibles con los que combatir ni tampoco podría haber victorias sobre ellos, por lo que no se podría aspirar a corona o recompensa alguna. Si no hubiese males ni aflicciones en la vida, los hombres se volverían orgullosos y soberbios. Así pues, las penalidades sirven para que sean humildes. Si no hubiese vicios ni maldades, no se podrían conocer el mérito ni la belleza de la virtud. Los contrarios resplandecen cuando se enfrentan entre sí. Lo mismo ocurre con la belleza y el mérito de las virtudes. Las virtudes brillan especialmente cuando se las coloca frente a los vicios que les son contrarios. Así es, dicen los hábiles e ingeniosos cristícolas, como Dios saca partido de consentir el mal.

Sólo que todo el mundo ve que se trata de algo completamente ilusorio. ¿Cómo? ¿Se trata de entregar a los justos a la insolencia y el furor de los malvados para que puedan poner a prueba de esta manera una serie de virtudes entre las que se encontraría también la paciencia? ¿Se trataría de poner a prueba la paciencia de los justos abrumándolos con la enfermedad, la guerra, la peste, las hambrunas y todos los males que pueden existir en esta vida? ¿Dios emplearía todo ello para que los orgullosos y soberbios se volviesen humildes, así como para que los pecadores sintiesen deseos de hacer penitencia? ¿Se trataría de entregar a los hombres a los ataques y tentaciones del demonio, ataques y tentaciones destinados a que los hombres cometan todo tipo de maldades y se entreguen a toda clase de vicios, para que puedan combatir contra toda una serie de enemigos tanto externos como internos y alzarse así con la gloria de haberlos vencido? ¿Se trataría, por último, de que los

hombres fuesen desgraciados e infelices en este mundo para llevarlos y conducirlos a una mayor perfección que los haga merecedores de las magníficas recompensas del cielo? ¿Esto es lo que consideráis, amigos cristícolas, una muestra de la especial sabiduría de Dios? ¿Son éstas las especiales consecuencias de su bondad y su misericordia? ¿Son éstos los bienes, es decir, los inconmensurables bienes que puede obtener de males tan espantosos, así como de los crímenes y de las detestables maldades que consiente que se perpetren?

Decid más bien que pensar esto es un error vuestro y una locura. Decid más bien que el hecho de que exista el mal y de que Dios lo consienta a fin de obtener, supuestamente, mayores bienes no hace sino mostrar la debilidad, la ignorancia y la impotencia de ese Dios vuestro, porque no se obtiene más que un puñado de bienes a cambio de tolerar una cantidad infinita de males. Se obtienen solamente unos bienes muy escasos a cambio de unos males enormes. Se obtienen solamente unos males muy reales a cambio de unos bienes falsos e imaginarios.

Con ello no se está haciendo más que invitar a los hombres a que luchen contra enemigos imaginarios para conseguir victorias no menos imaginarias. En resumen, con todo ello no se está haciendo sino sustituir unos bienes sólidos y reales, lo que conlleva necesariamente que la gente tenga que vivir una vida desdichada, para llenarles vanamente la cabeza con la idea de que alcanzarán una perfección que sólo es imaginaria y de que recibirán a cambio unos bienes no menos imaginarios. Pues, en el fondo, ¿qué son esos supuestos bienes que Dios saca de los males? Realmente no pasan de ser unos bienes muy escasos y en su mayor parte imaginarios.

Si a Dios le agradan los justos, ¿por qué tiene que consentir que vivan una vida miserable y desdichada? ¿Por qué tiene que dejar que los opriman los malvados? «Si una calamidad siembra muerte repentina, él se burla de la desgracia del inocente», decía el bueno de Job (Job, 9,23). ¿Es necesario que deje que los justos sufran y se consuman miserablemente en el dolor para purificarlos mejor y perfeccionarlos en la virtud?

Si Dios quiere que los hombres sean sensatos y virtuosos, si quiere que sean amables, humildes, caritativos y obedientes a sus leyes y mandamientos, si quiere, en suma, que hagan el bien, ¿tiene por ello que castigarles y afligirles atrozmente con toda clase de males y penalidades? ¿Y tiene que hacer eso en vez de concederles benignamente el espíritu del entendimiento, de la bondad y de la sabiduría? Y por último, si quiere que sean felices en el cielo, ¿tiene que hacer que sean desdichados en la tierra? Sólo pensar semejante cosa raya en la locura.

Si un Dios todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio, quisiera hacer el bien a los hombres, parece razonable que lo haría de una forma digna de él y, por tanto, se lo haría sin causarles mal alguno y sin dejar que ellos mismos causaran o se causaran ningún mal. Sólo la impotencia y una falta de bondad pueden provocar que, al hacer el bien, se cuele el mal.

Pero veamos si después de los males, los vicios y las aflicciones, que son moneda corriente en esta vida, se produce algún bien supuestamente espiritual. Después de haber padecido tanto, ¿se aprovechan los hombres de la amarga experiencia para volverse más prudentes y virtuosos? ¿Se muestran más pacientes y son más humildes ante el sufrimiento y las adversidades? ¿Llegan los más justos incluso a santificarse? ¿Se purifican cada vez más conforme van siendo más miserables y desdichados? ¿Besan la mano de ese Dios que les ha golpeado? ¿Perseveran los justos en la virtud cuando se encuentran rodeados por el sufrimiento, las tentaciones y las ocasiones de pecar? ¡Pues no falta poco para que eso suceda!

El número de los que sucumben a las tentaciones, de quienes se impacientan ante el sufrimiento y quienes se pierden ante las penalidades y aflicciones de la vida es, según los propios cristícolas, muchísimo mayor que el de los que se santifican y conservan su inocencia ante todos esos padecimientos. Por uno que permanece firme en la virtud y que padecerá con paciencia los sufrimientos y aflicciones, habrá seguramente mil que se impacientarán y maldecirán su suerte mientras se hunden bajo el peso de las penalidades y los padecimientos. De ahí viene lo que dicen los propios cristícolas haciendo suyas las palabras de Cristo: «Son muchos los invitados y poco los elegidos» (Mateo, 22,14), es decir, que se salvarán unos pocos mientras serán muchos los que se condenen.

En vez de que después de un mal venga un bien superior ocurre más bien todo lo contrario, es decir, el mal parece atraer el mal, de tal forma que después de un mal pequeño viene uno mayor, y detrás de uno vienen muchos: «Una sima grita a otra sima» (Salmos, 42,8). Todo esto nos lo muestra la propia experiencia cotidiana. Así pues, decir como dicen los cristícolas que Dios permite únicamente el mal porque de él puede salir algo bueno resulta completamente falso.

Y para mostrar más claramente la falsedad de esta doctrina, remontémonos a la fuente siguiendo lo que los propios cristícolas dicen acerca de los orígenes del hombre.

Según ellos, el género humano, es decir, todos los hombres, desciende de un primer hombre llamado Adán y de una primera mujer llamada Eva. Aseguran que Dios los creó perfectos, tanto por lo que se refiere al cuerpo como por lo que se refiere al alma. Dicen también que eran inocentes y que estaban en estado de santidad cuando los creó. Dios quiso que no padeciesen enfermedades ni sufrimientos y hasta los libró de la muerte. Nada más crearlos, los puso en un lugar lleno de delicia y felicidad en donde estaban destinados a vivir para siempre en un estado de beatitud natural con toda su descendencia a condición de que obedeciesen al Dios que los había creado. Pero, según los cristícolas, los primeros padres del género humano transgredieron o violaron uno de los mandamientos de Dios al comer un fruto que les había prohibido que comieran, por lo que, como castigo, fueron expulsados inmediatamente de aquel paraíso terrenal o de aquel lugar de felicidad donde se encontraban, y fueron condenados, al mismo tiempo, a padecer las penalidades de

esta vida, ellos y toda su descendencia. Esto no fue todo: Dios también los condenó a la reprobación y condenación eternas, castigo que consiste, según los cristícolas, en permanecer en los infiernos por toda la eternidad ardiendo eternamente en medio de unas llamas espantosas y recibiendo suplicios y tormentos mil veces peores y más espantosos que todos los males que se puedan padecer en esta vida.

Si esto es como dicen, nos encontraríamos ante la peor desgracia que podía haber sucedido a los hombres, ya que pasaron muy pronto, desgraciadamente, de un estado perfecto y dichoso a otro calamitoso plagado de males y penalidades por culpa de un solo hombre. Según esta forma de ver las cosas, todos los males y desgracias de la vida provendrían únicamente del error del primer hombre, que habría comido indiscretamente un fruto que Dios le había prohibido comer. Si esto es así, Dios habría permitido y tolerado este primer mal o esta primera falta o este primer pecado, porque parece ser que fue eso lo que efectivamente sucedió. Pues si Dios no hubiese querido permitirlo, como es todopoderoso, según aseguran los deícolas, habría podido impedirlo y conservar y mantener para siempre a los hombres en aquel estado de inocencia y perfección en que los había creado, por lo que habría conseguido que fuesen perpetuamente dichosos y estuviesen siempre contentos. Pero como no lo quiso así, permitió que el primer hombre cometiera la falta, la desobediencia y el pecado. Éste fue, por tanto, el primer pecado y el primer mal cometido por los hombres. Lo curioso es que Dios, después de permitir que se produjera ese primer mal y ese primer pecado, no quiso que de él saliera nada bueno o ningún bien, lo que hubiese debido ocurrir según la doctrina de los cristícolas, pues según ellos no permite que exista el mal si no es para que salga de él algo bueno o un bien superior.

Pues bien, amigos cristícolas, ¿qué sacó Dios de bueno o qué bien sacó con toda su habilidad y bondad de aquella supuesta primera falta o de aquel supuesto primer pecado? ¿Dónde está ese supuesto bien superior? Mostrádnoslo para que lo podamos ver, enseñádnoslo para que podamos contemplar esa maravilla fruto de la bondad, la sabiduría y la omnipotencia de vuestro Dios. Si ese supuesto bien fuese verdaderamente algo real, tendríamos que observarlo en los hombres o en Dios o, al menos, en alguna criatura distinta del hombre.

Si se hubiera producido en los hombres, éstos tendrían que encontrarse ahora en un estado más perfecto, más bendito y más feliz que en el que se encontraban o del que disfrutaban antes de esta primera falta y antes de este primer mal, porque Dios habría permitido que tuviese lugar sólo porque pensaba sacar de él algo bueno o un bien mayor. Si este supuesto bien superior se ha producido en el hombre, los hombres tendrían que encontrarse mejor y estar en un estado superior, es decir, en un estado más dichoso y más perfecto que aquel en que se encontraban antes de ese primer pecado, que fue el primer mal.

Esto es lo que señala expresamente nuestro gran apóstol san Pablo: «Pues bien, Dios nos demostró su amor en que, siendo aún pecadores, el Mesías murió por nosotros. Con mayor razón, ahora que su sangre nos ha hecho justos, nos libraremos

por él de la condena. Pues si siendo enemigos, la muerte de su Hijo nos reconcilió con Dios, con mayor razón, ya reconciliados, nos salvará su vida. Hay más: por medio de Jesucristo, que nos ha traído la reconciliación, ponemos nuestro orgullo en Dios. Pues bien, por un hombre penetró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte se extendió a toda la humanidad, pues todos pecaron» (Romanos, 5,8-12). «Pero el don no es como el delito. Pues, si por el delito de uno murieron todos, mucho más abundantes se ofrecerán a todos el favor y el don de Dios, por el favor de un solo hombre, Jesucristo. El don no es equivalente al pecado de uno. Pues el juicio de un solo pecado terminó en condena, en cambio, el perdón de muchos pecados termina en absolución. Pues si por el delito de uno solo reinó la muerte, con mayor razón, por medio de uno, Jesucristo, reinarán vivos los que reciben el favor copioso de una justicia gratuita. Así pues, como por el delito de uno se extiende la condena a toda la humanidad, así por una acción recta se extiende a todos los hombres la sentencia que concede la vida. Como por la desobediencia de uno todos resultaron pecadores, así por la obediencia de uno todos resultarán justos. La ley se entrometió para que proliferara el delito; pero donde proliferó el delito, lo desbordó la gracia» (Romanos 5,15-20).

Según dice este apóstol y doctor de los gentiles, y según la doctrina de los cristícolas, es evidente que el estado y la condición del género humano tendrían que ser mucho mejores ahora, mucho más perfectos y más dichosos que antes del pecado, cuando se produjo la creación, porque el pecado fue el primer mal que existió y, según la doctrina de los cristícolas, Dios lo habría permitido únicamente para que de él saliera algo bueno y hubiese un bien superior. Esto es lo que el apóstol que acabo de citar dice también, pues no en balde asegura que allí donde hubo abundancia de pecado tendría que haber una superabundancia de gracia. Por tanto, de todo ello se desprende que si Dios permitió o toleró ese primer mal fue para que de él saliera un bien superior, por lo que el género humano debería valer más ahora que antes de haber pecado, y tendría que haber recibido una superabundancia de dones, de gracia y de bendiciones superior a las que recibía antes de pecar. Y como antes de este primer mal, de este primer pecado o esta primera desgracia, los hombres ya se encontraban, o se habían encontrado, según la doctrina de los cristícolas, en un estado feliz y perfecto, tanto por lo que se refiere al cuerpo como por lo que se refiere al alma, en un estado del que quedaban descartados los padecimientos y las enfermedades e incluso la muerte, y que era al mismo tiempo un estado de inocencia y santidad en el que podían disfrutar de los placeres y las dichas de la vida en aquel auténtico paraíso terrenal, es decir, en aquel lugar de delicia y felicidad, de todo ello se sigue claramente que después de esta primera falta, después de este primer pecado y después de este primer mal permitido por Dios para que deparara algo bueno o un bien superior, el género humano tendría que encontrarse en un estado más feliz y perfecto que el que tenía cuando fue creado. Esto es lo que se desprende de forma

evidente de los principios de los cristícolas y de la doctrina de su gran apóstol san Pablo.

Sin embargo, no vemos nada de eso. No vemos de ninguna manera que la condición del hombre se haya vuelto mejor ni más dichosa ni más perfecta. Más bien vemos que, por el contrario, se ha producido una especie de desbordamiento del vicio y de la maldad, sea cual sea el lugar del mundo al que miremos. Sólo vemos una especie de aluvión de males, enfermedades, padecimientos y calamidades, que hacen que la mayor parte de los hombres sean infelices y desgraciados en la Tierra. Por eso resulta manifiestamente falso decir que Dios saca siempre algo bueno u obtiene bienes superiores de los males que tolera, y es asimismo un error manifiesto y resulta ilusorio que los cristícolas digan que Dios no permitiría mal alguno si no fuera para sacar algo bueno de él o un bien superior.

Y en lugar de decir que Dios habría sacado algo bueno o un bien superior de esta primera falta y este primer pecado de los hombres, tendrían que haber dicho, por el contrario, que no sacó más que males aún mayores, y que una falta mínima, un mal mínimo y un pecado mínimo (porque no se trataba realmente más que de un mal insignificante) produjo los males mayores, más detestables y funestos, pues ellos mismos admiten que todos los males y penalidades de esta vida y todos los vicios y maldades de los hombres, e incluso los más crueles y espantosos suplicios del infierno, son sólo consecuencia de esa primera falta y ese primer pecado del hombre.

Y como esa supuesta falta no fue en sí misma más que una falta insignificante, como he dicho más atrás, que tendría que haber sido acreedora, como mucho, de un azote, a Dios no se le ocurrió otra cosa que sacar los peores males, los más detestables y más espantosos que se pueda imaginar, a partir de una falta tan insignificante y de este primer pecado tan nimio.

Juzgad, amigos míos, si se puede decir que esto es propio de un ser infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto. No, resulta demasiado repugnante y es demasiado absurdo. Por lo cual, es indudable y también evidente que ese supuesto bien superior que Dios tendría que haber sacado del primer mal no existe o no ha existido nunca entre los hombres.

Sin embargo, ya sé lo que entienden los cristícolas cuando se refieren a ese bien superior que Dios habría sacado del primer mal y de la primera falta del hombre. Quieren decir que Dios lo consintió y que consintió al mismo tiempo la desgracia y la perdición del género humano para poder reparar más ventajosamente esta falta con el don de su gracia, así como para redimir misericordiosamente a los hombres con los méritos infinitos de su divino hijo Jesucristo, que se habría hecho hombre para salvar al género humano de la desgracia de ese pecado y de la condenación eterna. Jesucristo, pues, con su muerte, habría reconciliado a los hombres con Dios, que era su padre, mediante la efusión de su preciosa sangre, después de haber cargado con la culpa por todos los pecados, dando así digna satisfacción a la justicia divina, una justicia divina que había resultado ofendida gravemente por el pecado original. Y esta

redención habría sido un bien incomparablemente mayor que el que habrían recibido los primeros hombres cuando fueron creados, por lo que se seguiría de ello que Dios habría convertido el primer mal en un bien y que habría sacado, en suma, un bien superior al que había constituido incluso la propia creación. Por eso, como he señalado, el gran mirmadolín de san Pablo dice que Dios quiso levantar a los hombres de la caída sólo por amor hacia ellos dándoles a su hijo Jesucristo para salvarlos cuando aún no eran más que unos redomados pecadores. De ahí que dijera que donde hubo abundancia de pecado hubo también sobreabundancia de gracia, lo que mostraría de forma evidente que ese bien superior no sólo debía existir en los hombres sino que de hecho habría existido, puesto que recibieron una sobreabundancia de gracia y de mercedes.

Pues bien, según esta bonita y especiosa doctrina, los sacerdotes dicen devotamente todos los días, en los presuntos sacrificios que son las misas, que Dios creó la dignidad de la naturaleza humana de una manera admirable y la redimió de una manera aún más admirable: «Señor —dicen como si hablaran recogidamente con Dios cuando echan unas gotas de agua en el vino que hay en el cáliz—, Señor, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y de un modo más admirable todavía elevaste su condición por Jesucristo, concédenos compartir la vida divina de Aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana».

Por esta razón cantan en el prefacio de la misa de Pascua: *Qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit*, es decir, Jesucristo «al morir destruyó nuestra muerte y al resucitar reparó nuestra vida». Lo cual muestra de forma evidente que ese supuesto bien superior que Dios habría querido sacar de la falta cometida por el primer hombre y de la supuesta perdición del género humano, tenía que existir y existía efectivamente en el hombre. Porque su naturaleza defectuosa se habría reparado de forma admirable y muy felizmente, como aseguran, para ser mejor de lo que era cuando fue creada, participando al mismo tiempo y de alguna manera de la divinidad. Es como si dijeran que Dios habría gratificado y favorecido más al hombre después de haber pecado que lo que le habría favorecido y gratificado si hubiese seguido haciendo el bien y hubiese obedecido sus leyes y mandamientos, como si dijeran que quiso que fuesen tanto más dichosos y perfectos cuanto menos méritos habían hecho para serlo. Esto equivale claramente a recompensar el vicio antes que la virtud y equivale estrictamente a recompensar el vicio en vez de castigarlo.

A partir de todo eso se podría decir ahora mismo que, en un futuro inmediato, los malos serán mejor considerados por Dios que los buenos, y que incluso los demonios y los condenados que están sufriendo unos suplicios crueles y espantosos en los infiernos para expiar sus vicios y maldades, serán algún día los más dichosos. Todo porque, según ese principio, Dios habría consentido la maldad de los hombres y su condenación presente para sacar algo bueno o un bien superior, es decir, para

recompensarlos y hacer que sean en adelante más santos, más perfectos y más dichosos.

Pienso que no puede haber gente con sentido común ni que tenga algunas luces que pueda adherirse a semejante forma de ver las cosas o a una opinión como ésa. Resulta ilusorio y carece de fundamento que los cristícolas supongan que Dios sólo consiente el mal para sacar algo bueno de él o para obtener algún bien superior.

Pero lo que mejor pone de manifiesto la vanidad de esa suposición y la falsedad de ese supuesto bien superior que Dios habría sacado de la supuesta falta original o primera falta de los hombres al darles un redentor divino que los habría librado del pecado y los habría reconciliado con Dios, trasmitiéndoles al mismo tiempo una superabundancia de gracia y colocándolos en un estado mejor y en una condición mejor que los que tenían antes de ese supuesto pecado original, lo que mejor pone de manifiesto, repito, la vanidad de esa suposición y la falsedad de ese supuesto bien superior es que no podemos ver ni nadie puede aportar ninguna señal ni prueba real y efectiva de esa supuesta redención o reparación habidas en el hombre. Nadie puede mostrar ni aportar prueba alguna de la reconciliación de los hombres con Dios. Nadie puede ver ni mostrar o aportar prueba alguna de la superabundancia de gracia. Y por último, nadie puede ver ni mostrar en los hombres ninguna señal verdadera de esa supuesta reforma admirable y dichosa o de ese restablecimiento de la naturaleza humana. Desafío a los deícolas y cristícolas a que aporten o muestren alguna prueba real y sensible de todo ello. Más bien, lo que vemos es justo lo contrario, y eso todos los días y de forma indiscutible. Lo que vemos es que la naturaleza sigue siendo tan débil como siempre y le acechan más enfermedades que nunca. Lo que vemos cada día y de forma indiscutible es que los hombres están tan llenos de vicios y maldades como no lo han estado nunca; lo que vemos a diario, de forma innegable, es que siguen igual de desgraciados e infelices, es decir, igual de abrumados por males y miserias.

¿Dónde observáis, señores cristícolas, la supuesta redención y la supuesta reparación o reforma de la naturaleza humana? ¿Dónde está esa supuesta superabundancia de gracia? ¿Dónde veis la supuesta reparación o reforma divina del hombre? Todo eso está sólo en vuestra imaginación. No podéis aportar ni mostrar ninguna prueba ni ninguna señal o indicación real y perceptible de lo que decís. Y eso es lo que terminará de confundiros, ya que con ello se pone de manifiesto de manera innegable que todo cuanto decís no son más que imaginaciones vuestras, imaginaciones hueras en las que sólo pueden creer quienes sean tan tontos o estén tan locos como vosotros.

Intuyo que responderéis a esto diciéndome que no hay que pedir ni buscar prueba ni señal real y perceptible alguna de una redención que es puramente espiritual, como lo es la redención del género humano realizada por Jesucristo, el hijo divino de Dios. Me diréis que no hay que buscar ni pedir pruebas en absoluto y tampoco señales

visibles y palpables de una superabundancia de gracia, porque la gracia es algo puramente espiritual, al igual que lo son los dones del Espíritu Santo.

Me diréis, finalmente, que no hay que pedir ni buscar prueba alguna ni tampoco ninguna señal visible y palpable de una reparación o una reforma que es puramente espiritual, como lo es la que llevó a cabo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, con la naturaleza humana. Me diréis, por el contrario, que en esta materia hay que atenerse a lo que nos enseña pura y simplemente la fe. Veo que me vais a decir todo esto precisamente porque no podéis decir otra cosa.

Pero así estáis reconociendo, señores cristícolas, que los supuestos bienes superiores que ese Dios vuestro habría sacado del primer mal o del primer pecado del hombre no son más que bienes espirituales e invisibles, que no pueden ser aprehendidos por ningún sentido ni tampoco por las luces de la razón humana. ¡Y pretendéis que os creamos simplemente porque lo decís y porque así lo habéis oído decir!

Admitid, más bien, que no tenéis razón alguna para exigir que se os crea, admitid, más bien, que os han engañado y que os estáis engañando, reconoced que todos esos supuestos bienes espirituales no son, en el fondo, más que bienes imaginarios e ilusorios. Puesto que, como no podéis verlos ni sentirlos ni podéis mostrar nada acerca de ellos que sea real y palpable, sólo se puede concluir que se trata de algo imaginario. Y es una locura, y muy grande, tomar los bienes puramente imaginarios por bienes reales y verdaderos, pues únicamente los visionarios y los fanáticos toman semejantes ilusiones por verdades tangibles.

Y al ser esto así, resulta evidente que el supuesto bien superior que Dios habría sacado del primer mal y del primer pecado del hombre no existe en los hombres de ninguna manera.

Si decís que el supuesto bien superior existe en Dios, éste tendría, entonces, que haberse vuelto más sabio, por ejemplo, o más perfecto o más feliz después del primer mal cometido por el hombre. En tal caso, tendría que haberse sentido mejor en vez de haberse enfadado por ese primer mal, y debería haber recompensado a sus autores en vez de castigarlos y expulsarlos, como hizo, de aquel paraíso terrestre donde los habría colocado en un principio.

O si él mismo no se volvió más sabio ni más perfecto ni más feliz, tuvo que haber sentido, al menos, algún placer al ver cómo caían los hombres en el pecado por su culpa, un placer que aún debe de sentir ahora mismo viendo lo malos, desgraciados e infelices que son. ¿Será ese placer el bien superior que habría obtenido de aquella primera falta y aquel primer mal?

Y eso es algo que, sin embargo, no os atrevéis a decir, señores cristícolas, por mucho que parezca que ese supuesto Dios vuestro pudo sentir algún placer al burlarse de la estupidez y la estulticia de ese supuesto primer hombre cuando le dijo en son de burla estas palabras sobrecogedoras: «Si el hombre es ya como uno de nosotros, versado en el bien y el mal, ahora sólo le falta echar mano al árbol de la vida, tomar,

comer y vivir para siempre. Y el Señor Dios lo expulsó del jardín de Edén, para que labrase la tierra de donde lo había sacado» (Génesis, 3,22).

Supongo que no querréis decir que el supuesto bien superior existe en criaturas distintas del hombre, porque sería ridículo decir que el cielo, por ejemplo, o la tierra o algunos seres determinados como los ángeles, por ejemplo, se habrían vuelto más grandes, más perfectos o más felices. A no ser que digáis, como hacen algunos, que los que se alegraron con la primera falta de Adán fueron los diablos, y que ése es el bien superior que sacó Dios del pecado original. Pero no creo que podáis atreveros a decir semejante cosa.

Aunque tal vez digáis que consintió y consiente los males, los vicios y las maldades que existen en este mundo para una manifestación superior de su gloria, su poder y su justicia, así como de su bondad y su misericordia. Ya que, al igual que cuando llega una época de enfermedades contagiosas, el médico puede mostrar, como ya he dicho, su destreza, su ciencia y su capacidad para curar hábilmente a los enfermos, y al igual que un príncipe muestra su poder y alcanza la gloria enfrentándose a los enemigos que vienen a destruir su reino, y al igual que un juez íntegro muestra su justicia al condenar a los culpables y castigar a los malvados, de la misma manera Dios mostraría su paciencia y su longanimidad tolerando los vicios y las maldades de los hombres. De ahí que deje traslucir su misericordia y bondad muy especialmente en la conversión de los pecadores que hacen penitencia, y de ahí que deje traslucir particularmente su poder y su justicia cuando castiga a los pecadores impenitentes: «Supongamos que Dios quería mostrar su cólera y manifestar su poder aguantando con mucha paciencia objetos odiosos, destinados a la destrucción; para manifestar también la riqueza de su gloria en los objetos de su compasión, predispuestos para gloria» (Romanos, 9,22-23).

Por eso decís que Dios permite que existan el mal, los vicios y las maldades, aunque sólo sea para manifestar su gloria, su poder y su justicia. Ése es el bien superior que saca de ello. Por consiguiente, concluís que Dios no consiente que exista el mal en vano, pues de ello saca un bien, aunque sólo sea el de poner de manifiesto su gloria, su poder y su justicia.

Pero esta respuesta sirve también para confundiros, como lo hacían las anteriores, ya que, por mucho que sea loable y honroso que un médico dé muestras de su ciencia, su destreza y su capacidad curando a los enfermos cuando sobreviene una enfermedad contagiosa, porque es precisamente en ese tiempo en que azota la enfermedad contagiosa cuando demuestra su capacidad, y, por más que sea loable y honroso que un príncipe muestre su poder ante el enemigo que se presenta en su reino para devastarlo, y por más que sea loable y honroso que un juez imparta justicia y la ejerza muy especialmente castigando a los culpables y los malvados, de ello no se deduce que sea loable y honroso que un Dios infinitamente bueno, infinitamente perfecto y todopoderoso tenga que castigar cruelmente a los hombres con toda clase de males y penalidades sólo para poner a prueba su paciencia y dar muestras de

piedad para con ellos. De ello no se deduce que sea loable y honroso que un Dios infinitamente bueno, infinitamente sabio y todopoderoso tenga que permitir que los malvados cometan todo tipo de tropelías y daños para darse el gusto de castigarlos haciendo que se pudran eternamente en el infierno.

¿Qué diríais de un príncipe o monarca que devastara sus propios estados o los del vecino sólo para dar muestras de su fuerza y poder? ¿Qué diríais del médico que propagara una enfermedad contagiosa sólo para que se apreciase su ciencia y su destreza para curar a los contagiados? Como dice el señor de Montaigne: «¿Hay alguien que quiera estar enfermo sólo para ver cómo trabaja su médico? ¿Y no habría que azotar al médico que quisiera que tuviéramos peste sólo para demostrar su arte?» (*Ensayos*, III, 10).

¿Qué diríais del juez que quisiera que se cometiesen crímenes y maldades a fin de castigar severamente a quienes los cometieran sólo para poner de manifiesto el rigor de sus actuaciones a la hora de castigar a los culpables? Diríais, sin duda, que ese juez sería no solamente injusto sino también cruel y malvado, porque haría que se cometieran crímenes para que hubiese culpables y darse así el gusto y la satisfacción de castigarles con el máximo rigor. Censuraríais con todas vuestras fuerzas al príncipe que devastara sus estados o los de sus vecinos sólo para demostrar su poder y la fuerza de sus armas. Censuraríais con todas vuestras fuerzas a aquellos y aquellas que dejaran que los desgraciados languidecieran y gimieran sólo para poder apiadarse y compadecerse de ellos. Y por último, censurarías con todas vuestras fuerzas a los médicos que hiciesen lo posible para que la gente contrajera enfermedades contagiosas a fin de mostrar su ciencia y su destreza para curarlos, etc. Censuraríais, insisto, a todos esos individuos, los condenaríais y los tendríais por personas odiosas y detestables.

Entonces, ¿cómo podéis decir que Dios, ese Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio, querría hacer lo mismo? Es decir, que estaría permitiendo y consintiendo que existan en este mundo toda clase de males, toda clase de vicios y toda clase de maldades para su mayor gloria y para que resplandezca su poder y su divina majestad. Y como no hay nada más opuesto a la bondad infinita y la infinita perfección que los males, los vicios y las maldades existentes en este mundo, ¿qué gloria, qué honor, qué gusto podría obtener un Dios que fuese infinitamente bueno e infinitamente perfecto al ver y consentir que haya tantos vicios y tanta maldad entre los hombres? ¿Qué gloria, que honor, qué placer podría obtener un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio castigando eternamente a los culpables, es decir, dejando que ardan por toda la eternidad en medio de llamas espantosas miles de millones de ángeles y miles de millones de hombres que habrían sido condenados al infierno? Y eso, con mucha frecuencia, por no haber hecho nada, por un simple momento de placer pasajero, por una mirada, por un simple deseo natural o por un simple pensamiento de esos que los cristícolas consideran *sombríos* o *deshonestos*. Y muy especialmente por la falta leve que habría cometido el primer hombre al comer

indiscretamente el fruto prohibido que se encontraba en un jardín determinado, cosa vana y frívola que no hubiese merecido ni siquiera un azote. ¿Qué gloria, insisto, qué gloria, qué honor, que placer puede depararle todo esto a Dios? ¡Qué cruel y detestable sería una gloria como ésa, qué cruel y detestable sería un placer como ése! ¡Que cruel y detestable sería una justicia capaz de castigar eterna, severa y despiadadamente unas faltas tan leves!

¡Estáis locos, señores cristícolas! ¡Estáis locos desde el mismo momento en que pensáis eso de un ser que sería infinitamente bueno, infinitamente sabio e infinitamente perfecto! ¿No representaría, en cambio, un mayor bien, un bien superior más digno de gloria, de honor y de placer para Dios, el hecho de haber conseguido que sus criaturas fueran completamente felices y perfectas? Sí, sin duda, representaría un bien superior y un bien más digno de gloria, de honor y de placer.

No digáis, pues, señores cristícolas, que un Dios infinitamente perfecto preferiría permitir y consentir tantos males, tantos vicios y tantas maldades para su mayor gloria y para que resplandezcan su poder, su justicia y su misericordia, ya que sus supuestas virtudes divinas y sus hipotéticas perfecciones quedarían mejor puestas de manifiesto y serían dignas de mayor gloria con el bien que con el mal o con el castigo del mal. Dejad de distraer y engañar a la gente con los vanos temores, las vanas esperanzas y las falsas ideas que les proporcionáis sobre la grandeza, el poder, la bondad, la sabiduría y la justicia infinita de un Dios que no existe y que no ha existido ni existirá nunca.

Las pruebas que he aportado hasta ahora son claras y evidentes. Resultan tan probatorias como se pueda desear y nos muestran, por tanto, la vanidad y falsedad de todas las divinidades y de todas las religiones del mundo, y no haría falta ninguna más para confundir a los supersticiosos deícolas.

Pero como todavía no he refutado suficiente ni particularmente el error en que se encuentran y en el que mantienen vanamente a la gente, y que tiene que ver con la naturaleza del alma, que según ellos es una sustancia espiritual e inmortal, quisiera por ello mostrar más ampliamente la falsedad de esta opinión. Lo que constituirá, al mismo tiempo, la octava prueba o demostración de la vanidad y falsedad de las religiones que hay en el mundo.

Octava prueba

87

De la futilidad y falsedad de las religiones, deducidas de la falsedad en que se encuentran los hombres al sostener que el alma es espiritual e inmortal

Veamos qué se puede decir acerca de la supuesta espiritualidad del alma. Si el alma fuera espiritual, como aseguran los cristícolas, no tendría cuerpo ni partes ni materia ni forma ni aspecto ni extensión. Por tanto, no sería algo real o sustancial, ya que, como acabo de decir, carece de cuerpo, materia, forma, aspecto y extensión, es decir, sería algo que no es real ni sustancial. Ahora bien, el alma es algo real y sustancial ya que anima al cuerpo y le proporciona la fuerza y el movimiento. Porque no es admisible decir que algo que no es nada está animando el cuerpo y proporcionándole fuerza y movimiento. Así pues, el alma es algo real y sustancial y, por tanto, debe ser necesariamente corpórea y material y ha de tener extensión, porque nada de lo que es real puede carecer de cuerpo y extensión. Prueba evidente de ello es que resulta imposible formarse una idea de un ser o una sustancia que carezcan de cuerpo y no tengan forma, aspecto ni extensión.

Podéis pensar y volver a pensar cuantas veces queráis en cómo podría ser un ente que careciera de cuerpo, materia, aspecto, color y extensión, y por más que lo hagáis no llegaréis a haceros una idea clara y distinta de cómo podría ser. Es mucho peor que intentar hacerse una idea de una quimera, es decir, de un monstruo con cien cabezas, por ejemplo, o con cien brazos o de cualquier quimera que se quiera imaginar. Podemos hacernos una idea clara y distinta de ella pero, en cambio, no se puede uno hacer idea, por más que lo intente, de algo que no tiene ser y no tiene naturaleza de ser ni naturaleza de sustancia. Cae por su propio peso de manera manifiesta. Pues bien, la naturaleza del ser y la sustancia pasa por ser cuerpo y tener extensión, y, por tanto, aquello que no es cuerpo ni materia ni extensión no es un ser de ninguna manera, ni tampoco existe.

Así lo ha considerado siempre la Antigüedad, de tal forma que la mayoría de los filósofos y teólogos antiguos han sido de esta opinión, como, por ejemplo, Filón el judío, el mártir Justino, Teodoreto, Orígenes, Lactancio, san Hilario, san Ambrosio, san Agustín o san Bernardo. No sólo creían que las almas eran corpóreas y materiales, sino también que los ángeles y hasta el mismo Dios tenían cuerpo y forma corpórea, porque estaban convencidos de que no podía haber un ser sustancial que careciese de cuerpo, forma y extensión. Todavía no habían caído en esa bonita y sutil distinción entre cuerpo y espíritu que defienden los nuevos filósofos cartesianos. Todavía no habían entrado en si había que admitir que el alma pudiese tener o no extensión, si los deseos del alma podían ser cuadrados o redondos o triangulares o de cualquier otra forma, o si se podían cortar en dos o en cuatro los conocimientos o

sentimientos que pudiesen tener las almas, etc. Y como esos nuevos filósofos han reconocido claramente que un pensamiento del alma no es un cuerpo dotado de extensión, y tienen por seguro que un deseo del alma no es algo redondo ni cuadrado ni triangular ni de ninguna otra forma geométrica, y como suponen que tampoco se puede partir en dos o en cuatro ningún pensamiento ni sentimiento del alma, han creído encontrar una diferencia esencial entre el cuerpo y el alma. Y a partir de ahí se han imaginado que se trataba realmente de dos entes y dos sustancias de naturaleza completamente diferente, siendo propio de una de ellas la extensión en longitud, en anchura y en altura, mientras que lo propio de la otra era pensar, querer y sentir.

88

Debilidad y futilidad de los razonamientos utilizados por los deícolas para probar la supuesta espiritualidad e inmortalidad del alma

Veamos cómo hablan de esto. «Sólo tenemos dos clases de ideas —dice Malebranche, autor de *La Recherche de la Verité*—, la idea de cuerpo y la idea de espíritu. Y como sólo podemos decir aquello que podemos concebir, tendremos que razonar de acuerdo con esas dos ideas. Así, como la idea que tenemos de los cuerpos nos informa de que no pueden moverse por sí mismos, tenemos que concluir que los mueven los espíritus. Es evidente que, con independencia de que sean grandes o pequeños, los cuerpos carecen de fuerza para moverse por sí solos. Pero no sólo los cuerpos no pueden hacer nada por sí mismos; los espíritus más nobles se encuentran también en la misma situación de impotencia. No pueden conocer nada si no les ilumina Dios. No pueden sentir nada si Dios no los modifica. Pueden querer únicamente porque Dios los agita. No son ellos los que se mueven hacia el bien» [VI, 3].

«El primer conocimiento de todos —dice el mismo autor, confundiendo el ser con la forma de ser, cosa que le induce a equivocarse— es la existencia de nuestra alma —yo diría más bien que el primer conocimiento que tenemos es la existencia de nosotros mismos—. Todos y cada uno de nuestros propios pensamientos constituyen otras tantas pruebas incontestables de ello, porque nada hay más evidente que lo que piensa actualmente es algo actualmente. Pero así como resulta muy fácil conocer la existencia de nuestra propia alma, no resulta nada fácil conocer su esencia y su naturaleza. Hay que tener mucho cuidado a la hora de decir cuáles son —él mismo es el que tendría que tener cuidado para no confundir el ser con las distintas formas de ser: el ser permanece mientras que las formas cambian casi a diario—, a fin de no confundirlas con las de aquello a lo que está unida. No hay que tomar el alma por el cuerpo ni por la sangre ni por los espíritus animales ni por el fuego ni por un sinfín de cosas por las que la han tomado los filósofos. Sólo podemos creer acerca del alma lo que no nos podemos impedir creer acerca de ella, aquello de lo que estamos convencidos por la idea interior que tenemos de nosotros mismos, porque, de lo contrario, nos equivocaríamos» [VI, 6].

«Los impíos —dice este mismo autor— deben trabajar mucho, sin duda, para esclarecer si su alma es mortal, como creen, o si es inmortal, como nos dicen la fe y la razón. Se trata de un punto vital para ellos. ¿Por qué no lo saben o por qué permanecen en la duda? ¿Tan difícil resulta asimilar que hay una diferencia radical entre el alma y el cuerpo, entre lo que piensa y lo que es extenso? ¿Y que esos dos seres son completamente opuestos? ¿Tiene que prestar el espíritu mucha atención[23] para darse cuenta de que una idea no es redonda ni cuadrada, o que la extensión sólo

puede tener distintas formas y movimientos, mientras que no es capaz de pensar ni de razonar? Y que, por ello, lo que piensa y lo que es extenso son cosas completamente diferentes. Sin embargo, basta con esto para demostrar que el alma es inmortal y que no puede perecer aunque el cuerpo sea aniquilado» [*ibid.*, IV, 2]. «Los cuerpos pueden corromperse porque son extensos y poseen partes divisibles. Pero si el espíritu no es extenso no será divisible y, si no es divisible, habrá que reconocer que no es corruptible ¿Cómo podemos imaginar —dice este autor— que el espíritu es extenso y divisible? Por medio de una línea recta podemos cortar el cuadrado en dos triángulos, en dos paralelogramos o en dos trapecios pero, ¿con qué línea podríamos cortar algo placentero, algo doloroso o un deseo? ¿Qué forma tendría lo que resultara de esa operación de dividir?»

«El espíritu no es extenso ni divisible y, por consiguiente, es incorruptible e inmortal por su propia naturaleza».

«Porque la cuestión de la inmortalidad del alma, en última instancia, es una de las cuestiones más fáciles de resolver cuando, sin hacer caso de la imaginación, se considera con un poco de atención del espíritu la idea clara y distinta de la extensión y la relación que puede guardar con el pensamiento» [*ibid.*, IV, 2].

«Está claro, pues, que como el pensamiento no es una modificación de la extensión, el alma no resultaría aniquilada aunque admitiéramos que la muerte aniquila el cuerpo».

«Los cartesianos —dice asimismo este autor— no piensan que los animales puedan sentir dolor o placer, ni que puedan amar u odiar, pues consideran que los animales son únicamente materiales y no creen que los sentimientos y las pasiones sean propiedades de la materia, sea cual fuere su naturaleza. Por el contrario, algunos peripatéticos piensan que la materia puede tener sentimientos y pasiones cuando, según dicen, se encuentra sutilizada. De ahí que sostengan que los animales pueden sentir gracias a los espíritus animales, es decir, gracias a una materia agitada en grado sumo y que es sutil y delicada. Sostienen también que el alma debe su capacidad de poseer sentimientos y pasiones precisamente a su unión con ese tipo de materia».

«De ahí que, para resolver la cuestión de si los animales tienen alma, haya que entrar dentro de uno mismo y considerar con toda la atención de la que sea uno capaz la idea que tenemos de la materia. Y si podemos concebir la materia con la forma de cuadrado, círculo, óvalo, o el dolor, el placer, el calor, el color, el olor, el sonido, etc., podemos asegurar entonces que el alma de los animales es capaz de sentir. Mientras que, si no podemos concebirlo, no se puede decir que tengan alma, porque sólo se puede sostener aquello que se concibe. Si podemos concebir, de igual manera, que la materia excitada en grado sumo de abajo arriba y de arriba abajo en una línea curva espiral, oblicua, parabólica o elíptica, es, según la forma de dicha curva, un episodio de amor, un episodio de odio, un episodio de alegría, un episodio de tristeza, etc., podremos decir que los animales tienen las mismas pasiones que nosotros. Pero si no podemos concebirlo, no se debe decir semejante cosa, a menos que se quiera hablar

sin saber lo que se está diciendo. Pero creo poder asegurar que, a nada que se piense en ello con seriedad, no se puede concebir que ningún movimiento de la materia pueda ser un episodio de amor o de alegría. Es una contradicción, aseguran los cartesianos, decir que el alma o la sustancia que piensa, que desea o que siente, es material».

«El alma —asegura el mismo autor— está, pues, tan ciega que no se conoce a sí misma y no ve que le pertenecen sus propias sensaciones. Se encuentra ligada tan íntimamente al cuerpo, se ha vuelto tan carnal después del pecado, y en consecuencia tan incapaz de prestar atención, que atribuye al cuerpo muchas cosas que le pertenecen únicamente a sí misma, por lo que no llega a diferenciarse de él. De tal manera, que no sólo le atribuye las sensaciones de las que estamos hablando, sino también el poder de imaginar y, a veces, hasta la capacidad de razonar. Pues hay un gran número de filósofos lo suficientemente estúpidos e incultos como para creer que el alma no es más que la parte más sutil y desprendida del cuerpo».

«Los animales no tienen ni inteligencia ni alma, como se piensa corrientemente (tomo II, pág. 419). Comen sin gusto, gritan sin dolor, crecen sin darse cuenta de ello, no desean nada, no temen nada y no conocen nada. Si actúan con destreza y de una manera que deja entrever algo de inteligencia, se debe a que Dios, a fin de que pudieran conservar la vida, conformó su cuerpo de tal manera que son capaces de evitar, maquinalmente y sin sentir temor alguno, todo aquello que puede destruirles. De lo contrario, habría que decir que hay más inteligencia en el más pequeño de todos los animales e incluso en un simple grano que en el más espiritual de los hombres, puesto que resulta indudable que poseen más partes diferentes y producen más movimientos ordenados de los que somos capaces de reconocer» [*La Recherche de la Verité*, VI, II, 7].

«No creo —dice este mismo autor— que pueda dudarse, después de haber reflexionado seriamente, de que la esencia[24] del espíritu no consiste más que en el pensamiento, de la misma manera que la esencia de la materia no consiste más que en la extensión. Ni se puede dudar tampoco de que, según las diferentes modificaciones del pensamiento, el espíritu pensará, imaginará o adquirirá otras formas determinadas. Y eso mismo es lo que ocurre con la extensión, pues según se dé una u otra modificación, la materia será unas veces agua, otras madera o fuego, o adquirirá cualquiera de las infinitas formas particulares que pueda adquirir».

«No creo tampoco —dice (tomo I, pág. 349)— que sea posible concebir un espíritu que no piense, por más que resulte muy fácil concebir uno que no sienta, no imagine e incluso no desee. De la misma manera que no puede concebirse tampoco una materia que carezca de extensión, por más que resulte muy fácil concebir una que no sea ni tierra ni metal y no sea cuadrada ni redonda o no esté en movimiento. Por eso hay que concluir que, de la misma manera que puede existir una materia que no sea ni tierra ni metal y no sea ni cuadrada ni redonda y no esté siquiera en movimiento, puede existir un espíritu que no sienta ni frío ni calor ni alegría ni

tristeza y no imagine o incluso no desee nada. Por lo que todas esas cosas no le son esenciales. Así pues, sólo el pensamiento constituye la esencia del espíritu, de la misma manera que únicamente la extensión constituye la esencia de la materia».

«Pero como el movimiento no es la esencia de la materia, porque da por supuesta la extensión, tampoco querer constituye la esencia del pensamiento, porque querer da por supuesta la percepción».

«Lo que constituye propiamente la esencia del espíritu es el pensamiento por sí solo; y las diferentes formas de pensar, como sentir e imaginar, sólo son las diferentes modificaciones de las que es capaz y que no siempre lo modifican (*ibid.*, pág. 348). Querer, en cambio, es una propiedad que le acompaña siempre, tanto si está unido a un cuerpo como si está separado de él, propiedad que, sin embargo, no le es esencial, pues supone el pensamiento, y se puede concebir un espíritu sin voluntad como también un cuerpo sin movimiento».

«Si queremos conferir una idea clara y distinta a la palabra *vida*, podríamos decir que la vida del hombre es el conocimiento de la verdad y el amor al bien, o mejor aún, que el pensamiento es su vida (tomo II, pág. 421); y que la vida del cuerpo consiste en la circulación de la sangre y en el justo equilibrio de los humores, o mejor aún, que la vida del cuerpo consiste en el movimiento de sus diferentes partes, necesario para su conservación. Y al estar entonces claras las ideas relacionadas con la palabra *vida*, resultará evidente: 1. Que el alma no puede comunicar su vida al cuerpo, puesto que no puede hacer que piense. 2. Que no puede darle la vida con que éste se nutre, crece, etc., porque no sabe siquiera qué hay que hacer para digerir lo que se come. 3. Que no puede hacer que sienta, porque la materia no puede tener sentimientos, etc.»

«No basta con sentir o conocer que las impresiones del cerebro —dice este mismo autor— están unidas unas a otras y que les sigue el movimiento de los espíritus animales (tomo I, pág. 222), ni que las impresiones que han sido despertadas en el cerebro despiertan las ideas del espíritu, ni que los movimientos excitados en los espíritus animales exciten pasiones en el alma».

«Las relaciones que conocemos entre el alma y el cuerpo consisten en una correspondencia natural y mutua de los pensamientos del alma con las impresiones del cerebro, y de las emociones del alma con el movimiento de los espíritus animales. En cuanto el alma recibe ideas nuevas imprime nuevas impresiones en el cerebro, y en cuanto los objetos producen nuevas impresiones en el cerebro, el alma recibe ideas nuevas. No es que el alma considere esas impresiones —dice el autor—, porque el alma no tiene ningún conocimiento de ellas; ni tampoco que esas impresiones contengan esas ideas, porque no existe ninguna relación entre ellas; ni tampoco, por último, que reciba esas ideas a partir de esas impresiones, ya que, como explicaremos en otra parte, no es concebible que el espíritu pueda recibir nada del cuerpo o resulte más iluminado de lo que lo está al volverse hacia él, como dicen los filósofos que sostienen que el alma percibe las cosas por volverse hacia los fantasmas y a las

impresiones del cerebro, *per conversionem ad phantasmata*. Por eso, cuando el alma quiere que se mueva el brazo, el brazo se mueve, aunque ella no sepa siquiera lo que hay que hacer para que se mueva; y en cuanto los espíritus animales se agitan, el alma se mueve aunque no sepa siquiera si en su cuerpo hay espíritus animales».

«Cuando estudie las pasiones hablaré de la relación que hay entre las impresiones del cerebro y el movimiento de los espíritus, así como de la relación existente entre las ideas y las emociones del alma, porque todas las pasiones dependen de ella. También hablaré de la relación entre las ideas y las impresiones y la existente entre las propias impresiones».

«Hay, por ejemplo, una relación natural que no depende siquiera de nuestra voluntad y que existe entre las impresiones que produce ver un árbol o una montaña y las ideas de árbol y de montaña. Entre las impresiones que produce en nuestro cerebro el grito de un hombre o de un animal que sufre y el hecho de que entendamos que está sufriendo. Entre las impresiones que produce el aspecto del rostro de un hombre que nos amenaza o nos teme y las ideas de dolor, de fuerza, de debilidad, así como los propios sentimientos de compasión, de temor y de valentía que se producen naturalmente en nosotros» (tomo I, pág. 226).

«El poder que tiene el alma sobre el cuerpo —dice el señor arzobispo de Cambrai (*Traité de l'Existence de Dieu*, pág. 156)— no sólo es soberano sino también ciego. El campesino más ignorante sabe mover su cuerpo lo mismo que el filósofo más instruido en anatomía. El espíritu del campesino da órdenes a sus nervios, a sus músculos, a sus tendones y a sus espíritus animales sin conocerlos siquiera ni haber oído hablar nunca de ellos. Y los encuentra pese a que no pueda diferenciarlos ni saber dónde se encuentran. Se dirige directamente a los que necesita y no toma unos por otros».

«Con sólo quererlo, un equilibrista hace que los espíritus broten impetuosamente en determinados nervios consiguiendo que unos se tensen y otros se relajen. Preguntadle qué es un nervio: no tiene ni idea. Preguntadle a ver cuáles ha puesto en movimiento y por dónde ha comenzado a agitarlos y no entenderá siquiera lo que le estáis diciendo. Ignora profundamente qué hace con los resortes internos de su maquinaria».

«Un músico de laúd puede equivocarse por mucho que conozca las cuerdas de su instrumento, y por más que las vea y las toque con los dedos una tras otra. Pero el alma que gobierna la maquinaria del cuerpo humano mueve, sin equivocarse, todos los resortes adecuadamente aunque no los vea, no los distinga y sin saber siquiera la forma que tienen, dónde se encuentran o qué fuerza debe emplear. ¡Qué prodigio! Mi espíritu da órdenes a lo que no conoce en absoluto y ni siquiera puede ver, a lo que no conoce y no puede siquiera ser conocido, y en cuanto las da, es obedecido infaliblemente. ¡Qué ceguera! ¡Qué poder! La ceguera es propia del hombre, pero ¿a quién pertenece el poder, a quién se lo atribuiremos si no es a quien ve lo que el hombre no ve y a quien hace lo que supera al hombre? Si mi alma quiere mover los

cuerpos que la rodean y que conoce indistintamente, no conseguirá que se mueva ninguno. No tiene poder para agitar con su voluntad el más mínimo átomo. El pensamiento del hombre no puede ejercer imperio alguno sobre los cuerpos. Puedo verlo con sólo recorrer la naturaleza».

«El mismo espíritu que contempla sin cesar el infinito y todas las cosas finitas de acuerdo con la regla del infinito, ignora al mismo tiempo de manera infinita todos los objetos que le rodean. Él mismo se ignora. Camina a tientas en un abismo de tinieblas. No sabe qué es ni cómo se encuentra atado a un cuerpo ni como ejerce su imperio sobre los resortes de un cuerpo que no conoce. Ignora sus propios pensamientos y sus propios actos de voluntad. No sabe con certeza ni en qué cree ni qué quiere. A veces se imagina que cree y quiere aquello en lo que no cree o no quiere. Se equivoca, aunque lo mejor es que sabe que se equivoca» (pág. 179).

«Resulta tan natural creer que la materia no puede pensar —añade el señor arzobispo de Cambrai—, que los hombres no advertidos se ríen sin poder impedirlo en cuanto se les dice que los animales no son más que meras máquinas, porque no pueden concebir que las máquinas puedan poseer el conocimiento que creen percibir en los animales. Piensan que atribuir conocimiento a las máquinas es hacer como los niños que hablan con sus muñecos. De ahí viene que hasta los filósofos de la Antigüedad, que sólo admitían el cuerpo como algo real, sostuviesen que el alma humana estaba hecha de un quinto elemento o de una especie de quintaesencia divina y celestial carente de nombre pero indivisible e inmutable, porque no podían concebir que la materia terrestre compuesta por los cuatro elementos fuese capaz de pensar y conocer por sí misma» (pág. 144).

89

Refutación de sus vanos razonamientos

Todos esos razonamientos permiten ver de manera evidente que los cartesianos no quieren reconocer que la materia pueda pensar, querer, sentir, desear, amar, odiar, etc., sólo porque se imaginan que si el pensamiento, el conocimiento y la voluntad, el amor y el odio, la tristeza y la alegría así como las demás pasiones no fuesen más que modificaciones de la materia, tendrían que ser cosas dotadas de extensión y tendrían, por tanto, altura, largura y anchura, como la propia materia, y serían necesariamente cosas redondas o cuadradas, según dicen, y podrían también, al igual que la materia, ser divididas, partidas o cortadas en diferentes partes.

Pues bien, resulta claro y evidente que, aunque la materia fuese capaz de pensar, querer, sentir, desear, amar u odiar, sentir alegría o tristeza, etc., de ello no se seguiría que esas modificaciones de la materia tuviesen que tener extensión y, por tanto, ser anchas, largas y altas. Por tanto, de ello no se seguiría que los pensamientos, deseos, actos de voluntad o emociones del alma tuvieran que ser cosas redondas o cuadradas, según dicen, o que pudieran dividirse, partirse o cortarse en partes iguales o desiguales, como se puede hacer con la materia. Resulta incluso ridículo imaginarse que semejantes cosas pudieran deducirse de ello. Veamos la prueba concluyente.

Resulta claro y evidente que el movimiento, por ejemplo, es un modo o una modificación de la materia, al igual que la extensión sería una modificación del ser. Ahora bien, resulta evidente también que el movimiento en sí mismo no es una cosa redonda ni cuadrada, ya que, aunque se pueda efectuar en redondo, en cuadrado, en óvalo o en triángulo, no por ello se dice que el movimiento es una cosa redonda, ovalada o triangular, ni algo que se pueda medir en pintas o en dobles pintas, ni que se pueda pesar con un peso o con balanza, ni tampoco es algo que se pueda partir o cortar en piezas o en trozos. Luego no todas las modificaciones de la materia son necesariamente cosas redondas o cuadradas, ni cosas que se puedan dividir, partir o cortar en cuartos.

Lo mismo ocurre con la vida y la muerte, la belleza y la fealdad, la salud y la enfermedad, la fuerza y la debilidad que experimentan los cuerpos vivos, y que sólo son, en realidad, modificaciones de la materia, al igual que la extensión. Pues bien, es indudable y evidente que ni la vida ni la muerte, ni la belleza ni la fealdad, ni la fuerza ni la debilidad, ni la salud ni la enfermedad que se dan en los cuerpos vivos son cosas que tengan extensión, por lo que carecen de altura, anchura y largura, y tampoco son cosas redondas o cuadradas, ni cosas que se puedan partir o dividir en pedazos. Tampoco son cosas que se puedan medir en anas o toesas ni que se puedan pesar con un peso o una balanza, pese a que no dejan de ser por ello modificaciones de la materia.

Por consiguiente, no todas las modificaciones de la materia son necesariamente redondas o cuadradas, y sería incluso ridículo decir que la belleza y la fealdad, la fuerza y la debilidad, la salud y la enfermedad de los cuerpos vivos tienen que ser redondas o cuadradas o pueden ser partidas o divididas en piezas so pretexto de ser modificaciones de la materia.

De igual manera, los sonidos, los olores, los gustos o los sabores no son en absoluto cosas redondas o cuadradas y sería ridículo decir que, como se trata de modificaciones de la materia, tienen que ser redondos o cuadrados.

Asimismo, los vicios y las virtudes no son más que modificaciones de la materia, ya que la virtud existente en el hombre es sólo una buena, hermosa, honesta y loable manera de vivir, actuar y comportarse en la vida. En cambio, el vicio existente en el hombre no es más que una forma censurable y fea de actuar y comportarse en la vida. Y esas formas de actuar y comportarse en la vida, sean buenas o malas, existen palpablemente en el hombre, que está compuesto de materia. Por tanto, sólo cabe decir que las virtudes y los vicios son modificaciones de la materia. De ello, sin embargo, no se sigue que los vicios y virtudes tengan que ser cosas redondas o cuadradas, ni tampoco que tengan que ser cosas susceptibles de ser divididas, partidas y cortadas en pedazos o trozos, como cuando se corta la propia materia, y sería ridículo decir y hasta imaginar que de ese principio pudiera derivarse algo semejante.

Entonces, *a pari*, es decir, por lo mismo, aunque nuestros pensamientos, nuestros conocimientos, nuestros deseos, nuestros actos de voluntad, nuestras sensaciones, nuestros afectos, nuestras querencias, nuestros odios, nuestros placeres, nuestros dolores, nuestras alegrías y tristezas, etc., en una palabra, aunque nuestros sentimientos y pasiones sean modificaciones de la materia, no se puede extraer de ello la conclusión de que sean o tengan que ser cosas redondas o cuadradas, ni que tengan que ser cosas que se puedan partir o cortar en pedazos o trozos.

Por el contrario, resulta ridículo que los cartesianos puedan imaginarse semejante cosa. De ahí que resulten ridículos cuando exponen sus razonamientos sobre este particular.

Podemos enfocar, si se quiere, este razonamiento de otra manera.

La razón por la que los cartesianos no admiten que la materia es capaz de pensar, sentir, desear, querer, amar y odiar, etc., es que no pueden convencerse de que ningún pensamiento, ningún acto de voluntad, ningún deseo, ninguna querencia, ningún odio, ninguna alegría, ninguna tristeza, es decir, ningún afecto ni pasión del alma pueden ser modificaciones de la materia. Y no pueden convencerse de que esas pasiones y afectos constituyen otras tantas modificaciones de la materia porque no son, según dicen, cosas dotadas de extensión, como la materia, y tampoco son cosas redondas o cuadradas ni algo que se pueda dividir, partir o cortar en piezas o pedazos.

Pues bien, esa razón no sirve para impedir que el pensamiento, el conocimiento, el sentimiento, la voluntad, el deseo, el amor, el odio, la alegría, la tristeza, en suma,

todos los afectos y pasiones del alma puedan ser considerados modificaciones de la materia.

Luego su razonamiento no sirve para probar la supuesta espiritualidad del alma, que es lo que quieren los cartesianos, y hasta hacen el ridículo al intentar demostrar con él la espiritualidad del alma, al igual que lo hacen cuando intentan demostrar la existencia de un Dios infinitamente perfecto a partir de la idea que se forjan de él.

Porque, de la misma manera que la idea que podemos tener de una cosa no prueba en modo alguno que esa cosa sea como la hemos imaginado, así lo que los cartesianos llaman espiritualidad del pensamiento, del deseo y de los actos de voluntad, de los afectos y de las pasiones del alma, no prueba tampoco que no sean modificaciones de la materia, por más que estemos en presencia de cosas que carecen de extensión y no son redondas ni cuadradas y tampoco se pueden partir en trozos o pedazos.

La razón evidente de ello es que no todas las modificaciones de la materia deben tener actualmente, es decir, en acto o efectivamente, todas las propiedades de la materia. Es incluso imposible que puedan tenerlas todas.

Lo propio de la materia es ser extensa, es decir, tener longitud, anchura y altura. Pero de ello no se sigue que todas las modificaciones de la materia puedan o deban tener altura, anchura y longitud. Sería ridículo pretender semejante cosa.

Lo propio de la materia es adoptar toda clase de formas y todo tipo de movimientos. Pero de ello no se sigue que todas las modificaciones de la materia puedan o deban tener toda clase de formas y todo tipo de movimientos. Sería ridículo pretender semejante cosa.

Lo propio de la materia es que puede ser dividida o cortada a lo largo o a lo ancho y al bies. Pero de ello no se sigue que todas las modificaciones de la materia puedan o deban ser susceptibles de ser partidas o cortadas a lo largo, a lo ancho o al bies. Sería ridículo pretender semejante cosa.

Lo propio de la materia es que puede ser medida en pies, por ejemplo, o en anas o en toesas, así como en cuartos, en pintas o en dobles pintas. Pero de ello no se sigue que todas las modificaciones de la materia puedan o deban ser susceptibles de ser medidas en pies, anas o toesas, ni tampoco en cuartos, pintas y dobles pintas. Sería ridículo pretender semejante cosa.

Lo propio de la materia es, por último, que puede ser pesada con un peso o una balanza, pero de ello no se sigue que toda la materia ni todas las modificaciones de la materia puedan o deban ser realmente susceptibles de ser pesadas con un peso o una balanza. Sería ridículo pretender semejante cosa.

Así pues, los cartesianos hacen el ridículo cuando sostienen que nuestros pensamientos, nuestros razonamientos, nuestros conocimientos, nuestros deseos, nuestros actos de voluntad y los sentimientos de placer o dolor, amor u odio, alegría o tristeza, etc., no son modificaciones de la materia sólo porque carecen de extensión, es decir, no son altos, anchos y largos, ni son redondos ni cuadrados, ni tampoco

pueden ser divididos o cortados en piezas o pedazos. Resulta ridículo que sostengan semejante cosa porque no es posible que todas las modificaciones de la materia posean realmente, es decir, efectivamente o en acto, todas sus propiedades.

Veamos algunos ejemplos que confirman este razonamiento.

Como he dicho, el movimiento y el viento, por ejemplo, son realmente sólo modificaciones y agitaciones de la materia. Sin embargo, es indudable que el movimiento y el viento no son cosas redondas o cuadradas ni tienen una forma especial. Tampoco pueden ser medidos en pintas, dobles pintas o cuartos, ni pueden ser pesados con un peso o una balanza. Luego no todas las modificaciones de la materia pueden tener siempre todas las propiedades de la propia materia, ni una modificación de la materia puede tener todas las modificaciones.

De igual manera, es claro, cierto y evidente que lo que llamamos vida o muerte, belleza o fealdad, fuerza o debilidad, salud o enfermedad, son sólo modificaciones de la materia que constituye el cuerpo. Sin embargo, es indudable que ese tipo de cosas no son redondas ni cuadradas ni tienen ninguna otra forma. Tampoco se pueden partir ni cortar en cuartos como la materia. No se pueden medir en anas o toesas ni en pintas o dobles pintas. Ni se pueden pesar con un peso o una balanza, y resultaría ridículo hablar de anas o toesas de vida y de salud, como también sería ridículo hablar de una pinta o una doble pinta de belleza o de fuerza. Sería ridículo asimismo hablar de una libra o dos de enfermedad, de fiebre o de pleuresía, lo mismo que de una libra o dos de salud y de fuerza, etc. Así pues, no todas las modificaciones de la materia pueden tener realmente todas las propiedades de la materia, ni todas las modificaciones de la materia pueden tener el resto de modificaciones de la materia. Sería ridículo pensarlo.

De igual manera, los vicios y virtudes que observamos claramente en el hombre, son únicamente, como ya he dicho, modificaciones de la materia, porque el vicio y la virtud no son o no consisten más que en buenas o malas formas de actuar, de vivir o de comportarse en la vida. No son, pues, más que disposiciones o formas de actuar determinadas que conciernen tanto al cuerpo como al alma o espíritu y, por tanto, son sólo modificaciones distintas tanto del alma como del cuerpo. Sin embargo, es indudable que las virtudes y vicios que hay en el hombre no son cosas redondas ni cuadradas, ni poseen ninguna otra forma. No son cosas que se puedan cortar o dividir en pedazos. No son cosas que se puedan medir en anas o en toesas. No son cosas que se puedan pesar con un peso o una balanza. Y resultaría ridículo preguntar si podríamos cortarlas o dividirlas en piezas o pedazos, como también resultaría ridículo pensar que se pueden medir en anas o en toesas, o que podamos pesarlas con un peso o una balanza.

Luego es indudable y evidente que no todas las modificaciones de la materia pueden ser redondas o cuadradas, ni que todas puedan ser capaces de ser cortadas o divididas en piezas. Y aunque no se pueda decir que determinado movimiento en línea recta, determinado movimiento oblicuo, circular, en espiral, parabólico o

elíptico, es capaz de producir, como dicen los cartesianos, amor, odio, deseo, alegría, tristeza o no importa qué afecto o pasión del alma, de ello no se sigue que esos afectos y sentimientos del alma no sean modificaciones de la materia.

Por último, lo que llamamos ruido, sonido, luz, olor, sabor, calor, frío e incluso fermentación no son propia y realmente más que formas y modificaciones de la materia.

Es evidente, sin embargo, que todas esas cosas no son redondas ni cuadradas ni tienen forma alguna, es evidente que no se pueden partir ni cortar en piezas o en pedazos y, por último, es evidente que no se pueden medir ni pesar de ninguna manera. Luego, una vez más, resulta indudable y es claro y evidente que no todas las modificaciones de la materia deben tener siempre en acto o realmente todas las propiedades de la materia, ni deben ser siempre redondas o cuadradas, ni deben ser siempre divisibles con el hacha o el cuchillo, y no tienen tampoco por qué ser siempre medibles en pies o en toesas ni susceptibles de ser pesadas en un peso o una balanza. Y por tanto, resulta claro y evidente que los cartesianos no tienen razón cuando dicen que los pensamientos, los deseos, los actos de voluntad y las sensaciones del alma no son modificaciones de la materia sólo porque no son cosas redondas o cuadradas ni tienen ninguna otra forma, Por lo cual su supuesta demostración del carácter espiritual del alma, que se apoya en este razonamiento falso, es manifiestamente vana y ridícula.

Pues bien, de esa supuesta espiritualidad del alma que, a su juicio, ha quedado perfectamente establecida, es de donde creen sacar legítimamente una consecuencia evidente, que no sería otra que su carácter inmortal. Veamos cómo razonan: lo que es espiritual carece de extensión; lo que carece de extensión no puede tener partes divisibles y que puedan separarse unas de otras; lo que no tiene partes divisibles y que se puedan separar unas de otras no puede corromperse, porque la corrupción no es más que la división y la separación de las partes que se produce en los cuerpos que se corrompen o pueden corromperse. Lo que no puede corromperse no puede perecer ni dejar de ser; lo que no puede perecer ni dejar de ser permanece siempre en el mismo estado. Por tanto, como el alma, al ser espiritual, carece de extensión, y al no tener extensión, no tiene partes en las que dividirse y que se puedan separar unas de otras, y al carecer de partes en las que pueda dividirse y que puedan separarse unas de otras no puede corromperse, y al no corromperse permanece en el mismo estado, por consiguiente, es inmortal, o eso es lo que pretenden según esta supuesta demostración. Sí, así es como quieren demostrar la espiritualidad e inmortalidad del alma.

Pero como este razonamiento está basado en una suposición completamente falsa y en la vana, ridícula y supuesta demostración de que el alma es algo espiritual, resulta muy fácil comprobar cómo no se puede sacar conclusión alguna de este argumento, por lo que se trata de un argumento que no tiene fuerza alguna.

¿Cómo pueden sostener los cartesianos que el alma es algo espiritual e inmortal si admiten, y tienen que admitirlo necesariamente, que el alma puede sufrir cambios y modificaciones y está sujeta realmente a diversos cambios, diversas modificaciones y hasta diversas enfermedades? Tendrían más bien que decir, por el contrario, que no es espiritual ni inmortal. Ya que lo que es capaz de sufrir diferentes cambios y modificaciones y hasta diversas enfermedades no puede ser algo, es decir, un ser o una sustancia espiritual e inmortal.

1º. No puede ser algo inmortal. Veamos una prueba evidente. Lo que es susceptible de diferentes cambios y diferentes modificaciones es susceptible de sufrir diferentes alteraciones. Lo que es susceptible de sufrir diferentes alteraciones es susceptible de corromperse; lo que es susceptible de corromperse no es incorruptible; lo que no es incorruptible no es inmortal. Todo esto resulta claro y evidente. Pues bien, como los cartesianos reconocen que el alma puede sufrir diferentes cambios y modificaciones, y como admiten también que está realmente sujeta a ellos, y como están de acuerdo asimismo en que nuestros conocimientos y nuestras sensaciones, todas nuestras sensaciones y percepciones, deseos y actos de voluntad son modificaciones del alma, están admitiendo que el alma está sujeta a diferentes cambios y diferentes modificaciones, por lo que tendrán que admitir que estar sujeta a diferentes alteraciones es estar sujeta a principios de corrupción, por lo que no es incorruptible ni inmortal, como quieren que creamos. De ahí que el gran san Agustín diga en las *Confesiones* (libro XII, capítulo 11) que «una voluntad que varía en sus resoluciones, sea de la manera que fuere, no puede ser inmortal en duración». De ahí que, como está sujeta a diferentes cambios y manifestaciones, el alma no puede ser inmortal en duración.

2º. Como el alma, según los propios cartesianos, está sujeta a diferentes cambios y diferentes modificaciones, no puede ser espiritual, no al menos según la manera que tienen ellos mismos de entender lo espiritual. Veámoslo. Algo que carece de extensión y que no tiene partes no puede cambiar de manera de ser ni puede tener siquiera una forma de ser determinada. Lo que no puede cambiar de manera de ser y no puede tener siquiera una forma de ser determinada no puede estar sujeto a diferentes cambios ni modificaciones. Pues bien, según los propios cartesianos, el alma no tiene extensión ni tiene tampoco partes, luego no podría cambiar de forma de ser ni podría tener tampoco una forma de ser determinada. Luego no podría estar sujeta a cambios ni debería sufrir las diferentes modificaciones que ellos mismos dicen que sufre y experimenta. De lo contrario, tendrían que admitir que, si el alma puede cambiar de manera de ser y puede estar sujeta a diferentes cambios y modificaciones, debe tener extensión y partes. Y si tiene extensión y partes no puede ser espiritual, en el sentido en que lo entienden los propios cartesianos. El razonamiento resulta evidente.

No les cabe en la cabeza, según dicen, que la materia en forma de cuadrado, círculo, óvalo o triángulo, etc., sea el dolor, el placer, la alegría, la tristeza, el calor, el

olor, el sonido, etc. Tendrían que decir más bien que les resulta inconcebible que la materia, al adoptar tal o cual forma, produce dolor, placer, calor, sonido, etc. No es precisamente la materia la que es dolor, placer, alegría o tristeza, etc., sino que lo que causa o produce en un ser vivo el sentimiento de dolor, placer, alegría, tristeza, etc., son las diferentes modificaciones de la materia. Y dicen que no pueden concebir esto, y sólo por esa razón no quieren admitir que esos sentimientos son modificaciones de la materia. Sin embargo, no tienen ninguna dificultad en concebir que un ser carente de extensión y de partes pueda ver, conocer, pensar y razonar sobre cualquier cosa. No tienen ninguna dificultad para concebir que un ser carente de extensión y de partes pueda ver y contemplar el cielo y la tierra así como contar, uno tras otro, todos los objetos que ve a través de la grosera masa del cuerpo en el que ese ser estaría como encerrado en un calabozo sombrío. No tienen dificultad alguna para concebir que un ser carente de cuerpo y de partes puede experimentar placer y alegría, dolor y tristeza. ¿Qué podría proporcionar a un ser como ése placer o alegría? ¿Pueden tener siquiera asiento en un ser como ése la alegría y la tristeza? Los cartesianos admiten y dicen realmente cosas que resultan mucho más inconcebibles que las que rechazan so pretexto de no poder concebirlas.

Ya que por muy difícil que resulte concebir cómo tal o cual modificación de la materia ha podido producir tal o cual pensamiento o sensación, hay que reconocer necesariamente, sin embargo, que los pensamientos y sensaciones que experimentamos se deben a diferentes modificaciones de la materia. Ni siquiera los propios cartesianos podrían disentir. ¿Qué necesidad tienen, entonces, de recurrir a un ser imaginario, a un ser que no es nada y que, aunque fuese algo real, como quieren imaginarlo, resulta imposible concebir su naturaleza, resulta imposible concebir cómo actúa y cómo piensa, resulta imposible concebir qué tipo de relación mantiene con el cuerpo y resulta imposible concebir cómo tales o cuales modificaciones de la materia podrían suscitar en él tales o cuales pensamientos o tales y cuales sensaciones, sin que él tenga conocimiento de que se están produciendo esa serie de modificaciones de la materia. En cambio, no hay ninguna dificultad a la hora de explicar todo esto si se parte de la hipótesis de que las modificaciones de la materia producen por sí solas nuestros pensamientos, nuestros conocimientos y nuestras sensaciones, que es lo que hago yo. Si se parte de la hipótesis contraria, las dificultades para explicar todo esto son insuperables.

No hay que asombrarse, como he señalado más atrás, de que no podamos conocer claramente cómo tal o cual modificación de la materia provoca tal o cual pensamiento o sensación, porque como esta clase de modificaciones pertenecen al rango de los primeros principios de la vida, del conocimiento y del sentir, forman parte de la constitución natural de nuestro cuerpo y están ahí para que podamos conocer y sentir las cosas cognoscibles y sensibles que se hallan fuera de nosotros, y no para que podamos conocer y sentir directa e inmediatamente los propios principios primeros. Como ocurre con la constitución natural de los ojos, que no están para mirarse y

verse a sí mismos sino para que podamos ver todo lo que se encuentra fuera de nosotros mismos. Por eso vemos efectivamente a través de nuestros ojos los objetos visibles que se hallan fuera de nosotros, aunque no podamos ver nuestros propios ojos ni las partes que los componen. Y la razón evidente de ello es que el principio de la vista no pertenece al ámbito de la vista. De ahí que haya que decir que el principio del sentimiento o el principio del conocimiento no deben pertenecer al ámbito del sentimiento o del conocimiento, respectivamente. Y no cabe duda de que ésa es la razón por la que no conocemos claramente la naturaleza de nuestro espíritu ni la naturaleza de nuestros sentimientos o de nuestras sensaciones, pese a que, en el fondo, no son más que modificaciones de la materia de la que estamos hechos. Sin embargo, es cierto que podemos ver nuestros propios ojos si nos miramos en un espejo, porque entonces el espejo representa nuestro rostro y nuestros ojos como si, en cierto modo, se encontraran fuera y lejos de nosotros. Pero como no existe ningún espejo que pueda representar el alma ni ninguna de sus modificaciones, y como tampoco podemos ver nada de eso en los demás, no conseguimos conocer inmediatamente el alma y sus modificaciones por sí mismas, aunque podamos sentirlas inmediatamente por sí mismas.

Lo que confirma esta verdad, o la certeza de este último razonamiento, es el sentimiento natural que tenemos de nosotros mismos, que es un sentimiento real y verdadero ya que conocemos de manera cierta, y a través de nuestros propios pensamientos, que somos nosotros mismos quienes pensamos, quienes queremos, quienes deseamos, quienes sentimos unas veces placer y otras dolor, quienes tenemos unas veces alegría y otras tristeza. Además, conocemos y sentimos de manera inequívoca que pensamos a través de la cabeza y, más en concreto, del cerebro. Sí, gracias a nuestro cerebro pensamos, queremos, conocemos, razonamos, etc. De la misma manera que es gracias a nuestros ojos como vemos, y gracias a nuestros oídos como oímos, y gracias a nuestra boca como hablamos y distinguimos los sabores, y gracias a nuestras manos como tocamos, y gracias a nuestras piernas y nuestros pies como caminamos, y gracias a todas las partes de nuestro cuerpo como sentimos el placer y el dolor. No, no podemos dudar sobre nada de esto.

Pues bien, no vemos, no sentimos y no conocemos en nosotros nada que no sea materia. Quitadnos los ojos. ¿Qué vemos? Nada. Quitadnos los oídos. ¿Qué oímos? Nada. Quitadnos las manos. ¿Qué tocaremos? Nada, a menos que sea de manera imperfecta gracias al resto de partes del cuerpo. Quitadnos la cabeza y el cerebro. ¿Qué pensaremos? ¿Qué conoceremos? Nada. Quitadnos, en fin, el cuerpo y los miembros. ¿Qué sentiremos? ¿Dónde estarán nuestros sentimientos, nuestros placeres y nuestras alegrías? ¿Dónde nuestras penas, nuestros dolores y nuestros disgustos? ¿Y finalmente, dónde estaremos nosotros mismos? En ninguna parte, seguro. Y es imposible concebir que, si aceptamos este supuesto, podamos tener en ese estado ningún pensamiento y ningún conocimiento. Es imposible concebir que podamos seguir siendo algo.

Así pues, es cierto, seguro e indudable que, a pesar de que nuestros pensamientos, conocimientos y sensaciones no son redondos ni cuadrados, ni son divisibles a lo largo o a lo ancho, son solamente modificaciones de la materia. Y por consiguiente, nuestra propia alma es sólo la parte más sutil y agitada de la materia, frente a la materia más basta que conforma los miembros y las partes visibles de nuestro cuerpo. De ahí que sea claro y evidente, a poca atención que se preste y a nada que uno se examine sin prejuicios ni prevenciones, resulta claro y evidente, repito, que nuestra alma no es espiritual ni inmortal, como aseguran los cartesianos. Y si me preguntarais qué ocurre en el momento de la muerte con esa materia sutil y agitada, diré, sin asomo de duda, que se disuelve y se disipa inmediatamente en el aire como si fuera un vapor ligero o una leve exhalación. Más o menos como cuando se apaga de golpe la llama de una vela o como cuando se extingue imperceptiblemente por sí misma al faltar el combustible para mantenerla. «Estamos hechos —dice el señor de Montaigne — de dos piezas principales, que son esenciales y cuya separación provoca la muerte y la ruina de nuestro ser» (*Ensayos*, II, 12). Las dos piezas a las que se refiere no son otras que la materia sutil y agitada que nos da la vida y la materia basta y pesada que forma las partes de nuestro cuerpo.

Porque considero que resulta excesivamente ridículo sostener, como sostuvieron algunos filósofos de la Antigüedad, que el alma pasaría de un cuerpo a otro. El inventor de esa teoría fue, según dicen[25], el famoso Pitágoras, filósofo de Samos, que recordaba haber sido en otro tiempo una mujer llamada Aspasia, que fue una cortesana famosa. Luego habría sido un muchacho que sirvió de mujer al tirano de Samos. Después se habría reencarnado en el filósofo cínico Crates. Más tarde fue rey, médico, sátrapa, caballo, arrendajo, rana y gallo. También recordaba haber sido Etálides, hijo de Mercurio, y haberse reencarnado en Euforbio, que murió durante el sitio de Troya. De Euforbio se convirtió en Hermótimo, de Hermótimo se convirtió en Pirro y, una vez muerto éste, se convirtió finalmente en Pitágoras, después de haber pasado por todas esas metamorfosis. Si es verdad que dijo o creyó semejante cosa, me atrevo a decir que el pobre filósofo estaba más loco que cuerdo y que no merecía el nombre de filósofo.

Veamos una señal y una prueba evidente y muy convincente de que nuestra alma es tan material y mortal como nuestro cuerpo. Esa prueba es que el alma se fortalece o debilita a medida que se fortalece o debilita nuestro cuerpo, cosa que no ocurriría si fuese una sustancia espiritual y material distinta del cuerpo. Ya que, si fuese así, su fuerza y su poder no dependerían en absoluto de la disposición o la constitución del cuerpo. Pero como dependen completa y absolutamente de él, podemos ver en ello una prueba evidente y convincente de que no es inmaterial ni inmortal. Y eso ha impulsado a un poeta de nuestro tiempo a expresarse así:

“En fin, cuando el cuerpo declina,
quien se hunde bajo el peso de los años
siente cómo su espíritu

se hunde, al mismo tiempo, bajo su peso.
Pocos son los de primera clase que la Naturaleza
se complació en formar con la arcilla más pura
y que, cuando la edad blanquea sus cabellos
conservan, con el invierno de los años, el espíritu libre.
El resto, amasado en una arcilla más grosera,
envejece por completo con la materia,
y no le cabe en el reparto, junto al cuerpo roto,
más que una razón trastornada y un espíritu helado".
([Claude Jordan], *Journal Historique*, marzo de 1708)

90

Opiniones de los pensadores de la Antigüedad sobre la inmortalidad del alma

Veamos cómo se expresaban los poetas antiguos:

«Y es que se desconoce cuál es la naturaleza del alma, si nace o, por el contrario, se les trasmite a los nacientes, si perece a la vez que nosotros deshecha con la muerte , o va a ver las tinieblas de Orco y sus charcas desoladas, o si por milagro se trasmite a otras bestias»

(Lucrecio, *La naturaleza*, I, 111-115[26])

«La fuerza del espíritu, localizada en su propia semilla y sementera, le va creciendo a la par que el cuerpo a cada uno. ¿Por qué no podemos recordar esa vida pasada anterior ni guardamos traza ninguna de los sucesos antiguos?»

(Lucrecio, *La naturaleza*, III, 747, 671-673)

«Y es que si la capacidad del espíritu se ha modificado tan radicalmente que se pierde toda retentiva de sucesos pretéritos, ello no anda lejos, entonces, según creo, de ser muerte. Luego la naturaleza del espíritu es forzoso que sea corporal, ya que padece con dardos y heridas corporales»

(Lucrecio, *La naturaleza*, III, 674-676, 175-176)

Y en otra parte (*Ensayos* de Montaigne, II, 12):

«Y hay más: nos damos cuenta de que la mente se engendra a la par que el cuerpo y junto con él va creciendo y a la par envejece. Y puesto que comprobamos que la mente, tal como un cuerpo enfermo, se cura, y vemos que puede con un medicamento modificarse, también eso barrunta que como mortal vive la mente»

(Lucrecio, *La naturaleza*, III, 445-446, 510-513).

«El desvarío se produce porque la capacidad de espíritu y alma se altera y, como he mostrado, partida en dos, se deshace desbaratada por ese mismo veneno. La acción de la enfermedad, repartida por los miembros, altera el alma, haciendo espumas como en la mar salada bullen las aguas»

(Lucrecio, *La naturaleza*, III, 499-501, 492-493).

Y en otra parte:

«En las enfermedades del cuerpo, a menudo el espíritu yerra descaminado, enloquece y dice disparates y hay veces que de grave letargo viene a dar en adormecimiento hondo y duradero, al tiempo que deja caer los párpados y la cabeza. Se cansan con el tiempo a la vez y se debilitan»

(Lucrecio, *La naturaleza*, III, 463-466, 458)

Padre mío, ¿hay que creer que hay almas
que suben al cielo aspirando encontrar de nuevo las espesas ligaduras
del cuerpo? ¿De dónde les llega a esos infelices el insensato deseo de la luz?”
(Virgilio, *Eneida*, VI, 376)

“Pues está claro que unir lo mortal con lo eterno y pensar que pueden tener a la par sensación e intercambiar tareas es desvariar: pues ¿qué debemos pensar que sea más disparatado o que más entre sí se desajuste y contradiga que lo que es mortal arrostre fieras tormentas unido en agrupación con lo inmortal y perenne? (Lucrecio, *La naturaleza*, III, 800-804)

91

Los pensamientos, los deseos, los actos de voluntad y las sensaciones de bien o de mal son únicamente modificaciones internas de la persona o el animal que piensa, conoce o siente el bien o el mal; y aunque los hombres y los animales estén hechos solamente de materia, de ello no se sigue que el pensamiento, los deseos o las sensaciones de bien o de mal deban ser cosas redondas o cuadradas, como imaginan los cartesianos haciendo el ridículo sólo al imaginarlo, cosa que también hacen cuando quieren privar de conocimiento y sentimientos a los animales, opinión condenable, ya veremos por qué

«Una cosa es segura —dice el juicioso señor de Montaigne—, nuestros pensamientos, juicios y facultades del alma se alteran de acuerdo con los movimientos y las alteraciones del cuerpo, alteraciones que son continuas. "El cuerpo mortal es lastre del alma" [Sabiduría, 9,15]. Cuando estamos sanos, ¿no tenemos el espíritu más despierto, la memoria más rápida y la palabra más viva que cuando estamos enfermos? ¿No nos hacen la alegría y la salud recibir todo cuanto se presenta al alma con una cara distinta de la que nos infunden la pesadumbre y la melancolía? […] El aire e incluso la serenidad del cielo nos producen la mutación que señala este verso citado por Cicerón: "Los pensamientos del hombre son como los fecundantes rayos con que el padre Júpiter inunda la tierra"» [*Odisea*, XVIII, 135].

«No son únicamente las fiebres —prosigue—, los brebajes y los accidentes graves los que modifican nuestro juicio; pueden modificarlo hasta las cosas más insignificantes. No cabe duda de que la fiebre continua, por mucho que no lo veamos, puede alterar nuestra alma, lo mismo que las tercianas, que la alterarán según sea su medida y proporción. Y al igual que la apoplejía adormece y extingue por completo la vista de nuestra inteligencia, no cabe duda de que el pasmo la deslumbra» (*Ensayos*, II, 12).

Esto es realmente así, y nadie puede ponerlo en duda.

Constituye, como he dicho, una prueba sustancial, convincente y palpable de que el alma no es espiritual ni inmortal, como piensan los cartesianos y quisieran hacernos creer los supersticiosos deícolas.

Pero observemos un poco más detenidamente lo que dicen acerca de la naturaleza del alma. La esencia del espíritu, dice el autor de *La Recherche de la Verité*, consiste sólo en el pensamiento, al igual que la esencia de la materia consiste sólo en la extensión. No podemos concebir, asegura, un espíritu que no piense. El pensamiento constituye por sí solo la esencia del espíritu, según él. Querer, prosigue, no entra dentro de la esencia del espíritu, porque el hecho de querer supone la percepción.

Únicamente el pensamiento, repite, es pues lo que constituye la esencia del espíritu. Y si queremos atribuir una idea clara y distinta a la palabra *vida*, añade[27], podemos decir que la vida del alma es el conocimiento de la verdad y el amor al bien. O, mejor dicho, que el pensamiento es su vida, y que la vida del cuerpo consiste en la circulación de la sangre y en el justo equilibrio de los humores.

¿Cómo puede este autor decir que la esencia del alma o del espíritu consiste sólo en el pensamiento? No puede ser así, porque hasta el propio pensamiento no es más que una acción o modificación pasajera del alma y el espíritu. Pues bien, si aquello que hace el espíritu, su acción, no es más que una modificación del alma o del espíritu, entonces no puede ser la esencia del alma o del espíritu, pues es el alma o el espíritu la que hace o el que hace, forma y concibe sus propios pensamientos. Luego el pensamiento no es de ninguna de las maneras el que constituye su esencia, ya que el efecto o acción de una causa no puede ser la esencia de esa misma causa. Pues bien, el pensamiento es el efecto o la acción del alma o el espíritu, porque el pensamiento es una acción vital del alma. Luego esa acción vital del alma no puede ser la esencia del alma. Esto es evidente.

Por otra parte, si fuera solamente el pensamiento el que constituyese la vida y la esencia del alma o el espíritu, tampoco resultaría cierto que el alma fuese una sustancia ni que fuese inmortal, ya que está claro, y lo podemos comprobar por nosotros mismos, que el pensamiento no es, como acabo de decir, más que una acción vital del alma y no una sustancia. Pues bien, resulta ridículo decir que el pensamiento es una sustancia inmortal, ya que no puede subsistir por sí mismo ni dura, con mucha frecuencia, más que un instante.

¿Imagina el autor de *La Recherche*, o habría imaginado, que todos los pensamientos de los hombres son sustancias y que pueden existir por sí solos fuera de sus cabezas y sus cerebros? ¿Darían vueltas por el aire como hacen las moscas? Resultaría de lo más curioso ver todos esos enjambres de ideas revoloteando alrededor de las cabezas de los hombres. Porque habría, incomparablemente, más enjambres de pensamientos que enjambres hay de moscas, y a nada que cada uno proyectara un poco de sombra, oscurecerían el aire por completo privándonos de la luz del sol. ¡Qué locura pensar semejantes cosas!

Y eso no es todo; si el pensamiento, o el conocimiento de la verdad y el amor al bien, son los que constituyen únicamente la vida del alma y la esencia del alma y el espíritu, ¿no ocurriría que el alma y el espíritu no tendrían vida ni esencia cuando no pensaran o cuando no tuvieran actualmente ningún conocimiento de la verdad ni ningún amor al bien? Por lo que no serían nada cuando no pensaran en nada o cuando no tuvieran conocimiento alguno de la verdad o del amor al bien, ya que nada de lo que está vivo puede ser sin lo que constituye su vida y su esencia. De ahí que, cuando el alma o el espíritu no tuviesen pensamiento alguno ni conocimiento de la verdad o del amor al bien —que es lo que constituye su vida y su esencia, según los

cartesianos—, carecerían de vida y de esencia y, por tanto, no serían nada, cosa que resulta ridículo decir e incluso pensar.

Lo que pasa, dicen los cartesianos, es que no se puede concebir un espíritu que no esté pensando. Y esto es también manifiestamente falso, de acuerdo precisamente con lo que sostienen los propios cartesianos, porque no creo que quieran decir con ello que las personas que duermen plácida y profundamente estén sin alma mientras dura ese apacible y profundo sueño, sin alma y sin vida. Y no pienso que quieran decir que sus almas están como aniquiladas o suprimidas durante ese tiempo, y que vuelven a resucitar cuando se despiertan. No creo que piensen eso ni que se atrevan a decirlo, porque se convertirían en el hazmerreír y la gente se burlaría de ellos. Pues bien, quienes duermen plácida, tranquila y profundamente no piensan en nada mientras duermen, no tienen ningún pensamiento ni conocimiento alguno, ni siquiera sobre aquello que les resulta más querido. Luego no sólo se puede concebir que un alma no piense sino que podemos concebir que hay miles de millares de almas que no piensan, porque podemos concebir que hay miles de millares de personas que duermen plácida, tranquila y profundamente.

Si nuestros cartesianos quieren sostener que por plácido, tranquilo y profundo que sea el sueño no puede privarnos por completo de todos los pensamientos del alma, podemos desmentirles aduciendo nuestra propia experiencia, porque sabemos que, cuando dormimos plácida y profundamente, no pensamos en nada y ni siquiera pensamos en nosotros mismos o en aquello que nos resulta más querido. Si arguyen que lo que ocurre es que cuando despertamos no nos acordamos de haber pensado mientras dormíamos, su argumento carece de base, ya que ni siquiera ellos se acuerdan más de lo que nos acordamos nosotros, y si ni siquiera se acuerdan ellos, hablan sin saber lo que dicen y, por consiguiente, no merecen ser escuchados.

¿En qué podría estar pensando el alma espiritual e inmortal, por ejemplo, de un niño en cuanto empieza a vivir o mientras está en el vientre de su madre? Sólo podría pensar en aquello que conociera ya. Pues bien, no conoce nada, luego no puede pensar todavía en nada, de acuerdo con la máxima de los filósofos, *ignoti nulla cupido* (no se desea lo que no se conoce), y también: *no hay nada en el entendimiento que no haya pasado antes por los sentidos*.

«Todo conocimiento —dice el señor de Montaigne— se dirige hacia nosotros a través de los sentidos. Los sentidos son nuestros maestros. La ciencia comienza en ellos y se resuelve en ellos. Los sentidos son el comienzo y el fin del conocimiento humano. *Invenies primis ab sensibus esse creatam notitiam veri, neque sensus posse refelli*. Y quien me obligara a contradecir a los sentidos me acogotaría impidiéndome recular más atrás» (*Ensayos*, II, 12).

Pues bien, aún no ha llegado nada a través de los sentidos del niño que está en el vientre de su madre. Todavía no ha visto ni oído nada, ni ha saboreado ni tocado ni oído nada. En una palabra, no ha percibido nada, es decir, su entendimiento no ha producido ningún pensamiento ni ha recibido ningún conocimiento, por lo que no

piensa todavía en nada. Pero si no piensa en nada, y no deja de tener un alma espiritual e inmortal, como aseguran los cartesianos, resulta claro y evidente que la esencia de esa alma no consiste en pensar, como también aseguran.

Además, si el pensamiento es la vida del alma tal y como la circulación de la sangre y el justo equilibrio de los humores son la vida del cuerpo, como dicen los cartesianos, habría en nosotros dos clases de vida, a saber, la vida del alma y la del cuerpo. Lo que es manifiestamente falso, porque nos damos cuenta, de manera bastante evidente, de que sólo tenemos una vida y que lo que denominamos cuerpo y alma representan juntos una sola vida y un único ser viviente y no dos vidas ni dos seres vivientes. Resulta ridículo que los cartesianos quieran diferenciar dos clases de vida y dos principios vitales en una única persona. Y como admiten que la vida del cuerpo, con todos sus movimientos, consiste en la circulación de la sangre y en el justo equilibrio de los humores, resulta ridículo que quieran imaginar y forjar inútilmente otro principio de vida que no necesitamos. Porque nos basta con el principio de vida del cuerpo, que ellos mismos admiten. Nos basta a nosotros y les basta a los animales, con él podemos y pueden realizar todas las funciones y todos los ejercicios vitales. Y si les basta con él, resulta claramente un error y es ilusorio que los cartesianos digan que nuestra alma es una sustancia espiritual e inmortal.

Y es también una quimera enorme que pretendan demostrar esa supuesta espiritualidad e inmortalidad con razonamientos tan débiles y ridículos como los que aducen al respecto.

Lo cual voy a mostrar de manera manifiesta en el siguiente razonamiento.

Si nuestra alma fuese una sustancia espiritual e inteligente, es decir, capaz de conocer y sentir por sí misma, y si fuese distinta de la materia y de una naturaleza diferente a la de la materia, conocería y sentiría inmediata y verdaderamente por sí misma que es una sustancia espiritual distinta de la materia, tal y como conocemos y sentimos inmediata y verdaderamente que somos sustancias corpóreas, porque no necesitamos nada, nos bastamos con nosotros mismos para conocer y sentir que somos eso. Así pues, si nuestra alma fuese una sustancia espiritual ocurriría lo mismo. Conocería y sentiría por sí misma que es una sustancia efectivamente espiritual y sabría diferenciarse fácil y realmente por sí sola de cuanto fuese materia, como sabemos diferenciar nosotros mismos aquello que no forma parte de nosotros.

Pues bien, una cosa es cierta, el alma no conoce ni siente que es una sustancia espiritual, ya que si conociera y sintiera realmente que lo es, nadie podría dudar de la condición espiritual de su alma, porque todos y cada uno de nosotros conoceríamos y sentiríamos por nosotros mismos que efectivamente lo es. Ahora bien, nadie conoce ni siente eso realmente. Luego el alma no es una sustancia espiritual, como sostienen los cartesianos.

Además, si el alma fuese realmente una sustancia espiritual, capaz de pensar y sentir por sí sola, y fuese también completamente distinta de la materia, se conocería a sí misma antes de conocer la materia, sería capaz de diferenciarse fácilmente de la

materia y le resultaría imposible no diferenciarse de ella, ya que al estar, como tendría que estar, encerrada dentro de la materia y rodeada de ella por todas partes, se percataría inevitablemente de que se encontraba encerrada, como sabemos que estamos encerrados en nuestras ropas cuando nos vestimos y como sentimos que nos rodean las sábanas y las mantas cuando estamos acostados en el lecho. Y al estar el alma dentro de un cuerpo humano, se percataría de que está encerrada dentro de él, como se percata uno de que está encerrado en una habitación o como se da uno cuenta de que está preso en una prisión. Si eso es así, resulta claro y es evidente que el alma tendría que diferenciarse de la materia que constituye el cuerpo donde se encuentra encerrada y, más aún, podría dejar de hacerlo. Y lo haría tan fácilmente como nos resulta fácil a nosotros diferenciarnos de nuestras ropas, cuando estamos vestidos, o de las sábanas y de las mantas, cuando estamos en la cama. No, no podría dejar de diferenciarse de la materia del cuerpo en el que estuviese encerrada; es más, lo haría tan fácilmente como fácil nos resulta a nosotros diferenciarnos de la habitación en la que estuviésemos encerrados. Y por último, se diferenciaría de la materia tan fácilmente como el prisionero sabe diferenciarse de los muros de la prisión.

Pues bien, resulta indudable, y todos lo sabemos por experiencia propia, que el alma no puede diferenciarse de la materia del cuerpo en el que se halla encerrada. Ni siquiera los cartesianos lo niegan pues dicen, como he señalado más arriba, que «el alma está, pues, tan ciega que no se conoce a sí misma y no ve que le pertenecen sus propias sensaciones. Se encuentra ligada tan íntimamente al cuerpo, se ha vuelto tan carnal después del pecado y, en consecuencia, se ha vuelto tan incapaz de prestar atención, que atribuye al cuerpo muchas cosas que le pertenecen únicamente a ella misma, no llegando, pues, a diferenciarse de él. De tal manera que no sólo le atribuye las sensaciones de las que estamos hablando, sino también el poder para imaginar y, a veces, hasta la capacidad de razonar» (*La Recherche de la Verité*, I, pág. 94).

«El espíritu del hombre —dice el señor arzobispo de Cambrai—, que ve continuamente los objetos que le rodean, se ignora profundamente a sí mismo; camina como a tientas en un abismo de tinieblas. No sabe qué es ni cómo se encuentra atado a un cuerpo, ni cómo ejerce su imperio sobre los resortes de un cuerpo que no conoce. Ignora sus propios pensamientos y sus propios actos de voluntad» (*Traité de l'Existence de Dieu*, pág. 196 y siguientes). Si esto es así, resulta claro y evidente que el alma no es una sustancia espiritual, inteligente y capaz de tener sensaciones por sí misma, y que no es una sustancia distinta de la materia, ni tiene una naturaleza distinta de la de la materia, porque, como acabo de decir, si fuese como dicen los cartesianos, no podría dejar de conocer y sentir por sí misma que es una sustancia espiritual. Se conocería a sí misma mejor de lo que podría conocer la materia, por inconcebible que resulte que pueda conocer la materia. Y suponiendo que pudiera, en fin, conocer la materia, sabría diferenciarse realmente de ella, tal como los prisioneros saben diferenciarse de los muros de la prisión en la que se

encuentran. De ahí que el hecho de que el alma no pueda conocerse a sí misma, y no sepa diferenciarse por sí sola de la materia en que se encuentra encerrada, constituye una prueba real, clara y evidente de que no es como dicen los cartesianos que es.

Entremos ahora en lo que dicen acerca de la naturaleza y la condición de los animales. Estos señores no quieren admitir que los animales puedan tener conocimiento del dolor y que tampoco pueden sentirlo, como tampoco conocerían ni sentirían el placer ni serían capaces de amar o de odiar. «Los animales —dicen— no tienen ni inteligencia ni alma tal y como las entendemos generalmente. Comen sin placer, gritan sin dolor y crecen sin darse cuenta, no temen ni conocen nada». Y la única razón que aportan para sostener eso es que no pueden concebir que «la materia sutilizada extremadamente y agitada de abajo arriba o de arriba abajo en línea circular, espiral, parabólica o elíptica sea un acto de amor, de odio, de alegría, de tristeza… etc. Si nos imaginamos que la materia, cuando adopta la forma de un cuadrado, un círculo o un óvalo es dolor, placer, calor, color, olor, sonido, etc., podemos asegurar que el alma de los animales, por material que sea, puede sentir. Si no podemos concebirlo, no hay que sostenerlo, porque no se puede decir con seguridad más que aquello que se puede concebir. Por eso, si podemos concebir —dicen— que la materia sutilizada extremadamente y agitada de abajo arriba o de arriba abajo, en línea circular, espiral, parabólica o elíptica, es un acto de amor, de odio, de alegría, de tristeza… etc., podemos asegurar que los animales tienen las mismas pasiones que nosotros. Si no podemos concebirlo, no debemos sostenerlo, a menos que se quiera hablar sin saber de qué se habla». De ahí que la única razón que pueden aducir para no aceptar que los animales tienen conocimiento y sentimientos es que no conciben que las modificaciones de la materia puedan hacer o formar ni conocimientos ni sentimientos.

Pero, ¿están seguros estos señores? ¿Seguro que estos señores no alcanzan realmente a concebir que las modificaciones de la materia pueden causar, formar o excitar en el espíritu, o en una sustancia espiritual, pensamientos, conocimientos o sentimientos de dolor o de placer? Porque son ellos mismos los que dicen que diferentes modificaciones y cambios del cuerpo provocan diferentes pensamientos y sensaciones en el alma. Las cosas más insignificantes, aseguran, pueden producir movimientos considerables en las delicadas fibras del cerebro originando una cadena necesaria de sentimientos violentos en el alma. «La fuerza del espíritu —dicen— consiste en cierto equilibrio entre el grosor y la agitación de los espíritus animales (*La Recherche de la Verité*, I, pág. 210). El movimiento, por ejemplo, que produce el dolor, apenas difiere del que produce el cosquilleo. No es necesario que haya una diferencia esencial entre uno y otro movimiento, pero es necesario que haya una diferencia esencial entre el cosquilleo y el dolor que esos dos movimientos producen en el alma, porque la agitación de las fibras que acompaña al cosquilleo informa al alma de la buena disposición del cuerpo, mientras que el movimiento que acompaña al dolor es mucho más violento, y como puede dañar al cuerpo, el alma debe ser

advertida mediante sensaciones desagradables para que tenga cuidado. Las impresiones del cerebro están relacionadas entre sí. Y ponen en marcha a los espíritus animales. Las impresiones que han dejado en el cerebro despiertan ideas en el espíritu, y los movimientos que se han producido en los espíritus animales producen pasiones en la voluntad» (*ibid.*, pág. 86).

«Las relaciones[28] entre el cuerpo y el espíritu consisten en correspondencias[29] mutuas y naturales entre los pensamientos del alma y las impresiones del cerebro, y también entre las emociones del alma y los espíritus animales. En cuanto el alma —añaden— recibe ideas nuevas, se imprimen en el cerebro nuevas trazas, y en cuanto los objetos producen nuevas trazas, el alma recibe ideas nuevas. Pero el alma no toma en consideración esas impresiones porque carece de conocimiento, y tampoco esas impresiones contienen ideas porque no existe ninguna relación entre ambas, ni tampoco el alma recibe las ideas de esas impresiones porque resulta inconcebible que el espíritu pueda recibir algo del cuerpo y que se ilumine más que si se volviera hacia sí mismo… Así, cuando el alma quiere que se mueva el brazo —prosiguen—, el brazo se mueve, por más que el alma no sepa siquiera qué hay que hacer para moverlo. En cuanto los espíritus animales son excitados, el alma se conmueve, por más que no sepa siquiera si hay espíritus animales en el cuerpo, ya que existe una relación entre las trazas del cerebro y el movimiento de los espíritus, y una relación entre las ideas y las emociones del alma del que dependen todas las pasiones».

«Si mi espíritu —dice el autor de *La Recherche*— ha sido impresionado por la idea de Dios, al mismo tiempo que en el cerebro se han impreso las letras de la palabra IAH, cuando vuelva a ver o a oír esas letras se despertarán las impresiones que se produjeron al verlas o al oírlas con anterioridad, por lo que bastará con que esas impresiones se despierten para que piense en Dios. Y no podré pensar en Dios si no se producen en mi cerebro algunas trazas confusas de las letras, del sonido de esa palabra o de esas siglas o de otras cosas que acompañan a los pensamientos que tengo acerca de Dios. Ya que en el cerebro siempre hay trazas o impresiones, por lo que siempre estarán las que se relacionen con lo que estamos pensando» (*ibid.*, pág. 125). Más adelante dice que «hay una relación natural, que no depende de nuestra voluntad, entre las impresiones producidas por el árbol o la montaña que estamos viendo y las ideas de árbol y montaña[30]. Y también entre las trazas que produce en el cerebro el grito de un hombre o de un animal que sufre y la comprensión de que están quejándose, entre el rostro de un hombre que nos amenaza o nos teme y las ideas de dolor, de fuerza o de debilidad, e incluso los sentimientos de compasión, temor o coraje que todo eso despierta. Las relaciones naturales son las más fuertes de todas. Son semejantes en todos los hombres y son absolutamente necesarias para la conservación de la vida. Por eso no dependen de la voluntad del hombre».

Gracias a los testimonios que acabo de aportar, está fuera de duda que los propios cartesianos reconocen que las diferentes modificaciones y los diferentes cambios que se producen en el cuerpo suscitan y despiertan diferentes pensamientos y sensaciones

en el alma. Llegan incluso a admitir que las diferentes modificaciones y cambios que se producen en el cuerpo suscitan y despiertan naturalmente diferentes pensamientos y sensaciones en el alma. De igual manera, admiten que existe una relación natural entre esas modificaciones y esos cambios y los pensamientos y sensaciones que suscitan y despiertan en el alma.

Pues bien, ahora me dan ganas de preguntarles a ver si alcanzan a concebir que las modificaciones de la materia no pueden causar ni formar naturalmente pensamientos y sensaciones. Y cuando digo el alma me estoy refiriendo a esa sustancia espiritual puramente imaginaria. ¿Qué relación o conexión necesaria puede haber entre una modificación de la materia y un ser imaginario o, si lo preferís, un ser espiritual que carece de cuerpo y de partes y no tiene extensión? Me gustaría preguntarles cómo conciben que las diferentes modificaciones de la materia tienen que producir de forma natural diferentes pensamientos y diferentes sensaciones en una sustancia espiritual, es decir, en un ser que carece de extensión y no es nada, es decir, que no existe. ¿Qué relación y qué conexión hay entre una y otra, o entre unas, las modificaciones, y otros, los pensamientos y sensaciones? Ya que, en el fondo, no hay diferencia alguna entre el espíritu, tal y como lo conciben, y un ser que sólo es imaginario y no existe, como he demostrado suficientemente más atrás.

Pero es que, aunque admitiéramos que el espíritu fuese algo real, como aseguran, ¿alcanzan a concebir que las modificaciones de la materia pueden inducir naturalmente o suscitar pensamientos y sensaciones en seres de ese tipo? Es decir, en seres que carecen de cuerpo y de partes y que no tienen ni extensión ni forma ni aspecto. ¿Qué relación o que conexión puede establecerse entre las modificaciones de la materia y los seres de esa naturaleza? No puede haber ninguna. ¿Alcanzan a concebir con claridad que las cosas más insignificantes producen movimientos considerables en las fibras delicadas del cerebro, suscitando, según aseguran, violentos sentimientos en el alma? ¿Alcanzan a concebir claramente que un equilibrio determinado en el grosor o la delicadeza de los espíritus animales y un equilibrio determinado entre su excitación y las fibras del cerebro pueden ocasionar que el espíritu sea más fuerte o más débil? ¿Alcanzan a concebir claramente que determinados movimientos de la materia pueden causar naturalmente placer y alegría o dolor y tristeza en un ser carente de cuerpo y de partes y que no tiene ni forma ni aspecto ni extensión? ¿Alcanzan a concebir claramente que el justo equilibrio de humores causante de la vida y de la salud corporal es algo redondo o cuadrado o de la forma que sea? Y por último, ¿alcanzan a concebir claramente que la relación entre el espíritu y el cuerpo consiste en una correspondencia mutua y natural entre los pensamientos del alma y las trazas o impresiones del cerebro? ¿Y que hay también una correspondencia natural y mutua entre las emociones del alma y el movimiento de los espíritus animales, a pesar de que el alma no tiene conocimiento alguno de esas trazas o impresiones ni tampoco de los espíritus animales? ¿Alcanzan a concebir claramente todo eso los señores cartesianos? Si lo conciben, que nos transmitan esa

maravilla. Y si no lo conciben, no tendrían que hablar de ello, a menos que quieran hablar de lo que no saben, ¿o no es ése uno de sus principios?

Pero, ¿cómo podrían concebir cosas al mismo tiempo tan imposibles, ridículas y absurdas? No pueden decir siquiera que las conciben, porque, por una parte, ellos mismos admiten y confiesan, que «el alma está tan ciega que ni siquiera puede conocerse a sí misma y no puede ver si le pertenecen sus propias sensaciones ni sabe diferenciarse del cuerpo al que atribuye sus propios pensamientos y sensaciones» (*La Recherche de la Verité*, I, pág. 90) y, por otra parte, aseguran también que «el espíritu, pese a ver todo cuanto le rodea, se ignora profundamente a sí mismo, y no hace más que caminar a tientas en un abismo de tinieblas. No sabe qué es ni cómo se encuentra atado a un cuerpo, ni cómo ejerce su imperio sobre los resortes de un cuerpo que no conoce. Ignora sus propios pensamientos y sus propios actos de voluntad» (*Traité de l'Existence de Dieu*, pág. 179). No, no pueden decir siquiera que alcanzan a concebir lo que ellos mismos dicen al hablar como hablan acerca de la naturaleza del alma, de su conexión con el cuerpo y de la correspondencia natural y mutua que se establece entre las diferentes operaciones del alma y los diferentes movimientos y modificaciones de la materia. Y como ni siquiera alcanzan a concebirlo, no tendrían que hablar de ello, a menos que quieran hablar sin saber qué es lo que están diciendo, que es lo que ellos mismos aconsejan, como ya he dicho.

Pero, ¿por qué se empeñarán en hablar sin saber lo que están diciendo, en vez de reconocer que la materia por sí sola es capaz de conocer y tener sentimientos lo mismo en los hombres que en los animales? O mejor dicho, que la materia es capaz de producir, formar, causar y suscitar conocimientos y sentimientos en los animales. ¡Y sólo porque no alcanzan a concebir cómo puede producirse eso! Y lo dicen tan tranquilamente, sin aportar ninguna razón ni ninguna prueba admisible. En cambio, aquellos que piensan que basta con las diferentes modificaciones de la materia para que se produzcan el conocimiento y los sentimientos, sea en los hombres o en los animales, sólo se enfrentan a una dificultad. Y esa dificultad estriba en que no saben o no alcanzan a concebir cómo los simples movimientos o modificaciones de la materia pueden producir o suscitar que los hombres y los animales piensen y sientan. Sin embargo, esa dificultad proviene, como he indicado ya, de que esa clase de movimientos y modificaciones constituyen para nosotros el primer principio de todo conocimiento y de todas las sensaciones. Y por esa razón, no podemos ni debemos ver ni concebir cómo se originan dentro de nosotros los pensamientos y las sensaciones. Pues al igual que ocurre en la experiencia de todos los días, el principio de la vista no se halla ni debe hallarse en la vista. Por eso debemos convencernos de que el principio del conocimiento y del sentimiento no puede ni debe hallarse en el conocimiento ni en el sentimiento. De ahí que debamos ignorar cómo nuestros conocimientos y sentimientos suscitan los movimientos y modificaciones internas de la materia que nos constituye. Y esa impotencia e ignorancia no deben causarnos asombro o extrañeza, ya que así debe ser naturalmente. En cierto modo, sería como si

nos extrañáramos de que un hombre fuerte y robusto pudiese llevar al hombro o a la espalda fardos pesados, pese a que no pueda llevarse a sí mismo a la espalda o al hombro. O como si nos asombráramos de que un hombre dotado de un apetito formidable y capaz de tragarse los bocados más exquisitos, no pudiera, en cambio, tragarse la lengua. O como si nos asombrara que el ojo no pueda verse a sí mismo, siendo capaz, sin embargo, de ver cuanto nos rodea. O como si nos extrañara que la mano no pueda cogerse a sí misma, siendo capaz de coger cualquier objeto.

Resulta evidente que asombrarse de todo eso es ridículo, y todo el mundo se burlaría de quien se extrañara por sentirse impotente ante ese género de situaciones. Pues bien, ocurriría infaliblemente lo mismo con el asombro que nos causan las modificaciones internas del cuerpo así como nuestras sensaciones y percepciones, si fuesen cosas externas y sensibles como son las que acabo de mencionar. Sería ridículo extrañarse por nuestra ignorancia al respecto, y resultaría ridículo intentar comprender y querer concebir todo lo que ignoramos en ese campo, porque veríamos claramente que no hay que extrañarse de nuestra ignorancia, ya que es igual de imposible intentar resolver todo lo que ignoramos acerca de esos mecanismos, como les es imposible a los ojos verse a sí mismos sin ayuda de un espejo.

Pero, aunque ignoremos cómo se produce todo eso, estamos seguros y nos sentimos convencidos, sin embargo, de que pensamos, sentimos y percibimos inmediatamente gracias a esos movimientos y modificaciones. Y estamos seguros y convencidos también de que sin esos movimientos y modificaciones seríamos incapaces de tener ningún pensamiento ni sentimiento. Por otra parte, nos damos cuenta interiormente y de forma inequívoca de que pensamos a través del cerebro y sentimos a través de la carne, como nos damos cuenta también de que vemos con los ojos y tocamos con las manos. Por todo ello debemos decir necesariamente que los pensamientos, conocimientos y sensaciones no son más que movimientos internos y modificaciones internas de la carne y el cerebro.

Y lo que confirma la veracidad de esta aseveración es que los conocimientos y sensaciones acompañan a la constitución natural del cuerpo, por lo que unos y otras serán más o menos libres según procedan de una disposición y una constitución externa o interna del cuerpo mejor o peor. Y si el conocimiento y las sensaciones consisten precisamente en esos movimientos internos y esas modificaciones internas de la materia que nos constituye, tendremos que concluir de forma innegable que los animales son capaces de tener conocimiento y experimentar sensaciones como nosotros. Porque vemos de manera manifiesta que están compuestos, como nosotros, de carne y hueso, de sangre y venas, de nervios y fibras similares a los nuestros. Y vemos también que, al igual que nosotros, poseen todos los órganos necesarios para vivir y sentir, incluido el cerebro, que es el órgano del pensamiento y el conocimiento. Pero es que, además, con sus actos y su forma de actuar nos están dando muestras de tener conocimiento y capacidad de sentir. De ahí que resulte vano que los cartesianos se empeñen en decir que no son capaces de conocer ni sentir, sólo

porque ellos, los señores cartesianos, no alcanzan a concebir cómo la materia modificada de una u otra manera, que la llevaría a adoptar una forma cuadrada, redonda, oval, etc., puede ser dolor, placer, calor, olor, sonido, etc. Sólo porque no alcanzan a concebir que la materia agitada de abajo arriba o de arriba abajo, según una línea circular, espiral, oblicua, parabólica o elíptica, puede ser un acto de amor, de dolor, de alegría, de tristeza, etc. Y eso a pesar de ser indudable que, de acuerdo con sus propios principios, los conocimientos y las sensaciones se forman merced a los diferentes movimientos y a las diferentes modificaciones de la materia. Y eso a pesar de que ellos mismos admiten que dentro de nosotros se produce una conexión natural y mutua entre los mencionados movimientos y modificaciones y los conocimientos, sentimientos o sensaciones que experimentamos. Resulta claro, indudable y evidente que los mismos movimientos y las mismas modificaciones de la materia pueden existir en los animales, pues están constituidos de la misma manera que nosotros y cuentan con los mismos órganos.

Y si pueden existir en ellos esos movimientos y modificaciones de la materia, podrán formarse, por tanto, conocimientos y sentimientos similares. Y puede ocurrir que haya en los animales una conexión y una correspondencia naturales y mutuas parecidas entre los diferentes movimientos y modificaciones que se producen en sus cuerpos y los conocimientos y sensaciones que puedan experimentar. Ya que la conexión y correspondencia entre movimientos y sensaciones y entre modificaciones y pensamientos no tiene por qué existir en un caso y no en el otro, por lo que se pueden encontrar lo mismo en los animales que en los hombres. Y si esto es así, como no puede ser de otra manera, conclusión a la que he llegado después de haber pensado convenientemente en ello, los cartesianos están en el error al considerar que los animales no tienen conocimiento ni sienten. Y resulta ridículo que pregunten a este respecto qué forma ha de tener la materia —redonda, cuadrada, ovalada, etc.— para ser dolor, placer, calor, color, olor, luz, sonido, etc. Lo mismo que resulta ridículo que pregunten si hay que concebir que la materia agitada de abajo arriba o de arriba abajo, siguiendo una línea recta, circular u oblicua, es un acto de amor, de odio, de alegría o de tristeza. Resultan ridículos preguntando semejantes cosas y pensando que la resolución de esa dificultad depende de ello. Porque ni la sensación de placer o de dolor, ni la sensación de calor o de frío, ni la sensación de luz y de color, ni tampoco la sensación olfativa o auditiva dependen de la forma que adopte la materia ni de la extensión que tenga. Tampoco el pensamiento ni el deseo, el temor, la voluntad, la capacidad de razonar, la alegría o la tristeza consisten en que la materia adopte una forma determinada o tenga una extensión determinada. Sino que consisten únicamente en el movimiento y la modificación interna de la materia de la que están hechos los cuerpos vivos, sin que guarde relación alguna con la extensión que tenga ni la forma que adopte. De la misma manera que el justo equilibrio de los humores que hace posible la vida, según confiesan los propios cartesianos, y proporciona la fuerza y la salud a los cuerpos vivos no depende ni de una forma ni de una extensión

determinada de la materia. Ese equilibrio sólo depende de ciertos movimientos internos y de determinadas modificaciones internas de la materia, que no tienen nada que ver con su extensión o su forma ni, por cierto, con el aspecto que pueda tener.

Los cartesianos confunden las cosas de mala manera, como he señalado que hacían cuando querían demostrar la existencia de Dios. Ya que para demostrar, o para intentar demostrar, que Dios existe confunden el infinito en extensión, en número y en duración, que existen realmente, con un supuesto infinito en perfección, que no existe de ninguna manera. De la existencia de un tipo de infinito imaginan que llegan a la conclusión irrebatible de que existe el otro infinito, con lo que caen en el error y la ilusión. Pues bien, vuelven a hacer lo mismo con los animales, a los que quieren privar de conocimiento y de sentimiento. Ya que, para demostrar que carecen de ambos, confunden la extensión mensurable de la materia y la forma exterior que pueda adoptar con los movimientos y modificaciones internos que experimenta en los cuerpos vivos. Y como demuestran suficientemente que ninguna extensión mensurable de materia y ninguna de las formas externas que puede adoptar conforman pensamientos o sensaciones en los hombres o los animales, creen demostrar que los animales no pueden tener pensamientos ni sensaciones porque están hechos únicamente de materia. Pero ahí está su error y eso es lo que hace que su razonamiento sea ilusorio, porque los conocimientos y sensaciones de hombres y animales no consisten en porciones mensurables de materia, ni en la forma exterior que la materia pueda adoptar, sino en los diferentes movimientos y agitaciones y en las diferentes modificaciones internas que la materia puede experimentar en hombres y animales.

Lo cual representa, como es evidente, una diferencia considerable respecto al punto de vista de los cartesianos. Porque es correcto decir que el pensamiento y el sentimiento no son más que materia con forma y extensión, pues no en balde se dan en los cuerpos vivientes, pero de ahí no se sigue que pensamientos y sentimientos deban ser cosas extensas en longitud, anchura y altura, ni tampoco que deban ser redondas o cuadradas, como dicen los cartesianos, ya que pensamientos y sentimientos caben lo mismo, por ejemplo, en un hombre pequeño que en uno grande, ya que ni la forma exterior ni el tamaño de un cuerpo vivo tienen nada que ver en este asunto.

De igual manera, podemos decir que los pensamientos y sensaciones de los cuerpos vivos provienen del movimiento interno y de la modificación y agitación internas de las partes de la materia que los componen. Pero de ello no se sigue necesariamente que esos movimientos deban proceder en línea recta, oblicua, circular, espiral, parabólica o elíptica, ni que los movimientos y agitaciones de abajo arriba o de arriba abajo, en línea circular u oblicua, deban provocar siempre pensamientos y sensaciones. Eso no se deduce, insisto, de nuestra tesis, y sería incluso ridículo imaginar que de ella pueda desprenderse semejante cosa. Por eso, los cartesianos preguntan en vano si podemos concebir que la materia, al adoptar la

forma redonda, cuadrada, oval, etc., puede conformar un acto de pensamiento, un acto de voluntad o un deseo, etc. Y preguntan en vano también si podemos concebir que la materia agitada de abajo arriba, o de arriba abajo, o moviéndose en línea circular, oblicua o parabólica, etc., puede producir un acto de amor, de odio, de placer, de alegría, de dolor o de tristeza. Repito, lo preguntan en vano, porque los pensamientos y sensaciones no dependen de esas particularidades de la materia y, por tanto, los pensamientos y las sensaciones no se producen porque la materia adopte la forma redonda, cuadrada, etc., ni porque se mueva de arriba abajo o de abajo a arriba, o de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, etc., sino porque, como ya he dicho, la materia adopta determinados movimientos y determinadas modificaciones y agitaciones internas en los cuerpos vivos, movimientos y modificaciones que son los que constituyen la vida y la facultad de sentir de los seres vivos. Y para ello no es necesario, pues, que las modificaciones internas deban adoptar determinada forma especial ni que los movimientos deban ser de arriba abajo o de abajo arriba, de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, o siguiendo una trayectoria recta, circular, espiral, oblicua o parabólica. No, no se trata de eso. Basta con decir que los pensamientos y las sensaciones se producen en los cuerpos vivos sea cual sea la forma en que se produzcan, porque una cosa es cierta: se producen. Lo mismo que se producen las modificaciones internas de las que acabo de hablar.

Por no mencionar que las modificaciones de la materia no son siempre redondas, cuadradas o de una forma regular determinada. Sería ridículo pretender semejante cosa. Por ejemplo, la modificación del aire que nos produce la sensación de sonido o la que nos produce la sensación de luz y de color son modificaciones de la materia. Sin embargo, esas modificaciones de la materia, y otras de la misma índole, no tienen una forma geométrica particular, y resultaría ridículo plantearnos si la acción o agitación del aire que nos produce la sensación de sonido es una cosa redonda o cuadrada. Sería ridículo plantearse si la acción o agitación del aire que nos produce la sensación de luz y de color es una cosa redonda o cuadrada…

De igual manera, es cierto que la vida, la fuerza y la salud de los cuerpos vivos consiste en el justo equilibrio de los humores, como aseguran los cartesianos, por lo que, recíprocamente, el desequilibrio en los humores es lo que provoca las enfermedades y padecimientos en los cuerpos vivos. Pues bien, el equilibrio y el desequilibrio de los humores no son más que modificaciones de la materia. Unas modificaciones de la materia que no tienen ninguna forma determinada en sí, por lo que resultaría ridículo plantearse si el buen equilibrio o el mal equilibrio de los humores, que provocan la salud o la enfermedad —por ejemplo, la fiebre o la peste —, son cosas redondas o cuadradas, o si son cosas que podríamos dividir, partir o cortar en piezas o pedazos.

La fermentación, por último, es una modificación de la materia, cosa que no pueden negar los cartesianos. Sin embargo, la fermentación, al igual que el justo equilibrio de los humores, no es algo que se pueda decir que es redondo o cuadrado ni

de ninguna otra forma, a pesar de que tanto el justo equilibrio de los humores como la fermentación sean, incluso necesariamente, de una materia extensa y mensurable y que sean de una materia que debe tener necesariamente alguna forma, lo que no significa que esas modificaciones de la materia deban tener en sí mismas una extensión mensurable ni que deban adoptar una forma particular y determinada. Por lo que sería ridículo, como he dicho, plantearse si la materia que adopta una forma redonda, cuadrada, oval o triangular es la fermentación, porque no es la forma de la materia lo que provoca la fermentación. De igual manera, sería ridículo plantearse si la fermentación o el justo equilibrio de humores son cosas que se pueden medir en anas o en toesas, en pintas o dobles pintas, o si son cosas redondas o cuadradas, porque la fermentación y el justo equilibrio de humores no consisten en absoluto en una extensión concreta de la materia ni en una forma determinada de la materia. De igual manera, sería ridículo plantearse si ese tipo de cosas se pueden pesar con un peso o una balanza, porque no consisten en un grado concreto de peso. Sería ridículo asimismo plantearse si concebimos que la fermentación o el justo equilibrio de humores pueden partirse, dividirse o cortarse en piezas o pedazos, porque ese tipo de cosas no tienen una naturaleza que se pueda dividir de esa manera. Resultaría ridículo, insisto, plantearse todo eso porque resulta ridículo atribuir a esas cosas cualidades y propiedades que no corresponden ni a su naturaleza ni a su forma de ser.

Ocurre como cuando atribuimos el mismo significado y denominación a cosas de naturaleza muy diferente, ¿no debemos acaso explicar los diferentes sentidos y significados que les damos? De lo contrario, resulta ridículo atribuir un único sentido a esa denominación para referirse a todas las cosas que podría significar. Así por ejemplo, decimos que una persona es larga o corta. Decimos también que una enfermedad es larga o corta. Tendremos, pues, que atribuir al término *largo* o *larga* y *corto* o *corta* significados diferentes, porque resultaría ridículo decir que la longitud de una enfermedad es un ser o algo similar a la longitud de una vara o que la longitud de una vara es igual a la longitud de una enfermedad. Resulta ridículo, pues, atribuir a ese término el mismo significado tanto cuando se trata de varas como cuando se trata de enfermedades, porque es ridículo atribuir a las cosas cualidades y propiedades que no corresponden a su naturaleza ni a su forma de ser. Porque es evidente que la longitud de una vara no es aplicable a la naturaleza de una enfermedad, y que la longitud de una enfermedad no es aplicable a la naturaleza de una vara. Por eso, en este caso, los significados del término no se prestan a confusión y nadie se equivoca.

De igual manera decimos, cuando hiela, que el cierzo es frío. También decimos que un discurso mal concebido y expuesto es un discurso frío y que un orador que habla sin energía y sin pasión es un orador frío. Al término *frío* hay que atribuirle aquí necesariamente distintos significados. Porque sería ridículo decir o pensar que la frialdad de un discurso o de un orador son similares a la frialdad de un fuerte cierzo, o que la frialdad del cierzo es lo mismo que la frialdad de un discurso o de un orador. ¿Qué por qué sería ridículo decir o pensar eso? Porque es ridículo atribuir a una cosa,

o a varias, cualidades y propiedades que no se corresponden ni con su naturaleza ni con su forma de ser. Es evidente que la frialdad del viento no se corresponde con la naturaleza de un discurso ni con la naturaleza de un orador, y también es evidente que la frialdad de un discurso o de un orador no se corresponde con la naturaleza del cierzo. Por eso mismo, las ideas que concurren en el término *frío* no se prestan a confusión y nadie se equivoca, aunque apliquemos el mismo término a cosas de naturalezas muy diferentes. Pero si por error o por un impulso de la fantasía o por simple ignorancia creyéramos que tendríamos que confundir las ideas que concurren en un término dándoles un único significado, aduciendo para ello que hay que utilizar un mismo término y un mismo nombre para significar y designar varias cosas, y nos refugiásemos en esa razón para atribuir a determinadas cosas cualidades y propiedades que no se correspondieran en absoluto con su naturaleza y su forma de ser, estaríamos haciendo el mayor de los ridículos.

Pues bien, los cartesianos caen justamente en este error cuando se imaginan y dicen que los animales no pueden conocer ni sentir, aduciendo para ello que conocer y sentir no pueden ser modificaciones de la materia. Porque están imaginando que toda modificación de la materia es una cosa dotada de extensión, y que una cosa dotada de extensión ha de tener una forma, sea redonda o cuadrada, etc., y que una cosa dotada de extensión se ha de poder dividir y cortar en piezas y pedazos. ¿Cómo es posible imaginar, dicen, que el espíritu tenga que ser extenso y divisible? Podemos cortar con una línea recta un cuadrado en dos triángulos, añaden, en dos paralelogramos o en dos trapecios. Pero, preguntan, ¿con qué línea podremos cortar un placer, un dolor o un deseo, cómo podemos concebir eso? ¿Qué figura resultaría de esa división? Y si la materia, prosiguen, es dolor, placer, calor, olor, sonido, etc., según adopte una forma redonda, cuadrada, oval, etc., y si la materia, al agitarse de abajo arriba o de arriba abajo, siguiendo una trayectoria circular, oblicua, espiral, parabólica o elíptica, es amor, odio, alegría, tristeza…, podremos decir entonces que los animales pueden conocer y sentir. Y si no podemos concebir nada de esto, no hay que decirlo, a menos que se quiera hablar sin saber lo que se está diciendo.

Los cartesianos imaginan, pues, de acuerdo con sus propios razonamientos, que si los animales fuesen capaces de conocer y sentir, el espíritu sería extenso y divisible y podría, por tanto, ¡dividirse y ser cortado en piezas o pedazos! ¡Imaginan que los pensamientos, los deseos, los placeres, los amores, los odios, las alegrías y las tristezas son cosas redondas o cuadradas, triangulares, puntiagudas o de la forma que sea! ¡Y que, al ser cosas, se podrían partir, dividir y cortarse en cuartos y que, al hacerlo, tendrían que adquirir una forma nueva! Y si no son capaces de imaginar eso, no consiguen convencerse de que los animales pueden conocer y sentir. Por eso hacen el ridículo.

¡Cómo! ¿Los cartesianos se niegan a admitir que el conocimiento y la sensación de dolor o placer son modificaciones de la materia sólo porque el pensamiento y el sentimiento de dolor o placer no se pueden dividir o cortar en dos triángulos, dos

paralelogramos o dos trapecios, como ocurre con el cuadrado? ¿Y por esa misma razón se niegan a admitir que los animales puedan conocer y sentir? ¿Quién no se reiría de semejante sandez? «¿Podríais, amigos míos, contener la risa ante el espectáculo?» [Horacio, *Arte poética*, I, 5]. Cuando dicen que el justo equilibrio de los humores produce la vida y la salud en los cuerpos vivos, ese justo equilibrio, ¿será redondo o cuadrado? ¿Qué opinan? ¿Será algo que se pueda dividir o cortar en dos triángulos, dos paralelogramos o dos trapecios, como ocurre con el cuadrado? ¿Qué figura obtendremos al dividirlo?

¡Qué locos! Razonan sobre los pensamientos, deseos, actos de voluntad y todas las sensaciones y afectos o pasiones del alma y del espíritu como si fueran cuerpos y sustancias y seres propios y absolutos. No se dan cuenta de que no se trata ni de sustancias ni de seres propios y absolutos, sino de modificaciones del ser. El pensamiento, por ejemplo, no es un ser propio y absoluto; sólo es una modificación o una acción vital del ser que piensa. De igual manera, los deseos, amores, odios, alegrías y tristezas, placeres, dolores, temores, esperanzas, etc., no son sustancias ni seres propios y absolutos sino simples modificaciones y acciones vitales del ser que desea, ama, odia, teme o espera, que se entristece o se alegra, y que siente lo bueno y lo malo, es decir, dolor o placer.

Suele decirse que hay personas o personajes que tienen ingenio, destreza, ciencia, talento o mérito, y que otros no los tienen. Con eso no se quiere decir que hay personas que tienen seres o sustancias propias y particulares que los demás no tienen. Sería ridículo plantearse que la destreza, la ciencia, el talento o el mérito de esas personas son cosas redondas o cuadradas, y sería ridículo preguntarse mediante qué línea podríamos dividirlas o cortarlas en trozos y qué figuras resultarían de esa división. Sería ridículo, insisto, preguntar o plantearse eso, porque ni la destreza ni la ciencia ni el talento ni el mérito son sustancias ni seres propios y absolutos sino formas o modificaciones del ser y de las maneras de actuar, pensar, hablar y razonar, que se dan con mayor abundancia y facilidad en unas personas que en otras. Y esas maneras de pensar, hablar, actuar o razonar no son de ninguna manera sustancias ni seres propios y absolutos, sino únicamente, como he dicho, modificaciones o acciones vitales del ser que actúa y piensa, que habla y razona.

Ocurre con el pensamiento y el talento, con el conocimiento y la voluntad, con el juicio y los sentimientos lo mismo que con la destreza, la ciencia, el talento y el mérito personal. Talento, vida, pensamientos y sentimientos no son sustancias ni seres propios y absolutos, sino meras modificaciones del ser que vive y piensa. Modificaciones consistentes en la facultad o facilidad que los seres vivos tienen para pensar y razonar, y que son mayores, es decir, existen con más abundancia y facilidad en unos que en otros. Y así como pueden ser mayores en unos que en otros, lo mismo que hay enfermedades que pueden ser más largas o más cortas, de ello no se desprende que debamos concebir que la facultad o facilidad para pensar y razonar haya de ser algo redondo o cuadrado, o tenga una forma más perfecta en unos que en

otros. Lo mismo que no se puede decir que las enfermedades hayan de ser, por tanto, redondas o cuadradas, ni que se puedan dividir o cortar en piezas o pedazos. Porque resulta ridículo, como he dicho, atribuir a las cosas cualidades y propiedades que no corresponden en absoluto a su naturaleza o su forma particular de ser.

De ahí que, por más que la mayor o menor facilidad a la hora de pensar o razonar se corresponda con la naturaleza del espíritu, y por más que la duración o brevedad se correspondan con la naturaleza de la enfermedad, una figura corpórea no se corresponde con la naturaleza del espíritu ni con la naturaleza de la enfermedad, que no son en realidad más que modificaciones del ser. Por eso resulta ridículo decir o pensar que cosas de ese tipo deben ser redondas o cuadradas, o de la forma que sea, sólo porque unas pueden ser más grandes o más pequeñas que otras, o más largas o más cortas.

Hay que decir necesariamente que incluso la vida corporal, es decir, la vida de los hombres, animales y plantas, no es más que una especie de modificación y fermentación continua de su ser. Es decir, de la materia que los constituye. Y que todos los conocimientos, todos los pensamientos y todas las sensaciones que puedan tener no son más que diferentes modificaciones, a la vez nuevas, particulares y pasajeras, de esa modificación y esa fermentación continuas que son lo que constituye su vida. Los cartesianos no pueden negar que esa fermentación no es más que una modificación de la materia ni que es lo que da vida a los cuerpos, ya que sostienen claramente que el justo equilibrio de los humores produce la vida y la salud del cuerpo. Pero no pueden decir, sin embargo, que esa fermentación o ese justo equilibrio de humores son cosas redondas o cuadradas o que tienen que tener necesariamente una forma determinada. Tampoco pueden decir mediante qué línea podríamos cortarlos. Harían el ridículo si imaginaran que esas cosas tienen que ser redondas o cuadradas o que deben tener una forma determinada o que pueden partirse y cortarse en piezas y pedazos, y todo porque se trata simplemente de modificaciones de la materia. Así pues, resulta claro y evidente que no todas las modificaciones de la materia tienen que ser necesariamente redondas o cuadradas, ni tienen por qué tener una forma de ese tipo, como sostienen los cartesianos. Por consiguiente, hacen el ridículo al privar de conocimiento y sentimientos a los animales, sólo porque, según ellos, el conocimiento y los sentimientos no pueden ser modificaciones de la materia, debido a que no son cosas redondas ni cuadradas ni de otra forma cualquiera.

Por otra parte, aunque estuviesen de acuerdo con nosotros en que el pensamiento y los sentimientos son sólo, en realidad, modificaciones de la materia, no por ello sería la materia la que pensara, sintiera o viviera, sino que son los animales y los hombres, esos seres hechos de materia, quienes piensan, conocen y sienten. Ocurre como con la salud y la enfermedad que, por más que sean modificaciones de la materia, no por ello es la materia la que está bien o la que está enferma. Igualmente, no es propiamente la materia la que ve y oye ni la que tiene hambre o sed, sino que son la persona o el animal, que están hechos de materia, los que ven y oyen, tienen

hambre o sed. Y aunque el fuego, por ejemplo, o el vino, no son más que materia modificada de una manera concreta, no es la materia, sin embargo, la que quema la madera o la paja, ni tampoco es la materia la que emborracha cuando bebemos vino, sino que es el fuego el que quema propiamente la madera y la paja, y es el vino el que propiamente emborracha a quienes abusan de él, de acuerdo con el apotegma de los filósofos que dice que los actos y las denominaciones de las cosas no se atribuyen propiamente más que a los agentes y no a la materia de la que están hechos o a las partes que los constituyen: *actiones et denominationes sunt suppositorum*.

Así como resulta ridículo que nuestros cartesianos digan que la vida, el justo equilibrio de los humores y la fermentación de los cuerpos no son modificaciones de la materia porque no son cosas redondas, cuadradas o de otra forma cualquiera, resulta igual de ridículo que digan que el pensamiento y las sensaciones no son modificaciones de la materia en los cuerpos vivos, amparándose para ello en que los pensamientos y las sensaciones no son cosas redondas ni cuadradas ni de otra forma cualquiera. Por eso, los cartesianos hacen manifiestamente el ridículo cuando, amparándose en un pretexto tan huero y una razón tan frívola, aseguran que los animales no pueden conocer ni sentir, por lo que comen sin placer, gritan sin sentir dolor, no conocen nada, no desean nada y no temen nada. Sin embargo, parece más bien que ocurre lo contrario. Vemos que la naturaleza les ha proporcionado patas para andar, y andan. Les ha dado boca y dientes para comer, y comen. Les ha dado ojos para poder guiarse, y se guían. ¿Les habría dado ojos para poder guiarse y habría hecho que no pudieran ver? ¿Les habría dado oídos para oír y habría hecho que no pudieran oír? ¿Les habría dado boca para que pudieran comer y les habría privado de saborear lo que comen? ¿Les habría dado un cerebro con sus fibras y sus espíritus animales para que no puedan conocer ni pensar? ¿Les habría dado una carne viviente para que no sientan nada y no puedan tener placer ni dolor? ¡Qué fantasía! ¡Vaya quimera! ¡Menuda locura intentar convencerse de ello alegando razones y pretextos tan vanos!

¡Cómo, señores cartesianos! ¿Consideráis que los animales son unas máquinas carentes de conocimiento y de capacidad de sentir sólo porque los animales no saben hablar en latín o en francés como vosotros, y porque no pueden expresarse en vuestra lengua para transmitiros sus pensamientos y explicaros sus deseos, sus dolores y sus males o sus placeres y alegrías? Pues por la misma razón tendríais que decir que los iroqueses y los japoneses, y hasta los españoles y los alemanes, son simples máquinas privadas de conocimiento y de capacidad de sentir porque no hablan como nosotros.

¿En qué estáis pensando, queridos cartesianos? ¿No veis que los animales tienen claramente un lenguaje natural y que los que son de la misma especie se entienden estupendamente entre ellos? ¿No veis cómo se llaman y cómo se contestan? ¿No veis de forma manifiesta que los animales se constituyen en sociedades y que se reconocen y se comunican entre ellos? ¿No veis que se quieren, se acarician y que muchas veces juegan y se divierten juntos? ¿No veis que hay veces en que se odian,

se pelean y no pueden aguantarse unos a otros, lo mismo que a veces los hombres se odian, se pelean y no se pueden aguantar unos a otros? ¿No veis claramente que disfrutan cuando se les acaricia, que están alegres y orgullosos cuando se portan bien y nada les falta, y que comen con el mismo apetito que los hombres cuando tienen hambre y encuentran con qué satisfacerla de acuerdo con su naturaleza y especie? Por el contrario, ¿no veis que están tristes y postrados, que se quejan y emiten suspiros lastimeros cuando están enfermos o heridos? ¿No veis que gritan cuando les pegan y que huyen cuando se les amenaza, se les persigue o se les golpea violentamente? Todo esto constituye una especie de lenguaje natural que utilizan para transmitir que poseen conocimiento y capacidad de sentir. Y no se trata de un lenguaje sospechoso o equívoco, sino claro y nítido, y mucho menos sospechoso que el lenguaje corriente de los hombres, que está plagado de disimulo, duplicidad y malicia.

¿Veis por algún lado que las máquinas inanimadas puedan reproducirse? ¿Veis que se junten para hacerse compañía, como hacen los animales? ¿Veis que se llamen y se contesten, como hacen los animales? ¿Veis que jueguen juntas y se acaricien o se peleen, como hacen los animales? ¿Veis que acudan cuando las llaman sus amos y hagan lo que les manden, como hacen a diario los animales, que obedecen a sus amos, acuden cuando los llaman y hacen lo que se les manda? No, no veis que las simples máquinas ni las máquinas inanimadas hagan nada de eso.

Ni lo veréis jamás. ¿Y todavía pensáis que los animales pueden hacer todo eso sin tener la capacidad de conocer y sentir? ¿Pensáis que se reproducen sin sentir placer y que comen sin gusto, sin apetito, sin hambre y sin sed? ¿Qué acarician a sus amos sin quererlos e incluso sin conocerlos? ¿Qué hacen los que se les ordena sin oír la voz de sus amos y sin saber qué les dicen? ¿Qué huyen sin sentir miedo y que, cuando los golpean, gritan sin sentir dolor? ¿Y os imagináis todo eso y os convencéis de ello sólo porque el pensamiento, el conocimiento, el sentimiento, el placer, la alegría, el dolor, la tristeza, el deseo, el temor, el apetito, el hambre y la sed, etc., no son, como decís, cosas redondas, cuadradas o de la forma que sea? ¿Y que, por ello, no pueden ser modificaciones de la materia ni del ser material?

¡Estáis locos, amigos cartesianos! Permitidme que os dé ese calificativo por más que seáis muy juiciosos en otros asuntos. En éste no lo sois, estáis locos y merecéis que se rían de vosotros en vez de refutaros, *spectatum admissi, risum teneatis, amici* [¿Podríais, amigos míos, contener la risa ante el espectáculo?].

Las modificaciones de la materia o del ser material no deben tener, como pensáis vosotros, todas las propiedades de la materia o del ser material. Por eso, aunque ser extenso, o tener extensión en longitud, anchura y altura, y tener forma redonda o cuadrada, sea una de las propiedades de la materia o del ser material, y otra de ellas consista en la posibilidad que tiene el ser material de ser dividido en partes, de ello no se desprende que todas las modificaciones de la materia deban ser extensas en longitud, anchura y altura, ni que deban ser redondas, cuadradas o divisibles en partes, como imagináis tan equivocadamente.

Las demostraciones que he aportado hasta ahora son claras y evidentes. Sin embargo, el señor arzobispo de Cambrai quiere convencernos de que «es claro y evidente —son los términos que utiliza— que la materia no puede pensar ni sentir, y que la gente, ni siquiera los niños, podría creer algo semejante. La gente, incluidos los niños, está tan lejos de creer que la materia puede pensar y sentir que se reiría sin poder evitarlo si alguien les dijera que una piedra, un pedazo de madera, una mesa o unos muñecos sienten dolor o placer y que experimentan alegría o tristeza» (pág. 144). De ahí saca la conclusión de que es claro y evidente que la materia no puede pensar ni sentir y que la gente, incluidos los niños, no podría ponerlo en duda. ¡Menudo razonamiento proveniente de un personaje de tan alto rango, de tanto mérito y tanta erudición! Desde luego, la gente y los niños se reirían realmente con razón si alguien les dijera, para divertirles, que las piedras, las mesas, las tablas, los aparadores o los muñecos son capaces de conocer y sentir. Repito, tendrían razón si se burlaran de quienes les vinieran con semejantes monsergas, porque saben perfectamente que esas cosas no pueden conocer ni sentir.

Pero sus burlas no provendrían, como quiere dar a entender el señor arzobispo de Cambrai, de que esas cosas son materia o cosas materiales, sino porque saben perfectamente que no son cosas animadas, es decir, que no tienen vida, como la tienen los animales, y que, por tanto, no pueden poseer la capacidad de conocer ni sentir.

Y por servirme de la expresión del señor arzobispo de Cambrai, podemos decir que la gente, incluso los niños, está tan lejos de creer que los animales carecen de alma y de vida y que no tienen capacidad de conocer ni de sentir, que se reirían sin poder evitarlo de quienes quisiesen convencerles de lo contrario y les dijeran, como dicen los cartesianos, que comen sin placer, gritan sin sentir dolor, no conocen nada, no ven nada, no les gusta nada, no desean nada y no tienen miedo a nada. Eso es lo que haría reír a la gente, e incluso a los niños, porque están muy lejos de creer que los animales carecen de vida y de la capacidad de conocer y sentir.

Probad a decirles a los campesinos que sus animales no tienen vida ni sentimientos, que sus vacas, sus caballos, sus ovejas y sus carneros no son más que máquinas ciegas e insensibles a lo bueno y lo malo, y que caminan sólo porque poseen determinados resortes como si fuesen máquinas o marionetas que ni ven ni saben a dónde van. Seguro que se reirán de vosotros.

Decidles a esos mismos campesinos o a otros congéneres suyos que sus perros carecen de vida y de capacidad de sentir, que no conocen a sus amos, que los siguen sin verlos, los acarician sin quererlos y persiguen a las liebres o a los ciervos y los capturan sin verlos ni sentirlos.

Decidles que beben y comen sin gusto e incluso sin hambre, sin sed y sin apetito. Decidles que gritan sin sentir dolor cuando les pegan y que huyen de los lobos sin sentir miedo, ¡veréis como se burlan de vosotros!

¿Y por qué se burlarían si no es porque están muy lejos de creer y estar convencidos de que los animales vivos, como los que he mencionado, carecen de alma, de vida, de capacidad de conocer y de sentir? No cabe duda de que considerarían ridículos a quienes les fuesen diciendo seriamente que los animales no tienen vida y son incapaces de conocer y sentir. Y sus opiniones al respecto se basan tanto en la razón como en la experiencia de todos los días, por lo que están tan autorizadas como lo estarían si estuviesen fundadas o basadas en las Sagradas Escrituras de los cristícolas, en las que, por cierto, se dice que Dios dio almas vivas a los animales en el momento de la creación. Veamos qué dicen al respecto: «Y dijo Dios: bullan las aguas con un bullir de vivientes, y vuelen pájaros sobre la tierra frente a la bóveda del cielo. Y creó Dios los cetáceos y los vivientes que se deslizan y que las aguas hizo bullir según sus especies, y las aves aladas según sus especies. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Creced, multiplicaos, llenad las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto. Y dijo Dios: Produzca la tierra vivientes según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras según sus especies. Y dijo Dios: Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la faz de la Tierra; y todos los árboles frutales que engendran semilla os servirán de alimento; y a todos los animales de la Tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la Tierra —a todo ser que respira—, la hierba verde les servirá de alimento» (Génesis, 1,20-25, 29-30). De acuerdo, pues, con el texto supuestamente sagrado de los propios cristícolas, los animales son almas vivientes, es decir, almas con capacidad de conocer y de sentir, porque Dios así lo habría querido en el momento de la creación. Por lo que no sólo la recta razón y la experiencia diaria muestran que los animales son seres vivientes, sino que hasta la propia religión de los cristícolas lo atestigua muy claramente para que no les quepa duda a los cartesianos. Por eso tengo razón cuando digo que hacen el ridículo al decir que los animales son sólo máquinas inanimadas que comen sin gusto y gritan sin sentir dolor. Esta opinión no sólo es completamente condenable, por ser falsa y ridícula en sí misma, sino, sobre todo, porque es odiosa y detestable en sí, ya que ahoga en la misma raíz del corazón los sentimientos de dulzura y bondad que el hombre podría tener hacia los animales, lo que conlleva que los hombres puedan desarrollar sentimientos de brutalidad y crueldad hacia ellos.

Y hablando de los sentimientos de dulzura, bondad y compasión que los hombres podrían tener hacia unos pobres animales a los que se maltrata y se hace daño con frecuencia, sería una locura compadecerse de ellos y mostrarse sensibles a sus males, sus gritos, sus quejas y gemidos si careciesen de alma, de vida y de capacidad de conocer y sentir, como aseguran los cartesianos, porque es una locura compadecerse de las cosas inanimadas que no sienten ni lo bueno ni lo malo. Por eso mismo, nadie tiene piedad ni compasión del cuerpo de un muerto aunque lo corten en pedazos o lo entierren para que se pudra.

Nadie tiene piedad ni manifiesta compasión por un pedazo de tela al que golpean los mazos del batán, ni por un pedazo de madera arrojado al fuego después de haber sido partido de un golpe. A nadie se le ocurre tener piedad ni compasión de esas cosas porque son cosas inanimadas y no tienen por sí mismas conciencia de lo bueno o lo malo.

Ocurriría lo mismo con los animales si la opinión de los cartesianos fuese cierta. No tendríamos que tener piedad ni compasión de ellos aunque les viésemos sufrir toda clase de males.

De esta manera, la opinión de los cartesianos, una opinión completamente falsa, tiende a ahogar en el corazón del hombre cualquier sentimiento de dulzura, bondad y compasión que pudiera sentir por los animales. Lo que me parece una consecuencia odiosa y muy perjudicial hacia los pobres animales.

Pero lo peor de todo es que una opinión como la de los cartesianos puede avivar la maldad natural del hombre, inspirando en su corazón sentimientos brutales y crueles para los pobres animales.

Ya que, so pretexto de que carecen de la capacidad de conocer y de sentir, podría haber hombres brutales que le sacaran gusto a torturarlos, a hacerles gritar y a hacer que se quejaran y gimieran sólo por el placer de oír sus lastimeros gritos, sus lastimeras quejas y sus lastimeros gemidos. Así como por el placer de ver sus violentos movimientos, sus contorsiones y las espantosas muecas que harían esos animales al verse sometidos al rigor y la violencia de las torturas que les infligirían esos individuos brutales sólo por gusto. Esto ocurre en determinados espectáculos públicos cuando, para divertirse, atan gatos vivos en lo alto de postes a cuyos pies prenden una hoguera sólo por el placer de ver cómo se retuercen y gritan espantosamente al quemarse vivos, lo que representa un placer, brutal, cruel y detestable y una alegría demencial y detestable.

Si se estableciese un tribunal para castigar semejantes crueldades y hacer justicia a esos pobres animales, denunciaría ante ese tribunal una doctrina tan perversa y detestable como la de los cartesianos, puesto que resulta tan perjudicial para los pobres animales. Y no pararía hasta que la condenaran y fuese desterrada del espíritu y de las convicciones de los hombres, y hasta que quienes la sostienen, los cartesianos, fuesen condenados a pedir perdón y a condenarla.

Pero volvamos a la supuesta espiritualidad e inmortalidad de nuestra alma. Todo lo que he dicho muestra de manera evidente que no es ni espiritual ni inmortal en el sentido en que lo entienden los cristícolas, sino que es, en realidad, tan material y mortal como la de los animales.

Por eso, las propias y supuestas Sagradas Escrituras dicen que el alma de la carne viva consiste en su sangre.

Y por esa razón, la supuestamente divina ley de Moisés prohibía expresamente comer sangre, sólo porque el alma de la carne viva consistía en la sangre: «Porque la vida de la carne es su sangre. Por eso he prescrito a los israelitas: no comeréis la

sangre de carne alguna, porque la vida de la carne es su sangre; quien la coma, será excluido» (Levítico, 17,14). Sí, comer sangre estaba prohibido bajo pena de muerte.

En los propios Libros de la Ley se dice también: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo» (Génesis, 2,7). «Produzca la tierra vivientes según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras según sus especies. Y así fue» (Génesis, 1,24).

También se dice de los animales que entraron en el Arca de Noé: «Entraron con Noé en el arca parejas de todos los vivientes que respiran» (Génesis, 7,15).

Y este espíritu de vida no era otra cosa, según los mismos Libros, que «aliento de vida» (Génesis, 2,7).

Y en otra parte: «El soplo de Dios me hizo, el aliento del Todopoderoso me dio vida» (Job, 33,4).

Y acerca del hombre, esos Libros dicen, y lo dicen del hombre en su conjunto y no sólo de su cuerpo: «Con sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron: pues eres polvo y al polvo volverás» (Génesis, 3,19).

Y cuando el rey David se refirió a la vanidad y fragilidad del hombre, incluyendo la de los mayores y más poderosos príncipes de la Tierra, dijo: «No confiéis en los nobles, en un hombre que no puede salvarse: sale su aliento y él vuelve al polvo, ese día perecen sus planes» (Salmos, 145,3-4).

92

Ni Moisés ni los antiguos profetas creyeron en la inmortalidad del alma

Así pues, si el alma del hombre y la de los animales consisten únicamente en la sangre y su espíritu no es más que tierra y polvo, como aseguran los testimonios que acabo de presentar, estaríamos ante una prueba clara y evidente de que nuestra alma no es espiritual ni inmortal, como quieren los cartesianos.

Y lo podemos confirmar consultando las Escrituras supuestamente santas que llaman Antiguo Testamento y que los cristícolas consideran una ley divina, porque en ellas no encontramos ninguna mención a la espiritualidad o la inmortalidad del alma y tampoco se habla en ellas de las supuestas recompensas grandiosas y magníficas del cielo, que serían eternas, ni de los supuestos castigos terribles que nos esperarían después de esta vida. Ninguno de los muchísimos grandes profetas supuestamente santos que se habrían sucedido a lo largo del período recogido en esta antigua ley supuestamente divina ha dicho nada acerca de ello ni parece haber conocido siquiera esas cosas. El propio Moisés, el gran Moisés, eminente legislador del pueblo judío, a pesar de que hablaba con frecuencia y muy familiarmente con Dios, si creemos sus palabras, no conoció nada parecido ni lo mencionó en sus leyes. Sólo hablaba de la vida presente, únicamente proponía a su pueblo recompensas temporales en esta vida y les amenazaba exclusivamente con castigos temporales en esta vida (Deuteronomio, 28). De ahí que aquellas personas, incluso las más instruidas y calificadas, pensaban sólo en la vida presente y no creían que cupiera esperar otros bienes ni temer más males que los que podían existir en este mundo. Y lejos de imaginar que sus almas fuesen inmortales, estaban convencidos, por el contrario, de que eran mortales y desaparecían cuando desaparecía la vida del cuerpo. Veamos algunas pruebas y algunos testimonios concluyentes.

«Un árbol —decía el bueno de Job— tiene esperanza: aunque lo corten, vuelve a rebrotar y no deja de echar renuevos; aunque envejezcan sus raíces en tierra y el tocón esté amortecido entre terrones, al olor del agua reverdece y echa ramaje como planta joven. Pero el varón muere y queda inerte, ¿a dónde va el hombre cuando expira? Falta el agua de los lagos, los ríos se secan y aridecen: así el hombre se acuesta y no se levanta; pasará el cielo y él no despertará ni se desperezará de su sueño» (Job, 14,7-12).

«Muerto el hombre, ¿puede revivir?» (Job, 14,14a). «Así el hombre se acuesta y no se levanta; pasará el cielo y él no despertará ni se desperezará de su sueño» (Job, 14,12). Job decía también que su vida «no era más que viento», «una nube que se disipa en el aire». Entre los propios bienes que Job atribuye a los malos y los impíos, bienes que él mismo parecía envidiar, escribe: «Así consumen su vida dulcemente»

(Job, 21,13), en la alegría, disfrutando de los bienes temporales; «y bajan serenamente al sepulcro» (Job, 21,13), es decir, en un momento pasan de la vida a la muerte sin sufrir enfermedades y sin probar las penalidades de la vida, como sin haber tenido tiempo de padecer nada malo.

Pues bien, es indudable que si el alma fuese inmortal y si los malvados fuesen a recibir, como dicen los cristícolas, el castigo eterno en el infierno después de haber muerto, a Job no le parecería un bien envidiable que fuesen precipitados rápidamente en el infierno. Porque sería, más bien, el peor mal y la desgracia más espantosa que podría sucederles. En cambio, Job considera la mayor felicidad y el mayor de los bienes descender rápidamente al sepulcro, es decir, bajar rápidamente a la tumba o la fosa y morir rápidamente sin haber tenido tiempo de sentir dolores continuos o agudos, lo que constituye una prueba evidente de que no pensaba que sus almas fuesen inmortales ni tuviesen que temer que sufrirían mal alguno después de su muerte.

El profeta y rey David pensaba lo mismo. Y así aparece de manera manifiesta en muchos lugares de los Salmos: «Vuélvete, Señor, pon a salvo mi vida, sálvame, por tu misericordia: que en el reino de la muerte nadie te invoca; en el Abismo, ¿quién te dará gracias?» (Salmos, 6,5-6).

«¿Harás tú maravillas por los muertos?, ¿se alzarán las sombras para darte gracias? ¿Se anunciará en el sepulcro tu lealtad o tu felicidad en el reino de la muerte? ¿Se conocen tus maravillas en la tiniebla o tu justicia en el país del olvido?» (Salmos, 87,11-13). Con ello quiere decir que después de la muerte no hay ni capacidad para conocer ni forma de conocer las maravillas y la grandeza de Dios.

«El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres. Los muertos ya no alaban al Señor ni los que bajan al silencio. Pero nosotros bendecimos al Señor ahora y por siempre» (Salmos, 115,16-18). Esto es lo que los cristícolas romanos cantan los domingos en las vísperas.

El rey Ezequías, según dice Isaías (Baruc, 2,17), decía más o menos lo mismo: «El Abismo no te da gracias, ni la Muerte te alaba, ni esperan en tu fidelidad los que bajan a la fosa. Los vivos, los vivos son quienes te dan gracias: como yo ahora» (Isaías, 38,18-19).

Al sabio y al loco, dice el Eclesiastés, les aguarda el mismo fin. Por eso estima que sirve de bien poco practicar la cordura y la sensatez, porque el mismo fin aguarda al loco y al sabio: «El sabio lleva los ojos en la cara, el necio camina en tinieblas. Pero comprendí que una suerte común les toca a todos, y me dije: la suerte del necio será mi suerte, ¿para qué fui sabio? ¿qué saqué en limpio?, y pensé para mí: también esto es vanidad. Pues nadie se acordará jamás del necio ni tampoco del sabio, ya que en los años venideros todo estará olvidado» (Eclesiastés, 2,14-16). El Eclesiastés dice también: «Pues es una la suerte de hombres y animales: muere uno y muere el otro, todos tienen el mismo aliento y el hombre no supera a los animales. Todos son vanidad. Todos caminan al mismo lugar, todos vienen del polvo y todos vuelven al

polvo. ¿Quién sabe si el aliento del hombre sube hacia arriba y el aliento del animal baja a la tierra? Y así observé que el único bien del hombre es disfrutar de lo que hace; ésa es su paga; pues nadie lo ha de traer a disfrutar de lo que vendrá después de él» (Eclesiastés, 3,19-22). «¿Qué ventaja le saca el sabio al necio, o al pobre el que sabe manejarse en la vida? Más vale lo que ven los ojos que los deseos vagabundos. También esto es vanidad y caza de viento» [Eclesiastés, 6,8-9]. «Los vivos saben… que han de morir; los muertos no saben nada, no reciben un salario cuando se olvida su nombre» [Eclesiastés, 9,5] «No temas la muerte, que es tu destino, recuerda que lo compartes con antepasados y sucesores» (Eclesiástico, 41,3). «Se acabaron sus amores, odios y pasiones, y jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol. Anda, come tu pan con alegría y bebe contento tu vino, porque Dios ya ha aceptado tus obras. Disfruta la vida con la mujer que amas, todo lo que te dure esa vida fugaz, todos esos años fugaces que te han concedido bajo el sol» (Eclesiastés, 9,6-7 y 9).

Si el alma fuese inmortal, como aseguran los cristícolas, se encontraría en las condiciones idóneas para conocer las grandezas y maravillas de Dios, puesto que se habría desprendido de la materia con la muerte del cuerpo. Estaría en las mejores condiciones para cantar sus alabanzas y gozar de las recompensas eternas.

Pero, como según el testimonio de esos grandes y supuestamente santos personajes del Antiguo Testamento, no se puede conocer nada después de la muerte porque el conocimiento ha desaparecido, no se podrá conocer a Dios ni alabarlo una vez se produzca la muerte. Porque los hombres son como los animales, y a los dos les aguarda el mismo fin, mientras que, según dicen esos mismos personajes supuestamente santos del Antiguo Testamento, el cielo está reservado únicamente para Dios nuestro Señor, y la Tierra, en cambio, para los hombres. También dicen que los vivos sólo pueden conocer y alabar al Señor mientras viven, y que sirve de muy poco buscar con tanto cuidado la prudencia y la sabiduría, porque al sabio y al loco les aguarda el mismo fin. Dicen asimismo que vale más tener y conservar aquello que se ama que desear lo que no se conoce, y también que no se puede esperar ninguna recompensa después de la muerte, por lo que la mejor opción que puede escoger el hombre es gozar apacible y alegremente en este mundo de los placeres y alegrías de la vida, ya que eso es lo que le ha tocado en herencia. Pues bien, que los propios personajes supuestamente santos del Antiguo Testamento hayan dicho todo eso constituye una prueba evidente y segura de que no pensaban que el alma fuera inmortal sino que creían, por el contrario, que era mortal.

Sí, así lo creían, en efecto. Ésa era la creencia del pueblo judío, el pueblo supuestamente elegido por Dios. No conocían más vida que ésta y no se imaginaban que hubiese recompensas ni castigos después de la muerte. ¿Cómo iban a esperar que hubiese castigos y recompensas después de la muerte si sus leyes, que consideraban divinas, no les habían dicho nada de eso? No resulta admisible que un Dios infinitamente bueno e infinitamente sabio hubiese querido ocultar unas verdades tan grandes e importantes a una gente a la que quería favorecer especialmente con sus

dones y bendiciones, y de la que esperaba que le amaran, adoraran y sirvieran fielmente. Si en vez de proponerles recompensas o castigos puramente temporales, les hubiese hecho conocer claramente y les hubiese dado la seguridad de que el alma era inmortal, y de que a los buenos les aguardaba una vida eterna bienaventurada mientras que a los malos les esperaba el castigo eterno, no cabe duda de que con ello les habría dado un poderoso motivo para que se animaran a amarle, temerle y servirle fielmente. Se dice que hubo en otros tiempos un orador que habló con tanta vehemencia de la inmortalidad del alma que le prohibieron volver a hablar del tema puesto que, al oír su discurso, muchos de los oyentes se daban muerte voluntariamente para gozar cuanto antes de esa supuesta y bienaventurada inmortalidad que tanto parecía agradar a unos oyentes a los que engañaba con ella.

Si un Dios todopoderoso hubiese dado a su pueblo el conocimiento claro y completo de la inmortalidad de sus almas y la seguridad total de que recibirían en la otra vida las recompensas eternas o los castigos eternos que hubiesen merecido, habría puesto a su disposición el mejor y más poderoso de los motivos para que le amaran con todo su corazón y para que observaran fielmente sus leyes y mandamientos, así como para que temieran ofenderle. Pero como no les dio ese conocimiento ni tampoco esperanza alguna acerca de la otra vida, ni tampoco les enseñó a temerla, estamos ante la prueba segura y evidente de que no hay nada de la supuesta inmortalidad del alma, no hay nada de las supuestas recompensas o de los castigos eternos en una supuesta vida en el más allá. Y por consiguiente, lo que dicen los cristícolas no es más que vanidad y mentira, error, ilusión e impostura. No son más que ficciones del espíritu humano basadas únicamente en una sentencia de ciertos políticos que dice que «la buena gente debe ignorar muchas cosas ciertas y creer muchas falsas».

93

El famoso naturalista Plinio nunca creyó lo que los cristícolas decían sobre el tema

Plinio, famoso naturalista y hombre muy juicioso, se burla de esa supuesta espiritualidad e inmortalidad del alma. Veamos cómo se expresa (*Historia natural*, VII, 55): «Una vez que el hombre es enterrado, hay distintas opiniones acerca de lo que ocurre con su alma. Hay quien asegura que el hombre vuelve, después de la muerte, al mismo ser que tenía antes de nacer, por lo que no tendría conciencia ni del cuerpo ni del alma, tal como sucedía antes de que naciera. Pero la vanidad y la locura del hombre le han inducido a pensar que puede haber algo después de la muerte, de tal manera que se jacta de que hay vida en la muerte. Unos dicen que el alma es inmortal, otros que se transfigura, y hay hasta quien piensa que los seres infernales tienen sentidos. Por eso soñaron con ellos e hicieron y establecieron un Dios a partir de alguien que no pudo contentarse con ser hombre. Como si el aliento que da vida al hombre fuera distinto al que da vida a los animales o como si no hubiera cosas en este mundo que duran más que el hombre y a las que no se les atribuye, sin embargo, siquiera una pizca de inmortalidad. Pero mostradme un cuerpo que sea de la misma materia que el alma. ¿Dónde está su pensamiento? ¿Dónde está su vista? ¿Dónde el oído? ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa? A menos que no tenga nada de eso y, entonces, ¿qué puede tener de bueno el alma? ¿Hacia dónde va realmente? Con las almas que tendría que haber desde que el mundo es mundo formarían un conjunto más espeso que la sombra, por eso no se trata más que de ensoñaciones infantiles o inventos de los hombres que se resisten a dejar de existir. De ahí que sea una solemne locura preservar los cuerpos esperando a ver si resucitan, como aconseja Demócrito que, por cierto, todavía no ha resucitado. ¡Qué locura es esa de creer que, con la muerte, se entra en una segunda vida! ¿Qué descanso puede aguardarles a los hombres una vez nacen, si tienen los sentidos de las almas en lo alto y sus sombras en el infierno? En realidad, este cebo verbal y la creencia delirante de los hombres destruyen la placidez del bien principal de la naturaleza, que es la muerte, convirtiéndola en una muerte doble para quien se preocupa de la vida futura, puesto que si existir constituye un gran bien, ¿qué alegría podría obtener alguien de pensar que existió? ¡Cuánto más fácil y seguro resulta creer que uno es lo que es y derivar su certeza de la experiencia de aquello que uno fue antes de nacer!»

Así se expresa este autor acerca de la creencia vana y delirante que muchos hombres tienen acerca de la inmortalidad del alma.

El señor de Montaigne dice [*Ensayos*, II, 12]: «La creencia en la inmortalidad del alma fue introducida, según Cicerón, por Ferécides de Siros[31] en tiempo del rey Tulio[32] (otros la atribuyen a Tales y otros a otros). Es la parte de la ciencia humana

que suele tratarse con más reservas y dudas. Los dogmáticos más empecinados se ven constreñidos a refugiarse en las sombras de la Academia cuando abordan este asunto. Nadie sabe qué dijo Aristóteles acerca de él ni tampoco ninguno de los sabios de la Antigüedad, que lo trataban como una creencia dudosa. Aristóteles dejó que fueran sus sucesores los que debatiesen tanto sobre lo que habría dicho acerca de este asunto como sobre el propio asunto. Resulta admirable observar, dijo, cómo aquellos que se han obstinado en creer en la inmortalidad del alma se han quedado cortos y se han visto impotentes a la hora de establecerla recurriendo a las solas fuerzas humanas. Se trata de los sueños, decía un sabio de la Antigüedad, de un hombre que no enseña nada, sino de alguien que desea: *somnia sunt non docentis, sed optantis* (Cicerón, *Académicas*, II, 38). Y Séneca dijo que se trata de una cosa muy agradable que se nos promete pero que no está probada: *rem gratissimam promittentium magis quam probantium* (*Cartas a Lucilo*, CII)».

Sería demasiado largo, y seguramente inútil, mostrar las opiniones de los filósofos de la Antigüedad sobre el tema. Con lo que he dicho basta para que podamos ver claramente que el alma no es espiritual ni inmortal, como aseguran los cartesianos. Y aunque resulte muy difícil conocer concretamente su naturaleza, así como su forma de operar, por la razón señalada más arriba, sentimos por nosotros mismos, tanto interior como exteriormente, que sólo somos materia y, por muy espirituales que parezcan, los pensamientos se encuentran únicamente en la materia del cerebro y se forman a partir de la constitución natural del cerebro. Por tanto, lo que llamamos *alma* no puede ser otra cosa que una porción de la materia más desprendida, sutil y agitada de nuestro cuerpo, que se ha mezclado con otra parte de materia más basta para conformar un cuerpo orgánico al que aquella le proporciona la vida, el movimiento y la capacidad de sentir gracias a su agitación.

Todas las proposiciones expuestas se desprenden unas de otras de forma evidente, por lo que hay que concluir necesariamente que el alma no es espiritual ni inmortal sino únicamente material y mortal, como el cuerpo. Y si es igual de material y mortal que el cuerpo, no cabe esperar ninguna recompensa ni castigo después de esta vida. Y si no cabe esperar ningún tipo de recompensa ni de castigo después de esta vida, hay, por consiguiente, miles, miles de miles, y miles de millones de justos e inocentes que no recibirán recompensa alguna por su virtud ni por sus buenas obras. Como también hay miles, miles de miles, y miles de millones de malvados y desalmados que no recibirán ningún castigo por sus detestables crímenes y maldades. De modo que cada día mueren miles, miles de miles y millones de malvados sin haber recibido castigo alguno por sus crímenes, al igual que cada día mueren miles, miles de miles, y miles de millones de justos sin haber sido recompensados por su virtud y sus buenas obras.

Y si hay tantos justos y tantos inocentes que no reciben recompensa alguna, y tantos malvados impíos que tampoco reciben castigo alguno, no existe ninguna bondad soberana que recompense a los justos e inocentes, ni existe tampoco ninguna justicia soberana que castigue a los malvados como merecen. Y si no existen una

bondad soberana ni una justicia soberana, no hay tampoco un poder soberano ni una sabiduría soberana. Y si no hay una bondad soberana ni una justicia soberana ni un poder soberano ni una sabiduría soberana, no hay tampoco ni existe un ser que sea infinitamente perfecto. Y por consiguiente, tampoco existe Dios, que era lo que tenía que probar y demostrar.

Como todas las consecuencias o conclusiones se siguen unas de otras de manera evidente, queda demostrado, contra los supersticiosos deícolas, que Dios no existe.

94

La necesidad inevitable del mal constituye una especie de demostración de que no existe ningún ser que pueda impedir el mal

Acabo de demostrar de forma irrebatible esa verdad mediante un argumento basado en la cantidad casi infinita de males, miserias, vicios y maldades que vemos a diario por donde quiera que miremos, ya que los males, miserias, vicios y maldades nos hacen ver de forma evidente que no existe ningún ser infinitamente bueno e infinitamente sabio para hacer bien las cosas y regularlas correctamente, así como para impedir el mal.

Ahora voy a probar lo mismo y de manera igualmente irrebatible con un argumento sacado de la propia necesidad del mal. Mal que, de acuerdo con la propia y actual constitución de la naturaleza, se desprendería del propio bien y de lo que ocurriría si desapareciesen los vicios y maldades de los que he hablado.

Porque resulta evidente que, de acuerdo con la constitución actual de la naturaleza —una constitución que tiende siempre de manera manifiesta a producir constantemente nuevos elementos, y no sólo en forma de hierbas y de plantas de todo tipo sino también en forma de nuevas generaciones de hombres y animales de multitud de especies diferentes—, si no hubiera mal en el mundo —es decir, si no hubiera, por ejemplo, muerte ni enfermedad en los hombres y animales, o si los hombres y animales no se hirieran o destruyeran entre sí, tal como lo hacen—, se multiplicarían tanto que se asfixiarían. La Tierra no bastaría para contenerlos ni produciría alimentos para todos, por lo que acabarían devorándose unos a otros, a menos que languidecieran y murieran de hambre al no haber alimentos ni espacio suficiente para todos. Y eso también sería un mal, un mal enorme.

Por tanto, la propia constitución actual de la naturaleza exige de manera inevitable el mal, de una forma o de otra. De tal manera que, aunque el mal no proviniese de los vicios, de la malicia y de la maldad de los hombres y los animales, según sucede ahora, provendría necesaria e inevitablemente de la enorme cantidad de hombres y animales de multitud de especies diferentes que habría en la Tierra, porque no tendrían espacio para moverse ni suficiente alimento, lo que les llevaría a atacarse y devorarse entre sí. Lo cual nos hace ver de forma manifiesta que en el mundo tiene que haber una mezcla de bien y de mal, y que tienen que existir, de acuerdo con la constitución actual de la naturaleza, el bien y el mal, porque el orden natural de las generaciones y de los elementos que la naturaleza va produciendo no podría existir si no existiera esa fastidiosa mezcolanza de bien y de mal. Por eso, es necesario que cada día desaparezcan multitud de elementos a fin de dejar sitio a los nuevos, cosa que, dada la actual constitución de la naturaleza, no se puede conseguir sin causar el

mal a unos y el bien a otros, es decir, sin el nacimiento y el crecimiento de unos y la destrucción recíproca de otros, lo que supone un bien para unos y un mal para otros.

Pues bien, no resulta creíble y ni siquiera posible que un ser todopoderoso, infinitamente bueno e infinitamente sabio hubiese deseado crear un mundo en el que se diera una mezcolanza confusa de bien y de mal, o una mezcolanza incomprensible de grandeza y bajeza, como dice el señor arzobispo de Cambrai. Un ser todopoderoso infinitamente bueno e infinitamente sabio no podría incurrir en contradicción ni podría tampoco ir contra la propia naturaleza de su infinita bondad y su infinita sabiduría. Por consiguiente, no habría podido hacer el mal al imponer la circunstancia de que el bien tuviese que ir necesariamente acompañado del mal. Por eso, al ser necesario que tenga que existir una mezcla confusa de bien y de mal, como vemos que existe, de ello se desprende de manera evidente que el mundo no ha sido hecho por un ser infinitamente perfecto y, por tanto, que Dios no existe. Este argumento es igual de demostrativo que los demás y resulta tan claro como el mediodía.

95

La correspondencia entre las pruebas presentadas sobre este tema constituye, a su vez, una prueba de que son realmente sólidas y están contrastadas, porque se desprenden unas de otras, se sostienen y confirman entre sí

Veamos aún una especie de demostración que confirma las precedentes. Consiste en que, entre las pruebas demostrativas y evidentes que he presentado hasta aquí, no hay ninguna, ni tampoco ningún razonamiento ni proposición, que contradiga ni invalide a los demás.

Al contrario, todas las proposiciones que he establecido o adelantado y todas las pruebas que he presentado son claras y evidentes, se desprenden unas de otras y se sostienen y confirman entre sí. De igual manera, los razonamientos que he desarrollado al tratar este asunto se desprenden unos de otros y se confirman entre sí. Es como una ilación y concatenación de pruebas y razones probatorias que se desprenden unas de otras y se sostienen y confirman entre sí, señal segura y certísima de que todas se apoyan sobre la base firme y sólida de la propia verdad. Porque si lo que he dicho sobre este asunto fuese erróneo o contuviese errores, no habría una correspondencia tan completa entre tantas y tan poderosas razones. Seguramente no hay ninguna verdad que se haya podido probar y demostrar mediante tantos y tan claros y evidentes testimonios de verdad como yo he hecho.

Los supersticiosos deícolas no pueden decir lo mismo de su doctrina acerca de la existencia de Dios. No pueden dar ninguna prueba clara y segura de que Dios exista. Todo lo que dicen acerca de su naturaleza, sus atributos, sus perfecciones y sus actos está plagado de contradicciones palpables y de propuestas que se contraponen y se contradicen. Lo que proponen los cristícolas es también ridículo y absurdo, porque le atribuyen a Dios cosas incompatibles, y lo que intentan probar con un razonamiento lo invalidan con un razonamiento opuesto.

La naturaleza unitaria que atribuyen a Dios, por ejemplo, la invalidan con la trinidad de personas, que también le atribuyen. Y recíprocamente, la trinidad de personas invalida su naturaleza unitaria. El hecho de que dos de esas tres personas hayan sido generadas o producidas, invalida su supuesta eternidad, al igual que la supuesta eternidad descarta la supuesta generación o producción de dos de sus miembros. La simplicidad indivisible de la naturaleza divina, que carecería de partes y no tendría extensión, descarta la inmensidad que le atribuyen. Y esa supuesta inmensidad entra claramente en contradicción con una naturaleza que no debería tener extensión alguna. La inmovilidad e inmutabilidad que atribuyen a Dios descartan su condición de primera causa y primer motor. Y la supuesta condición de primera causa y primer motor invalida su presunta inmovilidad e inmutabilidad, ya

que lo que es en sí absoluta y esencialmente inmóvil e inmutable no puede cambiar nada ni mover ni agitar nada, tanto fuera de él como dentro de él. La supuesta bondad y la supuesta misericordia infinitas que, según ellos, tendría Dios, invalidan el rigor de su supuesta justicia infinita, y el rigor de esta supuesta justicia infinita invalida la delicadeza de su supuesta infinita bondad y su supuesta e infinita misericordia.

La supuesta necesidad de la gracia de Dios que, según ellos, tendrían los hombres para actuar correctamente y hacer el bien, invalida lo que dicen acerca de la libertad y del libre arbitrio del hombre, y lo que dicen acerca de la libertad y del libre arbitrio del hombre invalida lo que dicen acerca de la supuesta necesidad de la gracia de Dios. La sabiduría infinita, la omnipotencia y la providencia que supuestamente tendría a la hora de gobernar el mundo, e incluso a la hora de gobernar cada cosa en particular, conllevarían la hermosa y perfecta regulación de todo, que pondrían de manifiesto, para su reconocimiento universal, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia, así como la providencia admirable del ser infinitamente perfecto que gobernaría todo tan sabia y felizmente. Pero cuando se ve clara y manifiestamente que ocurre más bien todo lo contrario, y que reinan por todas partes los males y las penalidades más espantosas, así como el vicio, los desenfrenos y las maldades más abominables, queda invalidada por completo la creencia en la supuesta sabiduría, la supuesta omnipotencia y la supuesta bondad infinitas, así como la creencia en la supuesta y general providencia de ese ser infinitamente perfecto que lo gobernaría todo.

Por otra parte, las razones que utilizan los cristícolas para explicar su doctrina sobre este asunto son tan débiles en sí mismas, están tan llenas de contradicciones y chocan tanto entre sí que se invalidan entre ellas, por lo que no hay que prestarles credibilidad alguna, lo que constituye también una prueba manifiesta de la falsedad de sus principios y su doctrina y, en consecuencia, una prueba clara y evidente de la veracidad de la doctrina contraria y opuesta.

Conclusión general

96

Los argumentos que contiene esta obra son tan demostrativos y probatorios como cabe desear. Para percatarse de su evidencia basta con echarles una ligera ojeada o prestar un poco de atención. Por lo cual queda claramente demostrado, gracias a los argumentos que he presentado a lo largo de la obra, que todas las religiones existentes en el mundo sólo son, como dije al comienzo del libro, invenciones humanas, y que todo lo que nos enseñan y obligan a creer constituyen únicamente errores, ilusiones, mentiras e imposturas inventadas, como ya he dicho, bien por bromistas, bribones e hipócritas que han querido engañar a los hombres, bien por políticos astutos y taimados que quieren mantenerlos por la brida para conseguir que la gente

—capaz de creerse ciega y tontamente todo lo que le dicen que proviene de los dioses— haga lo que ellos quieren. Estos astutos y taimados políticos consideran que es útil y oportuno que los hombres crean en Dios sólo porque es necesario que el común de los mortales ignore muchas cosas que son verdad y crea en muchas otras que son falsas.

Y como todos esos errores, ilusiones e imposturas, son la fuente y causa de que se den en este mundo una infinidad de males, una infinidad de abusos y una infinidad de maldades, incluida la tiranía, que tanto hace gemir a tanta gente y se ampara en la falsa y detestable coartada de la religión, he podido decir con toda la razón que, en el estado en que se encuentran actualmente, todo ese fárrago de religiones y leyes políticas no son más que misterios de iniquidad.

No, queridos amigos, no son más que misterios de iniquidad y hasta detestables misterios de iniquidad, ya que gracias a ellos los sacerdotes se apoderan de vosotros y os mantienen miserablemente cautivos bajo el odioso e insoportable yugo de sus vanas y delirantes supersticiones, so pretexto de querer conduciros felizmente hacia Dios y de haceros observar sus santas leyes y mandamientos. Pretexto del que también se valen los príncipes y los grandes de la Tierra para saquearos, pisotearos, arruinaros, oprimiros y tiranizaros amparándose en que os gobiernan en aras de procurar y mantener el bien público.

Me gustaría que mi voz se pudiese oír de un extremo a otro del reino o, mejor dicho, de una punta a otra de la Tierra. Y gritaría: ¡pobres hombres, estáis locos! Estáis locos dejándoos conducir de esta manera y estáis locos por creer tan ciegamente en semejantes tonterías. Les haría comprender que están en el error y que quienes los gobiernan les están engañando y los mantienen en el error deliberadamente. Les mostraría este misterio de iniquidad que hace que sean tan miserables e infelices en todas partes y que los tiempos que estamos viviendo tengan que ser infaliblemente motivo de vergüenza y oprobio para los siglos venideros.

Les reprocharía su estulticia y la locura que cometen al creer y dar fe a tantos errores, tantas propuestas ilusorias y tantas imposturas ridículas y groseras. Les reprocharía su cobardía por dejar que vivan tanto tiempo unos tiranos tan detestables

y por no sacudirse el odioso yugo de sus gobiernos tiránicos y su tiránica dominación.

Decía un sabio de la Antigüedad que no había cosa más rara que un tirano viejo, y era porque entonces los hombres no eran tan débiles ni tan cobardes como para permitir que los tiranos viviesen durante mucho tiempo. Tenían la suficiente presencia de ánimo y el coraje suficiente como para deshacerse de ellos en cuanto empezaban a abusar de su autoridad. Hoy en día no constituye ninguna rareza que los tiranos vivan y reinen durante mucho tiempo. Los hombres se han ido acostumbrando poco a poco a la esclavitud. Y ahora mismo se hallan tan acostumbrados a ella, que no piensan siquiera en recobrar la libertad perdida. Les parece que la esclavitud forma parte de su naturaleza. Por eso crece cada día más el orgullo de esos tiranos detestables y por eso va aumentando cada vez más el peso del insoportable yugo de su tiránica dominación. «No olvides las voces de los agresores» (Salmos, 73,23). Se diría que su iniquidad y maldad proceden de su abundante grasa y su exceso de prosperidad: «Sus ojos asoman entre las carnes y les pasan fantasías por la mente» (Salmos, 72,7). Han llegado hasta a regodearse en sus vicios y maldades: «Se han abandonado a todas las pasiones de su corazón» . Por eso también el pueblo es tan miserable e infeliz bajo el yugo de sus tiránicas dominaciones. ¿Dónde están esos generosos asesinos de tiranos de tiempos pasados? ¿Dónde están Bruto y Casio? ¿Dónde están los generosos asesinos de Calígula y de tantos monstruos semejantes? ¿Dónde están los Publícola? ¿Dónde están los generosos defensores de la libertad pública que expulsaban del país a los reyes y tiranos? ¿Dónde están Cinna y tantos otros que escribían acerbamente y gritaban en alto contra la tiranía de los reyes? ¿Dónde están los emperadores dignos? ¿Dónde los Trajano el bueno y Antonino el bueno, el primero de los cuales entregó su propia espada al primer oficial del imperio para que lo matara si se convertía en tirano, mientras que el segundo dijo que prefería salvar la vida de uno solo de sus súbditos antes que matar a mil enemigos? ¿Dónde están, repito, esos buenos príncipes y esos dignísimos emperadores? ¡Ya no se ve a ninguno que sea como ellos! ¡Ni siquiera hay alguno de aquellos generosos asesinos de tiranos! A falta de ellos, ¿dónde están los Jacques Clément y los Ravaillac de nuestra querida Francia? ¿Por qué no viven en nuestro siglo y por qué no vivirán siempre y por todos los siglos, para darles un mazazo o bien para apuñalar a todos esos monstruos detestables que son únicamente los enemigos del género humano, librando así a todos los pueblos de la Tierra de su dominación tiránica? ¡Por qué no vivirán todavía esos dignos y generosos defensores de la libertad pública! ¿Por qué no viven ya para derribar a todos los reyes de la Tierra, para oprimir a los opresores y para devolver la libertad a la gente? ¿Por qué no viven ya todos aquellos valientes escritores y todos aquellos valientes oradores que censuraban a los tiranos, clamaban contra su tiranía y escribían acerbamente contra sus vicios, sus injusticias y su mal gobierno? ¿Por qué no viven ya hoy en día para clamar abiertamente contra los tiranos que nos oprimen, contra sus injusticias y contra su mal gobierno! ¿Por qué no

viven hoy en día para hacer con sus escritos que las personas de los tiranos sean vistas por todo el mundo como los seres odiosos y despreciables que son, así como para ayudar a que la gente se sacuda, de común acuerdo y por general consentimiento, el yugo insoportable de su tiránica dominación?

Pero no, esos grandes hombres ya no viven. Ya no se ven esas almas nobles y generosas que se exponían a la muerte por la salvación de la patria y preferían alcanzar la gloria de morir generosamente a sentir la vergüenza y la mortificación de vivir cobardemente. Tengo que decir, para vergüenza de nuestro siglo y de estos últimos siglos pasados, que en este mundo ya no se ven más que cobardes y miserables esclavos de la grandeza y el poder exorbitante de los tiranos. Sólo vemos cobardes aduladores de los tiranos entre quienes, por su rango o dada su condición más elevada, tendrían que ser de otra manera, pero sólo son cobardes que aprueban sus injustos designios, cobardes y crueles ejecutores de sus peores deseos y de sus injustos edictos.

Así son, en nuestra querida Francia, los grandes del reino, los gobernadores de las ciudades, los intendentes de las provincias, los jueces, los magistrados, e incluso quienes detentan cargos en las ciudades más grandes e imponentes del reino, que ya no desempeñan ningún papel en el gobierno del Estado y sólo sirven ahora para impartir justicia entre particulares y suscribir ciegamente todos los edictos reales sin atreverse a oponerse a ellos por injustos y odiosos que sean. Como ya he dicho, entran en ese lote los intendentes de todas las provincias y los gobernadores de ciudades y palacios, que no sirven ya más que para hacer que se ejecuten los edictos. Entran también los comandantes del ejército, los oficiales y los soldados en su conjunto, pues sirven únicamente para mantener la autoridad del tirano y ejecutar o hacer que se ejecuten rigurosamente sus órdenes sobre la gente, no vacilando en pegar fuego a su patria o devastarla si por una ocurrencia fantasiosa o un pretexto fútil se lo pidiese el tirano. Se trata de unos individuos tan locos y ciegos que cifran su honor en ponerse enteramente a su servicio como si fuesen unos miserables esclavos a quienes en tiempo de guerra se les obliga a exponer su vida por ellos todos los días y casi a cada instante a cambio de una miserable paga de cuatro o cinco sueldos diarios. Por no mencionar a otros canallas como los empleados de distintos despachos, inspectores, recaudadores, arqueros, guardias, sargentos, escribanos y asistentes, que como lobos hambrientos sólo buscan devorar su presa y no quieren más que saquear y tiranizar a los pobres en nombre de la autoridad del rey ejecutando rigurosamente todos sus edictos, por injustos que puedan ser, embargándoles sus bienes, ejecutándolos o bien confiscándolos. Y lo que todavía es peor, llevando a la cárcel a esos pobres individuos y ejerciendo sobre ellos todo tipo de violencias y malos tratos, azotándolos y castigándolos con las galeras, llegando incluso a cobrarse sus vidas mediante una muerte deshonrosa, lo que resulta todavía más detestable.

Así es, queridos amigos, así es cómo quienes os gobiernan establecen sobre vosotros y sobre vuestros semejantes un misterio de iniquidad amparándose en su

fuerza y su poder. Gracias a todos esos errores y engaños de los que os he hablado imponen por todas partes y con tanta fuerza el misterio de iniquidad. Religión y política trabajan juntos para manteneros atrapados en sus tiránicas leyes.

Mientras soportéis el dominio de los príncipes y los reyes de la Tierra, seréis infelices y desgraciados, como toda vuestra descendencia. Seréis infelices y desgraciados mientras aceptéis los errores de la religión y os atengáis a sus delirantes supersticiones.

¡Rechazad, pues, por completo esas vanas y supersticiosas prácticas religiosas! ¡Desterrad de vuestro espíritu esa creencia ciega y delirante en sus falsos misterios, no deis crédito a lo que unos sacerdotes interesados os predican, burlaos de ellos! La mayor parte de ellos no cree en nada. ¿Vais a creer en lo que ni ellos mismos creen?

Tranquilizad vuestro espíritu en lo que se refiere a esos asuntos y abolid entre vosotros las prácticas vanas y supersticiosas que os han inculcado sacerdotes y sacrificadores, olvidaos de ellas y de ellos, y obligad a éstos a que trabajen en algo útil, como hacéis vosotros, o al menos se dediquen a hacer algo bueno y de alguna utilidad.

Pero no basta con eso.

Intentad uniros a vuestros semejantes, pues sois muchos, para sacudiros por completo el yugo tiránico de reyes y príncipes. ¡Romped las testas coronadas! ¡Derribad tanto trono injusto y lleno de impiedad! ¡Confundid por todas partes el orgullo y la soberbia de esos tiranos vanidosos y orgullosos! ¡Y no soportéis nunca más que reinen sobre vosotros de ninguna manera!

Tienen que ser otras personas más sensatas las que se dediquen a gobernar. A ellas les corresponde establecer unas leyes justas y promulgar edictos que tiendan a la conservación y el progreso del bien público de acuerdo con los tiempos, lugares y circunstancias: «¡Ay —dice uno de los supuestos santos profetas— de los que decretan decretos injustos!» (Isaías, 10,1).

Pero, ¡ay también de aquellos que se someten cobardemente a leyes injustas! ¡Ay de los pueblos que se convierten en esclavos de los tiranos y se convierten ciegamente asimismo en esclavos de los errores y supersticiones de la religión!

Las solas luces naturales de la razón bastan para que los hombres puedan alcanzar la perfección en la ciencia y en la sabiduría humanas, así como para alcanzar la perfección en las distintas artes. Y ellas se bastan por sí mismas para que el hombre pueda practicar no sólo las virtudes morales sino para realizar también las más hermosas y generosas acciones de la vida. Como lo atestiguan esos grandes hombres de la Antigüedad[33] que destacaban en toda clase de virtudes y que, según cierto autor, fueron mucho más lejos en la virtud de lo que han ido nunca los más piadosos o los más santurrones del siglo, «magnánimos héroes nacidos en mejores tiempos».

En efecto, no es la mojigatería de la religión lo que perfecciona al hombre en las artes y las ciencias. No es ella la que hace descubrir los secretos de la naturaleza ni la que inspira al hombre para acometer grandes proyectos. Son el talento, la prudencia,

la probidad y la grandeza de alma los que hacen que haya grandes hombres, y ellos son los que les llevan a acometer grandes empresas. Por eso, el hombre no necesita la santurronería de la religión ni ningún género de superstición para perfeccionarse en las ciencias y las buenas costumbres.

De igual manera, no necesita ni de prodigiosos fastos ni de la grandeza pomposa, vanidosa y soberbia de los príncipes y reyes de la Tierra para gobernarse correctamente ni para mantenerse en un estado floreciente y feliz. Los buenos magistrados son capaces de gobernar correctamente a todos. Son capaces de establecer buenas leyes y buenos reglamentos políticos. «¿No está entre los ancianos la sabiduría y la prudencia en los viejos?» (Job, 12,12).

Si esto es así, como parece que hay que creer que lo sea, es en los sabios viejos donde hay que buscar la sabiduría y la prudencia, tan necesarias para el buen gobierno. Por eso hay que elegir a los ancianos, que rebosan de sabiduría y prudencia, para que gobiernen sensatamente a los demás, y no a los jóvenes locos y precipitados ni a los jóvenes temerarios, orgullosos y soberbios ni tampoco a los hombres viciosos o a los niños, por mucho que lo depare la casualidad de su nacimiento.

Si hay tantos príncipes y tantos tiranos en la Tierra es por culpa de la locura y la maldad de los hombres. Uno de los sabios de la Antigüedad dijo: «Por los crímenes de un país se multiplican sus jefes; un hombre prudente y experto mantiene el orden» (Proverbios, 28,2). Otro dijo: «¡Ay del país donde reina un muchacho y sus príncipes madrugan para sus comilonas!» (Eclesiastés, 10,16). Y como también ocurre que abundan los voluptuosos y los que no son más que esclavos de sus pasiones, resulta una verdadera desgracia para los pueblos que los gobiernen individuos de semejante catadura.

Convenceos, queridos amigos, convenceos de que los errores y supersticiones de vuestra religión y la tiranía de los reyes y de todos cuantos os gobiernan con su autoridad son la funesta causa de todos vuestros males, de todas vuestras penurias, de todas vuestras inquietudes y de todas vuestras penalidades.

Seríais felices sólo con que os librarais de los yugos respectivos e insoportables de la superstición y la tiranía y fuerais gobernados por magistrados buenos y prudentes. Por ello, si tenéis el coraje suficiente para libraros de vuestros males y si lo deseáis de veras, ¡sacudíos de una vez el yugo de quienes os gobiernan y oprimen! ¡Sacudíos de común acuerdo y por común consentimiento el yugo de la tiranía y la superstición! ¡Rechazad de común acuerdo a los sacerdotes, los frailes y todos los tiranos para poder escoger así a magistrados prudentes y sabios que os gobernarán pacíficamente, impartirán una justicia igual para todos y velarán cuidadosamente por la conservación del bien público y la tranquilidad también pública, mientras les obedecéis fiel y prontamente en justa reciprocidad!

En vuestras manos tenéis la salvación. Si conseguís entenderos entre vosotros, la liberación sólo dependerá de vosotros mismos. Disponéis de los medios y las fuerzas

necesarias para conseguir la libertad y poder esclavizar a vuestros propios tiranos, ya que, por muy poderosos y formidables que sean, carecen de poder sin vosotros.

Toda su grandeza, todas sus riquezas, todas sus fuerzas y todo su poder provienen únicamente de vosotros. Vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros socios, vuestros amigos y vuestros allegados son los que les sirven tanto en la guerra como en los diferentes servicios para los que los nombran. Los tiranos, por sí solos, sin vuestra ayuda, no podrían hacer nada. Emplean vuestra fuerza contra vosotros mismos para reduciros a la esclavitud, por muchos que seáis. Y se servirían también de vosotros mismos para perderos y destruiros a todos, unos detrás de otros, a nada que alguna de sus ciudades o de sus provincias se les resistan y luchen para sacudirse el yugo de su tiranía. Cosa que no ocurriría si todos los pueblos, todas las ciudades y todas las provincias se pusiesen de acuerdo y si todos los pueblos se concertaran para librarse de la esclavitud general en la que se encuentran. Entonces todos los tiranos serían confundidos y destruidos inmediatamente.

¡Uníos, pues, si sois sensatos! ¡Uníos, si tenéis coraje, para libraros de una vez por todas de las penalidades que padecéis en común! ¡Daos valor unos a otros, animaos a una empresa tan noble, tan generosa, tan gloriosa y tan importante!

Empezad por transmitiros secretamente vuestros pensamientos y proyectos. Distribuid por todas partes, y lo más hábilmente que podáis, escritos como éste, por ejemplo, que den a conocer a todo el mundo la vanidad de los errores y de las supersticiones que hay en la religión y que hacen que reine en todas partes el odioso gobierno tiránico de los príncipes y reyes de la Tierra.

Ayudaos entre vosotros para llevar adelante una causa tan justa y en la que está en juego el interés común. En estas ocasiones y oportunidades en las que se trata de combatir por el bien público, suelen perderos los enfrentamientos que se producen entre vosotros por culpa de la elección del tirano o por el mantenimiento de su autoridad y su causa, cuando lo que tenéis que hacer es uniros para destruir y aniquilar a los tiranos y sus causas.

Cuando se presente la coyuntura, lo mejor que podéis hacer es seguir de común acuerdo el ejemplo generoso de quienes se liberaron antaño de la tiranía de quienes los gobernaban y oprimían. Ahí tenéis el ejemplo de los bravos holandeses y los bravos suizos, que se sacudieron el yugo insoportable de la tiranía de los españoles ejercida por el duque de Alba, los primeros, y de la tiranía del cruel gobierno impuesto en su país por los duques de Austria, los segundos. No tenéis menos razones ni motivos para hacer ahora lo mismo con vuestros príncipes y reyes y con todos cuantos os gobiernan y tiranizan en su nombre y bajo su autoridad, porque sus atropellos están alcanzando un grado difícil de superar.

Uno de los supuestos Libros santos y divinos dice: «Dios derribó del trono a los soberbios y sentó sobre él a los oprimidos» (Eclesiástico, 10,14). Y dice también: «El Señor arrancó las raíces de los pueblos y plantó en su lugar a los oprimidos» (Eclesiástico, 10,15).

¿Quiénes son esos príncipes orgullosos y soberbios de los que hablan los supuestos libros santos y divinos? Son vuestros soberanos, vuestros duques, vuestros príncipes, vuestros reyes, vuestros monarcas, vuestros potentados, etc. Haced que podamos ver en nuestros días el cumplimiento de esas palabras supuestamente divinas. ¡Derribad de sus tronos a esos orgullosos tiranos, como os lo aconsejan las supuestas Sagradas Escrituras, y poned en su lugar a unos gobernantes buenos, pacíficos, sabios y prudentes para que os gobiernen con suavidad y os mantengan felizmente en paz!

¿Cuáles son esos pueblos soberbios a los que Dios, según dicen esos mismos libros, arrancará las raíces? No son otros que esas encarnaciones arrogantes y soberbias de la aristocracia que están entre vosotros sólo para pisotearos y oprimiros. No son otros que esos arrogantes oficiales de vuestros príncipes y reyes, no son otros que todos esos arrogantes intendentes y gobernadores de ciudades y provincias, no son otros que todos esos inspectores y recaudadores de impuestos, que todos esos arrogantes ujieres y, por último, que todos esos soberbios prelados, obispos, abades, frailes y grandes beneficiados, así como todos esos señores y esas señoras y damiselas que sólo saben pavonearse y exhibir su soberbia y su poder y no hacen nada en este mundo más que divertirse y procurarse todas cuantas satisfacciones quieren, mientras que vosotros, la gente corriente, os dedicáis día y noche a toda clase de trabajos penosos y tenéis que soportar, mientras dure vuestra vida, incomodidades y fatigas para ganar vuestro sustento y conseguir con el sudor de vuestra frente todo lo que necesitáis para vivir. Ésos son, queridos amigos, los verdaderos pueblos soberbios a los que tendríais que arrancar las raíces, como soléis hacer con esas plantas que ya no pueden extraer de la tierra el jugo que las nutre. Pues bien, el abundante jugo que nutre a esos pueblos soberbios y orgullosos de los que acabo de hablar son las enormes riquezas y rentas que sacan a diario del penoso trabajo de vuestras manos.

Porque sólo de vosotros, de vuestra laboriosidad y de vuestros penosos trabajos provienen todas las riquezas de la Tierra. Ése es el jugo abundante que sacan de vuestras manos y que los mantiene, los nutre, los engorda y los vuelve tan fuertes, tan poderosos, tan orgullosos, tan arrogantes y tan soberbios.

Pero, ¿queréis, buena gente, arrancar por completo las raíces de esas naciones soberbios y orgullosos? Os basta con privarles de ese jugo abundante que obtienen de vuestros trabajos y penalidades gracias a vuestras propias manos. Retened con vuestras propias manos todas esas riquezas y todos esos bienes que obtenéis tan abundantemente gracias al sudor de vuestra frente. Retenedlas para vosotros y para los vuestros. No les deis nada a esas soberbias e inútiles naciones, no les deis nada a esos soberbios y ricos haraganes, no les deis nada a esos frailes y a esos eclesiásticos inútiles, no le deis nada a esa nobleza arrogante y soberbia, no deis nada a esos soberbios y orgullosos tiranos ni a todos cuantos les sirven. Ordenad a vuestros hijos, a vuestros parientes, a vuestros socios y a vuestros amigos que los dejen y abandonen

completamente su servicio, y ordenadles que no hagan nada para ellos. ¡Excomulgadlos de vuestra comunidad! Miradlos como miraríais a los excomulgados que vivieran entre vosotros, ¡y enseguida veréis que se secan como se secarían las hierbas y plantas que no pudiesen succionar el jugo nutricio de la tierra!

¡No necesitáis a esa gente para nada! Podéis pasar perfectamente sin ellos. Pero ellos no podrían pasar de ninguna manera sin vosotros. Si fuerais sensatos, pueblos de toda la Tierra (porque me gustaría dirigirme a todos los pueblos de la Tierra, ya que nadie habla por ellos y nadie les dice lo que hay que decirles), os diría de buena gana: puesto que carecéis de inteligencia, debéis aprender, por vuestro propio bien, a conocer cuanto antes qué es lo que os conviene. «Enteraos, los más insensatos, necios, ¿cuándo discurriréis?» (Salmos, 93,8). Si sois sensatos, desprendeos del odio, de la envidia y de todas las animosidades que hay entre vosotros, volved vuestro odio y vuestra indignación contra vuestros enemigos comunes, contra todos esos tiranos detestables y toda esa clase de gente orgullosa que os oprime, volved vuestro odio contra todos los que os hunden en la miseria, os roban y os arrancan de las manos los mejores frutos de vuestros penosos trabajos. Uníos en el propósito común de liberaros del yugo odioso e insoportable de su tiránica dominación, así como de las prácticas vanas y supersticiosas de sus falsas religiones.

Para eso es preciso que no haya entre vosotros más religión que la de la verdadera sensatez y la probidad de costumbres. Que no haya más religión que la del honor y la compostura, que no haya más religión que la de la franqueza y la generosidad de corazón, que no haya otra religión que la abolición completa de la tiranía y el culto supersticioso a los dioses y sus ídolos, que no haya otra religión que la de mantener la justicia y la equidad por todas partes, que no haya más religión que la de desterrar completamente los errores e imposturas. De esta manera podrán reinar por todas partes la verdad, la justicia y la paz. Que no haya más religión que la de hacer que toda la gente se dedique a ocupaciones honestas y útiles y viva en común pacíficamente, que no haya otra religión que la de amarse los unos a los otros y guardar inviolablemente la paz y la perfecta unión entre todos.

Si seguís las reglas, las máximas y los preceptos de esta única y sabia religión, seréis felices. Me atrevo a deciros, pese a no ser profeta, que si seguís cualquier otra religión que no sea ésta seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia. Mientras soportéis la dominación de los tiranos y los errores, las falsedades y las vanas supersticiones del culto a los dioses y sus ídolos, seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia. Seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia, mientras no se dé un ordenamiento justo entre vosotros y persista la enorme desproporción entre los diferentes estados y condiciones. Seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia, mientras no poseáis y disfrutéis en común de los bienes de la tierra. Seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia, mientras los bienes y los males y las penalidades de la vida estén repartidos tan

injustamente, porque no es justo que a unos les toque soportar las penalidades que conlleva trabajar, mientras padecen al mismo tiempo todas las incomodidades de la vida, en tanto que haya otros que disfrutan de todos los bienes y comodidades de la vida sin tener que trabajar ni sufrir penalidad alguna. Por último, seréis miserables e infelices, tanto vosotros como vuestra descendencia, mientras no os concertéis unánimemente para libraros de la esclavitud a la que os veis miserablemente reducidos bajo la dominación tiránica de los príncipes y reyes de la Tierra y bajo el odioso yugo de las vanas, delirantes y supersticiosas prácticas de las falsas religiones, que sólo sirven para obligaros a adorar divinidades falsas e imaginarias, que no pueden, por consiguiente, procuraros bien alguno, pero tampoco mal alguno, como he demostrado claramente más atrás.

Invitaría de buena gana a toda la gente de talento y de sentido común, a toda la gente íntegra, sí, les invitaría de buena gana a que suspendiesen el juicio durante un momento. Les invitaría de buena gana a que se deshiciesen de los prejuicios que pudieran tener debido a su nacimiento, su educación o sus costumbres particulares. Les invitaría de buena gana a que prestaran detenidamente atención a lo que he dicho. Y por último, les invitaría de buena gana a que examinasen seriamente mis pensamientos y sentimientos, así como las pruebas que he aportado, para que descubrieran y señalaran lo que tienen de fuerte y de débil.

Porque estoy profundamente convencido de que, si siguiesen las luces naturales de su razón, se convencerían fácilmente de las verdades que he expuesto y se sorprenderían, incluso, de que hayan podido introducirse y establecerse universalmente entre los hombres tantos errores groseros, tantas falsedades tan perniciosas y detestables, y que hayan podido permanecer inconmovibles durante tanto tiempo. Sobre todo porque hay mucha gente sutil y con talento, mucha gente ilustrada, que hubiera debido oponerse a que se estableciesen, progresasen y se mantuviesen tantas y tan detestables falsedades y tantos y tan detestables errores. Da la impresión de que en estos asuntos los hombres sufren un ataque de ceguera que les impide ver los errores y las equivocaciones en las que se encuentran.

El asunto es muy importante y le interesa a todo el mundo, puesto que se trata del bien público, del bienestar general y de la tranquilidad pública, se trata de liberar a todos los pueblos de la Tierra de la dura y miserable servidumbre en que se encuentran bajo la dominación tiránica de los grandes de la Tierra, se trata también de la liberación de la vil y odiosa servidumbre en la que se encuentran bajo el yugo de las supersticiones idólatras de las falsas religiones.

Si a la gente de talento y de sentido común, si a la gente íntegra le parece que he tenido razón cuando he censurado y condenado, como he censurado y condenado, los vicios, los errores, los abusos y las injusticias, si le parece que he dicho la verdad y que las pruebas y razonamientos que he aportado son realmente todo lo probatorios que yo considero que son, le toca a ella tomar partido por la verdad. Sobre todo porque se trata de la causa común y del bien común de todas las personas, le toca a

ella censurar y condenar los vicios, los errores, las falsedades y las injusticias que yo he censurado y condenado y que continúo censurando y condenando. Porque no sería digno de gente de talento y de personas íntegras seguir favoreciendo con su silencio tantos y tan detestables errores, tantas y tan detestables falsedades, y tantas y tan detestables injusticias.

Si no se atreven, como no me he atrevido yo, a censurar y condenar abiertamente todo esto en vida, que lo censuren y condenen abiertamente en sus últimos días. Que den testimonio, aunque sea en sus últimos días, y rindan justicia a una verdad de la que están convencidos, y que den satisfacción a su patria aunque sea antes de morir, que den satisfacción a su patria, a sus parientes, a sus socios, a sus allegados, a sus amigos y a sus descendientes diciéndoles la verdad para contribuir, al menos con eso, a su liberación.

Pero si, por el contrario, ven que no he dicho la verdad y que constituye un crimen haber pensado y escrito tal y como lo he hecho, y si llevados por la animosidad y la pasión se ven arrastrados a tratarme injuriosamente de impío y de blasfemo después de que yo muera —como harán, con seguridad, los príncipes y los sacerdotes y, principalmente, los más ignorantes, meapilas, supersticiosos e hipócritas, así como todos cuantos están interesados en preservar sus prebendas y reciben su buena parte de los beneficios que provienen abundantemente de los gobiernos tiránicos de los poderosos y del culto supersticioso a los dioses y sus ídolos —, entonces les tocará a ellos demostrar que lo que he dicho es falso. Les corresponde a ellas establecer y demostrar la supuesta verdad de su fe y de su religión, así como la supuesta justicia de su gobierno político, y eso con razones más claras, más fuertes y más convincentes que las empleadas por mí, y con la misma fuerza probatoria que tienen las que yo he empleado para combatirlas. Les desafío a que lo hagan, ya que la razón natural no podría demostrar fehacientemente cosas contradictorias entre sí, que se contraponen unas a otras y resultan incompatibles.

Por eso, mientras no lo hagan, habrá que considerar que están convencidos de sus errores y falsedades tanto en su doctrina como en su moral, por lo que hay que rechazarlos con la vanidad de sus errores, la vanidad de sus quimeras y la vanidad de sus mentiras e imposturas, hay que rechazarlos junto con las injusticias de su gobierno tiránico: «Todos se extravían igualmente obstinados» (Salmos, 14,3). «Se sonrojan los que adoran estatuas y los que ponen su orgullo en los ídolos» (Salmos, 97,7). «Que fracasen y se acaben los que atentan contra mi vida; queden cubiertos de oprobio y vergüenza los que buscan mi daño» (Salmos, 71,13). «Retrocederán defraudados los que confían en el ídolo, los que dicen a una estatua: Tú eres nuestro Dios» (Isaías, 42,17). Y habría que decir aquello que dijo aquel otro profeta: «Avergonzaos y sonrojaos de vuestra conducta» (Ezequiel, 36,32).

Pero como no es bueno decir ciertas verdades, según aconseja el refrán, los supuestos sabios políticos de nuestro tiempo hallarán pernicioso que me haya propuesto descubrir verdades tan grandes e importantes, puesto que este tipo de

verdades es mejor mantenerlas encerradas e ignorarlas, según opinarán, y no exponerlas tan claramente a la luz del día, porque una cosa es cierta, dirán: con ello se favorece a los malvados ya que se les está librando del temor de Dios y del temor a los castigos del infierno. Puesto que, según esos buenos políticos, el temor a ambas cosas podría servirles de freno para impedirles ceder completamente al vicio y a la voluntad de hacer el mal. De tal manera que habrá mucha gente, insistirán, que, al verse libre del miedo al castigo, se entregará al mal dando rienda suelta a sus aspiraciones desordenadas y a sus peores deseos y se dedicará a cometer todo tipo de maldades, so pretexto de que no deben temer que haya castigo después de esta vida. Ésta es una de las principales razones por las que los sabios políticos de nuestro tiempo tienen por máxima que es preferible que la gente ignore muchas cosas que son verdad y crea en muchas que son falsas.

Responderé a esto muy brevemente.

En primer lugar, no he dicho la verdad para halagar o favorecer o dar gusto a los malvados. Lejos de ello, me gustaría poder confundirlos a todos, por muchos que sean. Así que he puesto al descubierto los errores, quimeras e imposturas de impostores, bribones e hipócritas sólo para confundirlos. De la misma manera, he puesto al descubierto las injusticias, los abusos y los robos propios del mal gobierno de los tiranos, los malos ricos y los poderosos de la Tierra, para confundirlos. Con la particularidad de que ni el temor a los dioses ni el temor a los supuestos castigos eternos del infierno atemorizan de ninguna manera a los malvados y mucho menos a los tiranos y los poderosos de la Tierra, que son quienes más daño causan, y tampoco impiden que los malvados sigan sus perversas inclinaciones y su mala voluntad, por lo que carece de importancia y no reviste mayor peligro liberarlos de esos vanos temores. Desde luego, no serían peores que lo que son, ni serían tan malvados como son, si se les hubiese hecho temer seriamente la justicia secular. Porque una cosa es cierta, ese temor causaría mayor impresión en su espíritu que el vano temor a los dioses y a unos castigos supuestamente eternos.

En segundo lugar, afirmo que no es la verdad ni el conocimiento de las verdades naturales lo que hace que los hombres se inclinen hacia el mal, ni lo que hace que la gente sea viciosa y malvada, sino que es más bien la ignorancia y la falta de una buena educación lo que hace que se inclinen al mal. Es más bien la falta de unas buenas leyes y un buen gobierno lo que los vuelve viciosos y malvados, porque, si hay algo cierto, es que si estuviesen mejor instruidos en las diferentes ciencias y en las buenas costumbres, y si no se les sometiese tiránicamente, como se les somete, no serían tan viciosos ni tan malvados. La razón de ello estriba en que lo que hace que nazcan algunos individuos viciosos y malos es el mal gobierno de los pueblos, junto con las malas leyes, pues hace que nazcan en el lujo, el fasto, el orgullo y la vanidad de la grandeza y las riquezas que hay en la Tierra, por lo que quieren mantenerse en todo ello para siempre y de la misma forma viciosa en que nacieron y fueron educados. Y hay otros individuos que se vuelven obligatoriamente viciosos y

malvados porque nacen, de manera obligada, en la pobreza y la miseria e intentan salir de ellas como pueden, sea por las buenas o por las malas, ya que no pueden salir de ellas por vías justas y legítimas.

Por lo cual, lo que inclina a los hombres hacia el mal no es la ciencia ni el conocimiento de las verdades naturales, como pretenden algunos. Más bien ocurre lo contrario, que la ciencia y el conocimiento podrían desviarlos de él ya que todo pecador es ignorante, como suele decirse, *omnis peccans est ignorans*. Son más bien las malas leyes, los abusos, las malas costumbres y el mal gobierno de los hombres lo que los inclina al mal, porque son las malas leyes y los malos gobiernos los que les hacen nacer malos y llenos de vicios, o les obligan a volverse malos cuando quieren salir de la pobreza y la miseria. Antes que al nacimiento y a la fortuna, habría que atribuir el honor y la gloria, los bienes y las bondades de la vida, e incluso la autoridad del gobierno, a la virtud, a la sabiduría, a la bondad, a la justicia, a la honestidad, etc. De igual manera, habría que conseguir que la vergüenza, la infamia, el desprecio, las penalidades y la miseria, e incluso, si es necesario, los mayores castigos, se viesen asociados al vicio, a la injusticia, al engaño, a la mentira, a la intemperancia, a la brutalidad y al resto de malas costumbres. En vez de asociarlas o verlas asociadas con el hecho de nacer pobres y sin fortuna, veríamos entonces cómo todo el mundo se mostraría inclinado a hacer el bien y todos rivalizarían por ser sabios, honestos y virtuosos. Pero mientras el honor, la gloria, las facilidades y las comodidades de la vida dependan de determinados nacimientos y de determinadas condiciones de vida, más que de la virtud y el mérito personal, los hombres continuarán siendo viciosos y malvados y, por consiguiente, continuarán siendo desgraciados.

Si todos cuantos conocen tan bien como yo, o conocen bastante mejor que yo, la vanidad de los asuntos humanos, si todos los que conocen bastante mejor que yo los errores y las imposturas de las religiones, si todos los que conocen bastante mejor que yo los abusos e injusticias que se cometen en el gobierno de los pueblos, si todos ellos dijeran lo que piensan, al menos cuando les lleguen sus últimos días, si censuraran, condenaran y maldijeran, al menos antes de morir, todo cuanto es digno de censura y condena y de ser maldecido, veríamos cómo cambiaba inmediatamente el mundo de cara y de aspecto. Todos se burlarían inmediatamente de los errores y de las prácticas vanas y supersticiosas de la religión y veríamos cómo caían y se derrumbaban la soberbia grandeza y la orgullosa jactancia de los tiranos. Veríamos cómo serían confundidos inmediatamente.

Pero lo que hace que persistan de forma tan universal e intensa toda esa clase de vicios, errores y abusos es que nadie se opone a ellos y nadie les planta cara, los censura y los condena abiertamente una vez se han establecido y han cobrado cuerpo.

Todos los pueblos gimen bajo el yugo tiránico de los errores y de las supersticiones, toda la gente gime bajo el yugo tiránico de los abusos y de las injusticias de los diferentes gobiernos y nadie se atreve a gritar contra tantos y tan

detestables errores, contra tantos y tan detestables abusos y contra tantos y tan detestables robos e injusticias que se cometen universalmente en el mundo.

Los sabios disimulan ante ello. Ni siquiera se atreven a decir abiertamente lo que piensan, y por eso, por ese silencio cobarde y temeroso, se mantienen y multiplican cotidianamente en todo el mundo, como podemos ver, todos los errores, todas las supersticiones y todos los abusos de los que he hablado.

97

El autor apela, acogiéndose al derecho de amparo, contra todas las falsedades e injurias y contra todos los malos tratos y procedimientos injustos de los que puedan hacerle objeto después de su muerte; apela contra todo ello ante el tribunal de la sola razón y en presencia de todas las personas sabias e ilustradas, y rechaza como jueces de esta vista a los ignorantes, los santurrones, los sectarios y los autores de errores y supersticiones, así como a todos los aduladores y favoritos de los tiranos y cuantos están a su servicio

Por lo demás, sólo puedo declarar, queridos amigos, que en todo lo que he dicho y escrito sólo he intentado seguir las luces de la razón, y no he tenido más intención o propósito que procurar descubrir y transmitir ingenua y sinceramente LA VERDAD.

No hay hombre íntegro y de honor que no se sienta obligado a exponérsela a los demás cuando llega a conocerla. He dicho la verdad tal y como la he pensado. Y os la he expuesto únicamente, según he dicho ya, para desengañaros, en la medida en que he podido, de todos los errores y supersticiones detestables de la religión, que sólo sirven para manteneros agarrados tontamente por la brida a fin de atormentar en vano vuestro espíritu e impediros que gocéis apaciblemente de los bienes y bondades de la vida, y para que os volváis esclavos infelices de aquellos que os gobiernan.

Pero como sé que, en cuanto aparezca este escrito (que voy a confiar, antes de morir, al escribano de vuestras parroquias para que os lo comunique inmediatamente después de mi muerte), va a suscitar y atraer contra mí la cólera e indignación de los sacerdotes y tiranos, que me perseguirán y me tratarán lo más indigna e injuriosamente que puedan con el fin de vengarse, me veo en la obligación de protestar de antemano contra todos los procedimientos injuriosos que incoarán injustamente contra mí por este escrito después de que haya muerto.

Por todo ello, declaro que, desde este mismo instante, apelo, acogiéndome al derecho de amparo, al tribunal de la recta razón[34], al tribunal de la justicia y de la equidad natural, en presencia de todas las personas sabias e ilustradas dotadas de integridad, porque sé que dejarán de lado las pasiones, las prevenciones y todos los prejuicios que pudiesen ser contrarios a la justicia y la verdad.

Y recuso como jueces de esta causa a los ignorantes, los meapilas, los aduladores, los hipócritas y, en general, a todos cuantos están interesados, de la manera que fuere, en mantener y conservar las vanas y delirantes supersticiones del culto religioso a los ídolos y a las falsas divinidades, o que estén interesados, de la manera que fuese, en la conservación y mantenimiento del poder y el gobierno tiránico de los ricos y poderosos de la Tierra.

Puedo decir que nunca he perpetrado un crimen ni he cometido una mala acción. Desafío a cualquiera, ahora mismo, a que pueda hacerme algún reproche justamente y con motivo. Por lo cual, si me tratan injuriosa e indignamente y me persiguen y calumnian una vez muerto, será simplemente porque he cometido un solo crimen, el de haber dicho ingenuamente la verdad. No otra cosa he hecho a lo largo de este escrito, a fin de poner a vuestra disposición, a la vuestra y a la de vuestros semejantes, un medio que os pueda ayudar a desengañaros y os pueda servir para que podáis poneros de acuerdo entre vosotros, si así lo queréis, a fin de sustraeros y libraros de todos esos errores detestables y de todos esos detestables abusos y supersticiones en los que os halláis inmersos.

La misma fuerza de la verdad me ha obligado a decírosla, y el odio a la injusticia, a la mentira, a la impostura, a la tiranía y demás iniquidades es el que me ha hecho hablar así, porque, efectivamente, odio y detesto toda injusticia y toda iniquidad. «Detesto toda senda engañosa» (Salmos, 119,128). «Detesto toda senda falsa» (Salmos, 119,104).

Y odio profundamente a quienes les gusta hacer el mal y se complacen en él. «Detesto a los injustos» (Salmos, 119,113). «Los odio con odio implacable, los tengo por enemigos» (Salmos, 139,22). «Detesto y aborrezco la mentira» (Salmos, 118,163).

Corresponde a las personas de talento y autoridad, corresponde a las plumas sabias y a los hombres elocuentes tratar dignamente este asunto y sostener debidamente el partido de la justicia y la verdad. Seguro que lo hacen incomparablemente mejor que yo.

Debería conminarles a ello la preocupación por la justicia y por la verdad, así como la preocupación por el bien público. Debería impulsarles a ello la liberación de todas esos pueblos que gimen. No tendrían que dejar de combatir, censurar, condenar y perseguir todos esos errores, abusos, supersticiones y tiranías detestables que he mencionado. No, no deberían parar hasta haberlos confundido y aniquilado. «Persigo a mis enemigos, les doy caza, no vuelvo hasta haberlos acabado» (Salmos, 18,38).

Después de esto, me da igual que piensen, juzguen, digan y hagan lo que quieran. No me preocupa en absoluto.

Que los hombres se conformen y se gobiernen como quieran, que sean sabios o locos, que sean buenos o malvados. Lo que digan de mí o hagan conmigo una vez haya muerto, me importa un bledo.

Ya no formo casi parte de lo que ocurre en el mundo. A los muertos, con quienes me dispongo a juntarme dentro de poco, no hay nada que pueda importarles, no pueden interesarse ya por nada y no hay nada que les afecte.

Acabaré en nada.

Nací de la nada y dentro de poco volveré a la nada.

Epílogo de Julio Seoane

El texto al que siguen estas páginas tuvo una suerte curiosa. Como posiblemente sepa ya su lector, cuando Jean Meslier, cura de la parroquia rural de Étrépigny, contaba más o menos 60 años, decidió ponerse a escribir esta obra que, si no magna, es cuando menos, voluminosa. Meslier concluyó la redacción del manuscrito original tras un año más o menos de trabajo —y es importante señalar este «más o menos» de su vida, que desconocemos casi por completo—. Se suele decir que escribió por la noche a la luz de una vela y con una pluma de ganso, y eso puede dar una idea aproximada de lo que le costó físicamente alumbrar sus «pensamientos y sentimientos». No es de extrañar, pues, que acabada la redacción de su obra quisiese volverla a copiar, punto por punto, para evitar que se perdiese, por lo que realizó dos copias más, también a la luz de una vela y con pluma de ganso. Como se sabe poco de su vida, sus biógrafos se han esmerado en calcular el tiempo que le llevó esta «copia de seguridad»: unas 1.000 horas de trabajo.

Meslier muere dos o tres años después, y su sucesor, al tomar a su cargo la parroquia de Étrépigny, se encuentra con las tres copias y un par de cartas, una de las cuales está dirigida a él. La abre y lee: en ella Meslier le ruega que sea benévolo con la obra que ha dejado como legado a la posteridad y le solicita que le preste atención. La otra tiene como destinatario al cura de la parroquia vecina y es algo más extensa: en ella Meslier le ruega que evite que se pierda su *Memoria* y le solicita que le ayude, aunque sea como homenaje póstumo, a que su enorme trabajo sirva para educar a la gente a la que ellos, como sacerdotes, tienen obligación de enseñar. A la vista de aquel manuscrito, el sustituto de Meslier convoca al sacerdote vecino, le pone en antecedentes, y con tranquilidad, pues no es una tarea con la que se pueda cumplir en una tarde, deciden leer el legado. Ni que decir tiene que en el tiempo empleado en aquella lectura debió escapárseles algún comentario y algún sobresalto escandalizado, y antes de que dieran cuenta de ella ya corrían rumores sobre el contenido de la obra. Al final la envían a la autoridad eclesiástica correspondiente, que la recibe junto con los rumores que iban creciendo imparables. Éstos llegan a París, donde se convierten en los mejores defensores del manuscrito de Meslier: ya no era posible destruirlo y se decide conservarlo (si bien bajo rejas: en el registro judicial de Mézières, de Rethel y de Saint Menehould). Allí es visitado por algunos copistas de nobles que podían pagarse el capricho de copiar aquella obra voluminosa de la que tantas cosas se decían; y así, poco a poco, comenzó su distribución por todo el mundo.

La curiosa historia de la obra de Meslier no hace aquí sino empezar, pues hasta que no llega a manos de Voltaire, no deja de ser una curiosidad o un capricho aristocrático y se convierte en algo que hoy podríamos considerar un fenómeno literario. Voltaire se interesa por el texto y, gracias a un amigo religioso, consigue una

copia. La lee, la aprueba con gusto y la resume para darla a conocer a un público más amplio, que podría sentirse reticente ante la extensión de la *Memoria* (la primera edición impresa de la obra íntegra de Meslier alcanzó las 1.200 páginas). Aquí comienza la verdadera aventura del «testamento» de Meslier, y éste es el lugar donde quienes lo leemos con alguna reverencia comenzamos a increpar a Voltaire, porque su resumen eliminó todas las referencias a las cuestiones materialistas y a la lucha por la igualdad y dio a la luz simplemente a un Meslier ateo y anticlerical.

Quienes gustamos de leer en Meslier más su crítica contra la injusticia y la desigualdad que su abominación de la religión —o, sencillamente, creemos que no existe la una sin la otra—, nos enfadamos con Voltaire por hurtar a la Ilustración aquella crítica. Aunque quizá se pueda ver la «traición» de Voltaire con un poco más de comprensión, pues, posiblemente, al reducir a Meslier a su crítica de la religión ofreció también un Meslier tremendamente útil (porque útil sí que lo fue, y mucho, para toda la Ilustración).

Meslier comienza criticando, en realidad, la moral cristiana y eso le lleva a la crítica política. Esto es lo que obvia Voltaire, quien se detiene en el final de la quinta prueba, la cual no es sino una introducción a la sexta, donde empieza la crítica política. Esta sexta prueba se inicia con la demostración de la no existencia de Dios y finaliza con la denuncia de los «opresores del pueblo», que sirve de gozne a todos los *pensamientos y sentimientos* del cura Meslier. Crítica religiosa y crítica política que, al tener que desacreditar completamente a la religión, no podía dejar de dar cuenta de la metafísica asociada al cristianismo. Por eso, no debemos olvidar que Meslier es un filósofo y, como dice Jean Deprun, «su anticristianismo se amplia en antiteología y también en una teoría del conocimiento y del ser», que camina con Malebranche como maestro hasta lo que el mismo Deprun ha calificado como de *malebranchismo de extrema izquierda*[35].

La crítica social y el contenido filosófico quedan olvidados en el resumen titulado por Voltaire *Testamento del cura Meslier*, pero hay que reconocer que aquel «testamento» tuvo la virtud de contar con una enorme distribución, y no sólo en el siglo XVIII sino también en nuestros días. Generalmente es el primer conocimiento —y hasta el único— que se tiene de Meslier, por lo que al final el buen cura ha pasado a la historia y a nuestro presente como un crítico furibundo del clero, perdiéndose todo aquello que a quienes le leemos con cierta admiración nos parece más esencial: su apuesta por un materialismo no deista sino netamente ateo y, sobre todo, su lucha contra la desigualdad y por una «república» de hombres felices, libres e iguales.

Con todo, es mérito de Voltaire haber convertido el *Testamento* de Meslier en un mito: ello no es fácil de conseguir y merece nuestro reconocimiento, como también creo que debemos reconocer que quizá no estuviese muy equivocado en su resumen. Yo mismo he hablado y muy mal del mismo pero, en todo caso, si bien es cierto que Voltaire pecó de prudente (o simplemente de querer apuntalar su deísmo con un texto

que tenía todas las cualidades para convertirse en un mito siempre y cuando se ocultaran algunas parte comprometidas, lo cual puede parecer poco honrado, aunque tampoco es excesivamente grave), creo que le podemos conceder que la crítica clerical no es —*nunca*—una mera crítica al clero sino un nuevo modo de apostar por el nuevo mundo.

El clero es para Meslier el principal valedor de una organización del poder que desangra a los humildes e instaura una realidad de desigualdades sociales. El clero trata de que toda la organización social, basada en la desigualdad, la injusticia y la falta de libertad, permanezca en el estado en que está y no sea tocada ni repensada. El clero es quien detenta la educación, quien instruye en la sumisión y el acatamiento de lo que hay —siendo lo que hay explícitamente injusto—, vilipendiando, ridiculizando y estigmatizando toda voz que se alce en su contra. Por esta razón, la crítica al clero que Voltaire decidió legarnos al darnos a conocer el *Testamento* de Meslier no es sólo una crítica a los religiosos: es también una revuelta contra el mundo del Antiguo Régimen, una apuesta por un nuevo orden social y político, un deseo de instaurar un nuevo modo de relaciones sociales. Caída la infraestructura ideológica del Régimen —por decirlo así—, éste no se podría sostener y se desplomaría por su propio peso. Es bien cierto que una crítica de los religiosos no es una crítica de la religión (de todas las religiones, incluso de las creencias deístas que eran el núcleo del pensamiento de Voltaire), pero quizá no nos deberíamos enfadar mucho con Voltaire (o el enfado no debería llegar al insulto) pues, a fin de cuentas, tanto él como Meslier podían estar en el mismo equipo[36]. Apostamos por querer vivir en otro mundo y eso supone, en primer lugar, que el mundo antiguo no es humano, que es erróneo, injusto y ajeno a nosotros hasta el punto de hacernos daño; que es el lugar de la barbarie, de quienes están allende las fronteras de la humanidad. Quizá el modo más radical de apostar por tal mundo sea el del ateo materialista que fue en verdad Meslier[37], pero la crítica al clero y a las religiones instituidas planteada por Meslier y difundida por Voltaire con el *Testamento* es, en definitiva, el mismo inicio de nuestro mundo: aquello no es humano. Ésos no somos nosotros[38].

La religión es el fundamento de la superstición, es decir, del mundo que no tiene consigo la *Enciclopedia*, que no está con la nueva ciencia, que no desea pensar por sí. Por tanto, es el fundamento del sometimiento y del rechazo de la autonomía. Por extrañarnos de nosotros mismos hasta el punto de tener que pedir a otros que nos den qué pensar, la religión es la defensa de la desigualdad, la cual, a su vez, mantenía en la época el *statu quo* de sometimiento a la aristocracia y al clero. Cuando Voltaire nos presenta de Meslier su crítica de la religión, nos está advirtiendo de que, mientras otorguemos nuestra tutela y paternidad a la religión, no alcanzaremos nunca la mayoría de edad, no saldremos de casa para poder mirar el mundo con distancia y decirlo —y pensarlo— desde nosotros mismos. Por nuestra propia cuenta. Libremente. La crítica a la religión es, en definitiva, irse de casa; quizá para volver

después con nuevo ánimo y lleno de nostalgia, quizá para no regresar nunca, quizá para construir un nuevo hogar que no deje de recordar el antiguo. Lo ignoro, pero sí tengo claro que Meslier nos urgió a abandonar la tutela de quien nos decía qué hacer y qué estaba bien y mal, y a echar un pie a tierra a fin de construir, con nuestro propio esfuerzo y deseo, una nueva ciudad.

Visto así, es posible que Voltaire entendiese a Meslier y que su resumen no lo tergiversara pues, en definitiva, presentaba lo que va primero en el proceder de quien desea abrir una nueva era: la crítica a la religión. Tras ella sólo cabe la libertad y la lucha contra la injusticia (y esto último no hacía falta decirlo por prudencia, porque cualquiera que leyese con atención podía deducirlo). No sé si esta condescendencia con el *Testamento* que Voltaire nos legó es acertada; personalmente aún me sigue pareciendo una traición, que se atenúa con esta explicación, pero poco más. Cada cual que sienta a su modo.

Hasta aquí he dicho lo que se suele decir habitualmente cuando se trata de comentar la *Memoria* de Meslier; me sentía incapaz de hablar de él y no comentar algunas de las características que a buen seguro el lector ya conoce, pues acaba probablemente de leer el texto que de una manera algo pesada me he limitado a recordar aquí. Puesto que esto es un epílogo, y el lector ya ha leído la obra, quisiera decir algo que tiene menos que ver con el contenido del texto y más con su forma y lo que tal forma supone a la hora de comprender nuestro propio tiempo. Quiero decir algo sobre el modo de uso de la *Memoria* «de los pensamientos y sentimientos de Jean Meslier» porque estoy convencido de que nosotros, aun cuando conocemos los conceptos que utiliza Meslier, no sabemos emplearlos de la misma manera al no entender su «modo de presentación». En definitiva, me gustaría prevenir para que lo leído no termine resbalando hacia el saco de la cultura general de una literatura poco conocida y pueda calar en nuestro cuerpo. No otra cosa debían de rogar las cartas que Meslier dejó al párroco de la parroquia vecina y que había sido, hasta su muerte, la suya propia.

Permítaseme, pues, ofrecer unos datos bibliográficos que sirvan para completar la curiosa historia de la *Memoria* de Jean Meslier. En 1791 Holbach publica de modo anónimo un resumen de su *Sistema de la naturaleza* con el siguiente título: *Le bon sens du curé Meslier*. (*El sentido común del cura Meslier*). Junto con el *Testamento* compilado por Voltaire, esta obra es la que más aparece en cualquier biblioteca actual si el lector busca «Meslier». Hasta la publicación de la *Memoria*, ya en 1864, siempre se usa realmente el *Testamento* voltairiano, que en el XIX se reedita junto con el manifiesto materialista de Holbach, instituyendo así un Meslier ateo y materialista sin ninguna referencia social ni de ontología filosófica. En 1881 Léo Taxil publica la obra completa del cura librepensador en tres volúmenes que poco deben a Meslier. Así, el volumen I se titula *El sentido común*, el volumen II se titula *Lo que son los curas* (y aquí se reedita *La Contagion Sacrée* de Holbach), y el volumen III lleva

como título *La religión natural* (y son los 13 primeros capítulos del *Sistema de la naturaleza* de Holbach). En 1889 un editor belga toma esta edición de Léo Taxil y la reedita, ampliando así su difusión. No hace falta añadir que mientras tanto el *Testamento* se abría camino con mejor suerte que la propia obra de Meslier, por lo que no es extraño que, cuando comencé a interesarme por el cura de Étrépigny, me asaltara la duda de si no sería realmente un seudónimo de Holbach o de algún otro ilustrado más conocido. La realidad es que el bueno de Meslier desaparece y su obra fue recogida con aprecio por una época que veía en alguien que no estaba al único héroe que, sin morir o ser encadenado, podía atacar a quien aún detentaba el poder.

Dije más atrás que el texto tuvo una suerte curiosa porque se escribió sin contar con nadie (sin tener a nadie como interlocutor ni dirigir a nadie lo que se escribía), y en un oscuro rincón de un pequeño pueblo, y terminó siendo un mito del pensamiento moderno (aunque es cierto que estuvo completamente en el olvido entre 1800 y 1881, año en que se publica realmente la obra de Meslier). Y dije que quizá se merecía tal suerte porque estoy convencido de que en su composición apartada y marginal —posiblemente sin saberlo Meslier y seguramente sin que lo supieran quienes le mitificaban— está el origen de su encumbramiento. ¿A qué me refiero? A algunos detalles de los que deseo hablar ahora, que son los que dieron a los *pensamientos y sentimientos* que Meslier nos legaba la posibilidad de convertirse en un mito, en una obra que no hacía falta leer sino tan sólo saber que estaba a nuestro lado para cargarnos de razón y fuerzas a fin de dar el finiquito al Antiguo Régimen y apostar por una época moderna adecuada a un nuevo hombre, igual y libre.

En primer lugar, la *Memoria* es un texto que se compone al borde de la muerte. En el momento en que su autor siente que llega el final de sus días, decide sentarse y poner por escrito sus pensamientos y sentimientos, que legará como testamento a la humanidad. De esta actitud emana cierta autoridad, o mejor, cierto respeto y agradecimiento. El respeto y agradecimiento con el que se leen siempre unas memorias de una vida que se apaga y que, en su magnanimidad, aun reconociéndose pequeña, nos quiere dar algo. Qué menos que leerlo con atención. Qué menos que estar en deuda con quien nos lega algo así. Qué menos que sentirnos inclinados a dejarnos afectar por aquello que nos dice.

En segundo lugar, Meslier escribe sin pensar en nadie, simplemente procede a presentarnos su *confesión* de vida. Se confiesa íntimamente ante nosotros, nos dice aquello que durante más de 60 años ha resguardado celosamente del resto de la humanidad, y se dirige, descubriendo su corazón, cara a cara, a cada uno de nosotros. Esto no es casual. Las *Confesiones* de Agustín de Hipona son la primera autobiografía moderna, en el sentido de que es la primera vez en que aparece la noción de un individuo tal y como es concebible la identidad para nosotros, a saber, como un compendio de todo lo que le ha acaecido en vida. No como cosas que se relatan y constituyen la vida (como hizo Montaigne, presentándose no como un

individuo sino como «ensayos» de un individuo), no como pensamientos que nos presentan algunos motivos de la vida de alguien (como hizo en su día Marco Aurelio con sus soliloquios), sino como el relato de su vida, tanto de las cosas buenas como de las malas. Más tarde será Rousseau en sus *Confesiones* (no es nada casual que el título sea el mismo que el de la obra agustiniana) quien dé cuerpo y modo moderno a este tipo de autobiografía: somos absolutamente todo lo que nos ha acaecido y todo lo debemos contar, como en confesión, si queremos constituirnos como lo que somos. Confesarse es decirlo todo, es constituirse en el relato de esa confesión. Antes de escribir su *Memoria*, Meslier no era sino un cura de un pequeño pueblo del campo; tras escribirla, es quien se expresa con la fuerza de toda una vida que ha vivido con energía y rabia, con deseos de cambiar y de revolucionar el mundo que ha constreñido esa vida que ahora se constituye con sus confesiones.

Y se constituye, como en toda confesión, abriendo su corazón, dándose completamente a todo el que quiera oficiar de confesor, es decir, a quien desee oír su voz con atención. En la sinceridad de Meslier vemos tanto su abierta honestidad ante la muerte, que le permite no tener que mentir —nada va a deber ya a nadie, ningún interés puede tener en ese momento—, como al hombre de naturaleza que aparece cuando nos despojamos de los necesarios engaños y disfraces con que lo disimulamos para vivir en sociedad —para sobrevivir, en el caso sangrante de quienes no pueden ir a los salones dieciochescos a discutir sobre la nueva ciencia y el nuevo mundo—, en la perversa sociedad que nos ha tocado (pues si no fuera perversa no haría falta disfrazar nuestra naturaleza).

Un libro que se nos ofrece como en confesión, contando con nuestra confianza, y que son las palabras íntimas de alguien (íntimas porque son lo más propio de Meslier, porque se nos da en particular a cada uno de nosotros), no podía menos de merecer la atención y el deseo de escucharle que le granjearon su fama.

En tercer lugar, esta *Memoria* se compone de una manera rabiosa porque en sus palabras se siente el dolor de una vida condenada a esconderse. Permítaseme aquí una pequeña confesión. Cuando llegué a mi actual trabajo, ya tenía a Meslier en mi haber de lector. Una de las primeras tareas que se me encomendó en aquel entonces fue colaborar en una selección de textos que estaban iniciando mis compañeros de trabajo y que tenía como fin constituir un compendio muy completo del pensamiento filosófico. Me tocó seleccionar y traducir textos que diesen buena cuenta de los pensadores que constituyeron lo que se ha dado en llamar la izquierda hegeliana. Mi selección comenzaba con David Friedrich Strauss. Quisiera recordar, por si alguien lo tiene en un comprensible olvido, que Strauss fue el primero que analizó el *relato* cristiano desde una reflexión filosófica y comprendió su carácter metafórico, es decir, el primero que nos dice, por ejemplo, que si existe un relato en el que se habla de la división de panes y peces, muy posiblemente no debemos de creer a pies juntillas que allí hubo un milagro, sino que se nos quiere hablar simplemente de la infinita provisión de Dios para con los hombres. Del mismo modo, si no se nos habla de

ningún hermano de Jesús, tal omisión debemos comprenderla entendiendo que la Biblia nos lega un relato no histórico de Jesús (ni falta que hace, dice Strauss), sin que la verdad del relato bíblico quede menoscabada por el hecho de que su madre tuviera posiblemente más hijos. Como puede verse, nada extraño para nuestros días en los que se puede ser un perfecto creyente considerando que la estrella que guió a los Magos hasta el nacimiento de Jesús fue un cometa, o que la narración del Génesis es un modo ejemplar de hablar a gente que no tenía preparación para oír hablar de la teoría de la evolución. Es cierto que no dejan de surgir voces clericales que desean retomar el carácter mítico de la Biblia, pero también lo es que los creyentes están mayoritariamente con el Strauss que, en *La vida de Jesús*, trata de dar cuenta de los desfases entre el relato histórico y el religioso, y achacarlos simplemente a la misma dinámica de la narración, que ha de adecuarse al momento y a los oídos que la escuchan; al menos, espero que sea así.

Pero por mucho que a nosotros esto nos sea familiar y no constituya un motivo de escándalo, todos los exégetas de Strauss hablan una y mil veces de sus angustias y agobios pues, como era pastor, debía predicar unas cosas que no consideraba falsas, pero entendía que estaban revestidas de un traje mítico que en sus escritos filosóficos trataba de desvelar, declarar inútil y hasta cierto punto propicio a la superstición. Mientras traducía la selección de textos de *La vida de Jesús*, recordaba el caso de Meslier, mil veces más sangrante. Pues Meslier ni siquiera consideraba que aquello que predicaba a sus feligreses fuese verdad. Aún peor: Meslier sabía que lo que predicaba cada domingo reforzaba las cadenas y las injusticias que hundían a los campesinos que le oían. Es más, Meslier estaba con quienes le oían, se sentía a su lado y denostaba a quienes, en su bando, establecían su vida precisamente bebiendo la vida de aquellos campesinos. ¿Era Meslier hipócrita? En la primeras páginas de su texto podemos ver la contestación a esta pregunta pero, lo fuese o no, ésta no es la pregunta. O mejor, es una pregunta que no ha lugar. Cuando leemos sobre los problemas psicológicos de Strauss por mantener ante su feligresía una actitud que consideraba cuando menos engañosa, nos solidarizamos con él y no con su hipocresía. Sí, alguien habrá que diga por qué no saltó del púlpito, por qué no lo dejó todo y se convirtió en hereje o loco, pero en general nos sentimos tocados por su dolor psicológico y dejamos de lado su posible cobardía. Algo así ocurre con Meslier. En su caso sobran hasta las explicaciones que nos ofrece para dar razón de por qué no apostató de inmediato; en su caso sobran las explicaciones que sus exégetas nos ofrecen para que comprendamos que no era tan fácil dejarlo todo y lanzarse a un mundo mucho más hostil (y peligroso) que el nuestro[39]. Y sobran porque, al igual que ocurrió en su día con quienes le leían o —y esto es importante— deseaban leerle, nuestra solidaridad va no con su hipocresía, sino con la angustia que debía de suponer predicar aquello en lo que se descreía, con el dolor y el no saber qué hacer, que a buen seguro eran el día a día de nuestro buen cura cuando, deseando estar con sus

parroquianos (y parece que hay razones para afirmar que de hecho estaba con ellos), tenía que mirarles a la cara y mentirles con las mentiras que más odiaba.

Nuestra solidaridad con su dolor hace que deseemos romper, con Meslier, todo lo que tanto le angustiaba. La *Memoria* destroza, pisotea, revoluciona para destruir y comenzar a edificar un mundo nuevo. Y nosotros estamos con ella en no poca medida porque nos duele el dolor de Meslier, el cual, no se olvide, es el dolor de los humillados, los explotados, los desposeídos, quienes sobreviven en la marginación sirviendo a la vida de otros.

Esta *Memoria* se compone con la rabia contenida que supone tener que engañar a quien se quiere y tener que engañar con las mentiras con las que les engaña quien no les quiere. Esa rabia que provenía del dolor se filtra en cada página del texto que Meslier nos legó como última voluntad, como íntima confesión. Por ello, y en cuarto lugar, lo que Meslier escribe y nos ofrece es su vida entera, sin tapujos ni adornos, llena de angustia, de dolor y de enormes esperanzas de que su muerte al menos (ya que no pudo ser su vida) pueda servir para acabar con las angustias y los dolores de aquellos a quienes más ama. Y ésos somos nosotros. Por ello, el relato de Meslier es auténtico en el sentido de que es sincero y expresa esa sinceridad, no se la calla, no es un personaje de Jane Austen de gran belleza, confusión o esperanza interior a las que nadie tiene acceso; no es tampoco un hombre kantiano que sabe de sus derechos pero no tiene que publicitarlos sino actuar teniéndolos en todo momento. No, Meslier es sincero con nosotros porque nos dice cómo es y nos lo dice, nos lo cuenta, para darnos aquello que nos falta para hacernos libres: lo que ha hallado en el fondo de su corazón, lo que ha encontrado en un lugar donde reside la auténtica naturaleza humana. Nos da su dolor y su esperanza y lo hace de un modo tal que nos conmueve y nos mueve[40].

La autenticidad de las confesiones de Meslier, íntimas hasta ofrecernos su rabia y dolor y hacernos desear acabar con ellos, hizo que en su día se constituyeran en un mito, como lo fue también la *Enciclopedia*. Se trataba al menos de tenerlas consigo, como guardando las espaldas, como dando fuerzas para emprender la aventura de cambiar el mundo. Lo que estoy diciendo puede parecer un poco novelesco, pero no lo es. Y no lo es porque en su día no lo fue y porque esa manera de ofrecer las nuevas ideas, esa forma que rodea a la *Memoria*, es fundamental para componer nuestro presente. De hecho, por no tener ese modo de uso de las ideas aparecidas en su día para formar el mundo en que vivimos, aun cuando hablemos con los mismos conceptos que utilizaron Meslier u otros ilustrados, por no utilizarlos de la forma en que se deben utilizar, construiremos cualquier mundo menos el mundo que un día se soñaba cuando se propusieron palabras como libertad, igualdad o derechos. Parte del modo de uso de tales conceptos, de las metáforas e imágenes que Meslier ayudó a construir, es esa mezcla de sinceridad, intimidad y voluntad de dar la vida entera (toda queja, pero también toda esperanza: no se olvide el parágrafo 48 antes citado)

que podemos hallar en la *Memoria* «de los sentimientos y pensamientos de Jean Meslier». No debemos olvidar nunca el título completo de esta *Memoria*, que une reflexión y sentimientos, que hace que no se pueda pensar en una ciudad si no se piensa cargado de amor, de deseo de justicia, de rechazo, de dolor y, sobre todo, de voluntad firme de establecer que «nunca más» seremos como quienes nos hacen daño, porque hacen daño a la humanidad. Aquí comienza la educación y formación de la nueva ciudadanía.

He hablado de *mito* en más de una ocasión y no me siento muy a gusto con la palabra. Preferiría decir *imagen*, *modelo* o *ejemplo*. En todo caso, quería hacer referencia al hecho de que la misma Ilustración tuvo quizá tanto de racional como de humanamente mítica o, si se me permite el término, novelesca. La misma ciencia moderna, sin dejar de ser un cometido en el que se descubre lo que hoy tomamos por conocimiento racional, se establece como un mito, como el lugar que señala quiénes están dentro y quiénes fuera del nuevo mundo. Es un mito en el sentido de que, aunque su obrar no fuese siempre enteramente racional (y desde Kuhn sabemos que tal racionalidad científica debe ser muy controvertida), era algo que no se ponía en tela de juicio. En la ciencia teníamos nuestras fronteras, la definición de nuestra ciudad, el establecimiento de los límites más allá de los cuales se constituía la barbarie. Por ello no íbamos a comenzar a considerar si era racional o no en todo momento: lo era siempre sin discusión. Quiero que se entienda lo que pretendo decir. Nuestra modernidad comienza con la racionalidad, con el esfuerzo por llevar la razón, capaz de distanciarse de las cuestiones y decir desde sí misma, sin tomar en consideracion ídolos ni prebendas: esto es así. Pero nuestro presente comenzó a constituirse en forma de relato, de cuento, en el que se nos ofrecían imágenes del hombre (lo que en francés se llama *morale*), desde la racionalidad científica, ciertamente; en el que se nos ofrecía la naturaleza del hombre, que si bien aparecía como una investigación objetiva de la humanidad, no dejaba de presentarse como un relato, una narración que caminaba entre la esperanza y el deseo: «tras el análisis desapasionado y distanciado del hombre, podemos concluir con esta apuesta para el futuro de la humanidad». Un relato moral es también parte de nuestro pasado, y creo que la *Memoria* de Jean Meslier es un relato moral.

Efectivamente, la Ilustración es moralista, y lo es porque pretende presentar imágenes del hombre mediante un cuento que estudiaba racionalmente la realidad. Esta ligazón entre razón y relato es algo que no siempre hemos subrayado pero que los ilustrados tenían tan asumido que escribían novelas y reflexiones filosóficas, panfletos e investigaciones matemáticas o mecánicas, y hablaban de óptica al mismo tiempo que de moral o de asuntos picantes, todo ello sin hacer distinciones ni considerar que estaban haciendo cosas diferentes. En este punto no podemos olvidar que la *Memoria* de Meslier triunfó quizá por lo que tenía de auténtica, pero tal autenticidad tiene mucho de novelesco, de efecto narrativo, derivada de un estilo merced al cual vemos al pobre cura sufriendo en un texto que es sincero en cuanto no

va dirigido a nadie. Pero ese estilo quizá no sea verdadero del todo. Posiblemente tenga mucho de estilo. No pretendo decir que Meslier mintiera o calculara el efecto de su aislada marginalidad, pero, llegados aquí, debemos pensar que no podía dirigir su texto a unos campesinos que no sabían o solían leer; y si no lo dirigía a tales campesinos —y deseaba conservarlo hasta el punto de realizar varias copias del mismo—, sólo cabe imaginar que deseaba dirigirlo al *mundo*, a aquellas reuniones en las que no participaba y en las que terminaría siendo citado como una autoridad. El cuento moral precisa de una puesta en escena y qué duda cabe de que su situación excéntrica actuó como tal puesta en escena, aunque en absoluto fue buscada por Meslier, dando en su día un valor añadido a la crítica que nos legaba para que nos pudiéramos liberar de los abusos y supersticiones[41]. No olvidemos que no hay moral sin reflexión sobre la misma, pero lo que distingue al relato moral es precisamente esa capacidad de seducir, de gustar, de empatizar con aquellos a quienes se dirige: mirarles a los ojos y darles un nuevo mundo, pero darlo con amor, como es el caso de Meslier, con toda la vida de quien nos lo ofrece para que nosotros podamos tener vida.

No pocas veces se ha acusado a Meslier de que en su obra no hay racionalismo. Es posible, pero, ¿eso supone que no hay razón? Es el mismo caso de la Ilustración en pleno. Meslier nos ofrece los valores y virtudes que hoy consideramos indispensables para sostener un mundo libre e igual (lo que hoy llamamos democracia), y nos los ofrece porque sabe que no vale sólo con la investigación sobre la formalidad de la naturaleza humana sino que ésta necesita sustanciarse en algo material, cobrar algo de chicha en su formalidad. De lo contrario, no hay modo de sostener república alguna. No es tanto que Meslier nos ofrezca las virtudes republicanas, que lo hace, cuanto el hecho de que con su *Memoria* nos lega el deseo y el estado de ánimo de oponernos a quien esté en contra de la nueva república que ha de llegar (y las fuerzas para luchar por ella). Este deseo y estas fuerzas son componentes esenciales de las virtudes republicanas. Como bien sabían Cicerón y los republicanos latinos, pueden explicarse todo lo que quieran, pero sin ganas de poseerlas y sin el ánimo de conseguirlas valen de poco. Es preciso *querer* un mundo justo si lo deseamos conseguir y lo queremos conservar. Esto que deberían tener en cuenta quienes hoy hablan de virtudes ciudadanas es lo que proporcionaba Meslier: no es primero la república y luego la ciudadanía, no; primero es el deseo de ser libre, el sentimiento de dolor ante la injusticia, y después la lucha por un mundo justo[42].

Por esta razón me atreví anteriormente a calificar la *Memoria* de mito. Un mito como lo fue la *Enciclopedia*. No era preciso haber leído ninguna de las dos obras (voluminosas y difíciles de conseguir) para sentir que animaban nuestras reclamaciones. Y no era preciso porque su fuerza emanaba de su mismo estar ahí, a nuestro lado, prestándonos deseos y ganas. Deseos de leerlas. Ganas de alcanzar el mundo que presentaban. Y puesto que estaban de nuestro lado, siempre teníamos la seguridad de poder ir a su regazo en cualquier momento.

Coda

La vida de Meslier es poco conocida, y de lo que sabemos se puede concluir que pasó sus días apaciblemente entre sus vecinos sin haber tenido casi ningún problema. En definitiva, no era alguien que se hubiese distinguido por sus continuas protestas o su aliento revolucionario. Quizá por ello al principio de todos los estudios sobre Meslier se cuenta la historia de su único gran enfrentamiento, el que tuvo con Antoine de Touly, señor de Étrépigny, a quien negó el honor de las oraciones dominicales y afeó en la homilía haber maltratado a algunos campesinos siervos suyos. El ofendido acudió al arzobispo de Reims, quien ordenó a Meslier rectificar en público al domingo siguiente. Se cuenta que Meslier dio noticia a su parroquia de esta reconvención de su arzobispo y concluyó: «Ésta es la suerte común de los pobres curas rurales: los arzobispos, que son grandes señores, los desprecian y no les escuchan. Recomendemos, pues, al señor de este lugar. Rezaremos a Dios para que le convierta y le dé la gracia de no maltratar al pobre y despojar al huérfano». La ofensa se redobló y las autoridades eclesiásticas tronaron contra Meslier, quien parece que no llegó a rectificar. Hay que señalar que este tipo de situaciones no eran anormales ni las más graves que se le presentaban a cualquier obispo.

Prefiero otro enfrentamiento citado en menos ocasiones, la última de las actuaciones conocidas de Meslier. Y aunque no lo parezca tiene, naturalmente, mucho que decir, junto con el episodio anterior sobre la obra que se acaba de leer. Meslier fue apercibido (y conminado a poner remedio) por una situación anormal prohibida tajantemente. Esta situación era que la mujer que le cuidaba era menor de 40 años (tenía 18 y debía de ser bastante lozana). Meslier se negó a cambiar de asistenta y se sabe que años después se repitió la reconvención con otra mujer, que debía de tener también demasiados pocos años y mucha lozanía.

Aparte de estas noticias —no muy relevantes y que no caracterizan la vida de nadie por ser bastante comunes—, poco se sabe de su vida. Ni de su muerte, pues no se dio anuncio de la misma, y el único dato que la certifica es que sabemos que Jean Meslier firmó el 27 de junio de 1729 un acta de bautismo, y el 7 de julio siguiente, dos semanas después, era otro cura quien firmaba tales actas en su parroquia. Se supone que Meslier murió entre las dos fechas y se buscó un sustituto. Su tumba tampoco ha aparecido. Se cree que se le enterró en la iglesia y que más tarde fue llevado al castillo de Étrépigny, donde en 1884 se halló una tumba sin nombre.

Jean Meslier no tiene vida ni muerte ni tumba; es como si ni siquiera hubiese existido, y su *Memoria*, tapada con falsificaciones y citas apócrifas, encontrara su autoridad en la imposibilidad de hallarla. Se nos dice, se nos cuenta que está ahí, incluso la hemos leído y tenemos un recuerdo de ella, pero, como la vida del mismo Meslier, aparece oscura, sin lugar fijo donde localizarla. Y es casi de ahí de donde toma su fuerza. Por qué no imaginarlo así. Mi recomendación ahora al lector de este considerable volumen es que tras la lectura hará bien en dejar la *Memoria* de los

pensamientos y sentimientos del buen cura Meslier algo oculta en la estantería, con la seguridad de que está allí; si no la ha leído todavía, la puede llegar a leer con algún esfuerzo; pero, aun sin tocarla, puede sentirla como el *contraste* que da sentido y valor a otras lecturas. A nuestra apuesta, en definitiva, por un mundo nuevo. Valga terminar con palabras del propio Meslier: «Puedo decir que nunca he perpetrado un crimen ni he cometido una mala acción […]. Por lo cual, si me tratan injuriosa e indignamente y me persiguen y calumnian una vez muerto, será simplemente porque he cometido un solo crimen, el de haber dicho ingenuamente la verdad. No otra cosa he hecho a lo largo de este escrito, a fin de poner a vuestra disposición, a la vuestra y a la de vuestros semejantes, un medio que os pueda ayudar a desengañaros y os pueda servir para que podáis poneros de acuerdo entre vosotros, si así lo queréis, a fin de sustraeros y libraros de todos esos errores detestables y de todos esos detestables abusos y supersticiones en los que os halláis inmersos» (*Memoria*, 96, pág 701)

Se me olvidaba apuntar un último dato, no sé si para bien o para mal: el cura que tomó a su cargo la parroquia de Étrépigny tras la muerte de Meslier se llamaba Guillotin.

Bibliografía

Bredel, M., *Jean Meslier l'enragé: Prêtre athée et révolutionnaire sous Louis XIV*, Balland, París, 1983

Deprun, Jean, «Meslier philosophe», introducción a Jean Meslier, *Œuvres complètes*, Anthropos, París, 1970

— «Jean Meslier et l'héritage cartésien», *Studies on Voltaire*, XXIV, págs. 443-455, Ginebra, 1963

Desné, Roland, «L'homme, l'œuvre et la renommée», introducción a Jean Meslier, *Œuvres complètes*, Anthropos, París, 1970

Gruze, Philippe, *Jean Meslier ou l'utopie à l'aube du Siècle des Lumières*, tesis leída en la Universidad Paul Cezanne, Aix-Marseille III, 1988

Onfray, Michel, «Jean Meslier and the "Gentle Inclination of Nature"», New Politics, X, 4, invierno de 2006 (*http://www.wpunj.edu/newpol/issue40/Onfray40.htm*)

Soboul, Albert, «Le critique social devant son temps», introducción a Jean Meslier, *Œuvres complètes*, Anthropos, París, 1970

Vernière, Paul, *Spinoza et la pensée française avant la Revolution*, PUF, París, 1954

Verona, Luciano, *Jean Meslier, prêtre athée socialiste révolutionaire*, Cisalpino-Goliardica, Milán, 1975

VV AA, *Le curé Meslier et la vie intellectualle, religieuse et sociale à la fin du XVIIème et au début du XVIIIème siècle*, Bibliothèque de l'Université de Reims, Reims, 1980



JEAN MESLIER (1664-1729). Nació en Mazerny, en las Ardenas, y durante casi toda su vida fue cura de los pueblecitos de Étrépigny y Balaives, en Champaña. Poco después de su muerte se encontraron tres copias de un grueso manuscrito dirigido a sus antiguos feligreses, conocido por esta razón como *Testamento*, donde mostraba un ateísmo, un materialismo y un igualitarismo radicales. Aislado de los círculos intelectuales y dueño de pocos libros, pero escogidos (especialmente de Montaigne), la originalidad de su obra es sorprendente. Y su virulencia, inaudita. Las copias del manuscrito —escrito entre 1723 y 1729— circularon como la pólvora entre los medios ilustrados, y en 1762 Voltaire publicó una antología bastante edulcorada bajo el título de *Testamento de Jean Meslier.* El barón de Holbach, muy influenciado por Meslier, publicó un resumen de su *Sistema de la naturaleza* bajo el título de *El sentido común del cura Meslier.* La influencia de su obra en los medios ilustrados fue enorme, pues Voltaire la convirtió en un mito, «un mito como lo fue la *Enciclopedia*», según el autor del epílogo, Julio Seoane. «Meslier debería estar en las manos de todos», escribió Voltaire. Desde luego, la impresión que Meslier dejó en el autor de *Cándido* fue abrumadora. Ésta es la primera traducción íntegra al castellano de la *Memoria contra la religión* de Jean Meslier.

Notas

[1] «Para dar testimonio ante ellos y los paganos» (Mateo, 10,18). *(N. del T.)* **<<**

[2] El texto sigue el manuscrito 19460 conservado en la Biblioteca Nacional de París, una de las copias más antiguas de la *Memoria* de Meslier y la más cercana al manuscrito original, utilizado en la edición de Jean-Pierre Jackson y Alain Toupin (Coda, París, 2007). Las citas bíblicas se han tomado en su mayor parte de la traducción de la Biblia dirigida por L. A. Schökel (Mensajero, Bilbao, 2009). Las referencias bíblicas y bibliográficas se han corregido cuando eran erróneas. *(N. del E.)* <<

[3] Erganes, rey de Etiopía, ordenó la muerte de los sacerdotes de Júpiter y abolió el sacerdocio. Les acusaba de haber llenado la ciudad de supersticiones (*Dictionnaire Historique*). El rey de Babilonia hizo lo mismo con los sacerdotes de Baal (Daniel, 14,20-21). <<

[4] *Viri illusores* [«gente burlona»], Isaías, 28,14; Judit, 18; *Socii furum* [«socios de ladrones»], Isaías, 1,23. <<

[5] *Prophetæ eius vesani, viri infideles, sacerdotes eius polluerunt sanctum, iniuste egerunt contra legem* (Sofonías, 3,4) [«sus profetas, unos fanfarrones, hombres desleales; sus sacerdotes profanaban lo sacro, violentaban la ley»]. *Prophetæ tui viderunt tibi falsa et stulta* (Lamentaciones de Jeremías, 2,14) [«tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas»]. <<

[6] «Por eso, así dice el Señor: Mirad: mis siervos comerán, y vosotros pasaréis hambre; mirad: mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; mirad: mis siervos estarán alegres, y vosotros avergonzados; mirad: mis siervos cantarán de puro contento, y vosotros gritaréis de puro dolor y aullaréis con el corazón desgarrado» (Isaías, 65,13-14). Y Jesucristo dijo a sus discípulos que llorarían y gemirían, que el mundo estaría alegre y ellos estarían tristes, que serían perseguidos y los matarían. Lo que es bastante opuesto a estas hermosas promesas. <<

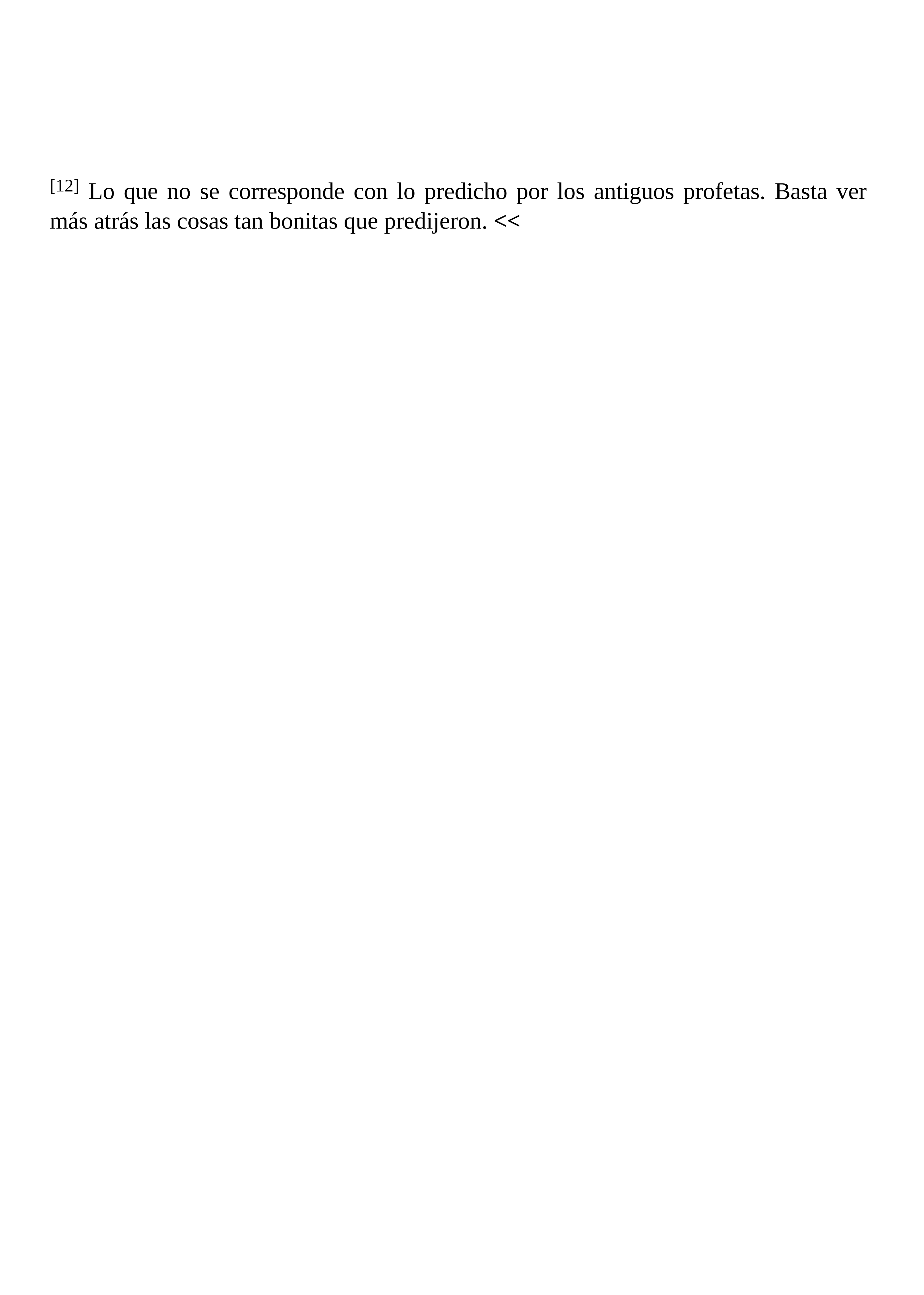
[7] «Cuántas historias parecidas de cuernos entre dioses y hombres no habrá habido —dice el señor de Montaigne—. En la religión de Mahoma se encuentran, para que lo crean sus seguidores, muchos Merlines, es decir, niños sin padre nacidos de forma divina de vientres de vírgenes» (*Ensayos*, II, 12). <<

[8] *Christus nos redemit de maledicto legis… ut in gentibus benedictio Abrahae fieret in Christo Jesu… ut promissio ex fide Jesu Christi daretur credentibus* (Gálatas, 3,13-14): «El Mesías nos rescató de la maldición de la ley… Así la bendición de Abrahán, por medio del Mesías Jesús se extiende a los paganos, para que podamos recibir por la fe el Espíritu prometido». *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum, ut eos qui sub lege erant redimeret* (Gálatas, 4,4-5): «Pero cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los súbditos de la ley». *Novissime diebus istis locutus es nobis Deus in filio quem constituit haeredem universorum* (Hebreos 1,2): «En esta etapa final nos ha hablado por medio de un Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo». <<

[9] Es lo que hace comúnmente el populacho, reunirse alrededor de los locos y correr tras ellos. <<

[10] En su tiempo hubo varios impostores semejantes que decían ser el Mesías prometido por la ley de los judíos. Se puede mencionar, entre otros, a Judas Galileo, Teodas, Barcosbas… quienes bajo ese vano pretexto engañaban a la gente e intentaban que se sublevasen para que se les unieran, pero todos fueron dispersados y finalmente murieron. <<

[11] Creía transmitir con el aliento de su boca el Espíritu Santo y la posibilidad de que el pecado remitiera: *Insuflavit, et dixit: accipite Spiritum sanctum* («Sopló sobre ellos y añadió: Recibid el Espíritu Santo», Juan, 20,22). Creía ser un pan viviente que había bajado del cielo para dar vida a los hombres, de modo que quienes lo comieran vivirían eternamente («Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne», Juan, 6,51).
<<



[12] Lo que no se corresponde con lo predicho por los antiguos profetas. Basta ver más atrás las cosas tan bonitas que predijeron. <<

[13] *Paulus apostolus Jesu Christi, segregatus in evangelium Dei, quod ante promiserat, per prophetas suos in scripturis sanctis* (Romanos, 1,2: «Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, reservado para anunciar la Buena Noticia de Dios prometida por sus profetas en las Escrituras sagradas»). <<

[14] *Placuit Deo per stultitiam praedicatione; salvos facere credentes* (1 Corintios, 1,21: «Dispuso Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación»). <<

[15] Y cuando creen que están comiendo a su Dios les gusta cantar: *O res mirabilis, manducat Dominum pauper servus et humilis* («¡Qué admirable, un pobre y humilde servidor come a su Dios y Señor!»). <<

[16] El señor de La Bruyère en sus *Caracteres*. <<

[17] Veamos cómo se expresa en latín para comprobar si he captado su idea: *Deus est sui ipsius principium et finis, utriusque carens, neutrius egens, utriusque parens atque auctor, semper est sine tempore, cui præteritum non abit, nec subit futurum, regnat ubique sine loco, immobilis absque statu, pernix sine motu, extra omnia omnis, intra omnia sed non includitur in ipsis; extra omnia, sed non ab ipsis recluditur; intimus haec regit: extimus creavit, bonus sine qualitate; sine quantitate magnus, totus sine partibus, immutabilis cum cætera mutat, cujus velle potentia cujus opus voluntas; simplex in quo nihil est in potentia, sed in actu omnia, immo ipse purus, primus, medius et ultimus actus denique est omnia, super omnia, extra omnia, intra omnia, præter omnia et post omnia omnis.* <<

[18] El ser y la materia no son más que una y la misma cosa. El ser es la sustancia de todo, la manera de ser es la forma de todo, todo se reduce al ser y a la manera de ser. Luego es claro y evidente que el ser genérico sólo puede obtener la existencia y el movimiento de sí mismo y, por tanto, no puede haber sido creado. <<

[19] «Sabemos —dice el autor de las Entretiens ecclésiastiques [Pierre de la Font]— que, como Dios está lleno de una santidad y una sabiduría infinitas, sólo puede dar a sus obras la perfección que necesitan para ser plenas y realizarse enteramente. Dios no hace nada a medias y en sus obras no puede darse el vacío. Sus obras tienen, pues, necesariamente toda la perfección, plenitud de santidad y mérito que necesitan». <<

[20] Por eso hay que admitir que el ser no ha sido creado. **<<**

[21] Pero el autor sí concibe claramente que puede existir un ser infinitamente perfecto pese a que carezca de extensión, de cuerpo, de forma y de aspecto. ¿Lo concibe realmente? No, con toda seguridad no puede concebirlo ni lo ha concebido nunca. Ni nadie lo concebirá jamás. <<

[22] Está suponiendo que la extensión y la materia son lo mismo. <<

[23] Vano razonamiento. Piensa el hombre entero y no otra cosa. El hombre es extenso, luego aquello que es extenso puede pensar. <<

[24] Por esencia de una cosa entiendo lo primero que se concibe de esa cosa y que es aquello de lo que dependen todas las modificaciones que uno percibe. (Nota de Malebranche) <<

[25] La mentempsicosis de los antiguos. <<

[26] La traducción de las citas de *La naturaleza* de Lucrecio es de Francisco Socas, Gredos, Madrid, 2003. (*N. del E.*) <<

[27] Véase más adelante. <<

[28] ¿Cómo son esas relaciones, redondas o cuadradas? <<

[29] ¿Cómo son esas correspondencias, redondas o cuadradas? Y como dice el autor de *La Recherche de la Verité*, ¿son cosas que se pueden dividir en dos, etc.? **<<**

[30] Igualmente, ¿esas relaciones son redondas o cuadradas? ¿Se pueden dividir o cortar en dos trapecios? ¿En dos paralelogramos?… etc. <<

[31] Uno de los Siete Sabios. <<

[32] Tercer rey de los romanos. <<

[33] Como Catón, Agesilao, Epaminondas, Fabio, Focio, Escipión, Régulo y otros grandísimos y dignísimos personajes semejantes. <<

[34] Quien rechace someterse a este tribunal se aparta de la propia razón haciéndose al mismo tiempo acreedor de la condena. <<

[35] Hay que señalar también se le ha interpretado como gassendista y hasta como spinozista. Véase Paul Vernière, *Spinoza et la pensée française*, PUF, París, 1954, tomo II, págs. 367-370. Quien quiera una relación sopesada del pensamiento metafísico de Meslier puede acudir a Jean Deprun, «Jean Meslier et l’héritage cartésien», *Studies on Voltaire*, tomo XXIV, págs. 443-455, Ginebra, 1963. <<

[36] Creo que es fácil estar con Michel Onfray, pero quizá las cosas sean más complejas. De cualquier modo, puesto que hasta hace poco fue mi propia postura, me voy a permitir una larga cita: «Voltaire encomendó a su corresponsal que le consiguiera una copia [del manuscrito de Meslier] para poder leerlo entero. Con entusiasmo, en verdad, pero también con reservas. Porque Voltaire no es el filósofo ni el hombre que la gente cree que es; el ateísmo de Meslier le repugna, y aún más su política emancipatoria. Este ladino oportunista, amigo de los poderosos, privilegiado, interesado en la moralidad hasta el punto de ser fastidioso, este egoísta, este hombre es un deísta que todavía mantiene en privado la religión católica […] y detesta el proyecto revolucionario y comunista» (M. Onfray, «Jean Meslier and the “Gentle Inclination of Nature”», New Politics, X, 4, invierno de 2006, pág. 30; *www.wpunj.edu/newpol/issue40/Onfray40.htm*). <<

[37] Por este lado, en la antigua URSS se estudió a Meslier como a uno de los grandes autores modernos, conservando su recuerdo en un mundo que ya lo había olvidado casi sin posibilidad de recuperarlo. <<

[38] «Como sé que, en cuanto aparezca este escrito […], va a suscitar y atraer contra mí la cólera e indignación de los sacerdotes y tiranos, que me perseguirán y me tratarán lo más indigna e injuriosamente que puedan con el fin de vengarse, me veo en la obligación de protestar de antemano contra todos los procedimientos injuriosos que incoarán injustamente contra mí por este escrito después de que haya muerto […]. Y recuso como jueces de esta causa a los ignorantes, los meapilas, los aduladores, los hipócritas y, en general, a todos cuantos están interesados, de la manera que fuere, en mantener y conservar las vanas y delirantes supersticiones del culto religioso a los ídolos y a las falsas divinidades, o que estén interesados, de la manera que fuese, en la conservación y mantenimiento del poder y el gobierno tiránico de los ricos y de los poderosos de la Tierra» (*Memoria*, 96, págs 701-702). <<

[39] Ello se refleja bien en VV AA, *Le curé Meslier et la vie intellectualle, religieuse et sociale à la fin du XVIIème et au début du XVIIIème siècle*, Bibliothèque de l'Université de Reims, Reims, 1980. <<

[40] Voltaire dice en carta a D’Alambert: «Me parece que el testamento de Jean Meslier produce un efecto importante; todos los que lo leen se convencen, pues este hombre discute y prueba. Habla en el momento de la muerte, en el momento en que los mentirosos dicen la verdad: éste es el mejor de los argumentos» (carta a D’Alambert del 16 de julio de 1762 citada en M. Bredel, *Jean Meslier l’enragé: Prêtre athée et révolutionnaire sous Louis XIV*, Balland, París, 1983, pag. 253). <<

[41] Véase M. Bredel, *op*. cit., págs. 254-255. <<

[42] En no pocos sesudos análisis de Meslier se reconoce su valía pero se le pone a la altura de la denuncia emotiva y violenta que no llega a concretarse en un programa de cambio real de la realidad, por lo que «la crítica meslierana resulta incompleta» (Philippe Gruze, *Jean Meslier ou l'utopie à l'aube du Siècle des Lumières*, tesis leída en la Universidad de Aix-Marseille, 1987, pág. 30), o se dice que es una denuncia simplemente más que un análisis (Albert Soboul, «Le critique social devant son temps», introducción a Jean Meslier, *Œuvres complètes*, Anthropos, París, 1970). ¿Pero existe realmente crítica si no llega a emocionarnos y a ponernos en situación de luchar por ella? Por mucha justicia que emanen nuestros «programas revolucionarios» o nuestros análisis filosóficos, si no nos hacen desearlos, ya se me dirá qué futuro pueden tener. <<